

¿Quién Mató a Alex?

by JanethGS

Hanna es una chica de dieciséis años y como todo adolescente actual, esta aburrida, sentada en frente de su ordenador y no tiene absolutamente nada que hacer, más que navegar en las redes sociales y cuestionarse sobre porque su vida es tan aburrida.

Por error -o tal vez no- recibe un mensaje en facebook de un remitente que no reconoce, con el nombre de "Alex Crowell", cuando abre el perfil del chico, se enamora inmediatamente de él, es un chico castaño de ojos color café y piel clara, con una delgada nariz y una hermosa sonrisa.

Hanna opta por enviarle una solicitud de amistad sin pensarlo dos veces, la cual es aceptada unos segundos después.

El terror corre inmediatamente en sus venas y la piel se le pone de gallina cuando lee una pequeña oración de adiós en el muro de Alex.

Alex está muerto.

Hanna por un momento cree que el facebook está siendo administrado por un familiar y se tranquiliza durante unos segundos. Aunque rápidamente su momento de tranquilidad se acaba. Recibe un mensaje de él, nuevamente, pero ahora con un mensaje con un texto escalofriante e inquietante.

Alex quiere que Hanna lo ayude a descubrir quien lo mato.

Copyright © Todos los Derechos Reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este documento, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros medios, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

El Contenido de esta obra está protegido por leyes internacionales que establecen penas de prisión y/o multas económicas.

=====

¿Quién Mato a Alex?

Hanna es una chica de dieciséis años y como todo adolescente actual, esta aburrida, sentada en frente de su ordenador y no tiene absolutamente nada que hacer, más que navegar en las redes sociales y cuestionarse sobre porque su vida es tan aburrida.

Por error -o tal vez no- recibe un mensaje en facebook de un remitente que no reconoce, con el nombre de "Alex Crowell", cuando abre el perfil del chico, se enamora inmediatamente de él, es un chico castaño de ojos color café y piel clara, con una delgada nariz y una hermosa sonrisa.

Hanna opta por enviarle una solicitud de amistad sin pensarlo dos veces, la cual es aceptada unos segundos después.

El terror corre inmediatamente en sus venas y la piel se le pone de gallina cuando lee una pequeña oración de adiós en el muro de Alex.

Alex está muerto.

Hanna por un momento cree que el facebook está siendo administrado por un familiar y se tranquiliza durante unos segundos. Aunque rápidamente su momento de tranquilidad se acaba. Recibe un mensaje de él, nuevamente, pero ahora con un mensaje con un texto escalofriante e inquietante.

Alex quiere que Hanna lo ayude a descubrir quien lo mato.

=====

Aviso

Esta novela no ha sido editada ni corregida, por lo tanto habrá errores ortográficos e incoherencias en algunos párrafos. Anteriormente la había retirado porque quería editarla, pero con la Universidad no puedo hacer mucho.

Así que la vuelvo a subir igual que como estuvo antes. No he cambiado nada.

A pesar de los errores, espero que puedan y sigan disfrutándola.

Muchas gracias<3.

=====

## Capitulo 1.

Me muerdo las uñas de los dedos involuntariamente, y mastico un pequeño pedazo de lo que fue una uña, mi boca esta sumamente seca, mis dedos teclean rápidamente el teclado cuando escribo un mensaje para Cara, una vez terminado presiono enter y el mensaje se envía. Un momento después recibo un mensaje, pero no es de Cara. Es un remitente desconocido, un nombre que no reconozco en lo absoluto.

Alex Crowell.

¿Quién demonios es Alex Crowell?

Abro el mensaje y él sólo dice "hola", así que como tengo un trato con mi madre, no puedo aceptar a ninguna persona desconocida y mi computadora podrá estar en mi habitación sin la supervisión de ella. Creo que es algo justo. Doy clic justo en su nombre, e inmediatamente entro a su perfil, es un chico lindo, demasiado, para ser justa. Es el momento en que el ángel y el demonio aparecen justo encima de mis hombros, ¿romper la única regla que tengo con mi madre? Ó ¿perder a él chico lindo que me acaba de mandar un mensaje?, una difícil elección, por supuesto. Escupo la uña masticada que tenía en mi boca y guío al mouse al botón que dice "agregar amigo".

Podríamos ser amigos, sí.

Me regaño a mi misma, no puedo agregarlo. No sé quien es, y no sé que es lo que quiere. Pero, podría saberlo. Me levanto de la silla y doy una pequeña vuelta por la habitación.

Pienso.

Ella nunca lo sabrá, no la supervisará. Un momento después me doy cuenta que estoy dándole demasiada importancia a sólo un chico que ni siquiera conozco. Me vuelvo a morder la pequeña uña del dedo índice, corro a la puerta, la cierro lentamente, un leve rechinado suena en mis oídos, y pongo el seguro. Sin volverme a cuestionar lo agrego a mis amigos, unos segundos después, la solicitud esta aceptada. Vuelvo a entrar a su muro.

Miedo.

Eso es lo que siento en ese momento. Mucho miedo. Me paralizó, me paralizó de verdad. Un cosquilleo en la nuca me hace querer rascarme y sacudir mi cabeza. Desde los pies a la cabeza me sube un hormigueo inquietante y terrorífico, siento la sangre acumularse en mis mejillas y siento mis orejas calientes.

En el muro de Alex, esta una publicación de hace dos días, la cual dice, "Eres un ángel que decidió regresar a su hogar", seguida por otra escrita por su hermano, o eso es lo que creo, por que él dice, "El mejor hermano sobre la faz de la tierra, te quiero hermano, estarás en nuestras memorias siempre, descansa en paz". Siento un nudo en mi estomago y me dan ganas de vomitar por una extraña razón.

Alex vuelve a enviar otro mensaje, pero ahora con una cara feliz, una cara que parece amenazante, pero no feliz.

"¿Es una broma?" Escribo rápidamente y subo los pies a la silla involuntariamente. El cuarto esta oscuro y solo lo ilumina la luz de la computadora. Mi nuca vuelve a picar. Alex parece escribir, pero luego se detiene y ningún mensaje llega.

"Si es una broma, y estás tratando de asustarme, no esta funcionando, y no es divertido, en lo absoluto, si eres alguien con bastante interés de molestarme y asustarme, sugiero que lo hagas mejor". Escribo con el ruido de mis dedos presionando las letras del teclado.

Error, Hanna, error.

Estoy de espaldas a mi cama, y un ruido espeluznante me hace voltear. Es un ruido que proviene de debajo de la cama, quiero encender la luz, pero tendría que rodear la cama, y soy una miedosa. Me hago bolita y junto más mis piernas a mi pecho, sintiéndome protegida. Siento que si bajo los pies algo va a jalarme. El ruido son rasguños en el piso, como si un gato estuviera arañando el piso incesantemente, el ruido parece irse segundos después y me acercó a ver que era lo que provocaba el ruido. Me arrodillo y siento que alguien me está mirando. Me agacho para ver debajo de la cama, y no hay nada. Absolutamente nada, lo cual me inquieta más. Me acerco de nuevo a la computadora y tengo un nuevo mensaje de él.

"Podría hacerlo mejor, pero te quiero de mi lado", responde.

"¡Basta!, quien quiera que seas déjame en paz". Ahora estoy con un nudo en la garganta que no puedo tragarme.

"Necesito tu ayuda, Hanna y quieras o no vas a ayudarme, no te dejaré en paz, nunca".

"No es gracioso, no te conozco, ¡deja de hacerme esto!" Jadeó, y me siento observada en una habitación en la cual solo estoy yo, me siento encerrada en un lugar sin salida. ¿Qué esta pasando?, me levanto de la silla para salir corriendo, pero recibo un mensaje nuevo, otra vez de él.

"Corre."

Y alguien toca la puerta, tres veces.

=====

## Capítulo 2.

La perilla de la puerta comienza a moverse rápidamente de arriba a bajo, haciendo un ruido desesperante, por inercia salto de la silla dando un brinco, y doy un paso atrás, y luego otro, alejandome de la puerta, siento que todo mi peso cae en mis piernas y en cualquier momento caeré, la perilla se agita rápidamente y siento la necesidad de correr, pero, ¿hacia dónde?, no hay salida.

¿Por qué le temo a algo que no he visto?, respiro dificultosamente.

-¿Hanna?- Se escucha del otro lado de la puerta. Es una voz dulce, tierna, y es femenina. Una voz que reconozco inmediatamente.

Es mi madre.

-¿Por qué cierras la puerta?, ¿No teníamos un trato?- casi grita, pero no lo hace, ella nunca grita, es tan pacífica como ninguna otra persona.

Suspiro. Bien, es sólo mi madre, todo esta bien. Todo esta bien. Me repito a mi misma.

-Estoy cambiándome, un momento. -Le miento. Plancho mi ropa con mis manos temblorosas y apago la computadora en un momento rápido y respiro profundamente. Lo más profundo que puedo que me duelen los pulmones, y suelto el aire por la boca.

Mis manos sudan involuntariamente y mis pasos son revoltosos, me olvido cual es el pie derecho y cual es el izquierdo, siento que en cualquier momento podría caerme. Pero no lo hago, no me caigo, sólo doy siete pasos y estoy enfrente de la puerta, la perilla ya no se esta agitando, ahora sólo esta en reposo.

-Lo siento...- Digo cuando estoy abriendo la puerta, ella esta parada en frente de la puerta con los brazos cruzados y el ceño fruncido, ella es muy linda, y joven. Es idéntica a mí, sólo que con varios años de diferencia, cuando la veo trato de sonreír y parecer normal, sus ojos brillantes de

color miel me están mirando interrogativos, su cabello rubio esta atado en una coleta apretada, y su piel blanca y pálida coinciden con la mía, excepto sus ojos, mis ojos son azules, como mi padre.

-¿Estas bien?, estas pálida. - Su boca delgada se mueve rápidamente mientras habla y su brillo rosa de los labios se pega suavemente y se alejan cuando abre la boca.

-¿Aún más pálida de lo normal?- bromeo y ella sonríe y suelta una pequeña risita. Ya no hará más preguntas. Su rostro se suaviza y parece más joven todavía.

-Cara esta aquí, dijo que había hablado contigo y quedaron de verse.

-¿Cara?, Pero si ya es casi hora de ir a dormir. ¿Qué habrá pasado?- Pregunto confusa, ¿que tal que Cara también recibió un mensaje de Alex y esta aterrada? Ó ¿que tal si ella me hizo la broma de Alex? No lo sé.

-A lo mejor viene a quedarse a dormir y ni siquiera lo recuerdas.-Dice mi madre. Dudo. No recuerdo haber hablado con Cara en la ultima semana. Y no recuerdo haber planeado una pijamada para hoy con ella.

-Sí, tal vez lo olvidé, los exámenes me están volviendo loca. - Le sonrío y me doy cuenta que desde que abrí la puerta no he dejado de apretar la perilla con mi mano sudada.

Ella sólo niega con la cabeza sonriendo y se va por el pasillo del segundo piso, en donde están nuestras habitaciones. Donde sólo vivimos ella y yo. Su puerta esta justo en frente de la mía y es de color blanco, ella no deja que pegue pósters o cualquier cosa en las paredes o puertas de la casa, es demasiado limpia. Todo es demasiado limpio y brillante aquí, a excepción de mi habitación.

Suelto la perilla y esta esta completamente mojada, igual que mi mano, me limpio las manos en mi pantalón y cierro la puerta.

Cuando bajo por las escaleras veo a Cara sentada en un sillón de la sala, su cabello negro esta

suelto y un pequeño y delgado mechón cae en su cara, ella también es de piel blanca, pero su piel es más bronceada que la mía, es delgada y de buen cuerpo, ella es la capitana de porristas. Trae un pantalón de mezclilla, y una blusa blanca de encaje, la cual la compró en una venta de garaje.

-¡Hey!- Dice cuando me ve bajar. Bajo rápido los tres últimos escalones y le devuelvo el saludo.

-¡Hey! ¿Qué haces aquí?, ¿No deberías estar en tu casa, dormida?- Le digo en tono de broma, lo cual no capta.

-Bueno, si quieres me voy. - Dice con su tono molesto y tuerce la boca. Me rió y me olvido completamente de lo anterior.

-Claro que no. Me pareció raro verte por aquí a esta hora. - Me siento en frente de ella, en otro sillón, y me pregunto donde se metió mi madre, si bajo por las mismas escaleras que yo.

-¿Es que no estas enterada?- Pone un tono misterioso a su voz. Se acerca un poco a mí y levanta una de sus cejas. Esta susurrando.

-¿Qué es? ¿Algún chisme nuevo?- Se endereza y pone sus manos en sus piernas, pero luego las quita rápidamente para llevárselas hasta su pecho y cruzarlas, abrazandose a ella misma.

Niega con la cabeza.

-Es Alex Crowell, mañana es su funeral. Murió hace dos días. ¿No lo sabías?- Hace una pausa y traga saliva, me acerco más a ella, ¿Cómo conoce a Alex? ¿Qué sabe ella de Alex Crowell?, se acerca a mí aún más y me susurra casi al oído... -Lo más inquietante y misterioso es que no saben como murió y quien lo mato. - Tiemblo. Alex Crowell no es una broma, es real. Está muerto y se está comunicando conmigo.

¿Por qué? ¿Qué tengo que ver yo con él? ¿Por que yo?



-Hanna, ¿Que tal que si vamos a su funeral? Apuesto mi vida a que el misterioso asesino estará ahí.

=====

### Capitulo 3.

- ¿Cómo es que conoces a Alex Crowell?- pregunto confundida.

-Pues va en nuestro colegio, a ver Hanna, ¿Qué te pasa?, estás muy pálida y dices no conocer a Alex, cuando no le quitabas la mirada de encima. -Me dice levantando la ceja, su tono de voz es desesperado, ella pone sus brazos en su cintura, como si fuera una modelo, lo cual, le queda bien.

Me pregunto en mi mente... ¿Yo miraba a Alex? ¿Cuándo?, ¡¿Y por qué no lo recuerdo?!

Me quedo mirando fijamente una lámpara que esta a lado de Cara, ni siquiera estoy viendo a la lámpara, estoy imaginándome una escena en donde estoy mirando a Alex en el colegio, en las canchas de campo si es que jugaba. Invento una escena en mi mente. Él me está sonriendo en mi pensamiento, pero no se mueve, sólo esta sonriendo. Por las fotos de su facebook puedo imaginármelo con su cabello castaño revuelto y desordenado cayendo en sus ojos, y sus ojos color café mirándome sin quitarme la mirada, penetrantes. Su cuerpo duro y tenso sin moverse, como una estatua. Ó Como un maniquí, pero sonriendo y de carne y hueso.

¡¿Por que no recuerdo a Alex, si es que lo conocí?!

- ¿Hola? ¿Está Hanna ahí?- Cara agita su mano en frente de mi rostro, haciéndome volver a la habitación. - ¿Te perdiste o qué?- pregunta.

-¡No...! Es que yo... yo... no recuerdo haber visto a Alex, nunca. - Digo confundida. Ella se ríe y toca un mechón negro y delgado de su cabello para ponerlo detrás de su oreja. Esta sonriendo ahora. Debe de pensar que estoy loca. Ella abre sus labios pintados de rojo brillante y sus dientes están mucho más blancos que las puertas de mi casa.

-Estas loca. -Dice confirmando mi pensamiento, y me siento como si pudiera leer las mentes, pero no lo hago. Sigo siendo una persona normal. Es sólo que lo supuse. -Sabes Hanna, deberíamos ir. - vuelve a decir.

- ¿Y para qué? ¿Qué tal que si nos culpan de su muerte? Con eso de que no saben quien es el asesino... ¡Yo no voy! -Digo, me excuso, pero eso no es lo que me preocupa, si no más bien, me da miedo ver a una persona muerta, que de una u otra manera sigue aquí, comunicándose conmigo.

Pero hay algo que me empuja a ir. Como un presentimiento de que tengo y debo de estar ahí.

-No seas dramática, lo único que verían de ti, es tu cara tierna e inocente. ¿Quién creería que tu lo mataste?-Se ríe. -Aparte, varios alumnos del colegio irán al funeral, no va a ser como si nos coláramos. -Dice rodando los ojos, lo cual me hace reír porque ella se ve muy dramática e irritada cuando lo hace. No tarda mucho en convencerme.

-Está bien, ¿A que hora será?

-Siete de la tarde.

Cara y yo nos despedimos en la puerta de mi casa y segundos después ella se va. Me parece raro no haber visto a mi madre mientras Cara estuvo aquí, siempre que sale me avisa. O me deja un recado. Me siento en el sillón en donde estaba sentada Cara, y por primera vez en mi vida, me da miedo estar sola en una habitación. Pienso en Alex. ¿De verdad se está comunicando conmigo?, ¿Un muerto se está comunicando conmigo?, ¿Para qué?, ¿Estará relacionado con lo de su asesino?

Una caja de cereal se cae de la alacena y hace un ruido estruendoso cuando choca con el piso, camino lentamente hacia la cocina, silenciosamente, arrastrando los pies ligeramente, luego hasta donde está la caja tirada y la miro unos segundos, afortunadamente nada se tiró y el piso de madera sigue limpio y brillante. El piso Cruje con mis pasos. Me agacho y recojo la caja, cuando me levanto, veo una sombra reflejada en el vidrio de la alacena. Algo toca mi hombro, y por la sensación y forma de esta, sé que es una mano.

Grito y suelto involuntariamente la caja de cereal que acababa de juntar, esta vez se derrama todo por el piso, pero eso no me importa.

Me quedo en shock mirando la sombra y siento que todo mi cuerpo tiembla y no puedo moverme, me siento congelada y vulnerable, pero meuerzo a mí misma y corro hacia las escaleras por inercia.

Corro por mi vida subiendo por las escaleras lo más rápido que puedo. Y aunque sé que no hay nadie más en la habitación siento la necesidad de correr, pienso que si me detengo unas manos van a agarrar mis pies y van a jalarme hacia abajo. Siento un hormigueo en mi nuca y sé que debo subir y correr más rápido, pero para mi mala suerte, me tropiezo, y me golpeo las rodillas y los codos, pero me levanto y sigo corriendo hasta que llego al pasillo y corro a la puerta de mi habitación.

La perilla está sucia por el sudor que había dejado antes, la giro y entro casi tropezando con mis pies.

Cierro la puerta detrás de mí. Y cierro los ojos. Los aprieto con fuerza y trato de regularizar mi respiración, exhalo e inhalo rápidamente, me recargo en la puerta y me dejo caer en el piso aún con los ojos cerrados. Mis manos tiemblan y mis piernas parecen estar hechas de gelatina; débiles, sólidas, y temblorosas.

¿Qué demonios era eso?! ¿Un fantasma?! ¡No, no, no! ¡Eso no existe! ¡Yo no creo en los fantasmas! ¡Los fantasmas no existen! ¡Sólo existen los humanos, no existe nada más!

Lo que no existe, no existe, Hanna. Puede existir, pero no lo puedes ver, no hasta que es el momento.

Me dice mi conciencia, la voz que me regaña. Aprieto aún más los ojos y me obligo a mí misma a abrirlos.

Mis rodillas y codos me duelen, y presiento que un raspón en mi rodilla ocasiona que me saliera

un poco de sangre ensuciando mi pantalón, en mis codos tengo cortadas, puedo sentir el cosquilleo hirviente en ellos.

Cuando los abro, quisiera volver a cerrarlos. No puedo creer lo que veo.

No puedo.

Esta vez, me quedo en shock. Estoy totalmente congelada.

=====

Capitulo 4.

En toda la habitación hay hojas blancas tiradas por todo el piso, están por todos lados; arriba de la cama, pegadas en las paredes, en la mesita de noche, y el closet parece haber sido saqueado y también hay hojas ahí adentro, incluso parece que la impresora se volvió loca y no deja de imprimir más y más hojas que se caen al piso y se juntan con todas las demás que están tiradas en un montón, la ventana está abierta, pero no parece que nadie haya entrado a robar, sino más bien a hacer una maldad, tal vez.

La brisa que entra de la ventana hace que las hojas se eleven por el aire por toda la habitación como si hubiera un tornado aquí adentro.

Me horrorizó.

Me recargo aún más en la puerta, como si quisiera atravesarla y salir de ahí. Pero no puedo, la madera me lo impide, siento mi cuerpo pesado y congelado.

La computadora está encendida y puedo recordar que la apague momentos antes, y me da tanto

miedo que siento un hormigueo por todo mi cuerpo. Estoy segura que la apague, lo recuerdo.

Lo que me horroriza es la imagen que está impresa en las hojas. Es Alex, es una foto de él. Y está sonriendo perversamente.

Las hojas impresas se vuelven salvajes, y la brisa del viento se vuelve más fuerte, ahora es un viento dentro de la habitación, las hojas vuelan de nuevo y golpean mi rostro y todo mi cuerpo, puedo oír el papel chocando unos contra otros, y golpeando mi cuerpo, su fino papel me toca una y otra vez, comienzo a creer que van a dejarme marcas o rasguños delgados en mis brazos desnudos. Pongo mis brazos en mi cara, tratando de protegerla del viento y de las hojas feroces que me golpean. Esta vez no grito. No porque no quiera, sino porque no puedo, no puedo hablar, es como si me hubiera quedado muda. El ruido de la impresora llena mis oídos, es como una máquina que no puede parar de hacer su trabajo y el motor ruge, ahora parece estar más loca, imprime más hojas en un tiempo mínimo, en un tiempo casi imposible. Me recargo aún más en la puerta, presiono todo mi cuerpo con la puerta blanca, aprieto aún más mis brazos en mi cara, y junto mis piernas con mi pecho, poniéndome en una posición casi feto.

No quiero preguntarme esto, pero lo hago, ¿Por qué a mí?, ¿Por qué habiendo tanta gente queriendo ser testigo de un acontecimiento como este, por qué yo?

Como la novata que soy viendo "cosas del otro mundo", siento que me va a dar un infarto, o que estoy a punto de ver algo desagradable, algo que nadie, nunca, quiere ver.

El corazón se me acelera y mi respiración comienza a ser irregular. No quiero sentir el temor de ver a un monstruo, o a un fantasma o algún ser que nos da el más máximo miedo, el miedo que hace que nos paralicemos, incluso creo que este es el momento más terrorífico que me ha pasado en la vida. Y en tan solo un día. Ni siquiera puedo describir lo que siento en ese momento, no puedo pensar con claridad, me asusta la oscuridad, me asustan los muertos, los fantasmas, los monstruos, me asusta todo lo que tenga que ver, con "el más allá".

El viento se calma, y las hojas se caen, chocando contra el piso nuevamente, se esparcen por todos lados, incluso las que estaban en las paredes se han caído, sólo unas pocas permanecen ahí.

Poco después todo se vuelve silencioso. No hay ningún ruido, ni siquiera el del viento. O el de

una mosca. Y la impresora se ha parado, ya no está funcionando, ni siquiera está encendida. Una hoja en frente de mis pies esta volteada, y la parte blanca esta hacia arriba. Es la hoja más cercana que tengo a mí. Me agachó y tomo la hoja.

La foto de Alex sigue ahí. Es muy lindo, demasiado guapo. Pero su sonrisa torcida me aterroriza aún más que todo. Todas las fotos de Alex están esparcidas por doquier. Ahora todo parece tranquilo, me levanto temblorosa, y siento la boca seca.

Esa noche no puedo dormir. Me cobijo de pies a cabeza, poniendo la mayor parte de mi cuerpo entre el colchón y la cobija, sólo con la cabeza descubierta, sintiéndome protegida como un niño con pesadillas. Dejo la puerta abierta, con un objeto en la orilla por si algún viento llegará a azotarla y cerrarla. La ventana la cierro y le pongo el seguro, como siempre lo hago. Pienso en todo lo que me ha pasado en lo largo del día y me asusta siquiera pensarlo. No creo que me este pasando todo esto.

A la madrugada del día siguiente logró conciliar el sueño y me quedo dormida profundamente, y no sueño absolutamente nada, solo duermo como un bebé intentando descansar.

Estoy tan dormida que no me doy cuenta que ya es medio día, la habitación esta oscura y me levanto a tientas, abro la cortina y la luz penetra la habitación. Todo se vuelve visible y parece estar en orden. El cuarto azul con blanco se llena de vida, y todos los colores claros parecen refrescarse con los rayos del sol. Recuerdo lo de la noche anterior y camino a la mesita de noche rodeando la cama desde la ventana, cuando llego abro el primer cajón de este, las fotos impresas de Alex están ahí, no fue un sueño. No me sorprende, pero sigo temiendo. Como cualquier persona.

A las cinco de la tarde suena el timbre de la casa y bajo corriendo las escaleras, el piso cruje con mis pasos.

«Es Cara.» Pienso. «Tan puntual como siempre.»

— ¡Ya voy!— grito mientras bajo los últimos tres escalones a toda prisa.

— ¡HANNA! ¡NO CORRAS POR LAS ESCALERAS!— grita mi madre desde alguna parte de la

casa. La ignoro y sigo corriendo. Mis rodillas duelen. Efectivamente tengo un raspón con costra en cada una de las rodillas.

Abro la puerta y efectivamente es Cara.

— ¡Hola! — Saluda con gracia. Una sonrisa sale de su rostro, me guiña un ojo y me río suavemente.

— ¡Hola! ¿Qué esperas? ¡Pasa que te estoy esperando!— Le digo. Y la jalo del codo haciéndola entrar. Hace una mueca de dolor fingida. Trae un vestido negro y unos zapatos del mismo color. Trae el cabello agarrado en un chongo, y su copete le tapa toda la frente. Sus labios como siempre están de un rojo brillante y el delineador es excesivo arriba de sus ojos, sus pestañas son enormes y temo que no pueda cerrar los ojos cuando duerma con tales pestañas bañadas de rímen.

—Excelente, ¿Ya estás lista? —pregunta mirándome. Levanta una de sus cejas mientras me mira de arriba a abajo. Me quedo quieta. Pone un dedo entre sus labios rojos, mientras tuerce un poco la boca, ella comienza a girar alrededor de mí.

Llevo un vestido de color negro, formando un arco alrededor de mi cuello, tiene una tela negra y encima de esta tiene otra capa delgada de encaje de flores pequeñas. Uso un pequeño suéter que me llega un poco más abajo del pecho y oculta mis brazos pálidos. Llevo el pelo suelto, atando dos delgados mechones de mi cabello en la parte de atrás. Mis piernas blancas están a la vista, y gracias a Dios el vestido está a tres centímetros abajo de la rodilla, lo cual no se ven mis raspones.

—Sí, Cara. Lo estoy, hay que irnos ya. —Le digo con tono irritado, aunque no estoy irritada. Ella pone los ojos en blanco. —Bien. ¡Adiós señora Emma, no tardaremos mucho! —grita Cara cuando vamos saliendo de la casa.

— ¡Tengan cuidado chicas! ¡Hanna! ¡¿Llevas suéter?!—Me grita ahora desde la cocina, siempre estuvo ahí. Me preguntó si habrá recogido el cereal que derrame ayer. Ya que hoy no me comento nada. Ni me regaño. Cosa que es rara.

— ¡Sí mamá! ¡Adiós! — Y cierro la puerta de un portazo sin esperar su respuesta.

=====

## Capitulo 5.

Cara y yo caminábamos por la banqueta de la ciudad donde vivimos, el viento choca con nuestros rostros y nuestro cabello se alborota con la brisa haciendo revolver nuestro cabello, un mechón de mi cabello se pega en mi rostro metiéndose en mi boca, lo tomo en un rápido movimiento y lo empujo poniéndolo detrás de mi oreja.

Cara me dedica una sonrisa cálida y luego vuelve su mirada hacia abajo. Parece estar feliz porque tiene una sonrisa en su rostro pero no se lo puedo preguntar por qué pensaría que soy una chismosa. Y ella nunca suele contarme sus secretos o algo que esté pasando con ella. A menos de que sea un chisme muy bueno. Somos amigas pero no tan cercanas a tal punto de contar nuestras cosas íntimas, Cara es demasiado alegre y simpática que a la mayoría del mundo le cae bien, en realidad nunca le he preguntado porque está conmigo y no con las demás porristas. Es decir, no soy popular, ni inteligente.

—Hanna— Me llama. — ¿Quién piensas que pudo ser el asesino? digo, hay muchas personas que pudieran ser sospechosos. Pero, ¿Tienes uno en especial?

—No, en realidad no sospecho de nadie, no tengo ni la más remota idea. —Digo mientras caminamos. Nuestros pasos son lo único que pueden escucharse.

Sin poder evitarlo me imagino varias escenas de Alex muriendo, en una de las escenas lo veo ahogándose en un lago, tratando de llegar a la superficie, tratando de nadar, sin obtener éxito, lo veo con jeans ajustados y una camisa blanca jalándole hacia el fondo, hundiéndolo cada vez más, lo imagino con sus cachetes inflados por guardar el poco oxígeno que tiene, y un momento después gritando de desesperación, el agua le entra por la boca y salen unas cuantas burbujas anunciando su ausencia de oxígeno, pero aquí no hay lagos, así que alejo ese pensamiento y creo otra escena.



En esta escena Alex está pasando por un oscuro callejón, en donde hay gatos muertos, y bolsas de basura tiradas por todos lados, y uno que otro vagabundo. Puedo oler la suciedad y el olor de comida echada a perder. Lo imagino con una chamarra gris y los mismos jeans apretados, trae el gorro puesto, y cubre su cabello castaño, él camina por el callejón con un poco de miedo, mete sus manos a los bolsillos del jean mirando para todos lados, no puedo verle el rostro porque está demasiado oscuro, mientras camina no hace mucho ruido, de pronto un hombre sale de la nada, corriendo hacia Alex, apuntando en la costilla de él con una navaja, amenazándolo.

Alex se resiste e incluso trata de golpear al tipo, pero tampoco tiene éxito y se cae, el otro tipo, el cual tampoco puedo verle el rostro, se deja caer encima de él, lo golpea varias veces en la cara, lo pateo en el estomago y a Alex se le mancha la chamarra gris de un color rojo carmesí. Segundos después Alex esta inmóvil y el tipo aprovecha y le saca todo lo que trae en los bolsillos, y para finalizar le apuñala cinco veces en el estomago.

Sin remordimiento alguno.

Hago un grito ahogado en mi mente.

Aprieto los ojos y los abro rápidamente. Borró esa escena de mi mente. La descarto también porque Alex no tiene perforaciones de una navaja en el estomago, si las tuviera, Cara me lo hubiese dicho.

Y así me lo imagino en muchas escenas; quemándose, ahorcándose, tomando una sobredosis y vomitando esta misma, siendo golpeado por un automóvil, siendo secuestrado y golpeado hasta morir, y después me imagino lo peor, soy yo, y lo estoy ahorcando con mis propias manos, esta debajo de mí, está tirado en el piso y yo estoy encima de él, mis piernas apretando su cadera, lo veo ponerse morado y verde por falta del oxígeno, él esta rasguñando mis manos con sus uñas delgadas y cortas, me veo mirándolo con furia, y se retuerce bajo mi cuerpo, me golpea con sus rodillas en la espalda, pero eso no me detiene. Su fuerza es más débil que la mía. Y eso me hace enfurecer y lo aprieto más fuerte, hasta que deja de luchar. Hasta que está muerto.

Me pierdo en mi propio pensamiento y en mi propia escena terrorífica que no me doy cuenta por donde voy, me guió por el ruido de los zapatos de Cara, y de repente siento un golpe duro e inesperado en la mejilla y hago una mueca de dolor mientras grito. Me golpee con una rama caída

de un árbol.

— ¡Hanna! ¿Estás bien?!— Me grita Cara, parece asustada. Regresó al presente, reincorporándose. Siento mi mejilla arder y la tapo con la palma de mi mano. Siento que la sangre se me acumula en la mejilla y me duele todavía más. Me pulsa como si me hubieran dado una bofetada. Abro la boca para decir algo, pero nuevamente me siento muda, el golpe durmió una parte de mi rostro.

—Déjame ver. — Se acerca a mí y me quita la mano de mi mejilla a regañadientes, me muevo intentando que no vea la enorme marca roja que me imagino en mi mente. Pero el esfuerzo es en vano. —No se ve tan mal, no te dejó marca, fue solo el golpe, supongo. —Dice viendo mi mejilla.

Me enojo conmigo misma agarro la rama con la que me golpee y la arranco del árbol para luego chutarla lo más lejos de mí. Por lo menos me vengue. Intento tranquilizarme. Seguimos caminando, llevo los brazos cruzados como una niña chiquita regañada, todo está tan silencio, que solo puede escucharse el viento. Cara vuelve a poner su mirada abajo, perdida en su mundo, nuevamente. Aún hay demasiado sol, es un día fresco, sin demasiado calor y sin demasiado frío, es neutral.

Entramos al fraccionamiento donde solía vivir Alex. Las casas tienen un patio enorme, y el pasto es exageradamente verde, las casas son demasiado grandes y lujosas, la mayoría de ellas son de color blanco, el marco de las ventanas es de un color azul rey. Terminan con un pequeño triángulo con tejas blancas o azules, supongo que cada una de las casas tiene por lo menos seis o siete habitaciones.

— ¿Es aquí?— pregunto. Ella asiente.

—Bien. ¿Y qué vamos a decir? — Mi voz suena más tranquila, pero me siento irritada y enojada.

—Nada, solo vemos un poco, y nos vamos. —Dice con su tono dulce.

— ¿Y si nos ve alguien? ¿Y si piensan que estamos ahí porque piensan que nosotras lo mata...?  
—Deja de ser tan dramática, piel de harina. — Me interrumpe con voz chillona y me molesto por su pequeño insulto. No me gustan los apodos, y no me gusta que Cara tenga un apodo para mí.

Aprieto los dientes y me muerdo la lengua, no quiero decir algo que no quiero. Caminamos otras tres manzanas y damos vuelta a la izquierda, entrando a una calle desconocida para mis ojos.

Las casas siguen siendo iguales y las calles son tan angostas que tres autos podrían caber, los patios están verdes también y puedo ver a lo lejos gente vestida de negro, mi cerebro automáticamente lo relaciona con el funeral de Alex.

Es ahí.

Me muerdo involuntariamente la uña del dedo índice, pero me doy cuenta de lo patética que me veo, más aparte está demasiado corta a comparación de las otras uñas. Así que la dejo en paz.

Conforme nos acercamos, me pregunto a mi misma si estoy lista para mirarlo en un ataúd, verlo acostado con las manos en su pecho con un rosario entre sus manos y su traje negro con un moño en el cuello, con los ojos cerrados, su piel blanca y apagada, con los labios morados y secos, sin esperanzas de vida. Muerto.

Una esperanza me recorre y pienso que este Alex, no es el Alex Crowell que por error me envió un mensaje aterrador, que son dos personas distintas, dos personas que se confundieron con mi destino, que se cruzaron por pura coincidencia. Pero la lógica me dice que no es así. Los dos seres son uno mismo, llamado Alex Crowell, el cual me mando un mensaje que nunca debí de ver. Y que nunca debí de recibir.

Y ahí estamos a tres casas de la casa de Alex Crowell, a ver y juzgar por la cantidad de gente, si que tenía muchos familiares y amigos.

Un mensaje llega a mi móvil y lo saco de mi bolsa con cadena de color oro que me regalo mi madre, lo enciendo y en la pantalla se lee "Usted tiene un nuevo mensaje", deslizo el dedo por la pantalla, camino un poco más lento para no caerme, desbloqueo el teléfono y automáticamente me manda al nuevo mensaje. Es de un número desconocido.

Lo leo y abro los ojos como plato. Miro a Cara y vuelvo a poner mis ojos en la pantalla del móvil. Mis piernas comienzan a creer ser de gelatina, por que empiezan a temblar.

El mensaje solo dice: "Mantén los ojos abiertos, nunca sabes quién puede estar mirándote. Mi habitación y yo te estaremos esperando, no confíes en nadie, tenemos mucho de qué hablar, Hanna Reeve".

Volteo a todo mí alrededor pareciendo paranoica y una total loca, la sangre se acumula en mi rostro y en mis orejas, tanto que las siento demasiado calientes, mi móvil comienza a resbalar en mis manos sudorosas, y miro con alerta a cualquier movimiento ajeno, Cara me mira preocupada e intento tranquilizarme.

— ¿Hanna? ¿Está todo bien?

\mxILK07

=====

Capítulo 6.

—Sí, todo bien. —Trato de sonreír.

— ¿Es tú mamá? — Me pregunta levantando una de sus delgadas cejas, es muy fácil mentirle a Cara.

—Sí, olvide dejar mi ropa en el cesto, está furiosa. — Miento de nuevo, pongo una cara de irritación, y Cara no pregunta más. Me alago a mi misma por ser tan buena actriz. Meto mi móvil en la bolsa y me preparo para lo peor.

Caminamos por el césped verde y podado de la casa de Alex Crowell, un grupo de niños corren por todos lados, sin saber lo que está pasando, es un grupo de niños pequeños de seis y siete años, una niña rubia de ojos color miel corre apresuradamente y mientras camino a lado de Cara,

la niña choca conmigo, da un paso lejos de mí y me mira, sus ojos color miel mirándome con desprecio diciéndome "No estorbes", me hago a un lado y la niña vuelve a correr con su vestido negro, ondeando con la brisa del viento.

Hay muchas personas aquí, están vestidas de color negro, por supuesto, parecen elegantes y de dinero, sus expresiones frías y nada nostalgia me lo dice. No parecen estar tristes, a excepción de dos personas. Puedo escuchar su llanto desde el patio de la enorme casa.

— ¿Viste a esa niña? — Le digo en un susurro a Cara.

— ¿Qué niña? — Me pregunta sin interés, con la voz alta.

—Esa... — Trato de buscar a la niña entre la gente, pero ya no está, lo cual me sorprende, porque debe de haber corrido a una velocidad increíble para ser una niña tan pequeña. —Olvídalo.

Seguimos caminando y me encuentro con algunos rostros conocidos, uno de ellos es el de Kate, una chica rubia de cabello muy largo y ondulado, con los labios rojos como la sangre, igual a los de Cara, parece estar aburrida y lista para cualquier cosa que vaya a pasar, ella también está en el equipo de porristas, junto con Cara, por supuesto, es la chica más odiada y amada de la escuela, pero ella dice que no le importa, aunque todos sabemos que es una mentira y se preocupa demasiado por lo que piensen de ella, me atrevo a pensar que ella está aquí por eso, por hacer que más personas la amen, tal vez Alex iba en su curso y quiso "quedar bien".

También esta Kareem, su mejor amiga y su mano derecha, esta alado de Kate, ella también es rubia, pero no natural, usa un tinte carísimo que presume a diario, trae el cabello suelto, demasiado liso y perfecto, las dos están hablando, y parecen no notar nuestra llegada, lo cual me alegra.

Kate tiene los ojos azules, pero son demasiado azules, demasiado fuerte, de un azul inquietante, sus cejas son delgadas, y ella también lo es, tiene los brazos cruzados y lleva un vestido negro demasiado descubierto, pero no lo tiene pegado, es un vestido suelto en el final de este, cuando habla con Kareem puedo notar que cada minuto pone los ojos en blanco, levantando las cejas desinteresadamente, y Kareem no para de hablar, moviendo las manos y haciendo señas confusas, tiene una boca demasiado pequeña para poder hablar tanto.

También esta Tom, un chico de mi curso, es alto, de cuerpo corpulento, con demasiados músculos para su edad, incluso se dice que utiliza esteroides, pero por supuesto, él lo niega. Tiene el cabello negro brillante, y tiene unos ojos grandes de color verde, son tan desesperantes e inquietantes que se mueven por todas partes hasta que encuentra otros ojos mirándolo y los reta con la mirada. Hasta ahora nadie ha ganado.

Tom es un chico guapo, popular y rico, pero es la persona más miserable, detestable, odioso, e irritante que pueda existir en el mundo, incluso es peor que Kate y Karem, juntas.

Hay más rostros que conozco con tan solo darles un vistazo, esta un grupo frente a un árbol pequeño que da la suficiente sombra para ellos, a los que logro reconocer son a Clar, Lily, Sam, Liz, Lucy, y Will, hay otra chica de cabello castaño que no logré reconocer, que no la he visto jamás. Este grupo es bastante conocido en la escuela, ya que son todo lo contrario a Kate, Karem, Tom y Ryan. Ellos son populares también, pero de una forma muy diferente, es el comité escolar y les caen bien a todo el mundo, porque dejan entrar cerveza a las fiestas de graduación.

A todo esto... ¿Dónde está Ryan? Camino más despacio mientras observo a más gente mayor, buscando con la mirada a Ryan, pero no lo veo.

— ¡Cara! — Escucho que alguien grita, y sé quien lo hace.

Kate. Oh, no. No quiero una plática aburrida.

— ¡Kate! ¡Holaaaaa! — Cara hace un sonidito cuando pronuncia demasiado la "a". Dios, estamos en un funeral. ¿Por qué nadie está llorando? O ¿Por qué nadie se está dando ánimos?, ¿Por qué no les IMPORTA?

Unas miradas nos recorren, pero no me miran a mí, miran a Kate y Karem mientras caminan acercándose a nosotras. Cara sonríe y yo trato de hacer lo mismo.

— ¡Hanna! ¡Qué gusto! — Se acerca a mí, me toma suavemente de los hombros y me atrae hacia ella como si fuera un imán sin atracción y me besa en la mejilla, Karem saluda a Cara de la misma forma, y luego las dos intercambian lugares y Karem me besa en la mejilla en un rápido

movimiento, todas están sonriendo, incluso yo, pero mi sonrisa es forzada, me quiero limpiar la mejilla, siento que algo viscoso está en mi mejilla pálida a la vista de todos.

—Hola Kate. ¿Cómo estás? — Recuerdo la educación que me dio mi madre y trató de sonreír aún más.

—Estoy bien. Gracias por preguntar, Hanna. — Odio cuando Kate y todas esas personas dicen mi nombre con un tono sarcástico, como si mi nombre fuera algo que dicen forzosamente. Como si fuese demasiado odioso para decirlo.

—De nada, Kate. — Hago lo mismo y me giro poniendo los ojos en blanco, sé que es momento de irme de la plática si no quiero escuchar sobre como Kate es tan perfecta, y Karem compra su tinte carísimo.

— ¿Y qué hacen aquí? ¿Conocían a Alex Crowell? —Escucho lo que Karem dice, cuando pronuncia el nombre de Alex, me pongo rígida y nerviosa, recuerdo lo de la noche anterior y siento un escalofrío por todo mi cuerpo, me sorprende porque no hace frío. Me abrazo a mi misma sacudiéndome involuntariamente.

—No, en realidad no, Hanna y yo sólo veníamos a dar nuestro pésame y todo eso, ¿Ustedes que hacen aquí? — Me giro de nuevo para estar de nuevo en la plática, pero para ellas no lo estoy, no me notan a mí, sólo a Cara.

—También, ya sabes, Alex iba en nuestro curso, y queríamos estar aquí, apoyando a su familia.

—Oh, pues es una terrible noticia, donde quiera que este Alex, debe de estar en paz. — Las tres chicas bajan su cabeza, como orando por él, pero sé que lo hacen por compromiso.

Cara no es igual que Kate y Karem, es sólo que es la capitana y charla con ellas en algunas ocasiones, aparte de estar la mayoría del día con ellas en los ensayos. La compadezco enormemente. Cara dice que es bueno que ellas estén en el equipo, porque son guapas, y populares, y los partidos son más ruidosos cuando están ellas. Lo cual, tampoco le agrada la idea de trabajar con ellas.

— ¿Saben que paso con él? — Me acerco un poco más para poder ver mejor sus rostros.

—No, nadie lo sabe, todo es muy misterio. — Karem se acerca a Cara, demasiado cerca, como si le estuviera contando en un secreto, las tres juntan sus oídos, excluyéndome. —Dicen que fue Zet. — Todas hacen una cara de terror y miran hacia donde está Zet, yo no lo conozco así que sigo sus miradas.

Me topo con un chico castaño, con cabello liso y extremadamente guapísimo, no tiene muchos músculos, pero es demasiado guapo para superar a Tom. Tiene una mirada pacífica, tiene los brazos cruzados, y mira penetrantemente a la nada. Lleva un pantalón negro de vestir, con un suéter de nerd color negro, el cinturón le aprieta la cintura y mentalmente me imagino un cuerpo demasiado perfecto. Sus zapatos negros son demasiado brillantes. Igual que sus profundos ojos color café. Está a sólo cuatro metros de nosotras. Su mirada se encuentra con la mía. Lo miro desafiante, él me sostiene la mirada, me reta, pero después sólo se gira y se va.

Demasiado misterioso. Todas vuelven su mirada. Viéndose las tres al mismo tiempo, pareciendo aterrorizadas.

— ¿Qué malditamente fue eso? — Dice Kate.

—No lo sé, parece asustado. Tal vez no fue él. — Ahora habla Cara. Pero noto un tono de desconfianza en su voz.

—Ya qué estamos aquí, ¿Qué hay de sus familiares? ¿Cómo están? — Vuelve a hablar Cara, cruzándose de brazos. Miró a mi alrededor, y me doy cuenta que todo sigue igual, nadie llorando, nadie gritando, nadie orando por el descanso de Alex.

—Pues tú juzga... — Dice Karem. Mirando alrededor. Hace una mueca de desagrado que me parece justa para los familiares y amigo de Alex.

¡Qué falta de respeto! Cara niega con la cabeza.



— ¿Y qué hay de su novia?, La tenía ¿No?, Escuche que estaba destrozada. — Karem pone su dedo en la boca, haciendo que Cara guardara silencio, y luego mira desconsoladamente a Kate. Sus ojos comienzan a cristalizarse y a ponerse brillosos. Mi mente procesa todo.

— ¡¿TU ESTABAS SALIENDO CON ALEX?! — Grito confundida.

=====

## Capítulo 7.

Si Kate está actuando, lo está haciendo muy bien, porque llora desconsoladamente en el hombro de Karem, la cual también, me está dando una mirada furiosa, de la que ya estoy acostumbrada a recibir, la ignoro.

Miro a mi alrededor exaltada, la mayoría de las personas me están mirando, exigiendo con sus cejas levantadas y sus caras de arrogancia que guarde silencio. Me disculpo en un susurro, sin escucharse mi voz demasiado, como si solo estuviera moviendo la boca. Me dan una mirada de desprecio y alejan sus miradas de mí. Lo cual me hace sentir más cómoda.

—Sí, yo estaba saliendo con Alex. — Me confirma Kate con su voz chillona, y esta casi gimiendo. Aún sigue recargada en el hombro de Karem, ella sólo la anima dándole suaves masajes en su hombro.

— ¿Desde cuándo? — Pregunto con interés.

—No teníamos mucho, empezamos a salir en Diciembre. — Dice sacando un pañuelo de su pequeño bolso. Se limpia las lágrimas delicadamente y me mira. — ¿Por qué?

—Curiosidad. — Digo con voz casi desafiante y misteriosa, la miro a los ojos y tiene manchas oscuras alrededor de sus ojos ¿Ojeras? ¿Kate tiene ojeras?

La miro más a fondo y trae poco maquillaje a comparación con otros días, parece cansada y... triste. Y yo no me lo creo.

— ¿Curiosidad?

—Sí. — Afirmo, con voz fría. Kate me mira casi echando fuego por los ojos.

— ¿Y cómo estas, Kate?— Pregunta Cara mirándola con compasión. Rompiendo la tensión. Se lo agradezco mentalmente.

¿Cara lo sabía también? ¿Sabía que Kate y Alex estaban saliendo?, Yo supongo que sí porque ellas dos estaban juntas en los ensayos de las porristas. Junto con Karem, claro. Pero, no logró recordar verlos juntos por los pasillos tomados de las manos, no logró obtener un recuerdo del pasado que implique a Alex, es demasiado saber que iba en mi escuela, que estaba saliendo con Kate, y al parecer, Cara dice que yo no le quitaba la mirada de encima, ¿Hay algo más? ¿Algo que tampoco recuerde?

Me parece sumamente raro que no lo recuerde, yo siempre recuerdo a las personas, incluso si solo las veo por varios segundos.

—Estoy bien, gracias por preguntar, Cara. — Dice y me da una mirada de asco, como si yo fuera un insecto horrible. Me doy cuenta que lo dice porque no le pregunte que como estaba, pero en realidad, ¿Si no quiero saber como esta, para que preguntárselo? No me importa Kate.

—Mmmh, yo tengo que ir al baño. Fue un gusto verlas ¡Adiós!— Y digo adiós casi sonriendo, como si me estuviera liberando de una cadena que me ha estado atando por años.

— ¿Te acompaño, Hanna? — Me pregunta Cara, ella me da una mirada de suplica. Ella tampoco quiere estar charlando con Kate.

—Sí, puedes ser mi guía. Soy como un turista en esta mansión. — Casi me rió, haciendo una

pequeña broma, pero sé que nadie está de humor para una broma. Incluso Kate y Karem están demasiado serias y calladas, a comparación a otros funerales.

En el funeral de Sara no dejaron de hacer bromas de ella, aún estando en su propio funeral, a todos nos parecía indignante lo que su grupo estaba haciendo, nos parecía una falta de respeto que Kate se estuviera burlando de ella como lo hacía antes. Siempre la llamaba "Cuatro ojos" o "Ballena rellena" entre otros apodosos ofensivos en el físico de Sara.

Un día antes del funeral, Kate hizo una broma, diciendo que necesitarían dos cajas juntas para que Sara cupiera perfectamente, el grupo completo se rió a carcajadas, lo sé porque Cara me lo contó, ella es un año mayor que yo, después obviamente el profesor la escuchó y la suspendió tres días. Nos despedimos de las dos chicas en un rápido saludo y nos vamos, siento que estoy casi corriendo.

— ¿Tú sabías que Kate y Alex estaban saliendo? — Le pregunto a Cara cuando veo que hay suficiente espacio para que Kate no nos escuche.

— Todos lo sabían, incluso tú. Casi te da un ataque cuando los viste agarrados de las manos. — Me responde Cara, con su voz dulce, está caminando a lado izquierdo mío. Me cruzo de brazos y quiero golpear a mi cerebro por no recordar absolutamente nada. Miro hacia el césped, tratando de recordar, forzando a mi cerebro a que lo haga. Pero no me responde.

— ¿No lo recuerdas? ¡¿Perdiste la memoria?! — Se para en frente de mí, bloqueándome el camino, tiene una cara de espanto.

— ¡Sí lo recuerdo! Es sólo que no quiero volver a recordarlo ¿Entiendes? Me partiría el corazón yo misma. — Miento, haciendo una carita de perrito triste.

— ¡Entonces si te gustaba! — Me grita en la cara, vuelvo a reproducir las palabras en mi mente y sé que hable de más, "Me partiría el corazón yo misma", ¿En serio dije eso? Tanta dulcera me daría diabetes ahora mismo.

— ¡No! — Pero ya no puedo volver atrás, no puedo retirar lo dicho. — Bueno, tal vez me gustaba, ¡Pero solo un poco! — Digo levantando las cejas y con el dedo índice amenazándola de que no

me moleste más. Ella se ríe y desbloquea mi camino, estamos casi en la puerta de la casa de Alex.

Es una puerta blanca y brillante como las de mí casa, sólo que esta es doblemente más grande de lo ancho, tenemos que subir tres escalones y luego tres pasos más para estar a la altura de la puerta, alrededor de la puerta están los márgenes de vidrio con diseño, en la parte superior de la puerta está formado en arco, y en el pasillo de la puerta hay un pequeño sillón colgante para dos personas, con cojines azules y blancos. También hay dos macetas colgantes de colores claros en la orilla de la antepuerta.

=====

## Capítulo 8.

Entramos a la enorme mansión, los pisos son de colores blancos brillosos y un poco resbaladizos al tacto del zapato, entra mucha luz, y veo que hay ventanas enormes en los lados de la mansión, los cubre una delgada cortina blanca que transparenta un poco de lo que hay al exterior.

El cielo está despejado, y los rayos del sol penetran en la habitación, iluminando la mayor parte sin siquiera encender una lámpara, huele a limón y hay coronas de flores que combinan el olor a rosas con el aromatizante que nos recibe.

Miro al centro de la habitación, lo que probablemente era la sala de estar, es demasiado grande y espaciosa, hay una lámpara de cristal lujosísima en el centro de esta, hay unas pequeñas mesitas con manteles blancos pegadas a la pared con tazas de café limpias, también hay una cafetera con galletitas cuadradas y circulares con relleno de fresa, lo sé porque una esta mordida y fue dejada ahí mismo, supongo que fue uno de los niños que estaban corriendo por el césped hace un momento.

Cara casi corre a la mesita de las galletas y toma una. Niego con la cabeza.

Camino un poco más adentrándome a la misma habitación, hay un ataúd con cuatro velas en las esquinas, y hay una corona de flores enorme en la parte superior del ataúd. Una de las dos ventanas del ataúd está abierta. Pero no logro ver nada desde aquí. Las personas que están paradas no me dejan ver, bloquean mi vista y no quiero acercarme demasiado.

—Cara... — La llamó en un susurro. Ella aún sigue comiendo galletitas. La vuelvo a llamar, haciendo señas de que se acerque. Ella pone los ojos en blanco y guarda tres galletitas en su bolso. Le doy una mirada de irritación.

Se acerca a mí, arrastrando casi los pies, le señalo discretamente el ataúd con los ojos y ella lleva su mirada hasta donde le señale y ve el ataúd.

— ¿Deberíamos acercarnos?

—No lo sé, podríamos, pero esta gente me da mala espina. Y no queremos llamar la atención. — Digo mirando a las personas finas que se encuentran en la habitación.

—Hay que acercarnos, nadie está mirando. — Dice. Y observo mejor, y veo que las personas no le toman importancia al ataúd y mucho menos ver quien se acerca a él, charlan con las personas que están enfrente de ellos, o a un lado.

Ya ni siquiera escucho a las personas que estaban llorando.

—De acuerdo. Nos acercamos un poco más, caminamos derecho al ataúd con pasos cortos y silenciosos que gracias a Dios no llamamos la atención, cuando estamos demasiado cerca, nos acercamos. Estamos en la ventanilla abierta.

Lo miramos sin decir nada, hemos visto personas muertas, en su respectivo ataúd, como a Sara, y a mí abuelo hace siete años, murió por la edad. Ya he visto personas en esa situación. Pero esta vez no dejo de sentirme inquieta cuando veo el ataúd muy cerca de mí, es como si me diera miedo estar ahí algún día. O tal vez me inquieta que Alex sea el que está ahí.

Cara rompe la tensión.

— ¿Así lucimos todos cuando estamos muertos? —Pregunta en un susurro.

—Tú no estás muerta. — Le respondo. Miro la piel pálida de Alex y me da un escalofrío.

—Quiero decir, cuando yo muera, ¿Voy a lucir así?

—Tal vez. Obviamente no como él, serás otra persona, puedes quedar diferente físicamente, pero hay una cualidad importante que todos los muertos comparten.

— ¿Cuál? — Me pregunta en susurro mientras recarga sus manos en la segunda ventana que está cerrada, ruede los ojos, y ruego a Dios que Cara tenga un poco de lógica.

—Que no tienen vida. Y ya no pueden respirar. — Ella se queda callada, y sé que la ofendí un poco por mis palabras frías, pero no me disculpo esta vez. Me quedo mirando el rostro de Alex y es justo como lo imagine.

Lleva un traje blanco, con un moño del mismo color alrededor del cuello y una camisa abotonada hasta el cuello, tiene las manos juntas en su pecho con un rosario de madera en medio de sus manos pálidas, incluso más pálidas que mi piel, esta con el cabello castaño desordenado, pero limpio. Los labios están blancos y cerrados, los ojos están cerrados, los noto un poco más grandes que lo normal. Su nariz delgada y fina está más blanca que nada, y no hay ni un solo movimiento de su cuerpo.

Esta tranquilo, como si estuviera durmiendo.

Lo miro un poco más, mirando cada detalle de su rostro, cada centímetro. Sus cejas son gruesas y sus pestañas son casi enormes. Tiene un diminuto lunar a lado de su ceja izquierda. Su piel es limpia y por lo que se puede ver desde aquí, demasiado lisa y suave. No tiene ninguna marca de acné. Ni nada de eso.

Siento que una cuerda se aprieta en mi estomago. ¿Por qué no te recuerdo Alex Crowell? ¿Fuiste

muy importante para mí?

— ¿Hanna?

— ¿Sí?

— ¿Tú crees que haya un baño por aquí? — Me dice con preocupación. Tiene una cara de sufrimiento mientras se masajea el estómago. —Creo que las galletas me hicieron daño.

Me río y le hago una seña de que me espere. Esta a lado de mí dando pequeños saltitos de niña mientras está cruzando los pies. Me alegro de que yo no haya comido ninguna galletita.

"Descansa en paz, Alex Crowell, y déjame en paz a mí también." Digo mientras miro el rostro de Alex.

Y de pronto me guiña un ojo.

Doy un brinco hacia atrás por inercia, abriendo los ojos tanto como puedo.

—Me guiño un ojo... — Digo de repente, casi susurrando.

— ¿Qué? — Me dice Cara mientras baila a lado de mí.

—Me guiño un ojo... él... Alex. — Digo repitiendo, Cara me mira sin entender.

—Dios Hanna, ¿Estás loca? ¿Cómo te va a guiñar un ojo, si esta muerto? — Me dice mientras baila con brinquitos, su voz suena desesperada, su urgencia de buscar un baño es angustiante.

—Lo juro, el me guiño un ojo, no estoy loca, ¡Lo vi! ¡Me guiño! — digo gritando histéricamente, las personas me miran de nuevo, estoy haciendo un show, sacudo la cabeza y considero lo que

estoy haciendo y diciendo, de verdad me debo de ver como una loca.

¡Pero lo vi! ¡ÉL ME GUIÑO! ¡ABRÍO LOS OJOS! ¡¿Y SI ESTA VIVO?!

—Hanna, vámonos... — Sentencia Cara susurrándome, mirando alrededor, disculpándose con las personas. Sé que tiene razón. Lo único que no quería era llamar la atención.

Asiento confundida, y miro de reojo el ataúd. Me sorprende porque sigue igual que antes, con los ojos cerrados, sigue pacífico y... muerto.

Considero la idea de estar loca. Pero sé que no lo estoy.

=====

## Capítulo 9.

Subimos unas escaleras divididas en dos partes que llegan al mismo lugar, en medio de las escaleras hay una mesa con un mantel de tela gruesa de color beige, en medio de la mesa hay un florero de vidrio con diseño japonés que tiene muchos colores combinados, pero no puedo distinguir lo que forma, parece un dibujo sin forma, desde lejos puede verse bastante caro. Adentro de este hay rosas blancas, con pétalos enormes, pero el olor no penetra la enorme habitación, huele a limón, igual que la anterior habitación.

Encontramos un baño y Cara entra sin pedir permiso, entra casi corriendo que sus pies se revuelven y casi cae.

La espero durante dos minutos y comienzo a aburrirme, un flashback del rostro de Alex guiñando un ojo aparece en mi mente, y me cuestiono sobre por qué Cara no logro verlo y yo sí, me parece bastante aterrador ver a un muerto guiñando un ojo, justo en su funeral, y no puedo creer que me este pasando a mí, de tantas personas que hay.



La idea de ver a un muerto me aterra, ni siquiera me imagino, se que si alguna vez veo alguno, probablemente me de un infarto.

Presiento que voy a tener pesadillas si no me voy de aquí. La mansión no me aterra, me aterra lo que pudo pasar aquí.

— ¿Cara? ¿Te atoraste en la taza?— Toco la puerta del baño y sonrío cuando le pregunto. Quiero distraerme.

—Deja de molestar, Hanna, no es gracioso, ¡No vuelvo a comer en mi vida!— Me gruñe desde el otro lado de la puerta. Niego con la cabeza aún sonriendo.

—Te morirías si no comes.

—Pero no sufriré de un dolor estomacal. — Dice con sufrimiento. Me río. Y vuelvo mi mirada al pasillo. Algo me pica en el cuello y la piel se me pone de gallina, me rasco la nuca, y miro a mi alrededor, no hay nadie en el pasillo y luce silencioso.

— ¿Vas a tardar? — Pregunto rompiendo la tensión que me invade.

— ¡Ya casi salgo! ¡No te vayas!— Grita quejándose. Sé que va a tardar, porque las mujeres siempre decimos lo mismo. Una vez que entramos, nunca salimos, literalmente.

Un minuto después comienzo a inquietarme y me desespero, empiezo a caminar de un lado a otro jugando con mis dedos inquietos y centro mi mirada a una puerta blanca hasta el fondo.

Me pica la curiosidad. Dudo si decirle a Cara que regresaré en un momento, pero no le digo nada, sé que está sufriendo en el baño. He pasado por eso.

Camino hacia la llamativa puerta, doy unos cuantos pasos silenciosos y cinco segundos después

estoy enfrente de la puerta. Giro la perilla.

La puerta no hace ningún ruido, ni siquiera rechina, entró despacio, esperando no encontrar a alguien adentro. Me sorprende al entrar.

Es una habitación grande con baño incluido, y limpieza total, hay una cama con edredones de color azul rey ya hecha y sin ninguna arruga, en las paredes hay pósters pegados de carros, pero no hay muchos, los cuento y solo son tres, yo no sé de autos, los puedo distinguir solo por; Carro, camioneta, camión y tráiler.

Pero si se de colores, uno es color rojo, el otro es azul, y el último es uno negro, parecen ser autos bastante caros. También hay dos estantes flotantes de color blanco, « ¿Es que son fanáticos del blanco? », están uno arriba de otro, encima de estos hay cuadros con fotografías y lo que parece ser una colección de autos pequeños de distintos colores y tipos, puedo reconocer a la persona que está en la fotografía.

Es Alex.

Toco la foto con mis dedos temblorosos. Lo miro durante unos segundos y no puedo creer que alguien tan joven haya muerto, sin vivir la mayoría de su vida. Alex, es guapo, tiene la piel blanca, pero no tanto como la mía, y sus ojos miel resaltan con el suéter que lleva, parece ser una foto del colegio.

— ¿A qué soy demasiado guapo?— Escucho una voz detrás de mí. Recuerdo que deje la puerta abierta. Ruego por que no sea algún familiar enfadoso. Pero reproduzco la pregunta. Un familiar no diría la pregunta en primera persona cuando estoy viendo la foto de Alex.

Me giro lentamente apretando los ojos en los primeros 90°, después sigo girando los otros 90° ahora abriendo los ojos. Cuando he girado los 180° parpadeo.

Me encuentro con el mismísimo Alex Crowell. En carne y hueso. O eso es lo que creo.

En ese momento no sé si gritar, correr, o golpearlo.

« ¿Podré golpearlo? »

Lo miro directamente a los ojos quedándome hipnotizada por el temor. Es aquí cuando me debe de dar el infarto. Pero no me pasa, solo me quedo ahí mirándolo en estado de shock, sin saber qué hacer.

«Estoy soñando, no es real, él está muerto, no puede ser real, los fantasmas no existen»

Trato de convencerme a mí misma sin poder moverme todavía, es como si me hubiera quedado congelada y pegada en el piso y no tuviera movimiento en ni un solo músculo de mi cuerpo.

«Grita.»

Me digo en mi mente, pero no puedo siquiera mover la boca, no puedo producir ni un sólo sonido, ni siquiera un gemido.

—Oh, es este el momento en dónde quedas en shock por ver a un fantasma, entiendo, tomate el tiempo que quieras. Sugiero cinco segundos, no hay mucho tiempo.

Lo miro perpleja, esta justo enfrente de mí y tiene un aroma familiar. Me resulta extraño la manera en la que me habla, demasiado pacifico y calmado. Muevo la cabeza y visualizo la puerta. Esta abierta. Es como si viera la luz de un túnel. Mi salida.

—Uno... Dos... Tres... —Cuenta despacio, su voz suena ronca. —Cuatro... Ahora sí tomo en cuenta el mensaje de Alex y al tiempo que dice "cinco" corro por mi vida. Doy a penas un paso y enseguida siento una mano presionando mi brazo. Su mano me detiene.

—Bien, respira y cálmate. No me iré y tú tampoco.

— ¿Eres un...? ¿Un fantasma?— Logró decir con voz horrorizada. Suelta su agarre de mí brazo y

se sienta en el colchón, ¿Como pudo tocarme? ¿No se supone que los fantasmas atraviesan cosas?

—Algo así, ayer intente colarme a la ducha de mi vecina, un gran error por cierto. — Se ríe un poco. —Me vio y se asusto, pensé que no me veía, porque, tu sabes... estoy muerto. — Dice sonriendo alzando las comisuras de sus labios, abro los ojos tanto como puedo y me horrorizo. Trago saliva y ve mi cara de preocupación. ¿Los fantasmas pueden hacer eso?

—Estoy bromeando. Me relajo un poco en cuanto escucho sus palabras, es bueno saber que los fantasmas no pueden verme mientras me ducho.

— ¿No deberías estar en el cielo? — Pregunto.

—Es lo mismo que me pregunto yo. — Dice mientras se rasca la ceja izquierda. Noto cierta confianza en su voz, y en él, no parece querer hacerme daño, o asustarme. Respiro.

— ¿Tú enviaste los mensajes?

—Sí.

— ¿Por qué? Es decir, ¡¿Por qué a mí?!— Gritó.

—Creo que es mejor que guardes silencio, pareces una loca hablando con nadie. — Su cabeza me señala a la puerta y hay una mujer parada en frente de ella, me está mirando. Genial. Estoy hablando con un fantasma. Pienso con lógica y sé que ella no lo puede ver.

—Yo... Necesitaba hablarle. Lo extraño mucho. — Miento mientras actuó como una protagonista de telenovela cuando cree que su vida amorosa es una basura. Juego de nuevo con mis dedos esperando que comprenda mi mentira.

—Oh, cariño. Lo siento. — Me da una mirada de lastima y se va. Me apresuro a cerrar la puerta. La cierro y pongo el seguro. Necesito que me responda porque está aquí. Me da miedo estar

hablando con una persona muerta y me siento una loca hablando con un fantasma, con algo que siempre negué, que nunca creí, pero, ahora que lo veo, sé que es real.

Me pellizco para confirmar que no estoy en un sueño, me duele cuando lo hago, y no pasa nada, sólo me aparece una marca roja en el brazo, justo donde me pellizque. Me giro, y de nuevo ahí esta Alex, sentado en el colchón.

—Tenemos que hablar sobre muchas cosas. — Me dice con seriedad, yo solo asiento.

Me siento como si estuviera hablando con una persona normal, pero no dejo de sentir miedo.

=====

## Capitulo 10.

— ¿Por qué yo? — Es la única pregunta que logro formular en ese momento.

— ¿Por qué tú?— Me responde con otra pregunta.

—Sí. — Contesto con voz audible y temblorosa. Es increíble que esté hablando con un fantasma. Ni siquiera me lo creo.

—Yo... — Respira lentamente. Su pecho se infla pareciendo más fuerte y alto todavía, después se desinfla volviendo a su postura normal, esta encorvando una vez que ah exhalado. Me pregunto mentalmente como es que puede hacerlo si se supone que ya no tiene vida. ¿Los fantasmas son almas no? ¿Pueden respirar todavía?

— ¿Tú qué?— Pregunto desesperada. Quiero respuestas claras. No respuestas con preguntas.

—No lo sé. No sé porque tú. Ni siquiera sé porque yo. — Enlaza sus dedos delgados apoyando los codos en sus piernas. Agacha su mirada, mirando a sus zapatos.

— ¿Qué quieres decir? ¿Solo viste mi perfil y decidiste que era la indicada? — Digo con indignación. — ¿Qué me debías torturarme a mí ya que tú no pudiste llegar a tu descanso eterno?, Porque lo lograste, no he podido conciliar el sueño, y te la pasas asustándome. Me siento vulnerable.

—No, Hanna. — Dice. — ¿Sabes? Hace dos días desperté normalmente, me duche y me arregle para ir al colegio, hice mi rutina diaria, ya sabes, desayunar, arreglar mi uniforme, preparar mi mochila, saludar a mi madre, y todo eso, pero ocurrió algo raro, ella no me saluda. Fue muy raro porque siempre lo hace. Siempre me daba los buenos días. — Se traga el nudo que hay en su garganta. Apenas puede hablar, parece que en cualquier momento se soltara a llorar. —Pensé que estaba enojada conmigo, tal vez había llegado tarde la noche anterior y no lo recordaba, probablemente había bebido demasiado y por eso tenía ese insoportable dolor de cabeza, así que solo me fui al colegio, cuando llegue, todos parecían... Diferentes. Yo los saludaba, pero ellos me ignoraban. Parecía que era un fantasma, que no estaba ahí. — Ríe irónicamente y se a lo que se refiere. Debe de haber sido terrible despertar y darte cuenta que estás muerto.

—Lo siento. — Digo. El levanta la cabeza y me mira. Me enderezo poniéndome recta y también levanto la cabeza un poco más, mirándolo.

—Es la primera vez que un humano le dice "Lo siento" a un muerto en persona. — Dice casi sonriendo. Los dos nos reímos, es una risa tensa y dolorosa.

«En verdad lo siento, Alex.»

—No puedo responderte Hanna, no sé porque tú. Es como si tuviera una conexión contigo. Siento que tú me puedes ayudar.

— ¿Ayudar? ¿A qué? — Digo con voz confusa.

¿En qué puedo ayudar a un fantasma?

—Sí, veras, ayer estuve hablando con alguien y él...

— ¡Espera!, ¿Hablaste con alguien más?, ¿Puedes comunicarte con otras personas? — Lo interrumpo. Él niega con la cabeza.

—Es un fantasma, también. No puedo comunicarme con nadie más que no seas tú. Estoy vinculado a ti, Hanna, déjame explicarte para que entiendas. ¿De acuerdo?

— ¡¿Hay más fantasmas?! ¡¿Como que vinculado a mí?! Quieres decir que, ¿Soy un como un imán atraído por ti?, yo... Yo... No entiendo. — Juego con mis dedos exaltándome. Otra vez estoy sudando.

—Sí, hay demasiados fantasmas, donde quiera. Pero eso no importa tanto ahora. —Habla rápidamente mientras se levanta caminando hacia a mí. —Uno de ellos me explico que cuando una persona muere queda conectado con lo que siempre quiso o algo que nunca pudo conseguir, o simplemente se van al cielo, o al infierno. Depende de la persona. Al principio me pareció una tontería, pero después le creí, el estaba conectado a un árbol, un árbol en donde siempre estuvo sentado cuando el sol salía, me dijo que lleva varias décadas ahí, sin saber qué hacer, no recuerda porque está ahí, y porque no solo partió al cielo. Llegue a la conclusión de que estoy vinculado a ti, con un propósito. Ése fantasma tenía un propósito que probablemente olvido, y ahora es un alma perdida. Esta condenado a estar aquí.

— ¿Y tú quieres que yo...?

—Quiero que me ayudes. Lo estuve pensando y sé cuál es mi propósito. — Dice casi saltando, como si se hubiera ganado la lotería. Puedo ayudarlo, probablemente sea buscar algún tesoro que dejo por ahí, o despedirse de su madre, o de Kate.

— ¿Y cuál es tú propósito? — Pregunto. Me mira seriamente. Su cara esta pálida y puedo ver a través de sus ojos que teme de algo.

—Quiero que me ayudes a saber quien me mato. — Suelta.

De inmediato estoy negado con la cabeza.

— ¡Oh no, no, no! ¡Y no! ¡No puedo ayudarte a eso! ¡Búscate a un maldito detective!

—Por favor, Hanna. — Me ruega con voz desesperada. No puedo acceder a eso. No puedo involucrarme a un asesinato.

— ¡No puedo ayudarte! ¡Lo siento! — Grito y temo que alguien pueda escucharme.

—No puedo hablar con nadie más, nadie me puede ver, ni escuchar, estoy desesperado, no puedo vivir como un fantasma, no quiero olvidar mi propósito y estar condenado a estar aquí por el resto de la eternidad. — Suena desesperado incluso comienza a dar vueltas por la habitación moviendo las manos mientras habla.

— ¿Es que no lo recuerdas? ¿No recuerdas quien te mato? — Niega con la cabeza indignado.

— ¿Te escuchas?, ¡No me he acostumbrado a estar muerto! ¡No es tan fácil!

—Perdón. — Susurro. Lo veo y siento que está perdiendo la cabeza, que debe estar en un momento difícil.

—Alex, cálmate. — Trato de tranquilizarlo. Él corre hacia a mí y me toma de los hombros con fuerza. Chillo.

—Hanna, ¿Tú me conocías? — Sus uñas se entierran en mi piel y me duele. Su mirada me da miedo.

— ¡No lo recuerdo!, ¡No te recuerdo! — Unas lágrimas caen por mi mejilla. Estoy llorando. Sus ojos están tan abiertos que parece un loco.



—Hanna, esto tiene que ver contigo también, tengo el presentimiento que tu estas involucrada. Sino ¿Por qué no me recuerdas? — Su teoría tiene lógica, lo que dice encaja perfecto con su "propósito", me pregunto si es que estoy realmente involucrada y me asusta siquiera pensarlo. No puedo adentrarme a un misterio que no me corresponde. En un momento desesperado, le creo.

— ¿Estás diciendo que estoy involucrada con tu asesinato?— Mi voz suena asustada. Alex asiente con sus ojos desorbitados, sus uñas siguen en mis brazos, presionando aún más fuerte.

—Tienes que ayudarme, por favor. — Me suplica. Y quiero decirle que sí, pero no puedo. No sé como lo haría. No soy un maldito detective.

— ¿Tú crees que yo pude haber visto cuando te asesinaron? — Pregunto gimiendo. Se relaja y su cuerpo se aleja unos pasos liberándome de su agarre. Me relajo un poco. Y me doy suaves masajes mis brazos. Aún puedo sentir sus uñas en mi piel.

Otras preguntas surgen en mi mente, ¿Qué no se supone que los fantasmas atraviesan cosas? ¿No sé supone que no pueden tocarnos? Descarto todas mis ideas sobre los fantasmas, no son como los imaginaba de pequeña. No son como los describen en los libros.

—Creo que estabas en el lugar equivocado, en el momento equivocado. Algo en mí me dice que tú estabas ahí.

—Alex...

—Estaré esperando tu respuesta, Hanna. — Suena torturado. Y sé que es la decisión más difícil que he de tomar en mi vida. Incluso siento que estoy en un sueño irreal en el que jamás podré despertar, ¿Cómo demonios es que puedo hablar con un fantasma? Quiero volver el tiempo y jamás haber escuchado el nombre de Alex Crowell. Quisiera estar en mi habitación sentada frente a mi computadora, ignorando al mundo exterior. Sin estar relacionada a un asesinato que desconozco. En el que estoy "supuestamente involucrada". Quiero que mi vida vuelva a ser normal, volver a mi vida diaria. Pero como cualquier ser humano, tengo curiosidad. Estoy picada en curiosidad por saber porque no recuerdo a Alex. Es demasiado extraño. Yo también tengo ese presentimiento. Sé que estoy involucrada de alguna u otra forma.

—No necesitas esperar. — Tomo aire y suelto despacio. — Te ayudaré.

=====

## Capítulo 11.

—Por Dios, Hanna, ¿En serio?— Sueno animado. Esta casi sonriendo.

—Sí. — Afirmino con cautela. —Yo también tengo ese presentimiento, siento que yo estaba ahí..., en ese momento, porque no recuerdo haberte visto jamás en mi vida, Cara me dijo que no te quitaba la mirada de encima, me parece demasiado extraño no recordarte, ni haberte visto, es como si me hubieran borrado la memoria, lo cual es una locura. ¿Tú tampoco lo recuerdas? Es decir, ¿Tu muerte?—Pregunto con interés, los rayos del sol iluminan su rostro haciéndolo ver todavía más blanco, igual que la harina. Parece aturdido y confuso por lo que le ha pasado, y lo comprendo, si yo estuviera en su lugar estaría paranoica, muriéndome del miedo.

Aunque obviamente ya estaría muerta.

—No, no recuerdo nada de ese día, puedo recordar lo que comí hace una semana, lo que hice y a qué hora lo hice, puedo recordar haber ido a la biblioteca hace dos semanas fingiendo hacer tarea, puedo recordar lo que una persona viva puede. Pero... Ese día..., es imposible, es como si intentará recordar algo en donde nunca estuve, como esas veces en las que recuerdas que olvidaste algo, pero no sabes que es. Es mucho peor que tener Alzheimer. — Dice con horror mientras sus ojos miran hacia la fotografía que estuve tocando un momento antes de que me diera un susto tremendo. Parece que en cualquier momento va a explotar.

—Debe de ser horrible.

—Lo es. — Hay un silencio cómodo cuando ninguno de los dos no dice nada.

—Así que... ¿No me quitabas la mirada de encima eh? — Corta el silencio con su pregunta que considero estúpida.

— ¡Ni de chiste! ¡Yo creo que me mintió porque yo no vería a alguien como tú! — Se ríe a carcajadas.

—Si no estuviera muerto, tendrías posibilidades. — Ahora yo soy la que se ríe a carcajadas.

—No es una historia de amor Alex, ni siquiera sé quién eres. — Ambos ponemos cara de seriedad, pero después nos reímos suavemente. No veo a Alex de esa manera.

Hay algo en el que me llama la atención de él, pero no sé que es. Me pongo a pensar quien haría tal cosa y con qué propósito, nadie asesina a alguien por nada. Ni siquiera sé que hacer, ¿Cómo voy a descubrir a un asesino, si Alex no recuerda nada? ¿Si no hay sospechosos aún? ¿Si la policía no pudo averiguarlo, por qué yo sí?

— ¿Cómo es que te ayudaré? Yo no sé nada de criminología. No sé cómo ayudarte. — Mi voz suena desilusionada. Él tuerce la boca y sé que está de acuerdo conmigo, es una misión imposible.

No podremos.

Como es que una chica de dieciséis años sin una carrera profesional, con pocos conocimientos junto con un fantasma que apenas conoce y que no lo recuerda cuando estaba vivo, van a descubrir un asesinato y a un criminal, si de por sí, tan sólo decirlo suena bastante loco e increíble.

Alex me da cierta confianza aunque no lo conozco, es como esa clase de persona que te sonrío en la calle y sabes que es una persona amable, y pasiva, en los últimos minutos que hemos estado hablando puedo comprender su "Situación", puedo sentirme tan horrorizada como él.

Hemos estado hablando como por quince minutos, y sé que Cara debe de estar como una loca buscándome, pero sé que esto es más importante y que Cara sabrá que hacer.

Por lo de "loca", creo que el termino me quedaría mejor a mí. Nunca creí hablar con un fantasma.

—He visto esas películas de criminología, podríamos buscar sospechosos, investigar en Internet, no sé... — Se mete un dedo en la boca y comienza a morderse la uña. Igual como lo hago yo. Puedo asegurar que está nervioso.

Me dan escalofríos al pensar en el Alex del ataúd, y en el Alex que está en frente de mí.

—Podríamos hacer una lista de personas cercanas, las sospechosas, las que estuvieron contigo unos días antes, nos serviría para buscar pistas, también hay que hacer interrogatorios leves con las personas que te odiaban... — Me mira con cara de pocos amigos. Como si su ego estuviera por lo alto. — ¿Qué? — Pregunto sin entender levantando una ceja.

— ¿Tú crees que alguien me odiaba tanto como para matarme? — Pregunta con miedo. Se mueve intranquilo en la habitación mordiendo aún su uña.

—Claro que sí. Por más que trates de caerles bien a las personas, siempre habrá alguien que te odie, tanto como para matarte.

—Gracias. — Dice con sarcasmo. Levanto las manos en el aire.

—Oye, estoy tratando de ser realista. Ayúdame un poco ¿Quieres? — Dejo caer mis manos a los costados, cuando chocan con mi cuerpo es el único sonido que hay en la habitación.

—De acuerdo. Pero aún no supero mi muerte. — Me dice con advertencia, capto su mensaje y sé que debo de ser más amable con su muerte no superada.

—Alex, no puedo estar más tiempo aquí, debo irme.

—Bien. Te veré más tarde.

— ¿Cómo? ¿En dónde? — Últimamente no entiendo nada.

—En tu casa. Hoy mismo, soy un fantasma, si te preocupa tu madre, nadie más puede verme ni escucharme. Solo tú.

—Ya. Ni lo digas que mi ego subirá a lo más alto y me creeré especial. Porque puedo ver a los fantasmas y soy una persona con un Don importantísimo. — Digo con optimismo y con voz fastidiosa como la de Kate. Me siento una diva cuando lo digo y me juro a mi misma que no lo haré de nuevo.

—No tienes un Don. Sólo me puedes ver a mí, Hanna. — Dice burlándose de mí, está casi riendo. Pongo los ojos en blanco.

— ¡Arruina ilusiones!— Me río. Y es una risa extraña. Una risa que ni yo misma reconozco.

—Intentare investigar un poco por aquí, tal vez alguien suelte la sopa. Aunque es un poco terrorífico y escalofriante ver mi cuerpo en un ataúd cuando paso por la habitación, me dan escalofríos a mí mismo.

—Sentí lo mismo. Es un escalofrío... Extraño. — Concuerta conmigo asintiendo. Busca mis ojos y cuando los encuentra me da una mirada de agradecimiento.

—De acuerdo, te veo en un rato.

—Mi casa está en...

—Hanna, sé donde es. — Susurra y asiento. No me parece raro, porque estuvo ahí hace poco,

asustándome.

—Bien. Hasta un rato, entonces. — Me doy la vuelta, y camino hacia la puerta, quito el seguro y siento la mirada de Alex sobre mí. Abro la puerta, me giro de nuevo dando una última mirada por la habitación y ya no hay nadie. Salgo de la habitación con flashes del rostro de Alex.

Cierro la puerta y me voy.

=====

## Capítulo 12.

— ¡Hey Hanna! ¿En dónde has estado? ¡Te he estado buscando como loca!— Escucho detrás de mi espalda un grito de una voz que reconozco mientras camino por el pasillo, la puerta del baño está cerrada. Me giro y me encuentro con el rostro joven y bello de Cara.

En serio, esa chica parece una modelo con tal cuerpo, es un año y medio mayor que yo, pero parece casi cinco años mayor.

—Estuve dando vueltas por ahí. — Respondo justificándome, aunque sé que es una mentira pero en parte es verdad.

De pronto da un saltito misterioso. Estoy segura que ni siquiera escucho mi respuesta.

— ¡A qué no sabes a quién me encontré! — Camina hacia a mí, tiene una cara de sorpresa. No parece una pregunta, es más bien como una pregunta preguntada como una exclamación.

— ¿A quién? — Pregunto con interés. Me imagino la respuesta y estoy segura que tiene que ver con un chico guapísimo O el chico guapísimo que le gusta. Esta a un paso de mí, cuando lo da, me giro nuevamente y seguimos caminando para bajar de piso. Cara Camina a lado de mí con paso lento. Parece ansiosa de contarme.

El pasillo esta forrado por una alfombra demasiado blanca y brillante, no hay ninguna mancha en ella, y me sorprende que ni siquiera las manchas de las suelas sucias de nuestros zapatos queden marcadas, al parecer es una alfombra demasiado delgada, y parece que debajo de ella el piso es de madera, los rayos del sol entran por todos lados, iluminando cada rincón de este, dándole más color a las cosas, dándole un poco más de vida, haciendo ver al pasillo como un camino hacia el Cielo.

— ¡A nada más y nada menos que aaaa...! — Hace una pausa de suspenso y mientras dice la letra "a" su boca se mantiene abierta durante varios segundos pronunciando la vocal con diferentes tonos de volumen. Como si la estuviera cantando. — ¡A tú mamá! — Suelta.

Abro los ojos como plato.

— ¿Qué? ¿No será otras de tus mentiras? — Entrecierro los ojos.

—En serio. Ella está aquí. La vi cuando te fui a buscar. — Dice con seriedad mientras mueve los brazos con brusquedad cuando camina.

— ¿En serio? — Pregunto de nuevo. Es muy raro que mi madre conozca a los Crowell, es decir, lo comprendería porque ella es la Directora del colegio. Y tal vez se entero de la muerte de Alex, y está aquí para dar el pésame a la familia.

—Sí. — Me afirma sacudiendo la cabeza de arriba abajo.

— ¿Qué raro, no crees?

—Sí, pensé lo mismo. Pero, ya sabes, como es la Directora, tal vez debería de estar aquí, ¿no?,

de todos modos, creo que ya se fue. — Concuerda con mi pensamiento.

Tuerzo la boca mientras nuestros pasos hacen eco en el pasillo abandonado.

La pregunta aquí es ¿Por qué no me lo dijo?

—Sí, tal vez es eso. ¿No lo conocía? Es decir, a Alex, ¿Tú compartías una clase con él, no? —  
Le pregunto mientras cruzo mis brazos.

—Sí, sí lo conocía, por eso mismo pienso eso. Debe de venir a dar el pésame. — Asiento pensando lo mismo que ella. Pero no estoy de acuerdo en que no me haya comentado nada. Ella siempre me cuenta todo. De todos modos, no le doy importancia porque sé que son asuntos de su trabajo. Aunque se lo preguntare más tarde de cualquier manera.

— ¿Una carrera?— Pregunta cuando estamos en medio de las dos escaleras curvadas.

—Sabes que te gano. — Le digo con egocentrismo.

—Yo soy la deportista aquí. — Me reta.

—Pero no eres tan rápida para bajar como yo. — Ahora la reto yo.

— ¿Es un reto Hanna Reeve? — Entrecierra los ojos y aprieta los puños en forma de pelea. Pero ambas sabemos que es una broma. Una actuación para divertirnos.

—Es un reto Cara Carter. — Le confirmo con una sonrisa de oreja a oreja.

Saco de mi mente la imagen de Alex. Y trato de superar la locura en la que estoy viviendo.

—A las tres...



—Uno. — Cuento.

—Dos. — Dice Cara y me muestra su dedo medio. Se coloca como un corredor y apoya sus manos al piso subiendo su trasero lo más que puede. Sacudo la cabeza riéndome.

— ¡Tres! — Gritamos al mismo tiempo, nadie nos puede escuchar a menos de que este a lado de nosotras. O tenga un micrófono por toda la mansión.

Bajamos por las escaleras por las que subimos y bajamos hechas un relámpago, yo por la escalera derecha y ella por la escalera izquierda.

Corro lo más rápido que puedo mientras bajo de dos en dos escalones, mis piernas son rápidas y delgadas, estoy segura que le voy ganando a Cara. Volteo hacia la izquierda y veo su cabello volando por el aire mientras sigue bajando las escaleras, estas tienen por lo menos treinta y cinco escalones, y Cara apenas ha recorrido diez, mientras que yo llevo quince escalones.

<< ¡Toma eso Cara!>>

Sonrió para mí misma.

Las escaleras están en curva, tienen por lo menos dos metros de distancia una con la otra, aunque permanecen unidas formando un balcón en medio de éstas, los peldaños y bandas laterales están hechos de un material que puedo reconocer, es mármol, la baranda está hecha de acero forjado artesanal, por lo de artesanal me refiero a que está formado con espirales en forma de flores.

En las mansiones suele haber una alfombra roja en medio de los peldaños, pero aquí no hay nada de alfombra, lo cual la hace lucir más elegante.

Y resbalosa.

Volteo mi rostro hacia delante, quitándole la mirada a Cara para poder seguir corriendo.

Pero algo me lo impide.

En cuanto giro mi cabeza para divisar el camino, algo me golpea fuertemente en todo el cuerpo que me empuja hacia atrás. Mi cuerpo tiembla y me tambaleo.

¿Qué fue eso?

Recupero mi postura, estoy aturdida por el golpe y sacudo mi cabeza en un movimiento rápido.

Observo que es lo que me impide el paso.

Es un hombre alto y viejo, de unos cincuenta años, tiene el cabello negro y algunas canas revueltas, tiene la nariz delgada y afilada, los labios son tan delgados que apenas puedo verlos, las comisuras de sus labios están más debajo que lo normal, es como si nunca hubiera sonreído, los tiene secos y partidos, puedo verle pocas arrugas en la frente y en los párpados que apenas puedo verlas de tan cerca que estoy. Seguro que usa esas cremas para no envejecer.

Lleva un traje negro, junto con una camisa azul cielo abotonada hasta el cuello, alrededor de su cuello está atada una corbata de un azul rey. Tiene una mirada fría y terrorífica.

— ¿Te perdiste, niña? — Me pregunta con voz seca y gruesa que me hace sentir las piernas temblar. Parece estar enfadado.

Es un hombre muy elegante y de buen porte. Con una expresión seca.

—No, es que yo estaba...

— ¿No te enseñaron a que no se debe correr por las escaleras? — Me interrumpe como si no le

importara mi respuesta. Recuerdo a mi madre gritarme "¡Hanna! ¡No corras por las escaleras!".

Su tono me hace sentirme inferior y el labio me tiembla cuando trato de articular palabra. Ese hombre me da miedo. Esta a dos escalones de mí y parece más bajo, pero no lo es. Puedo oler su aliento a tabaco y me dan ganas de toser y taparme la nariz, pero no lo hago.

— ¿Te corto la lengua el ratón? — Me pregunta con indiferencia. Su tono de voz comienza a molestarme.

—Estaba buscando a mi madre. — Respondo a la primera pregunta con voz temblorosa, aunque sé que no le importa, me pregunto si tratará así a todas las personas. O sí, por lo menos los conocerá.

— ¿Quién es tu madre?

—Emma Reeve. — Respondo directamente.

— ¿Emma Reeve? — Me pregunta sin ninguna expresión en su cara. Solo mueve la boca para hablar, pero no mueve ni un musculo más de su rostro. Es como si estuviera congelado.

—Sí. La misma. — Digo asintiendo. Me mira de reojo.

—Entonces, tú debes ser...

—Hanna Reeve. — Le interrumpo antes de que termine su oración. Junta sus cejas delgadas y plateadas y se le forman más arrugas en la frente. Su expresión cambia un poco y me mira como si fuera una persona con poderes o un ser mágico. Como si fuese algo... especial.

—Hanna Reeve... — Dice en un susurro que logró escuchar. Asiento de nuevo.

—Señor, debo irme. — Digo con voz suave y educada, quiero irme porque no me gusta estar aquí

y que me mire de esa manera, con esa cara de sorpresa que tiene.

—Me gustaría hablar contigo. — Su tono frío se suaviza y deja caer sus hombros, como si los estuviera manteniendo arriba de su cabeza durante mucho tiempo. Miro hacia abajo, por encima de su hombro para ver si Cara sigue ahí, pero no está. Se ha ido.

Que chillona.

Gira su mirada hacia donde esta mi mirada, para ver que hay detrás de mí, pero al comprobar que no hay nada vuelve a mirarme.

—Mi despacho es la primera puerta de la derecha. No te quitaré mucho tiempo. — Dice mientras levanta su muñeca y ve en su reloj de oro la hora. Puedo ver que es un reloj carísimo y brillante.

Me intimida la forma en que me mira y en la que me habla. Pero no parece querer hacerme daño.

Asiento sin mostrar ninguna emoción.

Me giro de nuevo y comienzo a subir los escalones que había recorrido mientras escucho sus pasos detrás de mí.

En los tres últimos escalones, me alcanza, sube los tres últimos escalones casi corriendo.

"¿No te enseñaron que no se debe correr por las escaleras?" Suena en mi mente su pregunta y niego con la cabeza. Que irónico.

Pero un momento después sé porque lo hace, es para abrirme la puerta de su despacho.

—Gracias. — Digo cuando entro recordando la educación que me dio mi madre. Él entra detrás de mí, y escucho como la puerta se cierra.

Es una habitación enorme, en el fondo hay tres ventanas enormes con cortinas gruesas de color blanco, cada una de ellas atadas en el centro con lo que parece una tirita color azul. Están abiertas y puedo ver absolutamente todo lo que me rodea. Incluso puedo ver un poco hacia afuera y hay puro césped.

En frente de las ventanas esta un escritorio de madera brillante, casi del tamaño de una mesa de cocina, entre la ventana y el escritorio hay una silla color negro que parece ser de piel, las patas de la silla son de metal y tienen ruedas al final de estas. En frente del escritorio hay dos sillones del mismo color, el piso es de madera colocado verticalmente desde mi ángulo, pero debajo de los sillones y del escritorio hay una alfombra color crema tan delgada como la tela de mi vestido.

En los lados laterales hay libreros enormes, con tantos libros que parece que va a explotar, hay libros delgados y gruesos, de tapa dura, enciclopedias, hay de todo tipo, excepto de los que me gusta leer a mí. Estos parecen ser libros antiguos que hablan sobre historia y economía. Los libreros están tan grandes que no dejan ningún espacio para mostrar la pared lateral, aunque puedo adivinar el color; Blanco.

—Es enorme. — Digo sin pensarlo. Mi voz suena emocionada.

—Y aparte es muy tranquilo. — Dice soltando un suspiro. — Siéntate, por favor, Hanna. — Me ordena. Suelo no recibir órdenes, y menos de una persona que no conozco, pero dijo "por favor", y estoy fascinada con el lugar, así que sólo me siento en el sillón, mientras que él se sienta en su silla que parece más cómoda.

— ¿Cómo estás? — La pregunta me parece un poco rara. Y lo nota.

—Mi nombre es George Crowell. — Se presenta. Estira su mano para apretarla con la mía. Le doy un apretón de manos suave y parece tensarse con mi contacto.

—Ya sabe mi nombre, señor Crowell. — Digo con educación.

Ahora que sé su nombre me pongo tensa también.

¡ES EL PAPÁ DE ALEX! ¿QUÉ LE DEBO DECIR? ¿QUÉ DEBO HACER?

"¿Lo siento por la muerte de su hijo, tenga por seguro que lo está cuidando?"

¡No! ¡No! ¡No!

—Siento lo de Alex. — Digo con voz dulce, sincerándome.

—Gracias. — Ahora que lo veo durante más tiempo, parece agotado y triste. Pero no lo muestra. Sus ojos no están rojos, ni hinchados. Parece un día cualquiera para él.

Pero yo sé que no lo es.

Recuerdo que cuando tenía cinco años, estaba sentada en un pequeño sillón rosa que me habían regalado en mi cuarto cumpleaños, estaba peinando a una de mis muñecas, cuando mi madre interrumpió en mi habitación, se acerco despacio a mí, y me pregunto que como estaba, le dije que bien, y le pregunte que como estaba ella. Me sonrió un poco. Y me di cuenta que no había brillo en sus ojos.

Deje mi muñeca en el piso, y le preste atención, porque aunque tenía corta edad sabía que algo iba mal.

Me miro por unos momentos sin decir nada. Ese día mi madre me dijo que mi padre había muerto y que tendríamos que mudarnos ya que la casa nunca nos había pertenecido. Ella parecía fuerte. En ese tiempo yo no sabía lo que era morir. Sólo me dijo que él se había ido de viaje a un lugar llamado "Cielo", pero que iba a ser un viaje largo, que probablemente nunca volvería. Pero que ese lugar era muy bonito.

Y me alegre por él.

Yo le dije que no se preocupara, que yo la cuidaría, pero que extrañaría a papá. Aunque se

hubiera ido a un lugar tan bonito sin llevarme.

Ella no lloró ese día, ni el siguiente, ni el que seguía, ni a la semana, ni al mes, nunca lloró.

Ahora que lo comprendo, sé porque no lloraba.

No quería verse débil y vulnerable ante los demás. Quería mostrarse fuerte ante su hija que no sabía nada de la ley de la vida.

Pero, por las noches, escuchaba que no dejaba de llorar. Yo creía que tenía pesadillas, pero no quería que ella lo supiera, porque entonces ya no podría llorar. Y no podría desahogarse. O al menos eso era lo que me decía mi amigo. Un amigo del cual ni siquiera recuerdo su nombre. Tenía un año más que yo, eso lo recuerdo, incluso recuerdo algunos de sus rasgos físicos. Cuando nos fuimos de la casa anterior, desapareció de mi vida. Nunca lo volví a ver.

— ¿Conocías a Alex? — La voz del Sr. Crowell me trae de nuevo al presente.

—No, bueno en realidad lo había visto en el colegio. Pero nunca habíamos platicado. —  
Recuerdo la plática de hoy con Alex y quiero gritarle a todo el mundo que he visto y hablado con un fantasma.

—Ya veo. Pensé que tenían contacto.

—No, en realidad solo vine porque una amiga mía iba en su clase y vine a acompañarla. —  
Suenas algo frío, y sé que dije las palabras incorrectas, ya adivino su siguiente pregunta "¿Así que sólo vienes a acompañar a tu amiga y ya?", pero no me pregunta, sólo asiente.

— ¿Qué hay de tu madre? ¿Emma, verdad?

—Sí. — Confirmando su nombre. — Ella estuvo aquí hace un momento, creo. Pero está bien, le diré que pregunto por ella.

—Déjalo así. — Me dice. — Escuche que es la Directora del colegio.

—Sí Sr. Crowell. Tiene un par de años. Pero le va bien a pesar de todo. — Las manos me comienzan a sudar. Me las limpio discretamente en la falda de mi vestido.

—Me alegro por ella.

—Gracias. — Le digo como si fuera para mí.

— ¿Cuánto tiempo hace que viven aquí? — Me incomoda su pregunta porque es algo personal y ¿Cómo es que sabe que nos mudamos?

—Hace diez años. — Respondo de todos modos. — ¿Por qué?

—Escuche algunos alumnos hablar de ustedes... Nada personal, Hanna. — Me dice, pero yo creo que es más personal que nada, así que sólo responderé a sus preguntas con monosílabos, o con las palabras mínimas posibles.

—De acuerdo, Sr. Crowell. — Digo.

—Solo George.

—Solo George. Bien. — Digo y suelta una pequeña risita demasiado gruesa y tensa, las comisuras de sus labios se elevan un poco. Me río junto con él.

¡Le hice reír!

—George. — Me vuelve a decir. Corrigiéndome.



—George. — Asiento, y me siento bien porque me dejo llamarlo por su nombre. Eso es algo que no me había pasado con un hombre tan fino.

Mira hacia los libreros durante unos segundos, tratando de recordar algo... Me mira en un rápido movimiento de cabeza. Quita la mirada de los libreros y los pone sobre mí.

—Te preguntarás por qué quería hablar contigo... — Trago saliva.

Se levanta de su silla y me pongo tensa, cada musculo de mi cuerpo se vuelve piedra. Siento los hombros pesados. Se quita su saco y lo pone detrás de su silla, colgándolo ahí.

Después me mira con ojos interrogativos, igual que mi madre. Se vuelve a sentar, desabotona los botones azules de la camisa de la muñeca derecha y se los dobla hacia arriba. Y luego hace lo mismo con la muñeca izquierda. Y en un movimiento lento sube sus piernas al escritorio mostrándome las plantas de los zapatos, cruza sus piernas y parece cómodo. Enlaza sus dedos, noto que hay un anillo de matrimonio en su dedo anular, parece tenerlo desde que se lo pusieron en el dedo. Gira la silla rodante con movimientos leves mientras esta encima de ella.

Se aclara la garganta y me mira directamente a los ojos.

— ¿Por qué estabas en la habitación de Alex? — Su voz hace eco en mi mente.

<<Habitación de Alex>>

<<Habitación de Alex>>.

<<Alex>> <<Habitación>>

Estoy en problemas.

=====

## Capítulo 13.

Mi cerebro procesa la pregunta, pero no procesa una respuesta. Mi voz no se oye, y no muevo la boca para hablar, ni siquiera para emitir un sonido mínimo.

Me mira molesto, con el ceño fruncido, esperando una respuesta que no puedo dar.

— ¿Y bien? — Pregunta. — ¿Qué hacías en el cuarto de Alex?

Es como si estuviera en un examen sin ningún conocimiento, se me olvida como pronunciar las palabras. Digo lo más estúpido que me llega a la mente.

—Mi arete se me cayó en la habitación y entre a buscarlo. — Digo y siento todos mis músculos tensarse, esperando que crea mi mentira.

¿O es que espera que le diga la verdad?

<<Estaba hablando con su hijo muerto, Sr. Crowell>>

— ¿Y lo encontraste? — Presiona sus dedos enlazados, como si estuviera listo para golpearme en cualquier segundo.

Dios, no debí venir. Nunca debió pasar esto.

—Sí, yo... yo lo encontré. — Digo tartamudeando con voz temblorosa. Nunca me había temblado tanto el labio.

—Me alegro que lo haya encontrado. Espero que no vuelva a pasar. — Dice sentenciándome hablándome de usted. ¿Dónde quedo el "tú"?

Asiento esperando que la conversación termine en cuanto antes y poder irme. Mis músculos se relajan un poco y suelto mis hombros. Están casi dormidos que apenas puedo levantarlos.

—No volverá a pasar. Perdona la molestia Sr. George. — Digo disculpándome. Pero no parece convencerle, hay algo que me quiere decir. Algo le preocupa.

—Estoy seguro que no volverá a pasar. — Quita las piernas de su escritorio y separa sus manos enlazadas, para después levantarse sin dejarme de ver. Volteo hacia otro lado.

Camina hacia a mí y escucho cada paso que da, haciendo eco por toda la habitación. Sus pisadas resuenan en mis oídos y quiero que pare. Quiero que no se acerque a mí.

Pone sus manos detrás de él, enlazándolas nuevamente. Entrecierro los ojos mientras sigue caminando hacia a mí, y espero lo peor.

Pero no pasa nada. Da un paso más y queda en frente de mí. Parece más alto, más fuerte, y su olor a tabaco inunda de nuevo mi nariz. Levanto mi mirada y sus ojos negros me miran penetrantemente.

— ¿Sabes Hanna? — Empieza a dar vueltas alrededor del sillón, y su presencia detrás de mí, me hace sentir nuevamente vulnerable.

¿Qué va a hacerme?

Mi cuerpo se tensa de nuevo, aprieto todo lo que puedo sintiéndome como una piedra.

Siento su respiración detrás de mí oreja, escucho sus huesos tronarse, parece que se ha hincado, o se ha inclinado solamente. Pero, no puedo verlo, tengo la mirada puesta en las ventanas, sin

querer mirar hacia atrás.

Pone un mechón detrás de mi hombro, dejando al descubierto mi oído.

Hay un momento de tensión y silencio en el que sólo puedo escuchar los latidos de mi corazón.

—No te creo. — Susurra en mi oído.

Contengo la mayor parte de oxígeno dentro de mí.

Es aquí cuando quiero correr, o retractarme o decir cualquier otra estupidez. Pero de nuevo todo me falla y me tiembla.

Yo no uso aretes. Ni siquiera tengo el agujero. Es obvio que le mentí, y que él lo sabe.

¡Maldición!

—Yo... yo... — Tartamudeo sin formular una oración coherente. Se retira de mí, caminando hacia los libreros laterales, pero mis músculos siguen tensos y duros. Parecen estar congelados.

—Quiero que me digas la verdad, y te consta que no puedes mentirme, ¿Qué estabas buscando en la habitación de mi hijo? — Su voz es gruesa, desafiante e incómodamente tranquila.

— ¡No estaba buscando nada! — Grito soltando todo el aire que contuve. Me giro para verlo. Él me está dando la espalda mientras ojea un libro calmadamente.

— ¿Y entonces?— Su tranquilidad me pone más tensa, más incómoda.

— ¡No es lo que usted cree! — Grito. Y se gira bruscamente, mirándome de nuevo.

De pronto el libro vuela por los aires con tanta velocidad que golpea el piso con tanta fuerza que me hace saltar del sillón.

— ¡¿Qué es lo que yo creo?! — Explota.

— ¡Usted cree que yo...! — Pero no puedo decirlo, no logré decir las palabras.

— ¡¿Tú qué?! — Me grita escupiendo involuntariamente.

— ¡USTED CREE QUE YO LO MATE!— Grito desesperada. — ¡CREE QUE ESTABA AHÍ PARA BUSCAR UNA PUEBRA CONTRA MÍ! ¡PERO NO ES ASÍ! ¡LO JURO! ¡SÓLO Y ENTRE Y YA ESTÁ!

— ¡¿Y YA ESTÁ?!— Grita pidiéndome una explicación lógica. Parece un despacho de gritos.

Dios, yo no quería que esto pasará. ¿Qué voy a hacer?

¡¿QUÉ?!

—Señor George, creo que está malinterpretando las cosas. — Trato de tranquilizar mi voz. Porque mis latidos son tan rápidos que no podré tranquilizarlos.

—Entonces aclárame todo, Hanna. Dime que estabas haciendo ahí. ¡DÍMELO!— Exige.

— ¡De acuerdo! — Acepto sin pensar en lo que estoy diciendo, no sé qué es lo que lo voy a decir.

Tomo una respiración profunda y trago mi propia saliva.

—Estaba esperando a Cara, porque las galletitas le hicieron daño y fue al baño. — Pienso en lo

que digo y suena demasiado estúpido. —Y luego me dio curiosidad por saber que había en la habitación de Alex, y entré. — Continúo diciendo parte de la verdad. — Pero, yo no hice nada. Sólo estuve unos momentos ahí, fue solo curiosidad. De verdad, créame. —Digo con toda la sinceridad del mundo sin mencionar siquiera al fantasma de Alex.

Me mira a los ojos de nuevo, y esta vez no aparto la mirada. Estoy siendo sincera. Bueno, en parte.

Sé que si volteo la vista se verá demasiado obvio que le estoy mintiendo.

—Te llevaré a casa. — Dice finalmente sin parecer convencido de mi explicación.

— ¡No! — Me levanto del sillón en un brinco.

—Te llevaré. Estos son tiempos de locos y ya está oscureciendo. — Dice mientras camina hasta su silla para colocarse su saco.

—De verdad, gracias. Pero mi casa está a quince minutos. — Me excusó.

—Emma no permitiría que estuvieras sola a estas horas. — Se pone el saco y acomoda su corbata. La tensión parece irse, pero su rostro sigue congelado y molesto.

Camina de nuevo hacia a mí y me toma del brazo jalándome a la puerta sin apretarme demasiado.

—Señor no es necesario. — Digo mientras me suelto de su agarre.

Y de repente, la puerta se abre.

—George... — Se escucha una voz femenina mientras se abre la puerta.

—Rossie, ¿Qué pasa? — Pregunta con voz dura mientras una mujer asoma su cabeza por la pequeña abertura de la puerta. Sus ojos viajan de él hacia a mí. Frunce el ceño desconcertada por mi presencia.

— ¿Quién es ella?— Pregunta mientras sus ojos verdes me miran con recelo.

—Es Hanna Reeve. ¿Te acuerdas de ella, no? — Ella me mira y sonrío. Un cambio radical. Sus pómulos están rojos e hinchados, y su cabello rubio está atado a un chongo mal hecho, un mechón de su cabello cae en su mejilla derecha. Tiene la nariz demasiado delgada y perfecta que he visto, tiene un poco de maquillaje en los ojos, y pintura rosa en los labios. Lleva un pantalón negro y una camisa de tirantes de color blanco debajo un saco color negro, luce elegante y amable aunque tenga los ojos tan rojos como la sangre.

—Hanna. — Dice casi sonriendo. — Por supuesto que me acuerdo. Mira que grande estás, han pasado tantos años desde que... — No termina la oración porque George le da una mirada de que guarde silencio. — ¿Cómo esta Emma? — Cambia de tema preguntando con voz cansada, parece demasiado amable y gentil.

—Ella está bien. ¿La conoce? — Le pregunto con voz tranquila. Aunque no lo estoy.

¡Quiero salir de aquí en cuanto antes!

George parece fastidiado e irritado.

—Claro, Emma y yo nos conocemos desde que tú...

—Llevaré a Hanna a casa. Emma debe de estar preocupada. — Interrumpe George con voz fría. Rossie no parece disgustarse y asiente.

—Me dio gusto verte, Hanna. ¿Te veré de nuevo, verdad? — Pero no me lo está preguntando a mí, lo pregunta mientras mira a George.

—Hanna vendrá en otra próxima vez, Rossie. Hoy es un mal momento. — Contesta George.

— ¿Usted es la mamá de Alex? — Pregunto ignorando a George.

Ella asiente sonriendo. Como si estuviera orgullosa de Alex. Los ojos se le cristalizan cuando termino la pregunta.

—Ya vámonos. — George me jala del brazo suavemente y después me suelta.

Le doy una sonrisa rápida a la Sra. Rossie y ella me la regresa. George se acerca y le da un pequeño beso en los labios. Parecen estar enamorados después de tantos años juntos.

—Te veré más tarde. — dice George.

—De acuerdo. Ve con cuidado. — Le responde Rossie con cariño. Él asiente y sale del despacho, dejándonos a Rossie y a mí solas.

—Siento la pérdida de Alex. Estoy aquí para lo que necesite. — Me ofrezco para cualquier cosa que necesite, porque, ella me da buena vibra. Parece ser demasiado buena. Demasiado confiable.

—Gracias Hanna, me dio gusto verte. — Me dice.

Tengo la inercia de tomarle la mano sin pensarlo.

—Todo va a estar bien. — Digo mientras le doy un apretón de manos. Ella sonrío de nuevo.

—Hanna... — Me llama George desde afuera.



Le doy un asentimiento de despedida a Rossie y suelto su mano.

=====

## Capítulo 14.

—De verdad, George, no es necesario, solo caminar quince minutos. —Insisto mientras bajo por las escaleras de mármol. Mis pisadas haciendo eco por toda la sala.

—Me ofrezco a llevarte. — Dice. Veo su espalda encorvada y tensa mientras sigue bajando con cuidado, apoyándose.

¿Y Cara? ¿Dónde estará? ¿Se habrá ido?

Cuando salimos al patio, es más enorme de lo que pensé. La extensión del césped es dos veces más grande que de lo que creí, y más verde. Las personas que habían estado aquí afuera se han dispersado por toda la casa, o se han ido.

El sol se ha ocultado sin darme cuenta y la luna ha hecho su presencia en esta noche épica.

Caminamos por el pequeño camino de cemento que parte a la mitad al césped haciéndonos llegar a la banqueta.

— ¿Cuándo será el entierro? — Me atrevo a preguntar mientras me da la espalda.

—Pues Rossie ha cambiado de opinión. — Dice y mete su mano a su bolsillo derecho cuando camina más despacio.

— ¿Cambiado de opinión? — Pregunto confusa.

—Rossie cree que es mejor cremar a Alex. — Saca unas llaves de su bolsillo y aprieta un botón.

Un pitido sale de un auto color negro encendiendo las luces y después apagándolas, como un parpadeo.

—Es un BMW 428i Coupe Sport. — Dice sin que se lo haya preguntado.

—Esta genial. — Digo desinteresadamente. De verdad, los hombres están enamorados de sus autos. Sólo falta que tengan relaciones sexuales y serían la pareja perfecta.

Dios, tan sólo de imaginarlo me da risa.

Me abre la puerta del copiloto y subo rápidamente, esperando que nadie me vea. Pero lamentablemente ya he captado la mirada de algunas personas con tan sólo con estar con el Sr. George Crowell.

Cierra la puerta y me pongo el cinturón de seguridad, agradezco que este oscuro, porque así nadie podrá distinguir mi rostro mientras estoy adentro del auto. Lo miro rodear por en frente el auto para después abrir la puerta del copiloto y entrar.

— ¿Emma te deja estar afuera tan tarde? — Me pregunta cuando pone su cinturón.

—No. A menos de que sea algo de importancia o a una emergencia. — Le respondo.

Enciende el auto y acelera.

— ¿Dónde está tu casa? — Pregunta mientras conduce sin quitar la mirada de la carretera.

—La calle es Dumont. ¿La conoce?

—Sí.

— ¿Por qué van a cremar a Alex? — A veces creo que soy muy preguntona. Y que me meto en cosas que no me importan. Pero esta sí que me importa.

—No tiene sentido enterrarlo, Rossie cree que es mejor esparcir sus cenizas a que se esté pudriendo bajo tierra, y estoy de acuerdo con ella. Aparte, ya no tendremos que dar más explicaciones, y la prensa no estará presente, será más privado. Estamos hartos de sus preguntas inútiles.

— ¿Inútiles?

—Demasiados inútiles. Esos sin cerebro se atrevieron a decir en una entrevista en vivo que si Rossie y yo habíamos tenido algo que ver en su muerte, que si era un motivo para darle publicidad a la empresa en la que trabaje durante años. Hazme el favor. Me estaban diciendo que si yo había matado a Alex. — Su voz ronca suena por todo el automóvil, parece fastidiado y enojado.

Un silencio abrumador recorre el automóvil. Miro el camino por cualquier cosa y observo cada detalle que puedo. Aunque sé en donde estoy, siempre camino por aquí cuando voy al colegio.

Recuerdo las palabras de mi madre cada vez que salgo de casa:

"¡No hables con extraños!" "¡No subas a ningún automóvil de algún extraño!"

Se me revuelve el estomago.

— ¿Estás bien? — Pregunta al ver mi cara de asco.

—Sí. — Digo y mi estomago se retuerce salvajemente.

— ¿Tú crees que yo sería capaz de matar a mi propio hijo? — Me mira de reojo y me doy cuenta que no hay ningún automóvil circulando por aquí.

Maldición.

— ¡Sería una tontería si quiera pensarlo! — Digo tratando de parecer convencida con mi propia respuesta.

Asiente y siento que el mundo cae sobre mí. Me relajo.

De todos modos, George no es un extraño. Es decir, conozco su casa, su nombre, a su hijo muerto, y a su esposa que conoce a mi madre. Y más aparte mi madre estuvo ahí, y Cara también. Al igual que Kate, Karem, Tom y Zet.

No es un extraño a pesar de que he hablado con él unos minutos, ¿Verdad?

George conduce por la calle Craste y luego gira a la derecha, conduce unos metros más y vuelve a girar de nuevo a la derecha entrando a la calle Dumont.

Nunca me había alegrado tanto de estar en casa.

—Es la casa de las luces encendidas. — Digo al ver mi dulce hogar. El auto avanza más lento y se para justo enfrente de mi casa.

—Gracias por traerme. — Digo de mala gana. Aunque gracias a él me ahorre diez minutos de tiempo y de unos horribles cayos en los pies.

Asiente en forma de respuesta.

Cierro la puerta y me giro para caminar apresuradamente hasta mi casa.

—Hanna... — Me llama antes de que dé un paso.

— ¿Sí?— Me giro de nuevo.

—No vayas a pensar mal de mí, pero, me gustaría verte de nuevo. Es decir, nos gustaría verte. — Dice apresuradamente. ¿Nos gustaría? Pongo una cara de confusión. —A Rossie y a mí, por supuesto. Si es que tú quieres. — Agrega.

— ¿Por qué? — Mi curiosidad me gana como siempre y pregunto sin pensarlo. Su rostro se congela y luego mira encima de mi hombro.

—Te explicaría, pero justo ahora tu madre esta asomándose por la ventana y creo que no le gustará la idea de que estas llegando con un extraño. — Me giro y efectivamente mi madre esta asomándose por la ventana.

Me va a matar.

Por ahora le doy la razón a George.

—De acuerdo.

—Te estaremos esperando. — Dice mientras le doy la espalda. Escucho que acelera el auto y escucho el ruido del motor alejarse. Camino hacia la puerta de mi casa.

Es peor que tener diez llamadas perdidas. O peor que reprobar un examen.

Abro la puerta y me encuentro con el rostro de mi madre. Y me sorprende porque no está enojada, ni nada por estilo. O tal vez está enojada pero no lo demuestra.

— ¿George te trajo a casa?— Pregunta sin ninguna emoción. Está sentada en el sofá para tres personas, y tiene en la mano una taza de café.

—Sí, él se ofreció a traerme, dijo que estaba oscureciendo. — Cierro la puerta y me relajo. Como si nada hubiera pasado. Todo normal.

—Que amable de su parte. — Dice y bebé un sorbo de su café, parece estar frío porque se lo toma rápidamente en tragos largos.

—Pues sí, aunque le insistí en que no era necesario. — Camino a la sala y me dejo caer en un sillón.

— ¿Y Cara? ¿Estaba contigo, no?— Deja la taza de café en la mesita y me sorprendo porque la taza saca vapor. Finjo no estar interesada en el café.

—Es una larga historia. — Mi voz suena cansada. Estoy agotada.

—Cuéntame. — Se anima ella sola esperando oír una historia loca. Y en realidad esta es una buena historia para los locos.

—Mejor cuéntame que hacías tú ahí. Cara me dijo que te vio por ahí. ¿Es cierto? — Vuelve a tomar la taza de café y asiente mientras eleva la taza hasta su boca con brillo rosa, esta vez toma un sorbo y finge haberse quemado la lengua.

—Sí, estuve ahí un momento, pero no te vi en ningún lado. — Empiezo a planear mi próxima mentira.

—Es que estaba en el patio trasero y acompañe a Cara al baño. — Explico.

— ¿Tienen patio trasero? — Dice curiosa.

—Bueno... — Trago saliva. —No es un patio, es como un lugar para desayunar y todo eso, ya sabes, cosa de gente con dinero. — ¡Que funcione! ¡Que me crea! Hago chongitos con mis dedos.

—No sabía de eso. — Ríe suavemente y me siento mal por mentirle, siempre le cuento todo. Mi madre es la persona con la que puedo confiar siempre. Es la mejor de todas y me comprende de cualquier forma. Ella me cuenta todo lo que le pasa y viceversa. Es la persona más dulce y generosa que he conocido aparte de la esposa de George. Rossie parece ser una mujer igual que mi madre.

Oh, ¡Rossie!

— ¡Mamá! — Grito y da un brinquito y unas gotitas de café caen en su falda. — ¡Lo siento, es que conocí a una mujer hoy! ¡Y dijo que te conocía! — Digo apresuradamente conteniendo todo el aire en mi pecho.

—Tranquila, Hanna, no me voy a ir, ¿Qué mujer?— Su voz pacífica y tranquila hace que me calme también. ¡Pero es que no quiero olvidarme de ningún detalle!

—Se llama Rossie. — Al principio parece confusa, pero después parece recordarlo todo.

— ¿Cómo esta? Hace mucho que no la veo. — Pregunta con interés al mismo tiempo con voz emocionada por saber de una conocida, que ahora es un tanto desconocida.

—Pues parece que bien. Pero, lo de Alex parece que le dolió.

— ¡Pues claro que le dolió! ¡Yo no viviría sin mi bebe! — Se levanta rápidamente del sillón y se deja caer a un lado de mí, poniendo su brazo encima de mi hombro.

— ¡Mamá! ¡No soy un bebé! ¡Y no cambies de tema! — Me alejo unos centímetros de ella aguantándome la risa.

—De acuerdo, ¿Qué quieres saber? Aquí tienes a tu diccionario, a tu enciclopedia que lo sabe todo.

—Bueno ya que te ofreces, ¿De dónde conoces a Rossie? ¿Desde cuándo? ¿También conoces a George? ¿Eran amigas de pequeñas? ¿También conocías a Alex? ¿Por qué ella...?

—Tranquila, vas muy rápido. Más lento pequeña liebre.

— ¡Mamáaaaaaaa! — Alargo riéndome.

—Pues conozco a Rossie desde que tengo memoria, la conocí en donde naciste. — Responde tratando de recordar aún más.

— ¿En Brette?

—Sí, ahí mismo.

— ¿Y desde cuando la conoces? Ella menciona algo que no puedo terminar.

— ¿Qué? — Abre los ojos pareciendo más interesada. — ¿Qué te dijo?

—Pues no sé, sólo dijo "Te recuerdo desde que tú..." algo así, y no termino la oración, porque George le estaba dando una cara de que se callara, pero no lo recuerdo, y me entro la curiosidad.  
— Digo. Parece confusa.

—No lo sé, no sé porque lo dijo, tal vez te confundió con otra Hanna. Ella nunca te vio. —  
Responde mientras se plancha la falda. Las gotas de café han penetrado la tela y parece que tiene manchas de color café incluídas.



—Parecía muy convencida. — Trato de insistir para que recuerde y me responda.

—Pues no lo sé. ¿Es muy raro, no?

—Demasiado. — Respondo mientras pienso en lo más importante de mi vida. Los tres últimos días.

—Dijiste algo sobre George, ¿Qué hay con él? — Me pregunta cuando dobla sus piernas para subirlas al sillón.

—Sí, ¿También lo conoces? — La miro.

—Claro, ¿Te dijo algo? — Pregunta. Niego con la cabeza, en realidad no quiero hablarle de nuestra plática de miedo. — ¡¿Te hizo algo?! — Pregunta horrorizada.

Vuelvo a negar.

— ¡No! — Respondo enseguida. Se tranquiliza y la sangre que se había acumulado en sus mejillas vuelve a su lugar. —Solo quería saber si tenías contacto con él. Es decir, con ellos.

—Pues sí, pero solo de asuntos escolares. — Responde.

La plática comienza a parecerme aburrida, y no sé me ocurre nada más para preguntar. Sólo quiero descansar y analizar mi caso y el de Alex. También tengo varias preguntas para él.

—Bueno, pues has resuelto algunas de mis dudas, me voy a dormir.

—Buenas noches cariño.

—Buenas noches mamá. — Y dicho esto me voy.

Rodeo el sillón y camino hasta las escaleras, subo las escaleras sin ganas, mi cuerpo me reclama. Subo contando los pasos que doy, mientras que mis pies me reclaman un masaje, los pasos suenan en mis oídos y un pequeño grillo canta, acompañando el sonido de mis pasos.

Cuando voy en el último escalón me recorre un escalofrío terrible, siento que mi piel hecha de gallina, siento una comezón en mi cuero cabelludo, siento que alguien me mira y me giro rápidamente a la sala por inercia.

Solo está mi madre, en cuanto me ve se pone en alerta.

— ¿Qué pasa?— Me pregunta con ese tono de madre angustiante. Veo que se pone de pie rápidamente.

— ¡No! — Le grito cuando veo que camina hacia a mí. —Estoy bien, sólo quería agradecerte. — Miento y veo alrededor de la sala esperando ver a alguien. Pero solo está mi madre.

Ella asiente. Me giro y sigo caminando, con la piel temblándome. Camino por el pasillo casi oscuro y me las arreglo para encontrar la perilla de mi puerta.

La encuentro y giro tan rápido como puedo, una vez abierta entro desesperadamente.

Las luces están encendidas y una silueta en mi cama casi me hace gritar. Está sentado en la orilla de mi cama, y está dándome la espalada.

— ¡ALEX! ¿QUE HACES AQUÍ?

=====

...

Muchas gracias por seguir leyendo.

=====

La Novela.

Agradezco tu visita, te recuerdo que esta novela esta sin editar y por tanto, habrá errores ortográficos e incoherencias en diferentes ámbitos.

Gracias por leer.

=====

Capitulo 15.

Voltea la silla de mi escritorio y sus ojos miel me miran penetrantes mientras entro a la habitación. La forma en la que me mira hace que sienta nerviosismo. Hace que un escalofrío me recorra por todo el cuerpo. Tiene la computadora encendida y me sorprende de que pueda tocarla.

—Hola de nuevo. — Saluda con voz seca. Parece aturdido. Cierro la puerta detrás de mí y dejo caer mi teléfono en la mesita de noche. Vuelve la mirada a la computadora.

—Hola de nuevo. — Le respondo. Me intriga cuando comienza a escribir rápidamente, presionando las teclas con fuerza.

— ¿Qué haces? — Pregunto y me paro detrás de él.

—Buscando pistas. — Responde sin despegar la mirada de la pantalla. Me fijo en la pantalla brillante y veo que está leyendo sus mensajes.

— ¿Buscando pistas? ¿Qué tiene que ver con leer tus mensajes? — Mi voz suena confundida. Tarda unos segundos en responder. Su pecho sube y baja rápidamente. Parece que necesita aire.

—Creí que podría haber algo.

— ¿Algo? — Aún no logro captar lo que quiere decir. ¿Algo de qué? ¿Un mensaje donde su asesino le haya amenazado anteriormente?

—Tal vez un mensaje raro. — Dice mientras sale de la página y entra a otra. Los mensajes se cargan rápidamente y da clic sobre uno. —Alguien podría haber mandado un mensaje con doble sentido y no me habría dado cuenta. No de ese tipo de doble sentido, alguna palabra clave, o algo. Tengo ese presentimiento... — Se encorva un poco y lee más despacio, leyendo cada palabra y cada letra, como si no la entendiera. Como si buscara un significado diferente.

—Alex. — Lo llamo. Pero no se gira, su mirada sigue en la computadora. —Estaba pensando en que sería bueno que me contaras sobre ti. Sobre tu vida como un fantasma. — Sugiero. — No es muy normal hablar con un fantasma y cómo puedes ver, tengo dudas y necesito que me las respondas, sé que no es fácil. — Me adelanto a decir. —Pero no comprendo por qué. Por qué estás aquí, porque te interesa tanto saber quién fue. Es decir, ¿Tanto importa?

Gira la silla quedando de frente a mí, mira sus zapatos negros, me siento en el borde de la cama, y esta se hunde con mi masa, me quedo esperando una respuesta de su parte, porque la merezco y la necesito. No puedo ayudarlo si no sé lo que realmente quiere.

Nuestras rodillas chocan cuando me siento, pero es un choque cómodo.

— ¿Qué quieres saber?— Pregunta resignado. Suelta un suspiro pesado.

Tomo una respiración profunda que hasta me duelen los pulmones. Nuestros rostros están frente

a frente y puedo escuchar su respiración calmada.

— ¿Eres un fantasma? ¿Ya no tienes vida? — No parece contento con la pregunta pero se ve obligado a contestar.

—Sí, soy un fantasma, aunque extrañamente puedo hacer cosas que hacen las personas vivas.  
— suena dolido. Asiento intentando comprenderlo.

—Creí que los fantasmas podían atravesar cosas y que eran invisibles, en cambio tú, te ves tan humano. — Le animo. Pero no sonrío. Así que me doy tanta prisa como puedo haciéndole otra pregunta.

—Entonces, ¿Hay algo más que deba saber sobre los fantasmas?— Mi voz suena curiosa.

—Debes de saber que somos tan humanos como tú, excepto que no tenemos vida, somos solo almas. — Asiento de nuevo. — ¿Algo más?

—Mmh, si, en realidad tengo otra. — Me concentro en no irme demasiado lejos de la plática.

—Espero que esta sea buena.

—Lo es.

—Eso espero. — Dice fingiendo una sonrisa.

— ¿Por qué quieres hacer esto? — Espero que sea una pregunta correcta y directa. Y por supuesto espero una respuesta lógica.

—Es una buena pregunta. — Sonrío. Me encanta cuando dicen que es una excelente pregunta, es como si estuviera descubriendo algo nuevo. Algo que nadie sabe.

—No soy tan tonta como crees.

—Nunca dije que eras tonta. — Siento mis mejillas calientes. Siento mi rostro como un tomate caliente. Nota mi sonrojado y sonrío. Cambia rápidamente del tema.

—Verás... — Comienza diciendo inseguro. — No quiero sonar egocéntrico, ni mucho menos. Pero, como ya conociste a mi padre, te diste cuenta que tiene dinero. — Asiento. Claro que tiene dinero, con tan solo ver su porte cualquier persona podría haberse dado cuenta. — Lo importante es que mi muerte tiene que ver con su fortuna. Hay un secreto que no debe salir a flote, porque alguien no quiere que se sepa.

— ¿Un secreto? ¿Cuál?

—Eso es lo que estoy tratando de averiguar. — Se muerde la lengua.

—Pero, ¿Tienes un sospechoso? — Niega con la cabeza.

—No. — Dice. Su mirada se encuentra con la mía y sé que no me está diciendo completamente la verdad. Pero lo presiono con otra pregunta.

— ¿Qué hay de Kate?

— ¿Kate?

—Sí. — Un nudo en mi estomago me aprieta.

—Kate es mi novia. Bueno, lo era. —Se corrige a sí mismo. Asiento. ¿Por qué pregunte por Kate, habiendo tantas personas?

—Sí, pero, ¿No sospechas de ella? — Ínsito. Sus ojos me miran de nuevo y frunce el ceño,

confundido.

— ¿Qué quieres decir? — Suena enojado y ofendido. Parece sumamente molesto. Me enderezo y aclaro mi garganta. ¿Por qué estoy poniendo en contra a Kate?

—No estoy culpándola. — Me explico. —Pero, ¿No sería mejor no confiar en nadie?

— ¿Estás diciendo que no debo de confiar en mi novia? — Su tono es más molesto de lo que aparenta. Aprieta los dientes y una mueca aparece en su rostro duro.

— ¡No! Estoy diciendo que no hay que confiar en nadie. — Digo frustrada, esperando que entienda. ¿Es que acaso no ha visto la televisión? ¿Las películas de acción? ¿No ha visto que la persona menos sospechosa resulta ser la más sospechosa? ¿La persona más dulce, más cercana, puede ser la más agria y más lejana?

— ¿Qué hay de ti? — Se levanta de la silla y sus rodillas chocan fuertemente con las mías. Su movimiento rápido me golpea las rodillas y un dolor mínimo me recorre. ¿Qué quiere decir? ¿Qué hay conmigo? ¿No se supone que debemos de estar juntos en esto?

— ¿Qué hay de mí?, ¿A qué demonios te refieres? — Me exalto, me levanto de un brinco de la cama, la sangre se empieza a acumular en mis mejillas. Alex me da la espalda y se recarga en uno de los muebles. Se ve tenso.

—Te recuerdo. — Dice casi susurrando que apenas lo logró escuchar.

— ¿Qué? ¿De qué hablas? — ¿A qué se refiere con que me recuerda? ¿Me ha visto? Maldición, sólo quiero que esto pase, que esto termine en cuanto antes. No quiero estar involucrada en esto.

Hay un momento de silencio, un silencio tenso, Alex no dice nada, y yo estoy tan exasperada que me dan ganas de golpearle por una extraña razón. Deseo ser en este momento Sherlock Holmes, o Auguste Dupin.

Se gira y me mira otra vez, de nuevo sus ojos penetrantes mirándome incesantemente, hay algo en sus ojos, un brillo diferente en ellos, son del mismo color, pero algo extrañamente ha cambiado.

—Te he visto, en la mañana del día de mi muerte. — Logra decir. Es otro susurro que parece un grito en mis oídos. Un eco de la última palabra resuena en mi mente. Mis piernas me fallan y un cosquilleo me recorre desde las plantas de los pies hasta la cabeza.

— ¿Qué? — Digo con voz entrecortada. Probablemente me vio, es obvio, vamos en el mismo instituto. Seguro que sí, no es tan grande, pudo haberse topado conmigo, una coincidencia, tal vez.

—Pudo haber sido una coincidencia. — Le digo lo que pienso. Pero no tarda en negar nuevamente.

—Hoy recordé un poco, cuando te vi. — Comienza a hablar, camina rápidamente pasando a un lado de mí y se sienta de nuevo en la silla, su aroma queda como una brisa golpeado mi sentido del olfato mientras camina. —Me hablaste, y hablamos un poco, fue como un flash, me sonreíste y me dijiste algo. Y asentí. Después te fuiste. Y no recuerdo nada más. — Hace una pausa mientras habla y me comienzo a sentir inquieta. No lo recuerdo.

— ¿Qué te dije? — Le pregunto con un hilo en la voz.

—No lo sé, solo pude ver el pequeño flash, pero no había voces. — Su voz y su respuesta me desconcierta, las manos comienzan a sudarme y la cabeza comienza a darme vueltas. Me recargo en la cama, sosteniendo mi peso en ella, retiro un mechón de mi cabello y lo pongo detrás de mi oreja. Siento como si me estuvieran encajando quinientas espadas a la vez, y la sangre me corriera en charcos, haciéndome sentir débil.

— ¿Estás bien? — Se acerca rápidamente hacia a mí, sosteniéndome del brazo. Asiento recuperándome de sus palabras abrumadoras.

—Sí.



— ¿Tú lo recuerdas? — Me pregunta esperanzado y en ese momento quiero mentirle e inventarme cualquier historia, aunque sea ridícula, pero nada llega a mí. No puedo siquiera responder. ¿Por qué no lo recuerdo? Me frustra la idea de no recordar haber hablado con él, es como si me hubieran borrado la memoria. Como si tuviera alzhéimer. Me siento tan frustrada como cuando recuerdo que olvide algo, pero no sé qué es lo que olvide.

— ¿Hanna? ¿Lo recuerdas? — Pregunta. Me siento en la cama, me siento tan mal como él, puedo sentir el deseo de saber lo que paso. ¿Por qué no lo recuerdo? ¿Por qué? —Hanna, por favor dime que lo recuerdas. — Dice. Pero niego con la cabeza al no poder formular el monosílabo. Suelta un suspiro de derrota.

— ¿Y si solo fue solo imaginación? ¿Si te lo creaste tu mismo? ¿Si realmente no hablamos nunca? — Él niega. Un gemido de derrota sale de mi boca involuntariamente. Alex se sienta a lado de mí. Su cuerpo tenso parece una piedra, duro y pesado.

—No me lo podría inventar. — Responde seguro de sí mismo. Y le creo. Le creo porque no lo recuerdo. Y es hasta ahora, la única pista que tenemos.

— ¿Tú crees que yo...? — Me aventuro a preguntar.

—No lo sé. Son demasiadas coincidencias en un solo día.

—Alex,.. Tu madre... tu padre... y mi madre. — Comienzo a hablar descontroladamente sin darme cuenta de lo que digo.

— ¿Qué hay con ellos? — Su interés se fija en mis palabras, se ve tan confundido. Tan vulnerable.

—Ella dijo algo. — Le digo recordando las palabras de Rossie.

=====

## Capítulo 16.

— ¿Qué ha dicho?— Pregunta intrigado sus labios se juntan y me doy cuenta de que sigue estando tenso y preocupado.

—Ha dicho algo que no termino... — Le cuento casi lo mismo que le dije a mi madre, sobre Rossie y sus oraciones sin terminar. Le digo que ella ha dicho que me había visto antes, pero que no había logrado finalizar la oración, porque George le había dado una mirada acusante. Alex parece sorprenderse un poco, aunque tiene la mirada baja, escuchando atentamente todo lo que le digo mientras juego con mis dedos resbalosos. Parece escuchar cada palabra que le digo.

—Son varias coincidencias, y son muy extrañas. — Dice con voz clara. Coincido con él asintiendo.

Me quedo pensando por un momento, ¿Qué quería decir Rossie? ¿Me había visto antes? ¿Me conocía? ¿Por qué mi madre y ella ya no se hablan cuando se supone que eran amigas? Son tantas preguntas que invaden mi cabeza. Tantas preguntas sin respuestas.

Mi madre no suele tener amigas por todos lados, la única persona con la que charla demasiado es con la Sra. Sarah, una vecina que a veces nos acompaña en la cena, o en la comida. Siempre charlan durante horas. La Sra. Sarah es también una maestra del instituto, que por suerte, no me da clases. Es demasiado exigente y gruñona. Aunque cuando esta con mi madre, es demasiado diferente, demasiado buena. Ellas conocen a la mayor parte de los padres de los alumnos, mi madre habla con ellos solo de asuntos escolares y nada más. Pero me sorprende demasiado cuando mi madre me ha dicho que la conocía. Aunque claro, no me ha dado demasiados detalles.

Me aclaro la garganta para sacar a Alex de sus pensamientos.

—Alex, sentí algo cuando conocí a tu madre. Es decir cuando estreche su mano. Fue extraño. — Le confieso sintiéndome nerviosa y ansiosa a la vez.

— ¿Algo? ¿A qué te refieres? — Pregunta mirándome de nuevo, parece interesado. Primero reflexiono, ¿De verdad sentí ese calor? ¿La sangre picándome, como si estuviera viendo a alguien que conocía antes? ¿A alguien que parecía muy cercano?, Y después dudo, ¿Se lo digo o no? ¿Servirá de algo, acaso?

—Es que... — Comienzo a decir insegura. Tomo una respiración profunda y continuó hablando. —Tome sus manos, y cuando la toque, fue extraño, raro. Sentí una fuerza extraña, como si una corriente eléctrica me recorriera por todo el cuerpo. Mi corazón latió muy fuerte. Más de lo común. Sentí algo cuando la toque, algo como amor, como seguridad. No lo sé. —Le digo explicándole una parte de lo que sentí, o de lo que le pude explicar.

—Demasiado extraño. — Es lo único que dice.

—Sí. — Y escucho un sonidito. Una vibración desde un mueble de la habitación. Mi celular.

Me levanto raídamente y leo en la pantalla: "Llamada entrante; Cara".

Rápidamente deslizo el dedo por la pantalla y automáticamente la llamada empieza a contar los segundos. Alex me mira confundido, me dice susurrando que quien es el oportunista. Le digo entre dientes que es Cara. Asiente.

— ¿Hola? — Pregunto esperando escuchar la voz de Cara.

— ¡Hey! ¿En dónde estás? ¡Desapareciste de mi vista!— Dice enojada.

—Me he quedado charlando con el papá de Alex. — Le digo rápidamente. Sé que a Cara le puedo confiar cualquier cosa, así como ella confía en mí. Nuestra confianza es mutua y nos apoyamos entre nosotras mismas en cualquier cosa buena o mala, aunque casi no estamos juntas, a veces solo nos vemos en el instituto, pero últimamente está muy cerca de mí, es como si estuviera checando cualquier movimiento mío y de las personas de alrededor.

— ¿Qué? ¿Con el papá de Alex?— Alex me mira y me dice que le ponga en altavoz, lo cual dudo,

porque Cara sale con cada estupidez o alguna broma pesada. Niego con la cabeza mirando a Alex, me aferro al celular.

—Sí. — Le confirmo. Ahora estoy casi susurrando.

— ¿Y qué te ha dicho? ¿Qué ha pasado? ¡Cuéntame! — Ruega con su voz chillona.

—Nada importante. — Le digo cuando Alex me da una mirada de negación, susurrando de nuevo que no le diga nada. Aunque no entiendo por qué. Pero luego lo capto.

No confiar en nadie.

—No me haces tonta, cuando me ocultas algo es porque paso algo importante o grave. — Suplica con voz irritante. Me pienso unos segundos la respuesta y Alex me vuelve a decir que le ponga en alta voz.

—No paso nada. Solo se enoja porque estábamos corriendo en las escaleras. Ya sabes... — Le digo recordándole lo de hace unos momentos, mientras nos habíamos retado en ver quien llegaba primero. Me siento mal por mentirle, porque es mi mejor amiga, pero, en parte la respuesta es cierta y en parte mentira. Así que solo omití algunas cosas, como siempre.

Alex me da una mirada fulminante y pongo la llamada en alta voz.

—Mentirosa. — Me dice. Su voz se escucha por toda mi habitación. Es el único sonido que puede escucharse.

—Estoy diciéndote la verdad. — Le digo sonando totalmente segura. Y parece dar éxito porque ya no pregunta nada más.

—Como sea, ¿Ya estás en tu casa?— Me pregunta.

—Sí, ¿Dónde estás tú? — Le pregunto, tratando de que le aburra la conversación y cuelgue lo más pronto posible.

—En mi casa. — Responde indiferente. Alex parece no preocuparse por nuestra conversación.

—Pero, ¡A que no sabes qué! — Cambia inmediatamente de tono, es un tono fuerte y emocionado.

— ¿Qué paso? — Me intereso por lo que dice, ya que cada vez que hace ese tono es porque algo bueno pasó.

—Es sobre Kate.

— ¿Kate? — Al escuchar su nombre se me revuelve el estomago. Kate pudo haber hecho cualquier estupidez. Alex escucha el nombre de Kate e inmediatamente está de vuelta en la conversación.

—Sí.

— ¿Qué hizo? — Pregunto calmadamente, aunque estoy desesperada por saber que fue lo que hizo, Alex da unos pasos hacia a mí, centrándose en la bocina del celular.

—Estaba hablando con Zet. — Me pregunto a mi misma como fue que sucedió, y en donde se supone que hablaron si se supone que Zet se había ido cuando le habíamos dado nuestra mirada sospechosa.

Alex y yo nos damos una mirada curiosa. Parecemos estar de acuerdo en no estar al día sobre Kate. Por primera vez en mi vida me interesa saber algo de la vida de Kate.

— ¿Dónde? ¿Que dijeron? ¿Tú los viste? — Pregunto desesperada. Mientras estoy hecha un lío con mis pensamientos.

—Pues después de que te desapareciste, me fui, y antes de que me reclames, déjame decirte

que creí que te habías regresado a tu casa. — Me explica. Asiento rápidamente, en realidad tengo ganas de reclamarle por dejarme sola y por su culpa tener que hablar con el padre de Alex. Pero solo espero que continúe y me cuente absolutamente todo.

—De acuerdo, te perdono con la condición de que me cuentes todo. — Aunque sé que no es una condición, y que no la necesito, porque de igual manera me va a contar. Suelta una risita chillona y puedo presentir que esta asintiendo.

—Cuando me iba, estaba caminando por la siguiente calle, y vi un auto estacionado en la esquina, me pareció raro, porque era idéntico al de Zet, y creí que se había ido. Así que me acerque sin parecer demasiado obvia y me sorprendí al ver a Kate en el asiento del copiloto. — Le doy una mirada a Alex y parece dolido. Su novia en el automóvil de otra persona. — Kate parecía enfadada y le estaba gritando algunas cosas a Zet.

— ¿Qué cosas? — Pregunto.

—Logre escuchar algo como "¿En serio?" "¡Eres un estúpido Zet!" "¿Como no lo vas a saber, si tú estabas ahí?" — Finge la voz de Kate. Hace aun más la voz chillona. Y me sorprende de que sea tan buena imitadora. Pero me sorprende más lo que está diciendo.

— ¿Estás segura?— Le pregunto para qué me confirme si era la autentica Kate.

—Demasiado segura. Era Kate. — Dice.

Alex parece no creerle y parece tomarse la conversación de Kate como una traición.

— ¿Qué mas dijeron? ¿Qué dijo Zet? ¿De qué más hablaron?— Pregunto ansiosamente. Definitivamente son muchas preguntas.

—Kate soltaba unas palabrotas y Zet no contestaba, parecía estar en otro mundo, se veía triste y cansado, parecía tener la mirada perdida, ya sabes... — Dice y asiento aunque sé que no me puede ver. Me imagino a Kate en el automóvil de Zet. Me imagino a Zet con su cabello castaño y sus manchas rojas alrededor de sus ojos. Y me imagino lo peor. —Después Kate salió del

automóvil demasiado furiosa, azoto la puerta y se fue. En cambio Zet ni siquiera pronuncio una palabra. Ni hizo nada, ningún movimiento. — Continua Cara.

—Oh. — Es lo único que puedo decir.

— ¿Oh?— Suspira frustrada. —Te cuento algo súper extraño y solo ¿Oh?, ¿Qué opinas? ¿No es demasiado extraño?— Dice.

—Cara, te llamo más tarde. — Y cuelgo. Alex tiene el rostro más blanco que un fantasma, literalmente. Esta demasiado pálido.

=====

## Capítulo 17.

Miro a Alex. Se ve todavía más confundido, parece desilusionado.

—Alex. — Lo llamo. — ¿Estás bien? — Pregunto mientras le toco el hombro derecho para llamar su atención, Alex esta tieso y demasiado duro como una roca. Cuando lo toco una sensación extraña me recorre por todo el cuerpo, empieza por las manos y después se extiende por todo mi cuerpo como un toque eléctrico. Rápidamente retiro la mano.

¿Qué fue eso?

—Sí. — Contesta murmurando, sacándome de mis pensamientos. —Es solo que me ha sacado de quicio. Es todo esto, todo parece ser tan irreal. Tan confuso, y sobre todo Kate, ni siquiera me lo hubiera imaginado, o pensado. ¿Kate? ¿La misma Kate que yo conozco? —Dice dolido,

negando con la cabeza. Ni siquiera parece creerlo. Yo tampoco lo puedo creer, pero si imaginar.

Kate. Sabía que algo malo pasaba con ella.

— ¿Tú crees que Kate...? — Hago la pregunta sin terminarla, porque Alex me interrumpe.

— ¿Insinúas que Kate...? — Suena molesto. Aprieta los labios tratando de evitar comentarios furiosos.

— ¡No!

¡Sí! ¡Alex, despierta! ¡Estoy insinuando que fue Kate!

— ¿Entonces? ¿Qué quieres decir sobre Kate? — Dice más calmado, apretando la mandíbula. Asumo que debe de estar pasando por una situación mala, así que me evito mis comentarios sobre Kate.

—Que a lo mejor ella sabe algo. — Respondo indiferente, mordiéndome la lengua y evitar cualquier sonido involuntario de mi boca.

¡Que ella fue la causante de tu muerte, Alex! ¡Junto con Zet!

Grito en mi mente y deseo que en este momento Alex pudiese leer la mente.

No es demasiado común que tu ex novia, o lo que sea, hable y grite con otro tipo dentro de su auto con palabras extrañas y sumamente enlazadas con tu muerte misteriosa. ¿O sí?

—Tal vez. — Es lo único que dice y tengo una ansiedad increíble de golpearlo en la cabeza, ¿La muerte afecta tanto? ¿Te deja sin pensar?



Le doy una mirada molesta y desgraciadamente no lo nota. Así que me molesto aún más. ¿Por qué confía tanto en Kate? ¿En serio? ¡¿En Kate?! Tan solo de escuchar su nombre en mi mente, mi estomago se retuerce y quiere devolver toda la comida de toda la semana, o del mes. Solo me dan ganas de vomitar y vomitar. Me trago mi propia saliva tratando de calmar a mi estómago, ahora enemigo de Ka... Ella.

—Voy a hablar con Zet. — Digo sin pensarlo con voz gruesa. Alex me mira sin entender.

— ¿Qué?

—Voy a hablar con Zet. — Repito.

—Lo entendí, pero, ¿Por qué? Y ¿Para qué? — Dice y ni siquiera yo misma me puedo responder la pregunta, solo sé que debo de hablar con Zet, así que le digo lo primero que se me ocurre.

—No me voy a dejar llevar por un rumor, o un chisme, es lo peor que puedes creer..., creer en algo que no es real. — Respondo convenciéndome a mi misma de mi ingeniosa respuesta.

—Aparte, ya escuchamos la versión de Cara, pero, ¿Qué hay sobre la versión de Zet? ¿Y la versión de Kate? ¿No te gustaría escuchar o saber lo que ellos dicen? — Agrego, poniendo un poco de lógica a mi respuesta.

—No, bueno..., Sí, pero supongamos que es cierto, supongamos que ellos dos estuvieron hablando dentro del auto de Zet, pero, ¿Qué esperas que digan?, —Dice interrogativamente con el ceño fruncido. —"Sí Hanna, tuvimos algo que ver con la muerte de Alex" "Nosotros matamos a Alex"— Imita la voz de Kate. Y me sorprendo de nuevo, la mayoría de las personas imita demasiado bien a Kate.

—Deja de ser tan negativo. — Le respondo de mala gana.

—No estoy siendo negativo, estoy siendo realista. — Y no tengo nada más para pelear ni objetar, él tiene razón. No me van a confesar un delito no más porque sí.

—De acuerdo. — Me cruzo de brazos, irritándome por los comentarios "realistas" de Alex.

—Entonces, ¿Por donde debemos empezar? Hasta ahora los únicos sospechosos son Kate y Zet, ¿Qué quieres hacer? O ¿Qué se supone que debemos de hacer? ¿Esperar a que el asesino se entregue?

Piensa por un momento, escuchando mis palabras con atención, otra vez esta perdiéndose en sus propios pensamientos. Me siento excluida.

—De acuerdo. — Se rinde.

¡Sí!

— ¿Iras conmigo, verdad? — Pregunto esperanzada y emocionada al mismo tiempo, no puedo hacerlo yo sola, ¿Y si me pasa algo?

Un escalofrío inquietante me recorre por toda mi espina dorsal, haciéndome temblar involuntariamente.

Igual, si Alex fuese, ¿Qué haría? ¡Es un fantasma!

Tal vez exagero un poco, pero ese dicho conocido se hace eco por toda mi mente... "Más vale prevenir que lamentar".

Así que pienso en mi gas lacrimógeno sin usar guardado en el cajón de la mesita de noche y en el acceso directo al número de emergencias. Me hago una nota mental de llevar esas dos cosas a la mano... O cerca de la mano.

Y sobre Zet, ni siquiera sé donde vive, no sé nada sobre él, a excepción de su nombre.

—Sí. Ya no tengo una agenda ocupada, y creo que mi misión es esta. — Bromea un poco, ni siquiera sonrío.

—Muy bien. — Al fin coincidimos.

Me siento inútil sin hacer nada, así que me siento en la silla y comienzo a leer lo que dice en la pantalla.

— ¿Alex? — Lo vuelvo a llamar.

— ¿Sí? — Su voz detrás de mi oreja me hace temblar. Ni siquiera me di cuenta de que estaba detrás de mí.

—No sabía que tenías hermanos. — Me concentro en la pregunta y no en su agonizante olor varonil. Un olor fuerte y delicioso, nada chocante o quejoso, su olor me hace querer inhalar e inhalar.

¡Concéntrate!

—No tengo hermano. — Me responde, su aliento hace que mi cabello se ondee unos escasos segundos.

—Leí en tu muro una publicación, sobre alguien que no recuerdo el nombre, pero te mencionaba como "hermano". — Le digo mientras recuerdo lo de hace un par de días, cuando su mensaje casi me hacía volverme loca.

—Oh, lo recuerdo, fue Isaac. — El olor a menta inunda mi sentido del olfato.

— ¿Isaac? — Pregunto tratando de recordar a algún Isaac del instituto, pero no hay ninguno que pueda recordar. El único Isaac que recuerdo es a un vecino antiguo, era flaco y pelirrojo, tenía muchas pecas en todo su rostro, era demasiado inquieto y activo, vivía en frente de nuestra casa, y en épocas navideñas me lanzaba bolas de nieve tan enormes como una pelota de fútbol, una vez me lanzo una tan fuerte que me golpeo en la frente y me desmaye por todo un día, mi madre se molestó tanto que hizo que se fueran lejos de aquí. Incluso hizo que pagaran los gastos médicos.

Tan solo de acordarme me duele la frente, es una suerte que no me haya quedado una horrible cicatriz o un horrible chipote.

Maldito Isaac.

—Sí, era de mi antigua casa. En donde vivía antes, en Colddes. — Asiento. Sé donde esta Colddes, esta al norte, es un lugar extremadamente frío y esta a cinco o seis horas de aquí, tengo una foto ahí, debajo del letrero de bienvenida a la pequeña ciudad, mi madre la tomo cuando era pequeña, tendría como tres o cuatro años, según dice, fueron unas vacaciones demasiado cortas, que por eso no lo recuerdo, pero estoy demasiado segura haber estado ahí por mucho más tiempo de lo que ella dice. He visto vídeos y noticias sobre Colddes, siempre suelen ser sobre el frío y las bajas temperaturas que se aproximan. Aunque vagamente Colddes parece ser como mi hogar.

—Oh, pensé que era de aquí.

—Pues no.

— ¿Vivías en Colddes? — Pregunto directamente.

—Sí, es mi ciudad natal. Pase la mayor parte de mi infancia ahí. — Asiento. El olor a menta me vuelve a distraer de mis pensamientos.

—Entonces, ¿No tienes hermanos? — Digo distraídamente.

—No. — Contesta.

—Ah.

Y la plática termina. Nadie dice nada, ni pregunta nada, aunque es un silencio cómodo y tranquilo, me la paso invadiendo la privacidad Alex leyendo sus conversaciones y sus mensajes, sobre todo

me concentro más en la de Ka... Ella. Pero no hay absolutamente nada, hay muchos corazones al termino de cada oración. Pero no hay nada extraño, todo parece ser como una pareja normal.

Veo otros mensajes y parece ser que todo está en mi contra. No hay nada. Absolutamente nada.

Miro el reloj de la computadora y marca justamente las dos de la mañana. Bostezo al ver la hora.

— ¿Por qué no te vas a dormir? — Dice al ver mi reacción. Me siento tan cansada que digo que sí.

— ¿Y tú? ¿No vas a dormir?

—Sí, pero más tarde.

— ¿Los fantasmas pueden dormir?— Me sorprendo.

—Oye, soy un fantasma, no un vampiro. — Bromea.

Suelo subestimar a los fantasmas.

—Los vampiros también duermen. — Siseo.

—Y los fantasmas también. — Completa. Y me rió débilmente. Bostezo de nuevo involuntariamente.

— ¡Buenas noches! — Me dice. Y después desaparece por la ventana.

Apago la computadora y me pongo el pijama para después caer rendida en mi suave cama.

=====

## Capítulo 18.

Despierto con los rayos del sol golpeando mi rostro, entrecierro los ojos y los tallo levemente, dejo que se adapten a los rayos brillantes y amarillos que iluminan hasta el último rincón de la habitación.

Me siento como en un sueño, en algo irreal, como si no supiese diferenciar entre la realidad y los sueños, justo ahora. Siento mi cuerpo flotar y liviano, como si solo estuviera con mi alma.

Pero, mi sentir desaparece cuando veo en la puerta a mi madre.

—Ya es tarde, creí que ya estabas vestida. — Dice mientras se acerca a mi cama.

—Creo que me quede dormida. — Digo bruscamente. Me paro rápidamente para que salga en cuanto antes de mi habitación.

— ¿Y tu alarma? — Pregunta mientras camina por mi habitación, lo cual, extrañamente me pone nerviosa y tensa.

—Olvide activarla. — Respondo, y doy vueltas por la habitación sin saber a dónde ir. O que hacer. Algo me inquieta.

—Mamá, ¿Te molesta?— Le digo educadamente, invitándola a salir de mi habitación. Me mira sin entender.

¡Privacidad, mamá!

—Estas muy nerviosa, ¿Qué pasa? — Pregunta angustiada, mientras me mira con dulzura. Sus ojos siguiéndome a cada paso que doy.

—Tengo una exposición. — Miento. Me encamino al closet y jalo lo primero que veo. Mi uniforme. Escucho sus pasos alejarse y me siento mucho mejor, mis hombros se relajan y mis músculos vuelven a su normalidad.

—Hanna... ¿Qué es esto? — Escucho su voz detrás de mí.

Por favor, que no sea nada malo. Por favor.

Me giro lentamente, haciéndome sentir en cámara lenta. Tiene un suéter colgando de su mano.

Maldición. Alex lo dejo aquí, dejo su suéter.

—Es mi suéter mamá. — Intento parecer convincente.

—No es verdad, yo no te he comprado este suéter. Ni siquiera te gusta el color rojo en la ropa. — Me dice casi molesta. Intento pensar en otra mentira, estoy a punto de responderle, pero solo me quedo con la boca abierta, siendo interrumpida.

—Este suéter era de Alex Crowell, ¿Qué hace aquí?

—No sé.

—Lo robaste. — Dice firme, apretando los dientes.

— ¡No mamá! ¿Cómo se te ocurre? — Me indigno falsamente, aunque me ofende su comentario sobre mi persona, yo no robaría absolutamente nada. Es absurdo que sea mi madre y piense eso sobre mí. La única vez que robe algo fue mi muñeca que fue robada por mi vecino Isaac, así que

no se consideraría un robo, porque la muñeca era mía. De mi propiedad, solo la recupere.

—Hanna, deja de mentir, estas muy misteriosa y tensa los dos últimos días, ¿Qué te está pasando? — Aprieta el suéter en la palma de su mano. La tela se arruga con su agarre firme y casi furioso.

—Mamá, ¿Cómo se te ocurre siquiera pensarlo? ¿Es que no me conoces? ¡Soy tu hija!

— ¡Mi hija no me mentiría! — Responde gritando, su cabello choca contra su mejilla y vuelve a su lugar, pero ahora desordenado. Y luego se me ocurre ponerme al tú por tú.

— ¿Cómo sabes que es de Alex? — Pregunto mientras sonrió en mis adentros, esperando que sea la pregunta correcta para aturdira y hacerle olvidar sus preguntas. Pero no todo es felicidad, hay algo que me oculta, porque tarda en responder y se rasca la nariz rápidamente. Un signo sobre ella que me sé perfectamente, no quiere contarme. Y absolutamente, no va a decirme nunca.

—Lo sé porque... Porque... ¿Qué tiene que ver esto? Estamos hablando de ti, ¿De dónde lo sacaste? — Pregunta de nuevo.

— ¿Conocías a Alex? —Estoy casi susurrando. Ahora la interrogo yo. Mi pregunta parece confundirla y tomarla por sorpresa.

—Claro que sí, estaba en el instituto. — Responde con nerviosismo, lo cual me hace querer preguntar más.

—George me contó algo más. — Incito, pero ni siquiera sé que decirle, lo que en realidad espero, es que me cuente ella misma, que el pez muera por su propia boca. Y que al gato lo mate la curiosidad.

— ¿Qué te contó? — Parece horrorizada mientras pronuncio las palabras, aprieta aun más el suéter pareciendo ansiosa por escuchar mi voz. Encaja las uñas en la tela de algodón discretamente. Las arrugas de su rostro parecen hacerse visibles en su frente cuando frunce el



ceño.

— ¿Por qué no me lo cuentas tú? — Respondo. Y por un momento desconozco a mi propia madre.

—No sé qué te haya dicho George, Hanna, pero no es verdad. No creas en él. Ni en Rossie. — Su rostro se suaviza y sé que no funciona, que no me va a contar nada, y no puedo suponer algo que me haya dicho George. No puedo mentir en este caso, aunque todo lo que dice parece sospechoso. ¿Por qué no debería confiar en ellos?

Últimamente, ya no puedo confiar en nadie, ni siquiera en mi misma.

Es irónico y loco, un día todo parece normal, y al siguiente, todos parecen ser sospechosos de un asesinato.

—George me lo regalo. — Respondo, nuevamente mintiendo. Sus facciones cambian rápidamente y frunce el ceño.

— ¿George? — Hay cierto tono de sarcasmo en su voz, no parece creérselo, es demasiado difícil mentirle, me conoce demasiado bien. — ¿Por qué te regalaría un suéter de su difunto hijo?

—No lo sé, solo me lo regalo. — Respondo rápidamente para no obtener más sospechas.

—Por favor Hanna.

—Te estoy diciendo la verdad. — Contesto cruzándome de brazos. Hasta yo misma me creo mi actuación.

—No me parece bien que aceptes regalos de otras personas, sobre todo de George.

— ¡¿Por qué?! — Estallo mientras grito, es demasiado injusto que me prohíba cosas que no me

explica, o que no parecen lógicas. ¿Por qué no debería tomarle un simple regalo?, aunque eso no es lo que me molesta, porque ni siquiera me regalo nada, lo que me molesta y me pone furiosa es que no me cuente o me explique el por qué. Realmente me pone mal.

—Porque yo digo. Y quiero que me digas por qué te lo regalo. — Me exige.

— ¿Sabes que mamá? ¿Por qué no se lo preguntas personalmente si tanto te interesa? Cítalo a tu maldita oficina y deja de molestarme ¿Quieres? — Digo de mala gana y tomo salvajemente mi uniforme para después salir de la habitación sacando humo por las orejas. Siento que mis mejillas están ardiendo.

— ¡Hanna! ¡Regresa aquí! ¡No te permito que me hables en ese tono! — Me grita desde la habitación, mientras que yo solo camino por el pasillo a paso rápido para entrar al baño. Ignoro sus gritos y azoto la puerta cuando entro. Abro el grifo del lavamanos y la agua comienza a caer, junto mis manos haciendo un hueco entre mis palmas y una vez lleno de agua la aviento a mi rostro caliente. Me visto lo más rápido que puedo, y me desenredo el cabello.

Ni siquiera desayuno, tomo mi mochila y me voy.

Mi mente comienza a burlarse de mí, y de todo lo que sucede alrededor. Se burla porque no puedo ser capaz de resolver un misterio.

¿Dónde demonios esta Alex? Me pregunto mientras camino desesperada y aún enfadada. Siento una respiración agitada muy cerca de mi oreja, una respiración pesada, ruidosa y exagerada que me hace estremecer, me dan escalofríos por todo el cuerpo, así que apresuro mis pasos.

Me volteo rápidamente hacia el camino ya recorrido mientras continuo caminando, compruebo que no hay nadie siguiéndome y sigo caminando. Aunque no me tranquilizo totalmente, siento que alguien me observa. Ese instinto me lo dice y me lo repite.

De pronto, todo ocurre demasiado rápido, estoy caminando y de pronto siento que alguien toca mi hombro. Doy un brinco, mientras me aterro, ¿Como alguien puede tocarme justo ahora, cuando no había nadie detrás de mí hace un par de segundos?

Temo girarme y ver algo terrorífico, así que me quedo paralizada, la mano sigue en mi hombro, como si fueran dos imanes atraídos, siento que su toque perfora mi hombro, las piernas dejan de moverse y comienzan a creer que están hechas de gelatina, mis manos comienzan a sudar y solo puedo reprimir un chillido en mi mente. Mientras la sangre se me congela en cada parte de mi cuerpo.

— ¿Me llamabas? — Escucho una voz reconocible. La sangre vuelve a circular y me giro rápidamente.

Alex.

— ¡Dios mío! ¡No vuelvas a hacer eso! — Chillo mientras lo golpeo con las palmas de mi mano. Son golpes suaves y bruscos. Lo golpeo en el pecho mientras él intenta cubrirse. O un intento de cubrirse.

— ¿Hacer qué? — Dice cuando dejo de golpearlo.

—Asustarme de esa manera. — Me enfado.

—Oh. Entonces, ¿Lo siento? — En cuanto habla, me dan ganas de golpearlo. Me lleve un susto enorme.

—Por cierto, genio Alex, olvidaste tu suéter en mi habitación. — Digo con sarcasmo.

— ¿Y?

— ¿Cómo que "Y"? Tuve una discusión con mi madre, y ahora piensa que soy ratera, misteriosa, que estoy sospechosa ¿Y tú solo dices "y"?— Niego, aún enfadada.

—Tendré más cuidado. — Dice.

—Claro que sí, de eso me encargo yo.

—Eres muy exagerada.

— ¡Mi mamá va a pensar que estoy loca si le cuento que estoy hablando con un fantasma!

—Si tanto te preocupa, tómame una foto, aún aparezco en ellas, un poco borroso y como una luz, pero aparezco. — Sonríe. Niego con la cabeza nuevamente, solo hace que me enfurezca más.

Seguimos caminando por las calles, me olvido de la discusión mientras camino a lado de Alex y analizo absolutamente todo. La furia parece haberse esfumado. Cuando estamos en frente del instituto, y viendo que nadie me escuche, o me mire le hablo al fantasma de Alex.

— ¿Extrañas en instituto? — Digo con timidez. Casi murmurando para que no crean que soy una loca hablando sola.

—En realidad, no. — Responde riéndose. Pero un momento después se calla.

— ¿Qué pasa?— Susurro tratando de seguir su vista. Parece a ver algo raro, porque mira directamente a un lugar que no alcanzo a ver.

—Zet. — Dice con voz ronca. Me estremezco.

— ¿Dónde? — Intento de nuevo buscarlo, pero parece esfuerzo en vano, no lo veo.

—Esta recargado en el automóvil de Kate. — Busco el flamante automóvil rojo de Kate entre todos los autos estacionados y no tardo mucho en encontrarlo. Efectivamente ahí está Zet. Lleva el uniforme y parece desconcertado, parece no saber en donde esta, esta recargado en el cofre del automóvil de Kate, pero ella no está, o eso creo porque desde aquí no se puede ver mucho, apenas alcanzo a distinguirlo de entre todos los estudiantes.

—Voy a hablarle. — Digo mientras camino hacia él.

—Espera... ¿Qué? ¡No! ¡Regresa Hanna! — Me grita desde atrás. Pero su voz no me detiene, ya estoy caminando hacia él.

=====

## Capítulo 19.

— ¡Zet! — Le llamo cuando estoy lo suficientemente cerca para que me escuche. Levanta la mirada y sus ojos perdidos buscan al rededor, hasta que se cruza con los míos. Camino más rápido.

Pero, en cuanto me mira y ve que voy en su dirección, se cuelga la mochila al hombro y camina tan rápido como una liebre.

— ¡Espera Zet! — Le grito y capto algunas miradas curiosas. Zet aprieta el paso y camina mucho más rápido, casi siento que estoy corriendo.

—Déjalo Hanna. Hoy no. — Escucho la voz de Alex detrás de mí. Lo ignoro. ¿Si hoy no, entonces cuando? ¿Cuando él quiera? ¿Y nuestras dudas? ¿Y su asesino?

¡Que se joda si hoy no es el día!

Imito su paso y me doy cuenta de que tiene unas piernas demasiado largas, porque da unos pasos enormes, cada paso que da, lo siento más lejano.

Entonces, corro. Zet voltea rápidamente hacia atrás y al verme se horroriza.

¿Por qué huye? ¿Por qué se ve tan aterrorizado? ¿Tan vulnerable?

Estoy casi a cuatro metros de distancia cuando alguien se atraviesa en mi camino y me hace retroceder un par de pasos.

El golpe me aturde tanto, que cierro los ojos involuntariamente. Y cuando los abro, mi pesadilla está ahí.

—Kate. — Murmuro aturdida. Mi cabeza da vueltas, el pasillo da vueltas, todo da vueltas. Menos Kate. Ella parece una estatua frente a mí.

—Hanna. ¿Estás bien? — Pregunta sin interés. Con cierto sarcasmo.

—No, en realidad no. — Contesto mientras me incorporo a la realidad. Las vueltas desaparecen al poco tiempo.

— ¿Qué pasa? Vi que seguías a Zet y...

—...Y te atravesaste en mi camino. — Completo de mala gana. El golpe me dejó más enfadada que la discusión de la mañana. Y ver a Kate, me pone todavía más mal.

—Oh. ¿En serio? Discúlpame por favor. — Se disculpa, pero su voz es irritante y enfadosa. Suena tan hipócrita.

—No te preocupes. — Le digo casi sonriendo. Miro sobre su hombro y Zet ya no está. Kate ve mi reacción y se gira para ver qué es lo que estoy mirando, al comprobar que no hay nada más que los casilleros, devuelve su mirada hacia mí.

— ¿Te puedo ayudar en algo? — Pregunta. Y por primera vez en mi vida, y aunque duela aceptarlo. Necesito la ayuda de Kate, o más bien, necesito su testimonio.

—Sí. Creo que me puedes ayudar. — Le contesto rápidamente con una sonrisa dulce y falsa.

—Hanna... Para. Kate no servirá. — escucho a Alex. Su voz clara y fuerte. Y me da miedo. Me da miedo de que nadie más lo pueda ver o escuchar. Lo ignoro nuevamente y continuo hablando con Kate.

— ¿En qué? ¿Qué te trae tan misteriosa? — Pregunta. Así que las comisuras comienzan a dolerme y dejo de sonreír. Lo dejo salir directamente.

—Es Alex. — Le respondo. En cuanto digo su nombre, el rostro de Kate palidece y sus dedos comienzan a moverse rápidamente entre ellos.

—No quiero hablar sobre eso. — Responde. Ahora ya no está sonriendo, ni siquiera la voz chillona aparece. Su tono de voz es frío y calculador, parece medir cada palabra que dice.

—Déjala, Hanna. — Sentencia Alex.

—Solo cállate. — Le contesto a Alex, sin darme cuenta de mi error. Kate frunce el ceño y parece más confundida que con un examen de cálculo.

—Uh, ¿Perdón?

—Lo siento, es que a veces hablo en voz alta. Es una rara enfermedad que tengo desde niña... — Me excuso tontamente. Las mejillas comienzan a arderme. Ahora soy yo la que se pone de nervios. Jugueteo con mis dedos un poco y estos se me resbalan por el sudor. Pero, afortunadamente, recupero mi postura inmediatamente. —Yo quería decir, ¿Por qué? ¿Por qué no quieres hablar de él?

—Por favor, no. No insistas Hanna. No quiero hablar de él. No quiero saber nada sobre Alex. Así que si me disculpas... — Se pone más recta de lo común, traga saliva dificultosamente y pasa por a lado de mí. Dejándome con la palabra en la boca.

— ¡Dijiste que me ayudarías! — Le grito enfadada. Me da la espalda y su cabello rubio se ondea perfectamente, al escucharme se da la vuelta y parece frustrada. Cansada.

—Te ayudaré con lo que necesites, siempre y cuando no tenga que ver con Alex. — Me responde. Su tono sincero me sorprende, no es la voz chillona de Kate, esta es diferente. Como si fuera otra Kate.

—Pero tú...

— ¡Ya basta Hanna! — Me grita Alex en el oído. Me sorprende su enfado que hasta doy un salto. Le doy una mirada furiosa a Alex rápidamente.

Después hablaré con él. Kate es una pista desde ahora, y aunque duela, ya no es su novia.

Doy dos pasos hacia a Kate, aún con cierta distancia. Y quiero insistirle, aunque Alex se moleste, quiero sacarle algo mínimo, cualquier cosa, lo que sea.

— ¿Y sobre Zet? — Insisto desesperada.

— ¿Qué hay sobre Zet?

—Tú dímelo. — Le respondo mirándola directamente a los ojos, ella me mira de regreso, las dos nos fulminamos con la mirada, y esperamos ver quién es la que se rinde. Por supuesto, tengo a Alex detrás de mí, murmurando infinidad de cosas que no logro escuchar.

Kate parece presionar más, así que miro sus ojos con atención, miro sus gestos torcidos, y a su labio rojo temblar dolorosamente, y a cada segundo que pasa, parece ponerse tenso y con cierto nerviosismo.

Kate se rinde y se va. Se da la vuelta bruscamente que casi choca con un casillero, la veo



alejarse mientras su cabello se mueve de nuevo. Camina demasiado deprisa y demasiado incoherente, apenas puede distinguir cual es su pie derecho. Es como si estuviera aprendiendo a caminar.

— ¿Por qué eres tan terca? — Me molesta Alex, lo miro y aprieta la mandíbula. Cabreado es poco.

—Porque es la única pista que tenemos. — Le respondo, haciendo obvia la respuesta.

—Fuiste muy dura. — Resopla enfadado.

—Tienes una maleducada novia. — Le digo a Alex, haciéndole ver que no fui la única dura.

La conversación termina y seguimos caminando por el pasillo en silencio. Alex camina a mi lado derecho, y por simple curiosidad, lo miro de reojo.

Parece aturdido.

—No quiere saber nada sobre mí... — Dice con voz sofocada cuando me pilla mirándolo. Parece herido.

—No, ella parecía triste, debes de comprenderla. Ella..., parece que aún te quiere. — Trato de animarlo. Aunque parece en vano, porque se va.

Se va sin decir si quiera adiós, o cualquier cosa, parece ir flotando, aunque en realidad está corriendo.

Se fue, dejándome sola en el pasillo. Suspiro con pesadez.

Entro a mis clases correspondientes, y lo único en lo que me puedo concentrar es en Kate y Zet. Me parece sumamente sospechoso y misterioso lo que pasa con esos dos, ¿Qué tal que todo fue

un plan de ellos? ¿Qué tal que sí intentan cubrirse entre ellos mismos?

Mis pensamientos son interrumpidos cuando escucho mi nombre.

—Oye, Hanna. — Alguien susurra detrás de mi oreja. Me volteo sigilosamente, esperando que la profesora no me atrape.

Sarah, una chica de cabello rojo y con pecas, me pasa una bolita de papel. La tomo y me vuelvo a girar dándole las gracias en susurro.

Abro la bolita y la hoja esta manchada con tinta negra, y tiene un mensaje espeluznante y amenazante.

"Deja de meterte en lo que no te importa, si no, sufre las consecuencias".

Abro los ojos como plato, trato de asimilar el mensaje.

"Deja de meterte en lo que no te importa, si no, sufre las consecuencias". Lo repito en mi mente.

¿Quién demonios...?

Las letras están marcadas salvajemente tanto como pudieron sacarle tinta a la pluma. Mis piernas me hormiguean debajo de la banca y mi cuerpo tiembla. Incluso siento que mi cara esta tan pálida como nunca antes. Me imagino el color de mi piel en estos momentos y lo único que se me ocurre que se pueda asimilar al color de mi piel es la harina.

Aprieto el papel entre mi palma y es de nuevo la bolita de papel que había sido.

Pestañeo varias veces, esperando que el mensaje sea para otra persona, que haya sido un error o cualquier cosa.

Por instinto giro a todo mi alrededor, esperando ver a alguien mirándome, para ver mi expresión de susto, o cualquier cosa que haya esperado de mí, pero nadie me está mirando, todos están escribiendo en sus libretas.

— ¿Tiene algún problema Señorita Reeve?— Me pregunta la profesora con sus ojos profundos y penetrantes.

—No. — Respondo negando con la cabeza y vuelvo mi mirada a la libreta fingiendo estar escribiendo. Arranco una hoja en blanco de mi libreta y escribo sobre ella "¿Quién te la mando?" Y se la lanzo discretamente a Sarah. Escucho como abre el papel y comienza a escribir sobre él. Me inclino y finjo de nuevo estar escribiendo.

Espero...

Espero...

Y espero...

Unos minutos después la bolita cae encima de mi libreta y me apresuro a abrirla.

"Cara Carter".

El aire se acumula en mi pecho, y siento que voy a explotar en cualquier momento. Escribo de nuevo. "¿Cara Carter?" Y le lanzo el papel. Esta vez me lo regresa al mismo tiempo en el que me tarde.

"Sí".

Oh Dios mío.

=====

## Capítulo 20.

Miro a Cara de reojo, y ella parece darse desapercibida, está completamente concentrada en su libreta y en su pluma. Rápidamente se da cuenta de que alguien la está mirando y me mira. Le sonrió duramente.

No. Cara no.

Me hace señas y gestos diciéndome "¿Qué pasa?", rápidamente niego con la cabeza y para evitar malos entendidos, o darle una explicación larga le sonrió, como siempre. Regreso mi mirada al cuaderno y me pierdo en la hoja blanca de mi libreta. Ni siquiera sé que hacer. No sé de qué trata la clase y no sé porque todos están tan concentrados en sus libretas, pero pronto me doy cuenta.

—Señorita Reeve, veo que está demasiado distraída, supongo que ya termino su poema ¿Verdad?, ¿Por qué no pasa a leernos? — Escucho a la profesora desde su escritorio, su nariz me incomoda demasiado. Tiene un enorme lunar en un lado lateral de su nariz. A veces no puedo evitarlo y solo veo su lunar demasiado negro, y demasiado grande. Eso le molesta, pero no puedo mirarla a los ojos, su lunar es intimidante.

—No, en realidad yo...— Pienso en una mentira creyente. Y se me ocurre la típica. —Estoy sin inspiración, profesora. — Contesto.

—No necesita inspiración, con lo que hemos visto en clase, basta y sobra. — Me responde con su voz grave e irritada.

¡La odio! ¡La odio! ¡Arg!

—Sí, profesora. — Susurro.

Y entonces comienzo a escribir con la tinta negra. Comienzo a escribir el nombre de Alex en la parte superior, y a su alrededor escribo todos los nombres de los posibles sospechosos hasta ahora.

Primero pongo a Kate, por supuesto, después a Zet. Ellos son los principales sospechosos. Después escribo los siguientes nombres al azar y por inercia.

Karem, que es la mano derecha de Kate y pudo haber sido su cómplice. Cara y su supuesta bolita de papel, e incluso ahora que la tengo llego a pensar que Cara mintió acerca de Kate y Zet, pero si hubiera mentido, Kate y Zet no estuvieran tan juntos y tan sospechosos. Así que descarto un poco la idea sobre Cara, aunque de igual manera, la incluyo en la lista. Últimamente la única palabra que pasa por mi mente es: sospecho.

Después pongo a la pelirroja con pecas; Sarah. Ella me entrego la bolita de papel, así que sería justo también ponerla a ella. Ella pudo ser la mentirosa. ¿Qué tal que si ella la escribió? Y después me pongo a pensar, ¿Qué tiene que ver Sarah con todo esto? ¿Ella en que entra, en todo esto?

Pienso...

Mi mente está en blanco. Me esfuerzo un poco, tratando de recordar algo que se me haya pasado.

Nada. No hay nada. La única relación que tenemos es que va en mi clase, Cara y yo compartimos solo dos clases, Sarah no cuadra en esta historia. No tiene nada que ver.

Pero algo me dice que sí. Que ella tiene que ver en esto. Me hundo en mi banca y me cubro con mi cabello, es una suerte que el chico de adelante se más alto que yo. Su espalda me cubre un poco de la profesora.

Sarah, Dios, ¿Por qué Sarah?

Lo único raro que recuerdo de ella es haberla visto en los baños tomando un montón de pastillas, de distintos colores y tamaños. Me había dicho que estaba enferma, y que debía de tomar muchos medicamentos, ya que cada uno fortalecía a otro. En fin, que no le dije nada más y me fui. No me pareció raro. Yo también tomaba unas cuantas pastillas cuando me enfermaba.

Ella solo me dijo "Mi padre hace que me tome estas porquerías cada diez horas". Yo solo asentí y coincidí con ella, "Mi madre también me obliga, es tan molesto". Y después me voy. Fue una conversación corta. Una conversación acerca de cómo nuestras madres nos obligaban a tomarnos cientos de pastillas con horribles sabores que...

¡Oh Dios! ¡Ya sé que es! ¡Diablos! ¿Cómo no lo supe desde antes? ¡Estaba más que obvio!

Maldición.

Maldición.

Maldición.

¡El papá de Sarah es policía!

—Sarah... — Le llamo en susurros, con la cara ardiéndome. Siento calor por todo mi cuerpo.

— ¿Qué pasa?

—Me preguntaba si podría ir hoy a tu casa. — Le digo. Así podría conocer a su padre, y preguntarle algunas cosas. Tal vez él sepa algo. O ella, incluso.

Lo piensa un momento. Decidiéndose entre ella misma.

—Uhm, sí. Está bien. — Responde.

— ¿Nos vamos juntas? — Pregunto en susurro. Y de pronto mi otra pesadilla.

—Hanna, podrías, por favor, pasar al frente con tu poema. — La profesora interrumpe nuestra plática. Entrecierro los ojos y después hago una mueca de disgusto. Como estoy volteada, me tengo que girar para estar de frente. Cuando me giro, la profesora ya me está fulminando con la mirada.

—No lo he terminado. — Respondo. Todos en la clase han dejado de escribir y me miran directamente, sus ojos vagan de mí, hasta la profesora y viceversa.

— ¿Puedes traermi tu adelanto? Me gustaría leer lo que llevas escrito. — Esta rígida.

—Yo en realidad... — No termino la oración cuando ya se está parando de su silla y camina directamente así a mí, sus ojos no se despegan de los míos, alcanzo a girar la hoja antes de que llegue a mi lugar.

Hojea mi libreta y se da cuenta de que apenas he escrito mi nombre y la fecha.

—Por favor, toma una hoja de detención y has que la firme Nora.

— ¿Detención? ¡Pero si no he hecho nada malo! ¡No puede mandarme a detención! — Casi grito. Todos me miran curiosos.

—Sí que puedo. Toma la hoja de detención. — Gimo frustrada y meto mis cosas a la mochila, le doy una mirada rápida a Cara y me mira sin entender, le hago señas de que luego le explicó, ella asiente. Después le doy una disculpa a Sarah y ella sonríe. Nuestros ojos planean lo que las palabras no pudieron. A la hora de la salida nos veremos.

Por un lado me alegro. Me alegro de irme de esta estúpida clase. Ni siquiera tengo ánimos de seguir peleando. Cuando termino de meter mis cosas a la mochila me levanto de un golpe y casi

golpeo el hombro de la profesora. Me encamino a su escritorio y tomo la hoja de detención. Ya tiene mi nombre, o sea que ya tenía planeado todo esto. Sabía que me iba a mandar a detención. Arrebato la hoja y salgo lo más rápido que puedo.

Estoy tan cabreada, ha sido uno de los peores días de mi vida. O más bien. El peor.

Camino por los pasillos vacíos, mientras suelto palabrotas en mi mente. Golpeo varios casilleros mientras camino con paso apresurado. Me dan ganas de arrugar la hoja de detención, pero para mi desgracia, tengo que estarme buena aparte del receso en un salón con alumnos castigados, y tiene que estar firmada por Nora.

Genial.

Estoy cabreada, lo que le sigue de cabreada. Quiero golpear a alguien o a algo, quiero desquitar toda la furia y el estrés que llevo dentro, y es que son tantas cosas. Es tanto en lo que debo pensar. No me quiero imaginar cómo es que están los detectives, o los agentes privados, o el FBI, deben de tener un lío en sus cabezas. Debe de ser peor que calculo, o cualquier otra materia difícil.

Me digo a mi misma que nunca voy a estudiar algo que esté relacionado con el crimen. Absolutamente nada.

De repente, todo mi cuerpo empieza a debilitarse, como si perdiera fuerza en todos mis músculos. Siento que mis pies pesan demasiado, parecen estar hechos de cemento, porque no puedo moverlos, es como si los tuviera dentro de un pozo de petróleo. No puedo moverme ni un poco, una enorme bruma de humo me envuelve, mientras todo mi cuerpo se golpea con el piso. Pierdo la visión rápidamente y veo como todo al mí alrededor desaparece en la bruma.

=====

Capítulo 21.



Abro los ojos y una luz blanca penetra mis ojos, estos se entrecierran ante la cegante luz y los vuelvo a abrir, esta vez tratando de acostumbrarme a la luz. Estoy acostada en una cama con sabanas blancas, todo parece ser blanco, las paredes, los muebles al mi alrededor, los frascos de medicina, la puerta... ¿Frascos de medicina? ¿En dónde estoy?

— ¡Hanna! ¡Al fin despiertas! — Escucho una voz femenina. La cabeza me da vueltas.

— ¿En dónde estoy?— Pregunto mientras miro a mi alrededor tratando de recordar lo que me paso. Me incorporo a la realidad.

—En la enfermería. — Responde la misma voz, doy otro vistazo a la habitación mientras intento acoplarme. Y luego lo recuerdo todo...

— ¿Me desmaye? ¿Qué me paso?

—Sí, un estudiante que pasaba por ahí te encontró, estabas inconsciente y el te trajo aquí. — Me responde. Miro a la persona a la que le pertenece la voz, me sorprendo al ver a una mujer joven, tiene los ojos cafés, y tiene ojeras debajo de estos, aunque el maquillaje las oculta un poco, sus labios son rojos como una cereza, y su piel es tan blanca que apenas puede distinguirse de su uniforme de enfermera.

— ¿Un estudiante? — Pregunto mientras me siento en la camilla. Todo parece estar en su lugar. Mi ropa, mi mochila, todo. Ella se acerca a mí, y me abre un ojo, estirándolo completamente mientras una luz brillante los penetra.

—Sí, ¿Como se ve?

—Muy brillante. — Respondo. Y luego lo hace con el otro ojo.

— ¿Y este? — Pregunta mientras que la luz hace que mis ojos parpadeen.

—Lo mismo. Muy brillante. — Respondo. Apaga la luz y se da la vuelta, caminando hacia uno de los cajones, plancho mi ropa con mis manos y me acomodo el cabello. Me siento en la camilla, esta vez dejando los pies fuera de la cama.

— ¿Quien me trajo? — Pregunto curiosa. Ella mete la lámpara en el cajón. El ruido chirriante me hace retorcerme de ansias. Cierra el cajón y camina hacia donde están las medicinas. Checa algunas de ellas mientras me da la espalda.

—No creo que lo conozcas, va en último grado.

— ¿Y sabe su nombre? — Pregunto con interés. Aun me sigue dando la espalda y parece estar leyendo los ingredientes de un frasco blanco con etiqueta azul.

—Uhhh... — Dice. —No lo recuerdo, era un nombre raro...

— ¿Raro? — Pregunto y ella asiente desinteresadamente. Toma otro frasco con la otra mano y los compara.

— ¿Eres alérgica a algún medicamento? — Niego mientras sacudo mi cabeza.

— ¿Puede recordar un poco el nombre? ¿Su inicial, tan vez? — Insisto. Se da la vuelta y me mira. Parece cansada e irritada, y en realidad no sé porque, si casi nadie entra a la enfermería, la mayoría del día está sola y sin ningún enfermo. A menos de que sea un deportista, o una porrista, ellos suelen venir mucho aquí. Cara se quebró la mano una vez, y tuvo un yeso enorme en su mano por varias semanas. Todos, o la mayoría lo firmamos.

—Era algo como Cat... ¿O era Sam? — Se interroga ella misma. ¿Cat? ¿Sam?, no recuerdo a ninguna persona llamarse así, tal vez tiene razón. No lo conozco. —No... Espera, era como Zat... Zet... ¡Oh sí! ¡Es Zet!

— ¡¿Zet?! — Grito.

—Sí, te traje aquí en brazos, dijo que estabas tirada a medio pasillo inconsciente, y te traje aquí, deberías agradecerle... Mmh, toma una de estas, y después come algo. — Cambia radicalmente de tema mientras me tiende una cápsula de color blanco, con la otra mitad de color azul. Tomo la pastilla y me la trago sin un trago de agua.

—Gracias. — Le digo y me apresuro a tomar mis cosas. Inmediatamente su voz me detiene.

— ¿Qué haces?

—Tengo clases. — Me excuso. Ella niega mientras sonrío. Tiene un cilantro en los dientes.

—No te preocupes por eso, tú madre, es decir, la directora dijo que no te dejará ir... Así que, por lo tanto, debes permanecer aquí. — Me dice, y después se va, dejándome sola en la habitación llena de luz.

Me irrito.

Arg. No puedo creer que mi madre este metiendo, de nuevo, las narices en donde no le importa. Ahora me dará un discurso aburrido de media hora, diciéndome que es demasiado importante desayunar. Y que si estoy bien y bla bla bla.

Dejo caer mi mochila en la camilla y trato de inventarme algo para zafarme de esto e irme. Afortunadamente algo llega rápidamente.

— ¿Puedo ir al baño? — Pregunto pareciendo desesperada. Como si mi vejiga fuera a explotar.

—Sí, pero deja tu mochila aquí. Y no te tardes. — Asiento y sonrío. Casi doy un brinco de la camilla, mientras camino a la puerta de la enfermería, una silueta llama mi atención. Esta recargada en la puerta, es una silueta de un hombre, esta fornida y es alta, entre más me acerco, más le tomo forma. La silueta parece darse desapercibida con mi presencia.

El piso rechina con mis pasos y la silueta se gira rápidamente hasta a mí. Se ve desesperada, gira sobre sus talones y después, como un rayo, se va.

Unos segundos después estoy corriendo detrás de la silueta. Siguiéndola. La silueta parece ser más rápida que yo, pero cuando gira por el pasillo, alcanzo a reconocer a la persona dueña de la silueta.

— ¡Zet! — Le grito mientras corro detrás de él, Zet parece acelerar el paso. Mi cabello se revuelve y choca contra mi rostro, haciéndome perder un poco la visión. Es imposible que lo alcance, él es más rápido.

— ¡Zet! ¡Espera! ¡Por favor! — Su camino se termina, lo que hay al final del pasillo es una pared que obstruye el paso. Ya no puede escapar, esta vez no podrá evitarme. Mientras tanto sigo corriendo detrás de él. Corremos un par de minutos más, mi respiración se agita y respiro por la boca, haciéndome cansar más rápido.

Y así es. Prontamente Zet se ve acorralado. Casi sonrió. Me acerco más, con la respiración agitada, mientras desacelero mi paso y mi velocidad, mi pulso corre precipitadamente.

—Hanna. — Me dice finalmente. Su voz gruesa y fina penetra a mis oídos.

— ¿Por qué huyes de mí? — Pregunto dolida. Tiene un poco de sudor en la frente, una pequeña gota se resbala por toda su frente.

—No estoy huyendo.

—Sí, lo estás haciendo. Cada vez que quiero hablarte, te vas.

—No, no estoy huyendo. — Vuelve a repetir, se ve desubicado, como si no supiera en donde está.

— ¿Por qué? — Pregunto.

— ¿Por qué, qué? — Parece confuso, sus cejas se juntan mientras se fruncen. Sus músculos tensos y su rostro congelado me hacen desconfiar de él. Sobre todo en un lugar cerrado.

— ¿Por qué tú y Kate están tan cerca? ¿Que ocultan? — Suelto de repente.

— ¿Yo y Kate? — Me ataca con otra pregunta, invadiendo la mía. —No sé de que hablas... — Su voz gruesa hace eco en mis oídos.

—Tú sabes de que hablo. — Me molesto al ver que Zet no me dice absolutamente nada de importancia.

—Hanna, creo que estas suponiendo cosas que no son. — Me sorprendo que sepa mi nombre, nunca se lo dije. No que yo recuerde.

—Según tú, ¿Qué cosas estoy suponiendo? — Respondo. Él parece aturdido, pero yo quiero insistir más y más. Hacerlo que hable. Que hable de Alex.

—Solo tú lo sabes Hanna, pero ten mucho cuidado, hay gente que quiere dañarte.

— ¿Qué hay sobre Alex? — Lo interrogo, él hunde sus manos en sus bolsillos delanteros.

—No quiero hablar de eso...

— ¿Por qué? — Lo presiono. ¿Por qué no puede? ¿Qué es lo que esconde?

—Solo... No, no puedo. — Se ve vulnerable. Dolido, triste y decepcionado de si mismo. Al ver su mirada de sufrimiento lo descarto de mi lista, pero mi instinto no.

— ¿Qué hay con Kate? ¿Por qué te está siguiendo tanto? — Me entrometo.

— ¿Qué quieres decir? Ella no... — La defiende negando con la cabeza.

—Ambos sabemos que tú y ella...

— ¿Qué ella y yo...? ¿Qué? — Se endereza mientras pronuncia las palabras, se pone en guardia instintivamente. Los ojos le brillan y el color intenso de sus ojos se hace más visible.

—Tú y ella son... — Digo sin pronunciar la palabra. No puedo. No puedo culparlo sin tener pruebas. No estoy segura si fue él.

—Nunca supongas cosas Hanna. Es lo peor que puedes hacer. Kate y yo, no somos nada, y si no te importa me tengo que ir. —Camina hacia a mí, tratando de pasar, pero rápidamente le obstaculizo el paso.

—En realidad si me importa.

—Basta. — Pronuncia susurrando.

—Zet, puedes confiar en mí.

—Solo... aléjate. — Dice mirándome a los ojos, pareciendo sincero. Tiene las mejillas rojas.

—Aléjate antes de que sea tarde.

— ¿Antes de qué sea tarde? — Murmuro, me muerdo la lengua para no formular más preguntas. Cambia su mirada, ahora ya no me mira.

—Hazme caso, aléjate. — Esta vez, su voz suena amenazante.

=====

## Capítulo 22.

Me encamino de nuevo a la enfermería, camino tan rápido que en menos de un minuto ya estoy en la habitación blanca en la que me encontraba. Cuando giro la perilla para entrar, veo a mi madre sentada en una silla de madera, luce preocupada, tiene los brazos cruzados y se muerde una uña incesantemente. En cuanto entro se levanta de un salto y me mira directamente. Con expectación. Espero un regaño de su parte por a ver tenido detención y por haber peleado con ella, y para finalizar, por no desayunar, cuando es obligatoriamente.

— ¡Hanna!, ¿Cómo estás? —Pregunta mientras corre hacia a mí. Angustia es lo único que hay en sus ojos. Cuando llega a mí, puedo oír su respiración agitada. Me toca la cara pareciendo ansiosa. Sus toques son rápidos y bruscos.

—Bien. —Digo confundida. No hay regaños. Qué raro.

—Pero, ¿Qué te paso?

—Me desmaye mamá, no fue nada grave. — Respondo intentando convencerla. Le sonrió pareciendo perfecta.

—Me preocupaste. — Dice. —Escucha, estas peleas tienen que terminarse, o por lo menos debes de desayunar. Sabes que es importante comer. — Completa con un hilo en la voz.

—Sí, mamá, lo siento. No quería que te preocuparas. — Me disculpo. No solo por preocuparla, sino por la pelea. Fue algo duro de mi parte gritarle y tratarla de esa manera. Ahora me siento culpable por mi actitud hacia las personas más cercanas o a las que considero sospechosas. No puedo seguir haciendo eso.

—Te pudo haber dado algo peor. — Exagera, pareciendo más preocupada de lo normal. Ruedo

los ojos.

—Mamá... — Alargo. A veces las madres pueden ser demasiado exageradas, pero esa exageración nos hace ver las cosas de otra manera. Aunque otras veces, solo exageran.

—De acuerdo, de acuerdo. — Se aleja un poco de mí para darme mi espacio. Ya se ve más tranquila. Y eso me calma también. —Yo misma te he dado el permiso para irte a casa...

Casi estoy sonriendo.

—Pero, con una condición. No computadora, no televisión, ni nada de tecnología. — Se pasa las manos por el cabello lacio. Luce más como mi madre; responsable, cariñosa, atareada, desesperada y controladora.

— ¿Por qué?!— Exclamo.

—Porque necesitas reposar y alimentarte. La tecnología solo te distrae, así que ya está. Nada de tecnología, ¿Bien? — Repite. Asiento sin discutir nada más.

Tomo mi mochila y me la cuelgo en el hombro derecho, la enfermera no se ha visto desde que entre, así que supongo que debe de estar afuera, o en la otra habitación.

— ¿Te veo más tarde? — Le dirijo una mirada a la directora —mi madre— y ella asiente. Se acomoda la blusa delicadamente y borra toda arruga que había en ella.

—Te quiero Hanna, no lo olvides. — Me dice cuando me da un beso en la frente. Hay cierta sinceridad en su voz. Es su frase típica después de una pelea.

—También te quiero. — Respondo por costumbre.

Me suelto de su agarre y camino hasta la puerta, la puerta se abre antes de que yo lo haga. Una



chica de cabello largo entra, y a simple vista la puedo reconocer.

Cara.

¿Qué hace ella aquí? ¿Se enfermó? ¿Se desmayó también?

Sus ojos negros se encuentran con los míos y me sonrío.

—Dios, estaba preocupada por ti. Me tenías hecha un lío. — Me dice cuando estamos lo suficiente cerca. Su cara de susto me lo dice todo.

—Solo fue un desmayo. Estoy bien. — Sus músculos se relajan y toda la tensión en su cuerpo se esfuma. Suelta los hombros.

—Ya me di cuenta. — Contesta sarcásticamente.

—Y a todo esto, ¿Por qué no estás en clase? ¿Qué haces aquí? — Le pregunto mientras le doy una mirada de confusión.

— ¿Me estas corriendo? — Levanta una de sus cejas. Parece ofendida.

— ¡No!

—Eso parece Hannita. — Utiliza el diminutivo de mi nombre. Lo que más odio en la vida. Hannita es demasiado infantil, nadie en la vida me ha llamado así. Excepto Kate.

—Cara... — Le sentencio recordándole que odio el diminutivo de mi nombre. Rápidamente se da cuenta de su error y de su ofensa. Ella más que nadie en el mundo lo sabe.

— ¡No me di cuenta! ¡Lo siento! — Se disculpa mientras se tapa la boca con las dos manos.

—Déjalo. ¿Me vas a decir por qué estás aquí?

—Mmh, bueno, veras, yo venía a ver como estabas, entonces, la directora... — Mira a mi madre que está detrás de mí. —... Quiere hablar conmigo.

— ¿De qué? — Le pregunto a Cara.

—No lo sé. — Levanta los hombros y los vuelve a bajar.

— ¿De qué? — Pregunto girándome mientras le pregunto a mi madre.

—Asuntos escolares. — Responde. Aunque su respuesta no es del todo convincente. De nuevo está mintiendo.

Miro a Cara y ella me da una mirada de confusión. Tampoco parece saber nada.

La bolita de papel llega a mi mente.

Según yo y el tiempo en que la conocemos, Cara lleva excelentes calificaciones, tiene buen comportamiento y es solidaria con los demás, exceptuando que está en el equipo de porristas y tiene una beca totalmente cubierta y segura para la universidad. No sé cuál es el problema escolar que ella tenga.

La bolita de papel llega a mi mente, de nuevo.

—De acuerdo, entonces las dejo solas. — Digo. — Cara, ¿Me prestarías tu cuaderno?

Se debate entre ella misma, dudando.

— ¿Qué cuaderno? — Pregunta mordiéndose el labio. Otra vez parece tensa. Juguetea con sus manos disimuladamente.

—La de la clase de la profesora verru... — Apenas comienzo a decir la palabra cuando siento una mirada sobre mí. —Sobre la profesora de literatura. — Me corrijo. Formulo la nueva oración pareciendo desapercibida.

—Oh. Umh, claro. — Rápidamente se quita la mochila y me entrega la libreta con las manos temblándole.

— ¿Estás bien? — Me preocupo cuando veo que comienza a ponerse amarilla. Ella asiente y cambia su mirada.

—Te la entrego mañana mismo. — Le digo.

—Hanna, es mejor que se la pidas mañana. — La miro confusa, ¿Qué está diciendo? En estos casos suele ser más exigente con los trabajos y tareas, me extraña su oración.

—No, hoy tengo tiempo de sobra. — Me meto el cuaderno antes de que se arrepienta y me lo quite. Guardo mi curiosidad para otra ocasión.

—Es que... Olvide hacer la tarea. — Dice Cara con nerviosismo. Me evito la desesperación por preguntarle porque la insistencia de quedarse con sus cuadernos.

— ¿Tú? ¿Tarea? — Me rió débilmente. —Nos vemos mañana. — Digo finalmente. Las dos se dan una mirada de preocupación y para evitar mis acusaciones y pensamientos locos, me voy.

—Hasta mañana, entonces. — Responde Cara con la voz cortada.

Salgo de la habitación y cierro la puerta detrás de mí.

La adrenalina comienza a correr por todo mi cuerpo y me debato entre mis valores éticos y mi curiosidad. Por supuesto, y de inmediato, gana mi curiosidad. Pego mi oreja a la puerta, intentando no hacer ruido con ninguna cosa de mi alrededor. Apenas puedo escuchar algunos murmullos.

—Espera. — Logro escuchar de una voz madura. Mi madre. Pego más la oreja a la puerta. Me concentro en cualquier sonido proveniente de adentro. —Hanna, ¿Y tus valores? — Escucho. Mi cara se ruboriza completamente. Es una suerte que no haya nadie alrededor observándome.

— ¡Ya me iba! — Grito desde afuera. Finjo dar unos pasos y me quedo en el mismo lugar. Me quedo en absoluto silencio, pasan varios segundos, esta vez rezo porque nadie me descubra. Dentro de la habitación, la conversación se hace más clara.

—Nos va a descubrir. — Dice una de las dos. Esta casi gritando. Cara.

—No lo creo. — Responde la que supongo que es mi madre.

— ¡Se va a dar cuenta! ¡Se llevo mi cuaderno! — grita Cara desesperada.

—No, de eso me encargo yo.

— ¿Alguien más sabe de esto?

—No. — Escucho un murmullo que me costó demasiado descifrar.

—Entonces, no hay de qué preocuparse. — Una espada se clava en mi corazón y en todo mi cuerpo. ¿Escuche bien? ¿Todo eso fue real?

La sangre me hierve y parece que me salen humos de las orejas. Me doy la vuelta y corro hasta mi único refugio. Mi habitación.

Salgo de la escuela con un sin fin de emociones encontradas y disueltas. Es como si me golpearan varias docenas de hombres al mismo tiempo y como si me dispararan por lo menos diez veces. Es un dolor intenso y mediocre.

Las lagrimas comienzan a cristalizar mis ojos. Siento como poco a poco mis mejillas se comienzan a humedecer. Y mientras corro, las lagrimas salen de mis ojos como cascada.

Las dos personas que más amo y en que más confié, me han traicionado.

Y no solo traicionado, si no mentido. Y se han aliado.

Nuevamente siento la presencia de alguien detrás de mí.

— ¡Eh!— Me llama. Lo ignoro olímpicamente siguiendo mi camino. Su voz es lejana y cercana al mismo tiempo.

—Oye, ¿Qué demonios pasa? — Me vuelve a preguntar, alcanza mi paso y ya está a lado de mí en menos de diez segundos. —¿Quieres, por favor detenerte? — Me pide amablemente.

—Déjame en paz, Alex.

— ¿Estas llorando? — Me pregunta, sus ojos me miran penetrantes e inquietantes.

—No... — Susurro.

—Estas llorando, sé eso.

— ¡Fue mi madre! — Exploto confesándole mis sentimientos de ira y dolor. Su expresión comprensiva cambia completamente.

— ¿Qué?

=====

Capítulo 23.

Me mira sin comprender. Estoy tan molesta y enfurecida que se lo repito de nuevo con euforia.

— ¡Mi madre y Cara!

— ¿Estas consciente de la acusación que estás haciendo?

Pero la pregunta ya había sido formulada desde antes en mi cabeza. ¿Estoy consciente de mi acusación? Es que, me parece increíble que mi madre me haya mentido con algo de esa gravedad, es decir, es la persona que me dio la vida, la que estuvo conmigo en los momentos buenos y malos y si quiera pensarlo y creerlo, me parece más que una decepción.

¿Estoy consciente de mi acusación?, me repito en la mente. Peleando con mi conciencia.

—Sí. — Respondo en susurro. Se lleva las manos al cabello y cierra los ojos durante un momento. Se ve derrotado.

¿No es la respuesta que estábamos esperando?

— ¿Qué es lo que sabes? — Me pregunta con voz ahogada. Su cabello esta desordenado y apunta a todas las direcciones posibles. Se ve realmente tranquilo, a comparación de mí.

Estoy de todo menos tranquila.

Exhalo con pesadez y me trago el nudo que hay en mi garganta, mi voz es aguda y chillona.

—Ella... — Ni siquiera me atrevo a decirle madre. Siento una gran decepción por ambas. Me cruzo de brazos y me aclaro la garganta, evitando cualquier chillido vergonzoso. —Ella estaba con Cara, al principio le pedí su cuaderno para copiar los apuntes y actuó de una manera extraña. Cara no quería prestármela. Era como si quisiera ocultara algo.

— ¿Algo de qué? — Pregunto. Me limpio las lagrimas que hay en mi mejilla con un brusco movimiento y me quito la mochila, la abro rápidamente y saco la bolita de papel que recibí en la clase de literatura. Su mirada viaja de mis ojos hasta la bolita de papel. —¿Qué es esto?

—La recibí hoy. — Se la entrego, sus manos temblorosas la toman con recelo, comienza a desenvolverla y el papel hace un ruido inquietante. Comienza a leer en voz baja. Lo miro mientras lee. Su voz es un murmullo lejano para mis oídos.

— ¿Qué tiene que ver esto con Cara? ¿Ella lo escribió?

—Eso es lo que quiero averiguar. — Parece captarlo absolutamente todo.

—Entonces, ¿Por eso le pediste el cuaderno? ¿Para verificar que es su letra? — Me sorprende de su capacidad de captarlo sin explicaciones y asiento.

—De acuerdo, vayamos a un salón vacío. — Camina hacia uno de los salones y yo lo sigo por detrás. Mis ojos derraman un par de lagrimas que me quito de inmediato. Mis pasos hacen eco por el pasillo vacío, mientras que los de Alex no parecen ni estar moviéndose, veo que camina más rápido y apresuro el paso.

Entramos a un salón que desconozco. Alex cierra la puerta después de que yo entro.

—Vamos a salir de dudas. ¿Traes el cuaderno? — Nuevamente asiento y camino con pesadez al

escritorio, dejo caer mi mochila encima y saco el cuaderno.

Se lo entrego con ansias y desesperación. Esperando que no sea la misma caligrafía.

Alex toma la libreta y se sienta en la silla del escritorio. Ojea un par de páginas y luego compara con la hoja que le di. Y así sucesivamente, checa cada palabra y cada letra, viendo cualquier tipo de coincidencia entre ambas notas.

Después de un buen rato, por fin habla.

—La "a" parece coincidir, pero las demás no. Es caligrafía diferente. Demasiado diferente, diría yo. — Me dice sin quitar la mirada del cuaderno, su dedo ojea las hojas con cuidado.

— ¿Y si la falsifico?

—Tal vez. — Concuerta chasqueando la lengua. Me acerco a él por detrás y veo ambas notas.

Son totalmente diferentes, la nota amenazante está escrita con letras sumamente redondas y amontonadas, en el cuaderno de Cara todo es ordenado y con perfecta acentuación, la letra es cursiva, así que a simple vista, no se relacionan en lo absoluto.

Ojeo otras hojas, hasta llegar al final del cuaderno, esperando encontrar alguna nota inconclusa en medio de este. O cualquier dato importante.

No me doy cuenta que Alex ha dejado de ver el cuaderno.

Me está mirando a mí.

— ¿Qué? ¿Qué pasa? — Pregunto. Mis ojos se sienten hinchados y adormecidos. Me alejo un poco. Mi hombro estaba frotándose involuntariamente con el suyo.



—No lo sé, ¿No te parece extraño?

—Todo me parece extraño desde que apareciste en mi vida. — Respondo con la verdad. Sus ojos brillan como si fueran estrellas lejanas.

—Es decir... — Continua. — ¿Por qué Cara? ¿Por qué ella me hubiese matado?, ¿Con que razón o justificación? — Dice deseoso, como si yo pudiera responderle.

—Es lo que yo quisiera saber. Si la nota la envió ella, ¿Por qué habría de haberte matado? — Digo mientras busco una respuesta coherente en mi cerebro. Es aquí donde CSI, las películas de acción y las de misterio, deberían intervenir en mi cerebro.

¿Cómo se supone que saben que es el asesino?, ¿Qué es lo que se debe hacer en estos casos cuando eres una persona sin los más mínimos conocimientos en asesinatos?

¡Series, por favor! ¡Sirvan de algo!

—Hanna, debemos terminar esto. Te está afectando demasiado.

—Yo... — No puedo objetar, él tiene razón, todo esto me está afectando. Todo lo miro desde una perspectiva diferente, hago que las personas que amo luzcan malas y traidoras. Nunca debí involucrarme.

No puedo seguir en algo que no puedo controlar y que sé que me hará daño tarde o temprano.

Él mira mi expresión y sabe que tiene razón. Se levanta de la silla y yo retrocedo un par de pasos para darle espacio. Las yemas de sus dedos presionan la nota con fuerza.

—Te amenazaron... — Susurra.

—Eso parece, en realidad yo..., yo ya no quiero seguir con esto. Es demasiado. Todo parece salirse de control con cualquier movimiento que haga, me he sentido vigilada en los últimos días y mi conciencia no deja de pelear conmigo. Siento que todo lo que les ocurre a los demás es por mi culpa, por mi hostigamiento y mi insistencia. — Le digo confesándole lo que pienso. Al instante en el que termino mi oración, me siento mal por él, porque siga en esto solo. Cuando nadie más lo puede ayudar.

— ¡He, todo esto es mi culpa! — Da un paso hacia adelante. —¡No te culpes a ti!— Luego otro paso. Mi cuerpo se pone tenso y en alerta ante su cercanía. Estamos demasiado cerca que puedo oír su respiración. Puedo oler su perfume varonil, y puedo visualizar lo perfecto que se ve desde aquí. Desde cerca.

¿Qué está haciendo?

—Quiero que todo esto acabe. — Pronuncio con voz quebrada. El labio me falla y comienza a temblar como gelatina. En realidad quiero que esto termine. Quiero que sea un mal sueño.

—Yo no quiero que termine. — Esta tan cerca de mí que puedo oler su aliento exquisito. Menta. El mejor olor del mundo.

Da otro paso más, ya ni siquiera hay el mínimo espacio entre nuestros cuerpos. Sin haberlo previsto y con sorpresa, las yemas de sus dedos tocan mi mejilla. Me ruborizo inmediatamente, él no parece notarlo y limpia una de las lagrimas que caen en mi mejilla.

¿Cuando comencé a llorar?

— ¿No quieres que todo esto termine? ¿No quieres saber quién es tu asesino? — Le reprocho.

—Sí, pero no quiero que sufras por mi culpa. —Escucho como la hoja liviana y débil golpea el piso, siento en mi otra mejilla las yemas de sus dedos fríos. Sus dos manos están acariciando suavemente mi mejilla.

No lo alejo. Me gusta su tacto en mis mejillas.

Mi estomago se cae y comienzo a sentir un nudo doloroso que me aprieta cada vez más fuerte. Espero que no sean las mariposas de las que tanto hablan.

—No quiero que termine. Porque no quiero alejarme de ti. Eres lo único que me mantiene aquí. — Me explica. Todo se retuerce dentro de mí. Ambos nos estamos mirando directamente a los ojos, sin pestañear siquiera, estoy tan concentrada en sus ojos, lucen cansados y aturdidos, pero hermosos.

—Alex...

—Si quieres que todo esto termine ahora mismo, lo entenderé. — Responde.

—No quiero que termine. Es decir, no quiero que te vayas, no aún.

—Hanna, yo... — Comienza a decir cuando su voz es interrumpida por una voz femenil, instintivamente me alejo de él, pero ya no está. No hay nadie más que yo.

—Hola Hanna. — Reconozco la voz. Es Kate. Su cabello rubio está atado en una coleta y lleva brillo labial rosa.

—Hola. — Respondo fríamente. Esta a casi cuatro metros de distancia. Antes de que sospeche algo, recojo la hoja de papel y la meto de nuevo a mi mochila.

Las piernas me están temblando. Y las manos también. Un nerviosismo increíble se apodera de mi.

¿Y si Alex iba a besarme? No, no lo creo.

— ¿Qué haces aquí?

—Estuve en la enfermería. — Le contesto cortante. Ahora no es el momento adecuado. Aunque, tal vez sí.

— ¿Estás bien? — Se acerca a mí, preocupada.

—Sí. — Me cuelgo la mochila a los hombros.

— ¿Estabas llorando? — Mira el contorno de mis ojos y busco una excusa.

—La enfermera me inyectó. Odio las inyecciones. — Me justifico rápidamente.

— ¡Ya somos dos! — Grita con emoción.

— ¡Oh, qué bueno! — Finjo interés. Ella mira alrededor del salón y me mira confusa, mientras frunce el ceño.

— ¿Qué hacías aquí, sola? — La Srta. Policía está aquí. Es ridículo que me pida explicaciones cuando no debo de dárselas. Pero es más ridículo cuando se las contesto.

—Mi madre dijo que me esperaba aquí. Va a llevarme a casa. — Digo con las más mínimas palabras que puedo.

—Oh. — Dice. Hay un momento de silencio y me decido a aprovecharlo.

— ¿Kate?— La llamo.

— ¿Mmh?

— ¿Qué clase de relación tienes con Zet?

— ¿Con Zet?

—Sí. — Se rasca la nuca y se sienta en una banca vacía. Mi pregunta la puso de nervios.

—No tengo ninguna relación con Zet. — Responde. Y para mi mala suerte, percibo cierta sinceridad en su voz.

=====

## Capítulo 24.

Me siento en la silla del escritorio y discretamente meto la nota de amenaza en uno de los bolsillos. Kate no se da cuenta porque está mordiendo sus uñas, cosa que hace casi diario, aunque no parece notarse, cada día las trae pintadas o decoradas de otro color.

En esta vez, las tiene color rojo brillante.

— ¿De verdad? — Pregunto. —Yo creí que sí. — Me aventuro a decir. Rápidamente me mira.

— ¿Qué insinúas? — Se pone a la defensiva, torciendo un poco la boca.

—No estoy insinuando nada. Solo creí que como ustedes dos compartían algunas clases, seguro tendrían una amistad o algo así. — Me apresuro a decir. Su expresión se suaviza un poco, pero no baja la guardia.

—Zet y yo ni siquiera hablamos. No tenemos contacto desde que Alex murió. — Me dice. Sus ojos miran hacia la banca en la que está sentada, cruza sus piernas y comienza a hacer dibujos

imaginarios en el pupitre.

Siento una intensa mirada sobre mí, y miro hacia el fondo del salón.

No hay nada. Pero la intensa e inquietante mirada sigue.

Me pone intranquila y vulnerable.

Vuelvo a girar mi mirada y me topo con el cuerpo de Alex recargado en el marco de la puerta. Le hago señas con la boca diciéndole que si ella lo puede ver. Él niega con la cabeza.

—Kate. Te vi hablando con Zet. — Le digo mintiéndole. En realidad la que los vio fue Cara, pero con su respuesta puedo matar a dos pájaros de un solo tiro. Sí Cara mintió sobre Kate y Zet o si Kate realmente estuvo hablando con Zet en el funeral de Alex. Su mirada me fulmina, mientras frunce exageradamente el ceño.

— ¿Qué?— Parece aturdida. — ¿Cuándo? — Pregunta mientras pone un mechón de su cabello detrás de su oreja. Ocultando su nerviosismo.

—En el funeral de Alex. — Miro hacia donde él esta recargado y le doy una mirada de pregunta, levantando una de mis cejas discretamente, él asiente.

Está de acuerdo conmigo. No está objetando nada. Puedo seguir con las preguntas hacia Kate.

—Debes de estar confundida. No era yo. — Responde desinteresadamente, pero sus dedos tiemblan un poco.

—Tal vez, pero, ¿Tú crees que realmente me confundí? — Le pregunto indiferente. Es decir, no creo que Kate tenga un clon suyo, o una gemela en secreto. Aparte de que Kate es demasiado fácil de distinguir de los demás.

— ¿Qué quieres decir?

—Qué tú estabas con Zet. — Gruño en mi interior.

—No, debes de estar equivocada Hanna.

—No lo estoy. Los vi. — Reafirmo.

—En todo caso, si estuve en su automóvil o no, ¿A ti qué te importa?— Rápidamente miro a Alex. Parece derrotado. Cruza sus brazos y baja la mirada. Ya capto el error de Kate. Miro de nuevo a Kate, que no parece darse cuenta de que su ex novio esta en el mismo salón que ella.

—Yo nunca dije que estuviste en su auto...

¡El pez murió por su propia boca!

Miro a Alex en una mirada rápida y despistada. Quiero ver su expresión, y claramente lo que veo es decepción en sus ojos. Su cabello esta despeinado y luce exageradamente guapo.

¿Qué estoy diciendo? ¡Alex no es guapo!

Bueno, sí.

¡Es muy guapo!

¡En lo que estamos Hanna!

— ¿No lo dijiste? — Pregunta. Las pupilas de sus ojos azules brillan intensamente.

—No, en lo absoluto. — Le respondo, obligándola a que confiese la verdad.

— ¡Estuve hablando con Zet! ¿De acuerdo? ¡Pero no es lo que piensas! — Me responde. Luce un poco alterada, y aunque no me gusta estar con Kate en un lugar a solas, este realmente me gusta. Ahora ella es la débil y traidora.

—Dile que de que hablaron. — Me dice Alex con voz fría y calculadora. Debería sentirme bien porque al fin Alex se dio cuenta de que Kate, no era como realmente pensaba. Pero, es todo lo contrario, me siento triste y apenada con él, por ser yo la que metió a Kate en todo esto. Es decir, haberla hecho una sospechosa.

— ¿De qué hablaron tú y Zet? — Pregunto lo que me dijo Alex. Casi me siento una detective en una declaración del sospechoso.

—Eso no te importa.

¡Vaya! ¡Kate está de regreso!

— ¡Tienes razón! ¡No me importa! — Me mira sin entender. Me levanto de la silla y me pongo delante de ella.

Levanta sus hombros en forma de defensa, y se pone rígida ante mi acercamiento.

— ¡Se de lo que hablaron! ¡Lo escuche todo!

—No, es imposible. Estas mintiendo. Zet y yo no tenemos nada que ver con la muerte de Alex. No sé qué es lo estés pensando Hanna, o lo que hayas escuchado esa noche, pero no hagas suposiciones. Zet y yo estamos fuera de esto.

—Hay algo que no me quieres contar. — Le insisto. Estoy tan cerca de saber la verdad. Kate es demasiado fácil para soltar la sopa. Seguro que será de mucha ayuda.



—Hanna, por favor, no.

— ¿Por qué?

—Zet no quiere que nadie lo sepa. — Eso me toma por sorpresa. Un golpe bajo y suave, tal vez. Alex camina hacia a mí, interesándose aun más en el tema.

— ¿Saber qué? — Insisto nuevamente con desesperación.

—Dios, no, no puedo contártelo. — Sus ojos se cristalizan y sus mejillas se ponen rojas como un tomate.

¿Kate va a llorar? ¡¿En serio?!

—Kate... — Le digo, pero Alex me interrumpe.

—Pregúntale que donde estaba el día de mi asesinato. — No me está mirando a mí, está mirando a Kate.

Siento cierto dolor en el estómago.

—... ¿En dónde estabas en día del asesinato de Alex? — Le pregunto delicadamente, tratando de sonar amigable. De no ser tan dura.

—Yo... Yo, estaba en mi casa. Estaba con Kareem, estábamos haciendo el proyecto de biología, esa mañana había visto a Alex... — Lo miro.

—Lo recuerdo... un poco, es como un flashback, estamos en un restaurante. — Me dice Alex.

—... Fuimos a comer, y después me llevo a casa. Zet estaba ahí.

—Ambos nos fuimos a mi casa. — Termina la oración con voz ronca. Me alegro de que recuerde algo, ya tenemos un tramo de la historia, que al parecer, es cierta.

— ¿Ambos se fueron juntos? — Pregunto.

—Sí, ¿Como lo sabes? — Me pregunta confundida. Ya no parece tan tensa ni preocupada, es como si se hubiera quitado un peso de encima.

—Lo supuse. — Respondo.

—Tengo que irme. Se suponía que iba al tocador y ya deben de haber pasado como quince minutos o más. — Se levanta de la silla.

— ¿Qué es lo que Zet no quiere que se sepa?

—Hanna, eres demasiado insistente.

—Es importante para mí. — «Y para Alex también» Pienso. — Por favor.

—Tal vez Zet pueda contártelo. — Y se va del salón. Dejándome nuevamente hecha un lío con nuevas respuestas. Y con nuevas preguntas.

Entonces en resumen, se supone que Alex salió con Kate, almorzaron y después llegó Zet por él y ambos se fueron juntos a la casa de Alex.

Eso es todo. Pero...

¿Y después de eso que paso? ¿Qué hicieron Zet y Alex? ¿Cómo fue que Alex murió sin ninguna

prueba cercana o una justificación coherente a su muerte? ¿Quién querría matarlo a él? Y ¿Por qué?

Debe de haber algo que justifique las razones.

—Debes de hablar con Zet. — Mis pensamientos son interrumpidos por la voz grave y gruesa de Alex.

—Absolutamente. Solo que él no querrá hablar conmigo.

Y así fue. Durante la próxima semana solo fui ignorada y tratada como una basura por parte de Zet. Ni siquiera terminaba mis oraciones cuando ya se estaba alejando de mí automáticamente. Todas mis frases eran como "Oye Zet...", "Zet, necesitamos hablar...", "¡Deja de ignorarme y háblame!", "Zet, es justo que hablemos" "¿Quieres responderme unas cuantas preguntas?" Pero lo único que recibí de su parte fueron groserías y maldiciones, aunque le entiendo. Pero él sabía que esto pasaría. Lo estuve siguiendo en la última semana y se negaba rotundamente a hablarme o cruzar media palabra conmigo. Y fue realmente deprimente y desesperante, a veces me daban ganas de golpearlo contra los casilleros hasta que confesara la verdad.

Incluso fue con mi madre y le dijo que yo lo estaba acosando.

¿En serio?!

Me puso una detención y me pidió explicaciones de mi comportamiento hostigador hacia Zet. Claramente, no se lo dije.

Todos parecían haber olvidado la muerte de Alex y actuaban de una manera normal y común, no me sorprendía que nadie hablara ya sobre Alex y su misteriosa muerte.

Cara estaba calmada, tranquila y serena. Como siempre.

Kate parecía más nerviosa de lo normal.

Ir al instituto para Zet ahora era un aburrimiento gracias a mí, pero no me rendiría hasta hablar con él.

Sarah cancelo nuestra pequeña reunión y no hicimos realmente nada juntas. Aunque mis sospechas aún surgen en ella.

Él que esta pésimo es Alex. Ayer me contó que había olvidado algunos datos interesantes de su vida y que ninguna persona en su sano juicio nunca, nunca habría olvidado.

Su cumpleaños.

Estaba olvidando cada detalle importante de su vida. Lo cual nos alarmo al instante.

=====

Capitulo 25.

Estaba claro que Zet no hablaría conmigo en lo absoluto, ni siquiera cruzaría un par de palabras. Y mucho menos me hablaría sobre la muerte de Alex. Lo tenía más claro que el agua.

Así que drásticamente, iba a ser demasiado difícil sacar conclusiones sobre el caso. O saber al menos que fue lo que paso en esa tarde.

Mientras tanto ya es viernes, y todos queremos que el día termine en cuanto antes, los exámenes finales nos están matando a todos, parecemos zombies caminando por los pasillos del instituto.

—Sabes, te envidio por esta vez. — Le digo a Alex, mientras caminamos por el césped húmedo

del instituto. Se ve más verde que de lo normal. Mis zapatos se hunden en los huecos en donde hay lodo.

— ¿Por qué? — Ríe cautelosamente esperando mi respuesta. Veo a mi alrededor y no hay absolutamente nadie que me este mirando. Cosa que es normal. Algunos están platicando en los pasillos, o haciendo cualquier otra cosa. Siempre que quiero hablarle a Alex, tengo que ser demasiado cuidadosa. No quiero parecer una loca.

—Eres un fantasma, no haces exámenes ni tareas, ni deberes, ni nada, ¿Sabes lo envidiable que es? — Me río, mientras le justifico mi pregunta.

—No es tan envidiable como parece, no puedo comer. Es decir, no tengo la necesidad de hacerlo. Aunque quiera.

— ¿Estás diciendo que no es fácil ser un fantasma? — Le pregunto con sarcasmo.

—Es más fácil ser humano, tienes todo lo que necesitas a tu alrededor, solo que a veces no lo ves. Es como ese dicho típico... ¿Lo has escuchado? — Pregunto.

— ¿Qué dicho?— Pregunto mientras nos alejamos cada vez más del instituto.

—El de "Nadie sabe lo que tiene..."— Rápidamente me doy cuenta del dicho al que se refiere.

—"....Hasta que lo pierde" — Completo. Él asiente casi sonriendo.

—Sí, ese.

—Bueno, entonces mi conclusión es que es fácil ser humano siempre y cuando tengas comida. — Exclamo con cierto optimismo.

—Estoy de acuerdo contigo. — Concuerda asintiendo. Se pone las manos en los bolsillos de

enfrente y sigue caminando con demasiada sensualidad.

Un silencio cómodo nos inunda mientras nos acercamos a mi hogar. Las calles están llenas de gente, más ahora que es fin de semana y que los alumnos del instituto están saliendo, es decir, estamos. Pero una vez que nos vamos alejando todo parece dispersarse y hacerse mínimo.

Miro de reojo a Alex, lo que me sorprende es que trae una ropa diferente cada día, pero con cualquiera de ellas se ve bien. Demasiado. Aunque no me hago ilusiones, si es que pensaba hacérmelas. Él quiere aun a Kate, y tengo que respetar eso, aunque ya no haya comunicación y una relación entre ellos. Me gusta estar con Alex, porque me da cierta seguridad estar con él. Es demasiado pacífico, y bromista, a pesar de su situación.

Un momento después mi boca exige articular alguna palabra.

—Alex, ¿Qué pasa con Kate? — Pregunto.

— ¿Con Kate?

—Mmh, sí.

—No lo sé. Tal vez debería dejarla ir... — Dice con voz anhelante, oyéndose confundido por su propio comentario, frunciendo el ceño y continua. —Es decir, ella tiene que hacer su vida, ¿no?

—Sí. — Respondo. Una parte de mí quiere dar saltos de emoción, pero los evito y me controlo. Aunque su comentario me da cierta alegría.

—Y aparte, siento que ya no puedo confiar en ella, son tantas coincidencias que la relacionan. — Añade. —De todos modos, yo ya estoy muerto, no tengo esperanzas de revivir. — Se ríe sin ganas.

— ¿Quién sabe? — Digo dándole ánimos. Él apenas sonríe. Pero parece feliz.

Sin darme cuenta estamos a dos casas de la mía, un automóvil blanco esta estacionando en nuestra cochera. Es un automóvil lujoso, y a simple vista parece ser de alguien con dinero.

¿Será George?

Me detengo para mirar el auto.

— ¿Y ese auto? — Le pregunto a Alex como si el supiera.

—Es el auto de mi madre, ¿Qué hace aquí? — Me sorprendo al saber que si sabía la respuesta.

—Vamos. — Le digo.

—Espera, hay que escondernos. — Rápidamente entiendo lo que quiere decir. Si llego y entro, es seguro que ya no hablaran de lo que estaban hablando anteriormente, y cambiaran su tema. Así que tomamos la decisión de espiar.

—De acuerdo, detrás de los arbustos. — Le señalo.

Nos acercamos a la ventana que da a la sala y está en frente, los arbustos nos servirán para ocultarnos, es una suerte que la ventana este abierta. Caminamos despacio, —al menos yo— y asomamos las cabezas discretamente a la ventana.

—Shh. —Le digo a Alex cuando pisa una rama. Él se disculpa poniendo las manos arriba, en forma de rendición. Y luego las vuelve a poner en sus costados.

—Yo la he visto antes. — Dice Alex. Ruedo los ojos.

—Pues claro, es tu madre.

—No, me refiero a tu madre, ella fue varias veces a hablar con mi padre, a mi casa.

—Pues claro, es la directora. Tienen que hablar de asuntos escolares.

—No, siempre hablaban a espaldas de mi madre, y si fueran asuntos escolares, ella misma me lo hubiera dicho. Mis calificaciones eran pésimas, pero mi comportamiento ayudaba un poco.

—Tal vez la confundiste. — Susurro.

Él niega.

—Sé perfectamente lo que vi. Es ella.

— ¿Estas insinuando algo? — Me molesto.

—No por ahora. — Responde.

Recorro la cortina sin hacer ruido, ambas están sentadas en la sala, parecen estar tomando un café o algo así.

Rossie se ve elegante y fina como siempre. Y mi madre parece un desastre a lado de ella, aunque es hermosa.

— ¿Qué quieres Rossie? — Pregunta mi madre con voz fría, sin quitarle la mirada de encima a Rossie. Desconozco su tono de voz, parece dura e irrespetuosa. Todo lo contrario a ella.

—Quería verte. Ha pasado mucho tiempo. — Responde Rossie, con voz dulce y tranquila. Miro a Alex y él me da una mirada de confusión mientras levanta sus hombros.



—Bien, ya me viste, ¿Algo más?

—Emma... — Dice Rossie, como tratando de hacer reaccionar a mi madre.

—Por favor, Rossie, vete. No eres bienvenida en mi casa. Y lo sabes. — Responde mi madre malhumorada. Dios, la desconozco totalmente.

—Emma, por favor. —Dice Rossie, la mamá de Alex. Miro de reojo a Alex, esta tan concentrado como yo. Rossie no parece perder su elegancia. Mi madre parece tensa y desorbitada. Todo parece estar fuera de lugar.

La atmósfera se siente tensa.

—No. — Dice mi madre. Rossie no parece darse por vencida.

— ¿Qué hay con Hanna? — Pregunta Rossie.

— ¿Y tú me lo preguntas?

—Quiero hablar con ella, quiero...

— ¡Te lo advierto Rossie! — Grita mi madre mientras se levanta del sofá de un brinco. — ¡No te acerques a Hanna! — Suena amenazante.

— ¡Necesito decirle la verdad! — También se levanta Rossie. Su cabello se revuelve cuando ella grita.

— ¿Qué verdad? ¡Ella no necesita más problemas!

—Emma, ¡Tú más que nadie sabe de cual verdad hablo! ¡Deja que hable con Hanna! — Estalla.

Por un momento odio todo lo que hay alrededor de mí. Siento rabia al ver como mi madre le habla a Rossie, me desespera no saber de qué verdad hablan. Me levanto para interrumpir la charla de mi madre y Rossie, pero Alex me regresa de nuevo.

—Hanna, No.

—Tengo que saber de qué hablan. — Respondo en susurro. Con la sangre hirviendo por dentro.

—Espera un momento más. — Ruega. Me jala de nuevo regresándome a mi lugar. Ruedo los ojos y me pongo de nuevo en mi anterior escondite. Me doy cuenta de que estamos demasiado cerca. Puedo oler su aroma masculino.

—De acuerdo. — Digo concentrándome en la charla. Evito pensar en Alex y en nuestros cuerpos juntos.

— ¡No hay ninguna verdad! ¡Te exijo que te alejes de Hanna! — Grita mi madre. Rossie se prepara para contra atacar.

— ¡Tú no me puedes prohibir eso! ¡Voy a hablar con Hanna te guste o no!

—Largarte, Rossie.

—Emma, tienes que comprenderme.

—Basta, Rossie. No necesito comprenderte, ¡Estás loca!

— ¡Emma, por Dios! ¡Hanna necesita saber la verdad! ¡Algún día tendrá que saberla!

— ¿Por qué ahora Rossie?, ¿Por qué no se lo dijiste a Alex, también?

Alex me mira. Ambos estamos demasiado confundidos. Siento que si respiro van a escucharme. Me quedo quieta.

—Le diré a George que venga por ti. — Dice mi madre mientras camina hacia el teléfono.

— ¡No!

— ¡Entonces vete!

—Emma, no seas la mala del cuento. — Suplica Rossie con voz quebrada.

—Tú... Y Alex. No los quiero de vuelta en mi vida, no quiero saber nada sobre ti. ¡Deja descansar a tu hijo! ¡El está mejor donde quiera que este! — Jadea mi madre. Ella empieza a respirar dificultosamente.

Miro a Alex.

—No estoy mejor aquí. Mis rodillas se están durmiendo. Mis piernas no dejan de hormigear. —  
Agrega en tono de broma. Niego con la cabeza.

—Vamos a calmarnos, ¿De acuerdo? — Dice Rossie, sentándose de nuevo en el sofá. Mi madre tuerce la boca. Haciéndole ver que esta exasperada, y que quiere que en realidad, se vaya. La conozco perfectamente.

Aunque, no entiendo la actitud de mi madre.

—Quiero que te vayas, Rossie. — Le vuelve a decir mi madre.

—Te estuviste viendo con George... — Dice Rossie, pareciendo dolida.

Las preguntas vuelven a surgir en mí, como una lluvia incesante.

¿En qué confiar? ¿De qué estarán hablando, realmente? ¿De qué verdad hablaran?

=====

Capítulo 26.

—Rossie, por favor. ¿Sólo viniste a eso?— Dice mi madre con frustración.

—Contéstame, ¿Te estuviste viendo con George?

—Sí. — Dice sin apartar la vista. Ambas se miran directamente. Mi madre se ve tensa y su tono de voz es frío e indiferente.

— ¿Por qué?

—George quería hablar de asuntos escolares.

Miro a Alex. Él me dice entre dientes "Te lo dije. Está mintiendo".

Niego con la cabeza, sin poder creer lo que estoy escuchando.

Mi madre, Dios. No lo puedo creer.

—Ambas sabemos que no es cierto. Me resulta sumamente extraño que George y tú se vean a espaldas de mí, ¿Qué ocultan? — Dice Rossie con elegancia mientras frunce el ceño, un tanto furiosa. Aunque lo oculta demasiado bien.

—No debería parecerle raro. Tú y yo sabemos por qué. — Responde mi madre, su voz suena a hipocresía. Mira a Rossie, retándola con la mirada. Rossie hace una mueca de disgusto, parece que empieza a molestarse.

— ¿Aún lo quieres? — Exige Rossie, con voz apagada.

— ¡Por Dios! ¡No! — Gruñe.

¿Cómo? ¿Mi madre quería a George? ¿Ellos dos son o fueron amantes?

—Emma...

—Los asuntos de George y míos, no te incumben. — Responde de mal humor, fulminando a Rossie.

— ¿Qué no me incumben? — Exclama Rossie con sarcasmo. —Si no lo recuerdas, George es mi esposo. — Le recuerda.

—Lo sé perfectamente.

—Bien, pues creo que no quieres llevar esto por la paz. Tendré que hablarle a Hanna quieras o no. — Dice Rossie, levantándose del sillón, sus manos se deslizan por su falda blanca y se pone recta. Pareciendo segura de sí misma.

—Hanna no va a hablar contigo. — Se levanta mi madre. Siento un dolor punzante en la pierna y me rasco con fuerza. Algo me pico en la pierna y quiero gritar.

—Maldición. — Digo en susurro.

— ¿Estás bien? — Pregunta Alex al ver mi gesto de dolor.

—Sí. Creo que una hormiga me pica. — Le respondo mientras me rasco la pierna. Vuelvo la mirada hacia la sala de mi casa.

—Así que te advierto de la manera más atenta que te alejes de mí hija. — Continúa mi madre. Remarcando la palabra "Mi hija" entonándolo con voz más fuerte.

—Hanna debe saber...

— ¡Vete! — Escupe mi madre desesperada. Rossie se sorprende a tal acto de mi madre. Toma su bolsa y le da una mirada rencorosa. Se cuelga el bolso en el hombro y mi madre se adelanta a abrirle la puerta. Ambas no dicen nada, pero con los ojos se dicen más que mil palabras.

Y a todo esto, solo me queda otra duda por resolver. Aunque, conociendo a mi madre, será más fácil descubrir al asesino que saber de qué verdad estaban hablando.

Rossie sale de la casa, con paso rápido y al parecer, se ve furiosa. Se sube a su auto y un minuto después se va.

—Nunca había estado tan confundido en mi vida. — Dice Alex.

— ¿No es extraño? — Le pregunto, aún escondida en los arbustos. —Todos parecen tener un secreto.

—Efectivamente. Y nosotros lo descubriremos, ya lo veras. — Dice.

—Todos parecen mentirme.

Mi madre cierra la puerta de un portazo y sube las escaleras a paso rápido, casi corriendo, como si le preocupara algo. Sin ver más peligro, me levanto y me sacudo el lodo que quedo en mi pantalón. Alex hace lo mismo.

— ¿Crees que deberíamos entrar?

—Sí, supongo.

—Entonces, entremos.

Entramos a la sala, haciendo el menor ruido posible. Me dejo caer en el sillón pensando en que es lo que debo creer después de todo lo que he escuchado. Cierro los ojos y me dejo llevar por mis pensamientos.

Mi madre no me ocultaría algo tan grave, ella y yo siempre hemos sido sinceras ante cualquier situación. Pero creo que en el caso de Alex, es la excepción.

Alex.

Dios.

Alex solo llegó a cambiar mi vida. Y al parecer, de forma negativa. Todo parece volverse en contra de mí. Todas las personas en las que creía confiar, me están defraudando. Me están haciendo volver loca. Hacen que todo lo vea desde otra perspectiva. Todo parece volverse confuso.

Cara me ha estado mintiendo, eso lo sé. Y me duele. Me duele que tenga que traicionarme de esa manera. Sobre todo porque mi teoría es que Cara es cómplice de mi madre, tengo tantas interrogantes sobre ellas, que no sabría por dónde empezar. De un modo u otro, tengo que averiguarlo, darle una respuesta a todas mis preguntas.

Pero, ¿Cómo?

Y Kate.

¿Quién crearía que Kate resultaría ser un sospechoso de un asesinato?

Kate no es mi amiga, por lo tanto, no me afecta tanto su traición y todo lo que oculta con Zet. Pero si Kate resultara ser la asesina, no sabría que pensar de ella, para todo el instituto ella es adorable, ¿quién pensaría que Kate es una asesina? Y sobre todo, ¿Por qué Kate mataría a Alex?, Resulta ilógico y nada congruente. La historia parece encajarle un poco, incluso las coincidencias la implican, pero, algunas piezas no cuadran.

Zet. No tengo nada sobre Zet. Es decir, tengo lo que se sabe de él, lo que lo relaciona al caso, pero, es tan difícil entablar una conversación con el único tipo que estuvo con Alex en sus últimos momentos. La única manera de saberlo, es obligarlo a hablar, si o si.

Tendré que hacerme la sufrida, o fingir cualquier cosa que haga que Zet hable, y creo que la única manera es emborracharlo.

¿En quién se supone que debes confiar? ¿En las personas que quieres? O ¿En tu peor enemigo? Ambas te suelen traicionar, ¿No es cierto?

A veces quiero abandonar todo esto. Y recuerdo ese dicho que mencionan sobre la curiosidad.

"La curiosidad mato al gato"

—Pero murió sabiendo. — Completo en voz alta.

— ¿Qué? — Dice Alex sin comprender. Abro los ojos y me doy cuenta de que está sentado a un lado de mí. Mirándome de nuevo.



—Estaba pensando en voz alta. — Respondo.

— ¡Oh, no puede ser! — Grita Alex sobresaltándome. Brinco del susto.

— ¿Qué? ¿Qué pasa?— Pregunto asustada, mi corazón se acelera por el susto y me toco el pecho, los latidos de mi corazón son rápidos. Alex se levanta rápidamente del sillón, casi sonriendo.

—Esto. — Camina hacia la cocina y me doy cuenta de lo que está mirando.

Donuts.

—Mi madre no hace donuts. — Me sorprendo al ver el postre en una caja blanca. Me relajo. La angustia y el susto se van conforme pasan los segundos.

—Tu madre no, pero la mía sí. — Dice Alex tomando una servilleta.

—Pero, tú dijiste que no necesitabas comer. — Le digo.

—Yo no, pero tú sí.

Los donuts están cubiertos por glaseado blanco y rosa, tienen algún tipo de cereal de colores encima. Realmente se ven deliciosos, tiene un color vivo y fresco, parecen recién hechas. La boca se me hace agua.

— ¿Tu madre cocina?

—Sí, y lo hace demasiado bien, pero puedes juzgar después de probar estas donuts. — dice sonriendo. —Yo amo los donuts de mi madre.

—Bueno, mi madre nunca cocina, así que supongo que Rossie lo trajo.

—Trae una nota. — Dice Alex mientras en sus dedos tiene un pedazo de papel.

— ¿Qué dice?

—"Para Hanna, espero que las disfrutes, como solías hacerlo antes, con cariño, Rossie" — Lee Alex en voz alta.

— ¿Antes? — Le pregunto. Él levanta los hombros, sin saber que responder.

—Tal vez se confundió.

—Tal vez.

—Mejor prueba. — Dice sonriendo.

Tomo la donut que me da Alex y le doy una mordida sin pensarlo. Se ven apetitosas.

El glaseado se disuelve en mi boca, y mi sentido gustativo saborea con gusto la donut sabor a fresa. Es un sabor extraño, pero sumamente delicioso. Mis dientes mastican el encantador pan, suave y demasiado apetitoso.

—Mmh... — Es lo único que puedo decir a tal sabor.

— ¿Ves? Lo que daría por probarlas de nuevo. — Me dice Alex al ver mi cara de satisfacción.

Cierro los ojos y le doy otra mordida. El sabor parece ser más delicioso, más vicioso. Y al tener el donut tan cerca de mi nariz al momento de darle otra mordida, el sabor y el olor me regresan a un tiempo que desconozco, pero que presiento que estuve ahí.

El olor, el sabor y el lugar en donde estoy perdida en mis pensamientos, me resultan vagamente familiares.

=====

## Capítulo 27.

Los recuerdos vienen a mí como una tormenta de arena. Como si este momento ya hubiera pasado antes. Tengo un vago recuerdo de cuando era niña. Justamente estoy comiendo un donut. El sabor es el mismo, el olor, también. Todo parece ser tan conocido.

En menos de diez mordidas me terminé el donut. El delicioso donut, quiero decir.

—Me parece sumamente familiar. — Le digo mientras tomo una servilleta y me limpio las comisuras de mi boca.

—¿Cómo? — Ya las habías comido antes? — Pregunta con satisfacción y un tanto decepcionado al ver que no fue la primera vez que las probé.

—Tengo el vago presentimiento de que sí. Pero, no lo recuerdo. — Respondo frunciendo el ceño.

—Vaya. — Es lo único que dice.

—¿Hanna? — Escucho una voz. Me giro y veo a mi madre bajando las escaleras. Su mirada no deja a mis ojos, y parece un tanto irritada.

¿Mmh, si. Soy yo. ¿Me estás intentando no sonar nerviosa, ni dar indicios sobre saber la conversación entre ella y Rossie.

No te escuche, ¿Acabas de llegar? Pregunta con nerviosismo. Baja el último escalón y trata de parecer normal.

¿Sí-, no tengo ni un minuto aquí-. Digo rápidamente. Mis músculos se tensan ante su cercanía. Sí porque me lo pregunta, ella no quiere que yo sepa que Rossie estuvo aquí-.

Oh. Dice.

¿¿Y estas donuts? Pregunto, tratando de que ella me cuente la verdadera razón.

Es una prueba, quiero ver si me miente. Si siempre me ha mentado.

Las hice yo. Pero, al parecer no soy buena en la cocina. Ya sabes, lo más no es esto. Se está. Se acerca a la caja de las donuts y la cierra.

No, espera, no sabía que cocinabas. Se ven deliciosas. Le digo dándole falsos ánimos, intentando sacarle la información, que claramente, ya sé.

Sus ojos brillan extrañamente y casi puedo jurar que golpea la caja discretamente. Parece furiosa.

Alex está a un lado de mí, y no me ha interrumpido ni a objetado nada. Sabe tan bien, como yo de que se trata todo esto.

No cocino. Se adelanta a decir. ¿Quieres hacer un postre, para las dos, pero no me salí. Dice. ¿Y a todo esto, ¿Cara no vino contigo?

¿No. Ella no quiso venir hoy.

Y aquí- va, el repentino cambio de tema.

Mi madre levanta la caja blanca, en donde están el resto de las donuts y se dirige hacia el basurero.

Mamá. Le llamo. ¿Qué haces?

Deja caer la caja en el basurero de la cocina y me sorprende. Doy un grito ahogado.

Esto... No sirve. Dice indiferente.

Pero, estaban deliciosas. Le digo.

¿Las probaste? Se voltea. Sus ojos están desorbitados y sus manos están temblando. No tardo en darme cuenta.

Algo malo está pasando.

¿Qué pasa mamá?, estas temblando.

No, es solo que me duele la cabeza.

No es cierto. La reprende. Se mueve otra vez, intranquila. Parece dar vueltas por la cocina, sin saber a dónde ir, o que hacer. Se pasan las manos por el cabello, desesperada. Abre la alacena, saca unas latas que no tienen nada que ver, y se mueve tantas veces que me mareo.

Mamá...

—Ahora no Hanna.

—Por favor. Dime qué pasa. —Puntualizo exasperada.

—No quiero que hables o veas a Rossie. —Logra decir en un murmullo que apenas logro escuchar.

Miro a Alex, y él me da una mirada de que continúa. Tiene los brazos cruzados y mira cuidadosamente a mi madre.

—¿Qué?

—¿Tienes prohibido ver a George y a Rossie!

—¿Qué? —¿Por qué? —Exijo sin poder comprender, es decir, tiene que darme una explicación demasiado lógica para no hablar con Rossie, no puedo alejarme de Rossie, así como así, de la nada.

—Solo, no. No puedo...

—¿Qué? —¿Mamá, dime de una vez que es lo que pasa! —Me altero. Ella me da la espalda y abre uno de los cajones de la alacena, de nuevo. Sus manos se mueven nerviosamente por las latas y los paquetes de comida. Sus labios se aprietan fuertemente y parece que van a sangrar si sigue mordiendo de esa manera.

—Ellos no son de confianza. Así que, te lo advierto.

—¿Me estás amenazando? —Frunzo el ceño, todavía sin comprender. Es que, ¿Por qué no me lo dice de una vez? —¿Por qué tanto misterio? —¿Por qué actúa de esa manera?

¿Sí. Y te lo prohíbo, también. Dice. Esta vez mete todas las cosas en la alacena, todo lo que habías sacado. Estás tratando de distraerme. Pero esta vez, no lo lograra.

¿Entonces, si no me lo dices tío, tendré que hablar con Rossie. Me rebelo. Golpeo uno de los vasos que estás cerca de mí y ella se voltea rápidamente para mirarme de frente.

Estas peleas con mi madre no me gustan. Nunca hemos peleado de esta manera. Pero ella luce tan loca, tan desorbitada. Parece que en cualquier momento va a explotar. No parece ella misma. Sus ojos parecen dos pequeñas aceitunas, demasiado brillantes.

¿Hanna, por favor.

¿Por favor, mamá.

Ella no dice nada más y se va, sus hombros se ven encorvados y tiene la mirada cabizbaja. Sube las escaleras con rapidez y no hago nada para detenerla, solo la observo, veo como sus pies pisan las escaleras y hacen un ruido mímico. Mi madre se fue, dejándome con Alex en la cocina.

Lo miro.

¿Odio esta mierda. Me cubro la cara con las palmas de mi mano. Esto es tan deprimente, exasperante, irritante y cualquier sinónimo relacionado. Todo parece salirse de control cuando menos lo espero. Apenas estoy descubriendo algo, cuando de repente, la bomba explota. Hay otra nueva pista. Otro nuevo sospechoso.

Mi cabeza da vueltas y trato de reconstruir las piezas del enorme rompecabezas. Pero, las piezas parecen ser de otro rompecabezas, nada se acopla a lo que le corresponde, no tengo un método para juntar todas las piezas. No sé cómo funciona todo esto.

Es como un laberinto sin salida. Un laberinto con un montón de preguntas en donde sus respuestas están perdidas en el mismo. Tengo que recorrer ese laberinto.

¿Eso fue realmente... malo. Dice Alex. Concuerdo con él mentalmente.

Vamos a hablar con Zet. Me quito las palmas de mi rostro, el cabello se mueve para todos lados y después cae en mis hombros. Él me mira expectante. ¿No me importa si quiere cooperar o no.

¿Te ayudaré. Estaré contigo. Se ofrece con un gesto de agradecimiento. Ahora no solo es el asesino de Alex. No sólo es Alex. Ahora también soy yo.

¿Y después, hablaré con Rossie. Le comunico.

¿¿¿Y tº madre?

¿Ella no lo sabrá.

¿¿¿Y si lo sabe?

¿No me importa. De todos modos, sabré esa verdad, ¿no? Me indiferencia mi tono de voz. Él asiente.

De pronto mi celular comienza a vibrar en el bolsillo de mi mochila. Me levanto sin ánimos, todavía con las dudas en mi cabeza.

¿Un momento. Le digo a Alex discúlpame.

Muevo mi mano adentro de la mochila, revolviendo todo lo que hay en ella. Toco algunas hojas y colores, al ver que no toco mi celular meto más mi mano, esperando encontrarlo. Y así es, lo encuentro. Lo aprieto con mis dedos y saco el celular de la mochila, este parece no dejar de vibrar. Es una vibración incesante. El brillo de la pantalla se hace más evidente cuando lo acerco más a mi rostro.



Leo lo que dice en la pantalla. Espero que sea Cara. O alguna otra persona.

Número desconocido.

¿Qué?

¿Qué pasa? Pregunta Alex al ver mi gesto.

Es un número desconocido. Le digo mientras sigo mirando la pantalla del celular.

Contesta y pon el altavoz. Me ordena cuando se acerca a mí-. No objeto nada y hago lo que me pide.

¿Hola? Digo.

Hanna... No te vas a dar por vencida, ¿verdad?

Es una voz terrorífica. Una voz gruesa y ronca. Reproduzco en mi mente todas las voces de las personas que conozco y ninguna voz parece coincidir con la de algún conocido.

No conozco esa voz. Me quedo totalmente quieta. No muevo ni un solo músculo de mi cuerpo. El tiempo parece haberse detenido.

¿Quién habla? Pregunto con terror. La voz comienza a fallarme y el labio me empieza a temblar. Por inercia, miro a todo mi alrededor.

Tranquila. Me susurra Alex.

— Eso no es lo importante. — Me responden del otro lado de la línea. Me concentro más en la voz y la relaciono. Es una voz gruesa, por lo que supongo que parecer ser de un hombre.

Mi cuerpo se flaquea. Todo en mí pierde fuerza involuntariamente.

=====

Capítulo 28.

— ¿Quién habla? — Vuelvo a preguntar, con las piernas temblándome como una gelatina. Mi voz se quiebra, pero me mantengo de pie.

— Suelen insistir mucho. ¿Así eres de terca? — Me pregunta la voz desde la otra línea. Es una voz cínica y sin vergüenza.

Me ofendo. Soy insistente, sí. Pero, nunca me lo habían dicho así, directamente. Aunque eso no es lo que me importa realmente. Quiero escuchar su voz de nuevo, aunque me da terror.

Escucho una respiración agitada del otro lado de la línea e imagino el lugar en donde puede estar llamándome. No hay ningún ruido en el fondo, nada de autos, o otras voces, solo hay un chasquido.

— ¿Te quedaste muda?

— No... — Apenas respondo. Sé que debo hablar más, entablar una conversación distante con alguien que no conozco y que resulta amenazante. Y peligroso.

—De acuerdo. Espero que te estés preguntando quien soy, lo estás haciendo, ¿verdad?

—Sí... — Digo con la voz entrecortada. Sin poder tragar mi propia saliva.

Es una voz de hombre, lo sé. Si no, no estaría tan ronca, tan fuerte, tan terrorífica.

—Perfecto. Entonces, debes saber tres cosas importantes a partir de ahora. — Suena autoritario.

Escucho como se aclara la garganta y después finge disculparse. Apenas miro a Alex, él esta tan petrificado como yo.

Me quedo sin voz, esperando que se escuche algún indicio de algún sonido del otro lado de la línea. Mi corazón palpita desenfrenadamente.

—Número uno, nunca, escúchame bien... — Hace una pausa. —Nunca vas a saber quién soy. Te estás metiendo con la persona equivocada, y no sabes, ni te puedes imaginar de lo que soy capaz de hacerte. Una niñita como tú no me va a detener.

No me va a descubrir, así que, déjate de jueguitos, Hanna. No eres un detective. La única que saldrá perdiendo, eres tú.

El pánico corre por mis venas, hasta llegar a mi corazón.

—No estoy jugando... — Respondo con todas las fuerzas que tengo en este momento. Los latidos de mi corazón golpean mi pecho.

—Por supuesto. — Dice. Casi puedo jurar que se está burlando de mí. —Te ves demasiado patética. ¿Lo sabías?, Pero eso no me importa, quiero aclararte mi segundo punto.

Estoy congelada. ¿Qué se supone debo hacer? ¡¿Qué?!

—La persona que buscas está muy cerca de ti. Sabes a lo que me refiero, ¿verdad? — Una pequeña pausa, acompañada de un incomodo silencio.

Se a lo que se refiere. Al asesino de Alex. Pero..., ¿Cómo se entero?

No respondo y espero a que continúe.

—Quiero aclararte mucho mejor, si no lo has captado, que estás hablando con el famoso asesino de Alex. Por supuesto, famoso para ti.

¡¿Famoso?! ¡¿Es un hombre?! ¡¿Estaba en lo correcto?! ¡¿El asesino de Alex?!

¡Santa mierda! ¡Estoy hablando con el asesino de Alex!

Por inercia me tapo la boca con las palmas de mis manos, y Alex abre los ojos como plato. Ambos estamos aturridos con la noticia.

Sorpresa.

— ¿Quién demoni...? — Apenas logro decir, cuando me interrumpe su voz ronca y tosca en cuanto comienzo a formular mi pregunta.

—Punto número tres. — Ignora completamente mi pregunta.

Y luego se me ocurre la fascinante idea de interrumpirlo, de poner mis condiciones, también.

—Un momento... — Le interrumpo. Recupero mi postura y me pego aun más el teléfono al oído.

— ¿Qué haces? — Me pregunta Alex.

—Hay que ser inteligentes. — Le contesto en susurro, tapando la bocina de el teléfono mientras le hablo. Aún con las piernas temblándome.

—Quien quiera que sea, no es un juego limpio. — Digo tratando de parecer convincente, tratando de escucharme normal. Como si la noticia no me hubiera afectado.

— ¿Quién dijo que lo era? — Se ríe.

—Nadie. Solo que, no me parece justo que una persona me llame y me amenace con sus condiciones y demás, ¿no es cierto?

Hay un silencio del otro lado de la línea. Parece haberle tomado por sorpresa mi cambio de voz. Ahora parece claro. Nada de temblores.

Concéntrate Hanna.

— ¿Tú quieres ponerme condiciones? — Una carcajada se escucha en mi oído. Me ruborizo sintiéndome impotente y patética. Yo no puedo jugar este juego. Pero, no me dejo tan fácil. No puedo echarme para atrás, estoy tan cerca.

—Sí.

—Muy bien. — Habla con cierta fluidez, y percibo cierto desinterés en sus palabras, sin importarle lo que vaya a decir.

Sus palabras son cuidadosas y exactas.

Yo también puedo jugar ese juego. Si es lo que él desea. Puedo mantenerme.

—Solo tengo una condición. — Digo, y al no escuchar una respuesta de su parte, continúo.  
—Quiero que te des por vencido. No me voy a rendir. No voy a desistir. Solo quiero que lo sepas.  
Y tú, no me vas a detener. Voy a descubrirte. — Puntualizo. Me sorprendo de mis propias palabras.

—No estés tan segura.

Alex me jala del brazo. Lo ignoro.

—No vas a detenerme. — Le reto, esperando que de alguna pista descuidada de su parte, algún enojo de su parte... Algo. Lo que sea.

Alex me vuelve a jalar, luce desesperado.

— ¿Qué? — Le digo en susurro, con la cara ardiéndome.

—El dispositivo. — Dice ansioso, como si fuera la llave maestra. La solución.

— ¿Qué? — Pregunto de nuevo, sin comprender lo que dice, ¿a qué dispositivo se refiere? ¿Qué tiene que ver un dispositivo en esto?

—El radar. El detector. — Dice con entusiasmo. Veo la pantalla del celular y veo que llevamos tres minutos y diez segundos hablando. Sin pensarlo, le doy una sonrisa a Alex y enciendo el radar. Apenas puedo presionar los botones con mis manos sudadas.

¡Claro! ¿Cómo no lo pensé? El radar puede detectar desde donde se está llamando.

¡Bingo!

El radar comienza a dar vueltas, cargándose. La rueda blanca gira sin parar.

Mis manos comienzan a sudar aún más.

¿Y si nos da la dirección de donde está ahora? ¿Qué vamos a hacer?

Mi cuerpo comienza a sudar frío y mis músculos comienzan a tensarse de nuevo. Solo pienso en el maldito radar.

Una rueda gira en toda la pantalla. Ahora se hace más grande, más y más grande.

Y luego pequeña. Demasiada pequeña que apenas puede verse. Y luego se desvanece. Casi me doy por vencida cuando la rueda se hace nuevamente evidente y sigue girando.

Me desespero. Apenas pasa un segundo y todo parece hacerse eterno, ¿y si se da cuenta?

¡Al demonio!

Comienzo a bailar con mis piernas involuntariamente, los nervios se me ponen de punta y Alex parece estar peor que yo. Se muerde la uña con desesperación, como si no le importara el dolor de esta al arrancársela.

La rueda sigue girando y de repente...

Error.

— ¡No! — Grito y rápidamente me tapo la boca, esperando que no haya escuchado mi grito de frustración.

Toda la decepción cae en mi cuerpo como una ola enorme.

Alex se deja caer en el sillón más cercano, cubriéndose en rostro con sus palmas.

— ¿Estabas rastreándome? — Suena ágil. No respondo y él se ríe. Eso me enfurece más. Vuelvo a presionar el rastreador y esta vez gira más rápido. Pero no hay nada. Está bloqueado.

—Cobarde. — Le digo con furia. Él se ríe más fuerte.

No, no es la risa de Zet. Ni de nadie que conozca.

—Juguemos, Hanna.

—Cobarde. — Vuelvo a repetir, pero esta vez, más furiosa. Siento las orejas calientes.

—Espero que seas rápida... — Dice. —Mi pedido estará en cinco minutos.

¿Pedido? ¿De qué habla?

—No entiendo... — Digo con desesperación y decepción.

—Te lo digo y te repito, y te lo debo avisar, que por más que te lo diga no lo vas a adivinar.

— ¿Qué? ¡Esto no es gracioso! — Grito.

—Cinco minutos, Hanna. — Sentencia. Y después cuelga.

— ¡No! ¡No! ¡No! — Grito de nuevo.



— ¿Hanna? ¿Qué pasa? — Escucho a mi madre desde el piso superior, con todo esto, había olvidado que estaba aquí.

—Nada. — Digo sin ánimos, presionando con todas mis fuerzas al teléfono.

—Escuche que estabas hablando con alguien. — No es una afirmación es más como una pregunta, pero a su estilo. A su manera.

—No... Estaba hablando conmigo misma. — Le contesto, aún de mal humor con la pelea que habíamos tenido hace unos minutos.

—Bien. Estaré aquí arriba. — Aún parece molesta, también. Pero se ve más tranquila.

—Bien. — Le respondo indiferente.

¡Eso ahora no me importa!

Ella vuelve a subir las escaleras y se esfuma de mi vista.

"Te lo digo y te repito, y te lo debo avisar, que por más que te lo diga no lo vas a adivinar"

¿Qué significa? ¡¿Qué?!

—Cuatro minutos. — Dice Alex. Comienzo a caminar de un lado a otro. Sin detenerme.

"Te lo digo y te repito"

¿Qué demonios significa?, no le encuentro lógica, no hay lógica en esto, no hay solución. Perdí.

"Y te lo debo avisar, que por más que te lo diga no lo vas a adivinar"

Reviso el último verso y nada. Lo repito de nuevo en mi cabeza. Y de nuevo... Nada.

Y luego, el foco se me prende.

— ¡Alex! — Le grito mientras le golpeo el hombro bruscamente.

— ¿Qué?

¡Por dios! ¡Estamos en pleno siglo XXI!

—Es una adivinanza. — Le digo. Él no parece sorprenderse.

Voy directo al grano.

— ¡Alex! — Lo sacudo. La respuesta es lógica y la que salva a nuestros traseros. — ¡La Internet!

Alex se levanta del sillón de un brinco.

Ahora sí, ¡Bingo!

— ¡Demonios! ¡Sí! — Se golpea el mismo la frente con sus manos, haciendo un ruido sordo en la casa.

Como si su cerebro lo necesitara.

Tecleo la adivinanza en el móvil e inmediatamente busco en internet. La búsqueda se hace rápida y en todas las páginas visibles, la respuesta es el té.

— ¿El té? — Pregunto frunciendo el ceño.

Alex sonríe.

— Sé donde está. — Responde con satisfacción. Orgulloso de si mismo.

Miro mi reloj. Tres minutos...

=====

Capítulo 29.

Apenas puedo pensar. Estuve esperando este momento por bastante tiempo. Y ahora... No sé qué hacer. Que pensar.

Sin pensarlo un segundo más salgo corriendo de la casa y Alex me sigue por detrás. Escucho como cierra la puerta cuando sale, sus pasos detrás de los míos, recordándome que está conmigo.

— ¿Seguro que sabes donde es? — Pregunto sin querer desaprovechar esta oportunidad. No es algo que no quiera ver. Lo estoy deseando. Justo ahora, estoy corriendo por la calle en donde vivo.

Mi corazón se acelera con cada paso que doy.

— Sé donde es. He ido a ese lugar antes. — Me confirma. Su voz suena agitada. Ambos vamos corriendo sin detenernos ni un segundo.

— ¿Hacia dónde?— Pregunto cuando estamos en una esquina. Él me mira y rápidamente y sin aliento habla.

—Derecha. — Dice. Apenas escucho sus palabras y ya estoy girando hacia la derecha. Mis piernas se mueven a una velocidad increíble, que apenas puedo creer.

Escucho como los zapatos de Alex golpean el piso una y otra vez. Me giro y veo a Alex. Él me sigue el paso. Regreso mi mirada al camino y sigo corriendo.

Mi cabello vuela en mis costados, esta vez sin golpearme la cara, la brisa del viento hace que la adrenalina corra por todo mi cuerpo.

Tengo que darme prisa. Tenemos.

Las interrogantes vuelven a mi cabeza, ¿Y si solo es una broma pesada? ¿Y si verdaderamente no es él? ¿Y si no está ahí? ¿Y si...?

¡Basta Hanna!

Me regaño yo misma. No puedo seguirme haciendo interrogantes que sé que no van a tener una respuesta si no lo averiguo.

Pero es que es inevitable.

No me imagino quien puede estar detrás de todo esto.

—Estamos cerca. — Dice Alex interrumpiendo mis pensamientos con voz agitada mientras mira su reloj. Me sorprende al ver su habilidad. Correr y ver su reloj al mismo tiempo.

Asiento. Sin querer hablar para no cansarme aun más. Su cabello se mueve ridículamente mientras la brisa del viento le golpea el rostro. Se ve pálido. No... Se ve amarillo. Un amarillo apagado y cálido.

—Derecha. — Dice Alex antes de que pueda preguntarle de nuevo. Estamos ya en otra esquina. Una esquina que conozco perfectamente.

Veo como en la hilera contraria a la de nosotros, hay un montón de locales. Restaurantes, tiendas de ropa, bibliotecas, y unas cuantas casas normales.

Mi corazón golpea mi pecho con agresividad. Toco mi pulso y este está sumamente acelerado. Palpita con rapidez. Mis piernas comienzan a reclamar el repentino cambio.

— ¿Cual es? — Pregunto insegura. Mi voz apenas es audible.

¿De verdad quiero ir ahí? ¿Quiero ver quién está detrás de esto? ¿Quién es el asesino de Alex?

¿Quién mato a Alex?

Sí. Si quiero saberlo.

—El café. — Me señala un local con sombrillas rojas y sillas de madera afuera, el exterior está pintado de un color café oscuro, afuera, hay unas tejas en forma de cascada de color café, tiene unas ventanas enormes, el marco es de madera maciza, y el vidrio que se encuentra entre el marco separa el interior del restaurante del exterior de este. Es un lugar grande, y al parecer es concurrido.

Sus ojos brillan como una luciérnaga. Parece consternado.

— ¿Estamos a tiempo? — Pregunto. Alex mira su reloj, y asiente con amargura. Veo como se traga su propia saliva. Su manzana se hace más grande, y después vuelve a su estado normal.

— ¿Estás bien? — Pregunto al ver su gesto. Un mechón castaño le tapa una pequeña parte de su frente. De nuevo, se ve tenso.

—Estoy muerto, pero estoy bien. — Bromea. Su tono no me hace reír. Lo hace con voz apagada, casi murmurando. En un movimiento rápido me pongo delante de él.

Nuestros cuerpos están muy pegados, muy cerca. Demasiado.

— ¡Eh! ¡Todo va a estar bien! — Pongo mis manos en su rostro y le quito el mechón que le tapaba su frente, su piel esta fría y suave. Deslizo mis dedos por su mejilla, y las dejo ahí. No quito mis manos de su rostro. Algo me mantiene ahí. Algo que no me deja apartarlas.

—Gracias por esto, Hanna. — Dice Alex. En forma de agradecimiento. Sus manos se mueven rápidamente y un segundo después están encima de las mías.

Están frías.

—Alex... me debo ver como una loca. Eres un fantasma. — Le recuerdo, e inmediatamente me arrepiento de mis palabras. El brillo de sus ojos desaparece tan rápido como vino. La decepción se hace evidente cuando hace un gesto de "Gracias por recordármelo"

—Lo siento. — Digo rápidamente. El sonrío pesadamente.

—No. Yo... Ellos me pueden ver. — Dice casi inaudible. Pero, lo escuche.

— ¿Qué? — Quito mis manos de su rostro. El rechazo de mi parte nos afecta a ambos. Los dedos con los cuales toque su rostro me comienzan a temblar.

—Pueden verme cuando yo estoy...

—Espera... — Le interrumpo. —Creo que este no es el mejor momento. Pero, esto... — Enfatizo.  
—...tienes que explicármelo.

El dolor se hace evidente en sus ojos, y en sus gestos. Pone su mirada en el piso.

—Bien.

Doy un paso hacia atrás. Y sin quererme alejarme de él y de su aroma varonil, me obligo a hacerlo por las razones que nos esperan.

Empiezo a caminar hacia el restaurante, con las piernas temblándome. Conforme me acerco, puedo ver claramente el letrero verde con letras blancas anunciando su nombre "El té".

Vaya.

Hago mi paso más lento. Mientras mi respiración se regula. Correr me afecto un poco.

¿O tal vez fue el acercamiento al cuerpo de Alex, y su buen y encantador aroma varonil?

No, no, no. Definitivamente lo que me afecto fue correr.

Estamos a un par de locales, lo suficientemente cerca.

—Oye, Hanna. — Me llama. —Ten cuidado.

Asiento.

Estoy a tan solo un paso de entrar. Pero me detengo. Veo a través del vidrio a las personas que hay dentro con toda la discreción posible.

Hay muchas personas. Sobre todo, jóvenes.

¿No es raro que nos haya citado a un lugar muy concurrido?

Miro más allá del vidrio y no veo nada sospechoso, o a alguien. Solo hay personas platicando.

En la primera mesa están dos jóvenes, un hombre y una mujer. La chica tiene un pantalón de mezclilla y lleva una blusa de tirantes color rosa. Lleva mucho maquillaje y se ríe fuertemente. Al parecer le han contado un chiste. Su cabello rubio cae en su espalda como una cascada y tiene las piernas cruzadas.

Veo al chico. Nada fuera de lo normal. Cada vez que la chica voltea o se distrae con alguna cosa, él aprovecha para mirar su escote. Tiene el cabello rubio, también. Cuando miro su rostro. Le conozco perfectamente.

Ojos azules. Nariz delgada y fina, boca delgada y labios carnosos. Su cuerpo fornido y musculoso.

Ryan.

—Ryan.

—Zet.

Decimos Alex y yo al mismo tiempo, en susurro, casi para nosotros mismos.

— ¿Zet? —Pregunto frunciendo el ceño.

¿Qué demonios hace Zet aquí?



—Sí, ultima mesa, al fondo a la derecha, ¿Lo ves?

Fijo mi mirada hacia donde me dice, y me muevo silenciosamente mientras lo busco con la mirada. Me pongo de puntitas, unos chicos me prohíben ver más allá.

—No lo veo. — Respondo con decepción.

Algo en mí vibra. Siento un toque. Alex me toca la cintura con delicadeza, sus dedos se deslizan por mi cintura y se quedan quietos un par de segundos después, mientras un tornado de mariposas vuela en todo mi interior. Siento su toque suave y enloquecedor en mi cintura. Un toque eléctrico se dispara desde ahí hacia todos lados. Sus dedos son delgados y grandes. Perfectos para rodear mi cintura.

Sostengo la respiración. Si todo estaba tenso en mí, ahora mi cuerpo se ha vuelto como una piedra.

Pesado e inmóvil.

La sangre se acumula en mi rostro y siento mis mejillas rojas y ardientes. Es una suerte que no estemos de frente.

Dios. Todo se calienta dentro de mí. Absolutamente todo.

— ¿Lo ves ahora? — Me susurra con su melodiosa voz, interrumpiendo mis pensamientos morbosos. Sus dedos se quedan ahí, sin moverse de mi cintura.

Me reincorporo suspirando desinteresadamente. Soltando todo el aire que había contenido. Miro más allá, concentrándome.

Veo a un chico idéntico a Zet. El cabello revuelto, sus jeans ajustados con su cinturón negro y su camisa negra fajada. Sus músculos están atentos a cualquier cosa que pase. Él chico aprieta una

malteada entre sus dedos. El vidrio parece que va a explotar si lo sigue haciendo. Lleva zapatos negros también. Sus ojos viajan del baño a la bebida que tiene entre los dedos. Veo lo increíblemente guapo que es.

No es un chico idéntico a Zet. Es Zet.

Parece nervioso y desesperado. Tiene la mirada desorbitada y parece un loco hecho un lío.

—No puedo creerlo. — Murmuro. Alex quita su mano de mi cintura y siento cierta tristeza involuntaria. Cierta decepción.

—Ahora o nunca. Vamos. — Dice Alex tan seguro como nunca. Veo como la furia se apodera de todo su cuerpo. Sus ojos fijos en Zet. Frunce el ceño con enojo y se adelanta a entrar.

Y lo único que mi mente puede procesar en este momento es—; Zet es el asesino.

Camino detrás de Alex. Con paso apurado y rápido.

¿Zet lo podrá ver? Me pregunto con nerviosismo. Y cuando estamos a dos mesas de distancia. Alex se gira con brusquedad. La furia se hace evidente en todo su rostro. Me detengo y lo miro. Su mirada me desconcierta, me mira directamente, tan penetrantemente cómo es posible.

Y luego, hay temor en sus ojos.

—Perdóname por esto, Hanna. — Dice Alex con voz ronca y casi inaudible, ni siquiera reconozco su voz. Es... Diferente. Apenas voy a responderle cuando su cuerpo corre velozmente hacia a mí.

Cierro los ojos involuntariamente. Un golpe duro me golpea en todo el cuerpo. Todo mi cuerpo pierde fuerza y se vuelve débil rápidamente.

Todo se vuelve oscuro y silencioso.

=====

## Capítulo 30.

Todo mi cuerpo siente un dolor indescriptible, todo sucede tan rápido, que apenas lo percibo.

Todo es oscuridad hasta que mis ojos se abren de golpe. Los rayos del sol golpean mis ojos y los obliga a entrecerrarlos por un par milésimas de un segundo. Quiero mover mi brazo, para evitar la luz constante, pero es imposible, una fuerza mayor a la mía me lo impide.

Me doy cuenta de que no puedo mover ni un solo músculo de mi cuerpo. El temor corre por todo mi cuerpo, un escalofrío me recorre desde la cabeza hasta las plantas de los pies, mi cerebro comienza a procesar todo, recuerdo a Alex, a él viniendo contra mí.

Mi cuerpo esta temblando y sufriendo una severa crisis de pánico al no sentir ni un solo músculo moverse, lo único que puedo sentir son las sensaciones disueltas que me recorren; terror, miedo, pánico, nerviosismo, desesperación y ansiedad. Es como si todo estuviera sedado, como si estuviera pegado a mi cabeza, pero como si no fuera mío.

Intento apretar los ojos de nuevo, pero es imposible. Trato de tranquilizarme, aclarando mis pensamientos. Veo lo que hay alrededor de mí sin moverme. Estoy en el restaurante "El té" las personas siguen en sus respectivos lugares ignorándome totalmente. Veo a Zet con su malteada en mano, apretando el vidrio con sus palmas, aún sin notar mi presencia. Su mirada divaga de arriba abajo, esperando algo, o a alguien.

Todo pasa en unos cuantos segundos.

Mi boca se abre sin poder evitarlo o esperarlo. Sin moverme ni un poco, mi cuerpo comienza a avanzar hacia donde esta Zet.

—Oye, Zet. — Escucho mi voz ronca y fuerte saliendo de mi boca involuntariamente.

« ¡¿Qué está pasando?! » Grito en mi mente, ya qué es el único recurso que sigue conmigo en este momento. Si no fuera porque no puedo mover un músculo de mi cuerpo, mi mandíbula caería.

«Tranquila, Hanna, soy yo. Alex. » Me responde una voz en mi mente con tranquilidad. Mi cuerpo sigue avanzando con lentitud.

Intento dar un brinco en cuanto escucho otra voz en mi mente que no me corresponde, pero nada pasa en mi cuerpo, solo hace que el miedo aumente todavía más en mi cabeza.

« ¿Q—qué está pasando? ¿Cómo puedes hablarme? ¡¿Qué está pasando Alex?! » Tartamudeo en susurros, como si alguien pudiera escucharnos en mi mente.

«Te lo explicare más tarde.»

« ¡No! ¡Sal de mi cuerpo! Esto... Esto no es posible. » Digo con indignación, sin poder creerlo.

¿Es esto posible?, santa mierda.

« ¡Alex! » Le grito, pero no hay respuesta de su parte. Lucho de nuevo, intentando parar de caminar. Intentando convencer a mi cuerpo de que no hay una fuerza que se apodere de mí. Pero, fracaso. La fuerza es imparable.

Zet gira su cabeza y se topa con mis ojos, parece asustado.

—Hanna, ¿Cómo estás?— Pregunta con nerviosismo. Mi cuerpo se sigue moviendo sin avisarme, sin pedirme permiso. Zet ni siquiera me hubiera dirigido la palabra, es extraño que me hable. Y sobre todo, que me pregunte como estoy.

Mi cuerpo avanza hasta donde esta Zet sin detenerse. Cuando estoy lo suficientemente cerca mis dedos se enredan en su camisa y lo jalen con una fuerza extraordinaria.

— ¿Qué demonios? — Dice Zet, intentando zafarse de mi agarre. O más bien, del agarre de Alex. Veo como mis nudillos se vuelven blancos y amarillos por hacer tanta fuerza. Una de las manos deja la camisa de Zet y viaja por el aire hasta chocar con la mandíbula de él, dándole un puñetazo brutal.

— ¡Hanna! — Me grita alguien más desde el otro lado del restaurante. Alex se gira a través de mí. Y lo único que veo, es el rostro pálido de Cara y muchas miradas sobre mí.

Tiene los ojos abiertos como platos, mirándome sin comprender. Lleva en sus manos una malteada que al parecer, ah dejado caer al piso. Sus ojos azules me desconciertan. Me miran fulminante.

— ¿Qué demonios, Hanna? — Me dice Zet, tocándose la mandíbula, que al parecer, Alex le dio un poco más arriba, porque su labio comienza a sangrar.

« ¡Alex!» Le grito con desesperación.

Pero Alex no se detiene. Utiliza mi cuerpo para atacar a Zet. Una ventaja. Sabe que Zet no me golpearía.

Mis manos lo toman por el cuello y lo levantan con cierto salvajismo, empujándolo contra la pared. Su cuerpo choca con fuerza, haciéndolo rebotar un poco. La sangre de su labio comienza a correrse por su barbilla, hasta llegar a su cuello.

Hay gritos ahogados en todo el restaurante. Mi mente se congela.

« ¡Alex, para!» Le suplico. « ¡Detente!»

Pero parece ser que le dije todo lo contrario. Mi mano derecha vuelve a moverse, comienza a viajar por el aire hasta chocar con la nariz de Zet. Escucho el estruendoso ruido de mis nudillos contra su nariz.

« ¡Alex!»

— ¡Hanna! ¡¿Qué demonios?! — Escucho como grita Cara mientras se aproxima al lugar en donde estamos.

Alex vuelve a propiciarle otro golpe en la mejilla. Ahora yo doy un grito ahogado y eso al parecer le hace parar.

— ¡Hanna! — Cara esta a un lado de mi, zafando mi agarre del cuello de Zet, intentando protegerlo. Veo el temor en sus pequeños ojos cristalizados.

« ¡¿Qué has hecho?! » Le grito con sollozos ahogados a Alex.

«Hanna, no lo entenderías. » Me responde con la voz entrecortada. Suena dolido y vulnerable.

— ¡¿Qué demonios te pasa Hanna?! ¡¿Por qué lo golpeaste?! — Grita Cara, casi escupiéndome en el rostro con todo su odio.

Zet se limpia la sangre con su camisa y me da una mirada de reojo. Me mata con la mirada.

—Tú. Afuera. — Le ordena Alex, Cara me mira con confusión frunciendo su delgada ceja. Mi voz se escucha sumamente diferente, ronca e inestable. Zet se retuerce y por motivos indescriptibles, hace lo que mi voz le pide.

— ¿Qué te crees? — Dice Cara, jalando a Zet antes de que pueda salir del restaurante. — ¿Crees que puedes venir aquí y golpear a MI chico?

«Oh, no. »

«Arreglare esto, Hanna. » Me responde Alex antes de que cruce palabras con Cara.

«Espera... ¿Ha dicho "Mi chico"?»

«Sí»

«Maldición.»

—Hablaré contigo más tarde. — Y sin decir más Alex vuelve a tomar a Zet del cuello, arrastrándolo a la salida. Todas las miradas están sobre mí. Incluso Ryan me ha visto. Esto va a enloquecerme, sino se detiene ahora.

Cuando estamos fuera del restaurante, mi cuerpo camina hacia un pequeño callejón, seguido por el cuerpo de Zet.

« ¿Esto es seguro?» Pregunto con miedo.

«Sí. »

« ¿Qué le dirás?»

«No lo sé. »

—Hanna. No es lo que tú crees. — Dice Zet cuando estamos lo suficiente lejos del restaurante y de los oídos de la gente. Los botes de basura proporcionan un olor desagradable, parece que alguien ha bebido mucho y ha vomitado aquí mismo.

— ¿Qué es lo que se supone que creo? — Pregunta mi voz. Casi sarcástica.

—Yo no sé nada de Alex. — Dice en susurro. Casi inaudible. Su cabello se mueve al ritmo del viento, y sus dientes ya no se ven tan blancos, ahora están rojos. Al igual que su camisa. Mueve su brazo llevándolo hasta su cabello. Luciendo desesperado. Lo único que hay en sus ojos es vulnerabilidad.

—Tu estuviste conmigo el día que yo...

« ¡Alex!» Le interrumpo. « ¡Estas en mi cuerpo!» Le recuerdo antes de que pueda decir algo que nos ponga en peligro.

—Tú estuviste con Alex unas horas antes de que muriera. — Se corrige. Alex se tensa en mi cuerpo, provocándome escalofríos. Ni siquiera sé como sentirme. Es como si fuera un alma.

— ¡No! — Deja caer sus brazos a los costados, intentando parecer racional. —Bueno, sí. Pero...

—Tienes que decirme que fue lo que paso. — Le interrumpo y habla mi voz con autoridad, dándole una orden a Zet.

—Hanna, yo no sé... No sé como comenzar.

—Por el principio, claro está. — Dice Alex con ironía, mientras tanto, yo me dedico a observar los movimientos de Zet. Se mueve nervioso, apretando la mandíbula.

—Alex y yo somos buenos amigos. — Se detiene, pone de nuevo una de sus manos en su cabello castaño, acomodándose un pequeño mechón que le cae en los ojos, aprieta la mandíbula y continúa. — Éramos. — Se corrige. —Él y yo salimos a hacer lo mismo de siempre, eran como las tres de la tarde, él me dijo que tenía una cita, y realmente parecía feliz, entonces, fuimos a mi casa y comenzamos a hablar de videojuegos, de chicas, y del último juego de fútbol. Nada fuera de lo normal. Él estuvo un rato conmigo, comimos y jugamos, bromeamos un rato, pero de un momento a otro, su rostro se volvió amarillo, parecía débil, enfermo.



— ¿Enfermo?

—Sí. — Confirma. Lo miro directamente a los ojos, escuchando sus palabras con atención. Sin perderme ningún detalle. Su camisa esta manchada de sangre, solo un poco, pero le hace ver como in chico malo. —Entonces él se fue. Dijo que era mejor regresar a su casa, y yo... Yo estuve de acuerdo. Fui el último que lo vi, al parecer.

— ¿Y? ¿Qué paso después? — Alex le invita a través de mi voz para que continúe.

—Él volvió a mencionar su cita. Dijo que estaría ahí, por si su madre preguntaba por él.

«No lo recuerdo. » Me dice Alex.

— ¿Menciono el nombre de la chica?

—No.

— ¿Qué más paso? — Insiste Alex, aún sin poder creer lo que mis oídos escuchan.

— ¿Tú por qué quieres saberlo? — Se pone a la defensiva. Chico listo.

—Eso no te importa.

—Me has estado pisando los talones cada vez que me ves, ¿Por qué? — Cruza sus brazos, ahora su mirada se ve retadora.

Alex aprieta mi mandíbula y se prepara para hablar.

—Escucha. No te vas a ir de aquí hasta que me cuentes de una vez por todas lo que está

pasando, verdaderamente. — Mi cuerpo se pone rígido, y también a la defensiva. Mi voz suena aun más autoritaria que lo normal.

— ¿Qué se supone que está pasando? — Dice Zet con confusión.

—Tú y Kate. ¿Por qué ella intenta protegerte y viceversa?

—No sé de que hablas.

Alex suelta un suspiro de frustración. Una tapadera de un bote se cae, llamando mi atención, del bote sale una pequeña rata gris con un pequeño pedazo de pizza entre los dientes, después se pierde entre los demás botes.

Mi estomago se revuelve.

—Por Dios, es evidente, tú y Kate...

— ¡No! Yo estoy saliendo con Cara.

— ¿Qué? — Dice Alex.

—Justamente tenía mi primera cita con ella. Y la acabas de arruinar. Gracias, Hanna. — Dice con amargura, con los ojos brillándole de decepción.

« ¡¿Qué?! »

— ¿Qué hay de la llamada? — Alex vuelve a la conversación. Sin querer perderse y abandonar el tema.

— ¿Qué llamada? Dios, Hanna, estás demasiado extraña.

—No soy idiota.

—Yo tampoco. — Me reta. O más bien reta a Alex.

—Dame tu móvil.

«Bien, Alex» Le digo.

— ¿Qué?, No te voy a dar mi móvil. — Y otra vez, la fuerza extraordinaria regresa y nuevamente estrella el cuerpo de Zet contra la pared. Un gemido doloroso sale de los labios de Zet.

—Ahora dame tu móvil. — Ordena Alex, me sorprendo de que no me tiemble el labio. Él lo está controlando a la perfección.

— ¡De acuerdo! ¡De acuerdo! — Sus ojos demuestran miedo y pánico. Mis manos siguen alrededor de su cuello, esperando su móvil. Él mete su mano a su bolsillo y saca un pequeño teléfono negro. Alex lo toma con brusquedad y enciende el móvil, tiene el teléfono bloqueado, pero eso no le impide, él pone la contraseña.

— ¡Oye, oye! ¡¿Cómo demonios sabes mi contraseña?! Solo Alex la sabe. — Protesta Zet.

—Te vi ponerla en el desayuno, deberías ser más cuidadoso. — Responde Alex con rapidez, antes de que quede al descubierto. Sería una catástrofe. Frunce el ceño, aún sin comprender.

—No lo hagas, Hanna. Por favor. — Dice con temor, y por primera vez, veo como sus ojos comienzan a cristalizarse. Ya empiezan a ponerse rojos.

Alex teclea algunos botones y la pantalla se vuelve a encender. Veo que presiona el botón de llamadas, presiona "llamadas hechas" Y luego, reconozco el número que aparece en la parte de arriba.

«Es el numero de mi casa» Respondo en susurro.

—Así que, ¿No sabías que llamada? — Mis dientes se aprietan, y el cuerpo se me tensa.

Zet. Zet. ¡Fue él!

—Puedo explicarlo.

—Espero que tengas una respuesta coherente. — Mi voz suena molesta y puedo sentir la furia de Alex desatándose en todo mi cuerpo. Un nudo en mi estomago hace que me retuerza mentalmente.

—Hanna.

—Dímelo. — Exige Alex.

— ¡Tu madre! ¡Ella me ha hecho jurar! ¡Mierda! — Se tapa la boca con las palmas de sus manos, abriendo los ojos como plato.

=====

Capitulo 31.

« ¿Qué?»

— ¿Qué te hizo jurar? — Mi ceño se frunce, esperando una respuesta de Zet. Sus ojos se

vuelven oscuros y perdidos, esperando dar una respuesta coherente. Pero no sale ni un sonido de sus labios. Su cuerpo se pone rígido y los músculos de sus brazos se hacen más visibles.

—Escucha Hanna, yo no puedo decirte nada. Solo... Finge que no escuchaste eso, ¿De acuerdo?  
— Dice con naturalidad.

Inmediatamente el calor de la furia me inunda, estoy cansada de esto, no puedo fingir que no escuche lo que él dijo. Ya no puedo seguir fingiendo que nada pasa.

— ¡¿Cómo puedes pedirme eso?!

—Yo...

— ¿Qué te hizo jurar? — Exijo.

—Que no te enterarías.

— ¿De qué?

—Hice una promesa. No te puedo decir. — Dice disculpándose. Suspiro con frustración. Y me doy cuenta de algo. Estoy suspirando, estoy furiosa y siento todos los músculos de mi cuerpo responderme.

¿Dónde está Alex?

« ¿Alex? » Le llamo en mi mente.

Espero.

No hay respuesta.

Y lo entiendo. Sé que él debe de haber supuesto que esto era entre Zet y yo. Y que lo demás no le correspondía.

—Zet. Por favor... — Suplico.

Él niega con la cabeza.

—Lo siento.

— ¿Por qué hiciste esa llamada?! — Le grito, los ojos se me aguan y comienzo a ver borroso.

Mis ojos se han cristalizado. Pero no por tristeza, sino por rabia. Por coraje.

—Yo... No. No puedo. Te lo vuelvo a decir, lo que estás haciendo, aléjate.

— ¿Por qué?—Insisto con un hilo en la voz.

—Es peligroso para ti. — Dice de forma breve, parece ser cuidadoso con sus palabras midiendo exactamente lo que va a decir. Es listo.

—Dios, pero, dame una maldita razón para entender. — Suplico con frustración. Las piernas aún están débiles y se mueven como gelatinas, me pregunto si él en realidad va a decirme algo. O darme una pista. Lo que sea.

Un nudo se forma en mi garganta y me es imposible tragarlo. Eso me haría ver débil y dolida. Y es lo que menos quiero. Quiero sentirme fuerte, que no se note que todo esto me afecta. Siento como una lágrima se desliza por mi mejilla, está caliente, o tal vez mi piel estaba demasiado fría, así que rápidamente y con un movimiento salvaje y brusco me paso la palma por la mejilla eliminando a la lágrima.

—Te harías daño tu misma.

— ¿Qué estás diciendo? — Le pregunto con confusión. Mis manos se posan en mi pecho, abrazándome a mí misma. Eso me hace sentir protegida de una u otra manera.

—Hanna, dejemos esto. Tarde o temprano lo sabrás. Pero por ahora, no es tarde ni temprano.

—Es que no puedo. No puedo esperar. — Confieso.

—Paciencia. — Dice de forma calmada, como si nada de lo anterior hubiera pasado. Él luce tan normal... Tan común. Y por un momento lo envidio, envidio su paciencia y su tranquilidad. La forma en la que habla y como actúa. Lo envidio.

Zet me da una nueva mirada de disculpa y se da la vuelta, dándome la espalda. Comienza a caminar con paso lento, y por extrañas razones, lo dejo ir. Dejo que se vaya. Su cabello castaño rizado se mueve con la brisa del viento, haciéndolo ver más rebelde. Veo como se mete de nuevo su móvil a su bolsillo con total naturalidad. Sus jeans se mueven de acuerdo al ritmo de sus piernas, mete sus manos a los bolsillos de su pantalón, y cuando dobla a la izquierda, desaparece de mi vista.

Una vez que me quedo sola en el repugnante callejón con olor a vomito, mis pensamientos me vuelven a regañar. Y mi conciencia también. A veces me grita que soy una exagerada y que solo estoy jodiendo a la gente con mis estúpidos pensamientos sobre ellos. Pero luego se pone de acuerdo conmigo, a veces diciéndome que mis pensamientos estúpidos, no suelen ser tan estúpidos.

Kate y Zet no tienen nada que ver, eso me lo dejo claro. Aunque sobre Cara, ella no me lo contó. Y eso le hace ver sumamente extraño y sospechoso. O tal vez me lo contó, y yo no le preste la suficiente atención para darme cuenta de que estaba saliendo con Zet.

Aunque lo recuerdo. Recuerdo haber visto esos ojos azules brillando cuando Zet se apareció en el entierro de Alex. Casi daba saltos de felicidad, y yo no me había dado cuenta, había estado tan perdida en mis pensamientos que no me daba cuenta de la verdadera realidad. Estaba

descuidando e ignorando cosas importantes y que podían servir.

Cara, Dios. ¿Y ahora que mentira le diría? ¿Cómo me disculparía con ella por haber golpeado a Zet?

Vuelvo a reproducir la escena del restaurante, y trato de recordar la reacción de Cara, puedo verla viniendo de la barra con una malteada en manos, y puedo recordar el estruendoso ruido del vaso de vidrio chocando contra el piso. Y después veo el terror en sus ojos cristalizados desde el otro lado del restaurante. La veo corriendo hacia a mí, intentando zafar a Zet de mi agarre. Sus ojos chispeando de confusión y miedo. Pero, no tardo en darme cuenta de que no solo hay terror en sus ojos. Sino otra cosa más importante que nunca note hasta ahora; Amor.

Cara estaba irrevocablemente enamorada de Zet.

Y, entonces, la historia y los sospechosos se disolvían. Cada vez era más difícil acertar en algo. Cada segundo que pasaba se volvía un infierno. Todo se arruinaba en cuestión de días, de minutos... De segundos.

Y Kate... Dios. Con ella no acertaba en nada, ella no era hueca, era lista, también. Se sabía cuidar, sabía que decir, aunque, para ser sincera, ella sería la primera persona que hablaría... Que confesaría. Pero, me resultaba difícil entender por qué ella estaría involucrada en un asesinato. Es decir, tenía todo lo que ella quería; Belleza.

Y si, lo era. O lo es. Es una diva, tiene absolutamente todo, incluso tenía a Alex. Y es aquí donde la sospecha se hace evidente en ella. Kate quiere proteger a Zet de alguna cosa, me quedo claro que ellos dos no salen, pero, ¿Por qué se ve tan caritativa con Zet? ¿Qué intenta ocultar?

Y sobre todo. Esa platica que menciono Cara. Eso... Eso hizo que mis sospechas aumentaran. He ahí el dilema de Kate.

—Hanna... — Escucho que alguien dice mi nombre. Sacudo la cabeza reincorporándome a la realidad. Levanto la vista y me encuentro con los ojos cafés de Alex.



—Tendré que hablar con mi madre. Tengo que hacer algo.

— ¿Cómo estás? — Su pregunta me sorprende.

¿Cómo estoy?

Estoy frustrada, decepcionada, intrigada e incondicionalmente enojada con las personas que quiero.

—Bien. — Respondo. Mis nudillos comienzan a sentir un dolor terrible que me recorre por toda la mano.

Gimo.

— ¿Te duele? — Se acerca a mí, sin vacilar. Sin pedirme permiso me toma las manos, un escalofrío peor me recorre por todo el cuerpo, sus manos están frías y sumamente suaves.

—Es mi culpa... Actúe sin pensar. — Dice. Sus dedos se deslizan por mis nudillos, los cuales se están tornando a un color morado con verde. Realmente me duelen. Es como si hubiera golpeado a una roca cien veces seguidas y con una fuerza brutal. —Lo siento. — Completa con sufrimiento.

— ¿Cómo hiciste eso? — Pregunto antes de que me pierda en sus ojos cafés almendra.

— ¿Hacer qué? — Pregunta. Sus dedos se alejan de mis manos, y estas caen en mi costado. Sus ojos me miran.

—El poseerme. Entrar a mi cuerpo. — Explico en susurro. En cuanto digo las palabras veo el doble sentido de estas e inmediatamente siento un calor terrible en mis mejillas. Oh, solo espero que el color de los ladrillos del callejón se camuflaje con el color de mis mejillas.

—Yo... En realidad no lo sé. Sentí la necesidad de hacerlo. Es como... Ya sabes... —Se lleva la mano a la nuca, rascándose con indecisión. Supongo que está buscando la palabra correcta. Mira hacia arriba, como tratando de recordar algo. Lo cual, lo logra. — ¡Como un instinto! — Exclama.

— ¿Y por qué cuando saliste de mí no me paso como cuando entraste? ¿Por qué no hubo oscuridad? — Pregunto. El dolor de los nudillos me da un toque eléctrico alrededor de estos y me obliga a darles un masaje instantáneo.

—Porque tú eres luz. — Bromea. Una sonrisa aparece en su rostro, me muestra sus perfectos dientes blancos y por un instante, el dolor de los nudillos, se va hasta el estomago.

Le doy un golpe suave en el hombro. Sonrío.

Silencio.

Espero a que el diga algo, o que mencione cualquier cosa. Pero no dice absolutamente nada.

Decido romper la tensión.

— ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué pasa con Zet?

—Creo que Zet ya nos ayudo bastante. Ya tenemos la versión de Kate y Zet, y... Parece coincidir.

— ¿Y si la inventaron? — Me adelanto a preguntar.

—No... Conozco a Zet. Él no mentiría. — Dice con total seguridad, que incluso le creo.

— ¿Y mi madre? ¿Rossie? ¿George? ¿Qué hay con ellos?

—Vas a necesitar estar más al pendiente de tu madre. Ver y escuchar todo lo que hace, tienes que ser como su sombra.

— ¿Y con tus padres?, Tú escuchaste a Rossie y a mi madre, ellas tienen otro secreto.

Se queda en silencio. Pensando, tal vez.

Yo vuelvo a mis pensamientos, de nuevo.

Kate por ahora está descartada, al principio era una sospechosa, ahora, es casi nula. Kareem, su mejor amiga ni siquiera había cruzado palabra conmigo y últimamente casi no la veía. Así que, descartada. Ella no podría ser.

Zet. Él había contribuido a la parte siguiente del relato de Kate, parecía ser sincero, pero su llamada me seguía dando vueltas, desconcertándome. ¿Por qué habría de haber hecho una llamada así? Y ¿Qué se suponía que me había jurado a mi madre?, todo parecía extraño. Sobre todo ahora, estaba saliendo con Cara. Y eso lo hacía lucir un poco más sospechoso.

Cara no me mentiría. Era una de dos personas de las que confiaba infinitamente, igual que con mi madre. Ellas no me mentirían.

Aunque por los hechos anteriores, ya no sabía en quién realmente confiar.

— ¡Alex! — Le grito, despertándolo de sus pensamientos. Da un brinco y sonrío involuntariamente. Él rápidamente me mira. — ¿Y si estamos detrás de la persona equivocada?  
— Le digo haciéndole saber una de mis sospechas.

—El asesino aparecerá. Siento que estamos cerca. — Me anima con una media sonrisa. En sus ojos hay preocupación.

Y de repente, mi teléfono móvil empieza a vibrar en mi bolsillo derecho.

Meto la mano al bolsillo y cuando mis nudillos se tocan con la tela de mezclilla del jean el dolor aumenta aún más.

Otro número desconocido.

—Número desconocido. — Le hago saber a Alex cuando tengo el móvil entre mis manos. El vuelve a fruncir el ceño y me pide que conteste.

Acepto la llamada y en menos de un segundo, una voz femenina dice mi nombre del otro lado de la línea. Me pego el móvil al oído y una voz dulce empieza a hablar.

— ¿Hanna? ¿Hola? — Automáticamente y por extraño que parezca, sonrío. La sangre comienza a parecer picazón que me recorre por todo el cuerpo. Es como si una chispa se encendiera dentro de mí.

—Hola Rossie. — Respondo con educación, mientras sonrío. Alex sigue frunciendo el ceño. Puedo jurar que si sonriera un poco más, él estaría haciendo gestos de celos.

—Oh, he buscado tu número toda la tarde. — Dice pesadamente. — ¡Pero al fin lo encontré!

—Bastaba con que me lo pidieras. — Le digo dulcemente. Todos mis músculos se relajan.

Ella suelta una pequeña risita del otro lado de la línea.

—Claro, ¿Cómo no lo pensé antes? — Se disculpa. Alex ahora si me da una mirada de celos.

— ¿Está todo bien? — Pregunto intentando saber el motivo de su llamada.

—Sí..., Veras, me estaba preguntando si podrías venir el próximo fin de semana. George y yo queremos verte. — Dice. Alex mueve sus labios diciéndome "dile que sí".

—Yo...

— ¡Claro, si no es problema para ti! — Se adelanta a decir antes de que pueda decirle que sí. Ignoro las advertencias de mi madre sobre alejarme de Rossie y George. Cuando me dé una buena razón, tal vez, solo tal vez, me aleje.

— ¡Para nada! ¡Ahí estaré! — Le respondo con toda la emoción que puedo. Y tal vez no la vea, pero sé que esta sonriendo.

— ¡Genial!, Entonces, hasta el próximo viernes, ¿Bien? — Dice con anhelo.

— ¡Por supuesto!, Hasta entonces. — Digo para después colgar.

=====

## Capítulo 32.

Camino por los pasillos del instituto, el piso está más resbaloso de lo normal y hace un calor terrible aquí adentro, tal vez sea porque los ventiladores no sirven. O porque el aire acondicionado se quedo en caliente desde el año pasado, porque el botón de frío se quedo atascado por culpa de los insolentes chicos de ultimo grado.

Mis zapatos se arrastran por los pisos del corredor sin hacer ruido, pero mis zapatos no son los únicos aquí. Hay un montón de estudiantes viniendo y yendo, de aquí para allá, chocando con mis hombros accidentalmente, las zapatillas de las chicas golpeando el piso con el tacón de aguja tan duro como es posible. El perfume de manzana penetra todo el pasillo, disolviéndose con los otros jocosos perfumes.

Cuando abro la puerta para entrar al área de penúltimo año, los murmullos y las miradas se dirigen hacia a mí, una vez que un pie esta dentro del corredor, las penetrantes e incesantes miradas de admiración que me dan los alumnos hacen que me sienta vulnerable.

¿Qué está pasando?

Miro al rededor, todos me sonríen y me ven como si fuera un héroe. Zet no está ahí, solo puedo visualizar a Tom, a Kate con su cabello rubio rizado, Karem a un lado de Kate, y a Ryan, él también está con ellas.

Los murmullos cesan, apenas puede escucharse el aleteo de una mariposa, todos están en silencio y me miran, me quedo en shock.

— ¡Woa, Hanna! — Exclama una persona que no logro ver. —No sabía que practicabas box.

—No lo hago. — Respondo. Mi voz suena aguda. Visualizo más allá del corredor y noto a la voz que hablo, es Sarah. Su cabello naranja la hace notar más entre todos los demás, y su nariz pecosa se ve pequeña y fina. Lleva una blusa blanca, haciendo que su piel blanca luzca brillante. Esta cruzada de brazos y me está sonriendo.

Kate no está sonriendo. Tampoco Ryan, de hecho, ellos lucen molestos.

Busco a Cara entre toda la multitud, mientras mis axilas y mis manos comienzan a sudar por nerviosismo. No me gusta ser el centro de atención. Me pongo de puntas, intentando verla, pero, ella no está aquí.

—Oye Hanna, tienes que enseñarme como dar un gancho al hígado. — Grita una voz masculina. Las personas asienten diciendo "sí" con emoción.

—No... Yo no sé de qué están hablando. — Les contesto rápidamente. Veo que varias personas tienen su celular en la mano. Diciendo "mira esto", "oh dios mío, mira qué golpe", "uh, eso debió doler" y más susurros diciendo: "Es buena, debería entrar al equipo de box"

No tardo en darme cuenta de que hablan.

Zet.

—Ese video es falso, no soy yo. — Me adelanto a decir sonando convincente, e intentando salvar la poca reputación de Zet. Pero, nadie parece creerme, todos me miran sin expresión.

—De verdad, miren. — Le quito el teléfono a una chica de cabello negro que está muy cerca de mí. — Miren, mi cabello no es tan largo. — Miento mientras señalo la pantalla del móvil. —Y no soy tan alta, aparte de que yo no tengo unos zapatos así, ¿Quién demonios usaría eso?, yo no, es decir, este video es más falso que las noticias. Cualquiera puede hacer un video así.

—Mmh, es cierto. Esa blusa esta horrible. — Dice una chica morena. Me ofendo, pero sigo con mis mentiras. Todos me ponen atención mientras hablo, eso me da más nerviosismo, pero también más seguridad, porque me están creyendo.

—Y sobre todo, yo no tendría esa fuerza sobrehumana. — Digo como última justificación, que al parecer, resulta. Veo sus rostros de confusión, el corredor no tarda en estallar en murmullos, para después pasar a voz más alta, y comenzar a reproducir nuevamente el video, que al parecer, ya todos lo tienen.

Sus rostros confusos me dicen que lo logré, incluso siguen debatiéndose unos con otros sobre si soy yo o no.

Pero se me olvida algo. Ryan estuvo ahí, él fue testigo de todo lo que paso, y también Cara. Y ellos, absolutamente, vieron todo lo que paso. Tendría que explicarles, darles una respuesta creíble. Pero, ¿Cómo le explicaría lo sucedido?, ¿Cómo le diría que fui poseída por un fantasma?, es demasiado loco.

Busco a Ryan de nuevo entre la multitud, que parecen seguir buscando las diferencias y las igualdades. El corredor ya no está silencioso, ahí voces por todos lados.

Veo a Ryan hablando con Kate y Karem, no parecen felices, parecen más bien..., preocupados. Él se da cuenta de mi mirada sobre él y me mira. Le doy una mirada de suplica, intentando convencerlo con la mirada de que no diga nada, que me siga la corriente, y que se lo explicare más tarde si así lo desea. Él no asiente, ni nada. Pero no dice nada en mi contra. Mi estomago y mi cuerpo se relaja cuando él sigue hablando con Kate, ignorándome olímpicamente.

Suspiro con pesadez. Todo se está saliendo de control. Me paso las manos por el rostro, y después por el cabello, luciendo un tanto desesperada.

¿Dónde está Cara?, ¿Esta molesta conmigo?, supongo que sí, porque no me habla en todo el fin de semana.

¿Qué le voy a decir?, Es mi mejor amiga, y no puedo mentirle, pero tampoco puedo contarle la verdad. No lo entendería.

—Hanna. — Escucho que alguien susurra mi nombre. Miro hacia a todos lados, pero nadie me está mirando. Nadie está haciendo contacto conmigo, todos están en otra parte charlando con los demás, viendo su móvil, o abriendo sus casilleros.

Me digo a mi misma de que debe de ser mi conciencia. Tal vez debería de dejar de mentir, y así viviría en paz, tal vez...

Me encamino a el salón de clase, antes de que me hagan más preguntas. Ya ellos sacarán sus propias conclusiones a partir de la mía.

—Hanna. — Escucho de nuevo. Esta vez más claro. Pero, el salón está vacío, no hay nadie, más que yo.

Lo ignoro.

Dejo caer mi mochila en la silla de mi banca, mientras me dejo caer en esta misma. Saco mi móvil y tengo un nuevo mensaje.



Es el video de Zet. Esta por todas las redes sociales posibles.

Gimo.

=====

Capitulo 33.

Dejo caer mi cabeza en la mesa de mi banca, cierro los ojos y me pregunto qué es lo que sigue. A que me tengo que enfrentar a continuación.

Escucho un ruido sordo en el fondo del salón, doy un brinco del susto. a

Alguien ha entrado. Levanto la mirada y me encuentro con el rostro molesto de Cara.

—Hola. — Le saludo. Pero ella me ignora. Se sienta en su banca, pasando desapercibida. Su cabello negro brilla extrañamente, lo lleva suelto, sus ojos tratan de evitarme, mirando hacia otros lados.

—Cara, por favor. — Le ruego. No sé cómo se lo voy a explicar. Ni siquiera sé si mentirle o decirle la verdad.

—Lo lograste, Hanna. — Exclama con molestia. Sus ojos se vuelven profundos y su mandíbula se aprieta.

— ¿Qué? — Frunzo el ceño sin entender sus palabras. Ella sigue sin mirarme. Sus ojos se mueven de aquí para allá. Esta molesta.

—Felicidades. — Suena sarcástica.

—Cara...

—Siempre quisiste eso, ¿no? — Vuelve a hablar. Esta vez murmurando. Todavía más furiosa.

—Cara, no sé de qué estás hablando. — Respondo mientras la miro. Su rostro sigue mirando hacia otra dirección. De repente, se gira, y sus ojos azules me miran con expectación.

—No te hagas la víctima.

—No sé de qué me hablas. — Repito.

—Te consideraba mi amiga. — Mi corazón siente un pinchazo. Su tono de voz es indiferente. Y me duele su declaración de rechazo.

¡Soy su amiga!

«Si fueras su amiga, no le mentirías. » Me reclama mi conciencia.

Oh, no. Aquí vamos.

«Son mentiras que pronto se convertirán en verdades» Le digo a mi consciencia intranquila.

— ¡Soy tú amiga! — Le reprocho con voz dolida. Siento un dolor terrible en el corazón cuando sus últimas palabras de la oración salen de su boca.

No lo había notado, pero tiene los labios pintados de un color rojo extravagante y muy seductor.

—Sí, claro. — Percibo sarcasmo en su voz. Cruza los brazos en su banca y de nuevo, evita mi mirada.

Tengo que pensar en algo.

—Bien. Sí, ¡Golpee a Zet!, ¡Pero no por las razones que tú crees! — Espeto levantando las manos en el aire en forma de rendición. Le voy a contar. Lo acepto, pero, solo por ella. — Y sobre lo que yo sé, y me estoy haciendo la víctima, no sé de qué me hablas. — Retrocedo. No le puedo contar.

—Siempre quisiste ser popular, ¿Por qué sigues a Zet? ¿Qué te hizo? — Exclama con furia. Sus nudillos se aprietan mientras ella trata de ocultarlos. Su mandíbula sigue apretada.

—Yo no quería ser "popular". —Cruzo los dedos cuando respondo. —Y con Zet, yo no lo estoy siguiendo. Solo que me hizo una mala broma y... Estaba furiosa. Eso es todo.

— ¿Qué broma? — Pregunta.

Dudo.

—Bueno, te voy a contar, pero no puedes contárselo a nadie, ¿De acuerdo? — Ella asiente con interés. —Es que me hizo una llamada de mal gusto, amenazándome de que dejara de seguirlo, cosa que nunca hice. — Miento.

— ¿Él te amenazó? — Sus ojos se abren de par en par.

—Sí, pero fue una broma. — Digo antes de que lo mal interprete y todo se vuelva a venir abajo por mi culpa.

—Pero, tú no eres así de agresiva. — Me contradice.

—Es que, realmente me molesto. Y actúe sin pensar.

— ¿Y por qué no me contaste antes?, nos hubiéramos evitado de todo esto. — Dice mientras pone los ojos en blanco.

—Lo sé. Perdón.

El timbre suena y el salón comienza a llenarse de alumnos, Sarah entra detrás de Kareem, ellas vienen riéndose, al parecer, les contaron un buen chiste. Luego entra Tom, con su cabello castaño ondulado y sus ojos caídos y cansados, nadie sabe que está enfermo, o que es lo que tiene. Las ojeras debajo de sus ojos son más visibles, y pese al terrible calor que está haciendo, lleva una tremenda chamarra de cuero de color negra, junto con una bufanda del mismo color. Estornuda una vez, y todos parecen alejarse de su vista. Pobre chico.

Y luego, mi pesadilla. Se sienta justo a un lado de mí.

—Hola, Hanna. — Me saluda con un gesto.

—Ho... — Y antes de que pueda saludarle me interrumpe. Estornuda de nuevo, esta vez más fuerte, haciendo que su saliva caiga en gotas encima de la mesa. El estomago se me revuelve.

—Lo siento. — Se disculpa.

—No hay problema.

Los alumnos siguen entrando, con las mochilas colgando de sus hombros o con el móvil en la mano. Y así continuamente siguen entrando alumno tras alumno.

¿Donde está Kate? ¿No sé supone que hoy compartimos clase? ¿Y Ryan? ¿Dónde están?

Me giro de nuevo, para toparme con el rostro de Cara.

— ¿Estoy perdonada?

—Aún no.

— ¿Y cuando quemaste mi muñeca favorita? — Le recuerdo el verano del año pasado. Ella niega con la cabeza, tratando de no reírse.

—De acuerdo, estas perdonada. — Dice con una media sonrisa. Asiento con una sonrisa enorme que en cuanto vino, se va de nuevo.

—Hanna. — Escucho la voz de la profesora detrás de mí.

¿Ya inicio la clase?

Me giro de nuevo, quedando de frente al pizarrón. La profesora de física me mira con su determinante mirada acusante. Sus lentes están más grandes que lo normal, tal vez sea porque está demasiado cerca.

Los alumnos guardan silencio al escuchar la voz de la profesora.

— ¿Sí? — Pregunto al no haber oído una respuesta de su parte.

—La directora quiere que vayas a su oficina.

— ¿Qué?

El salón estalla en "uh".

—Ahora. — Ordena. Me levanto de la silla con pocas ganas, es seguro que el video ya llego a manos de mi madre. Debe de estar furiosa.

Me cuelgo la mochila a los hombros, y le doy una mirada a Cara de confusión, ella levanta los hombros y me aproximo a la puerta del salón con paso rápido.

Cierro la puerta detrás de mí, una vez que estoy afuera los murmullos aun pueden escucharse.

Sigo caminando por el ahora corredor vacío. Esta vez el ruido de mis zapatos es lo único que me acompaña.

— ¿Tienes detención? — Me susurra una voz en la nuca. Mi cabello se eriza y por inercia doy un salto.

Grito.

Me giro y me encuentro con un rostro conocido. Alex.

— ¡No vuelvas a hacer eso! — Lo golpeo con mi mochila.

—Estaba bromeando. — Responde sonriendo.

¿Cómo es que sigue sonriendo a pesar de todo este caos?

—Me asustaste, idiota. — Toco mi pecho fingiendo haber tenido un infarto.

—Lo siento. — Se disculpa al ver mi tono molesto. Se reincorpora y pone una cara de seriedad.

— ¿Qué hay? — Pregunta para ponerse al día.

—El vídeo ya corrió por todo el instituto. — Le informo mientras sigo caminando con paso lento.

— ¿Qué video?

—Donde supuestamente estoy golpeando a Zet. — Le recuerdo la pelea de la cafetería.

—Oh, maldición.

—Y ahora, la directora quiere verme en su oficina. — Agrego.

—Doblemente maldición.

Sigo caminando sin decir nada. Y él tampoco. Supongo que estamos bastante ocupados en nuestros pensamientos.

No sé qué nueva mentira voy a contarle a mi madre, ella me conocen perfectamente de pies a cabeza, ella totalmente no caería tan fácil en mis mentiras. Tendría que ser una muy buena justificación para que me creyera.

—Tengo que irme. — Alex rompe la tensión.

— ¿A dónde? — Pregunto. El se detiene y pone sus manos en los bolsillos de sus jeans, yo también detengo mi paso. Me doy cuenta de que a pesar de que no se ha duchado se ve limpio, a pesar de traer la misma ropa, y los mismos zapatos, incluso no tiene mal olor, ni nada por el estilo. Parece como si hubiera saliendo ahora mismo de una sección de fotos.

—Después te lo explicaré.

—Bien. — No insisto. Sé que me lo va a contar. Ambos tenemos confianza el uno con el otro.

Después, desaparece sin dejar rastro de haber estado aquí.

=====

## Capítulo 34.

Sigo caminando por los pasillos con paso más lento, sufriendo un mini infarto.

Ya no quiero tener las discusiones continuas con mi madre, ni ella ni yo merecemos esto. Nuestra relación estaba perfecta antes de que los Crowell se aparecieran en nuestras vidas.

George. Él es un tipo agradable, aunque intimidante si él lo quiere, su porte y su fluidez al hablar me ponen de nervios, haciéndome sentir inútil cuando estoy con él. Pero es... Agradable de cierta manera.

Y luego esta Alex. Es guapo y divertido. Su sonrisa brillante y los ojos café que tiene lo hacen parecer un chico bueno, pero la fachada en como viste, lo hace lucir como chico malo. No me sorprendería que lo viese fumando, si es que puede. Y también esta lo importante; es un fantasma. Me hubiese encantado conocerlo antes de que muriera, o regresar al pasado y advertirle de su muerte, pero claro está que él hubiera no existe.

Y Rossie, ella es la mujer más cariñosa y tierna que he conocido jamás en mi vida, mi madre puede ser cariñosa, pero no tanto como Rossie. Ella tiene esa chispa que hace que sienta algo por ella. Es extraño cuando pienso en ello.

Me pregunto si Rossie tendría otro hijo, o por qué Alex es hijo único cuando ellos dos tienen todo el dinero posible para alimentar otra boca. Es decir, mi madre me tuvo a mí, y soy hija única porque mi padre murió cuando era una bebe, y ella no sé dio la oportunidad de tener otro hijo, o por lo menos casarse.



Supongo que mi padre no era un buen tipo después de todo, ya que no tengo su apellido, ni sé absolutamente nada de él. O bueno, solo tengo una poca información.

Solo sé que murió en un accidente automovilístico, según la narración de Mi madre, el iba borracho, e iba a exceso de velocidad, entonces de lo borracho que estaba no se percató de que un tráiler se acercaba a su automóvil con una velocidad increíble. Ninguno de los dos pudo parar, ya era demasiado tarde.

También sé que él no tenía familia, más que nosotras dos. Así que era imposible contactar con algún pariente cercano. Si es que existe alguno.

Entonces, mi madre para evitarse de malos entendidos y de dolorosos recuerdos me dio solo su apellido de ella.

Hanna Reeve.

No puedo quejarme, después de todo.

Ahora que lo pienso, me gustaría tener una hermana, o un hermano. Aunque me alegra ser hija única. Me gusta el silencio. La tranquilidad.

Los Crowell no son tan malos, a pesar de todo. No entiendo por qué mi madre quiere que me aleje de ellos. La interrogante sigue ahí.

Cuando me pierdo en mis pensamientos, no me doy cuenta de que estoy casi llegando a la dirección, e incluso me doy realmente cuenta de que ya me he pasado el corredor por donde tenía que girar. Tenía que haber girado a la derecha un corredor antes, hay tantos corredores, que es fácil perderte si no llevas un guía o no conoces perfectamente el instituto. Es como un laberinto.

Estoy a punto de dar la vuelta y regresar al anterior corredor, comienzo a alejarme cuando

empiezo a escuchar unos murmullos en la vuelta del corredor. Callo a mis pensamientos y camino con paso más lento intentando acercarme más.

Los murmullos se hacen más claros conforme me voy acercando. Mis zapatos hacen un ruido exasperante, así que me los quito, y me quedo en calcetines. Que ridiculez.

Meto mis zapatos en la mochila, haciendo el menor ruido posible, ni siquiera abro el cierre de la mochila, sería un ruido increíble en este silencio que podría ser descubierta.

No quiero ser chismosa, e incluso no lo soy. Pero mis sospechas comienzan a dar fruto mientras mi cerebro junta las piezas del rompecabezas.

Kate y Ryan no entraron a clase, y todos los demás están en ella, así que, ¿Quién mas podría ser?

Bien cerebro. Bien Hanna. Un punto.

Estoy a justamente en la esquina del corredor de la derecha, evitando ser vista. Los murmullos se hacen claros.

— ¿Como estas? — Pregunta una voz masculina, la voz es gruesa. Intento mirar un poco, asomándome lo más mínimo posible. El ojo izquierdo puede ver lo que hay en el corredor, mientras que mi ojo derecho sigue oculto.

—Mal... No puedo seguir con esto. — Responde la chica. Inmediatamente conozco la voz chillona e irritante de Kate. Rápidamente mi cerebro le pone su nombre al chico. Esa voz grave y cautelosa la reconoce. Es obvio. Ryan.

¿Qué hacen ellos dos juntos? ¿Y la chica de la cafetería? ¿Qué paso con la chica y el escote rosado?

— ¿Con qué? — Hay un silencio por un momento. Y luego un suspiro agitado. Las voces son

susurros, y por lo tanto, no logro escuchar lo que dicen. Me quedo pegada en la pared, intentando no hacer ruido. Ni siquiera me muevo.

—Con lo de Alex. No puedo. — Susurra Kate con dolor. Es tan creíble que hasta casi la compadezco por su tono de voz.

—Kate... — Dice Ryan con voz fuerte. Diciendo su nombre como si fuese una oración. Kate gime.

—Ven aquí. Yo lo arreglare. — Aprovecho para ver más, saco mi ojo derecho y la escena que se presenta frente a mis ojos, la hacen increíble.

Y cuando digo increíble, me refiero a realmente—increíble.

Ryan tiene acorralada a Kate, sus dos musculosos brazos están entre ella, apartándola del exterior. Sus respiraciones son agitadas y Kate se queda inmóvil cuando Ryan la besa con una desesperación apasionada.

Uh. A Alex no le va a gustar esto.

Dos puntos para Hanna.

Me quedo viendo la incómoda escena, con ganas de vomitar. Involuntariamente me quedo mirando. Ryan mueve sus manos hasta la cintura de Kate, su beso no para, y Kate respira con dificultad, su pecho sube y baja. Ryan se relame los labios, y sigue besando a Kate con una desenfrenada excitación.

Me siento como una intrusa. Esto es demasiado... Intimo.

Ryan mueve sus dedos por debajo de la delgada blusa de Kate, y ella se mueve incomoda, queriendo zafarse de su agarre, aunque no detiene el beso, ella muerde el labio de Ryan.

Él insiste de nuevo, metiendo sus grandes dedos por debajo de la blusa, esta vez más rápido, no se detiene en el estomago, sino que actúa demasiado rápido para tocar sus pechos. Kate se da cuenta y da un brinco, pareciendo espantada.

Ya le habían tocado los pechos antes, ¿Por qué ahora lucha?

Kate se separa de Ryan tomando bocanadas de aire.

—Eso no va a servir. — Dice Kate con voz agitada, separando a Ryan de su cuerpo y de su escote. Ryan no se molesta, al contrario. El sonríe.

—Puedo hacerlo mejor. — Le sonríe pícaramente. Niega con la cabeza, acomodando su blusa. Al ver que Ryan le presta más atención a su escote, ella cruza sus brazos y finge estar ofendida.

—Ryan. Por dios, esa chica va a sufrir. No quiero seguir en esto.

—Yo tampoco. — Ryan se cruza de brazos, esta vez, se pone serio. Y me sorprende. Su seriedad es bruta. Parece enojado, pero no lo está.

— ¿Qué vamos a hacer? — Pregunta ella.

—Hanna no debe saber, de eso estoy seguro. — Dice Ryan haciendo una mueca.

Doy un brinco cuando menciona mi nombre, la sangre se me sube hasta la cabeza, acumulándose en mi rostro, el escalofrío eléctrico me recorre por todo el cuerpo, como si fuese una extraña sustancia irreconocible para mi cuerpo. Un calor intenso me baña. La piel se me pone de gallina y la picazón de la nuca regresa. Por instinto quiero rascarme y detenerlo, pero no puedo, necesito escuchar cada palabra que dicen. Ahora menos que nunca, debo de estar aquí.

—Hay que decirle la verdad. — Dice Kate con desesperación. Ella se rasca la nuca, y su mirada se mueve intranquila por todo el corredor. Me oculto de nuevo. Pegándome más a la pared.

Evitando respirar. Ya noto mi presencia, pero no a mí.

— ¿Estás loca? ¡No!

— ¡Ryan! ¡Ella está investigando!— Exclama con frustración. Me asomo de nuevo, esta vez un poco menos, no quiero que me miren o que me descubran. El aire que había acumulado quiere salir de mi pecho, así que lo hago de la manera más silenciosa.

—Hey, tranquila. Haremos algo, ¿Cómo sabes que ella está investigando? — Ryan se acerca a ella y la toma de las mejillas con delicadeza. Sus ojos comienzan a cristalizarse.

—Está haciendo preguntas. Me está siguiendo..., Nos está siguiendo. — Se corrige, una lágrima se desliza por su mejilla y Ryan la limpia tan rápido como es posible.

—Tranquila, cariño. — Le susurra. Ella rompe en llanto.

¡Oh dios mío Kate y Ryan son novios!, claro, eso ya era de suponerse. Pero, ¡Santa mierda! ¿De qué están hablando?, eso no es de suponerse.

—Zet me contó lo de la cafetería. Lo de la llamada. Todo. Él también tiene miedo. Cara me dijo que le envió esa carta de amenaza, pero ella no le ha preguntado nada, aunque ella sospecha que el cuaderno que le pidió Hanna prestado era para verificar la similitud de las letras. Todo lo está averiguando. No sé qué es lo que sabe de mí, o de ti. — Toma una respiración. —Hanna lo está averiguando. No va a parar...

—Nos reuniremos, Zet, Karem, Sarah, tú y yo. — Los nombra a cada uno. Limpia las lagrimas de Kate conforme van cayendo. —Tenemos que coincidir en nuestros relatos. Le obligaremos a que abandone esto.

Kate asiente. Ni siquiera puede hablar. Ella llora sin parar. Nunca la había visto así. Rota.

—Te amo Kate. Esto parara. Lo prometo. — Confiesa Ryan. Sus ojos reflejan lo que sus palabras

dicen. Esta enamorado de Kate. Cualquiera que vea como sus ojos azules la miran, dirían que él la ama. Y viceversa.

Lo único que mi mente se pregunta es que de qué están hablando.

— ¿Donde está Zet?

—Se iba a reunir con ella... — Balbucea Kate. Apenas puedo entender lo que dice. Su voz es aguda y entrecortada.

¿Quién es "ella"?

—Le hablaré. Espera un minuto, cariño. — La forma en la que le habla hace que sienta un dolor en mi corazón.

Decido que no se lo voy a contar a Alex. Esto no lo va a saber por mí.

Ryan saca su móvil, alejando sus manos de las húmedas mejillas de Kate. Ella suspira, y vuelve a suspirar. Y así continuamente.

— ¿Zet? — Habla Ryan. Su móvil esta aparentemente pegado a su oreja. Hay un silencio y luego él asiente. —Es Hanna, debemos reunirnos, ¿Estas con ella? — Un par de segundos de silencio. Y él vuelve a hablar. —El viernes... Sí... Perfecto..., yo les aviso..., Zet..., no..., no, no te preocupes. Ella está conmigo... Bien, el viernes en tu casa, a las ¿cuatro?, perfecto. — Y luego cuelga.

—El viernes a las cuatro. En la casa de Zet. — Su rostro mira directo hacia el corredor en el que me encuentro.

¡Maldición! ¡Me ha visto!

— ¡Oye tú! — Grita.

=====

## Capítulo 35.

Lo único que mis pies hacen es moverse tan rápido como es posible. Estoy corriendo sin mirar atrás, me delataría yo misma. Mis pies desnudos se encuentran con el piso frío del corredor. Doy vuelta por el corredor de la oficina de dirección y corro como un rayo.

Entro a la dirección con un portazo detrás de mí.

— ¿Qué es ese alboroto? — Escucho la voz de mi madre.

—Lo siento. Soy yo. — Respondo con voz agitada. Su silla se gira. Ella frunce su ceño.

— ¿Por qué estas descalza?

—Los zapatos ya no me quedan. — Mi mentía hace que me sienta ridícula.

—Te los compre hace un mes.

—Mis pies crecieron, mamá. — Ella niega con la cabeza. Al no obtener una respuesta de su parte, me pongo los zapatos. Ella me mira.

— ¿Estas molesta? — Me apresuro a preguntar.

—Bastante. Siéntate. — No es una sugerencia, es una orden. Para no provocar más su enojo, me siento en la silla que me señala.

—Supongo que ya viste el video. — Digo en susurro.

En casa de Zet. A las cuatro. No lo olvides. A las cuatro. Cuatro. Casa de Zet.

Una reunión, ¿Para qué? ¿De qué hablaran?, absolutamente tendré que colarme. Hacer cualquier cosa para estar ahí.

No me explico como todos ellos están metidos en esto, y por qué se ven tan preocupados por mi supuesta investigación y hostigamiento.

— ¿Hanna? ¿Me estas escuchando? — Mi madre mueve una mano en frente de mi rostro. Regresándome a la realidad.

— ¿Qué? ¡Sí! ¡Sí! — Digo fingiendo haberla escuchado. Ella vuelve a negar con la cabeza. Acomoda un mechón de su cabellos y hace un ademan mientras su rostro expresa molestia.

— ¡Suficiente! — Explota. —Explícame que paso. Y quiero una buena justificación.

—Sí. Bueno, yo... — Pienso. Abro la boca para hablar pero...

— ¡¿Qué le hiciste a mi hija?! — Me interrumpe. Su interrogante me sorprende. ¿De qué está hablando?

Yo soy su hija.

—Mamá... ¿Qué? ¡Soy yo! ¡Hanna!, ¡Tu hija! — Espeto mientras me señalo hacia mi pecho.



—Mi hija no mentiría.

—Mamá...

—Mi hija no se pelea así en un lugar público, mi hija acataría mis reglas, me respetaría.

—Te respeto, mamá. — Susurro.

— ¡Cállate! — Me grita. Y por primera vez, mi madre me da miedo. Se ve furiosa, dolida y frustrada.

—Deberías escucharme.

—Mi hija no sé iría a detención. — Balbucea. Ella ignora lo que yo digo. Sus ojos cafés se cristalizan. Me hundo en el asiento, esperando un golpe de su parte, o algo. —Hanna no eres tú. Devuélveme a mi hija. — Chilla.

—Mamá... — Mi voz se quiebra. La manera en que me mira hace que todo mi mundo se desborone en un segundo. Sus palabras me pinchan directo al corazón.

—El video es falso. — Miento. Ella se ríe agriamente. No me creyó, definitivamente.

—Estas castigada. Dame tu móvil.

—No lo hagas. Por favor... — Suplico mientras aplasto mi mochila a mi cuerpo.

—Dámelo. — Sentencia.

— ¿No confías en mí? — Ataco mientras una lágrima se desliza por mi mejilla.

—No sé trata de confianza Hanna. Si la confianza fuera todo, todos seríamos inseguros.

—No lo hagas... — Ruego entre lágrimas. Al ver que no servirán de nada mis suplicas, le doy el móvil.

—No saldrás durante un mes. — Sentencia.

¡No! ¡El viernes a las cuatro! ¡No! ¡No! ¡Ella no lo va a arruinar!

— ¡No puedes castigarme por eso! — Grito.

—Si puedo porque soy tu madre. — Dice con amargura. Tiene razón. Ella puede hacerlo, ¡Pero no es justo!

— ¿Dices que donde está tu hija? ¡Pues esta soy yo! ¡Esta es la verdadera Hanna! — Me levanto de la silla. Esta se mueve hacia atrás, impulsada por mi repentino salto.

—Cálmate Hanna. — Me susurra Alex. ¿Cuánto tiempo tiene aquí?

¡No me importa! ¡En lo que estoy!

—Cállate Alex. — Susurro. Mi madre alcanza a escuchar e inmediatamente esta frunciendo su delgado ceño.

— ¿Alex? —Pregunta con los ojos llorosos.

—He dicho otra cosa. — Justifico cruzándome de brazos.

¡La cague!

—No, no. Haz dicho Alex.

—He dicho otra cosa. — Insisto.

—De acuerdo, vete. — Me ordena.

Me doy la vuelta, gimiendo en silencio.

—Espera. — Me llama. Antes de girarme me limpio las lágrimas con la manga de mi blusa. Me giro con molestia. —Dame tus llaves. — Levanta sus manos.

— ¡Mamá! ¡Es irracional! ¡Es injusto!

— ¿Tú hablando de justicia? Por dios. ¡Esto debe de ser una broma!— Exclama. —Dame tus llaves. Algún día lo entenderás.

Meto mi mano a la mochila, olvidando que el cierre esta puesto. Me enfurezco mas y abro el cierre con todas las fuerzas de mi mano. Meto mi mano y saco mis preciadas llaves. Estoy tan molesta que...

—No lo hagas... — Susurra Alex. Demasiado tarde.

Levanto la mano con las llaves y las lanzó contra la pared. Estas chocan y se caen al piso. Mi madre chilla.

— ¡Hanna!

— ¡Te odio! — Le grito.

— ¡Hanna! ¡Regresa aquí!

Pero ya estoy de camino a la puerta, la abro hacia el lado contrario, y al ver que no abre, le doy una patada. Luego mi lógica me dice que la estoy empujando. Y eso no es lo que debo de hacer.

Me paso las manos por el cabello y respiro. Tomo la perilla entre mis manos y la giro. Esta se abre y salgo como un cohete. Para cerrar con un increíble portazo.

Creo que serán dos meses de castigo después de todo.

=====

## Capítulo 36.

Es miércoles y estoy encerrada en mi habitación, ni siquiera me he dignado a bajar a comer mientras esta mi madre. Mi orgullo está por encima de todo en estos momentos. Bajar y toparme con ella, sería como un encuentro tenso y débil. Y se suponía que yo era la molesta en todo esto, así que esperaba una disculpa de su parte. El castigo no fue demasiado justo, viendo las circunstancias.

Las visitas están prohibidas, ni Cara, ni Sam, y mucho menos Rossie pueden venir aquí. No televisión, no teléfono celular, no internet y no permisos para nada. Ni siquiera para ir a la biblioteca o ir a hacer un proyecto. Es como si estuviera presa. No me encontraba a gusto en ningún lugar, cada vez que daba un paso mi indecisión se volvía contra mí, ¿Qué debía hacer? La intranquilidad y la pérdida de tiempo me estaban atormentando. A este paso no lograría nada.

Desde el viernes hasta hoy, mi rutina era ir al instituto con mi madre, regresar con ella y estar acostada o perdiendo el tiempo en cosas inútiles.

Pero no todo era malo. Había un montón de libros viejos el ático, libros de autores que no conocía en lo absoluto. Y como el tiempo estaba de sobra, era el mejor momento para recuperar las hojas olvidadas y las letras perdidas. Los libros estaban aliviando mi desesperación y me hacían olvidarme de la realidad. Aunque no la daba desapercibida totalmente, sino que por un momento, me olvidaba de los problemas y del caos en el que estaba mi mente.

Estoy a punto de cerrar el libro, pero me doy cuenta de que mi separador no está donde lo deje. Lo busco debajo de mi cama, antes aprendiéndome la página en la que me había quedado.

Abajo de la cama no hay nada. Ni tampoco en los muebles, o en la cama. No está.

Mi frustración de estar encerrada y no encontrar el maldito separador hacen que utilice mi último recurso y lo que mis ojos ven en este momento.

Un calcetín.

Tomo el calcetín y lo pongo en la página en la que había pausado la lectura, para ahora sí, cerrar el libro.

Tomo otro libro, uno de una pasta roja, la tapa dura y con mucho polvo encima. Hay una pila de libros de este mismo tipo, parece ser una enciclopedia. Abro el libro, no sin antes toser por la brisa del polvo que se levanta.

La primer página esta en blanco, y las siguientes páginas están llenas de mapas con nombres raros y poco conocidos. Hojeo cada página, esperando encontrar algo más interesante que mapas y más mapas. Pero el libro no parece cooperar. No hay nada más que imágenes de estados o islas que nunca había visto. Sin pensarlo, cierro el libro y lo pongo junto con los demás libros que parecen idénticos.

Accidentalmente, el libro no se acopla con los demás y cae al piso haciendo un ruido fuerte en toda la habitación. Hago una mueca de terror. Me levanto de la cama para ver qué fue lo que le paso al libro. Asomo mi cabeza por encima de la cama y veo que el libro está abierto.

Ya no hay un mapa. Es una imagen. Tomo el libro entre mis manos, y noto que no es una imagen que viene con el libro, sino que es una fotografía de hace mucho tiempo. O al menos, eso parece.

—Hola.

Mi corazón da un vuelco cuando escucho un rechinado de madera. Doy un brinco de susto cuando escucho la voz de Alex.

— ¿Podrías tocar la puerta? ¿O la ventana?— Le digo en tono molesto. Está entrando por la ventana sin hacer demasiado esfuerzo.

¿Qué? ¿Ahora también es el hombre araña?

Escondo la fotografía debajo de mi almohada. Quiero estar segura de que es. Tal vez sea un científico loco que se coló en el libro equivocado. Me estiro y abro un cajón. Guardo el libro de tapa dura en uno de los cajones de la mesita de noche. Alex no parece darse cuenta. Él sigue entrando por la ventana.

— ¿Para qué tocar la puerta?, si puedo entrar por la ventana. — Se ríe.

—Tienes suerte de ser un fantasma. — Le digo mientras retomo mi anterior lugar; Mi cama. El acolchonado se hunde con mi peso y subo mis piernas, acomodándome con mis rodillas en el pecho.

—Si tú lo crees. — Responde.

Por un momento me siento mal. Alex no sabe absolutamente nada de la relación entre Kate y Ryan, y yo no quiero ser la que le de la inoportuna noticia. Pero, tampoco quiero ocultárselo.

— ¿En qué piensas? — Me pregunta mientras entrecierra los ojos de una forma graciosa que me hace reír.

—No, no es nada. — Le digo mostrándole mis dientes. Él niega con la cabeza sonriendo.

— ¡Hey! ¿Tú no piensas ducharte o algo así?, hueles horrible. — Bromeo. Pero mi seriedad no dura mucho tiempo. Me río intentando cambiar de tema.

— ¡Hey, estoy muerto! ¡Respétame chiquilla! — Me lanza una almohada con delicadeza y yo hago un intento de cubrirme mientras me río.

Alex y yo no la pasamos platicando los últimos días, él me contó sus mejores recuerdos, por si los llegaba a olvidar. Dijo que su recuerdo favorito era cuando se reunía con sus familiares en noche buena, él dijo que tenía muchos primos y tíos, pero que cuando él cumplió los nueve años, ellos nunca volvieron. Como si la tierra se los hubiera tragado. Pero él dice que todo se debió al matrimonio de Rossie con George, ambas familias no se llevaban muy bien, y eso hizo que todo se desplomara. Aunque, ciertamente, no sabe cuáles fueron las verdaderas razones.

—Estabas pensativa. — Insiste.

—Estaba pensando en salir de aquí.

—Pero estás castigada.

—Lo sé.

Me mira.

— ¿Qué es eso? — Mis ojos divagan con nerviosismo de su boca a sus labios.

— ¿Qué es qué?— Finjo no tener idea de lo que habla. Él hace una cara sarcástica. Es muy difícil mentirle. Es demasiado listo.

—Eso. — Señala. Dirijo mi mirada hacia donde señala con su dedo. Él no está señalando la fotografía, está señalando un libro.

Suelto un suspiro de alivio.

—Ah, eso. Es un libro. — Respondo.

—Ya sé que es un libro. — Se ofende. —Pero, ¿no es cualquier libro!

— ¿Lo conoces? — Pregunto mientras le paso el libro de tapas azules. Sus ojos brillan como un niño con su primer juguete.

—Por dios. Es mi libro favorito. — Dice con entusiasmo. Sus ojos no dejan de brillar.

— ¿Te gusta leer? — Mi pupila se dilata y mis ojos se abren como plato.

—Me encanta.

— ¿Y ese libro de quién es? — Pregunto con interés al ver como sus ojos miran cada página del libro con emoción.

—Edgar Allan Poe.

— ¿Quién?

—Edgar Allan Poe. — Repite sin prestarme mucha atención.

— ¿Qué libro es?



—En realidad no es un libro en sí... —Explica con entusiasmo. —...Si no que es una recopilación de sus cuentos y poemas. Debes de leerlo. Sus escritos son cortos, pero muy, muy buenos.

—Oh. Nunca había escuchado sobre él.

—Mira esto, es una edición especial. Alguien con mucho dinero pagó esto. — Mira el libro con sorpresa, viendo cada parte del libro, girándolo, y viéndolo de distintos ángulos.

—Pues... — Dudo en decirle sobre la fotografía.

— ¿Qué pasa? — Despega su mirada del libro por un momento. Hago una mueca.

Nada de secretos.

—Había una fotografía en un libro de esos. — Señalo. Él sigue mi dedo y ve el pilar de libros que hay en mi cama.

— ¿Una fotografía? — Pregunta.

—Sí. — Muevo mi almohada, en donde esta oculta la fotografía. La tomo entre mis dedos y él la toma cuando se la entrego.

— ¿Eric? — Dice.

— ¿Eric? — Frunzo el ceño.

¿Eric? ¿Qué es? ¿Un escritor famoso? ¿Un artista? ¿Un actor? ¿Un cantante?

—Sí. Eric Crowell. Es él hermano de mi padre. Es mi tío. — Completa.

=====

## Capítulo 37.

— ¿C-como? — Tartamudeo. Mi mandíbula cae.

¿Eric Crowell? ¿Y ese quién es? ¿Y qué demonios hace una fotografía de él en mi casa?

—Es mi tío. Murió hace un montón de años. ¿Dónde dices que estaba? — Pregunto mientras le da una vuelta a la fotografía.

—Ya te lo dije. Estaba en un libro. ¿Dices que murió? — Pregunto antes de que cambie de tema.

—Técnicamente, sí. — Murmura. Sus ojos se entrecierran mientras intenta leer unas pequeñas letras negras que hay detrás de la fotografía. Sus dedos aprietan el papel con delicadeza, sin maltratar el poco color que tiene. Deben de tener muchos años ahí guardados. Literalmente esta bañada en polvo.

— ¿Técnicamente? — Pregunto frunciendo el ceño, mis cejas se elevan con confusión mientras cruzo mis piernas sobre la cama para poder tener una mejor vista de Alex, y buscar el lugar correcto para estar cómoda.

—Es una larga historia. — Deja la fotografía a un lado de mí. La tomo y observo las similitudes que hay entre Alex y él.

En realidad, son muy diferentes. Alex tiene los ojos color café, mezclados con un toque de color

miel, Eric no. Él tiene los ojos de un azul profundo, tan profundos y misteriosos como el mar, sus ojos son dos pequeñas aceitunas; brillantes y redondos. Mira directo hacia lo que parece ser la cámara, y tiene una sonrisa impecable que parece ser un actor. O un modelo, incluso. Aparte de que es joven, y guapo, pero no tanto como Alex. Quiero decir, no tan joven como Alex. Él es más bien lo doble de los años de Alex. Unos treinta y cinco, tal vez.

Visualizo sus rasgos. Sus labios curvados y carnosos se forman en una pequeña y atractiva sonrisa, que hacen que sus dientes blancos salgan a la luz. Eric tiene el cabello negro y brillante, y lo peina hacia atrás, Alex solo lo lleva desordenado y su cabello es castaño. Debe de tener un nido de arañas ahí dentro.

Eric es joven, aunque debajo de sus ojos ya se ven unas delgadas y finas arrugas, al igual que en la frente. Pero eso no le hace ver viejo, sino que más bien, le da ese toque de masculinidad. Alex se ve flaco comparado con él, Eric parece tener en forma sus músculos, en cualquier parte que mire sus formados y grandes músculos están a la vista, y el atuendo de su traje negro con una corbata atada al cuello del mismo color le hace ver todavía más masculino.

Pero, no tiene nada de similitud con Alex. Ni las cejas, ni las pestañas, y mucho menos los pómulos, son totalmente distintos. Aunque, George parece tener más similitudes que Alex. Tienen el mismo color de ojos, la misma mirada penetrante y misteriosa, y sobre todo, la forma en que demuestran su seguridad y su dominancia sobre las personas. En sus frentes tienen un letrero que dice "Tengo el poder".

—Eric era mi tío.... — Comienza.

—Ya lo dijiste. — Le recuerdo haciendo un ademán. —Omite eso.

Hace un gesto de desagrado.

—Eric era mi tío... — Repite en forma de broma.

— ¡Alex! — Le grito exasperada. Él solo sonríe.

—Está bien, está bien. Pero déjame contar la historia. Preguntas al final. — Dice con egocentrismo. Ya no le interrumpo y me limito a asentir.

—Bien, él iba cada navidad, o en nuestros cumpleaños.

Lo recuerdo, Alex me había contado que las mejores navidades de su vida fueron con sus familiares.

— ¿Y? ¿Qué paso después? — Pregunto con intriga. Meto un dedo a mi boca y comienzo a masticar una uña.

—Como te había contado, él y mis otros tíos desaparecieron de nuestras vidas. Una navidad estaban reunidos, y a la siguiente, ya no se sabía nada de ellos.

— ¿Nada? — Me aventuro a preguntar.

Él niega.

—No. Fue muy extraño. — Traga saliva. —Mis padres me contaron que mi tía Caroline había dejado el país por negocios, y nunca la volví a ver.

— ¿Caroline? — Pregunto. Su nombre me recuerda a alguien. Suena familiar cuando lo dice, aunque rápidamente desecho la idea, yo no conozco a ninguna Caroline, yo no tengo familia. Más que a mi madre, por supuesto.

—Sí, es hermana de mi padre, eran dos hombres y dos mujeres. — Aclara.

George. Eric. Caroline y... ¿Quién más?

— ¿Quién era la otra? — Pregunto con interés. Mi uña está sufriendo las consecuencias de mis dientes.

—Uno, a ella no la conocí mucho, dos, nunca estaba con nosotros, tres, no asistía a las reuniones familiares y cuatro, no permitía que su hija se aliara con nosotros...— Levanta los dedos con cada punto. —Era muy reservada por lo que recuerdo. — Dice. Sus ojos buscan los míos, y cuando los encuentran los aparta rápidamente. Se deja caer en mi cama y se acuesta a un lado de mi, su peso hace que la cama se hunda, y mi cuerpo se mueva con la fuerza de Alex golpeando el acolchonado, para después regresar a su estado normal, él se recuesta poniendo sus manos abajo de su cabeza como si fueran una almohada. Su camisa se eleva un poco, dejando al descubierto su estomago plano y blanco. Puedo ver como una línea marcada en su estomago refleja los músculos que tiene. Mi mandíbula vuelve a caer.

Comienzo a sentir que la baba se me corre por la mandíbula. Antes de que Alex se dé cuenta, me aventuro a mirar más.

Sus ojos están cerrados. Pero no está durmiendo, sino que está pensando. Sus pestañas son más grandes de lo que pensé, son gruesas y grandes, como las de un chico sexy, sus cejas gruesas y bien formadas me hacen suspirar mentalmente. Y luego miro sus labios. Rojos, gruesos y carnosos. Por un momento envidio a Kate.

Me aclaro la garganta.

— ¿Cómo se llama? — Mi voz suena ronca y desconocida para mí. Es... Extraña. Nerviosa.

—Rebecca. Rebecca Crowell. — Dice sin abrir los ojos.

—Tu padre es el mayor, entonces.

—Sí, Rebecca era la pequeña. Seguida por Caroline y después por Eric. Supongo que eso influyo en que Rebecca se fuera de la casa tan joven.

— ¿Se fue de la casa?

—Sí. Estaba embarazada, creo. — Responde. Sus ojos se abren y sus pestañas se vuelven pequeñas desde mi ángulo.

— ¿Y? ¿Qué paso después? — Pregunto todavía más intrigada. Muerdo la uña que tenía en mi boca y esta cae. Alex toma un respiro.

—Bueno, yo creo que era mentira, ya sabes, ella tenía dieciséis años. Mi abuelo murió y mi padre quedo a cargo de todo. Entonces, yo creo que ella era la consentida de la familia y cuando mi abuelo murió, ella sabía que todo iba a cambiar, así que tomo sus cosas y se fue. — Dice.

—Claro, no sin antes irse con su parte correspondiente.

—Pero dices que tenía una hija. Y que no le permitía estar con ustedes, ¿Que sucedió, entonces?

— Le recuerdo. Mis rodillas vuelven a elevarse hasta mi pecho, haciéndome ver como un feto. Me abrazo a mí misma. El pijama hace que me sienta más cómoda cuando me estiro. La delgada tela hace que no sienta frío, ni calor.

—Sí, ella regreso mucho tiempo después, yo acababa de nacer cuando ella se fue. Cuando cumplí los cinco, ella fue a mi cumpleaños y me regalo un carro de control remoto. — Sonríe. —Y venia con una niña. Pero no tenía más de dos años, era pequeña y rubia, sus rizos parecían estar hechos de oro, y era muy linda, ni siquiera sé como aún le recuerdo, tal vez sea porque ella era muy chillona. Le tenía que compartir de mis dulces.

Me río. Él me sigue y suelta una risa espectacular y deleitada.

— ¡Oh mis dulces! — Finge dolor mientras se pone una mano en el corazón. Hace una mueca extraña y graciosa que me hace reír todavía más.

— ¡Alex! — Le reclamo entre risas.

Una vez que nos calmamos el continua.

—Es por eso que digo que no creo que haya sido cierto lo de su embarazo. Su hija hubiera tenido casi la misma edad que yo, si hubiera sido cierto lo de su embarazo.

— ¿Ella también desapareció?

—Sí. Era joven y guapa, probablemente se caso con un francés y se olvido por completo de nosotros.

— ¡Woa! — Exclamo. —Un francés.

—Y nunca regreso... — Finaliza con recelo. No puedo evitar sonreír.

— ¿Y su hija?

—No se sabe nada de ellas. Solo sé que la chica ricitos de oro roba dulces se llamaba Anna. — Dice.

—Oh. ¿Y Eric? ¿Caroline? ¿Qué paso con ellos?

—Eric era mi tío favorito. Siempre me llevaba regalos o dulces, o cualquier cosa, él era increíble. Siempre estaba ahí, cada fin de semana estaba conmigo, jugando o contándome historias increíbles. Era el mejor. Él dejo de venir. La tía Caroline era buena, ella no tenía hijos, pero si esposo. Y venían de vez en cuando.

—Vaya, ahora creo que mi vida no es tan mala. — Suelto un suspiro y pongo un mechón de mi cabello detrás de mi oreja.

—Eric tenía una hija. — Dice de repente.

— ¿Y? ¿La recuerdas?

—Claro, era de mi misma edad, unos meses más pequeña.

— ¿Cómo se llamaba? — Pregunto.

Él niega con la cabeza. Apretando sus ojos.

—No lo recuerdo. — Dice con voz dolida. Sus ojos se aprietan y su pequeña nariz se arruga haciendo un gesto.

— ¿No las veías mucho? ¿También te prohibían verla?

Vuelve a negar. Su mandíbula parece estar apretada. Lo miro mientras espero su respuesta. El resopla y sin abrir los ojos responde.

—No. Ella y yo éramos uña y mugre, siempre estábamos juntos. Pero, olvide su nombre, ya no lo recuerdo. — Dice en susurro.

— ¿También desapareció?

—Sí. Ella y su madre. Se fueron sin decir adiós y todos sufrimos con su pérdida. El tío Eric no me hablo en meses, yo creí que había sido mi culpa, un día anterior yo le había quitado mis dulces, y ella se había llevado mi collar que tanto me gustaba. Nunca regreso. Mi tío Eric parecía desesperado y aturdido. Siempre estaba llorando, y mi padre siempre estaba con él o con mi madre, nadie me decía que pasaba. Ella era lo único que yo tenía, Hanna. — Su voz se quiebra, y entiendo porque tiene los ojos cerrados. No quiere que lo vea llorando o con los ojos cristalizados. Y lo respeto.

— ¿Por qué se fueron?

—No lo sé. Yo tenía siete para ese entonces. Mi madre tuvo que ser hospitalizada, sufría severas crisis de pánico de vez en cuando. Incluso tuvo que ir con el psicólogo. Las queríamos demasiado, su partida fue triste. Todos estaban dolidos. — Su voz se corta. Después toma aire por la nariz y veo como se traga el nudo que tiene en la garganta. Mi corazón siente un pinchazo



al verlo así.

—Alex, yo... Yo lo siento. — Es lo único que puedo decir. Él solo asiente en forma de agradecimiento.

—Eric murió en un accidente dos años después. Fue muy duro. Nadie fue a su funeral, ni siquiera yo. Y no sé por qué. Mi padre no me lo permitió. No me dieron explicaciones de nada. Era como un fantasma Hanna, yo no existía allí. — Continúa.

—Lo siento. — Vuelvo a decir. Su pecho no hace más que subir y bajar. Parece que en cualquier momento va a explotar.

—Está bien. Gracias. — Murmura.

Veo la tristeza en su rostro. Y por inercia, me acuesto. Dejo caer mi cuerpo a un lado de él, sus ojos se abren con sorpresa y yo le sonrió.

Cualquiera que lo viera en ese estado sabría que necesita un abrazo. Qué necesita a alguien más que a él.

Sin pensarlo, me apoyo en su pecho, mi mano divaga en su estomago con brusquedad, sin saber donde apoyarse.

—Hanna... ¿Qué haces? — Suena nervioso, su voz suena nerviosa. Parece un poco incomodo por nuestro acercamiento. Pero no pienso retroceder, y menos ahora que deseo darle un abrazo. Cuando algo se me mete a la cabeza nadie puede sacármelo.

—Estoy dándote un abrazo. — Le digo sin retroceder. Acercándome aún más.

Él sonríe con satisfacción. Mi brazo se mueve por el estomago de Alex, para después descansar en su costado contrario. Mi brazo lo rodea mientras que mi cabeza descansa en su pecho. Él se tensa.

— ¿Quieres que me mue...?

—No. — Me interrumpe. —Quédate ahí. — Responde con voz ronca y sensual. Su mano se mueve por encima de mi cabeza.

¿Qué está haciendo?

Su olor masculino penetra mi sentido del olfato y cierro los ojos aspirando su maravilloso e increíble olor. Siento como su mano se apoya en mi brazo, cuando su piel hace contacto con la mía, me estremezco. Y absolutamente no me muevo. Me gusta su toque con mi piel, es como un toque relajante y tranquilizador. Su pecho vuelve a subir, y después resopla, liberando todo el aire que había contenido en nuestro incomodo y tenso momento. Sus dedos cálidos acarician mi brazo, muy por encima de mi codo, casi llegando hasta el hombro. Su toque hace que mi cuerpo vibre por todas partes. Como una corriente eléctrica. Apenas puedo respirar.

Él también me está abrazando. Su brazo me rodea, y por un momento, me siento segura.

Nos quedamos así por varios segundos o minutos. El tiempo parece pararse. Su pecho esta duro y cálido. Y no puedo evitar sentirme especial en una posición tan comprometedora.

—Alex... — Le llamo.

— ¿Sí? — Contesta rápidamente en un susurro que me hace suspirar tan bajo que apenas es audible para mí. No me había dado cuenta de lo sensual y agonizante que era su voz. Le miro por encima de mis pestañas.

—Tengo algo más que contarte. — Le digo en murmullo.

Le voy a contar sobre Kate y Ryan, involuntariamente me muerdo una uña con nerviosismo, esperando que no se moleste por haberle ocultado algo tan importante. Ahora sé que debo contarle sobre lo que vi. Sobre la relación de Kate y Ryan.

Nada de secretos.

—Yo también. — Su respuesta me toma por sorpresa.

=====

Capítulo 38.

— ¿Tú también vas a contarme algo? — Pregunto mientras mi voz suena decepcionada. Mi mente automáticamente lo siente como desconfianza de su parte.

—Sí, bueno, ya había intentado decírtelo antes... — Dice mientras su pecho se eleva. Me gusta estar así, me gusta estar reposando mi cabeza en su plano y bien formado pecho.

—Oh, bueno, entonces cuéntame. — Incito. Él mueve la cabeza hacia los lados, está negando.

—Tú primero. — Contesta con voz ronca. Por una extraña razón, mi estómago da un vuelco. Su voz es demasiado sensual. Muy melodiosa.

—Pero... — Me detengo. Sé que de todos modos le voy a contar. Y que voy a perder y voy a hacer la primera en contarle. —Bueno, pero antes promete que no te vas a molestar.

Mi cabeza se mueve un poco, esperando encontrar un lugar más cómodo para poder ver los ojos color café de Alex. Él aprovecha y mueve un poco su brazo. Parece que se le durmió. Lo mueve con tanta discreción que apenas lo noto.

¿Estoy pesada?

Uh.

— ¿Es muy malo? — Pregunta haciendo una mueca. Desde aquí puedo verlo mejor. Puedo ver como sus pestañas revolotean como las alas de una mariposa mientras parpadea. Sus pómulos están rosados y suaves como el algodón, no tiene ninguna cicatriz en el rostro, ni una marca de acné, su rostro no parece haber sido afectado por la infancia y mucho menos por la adolescencia y su etapa de desarrollo.

—No... — Digo. —Bueno sí. —Me corrijo de inmediato, es decir, de igual manera va a saber, y él tiene que juzgar que tan bueno y que tan malo es.

—Suéltalo.

—Promete que no te enfadarás.

Suelta un suspiro pesado.

—Lo prometo. — Responde sin vacilar. Tomo una bocanada de aire y me preparo para hablar. Esto va a durar mucho.

—Bueno, yo estaba caminando por los pasillos, ya sabes, escuche esa plática extraña entre Kate y Ryan. La que te conté, ¿Lo recuerdas? — Ese mismo día que escuche la plática clandestina, le conté a Alex sobre la "reunión" que iba a ver, y él dijo que iría conmigo, y estuve de acuerdo, aunque no serviría de mucho tenerlo ahí, sin embargo estaría de apoyo como compañía, es decir, Alex era un fantasma ¿Qué podría hacer en su caso? ¿Espantarlos? ¿Aparecer?

Pero nunca le conté la parte sexual y sentimental que había visto sobre estos dos. Eso realmente no quería contárselo. Pero ahora más que nunca debía de hacerlo. Debía tenerle confianza, y no ocultarle nada. Y yo esperaba lo mismo de él, esperaba que me tuviera confianza. Que me contara absolutamente todo. Es decir, somos amigos.

—Sí, lo recuerdo. — Responde con interés.

—No te conté toda la verdad.

— ¿Cómo? — Se levanta, apartándose de mí. Me veo obligada a levantarme de su pecho, siendo arrastrada por una oleada de tristeza. Me gustaba su pecho. Me gustaba estar ahí. Él solo se limita a fruncir el ceño. — ¿La verdad? ¿No me contaste toda la verdad? — Remarca la palabra "verdad" cada vez que la dice. Esto no iba bien.

—Te conté la verdad. — Respondo mirándolo a los ojos. Eso no parece convencerle. —Es solo que omití algo. — Volteo hacia otro lado, ahora evitando sus ojos interrogativos.

— ¿Cual es esa parte omitida? — Sus cejas se levantan, y sus ojos me miran penetrantes.

—Kate y Ryan estaban muy juntos. — Digo en susurro.

— ¿Qué? — Él no parece haberlo captado o escuchado.

—Kate y Ryan estaban muy juntos. — Repito. Esta vez más fuerte y más claro. Él parece captarlo ahora sí. —Se besaron. — Le digo esperando no verme como una chismosa y celosa.

Examino su expresión, sus ojos siguen como antes, normales y profundos, nada ha cambiado en ellos, ni siquiera ese brillo tan especial que tienen cuando algo le molesta o le agrada, sus labios están cerrados, todo parece estar en su lugar, su rostro demuestra todo.

No le ha tomado por sorpresa.

— ¿Lo sabías? — Pregunto al no obtener una respuesta de su parte.

—No.

—No pareces sorprendido.

—No lo estoy.

— ¿Entonces? — Mi estomago se aprieta.

—Kate... — Menciona su nombre con pesadez.

— ¿Qué pasa con ella? — Pregunto con los ojos más abiertos que nunca, escuchando cada palabra que me dice.

El parece debatirse entre él mismo, un momento parece que va a hablar, y al otro, parece que el ratón le ha comido la lengua.

—Ella me dijo que estaba saliendo con alguien.

— ¿Cuando estaba saliendo contigo?

—Sí...

Entonces ya lo sabía. Él sabía sobre Kate y Ryan. ¡Y aún así no se había dado cuenta de que eso era aun más sospechoso!

La muerte le afecto un poco.

— ¿Y? ¿Qué paso? — Mi voz suena emocionada por la respuesta que espero, pero la voz suena más triste y decepcionada por la noticia.

Debe de haber sido un golpe bajo.

—La deje ir.

— ¿Cuándo?

—Tres días antes, ya sabes... — Entiendo lo que quiere decir: su muerte. Asiento antes de que diga la palabra.

—Alex, ¿Tú crees que eso influyo en tu muerte? — Pregunto esperando que no se moleste por mi inoportuna pregunta. Él me mira por encima de sus pestañas.

—No. — Declara con sequedad. Sus labios se han tornado de un rojo brillante a un rojo pálido y seco.

Le doy una mirada de incredulidad con discreción, esperando que no la vea.

Dios, debe de darse cuenta de lo sospechoso y comprometedor que suena eso. Yo no confiaría en mi ex novio cuando estaba saliendo con otra persona mientras salía conmigo también. Digo, ¿no es extraño que un par de días después de que te enteraste de que tu novia estaba saliendo con otro chico que no eras tú, mueras? ¿No es irónico? ¿Extraño? ¿Y con muchas coincidencias?

—Alex, ¿Por qué sigues confiando en ella?, te mintió. — Le recuerdo. Él aprieta los ojos durante un segundo y luego aparta su mirada de mis ojos.

—Tienes razón. — Su respuesta me toma desprevenida y por sorpresa. No pensé que cambiara de idea tan rápido. —No debo confiar en nadie. Solo en ti.

Mi corazón recibe cientos de pinchazos al mismo tiempo. Un dolor agri dulce me recorre por las venas. ¿Eso debería alegrarme?

—Yo confío en ti. Por eso te estoy contando esto. — Le digo con toda la sinceridad del mundo. Sus comisuras se elevan en forma de agradecimiento. No puedo evitar estremecerme con esa débil y pequeña sonrisa que me brinda.

—Hanna, no la amaba. No sé por qué estaba con ella.

No sé que responder.

—Kate es buena. — Casi me río, pero al ver su rostro de seriedad y su tono de frialdad me detienen. El sarcasmo aparece en mi mente como último recurso. Lo evito totalmente. —Ella no haría una cosa así. Lo sé.

— ¿Entonces? ¿Quitamos a Kate de la lista? — Le digo.

—No, todos deben de seguir ahí hasta que esto termine.

Asiento con brusquedad mientras mis pies sufren una terrible brisa de aire frío.

— ¿No estás molesto?

—No. Ya lo suponía. — Responde con una media sonrisa.

—Tú querías contarme algo. — En cuanto digo las palabras, su sonrisa a medias desaparece y el poco color que tenía se pierde en otra parte, menos en su cuerpo.

—Sí.

—Suéltalo. — Le digo con emoción.

—No me preguntaste si era bueno o malo. — Trata de evadir. Sin embargo formulo la pregunta



para aclarar en cuanto antes lo que él me va a contar.

— ¿Es bueno o malo? — Pregunto con la misma emoción. Sus ojos se abren todavía más. No se lo esperaba. Sus dedos se mueven por detrás de su cuello y estos se mueven en su nuca mientras se rasca en la parte trasera del cuello.

Otra vez esta debatiéndose entre él mismo. Esto no está bien. Algo anda mal.

—Malo. — Su voz penetrando cada rincón de mi habitación.

— ¿Muy malo?

Él asiente.

—Prométeme que no te molestaras. — Dice mirándome con esos ojos inocentes. Automáticamente estoy asintiendo.

—Te lo prometo. — Las palabras se escapan de mi boca antes de que pueda detenerlas.

—Bien. Umh, yo... Yo...— Se rasca la nariz. — ¡Demonios! ¡No sé cómo decirlo!

Su grito hace que salte de la cama. ¿Es tan malo?

—Solo dilo. — Trato de animarlo con mi mirada suspicaz. Se ve confundido.

—Recuerda tu promesa. — Murmura.

—Lo estoy haciendo. Cuéntame. — La incertidumbre y el suspenso me estaban matando. Tenía que contarme ahora o ahora. No había otra opción.

—Bueno, Hanna. Yo... Umh, no soy un fantasma.

Mi mandíbula cae al piso. ¿Qué quiere decir con que no es un fantasma? ¿Es una broma? ¿De qué infiernos estaba hablando?

Él me mira esperando mi respuesta, pero absolutamente no tengo nada que decir, mi boca está seca y no puedo formular ni un monosílabo. Es como si me hubieran cortado las cuerdas vocales, no tengo sonido en mi voz, no puedo articular ningún sonido o palabra.

—Di algo, Hanna.

Su tono es suave y preocupado. Esta mirándome con miedo. Sus ojos mirando cada parte y cada facción de mi rostro. Yo no hago nada más que mirarlo desconcertada. Mi mirada divaga por todo su cuerpo, no para examinarlo, sino para comprobar lo que está diciendo. Sinceramente, no sé qué decir. El estado de shock se desliza por todas mis venas, dejando pequeños fragmentos de confusión en ellas.

¿Me está hablando en serio?

Me aclaro la garganta, volviendo a la realidad. Salgo del trance.

— ¿C-como? — Farfullo con confusión. Su rostro se alivia cuando mi voz sale por fin de mi boca.

—Estás hablando. — Dice sorprendido. —No soy un fantasma.

—Lo escuche. — Mi voz suena indignada. — ¿Pero cómo?, no comprendo.

—Dijiste que no te molestarías. — Me recuerda mi promesa.

—No estoy molesta.

—Eso parece.

En realidad si estaba bastante molesta, el hecho de que me mintiera y me ocultara algo de esa magnitud me ponía mal. No es que no fuera fan de las personas que mentían, sino que a veces se aprovechaban de ellas. Así que ver a un Alex ocultándome algo tan importante como eso, me dolía.

—Hanna, te dije que no se cómo es que me puedes ver y oír... — Continua. —Descubrí un poco de eso, es decir, estuve platicando con otros fantasmas, y no sabes lo extraño y alentador que fue eso... — Resopla con alivio, liberando toda la tensión que lleva dentro. —Yo decido quien puede verme, solo pueden verme las personas que yo desee.

Mis ojos lo miran con incredulidad. A verdad, no me lo creo. Yo vi su cuerpo en el ataúd, su cuerpo pálido y sin vida, podía recordar que sus cenizas fueron cremadas y guardadas. Alex ya no existía en este planeta. Era solo un fantasma... No una persona.

Pero él parecía ser sincero.

—No entiendo. — Vuelvo a decir.

—Estoy muerto, pero soy más que un fantasma, las personas me pueden ver y tocar, incluso. — Dice con un desaire. — ¿Recuerdas cuando "Olvide" mi suéter en tu habitación?, ¿Nunca te preguntaste porque Emma lo pudo ver, también? — Se refería a mi madre, y por supuesto que lo recordaba, esa había sido la primera pelea que había tenido con ella desde que Alex había llegado a mi vida. Ciertamente, nunca me lo había preguntado.

—Sí. Lo recuerdo muy bien. — Respondo aun recordando ese momento.

— ¿Y el día del restaurante? Cuando golpeaste a Zet, ¿Lo recuerdas?

Le pego en el hombro con rudeza. Sin embargo no parece ser demasiado para él.

¡Yo no golpe a Zet!

—Bueno, ese día no me dejaste terminar. Las personas pueden verme, pero solo cuando me sienta vivo. Cuando me sienta humano. Lo cual sucede muy a menudo cuando estas cerca de mí.

=====

Capítulo 39.

— ¿Me estás diciendo que no eres un fantasma? — Pregunto con el corazón martillándose. Mi boca está seca y me sorprende de que este hablando. Es decir, esto es como un choque brutal, debería de estar en shock.

Alex no es un fantasma.

—No exactamente. Es decir, soy un fantasma. — Dice con voz temblorosa. Su mano se mueve entre sus dedos sudorosos. Parece nervioso.

—Ya no entendí, ¿Eres o no un fantasma? — Digo directamente, con la sangre hirviéndose.

—Soy un fantasma. — Dice con decepción. Su mirada se baja durante unos segundos, y después sus ojos cafés levantan la mirada tensa que tiene y me miran con ese espectacular brillo que tienen.

— ¿Y por qué te pueden ver? — Aún estoy confundida. No logro captarlo.

—Como te dije, estuve hablando con otros fantasmas, y sí, fue muy extraño. — Confiesa. Su

boca hace una pequeña mueca de disgusto. —Y absolutamente me contaron todo lo que debía de saber en mi caso.

Asiento mientras sigo cada palabra que dice. No articulo ninguna palabra para no interrumpirlo. Sus pestañas se mueven de arriba para abajo, y viceversa.

—Un tipo mayor que yo, me contó que el también era nuevo en esto, así que me explico que tengo esa pequeña ilusión de vivir, por lo tanto, cada vez que sienta que estoy vivo, puedo hacer que las personas me miren, y puedo parecer un humano, pero no lo soy.

— ¿Tú eliges quien te puede ver?

—Sí, por eso Emma vio mi suéter. Por eso puedo tocar cosas, sentir las y olerlas, puedo ser un humano sin serlo. ¿Se entiende? — Asiento. —Estaba acostumbrado a respirar cada segundo de mi vida que me di cuenta de que ya no necesitaba eso. No necesito oxígeno para vivir.

— ¿Y por qué sigues aquí? — Veo lo torpe y mal educada que suena mi pregunta y un segundo después la estoy arreglando. —Quiero decir, ¿Por qué no estás en el cielo? ¿O en cualquier otra parte?

Idiota. Piensa antes de hablar.

—Porque tengo una misión. — Había escuchado la leyenda de la llorona, la cual no había creído. Se suponía que como castigo ella estaría buscando a sus hijos en las calles, y por eso se lamentaba. Como una misión o algo así.

Rápidamente me sentí mal por Alex. Su alma no estaba en paz, y no había terminado su dichosa misión, y sobre todo me dolía que nunca la fuera a cumplir. Que quedara atrapado aquí como un fantasma para siempre. Era por esto que le estaba ayudando. Quería guiarlo.

— ¿Y por qué no te muestras a las demás personas?

Niega.

—No, ellos no me ven así, y de todas maneras sigo siendo un fantasma, ¿Sabes por qué sucede eso?

Ahora soy yo la que estoy negando.

—Cuando las personas dicen que han visto un fantasma, es cierto. Pero lo más cierto es que han visto a un fantasma, pero, con un cuerpo de humano. La diferencia es el color de ojos, la pupila es más grande de lo normal. Solo así se puede distinguir a un fantasma. Es por esto que las personas lo pueden ver...

—...Porque los fantasmas permiten que los vean. — Termino la oración. Alex parece estar de acuerdo con mi oración y asiente.

Recuerdo lo que dijo, "pueden verme cuando yo me sienta vivo, lo cual ocurre cuando estar cerca de mí".

¿Qué se suponía que eso significaba?

Me muerdo el labio inferior. Por supuesto, no me iba a quedar con la duda.

— ¿Qué hay sobre mí? — Pregunto de repente. Él se sorprende por mi pregunta. Sus ojos se abren un poco más, pareciendo alerta. Se relame los labios rojizos y después se muerde con suavidad el labio inferior.

Toma un poco de aire.

—Bueno, es algo difícil de explicar pero fácil de comprender. — Dice rápidamente. Sus dedos se pasan por su desordenado cabello para desordenarlo todavía más. Su cabello apunta para todas las direcciones posibles. —Umh, tú puedes verme por una extraña razón, ¿Sabes? En estos últimos días le he estado dando muchas vueltas, sin lograr entender por qué tú, y no nadie más,

entonces estuve haciendo suposiciones en los últimos días, y llegue a la conclusión de que fue por una conexión.

— ¿Conexión? — Pregunto.

—Sí. Bueno, ¿has visto esa película en donde una chica no llega a la cita con un hombre y tiene un accidente? — Niego con la cabeza. El traga saliva. —El punto es que ella queda como un fantasma y se topa con él extrañamente, mientras su alma vaga por su antiguo departamento, su cuerpo está en el hospital y está en coma, o algo así, entonces hay una conexión entre esta chica y este chico. Ellos debían de haberse visto, debían de conocerse antes de que ella fuera desconectada de este mundo.

Aún no sé de qué película habla. Mi cerebro busca toda información similar a lo que Alex me dice, pero, no hay nada. No he visto esa película.

—Es solo una película, Alex. — Me reincorporo. Mi voz se compone y ya suena más normal y tranquila. La habitación emana un silencio cómodo para ambos. Aunque, el suspenso inunda la habitación. Sin tantas cosas que no tienen una respuesta concreta.

— ¡Hey!, pasa en las películas, pasa en la vida real. — Cita la frase del programa, imitando la voz del narrador del comercial de TNT. Su voz es firme.

—Supongamos que sí, que eso tiene que ver con esto, ¿Cuál es el punto?

—Está claro. — Responde con una media sonrisa, esperando que su emoción me contagie. Pero hace todo lo contrario. Quiero respuestas.

—No logro entender... — Sueno tan fuera de lugar... Tan pérdida.

—Ese recuerdo borroso de tú y yo hablando, ese día... ¿No es extraño?, ¿Y la cita que menciono Zet?, ¿Qué pasa si es cierto?, ¿Qué tal que tú y yo, teníamos una cita?

—Alex... — Murmuro rechazando por completo su teoría. Sin embargo en mi mente comienzan a resonar las palabras de Cara en mi cabeza, "No le quitabas la mirada de encima". Su voz chillona en mi cabeza hace que ni conciencia se active y se ponga en contra de mí.

—Vamos, ¡Piénsalo un momento! — Pide con entusiasmo amargo. Sus ojos penetrando los míos.

— ¿Y qué tendría que ver la cita? — Pregunto tratando de evitar el tema de que yo no le quitaba la mirada de encima a Alex. Lo cual, también me hace recordar que no sé absolutamente nada de ese día, que he olvidado esos momentos y todos esos detalles. Como si Alex hubiera sido borrado de mi memoria. Si es que lo estaba.

—La conexión. Y sobre todo, tú no recuerdas nada. Lo cual me hace pensar que...

—No lo digas. — Lo interrumpo. Mi voz sonando más fuerte de lo normal. Su voz se apaga esperando a que continúe mi argumento. Al ver que no hay una respuesta de mi parte, traga saliva y suelta el aire que tenía adentro.

— ¿Decir qué? — Suena ingenuo. Sus cejas se elevan y sus labios se mueven de acuerdo a las palabras que dice. Sus pómulos presionando con fuerza.

—Es que, tu teoría tiene algo de razón. — Se halaga el mismo, sonriendo. —Sin embargo, hay muchas piezas que no encajan. Como Kate y Ryan. — Resalto y después continúo. —Como Zet y Cara.

—Sí, lo he estado analizando. Y no he llegado a una conclusión exacta con ellos, necesitaríamos averiguarlo mañana... — Sus ojos parpadean un par de veces, casi disimuladamente. Su gesto torcido y confundido hace que sus facciones sean más claras, sus ojos color café, sus labios rojos, y gruesos, su pequeña y fina nariz.

Se pasa las palmas de sus manos por el rostro luciendo desesperado. En un movimiento rápido quita sus palmas sin cuidado y de nuevo sus ojos acusadores me están mirando.



— ¡Pero, Dios, Hanna! Es demasiado claro. Tú y yo teníamos una cita, por eso la conexión.

—Es solo una película. — Repito murmurando. Mis palabras arrastrando su emoción.

— ¿No creías en los fantasmas, verdad?

—No. — Digo sin vacilar. Yo no creía en los fantasmas, ni en esas cosas paranormales. Así que cuando Alex apareció en mi vida por primera vez esperaba que me diera un shock terrible, o que me diera un infarto, o mínimo un desmayo. Pero nada de eso paso. Solo me quede ahí, con el más mínimo pánico recorriendo mi cuerpo.

—Ahora me vez a mí. Soy un fantasma. — Acepta, su pupila se dilata haciéndose más profunda.  
—Los fantasmas existen, así como también lo que pasa en las películas.

—Bien. — Accedo en un 50%. Es cierto, algunas cosas que parecen no ser reales, si lo son.  
—Teníamos una cita y por eso esta conexión, ¿Y después qué?, yo no estoy en coma.

—Tendremos que esperar a mañana. — Dice. Un segundo después, la breve plática termina. Alex se acuesta de nuevo en la cama y dudo en volverme a acostar en su pecho. Ahora sería un momento demasiado incomodo para estar encima de él, y ya no tenía otra excusa, así que solo me quedaba acostarme en el otro lado de la cama.

Me acuesto, haciendo el menor contacto posible con Alex, dejando el espacio suficiente entre nuestros cuerpos. Las palmas de mis manos se golpean con mi frente, haciendo el único ruido en la habitación.

—No sé por qué no lo recuerdo.

—Es extraño... — Alex pone sus manos debajo de su cabeza, formando una almohada, otra vez.

— ¿Y si me borrarón la memoria?

—Imposible. — Responde en cuanto termino mi pregunta.

— ¿Y si perdí la memoria?

—Probablemente, sí. — Dice con sinceridad. Otra vez con la voz ronca.

—Es un desastre.

—Se arreglara antes de que parpadees. — Me anima dándome un suave codazo en el estomago. Esta sonriendo de nuevo, sus dientes blancos luciendo limpios y brillantes. Sus comisuras elevadas con cierta sensualidad.

—Eso espero. — Respondo para después caer en un profundo sueño.

No sueño absolutamente nada. Mi subconsciente está vacío y oscuro. No hay imágenes ni voces en el fondo. Parece que mi cerebro no está funcionando en su totalidad. O tal vez, yo no lo estoy haciendo funcionar como debería.

No es algo extraño que pase esto. Regularmente me suele pasar, siempre son sueños así, oscuridad, silencio y vacío.

Sin embargo, las voces comienzan a hacerse presentes. Escucho la voz de Alex llamándome desde lo que parece escucharse muy lejos. Su voz apenas es audible. Quiero gritarle que aquí estoy, pero no puedo, el sueño sigue siendo oscuro, no hay nada.

Alex vuelve a gritar mi nombre, esta vez más claro, intento moverme, pero nada pasa, no estoy presente en el sueño, no estoy yo, sino mi alma, no tengo cuerpo, o eso parece porque mi cuerpo recibe un dolor indescriptible y luego siento un pinchazo en el brazo. Ya no sé si tengo cuerpo o no, pero el dolor parece real. No puedo abrir la boca, lo cual me hace entrar en desesperación. El pánico deslizándose por mi piel. Esto no me había pasado antes. El terrible dolor se expande por todo mi brazo, y solo puedo gemir de dolor.

Y luego, mi cuerpo se sacude deliberadamente, alguien me está moviendo. Me sostiene de los brazos y me aprieta con fuerza. La voz se hace más clara, al punto de que puedo escucharla en mi oído. Intento zafarme del agarre, pero es imposible. Vuelvo a gemir con frustración. No puedo liberarme.

—Hanna. — Dice la voz de Alex de nuevo. Aprieto los ojos.

—Despierta. — Ahora comienzo a abrir los ojos, escuchando la voz susurrar en mi oído. Está demasiado cerca.

—Hanna. — Se escucha un murmullo. Cuando mis ojos se abren por completo, ya no hay oscuridad sino todo lo contrario. Hay luz por todas partes, lo cual hace que mis ojos se aprieten mientras la luz los penetra. Entrecierro los ojos, acostumbrándolos al resplandeciente brillo de las lámparas que están a un costado, en las mesitas de noche. Definitivamente no fue una pesadilla. Lo primero que ven mis ojos es a Alex. Su rostro pálido sonriéndome.

—Fue un sueño. — Resoplo con pesadez. Murmurando para mí misma. Todo mi cuerpo duele y por extraño que parezca, parece haber corrido un maratón. Apenas puedo moverme.

— ¿Tenias pesadillas?, llevo horas llamándote. — Dice. Él esta como estábamos antes de que me quedara dormida, sigue en su lugar, dándome mi espacio.

—No... Yo... ¿Qué hora es? — Digo soñolienta con la voz ronca, hago un intento fallido de bostezo, intentando cambiar de tema. Mis mejillas se sienten calientes por la vil mentira, definitivamente soy una mala actriz.

—Son las dos. — Dice.

— ¿Dos de la tarde? — Pregunto confusa. Aún siento el dolor del pinchazo en el brazo.

Alex se ríe.

—Dos de la madrugada. — Dice mostrándome sus dientes. Mis ojos se abren como plato, ¡Dos de la madrugada!, En cuanto las palabras salen de su boca, me levanto de un brinco. No he comido, ni cenado. ¿Por qué no me levanto antes? ¿Cuánto tiempo llevo dormida?

—Duermes mucho, y tienes el sueño pesado, he tocado aquí mismo una orquesta y no te has movido ni un centímetro. — Se burla de mí. Me levanto y me pongo las pantuflas azules, el peluche está caliente, haciendo entrar en calor a mis dedos.

—Claro que no. Te he escuchado. — Le digo en forma de respuesta. Y en verdad lo estaba escuchando, es decir, él me estaba llamando en mi sueño cuando realmente me estaba llamando. Estaba entre dormida y despierta.

— ¡Y aparte roncas...! ¡Qué pecho Hanna! ¡Roncas peor que un león! — Bromea mientras se ríe. Le doy un gesto de molestia y él se vuelve a reír.

— ¡Yo no ronco! — Me defiendo, le doy la espalda mientras saco una liga para atarme el cabello. El silencio reina en la habitación y apenas puede escucharse el canto de un grillo. La luna debe de estar en lo más alto, y mi madre debe de estar dormida.

— ¡Parecía que tenías una bocina! — Continúa.

—Oye, al menos no soy una mentirosa que oculta secretos. — La sonrisa de Alex se desvanece, pero su emoción no. Se ve ofendido.

Golpe bajo. Sonríó para mí misma, mientras intento aparentar que estoy molesta.

Definitivamente yo no ronco. Y aunque sé que es una broma de Alex, me lo tomo bastante enserio. ¿Y si ronco? ¿Y si me vio roncando?

Ugh. Eso debería ser considerado ser un delito. ¿Yo roncando?

No, no, no.

— ¡He! ¡Intente decírtelo! — Se defiende.

—Sí, pero bastante tarde. Y para que te enteres, sigo molesta contigo. — Le recuerdo. Saco la liga que estaba buscando y me hago un chongo rápido con las manos.

— ¿Molesta? ¿Por qué? Yo no me moleste con lo de Kate. — Dice. Sus brazos están estirados y muestran perfectamente sus bíceps.

—Pero tú ya lo suponías. Yo ni me lo imaginaba. — Le reclamo con tono molesto, aunque en realidad estoy disfrutando pelear con él.

—Está bien. Lo siento, ¿De acuerdo? — Sus pestañas aleteando. Parece coquetearme sícnicamente.

—Perdonado, por ahora.

— ¡Hey! Tú promesa de no molestarte. Tienes que cumplirla. Promesas son promesas. — Recuerda. Me rio y asiento.

—Voy a la cocina, ¿Quieres algo?

—Yo no puedo comer, Hanna. — Me recuerda. Mi rostro comienza a sentirse caliente, ¡Más estúpida no puedes ser Hanna!

—Mmh, ya regreso, entonces. — En cuanto las palabras salen de mi boca, salgo volando hacia mi puerta. Bajo casi corriendo las escaleras, a pesar de la escasez de luz. Todo está oscuro aquí abajo. Sin embargo, conozco perfectamente mi casa, y sé donde esta cada cosa, así que lo primero que hago es ir a la cocina y encender la luz. En cuanto enciendo, la luz le da color y forma a todas las cosas materiales que hay aquí.

Lo primero que hago es revisar el horno de microondas. Por más que tuviera una discusión con mi madre, ella no me dejaría de alimentar, y estaba sumamente agradecida por ello. Cuando abro el microondas, un poco de saliva me resbala por las comisuras de mis labios, rápidamente me relamo los labios. Un pollo en salsa me esperaba ansioso, con un arroz esponjado de color naranja, inmediatamente la boca se me hizo agua. En seguida, mis tripas hacen su entrada y resuenan en mi estomago.

Sin pensarlo, enciendo el microondas y espero a que la comida se caliente. Me sirvo un vaso de agua de Jamaica, ignorando el canto de varios grillos. No es que me da miedo estar sola en la primera planta, pero un escalofrío terrible me recorrió.

Bien. Había un fantasma en mi habitación, un asesino estaba suelto y yo estaba sola en la planta baja, ¿Qué mas podría pasar?, sabía que los fantasmas existían, pero desde que estoy con Alex, ese temor de ver a un fantasma había desaparecido. O más bien, disminuido.

El sonido del microondas me volvió a la realidad, saque mi comida y comencé a comer como nunca. Mi estomago pidiendo más y más.

Dios, parecía que no había comido en meses.

Una vez que termino, levanto mi plato y mi vaso y los pongo en el fregadero para comenzar a lavarlos. El agua sale en chorros de agua helada, congelándome los dedos. Lavo lo más rápido que puedo y los enjuago evitando hacer contacto con el agua. En lo cual, fracaso.

Pongo los platos en su lugar y me dirijo a mi habitación con el estomago lleno. Ahora sí, puedo seguir durmiendo. Apago la luz de la cocina, y todo vuelve a la oscuridad. Subo silenciosamente las escaleras, dando pasos lentos y sordos. Mi estomago parece que va a reventar.

Cuando estoy en el pasillo, comienzo a caminar a mi habitación. De repente unos murmullos provenientes de la habitación de mi madre me llaman la atención.

¿Con quién está hablando a las dos de la mañana? ¿No es muy tarde para que esté despierta?

La puerta está cerrada, y el pasillo está completamente silencioso y oscuro. Eso está a mi favor, así no podrá ver mi sombra desde adentro de su habitación.

—George... — Escucho como pronuncia su nombre en un susurro que apenas logro escuchar. Mis ojos se abren y mi oído se pone a mi favor esperando escuchar más.

—No. Hanna no. Ella no quiere verlos, no quiere saber nada de ustedes, por lo tanto te pido que nos dejes en paz. — Está hablando por teléfono, puedo escuchar la preocupación en su voz. ¿Por qué esta tan obsesionada en alejarme de los Crowell? ¿Qué pasa?

El foco en mi cerebro se prende. Si es una llamada, debe de haber llamado a la casa, con el número que le di, porque seguramente mi madre no le daría su número de celular. Sin hacer ruido, abro la puerta de mi habitación, que está en frente de la suya. Extrañamente, mi respiración esta agitada.

— ¿Qué paso? ¿Estás bien? — Alex da un brinco de la cama mientras camina hacia a mí con paso rápido. Me limito a asentir.

—El teléfono. — Balbuceo. Alex mueve sus ojos con confusión. Esperando ver en mis ojos la respuesta. —Mi madre está llamando con George, hay que escuchar la conversación... — Explico mientras me dirijo a la mesita de noche para encender el teléfono, ella me quito el móvil y este teléfono, pero yo había tenido mis secretos bien guardados, estaba preparada para esto. Tenía un cable de conexión guardado debajo del colchón.

— ¿Tú crees que deberíamos...?

—Sí. — Me apresuro a contestar mientras levanto el colchón, Alex se acerca rápidamente y me ayuda a levantarlo. Una vez que saco el cable, corro al teléfono y lo conecto a la luz. Alex deja caer el colchón con delicadeza sin hacer mucho ruido.

— ¿Acabo de ver condones debajo de tu cama? — Pregunta con una casi sonrisa. El brillo en sus ojos apareciendo nuevamente.

— ¿Qué? No, Umh... — Mi voz suena nerviosa e intento moverme más de lo habitual para evitar su mirada. Pienso en algo en que responder. Esos condones están ahí porque mi madre me dio la charla y era demasiado vergonzoso tener una caja de condones en el cajón de la mesita de noche. Yo era un tanto reservada. —Mi madre me los dio, porque, Umh, ya sabes... — Mi rostro se pone caliente ante mi respuesta, siento como mis mejillas se tornan de un color rojo, siento como si tuviera un volcán a punto de explotar dentro de mi rostro, su incesante mirada hacia a mi hace que me sienta incomoda. Me pone nerviosa cuando me mira así.

—Aquí vamos. — Informo mientras presiono el botón de encendido. El teléfono de casa se enciende, mostrando una pantalla color azul. Tomo un respiro y presiono el botón número dos. La llamada comienza a procesarse. Aún tengo las mejillas calientes.

Alex se sienta a lado de mí, demasiado cerca. Intento convencerme de que su cercanía es solo para escuchar mejor la llamada.

No nos hemos perdido de mucho, no ha pasado más de un minuto. Por lo tanto, espero y ruego, que su conversación no haya terminado.

—Emma... — La voz nos sorprende a ambos y nos hace quedarnos sin respiración y sin voz. No podemos hablar. La voz de George penetra toda la habitación, su voz es gruesa y tolerante. El teléfono esta en altavoz.

—Escúchame. No sigan con esto, ni tú, ni Rossie. No van a lograr nada. — Sentencia. Su voz es irreconocible. —Hanna y yo no les debemos absolutamente nada, ¿o sí?, quiero que dejen a Hanna en paz.

—Estas siendo egoísta. ¿No recuerdas cuando...?

—Por favor... — Le interrumpe. —Dejen esto. Tú más que nadie sabe de lo que soy capaz de hacer por Hanna. Ella es mi hija. Y no quiero que se acerquen a ella. — Remarca. Me sorprende la forma en la mi madre le habla. Ella suele ser más educada y respetuosa.

—Emma. Por lo menos, déjanos contarle la verdad. Decirle que fue lo que paso. Merece saberlo.



¿O acaso ya lo olvidaste?

Alto ahí, ¿Qué se supone que yo sé? ¿De qué verdad hablan? ¿Qué hice?, no lo entiendo.

—No lo he olvidado, George. Pero tienen que entender que ella no los necesita. No necesita su compasión. Su lastima. — Murmura mi madre. Para este momento mi pecho está subiendo y bajando como nunca. Me esfuerzo por no interrumpir la conversación.

Miro a Alex y él me regala una sonrisa de apoyo. Le sonrió de nuevo, pero mi preocupación es mayor.

—No sé trata de compasión o de lastima. Siempre estas pensando lo peor de nosotros.

—Ambos sabemos por qué. — Responde ella con frialdad. George parece vulnerable hablando con mi madre, aunque también se mantiene firme.

—Si no le dices tú, Rossie y yo nos haremos cargo. De igual forma va a saberlo. ¿Quieres que te odie por no decírselo?

—Pues yo no recuerdo que tú le hayas contado la verdad a Alex.

Miro a Alex. Su cuerpo se tensa en cuanto escucha su nombre. Sus ojos tan abiertos como puede.

—No sé trata sobre Alex. Es Hanna.

—No sé lo voy a decir, no intentes convencerme.

—Entonces se lo diré yo. — Dice George decidido. La tensión aumenta en la línea.

—Te lo prohíbo. — Amenaza mi madre.

—Tengo el derecho de decírselo.

— ¡Esta bien! ¡Está bien!, ¡Yo se lo diré! — Accede con un desaire. Ella grita mientras se rinde. Suelta un suspiro de frustración y puedo jurar que se debe de estar tocando la frente mientras aprieta sus ojos.

Un suspiro se escucha del otro lado de la línea. Mi respiración apresurada me hace querer soltar el aire que he retenido. Pero lo sigo sosteniendo.

—Promételo.

—Te lo prometo. — Responde.

—Es por el bien de Hanna. — Le recuerda. —Necesita saberlo, Emma.

—Bien. Pero, te exijo que no le digas nada hasta que yo lo haga. — La voz de mi madre suena preocupada, mientras que la de George se ha suavizado y parece más tranquila.

—Bien.

—No vuelvas a llamar. — Le informa mi madre con aire pesado. Mi boca se abre.

¿Quién es esta persona y qué hizo con mi madre?

Un silencio se hace presente entre ambos. Lo único que puede escucharse son respiraciones agitadas y tensión en la atmósfera.

—Emma... — Dice George cortando el silencio. — Me dio gusto haber hablado contigo.

—Hasta luego, George. — Ella dice para después colgar.

La llamada finaliza.

Le doy una mirada de reojo a Alex. Él parece darse cuenta y me mira.

—Es lo más extraño y confuso que he escuchado en toda mi vida.

Rápidamente una lluvia de ideas sobre esa verdad comienza a inundarme la mente.

—Mañana iremos a la casa de Zet. — Le informo. Él solo asiente. —Y después iremos con tus padres, no esperare hasta el otro fin de semana. — Mi voz murmura con pesadez.

—Iré contigo.

No me da tiempo de responderle, la puerta de la habitación de mi madre se abre. Escucho el rechinar de la puerta y sus pasos en el pasillo.

— ¡Maldición! ¡Ocúltate! — Le grito a Alex.

El se ríe.

— ¿Es enserio? — Su voz cargada con sarcasmo. —Alguien olvido que soy un fantasma. Lo ignoro. Ahora no sería un buen momento para pelear.

— ¿Hanna? — Se escucha del otro lado de la puerta.

— ¡Las luces! — Salto como un ninja a través de la cama y presiono el botón de apagado. Una

vez que apago la luz, me dejo caer en la cama dejando caer todo mi peso en el acolchonado. Dejo caer mis brazos en los costados, tapándome todo el cuerpo, ya que aún tengo mi ropa. El pijama estaba en su lugar. Lo meto conmigo, debajo de las sabanas.

Escucho como Alex se ríe en voz baja por mi indescriptible caso extremo.

Y luego recuerdo que olvide algo.

El teléfono...

— ¡Alex! — Grito susurrando. — ¡El tele...!

—Ya lo desconecte. — Dice como si leyera mi oración. Si hubiera luz y pudiera ver su rostro, juraría que estaba sonriendo. Suelto un suspiro y se lo agradezco mentalmente. La puerta se abre. Cierro los ojos y no es necesario fingir que estoy dormida. En cuanto mis parpados se juntan, me quedo sumida en un profundo sueño.

=====

...

Muchas gracias por leer<3.

=====

Capitulo 40.

Finalmente mis preguntas iban a tener respuesta.

Tenía absolutamente todo planeado, antes de irme al instituto había bloqueado la puerta para que mi madre no pudiera entrar, incluso si lo hacía, había hecho la típica mentira.

Había puesto almohadas con forma de mi cuerpo tendido en la cama, cubierta con las sabanas, la cabeza la había formado con camisas delgadas, dándole forma. La verdad, había quedado mucho mejor de lo que lo había planeado. Parecía que yo estaba ahí realmente.

Aparte de que había puesto un letrero en la puerta de "no molestar", esperaba que fuera suficiente. Había pensado en utilizar la computadora y usar ese programa para grabar mi voz, pero cuando lo intente, mi voz sonaba aguda y distante, por lo cual, no la utilice.

—Buenos días. — Saludo a una de mis vecinas de banco. Ella me da una mirada de confusión, pero luego se ve casi obligada a saludar.

—Hola, ¿Hanna, verdad? — Pregunta. Su voz es suave.

—Sí. — Respondo. Es una chica alta, de cabello negro con las puntas teñidas de color azul. Sus ojos son grandes y muy redondos. Es demasiado bonita. Tiene la piel blanca como la leche, y su boca esta tan roja como la sangre.

Supongo que es la competencia de Kate.

—Soy Marina. — Dice. Le sonrió. Este día vengo de buenos ánimos. Y por decirlo así, tengo los nervios de punta. Así que estoy tratando de ser amable con todos.

— ¿Eres nueva? — Ella asiente.

—En realidad tengo un mes aquí, así que no soy tan nueva. — Se ríe.

Estoy a punto de contestarle, pero me quedo con la boca abierta antes de que un sonido pueda

salir de ella, un sonido bastante ruidoso me hace dar un salto de susto. Alguien ha dejado caer con agresividad su mochila contra la banca. Me giro para ver quien ha sido el inoportuno.

Marina sigue mi mirada, frunciendo su ceño. Cuando estoy lo suficientemente volteada, veo el rostro molesto de Cara. Sus ojos se aprietan y su mandíbula también. Se ve bastante molesta.

—Hola. — Le saludo, esperando que ella me conteste. Ella se limita a mirarme, y después se deja caer en su banca con rudeza. Los ojos sacando chispas de furia. — ¿Qué pasa? — Pregunto cuando no me responde.

—Nada. — Dice con rudeza. Veo algo en sus ojos, pero no puedo descifrar que es, miro a través de ellos, esperando encontrar la respuesta, y un momento después, lo hago.

Oh Dios, ¡Cara tiene celos!, ¡Esta celosa de Marina!

— ¿Sigues molesta conmigo?

—Sí. — Responde sin vacilar.

—Lo siento, de verdad, Cara. — Ella me ignora y saca su cuaderno para todavía, ignorarme aún más. La clase aún no ha empezado, pero ella esta garabateando algunas cosas en su libreta. Cuando veo que realmente no me va a hablar, me giro para hablar con Marina.

— ¿Conoces a Cara? — Pregunta con los ojos muy abiertos. Su boca está abierta.

—Sí. Ella es mi amiga, o eso creo.

En este caso, yo debería ser la molesta. Ella me había mandado una carta amenazante, así que básicamente ella sabía que estaba investigando sobre la muerte de Alex. Y por extrañas razones me había mandado esa carta. Aparte de que ella iba a reunirse en la casa de Zet y no le lo había contado. Yo debería ser la molesta.

—Oh. Bueno, ¿Tú crees que yo podría hablarle? — Dice con naturalidad, sus ojos destilan emoción.

— ¿Por qué no? — Pregunto. Es decir, ella puede hablarle, ¿Por qué razón no podría hablarle?

—Es que ya sabes... — Dice enredando sus dedos. — Ella es la capitana de las porristas. No sé... — Duda.

—Oh, no. Ella te hablaría. No es como Kate. — Me río. Su rostro se suaviza y me sonrío.

—Siempre he querido estar en un equipo de porristas... — Anhela para después suspirar.

—Habla con Cara. Ella te dirá que sí. — Digo con seguridad. Su sonrisa se hace más profunda.

—Bien, lo haré. Gracias. — Dice con una sonrisa de oreja a oreja.

Estoy a punto de responderle, pero la voz de la profesora me interrumpe. La clase inicia como siempre; aburrida, silenciosa y muy soñolienta.

Comienzo a desesperarme y a ponerme de nervios cuando se acerca la salida. Para no ponerme más nerviosa, repaso mi plan. En cuanto suene el timbre, voy a seguir a Zet hasta llegar a su casa. Y antes de que todos lleguen tendré que buscar la manera de entrar a la casa. Iba preparada para cualquier cosa. Llevaba una pequeña cuerda en mi mochila, un gas lacrimógeno, un pasamontañas por si tenían cámaras, y llevaba una grabadora de voz.

Veo a Cara de reojo. Estamos en la última clase, y para mi suerte, la clase está comparando resultados de sus exámenes. Por lo tanto, hay ruido en cada rincón del salón, todos hablan muy fuerte, y algunos no comparan sus resultados sobre el examen, sino que están hablando sobre una fiesta.

—Cara... — Le llamo. Mi voz apenas puede escucharse, así que presiono más, haciendo mi voz

más fuerte. — ¡Cara! — Mi voz es más fuerte, pero se disuelve con todas las demás.

Cara parece haber escuchado mi voz. Y se gira. Sus ojos azules mirándome.

— ¿Qué? — Dice maleducadamente.

— ¿Enserio? ¿Sigues molesta conmigo? ¡Ya te lo explique! —Le digo. Su actitud me está molestando. Creo que no es justo lo que está haciendo.

—Fue muy grosero de tu parte hacerle eso a Zet. — Justifica.

—Lo sé, y lo siento, pero ya te lo explique, su broma fue de muy mal gusto, y tu sabes que cuando me molesto, no pienso, por eso actúe así.

—Lo siento, tienes razón. — Se disculpa. Sin embargo, no parece ser sincera.

— ¿Estamos bien?

—Sí.

Una vez que me ha perdonado, decido poner a prueba su amistad. Ruego por dentro de que me diga la verdad. No quiero volver a perder a alguien de mi confianza. Cara es mi mejor amiga.

— ¿Qué harás hoy?, podemos ir al cine, o a comer... — Digo.

—No puedo.

— ¿Por qué?



«Di la verdad. Di la verdad. Por favor. Di que vas con Zet. »

—Tengo entrenamiento. Ya sabes, las porristas. — Hace un ademán con su mano. Sus hombros se tensaron por un momento, pero se recuperaron muy rápido. Mi corazón siente un pinchazo, si yo no hubiera sabido la verdad, le hubiera creído.

Me pregunto cuantas veces me abra mentido de esa forma. Y sobre todo, si realmente es mi amiga.

—Bueno, entonces será para la próxima. — Mi voz dolida. No me esfuerzo en ocultarla.

—Lo siento, pero ya sabes... No puedo faltar.

—Lo entiendo.

—No te molestes. — Dice al ver mi rostro. Ella me conoce bastante bien. Conoce cada parte de mí, Cara sabe cuando estoy feliz, cuando estoy triste y cuando estoy molesta.

—No lo estoy. Será la próxima. — Intento sonreír.

—De acuerdo. Hay que celebrar las paces. — Sonríe. Justamente ahora, quiero golpearla. Me ha mentido, y me ha ocultado algo tan importante.

Solo asiento. Y luego recuerdo a Marina.

—Oye, hay una chica que quiere entrar al equipo. — Le digo ayudando un poco.

— ¿Quién?

—Marina. La chica de puntas azules. — Digo con emoción. Marina se veía muy emocionada,

tanto que me lo contagio.

—Justo ahora necesito a alguien. Hablaré con ella. — Le sonrió con agradecimiento.

—Gracias. — Sonríó para después girarme sin decirle nada más.

Un momento después, la sangre me comienza a hervir. Me circula por todo el cuerpo con fuerza y furia.

Mi mejor amiga me ha mentido.

No es que yo no le haya mentido en los últimos días. Pero, ella me lo hubiera contado. Ambas nos teníamos confianza mutua. Nos contábamos absolutamente todo, no importaba si era bueno o malo.

Pero al parecer, eso había cambiado.

=====

Capitulo 41.

El timbre suena.

Me levanto de un brinco sin despedirme de nadie. Cuelgo mi mochila en mis hombros y me apresuro a salir.

Choco algunos hombros, disculpándome. Y algunas veces sin disculparme. Me dan malas caras, y yo solo los ignoro.

— ¡Hey Hanna! — Alguien me llama. Camino más rápido, tratando de evitar a la persona que me está hablando. Si me detengo, voy a perder de vista a Zet. Y esto es muy, muy importante.

— ¡Hanna! — La voz gritándome más fuerte. Acelero mi paso. Definitivamente no pienso detenerme.

Después, alguien me toma del brazo, jalándome.

No, ahora no.

—Hey, te estoy hablando. — Me dice una voz, me jala más fuerte haciéndome girar.

—Suéltame.

Es Ryan. Viene solo, y al parecer me ha estado siguiendo desde que salí del salón de clases. Su cabello está lleno de gel, y parece haberse esforzado en hacer ese peinado de puntas hacia arriba que trae.

No me había dado cuenta de que tenía un tatuaje en el brazo. Lo veo justo ahora porque lleva una musculosa negra, mostrando sus brazos y sus bien formados bíceps. Es un tatuaje pequeño, y no le encuentro forma alguna. Él realmente es muy guapo. Es perfecto para Kate.

—Te he dicho que te estoy hablando. — Su voz dura y ronca. Está furioso.

— ¿Me hablas a mí? — Pregunto ingenuamente, hablando tan rápido como puedo, tengo que zafarme de él. Zet está por salir.

—No te hagas la tonta, Hanna. — Susurra. Su voz suena amenazante y envía escalofríos por todo mi cuerpo.

— ¿Q-que quieres? — Tartamudeo. Su mano deja de apretar mi brazo al ver que no estoy poniendo resistencia. Si estuviéramos solos, me sentiría vulnerable, así que agradezco mentalmente a todos los alumnos que están en los pasillos.

Veo a mi alrededor, esperando que alguien nos este viendo y poderme zafar e irme. Pero mi suerte no es tan buena, cada quien está en otra parte, ignorándonos.

—Quiero que dejes de molestar a Kate. — Su voz es fría.

—Yo no...

—Escucha, sea lo que sea, tienes que seguir con tu vida. — Me interrumpe. Me mira con rudeza, como si en cualquier momento fuera a golpearme y su mandíbula esta apretada. —No puedes seguir con lo de Alex. — Termina.

— ¿Tú que sabes?, Yo no sé qué estás hablando. — Intento parecer desubicada, pero su risa me dice que no lo logre.

—Por favor. Todos saben que estas investigando. Deberías parar con esto, no vas a lograr nada. No sabes con quien te metes.

— ¿Y tú sí? — Contraataco. El mira hacia los lados lamiéndose los labios, y al ver que nadie nos mira, se acerca a mí, demasiado cerca para mi gusto. Se acerca a mi oreja y me toma del brazo con rudeza, apretándolo tan fuerte como puede.

Chillo.

—Sí. — Susurra en mi oído. Intento zafarme de su agarre, pero es más fuerte que yo, así que solo hago un esfuerzo para no parecer débil. Su mano vuelve a apretarme de nuevo, esta vez con

más fuerza.

Gimo con dolor. Él me suelta y se va, no sin antes darme una mirada amenazante. Cuando se gira, miro mi brazo. Tengo una enorme mancha roja alrededor de ella. Estoy casi segura de que un moretón se va a formar en ella.

Realmente me duele.

Gimo en voz baja.

— ¿Estás bien? — Pregunta una voz detrás de mí. Oculto mi brazo.

—Si yo... — Me giro mientras hablo. —¡Alex! — Grito cuando veo el rostro pálido y sonriente de Alex.

— ¿Nos vamos? — Al parecer, él no vio lo que paso entre Ryan y yo, así que me pongo el suéter para ocultar la mancha roja.

—Sí. Zet debe de estar en el estacionamiento. — Él asiente y nos encaminamos hacia el estacionamiento con paso rápido.

Cuando llegamos, visualizo todos los autos, esperando encontrar el automóvil de Zet.

— ¿Lo logras ver? — Le pregunto a Alex mientras me pongo de puntas.

—No. — El niega con la cabeza.

— ¿Y si ya se fue? — Digo rápidamente. Sería mala suerte si Zet se hubiera ido, él era nuestro guía para llegar a su casa.

—No lo creo...

Me pongo de puntas de nuevo, esta vez, saltando.

— ¡Allá esta! — Apunto cuando veo el automóvil de Zet al fondo del estacionamiento.

— ¿Dónde?

—Al fondo, ¿Lo ves? — Él asiente.

—Sí, vamos.

Yo no tengo automóvil, pero una vecina me había prestado el suyo. Y absolutamente no era una joya, sino una chatarra. Era un automóvil viejo y oxidado, pero la maquina aún funcionaba y estaba sumamente agradecida por ello, ya que no hacia ruido, y se podía transportar en el con seguridad.

No sé de qué año era, o de qué modelo era, pero si sabía que tenía bastante tiempo, la pintura azul se le estaba cayendo y lucia opaca. Las llantas no estaban tan mal, tenían aire y estaban en su lugar, no había de que preocuparse.

En el interior estaba perfectamente, pero en el exterior, estaba hecho un asco. Todo lo contrario a Kate.

— ¿Es lo único que conseguiste? — Pregunta Alex haciendo una mueca. No me sorprendería que se tapara las narices.

—Sí. — Respondo mientras saco las llaves de mi mochila.

— ¿Y es seguro conducir eso? — Dice de mala gana.

—Por supuesto que sí. No es tan malo como parece. Vamos. — Abro la puerta del copiloto y me subo en él.

Alex resopla y se prepara mentalmente para entrar a la chatarra.

No quería mencionarle que el automóvil olía a pescado crudo y a goma de mascar de muchos años, y absolutamente no pensaba decirle que el auto pertenecía a una vieja viuda con cuatro gatos. Yo esperaba que no se diera cuenta.

Antes tuve suerte de que me lo prestará. Ella conocía a mi madre, y sabía cómo era, así que había omitido la parte de mi castigo.

—Dios, no puedo creer que voy a subir a esto. — Dice pareciendo asqueado desde afuera.

Bajo la ventanilla para que los malos olores desaparezcan, ya había puesto un aromatizante, pero de nada sirvió, fue todo lo contrario, se disolvió con todos los olores e hizo el olor más fuerte y jocoso.

—Vamos Alex. No seas exagerando. — Pongo los ojos en blanco mientras hablo con fastidio. Inserto la llave para encender el automóvil y después la giro. —No es tan malo.

En cuanto termino de decir las palabras, el auto ruge con ganas que hace que varios rostros miren hacia mi dirección. Aprieto los ojos soltando un suspiro.

—Gracias por eso, Bertha. — Murmuro para mí misma. Mi vecina le había puesto Bertha a su automóvil. Así que tenía que llamarle así cuando me hacía una mala jugada.

Después de el estruendoso sonido el motor se va silenciando hasta que solo puede oírse el sonido de la maquina. Es una suerte que no haga ruido mientras está en marcha. Zet se daría cuenta fácilmente de que lo estamos siguiendo.

Alex se acerca a la ventanilla del copiloto.

— ¿Segura que esto puede andar? — Pregunta con nerviosismo.

—Ya. ¿Qué te puede pasar? — Bromeo diciéndole indirectamente que está muerto. Él no se lo toma a mal. Todo lo contrario.

—Tienes razón. Después de todo, estoy muerto. — Sonríe para después reírse un par de segundos. Después, él abre la puerta y entra al auto.

—Huele horrible. — Dice haciendo gestos de asco.

La verdad es que si huele horrible. Y más si odiaba el pescado crudo. Pero el viento estaba tragándose el mal olor.

—Es tu olor de diario, ya me acostumbre a eso. — Bromeo.

—Muy graciosa, Hanna.

Sonríe para después poner en marcha a Bertha. El auto comienza a avanzar sin hacer ruido.

— ¿Puedes pasarme los lentes y la bufanda de atrás? — Le digo a Alex mientras conduzco.

— ¿Para qué quieres eso?

Pongo los ojos en blanco.

—Zet me reconocería, voy a disfrazarme.



Él se ríe. Y yo le golpeo las costillas sin despegar la mirada de el estacionamiento.

— ¡Hey!, No es gracioso. — Le digo.

—Sí lo es. — Responde sonriendo.

—Solo pásamelos. — Lo fulmino con la mirada durante unos segundos, para después volver la mirada al camino. El auto de Zet aun sigue ahí.

Él levanta las manos en forma de redención y se gira para tomar las cosas del asiento de atrás. Sus piernas siguen en el asiento del copiloto, y su trasero esta en el aire, dándome una buena vista. Literalmente, su trasero esta a un lado de mi rostro.

Evito girar la mirada, pero todo esfuerzo es en vano, su trasero es bastante tentador, y ya que no me puede ver, lo miro durante unos segundos.

Mi mandíbula cae. Tiene el trasero más redondo y bien formado que he visto, sus jeans de mezclilla hacen que su trasero se vea tonificado, y grande. Su playera se ha levantado un poco, mostrando una parte de su espalda.

Sinceramente, lo que más me gustaba de un hombre era su espalda. Y Alex tenía la espalda más perfecta que he visto.

—No lo encuentro. — Dice Alex sin aliento, su rostro sigue buscando el parte de atrás sin girarse.

—Estoy segura que ahí están. — Aprovecho la distracción de Alex y vuelvo la mirada a su trasero y a su espalda.

—Espero que tengas la mirada en el camino. — Su voz me saca de mi sueño mientras estoy despierta y abro los ojos como plato.

¿Me ha estado mirando? ¿Se dio cuenta?

Rápidamente vuelvo la mirada al camino y me doy cuenta de que estoy a punto de chocar con otro automóvil. Piso el freno haciendo que mi cuerpo se mueva hacia adelante y luego hacia atrás.

¡Mierda!

Un claxon suena, y sé que va dirigida hacia a mí.

— ¡Hanna! — Me grita Alex.

—Lo siento, lo siento. — Respondo asustada.

Dios, el auto estaba demasiado cerca.

Alex vuelve su cuerpo al asiento del copiloto, dándome una mirada fulminante.

—Lo siento. — Repito dándole una mirada de perrito triste. Me encojo de hombros. —Él se me atravesó. — Justifico. Alex se ve molesto.

—Toma. — Me da la bufanda y los lentes. Los cacho en el aire. —Dime que no estabas viendo mi trasero.

Su mirada se posa en mis ojos, yo solo le sonrió mientras me sonrojo. Las palabras no salen de mi boca.

—Entonces, las mujeres también nos ven el trasero, ¿eh? — Su rostro se suaviza y me sonríe pícaramente.

Estoy perdonada.

—Algo así. — Mis mejillas se calientan.

— ¿Y qué tal? — Pregunta refiriéndose a su trasero.

— ¡No voy a decirte como esta tu trasero!

Vuelvo a poner en marcha al auto, tratando de evitar su mirada acusante. No voy a decirle lo bien que esta su trasero.

—Por favor, viste mi trasero, debes de opinar algo. — Insiste aún sonriendo.

—No te lo voy a decir. — Mis mejillas picándome y ardiéndome.

—Me debes una, casi me golpeo con el asiento y casi me mato ahí atrás. — Bromea.

—Ya te dije, no te lo voy a decir. — Giro hacia la derecha. El auto de Zet comienza a avanzar.

—Dímelo. — Ordena con esa voz suspicaz que tiene.

—Está bien. — Respondo con una media sonrisa. Casi avergonzada.

— ¿Está bien? ¿Eso es todo? — Dice con decepción.

—Sí. — Me río. — Este bien.

Él también se ríe. Su risa es suave y tranquila. Nada exagerada ni grotesca.

Me pongo los lentes y la bufanda alrededor del cuello, tapándome la boca y parte de la frente.

—Te ves ridícula. — Bromea.

Me limito a levantarle el dedo medio.

Después comenzamos a salir del estacionamiento siguiendo el auto de Zet. Al parecer, va solo.

Miro mi reloj de reojo, viendo la hora. Justamente son las tres de la tarde. Solo falta una hora para la reunión.

Presiento que algo malo va a pasar.

=====

Capítulo 42.

Recorremos varias calles, y damos un montón de vueltas, no creo que Zet se haya dado cuenta, nos hemos mantenido a una buena distancia para que no nos pueda ver y reconocer. O por lo menos a mí.

—Hanna, creo que alguien va con él. — Me dice, casi curioso.

— ¿Qué? ¡No!, yo lo vi cuando subió a su auto, no había nadie en el copiloto. — Respondo pareciendo segura de mis palabras.

—He visto a alguien, de verdad.

—No, no hay nadie ahí. Solo Zet. — Mi seguridad me sorprende.

Él no sigue peleando, pero su curiosidad sigue. Saca el rostro por la ventanilla, y se estira para poder ver más.

—Alex, para, no hay nadie.

—Juro que he visto a alguien. — Dice.

Miro mas allá, esperando poder ver lo que él ve, pero los vidrios polarizados de Zet no me permiten ver nada del interior del auto.

Yo sigo manejando, expulsando de mi mente la locura de Zet.

—Alex, ¿Y si es un fantasma?

—No, no lo creo. — Responde. —Sé lo que he visto.

Me doy cuenta de que Zet está girando por una calle en la que ya habíamos pasado. Él no se detiene ni un segundo, solo sigue avanzando. Después, salimos a un bulevar y él acelera. Yo hago lo mismo, acelero sin parecer demasiado notorio.

Es una suerte que sea la hora pico, y que todos los autos estén cubriéndome, aunque es difícil, creí que seguirlo iba a ser fácil, pero no. Los semáforos parecían estar en mi contra, y Zet parecía ir más rápido que un automóvil de carreras.

Una vez que habíamos tenido que pasar el estresante bulevar, giro hacia la izquierda, llegando a

un fraccionamiento de casas enormes, se podría decir que eran residencias.

Yo no conocía a los padres de Zet. Ni a sus hermanos, si es que los tenía. Solo lo conocía a él.

Sin detenerme, seguí al auto de Zet.

Él se detuvo en una casa color blanco con café. Era de dos plantas. En el segundo piso había un balcón con una ventana de vidrio por detrás. Estaba lo bastante grande, incluso el patio era grande, el pasto estaba bien cuidado, y no había flores en él. Las casas estaban lo suficientemente separadas. El garaje estaba a un lado de la casa, supongo que había capacidad para dos autos, porque había dos puertas blancas separadas por un fragmento de pared.

En el segundo piso, había tejas de color café, y terminaban en cascada, a decir verdad, y comparada con la mía, la casa de Zet era tres veces más grande que la mía.

—Muy bien genio, dime como vamos a entrar. — Dice Alex.

Me detengo en la esquina, sin embargo, desde aquí puede verse lo suficiente.

—Eso te toca a ti. Tú ya has venido antes. — Le respondo.

Zet se baja del automóvil, ni siquiera lo mete al garaje. Lo observo mientras cierra su puerta. Después, inesperadamente, la puerta del copiloto se abre.

—Dime que estás viendo eso.

—Estoy viendo eso.

Un momento tormentoso pasa, ni siquiera puedo despegar la mirada del lugar del copiloto, el suspenso nos consume, es intrigante saber quien está sentado en ese asiento, no puedo imaginar quien es la persona que viene con él.

¿Por qué no lo pude ver, hasta ahora?

Alex tenía razón.

—Vamos, baja. — Murmura Alex en silencio. Casi inaudible.

La puerta sigue abierta, pero no parece que alguien vaya a salir. Estoy apostando en mi mente que es Kate o Cara. Alguna de ella debe de ser.

— ¿Qué pasa por qué no baja? — Pregunta Alex con desesperación. Ambos nos ponemos nerviosos, con el suspenso comiéndonos.

Abruptamente, alguien saca las piernas, por los zapatos se puede descifrar que es una mujer.

—Kate. — Digo rápidamente en susurro.

—No, es Cara. — Responde Alex, sin quitar la mirada del automóvil de Zet.

Cuando la mujer sale del automóvil, mis ojos se abren como plato y mi mandíbula, ahora sí, cae.

No es Kate, ni mucho menos Cara.

Es una mujer que conozco desde que nací. La directora del instituto. Es mi madre.

—Es Emma... — Balbucea Alex, ambos estamos en shock.

Observo como su cabello se mueve por la brisa del aire, lleva la ropa que le vi en la mañana, su falda negra y su saco del mismo color, su figura se ve más resaltada por ese color. No lleva

anteojos, ni lentes de sol. No va cubriéndose, pare tan natural.

—Santa mierda... — Apenas logro decir.

Zet abre la puerta y mi madre entra primero, él se ve enfermo, y no parece que estén teniendo un amorío o algo así. Porque, a decir verdad, eso fue lo primero que se me ocurrió.

Una vez que Zet entra, cierra la puerta detrás de él.

— ¿Y ahora qué?

—Tenemos que entrar. — Digo. Me quito la bufanda y los lentes de sol.

—La única entrada es la principal. Es imposible. — Cierro la ventanilla y me apresuro a salir del auto con las llaves en mano. Decido que no me voy a llevar el móvil, podría hacerme una mala jugada y es exactamente lo que no quiero.

Alex cierra también su ventanilla y pone el seguro a la puerta para después salir.

—Traigo una cuerda, lo haremos por el balcón, nadie nos vera. — Abro la puerta de los asientos de atrás, tomo la mochila en la que traigo las cosas y busco dentro de ella a la cuerda.

—Mala idea.

—Es nuestra única opción. Vamos, estamos perdiendo el tiempo. — Saco la cuerda y cierro la puerta. Camino hacia la casa de Zet.

—No, Hanna. No lo harás. — Se detiene detrás de mí. Me veo obligada a detenerme y a girarme.

—Es muy peligroso. — Completa.



—Por favor Alex. Al fin sabremos qué pasa con todo esto, debemos saber por qué tanto misterio hay entre ellos, por qué mi madre está aquí, y sobre todo, debemos saber quién es tu asesino. Estoy segura de que hoy lo sabremos, tengo ese presentimiento. — Digo sin retroceder.

—Tengo un mal presentimiento sobre esto, no entres. — Dice con angustia. Su rostro expresa claramente lo que es la preocupación.

—Voy a entrar. — Digo decidida, me giro y sigo caminando.

—Detente. — Alex apenas dice. Me niego rotundamente a darme por vencida. Estuve preparándome mentalmente para esto.

Sigo caminando. Y después escucho los pasos de Alex detrás de mí. Continuamente, el se pone delante de mí, obstruyéndome el paso.

—Muévete. — Le ordenó.

—No vayas. Algo malo va a pasar. — Dice.

—En ese caso, debo de entrar, mi madre está ahí adentro y yo no voy a quedarme aquí afuera cruzada de brazos. — Mi voz destilando molestia. Miro directamente a los ojos a Alex, sacando chispas. — Muévete, Alex. — Repito.

Él niega con la cabeza y se aparta.

—Hay una escalera de emergencia en la parte lateral de la casa, esta oculta por unas yerbas, eso podría ayudar a subir al segundo piso. Pero debes tener cuidado, no se han usado en mucho tiempo, yo las utilizaba para entrar al cuarto de Zet y robarle sus videojuegos. — Dice tratando de liberar la tensión. Solo asiento.

Sigo caminando con la cuerda en mano, me dirijo hacia la parte lateral de la casa, efectivamente ahí está la escalera que dijo Alex. Recorro las yerbas sin hacer mucho ruido. Las escaleras están

pegadas a la pared y se camuflajea con el color blanco de ambas. Apenas pueden verse.

Volteo para hablarle a Alex, pero en cuanto me giro, la decepción me inunda, él no está aquí. No va a venir.

Empiezo a subir por la escalera, la madera esta en malas condiciones y parece que en cualquier momento van a romperse. Mi corazón da un vuelco cuando un escalón chilla al toque de mis zapatos. Alex tenía razón, no se habían utilizado durante un vario tiempo. Subo otro escalón, apoyándome con fuerza antes de subir todo mi cuerpo. Una vez que veo que el escalón está en buenas condiciones, sigo subiendo.

Cuando estoy lo bastante alto, hago lo peor que puedo hacer. Mirar hacia abajo. No tardo en sentir la necesidad de vomitar, la cabeza me comienza a dar vueltas.

Desde abajo no se veía tan alto.

Subo el último escalón, pero una rama se atora en mi pierna, al no poder agacharme, jalo con fuerza, intentando zafar a la rama, pero esta estaba más atorada de lo pensado, y cuando jalo, la rama se desliza por mi pierna haciéndome chillar.

Miro a mi pierna de reojo, el pantalón de ha roto un poco, y para mi mala suerte, tengo un raspón desde la pierna hasta el tobillo.

Antes de que pueda desmayarme, subo el último escalón, mi pierna sufre en calambre en el lugar raspado.

Chillo de nuevo.

Una vez que estoy arriba, me dejo caer en el balcón de la casa de Zet. Miro mi pierna.

Ugh. Definitivamente no debí de haber hecho eso. Se ve realmente mal. No es un simple raspón, sino que parece que me han pasado una navaja por toda la pierna, la sangre no tarda en salir. Me

levanto cojeando, repitiéndome a mi misma que no es tan malo. Que es solo una herida. Pero luego, mi ingeniosa mente pasa por mi mente la terrible imagen de mi pierna ensangrentada.

=====

## Capítulo 43.

Sin hacer ruido, pego mi oreja a la pared, justo a un lado de la ventana, al no escuchar ningún ruido cercano, me aventuro a mirar a adentro, y no hay absolutamente nadie. Así que sin pensarlo entro. Entro por la ventana, sin hacer el mínimo ruido, es una suerte que está abierta.

Cuando entro, el perfume varonil de Zet inunda a mis narices. Es una habitación grande, no tanto como la de Alex, pero es más grande que la mía, tiene una cama matrimonial, con acolchonado rojo, las paredes están pintadas de color blanco, aunque los pósters la tapan en casi su totalidad, tiene la habitación demasiado limpia, su piso es de madera, pero una alfombra roja esta debajo de la cama, cubriendo esa parte del piso.

Tiene un televisor colgando de la pared, y debajo de ella, tiene un estante de videojuegos, entre el televisor y la cama, hay dos sillones de espuma de color rojo. Todo parece combinar con todo.

De lado derecho esta un clóset que abarca la totalidad de la pared, es de madera oscura, y tiene cajones y puertas que se deslizan. Desde mi ángulo de la ventana, hay dos puertas, una a mi costado izquierdo, que supongo que es el baño y otra al frente, que es la entrada.

Entro al baño, esperando encontrar un botiquín de primeros auxilios. Cuando abro el baño, es un desastre, toda la ropa esta tirada en cualquier parte que mire, incluso en la bañera, el baño es espacioso, y demasiado lujoso, pero el desastre que hay aquí adentro, lo hace ver bastante mal.

Busco el botiquín detrás del espejo, y efectivamente ahí está. Saco un poco de agua oxigenada y un puño de algodón. Mojo los redondos pedazos de algodón y los mojo con el agua, para después presionarlos con mi herida. El efecto es rápido, comienzo a sentir el ardor por toda mi

pierna.

Esta vez, si chillo.

Una vez que he terminado, pongo el botiquín en su lugar y me alejo, dejando todo como estaba.

Si Alex se refería a que esto era lo malo que pasaría, estoy preparada para lo que venga.

Cierro la puerta del baño, y cuando estoy a punto de caminar hacia la puerta de la entrada, la perilla comienza a girarse. Mi mirada se mueve de la puerta del baño, a la cama de Zet.

Dudo. Si me voy por la puerta del baño, no tendría un lugar para esconderme y no me daría tiempo para abrir y cerrar la puerta, así que solo me aviento contra el piso y ruedo para esconderme debajo de la cama.

Es una suerte que tenga alfombra, el piso debe de estar frío. La puerta se abre, y un par de zapatos se mueve por el piso.

Escucho como mueve algunas cosas, después se gira y vuelve a revolver algunas cosas del clóset, saca algunas cosas y después entra al baño. Suspiro mentalmente. Estuve a punto de ser descubierta. Rápidamente sale del baño. Y después sale de la habitación.

Suelto ahora si un suspiro.

Escucho como una puerta se abre, y me levanto del piso tan rápido como me es posible. Miro hacia la ventana, para después asomarme.

Mi madre se está marchando...

Zet le dice algo, y ella niega. Después mi madre le da la mano y un apretón de manos. Zet parece corresponderle, toma su mano y la aprieta. Mi madre sonríe y después se va.

Me sorprendo aún más cuando se sube al auto de Zet.

Él le dice "adiós" con la mano y mi madre arranca el auto.

Uh, ¿Y eso que fue?

Zet entra de nuevo a la casa, pero veo como otro auto se acerca a la residencia. Es el auto de Cara... Bueno, no su auto, si no el de su madre.

Zet, vuelve a salir, casi trotando para abrirle la puerta a Cara.

Ella saca sus preciosas y largas piernas para después tomar la mano que le brinda Zet. Se ha cambiado de ropa, lleva un pantalón rosa, con una camisa de tirantes blanca, también lleva unos zapatos blancos, al parecer son unos tenis.

Zet cierra la puerta por ella, y ambos se disponen a entrar.

Nuevamente dudo en si bajar o quedarme aquí.

Pero mi interrogante tiene una respuesta. Escucho pasos provenientes de la escalera, al parecer, están subiendo las escaleras. Nuevamente, me dejo caer contra el piso, para ocultarme debajo de la cama. Las colchas de Zet llegan hasta el puso, por lo cual, no podrán verme.

— ¿Te duele? — Escucho la voz de Cara. Es lejana.

—Un poco, la verdad. Hanna golpea muy duro. — Responde Zet, su voz es más clara, supongo que se están acercando. Sonrío.

Los pasos se hacen más audibles y puedo sentir su presencia en la habitación. Cara se deja caer

en la cama. Su peso hace que el colchón se hunda y luego vuelva a su estado normal.

—Ella me dijo que le habías hecho una broma.

—Sí, bueno ya sabes, tenía que hacerle esa llamada, pero pensé que eso la confundiría y la alejaría.

—Pero, no entiendo por qué te golpeo. Ella no debía...

—Fue muy raro. Sus ojos estaban sacando chispa de furia, ¿Sabes?, por un momento creí que era Alex. Él solía golpear así, sabía cuál era mi punto débil. Y Hanna estaba bastante ocupada en destruirlo.

—Te dejo bastante mal, hay que aceptarlo.

—Directo a mi ego, y a mi reputación. — Zet suelta una risita y Cara lo acompaña.

—Le dijiste lo que debía ser, ¿verdad?

¿C-cómo? ¿Cara sabía?

—Sí, justo como tú me lo dijiste. Pero nuestro plan fracaso. — Zet se deja caer en la cama, a un lado de Cara, puedo ver su par de zapatos juntos.

Me quedo quieta, sin hacer ruido.

—Kate y Ryan ya vienen. Tendremos que hacer otro plan. Mientras tanto...

—Mientras tanto, nosotros vamos a besarnos. — Le interrumpe Zet, su voz es dulce. Tengo el presentimiento de que Cara esta sonriendo como loca. Escucho como sus labios se juntan y

como se besan.

Oh, no. No puedo creer que vaya a presenciar esto.

—Zet... — Dice ella sin aliento.

—Eres hermosa. — Le dice Zet, con voz cortada. Sus respiraciones están sumamente agitadas. Me pregunto qué tipo de beso fue aquel.

Nuevamente, me siento una intrusa.

—Y tú eres guapísimo. — Sus labios vuelven a juntarse. Y no lo voy a negar, sentí cierto tipo de celos hacia mi amiga. No puedo creer que no me haya contado nada sobre Zet y ella.

Definitivamente si me ha estado mintiendo, y ocultando cosas.

¿Qué pasaba? ¿Ya no confiaba en mí?

El timbre suena, y agradezco casi murmurando.

—Ya vengo. — Dice Zet mientras se aparta de Cara. Zet comienza a caminar hacia la puerta y después desaparece.

Cara suspira.

Unos minutos después, se escuchan voces por el pasillo. Al parecer vienen varias personas. Levanto un poco la colcha, evitando ser vista, desde aquí, tengo la vista perfecta. Un espejo que esta de frente me permite ver lo que pasa en toda la habitación.

Cuatro pares de zapatos entran a la habitación, seguido por uno más.

Visualizo por el espejo y conozco a los rostros que entran. Kate, Ryan, Kareem, Sarah y Tom.

¿Tom?! ¿Qué hace Tom aquí? ¿Y por qué viste tan primaveralmente? ¿No sé suponía que estaba enfermo?!

Después entra Zet. Casi sonriendo.

Todos se sientan en alguna parte de la habitación. Kareem y Sarah se sientan en los sillones de esponja, y Ryan y Kate se sientan en la cama, junto con Cara.

Zet se queda de pie recargado en el marco de la puerta, observando a Cara. Tom se deja caer en el piso, recargándose en una de las paredes.

—Muy bien... — Dice Kate. — Empecemos.

Mi oído se agudiza mas, escuchando cada palabra que ellos dicen. Siento un pinchazo en el estomago y me giro. Casi grito cuando mi rostro se topa con el rostro de una persona.

Me tapa la boca y me hace un ademán para que me calle. Sus manos se apartan de mi boca, permitiéndome hablar.

=====

Capitulo 44.

—Alex... — Susurro casi inaudible. — ¿Qué haces aquí?



—No te iba a dejar sola con todos ellos... — Susurra.

Mentalmente sonrío.

—Sigo molesta contigo... — Le recuerdo.

—Te lo recompensare. — Dice.

Vuelvo mi mirada al espejo, evitando pensar en el cuerpo de Alex que se encuentra al lado del mío.

¿A qué hora entro? ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

— ¿Qué demonios le dijiste Zet? — Pregunta Ryan frunciendo su ceño.

—Lo que le hayas dicho, la altero más. Parece que la persuadiste a que se quedara. Sabías que tenías que alejarla. — Concuerta Kate.

—Oye, él hizo lo correcto. — Ahora habla Cara, defendiendo a Zet.

—Le dije lo que ustedes dijeron. Le llamé y le advertí que no se acercara, que lo dejara por la paz, pero ella me reto, puso sus propias condiciones... le dije que él asesino estaba en ese restaurante.

—Eres un estúpido, Zet. — Dice Karem.

—Deja que termine...— Le contesta Tom. — ¿Por qué aceptaste sus condiciones? — Su voz es dura y no parece nada enfermo. Al contrario, se ve fuerte.

—Estábamos Ryan y yo, creí que eso la confundiría. — Responde Zet.

—Dios, Zet. — La pelirroja de Sarah comienza a hablar. —Era obvio que se iba a ir contra ti, ya tenía sus sospechas. Fue bastante obvio.

—Y bastante estúpido. — Dice Kate.

—Muy bien, no estamos aquí para reclamarle, tenemos que tener una solución. — Dice Karem.

—Concuerdo, pero Kate, ¿No crees que tu trabajo también afecta? — Dice Cara.

— ¿De qué estás hablando? — Ambas se fulminan con la mirada.

—Está claro. Estas haciendo que Hanna se meta en esto.

—Eso no es cierto. Justifícate, porque no entiendo. — Responde Kate.

—Muy bien. Si van a pelear, yo me voy. — Tom comienza a levantarse.

—Cállate Tom, nadie va a pelearse aquí. Solo siéntate. — Dice Zet. Tom se sienta de nuevo.

—Muy bien, entonces, ¿Qué vamos a hacer? — Pregunta Karem.

—Vamos a hacer un plan "B". — Responde Sarah.

— ¿Un plan "B"?, es absurdo. — Dice Ryan.

— ¿Tienen algo mejor? — Todos se miran incrédulos. —Eso creí... — Termina Sarah.

—Hay que contarle la verdad. — Dice Kate. Todos la miran.

— ¿Estás loca? — Dice Karem.

— ¿Qué mierda Kate? ¿Fumaste o te drogaste? — La ofende Sarah.

—Cállense. — Dice Ryan, defendiendo a Kate. —Kate tiene razón, no podremos ocultarle la verdad, de todos modos, ella lo sabrá.

—No. — Dice Zet. —Nos hemos esforzado bastante en ocultarlo para confesarle la verdad.

Sarah, Karem y Tom asienten concordando con Zet.

—Hanna no debe saber. — Responde Karem.

—Síguela vigilando Karem, ella no se ha dado cuenta. — Dice Tom, pareciendo el líder del grupo.

¡¿Qué?! ¿Escuche bien? ¿Me ha estado siguiendo? ¡¿Cuándo?!

—Bien, aunque es muy fácil, ella casi no sale. — Se burla.

—Sarah, dile a tu padre que la mantenga alejada, que la asuste un poco, todos vamos a seguir actuando normal. Sin embargo, vamos a tratar de cuidarla más. De estar al pendiente de lo que hace.

— ¿Un susto? — Pregunta Sarah.

—Sí, algo como que el asesino es muy peligroso, y que no es la primera vez. — Contesta Tom.

—Que irónico... — Responde Sarah.

—Ryan, acósala más.

— ¿Acosar? — Interrumpe Kate. Apretando la mandíbula.

—No ese tipo de acoso, Kate. — Se adelanta a decir Tom.

—No estoy de acuerdo. — Responde ella de mal humor. Todos comienzan a hablar, contraatacando unos contra otros.

— ¡Hoy vino Emma! — Dice Zet de repente. Todos lo observan.

— ¡¿Qué?!

— ¡¿Qué dijo?!

Toda la habitación se queda en silencio, esperando la respuesta de Zet. Incluso yo, he dejado de respirar.

—Ella va a decirle.

— ¿Qué? — Dicen todos al unísono, dándose miradas de confusión.

—Hanna va a saber la verdad. — Repite.

— ¿Y nosotros qué? — Pregunta Cara. —Ella no está siendo justa.

—Eso fue lo que me dijo. — Responde. —No me dijo nada más.

—Hanna está enferma, ¿Como se lo va a decir?

¿Enferma? ¿Cuando me enferme? ¡Yo no estoy enferma!

—Hanna lo olvido, lo olvido todo. — Responde Cara, interrumpiendo a Sarah.

¿Por qué Sarah esta aquí? ¿Ella que tiene que ver con todo esto?

— ¿Todo? — Pregunta Zet.

—Sí, ella no recuerda a Alex. — Contesta Cara. Justo ahora quiero golpearla, de nuevo.

Mi mirada se vuelve hacia Alex. Los nervios se me activan.

—Tranquila. — Me susurra calmándome.

— ¿Como le vamos a decir que ella fue? ¿Cómo le vamos a decir que tiene amnesia? ¿Qué ella mató a Alex?

Dice una voz que no logro reconocer y que no logro escuchar sus últimas palabras, todo mi cuerpo se queda en shock. No puedo mover ni un solo músculo de mi cuerpo. Todo se ha detenido y congelado.

=====

No puedo describir lo que mi cuerpo siente en este momento, no sé si me he desmayado, o si me he muerto, o si me he quedado completamente congelada o anonada. O si, simplemente, mi cuerpo se ha esparcido como la arena, dejando en cada trozo una emoción diferente.

Supongo que me he desmayado, y después me he muerto, ya que he dejado de respirar, mi boca se ha quedado seca y mi cerebro apenas puede hacer funcionar mis nervios centrales, la única cosa que se me viene a la mente es que estoy muerta, porque no siento el aire fluir dentro de mí, no puedo respirar en lo absoluto, pero sé que estoy viva, aún. Puedo escuchar los murmullos lejanos de la habitación. El estomago retorciéndose como si tuviera alguna infección el estomago, haciéndome retorcer con dolor, y no hablo de cualquier infección, sino de una realmente mala, siento mi pecho martillar contra mis músculos, haciéndome gritar por dentro. Es un dolor indescriptible que hace temblar a todo mi cuerpo de una vez. Pero no puedo moverme, no puedo escuchar claramente lo que ellos están diciendo, es como si su voz se hubiera distorsionado. Es lejana e inaudible para mis oídos.

Las palabras se repiten en mi mente.

Amnesia.

Verdad.

Ella mató a Alex.

Ella mató a Alex.

«Hanna, tú mataste a Alex.» Puedo escuchar en el fondo de mi mente, a mi conciencia gritándomelo una y otra vez. Mi corazón da un vuelco, haciéndome estremecer.

—Hanna... — Me susurra Alex mientras me mueve con cuidado. Sigo sin poder moverme, sin poder procesar y aceptar las últimas palabras que han quedado plasmadas.

—Hanna. — Vuelve a llamarme. —Escúchame... — Susurra todavía más. Cuando comienzo a volver a la realidad, el pánico comienza a apoderarse de mi cuerpo.

No. No. No.

No puede ser cierto. Yo no sería capaz de hacer tal cosa. Yo no mataría a una persona. No mataría a Alex sin ningún sentido. Esto estaba mal. Tenía que estar soñando. Debe de ser una broma de mal gusto. Yo no...

—Dime que es un sueño. — Logro decir, casi murmurando. Mi voz suena cortada y aguda. Tengo un nudo en mi garganta que no me puedo tragar. —Dime que estoy soñando, por favor. — Suplico con voz temblorosa.

Estoy en ese momento crucial en el que no sé comparar entre la realidad y la mentira. No sé definir en qué parte estoy, no sé si estoy despierta o estoy dormida. Desearía que solo fuera una mala pesadilla... Desearía que fuera un sueño.

Al ver que Alex no me responde, me pellizco yo sola. El dolor es mínimo a comparación con lo que estoy pasando. Es un pequeño pinchazo en la mano, me sorprende al ver que sigo en el mismo lugar, debajo de la cama, con este olor a polvo inundando mis narices, y con esta incertidumbre que me está matando lentamente. Miro mi mano, y la tengo roja en el lugar en donde me pellizque.

—Esto suele ser suficiente. — Me pellizco una vez más. Esta vez más fuerte. Siempre que tengo una pesadilla suelo hacer esto, sé que es una pesadilla porque puedo distinguir el tiempo en mis sueños, un momento estoy corriendo, y al otro estoy escondida en un armario, y ahí es cuando sé que estoy soñando, y un pellizco lo resuelve todo. Entonces, mis sueños son pocos, lo cual no es muy seguido tener pesadillas, ya que mis sueños no tienen imagen o sonido. La desesperación combinada con el pánico, hacen que mi corazón se acelere precipitadamente, es como si hubiera corrido un maratón durante varios días y estuviera en un desierto sin salida. Pero sin duda, esto es peor.

Paso mi mano por mi mejilla con rabia, quitando un mechón de cabello que estorbaba. Estoy

desesperada. Me sorprende no haber empezado a morder mis uñas, es algo que suelo hacer en momentos como este. Sin embargo, tengo las mejillas húmedas, mis dedos se han mojado por las lágrimas que he derramado. No me había dado cuenta de que comenzaba a llorar. Podía sentir una lagrima deslizarse por mi mejilla.

¿Por qué estaba llorando? ¿Por enojo? ¿Rabia, tal vez? ¿O por temor?

¿Temor a la realidad? Sí, definitivamente. Tenía miedo, terror y temor. Todo junto a la vez.

Al ver que mi plan seguía sin funcionar, me pellizco varias veces más, cada vez más fuerte y más duro. El pánico no cesa, y el estar oculta debajo de una cama, para esconderme de siete personas afuera, no ayudaba mucho. Al contrario, eso hacía que el pánico aumentara, sin embargo y para mi mala suerte, también me estaba poniendo nerviosa. Y eso era algo que mi cuerpo no toleraba.

—Basta, Hanna. — Alex me toma de la mano con la que me estoy pellizcando, evitando a que lo vuelva a hacer. — ¡Basta!— Susurra gritando, apretando los labios con fuerza.

—Dime que no es cierto... — Chillo en susurro. Solo audible para Alex y para mí.

Si no detengo esto, mi corazón va a salir volando de mi pecho.

—Tranquila. — Me dice con su voz calmada, él luce demasiado tranquilo. Demasiado normal. No parece haberle afectado en nada. Sin embargo, sus ojos están teniendo nuevamente ese brillo especial.

En cambio yo, estaba hecha un lío.

—Inhala y exhala. Cálmate. Todo está bien. — Su voz es serena. Me presiona la mano con dulzura, intentado estabilizarme con su presión. Su mano esta cálida cuando toca la mía, las manos de Alex suelen estar frías y suaves, pero no hoy, o tal vez lo están, pero las mías están hechas hielo. Sus dedos se presionan en mi palma, sus dedos están estables y secos. La mía no deja de temblar, y mucho menos ha dejado de sudar.



¿Por qué luce tan tranquilo? ¿Acaso no lo escucho? ¿No escucho que tengo amnesia?, ¡¿Acaso no escucho que yo lo maté?!

Definitivamente debía de lucir como una loca. O incluso peor. Pero eso no lo quería saber ahora.

¿Por qué me habían ocultado algo tan importante? ¿Ellos me estaban protegiendo? ¿Estaban intentando salvar mi trasero? ¿Esa era la misteriosa verdad? ¿Yo tenía amnesia? ¿Todo se trataba de eso? ¿De qué yo maté a Alex?

Bien, definitivamente nadie iba a responderme, y absolutamente yo tenía que calmarme y dejarme de hacer más interrogantes y lucir como una loca delante de Alex. Darle vueltas al asunto hacia que me pusiera mal. Y yo necesitaba pensar con claridad. Necesitaba calmarme.

—Exhala... — Me repite Alex por enésima vez. Su mano no había dejado la mía. Y se lo agradecía infinitamente. —Inhala..., Tranquila, Hanna. Tranquila. — Me repite nuevamente.

Mi pulso se ha normalizado, y mis oídos pueden escuchar claramente las voces que se procesan del exterior.

Quiero mirar a Alex a los ojos, y preguntarle que si ha escuchado lo mismo que yo, pero simplemente no puedo. Me siento una traidora. Otra persona que desconozco.

Ni siquiera puedo imaginarme matando a Alex. Yo no podría... No sería capaz...

— ¿Escuchaste eso? — Balbuceo. Mi mente ruega que su respuesta sea negativa. Que él no lo haya escuchado.

—Sí. — Mi corazón siente una presión momentánea que duele insoportablemente. Él no se ve tan mal como yo. Le ha tomado por sorpresa, si, pero sigue firme. —Lo escuche, pero antes de que entres en pánico, debemos de seguir escuchando. Sé que es difícil de asimilar, pero, probablemente sea una broma. Hay muchas preguntas que responder después de esa confesión,

pero lo haremos después, cuando estés más calmada. Cuando podamos pensar con claridad para unir las piezas, este es un rompecabezas que algún día se va a completar, solo hay que tener paciencia. No te lo tomes tan enserio, ¿de acuerdo?, recuerda que estoy contigo Hanna. No lo olvides. Pase lo que pase. — Su voz haciendo eco en mi mente. Sus ojos con ese brillo esencial mirándome con compasión y ternura. Sus labios se separan y comienza a moverlos. — Juntos. — Termina de decir.

Me muerdo el labio, intentando no llorar o decir alguna cosa estúpida que arruine todavía más este momento. Mi corazón late de nuevo, pero no por terror, no pánico, si no, otra cosa...

Pero son tantas emociones encontradas que no puedo descifrar que es. Es como un revoloteo en el estomago. Pero no son mariposas... Es todavía más fuerte.

—Alex... Gracias. Y-y lo siento, lo siento de verdad. — Digo mientras mi corazón siente la culpabilidad de mis dichosos actos.

—No lo digas Hanna. Tú no. — Responde para después apartar sus manos de mí con delicadeza mientras me sonrío.

Su sonrisa y su forma de actuar, hace que todo duela dentro y fuera de mí.

— ¡Quieren callarse! ¡Por Dios! — Exclama alguien con frustración. Mi cabeza se gira de nuevo para ver al espejo, todavía con el corazón palpitándome.

Voy a calmarme. Eso voy a hacer. Tengo que tranquilizarme.

—Yo creo que no debería decirle, es decir, tu padre está ayudando, ¿Verdad Sarah?, ¿Ya soluciono todo? — Dice Karem, mirando a Sarah.

—Sí. — Dice Sarah, su voz es pasiva, y su cabello naranja zanahoria destilando brillo por doquier. —Me ha contado lo que va a decir.

—Pero tu padre es policía, no detective. — Interrumpe Zet.

— ¿Y eso qué? — Responde indiferente, levantando los hombros. Sus pecas floreciendo desinterés. —El puede hacer un reporte. Lo ha estado haciendo hace varios días, y yo lo he leído, y es creíble, es decir, todo lo que dice parece real. Podemos con esto.

—Hay que decirle. — Dice Cara interrumpiendo. Su voz es amarga.

En este momento, no puedo sentir nada más que traición y decepción. Su carta amenazante la había pasado por alto, incluso su actitud y su alianza con mi madre, lo había aceptado. Estaba tratando de ser buena con ella, porque era mi amiga. Y me dolía, dolía decir que era. Aunque, me alegraba no tener a una persona como ella de vuelta. Incluso su relación con Zet. Lo había pasado por alto, también. Pero esto definitivamente me había hecho darme cuenta de la verdadera persona que era Cara.

Una mentirosa.

—Yo no le diré nada. — Dice Tom con rudeza. No sé ve enfermo. Y seguramente, no lo está.

—Concuerdo contigo, no quiero ser la desafortunada. — Dice Karem.

—Seguimos con el plan y ya está. — Dice Ryan. Kate niega con la cabeza en desacuerdo.

—Quiero irme, quiero salir de esto. — Dice con un hilo en la voz. Su voz se corta, y sus labios se aprietan con dureza. Parece que le van a temblar en cualquier momento, sus brazos están cruzados, descansando sobre su pecho. Ella no quiere mostrarse débil. Eso lo sé.

—Nadie sale de esto hasta que no termine. — Vuelve a hablar Tom. Sus ojos fulminando a Kate. Kate entrecierra los ojos, parpadeando un par de veces. Después vuelve su mirada a Ryan, pidiendo ayuda, él solo levanta los hombros y hace una mueca de confusión.

Kate le devuelve la mirada a Tom, y este, por nada del mundo la aparta, sino que la reta. Ellos

dos son todo lo contrario, Kate es belleza y dulzura, amor y moda, Y Tom, bueno, el es guapo, pero rudo, no ese tipo de chicos malos, si no ese tipo de chicos que no soportan a las personas lindas y superficiales. Es demasiado inteligente. Pero él no sabe que Kate también lo es, no es solo una chica rubia hueca. Ella es más que eso. Y odio infinitamente decirlo y aceptarlo.

—Pues mira como me voy de aquí. — Dice Kate. Para después agarrar su bolsa de diamantes falsos y colgársela al hombro. Sus tacones moviéndose por todo el piso, haciendo un único ruido en la habitación. Kate está por salir, y todos presionan a Ryan con la mirada.

El aprieta sus labios y levanta sus hombros con poder.

—Detente Kate. — Le dice. No es necesario que grite, o que entone la voz. Su tono es suficiente para llamar su atención. —No te vayas. Nadie se va a ir. Igual, Hanna va a saber la verdad y nosotros vamos a estar libres.

— ¿Libres? — Ella suelta una risita sarcástica. Todos la miran. —Están mal. — Chilla. —Están haciéndose daño ustedes mismos y a la propia Hanna. Y tú... — Señala a Cara con rabia. —Tú no eres su amiga. ¡Eres una traidora!, ¡Todos somos unos traidores!

—Kate... — Pronuncia Ryan, poniéndose de pie. —Tranquilízate. — Le dice mientras se acerca a ella, cuando esta lo suficiente cerca, la toca del brazo, pero ella se jala, alejándose de su agarre.

— ¡No me toques! — Grita. — ¡Estoy cansada de esto!, no me importa lo que tú, o tú... — Señala a Tom y después a Sarah. Tom sonríe con hipocresía cuando lo señala. Definitivamente la está provocando. Su voz esta cortándose. Y comienza a sonar aguda. —...Vayan a hacerme. ¡No me importa! ¿Me escucharon?, No voy a seguir con este jueguito. — Dice para después salir de la habitación con la cabeza bien alta.

Mi boca está abierta. Y mis ojos no pueden creer lo que han visto, al igual que a mis oídos, tengo la necesidad de preguntárselos mentalmente.

¿Escucharon eso?

¡Sí!

¡Esta Kate estaba de malas!

—El plan seguirá. Y tú Ryan, haz mejor tu trabajo. — Le ordena Karem.

—Tú no me das órdenes, ¿de acuerdo? — Le da una mirada despectiva y sale de la habitación echando humos por todos lados. —Nos vemos después. — Dice mientras intenta alcanzar a Kate.

Me quedo en silencio. Mirando a Alex, esperando que me diga que hacer. Él parece captar mi mensaje silencioso y me sonríe.

Dios. Que deje de hacer eso.

— ¿Estas mejor? — Pregunta.

—Sí. Gracias. — Respondo sonando segura.

Pero la verdad era que no creía lo que mis oídos habían escuchado. No lo aceptaba. Mi instinto humano me decía que no podía ser cierto.

¿Cómo se suponía que eso pasó? ¿Y por qué si tenía amnesia no me lo habían dicho?, ¿Por qué ocultármelo?

No lo podría superar. El trauma y el pánico seguían ahí. No podía olvidar esas pequeñas e indiscutibles palabras.

"Qué ella mató a Alex."

=====

## Capítulo 46.

Le doy una mirada a Alex. Él está a un lado de mí, pecho abajo, sus ojos divagan en la habitación, viendo a través del espejo.

No llevamos más de veinte minutos aquí, pero mi pecho comienza a sentirse incomodo en esta posición.

De pronto, siento un calambre en la pierna en la que me lastime.

—Maldición. — Mascullo con dolor. Suelto un pequeño y casi inaudible gemido. Un ardiente e incesante dolor me recorre desde la pierna hasta el tobillo. La herida realmente se veía mal, pero no quería verla ahora. Eso haría que me doliera aún más.

Alex me mira sin entender, pero rápidamente se da cuenta de mi expresión. Su mirada baja desde mi pierna hasta mi tobillo. Mientras sigue el camino con sus ojos, que se abren como platos.

—¡Hanna! — Exclama susurrando. Sus ojos mostrando pánico y terror mientras mira mi pierna llena de sangre. — ¿Qué te ha pasado? — Su tono de voz demuestra el nivel de terror que hay en sus ojos.

—Fue una hierba. Me he jalado mientras estaba alrededor de mi pierna y esto fue lo que ha pasado. — Le explico mientras presiono las orillas de la herida con sumo cuidado y sin ver. Mi labio tiembla. —Estoy bien. — Le digo antes de que me cuestione.

Seguidamente escuchamos unos pasos en la habitación. Cara se pone de pie. Y Zet hace lo mismo.

—Yo me voy. Mi madre debe de estar esperándome. — Dice. Comienza a caminar hacia la puerta y después se gira para darle una sonrisa cómplice a Zet. Él la capta y se la devuelve.

Conozco bastante bien a Cara.

Esa sonrisa solo puede demostrar amor.

Una vez que Cara esta lo bastante lejos. Sarah se pone de pie, acomodándose su cabello zanahoria detrás de su oreja. Luce bastante diferente, su mirada es fría y calculadora, todo lo contrario a ella en el instituto. Estoy suponiendo que tiene una doble vida en la que en una es tierna, y en la otra, la persona más malvada que puede haber.

—Van a joderlo todo. — Dice con fastidio. Aprieta sus dientes y cruza sus brazos sobre su pecho. Parece inconforme con algo. Algo la tiene así...

— ¿Quiénes? — Pregunta Karem sin entender. Su rostro se mueve hacia arriba, viendo a Sarah.

—Cara y Kate. Están arruinando todo. — Responde sin vacilar mientras resopla. Su cabello se queda quieto y sus labios se abren con una facilidad increíble.

—No. Ellas no harían algo así. No nos traicionarían. — Defiende Zet. Su voz es firme.

—Eso dices porque es tu novia. — Interfiere Tom. —Pero, Sarah tiene razón. Lo van a joder todo.

— ¿Y cuál es el problema? — Casi grita. Zet mira desafiante a Tom. Pero todos en la habitación sabemos quién ganaría si hubiera una pelea. Zet. — Hanna igual lo sabrá. — Termina con fastidio.

—Ellas ya no son de confiar. — Dice Karem.

—Hay que darles tiempo. Cara es su amiga, y Kate es su peor enemiga. No debemos sacarlas del mapa. Ellas son parte de esto, y todos lo sabemos. Yo me encargo de que Cara mantenga su boca cerrada. Ryan se encargara de Kate.

—Eso espero... Confianza es lo que menos tengo. — Tom suspira para después ponerse de pie. Había algo mal en su mirada. —Yo también tengo que irme. — Continúa mientras sus pies comienzan a avanzar a la puerta de la habitación. —Que tengan buena tarde. — Dice con sarcasmo mientras sale de la habitación con las manos en los bolsillos delanteros.

Seguidamente, Karem y Sarah se despiden de Zet. Para después irse. Yo solo espero que Zet no haga algo indebido e incomodo frente a mí y se vaya. Estoy rezando para que lo haga. Ya quiero irme de aquí y comenzar a llorar en un rincón de la habitación. Mi sangre todavía circula con rapidez, y mi corazón sigue latiendo con fuerza. No entiendo cómo es que no me he desmayado con tal noticia.

— ¿Qué es ese olor? — Se pregunta Zet para si mismo, mientras comienza a oler el clóset. Frunce su ceño y yo lo único que puedo hacer es quedarme quieta y callada. El pánico comienza a regresar de nuevo. Si me ve aquí y en estas condiciones, es seguro que estaré muerta. —Demonios. — Dice.

Y luego, comienza a moverse y a oler en las diferentes partes de la habitación, entra al baño y al comprobar que no proviene de ahí el olor, comienza a husmear entre los cojines y las colchas.

Definitivamente me estaba dando un ataque de pánico.

Sus pasos se mueven por toda la habitación, oliendo cada parte de ella. Al ver y no obtener ninguna respuesta del horrible olor, comienza a caminar hacia la cama...

Sus pasos son lentos y suspensivos, cada paso que da, hace que mi cuerpo vibre de una forma inigualable. Hace temblar cada parte y cada rincón de mis músculos tensos.



—No te muevas. — Me dice Alex en un susurro casi incomprensible. Pero yo ni siquiera intento moverme, mi cuerpo automáticamente se ha convertido en el enorme iceberg. Todo se ha congelado.

Los pasos sigilosos de Zet me hacen estremecer, si alguien no lo detiene, esto es el fin. De pronto, un videojuego cae del estante de Zet, y este automáticamente se gira. Cuando veo a mi lado, Alex no está.

Zet se acerca nuevamente, sin interesarse por el videojuego. Lo cual, hace que odie aún más a los videojuegos.

Luego, comienza a levantar la sabana con sumo cuidado.

Y yo... No hago más que cerrar los ojos, esperando a ser descubierta.

— ¡Zet! — Grita alguien. Mis ojos se abren como plato y la sabana cae antes de que sea visible. Hago el suspiro más grande de toda mi vida. La voz ha hecho que Zet se detuviera.

Estoy segura que es una voz femenina.

— ¡Zet! — Vuelven a gritar. Esta vez, reconozco la voz. Es Cara.

Pero, ¿Qué no se había ido? ¿Qué hacia aquí?

Sea cual fuera su excusa, se lo agradecía.

Cara entra casi corriendo a la habitación, respirando agitadamente.

— ¿Qué paso? — Pregunta Zet con preocupación. Cara toma una bocanada de aire, y mira hacia el espejo. Su mirada es rápida, y no puedo estar segura de que me vio reflejada. Su rostro

apenas vio al espejo.

—Mi auto...

— ¿Qué pasa con él?

—No enciende y quería saber si puedes ayudarme.

—Por supuesto. Vamos. — Dice para tomar a Cara de la mano.

—Solo necesito entrar al baño y en un segundo te alcanzo. — Dice.

Zet frunce el ceño, y después asiente, mientras esta soltando la mano de Cara. —Bien.

Algo no iba bien. El auto de la mamá de Cara siempre funcionaba, a esa cosa no le fallaba nada. Estaba nuevo. Y aparte, sabía cuando Cara realmente quería ir al baño. Siempre hacia ese baile ridículo, y justo ahora, no lo estaba haciendo.

Siento un cuerpo a lado mío, y vuelvo a girarme, con los ojos abiertos. Alex está de regreso.

—Intenté distraerlo. — Dice refiriéndose al videojuego que había caído. Asiento en forma de agradecimiento.

Me dolía verlo. Me dolía que actuara de esa manera después de haber escuchado todo eso.

Una vez que Zet sale de la habitación, Cara cierra la puerta.

—Muy bien. — Dice. —Sal de ahí, Hanna.

Me quedo en shock sin poder respirar absolutamente nada de oxígeno. Mis ojos se quedan abiertos y mi mandíbula cae. Tiene que estar bromeando. Debe de hablarse a sí misma.

Cara se aclara la garganta.

Yo no me muevo ni un centímetro.

—Estás escondida debajo de la cama. Sal de ahí. Ya te he visto.

En ese momento no sé qué hacer. Ella definitivamente sabe que estoy ahí. Sus manos se juntan y se agacha para después levantar la sabana caída.

Mi mayor temor se hace presente.

—Hola. — Es lo único que puedo articular. Mi voz sale aguda y sorpresiva.

Los ojos azules de Cara me penetran con esa odiosa forma que tienen.

— ¿Cuánto tiempo llevas ahí? — Pregunta.

—No mucho. — Miento. Aunque sé que ella sabe la verdad. Cara solo niega con la cabeza.

—Sal — Dice ordenándome. Por alguna extraña razón, le hago caso.

Alex sale también, pero él se mantiene a un lado de mí, sin ser visto. Mi pierna comienza a arder cuando la estiro.

— ¿Qué te paso? — El rostro de Cara se vuelve a preocupación.

—Una hierba. — Respondo con el inmenso dolor acalambrando por dentro.

—Hay agua oxigenada en el baño, voy por ella...

— ¡No! — Le interrumpo antes de que gire. — Ya la utilice. — Explico.

—Lo escuchaste todo, ¿Verdad? — Me pregunta con curiosidad.

—Sí. Absolutamente todo.

—No lo creas.

— ¿Por qué?

—Hazme caso.

—Entonces, ¿Es verdad? ¿Tengo amnesia? — Mi voz quebrándose. Necesitaba que me confirmara si mis sospechas eran ciertas, si lo que había escuchado era cierto.

—Sí, Hanna. Siento que te enteres de esta manera. Yo... Yo... Me hubiera gustado habértelo dicho, pero no en esta situación. Es complicado...

—Lo entiendo. No tienes por qué...

¡Claro que si tenía! ¡Tenía que justificarse! ¡Tenía que contarme la verdad!

—Tengo que irme, y tú también. — Dice caminando hacia la puerta.

Mi voz la interrumpe. — ¿No vas a explicarme?

— ¿Explicarte qué? — Frunce su ceño.

—Que yo maté a Alex... — Las palabras salen dificultosamente de mi boca. Es difícil decirlo a otra persona. Me siento una asesina. Inhumana. Y eso no es bueno.

—Después, Hanna.

—Me mentiste, creo que al menos merezco una explicación. ¿No crees?

—Después. — Repite, sus ojos me miran, pero sus dedos están girando la perilla de la puerta. Mi corazón no ha dejado de latir.

—Entonces, ¿Es cierto? — No me había dado cuenta de que estaba comenzando a gritar. — ¿Yo maté a Alex? — Pregunto con la voz cortada. Esperando que diga que todo fue una broma pesada.

—Sí. Tú fuiste. — Y después sale de la habitación sin decirme nada más. Como si nunca nos hubiéramos conocido. Dos personas totalmente desconocidas. Sin interesarse un poco en mí. Sus palabras fueron frías, calculadoras y cortas.

La puerta se cierra detrás de ella. Y yo simplemente comienzo a llorar.

— ¿Lo escuchaste? — Pregunto sentándome en la cama. Mi peso cae encima de ella, haciéndola hundir.

—Sí. — Dice dolido.

—Yo te maté Alex. — Balbuceo mientras comienzo a perderme en mis pensamientos retorcidos.

—No lo digas.

—Estábamos buscando las pistas incorrectas, con las personas incorrectas, cuando siempre fui yo. — Una lágrima cálida se desliza por mi mejilla. No pienso detenerlas. No puedo con esto. Es demasiado doloroso. Es un golpe brutal.

La mejor manera de desahogarme es llorar. Siempre lo ha sido.

—Deja de decirlo, Hanna. — Pide mientras me mira. Sus labios están apretados.

—Yo te maté... ¡Yo! — Digo entre un mar de lágrimas. Mis mejillas comienzan a humedecerse rápidamente. Una lágrima cae tras otra, sin detenerse.

—Basta... — Ruega en un susurro, mientras pone sus manos en su cabeza.

— ¡Yo te maté! — Escupo con toda la culpabilidad del mundo. Me siento la peor persona del mundo justo ahora.

— ¡No!

— ¡Yo te maté Alex! — Entro en otro nuevo pánico. Sin poder dejar de gritar.

—Cállate, Hanna. Cállate. — Murmura apretando los dientes. Su labio comienza a temblar.

— ¡Yo te maté!

—He dicho que te callaras.

— ¡Yo fui Alex! ¡Siempre yo! ¡Yo soy la culpable!

—Deja de decirlo.

— ¡Lo siento! ¡Lo siento! ¡Lo siento!

—Hanna... Reacciona.

Estoy en pánico. Mi cuerpo no puede detenerse el mismo. No puedo mantener el control sobre mí.

— ¡YO TE MATÉ!

—Cállate...

— ¡YO TE...!

Y entonces, su cuerpo se acerca al mío. Me toma del cabello con fuerza y me atrae hacia él. Involuntariamente, cierro los ojos. Sus labios se presionan con los míos con fuerza, haciéndome callar, mis labios no se mueven, y los de él tampoco, él solo ha presionado y juntado nuestros labios, pero ninguno ha comenzado el beso, y eso está haciéndome perder la cordura.

Alex se separa de mí. Unos cuantos centímetros, lo suficiente para separar nuestros labios. Nuestras frentes parecen estar pegadas de goma de mascar, porque puedo sentir algo viscoso en ellas. Puedo deducir que es mi sudor.

Mis labios se mantienen abiertos, a la espera de que vuelva a acoplarlos. Pero él comienza a mover los suyos con dificultad...

—He dicho que te callaras... — Me dice susurrando con la voz ronca que lo caracteriza, mientras se separa aún más de mis labios. Apenas puedo procesar lo que está pasando cuando sus labios carnosos vuelven a presionar sus labios contra los míos, antes de que pueda reaccionar o hacer un intento vago.

—Alex... — Balbuceo entre el beso.

—Cállate Hanna, solo cállate. — Murmura.

Apenas puedo creerlo.

Alex Crowell me está besando.

=====

Capítulo 47.

Sus labios eran demasiado suaves y acoples. Se movían con una lentitud extraordinariamente esquivo, mientras mi respiración se hacía cada vez más pesada. Estaba de acuerdo en que si un beso fuera la muerte, yo habría muerto desde que sus labios tocaron a los míos. Se sentía realmente bien...

En realidad no me importaba si moría por falta de oxígeno, la idea de separarme de los labios carnosos de Alex no me gustaba en lo absoluto. Quería quedarme ahí por el resto de mi vida, quería que nunca parará.

Yo nunca había besado a una persona, nunca. A menos de que contara la vez que bese a mi madre cuando era pequeña. Por lo tanto, esto era nuevo para mí, no sabía qué hacer o como moverme, y como hacer que le gustaran mis labios tanto como me gustaban los de él..., a partir de ahora, los labios de Alex se convertirían en mi adicción.

Sus labios húmedos eran la droga más potente que habían probado mis labios, se movían perfectamente, como todo un experto, así que yo solo imitaba lo que hacía Alex. O hacia el



intento...

Por un momento me asuste, no por el hecho de que Alex sea un fantasma, sino qué tenía miedo de que no fuera tan fantástico como lo contaban en los libros o como se veía en las novelas. Pero, fue magnífico. Fue mejor de lo que imagine.

Mi primer beso con Alex.

No quería que terminara.

Pero desgraciadamente, el tiempo continuaba y no se detenía por nada, ni por nadie.

Tuve que separarme de sus deliciosos labios.

Realmente necesitábamos tomar un poco de aire, nuestras respiraciones estaban agitadas, cuando nos separamos, nuestras bocas quedaron tan cerca que me incitaban a besarlo aún más, pero no todo es de color rosa. Mis preguntas negativas comenzaron a inundarme.

¿Y si solo me beso para callarme?, Y si quiere aún a Kate, ¿Por qué me beso?, ¿Yo le gustaba?

— ¿Hanna?— Me llama con un susurro. Su aliento a menta esta tan cerca de mi boca.

— ¿S-si? — Mi voz suena temblorosa. Él sonríe victorioso.

Estaba de acuerdo en una cosa...

—Yo... — Dice.

...Me gustaba Alex Crowell... Me gustaba un fantasma.

— ¿Estás bien?, parece que en cualquier momento vas a desmayarte. — Dice con egocentrismo, su sonrisa triunfante, con las comisuras bastante elevadas, mostrando sus perfectos dientes blancos, y sus ojos... están volviendo a tener ese brillo.

—Estoy bien. — Logro decir. El tenerlo tan cerca hace que mi respiración se haga más agitada.

—Perdón.

— ¿Por qué?

—Por besarte.

Oh.

—Está bien... Uhm... Yo tenía que callarme. — Concuerdo con él. El corazón bombeando con una rapidez increíble. Dolía.

—Sí... — Se separa de mí, lo bastante como para que mi corazón se pinche de desilusión. Me pongo recta, esperando parecer la menos afectada con el beso. Él se aleja unos pasos de mí, y mientras me da la espalda, suelto una bocanada de aire para volver a exhalar como lo hacía normalmente.

—Sí, yo... Suelo hablar mucho... Es algo que tengo desde pequeña, ya sabes... — Explico con rapidez. — Era una niña bastante comunicativa y me gustaba hablar con las personas y mi mamá decía que dejara de hablar tanto porque algún día se me acabaría la saliva y las cuerdas vocales para hablar, pero creo que nunca comprendí eso porque sigo hablando como loca y a veces hablo sin pensar o simplemente las palabras salen de mi boca y esto es muy difícil de explicar...

—Hanna... — Me interrumpe. Definitivamente volví a hablar puras tonterías. Debería callarme de una vez.

— ¿Qué pasa? — Pregunto sin aliento.

Alex se queda un momento en silencio, debatiéndose entre él mismo. Parece que va a decirme algo, pero cambia de parecer. Había una perfecta sonrisa en su rostro que no tardo en desaparecer.

—Debemos de irnos. — Dice finalmente. Mi corazón sufre dos desilusiones al mismo tiempo.

—Sí... — Respondo.

Camino hacia la ventana, con la pierna derecha gritándome que parara. El ardor se estaba haciendo cada vez más fuerte, era un dolor terrible.

Estoy a punto de dar otro paso, pero cuando levanto la pierna para darlo, un calambre se apodera de toda mi pierna, haciéndome gemir de dolor. Antes de que pueda caerme, Alex ya está a un lado de mí, sosteniéndome con sus brazos.

— ¿Estás bien? — Pregunta serio.

El dolor se expande por todo mi cuerpo, un gemido involuntario se aproxima a salir pero aprieto mi lengua entre mis dientes. Consigo un gesto de dolor envés de un gemido.

—Sí, es solo un calambre... — Aseguro mientras intento ponerme de pie. Alex me sostiene de la cintura. Sus yemas proporcionan un escalofrío por todo mi sistema, tanto por dentro como por fuera.

Alex asiente.

No sé cómo demonios paso, pero después de todo lo que había pasado, me desmaye. O al parecer eso es lo que recuerdo.

Justo ahora estoy tendida en mi cama, con mi ropa y con mis zapatos puestos, todo parece estar a la normalidad. Excepto mi pierna. Tiene una enorme y delgada cortada seca ya curada.

Mis ojos están entrecerrados.

No hay ruido ni movimiento en la habitación.

— ¿Alex? — Pregunto a la nada. Mi habitación parece estar vacía, los recuerdos vuelven a mí como flashes.

No puedo abrir los ojos completamente por una extraña razón. Solo puedo abrirlos unos milímetros. Me siento débil y sudorosa.

—Alex... — Gimo sin pensarlo. Mi voz sale roca y demasiado silenciosa, casi como un murmullo.

No hay respuesta de nadie.

Intento levantarme, pero mi cuerpo no me responde, está completamente desconectado de mi cerebro. No se mueve ni un solo músculo, ni un solo hueso.

—Alguien ayúdeme... — Suelto con debilidad. Todas mis fuerzas se han ido en esas palabras.

—Tranquila, te he sedado. — Dice una voz desde el baño.

—Mmh... — Es lo único que logro decir. Mi cuerpo se siente cansado y parcialmente partido en un montón de pedazos.

—No hables, solo hará que te canses más. — Me ordena la voz desde el baño. Todo se vuelve borroso. La persona que estaba en el baño se ve distorsionada y borrosa. No sé puede distinguir quién es. Da unos pequeños pasos hacia la cama, acercándose sin vacilar.

— Alex... — Lo llamo inconscientemente.

La persona que está en la habitación sonrío.

— ¿Alex? — Pregunta confundido. Ahora ya no es una figura, ahora es una sombra oscura. Todo se está volviendo blanco y negro. Mi cabeza da vueltas. Puedo sentir las gotas deslizarse por mi frente.

—Alex... — Balbuceo sin fuerzas.

— ¿Alex te gusta? — Pregunta aquella voz. Su tono es grueso y lejano.

—Yo lo maté. — Digo. Me aventuro a pensar que estoy en una clase de sedante que te hace decir la verdad.

Mi estomago siente un horrible jalón dentro del.

— ¿Qué? — Pregunta la voz lejana.

—Yo maté a Alex. — Mi subconsciente me lo repite un millón de veces y yo solo lo digo de forma involuntaria, las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas.

—Eso es mentira. Él no cree eso. — Contesta la voz. —Eres inocente Hanna. Tú no matarías ni a una mosca. Eres demasiado tierna.

Mis ojos se cierran.

— ¿Te gusta Alex? — Vuelve a preguntar la voz. Abro los ojos. La silueta se acerca un poco más, mirándome sin decencia. Mis ojos entrecerrados hace que todo se vuelva oscuro y todavía más borroso.

Sin vacilar respondo. —Sí. — Mi corazón latiendo desenfrenadamente.

—Tú también me gustas. — Dice. Después, la silueta se acerca demasiado y me inyecta el hombro derecho, ni siquiera puedo sentir a la aguja penetrar a mi piel. Solo siento un desliz de líquido irreconocible para mi cuerpo que me hace dormir.

Mis ojos se abren. Esta vez no hay nada borroso, todo se ve perfectamente. Solo que... No estoy en mi habitación, y no tengo esa herida en mi pierna.

Sin pensarlo, me doy cuenta de que estoy en un sueño. Estoy a punto de pellizcarme, pero cuando levanto la mirada, la escena de mi sueño toma forma. Estoy en el instituto.

Bajo mi mano y la pongo a un costado de mí. Camino unos pasos, acercándome a la puerta del instituto, pero antes de que pueda llegar a la puerta, un sonoro timbre suena dentro de este, rápidamente la puerta se abre, y alumnos irreconocibles comienzan a salir, todo es normal. No son alumnos zombies, ni tampoco están haciendo algo fuera de lo común.

Mi mirada se divaga hacia mis piernas con un ataque de pánico. Mis sospechas se hacen negativas. Tengo puestos mis pantalones. Cada vez que sueño con el instituto es porque no llevo mis pantalones o mi mochila, o algún proyecto que me tenía en ascuas. Suelto un suspiro de tranquilidad.

De pronto, un chico de cabellos castaños sale de la puerta principal, con la mochila colgada de un solo hombro. Su sonrisa es evidente, y dos o tres chicas han desviado su mirada para verlo. Sus ojos claros se desvían hacia donde estoy yo.

Alex. Podría reconocerlo fácilmente. Era él. Su cabello alborotado apuntando a todas las direcciones posibles. Se veía increíblemente bien.

Pero la interrogante era, ¿Qué hacía en mis sueños?

El chico con el que hablaba Alex era un castaño con las puntas peinadas hacia arriba, llevaba un pantalón negro ajustado, y una chamarra de cuero del mismo color. Sabía quién era.

Zet Hutton.

Él había dejado de hablar para mirar hacia otro lado. Mientras que Alex miraba con atención hacia donde estaba yo.

¿Me estaba mirando a mí?

Alex le da un codazo suave a Zet, para llamar su atención, cuando él voltea, Alex le da un asentimiento de cabeza hacia el lugar en donde estoy yo, su rostro tiene la sonrisa más enorme que he visto. Él le dice algo rápido y Zet asiente.

Por inercia, arreglo mi cabello disimuladamente.

Alex me mira, muy directamente. Y luego comienza a caminar hacia a mí con paso lento. Su mano se eleva por el aire y me hace un saludo. Yo hago lo mismo que él.

— ¡Hey, Hanna! — Me grita con emoción.

Estoy a punto de decir "hola", pero él se detiene a unos cuantos pasos de mí, se arregla el cabello sin obtener buenos resultados y da un par de pasos más con indecisión. Mi cuerpo se congela. Se ve increíblemente guapo.

Él comienza a caminar hacia a mí con paso lento, al ver que no se detiene conforme se acerca a mí. Lo llamo.

—Alex... — Susurro. Él sigue sonriendo. No se detiene, sigue caminando sin parar.

El temor se apodera de mi cuerpo instantáneamente. Al ver que está lo suficiente cerca de mí y

que no va a parar, le grito por última vez, tratando de llamar su atención. Pero él no para, es como si yo no estuviera ahí.

Cuando está a un par de pasos de distancia, me cubro con mis manos, haciéndome bolita mientras estoy de pie.

No se detiene.

Grito con todas mis fuerzas.

Siento una corriente de aire frío atravesarme. Pero nada más paso.

Levanto la mirada, Alex no está. Me giro, y Alex si está. Su cuerpo ah atravesado al mío sin destrozarme.

Mi mandíbula se cae cuando veo a una Hanna idéntica a mí hablando con Alex a unos cuantos pasos de distancia. Puedo escuchar lo que dicen. Están a tan solo cuatro pasos.

¿Qué clase de pesadilla es esta?

La Hanna idéntica sonrío disimuladamente, mientras su cabello se mueve delicadamente con la brisa del viento.

—Hola. — Saluda Alex metiéndose las manos a los bolsillos delanteros. Parece tímido.

—Hola, Alex. — Saluda la Hanna idéntica con una sonrisa de oreja a oreja.

Alex se mueve nervioso. Busco un lugar adecuado para poder observar todos sus movimientos.

Esto me resulta vagamente familiar... Como si ya hubiera pasado y se estuviera repitiendo...



—Hanna yo... Yo quería invitarte a salir, si es que tu quieres ir, claro. — Dice con nerviosismo. Los músculos se le han tensado.

— ¡Claro!, Quiero decir, me encantaría. — Dice la Hanna idéntica a mí. Alex sonríe y casi suelta un suspiro.

— ¿En serio? — Pregunta curioso, sin poder creerlo.

—Sí, bueno, no tengo nada que hacer en realidad... — Una sonrisa fugaz aparece disimuladamente en el rostro de la Hanna idéntica a mí.

— ¿Está bien si paso por ti a las cinco? — Mira su reloj. Yo paso una mano por en medio de ambos y ninguno me mira. Me siento como algo invisible, como un fantasma...

—Las cinco esta perfecto. — Sonríe mostrando un poco de indiferencia.

— ¿Te gusta la comida mexicana? O prefieres ir...

—La comida mexicana está bien. — Lo interrumpe. Ambos parecen muy nerviosos. Por un momento, siento celos de esta Hanna. Me dan ganas de golpearla. Alex esta coqueteando con ella descaradamente. Mientras que yo estoy observando todo esto como un fantasma, con la sangre hirviéndome.

—Entonces a la cinco. Tendré reservada una mesa para los dos, en el restaurante "Taco Bell".

—Bien. — Coincide sonriendo. — Esta perfecto...

— ¿Tienes algún problema si te recojo? — Pregunta Alex frunciendo el ceño. Sus ojos brillando de ilusión.

—No, mi madre está bien con eso. — Responde ella riendo con suavidad, mientras que sus labios se mantienen con una media sonrisa. La blusa que lleva me recuerda a una mía... Y ese jean, yo tengo uno de esos.

—Paso por ti a las cinco. — Dice para después alejarse con una sonrisa triunfante y sincera.

¡Ese es mi conjunto favorito! ¡Lo utilizaría en una ocasión especial!

Un momento... Esto no es un sueño...

— ¡Alex! — Le grito. Pero todo se vuelve borroso e inalcanzable, grito una vez más, pero es imposible, mi voz comienza a perder sentido y tono, todo el instituto se distorsiona para después convertirse en arena y dispersarse por todo lo que fue mi escenario. Todo se pierde en una tormenta de arena.

No es un sueño, es un recuerdo olvidado.

=====

Capítulo 48.

Pestañeo un par de veces, tratando de reincorporarme, la luz penetra a mis ojos en un instante, tengo que cerrarlos para acoplarme, la luz luce más brillante, vuelvo a pestañear, unos segundos después, mis ojos se acoplan a la incesante iluminación y se abren completamente.

Mi habitación está iluminada, los muebles están en su lugar, me doy cuenta de que estoy sola, la puerta está cerrada con seguro y con la silla atrancada al pomo, justo como la deje antes de irme, un estremecedor e inquietante silencio me hace sentir un escalofrío desde los pies hasta la cabeza.

Tiemblo.

Siento mi frente mojada de sudor, intento levantarme pero mi pierna me lo impide. Un dolor electrizante se desliza por toda mi pierna herida haciéndome soltar un gemido de dolor. Para calmar el dolor punzante, presiono con mis palmas para calmar el dolor y hacerlo mínimo.

Funciona. El dolor se minimiza, y se queda atascado en la herida, sin pasar más allá.

—Al fin despiertas. — Me dice una voz cercana. —No te muevas, la pierna aún esta herida. — Explica ante tal insistente dolor.

— ¿Alex? — Pregunto con la frente bañada de sudor. Siento una oleada de aire frío cuando el viento penetra a la habitación. Las cortinas se mueven haciendo más aire del que entro. Me estremezco.

—Estoy aquí. — Una figura se asoma desde la puerta del baño. Alex tiene una mirada de preocupación. Mi corazón se hunde al recordar las palabras de Cara.

El temor me recorre. ¿Y si Alex está molesto conmigo? ¿Me odia, acaso? Ó, ¿Fue el beso?

Me trago mi saliva, y me aclaro la garganta.

— ¿Qué pasa? — Pregunto. El temor hace que mi voz tiemble. Alex camina hacia a mí, con las manos en los bolsillos. Mientras tanto quito las palmas de mi pierna, para limpiarme el sudor deslizante que hace que todo mi cuerpo entre en un calor terrible.

—Es... Bueno. No quería decírtelo pero, quedamos que nada de secretos, ¿Verdad? — Su preocupación se hace más evidente cuando su labio tiembla.

—Sí. — Respondo balbuceando.

—Bien, tómalo con calma. — Me dice. Eso solo hace que aumente mi preocupación.

—Alex, me estas asustando. — El sudor comienza a salir de nuevo. Mi cuerpo se queda sumido en una tensión terrible.

Se queda unos segundos pensando, su pecho sube y baja continuamente, mientras que sus ojos brillan con desesperación. La inmensa bruma de tensión nos inunda.

Se aclara la garganta. Sus ojos me miran por encima de sus pestañas.

—Es..., Es Emma. — Logra decir.

Mi corazón da un vuelco. No sé si estar feliz porque no está molesto conmigo, o estar pasmada porque es sobre mi madre.

— ¿Qué?, ¿Qué pasó con ella? ¿Está bien? — Me apresuro a decir.

Él traga saliva. Su silencio hace que me preocupe más.

—Alex... — Le llamo al ver que no contesta. Él me mira. — Dime que paso. — Ordeno. Mi voz temblando.

—La escuche hablar con Cara. — Apenas dice. Él está de pie, justo a un lado de la cama, saca sus manos de los bolsillos, y se rasca la nuca. Sus dedos se mueven nerviosamente mientras se aclara la garganta.

Ruego en mi mente que no sea nada malo.

—Ellas... Ellas tienen un plan. — Tartamudea con disimulo.

— ¿Qué? ¿Cómo que un plan? — Respondo con la cabeza dándome vueltas. Esto no está bien. Rápidamente pienso en el cuaderno de Cara, la nota amenazante, la reunión con mi madre en la dirección y su forma de actuar tan extraña.

Recuerdo con un flash la voz de Cara "Ella va a verlo, se va a dar cuenta", pero nunca dijeron de qué se trataba todo eso. Así que no dudo en relacionarlo con esto.

Sinceramente, el suspenso y las interrogantes sin respuesta me estaban matando lentamente. La confusión era cada vez mayor. Y ahora que sabía la verdad sobre el asesino de Alex, dudaba de todo.

Incluso de mí.

Las piezas sobrantes no encajaban, e incluso la mía, no creía que fuera la correcta en ese lugar.

—El plan según entendí...

—Espera... — Le interrumpo antes de que pueda seguir. — ¿Dónde lo escuchaste?

—Aquí. — Responde. —Siento decir esto, pero la curiosidad me pico y tuve que entrar a su habitación cuando escuche unos murmullos.

— ¿Cara estuvo aquí? — Le pregunto. El dolor comienza a desaparecer.

—No. Ellas hablaron por teléfono.

— ¿Y? ¿Qué dijeron? — Digo rápidamente. Mis dedos comienzan a sudar.

—Escucha, yo no estoy de acuerdo con lo que dijeron, y no quiero que te lo tomes tan personal.

—Dímelo Alex.

Él se sienta en el acolchonado, a un lado de mí, junto a mis piernas. No me toca, pero su cercanía me hace ponerme más tensa todavía. Sus manos se apoyan en sus piernas, haciendo movimientos mínimos mientras habla.

—Ella lo confirmo.

— ¿Confirmo? ¿De qué hablas?

—Tienes amnesia postraumática. — Responde.

Mi corazón se hunde, mientras que mi estomago se hace un nudo retorciéndose.

Justo ahora, no puedo tragar ni un mililitro de mi saliva, me resulta difícil tragar o hablar.

—Entonces es cierto... — Susurro.

—Sí. Al parecer... Pero hay algo que no termino de comprender. — Dice.

—Amnesia postraumática. — Repito.

—Tu caso es moderado. — Explica. —Estuve buscando en internet, al parecer tuviste un accidente, y no recuerdas los eventos pasados durante un periodo de tiempo. Tal vez quince horas. O menos o más. No lo sé... Es por eso que no recuerdas lo que paso ese día, lo olvidaste. Fue una lesión en la cabeza, que no penetra al cráneo. La duración de la amnesia está relacionada con el grado del daño causado, según lo que leí en varias fuentes.

—Alex, entonces es verdad. Pero, ¿Por qué razón lo haría?

—Tal vez eras una novia realmente celosa. — Bromea haciéndome sonreír.

—No me fijaría en ti. No de esa manera. — Miento. Una picazón me hace rascar la nariz.

—Umh, eso no fue lo que dijiste cuando estabas sedada. — Murmura casi inaudible.

— ¿Qué?

—No dije nada. — Ahora él miente.

Unos segundos en silencio... Me digo a mi misma que no diré nada estúpido.

—Esto es más difícil de lo que imagine. — Le digo quebrando el hielo.

—Demasiado. — Concuerda.

—Dijiste que tenían un plan. — Le recuerdo.

—Sí, el plan consiste en ayudarte. — Suelta con cautela.

— ¿Ayudarme? ¿Cómo...?

—Déjame terminar. — Me interrumpe. —Ellas están protegiéndote. Te ocultaron todo porque te quieren. Y ahora que Cara te vio escuchando todo lo que hablaron en la casa de Zet, han decidido decirte.

— ¿Decirme? — Sueno sarcástica. — ¡Pero si ya lo sé!

—Tranquila. — Me calma. — Yo sinceramente no lo creo Hanna, algo en esto no me cuadra.

—Pero ahora todo esto está tomando forma Alex. — Digo.

—Sí, por supuesto, pero algo me dice que algo está mal.

— ¿Ese presentimiento? — Le pregunto.

—Sí. Yo no creo que tú me hayas matado. — Responde con naturalidad. —No me cabe en la cabeza.

—Tendremos que preguntárselo entonces a mi madre. Y si soy yo... Pagare por mis actos. — Trago saliva.

—No seas ridícula. Yo no lo permitiría. — Su mandíbula se aprieta.

—Pero...

—Aún hay más. — Me interrumpe.

— ¿Más? — Mis mejillas sienten ardor. Él no responde, solo asiente.

—Al parecer, tu madre conoce a mi tío. — Sus palabras son breves y cautelosas.

— ¿A Eric? — Pregunto frunciendo el ceño, mis ojos pestañean un par de veces.

—Sí. Al parecer, de hace mucho tiempo.



Resoplo.

— ¿Tú crees que ellos eran amigos?, ya sabes por lo que dijo Rossie. — Le recuerdo. Él lo capta y asiente.

—Yo creo que eran más que amigos. — Chasquea la lengua, y luego me mira. — ¿Viviste el Coldes? — Pregunta de repente. Sus ojos deleitándose.

El nombre me resulta familiar... Sé que lo he escuchado en algún lado... ¡Ah sí! ¡Tengo una fotografía ahí!

—No. Yo solo tengo una fotografía debajo del letrero de bienvenida. — Le cuento.

—Pero, tú me dijiste que viviste un tiempo ahí. — Me recuerda. Mis ojos se abren como plato.

¡Oh Santa mierda! ¡Es cierto! ¿Cómo pude olvidarlo?

— ¿Lo olvidaste? — Pregunta.

—Por un momento, sí. — Respondo con toda la sinceridad posible. Dios, no puedo creer que lo haya olvidado.

—Uh, yo creo que debemos escribir un diario. Va a llegar un momento en el que los dos perdamos las memorias, y ¡Pum! — Choca sus palmas haciendo un aplauso. — Todo olvidado. Todo el esfuerzo a la basura.

Coincido con él, asintiendo.

—Me siento mal. — Confieso. —Esto. Alex, yo no lo haría.

—Lo sé Hanna, lo sé.

— ¿Cómo es que puedes hablarme después de lo ocurrido? ¿Por qué sigues actuando tan indiferente? — Le pregunto de una vez por todas.

—Porque no lo creo. Y porque... — Su voz se apaga.

— ¿Por qué, qué?

—Porque me gustas Hanna. — Responde con una media sonrisa. Sus ojos mirándome, esperando una respuesta de mi parte. La sangre se acumula en mis mejillas, y me siento hervir por dentro y por fuera. Todo se ha calentado dentro de mí. Mi respiración se corta.

—Yo... Tú... — Las palabras no salen de mi boca, me siento más estúpida que nunca.

—No me preguntes sobre Kate, por favor. — Su sonrisa desapareciendo poco a poco.

— ¡Oh, no! Yo, yo quería decir que... Que tu también...

—Descuida. Ya sé la respuesta. — Las comisuras de sus labios se elevan.

Un silencio cómodo que me hace suspirar dentro de mí.

¡Oh Dios! ¡Por eso estaba murmurando aquello! ¡No puedo creer que estuve diciendo que me gustaba mientras estaba sedada! ¡Eso era aprovecharse!

Las mejillas me hierven.

Necesito cambiar de tema antes de que explote. Mis ojos se dilatan de emoción y excitación.

¡Había dicho que yo le gustaba! ¡Era mejor que un sueño!

Un momento..., ¡El sueño!

— ¡Alex! — Grito haciéndolo saltar.

—Debes de dejar de hacer eso. — Me dice mientras pone una mano en su corazón con exageración.

—Tuve un sueño, bueno, una clase de recuerdo... — Le digo olvidando por completo el tema de mi madre.

Y después le cuento absolutamente todo lo que vi.

=====

...

Gracias por seguir leyendo<3.

=====

Capítulo 49.

— ¿Taco Bell? — Pregunta haciendo una mueca graciosa. Asiento tratando de no reírme. — ¿Y tú accediste a ir a una cita conmigo a Taco Bell? — Niega divertido.

Vuelvo a asentir.

—Bueno, tú ibas a pagar, no podía negarme. — Respondo con una sonrisa.

—Dios. Que poco romántico. Y que interesada resultaste Hanna. — Una sonrisa se asoma de su rostro pálido.

— ¡Hey! ¡Acepte salir contigo! ¡Me sacrifique! — Me río con ganas.

—Chica interesada a la vista. — Finge toser. — ¡Aquí el sacrificado soy yo!, ¡Te invite a salir!, lo menos que podías hacer era pagar. — Bromea.

— ¡Alex! — Me vuelvo a reír. — ¡Te estoy contando algo serio y sales con esto! — Le digo golpeándole el hombro con suavidad. El sudor se ha detenido, pero siento todas mis ropas húmedas.

—Es que... Yo nunca invitaría a alguien a Taco Bell. Y menos si es una cita. — Dice con tono gracioso.

— ¿Por qué? — Pregunto.

—Es mi lugar favorito, no lo compartiría con nadie. — Responde mirándome.

—Pues me invitaste ahí. — Le digo juguetona mientras una sonrisa de victoria se forma en mi rostro.

—Mala idea. — Bromea. Le vuelvo a dar un golpe en el hombro. Él lo esquivo antes de que pueda tocarlo y se burla de mí. —Muy lenta. — Me dice divertido. La cara de preocupación que

tenía ha desaparecido completamente.

— ¿Hanna? — Preguntan del otro lado de la puerta. Mi madre.

Mi rostro sonriente desaparece, y es remplazada por una mirada de preocupación.

— ¿Estás ahí?, por favor, abre. — Me pide.

Le doy una mirada a Alex y él solo levanta los hombros en respuesta. Me levanto de la cama con mucho esfuerzo, la herida sigue doliendo y ardiendo como un volcán. Casi no puedo doblar la rodilla derecha, así que camino con dificultad. El pantalón tiene unas manchas de sangre, así que tengo que ponerme uno limpio. Pero, con Alex aquí, no lo creo...

Mi madre vuelve a tocar la puerta. Que insistente.

— ¿Hanna? — Pregunta de nuevo. Parece más calmada, y no se escucha tan molesta, pero yo aún sigo enfadada con ella.

Es decir, no es el orgullo, sino que me dolió su falta de confianza. Y sus mentiras.

—Estoy aquí. — Respondo sin abrir la puerta. Ella parece soltar un suspiro.

—Yo... Uhm... — Habla detrás de la puerta, puedo ver su sombra debajo de la puerta. —Quiero hablar contigo. — Continúa.

— ¿Hablar? ¿Sobre qué? — Pregunto frunciendo el ceño, aunque sé que no me puede ver. Le doy una mirada de reojo a Alex. Él sigue sentado en la cama escuchando absolutamente todo.

—Te explicaría mejor si abrieras la puerta. — Dice con tono frustrado.

—Estaba a punto de ducharme. — Miento.

—Bien, ¿Puedes bajar cuando termines? — Su tono me hace desconfiar y dudar, ¿Por qué me pediría eso?, ¿Por qué no solo ordenármelo?

—Sí, mamá. — Respondo en un susurro.

—Hanna, es muy importante. — Explica. —De verdad, debo hablar contigo.

—Está bien, bajare cuando termine.

—Bien.

Un segundo de silencio.

— ¿Hanna? — Me llama.

¿Y ahora qué?

— ¿Qué? — Digo de mala gana.

— ¿Hay alguien ahí adentro aparte de ti? — Me pregunta. Abro los ojos tanto como puedo. Siento la mirada de Alex sobre mí, y todo se congela dentro de mí.

—No—o. — Tartamudeo. En este instante quiero volverme a golpear. — ¿Por qué?

—Creí haber escuchado a alguien más. Parecía que estabas charlando con alguien. — Dice con voz calmada. Estoy pensando en decirle que es la televisión, pero luego recuerdo que estoy castigada y lo descarto rápidamente antes de que responda estúpidamente.

—Estaba hablando conmigo misma. — Respondo una vez que la idea me llega a mi cerebro.

—Eso espero, recuerda que estas castigada. — Pongo los ojos en blanco, suspirando con frustración. Esta definitivamente si es mi madre, pero más suave. Más pacífica.

Me quedo en silencio sin responderle, ella suelta un suspiro de resignación y veo como su sombra se aleja lentamente de la puerta de mi habitación.

Bajo mis hombros y comienzo a caminar de nuevo hasta mi cama.

—Eso sonó bastante preocupante. — Habla Alex.

— ¿Qué crees que me diga?

—Que tienes amnesia. — Dice sin dudarlo. Su rostro se ha endurecido.

—No lo sé... Tú dijiste que tenían un plan, en el cual intentaban protegerte.

—Sí, y también dije que ella te iba a decir. — Me recuerda.

—No entiendo, ¿Cómo intentan protegerme? ¿Ocultándomelo todo?

—Tal vez...

—Es que... Ocultarlo no fue la mejor forma.

—Hanna... — Pronuncia llamando mi atención. — ¿Has olvidado algo más?

— ¿Qué quieres decir? — Pregunto sin entender.

—Ya sabes, ¿has olvidado otra cosa aparte del día de mi muerte?

—No... — Respondo rápidamente. Pero después, mi mente comienza a cuestionarse. Dudo de mi respuesta. Por supuesto que he olvidado algunas cosas de mi vida, es decir, no tengo una mente que acumule todos mis recuerdos, seguro olvide algunas cosas sin importancia.

—Olvidaste lo de Colddes. — Me recuerda.

—Pero ya lo recuerdo. — Me apresuro a responder. Sí, lo olvide vagamente, pero cuando me dijo que yo le había contado que había vivido ahí, lo recordé.

¿A dónde quiere llegar con esto?

— ¿No es extraño? — Pregunta.

— ¿Qué es extraño? — Me siento excluida de la mente de Alex.

—Tengo una teoría. — Responde poniéndose de pie. Pone las manos en sus bolsillos y comienza a caminar de un lado a otro de forma inquieta. De vez en cuando muerde su uña con suavidad. Sin hacerse daño.

— ¿Teoría? — Me siento nuevamente, me resulta casi imposible e involuntariamente una mueca de dolor aparece en mi rostro. Esta herida es delgada, pero parece que va a matarme en cualquier momento.

—Sí... Escucha... Tú vivías en Colddes y yo también... — Comienza. —Dices que cuando tocaste a mi madre sentiste algo extraño... Y cuando estuvo a punto de decir algo mi padre la interrumpió, dices que dijo algo como "después de tantos años" ¿No es cierto?, ¿A qué se refería con "tantos años"?, y luego, tú madre dice que ella y mi madre eran amigas... Pero, ¿Desde cuándo? —  
Suenas inteligente. Habla con una fluidez increíble mientras hace las interrogantes. Aún sigo sin



entender su punto. Y eso hace que me sienta inútil. —Hanna..., ¿Qué pasaría si tú y yo...? — Se interrumpe, negando con la cabeza.

— ¿Alex? — Le llamo. — ¿Si tú y yo fuéramos, qué?

—Es absurdo, olvídale. — Me pide. Se talla la cara con las palmas de su mano, mientras sus ojos se cierran y se abren. Sus pestañas subiendo y bajando.

—Solo es una teoría, ¿Cierto? — Le recuerdo.

—Sí. — Responde casi inaudible.

—Entonces cuéntamela.

—He creído que tú y yo... — Las palabras se quedan en el aire. Él suelta un suspiro de resignación mientras sus hombros se le tensa. Después, sus ojos se posan en los míos sin despegarme la mirada y pareciera que los ha hechizado, porque no puedo moverlos ni un centímetro. —Que tú y yo podemos ser hermanos.

=====

Capítulo 50.

— ¿Estas bromeando? — Pregunto riéndome con nerviosismo.

—No. — Dice serio, mientras mueve su cabeza de un lado a otro.

—Es absurdo, yo tengo a mi madre. Te dije que mi padre murió en un accidente.

— ¿Y sabes siquiera como se llamaba? — Me regaña.

—No, mi madre no quiere hablar sobre eso y lo tengo que respetar. — Expreso con tono tedioso. Lo que piensa y cree Alex no me parece lógico, tal vez coincidan algunas cosas, pero me niego a ser hermana de Alex. Si yo tuviese un hermano, lo recordaría.

Él suspira con frustración.

—Bien. — Dice.

—Hey. — Le llamo. —No te molestes conmigo. Es solo que no lo creo... Aparte de que no tengo el apellido de mi padre. Mi madre no me ocultaría algo así. Si yo tuviera un hermano, ya lo sabría.

—No estoy molesto contigo... Solo quiero que veas lo que involuntariamente coincide, estoy creyendo que no estoy aquí solo para buscar a mi asesino.

—Creo que lo del asesino ya quedo claro. — Le recuerdo con voz seca. Él hace un suspiro y baja los hombros tensos.

—Creo que lo del asesino no es verdad. — Confiesa. —Es decir, ¿Por qué no solo decírtelo?, eso hubiera hecho las cosas más fáciles, ¿No crees?, aparte de que Emma no ha sido muy sincera...

—Yo tampoco he sido sincera con ella. — La defiende. Mi madre puede dejarme castigada un mes, y puede mentirme en ocasiones, y por eso no deja de ser mi madre.

—Hanna, por favor, ¡Intenta verlo en mi forma!, ¡Las piezas se acoplan a la perfección!

—Es ridículo, Rossie no puede ser mi madre. Tal vez dijo eso porque mi madre y ella eran amigas, y tenía bastante tiempo que no me veía. Por supuesto ellas eran amigas en Coldides. Esa

es mi teoría. — Digo con firmeza.

—Está bien, hagamos algo. — Se mueve por la habitación intranquilo.

— ¿Algo como qué?

—Pídele a tu madre tu acta de nacimiento. Estoy seguro que nunca la has visto. — Responde casi victorioso.

Él tenía razón. Yo nunca había visto mi acta de nacimiento, y como mi madre era la directora del instituto, ella se encargaba de todo el papeleo de acuerdo a mi status. Ella nunca me mostró mi acta de nacimiento porque yo nunca se lo pedí. En las listas escolares mi nombre era solo "Hanna Reeve".

—Si es lo que tanto quieres averiguar, y tienes dudas, se lo pediré. Tú y yo no somos hermanos. Es ilógico. — Mi voz suena fría. —Y ahora, si no te molesta, me iré a dar una ducha. — Le digo sin voltearlo a ver.

Tengo que admitir que sus pensamientos me dejaron algo furiosa. Alex estaba ofendiendo a mi madre indirectamente y yo no estaba de acuerdo con eso, por más que me gustara.

—Hanna... — Me llama. Yo solo me levanto fingiendo no escucharlo y entro al baño cerrando la puerta de un portazo.

Y luego, recuerdo que olvide mi ropa y mi toalla. Me veo obligada a entrar de nuevo a la habitación.

Él sonríe en cuanto abro la puerta del baño.

—Sabía que tomarías esto con madurez.

—Solo vine por mi ropa. — Respondo ignorándolo lo mejor posible.

¡Un momento! ¡Me estaba diciendo inmadura!

— ¿De verdad? — Dice sarcástico. Su tono me sorprende.

— ¿De verdad, qué? — Pregunto indiferente, pero con cierto interés, mientras revuelvo mi ropa de los cajones del clóset.

— ¿Vas a molestarte por lo que dije?

—No... Yo solo estoy algo confundida. — Le respondo. Pero, yo sabía que esa no era la verdadera razón de por qué estaba enfadada.

—Es cierto. Nadie entiende a las mujeres. — Dice mientras se pone de pie.

—Nadie nos entiende porque somos lo bastante inteligentes para ocultar que... — Me callo antes de que pueda seguir hablando.

— ¿Ocultar qué? — Pregunta interesado mientras da un paso más cerca hacia a mí. Me apresuro a sacar la ropa, y saco lo primero que veo. Una blusa delgada de manga corta con un estampado de un edificio en caricatura y un jean de mezclilla.

—Nada... — Respondo cerrando los cajones del clóset.

—Te estás comportando como una niña pequeña. — Me dice sin despegar la mirada de mí. Eso hace que me incomode. Porque justo ahora, tengo que buscar mi ropa interior.

—He dicho que nada. — Vuelvo a decir.

—Dímelo. — Ordena.

—Hey, tú no puedes darme ordenes. — Lo fulmino con la mirada mientras paso a un lado de él.

—Dijimos que nada de secretos. Creo que yo te he contado absolutamente todo lo que pienso y creo. — Sus pasos detrás de los míos. Mi pierna comienza a arder. Y luego, el ardor se desliza por todo mi cuerpo.

—Esto no es importante. — Explico.

—Quiero saber lo que piensas. — Su voz susurra, parece melancólico.

Bien. Yo estaba enojada porque Alex actuaba de una manera común cuando me había dicho que yo le gustaba. Y me seguía sacando de quicio el beso que nos dimos. Él me había pedido disculpas por besarme y eso me dolía. Si quiera pensar que éramos hermanos, destruía todo esto. Si es que había algo. Eso era todo.

—No es nada, de verdad olvídalo.

Él balbucea algunas cosas que no logro entender, y después sus pasos comienzan a sonar por toda la habitación. Son tan rápidos que no me da tiempo de girarme y ver lo que está haciendo. Cuando estoy moviéndome un centímetro para girarme, él ya está aquí, justo detrás de mí, lo suficiente cerca como para hacerme sentir vulnerable.

Alex me toma del brazo con suavidad, y me gira con un rápido movimiento. Una vez que estoy volteada y de frente a él, me doy cuenta de la mínima distancia que hay entre nuestros rostros pálidos. Sus manos se posan a un costado de mis hombros, excluyéndome de mi habitación. Sus ojos café me miran muy directo a mis ojos, haciéndome sentir incomoda.

Mi respiración no tarda en olvidarse como hacerlo.

Él me está acorralando.

—Por favor... — Susurra muy cerca de mis labios. —Dime que estás pensando y porque estás tan furiosa. Lo arreglaré. — Se lamenta.

No sé si me quede sin voz o me desmaye. No puedo formular un solo sonido ante la cercanía de Alex. Su olor es bastante delicioso. Hace que todo mi cuerpo vibre.

—Hanna... Dímelo. — Me pide. Después, su boca se acerca lo suficiente a la mía, lo único que puedo hacer, es cerrar los ojos mientras un nudo en mi estomago se retuerce. Cuando puedo sentir sus labios tocar con los míos, desvía su rostro, ahora hasta mi cuello. Subiendo con una lentitud increíble que hace que mi cuerpo sienta escalofríos por todos lados. Su respiración golpea a mi cuello, me controlo a mí misma para no hacer algo tonto. O hago un intento.

Sus labios suben por todo mi cuello hasta llegar a mi oreja. Y detenerse justo ahí. Lo bastante cerca como para hacerme sufrir.

Definitivamente no me iba a besar.

—Por favor. — Susurra en mi oído, enviando toques electrizantes por todo mi cuerpo débil. Me siento caer desde la nube más alta.

—Estoy enfadada contigo. — Murmuro. Las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

Alex no se mueve. Se queda ahí. Su cuerpo está más cerca, todavía.

— ¿Qué hice mal? — Pregunta. — ¿Fue lo que dije hace unos momentos?

Niego con la cabeza. Mis ojos se abren y después se vuelven a cerrar. Su voz suena más melodiosa cuando cierro los ojos.

—Hanna... — Susurra. Todo mi cuerpo pierde la poca fuerza que me quedaba. —Quiero besarte.

— Completa.

—Pero, has dicho que somos hermanos. — Juego con él. Bromeando sin reírme. Las palabras salen frías y calculadoras. Justo como quiero.

Suelta un pequeño suspiro de frustración. Se aclara la garganta y comienza a hablar con su voz ronca.

Mis pupilas se dilatan.

—Al diablo con eso. Apoyo tu teoría, no somos hermanos, es ilógico. —Traga saliva, pareciendo nervioso. — Ahora... ¿Puedo besarte? — Me susurra en el lóbulo derecho. Mi respiración se corta. Olvido como respirar en ese momento. El frenesí aumenta cada vez que una letra sale de su boca. Si contestaba que no, me arrepentiría por el resto de mi vida. Pero si contestaba que sí, Alex se daría cuenta de que era fácil de manipular, y más aparte, que me estaba muriendo por él.

Ahora sabía que era ese revoloteo incesante que sentía en el estomago. Era lo que los humanos llamábamos amor.

Me aclaro la garganta con disimulo.

—Yo... — Digo agitada. Sin poder terminar la oración. Me debo de estar viendo como una tonta. Abro la boca para hablar, pero no sale nada de ella. Me he quedado muda por un momento.

Alex se acerca más, casi pegando nuestros cuerpos.

—Yo... Umh...

—Tomare eso como un sí... — Me interrumpe.

Y antes de que pueda detenerlo, me besa.

=====

## Capítulo 51.

Respiración agitada. Pupilas dilatadas. Vibraciones por todo el cuerpo. Un rayo eléctrico que se desliza desde la cabeza hasta los pies y escalofríos involuntarios. Eso es todo lo que siento cuando Alex me besa.

—Alex... — Respiro dificultosamente. —Acabas de besar a tu supuesta hermana. — Sonríe en sus labios húmedos.

—Olvidemos esa teoría, tienes razón, es absurda. — Dice con una sonrisa. Sus labios están tan cerca que parecen tan apetecibles y tan tentadores.

—Ahora estoy más enfadada contigo.

— ¿Por qué? — Sus hombros se tensan después de que pronuncio las palabras. Nuestros cuerpos están tan pegados que ni una mínima corriente de aire puede pasar entre nosotros. Y eso me gusta.

—Porque... — Dudo en decirle. —Alex yo...

—Lo que más deseo en este momento es que confíes en mí. — Susurra en mis labios. Su aliento tiene un olor a menta fresca.

—Lo hago. Confío en ti. — Me apresuro a decir.



—Entonces, cuéntame. — Me chantajea. Y en realidad, si le voy a decir.

Le voy a contar la maldita razón de porque estoy molesta con él. Merece sentirse culpable por un instante.

—Es que... Me dices que te gusto, y actúas de una manera común... Como si no te importara. — Al fin las palabras salen de mi boca. Pero, estoy dudando nuevamente en si decirle o no.

El que no arriesga no gana, ¿verdad?

— ¿Común? — Su ceño se frunce.

—Sí. — Asiento lentamente. —Y esto es extraño de alguna manera, es decir, eres un fantasma, ¿Cómo es posible esto?

—Común... — Repite absorto en sus pensamientos, ni siquiera sé si escucho lo que dije. — ¿Cómo quieres que llevemos esto?

—Yo... No lo sé. Estoy comenzando a creer que esto podría funcionar si no...

—Si no estuviera muerto. — Me interrumpe terminando la oración. Su voz es tan baja de tono, pero puedo escucharlo. —Es extraño, sí. — Coincide.

—Alex, me gustas. De una manera muy, muy extraña. — Le confieso con toda la sinceridad del mundo.

—También me gustas. Pero de una manera todavía más extraña. — Él se aleja un poco de mí, no lo suficiente como para no sentirlo. —Ambos sabemos que esto no funcionará.

Mi corazón se rompe.

—Eso es lo que me pone furiosa, me besas, dices que te gusto, y después, dices que esto no va a funcionar. Me confundes.

—Perdón. — Se disculpa. —Sabes perfectamente que esa no es mi intención, y supongo que también has de saber que tú y yo no podemos tener una relación sentimental. Es decir, vamos a llegar al punto en el que yo ya no voy a estar aquí.

Mis ojos se cristalizan. Pongo la mirada hacia arriba, para tratar de esconder las lágrimas que no tardan en salir.

—Lo entiendo y tienes razón. Esto no funcionara. — Digo con la voz cortada. Bastante bien disimulada. Mi corazón comienza a bombear sangre tan rápido como puede.

—Creo que debería dejarte ir a ducharte. Tu madre te está esperando. — Sus brazos se apartan de la pared, dejándome en libertad.

—Sí... — Es lo único que digo. Comienzo a caminar con las piernas temblándome. Empiezo a divagar en mi mente, creyendo que tal vez Alex me rechazó porque yo lo mate, es decir, ¿Quién tendría una relación sentimental con su asesino?, absolutamente nadie.

Comienzo a caminar al baño con paso lento, mientras mi herida me reclama con dolorosos calambres.

Involuntariamente, una lágrima se desliza por mi rostro. Por suerte, estoy de espaldas a Alex y el no me puede ver, así que me paso la mano por la mejilla desapareciendo cualquier rastro de lágrima.

¡Lo sabía! ¡Sabía que esto era estúpido! ¡Yo era una estúpida por enamorarme de Alex Crowell!

Dios, ¿En qué estaba pensando?, ¡Estaba más que claro que él amaba a Kate! ¿Cómo se iba a fijar en mí? ¡Yo le gustaba, pero no me amaba! ¡Hay esta la solución y respuesta a mi corazón casi roto!

¡Vaya que eres tonta, Hanna! ¡Muy, muy tonta! ¡Mira que enamorarte de un fantasma!

—Hanna, detente. — Me dice cuando estoy a punto de entrar al baño. Me giro y veo sus ojos color café, sus pestañas son largas y bastante gruesas. Él me da una mirada de dolor. —Yo... Uhm... Es absurdo. — Dice.

Muy bien, si va a confundirme aún más, lo ignorare.

—Nada de secretos. — Le recuerdo.

—Hanna... — Habla nerviosamente. La cara se le ha puesto de un color rojo. —Bien... Uhm... — Vuelve a decir, moviéndose inquieto.

Lo miro expectante. Esperando escuchar más palabras de su boca hechizante. Se rasca la nuca.

—Yo... Yo creo, en realidad, que si puede funcionar. — Tartamudea.

— ¿Qué quieres decir? — Pregunto desorbitada.

—Lo nuestro. Yo confío en que funcionara. No como una pareja normal, pero podemos ser solo tú y yo. — Murmura con pesadez. Él se queda parado, sin mover ni un solo músculo mientras yo estoy más confundida que nunca.

—Pero acabas de decir que...

—Olvida lo que dije. A veces soy un idiota.

Sonrío.

—Pero, tienes razón.

— ¿Razón? — Pregunta.

—Sí.

— ¿Es por qué soy un fantasma? — Dice dolido. Su mirada se posa en el piso.

— ¡No! — Le digo rápidamente. — Eso no tiene nada que ver.

Sus músculos se relajan.

—Bien, creo que entonces...

— ¿Entonces...? — Insisto.

—Vamos a intentarlo, si a ti te parece bien, claro. — Dice rápidamente, los ojos brillando de pánico y los dedos de sus manos moviéndose con nerviosismo. Los oculta metiendo las manos a los bolsillos.

— ¿Hablas en serio? — Casi grito de felicidad. Esto estaba algo loco, nunca me imaginaria salir con un fantasma, sonaba extraño. Irreal. Casi ilógico.

Sabía que no tendríamos una relación sentimental pública, y mucho menos se lo contaría a alguna persona. Hasta yo misma pensaba que esto era una locura.

—Sí, y siento ser un completo idiota.

—Justo ahora quiero golpearte por ser un idiota, Alex Crowell. — Le digo sonriendo de oreja a

oreja.

—Lo merezco. Ven y golpéame tan duro como puedas. — Me mira con diversión.

—No... — Me río. —Te daré algo peor.

—Hazme sufrir, Hanna. — Dice sonriendo. Sus ojos café vuelven con ese toque encantador.

Camino hacia él y le doy un abrazo. Eso parece tomarle por sorpresa, pero después, sus manos se deslizan por mi espalda, y así, nos quedamos enlazados por unos segundos.

Rápidamente me separo de él, y llevo a mis labios hasta los suyos, sin tocarlos. Él cierra los ojos y sus pestañas se hacen más grandes. Beso su mejilla. Él hace un gesto de desagrado.

—En los labios Hanna. — Murmura.

—Es mi venganza por ser tan idiota, Alex.

—Desde ahora seré tu idiota. — Me corrige. Me río en su mejilla. Él levanta sus comisuras y aprovecho para besarle ahí.

Él gime.

Los escalofríos se hacen presentes por todo mi cuerpo. Mi corazón late frenéticamente.

Y luego, le doy un beso rápido en los labios. No le doy tiempo para reaccionar cuando me separo de él. Mis labios se apartan de los suyos y comienzo a correr hasta el baño sin detenerme.

— ¡Hanna! — Me grita y hace un intento para alcanzarme, pero justo cuando va a tomarme del brazo, cierro la puerta. Me quedo pegada a la puerta, sonriendo como una loca enamorada.

Puedo sentir el cuerpo de Alex apoyarse contra la puerta del baño. La única barrera que tenemos es una tabla de madera, pintada de blanco, con un pomo, que nos prohíbe estar juntos. Por ahora.

Escucho un suspiro lejano.

No sé si es el mío, o él de Alex. Pero parece ser que es de los dos. Un suspiro junto de dos personas.

=====

Capítulo 52.

Cuando termino de ducharme, me pongo la ropa que escogí. O qué más bien, tome al azar.

Y luego recuerdo esa broma tonta de Alex: "Entre a la ducha de una vecina, se asustó cuando me vio". Eso fue lo que dijo, así que rápidamente me cubrí con la mayor parte de la toalla. Aunque este vestida, me siento un tanto vulnerable.

Pero, Alex no haría algo así, ¿Verdad?

Abro la puerta del baño, y Alex no está. No me preocupo, él suele estar dando vueltas alrededor de la casa por si ve algo sospechoso o escucha algo extraño dentro y fuera de la casa.

El cabello no tarda en humedecerse, así que lo desenredo antes de que se me hagan nudos y me quede como si me hubiera explotado una bomba.

Comienzo a darle vuelta al asunto. ¿Será que Rossie y mi madre hablaban sobre esa verdad? ¿Qué yo tenía amnesia?, pero, si Rossie sabía que yo había matado a Alex, no me hubiera tratado tan amable, ¿verdad?, y aparte, ¿Por qué Rossie se empeñaba tanto en que supiera esa verdad?, ¿Había algo más, acaso?, la verdad, todo estaba confuso y borroso, yo también dudaba de la muerte de Alex, yo no me sentía una asesina. No mataría a Alex, a menos de que... No. No era posible.

Descarto la idea. Pensarla siquiera hace que mi piel de ponga de gallina. Es horrible y terrorífico de alguna forma.

Por un momento tome en serio la teoría de Alex.

Hermanos.

No, no lo creía.

Era absurdo.

Yo no podría ser hija de Rossie, ni mucho menos de George, aunque debo aceptarlo, ambos teníamos el mismo color de ojos, el mismo carácter pesado y algunas otras similitudes, pero eso no significaba que éramos familiares, es decir, habían millones de personas con los ojos azul, con el cabello negro, o con las cejas delgadas, y eso no significaba que eran hermanos, ¿verdad?

Aparte, yo tenía a mi propia madre, Emma. Y aunque no tenía un padre, no lo necesitaba. Sin embargo, crecer sola con mi madre me había aislado de algunas personas, me bastaba con tener a mi madre. Y con todos los años que la conocía, sabía que no me mentiría.

Nunca terminas a alguien de conocer. No importa cuánto signifiquen para ti. Van a decepcionarte en algún momento, eso lo sabía. Pero, no esperaba que mi madre mintiera con algo de tal gravedad.

— ¿Lista? — Me pregunta una voz, sacándome de mis pensamientos. Dejo el peine en el tocador y me giro.

—Eso creo. — Suelto un suspiro, liberando toda la tensión que siento en mis hombros.

— ¿Quieres que este ahí?

—Sí, por favor. —Le pido. Él sonríe con amabilidad y asiente.

—Si quieres que me vaya, solo dímelo. — Su tono es firme y gentil. Yo no le pediría que se fuera. Al contrario, quiero que este ahí, conmigo.

—Lo dudo, pero lo recordare.

Salimos de la habitación, no nos besamos, ni nos tomamos de las manos, simplemente bajamos las escaleras.

Mi madre parece nerviosa.

—Estoy aquí. — Le digo para llamar su atención. Me alegro de haberme vendado la herida, eso hizo que el dolor parara un poco.

Mi madre se levanta del sillón de un salto. Sus ojos destilan pánico.

— ¿Mamá? ¿Está todo bien? — Pregunto con la mirada endurecida. Su falda rosa está perfectamente planchada y recta, sin ninguna arruga. Se ha quitado el saco, y solo lleva la camisa con botones hasta el pecho, el escudo del instituto es casi invisible, su cabello lo tapa con las puntas.

Ella suelta un suspiro.

—Tenemos que hablar.



—Pero, ¿Todo está bien? — Pregunto con desesperación. Su oración breve hace que todo mi estomago se revuelva. ¿Qué pasa?

Siento un montón de latigazos en mi estomago. Alex esta a un lado de mi. Y eso me hace sentirme fuerte y madura.

—Todo está bien. — Al fin dice. Su cabello esta desordenado, parece que no se ha peinado en varios días. No hay brillo en sus ojos, lo único que su rostro expresa es terror y pánico. —Pero tengo algo que contarte. —Continúa.

Su rostro largo y lleno de pánico hace que ponga alerta a todos mis sentidos. Esto no va a estar bien.

Me preparo mentalmente para lo que viene. Sin pensarlo y sin que me lo pida, camino hasta la sala, rodeando uno de los sillones, la sangre me circula con rudeza, haciéndome sentir pesada, una vez que estoy en uno de los sillones y sin despegar la mirada del rostro de mi madre, quito uno de los cojines sobrantes para después dejarme caer encima de uno de los sillones.

Ella comienza a morderse una uña, justo como yo lo hago cuando los nervios me vencen en un momento crucial.

—Mamá, me estas poniendo nerviosa. — Le digo para que deje de hacer eso. Solo hace que mi pánico aumente.

—Lo siento, Hanny. — Me dice para después quitarse los dedos de la boca y dejarse de morder la uña.

Mis ojos se abren como plato. La única vez que ella me dijo "Hanny" fue para darme una mala noticia. Mi único y último perrito había escapado de la casa y lamentablemente, un automóvil lo había atropellado. Llore durante una semana y me jure a mi misma que no tendría jamás en la vida una mascota. Ni siquiera un pollito, o un pez, ¡Absolutamente nada!

Hanny no era una buena señal.

Alex nota mi nerviosismo y se pone detrás de mí, recargado en la superficie del sillón. Esta alerta a cualquier cosa. Eso hace que sienta un poco, solo un poco de alivio.

— ¡Ay, Hanny! — Se mueve nerviosamente en el sillón, sin encontrar su sitio.

—Mamá, deja de decirme Hanny. No me gusta. — Le digo con frustración.

—Lo siento. Estoy algo nerviosa. — Suelta un suspiro y cierra los ojos, exhala e inhala con lentitud. La observo.

Sus ojos están apretados, mientras que sus pestañas llenas de rimen se pegan a su piel blanca, los rizos se le alborotaron más de lo normal, y su labio inferior no deja de temblar.

Sus ojos se abren. Parpadea un par de veces, reincorporándose. Sus hombros se relajan y su pecho baja, la barrera y el escudo que tenían desaparece. Ahora luce más calmada. Luce más como mi madre.

—Te oculte algo... Algo muy importante. — Su voz hace eco por toda la sala.

Alex tenía razón, ella me iba a decir sobre mi caso de amnesia.

Estaba preparada.

— ¿Algo? — Digo desconcertada. Aunque, sé de que está hablando.

—Es muy difícil decirlo. — Veo en sus ojos dolor.

—Lo sé. Sé lo qué me ocultaste mamá. — Le digo ayudándola. Ella me mira expectante.

— ¿Qué? — Pregunta sin entender.

—No creo que... — Dice Alex, pero sé lo que va a decir, así que lo interrumpo.

—Sé lo que me ocultaste. — Repito. —Sé sobre la "verdad" — Doblo mis dedos en el aire, haciendo comillas. —Escuche cuando Rossie y tú hablaron, ya lo sé, mamá. Lo sé todo. — Terminó de decir.

— ¡¿Rossie te lo contó?! ¡¿La viste?! — Dice con los ojos muy abiertos, el pánico apoderándose de ella nuevamente.

—Hable con ella por teléfono. Y ella no me lo contó, te he dicho que la escuche. Y no he visto a Rossie. — Contesto todo lo que me pregunta.

—No deberías decirle. — Dice Alex, pero ya es demasiado tarde.

— ¡Hanna!, ¡Te prohibí cualquier tipo de comunicación con los Crowell!, ¿Acaso no me escuchaste? — Se levanta del sillón de un brinco, por inercia doy un salto de susto y me empujo contra la espalda del sillón.

Ella comienza a gritar algunas maldiciones, maldice todo lo que ve a su alrededor y yo solo me espanto, su voz suena por toda la casa mientras grita. Me encojo en el sillón.

¡Oh Dios! ¡Esta no es mi madre!

— ¡Te lo prohibí Hanna! ¡Te lo prohibí!, ¡Oh Dios!, ¡Ya lo sabes! ¡Esa hija de puta! ¡Le dije que no te dijera nada! ¡Le dije! ¡Se lo advertí! — Mis ojos se abren de par en par, ¿Estoy escuchando bien? ¡Mi madre no diría esas palabras en su sano juicio!

Alex me da una mirada despectiva. Mi madre esta ofendiendo a su madre.

—Lo siento. — Le susurro a Alex sin que mi madre se dé cuenta.

—No es tu culpa. — Me dice dándome una sonrisa. Aunque la sonrisa no llega a sus ojos, solo me la da para no hacerme sentir mal.

Mi madre se pone una mano en la cintura y otra se posa en su frente, se mueve de un lado a otro, inestable. Su mano hace ademanes y movimientos raros en el aire mientras sigue maldiciendo.

— ¡No puedo creerlo! ¡¿Te lo dijo George?! ¡Dímelo Hanna! — Me grita. Yo retrocedo sin dar un paso, solo me acorralo en el sillón, ocultándome de su vista. ¡Woa! ¡Realmente está muy molesta!  
— ¡¿Fue Rossie?! ¡¿Se acerco a ti?! ¡¿Te hizo algo?! ¡¿Te toco?! — Se exalta. La vena de su frente se hace visible cada vez que ella grita. Parece que va a asesinar a alguien.

— ¡Basta mamá! ¡Basta! ¡Me entere por mi misma! — Le grito sacándola de su trance. Era bastante incomodo que mi madre criticara y ofendiera a los papás de Alex, mientras que él estaba aquí, escuchando todo.

— ¿Pero qué? ¡¿Cómo?!

— ¿Por qué me lo ocultaste? — Me pongo de pie, acercándome a ella, esta vez con coraje. — ¿Por qué no solo decírmelo? ¿Acaso era tan difícil? — La enfrento. Ella me mira sin responder. Parece sorprendida y estupefacta.

— ¡No lo entenderías! — Me grita.

— ¡Siempre me has subestimado mamá! ¡Lo hubiera entendido! ¡Y hasta evitado!

— ¿Evitado? — Me mira sin entender.

— ¡No te hagas la que no sabes! — Mi voz se vuelve aguda. — ¡Bastante secreto me ocultaste!  
¡Tenía el derecho de saberlo! — Mi cabello se vuelve rebelde y me golpea las mejillas.

— ¡Sí tenías el derecho! — Toma una respiración profunda. Mis nudillos se aprietan. — ¡Pero no era el momento!

— ¡Lo pude evitar mamá! — Chillo. — ¡Lo pude evitar!

— ¿Evitar qué Hanna? — Dice con las manos en la cintura. Uno de sus botones se ha desabrochado ante los inmensos e infinitos movimientos que ha hecho.

Tomo una bocanada de aire y me preparo para decirlo.

— ¡Matar a Alex! — Las palabras salen de mi boca casi inevitable. La rabia se apodera de mí y las lágrimas salen como cascada. — ¡Debiste decirme que tengo amnesia! — Comienzo a llorar.  
— ¡Debiste decírmelo! ¡Te odio! ¡Te odio! ¡No debió de haber pasado eso! ¡Lo hubiera evitado! — Mis mejillas se humedecen. Entro en una especie de pánico que no puedo detener, comienzo a gritar cosas que apenas logro entender yo misma. Balbuceo unas cuantas cosas y lloro de nuevo.

— ¡Hanna! — Mi madre se acerca a mí y me toma de los hombros, sacudiéndome con fuerza. — ¡Hanna! ¡Tranquila! — Me sacude con más fuerza mientras lloro — ¡¿Amnesia?! ¡¿De dónde sacaste eso?! ¡¿Quién te dijo eso?!

=====

Capítulo 53.

Mi llanto es incontrolable. No puedo parar las lágrimas. Una lágrima sale detrás de otra sin detenerse. Me vuelvo una víctima del pánico.

Mi corazón se acelera con cada respiración que doy, su incesante martilleo en mi pecho hace que todo me duela.

—Lo escuche. — Balbuceo con las mejillas mojadas. Mi respuesta no parece convencerla.

Mi cabello se vuelve plegostioso y se pega en mis mejillas con insistencia.

— ¿De dónde? — Dice.

—Solo lo escuche mamá. — Miento. — Dime que no es verdad, dímelo.

Su rostro se vuelve confuso y después sus ojos me miran con lastima. Su rostro está lleno de compasión.

Ella me suelta de los hombros, se aleja con unos pequeños pasos, y se pone una mano en la frente, moviéndose por la sala. Parece estar pensando en algo. Sus ojos están abiertos como los de un águila.

En cuanto las aleja sus manos de mis hombros, mi cuerpo relaja y después siente un dolor en el hombro, de tanto jalarme y apretarme me había encajado las uñas.

—Ya lo sabes... — Murmura.

Mi corazón se detiene.

—Entonces, ¿Es verdad? — Le pregunto con voz temblorosa.

—Yo... — Ella se queda pensando. Quita su mano de la frente y niega. Se debate un momento. Luego, levanta la mirada y se gira hacia a mí. —Sí. Es verdad.

El mundo deja de girar. Mi cuerpo tiembla y todo lo que sucede alrededor se ha detenido.

Giro mi mirada por toda la sala, sintiendo que todo pasa en cámara lenta, y cuando encuentro los ojos que buscaba, mi mundo se cae.

Alex me tranquiliza con la mirada. Él parece un poco sorprendido, y aunque no demuestre que este en pleno shock o que los nervios lo traicionen, sus ojos reflejan pánico.

Comienzo a sentirme mareada.

—Inhala y exhala. — Me recuerda. No está muy lejos de mí, pero siento que estoy sola. Me siento inestable.

Hago lo que él dice.

Inhalo con suma dificultad y exhalo con pesadez. Mis pulmones sufriendo por mi comportamiento radical.

Me repito a mi misma que todo está bien.

— ¿Maté a Alex? — Pregunto casi inaudible. Mis mejillas comienzan a arder como un volcán. Todo el calor se acumula en mi rostro pálido. Pero mi cuerpo parece estar sumido en una especie de congelador.

—Hanna...

—No más secretos, mamá, merezco saberlo. — Le pido.

—Sí, tú fuiste. — Dice. Sus ojos flácidos destellan pena y dolor.

Chillo en voz baja, solo para mí misma.

No puedo imaginarlo.

Le quite la vida a una persona.

¿Qué clase de persona era yo?

— ¿Cómo pasó?, ¿Por qué no estoy en la cárcel? Y, ¿Por qué Rossie no me odia? ¿Por qué es tan buena conmigo?

Ella me mira con expectación.

—Siéntate. Te lo contaré todo, pero primero debes tranquilizarte. — Dice arreglando su cabello. Sus dedos se mueven nerviosos en sus cabellos rizados.

—De acuerdo. — Le digo limpiándome las lágrimas. Sin que me lo pida Alex, tomo su consejo y respiro con fuerza. Aprieto mis ojos un par de segundos y suelto el aire una vez que mi cuerpo no lo necesita.

Me siento en el sillón. Las manos y las piernas me tiemblan.

Era cierto.

No escuche mal en esa reunión. Todas las pistas apuntaban a mí y nunca me había dado cuenta. Nunca lo hubiera creído.



Las pistas estaban claras: Yo no recordaba haber visto a Alex. Cara decía que a mí me gustaba y que no lo dejaba de ver. No recordaba absolutamente nada del día de la muerte de Alex y ahora sabía por qué. Y ahora creía que la conexión con Alex era por esta razón.

Amnesia postraumática. Eso era lo que yo tenía.

—Sucedió hace dos semanas. — Dice. Al principio se ve dudosa, sus ojos se mueven hacia los lados, y luego hacia arriba. Había leído que cuando las personas miraban hacia los lados, estaban mintiendo, y cuando miraban hacia arriba, estaban pensando. Lo mismo pasaba cuando se rascaban la nariz, eso era señal de que algo estaba ocultando. —Tú me pediste permiso para salir con un chico. Pero no me dijiste quien era. Solo... Estabas muy feliz y no quise preguntar. — Resopla. Sus ojos buscan los míos, esperando una reacción.

— ¿Lo maté? — Me aclaro la garganta. Cuando lo hago duele, la garganta parece pequeña, y no puedo tragar. —Es decir, ¿Con mis propias manos? — La voz sale aguda, haciéndome sentir vulnerable. Creía que aclarándome la garganta mi voz se aclararía y se haría más fuerte, pero resulto todo lo contrario.

—No. — Contesta con voz gruesa. Esta vez no mueve sus ojos, no se inmuta, solo me mira.

— ¿Entonces?, ¿Qué paso? — Pongo las manos temblorosas en medio de mis piernas, dándoles un poco de calor. Las siento sumamente frías.

—No lo mataste. — Replica. Su cabello está atado en una coleta, pero amenaza con desatarse. —Fue un accidente. — Confiesa poniendo sus brazos en sus piernas. Las desliza por su falda rosa y luego, las vuelve a poner en su sitio.

Un accidente.

Cuando escucho las palabras salir de su boca, un frenesí increíble me recorre. No sé si sentirme un poco más tranquila, o seguir llorando en voz baja.

—Dime por favor. — Suplico con desesperación. —Necesito saberlo. — La urgencia en mi voz es inevitable.

—Te fuiste y me llamaron dos horas después... Era el papá de Sarah. — Dice. Asiento comprendiendo. Tomádomelo con calma. Como Alex lo haría. —Alex y tú habían tenido un accidente. El auto se quedo sin frenos...

— ¿Y eso fue mi culpa? — Digo con tono sarcástico. Eso fue un accidente, no fue culpa mía, en ese caso. Y aparte, yo no tenía lesiones y no recordaba haber estado en el hospital. No cuadraba.

—Eso no, pero... — Comienza a decir con tono dudoso.

— ¿Qué? ¿Hay algo más? — Pregunto apretando los ojos sumiéndose en la sensación del pánico.

Toma una respiración agitada, y se muerde el labio inferior. Su mandíbula se aprieta.

—Sí.

— ¿Qué pasó? — Exclamo. Mi corazón no deja de latir con fuerza.

Aprieta los labios y sus ojos se cierran un momento. Cuando pestañea, sus ojos se cristalizan.

—Tú... Tú cortaste los frenos. — Dice. —Y Alex iba en el auto. Él murió. Tú... Tú solo... — Se interrumpe. —No te paso nada. — Concluye.

=====

—Es estúpido. — Dice Alex soltando un bufido de frustración. —No le creas, Hanna. Está mintiendo.

Le doy una mirada despectiva y miro a mi madre, ella se mueve inquieta en su asiento, mientras sus dedos tiemblan, incluso más que los míos. Aprieta los ojos y sus largas pestañas se pegan a su piel blanca y pálida.

—Y, ¿Por qué no le paso nada a Alex?, él no tenía golpes, ni rasguños, ni nada de eso. No entiendo, mamá. — Le digo en tono silencioso. Lo que ella dice no tiene lógica, primero que nada, yo no sé sobre automóviles así que ¿Cómo demonios iba a saber cuál era el cable o lo que sea que fuese el freno?! Y segundo, era demasiado evidente que estaba mintiendo. La delataba ese pánico en los ojos.

—Hanna, yo solo intercedí por ti. No por Alex, eres mi prioridad, todo lo que me importa en esta vida, sabes que te quiero.

—No lo parece.

—No empecemos Hanna. Te estoy diciendo nada más que la verdad. Debes confiar en mí.

Yo no era estúpida. Sabía que me estaba mintiendo, sus ojos perdidos llenos de pánico me lo decían indirectamente. Incluso su labio no dejaba de temblar cada vez que ella dejaba de hablar. Eso no le pasaba muy a menudo. Ella sabía controlarse, era bastante buena en eso. Pero ahora... se veía tensa... vulnerable.

Suelto un suspiro de frustración. Mis ojos se giran y le hago una muy mala cara. Muevo mis manos en el aire, y las dejo caer en mis costados.

— ¿Cómo debo confiar en ti? — Le pregunto sofocada.

—Sólo... confía. Sé que no hemos tenido una vida perfecta, lo sé, Hanna, y sé que necesitaste un padre, pero creo que ambas hemos sobrevivido a todas las adversidades, y esto es algo que recordaremos y nos reiremos después, acuérdate de nuestros buenos momentos... —Dice con tono suave, sus ojos comienzan a brillar. —Confía en mí, es lo único que te pido.

— ¿Y Alex? — Insisto. Mi voz suena dura.

— ¿Qué pasa con Alex? — Frunce su ceño sin comprender.

—Mamá, acabas de decir que yo lo maté. — Mi voz suena cortada. Casi aguda. Siento mis ojos aguarse.

Y como Alex lo diría, tomo su consejo, respiro y suelto el aire por la boca. Controlándome por dentro y por fuera, tomándomelo con calma, como él lo haría, sin embargo, mi labio tiembla involuntariamente. Me odio por eso instantáneamente.

No lo creo. Una parte de mí me dice que no fui yo. Hay una voz dentro de mí que me grita que no es cierto. Es como un sexto sentido, como un instinto que me grita que no es cierto, que yo no pude ser capaz de hacer tal cosa. No tiene lógica. No cuadra.

—Yo no dije eso. — Se adelanta a decir rápidamente. La voz que sale de su boca es gruesa. Pasa uno de sus dedos por su cabello, acomodándolo detrás de su oreja. Eso me hace ver que está más nerviosa de lo normal, sus dedos tiemblan mientras los pasa por sus cabellos rizados y espontáneos. —Dije que tú cortaste los frenos. — Su tono es silencioso y suave, esta vez.

—Pero, ¿Por qué no lo recuerdo? — Pregunto.

—La amnesia, Hanna. — Me recuerda. Yo niego casi de inmediato, los cabellos se me pegan a la mejilla, mis dedos tiemblan, todavía sin creer sus palabras inusuales, atípicas.

—Pero, no hay ningún motivo, ni circunstancia, mamá. No hay lógica. — Intento hacerle perder la paciencia, para que me diga la verdad, los hoyuelos de sus mejillas se hacen evidentes cuando

ella hace una mueca. Se mueve otra vez.

—No hagas más preguntas, por favor. — Ruega casi dolida. Como si tuviese un dolor en el estómago.

— ¿Esperas que deje esto tan tranquilo? ¿Qué me cruce de brazos y finja que no maté a Alex? ¿Cómo si nada hubiera pasado? ¡No mamá! ¡Necesitas darme una buena explicación!

— ¡Tú no lo mataste, fue un accidente! — Me corrige, levantando su tono de voz.

No lo entiendo.

No puedo.

Ahora más que nunca, sé que está mintiendo.

— ¿Entonces es cierto? — Repito. La última confirmación esperada de sus labios. La última oportunidad para ella.

Se toma un respiro y vuelve su mirada, sus dedos delgados y blancos se deslizan por su falda rosa, aunque este planchada, ella intenta dejarla más lisa, pero en realidad, se está limpiando el sudor, sus dedos se mueven temblorosos. Se ve inestable. Mira hacia arriba, como si allá estuviera la respuesta, y después me mira.

—Sí, es cierto. — Responde.

—Miente. — Dice Alex casi de inmediato. Busco sus ojos en la habitación y cuando los encuentro, siento un alivio increíble. Ver su mirada brusca e intensa me relaja de una manera extraña. Él no lo cree. Sabe que yo no lo haría.

Eso me hace pensar que confía en mí, lo cual, hace que me sienta segura.

—Bien... yo creo que debería ir a mi habitación. — Digo, ya que, al parecer no va a decir nada más, y la última persona que puede confirmar y decir toda esta "verdad" es Rossie.

Nuestra última esperanza es ella.

Me levanto del sillón, inmutándome a mirarla. Mis ojos se posan en el fantasma de Alex.

Se ve molesto, pero no conmigo, sino con mi madre.

Yo también lo estoy, ahora más que nunca, no confiare en ella.

Él asiente, dándome la razón de irme. El sillón chilla cuando me levanto. El corazón se acelera con cada paso que doy, de alguna u otra manera, su confesión me hizo alterarme.

Teníamos todas las confesiones, las de Kate, Cara, y Zet, y todas parecían coincidir. O eso al menos es lo que parecía. Sinceramente, yo no estaba conforme. Su explicación inusual no me convencía ni un poquito.

—Hanna... — Me llama cuando me levanto, giro mi mirada y me encuentro con sus ojos oscuros.

— ¿Qué pasa? — Pregunto casi desinteresada. Estoy rogando mentalmente que ella diga la verdad.

Se lo piensa por un momento. Luego, comienza a dudar. La observo con cautela.

—Yo... uhm, necesito que me prometas algo. — Al fin dice.

— ¿Algo? — Regreso mis pasos y la miro.

¿Prometer? ¿Qué cosa?

—No te acerques a Rossie. — Replica.

Abro los ojos, sin entender.

— ¡¿Por qué?! — Exclamo con voz ronca y audible.

—Ella no es confiable, Hanna.

Estoy a punto de decirle que es la menos indicada para decir aquello, pero decido quedarme callada. Uno de mis problemas era hablar sin pensar. Así que ahora, estoy tratando de ser más coherente y paciente. O eso creo...

—Pero no me has dado una explicación.

—No la necesitas, te darás cuenta.

—Pero...

—Por favor, Hanna, lo único que te pido es que no te acerques a ella, que no le cuentes sobre esto, no le cuentes nuestros problemas y sobre todo, nunca, nunca, confíes en ella. —Dice con frialdad. La miro, todavía sin comprender.

—Mamá... — Le digo tratando de sonar coherente. Sus ojos están sobresaltados.

—Promételo. — Me interrumpe con voz cansada. Mi estómago me da un tirón.

—Bien. — digo mientras cruzo mis dedos mentalmente. Ella no parece convencida con mi

respuesta.

—Cumple tu promesa, Hanna. Recuerda... Los Reeve nunca rompemos las promesas. — Dice mientras sus oscuros ojos me miran con desconcierto, obligándome a mirarla. Era cierto, los Reeve nunca rompíamos promesas. Nunca.

Pero esto sería la excepción.

—Lo sé, la cumpliré, no te preocupes. — Le digo mintiendo. Sonó más convincente de lo que creí, incluso si no fuera yo, lo hubiera creído. La voz sonó ronca y segura.

Casi firme como la de George.

—Eso espero. — Dice. Y después sin decir más, me voy.

Subo las escaleras con los pasos de Alex detrás de los míos, siento su cuerpo y su calor muy cerca. Lo suficiente para sentirme acalorada. Subo cada escalón con rapidez, como si mi vida dependiera de ello.

Después de que subimos las escaleras, recorremos el pasillo de la segunda planta. Cuando estoy en frente de la puerta, siento un escalofrío por mi espina dorsal. Me giro para encontrarme con el rostro pálido de Alex. Él ve mi gesto y frunce su ceño. Sus cejas son gruesas.

— ¿Estás bien? — Pregunta preocupado.

—Sí. — Logro responder.

Una sensación extraña se apodera de mí cuerpo.

Giro el pomo de la puerta, mi sudor se queda en ella, y después le giro con sumo cuidado. Lentitud lo describiría mejor.



Alex me mira suspensivo.

La puerta se abre y no tarda en rechinar. Cuando abro la puerta, una sensación terrorífica y escalofriante me recorre desde los pies a la cabeza.

Alguien estuvo aquí. Puedo sentirlo.

—Revisa tus cajones, Hanna. — Él capta la inestabilidad y la densa bruma que hay en la habitación. La sensación es escalofriante.

Recorro la habitación con mi vista, sin moverme todavía. La habitación está en perfecto orden, la ropa que escogí y removí esta tirada en el piso, justo como la deje, los libros que había estado leyendo la noche anterior se encontraban a un lado de la cama, tirados en el piso, no se habían movido ni un centímetro. La cama estaba perfectamente hecha, sin ninguna arruga ni bordo. Los muebles estaban en su lugar. Todos y cada uno de ellos. Nada faltaba nada ni sobraba.

Sin embargo, se sentía que algo andaba mal. El viento sopla con rudeza y la ventana se abre con un fuerte y atroz sonido. La madera de las ventanas se golpea con la pared y las cortinas se olean con la brisa del viento, el vidrio vibra cuando choca, parece que está temblando.

Doy un brinco.

—Voy a revisar debajo de la cama. — Dice susurrando. Solo audibles para nosotros dos. Asiento lentamente. Tengo los ojos abiertos, escuchando cualquier sonido del exterior e interior. Mi corazón amenaza con salirse de mi pecho.

Alex comienza a caminar muy despacio, haciéndome sentir pánico mientras avanza. Después se inclina, sus muslos se aprietan contra sus chamorros, y agacha la cabeza, con una lentitud indiscutible, toma la tela del acolchonado y en un rápido movimiento la levanta con fuerza. Muy rápido.

Se queda en silencio y sus ojos se mueven por debajo del colchón. Vuelve su mirada hacia mí y niega con la cabeza.

—Nada. — Dice.

Y luego, escuchamos un ruido sordo proveniente del closet, rápidamente mi mirada se fija ahí y miro con terror.

Alex debe ser muy cuidadoso. Es un fantasma y sería muy raro que las puertas del closet se abrieran de la nada, aún, sería mucho peor que alguien estuviese ahí adentro. Le hago señas de que yo voy, ya que está más cerca de mí. Él se horroriza y niega con la cabeza.

—No. — Me dice moviendo los labios, sin formular sonido alguno.

Me muevo, y él se detiene.

Lo miro de nuevo.

—No. — Vuelve a decir, sentenciándome.

Lo ignoro y me acerco al closet con pasos lentos. Mi corazón bombea sangre con rapidez. Mi cuerpo comienza a temblar. Cuando llego a las puertas del closet, me detengo y doy un suspiro, reanimándome a mí misma.

Abro las puertas con rudeza. Sin detenerme ni un segundo.

Nada.

No hay absolutamente nada.

Mi cuerpo se relaja.

—Que insistente eres. — Me dice Alex detrás de mí.

—Tenía que hacerlo. — Respondo.

—Revisa tus cajones.

Hago lo que me pide y comienzo a buscar entre toda mi ropa, seguro alguien coloco algo ahí adentro, o saco algo, no lo sé... pero la tensión es sumamente incomoda. Y no puedo sentirme segura en mi propia habitación.

Remuevo y abulto todo lo de los cajones en una orilla, muevo mi ropa, mis pulseras, mis calcetines, mi ropa interior, ¡todo! Pero, no hay nada.

Seguimos dándole vueltas a la habitación, sin encontrar nada. Mi cabeza comienza a sentirse mareada y todo da vueltas.

Alex aún no ha comentado nada de lo sucedido hace unos momentos.

—Me rindo. — Dice Alex soltando un suspiro de cansancio.

Me dejo caer en mi cama.

—Estoy segura que alguien entro aquí. — Le digo.

—Tengo la misma sensación que tú. — concuerda, él se queda de pie, a un lado de la cama, mientras que yo cierro mis ojos.

—Alex... — Le llamo con los ojos cerrados. — ¿Qué vamos a hacer?

—Hablar con la última persona que nos queda. — Lo comprendo de inmediato.

— ¿Rossie?

—Sí, es nuestra última opción. La única que falta de atestiguar. — Contesta. Asiento comprendiendo lo que dice.

— ¿Crees que nos diga? — Siseo con voz apagada.

—Sí.

—Y, ¿Si es cierto, Alex? — Aprieto todavía más los ojos, el silencio nos inunda. Y después, escucho su voz ronca.

—Te querré más que nunca. — Suelta en un susurro que me hace temblar.

Sonrío.

—No merecías morir. — Las palabras salen de mi boca, casi sofocadas. Tomo aire y comienzo a hablar, de nuevo. —Eres bueno, gentil, amable, y caballeroso..., no debiste Alex. Tú no.

—Se te olvido guapo. — Bromea.

Mis comisuras se elevan.

—Muy guapo. — Confieso sonriendo. Aún con los ojos cerrados.

Amnesia postraumática. Eso pasa por mi mente justo ahora. Y me pregunto, si tal vez, esto

también lo olvidare. Mi estómago siente un retortijón. Por un momento pienso que estoy en un sueño profundo. Que todo no es más que un sueño... o una pesadilla. Pero, con Alex aquí, descarto la idea de ser una pesadilla.

— ¿Hanna? — Dice unos segundos después. Mis ojos se abren. —Te quiero. — Dice.

Mi garganta se seca. Mi corazón se hunde y una especie de murciélagos se alborota en mi estómago.

—Te quiero más, Alex. No sabes cuánto... — Respondo con mis más sinceras palabras.

Él se deja caer a lado de mí. Me giro, y me acuesto de lado, nuestros rostros quedan de frente.

—Pase lo que pase... Juntos. — Su rostro me mira con esos ojos brillosos.

—Sea o no, quiero que me perdones Alex. Yo...

—No digas más. — Su aliento fresco choca contra mis labios. Todo se calienta dentro de mí. Siento una pulsación terrible.

Nos quedamos en silencio y después me quedo mirando sus inquietantes ojos café.

El brillo es especial, su pupila es oscura, casi de color negro, pero el toque del iris de color café, la deshonra, aunque no afecta tanto, de hecho, le da más color iris, haciéndolo lucir más grande. No tardo en preguntarme qué pasaría si Alex se excitara... ¿Cómo se vería su pupila? ¿Se dilataría, acaso?, luego miro su esclerótica..., blanca... increíblemente blanca.

Lo que más me llama la atención es ese brillo, y esas largas y negras pestañas...

Juraría que cada vez que Alex pestañea, un ave abre sus alas para volar. Son magníficas.

El suelta una risita, interrumpiendo mi examinación.

— ¿Qué tanto me miras? — Dice divertido.

—Nada... — Contesto riendo, con el corazón latiéndome a mil por hora. Siento un hueco en él.

El suspira con una media sonrisa.

—Bien.

Y después, me quedo dormida en plena tarde. A plena luz del día.

=====

Capitulo 55.

Me levanto de un brinco. Un fuerte ruido me ha despertado. De pronto, siento un aire frío recorrerme por la espina dorsal, las cortinas se mueven con un ruido sordo, despertándome.

Me levanto, y aunque no hay luz me guío por mis recuerdos, después enciendo la lámpara de la mesita de noche.

La habitación se ilumina.

« ¿Y Alex? ¿Dónde está? ¿A dónde se fue? » Me formulo en mi mente.

Miro el reloj. Marca justamente las dos de la madrugada. El silencio es abrumador y tenso. La corriente de aire frío proveniente del exterior, penetra instantáneamente a la habitación.

Me apresuro a cerrar las ventanas.

Y luego recuerdo.

¿Qué no las cerramos Alex y yo, hace unas horas? ¿Alex las dejaría abiertas, acaso?, rápidamente me respondo; No. Él sabe que es peligroso tener las ventanas abiertas en la noche. Él no las abriría.

Entonces, ¿Quién?

Esta vez pongo el seguro, atrancando la ventana para que no pueda ser abierta desde el exterior, y después comienzo a sentir mi boca seca... Muy seca.

Comienzo a caminar hasta la puerta, y una vez que estoy ahí, le doy un último vistazo a la habitación. Todo en orden. Me giro y salgo en puntillas, sin hacer el menor ruido.

Bajo las escaleras con rapidez, pese a la escasez de luz que hay en la planta baja, mis pies conocen cada centímetro de las escaleras y saben donde pisar. Solo que... Siento una mirada sobre mí. Es penetrante... Incomoda.

Lo ignoro y me convengo a mi misma de que ya he visto un fantasma, ¿Qué es lo peor que puede pasar?

Un ladrón... O un asesino...

Me regaño a mí misma, casi golpeándome el rostro con mis palmas. Debo de dejar de pensar lo peor. Soy muy estúpida cuando me lo propongo. O tal vez... Ya es natural.

Rodeo la sala y casi corro hasta la cocina, mis pies se mueven con agilidad, son rápidos y firmes al piso, es una suerte que no golpee mi dedo gordo con algún mueble. Eso duele.

Mi respiración esta agitada cuando me detengo.

Mi garganta esta todavía más seca. Me pedía a gritos una gota de agua.

La cocina se ilumina cuando enciendo las lámparas. No tardo en soltar un suspiro de tranquilidad. Dios, ¿Qué haríamos sin la luz?

Tomo un vaso de la alacena evitando ver el reflejo de los vidrios... La última vez que vi mi reflejo aquí, fue cuando vi al fantasma de Alex y se me cayó el cereal, yo esperaba que esta vez no hubiera nadie detrás de mí.

Tome el vaso con rapidez y me serví el agua tan rápido como pude, después, me lo bebí de un solo trago.

Se sentía demasiado bien sentir el liquido deslizarse por mi garganta seca. Era un placer increíble.

Una vez que me termine toda y hasta la última gota del agua, deje el vaso sobre el fregadero. Continuamente, me prepare mentalmente para correr en cuanto apagara la luz.

Funciono.

Corrí como loca por toda la casa, sin detenerme ni un solo segundo, mi vida dependía de mis pies.

La verdad era que yo era una miedosa y que espantaba de cualquier sonido común, me sentía algo inmadura por tener dieciséis años y todavía temerle a un monstruo... Tenía miedo de que alguien llegara y me tomara de los pies y me jalara hasta abajo. Eso era terrorífico... Pero claro, solo a mí se me ocurría pensar estas cosas justo ahora. No es que yo fuera demasiado infantil,



sino que ya tenía bastantes experiencias sobrenaturales, y un monstruo definitivamente me sacaría un infarto en cuanto lo viese.

No sé si estaba loca o estaba alucinando, pero parecía que le habían aumentado el doble de escalones, era casi infinita, la sentía eterna con cada vez que subía un escalón. Era interminable.

Pero nada de eso, llegue a la segunda planta y me metí casi corriendo a mi habitación. Era como una guarida de seguridad, este era mi territorio, lo sentía como una parte de mí.

Y luego, la brisa del viento haciendo volar las cortinas. De nuevo, la habitación estaba penetrada de aire frío. La ventana estaba abierta.

No dude.

Intrusión.

Alguien había estado saliendo y entrado a placer a mi habitación.

Mis ojos se abrieron de par en par, casi horrorizados. Mis piernas no dudaron en traicionarme y me comenzaron a temblar como gelatina. No tarde en sentir pánico. El calor subiendo hasta mi rostro.

«Alguien. Había. Entrado. A. Mí. Habitación. En. Medio. De. La. Noche.»

— ¿H-hola? — Tartamudeé. Y luego me di cuenta de lo estúpida que me veía, era ilógico que alguien me contestara. Me quedo quieta, agudizando mi oído.

Silencio.

— ¿Hay alguien? — Pregunto involuntariamente.

Dios, que tonta.

Avance un paso.

Alex no estaba aquí, y sin él aquí o cerca, no me sentía segura... Me sentía... Vigilada.

Le di una mirada rápida a la habitación, revisando que no hubiera nadie más en ella. Cuando lo confirme, me apresure a cerrar la ventana, el aire frío golpeo mi rostro, haciéndome sentir un escalofrío desde los pies hasta la cabeza, haciéndome temblar. Esta vez, y para mayor seguridad, -O eso creía.- la asegure con un candado.

Después comencé a divagar.

El aire, tal vez. O, ¿No la cerré bien?, probablemente las ventanas eran viejas y ya no servían, sí, eso debía ser.

O alguien definitivamente entro, pero, ¿Quién? Y, ¿Por qué?

Un ladrón no era. Lo descarte de inmediato, si hubiese sido un ladrón se hubiera llevado las cosas materiales, ¿Verdad? Y, ¡NO! Todas mis cosas están aquí. No faltaba ni sobraba.

Me acuesto, todavía con las piernas temblando con insistencia. Sin control.

Me pongo las sabanas encima, sintiéndome acalorada.

¿Quién sería? O, ¿Qué sería?, ¿Una alucinación mía?

Y luego, mis ojos se abren, ¿Y si lo olvide? No. No. Eso no. Lo recordaba perfectamente. Yo había cerrado la habitación. No estaba loca.

Me levanto de repente, sin poder conciliar el sueño y por inercia, busco un cuaderno y una pluma, y sin poder detenerme, las palabras comienzan a escribirse por sí solas. Me siento en mi escritorio y pongo la libreta a un lado del teclado. Comienzo a escribir los antecedentes de Kate, de Ryan, Zet, Cara, Sarah, Tom, Kareem, y de mi madre, también.

Escribo todo lo que se sobre ellos, redacto brevemente todo lo que paso con ellos en las últimas semanas. Anote sus nombres, sus características, su forma de ser, su actitud, absolutamente todo, y también escribí porque se relacionaban con la muerte de Alex.

Incluso escribí sobre mi madre, anote la desconfianza que sentía hacia ella, y porque, de un momento a otro, se había vuelto una sospechosa más.

La cabeza me daba vueltas, pero mi mano no soltaba la pluma y me obligaba a no parar. La tinta me controlaba.

Incluí a los papás de Alex. A Rossie; su forma tan dulce de ser, la forma en la que me hablaba y su increíble belleza deslumbrante con ese cabello rubio. A George: Sus ojos azul profundo, su mirada terrorífica y su voz ronca y firme con cualquier palabra.

Alex no fue la excepción.

Escribí cada parte de él, cada centímetro de su cuerpo. Los ojos café. La mirada dura. Su inestable y muy desprevenida llegada a mi vida. Lo escribí todo sobre él, no me faltó ni me sobro nada. Me lleve cuatro páginas en escribir sobre él.

Por mas masoquista que sonara, quería recordar a Alex siempre. Quería recordar este dolor en mi corazón ahuecando y retorcido.

Alex era todo para mí.

Tuve miedo de olvidarlo todo. De que la amnesia se hiciera más grave y no recordara nada más. Por eso escribía esto.

Después de que termine de escribir, y mi mano me dejó en paz, cerré la libreta, y después con pasos lentos y cansados, camine hasta la cama. Levante el colchón y guarde la libreta, la puse en medio de la caja de condones que me había dado mi madre y entre la fotografía de Eric, el tío de Alex.

Sonreí cuando vi la caja de condones. Instantáneamente recordé el rostro pícaro de Alex cuando vio la caja. Solté una risita cansada y deje caer el acolchonado. Mi cuerpo se dejó caer encima de este.

Si olvidaba esto, aquí estaba este cuaderno para recordármelo. Para eso estaba escrito. Era su único objetivo.

Apenas estaba cerrando los ojos cuando la alarma sonó.

Los abrí casi a fuerza. Mire el reloj de la mesita de la noche y, ¡SEIS DE LA MAÑANA!

— ¡Debe ser una broma! — Exclame. Mis ojos casi se cerraban.

=====

...

Agradezco tu visita, te recuerdo que esta historia no ha sido editada ni corregida, por tanto, habrá errores ortográficos.

Gracias por leer<3.

=====

## Capítulo 56.

Me duche con agua fría, para despertar y activarme, pero en cuanto caen las gotas frías sobre mi piel, me arrepentí de inmediato. Me cambie lo más rápido que pude, y esperaba que hubiera café preparado para despertar a mi cuerpo. Ya que parecía que estaba de rebelde, aunque, tenía sus motivos, no le había dado las horas de sueño que necesitaba.

Cuando termine de vestirme, arregle lo mejor que pude a mi habitación. O un intento de arreglo...

—Buenos días. — Dice alguien detrás de mí, haciéndome saltar un poco por la sorpresa. Me doy la vuelta.

— ¡Alex! — Sonríó de inmediato.

— ¿Cómo dormiste? — Pregunta moviéndose por la habitación sigilosamente, con las manos en los bolsillos delanteros.

—Bien. — Miento. Estoy a punto de preguntarle que sin él durmió bien, pero decido omitirlo. — ¿Alex? — Le pregunto mientras acomodo mi cabello.

— ¿Qué pasa? — Su tono es preocupado.

—No nada... — Trago un poco de saliva y cambio la dirección de mis ojos hacia la ventana.

—...bueno... Quería saber si tú entraste ayer por la ventana, es que deje cerrado y cuando baje por un poco de agua y regrese, estaba abierta, y creí que tú habías sido. Él no tarda en responder.

—No, estuve en la habitación de al lado. — Responde sin vacilar. — Espera... Si tú dejaste la ventana cerrada, y luego estaba abierta y yo no fui, entonces... ¿Quién? — Su mirada se vuelve preocupada. Me encojo de hombros e involuntariamente pongo un dedo en mi boca y comienzo a

morder la uña.

— ¿El aire? — Intento decir sacando mi dedo de la boca.

— ¿La cerraste con seguro?

—Sí.

—Entonces no fue el aire, Hanna. — Su tono es ahogado. Sus dedos se mueven por su cabello desordenado.

—Pero, no había nadie... Fue igual que ayer en la tarde, no se llevaron nada, ni dejaron algo. Todo estaba normal. No había indicios de robo.

—Pero si indicios de allanamiento a la morada. — Dice frustrado. Molesto, tal vez.

— ¿Lo crees? — Le pregunto dudosa.

¿Quién y para qué entraría a mi habitación? Lo único que tenía de valor era la computadora y el televisor, de ahí a más, no tenía.

—Sí. Alguien que no soy yo está invadiendo tu privacidad. Hay que cerrar la ventana con seguro.

— Se encamina hasta la ventana. Mi boca se abre.

—Le puse un candado ayer. — Le explico brevemente. Él asiente.

—Eso servirá, por ahora. — Dice asegurándose de que el candado este bien puesto.

—Hoy vamos a ir con mi madre. — Me recuerda mientras aprieta el candado con fuerza. Después me mira, esperando una reacción de pánico, pero no tengo esa sensación ahora, más bien, es

nerviosismo. Él toma una fotografía que está en la mesita de la noche con sus dedos firmes y seguros.

Suspiro.

—Lo sé, estoy algo nerviosa, Alex. Estoy temiendo lo peor. — Confieso con tono ahogado.

Alex vuelve a dejar la fotografía en su lugar y se gira para mirarme.

—Yo tengo ese presentimiento de que mi madre nos dirá la verdad. No te preocupes, todo estará bien.

"Bien" ya no era una palabra fácil de decir, o de sentir. Se sentía lejana a mí. A Alex.

Asiento dudando. Alex solo quería tranquilizarme, él sabía cómo era. Con cualquier cosita mínima, me estaba dando un ataque de pánico. Era muy vulnerable. Ambos lo éramos.

— ¿Y si ella también nos oculta la verdad? — Mi voz suena asfixiante. Siento como si el oxígeno se acabara y no hubiera suficiente para respirar.

—No lo hará, la conozco desde hace diecisiete años, primero, es igual que tú Hanna, no sabe mentir, y ella es demasiado sincera con todo el mundo, y segundo, mi madre quería que te contarán la verdad, ¿Recuerdas cuando escuchamos la pelea entre Emma y mi madre?, ella dijo que si Emma no te contaba la verdad, entonces mi madre lo haría... así que... ¿Por qué te la ocultaría? Si tanto ansiaba que te dijeran la verdad, esta es su oportunidad, ella nos lo dirá. Solo confía. — Dice cautelosamente, con una seguridad increíble en cada una de sus palabras. Mi cuerpo se relaja.

Es cierto, lo habíamos escuchado todo, y definitivamente Rossie no perdería la oportunidad para decírmelo ¿verdad?, pero tenía la pequeña espina clavada, ¿Ella que tenía que ver en esto si no se trataba de Alex? Y, ¿Qué era lo que yo tenía derecho a saber?

Todo me daba vueltas en la cabeza, y sin embargo, no lograba llegar a una conclusión correcta y acertada. Sino todo lo contrario, me confundía más y más.

—Eso espero. Rossie es la clave a todo. — Respondo.

Quito el dedo de mi boca y la uña que tenia parece haberse hecho más pequeña. Tomo la mochila que está debajo de la cama y me la cuelgo a los hombros.

La trampa ya esta lista. Ya coloque las almohadas como el anterior día, para que mi madre no sepa de cuenta que no estoy... Y peor aún... Que estoy con Rossie.

Si se llega a enterar de que rompí mi promesa, seguro me mata.

Pero por lo menos, ya voy a saber la verdad. Así que... El gato murió sabiendo.

— ¿Estarás en la salida? — Le pregunto.

—Sí, te esperaré afuera.

—Bien. Te veo ahí. — Le digo para comenzar a salir de la habitación.

— ¿Hanna? — Me llama antes de salir. Me giro de nuevo. Sus ojos destilando ese brillo especial.

— ¿Sí?

— ¿Puedes hacerme un favor?

— ¿Otro? — Bromeo y ambos soltamos una risa suave, silenciosa...



—Es sobre Kate. — Dice.

Kate. Su nombre haciendo eco en mi mente.

Mi estomago se retuerce y finjo una sonrisa suave.

Aún odiaba a Kate, bueno, no era una especie de odio, sino que me molestaba que Kate no utilizara su cerebro en varias ocasiones, es decir, ella era muy inteligente cuando se lo proponía, pero a veces su belleza la traicionaba y la hacía lucir como una Kate tonta y hueca. Y ella no era así. Yo lo sabía. La vi ganar hace tres años en la feria de la ciencia, realmente me había sorprendido su imaginación, y no, no fue el típico volcán, ella hizo algo más que eso. Y después, el maquillaje le había ganado. Y siento decir esto, pero ella si era rubia natural. No me sorprendería que este año gane como Reyna del baile de graduación.

Le agradezco mentalmente por arruinar el momento mágico y sonriente con Alex.

—Claro. — Me sorprendo por la facilidad de mis palabras.

—Dile que es libre de amar a quién ella quiera. — Dice sin explicarme nada más. Y luego traga saliva dificultosamente mientras se mueve nervioso.

—Bien, yo le digo. — Digo con naturalidad. Me sentía un tanto feliz. Alex estaba dejando ir a Kate, y eso me hacía saltar de alegría.

—Y, ¿Hanna?

— ¿Si?

—Dile que encontré a un ángel para amar.

Celos. Eso sentí en ese momento, ahora entendía porque no estaba conmigo en algunas

ocasiones, ¡Un ángel! ¡Se estaba viendo con un ángel mientras jugaba conmigo!

Un nudo se formó en mi garganta.

Decepción. Eso me gritaba mi mente y mi corazón. Me sentí estúpida por creer que algo podría pasar entre un fantasma y yo, ¡Qué ilógico! ¡Qué tonta eres Hanna Reeve!

Mi corazón sintió un hueco de inmediato, y todo comenzó a doler dentro de él.

—Yo... Sí... Sé lo diré. — Mi voz sonó fría. Mi rostro se había congelado y no podía mover ni un solo músculo de él. Alex hizo una mueca mientras fruncía su ceño, parecía no comprender, unos segundos después su rostro se suavizó y luego comenzó a reírse con voz tosca. Lo fulmine sin entender, ¿Qué? ¿Se estaba burlando de mí? ¿Estaba jugando conmigo?

—Hanna... — Dice sonriendo. —Ese ángel para amar eres tú.

Mi corazón se detuvo. Y no pude tragar ni una sola gota de mi saliva. La garganta parecía no funcionar, justo ahora. Mi cuerpo se había quedado en shock. La sangre se me subió desde los pies hasta la cabeza y sentí mis mejillas calentarse, sintiendo toda la presión de la sangre en mi rostro. Quise detener el rubor en ellas, pero fue en vano, eso le atribuía más y me hacía sentir más acalorada. Todo se calentó dentro de mí.

—Oh. — Es lo único que logro decir.

— ¿Te veo más tarde? — Dice intentando sacarme de mi trance.

—S-sí. — Murmuro. Me doy la vuelta y cuando comienzo a caminar, las piernas me fallan.

En el instituto todo iba bien. O eso al menos hasta ahora, no había nada extraño ni fuera de lo común. Era un simple instituto con mil estudiantes viniendo de aquí para allá. Con las palabras de Alex me resultaba difícil concentrarme en las clases. Las procesaba en mi cerebro una y otra vez. Era increíblemente doble estúpida por creer que Alex estaba enamorado de un ángel, ¿Los

ángeles existían, por lo menos?

Diría que ni siquiera había anotado la fecha del día de hoy en mis cuadernos, me distraía cualquier sonido o movimiento, las clases me resultaban aburridas e inútiles, aunque no era así. Estábamos en exámenes finales, y cualquier tema que viéramos en estas fechas era muy relevante.

Lo único extraño ahora, era que Cara no había venido a la clase de literatura, que era una de las clases que compartíamos. Ella no faltaba mucho a clases y si lo hacía era por razones muy personales y urgentes, debo admitir que a pesar de todo, me preocupe. Pero luego me molestó, tal vez ella me estaba evitando a toda costa como Zet y Kate. No lo dude. Era lo más seguro, siempre huía de sus problemas. Y a mí realmente me urgía hablar con ella. Quería aclarar todo este tema confuso.

— ¿Hanna? — Pregunta alguien detrás de mí. Me giro pasando desapercibida.

— ¿Tienes un lápiz? — Pregunta Tom, de nuevo, lleva esa bufanda al rededor de su cuello, parece enfermo, tiene los ojos rojos e hinchados, su suéter es demasiado grande y le cubre todo el torso. Así no estaba en la reunión de la casa de Zet. Algo andaba mal. Opte por examinarlo más con suma indiferencia y despistadamente. Tiene muchos lunares en el rostro, no son pecas ni nada por el estilo, sus cabellos castaños están peinados hacia arriba, hay un montón de ellos, parecen ser picos en su cabeza creado por su cabello, luego, me fijo que tiene una cicatriz en el ojo izquierdo, es casi invisible.

— ¿Hanna? — Vuelve a preguntar. — ¿Tienes un lápiz?

—Mmh, sí. — Me quedo sumida en su cicatriz y eso parece incomodarlo, porque me da una mirada molesta. Me giro y tomo mi lápiz. Yo no lo estoy ocupando, así que, ¿Por qué no?

—Toma. — Estiro mi brazo y él lo toma desinteresadamente.

—Gracias. — Murmura y continuamente comienza a escribir en su libreta. Escribe en cursiva, y tiene una letra demasiado formal y fina. Me quedo observándolo.

— ¿Hanna? — Alguien dice. — ¿Tienes algún problema?

Giro mi mirada y la profesora me mira con cautela. Ella siempre está molesta, así que, no importa tanto.

—No. — Respondo.

— ¿Puedes decirme que acabo de decir?

¡Maldición! ¿Por qué de todos los alumnos me tenía que preguntar a mí?

Rápidamente todos pusieron sus miradas sobre mí, haciéndome sentir nerviosa. Los músculos se me tensaron.

—La tarea. — Escucho un sonido detrás de mí, casi un balbuceo.

Me arriesgo.

—Estaba hablando sobre la tarea. — Respondo tratando de no lucir nerviosa.

— ¿Y qué es de tarea?

Espero que la voz llegue, pero nada. No se escucha de nuevo.

— ¿Hanna? ¿Qué es de tarea? — Insiste presionándome.

—Un ensayo. — Susurra la voz.

—Un ensayo, profesora.

Ella levanta su cabeza en forma de poder y levanta su pecho.

—Próxima llamada de atención y te irás a detención. — Dice con su voz gruesa y vieja. La profesora sigue escribiendo en el pizarrón. Los rostros vuelven a sus cuadernos, y nuevamente, todos vuelven a ignorarme.

Me giro.

—Gracias Tom. — Murmuro por lo bajo. Él sonrío.

—Tómalo como agradecimiento por el lápiz. — Dice con voz dulce, muy provocativa, también. Involuntariamente sonrío asintiendo.

Y luego, un golpe duro y sordo hace que todos saltemos de terror.

La puerta se ha azotado, cerrándose de un portazo, pero no hay viento, y no hay nadie a esta hora en los pasillos, todos estamos en nuestros respectivos lugares y la profesora esta a casi dos metros de distancia de la puerta, nadie pudo haber sido tan rápido para cerrar la puerta y volverse a sentar.

Conclusión: Alex.

=====

Capitulo 57.

Finalmente el timbre suena, y antes de que pueda toparme con alguien, salgo casi corriendo.

Cuando estoy llegando a la puerta del instituto, veo a Alex recargado en un árbol, sus brazos están cruzados.

Le sonrió. Mis comisuras se elevan cuando veo el pálido rostro de Alex.

— ¿Hanna? — Alguien toca mi hombro. Doy un salto y me giro.

Kate.

—Hola. — Le saludo con tono frío. Sus ojos azul me miran cautelosos y luego miran hacia donde esta Alex, continuamente, vuelve a regresar su mirada a mis ojos.

— ¿Quién está ahí? — Pregunta dudosa. Sus cabellos rubios están caídos en sus hombros y forman ondas naturales. El brillo en sus labios es neutro, no mucho ni poco.

Me toma con la guardia baja y con bastante sorpresa.

— ¿Qué? — Pregunto fingiendo no saber. —No hay nadie, no sé a qué te refieres.

—Le estabas sonriendo a alguien de ese lado. Justo en ese árbol... — Señala el árbol en donde esta recargado Alex. Él al ver que Kate lo apunta con el dedo se sobresalta. — ¿Está todo bien?

Asiento.

—Sí. Y-yo, le estaba saludando a alguien más, pero ya se fue. — Mi voz sale nerviosa.

Un momento, ¿Por qué le estoy dando explicaciones a Kate?

—Oh, bueno, yo solo quería saber si estabas bien, eso es todo. — Dice mirándome con preocupación. Sus ojos se vuelven de nuevo al árbol y frunce su ceño sin entender. Doy un suspiro tenso. El aliento se me ha congelado.

—Estoy bien. — Intento darle una sonrisa de tranquilidad. Ella me mira muy directamente a los ojos y luego asiente.

—En ese caso, nos vemos después.

No me despido y comienzo a caminar con paso rápido evitando a toda costa mirar hacia el árbol, todavía siento la mirada de Kate sobre mí.

Le doy una mirada a Alex y él lo capta, comienza a caminar inseguro, hasta que me alcanza. Se pone a un lado de mí y me da una mirada de preocupación.

— ¿Qué pasa Hanna? ¿Por qué me apunto? ¿Ella me puede ver? — Dice ansiosamente.

—No. — Murmuro. Camino sin voltearlo a ver y sin mover mucho la boca mientras hablo. Varios estudiantes ya están aquí afuera y no quiero que me hagan un interrogatorio sobre con quien estoy hablando.

—Entonces, ¿Qué sucedió?

—Espera. — Le digo agachándome, tratando de tapar mi boca.

Una vez que estamos lo suficientemente lejos, él comienza a interrogarme con desesperación.

—No Alex, ella no puede verte, te estaba sonriendo y ella se percató, me pregunto que quien estaba ahí y porque estaba sonriendo. — Le explico rápidamente.

—Le mentiste, claramente.

—Sí.

—Bien.

Comienza a tranquilizarse. Yo suelto un suspiro de frustración. Uf, por poco y me tachan de loca, o peor.

Comenzamos a caminar hasta la mansión de papá de Alex, y la verdad, no estaba nada lejos, a este paso llegaríamos en diez u ocho minutos, el camino era corto porque no había mucho tráfico en esta área, y aparte el piso era plano y fácil de caminar, no había piedras, ni arena, o lodo... Y sobre todo, también porque era una propiedad privada y se circulaba con mayor seguridad y precaución y las personas ya eran mayor de edad y casi no salían de sus hogares.

— ¿Alex? — Lo llamo.

— ¿Sí?

— ¿Tú puedes sentir? — Pregunto de repente.

— ¿A qué te refieres? — Dice sin comprender.

La brisa del viento golpea a mi rostro suavemente. Me aclaro la garganta.

—Mmh... Me refiero a que si puedes sentir felicidad, tristeza, enojo o celos... — La última palabra casi la murmuro. Sale más bien como un susurro balbuceado.

—Creo, sí. ¿Por qué lo preguntas?



Me mira curioso.

—Entonces, ¿Si puedes sentir? ¿Qué tal los golpes físicos? ¿También puedes sentirlos? —  
Invado su pregunta. A él no parece importarle.

—No, eso no. — Se ríe suavemente. — Soy un fantasma, los sentimientos sí, es decir, puedo sentir la desesperación, los nervios, o el pánico... — Levanta una ceja y luego la vuelve a poner en su lugar. —El dolor físico no lo creo. A veces puedo atravesar las cosas y otras no... Es extraño.

—Ya veo.

— ¿Por qué lo preguntas?

—Curiosidad. — Respondo rápidamente antes de que me interrogue y me haga decirle la verdad.

Entonces, Alex estaba celoso, por eso había cerrado la puerta de un portazo. Estaba segura de que nos había visto a Tom y a mí hablando sobre el lápiz y sobre la tarea. Bueno, en realidad, no sabía si eran celos o enojo...

Esperaba que fueran celos.

—Curiosidad... — Dice sonriendo.

—Sí. Curiosidad. — Le afirmo.

— ¿Hanna, de verdad no recuerdas el nombre de tu padre?

Lo pienso y lo busco en mi mente, intentando encontrar algo útil, pero nada... No lo recuerdo.

—No. Estaba muy pequeña, Alex. — Contesto justificándome. Desde los cinco años que no tenía un padre, y durante esos cinco años no lograba tener una visión perfecta de su rostro, casi siempre eran manchas o una silueta. Nunca podía reconstruir su rostro por más que lo intentara. A veces tenía recuerdos, pero eso no significaba que le veía un rostro, las voces y los sonidos del exterior estaban ahí, pero nunca su rostro, o su nombre.

—Lo entiendo, pero, ¿Por qué nunca se lo preguntaste a tu madre? — Insiste. Sus dedos se vuelven a meter a sus bolsillos delanteros. Su jean ajustado lo hace parecer un chico malo y dulce al mismo tiempo.

—Si se lo pregunte. — Respondo.

— ¿Y? ¿Qué te dijo?

—Ella nunca quiere hablar del tema, cada vez que le mencionaba la palabra padre, ella se ponía a llorar y a maldecir. — Un vago recuerdo me llega a la mente. Cuando le pregunte por última vez, ella comenzó a llorar, incluso más que otras veces, dijo que él no había sido un mal padre, pero que cuando murió, nosotros debíamos de irnos a otro estado. Ya no quise preguntarle, porque sus lágrimas eran incesantes y yo no quería que llorara.

—Bueno, supongo que debes de saber por lo menos cuando murió...

—Sí. — Le interrumpo.

— ¿Cuándo? — Pregunta desesperado. Sus ojos destellan interés.

—En 1997. — Digo en susurro. Recordaba esa fecha como nunca. Era una de las más importantes y siempre estaba grabada en mi memoria. Extrañamente, nunca la olvidaba. Alex da un brinco sobresaltado. — ¿Qué pasa Alex? — Pregunto asustada al ver su rostro todavía más pálido. Mis ojos se abren.

—Mi tío Eric murió en 1997. — Me explica con terror mientras sus ojos café me miran inquietos.

— ¿Visitaste la tumba de tu padre? — Pregunta inestable.

—No. ¿Tú visitaste la de tu tío Eric? — Lo miro con ímpetu.

—No, ya te había contado que ni siquiera me dejaron ir a su funeral. — Asiento comprendiendo sus palabras. No lo había olvidado, todavía.

—Lo siento. — Vuelvo a decirle.

—Está bien, estoy bien, quiero decir, ¿Sabes en que día murió? — Pregunta con interés, dejando de lado lo de su tío Eric.

—Murió el 23 de Marzo.

El suelta un suspiro de decepción.

—Oh. — Dice a penas.

— ¿Por qué? — Le pregunto.

—Creí que... Es solo una teoría...

Oh no. Aquí iba con sus teorías. Esto no era bueno, aunque ya me imaginaba cual era.

—Tal vez tú eres hija de mi tío Eric, pero las fechas no coinciden y aparte tú lo conociste y yo también, así que si es el mismo, no podía estar en dos lugares.

Me río nerviosamente.

—Cada vez tus teorías me dan más miedo. — Mi voz tiembla. —Te estás empeñando en que somos familiares, y no lo somos, somos muy distintos. Tu familia es rica, tienes un padre millonario y una madre encantadora, mi madre y yo apenas tenemos lo suficiente, y vaya que no me estoy quejando. — Agrego con rapidez. —Lo que quiero decir, es que ni en un mundo paralelo tú y yo podemos ser familia. Es absurdo, Alex. A veces te ciegas por las coincidencias. — Le digo.

—Lo sé, lo sé. Pero si lo vieras desde mi perspectiva, tal vez pensarías lo mismo que yo.

—Tal vez. — Respondo.

—Solo piénsalo, ¿De acuerdo?

—De acuerdo. — Mis ojos amenazan con cerrarse por la falta de sueño. Me golpeo suavemente con mi palma, intentando despertarme.

Seguimos caminando, hasta que por fin, llegamos a la privada de Alex. O más bien a la mansión privada de su padre.

Toco un botón y después se escucha una bocina con una voz aguda.

—Diga.

—Quiero hablar con la Sra. Rossie. — Le digo.

— ¿Quién la busca? — Dice la voz dentro de la bocina.

—Hanna Reeve. — Contesto.

—Un momento. — Suenan dos sonidos y después la bocina se apaga.

— ¿Es necesario todo esto? — Le pregunto a Alex con una sonrisa frustrada.

—A mí no me digas, culpa a mi padre. Él quería seguridad en la mansión...

—Yo apenas tengo un timbre. — Me río en voz baja. Me avergüenzo y siento un terrible calor en mi rostro sonrojado.

Alex se ríe.

La bocina vuelve a encenderse.

—Adelante, por favor. — Dice cortante y fría.

La puerta se abre. Recuerdo que el día del funeral de Alex las puertas estaban abiertas y no era necesario tanto drama. Mi corazón se detuvo por un momento.

La respuesta a todo era Rossie.

=====

Capítulo 58.

La mansión sigue igual, el olor es a limón, igual que la primera vez que estuve aquí.

—Por favor señorita, por aquí. — Me dice una señora de cuerpo corpulento y con un moño en el cabello, tiene el cabello mas rojo que he visto en toda mi vida, el de Sarah era color zanahoria, pero este, definitivamente era rojo carmesí.

Lleva su uniforme de servicio, que consta de un vestido negro con un mandil blanco atado a la cintura. Lleva un par de llaves colgando sobre el mandil. Lucen muy pesadas.

—Es el ama de llaves, su nombre es Mariana. — Me anuncia Alex a un lado de mi.

—La Sra. Rossie me ordeno que la llevara a la sala principal. — Dice con tono suave mientras la sigo con paso rápido. —Por aquí. — Damos vuelta por un salón y hay un pasillo enorme. Al ver mi cara de confusión, Alex comienza a hablar.

—Primer salón a la derecha, cuarto de juegos, cortesía de mi padre en mi doceavo cumpleaños, nunca lo utilice. — Explica. —Era demasiado infantil, creo que no sé dio cuenta que ya no tenía ocho años. — Se ríe. Intento mantenerme callada para que Mariana, la ama de llaves, no sé de cuenta de mis gestos y risas. —Segunda puerta a la derecha, salón de castigos. Definitivamente ese era para mí. Nada de televisión, ni radio, ni ningún electrodoméstico. La verdad que el castigo sirvió, me portaba mal y me mandaban al salón de castigo, pero lo que no sabían era que ahí era donde más me divertía. El ultimo salón de la derecha es la oficina de mi madre, ahí guarda nuestros documentos, a veces se la pasaba todo el día ahí. Nunca supe que hacía. Tal vez escribir.

Asiento intentando guardar toda la información que Alex me da.

—Primer salón de la izquierda. — Señala cuando pasamos por ahí, es un salón grande y espacioso, tiene una sala antigua y bien cuidada, una alfombra blanca esta tendida en los pisos de mármol del salón, una enorme lámpara cuelga del techo. Hay unos cuantos cuadros alrededor, algunos son paisajes y otros son solo rostros desconocidos para mí. Al fondo había una pequeña cantina bien surtida, y bien decorada. Había de todo tipo de alcohol. —Es donde regularmente se atiende a las visitas, o a los socios de mi padre. — Continúa Alex. Caminamos un poco más hasta que llegamos a una sala todavía más grande.

—Y... Esta es la sala principal. Solo para familiares y esas cosas. — Anuncia Alex como si fuera un experto.

—Bonita sala. — Logro decir. Mariana me sonríe y me hace pasar.

— ¿Gusta algo de beber?

—No, gracias. — Digo con nerviosismo. De nuevo, las manos me comienzan a sudar. Mariana asiente.

—Estaré cerca de aquí para lo que necesite. La señora Rossie no tarda en bajar.

Después, da la vuelta y se va con una media sonrisa. Supongo que una sonrisa forzada.

— ¿Qué te parece? — Dice Alex.

Mi boca se abre.

—Me siento una hormiga en esta casa, es enorme, Alex.

—Bastante, yo no he logrado terminarla de conocer. Y ahora menos.

— ¿De verdad? — Pregunto sorprendida.

Este salón es doblemente más grande que la anterior sala, tiene un televisor enorme y un sillón casi de dos metros, no me sorprendería que mi baba estuviera saliendo ahora. Los pisos están en perfecta limpieza, parece que nadie ha pisado nunca aquí. Los cuadros son más extravagantes en esta habitación, hay incluso un ángel desnudo, tendiendo una mano, y también una pintura de una sirena semidesnuda sentada en una roca a orillas de un mar. Los colores son brillantes y llamativos. Increíbles. Y luego, hay otro cuadro que llama mi atención.

Es la familia de Alex y está colgada justo al centro de una de las paredes, el marco parece estar hecho con el mismo material que la pared, tiene una figura extraña alrededor de la pintura. Pareciera que fue hecha con yeso, o algún material similar.

Rossie está sentada en una silla, mientras que George está detrás de ella, tomándola de los hombros con suavidad, el cabello rubio de Rossie está peinado hacia atrás, con una coleta y una diadema de... ¿Diamantes? No lo sé, pero era una diadema muy brillante y llamativa. Su vestido rojo resaltaba su silueta y su busto, diría que más bien parecía una modelo retirada. Era muy bonita y joven. Alex estaba a un lado de ella, estaba de pie, muy cerca de George y de Rossie, él llevaba un traje negro con una corbata azul, que debo de admitir, se le veía bastante bien. George estaba sonriendo, se veía bastante feliz, al contrario de Alex, parecía que lo habían obligado a estar ahí. Su gesto de molestia lo hacía lucir gracioso.

—Te queda bien el traje. — Le digo con una sonrisa.

— ¿Lo crees?

—Sí.

Después me vuelvo a mi lugar porque comienzo a sentirme incomoda y entrometida.

Pasan unos minutos y ni Rossie ni Marina vienen para acá. Comienzo a desesperarme. Me tranquilizo pensando que tal vez llegue en un mal momento y que Rossie se estaba duchando... O algo así.

Comencé a divagar mientras pasaban los minutos. Luego, el timbre de la mansión llegó hasta mis oídos. Alex y yo nos miramos. Él se encogió de hombros sin entender.

—Tal vez un vendedor, nadie viene a tocar aquí. — Dice.

Asiento. Después, unos pasos y unos murmullos comenzaron a escucharse en el otro lado de la sala. Eran varias voces y un montón de pasos revueltos y diferentes.

—Voy a ver quiénes son. — Dice Alex poniéndose de pie.



—Alex... No me quiero quedar sola aquí. — Señalo. —Déjame ir contigo. Él se lo piensa.

—Bien. Solo intenta no hacer ruido. — Asiento comprendiendo. Salimos de la sala y comenzamos a caminar de regreso al salón de visitas. Los murmullos comienzan a hacerse más fuertes. Cuando estamos lo suficientemente cerca, Alex se detiene.

—Shh. — Dice poniéndose un dedo en medio de los labios. La adrenalina comienza a correr por mis venas.

Me asomo con cautela, haciendo el menor ruido posible. Hay seis personas en la habitación. Una chica más joven que yo, tal vez unos trece o catorce años, sus cabellos son rubios y ondulados, y están perfectamente ordenados y aseados. Tiene la cara delgada y fina. A lado de ella hay una mujer todavía más rubia, su piel es blanca, casi pálida. Tiene los ojos mas azul que haya visto en toda mi vida. Tiene un increíble parecido a la chica rubia. Luego, esta una mujer de cabello negro, lleva una falda del mismo color, con unas zapatillas negras y muy altas, debe de tener unos cuarenta años, igual que la rubia anterior tiene los ojos azul. Son casi idénticos. A lado de ella, esta un hombre alto y moreno, muy musculoso, tiene los ojos café y mira inquieto de un lado para otro.

Al fondo, puedo reconocer a George. Y con él está un hombre alto y guapo, tal vez de unos cuarenta y siete años o menos, su cabello es negro profundo, casi igual al de la anterior mujer de falda negra, tiene la nariz fina y respinga en la punta, y tiene los labios delgados y rojos como una cereza, lleva un traje de color negro justo a su medida con una corbata azul... Igual que sus ojos.

Me sumo en mis pensamientos cuando termino de examinarlo. Me parece vagamente familiar, como si ya lo hubiese visto en algún lado.

Pero, ¿Dónde?

Esos ojos, y ese rostro... Esa sonrisa inocente... Yo lo he visto, estoy segura. Solo que ahora es un poco diferente, un poco más viejo, tal vez...

Miro a Alex para ver si está pensando lo mismo que yo. Él me da la misma mirada de confusión, sus ojos se vuelven fríos y tensos. Veo la respuesta en sus ojos llenos de terror.

Y luego, lo recuerdo. Sé donde lo he visto. La fotografía.

—Eric. — Decimos al unísono con las voces temblándonos, mi cuerpo siente una corriente de aire frío por todo mi cuerpo, y después ambos quedamos en shock. El fantasma de Eric está aquí. Pero, hay un problema, está hablando con George...

¿Es una broma, acaso?

=====

Capítulo 59.

Un momento...

Eric está muerto.

¿Qué hace aquí? ¿Acaso también es un fantasma? O es que... ¿Realmente nunca murió?

Le doy una mirada rápida a Alex. Él no se mueve, sus ojos se quedan mirando a un solo lugar, el brillo especial ya no está, ahora son solo ojos café opaco, muy apagados... él mira directamente hacia donde está Eric. Lo mira con profundidad. Como si no lo reconociera.

Tristeza, esa es la palabra.

— ¿Alex? — Susurro.

Él parece petrificado. Inocente. Su mirada me hace imaginarlo como cuando era pequeño. Sus ojos reflejan angustia y traición. Dios. A Alex le mintieron sobre su tío Eric. Él está vivo, por eso no lo dejaron ir a su funeral, por eso nunca lo volvió a ver, pero... ¿Por qué? ¿Por qué le ocultaron algo tan grave cuando sabían que Alex amaba a su tío Eric? ¿Por qué le mintieron de esa manera?

Alex me había contado que Eric era su tío favorito, le ayudaba con las tareas y le traía muchos juguetes, y también me contó que desde los seis años nunca lo volvió a ver, porque murió y nunca regresó.

Y ahora...

Ahora estaba aquí, de pie. En carne y hueso. Vivo.

—Hey.... — Le vuelvo a llamar. Sigue sin moverse. —Alex... Respóndeme, por favor.

Sus ojos se mueven intranquilos, viendo cada parte de la habitación, y casi podría jurar que iba a llorar. Sus ojos comenzaron a cristalizarse, podía ver como las lágrimas iban a salir de su pálido rostro. Mi corazón dio un vuelco terrible, sentí que un millón de murciélagos me golpeaban con sus alas al mismo tiempo, pero eso no era todo, sentía como sus alas tenían espinas y me las clavaban en cada parte del interior de mi estómago. No me imaginaba como se sentiría Alex en estos momentos.

Pero luego, él tomo una buena respiración y comenzó a moverse. Sus omoplatos se veían tensos. Volvió a la realidad, como si hubiera despertado de un sueño profundo. Sus ojos se mueven de arriba abajo, conteniendo las lágrimas próximas.

—Dime que estás viendo lo mismo que yo. — Su voz sale aguda, casi inaudible.

Alex se ve vulnerable. Lo está.

—Estoy viendo lo mismo que tú. ¿Estás bien? — Me apresuro a decirle. Le miro con preocupación mientras mis ojos se abren con expectación. Lo observo con cautela. Mis ojos

intentan hacer contacto con los suyos, pero él los evita mientras ve hacia otros lados. Mi corazón se rompe en mil pedazos.

—Yo... yo, sí. Estoy bien. — Su voz sale distante. Se mueve un poco, alejándose de mí. Su pecho sube y baja frenéticamente.

Mentía por supuesto.

Cuando alguien está "bien" es porque está mal.

Alex definitivamente estaba mal. Y yo no sabía que hacer o que decirle. Quisiera ser él, Alex siempre sabía que decir en momentos como estos. Era como esas veces en los funerales, nunca sabías que decir realmente. Y yo no le diría a Alex "Ve el lado bueno, está vivo." Ni tampoco le diría "Por algo lo hicieron" cuando, yo ni siquiera sabía las razones por las que lo habían hecho.

—Alex... — Intento hablarle.

—Mi tío Eric no murió... — Se dice él mismo en un susurro dolido. —Me mintieron. Pero... ¿Por qué? — Con cada segundo que pasaba, el entraba cada vez más en shock. No oculte la preocupación en mi rostro.

—Alex... — Vuelvo a decir. Las palabras no salen de mi boca. No sé qué decirle, y me siento tonta por eso.

Alex apenas se movía. Comenzaba a preocuparme con desesperación.

—Uh. Esto está mal. No lo entiendo... — Él susurra. Parece fuera de lugar.

Lo miro sin decirle nada.

«Di algo Hanna»

— ¿Quieres que nos vayamos? — Pregunto con cuidado, tratando de no sonar sumamente preocupada por él. No quiero angustiarlo todavía más.

—No... — Él sale de su transe, reincorporándose. Sus ojos se ven apagados. —Ahora más que nunca debemos estar aquí. Aquí hay algo que ambos no sabemos.

Y aquí íbamos. Cuando estábamos a punto de descubrir algo, llegaba otra cosa a complicarlo todavía más. Parecía que todo estaba en nuestra contra. Cada vez había más secretos... Más cosas fuera de lo normal.

Y Eric. Dios. Le habían mentido a Alex. Eso no se hacía. No tenía explicación.

Asiento comprendiendo las palabras de Alex. Ahora lo que me preocupaba es que alguien nos descubriera mirando. O qué Rossie llegará y nos viera espiando. Sería una mala jugada. Ambos lo sabíamos. Observo la sala de visitas, todos lucen indiferentes, sobre todo la chica ricitos de oro.

Y luego comprendo.

—Es Anna, la niña roba dulces. — Murmuro. Al parecer, Alex no se había percatado de todas las personas que también estaban en la sala. Sus ojos nunca habían dejado de mirar a su tío Eric.

— ¿Qué? — Dice sin comprender.

Me aclaro la garganta con el mínimo ruido posible.

—Son tus familiares. Mira, es Rebecca y Caroline, tus tías. Dijiste que una de ellas tuvo una hija, y ahí está, es la niña de cabellos rubios que me contaste. — Le digo señalándole a cada una. Me sentía orgullosa por recordar sus nombres.

—Anna. La niña roba dulces. — Dice con incredulidad.

Asiento.

—Creí que ya no se veían.

Y luego mis ojos miran cada detalle de sus rostros. Mi cerebro comienza a trabajar... Esos rostros... Los había visto hace un par de días... Hace poco.

¿Dónde?

Mi mente comienza a enviar flashes, reviviendo los momentos... Y luego...

—Estuvieron en tu funeral. — Murmuro con tono bajo. Muy silencioso. Mis manos se mueven por mi cabello y quitan un mechón que se atravesaba en mi rostro.

Alex niega.

—Estas equivocada. Yo los hubiera visto. — Dice dudando. Y no le culpo. Yo tenía amnesia y seguramente algunas cosas que no recordaba, mi mente las rellenaba de recuerdos imaginarios e inventados por mí misma. Pero, ahora, estaba más segura que nunca. Yo los había visto en el funeral, pero nunca los di por advertidos, no les tome importancia porque en ese momento no los conocía.

—De verdad, los vi. — Digo de nuevo, sonando totalmente segura de mi misma. El susurro es casi un grito.

—Ellos no han venido en años, Hanna. Desaparecieron de mi vida. No vendrían a mi funeral.

— ¿Y entonces por qué están aquí? — Contraataco. —Alex, de verdad los vi, ellos estaban aquí. Puedo jurarlo.

—Pero... — Él duda y luego niega con la cabeza luciendo desubicado.

Eric y George comienzan a moverse por la sala, Eric lleva las manos en los bolsillos delanteros de los pantalones del traje, sus pasos son cortos y torpes. Se ve nervioso. En cambio George nuevamente se ve firme y un tanto... Aterrador. Tal vez ya sea la costumbre. Él se mueve con lentitud mientras parece aliviado y en paz. Todo lo contrario a Eric.

Ambos tienen un parecido increíble. Los ojos azul, las largas y negras pestañas, la postura y esas entradas que los hacen lucir casi iguales, solo que George ya tiene el cabello de color plata debido a las ya visibles canas, y Eric tiene el cabello color castaño. Brillante y bien cuidado. Por su puesto, la edad también influye. George es por varios años mucho mayor que Eric.

Podría decir que Eric seguía igual que en la fotografía si no tuviera esa postura nerviosa y vulnerable. Sus músculos bien marcados seguían ahí, y apostaba un millón de dólares a que todavía tenía esos dientes blancos con la perfecta sonrisa que tenía. Pero claramente, las personas cambiaban. Y Eric no se había salvado de ello. Su cabello era más corto, no demasiado, pero muy diferente a como lo tenía en la fotografía, y su porte era más riguroso, más pesado, como si algo le doliera. Pero no algo físico.

—Es tonto decir esto, pero creo que me va a dar un infarto. — Bromea intentando quitar su propio nerviosismo. Se ríe un poco, casi nada, sale más bien como un quejido. Eso solo lo hace tensarse más.

Le sonrió intentando tranquilizarlo.

—Vas a estar bien. No vas a morir. — Intento seguirle la corriente. El se ríe, solo un poco, y luego sus comisuras se elevan. No mucho.

—Gracias por estar aquí. Te lo debo todo.

Estaba equivocado. Yo se lo debía todo a él. Y aunque todas las cosas que habían pasado me hacían sentir en otro mundo, y totalmente desubicada se lo agradecía infinitamente. Había

cambiado mi vida.

Pero todavía no sabía si era para bien o para mal.

—Eres lo mejor y lo peor que me ha pasado, Alex. — Le digo con toda mi sinceridad. Mi voz sale aguda. Era cierto. Él era todo eso y más. Y no sé si estaba lista para dejarlo ir cuando se marchará.

—Sabes que soy lo mejor. — Intenta sonar egocéntrico, pero la voz le falla, haciéndola escuchar entrecortada.

Luego, un ruido nos sorprende, haciéndonos saltar.

Es la chica ricitos de oro. Ha dejado caer un vaso de vidrio. Y nos está viendo, a ambos.

— ¡Anna! ¡Ten cuidado! ¡Mira lo que has hecho! — Le grita la mujer rubia. Rebecca. Ese era su nombre.

Ella nos mira asustada. Sus ojos se mueven de Alex hacia a mí. Me estremezco.

—Déjalo Rebecca. — Le dice George con suavidad. —No fue su culpa.

— ¡Siempre arruinando todo, Anna! — Le gruñe. Anna nos mira con expectación. Casi aterrada. Sobre todo cuando mira a Alex.

—Es que... — Comienza ella a decir. Pero luego se calla cuando siente toda la presión de las miradas sobre ella.

— ¿Otra vez, Anna? — Dice Rebecca pareciendo fastidiada. Sus ojos se ponen en blanco mientras mira el desorden que Anna provoco. Caroline la ve con lastima, negando con la cabeza.



—Anna ya está grande como para que le sigas gritando de esa forma. — Interfiere Caroline, desaprobando la conducta de Rebecca. Anna nos mira dedicándonos unos ojos llenos de pánico. Su pálida piel se vuelve blanca como la nieve, y ese color rosa la hacen ver como la harina. Sus ojos están abiertos, casi frenéticos.

—Ya. Tú no eres nadie para decirme que hacer con mi hija. — Le dice a Caroline de mala gana. Eric solo mira a Anna y George empieza a negar. Él tipo que no sé quién es, aprieta la mano de Caroline, intentando calmarla.

—No puedes seguir así, Rebecca. Anna ya ha ido con el Psicólogo. ¿Qué más quieres?, lo está intentando. No debes ser tan dura con ella, solo tiene catorce años. Lo que daría por tener una hija.... Y tú...

— ¿Vas a hacerte de nuevo la víctima?, Anna no es normal. No la conoces. Ella está loca y no sabes lo que es vivir con sus tontas alucinaciones. A veces me aterra. — Dice Rebecca como si Anna no estuviera ahí... escuchando todo lo que su madre dice.

Alex y yo nos damos una mirada nerviosa. Apretando los labios, nadie se ha dignado a mirar hacia donde Anna mira, están bastante concentrados en la pelea de Rebecca y Caroline. Anna intenta moverse, pero no puede. Solo se queda inmóvil. Le doy una mirada para tranquilizarla. Parece petrificada, justo como Alex.

—Me está viendo, Hanna. Ricitos me está viendo. — Dice aterrado. Todavía más aterrado que los ojos de Anna.

—Lo sé. — Contesto con voz aguda.

—Anna está bien, Rebecca. — Le dice frustrada. —Solo que tú eres una mala madre que siempre la esta humillando. Ya no es un bebé, necesita salir y no estar encerrada en un maldito cuarto con un doctor bueno para nada que solo le hace tomar medicamento sobre medicamento.

— ¡Muy bien! ¡Basta las dos! — Grita George poniendo orden. Ambas se fulminan con la mirada. Eric mira a Anna y al ver que ella mira fijamente hacia nosotros, su rostro se gira y ve hacia la

dirección en donde está mirando. Alex y yo nos ocultamos detrás de la pared.

—Caroline comenzó. — Dice Rebecca con voz chillona.

— ¿Hay alguien más aquí? — Pregunta Eric interrumpiendo la discusión mientras mira a George.

—No. Solo nosotros, y el servicio, claro. — Responde George, confuso.

—Vi a una chica..., detrás de la pared.

Escuchamos Alex y yo. La sangre se me congela. Y al no poder ver su rostro y sus movimientos, comenzamos a correr antes de que podamos ser descubiertos. Alex corre delante de mí, guiándome por la mansión. Yo lo sigo con paso rápido.

Subimos las escaleras por donde Cara y yo habíamos subido para ir al baño y en donde me había topado por primera vez con George. Se sentía extraño estar aquí.

Yo solo me preguntaba: ¿Dónde está Rossie?

—Aquí. — Dice Alex. Abre la puerta y entonces recuerdo. Primera puerta a la derecha; oficina de George. En cuanto entro los recuerdos me invaden. Aquí había estado charlando un poco con el papá de Alex.

Cerramos la puerta de golpe y me pego a ella como chicle, recargándome. Mi respiración es agitada. Aprieto los ojos.

—Estuvimos cerca. — Susurro.

Luego se escuchan unos pasos por la escalera.

— ¡Pon el seguro! — Me grita Alex.

Mis manos se mueven nerviosas, las dejo caer en el pomo y... ¡No encuentro el maldito seguro!

El pánico vuelve a hacerse presente. Yo no quería que George me viera en su oficina. Sería algo sospechoso. Y al parecer, él no se había percatado de que yo estaba aquí.

Alex se mueve hasta mí, mientras que mis dedos sudorosos se mueven por el pomo con nerviosismo.

Los pasos ruidosos haciendo eco en mis oídos.

Cada vez más cerca...

Me desespero.

— ¡No tiene un maldito seguro! — Le grito entre susurros, con el corazón martillándome. Mi pecho duele casi de inmediato.

Muevo más mis dedos y respiro. Está bien. Tiene que haber un maldito seguro.

«Tranquilízate. Respira. Cálmate.» Me digo a mi misma. Mis piernas tiemblan y Alex se queda en shock por una extraña razón.

Los pasos están ya en el último escalón... Puedo escuchar los zapatos golpeando el piso de mármol.

Gimo en voz baja.

Justo cuando los pasos están aquí, encuentro el maldito seguro. Lo aprieto y el pomo se mueve.

Alguien está intentando abrirlo.

—Cerrado. — Escucho desde afuera.

Silencio.

Mi corazón comienza a regularizar el bombeo de mi sangre hirviente.

Vuelvo a gemir. Un gemido sordo y tranquilizado.

Luego se escucha un chasqueo, unas llaves comienzan a resonar en mis oídos. El sonido es agonizante. Casi desesperante. No puedo evitar sentirme en una película de terror. Todo mi cuerpo comienza a temblar de pánico y terror. Alguien inserta una llave dentro del pomo.

Alex y yo nos miramos aterrados. A Alex no podían verlo, pero a mí sí, y eso le aterraba.

=====

Capítulo 60.

«Descubierta» Mi mente me dice, mientras se burla de mí.

La llave comienza a girarse dentro del pomo. La adrenalina corre por mis venas.

—Escóndete. — Murmura Alex. Pero el maldito lugar no tiene un lugar para esconderse, todo está a la vista. Desde cualquier ángulo puedo ser vista. El único lugar disponible es detrás de las

cortinas, pero claramente no me voy a esconder ahí. Soy demasiado inquieta para estar en un lugar así. Aparte de que mi cuerpo no es muy delgado que digamos. La silueta puede ser vista, así que, drásticamente ¡Estoy descubierta!

—Debajo del escritorio. — Dice Alex rápidamente. Intento protestar, pero él me interrumpe.  
—Rápido Hanna.

Era estúpido, el escritorio era el centro de atención. Sería lo primero que verían, era sumamente ridículo.

¡Al demonio, todo!

Corrí hasta el escritorio con el corazón hecho un lío. En cualquier momento se me saldría del pecho. Sentía que alguien me lo presionaba desde adentro con una fuerza brutal.

Me deje caer en el piso y me escondí debajo del escritorio. Era de esos que en la parte de adelante estaban tapados, no era de dos caras, si no de tres en donde yo me escondía. Así que si solo entraban y miraban, no me verían porque la pared del escritorio me privaba, pero si alguien venia a asomarse debajo de la mesa, definitivamente, estaba muerta.

Me hice un ovillo y como si fuera hecha para mí, cupe perfectamente en el espacio mínimo del escritorio.

La puerta se abrió. Justo a tiempo.

—De verdad. Vi a alguien. — Dice Eric pareciendo seguro. Puedo distinguir su voz, al parecer viene solo acompañado de George. Mi cabeza da vueltas.

—Estar con Anna te afecto. — Bromea George.

— ¿Tú también piensas que está loca? — Dice Eric de mala gana. Desaprobando las palabras de George.

—Es solo una broma, Eric. — Responde con tranquilidad. Mis manos tiemblan. —Estas muy tenso. — La voz de George suena cansada, pero firme y audible.

—Tú sabes por qué. — Le dice. Y ambos parecen comprender de qué hablan. Yo solo intento quedarme callada. Uno de mis problemas era que cuando me quedaba quieta, aguantaba el aire, eso me ponía nerviosa, y cuando sostenía mucho el aire en mis pulmones, significaba que un repentino ataque de tos me llegaría pronto, así que intente mantener mi respiración regularizada.

—Lo sé. Ahora... — Comienza a decir cauteloso. —Déjate de pensar en que alguien está aquí. Tengo algo que contarte.

Alex está de pie. Y lo envidio por eso. Pero sus ojos se ven tristes. Eso me parte el alma.

Oh, las ganas de abrazarlo son inmensas.

—Tengo la sensación de que alguien está aquí. De verdad. — Replica inestable.

—Eric siempre tan perceptivo. Nadie ha entrado a esta casa. Y creo que no me has escuchado... Tengo algo que contarte. — Repite nuevamente.

—Me has hecho cruzar medio mundo. Espero que sea bueno. Sabes que tengo una vida ocupada y que no debo parar mis planes sobre... — Los pasos se escuchan cada vez más cerca.

—Es la noticia que siempre has estado esperando. — Ellos se acercan al escritorio.

— ¿De qué hablas? — La voz de Eric sale roca y muy temblorosa.

—Siéntate. — Dice George mientras veo como sus zapatos negros comienzan a avanzar hasta la silla rodante. Él se deja caer en ella y suspira con alivio.

Escucho como una de las sillas de enfrente del escritorio se recorre en el piso, y luego rechina muy silencioso. Eric se ha sentado, pero no puedo verlo. Solo puedo ver los zapatos negros de George y sus piernas dándome en la cara.

Alex me hace un gesto, pone sus dedos en medio de sus carnosos labios y yo solo asiento. El aire se queda en mis pulmones, y Alex lo nota.

"Suéltalo" Me dice moviendo sus labios. Sin hacer sonido alguno. Se ve preocupado por mí, y eso es algo que no quiero. Se supone que la preocupada soy yo. Suelto el aire tan lento como puedo.

—George... ¿Qué pasa? — Eric dice lentamente, como si le doliera hablar. Suena torturado.

—Hermano.... Tú que trabajaste tanto en buscar...

—George... — Dice casi desesperado.

—Las encontramos, Eric. Están aquí.

Eric se queda en silencio. Toda la habitación se queda en silencio. George se levanta rápidamente de la silla, luciendo preocupado.

— ¿Quieres que te traiga agua? — Dice George. Me siento nuevamente una intrusa... Yo no debería estar escuchando algo tan privado.

—No-o. — Apenas dice. George vuelve a sentarse. Una que Eric toma una bocanada de aire, George comienza a hablar nuevamente.

—Siempre estuvieron aquí. Margaret se mantuvo muy bien oculta.

— ¿Y mi hija? ¿Ella está aquí también? ¿La has visto George? ¿Está bien? Dios, estas

bromeando, ¿Cierto? — Dice de inmediato. Eric suelta un suspiro irregular. Tengo el presentimiento de que esta temblando.

Alex me mira.

—Tranquilo, Eric. Tenemos todo el día.

— ¿Sabes cuánto tiempo espere esto?

—Sí. Lo sé.

Eric tiembla.

Yo me siento más desubicada que nunca. Alex vuelve a mirar a George mientras se cruza de brazos.

—Margaret. Dios. ¿Por qué se fue? — Se pregunta él mismo.

—Es muy guapa, tiene tus ojos. Es decir los nuestros. Es bastante insistente. Igual que tú. — Le dice George con entusiasmo, retomando sus preguntas en el aire.

— ¿Has hablado con ella?

—Sí. Es muy inquieta. Es muy parecida a ti... Ella... Estuvo en el funeral de Alex. — Suelta de repente.

— ¿Y por qué no me lo dijiste? — Resopla frustrado. —Yo estaba aquí. Pude haberle hablado.

—Apenas me di cuenta. Tenía dudas. Margarte cambió mucho. Hizo muy bien su trabajo.



— ¿Qué le voy a decir George? ¿Cómo voy a aparecer en su vida? — Sonaba nervioso y emocionado al mismo tiempo. — Mi hija está viva. — La excitación en su voz era evidente.

— Venga Eric. No me digas que no tienes un monólogo para cuando la veas de nuevo. Tuviste diez años para planearlo. — Se burla George. Se le escucha feliz.

— Tengo las palabras exactas. Pero... No sé si pueda... — Su voz se corta y escucho como se traga el nudo de su garganta. — Es la mejor noticia que he recibido en toda mi vida.

— Tu hija está bien, es inteligente y bastante responsable. Aprenderá a quererte, eres un buen hombre. Todos sabemos eso Eric. — Le dice con seguridad.

— Gracias George. Eres el mejor hermano, no sé cómo te pagare esto. — Suspira temblorosamente. — Mi hija... — Vuelve a decir emocionado.

Un momento muy emotivo.

— Tengo algo que mostrarte. Investigue un poco sobre ellas.

George abre un cajón del escritorio y saca una carpeta gruesa de color azul. Se ve pesada.

— No fue necesario pagar un detective. Tú sabes eso.

Alex escucha y observa, mientras que yo comienzo a sentir mi cuerpo adormecido. Pero me obligo a seguir escuchando. La herida que me hice en la casa de Zet no me ha dado problemas hasta ahora, así que evito invocarla.

Escucho como la carpeta se golpea con el escritorio de madera maciza.

— Viven a diez minutos de aquí.

Comienzo a divagar. ¿Quién que no tenga un padre vive a diez minutos de aquí?

Enumero la lista. Había cinco candidatas en total.

Chloe, la chica del 235, ella era guapa con su cabello rubio y las ondas perfectas que se le formaban, junto con los ojos azul que hipnotizaban a cualquiera, ella tenía dieciocho años y no tenía un padre, y vivía a diez minutos de aquí.

Luego estaba Maggie, la del 567, su cabello rubio era su única cualidad física, ya que no era una chica de altas notas y de buen cuerpo según los chicos del instituto, ella tenía un padrastro, pero no un padre biológico.

La lista seguía con Ruth, una chica de veintidós años que vivía sola en la zona de los apartamentos casi abandonados, ella no tenía padres, siempre vivió sola.

Y en el penúltimo lugar estaba Lucy, una chica de cabello negro hasta la cintura. Era guapa, pero tenía una actitud de los mil demonios, siempre se estaba peleando con su madre. Y creo que siempre era por el mismo problema: Ella no tenía un padre.

Al final estaba Joy, una madre responsable a su muy corta edad, y muy guapa, tenía el cabello chino hasta los hombros, ella vivía con sus padres y a pesar de las continuas carreras que se daba por estar con su hijo y estar en la escuela, ella era alegre, y feliz a pesar de todo.

— ¿Diez minutos? — Dice Eric con sorpresa. Veo como George asiente.

—Margaret trabaja en el instituto en el que estaba Alex. — Dice George mientras revuelve algunas hojas.

Bien. Descarto a Ruth y a Maggie.

—Creí que Margaret no trabajaba.

—Lo hace. Tú sabes cómo era... Siempre independiente. — Dice imitando un sonido extraño. Como el de una mujer.

—Era su lema. — Completa Eric. Todavía sorprendido.

Unos segundos después todo es silencio.

Es emocionante que Eric tenga una hija y que al fin la haya encontrado. Me alegro por él y por la hija que al fin va a tener un padre. Creo que por eso fue que dejo a Alex. O al menos eso es lo que yo supongo. Pero aún no entendía por qué fingir que estaba muerto. Eso no era algo cuadrante. Si se lo hubieran explicado a Alex, el lo hubiera entendido. Él era inteligente. Comprendía las cosas como si fuera un adulto con experiencia.

— ¿George? — Pregunta Eric en susurro.

George deja de hojear los papeles y lo mira.

— ¿Qué pasa Eric? — Lo mira preocupado.

—No, nada. Es una tontería.

En cuanto las palabras salieron de su boca, me vi reflejada en su espejo, esas eran las palabras justas que yo utilizaba cuando iba a decir algo y luego me arrepentía. Me sentí identificada por primera vez en mi vida.

—Dime. Sabes que puedes confiar en mí.

Puedo jurar que Eric le dio una sonrisa de agradecimiento.

Mis piernas habían dejado de temblar y gracias a que estaba bastante ocupada en la conversación, no me había molestado en pensar en la herida en la pierna.

—Me preguntaba si... — Él dudo. — ¿Margaret se caso? — Pregunta balbuceando.

—No, Eric. Ella no lo hizo, ustedes todavía son esposos.

Él resoplo aliviado.

—Eric... — Le llama George. — ¿La perdonarías a pesar de lo qué hizo?

—Sí. Aún la amo. — Dice sin vacilar.

—Bien. Solo... Ten cuidado. Las esposas de los Crowell están algo locas. — Bromeo George. Ambos se rieron en voz baja.

Y no sé porque, pero Alex me miro, su mirada fuerte y penetrante, era como si lo viera por primera vez. Me sentía asustada por cómo me miraba. Era... Extraño, como si quisiera decirme algo con la mirada.

Esposas de los Crowell. Locas.

¿Cuál era la opción correcta?

Sentí un dolor en el pecho. Fuerte y doloroso.

—Rossie se recuperó muy pronto. Tienes una esposa increíble.

—Lo sé, las terapias le sirvieron mucho. Ella es todo lo que me queda. — Responde con orgullo y

con dolor.

— ¿Cómo se tomo lo de Alex?

—Mal, lo sabes. Estuvo a punto de caer... de nuevo.

Un momento, ¿De qué estaban hablando? ¿Rossie tenía trastornos psicológicos?

A Alex se le agudaron los ojos. Eso no me lo había contado.

—Pero no lo hizo. Y eso es lo importante. — Responde Eric con suavidad.

¿Por qué Alex no me lo contó? ¿Él lo sabía siquiera? Sí, por supuesto que lo sabía. Pero, ¿Por qué no me lo dijo?, Sí, estaba viéndome como una exagerada, pero se suponía que nada de secretos. Mentalmente lo disculpe por los actos por los que estaba pasando.

— ¿Cuando veré a mi hija? — Dijo Eric con urgencia.

—Cuando tú estés listo.

Eric resoplo con violencia.

—Quiero verla, George. Quiero conocer a mi princesa.

«Mi princesa»

Y luego, George hizo algo torpe, justo cuando ya se iban. Tomo una hoja de la carpeta que había sacado y con la fuerza y el jalón, una pluma cayó al piso.

Justo delante de mí. Burlándose en mi cara.

—Demonios. — Dijo George. Él sonido fue lejano para mí. Él comenzó a moverse, vi como su cuerpo se doblaba y como comenzaba a bajar con una lentitud terrible.

Adiós mundo.

Mi corazón, por enésima vez, dejo de bombear sangre.

Apreté los ojos. La silla rechino haciendo eco en mis oídos, el sonido era sordo, retumbaba en mis oídos como una mosca que no dejaba de molestar, quise taparme los oídos, pero un movimiento seria todo. La pluma se burlaba de mí y la silla le hacía compañía. Definitivamente era la persona con más mala suerte en el mundo.

Mi cuerpo se congelo y no pude mover ni un solo músculo de mi cuerpo. Ni uno solo.

Apreté los ojos con más fuerza.

Y luego, un sonido lejano, un golpe sordo.

— ¿Qué fue eso? — Pregunta George volviendo a su postura normal. Deje de respirar.

Eric se levanto de un golpe.

—Vino del cuarto de Alex. — Apenas dijo Eric cuando ya estaba corriendo a la puerta de la oficina. Sus pasos eran rápidos y ágiles. Aun estaba en forma. George ignoro la pluma en el piso y corrió con rapidez detrás de Eric.

Mi cuerpo se deslizo por el piso. Débil. Exhale aire como nunca en mi vida y extrañamente, me reí.

Alex llegó a mí, en menos de un segundo.

— ¿Hanna? ¿Estás bien? — Me tomo de la cabeza y la coloco en sus piernas, como si fueran una almohada. Me reí todavía más. La adrenalina y el pánico se combinaron. Una muy mala combinación.

—Ataque de risa. — Dice Alex preocupado. Sus ojos se abrieron tanto como le fue posible. Y oh, dios. Yo no dejaba de reírme, era inevitable. Todo mi cuerpo temblaba. El calor apoderándose de mi cuerpo congelado era doloroso, mis costillas se sentían doloridas. Las dos sensaciones eran fuertes y me hacían sentir dolor en todo el estomago. — Está bien, Hanna. Cálmate. Ya se fueron. Intenta calmarte, estoy aquí. — Comenzó a decir todavía más preocupado. Mi risa comenzó a hacerse más fuerte. Alex me apretó la mano. —Shh, tranquila. Estás bien.

Sentía los nervios traicionarme, no podía controlar mi cuerpo y la sensación era cada vez más fuerte. Era una sumisa de mi propio cuerpo.

Intente calmarme, y vaya que lo intente. No sabía porque me pasaba esto, tal vez el pánico y el terror al fin habían decidido hacer de las suyas. Me odiaba por eso. Por ser tan débil.

Mi cuerpo se fue relajando conforme Alex me apretaba la mano. Mis ojos se cerraron unos segundos después. Y mi risa desapareció.

— ¿Estás bien? — Me pregunta preocupado.

—Yo debería preguntarte eso. — Mi voz sale ronca. Él sonríe.

—Acabo de ver a mi chica tener un ataque de risa. — Dice sorprendido.

El calor se acumulo en mis mejillas.

— ¿Estás bien? — Intente cambiar de tema. Mi estomago dolía, y un fuerte retortijón me lo

recordó, pero no se lo dije. Todo me salía mal. Qué vergüenza.

—Sí. — Él respondió. —Estoy bien.

Me levante como pude. Bueno, Alex ayudo un poco.

Bien, bien. Alex me levanto.

Acomode mi cabello y comencé a caminar con las piernas temblándome. Alex me sostuvo por si las dudas.

—Anna te vio. — Le digo.

—Anna ve fantasmas. — Confirma.

— ¿Y ahora qué? — Pregunto dudosa.

—Finge que no existo. — Hago una mueca dolorosa.

—No va a ser fácil. — Él sonríe captando mi punto de vista.

— ¿Quién es Margaret? ¿Conoces a alguna Margaret? — Me mira confundido mientras avanzamos por el pasillo con cuidado y en silencio. George y Eric deben de haber regresado a la habitación.

—No...

—Margaret... Margaret... — Comienza a preguntarse él mismo. —Yo no conozco a ninguna Margaret.



—Alex, ¿Cómo te sientes? — Pregunte interrumpiéndolo. El me miro sin entender.

— ¿A qué te refieres?

—Acabas de ver a tu tío Eric.

Él hace una mueca.

—Empiezo a comprenderlo. Me dejo para buscar a su hija. Puedo con eso.

—Entonces... ¿Lo perdonas?

—Sí. Le quiero todavía. Tuvo sus razones, ¿Cierto? — Asiento entendiendo. — ¿Sabes...? Yo haría lo mismo.

=====

Capitulo 61.

Cuando llegamos a la sala en la que me había dejado Mariana, -el ama de llaves-, Alex me soltó. Dejo caer sus manos a los costados, por un momento creí que me dejaría caer, pero ya había recuperado el equilibrio y podía mantenerme en pie.

Lo mire sin entender. ¿Por qué se alejaba? ¿Qué pasaba? No puedo negarlo, me sentí rechazada. Él vio mi preocupación y comenzó a hablar rápidamente.

—Mi madre ya está ahí. — Explica haciéndome entender. Me di una sonrisa tranquilizada y

comencé a caminar hacia la sala. —A por las respuestas, Hanna.

Le sonreí y asentí.

Tome una respiración profunda y di la vuelta para entrar.

— ¡Hanna! — Rossie se levanto del sillón tan rápido como me vio entrar. Le sonreí.

—Lo siento, estaba en el baño. — Le miento. A ella no parece importarle, de hecho parece que no lleva mucho tiempo ahí.

—No te preocupes, está bien. ¿Cómo estás? — Dice educadamente mientras me dedica una sonrisa.

—Bien. — Volví a mentir.

Su cabello rubio estaba caído en sus hombros y se ondeaba justo como ricitos de oro, su falda era de color azul, un azul claro. Llevaba un par de joyas, el collar de perlas colgaba de su cuello con un resplandeciente color. Las pulseras en sus muñecas eran del mismo material. Ella era bastante formal. Demasiado bonita. Y joven.

Parecía haber estado llorando. No la culpaba, la muerte de Alex era dolorosa. Ella se comportaba de la manera más dulce, intentaba ser amable con todos a pesar de su situación.

—Siéntate. Me da gusto volver a verte. — Sus dientes blancos salieron a la luz.

Me reí nerviosamente y me senté.

—A mi igual. — Le contesto amable. Ella sonrío.

—Bien, esto es raro, ¿verdad?, — Soltó una risita. —Quiero decir, no nos conocemos mucho, ni nada de eso, así que te agradezco que hayas aceptado mi invitación, me alegro que estés aquí. De nuevo.

Intente no darle un doble sentido a la última palabra que salió de su boca.

—Gracias por invitarme, la verdad qué es un honor estar aquí.

Ella se ríe.

—No es nada. ¿Sabes? Prepare algunos postres. Dame un momento. — Se levanto del sillón y le grito a Mariana. Ella estuvo aquí en menos de un segundo. Rossie le dijo un par de cosas y ella asintió y se fue.

—Te hará comer sus deliciosos postres. — Me sentencio Alex con una sonrisa. Casi orgulloso de su madre.

Un momento después, Mariana llego con una bandeja llena de postres. Juro que mi boca se hizo agua.

Rossie tomo la bandeja y la dejo caer en la mesita central. Olía exquisito, era una mezcla de chocolate derretido con pan horneado y mantequilla.

—Los hice para ti, a Alex le gustaban mucho. Espero que no te moleste, pero no tengo a quién cocinarle. George odia el chocolate. — Dice sonriendo mientras me extiende un platillo. Mire a Alex y el asintió concordando con ella.

Me dio una mirada de incitación mientras miraba a la comida y luego a mí.

—Las donuts sabían increíble. — Le digo. Ella da un salto, pareciendo sorprendida.

— ¡Las probaste! — Dice con entusiasmo. — ¿Qué tal te parecieron?

—Increíbles. Estaban deliciosas. — Respondo sincera. La verdad que las donut estaban deliciosas sobre todo ese glaseado. Era bastante bueno.

Rossie se rió.

—El glaseado les da sabor. — Explica como toda una experta. Ella puso un par de bocadillos en su platillo y la imite sirviéndome los bocadillos que tenían glaseado. Juro que nunca había tenido tanta hambre en mi vida.

El glaseado se veía exquisito. Muy tentativo.

— ¿Te comiste todas las donuts? — Pregunto sorprendida.

—Absolutamente todas. — Confirme.

No sé como paso, pero quince minutos después, mi estomago estaba lleno. Si me estiraba sentía que mi piel se abriría y todos los bocadillos romperían mi estomago.

Rossie comenzó a contarme historias graciosas de Alex. E incluso me mostró un álbum de fotos donde Alex estaba pequeño.

Hubo una que me hizo reír. Y la que hizo que Alex se pusiera rojo de vergüenza.

Estaba desnudo. Tenía como unos seis años y estaba duchándose. Su cabello cenizo y chino estaba lleno se shampoo con un horrible y gracioso peinado. La foto había sido desprevenida, claramente.

Alex me dijo que no la viera, pero eso provoco más morbo en mí y la vi todavía más. Pensé en robarla, no lo puedo negar.

Era muy lindo incluso de pequeño. Nos reímos con las fotos y las anécdotas. Luego, Rossie se levanto y le llamo a Mariana para que recogiera la bandeja.

Después quedamos en silencio.

Ahora. Las respuestas.

—Rossie... — Comencé temerosa. Ella me miro.

— ¿Qué pasa Hanna?

No podía ocultar el nerviosismo en mi voz.

—El día que llevaste las donuts... — Comencé a decir dudosa. —Escuche la conversación que tuvieron mi madre y tú.

Ella da un salto.

— ¿Lo escuchaste? — Abre sus ojos como plato. Sus ojos azules me miran.

—Sí. Y yo... Umh, quería saber de qué verdad hablaban. — Digo directamente.

Bien, eso fue fácil. Y esperaba que todo fuese así de sencillo. Rossie me comprendía, me escuchaba. No como mi madre.

Ella me mira con cautela.

—Hanna, yo no sé si debería... Creo que son asuntos de tu madre. — Dice sin más. — ¿Aún no

te lo dice?

Niego con la cabeza.

—Por favor, Rossie. Necesito saberlo. — Le ruego imitando una voz dolida.

—Hanna... No lo sé. Yo no...

—Por favor. — Insisto.

— ¿Ya lo hablaste con ella?

—Sí.

— ¿Y no te dijo nada? — Frunce su ceño. Sus largas pestañas suben y bajan. Su cabello rubio se mueve un poco. Y ella se mueve intranquila. Justo como mi madre.

—Bueno, ella me dijo algo. — Digo entrelazando mis dedos sudorosos.

Rossie se interesa en el tema. Me pone atención a cada palabra que digo, ella me mira abriendo los ojos.

— ¿Qué fue lo que Emma te dijo? — Pregunta en un susurro. Sus ojos azul me miran con expectación. Se mueve tensa.

—Ella... Me dijo que yo... — No sabía cómo decirlo. Era difícil decir aquellas palabras. Nuevamente, las manos me comenzaron a sudar. —Dijo que yo había matado a Alex. — Murmuro.

Ella abre sus ojos como plato.

— ¡¿Te dijo, qué?! — Casi grita.

—Que yo maté a Alex. — Digo un poco más fuerte.

Ella me mira sorprendida mientras sus pestañas se mueven más rápido. Parpadea un par de veces y sus dedos pasan por su frente, desasiéndose de un pequeño cabello rubio fuera de su lugar.

— ¿Estás bromeando? — Dice con su voz suave. Todavía sin creerlo. Rossie suelta un suspiro de preocupación. Me lanza una mirada de reto. Observa mi rostro y yo intento no pestañear.

—Eso fue lo que me dijo. ¿Esa es la "verdad" sobre la que hablaban? Es que no logro entender, si yo mate a Alex, por qué me trata tan amable y tan educada, yo... No lo sé, ¿No debería estar molesta conmigo? — Mis emociones se reencuentran. —Rossie por favor, dígame que esa no es la verdad de la que hablaban. — Balbuceo.

Ella se lo piensa. No lo suficiente. Luego, traga un poco de saliva.

—Tú no mataste a Alex. — Las palabras son como un suero en mis venas. Me adormecen y luego siento el efecto en ellas. Hirviéndome.

Pestañeo un par de veces, reincorporándome mientras me muevo en el sillón.

—Oh. — Es lo único que sale de mi boca. Mi piel se eriza.

Alex sonríe aliviado. Él lo sabía. Confío en mí, en mi juicio.

— ¿Por qué Emma te diría algo así? — Me pregunta con voz ahogada. —Tú eres un pan de dios. — Me hace un gesto divertido. No puedo evitar soltar una risita.

Mi cuerpo siente una descarga eléctrica.

Yo no fui. Yo no maté a Alex.

Entonces, ¿Quién?

—Yo no lo sé... Pero, ¿Usted sabe quién fue?, me refiero al asesino de Alex. — Digo rápidamente.

Ella niega.

—Es un misterio, aún. No veo la hora en que agarren a ese humano sin corazón. — Dice con desprecio.

— ¿Y la escena del crimen? — Pregunto. — ¿Cómo murió?

—La escena del crimen quedo destruida. Y aquí, tú participaste.

Mis músculos se tensaron. La mire sin entender.

—Alex y tú iban a una cita. — Comenzó a decir. —Alex me dijo que iría por ti, y así fue, después, fueron hasta el restaurante. Al parecer la carretera estaba casi desierta, y según los testigos que pasaron por ahí, dicen que vieron el carro detenido a medio camino, pero creyeron que Alex y tú... — Ella se lo piensa. —Creían que Alex y tú estaban bastante ocupados en sus asuntos y nadie se detuvo a ayudar. Después, nadie supo que paso.

— ¿Y por qué no me interrogaron?

—Tenías amnesia y George y yo no levantamos ni una demanda sobre ti. Tú también habías salido lastimada. Y... No queríamos más problemas con la prensa.



Buen punto. Si me interrogaban, no tenía caso, yo no recordaba nada.

—Y, ¿Por qué tengo amnesia, si no chocamos?

—Supongo que te golpeaste con algo accidentalmente. — Agrega. Ya, no lo dudaba, yo era bastante tonta cuando me lo proponía. —O el asesino pudo golpearte. Es un misterio, Hanna.

Asiento comprendiendo toda la información que Rossie me daba.

— ¿Y Alex? ¿Qué paso con él? ¿No se realizó la autopsia? — Le interrogo. Ella asiente de inmediato.

—Claro que sí, pero no había ni una bala, ni un golpe en el cráneo, ni había una escena del crimen que demostrara que estaban en un asalto, todo estaba perfectamente. Parecía que Alex estaba dormido, Hanna. — Dice dolida.

— ¿Le quería? — Ella se ríe.

—Lo amaba, era mi todo. Mi único hijo.

Miro de reojo a Alex. Cuando lo miro, él mira hacia otra parte, evitándome. Oh, sus ojos se cristalizaron.

—Rossie, mi madre remarcaba mucho la palabra "Mi hija", Si no era de la muerte de Alex, entonces, ¿De qué hablaban? — Me muerdo el labio inferior.

Ella suelta un suspiro.

—Creo que eso le corresponde a Emma, Hanna.

—Ella no me dirá nada, le conozco. — Presiono. —Rossie, usted...

—Tutéame, Hanna. Me haces sentir vieja. — Me interrumpo.

—Rossie, tú dijiste que si ella no me lo decía, tu lo harías.

Alex asiente, concordando conmigo.

—Ese trabajo es de Margaret. No mío. — Dice suavemente.

—Pero ella es bastante...

Un momento... ¿Qué? ¿Margaret? ¿Ha dicho Margaret? ¿La misma Margaret que escuche hace unos momentos en la oficina de George?

— ¿Qué? — Pregunto confundida. Los oídos se me agudizan. Le doy una mirada a Alex y el parece tan aterrado como yo, incluso se ha acercado más.

— ¿Margaret? — Pregunto. Ella da un brinco y luego pestañea.

—Dije Emma.

Le doy una mirada rápida a Alex. Estoy segura que escuche la palabra "Margaret" salir de sus labios. Alex capta mi mirada interrogante y asiente. Sí, auténticamente ella dijo Margaret.

—No, no. Dijiste Margaret. — Insisto poniéndome rígida. — ¿Por qué dijiste Margaret? — Mi voz suena asustada.

Las piezas se acomodan en mi mente.

«Vive a diez minutos de aquí. Tiene tus ojos. Es bastante inquieta e insistente. Margaret trabaja en el instituto al que asistía Alex.»

—Dije Emma. — Vuelve a repetir con angustia.

— ¿Margaret es mi madre? — La voz sale cortada y aguda. Casi chillante. Todo mi cuerpo se endurece.

— ¿Hanna? — Pregunta una voz detrás de mí.

Me giro con los ojos cristalizados.

— ¿Qué haces aquí? — Pregunta George confundido. Eric esta a un lado de él, sin mirarme todavía. Alex me mira preocupado. Él y yo ya lo sabemos.

Ahora le miro diferente. Las similitudes son increíbles. Los ojos, el gesto, la firmeza, incluso la nariz fina y pequeña. Las cejas... Somos casi iguales... Viéndolo desde una perspectiva diferente. Solo se necesita poner atención a los rasgos para darse cuenta.

Un flash hace que me suma en un recuerdo rápido. Aprieto los ojos.

Estoy jugando con unas muñecas, una es de cabellos rubios y la otra tiene el cabello rojo como Sarah, después, alguien toca la puerta, y entra mi madre. Tiene el cabello corto, casi hasta el hombro, sus rizos son más ondulados que actualmente, luce más joven, más bonita, y más feliz. Ella me grita algo con una sonrisa, pareciendo emocionada, después alguien abre la puerta. Un hombre musculoso y de buen porte entra con una caja de color rosa entre sus manos. Su sonrisa es evidente, le es imposible no sonreír cuando me entrega el paquete colorido que llevaba en manos. Es Eric. Es justo como en la fotografía. Guapo, musculoso, cautivador e increíblemente feliz. Escucho una risa al fondo, casi lejana, pero al mismo tiempo muy cerca, como si saliera de mis labios. No tardo en darme cuenta que soy yo la que me estoy riendo. Es Hanna Reeve a los tres años. Soy yo.

El flash desaparece con una tormenta de arena, deshaciendo todo recuerdo en mi mente. Cuando vuelvo a la realidad, apenas parecen haber pasado quince segundos.

—Yo la invite. — Se adelanta a decir Rossie mientras se levanta. George frunce el ceño. —No sabía que Eric iba a estar aquí. — Le murmura a George, pero yo lo alcanzo a escuchar.

Mi corazón comienza a acelerarse.

Oh Dios mío. ¡Santa mierda! ¡Santa mierda!

Comienzo a perder el control de mis emociones.

—Hola, Hanna. — Me saluda George con gesto alegre.

—Ho-ola. — Tartamudeo.

Él mira de Eric hacia a mí. Luego, piensa. Mira a Rossie, y luego otra vez a Eric. Eric todavía no me ha mirado. Se ha percatado de mi presencia, pero luce tan absorto en sus pensamientos.

—Eric. — Le llama George mientras lo toma del brazo. Eric sale de su trance. Me pongo tensa. Eric me mira. —Quiero presentarte a alguien. Eric apenas me mira.

—Ella es Hanna, Hanna Reeve. — Le dice anunciándome. Quiero tragar mi saliva, pero no puedo. Mi mundo se detiene.

Él avanza hasta a mí con lentitud y todo comienza a verse en cámara lenta.

Sus pasos son lentos y su mirada se topa con la mía... Los ojos azul de él me miran con curiosidad. Luego, Eric se acerca y estira su brazo.

Estrechamos nuestras manos. Él se ve desinteresado en mí.

—Un placer señorita. — Aprieta mi mano y luego se aleja con la misma lentitud.

Me quedo en shock. El aire se vuelve denso. Riguroso.

—Nos vemos pronto, Hanna. Cuídate. — Se despide de inmediato George.

Seguidamente. George y Eric se van. Me quedo pegada al piso, con las piernas temblándome todavía.

Mi padre no murió. Mi madre me mintió. La "verdad" era que Eric era mi padre. De eso hablaron Rossie y mi madre ese día. George lo sabía y por eso le hablo por teléfono, la sentenció, advirtiéndole. Mi padre no murió en un accidente. Él siempre nos busco. Mi madre me privo de él. Esa era la maldita "verdad". Por eso la fotografía en el libro, su nerviosismo, la mentira sobre que yo maté a Alex. Todo se trataba de eso. ¿Cómo demonios no me di cuenta? ¡Alex tenía razón!

Mi madre cambio nuestros nombres... Si ella era Margaret, entonces ¿Quién era yo? ¿Cuál era mi verdadero nombre?

Veo que George le susurra algo en el oído a Eric y este se da la vuelta abriendo los ojos como plato. Luce fuera de órbita, justo como yo.

Mi cerebro estaba trabajando perfectamente bien.

Eric me mira y cuando se encuentra con mis ojos, se queda en shock por unos momentos. Continuamente, Eric comienza a correr hacia a mí, con los ojos cristalizados. El cabello castaño se mueve con desorden mientras él corre. Su paso es firme. Seguro.

No me muevo. Mis ojos se aguadan.

«Esto debe ser una broma. Debo estar soñando. No es verdad. Estoy soñando, esto no es verdad. »

— ¡Maldición! ¡Eric! ¡No! — Maldice George a lo lejos.

Mi cuerpo siente un calor terrible cuando unos brazos me envuelven con desesperación.

«Estoy soñando... » Murmuro en mi mente asfixiándome por dentro. Pero, la verdad es que no lo estoy. Esto es real. Estoy bastante despierta. Los brazos me presionan con fuerza, sin dejarme mover. Sus brazos me envuelven con dureza, como si me fuera a escapar de su agarre.

Es un calor... Extraño. Un calor bastante acogedor.

Mis hombros comienzan a sentirse mojados y a lo lejos, escucho unos gemidos de llanto. Eric está llorando, y yo extrañamente... También.

Eric es mi padre. Lo cual significaba solo una cosa...

=====

Capítulo 62.

Alex y yo éramos primos.

Éramos familia.

No moví ni un solo músculo de mi cuerpo. Decir que estaba en shock era poco, estaba mucho peor que eso. Sentir los brazos fuertes de Eric aprisionándome, hacia que todo mi cuerpo temblara. Mi rostro comenzó a calentarse y cuando quise mover mi cabeza, no pude. Eric me sostenía con una fuerza increíble.

El aire se volvió tenso y un tanto incomodo. Al menos para Alex.

Mi cabeza caía sobre el hombro de Eric, y así podía ver a Alex delante de mí, sin una emoción en el rostro, su rostro estaba pálido y más blanco que nunca, sus ojos no me demostraban nada, lo cual me molesto y me confundió.

¿Estaba molesto conmigo? ¿O se alegraba de que Eric al fin encontrara a su hija? ¿Por qué no sonreía? O, ¿Por qué no hacía una mueca de disgusto?

Eric comenzó a soltarme de su brusco agarre, las manos le temblaban y sus ojos estaban rojos e hinchados, las lágrimas seguían saliendo de sus ojos como cascada, pero él se las arreglo para controlarlas, y después empezó a hablar temblorosamente.

—Lo-o siento... — Murmuro mientras se metía una mano en el bolsillo del saco. —Es solo que... Me recordaste mucho a una persona. — Removió el bolsillo y saco un pañuelo extremadamente blanco y lo restregó por su rostro húmedo. El pañuelo borro toda evidencia de llanto.

—Eric... — Le llamo George preocupado.

Rossie miraba a Eric con compasión. Me pase una mano por la mejilla y no tarde en darme cuenta de que también estaban húmedas y pegajosas.

—Estoy bien. — Respondió Eric como si supiera lo que le iba a preguntar. Sus ojos azul me miraron con anhelo. Como si yo fuese un ser de otro mundo.

—Hanna Reeve. — Dijo Eric en un susurro, como si no lo pudiera comprender todavía. Lo observe una vez más. Un montón de flashes invadieron a mi mente con recuerdos que había olvidado.

— ¿Eres mi papá? — Pregunte de repente. Las palabras salieron tensas y casi inaudibles.

El frunció el ceño sin comprender. Le di una mirada a George y él le regresó la misma mirada.

— ¿Ya lo sabías, Hanna? — Me pregunto George al ver que Eric no hablaba.

—Sí. Es decir, no... Pero ahora... — Me detengo sin saber que decir. Los tres me miran con expectación. Busco la mirada de Alex para pedirle ayuda, pero cuando lo hago, mi corazón siente un terrible apretón en él. Alex no está. Se ha ido.

— ¿Margaret te lo dijo? — Pregunta Eric con voz gruesa y pronunciada. Sus músculos se tensan todavía más.

— ¿Margaret? ¿Así se llama mi madre realmente? — Les pregunto a todos.

Rossie agacha la mirada y enlaza sus dedos moviéndose nerviosamente. Su rostro se ha puesto rojo. Mientras tanto, George se ve obligado a darle una mirada tranquilizada a Eric y a mí. Definitivamente él sabe las respuestas.

—Sí. Emma es Margaret. Siento que te enteres de esta manera.

Mi cuerpo comienza a perder fuerza.

— ¿Emma? — Pregunta Eric sorprendido, parece sentirse excluido de nuestra conversación.

—Emma es mi-i madre. — Le informo con voz entrecortada. —Ella se cambio el nombre. Me mintió sobre ti. Dijo que habías muerto... En un accidente. — Apenas digo. George asiente ante mi breve respuesta bien acertada.



¿Y ahora? ¿Debía decirle papá? ¿Debería correr a sus brazos y decirle lo mucho que lo necesite? ¿Decirle lo mucho que le quería?

—Lo sé, tuvo sus razones, Hanna.

Esperen, ¿Qué? ¿Él estaba de acuerdo con toda esta mentira absurda? ¿Con qué mi madre me ocultara de su existencia? ¿Qué me privara de un padre?, ¿Por qué?

— ¿Tú estuviste de acuerdo con esta mentira? — Le miro mal. Él se pasa las manos por el cabello y niega. Su cabeza se mueve de izquierda a derecha con lentitud.

—No. — Dice de todos modos. —Pero, no tienes que estar molesta con ella. Hizo lo mejor para ti. O lo que Margaret creía mejor para ti.

Margaret. Sonaba tan lejano. Tan diferente para mí, me resultaba ser otra persona.

Le doy una sonrisa cínica. Entonces, ¿Debería decirle "gracias mamá, gracias por ocultarme a mi padre"?

No. No lo aceptaba.

—No puedo creerlo. — Suelto un suspiro frustrado. Veía el rostro de mi madre en mi mente y se me revolvía el estomago. — ¿Ustedes lo sabían? — Pregunto desesperada mientras miro a Rossie y George. Ellos se miran discutiendo la respuesta con sus miradas inquietas.

—Mira Hanna, no creímos que enterarías de esta manera. — Dice evadiendo mi pregunta.

—Todo esto le correspondía a Margaret, así que, vamos a hacer un trato.

— ¿Un trato? — Frunzo el ceño sin comprender. Mis mejillas ya se sienten secas y todavía mas plegostioso.

— ¿Por qué no nos calmamos todos? — Dice con voz firme. —Vamos a sentarnos y les explicaré. — Dice. No suena como una sugerencia, es más como una orden.

Por supuesto que quería escuchar sobre que se trataba, así que no objete y me senté. Rossie hizo lo mismo y Eric la imito.

— ¿Qué trato, George? — Pregunto de nuevo. Todos miramos a George, esperando que las palabras salieran de sus labios viejos y pronunciados.

Él toma una respiración.

—Te contaremos lo que paso, lo que hizo que tu madre se cambiara el nombre, pero con una muy sencilla condición.

— ¿Cuál? — No tardo en responder.

—No le digas nada de esto a Margaret. — Dice con tono silencioso. Eric no parece saber del trato así que solo se dedica a escuchar, sabe que George hará las cosas bien.

— ¿Por qué? — Pregunto inestable, todavía con el pulso acelerado.

—Porque se suponía que ella te lo diría, nosotros no debíamos interferir en ello, pero las cosas se dieron, y los Crowell ya no queremos más problemas con los Reeve. — Sus manos están posadas en sus piernas, casi tocando sus rodillas delgadas. Sus dedos están enlazados, pero a veces se mueven por el aire y después vuelven a su respectivo lugar.

— ¿Más problemas? — Pregunto sin entender todavía. Es decir, no comprendía cómo era que mi madre se había cambiado el nombre por sucesos pasados y por qué me había mentado con algo tan grave, como decirme que yo había matado a Alex.

¿Acaso este secreto era más fuerte que aquella mentira?

—Eso es parte de lo que influyo en que tu madre se cambiara el nombre, y la nacionalidad. Así que, ¿Aceptas el trato?

No lo pienso dos veces.

—Sí.

George me contó con una brevedad la historia de lo que había pasado. Primero le podio amablemente a Rossie de que nos dejara solos, a él, Eric y a mí, y ella no se molesto ni objeto nada y se fue.

Mi madre, Emma... Bueno, Margaret, me había tenido a mí, pero Rossie también había tenido un hijo, pero cuando este nació, el bebé murió casi de inmediato, lo cual ocasionó que Rossie tuviera algunos trastornos psicológicos que con el tiempo los elimino. Entonces, como el bebé murió, y yo nací unos días antes que aquel bebé, Rossie creyó que yo era ese bebé, según George, las cosas se pusieron muy feas. Rossie sufría ataques casi a diario y se la pasaba alucinando un bebé, pero no estaba loca, si no que había quedado con el trauma y ella misma lo hacía crecer más y más. Las cosas se calmaron un poco cuando Rossie comenzó a controlar su trastorno, pero años después, las peleas continuas entre mi madre y Eric, puso una barrera entre ambos, y mi madre decidió irse de la mansión en donde vivían. Pero antes de eso, mi madre amenazo a Eric de irse, pero el cambio su actitud y comenzó a beber. Ese fue el único motivo por el que mi madre abandono a Eric.

—Perdóname Hanna. — Fue lo único que dijo Eric. Lucía sumamente avergonzado y arrepentido. Los ojos se le comenzaron a cristalizar.

—En ese caso, es a mi madre a quien le deberías de pedir perdón. — Le contesto con la voz entrecortada.

—También tú la mereces, te involucramos a ti, cuando tú no tenias la culpa de nada, y por mis estupideces, las perdí. — Dice dolido.

—No esperes que te llame "papá". — Señale todavía con la voz temblándome. —Eso se dará con

el tiempo.

—Ya verás que te voy a recuperar. A ambas. — Dice con voz firme. Suena casi como a una promesa.

Las promesas casi nunca se cumplían. Esperaba que esté sí, porque Eric parecía ser un buen tipo, a pesar de todo.

Ahora entendía las razones de mi madre, pero aun seguía en desacuerdo, no aceptaba lo que ella había hecho, creo que sus problemas dentro del matrimonio, no me involucraban a mí de esa manera. Tenía derecho a estar con ambos padres, a verlos el mismo tiempo.

Ella había decidido por mí.

=====

Capítulo 63.

Tuve que brincar por la ventana, ya que si llegaba y entraba por la puerta, claramente mi madre se daría cuenta de que nunca estuve ahí.

¿Ahora cómo le llamaría? ¿Emma? O, ¿Margaret?

Le había prometido no ver a Rossie, pero mi madre había roto una de nuestras reglas; decir mentiras. Así que fue la oportunidad exacta para ver a Rossie. Ella me había dicho las palabras que yo necesitaba y ansiaba escuchar.

«Tú no mataste a Alex»

Esas palabras hacían que todo mi mundo volviera a brillar. Me hacían sentir en paz en mi interior, por fin después de vario tiempo, mi conciencia se sentía bien conmigo misma.

En unas pocas horas, yo había descubierto dos cosas sumamente importantes.

Numero uno: Yo no había matado a Alex y al parecer, todo seguía siendo un misterio, pero en definitiva, yo no fui. Y Numero dos: Mi padre no estaba muerto, y ahora le conocía y hasta sabía las razones por las mi madre había hecho todo eso de cambiar nombres e inventar una historia totalmente absurda viendo los actos contemporáneos.

Me brinque por la ventana, todo lo hice en silencio y en completo orden, no quería que nuevamente sufriera una herida en la pierna izquierda y ahora sí, sin poder caminar. Era una suerte que las plantas de nuestra casa no fuesen tan grandes y tan verdes como las de la casa de Zet. Aparte de que ya conocía cada rincón de mi casa, sabía donde debía pisar exactamente. Una vez que llegue a la cima del árbol y pude estar a la altura de mi ventana, tome una respiración profunda y salte tanto como mis piernas pudieron hacerlo. Esto era lo más dificultoso de hacer cuando se trataba de entrar a mi habitación por la ventana. Un error y tres segundos después estaría el piso con una lesión en el cuello y un brazo roto.

Sonreí victoriosa cuando mis zapatos tocaron el piso de madera de mi habitación.

Tenía la mínima esperanza de que Alex estuviera aquí. Pero cuando le eche un vistazo a la habitación, toda esperanza se esfumo en un segundo. Debo admitirlo. Me dolió en lo más profundo de mi corazón, porque, ciertamente, Alex me estaba rechazando.

¿Cuál era el problema? ¿Qué fuésemos primos? ¿Nuestra relación? ¿Qué su asesino siguiera libre? ¿Qué su muerte fuera todavía un misterio? ¿Qué Eric le haya mentado sobre su muerte? ¿Se sentía triste? ¿Decepcionado, tal vez?

Realmente no entendía que era lo que le molestaba. Él no mostró ninguna emoción cuando Eric se abalanzo sobre mí y me abrazo, no se mostró interesado, no indiferente, y eso hizo que mi cabeza sufriera una terrible confusión... Y en todo caso, si había algo que le disgustara, podría habérmelo dicho y yo lo habría entendido perfectamente.

Me recosté en mi cama desapareciendo cualquier evidencia de que había estado fuera y quite la silla de la puerta.

Me quede pensando en todo lo que me había pasado en el día. Debo de admitirlo, también. Me dolió. Ser hija de Eric ponía obstáculos entre la relación entre Alex y yo... Bastante teníamos con que él fuera un fantasma.

Pero... Me sentía alegre de una u otra manera. Era como si esa chispa mínima dentro de mí se hubiera encendido y en consecuencia una enorme llama se hubiera iluminado dentro de mí.

Tenía un padre. Y no uno cualquiera. Eric Crowell. Mi padre estaba vivo.

Cerré los ojos por la falta de sueño y no me quede dormida... Extrañamente. Si no que divagué en mi mente. Imaginándome como hubiese sido mi vida si Eric hubiera formado parte de ella cuando lo necesite... No es que ya no lo necesitara, pero, vamos, la adolescencia era algo difícil de sobrellevar, sobre todo cuando solo tenías a una madre pisándote los talones a cada segundo.

Abrí los ojos y mire al reloj de la mesita. Ya pasaban de las seis de la tarde y Alex no se había dignado a aparecer en todo el día, ni se había presentado para decirme en donde estaría, no es que fuese una exagerada, no, sino que me preocupaba por él. Tenía dos opciones en mente; me estaba evitando o estaba molesto conmigo. O simplemente ambas...

— ¿Hanna? — Pregunto una voz detrás de la puerta. Juro que la sentí desconocida, casi lejana, y no por la distancia en la que nos encontrábamos. La escuche como..., Como una farsante. Así la describiría.

—Estoy aquí. — Dije con tono frío. Neutro.

— ¿Quieres comer? — Me pregunto dudosa.

—No, comí en el instituto. — Mentí sin pestañear, como si pudiese verme. Mi estomago estaba lleno gracias a esos increíbles bocadillos con ese magnífico glaseado que Rossie había

preparado. Ella se había molestado en ponerme en una bolsa de papel algunas donuts de sabor fresa y chocolate con ese exquisito glaseado blanco.

—Te dejare comida en el horno, ¿Bien? — Me dijo con cautela, esperando que cambiara de opinión, pero en definitiva, no lo haría. Digamos que mi madre no era muy buena cocinando, o al menos esa era mi opinión, así que si comida no era tan exquisita y deliciosa como la de Rossie.

—Bien. — Respondí. Vi como su sombra se quedo unos segundos ahí, detrás de la puerta, esperaba que se estuviera debatiendo en decirme la verdad. Que su conciencia le reclamara su enorme y muy fea mentira hacia a mí.

Pero después, su sombra desapareció.

Bufe en voz baja.

Tal vez tenía todo el sueño del mundo, pero la preocupación sobre Alex y su no aparición aquí, me preocupaba bastante.

« ¿Qué le puede pasar, Hanna?, es un fantasma, en todo caso, de lo que debes preocuparte es por los humanos con los que va a toparse. » Me decía mi mente. Pero, de igual manera. Mi cuerpo no funcionaba ni pensaba de la misma manera, lo cual, me hacía sentir intranquila y muy, muy preocupada. Fuera o no un fantasma, yo le quería, y eso no significaba que dejaría de preocuparme por él.

Por más que intente, por más que conté ovejas, por más que intente imaginar que tenía una vida en paz, no pude dormir. Era imposible.

Mire de nuevo el reloj de la mesita. Sorprendentemente, ya eran las dos de la mañana. Abrí los ojos como plato.

«Duerme, Hanna, duerme, por favor.»

Me regañe a mí misma. Debía dormir, si o si. No había opción. No podía permitirme otra noche más sin dormir. Si una noche me estaba dejando sin energías, con dos noches definitivamente ya no tendría fuerzas ni para ponerme de pie.

Intente una vez más, esta vez cerré los ojos con fuerza y me obligue a dormirme. Mi cuerpo perdía fuerzas conforme pasaba el tiempo.

Bien. Tal vez un donut me ayude con esto. Abrí la bolsa de papel y saque una espolvoreada donut con relleno de fresa y algunas chispas de colores. Fue inevitable lamerme los dedos cuando me la termine.

No me comí una, ni dos, sino que me comí absolutamente todas las donuts que había en la bolsa de papel, justamente para matar al tiempo.

Mire mi reloj. Tres de la mañana. Un bostezo salió involuntariamente de mi boca, haciendo el único sonido en la habitación.

Creo que eso sirvió, porque me quede profundamente dormida.

=====

Capitulo 64.

Escuche un sonido sordo, no supe distinguir entre la realidad y mi sueño. ¿Era un ruido en mi sueño? O, ¿Estaba pasando realmente?

Me moví un poco. Casi nada.

Luego, el sonido fue más fuerte, más claro.



Me desperté. La poca luz proveniente del exterior no me permitía ver más allá de las sombras y siluetas de los muebles.

¿Qué fue ese ruido?

— ¿Alex? — Gemí en voz baja. Mi voz salió ronca y adormilada. Me talle los ojos, reincorporándome.

No se escucho nada. Ni un grillo.

Me levante con una lentitud increíble, un dolor terrible en la espalda y en los pies fue la consecuencia provocada. El dolor fue fuerte y duro. Como si me hubieran dado un golpe con un balón. O con una piedra...

Gemí y el ruido volvió a hacerse presente. Fue lejano. Casi nulo. Provino del exterior, era como una rama a punto de romperse.

— ¿Alex? — Volví a preguntar con la voz gruesa. Me acerque un poco a la ventana, todavía son levantar las cortinas.

Nada.

Regrese de nuevo a la cama, pero antes de que diera un paso más, hubo un gemido, casi como un quejido angustiante. Me puse alerta y tome lo primero que vi, un zapato, me agache y después me levante tan rápido como pude, apreté el zapato contra mis palmas poniéndolo delante de mí, como si fuera un arma.

—Pst. — Escuche. Estoy segura que provino de la ventana. Abrí los ojos y me puse recta. —Pst.  
— Volvió a llamar la voz.

Dude en acercarme. Alguien se aclaró la garganta desde afuera.

— ¿Quién está ahí? Voy a llamar a la policía si no se va ahora. — Exclame con voz ahogada. El aire comenzaba a faltarme y las manos no pudieron ser controladas por mi cerebro. Comenzaron a temblar de inmediato.

—Hanna, soy Cara, ábreme. — Escuche un susurro del exterior. Baje la guardia y la sangre me volvió a circular. En cuanto escuche las palabras corrí a la ventana. Tire de la cortina y vi a una Cara casi muerta de frío.

Abrí la ventana de un golpe. Una brisa fría recorrió a mi cuerpo de pies a cabeza, la oleada afectó más en el rostro, haciéndome sentir helada y haciéndome sacudir por los cabellos erizados en todo el cuerpo. Unos segundos después, ella entró a la habitación maldiciendo.

Le mire sin entender.

— ¿Qué haces aquí a las...? — Mire por tercera vez el reloj de la mesita de noche. — ¡¿Tres y cinco de la mañana?! — Dije sorprendida. Apenas había dormido cinco minutos. La bolsa de papel de las donuts seguía ahí, en la cama. Ni siquiera llevaba el pijama, me había quedado dormida con la ropa de diario.

Ella parecía asustada, y no precisamente por el brinco que había dado para entrar a la habitación.

—Cara, ¿Estás bien? — Susurre acercándome a ella mientras dejaba el zapato en su lugar. Sus ojos estaban desorbitados y sus manos se movían nerviosamente.

—Quiero hablar contigo. — Dijo preocupada mientras sus ojos me miraban con arrepentimiento.

Me asuste.

— ¿A las tres de la mañana? — Dije sin comprender, mientras quitaba las lagañas de mis ojos

hinchados. A pesar de que había dormido cinco escasos minutos, las lagañas no iban a omitirse. Abrí mi boca para proseguir. — ¿Sobre qué?

—Es muy importante, y necesito que me escuches. — Su voz era angustiante y me ponía de nervios cada vez que un sonido salía de su boca seca y pálida. Hoy no traía ningún tipo de maquillaje en su rostro, incluso llevaba un conjunto negro deportivo, su cabello estaba alborotado y atado bruscamente en una liga que parecía que en cualquier momento iba a romperse. Y no solo la liga, si no que ella también.

Camine hasta la mesita de la noche y antes de que encendiera la lámpara, trague saliva disimuladamente.

— ¿Y por qué a las tres de la mañana? ¿No podías esperar hasta mañana? — Encendí la lámpara.

—No. Tiene que ser ahora. Es muy importante. — Dijo firme y con voz ronca. Mi piel volvió a ser piel de gallina. Me gire y me tope con unos ojos rojos e hinchados.

— ¡Cara! ¿Has estado llorando? — Pregunte asustada. Ella se veía demacrada.

—Eso no importa ahora. — Su voz salió temblorosa. —Tengo que confesarte algo.

¿Confesar? ¿De qué estaba hablando?

—Siéntate. — Le ordene. Ella no objeto porque sus piernas estaban temblándole. Parecía que tenía fiebre, porque no dejaba de temblar. — ¿Segura que estas bien? — Pregunte de nuevo.

—Escúchame atentamente... — Ignoro mi pregunta. — Hanna, el asesino de Alex quiere matarte.

Mi sangre subió hasta mi cabeza haciéndome sentir mareada. Sentí como la sangre se me acumulaba en todo el rostro. Me sentía pesada.

— ¿Qué estás diciendo? — Pregunte frunciendo el ceño.

—El asesino de Alex quiere matarte. — Volvió a repetir con voz temblorosa.

Y luego pensé. Ella no sabía que yo ya sabía que el asesino era yo. Es decir, ella no sabía sobre Rossie y nuestra plática con ella y cuando me dijo que yo había matado a Alex. Entonces, ¿A quién se refería con "el asesino"?

— ¿Lo conoces? — Pregunte de todos modos.

—No. Me ha estado enviando notas amenazantes Hanna. Él va a matarme a mi también.

— ¿Él? — Pregunte frunciendo el ceño. Mi cuerpo se congeló.

Cara gimió.

—Es decir, él o ella, no lo sé... — Dijo preocupada.

— ¿No se suponía que la asesina era yo? — Pregunte sarcástica. Ella negó con la cabeza.

—Fue una mentira. Tú no mataste a Alex. — Dijo torturada. — Fue una mentira. — Volvió a repetir con voz cortada.

— ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué me mintieron de esa forma?! ¡No sabes todo lo que paso por mi mente!  
¡Fue muy cruel de su parte!

—Lo siento. — Susurro apagada.

— ¿Lo siento? — Sonreí cínicamente, mi sangre comenzó a hervir por dentro. — ¡Un lo siento no

arregla nada del daño que me hicieron!

—Hanna, va a matarme, quien sea, me va a matar. — Dijo preocupada, como si mis palabras dichas no le importaran. Cara miraba hacia el piso con una mirada profunda e inquietante. Sus manos no dejaban de temblar.

Intente calmarme.

— ¿Lo conoces?

—No-o. — Tartamudeo en silencio.

— ¿Qué te dijo?

—Que yo era la próxima. — Gimió en voz baja mientras sus ojos comenzaban a cristalizarse. Ella levanto la mirada y sus ojos azules me miraron con pánico. —Estoy muy asustada Hanna. — Una lágrima se deslizó por su mejilla. —Dijo que iba a matarme. — Volvió a repetir con voz quebrada mientras las lágrimas comenzaban a brotar humedeciendo rápidamente sus mejillas pálidas.

— ¿Se lo contaste a tus padres?

Ella negó, pero de igual manera contesto con voz apagada y llena de pánico.

—No. Ellos no lo saben.

— ¿Cómo fue que paso? — Ignore la pelea sobre la mentira que me habían dicho, y trate de averiguar qué era lo que realmente estaba pasando, pero, yo ya no confiaba en Cara. Ya no era una persona de fiar con todo lo que me había dicho y contado. Pero sus ojos azul me decían todo lo contrario, ella estaba diciendo totalmente toda la verdad. Reduje que ella me había mentado porque el asesino la había amenazado y porque hubiera sido más fácil que yo dejara el asunto por la paz.

Lo que no sabía aquella persona, es que yo era muy terca.

—Recibí esta nota, estaba debajo de mi almohada. — Se metió la mano al pantalón deportivo y saco una hoja blanca de máquina, estaba doblada en ocho partes, así que comencé a desdoblarla. Las letras comenzaron a hacerse evidentes mientras estiraba la hoja. —Es la segunda que recibo en esta semana, la primer nota decía que me cuidara, y esta... En esta simplemente me sentencio... Ya no fue una amenaza. Va a matarme. — Comenzó a llorar frenéticamente.

¿Dónde estaba Alex cuando lo necesitaba?

Observe la hoja, pero aquella persona había sido muy lista y había formado las palabras con recortes de periódico. La hoja tenía la oración "¿Estás lista para morir?"

Mi corazón quiso salirse de mi pecho. Mi pulso nuevamente comenzó a acelerarse.

Esto era terrorífico. Como una pesadilla.

—Tranquila, no te va a pasar nada. Seguro es una broma. — Intente calmarla.

—Tom recibió la misma nota, pero con un mensaje diferente, él no está enfermo, Hanna. Fue agredido por una pandilla. Lo golpearon. — Confeso entre lágrimas. —Por eso lleva esa bufanda y ese tapabocas. Todos estamos muy asustados. De verdad, siento la mentira sobre Alex. Pero Hanna, debes creerme, esto es cierto. — Sollozo.

—No puedo confiar en ti. Ya no. Pero puedo ayudarte.

— ¿Cómo, Hanna? — Siseo en voz baja.

—No lo sé. — Respondí sincera. En realidad no sabía cómo ayudarla. Hubo un momento de silencio.

Cara se aclaró la garganta.

—Deja de buscar al asesino Hanna, eso solo le está provocando, déjale ir.

— ¿Me estas pidiendo que lo deje por la paz? — Contesté molesta. Yo entre todas las cosas no iba a decepcionar a Alex. Le había dicho que le ayudaría a encontrar a su asesino, y eso es lo que haría.

—Sí, por favor, Hanna. O, ¿Acaso quieres que haya más muertes? — Volvió a gemir. Sus ojos azul me miraban cautelosos. —Eso no te corresponde a ti.

Me lo pensé.

— ¿Eso te dejaría tranquila? — Pregunte.

—Sí.

—Entonces lo haré. Dejaré en paz al asesino de Alex si es lo que quieres. — Mentí. —Tienes razón, creo que esto solo le está provocando aún más, y no quiero que nadie muera por mi culpa. — Dije firme y con voz ronca. Había sonado tan convincente como lo había planeado unos segundos antes.

—Gracias, Hanna. — Dijo con voz dolida.

—No hay de qué. — Repuse.

—Lo siento tanto. — Dijo arrepentida. Sus ojos azul me miraron, tomando toda mi atención, mi cuerpo se puso tenso ante su mirada directa y profunda. —Todo esto es por ti, Hanna. No lo olvides. Hay personas que te queremos con vida, y hay personas que no. Tal vez deberías depositar esa confianza en ti misma y no en las demás. Nunca sabes quién te puede traicionar y

apuñalarte por la espalda, ¿verdad?

Asentí sin comprender sus palabras.

—Tienes razón. — Dije.

—Hanna... — Me llamo entre lágrimas. —Algún día verás que hiciste la mejor elección de tu vida. Te quiero, no te imaginas cuanto. Esto es por ti. — Volvió a repetir. Sus palabras solo me confundieron más, dejándome desconcertada.

—Tengo que irme. — Dijo con voz suave.

— ¿A esta hora? — Pregunte abriendo los ojos. —No puedes irte a media noche, y más en estas condiciones.

—Mis padres van a matarme si ven que no dormí en casa, sabes eso.

Asentí.

—Gracias por escucharme, de todos modos. Te veré mañana. — Dijo forzando una sonrisa cansada.

—Quédate. — Insistí poniéndome de pie. Ella camino hasta la ventana.

—Ya hice lo que tenía que hacer. Tengo que volver a casa. Y, ¿Hanna?, De nuevo, discúlpame por todo. — Volvió a decir con los ojos cansados e hinchados.

Después, ella se abalanzo hacia a mí, y me abrazo, llenándome el hombro de mocos y algunas lágrimas liquidas.



—Te quiero. — Murmuro en mi oído.

—También te quiero, idiota. — Intente sonreír, pero me costaba mucho trabajo. Todo lo que había pasado... Me hacia desconfiar de todos.

—Una cosa más. — Me pidió con voz aguda. —No le digas a nadie que estuve aquí. Y quema esa hoja. — Señalo la carta que había recibido.

— ¿Por qué? — Pregunte confusa.

—Solo hazlo. No se lo cuentes a nadie. Te quiero, Hanna Reeve.

Segundos después, ella desapareció por la ventana diciéndome con sus labios la palabra "perdón".

Cerré la ventana con seguro y volví a mirar mi reloj. Tres y media de la madrugada. Sin pensarlo me deje caer en el acolchonado y de nuevo, me quede dormida.

Todo fue oscuro. De nuevo, no soñé nada.

— ¡Hanna! — Escuche a lo lejos. — ¡Hanna! — Alguien gritaba con fuerza mi nombre, pero no sabía de dónde provenía. Todo estaba oscuro.

Luego, fue más fuerte. Más pronunciado.

— ¡Hanna! ¡Ábreme! ¡Hanna! ¡Dios! ¡Dime que estas ahí adentro! — Gritaba una voz con fuerza. Comencé a escuchar un sonido frustrante.

Alguien golpeo la puerta con fuerza. Di un brinco.

— ¡Hanna! — La voz sonaba aterrada mientras golpeaba la puerta de mi habitación. — ¡Hanna! ¡Abre, por el amor de Dios! ¡Abre, Hanna! — Grito con frustración.

Me levante de un golpe.

«¿Qué rayos?» Me pregunte mentalmente mientras me ponía de pie.

— ¿Hanna? — La cama chilló y la voz de afuera golpeo a la puerta con fuerza mientras intentaba abrir la puerta, el pomo no dejaba de girar. — ¿Estás ahí? — Conocí de inmediato esa voz.

¿Qué estaba pasando?

Mis ojos se abrieron y mis oídos se agudizaron. Escuche una sirena muy cercana. Me alerte. Algo malo estaba pasando.

— ¡Hanna! — Insistió la voz con terror.

Por enésima vez, mire mi reloj. ¡No me lo creí! ¡Habían pasado solo tres minutos desde que Cara se había marchado! ¡Tres y media de la madrugada con tres minutos!

— ¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí! — Grite asustada mientras corría a la puerta de la habitación.

¿Qué pasaba?

Abrí la puerta de inmediato.

— ¡Por el amor de Dios! ¡Creí que...! ¡Oh Dios! ¿Estás bien? ¿Por qué no me abrías? — Se lanzo contra mí y me apretujo en sus brazos cálidos. — ¡Me diste un buen susto, Hanna! ¡Ay! ¿Estás bien? — Repitió atemorizada. — ¡Te amo hija, creí que habías salido de casa! ¡Santo Dios! — Exclamo mientras gemía con terror. Mis ojos se abrieron y todo me comenzó a temblar.

¿Qué estaba pasando? ¡Qué alguien me diga!

—Mamá... — Comencé a alejarme. — Mamá, ¿Qué está pasando? — Al fin pregunte. La mire y vi que tenía un par de lágrimas en las mejillas rojas. Las sirenas y su sonido aterrador me hacían sentir pánico y desesperación.

Ella me miro con tristeza. Se limpio las lágrimas que caían de sus ojos y me miro inquieta. Llevaba su bata de noche, atada a la cintura, la seda blanca no dejaba mucho a la imaginación, pero cubría la mayor parte de cuerpo.

—Es Cara. — Respondió.

— ¿Qué? ¿Qué paso? — Dije rápidamente, con el corazón latiéndome a mil por hora.

Ella negó con la cabeza.

«Las sirenas. » Fue lo que mi mente me dijo. Quite a mi madre de mi camino y comencé a correr escaleras abajo.

— ¡Hanna! ¡No! — Me grito.

Corrí más rápido, con la adrenalina al tope de mi cabeza, sentía el pulso rápido y no tarde en comenzar a agitarme, pero mis venas pedían a gritos que siguiera corriendo. Y así lo hice, corrí hasta el lugar de las sirenas. Mi corazón amenazaba con salirse de mi pecho.

Mi mente me jugó una mala jugada e imagine lo peor.

«No. No. No. »

A lo lejos vi la ambulancia y su estruendoso y sordo sonido que me hacían temblar, corrí a mitad

de la calle con los pies descalzos y las piedras encajándose en ellos. No me importo.

Mis ojos se humedecieron y vi como todo se volvía borroso conforme me acercaba. Las lágrimas amenazaban con salir. Escuche como alguien gritaba mi nombre a lo lejos.

Cuando estuve lo suficientemente cerca, todo se volvió claro y las lágrimas comenzaron a salir como una cascada sin fin. Estaba puesta una cinta amarilla que prohibía el paso, había un auto color azul marino parado a mitad de la calle. Mi corazón latió con fuerza. Todo parecía estar en cámara lenta.

El auto tenía el parabrisas roto, y me percate de que la puerta del piloto estaba abierta y que el automóvil no tenía placas. Un sabor amargo se trago mi garganta.

Chille en voz baja.

Vi al oficial de policía tomando algunos datos de algunas personas que se encontraban alrededor. Era un viejo con el cabello plateado, era regordete y tenía un bigote tan blanco como la harina. Su placa colgaba con orgullo en su uniforme café.

Me acerque vacilando.

— ¿Q-qué paso? — Logré decir.

—Atropellaron a una chica. — Él no me miro y siguió anotando un par de cosas en su libreta. Sentí que alguien me apretaba el corazón.

«No. No. No. »

—Entonces, ¿Usted vio al piloto del automóvil? — Le pregunto a un hombre calvo que se encontraba a un lado de mí.

—No Sr. Oficial, solo escuche el chirrido de las llantas y mi esposa y yo salimos para ver qué pasaba. Nunca vimos al piloto. — Dijo el hombre calvo.

— ¿Dónde está la chica? — Le pregunte al oficial con voz temblorosa. El labio me tembló.

—No puedo darte esa información. — Dijo.

—Pero, ¿Ella está bien? — Pregunte con las lágrimas deslizándose.

—Ya te dije que no te puedo dar esa información. — Me dijo de mala gana, y después siguió anotando en su cuaderno. Lo maldije en voz baja.

Le mire una vez más. Estaba distraído apuntando en su libreta, y uno de los detectives estaba marcando cada evidencia.

Me mordí el labio y atravesé la cinta amarilla.

— ¡Hey! ¡No puedes entrar ahí! — Me grito el oficial, pero lo ignore y seguí corriendo.

Mi cuerpo sintió una oleada de aire frío. Quede en shock. El cuerpo de Cara descansaba a cuatro metros de distancia del automóvil azul. Un enorme y muy pegajoso charco de sangre, la rodeaban.

Chille.

— ¡No! ¡No! ¡Cara, no! — Las lágrimas salieron tan rápido como mi cuerpo sintió un aire frío y culpable.

— ¡Hanna! — Escuche detrás de mí.

Corrí hasta el cuerpo de Cara y me deje caer a un lado de su cuerpo flácido y vi como su rostro estaba manchado de sangre en cualquier parte que mirara, sus ojos estaban cerrados.

— ¡Esta alterando la escena del crimen! ¡Sáquenla de aquí! — Grito uno de los detectives. Y justo cuando iba a tocar el rostro pegajoso de Cara, sentí un jalón terrible.

— ¡No! ¡No! ¡Ella es mi amiga! — Un hombre me jalo con fuerza intentando separarme del cuerpo de Cara.

Patalee e intente zafarme de su agarre, pero todo esfuerzo era en vano.

— ¡No! ¡Cara! ¡Es mi amiga, suéltame! — Gemí mientras las lágrimas seguían cayendo.

—Cálmate. — Me dijo el hombre tomándome con más fuerza. — ¡Tengo un ataque de pánico aquí! ¡Necesito un suero para tranquilizarla! — Dijo por radio. Le di una patada en la rodilla y él gimió.

— ¡Déjame! ¡Es mi amiga! — Chille.

Continuamente, dos hombres me tomaron con fuerza, y después, me inyectaron un suero en el brazo. Claramente trate de evitarlo, pero ellos eran dos más que yo, así que fue imposible.

Mi cuerpo se sintió débil y comenzó a perder fuerza rápidamente.

En un susurro solo audible para mí y hablándole al espíritu de Cara, dije: —Te perdono Cara.

=====

Capitulo 64; Continuación.

Cara Marie Carter murió el día ocho de diciembre del año 2007 a la hora 3:32 am.

Fue atropellada por un automóvil sin placas y sin un piloto señalado responsable ante el acontecido hecho.

=====

Capítulo 65.

Después de ir al funeral de Cara, todo mi cuerpo se sentía débil y cansado, mis ojos estaban tan secos como el desierto y se habían quedado sin una sola lágrima. Me sentía asfixiada, como si unas manos me apretaran el cuello y no pudiera respirar.

—Hanna, ¿Qué pasó? — Una voz se escuchó al fondo de la habitación. Mi cuerpo estaba descansando en la cama mientras que mis ojos estaban cerrados. Todo estaba oscuro. Mi cuerpo flácido no movía ni un solo músculo.

—Cara murió. — Susurre con voz cortada. Silencio.

Se escucharon unos pasos acercándose por el piso de madera. El ruido hacía eco en mis oídos. Todo dolía.

— ¿Qué? — Pregunta una voz gruesa y grave.

—Cara murió. — Repito con voz apagada. Mi cuerpo tiembla sin fuerzas.

— ¿Cuándo? ¿Qué realmente fue lo que pasó? — Dijo la voz que sabía de quien era, pero justo ahora, no quería mirarle a los ojos y que viera el desastre que era. No respondí. — ¿Hanna? — Me llamó la voz al ver que no contestaba.

No quería hablar de eso. Cada vez que se mencionaba el nombre de Cara, mi mente automáticamente reproducía lo que había pasado ayer por la noche, todo pasaba en cámara lenta en mi mente, y cada vez que lo hacía, el corazón me palpitaba, el oficial tomando nota, el detective marcando la escena del crimen, yo corriendo hasta el cuerpo de cara, y finalmente el frío y pegajoso rostro de ella bañado en sangre.

Era horrible. Sobre todo porque yo pude evitarlo. No podía dejar de sentirme culpable.

Un nudo se formó en mi garganta. Un nudo que no pude tragar.

— ¿Qué es eso? — Pregunto de repente. Yo no me moví, ni siquiera abrí los ojos, cualquier movimiento que hiciera, me dolía. — ¿Hanna? ¿Puedes mirarme? — Gruño desesperado. Gemí en voz baja. Él nudo comenzaba a hacer su efecto. — ¿Por favor? — Susurro con voz dolida.

Mis ojos se abrieron y sentí como mis ojos ardían. El contorno se sentía hinchado y estaba segura de que estaba rojo como un tomate. Mis ojos también dolían.

Su mirada fue nada más que preocupación. Luego, frunció su ceño.

— ¿Estás bien?

No conteste. El nudo en la garganta no me lo permitía. Me dolía no poder tragármelo. Él se acercó a mí con paso lento. Le mire sin despegar la mirada de sus ojos. Alex me miro aterrado, sus ojos se movían inquietos.

—Oye. — Me dijo mientras se recostaba a un lado de mí. —Lo siento. — Su cuerpo cayó a un lado del mío.



El nudo en la garganta se hizo más grande.

—No tienes que disculparte. — Mi voz tembló. Él inmediatamente negó con la cabeza.

—Soy un idiota. Me fui sin avisarte, y me moleste cuando no debería. Te debo una disculpa. —  
Susurro en mi rostro.

Estaba luchando por mantener las lágrimas en mis ojos, pero tener a Alex aquí, y diciéndome aquellas palabras, no ayudaba mucho.

—Cara murió. — Quise cambiar de tema. La voz salió chillante.

—Lo siento. — Volvió a decir.

Mis ojos se aguadaron.

—Ella estuvo aquí tres minutos antes... — Susurre y me detuve para tomar aire. —La amenazaron. Tu asesino le mando una carta, y ella... Ella estaba asustada Alex... Y yo... Yo no lo note tanto como debería... — Mi voz se quebró.

—Estaba bien, hiciste lo que pudiste. — Me susurra tratando de calmarme.

Negué con la cabeza.

—Murió por mi culpa. Debí detenerla y hacer que se quedará... No debí dejarla ir...

No lo pude evitar y comencé a llorar. Alex pasó sus manos por mis hombros e involuntariamente me acomode en su pecho para llorar todavía más. Su pecho estaba frío y olía a limón...

—Está bien, llorar sirve Hanna. Lloro todo lo que puedas. — Sus palabras solo hicieron que mis

ojos dolieran todavía más y que mis gemidos tormentosos se hicieran audibles en toda la habitación.

Las lágrimas no dejaban de caer. No podía mantener el control de ellas, salían como una cascada, eran rápidas y gruesas. Mis mejillas y el cabello de los laterales no tardaron en mojarse.

—Está bien. — Su mano subía y bajaba suavemente por mi brazo mientras intentaba consolarme.  
—Estoy contigo.

Lloré tanto que quedarme dormida en el pecho de Alex fue inevitable.

Mi mejor amiga había muerto inexplicablemente, y yo sabía quién era el culpable, no precisamente el nombre, pero sabía de quien se trataba. Ya no quería seguir con esto. Cara había muerto por mi insistencia, por indagar sobre el asesino de Alex. Todo había sido mi culpa. Pero, ¿Por qué? ¿Por qué razón la mataría?

Ella sin duda era buena. El primer día que la conocí me defendió de un par de matones del instituto. Cara era una persona influyente, y yo no era más que la chica nueva de la que todos se querían aprovechar el primer día, y Cara... Ella llegó y lo evito. Me defendió de aquellos niños tontos e inmaduros. Cara era mi única amiga, y tal vez no hablábamos de cosas sobre chicos y vestidos, pero yo sabía que la confianza entre nosotros era mutua. Ella se encargaba de contarme todo lo que pasaba en el instituto y yo trataba de ayudarle en la clase de mates y biología. Con el tiempo nos hicimos más unidas.

Cara no merecía morir.

Cuando desperté, Alex estaba acostado en el mismo lugar. Mi garganta estaba seca y mis párpados se sentían cansados. Me aclaré la garganta y mi boca se abrió.

—No te vuelvas a ir. — Le dije temblorosa. Las palabras habían salido como un rayo eléctrico.

Él negó rápidamente.

—Nunca. — Su mirada estaba llena de pánico. Apenas sus ojos me miraron, me di cuenta de ello.

— ¿Qué pasa? — Pregunte preocupada mientras me apoyaba en la cama para levantarme.

—Nada. — Respondió indiferente.

—No. Algo está pasando. — Insistí.

—No es nada, Hanna. — Volvió a repetir con suavidad. Me aleje de él.

— ¿Qué pasa Alex? ¿Está todo bien?

—Sí. — Dijo con tono agudo. No tardé en darme cuenta de que estaba mintiendo. Lo mire mientras lo fulminaba.

—Estás mintiendo. — Lo rete. Alex trago saliva con dificultad. Él se movió un poco en la cama y un sonido lleno mis oídos. — ¿Qué fue eso? — Pregunte.

— ¿Qué fue qué? — Pregunto sin entender mientras fruncía su ceño. Su cuerpo se tensó de inmediato.

— ¿Qué hay debajo de ti?

— ¿Qué hay debajo de mí? — Respondió con una pregunta. Sus ojos café me miraron. Di un salto y me levante de la cama. Quite los mechones de cabello que se pegaban a mis mejillas rojas.

—Levántate, Alex. — Le ordene en un susurro. Mi garganta se atraganto.

—Hanna... — Respondió.

—Hazlo. — Ordene mientras mi sangre se calentaba.

¿Qué escondía debajo de él? Y, ¿Por qué actuaba de esa manera?

—No lo haré. — Me reto. Entrecerré los ojos ya furiosos.

— ¿Qué me ocultas, Alex?

—No te estoy ocultando nada. — Replico. Los mechones café le caían en los ojos y el no se había molestado en ponerlos en su lugar.

—Bien. — Dije. Y después di un salto, cayendo arriba de él. Alex gimió con dolor.

— ¡Hanna! — Grito con dolor. Comencé a meter mis manos debajo de su cuerpo mientras que mis piernas estaban atrapando su cintura. Mis piernas presionaron con fuerza y él gimió. Intento forcejear conmigo, pero yo llevaba ventaja por estar encima de él. Mis manos se movían con rapidez por debajo de su cuerpo, y entonces... Mis dedos tocaron algo riguroso.

— ¡Hanna! — Gritó molesto. Y luego cuando intente jalar lo que había entre su cuerpo y la cama, él tomo impulso y me tiró del otro lado de la cama. Su cuerpo cayó encima del mío.

Un calor terrible se apodero de mi cuerpo. Él me miro cauteloso, sonriendo victorioso.

— ¡Suéltame! — Grite mientras luchaba con sus manos. Él no luchaba conmigo, pero intentaba detener mis golpes bruscos.

—Hey, hey. Cálmate. — Me dijo mientras agarraba mis manos con fuerza.

— ¿Qué había debajo de ti?! ¿Por qué me lo ocultas?! — Gemí en voz baja.

El calor se hizo más evidente cuando deje de luchar y nuestros cuerpos estaban tan juntos y silenciosos.

—No te estaba ocultando nada. — Susurra acercándose a mis labios. La tentación de besarlo fue terrible. Su aliento perforo a mis labios secos.

— ¡Aléjate de mi traidor! — Chille mientras ladeaba mi rostro. Él se alejo solo un poco.

— ¡No soy un traidor! — Abrió sus ojos como plato. Sus manos sostenían a mis manos en mis costados sin dejarme luchar. Sus piernas estaban en los costados de mi cintura, aprisionando con fuerza.

— ¡Suéltame! — Patalee intentando golpearlo.

— ¡No te voy a soltar hasta que te calmes!

— ¡TRAIDOR! — Chille más fuerte. Era un buen momento para que mi madre viniera justo ahora.

— ¡No soy un traidor! ¡No sabes lo que dices!

—Suéltame, Alex. ¡Suéltame maldita sea! — Forcejee de nuevo. Alex me tomo con fuerza y volvió a aprisionar a mis delgadas y débiles manos.

—Tranquilízate. — Susurro en mi oído.

— ¡No me toques! — Le grite.

Definitivamente había algo debajo del cuerpo de Alex, yo lo había tocado. Estaba segura de ello, y me dolía que Alex lo negara.

¿Dónde estaba mi madre cuando la necesitaba?

Alex dejó sus labios en mi oído, enviando vibraciones por todo mi cuerpo.

—Bien... — Suspire tratando de parecer tranquila. Él corazón me palpitaba. —Estoy tranquila, ahora suéltame.

Quise gritarle, pero sabía que si hacía eso, era seguro que no me soltaría.

—Te soltare con una condición.

— ¿Cuál? — Trate de sonar madura.

Él suspiro. Su pecho subía y bajaba, su respiración estaba agitada.

—Confía en mí.

No podía hacer eso. Pero de todos modos asentí.

—Bien. — Respondí.

Él comenzó a soltar su agarre de mis manos. Y luego, volvió a apretar con fuerza. Entre en calor cuando Alex comenzó a acercarse a mí lentamente. Me resultaba imposible apartar la vista de sus labios carnosos y húmedos.

—Voy a besarte. — Me explico cuando sus labios estaban demasiado cerca.

Negué con la cabeza. ¿Acaso no había visto que una de sus teorías estaba comprobada?, Éramos familia.

—No lo hagas, mentiroso. — Susurre.

—Hanna, he dicho que voy a besarte. —Él ignora mis palabras y se acerco todavía más con una lentitud increíble. Sus labios besaron a mi mejilla pegajosa, llena de lágrimas. Sentí un escalofrío en mi mejilla y luego se extendió por todo mi cuerpo. Gemí involuntariamente. —No soy... — Él se detuvo, y comenzó a dirigirse a mis labios. Mis piernas temblaron. Ansiaba tener sus labios sobre los míos, pero él me estaba torturando. Sabía que estaba jugando conmigo. Sus labios besaron las comisuras de mis labios con un pequeño y muy suave beso. Mis piernas se apretaron cuando sintieron una vibración increíble en la entrepierna. Una gota de sudor se deslizó por mi frente. —No soy un mentiroso. — Termino de decir con voz gruesa y ronca. Y luego, unos cálidos y muy húmedos labios se pegaron contra los míos.

Si Alex podía jugar a esto, yo también lo haría.

Seguí el beso mientras vacile en quitar mis manos de su agarre. Él me soltó rápidamente. Para disimular, puse una mano en su nuca, enredando mis dedos en su cabello. Sentí como su cuerpo caía sobre el mío. Con la otra mano, metí la mano a su bolsillo y efectivamente aquello riguroso que había tocado anteriormente, estaba ahí.

Lo saque lentamente. Él se movió, y yo lo atraje con fuerza hasta mi boca. Y rápidamente jale aquello que había en su bolsa y me lo metí debajo de la blusa con dificultad. Estaba tratando de concentrarme en el beso, pero Alex no era tonto, se dio cuenta de que algo estaba pasando. Se separó de mis labios y me miro con esos ojos penetrantes.

— ¿Pasa algo? — Fingí no saber qué pasaba.

—No. — Dijo. Y luego, sus labios se apretaron contra los míos.

Gemí.

Me beso con lentitud, y luego... Más rápido, más fuerte. Con desesperación. El aire me faltaba, pero este tal vez era el último beso, y quería aprovecharlo.

Alex se separó de mí, de nuevo, y se tocó el bolsillo en donde estaba la cosa rigurosa. Él abrió los ojos como plato y me miró. Sin pensarlo dos veces, le aventé de una patada y él salió volando mientras su cuerpo caía al piso. Un fuerte sonido inundó a la habitación. Me levante con la respiración agitada y salí corriendo como pude.

— ¡Hanna! — Alex gritó desde el piso. Vi como se levantaba del piso con una mano en la espalda mientras avanzaba hacia a mí. — ¡Detente!

Entre al baño y tome la perilla entre mis manos. Alex se detuvo con los ojos llenos de pánico.

—No lo hagas. — Susurro.

—Mentiroso. — Le di una mirada furiosa llena de rencor y odio.

—Puedo explicártelo. — Dijo mirándome con recelo. Él trago saliva. Negué moviendo la cabeza de un lado a otro. Y luego, azoté la puerta del baño.

Me deje caer en el piso. Alex comenzó a girar la perilla del baño frenéticamente.

— ¡Vete! — Le dije.

— ¡Déjame explicarte, por favor!

Saque la cosa rigurosa que había puesto debajo de mi blusa y vi lo que era. El sonido hizo que mi piel se pusiera de gallina. Era una hoja de papel doblada. Alex dejó la perilla por la paz y guardó silencio.



Comencé a desdoblar la hoja. El sonido era sordo para mis oídos agudizados. Las manos me temblaban. ¿Qué era esto? Y, ¿Por qué Alex me lo estaba ocultando?

Alex se dejó caer del otro lado de la puerta. Escuche como su peso chocaba contra el frío piso. Su espalda estaba recargada en la puerta del baño. Abrí la hoja por completo y unas palabras escritas con recortes de periódico me resultaron familiares. Era una carta como la que había recibido Cara. Una carta amenazante.

Solo que ahora el contenido era diferente.

La hoja no tardo en temblar en mis ya sudadas palmas. Tome una respiración profunda, llenando a mis pulmones con el aire suficiente. Y después, comencé a leer vacilante.

Mi garganta se volvió un desierto, nuevamente.

"Hanna Reeve, perdiste a tu mejor amiga, mis más sinceras condolencias, pero, yo le advertí, ¿Quién crees que sigue en mi lista?, vamos, se una detective de verdad, te daré una pista: aún no eres tú. Pero una llamada próxima te lo dirá."

=====

Capitulo 66.

—Puedo explicarte. — Gruño del otro lado de la puerta. Me aclaré la garganta y abrí la boca para comenzar a hablar.

—Por supuesto que sí. — Me levante sin muchas fuerzas y tome la perilla entre mis manos temblorosas y la giré tan pronto como estuve de pie. Alex estaba ya de pie, estaba a un metro y medio de distancia y tenía las manos en sus bolsillos delanteros.

Soltó un suspiro cuando me miro.

—Hanna, ¿Tú crees que yo escribí eso? — Me pregunto con los ojos cristalizados.

Oh, mierda.

—No lo sé... — Respondí.

—Dime ¿sí o no? — Su voz salió gruesa. Alex saco las manos de sus bolsillos y las puso a sus costados. Se le miraba tenso.

—No. No lo creo. — Le conteste con sinceridad. Él hizo un intento de sonrisa, pero no una sonrisa feliz, sino una sonrisa triste.

—La encontré debajo de tu almohada, no quería que te preocuparas más. Con lo de Cara fue suficiente, creo que estas pasando por momentos duros, y esta carta solo iba a empeorar las cosas. Quería protegerte. — Dijo explicándome.

— ¿Y por qué yo la vi? — Me recargué en el marco de la puerta. Él me miro.

—No lo sé, supongo que estabas bastante cansada y no te diste cuenta de ella, pero te juro, por lo que más amo, que no fue mi intención ocultarte algo de esa gravedad.

Asentí comprendiendo.

— ¿Desde cuándo estuvo ahí? — Pregunte confusa.

—No lo sé, pero supongo que la ventana abierta cuando dices que la dejaste cerrada, influyo mucho. — Me dijo.

—Claro... — Dije pensando en aquella noche.

—Y, ¿Recuerdas cuando subimos a tu habitación y se sentía esa sensación extraña?, estoy seguro que eso... — Dijo señalando la hoja que tenía en mis manos. —Era lo extraño.

—Sí... — Dije coincidiendo. Era cierto, la sensación de ese día era extraña y creo que ambos sabíamos que alguien había entrado a mi habitación, y ahora sabíamos el porqué.

—Confía en mí. Es lo único que te pido.

— ¿Me estás diciendo la verdad? — Le pregunte una vez más. Él respiro y después soltó el aire con suma lentitud. Sus labios temblaron mientras soltaba el aire.

—Sí. — Contesto sin vacilar. Sus ojos café me miraron directamente, apretujándome.

Pase por un lado de él y me deje caer en la cama. Con la hoja crujiendo entre mis dedos.

—Lo siento. — Susurre. —Es todo esto, es confuso... misterioso... y no... no logró comprender.

—Está bien, no debí ocultarla. Tenías derecho a leerla. Lo siento. — Se disculpo mientras caminaba hasta la cama.

— ¿Quién sería capaz de...? — La pregunta se quedo en el aire. Sabía que aunque lo preguntara no tendría una respuesta acertada. Un misterio era como el amor, nunca sabías que iba a ocurrir confirme pasara el tiempo. De eso estaba completamente segura.

—Así que... — Él intento entablar una conversación pacifica. — ¿Eres hija de Eric?

—Sí.

—Entonces... — Él se detuvo dudando en decir las próximas palabras. Sus hombros se levantaron y respiró con dificultad.

—Somos familia, para ser más exactos, primos. Y me acabas de besar. — Complete ayudándolo. Él sonrió.

—Tú no eres mi prima. — Dijo seguro. Casi indiferente.

—Lo somos, tú estuviste ahí, lo escuchaste. — Le recordé. Él se movió por la habitación.

— ¡Woa! — Exclamo. —Hanna, creo que en ese caso... Estoy perdidamente enamorado de mi prima.

Sonreí. Pero después esa sonrisa se esfumo. Bien, teníamos dos cosas en contra, Alex estaba muerto y éramos familia, ¿Acaso eso no era suficiente para darnos cuenta de que no podíamos estar juntos?

Él lo hacía parecer tan fácil. Como si fuese un juego, o un sueño, pero no era así, estábamos totalmente en la realidad.

—Alex... Yo creo qué... Esto no está bien. — Logre decir tartamudeando.

— ¿Hablas de lo nuestro, verdad? — Pregunto mientras se sentaba al borde de la cama.

—Sí.

El se río.

—Eh, ¿Qué es lo que te causa gracia? — Mi ceño se frunció, mientras que mis ojos buscaban los

suyos.

—Es ridículo. Estoy muerto, solo piensa que reencarne y que soy otra persona. Y listo, puedes ser mi novia.

Ahora fui yo la que me reí. Pero, fue una risa nerviosa. Dijo novia. Uh. Eso me hizo ruborizar, supongo.

—Ya imagino a las personas riéndose de mí, Hanna Reeve, la chica que dice tener un novio fantasma. Eso si es ridículo. — Dije con sarcasmo.

—Al demonio con las personas.

—Para ti es fácil decirlo. — Cerré los ojos y apreté la hoja entre mis dedos.

Hubo silencio. Podía escuchar a un pájaro cantar a lo lejos en el árbol que estaba en frente de la ventana. Su canto era suave y un tanto tranquilizador. El papel crujió cuando lo apreté con mis palmas y dedos. Dejándonos de bromas, él sabía que yo tenía razón.

— ¿Qué te dijo Cara cuando estuvo aquí? — Pregunto cambiando de tema.

—Dijo que el asesino quería matarme. Se disculpo conmigo y dijo que dejara de buscarlo y seguirle la pista. Me hizo prometerlo.

— ¿Lo cumplirás? — Sonó derrotado. Alex sabía que yo era la única que podía ayudarle, yo era su única opción.

—No. Ahora más que nunca debo estar atenta. Aunque, no entiendo porque... ¿Por qué a Cara? ¿Tú crees que ella sabía algo? — Le pregunte a Alex.

—Seguro que sí. — Dijo confiado. — Nadie mata a nadie por nada. Cara sabía algo más, pero,

¿Qué? ¿Qué fue lo que se llevo a la tumba? — Se pregunto él mismo mientras negaba con la cabeza, luciendo totalmente confundido.

—Le pregunte que si ella conocía al asesino y dijo que no. — Le explique brevemente. Mi cerebro no lograba formar un rostro.

—Entonces, ¿Qué fue? ¿Qué era lo que sabía y no te contó? — Me dijo mirándome con el ceño fruncido. Su pecho subió y bajo lentamente.

—Ella dijo algo más, dijo que tal vez debería de depositar toda esa confianza que tengo en los demás en mí. Dijo que nunca sabía quién podía apuñalarme por la espalda.

—No tengo la menor idea de quién es. — Dijo soltando un suspiro de resignación. —Es bastante inteligente, se ha ocultado bastante bien.

—Sí... — Concorde. — ¿Alex? ¿Qué hay de los trastornos de tu madre? — Pregunte con cuidado mientras me sentaba en la cama.

—Ella creía que tenía otro hijo. Pero obviamente murió cuando nació. Se aferro a esa idea, y después el trastorno fue cada vez más evidente. Alucinaba con un hijo, y a mi corta edad, yo no entendía que pasaba, así que mi madre desapareció, pero luego me explicaron donde estaba. Mi padre la llevo a una clínica, ella tomo medicamentos y hablo con varios doctores, la verdad que nunca tuve una plática con ella de pequeño, mi padre se la pasaba en el trabajo, y en su tiempo libre iba a visitar a mi madre a la clínica. Mi tío Eric era el que cuidaba de mí, así que pasaron dos o tres años y ella volvió a la normalidad, como si nada hubiera pasado. Uno de los doctores dijo que el caso de mi madre estaba perfectamente controlado. Y así fue, no hubo problemas con ella en los siguientes años, es una madre ejemplar. Ella sola intento salir de ese infierno. Ella está bien, ahora.

— ¿Sigue tomando esos medicamentos?

Él negó.

—No, para nada. Nunca volvió a tomar medicamentos. — Respondió orgulloso de su madre.

—Es una buena persona. — Dije. —Y es muy tierna. — Termine de decir.

—Lo es. — Confirmo.

— ¿Qué va a pasar con nosotros? — Murmure.

—Puede seguir, si tú lo quieres. — Respondió. Sus ojos café me miraron cautelosos.

— ¿Y luego? ¿Cuándo descubramos a tu asesino? ¿Qué va a pasar contigo, y conmigo? ¿Vas a desaparecer? ¿Te vas a ir? — Pregunte mientras vagaba en lo más profundo de mi mente.

Él arquea una ceja.

— ¿Por qué no dejamos que el tiempo responda a tus preguntas? — Dijo.

— ¿El tiempo? — Pregunte. —El tiempo no va a responder mis preguntas, tú sí.

—Debes ser paciente.

—Odio que seas tan bueno conmigo cuando merezco que me des una bofetada por ser tan tonta.

—No eres tonta. — Replico.

Gruñí. Por supuesto que lo era.

—Soy tan tonta, Alex.

—Está bien, si tú lo dices... — Bromeo. Le pegue suavemente en el hombro.

Y de pronto, el teléfono sonó.

Me levante de golpe y corrí escaleras abajo, mientras que Alex corría detrás de mí.

"Una llamada te lo dirá"

El teléfono no dejaba de sonar, el ruido se hacía presente en toda la casa, brinque un sillón y tome el auricular en mis manos. Me aclaré la garganta.

— ¿Diga? — Pregunte.

— ¿Margaret? — Dijeron del otro lado de la línea.

—Ella no vive aquí... — Y entonces, recordé, Margaret era mi madre. Lo había olvidado por un instante. —Soy Hanna. — Repuse rápidamente. — ¿Quién habla?

—Hola, Hanna. — Hizo una pausa. —Soy George. ¿Puedes pasarme a Margaret? Quiero decir, a Emma. — Se corrigió.

—Mmh, sí, un momento...

Alex me miró.

—Es George, quiere hablar con mi madre. — Le susurre mientras tapaba la bocina del teléfono. Él asintió comprendiendo.



Deje el auricular en la mesita de centro y corrí hasta la puerta de la habitación de mi madre. Toque su puerta con unos suaves golpes.

— ¿Mamá? — Pregunte. —George quiere hablar contigo. Está al teléfono. — Dije.

No hubo respuesta. "Una llamada te lo dirá". Mi corazón sintió un apretón.

— ¿Mamá? — Volví a llamar.

No. No. No. Esto no está pasando.

Intente girar la perilla, pero la puerta estaba cerrada con seguro. Mi madre solo cerraba la puerta con llave cuando salía. Era muy raro...

Giré de nuevo sin tener éxito.

— ¿Estás ahí? — Pregunte con tono más desesperado. Nuevamente, nadie me contesto. — ¡¿Mamá?! — Grite.

Intente calmarme, pensando que tal vez había salido al súper mercado, o al instituto, cualquier cosa para desechar la idea de que algo malo había pasado con ella.

Deje la puerta por la paz y volví a la primer planta con el rostro pálido.

Alex me vio bajando y se acerco a mí.

— ¿Estás bien? — Pregunto mientras me miraba con pánico.

—Mi madre no abre su puerta... Esta cerrada con seguro. Siempre me avisa cuando sale. — Contesté rápidamente con la voz temblándome.

—Seguro que salió. No te preocupes. — Intento calmarme. Sus dedos se posaron en mi mejilla y las acaricio con suavidad.

—George... — Señale con la vista al teléfono y él me soltó comprendiendo.

Después tomé el teléfono entre mis dedos y lo apreté.

—Ge-George. — Tartamudeé. —Creo que ella no está.

—Lo supuse. — Dijo preocupado. —Gracias, Hanna. Hasta pron...

— ¿Está todo bien? — Pregunte.

Él guardo silencio y escuche como soltaba un suspiro preocupante.

— ¿Le dijiste algo sobre Eric?

— ¡No! — Exclame frunciendo el ceño. — ¿Qué fue lo que paso?

—Alguien entro a la mansión.

— ¿Qué? ¿Están bien? — Pregunte con fuerza. Alex me miró sin comprender y puse el altavoz. Él se acerco con precaución.

—Sí, bueno, yo... — Se interrumpió. —Fue en la noche, solo estábamos Rossie y yo, los trabajadores estaban durmiendo... Y alguien entro a nuestra habitación... Golpearon a Rossie...

Alex dio un brinco lleno de pánico. Ambos abrimos los ojos como platos.

— ¿Qué?! — Pregunte. — ¿Rossie está bien?

— Estoy en el hospital, ella va a estar bien.

— ¿Cuál hospital? — Pregunte mientras sacaba una libreta para anotar la dirección.

— No es necesario que vengas, Hanna. Ella está bien, la darán de alta hoy. Fue un golpe en la cabeza y en el estómago, pero está bien, no fue nada grave.

— ¿Y a usted? ¿Qué le paso, George? — Pregunte asustada.

— Un golpe en la cabeza, pero estoy bien. Ya me dieron de alta hoy en la mañana. No te preocupes. Estamos bien.

— ¿Y Eric? ¿Él como esta?

— Afortunadamente él no estaba. — Dijo con suavidad. Solté un suspiro frustrado.

Rossie. ¿Cómo no lo pensé?

— ¿Vieron quién fue? — Pregunte con rapidez. Alex y yo nos miramos con desesperación. Involuntariamente un dedo se metió en mi boca y comencé a morder la uña.

— No, yo estaba dormido. Rossie estaba a mi lado, solo sentí un golpe duro y después me desmayé, Rossie tuvo más golpes, desafortunadamente, sobre todo rasguños, pero no me explico cómo y quién fue capaz...

— ¿Se llevaron algo? — Pregunte.

—Absolutamente nada. — Respondió.

—Oh Dios. — Murmure.

—Hanna, ¿Tú madre compra el periódico? — Pregunto tomándome por sorpresa. ¿Qué quería decir con eso?

—No... Ella no lee el periódico. — Le informe. — ¿Por qué?

—Simple curiosidad.

Silencio.

— ¿Hanna? — Me llamo desde el otro lado de la línea. — ¿Puedes avisarme cuando llegue Margaret?

—Sí. Yo iré para allá, si no le molesta.

—Para nada. — Respondió. —De hecho Rossie quería verte.

—Estaré ahí en cuanto llegué mi madre.

—Perfecto.

—Lo veo pronto, que este bien. — Dije finalmente.

—Hasta pronto. — Dijo y colgué.

Rossie y George fueron los siguientes.

— ¿Tú madre no está? — Me pregunto Alex.

Negué con la cabeza pero de todos modos, respondí.

—No. Ella no está.

— ¿Estás pensando lo mismo que yo?

Asentí. Sabía que Alex estaba pensando que George creía que mi madre había sido la causante de todo esto.

—Pero, mi madre no pudo ser capaz... Ella estaba aquí ayer... — Intente defenderla.

— ¿Escuchaste lo del periódico?

Asentí.

—Creo que también recibieron una carta amenazante. — Termine de decir. — ¿Qué hay de Zet?  
— Pregunto.

—Imposible, todos ellos estuvieron en el funeral de Cara, no pudieron ir hasta la mansión y dejar aquella carta. — Explique. Zet había ignorado todas mis palabras cuando estuve en el funeral de Cara. Kate había estado ahí también con todo el equipo de porristas, junto con su novio Ryan. Kareem también estaba ahí... Sarah había llegado a media noche, pero eso no correspondía y no encajaba... Al parecer, el ataque había sido todavía más tarde y ella y su cabello naranja habían estado ahí. Y Tom... Él también estaba ahí. No, no, no...

Un momento, Tom no estaba ahí.

=====

## Capítulo 67.

—Tom no estaba, Alex. Él no fue al funeral. — Le digo rápidamente. El frunce el ceño.

— ¿Tom? ¿Y ese quién es? — Pregunta confuso.

—El que me pidió un lápiz. El chico de cabello oscuro. — Le digo. Él sabía perfectamente de que hablaba. Alex hizo un gesto de desagrado.

—Ah, ese tipo. — Dijo desinteresadamente mientras apretaba la mandíbula. Su rostro cambio de dirección y pude ver como hizo una mueca de asco. La luz proveniente del exterior iluminaba su rostro pálido. Alex entrecerró un poco los ojos cuando los rayos penetraron a la habitación y a su rostro.

Un momento, ¿No estaba celoso o sí? Sonreí disimuladamente y el volvió su mirada hacia a mí. Oculte la sonrisa involuntaria y me aclare la garganta.

—Debemos ir a su casa, preguntarle qué fue lo que hizo el día de ayer. — Contesto rápidamente con toda la seriedad posible. Me levanto del sillón y comienzo a caminar hacia las escaleras. Alex me sigue.

—Hanna, yo no creo que él sea, ni siquiera lo conozco. ¿Qué tendría que ver él con todo esto? — Pregunta detrás de mí. Sus pasos se escuchaban casi al ritmo de los míos.

Pase mis manos por mi cabello y me gire.

—No sé, pero siento que él tuvo algo que ver, ¿No te parece raro que no haya asistido al funeral de Cara cuando él también iba a esa dichosa reunión? — Mis ojos buscaron a los suyos y cuando se encontraron, sus ojos café me miraban incomprensibles. Su mano pasó por su nariz rápidamente, se rasco un par de segundos. Después sus manos se movieron y se posaron en sus costados.

—Sí, pero, no creo que él sea, si es muy extraño que no haya asistido, pero eso no quiere decir que es él. Tal vez Cara no le caía bien... — Dice.

—Tal vez, pero recuerda que Tom no estaba enfermo y Cara me dijo que llevaba esa bufanda porque lo habían golpeado. — Contraataco. Alex vuelve a fruncir su ceño.

— ¿Golpeado?

—Sí. — Respondo. — ¿No te lo conté? — Ahora soy yo la que frunzo el ceño. ¿De verdad no se lo conté?

—No. — Contesta con voz gruesa mientras niega con la cabeza. Su cabello castaño se mueve por el aire y después vuelve a su lugar.

—Oh, lo siento, se me pasó. — Pongo una mano en mi cara con exasperación. La palma de esta cubre la mayor parte de mi rostro. Con todo esto estaba olvidando algunos detalles, y tal vez los más importantes. Pero, Cara. El rostro pegajoso de Cara no salía de mi mente, siempre que decía su nombre o algo relacionado con ella, recordaba lo de la noche anterior. Su cuerpo flácido tendido sobre el cemento de la calle, con el charco rojo a su alrededor, era una imagen que nunca olvidaría.

—Está bien. — Contesto despreocupado. — ¿Sabes dónde vive?

—No, pero podemos preguntárselo a Kate. Ella está cooperando. — Digo volviendo a caminar hacia el teléfono. Mi madre aún me tenía castigada con las salidas y con el teléfono, pero ahora ella no estaba así que... Era ahora o nunca.

— ¿Desde cuándo hablas con Kate? — Pregunta volviendo a caminar detrás de mí.

—No hablo con ella, pero supongo que no va a oponerse cuando le digamos que solo queremos la dirección de Tom.

—Y, ¿Si pregunta para qué? — Pregunta. Tomo la libreta que está en la mesa del centro y me siento en el sofá.

—Sencillo, decimos que es mi tutor en la clase de literatura. — Contesto mientras hojeo la pequeña libreta.

Alex abre sus ojos como plato y da un brinco.

— ¡¿Es tu tutor?! — Dice sin despegarme la mirada.

— ¡No! — Contesto dejando de hojear la libreta. — ¡Es solo para despistar! — Digo rápidamente. Él suspira con alivio.

—Sí, por eso decía... — Dice agregando para despistar. Sonrío, el contorno de los ojos me duelen cuando muevo los pómulos. La hinchazón alrededor aun no se desinflamaba.

— ¿No estás celoso? — Pregunte con una media sonrisa. — ¿O sí? — Agregué levantando una ceja.

—No, en lo absoluto. — Contesto desviando su mirada. Me reí por lo bajo.

Encontré el número de Kate y lo marque en el teléfono.

— ¿Sabes?, yo creo que sería mejor si no fueras a su casa, pídele su teléfono y le marcas desde aquí, le dices que ayer lo fuiste a buscar con Sarah y a ver qué dice. — Dice mientras se muerde el labio inferior.



—No es mala idea. — El teléfono suelta un sonido.

—Digo, así perdemos menos tiempo.

—Cierto... — Susurro en la bocina del teléfono.

Se escucha un televisor al fondo.

— ¿Diga? — Preguntan del otro lado de la línea. Es una voz dulce y tierna. Definitivamente no es Kate.

—Hola, ¿Se encuentra Kate? — Pregunto. Al parecer Kate tiene una hermana menor.

—Sí... Un momento... — Dijo. Escuche como tomo aire y después... — ¡Kate! ¡Alguien quiere hablarte! — Grito la voz de la niña. Tuve que alejarme unos cuantos centímetros del auricular.

Al fondo escuche como Kate gritaba unas palabras que no logre entender.

— ¿Quién la busca? — Pregunto la niña desinteresadamente.

—Hanna Reeve. — Contesté.

—Claro, un momento. — Dijo. Seguidamente escuche como se alejaba del teléfono. — ¡Es Anna Reeve! — Grito la niña.

—Mi nombre es Hanna, no Anna. — Pronuncie, pero al parecer, la niña había dejado el teléfono a lo lejos y se había ido. Unos pasos comenzaron a escucharse detrás de la línea. Luego, alguien levanto el auricular.

— ¿Hanna? — Pregunto aquella voz que conocía perfectamente. Se le escuchaba aguda.

—Sí, soy yo. Siento molestarte, pero necesitaba preguntarte si puedes pasarme el número de Tom. — Dije sin vacilar. Ella espero unos segundos.

— ¿Tom? — Dijo confundida. — ¿Cuál Tom?

Mire a Alex, pero por supuesto él no lo conocía y mucho menos sabia su apellido. No le iba a decir que el que estaba con ellos en la reunión en la casa de Zet. ¿Cuál era su apellido?

¿James? No, ese no. ¿Jason? No, tampoco. Estaba segura de que empezaba con esa letra, solo que no lo recordaba. Lo tenía en la punta de la lengua. Una parte de mi quería recordarlo y otra simplemente se negaba a hacerlo.

— ¿Tom Jones? — Pregunto Kate ayudándome. Di un brinco.

— ¡Sí! ¡Tom Jones! ¿Podrías pasarme su número? — Pregunte amablemente.

— ¿Para qué? — Dijo con frialdad.

—Bueno... Es que... — Intente no ponerme nerviosa. —Él es mi tutor en literatura. — Respondí rápidamente antes de que no me creyera. Alex asintió.

—No sabía que Tom era tu tutor. — Contesto firme. Yo solo trague saliva y dije lo primero que se me ocurrió.

—Tom va a asesorarme para los exámenes finales. — Dije con seriedad. Alex hizo una media sonrisa, sus dientes blancos salieron a la luz.

—Ah. — Ella dijo. —Espera un minuto.

Asentí como si pudiera verme.

—Chica lista. — Murmuro Alex sonriendo con orgullo. Yo solo negué con la cabeza y espere a que Kate regresara a la línea.

—Es 2-79-39-00. — Dijo rápidamente. Pero, fui más rápida que ella y lo apunte como un rayo.

— ¿2-79-39-00? — Pregunte para confirmar.

—Sí. — Dijo sin más.

—Gracias Kate. — Agradecí mientras anotaba el nombre de Tom en la parte superior de la libreta.

—De nada. Solo hazme un favor y no le digas a Tom que yo te lo pase. — Abrí la boca para preguntarle pero ella solo colgó.

Mire al teléfono con el ceño fruncido.

— ¿Todo bien? — Pregunto Alex al ver mi gesto.

—Tu ex novia me acaba de colgar. — Dije indiferente mientras volvía a dejar el teléfono en su lugar. Alex se rió.

Luego, comencé a marcar en número de Tom.

—Solo dile que fuiste a buscarlo, el morirá por su propia boca. — Dijo Alex con voz confiada. Asentí comprendiendo mientras volvía a meter una uña en mi boca.

Alex se dejó caer en uno de los sillones y me observó con curiosidad. Sentí vergüenza porque, vamos, yo no me había duchado y tenía los ojos rojos e hinchados como un tomate, me debía de ver horrible. Sobre todo por el cabello pegajoso y sucio. Ni siquiera me había dado tiempo de darme un vistazo al espejo. Trate de esconderme entre los cojines del sofá. La mirada de Alex me ponía nerviosa.

Sonó un pitido en el teléfono. Luego otro, y así seguidamente hasta que conté cuatro pitidos.

—No contesta. — Susurre tapando la bocina del teléfono. Me removí inquieta en el sofá.

—Intenta de nuevo y a ver qué pasa. — Me dijo mientras se enderezaba. Sus manos se enlazaron en medio de sus piernas abiertas. Era una posición típica para un hombre, pero en Alex se veía tan atípica. Intente de nuevo. Esta vez, contestaron de inmediato.

— ¿Hola? — Dije al ver que nadie respondía. — ¿Hay alguien?

—Habla la señora Jones, ¿Con quién quiere hablar? — Dijo frustrada. La voz estaba ronca, parecía que acababa de despertar.

—Disculpe señora... — Me disculpe, tal vez la había despertado. —Estoy buscando a Tom, ¿Se encuentra ahí?

Ella maldijo en voz baja y escuché como pateaba un mueble. Al parecer se había tropezado.

—No, él no está aquí, está con su padre. — Respondió con tono molesto. Por enésima vez, me aclaré la garganta. Entonces, si él estaba con su padre desde hace dos días, él no pudo haber dejado esa carta en mi habitación y en la mansión de George, aparte de que si suponía que él era el asesino, no había tenido tiempo de matar a Cara, y sobre todo pagar a alguien para hacerlo y dejar el auto al aire libre.

— ¿Sabe dónde puedo encontrarlo? — Pregunte de todos modos.

—Acaba de irse hace dos días, estará aquí el próximo lunes. — Su tono era indiferente. Ni siquiera había respondido a mi pregunta cómo era debido, pero con esa información bastaba. La mamá de Tom tenía un carácter bastante... Fuerte.

—Muchas gracias señora Jones. Siento molestarla. — Me disculpe nuevamente. Ella bufo.

—Sí, como sea. — Y por segunda vez en el día, me colgó.

Deje el teléfono en su lugar y mire a Alex con decepción.

—Tom no fue. Esta de "vacaciones" con su padre desde hace dos días. — Le informe. Ahora sabía porque no había asistido a clases el día de ayer.

—Muy bien, ahora que sabemos que no fue Tom, debemos de ir a la mansión.

— ¿Qué pasa con mi madre? — Pregunte. Por si no lo recordaba yo estaba castigada, y no tenía permitido salir, aunque ya había salido a escondidas en dos ocasiones. Alex me miro incomprensible. —Estoy castigada, ¿Lo recuerdas?

Él pareció comprenderlo y su rostro se vio aliviado.

—Ella no se dará cuenta. — Dijo confiado. —Ya has salido antes, y ni cuenta se dio, esta no va a hacer la excepción. Solo hay que hacer lo mismo de siempre.

Asentí comprendiendo, sabía a qué se refería con eso de "lo mismo de siempre", las sabanas envueltas en más sabanas formando un cuerpo, y la almohada redonda para disimular mi pequeña cabeza. Al igual que la silla atrancada a la puerta para que no la pudiera abrir por fuera.

Muy bien, ahora debíamos concentrarnos en Rossie, tal vez ella había visto a los agresores.

Nuevamente, Rossie era la respuesta.

=====

## Capítulo 68.

Hice toda nuevamente, la sabana debajo de otra sabana, la silla atrancada en el pomo de la puerta y por seguridad, cerré la ventana con seguro y con un candado extra. No quería otra nueva nota en mi habitación.

Me quité el vestido negro que había utilizado en el funeral de Alex y de Cara y me puse un pantalón de mezclilla, la herida que me había hecho en casa de Zet ya estaba desapareciendo, por suerte, había utilizado unas medias negras debajo del vestido, y mi madre no se había molestado en preguntarme porque utilizaba aquellas medias que nunca había usado. Ya no dolía tanto como antes, incluso había dejado de sentir los calambres, pero en cualquier momento dolería de nuevo, así eran todas las heridas. Todo dependía de cuanto las recordara.

— ¿Lista? — Me pregunto Alex detrás de mí. Asentí mientras tomaba la sudadera gris que estaba sobre la cama, en estos días el viento estaba insoportable. Apenas me había dado tiempo de darme una ducha de cinco minutos, aunque eso había sido suficiente para quitar lo pegajoso de mis mejillas y el cebo que se había acumulado en mi cabello. Incluso maquillé el contorno de los párpados para ocultar la hinchazón y el enrojecido. Esto solo serviría para preocupar más a Rossie. Bastante tenía con ser atacada y yo no quería darle más preocupaciones que no le correspondían.

—Sí. — Respondí poniéndome la sudadera. Él asintió. Salimos de la habitación mientras jalaba la tela de la sudadera para acomodarla.

Un sonido proveniente de la habitación de mi madre nos hizo saltar a ambos.

— ¿Escuchas eso? — Dijo mientras me miraba con confusión.

—Sí... — Respondí.

— ¿Qué es ese sonido? — Pregunto Alex frunciendo el ceño, el camino hasta la puerta de mi madre, pero aquella estaba cerrada con seguro. Ambos guardamos silencio y nos concentramos en aquel sonido. Agudice mi oído y me concentre todavía más en aquel sonido lejano mientras me apoyaba en la puerta.

En cuanto mis oídos y mi cerebro escucharon aquel tono, supe de que se trataba.

—Es mi celular. — Dije segura. Conocía perfectamente esa canción, era el tono de llamada de mi teléfono celular. ¿Cómo había sobrevivido la batería?

—No podemos perder tiempo, debemos ir, ya lo veremos luego. — Dijo tomándome de la mano mientras me jalaba hasta las escaleras. Él ya se había encargado de cerrar mi puerta con seguro. Su mano me había tomado por sorpresa, haciéndome sobresaltar, sus dedos fríos se enlazaron con mis dedos cálidos, no objete absolutamente nada. Eso se sentía realmente bien. Incluso mi estomago coincidía conmigo. Sentía aquel retortijón en el interior, pero no era algo de lo que se debería temer, sino todo lo contrario.

Bajamos las escaleras rápidamente, si mi madre entraba por la puerta y me veía salir, era seguro que me regresaba obligatoriamente. Alex me soltó cuando llegamos a la puerta. La abrió y me hizo una seña de que me esperara. Él asomo su cabeza por la puerta y de nuevo, me tomo de la mano jalándome con suavidad.

—Ven. — Cerró la puerta sin soltarme y caminamos con paso rápido por la calle. Afortunadamente mis vecinos no eran muy activos, así que no había ni una persona en la calle. Y la verdad, no me sorprendía, la mayoría de los que vivían aquí eran personas de la tercera edad o personas mayores y casados. Casi no había chicos de mi edad. Y los pocos que había, nunca estaban aquí.

Caminamos por un corto tiempo. Gracias a la mano fría de Alex mi cuerpo había contenido cualquier sudor corporal y me mantenía a una temperatura normal. Sin embargo, el viento comenzaba a soplar con fuerza, diciembre era una fecha helada, por decirlo así, pero este año no

había caído ni una pizca de nieve, todos teníamos claro que era culpa del cambio climático y la contaminación ambiental.

Mi cuerpo tembló cuando una ráfaga de viento me heló toda la espalda. Y justo en este momento me pregunté como es que había soportado llevar un vestido a un funeral con este clima tan frío.

— ¿Estás bien? — Alex me preguntó cuando me vio sacudir.

—Sí. — Temblé involuntariamente.

— ¿Tienes frío? — Me preguntó.

—No. — Respondí.

—Me quitaría el suéter, pero no puedo. — Dijo riéndose por lo bajo. Me reí un poco.

—Lo sé, no te preocupes. — Dije despreocupadamente. Alex apretó nuestros dedos de una forma suave y serena. Mi corazón palmito aceleradamente. Uh, esto sí no me lo esperaba.

La verdad que no tenía tanto frío, las sacudidas habían sido involuntarias, sabía que eran provocadas porque mi cuerpo estaba caliente dentro de la casa, y el clima era totalmente diferente aquí afuera. Solo era cuestión de que se adaptará.

Cuando estuvimos en la mansión Alex me soltó nuevamente. Esta vez en definitiva. Toqué el timbre y mis dedos se helaron al instante.

El viento soplaba con fuerza.

No fue necesario decir quién era, la puerta se abrió en menos de un segundo.



—Señorita Reeve, un gusto tenerla nuevamente aquí. — Me saludo Mariana, la ama de llaves.

—Hola. — Salude con amabilidad. — ¿Esta la Sra. Rossie? — Pregunte forzando una sonrisa. En estos momentos sonreír se había vuelto una lucha conmigo misma. Incluso las comisuras y las mejillas comenzaban a dolerme. No podía alejar a Cara de mi mente. Era inevitable no pensar en ella.

—Está en su habitación, por favor, pase, la está esperando. — Me dijo caminando hasta las escaleras dobles. El lugar seguía oliendo a limón, justo como Alex. Podría jurar que era el mismo olor.

Subimos las escaleras y me guío por el pasillo. Alex me seguía por detrás. Era bastante incomodo cuando caminaba detrás de mí, me ponía nerviosa y me hacía sentir inquieta. Sentía su mirada sobre mí.

— ¿Como esta ella? — Pregunte intentando pensar en otra cosa que no fuera la mirada de Alex.

—Bastante mal. Ayer entraron a la casa y atacaron al Sr. George y a la Sra. Rossie. Fue horrible.  
— Dijo Mariana con terror.

—Lo sé, y, ¿ninguno de ustedes se dio cuenta?

Ella negó mientras caminaba delante de mí. Su cabello rojo corto parecía más brillante y sedoso.

—No. Nadie se dio cuenta, sabrá Dios por donde habrán entrado. — Respondió desorbitada.

— ¿A qué hora ocurrió? — Me frote las manos haciendo un poco de calor con mis palmas.

—Escuchamos al Sr. George gritar ayuda como a eso de las cuatro de la madrugada.

— Dijo a las... ¿Cuatro? — Pregunte espantada. Eso coincidía... Mire a Alex para ver su

expresión pero él tenía su mirada en un lugar bastante incomodo a mi parecer... Él se percató de mi mirada y elevó su rostro sonrojado. No sé quién estaba más rojo, si él o yo.

Me gire de nuevo, centrándome en el cabello rojo de Mariana. Estaba segura que mi rostro estaba tan rojo como su cabello. Mi rostro se sentía tan caliente... Mi sangre hervía de lo caliente que estaba mi cuerpo.

Mariana asintió. Murmuro algunas cosas que no pude entender porque estaba bastante metida en mis pensamientos. Creo que estaba en shock.

Intente regularizar mi respiración. Sentí un cuerpo a lado del mío.

—Siento eso. — Susurro Alex nervioso. Paso sus dedos por su cabello y me miro con expectación. Tenía el rostro bastante rojo como para mirarlo.

—Es-Esta bien. — Logré decir en un susurro.

— ¿Disculpe? — Pregunto Mariana girándose.

—No, nada. — Dije reincorporándome rápidamente. Ella me sonrió.

—Es aquí. — Se detuvo delante de una puerta blanca larga y ancha. La puerta estaba dividida en dos partes. El contorno de la puerta tenía un marco de color oro, formaban unas muy diminutas líneas. Tenía unos pomos del mismo color. Aunque los pomos eran como dos piedras preciosas, por supuesto que sabía que eran piedras imitación. Pero se veían como si fueran reales, ¿O realmente lo eran?

Mariana tocó la puerta.

—La Srta. Hanna Reeve está aquí. — Anunció.

—Adelante, Mariana. — Se escucho una voz del interior de la habitación.

Mariana tomo los pomos en sus manos y empujo hacia adentro. Las puertas se abrieron de inmediato.

George estaba sentado en un sofá oscuro de piel, mientras que Rossie estaba acostada en una cama de cuatro postes. Tenía unos edredones bastante blancos y grandes. Me horrorice cuando la vi. Lucía tan cansada y tan débil al mismo tiempo. Rossie estaba acostada con los ojos cerrados, al parecer estaba dormida. Tenía un montón de pedazos de vendas en el rostro junto con unas heridas con costra. Eran líneas delgadas y largas que se atravesaban por su rostro suave, no llevaba ni una gota de maquillaje, pero eso no la hacía lucir más vieja. Las manos estaban por fuera y estaban casi igual que su rostro.

—Hola, Hanna. — Me saludo George.

Camine hasta el sofá en donde estaba sentado y conforme me acercaba, vi que tenía una enorme bola en la frente.

— ¿Está bien? — Pregunte horrorizada. Mi cuerpo se había helado más que allá afuera. Me acerque y estreche su mano con suavidad.

—Creo que sí. — Dijo sin ánimos.

Alex se preocupo en cuanto vio a su madre de esa forma. Cuando me giré, él ya estaba a un lado de la cama.

Dios, Rossie no. ¿Por qué ella?

— ¿Seguro que está bien? — Insistí.

—Mejor que Rossie, sí. ¿Gustas algo de beber? — Dijo con voz gruesa. Negué con la cabeza. George se veía sumamente preocupado y no se había molestado en ocultarlo.

— ¿Cómo fue que pasó? — Pregunte mientras mi estomago se revolvía.

George me dijo que tomara asiento y eso hice. Me senté tan rápido como pude. No me había percatado de que Mariana ya se había retirado y de que ya había cerrado nuevamente las puertas.

—Fue horrible, Rossie forcejeo con aquella persona y solo recibió más golpes. Creo que le era más fácil golpearme a mi primero para dejarme inconsciente, para después seguir con Rossie... — Explico sin despegar la mirada de Rossie. George se veía realmente triste. —Esa persona... — Dijo con asco. —Me golpeo a mi primero mientras dormía. Y su objetivo se cumplió, me dejo inconsciente. Te juro que cuando lo encuentre... Voy a matarlo. Sea hombre o mujer. Va a pagar por esto. — George bebió un trago de su copa con brusquedad.

— ¿Rossie no lo vio? — Pregunte.

—No le hemos preguntado. Ha estado dormida todo el día. El doctor le dio unos sedantes para adormecer las heridas. No tarda en despertar. — Dijo. —Ella estuvo murmurando tu nombre mientras estaba en el hospital.

— ¿Mi nombre? — Pregunte frunciendo el ceño. Mis omoplatos se tensaron. ¿Por qué? Y, ¿Para qué diría mi nombre?

Él dio un trago a su copa antes de hablar.

—Sí. — George asintió. —Supongo que quería verte, así que, gracias por venir.

—No, gracias ustedes. — Contesté. Él me miro con curiosidad.

— ¿Ya viste a Eric? — Pregunto cauteloso.

—No, creí que no estaba. — Respondí removiéndome en el asiento. Cambie la dirección de mis ojos y mire de reojo a Alex. Él me daba la espalda, podía ver perfectamente a sus músculos contraídos, incluso sus omóplatos estaban más marcados, estaba tenso. Él estaba sentado en una de las orillas de la cama mientras tomaba a su madre de una de las manos.

— ¿Te gusta como padre? — Pregunto. Vacile en responder. Ahora George era mi tío, y eso me hacía sentir incómoda. ¿Cómo se suponía que debía tratarlo?

—No lo sé, es decir, no le conozco. — Dije con sinceridad mientras regresaba la mirada hasta sus ojos azul. Y entonces lo comprobé... Teníamos el mismo color de ojos. Azul profundo, demasiado misterioso.

— ¿Sabes? Él es una buena persona, y está muy arrepentido. Tal vez no lo sepas, pero Eric las estuvo buscando desde el día en que se marcharon, no descanso ni un día. Y mírate, ahora estas aquí por arte de magia, tú llegaste hasta nosotros. — Dijo. Sus labios se habían vuelto húmedos debido a la bebida que tomaba.

—No lo dudo. Eric parece una buena persona, pero necesitaría convivir más con él... Ya sabe a lo que me refiero...

Él asintió comprendiendo.

—Lo sé, y lo harán. Ya verás. — Dijo dándome una sonrisa.

Rossie se removió en la cama haciendo un quejido agudo. George se levanto con rapidez.

—Voy por los medicamentos, los olvide en el auto, ¿Puedes cuidarla por mí? — Pregunto mientras caminaba con pesadez hasta la puerta.

—Sí, por supuesto. — Dije antes de que saliera.

Rossie se volvió a quejar. Me acerque a ella con cautela. Alex me miró mientras me acercaba.

—Mira eso. Maldito infeliz, o maldita. — Dijo Alex furioso.

— ¿Hanna? — Preguntó Rossie con voz ronca.

—Estoy aquí. — Me arrodille a un lado de la cama. Alex me hizo un espacio y me senté a un lado de él.

—Fue horrible, Hanna. — Dijo Rossie con pánico. Tenía los ojos cerrados y cualquier movimiento que hiciera le dolía.

—Todo está bien. Estamos aquí. — Dije tranquilizando a Rossie.

—Recibí una carta, pero George dijo que era una broma de mal gusto, que no le tomará importancia. — Dijo quejándose.

—No hables Rossie, te dolerá más.

—La carta me amenazaba, Hanna. — Gimió quejándose nuevamente. —Está en el cajón de esta mesa. — Señalo con el dedo. Este apenas se movió. Alex me miro comprendiendo lo que ella decía. Abrí el cajón con rapidez y efectivamente era una carta como la que habíamos recibido Cara y yo. Era el mismo papel, con los mismos recortes de un mismo periódico. Mi corazón comenzó a bombear sangre con una velocidad inimaginable.

¡Demonios! ¡Este asesino iba muy en serio!

— ¿Vio quien la dejo? — Pregunte con la hoja temblándome entre mis dedos. Muy bien, yo tenía tres cartas hechas por una misma persona. Tenía que haber un mensaje oculto en ellas. En las películas así era, ¿cierto?

Rossie hizo un intento de negación, pero eso solo le hizo quejarse aún más.

—Esa bien, Rossie, moverse no le ayudará. — Le informe.

Ella me ignora.

—Vi quién me ataco, Hanna. — Murmuro tan bajo como pudo. Mis ojos se abrieron como platos, mi sangre dejo de circular y pude sentir como todo mi cuerpo se congelaba con aquellas palabras.

¿CÓ-omo? ¿Ella lo vio? ¡Oh santa Mierda!

— ¿Quié-en? — Tartamudeé. Y luego, sentí unas manos apretarme con fuerza. Di un brinco y me di cuenta de que Alex me estaba apretando. Él ya lo sabía. Me dio una mirada preocupada y me apretó un poco más fuerte. Él trato de decirme algo con la mirada, pero no lo logré entender.

—Es decir, no sé quién fue, pero... — Ella tragó saliva y chilló en voz baja. —Pude distinguir el sexo... — Dijo haciendo una pausa suspensiva. —Fue una mujer, Hanna. Yo la vi.

Al fin comprendí lo que Alex quería decir. Esos rasguños en el rostro de Rossie solo podían ser de una mujer.

=====

Capitulo 69.

—Rossie, ¿Viste a la persona?, quiero decir, sus características físicas, su ropa, algo fuera de lo normal, tal vez llevaba un tatuaje o algo que la haga diferenciar... — Le pregunto con voz ahogada. Ella se queja de nuevo mientras intenta levantarse solo un poco. Su cuerpo se mueve apenas unos centímetros por debajo de las sabanas. Las piernas las mueve con mayor facilidad,

así que supongo que los rasguños fueron en su rostro y en sus brazos. Tiene rasguños por doquier. No uno, ni dos, son como treinta, o incluso más.

—No vi su rostro, — Dice con dolor. Su voz sale ronca. Ella hace un intento de aclararse la garganta. —Pero su cabello era oscuro, ella lo llevaba suelto, lo recuerdo perfectamente, era largo y rizado, no demasiado, eran más bien como ondas, creo. Llevaba un pasamontañas y no pude verle el rostro... Era alta y delgada. No muy fuerte... — Tose con fuerza. Y después abre los ojos, solo unos segundos, y después los vuelve a cerrar tan pronto como los abrió. La sangre se me calienta. — Su ropa era color negro, no tenía ni un solo tatuaje en el cuerpo... Pero pude ver sus ojos entre el forcejeo... Eran color oscuro... Nunca los olvidare. Ella me miro, y después comenzó a rasguñarme, intente defenderme, por supuesto, pero ella tenía ventaja, justo ahora creo que George y yo tenemos suerte. — Dijo con terror. La voz estaba llena de pánico y había salido como una gruesa masa de ronquido. Yo no creía en la suerte, más bien yo creía en que ella quería dejarlos con vida para seguir haciéndolos sus víctimas.

—Rossie, ¿Usted nunca ha tenido a alguien como enemigo? — Pregunte. Mis ojos la miraron con cautela, ella se veía cansada, pero solo estaba sedada. Tan pronto como termine de hablar ella negó.

—No, nunca hemos tenido problemas, salvo con... — Se interrumpió y fingió toser.

Fruncí el ceño. ¿Salvo con quién? ¿Por qué se detuvo?

Imagine la respuesta y el cuerpo se me helo. Sin embargo, le pregunte con los dientes apretados.

— ¿Con quién? — Pregunte. Mi mandíbula comenzó a doler y decidí aplicar menos fuerza a mis dientes apretados.

—Con Margaret. — Ella dijo en un murmullo grueso. Sus palabras sonaron lejanas para mis oídos, y luego se hicieron tan cercanas que me hicieron temblar. Eran como un eco dentro de mi cabeza. —Pero, no, ella no pudo ser, estoy segura. — Se adelanto a decir. Tal vez porque sintió la tensión en el aire. Respire un poco de aire, o bueno, respire todo el oxígeno que había perdido en los últimos segundos.



«Vamos, Hanna. Margaret pudo mentir, pero no haría tal cosa, la conoces desde que eras pequeña, ella no fue, solo es una coincidencia, ignóralo. Nunca lo escuchaste. » Dijo mi mente deshaciéndose de esa idea absurda que fabricaba mi cerebro. Intente con todas mis fuerzas mantenerme estable y tranquila. Tome aire y lo solté. Eso era lo que Alex me decía cada vez que iba a entrar en pánico. Y eso realmente ayudaba.

—Sí, sí. — Dije rápidamente. —Lo entiendo.

Ella asintió lentamente. Mire a Alex.

Él solo miraba aterrado a Rossie, se veía furioso, es decir, yo también lo estaría, por supuesto, pero sus ojos estaban llenos de rabia y con cierta angustia. Me preocupe por él.

Miré la hoja una vez más.

"Alex tuvo mala suerte, siento arruinar la poca familia que les quedaba, pero no se preocupen. Eso se arreglará pronto. "

Por supuesto que en aquellas palabras no había más que cinismo y sarcasmo. Las cosas se estaban poniendo bastante feas, primero Tom y su repentino ataque, y lo peor es que lo oculto fingiendo estar enfermo, ¿Acaso tenía miedo?, es decir Tom era fuerte y podría luchar contra tres personas al mismo tiempo, aparte de que era ágil, ¿Por qué ocultar aquellos golpes? ¿Él también tendría una carta amenazante?

Y luego estaba Cara, ella desafortunadamente había sido la desafortunada, había perdido de la peor forma, y yo me sentía como un cómplice del asesino, ¿Por qué no le insistí? ¿Por qué no la detuve pese a la carta y todo lo que me contó?, era obvio que alguien estaba atentando contra su vida, y así fue, pero Cara dijo todo lo que tenía que decir, todo lo que necesitaba saber. Pero, sentía muy en el fondo que ella seguía aquí, ¿Acaso también sería un fantasma? Y sobretodo opinaba lo mismo que Alex. Cara se había llevado algo más a la tumba. Pero, ¿Qué?

Finalmente estaba Rossie, aun no entendía la razón exacta de porque ella había sido atacada, era muy extraño, sobre todo porque la mansión estaba bastante asegurada y ni una mosca podía

entrar, ¿Quién, entonces?, así que lo primero que se me ocurrió fue que el asesino quería terminar con toda la familia Crowell sin dejar ni a uno solo con vida. Y suponía también, que esta era una forma de advertirme que no era un juego. Y yo lo sabía bastante bien. Pero..., Rossie no lo merecía, es decir, ella era como un algodón de azúcar, ella destilaba ternura y cariño, ella tanto como Tom y Cara no merecían esto. Mi teoría era que el asesino quería una venganza contra los Crowell, y como me vio involucrada e investigando, quiere sacarme del camino con simples y aterradoras cartas.

Una vez más mi interior se pregunto: ¿Quién demonios estaba haciendo todo esto?

Rossie se movió con pesadez, no podía mover ni un solo músculo del rostro y sus manos parecían grietas debido a los rasguños.

—George fue por los medicamentos. — Le informe mientras tomaba su mano. —Todo estará bien, Rossie. — Dije dándole un apretón suave.

—Eso es lo que más deseo. — Respondió con voz cansada. Mi mano soltó el agarre un poco, no lo suficiente para alejar su mano con la mía. Sus dedos estaban fríos. El cabello rubio brillante ahora no era más que un rubio apagado y cenizo, los párpados estaban caídos y ella solo emitía gemidos de dolor.

Sentí toda la rabia arder en mi sangre. Esta persona no tenía compasión de nada, y ahora, más que nunca, estaba dispuesta a encontrarla. Sin embargo, tenía muy pocas características sobre ella, pero esta información servía de mucho, sabíamos que el asesino era una mujer dispuesta a alejar a todo aquel que se cruzara en su camino.

Vi el rostro de Alex sonriéndome en mi mente, su sonrisa era ardiente y fugaz, sus perfectos dientes blancos estaban a la luz del sol y sus comisuras se elevaban con cierto recelo, vi el rostro de mi mejor amiga riendo conmigo, aventándome una servilleta sucia que acababa de utilizar, su cabello negro a la par con el viento, moviéndose al mismo rito de este, era una chica que siempre estaba sonriendo, recordé a Tom pidiéndome un lápiz con total amabilidad, sus ojos café amargos y brillantes como el sol, el cabello caído en sus ojos como una planta, los cabellos caprichos picándole los ojos. Imagine a Rossie tomándome de las manos con suavidad. Su sonrisa dulce y sus ojos azul mirándome con cariño, como si yo fuera su hija, el cabello rubio cenizo estaba peinado en un chongo y su forma indefinible de hablar... ¿Por qué ellos?

Sentí un nudo en mi estómago. Y luego, la puerta se abrió. George traía una bolsa blanca con las llaves de su auto en una de sus manos. El golpe en su frente se veía morado e hinchado. Era una suerte que yo pudiera utilizar el maquillaje. Sin embargo podía sentir la hinchazón y el ardor alrededor de mis ojos. Había sido un día bastante largo y agitado.

Luego, otro cuerpo se asomo por la puerta. Lo reconocí de inmediato. Eric.

—Mira a quien me encontré allá afuera. — Dijo George mientras caminaba hasta Rossie. Ella iba a decir algo más, pero solo se quejo.

—Hola, Hanna. — Saludo vacilante. Su cabello estaba despeinado y lucía totalmente desorbitado. Supongo que todo esto le había tomado por sorpresa, también.

—Hola... — Me quede pensando unos segundos, dudando conmigo misma, ¿Debería decirle papá? o ¿Eric? Todo esto resultaba extraño. De la noche a la mañana yo ya tenía un padre. Opte por regresar la mirada hasta Rossie. Cuando me gire vi a un Alex tenso.

— ¿Cómo va todo? — Pregunto mientras se acercaba. Involuntariamente me sentí nerviosa, cuando Alex se tensaba, hacia que mis músculos se contrajeran y después, los nervios se apoderaban de mí al instante.

—Bien, creo. — No, en realidad todo estaba mal. Pero yo no iba a decirle "Mi mejor amiga acaba de morir y Rossie y George fueron atacados por lo que parece ser mi culpa, creo que he tenido el día mas mierda de toda mi vida."

George dejo caer la bolsa de los medicamentos en la mesa de noche, unas cajas blancas con nombres extraños estaban en reposo sobre esta. También había un frasco naranja con unas tabletas de lo que parecían ser del mismo color. George abrió una caja de pastillas y saco una de ellas.

Eric resoplo. Él estaba apoyado en el umbral de la puerta, tenía las manos en los bolsillos, y estaba justamente parado como Alex lo hacía.

—Me entere de lo de Cara, lo siento mucho. — Dijo en un susurro bastante audible. Aspire todo el aire que pude.

—Gracias. — Logre decir. Era muy educado de su parte darme sus condolencias, sobre todo porque estaba siendo bastante amable. Lo miré de reojo. Su traje negro estaba incompleto, no llevaba su saco ni la corbata, si no que llevaba la camisa de cuello por fuera, la había doblado y las mangas le habían quedado hasta los codos, en su muñeca derecha había un reloj muy grande y bastante fino. Vi como sus labios estaban húmedos, y mi mirada se centro durante una milésima de segundo en su bolsillo de la camisa, había un bulto grande, como si tuviera un frasco, pero no un frasco redondo como el de la medicina o el de la mayonesa, si no un frasco casi plano. Imagine lo peor.

Eric estaba bebiendo.

Alex me miro y vio mi expresión y cambió la dirección de su mirada. Sus ojos vagaron hasta el cuerpo fuerte y musculoso de Eric.

— ¿Cómo esta Margaret? — Pregunto con voz ronca, Rossie gimió de dolor. Fruncí el ceño. —Quiero decir, Emma. — Se corrigió. Asentí recordándolo. Dios, debía acostumbrarme a escuchar el nombre de Margaret y relacionarlo con mi madre. Le di un vistazo a Eric. Sus párpados se veían cansados. Los ojos destilaban... Algo... Tristeza, sí, eso era.

Mi corazón palpito sin detenerse, me dolía ver a las personas así. Y entonces comprendí, el había tomado por mi madre. Estaba todavía enamorado de ella.

Todavía significaba mucho tiempo.

—Ella está bien. — Creí que con eso bastaba, pero él pareció insatisfecho con mi breve y pobre respuesta. Me mordí el labio y exhale. —Quiero decir, ella está bien, un poco enfadada conmigo, pero está bien. — Repetí. Una vez que reproduje las últimas palabras en mi mente, me di cuenta de lo estúpidas e inútiles que eran.

«Kate, creo que te he quitado tu puesto. » Dije en mis adentros sintiéndome incompetente.

Aunque rápidamente vi lo positivo de ser Kate por un momento. Ella fue novia de Alex.

George tomo un vaso con agua y se acerco todavía más a Rossie. Él por supuesto había estado escuchando la breve plática entre Eric y yo.

—Toma esto cariño, te aliviará el dolor. — George la tomo del rostro con suavidad y lo levanto unos centímetros. Rossie se movió un poco y grito al sentir el ardor. George no la soltó. No estaba tocando precisamente una herida, pero estaba sintiéndose culpable por el grito de Rossie. —Tómalo despacio. — Dijo George poniéndole en vaso entre los labios. Rossie agradeció con gesto suave y se tomo un largo trago de agua mientras que la pastilla pasaba por su garganta. George suspiro aliviado.

Alex se levanto de la cama.

— ¿Necesitas un chofer? — Pregunto una voz ronca por detrás. Me giré y me encontré con el rostro desorbitado de Eric. Sus pupilas se estaban dilatando. Lo pude ver.

¿Qué había en esos ojos azules? ¿Anhelo? ¿Esperanza? Sí, eso era. Él quería tener una plática conmigo. Vi como sus ojos destellaban incertidumbre durante los segundos que pasaban.

—Yo umh... — Pensé en algo coherente. Bien, aun no se había hecho oscuro, y mi casa no estaba tan lejos, aparte de que Alex iba conmigo. Definitivamente yo necesitaba un chofer. Pero mis excusas eran nulas, y una parte de mi quería darle una oportunidad a Eric. Él lo merecía, ¿Cierto?

Abrí la boca para hablar.

—Estás ebrio, Eric. — Dijo George dándonos la espalda a ambos, él estaba acomodándole la sabana a Rossie. Mis manos comenzaron a sudar y supe que era tiempo de dejar ir la mano de Rossie. —No vas a manejar en ese estado. — Le dijo George con autoridad.

—Estoy bien, puedo manejar. — Dijo Eric en un murmullo. Su cuerpo flácido seguía apoyado en el umbral. Se veía como uno de esos hombres plantados en la iglesia. Cabello despeinado,

camisa desordenada, pantalón flojo y arrugado, mirada perdida y decepción. Intuí que estar apoyado en el umbral significaba que no podía mantenerse en pie.

—No, no puedes. Le diré a Josh que la lleve. Puedes ir con ella y Josh, pero no te permitiré que manejes en ese estado, y mucho menos que te lleves a Hanna. — Dijo levantándose. Me di cuenta de que ya no llevaba corbata, y que su dureza al hablar se había esfumado, pero seguía firme. Se veía viejo y cansado.

—George, no he tomado ni una gota de alcohol. — Dijo atónito, luego, le dio un vistazo a su hermano mayor. Al ver que George lo miro con ímpetu, abrió la boca para hablar. —Lo juro. No he bebido. — Su voz sonó segura y sincera.

Yo no le creí, George tampoco.

—Bien, dejemos que la misma Hanna decida.

Me sorprendía la manera en la que George lo intimidaba con la mirada, claro, ese solo era una prioridad del hermano mayor. Aparte de que ambos se respetaban mutuamente.

Alex me miró cauteloso, esperando mi respuesta. Sus ojos café me miraron impacientes. Intente ignorarlo por los presentes, pero era imposible. Yo solo quería admirarlo. Quería ver su rostro por siempre, porque sabía que en algún momento el se iría. Para siempre. Mi corazón latió con más fuerza. Una presión terrible me destrozaba el corazón.

Yo sabía que Alex me apoyaría fuera cual fuera mi respuesta.

Él era asombroso. Era la mínima descripción que tenía de él.

Mire a Eric. Él me regreso la mirada. Sus ojos azul me rogaron que fuera con él. «Una oportunidad. No puede ser tan malo. » Pensé.

—Está bien. — Dije. —Iré con Eric. Solo con una condición. — Me adelante a decir. —No ir tan

rápido. Las calles no son autopistas.

Él sonrió animado, relamiéndose los labios. George negó por lo bajo y Alex besó la frente de su madre para venirse conmigo. Es decir, con nosotros.

Me acerque a Rossie.

—Todo esto se resolverá, lo prometo. — Dije susurrándole al oído. George había tomado asiento en el mismo sillón en el que había estado sentado anteriormente. Sus piernas estaban cruzadas, no de una manera femenina, si no de una manera autoritaria. Me esforcé por sonreírle a Rossie. Sin embargo, ella tenía los ojos cerrados, todo a causa del sedante. Ella asintió con pocas fuerzas. —Vendré a visitarte. — Le informe. Y entonces, en un rápido y disimulado movimiento, me metí la nota en uno de los bolsillos de mi pantalón. El sonido fue casi nulo. Agradecí mentalmente por ello.

— ¿Lista? — Me pregunto Eric cuando me gire. Él ya no estaba apoyado en el umbral, y no estaba tan perdido como creía, tal vez era cierto. Él no había bebido. Hubiera perdido el equilibrio fácilmente.

Asentí.

—Nos vemos pronto, George. — Me despedí con un asentimiento de cabeza. Él asintió y me sonrió.

—Hasta luego, Hanna. Cuídate. — Escuche detrás de mí. Quise responderla, pero creí que con mi despedida era suficiente. Por extraño que parezca, ni George ni Eric habían notado la hoja de papel en mis palmas anteriormente, aunque podía sentir al papel moviéndose en mi bolsillo, arriba y abajo, arriba y abajo..., por un momento creí que iba a traicionarme e iba hacer un ruido riguroso. Pero no lo hizo. Solo se mantuvo ahí.

Salí de la habitación con Eric y Alex detrás de mí, no obstante, Eric apresuro el paso en un par de segundos y ya estaba a un lado de mí. El pasillo era bastante grande y angosto para que nuestros cuerpos se mantuvieran a una distancia considerada. Alex no se quedó atrás y se puso al lado izquierdo de mí. Sentí una oleada de aire frío, primero fue directo a mi espalda y luego se

deslizo con una lentitud terrible por mis piernas temblorosas, ¿Se había encendido el aire frío o era yo?

Rogué porque fuera el aire acondicionado de la mansión.

Eric, Alex y yo, comenzamos a caminar por el pasillo de la segunda planta. Mis ojos se posaron durante unos momentos en el rostro afligido y cansado de Eric. Luego, baje la mirada viendo la alfombra que se extendía por el piso de mármol. Seguidamente, comencé a sentirme inquieta, algo andaba mal... Me sentía vigilada, extrañamente. Es decir, no había nadie más en el pasillo, pero sentía una mirada sobre mí. Me rasque la nuca cuando sentí una picazón terrible.

Incluso mis piernas sintieron la picazón.

Había un silencio incomodo. Bastante, en realidad. Respire con dificultad y espere a que Eric dijera algo, pero él no dijo nada, solo siguió caminando con nerviosismo. Luego exhalo con fuerza. Noté que era el único sonido en el pasillo. Nuestros pasos era regulares, neutros. Ni lentos ni rápidos. El aliento de Eric inundo a mi sentido del olfato. Olía como a uva... uvas frescas y humedecidas, sí. ¿O tal vez a moras?, No, no, era diferente... No eran uvas, definitivamente, el olor era más fuerte, más jocoso. Más...

Eric se aclaró la garganta poniéndose recto, sus músculos se pusieron rígidos, y cuando su boca se abrió, intentó mantener la mayor parte de su aliento en mis narices. Ese olor...

—Espere mucho tiempo para esto. — Pronunció en voz baja con voz ronca. Fue casi un susurro. Me estremecí de inmediato involuntariamente.

Reconocí aquel olor que desconocía hace unos momentos. Y entonces apreté los ojos con fuerza.

Eric olía a alcohol.

=====



...

Muchas gracias por seguir leyendo<3.

=====

Capitulo 70.

—Sube. — Me ordeno Eric con voz amable mientras me abría la puerta del copiloto del automóvil. Alex ya estaba arriba del auto, justo detrás del asiento del piloto. Sin objetar nada, me subí al automóvil.

—Gracias. — Murmure cuando cerró la puerta. El asintió y rodeo el automóvil por la parte delantera. Los asientos estaban fríos, ya que eran de piel, eran de un color crema. Me removí con nerviosismo y miré a Alex de reojo. Él me regreso la mirada y me sonrió sin muchas ganas.

Casi de inmediato Eric estaba abriendo la puerta del piloto. El aire dentro del auto se volvió tenso. Eric inserto la llave y giro la llave dentro de la cerradura, el automóvil se encendió rápidamente. Eric suspiro.

— ¿Quieres ir a cenar? — Pregunto antes de que arrancara el automóvil. Sus ojos azul me miraban penetrantes.

Dude.

No, definitivamente no. Mi madre debería de estar llamando a mi puerta a estas horas. Y sabía que si llegaba más tarde, ella lo sabría y probablemente, me mataría. Lo miré con cierta culpabilidad.

—En realidad yo preferiría ir a casa, estoy castigada y no quiero que mi madre se moleste.

Él asintió.

—Lo entiendo, será otro día, entonces. — Su voz salió ronca. Ahora fui yo la que asentí, me dolía hablar. Eric comenzó a arrancar el automóvil, y después aceleró, no demasiado, si no que solo fue para poner la segunda velocidad. Él no tenía un auto automático como George, sino que este era estándar.

—Sí, claro. — Concorde con una media sonrisa que rápidamente desapareció. Eric entro a la carretera. En menos de cinco minutos estaría en mi casa.

Él se rasco la nuca.

— ¿Qué pasó con Cara? — Pregunto nervioso. Al parecer le costaba establecer una conversación conmigo.

—Yo... Ella murió, parece que un automóvil fue el culpable, la atropellaron. — Dije recordando lo de hace unas horas.

— ¿Saben quién era el conductor? — Pregunto de nuevo sin quitar la mirada de la carretera. Lo mire, su ceño estaba fruncido y sus dos manos apretaban al volante con suavidad. Sus ojos todavía no se topaban conmigo.

La atmósfera adentro del automóvil era tensa e incómoda.

—No, el auto no llevaba placas. — Explique. Él me dio una mirada rápida y después regreso su mirada a la carretera.

— ¿Y las personas? ¿No lo vieron?

—No. — Respondí soltando un bufido. —Era madrugada, todos estaba durmiendo.

—No todos, Hanna. — Me dijo. Yo solo asentí concordando con él. Tenía razón. Las personas que estaban fuera a esas horas, o eran vagabundos o eran asesinos, o cualquiera de los dos, en realidad nunca se sabía. Estaba de acuerdo en que no podía confiar ni en mi misma sombra.

Eric se aclaró la garganta. El olor a alcohol se hacía cada vez más evidente, sobre todo porque las ventanas estaban arriba, y el olor se quedaba dentro del auto. Sin embargo, era un olor dulce, casi delicioso.

— ¿La querías? — Su voz sonó ronca.

—Sí, era mi única amiga. — Dije obvia. Él me miro por una milésima de segundo sin entender. Su ceño se frunció, pude verlo con el reflejo del vidrio de la ventana.

— ¿Cómo? ¿Tú única amiga? — Dijo confundido. Apreté los labios. No quería contarle todo eso y menos con Alex aquí. Era bastante humillante.

Yo apenas y había hablado con un lar de personas en el instituto, quiero decir, no tenía amigos. Y no porque fuera una chica antisocial, sino que simplemente no me agradaban en lo absoluto aquellas personas. Cara era la única que me comprendía y era la única con la que podía hablar sin sentir vergüenza. Era muy extraño cuando una persona me caía bien, es decir, mi cerebro automáticamente las analizaba y veía su comportamiento, si este no las aceptaba por alguna razón, yo no podía llamarlo amigo, sino compañero.

—No, quise decir, mi mejor amiga. — Me corregí de inmediato, sin embargo, Alex noto la tensión en mi cuerpo. Estaba segura de que él me preguntaría sobre esto más tarde.

—Ah. — Respondió con un resoplido.

Silencio.

— ¿Dónde estuviste? — Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas. — ¿Nunca estuviste aquí? — Pregunte cambiando la dirección de mis ojos. Pude ver su perfil desde este ángulo. Sus labios estaban apretados y su nariz fina apuntaba hacia la carretera. Sus ojos azul no se despegaron de la ya oscura noche del exterior.

—Las busque hasta el último rincón del mundo. Pero... Nunca las encontré. — Murmuro. —Era tan difícil, sobre todo porque en el mundo había muchas chicas llamadas Hanna, y no sabía ni tenía la menor idea de donde podían estar. Y ahora... sé porque tarde tanto en encontrarlas. Margaret cambió su nombre, supongo que eso fue la mayor parte del porque no las encontré.

— ¿Y con la policía? — Pregunte con voz baja.

Él se rió.

—No, la policía no ayudo en mucho, ellos dijeron que ustedes habían sido secuestradas, pero yo lo dude. Sabía que Margaret se había ido contigo, fue muy duro ¿sabes?, un día antes discutimos y ella me amenazo de irse, yo no le creí, supuse en ese tiempo que ella no me haría algo así, pero al día siguiente regrese... — Du voz se corto. —Ustedes no estaban, no había una carta de despedida, una fotografía, o por lo menos un aviso, absolutamente nada. — Él trago saliva. —Me dolió bastante, sobre todo porque yo sabía que había sido mi culpa. Pero, Margaret no se llevó nada, ni ropa, ni fotografías, ni tus papeles. ¿Nunca le pediste tus documentos? — Me pregunto.

Sin darme cuenta, mi garganta se había vuelto un desierto. Y entonces recordé a Alex decirme su teoría, solo que él estaba equivocado, no éramos hermanos, sino primos. Ahora más que nunca debía pedirle mi acta de nacimiento a mi madre. Mi cuerpo se sintió desconocido, ¿Y si mi nombre nunca fue Hanna? Si ella cambió su nombre, ¿También hizo lo mismo con el mío?

—No. Nunca se los pedí, no creí que fuera necesario, pero ahora...

—Escucha, Margaret es buena. — Me interrumpió. — No quiero que te pongas en contra de ella, sobre todo por esto, ella debe odiarme, lo sé. Yo soy el culpable de todo esto. Ella no. — Dijo apretando el volante.

— ¿Odiarte? — Pregunte. —Ella es muy pacífica, nunca odiaría a nadie, sobre todo a ti. — Intente darle ánimos.

—No lo entenderías. Pero algún día lo sabrás. Yo... Le hice mucho daño. — Suspiro. Sus nudillos estaban blancos alrededor del volante.

— ¿Qué pasa conmigo? ¿Mi nombre es Hanna? ¿O tengo otro nombre? — Pregunte confusa.

Negó con la cabeza.

—Tu nombre es Hanna Crowell, no Hanna Reeve. — Dijo. Mi corazón se apretó y pude sentir como Alex se tensaba detrás de Eric. Hanna Crowell, ese era mi nombre. Y yo simplemente no lo creía. —En donde vivíamos se le concedía al hijo el apellido del padre, no de la madre. — Explico.

Eric se detuvo en un semáforo en rojo. Mi corazón latió con fuerza. Él me miro con esos ojos cansados.

—Entonces si eres mi padre. — Murmure tan bajo como pude. Sus ojos azul me miraron con esperanza, él asintió.

—Sí. — Dijo confirmando.

Un estruendoso ruido se escucho de la otra calle, una motocicleta y su ruidoso motor atravesaron la calle contraria. Cambié mi mirada con el corazón palpitándome. La motocicleta había sido una buena distracción, en este momento. El semáforo seguía en rojo, pero el otro semáforo estaba en verde, así que la motocicleta no se molestó en frenarse, si no en acelerar. Y entonces a la esquina y con los faros apagados, pude verlo. Pude sentir como mi sangre dejaba de circular.

— ¿Có-omo? — Tartamudeé con el ceño fruncido. Mis ojos no creían lo que veían, era... Inexplicable. Eric siguió la mirada de mis ojos mientras fruncía su ceño. El automóvil azul estaba parado en la esquina sur y el golpe en el parabrisas seguía ahí, incluso la sangre. Se veía tan aterrador, parecía estar en una película de miedo, de eso estaba segura. Incluso sabía que esto

era peor que una película de terror. El pánico se apodero de mí.

— ¿Hanna? — Me pregunto Alex con tono asustado. Sus ojos se movieron inquietos, tratando de analizar mi expresión.

—Es el auto... — Murmure con los ojos bien abiertos. Mi corazón amenazaba con salirse de mi pecho. — ¡Es el auto que atropelló a Cara! — Grite con terror. Sabía que tenía que calmarme, pero simplemente no podía.

— ¡No, no, no! — Maldijo Alex con rapidez. — Ponte el cinturón. — Me ordeno. Pero yo no podía moverme. No se movía nada de mí, ni siquiera un maldito cabello. Todo se había paralizado. Y era horrible.

Una voz dentro de mí me decía que lo enfrentara, pero otra me decía que arrancara el auto y me fuera junto con Eric y Alex. Pero todo se había vuelto borroso y una densa bruma me hacía temblar de terror.

Esto no estaba pasando, no ahora. ¡NO!

Y entonces pensé de nuevo en Cara, en Rossie y en Tom. Ellos habían sido víctimas, pero dudaba que algo le pasara a Eric, es decir, el no tenía una carta amenazante. Pero no la necesitaba, ¿O sí?

"Te daré una pista; Aún no eres tú"

Mi corazón se detuvo un segundo.

— ¿Estás segura? — Me pregunto con voz angustiada. Eric miro al auto con expectación, sus ojos estaban muy abiertos, justo como los míos.

—Sí. — Dije con la voz cortada. Mis ojos parpadearon. Definitivamente ese era el auto que había atropellado a Cara, no lo olvidaría.

Silencio.

El semáforo cambio a verde. Éramos el único auto aquí, claro, exceptuando al automóvil que había atropellado a Cara. El exterior era pura oscuridad. Eric comenzó a sacudir sus bolsillos y luego maldijo en voz baja.

— ¡No tengo mi celular! — Dijo con voz ronca y fuerte. Mi corazón latió todavía más. Yo tampoco llevaba mi teléfono celular, aun seguía castigada por el vídeo de Zet y yo en el restaurante.

Eric se paso el antebrazo por el rostro y gruño en voz baja. Y luego se atravesó en mi camino y abrió la guantera del auto. Saco lo que parecía ser un paquete envuelto en un pañuelo blanco.

— ¿Qué es eso? — Dije agitada. Eric comenzó a desenvolver aquel paquete y entonces, mi pregunta tuvo respuesta.

Era una pistola.

— ¡Eric! — Grite espantada. El arma estaba entre sus palmas y el no parecía sorprendido por ella. Sus manos no se movían con nerviosismo, era todo lo contrario. Agarraba el arma con suavidad y se mantenía bajo control.

—Quédate aquí, ¿de acuerdo? — Dijo abriendo la puerta del piloto.

Gemí.

— ¡No! ¡No vayas! ¡No! — Grite asustada. Mis manos comenzaron a temblar y me fue imposible ocultar el pánico. Todo dentro de mí vibraba con desesperación. ¿Y si le pasaba algo a Eric?

— ¡Maldición! — Grito Alex. —Quédate Aquí. — Me dijo.

— ¡No Alex! — Él por supuesto, me ignoro. Y un momento después, él ya estaba fuera del auto. Su cabello estaba desordenado.

Esto no estaba bien.

Las calles formaban una cruz, el auto de Eric estaba estacionado en la parte norte de la cruz, y el auto que había atropellado a Cara estaba en la parte superior de la calle sur de la misma cruz, solo que estaba estacionado en la parte derecha, y el auto de Eric estaba en la izquierda de la calle. Mi corazón latió aceleradamente. Cuando Alex bajo sentí un pinchazo en el estomago, sabía que a él no le pasaría nada, pero no creía conveniente ver todo este acto. Sobre todo porque la vida de Eric estaba corriendo peligro.

Eric tenía oculta la pistola detrás de él, sus pasos eran lentos y suspensivos. Salte del asiento cuando Eric comenzó a correr. Y luego chille en voz baja.

No. No. No.

El auto no había encendido los faros y ni siquiera se había molestado en encender el auto. Nadie había salido corriendo. Todo estaba en paz. Excepto mi respiración agitada.

Eric se acerco al auto sigilosamente, sus pasos cambiaron de rápidos a lentos, nuevamente. Podía ver como sus músculos se contraían y como sus piernas comenzaban a temblar con cada paso que daba. Pero sus manos se mantenían firmes, sin temblar, tuve la ligera sospecha de que no era la primera vez que utilizaba un arma. Incluso supuse que Eric era policía, es decir, yo ni siquiera sabía cuál era su trabajo.

Alex iba detrás de él, pero luego lo alcanzo y se acerco a la ventanilla del piloto. Nunca abrió la puerta, ni siquiera la atravesó, solo se asomo y negó con la cabeza. Al contrario, Eric seguía moviéndose, y luego, cuando estuvo lo suficientemente cerca, apunto con el arma y abrió la puerta de un golpe. El ruido hizo eco por toda la calle. La pistola apuntaba dentro del automóvil azul. Nuevamente sin placas.

¿No se suponía que la policía se lo había llevado? ¿Cómo lo habían sacado? Y sobre todo



¿Quién?

Eric desvió su mirada hasta a mí y negó con la cabeza, apretó algo de la pistola con una sola mano y después miro de nuevo dentro del automóvil mientras se guardaba el arma dentro del pantalón.

Suspire.

Solo había sido una broma de mal gusto. Vi como Alex suspiraba con alivio. Sus hombros se relajaron y soltó el aire que había guardado, soltándolo por la boca. Fue un suspiro tranquilizante para mí. Eric no se relajo, si no todo lo contrario, miro alrededor de las calles, esperando ver algo fuera de lo normal. Sus ojos se abrieron con expectación, vi como Eric agudizaba sus oídos.

Yo hice lo mismo. Y entonces, escuche lo que Eric estaba tratando de escuchar...

— ¡Hanna! — Escuche un grito ahogado. Sonó lejano para mis oídos. Reconocí aquella voz. Fue Alex.

Gire mi mirada hasta donde estaba él, pero él no me miraba, estaba mirando la calle este. Apreté los ojos cuando gire. Una luz penetraba a mis ojos inmunes y totalmente desorbitados.

— ¡Hanna! ¡Sal del auto! — Grito Eric desde el automóvil azul. Pude ver como su ahora su pequeño cuerpo corría con velocidad hasta el auto.

Todo se volvía cada vez más oscuro.

Un automóvil estaba acelerando hasta el automóvil de Eric con una rapidez brutal. Todo se volvió a cámara lenta. Un par de segundos más y el cofre de aquel automóvil se estrellaría contra la puerta del copiloto. Justo donde estaba yo.

«Emboscada.» Fue lo único que dijo mi mente. Mi cuerpo tembló, mis labios temblaron. Mis piernas sintieron un ardor terrible, era como si estuvieran dormidos, no me respondían en lo

absoluto.

Iba a morir.

La luz se hizo más cercana. Grite con todo el terror que pude sentir en ese momento. El grito fue sordo, y solo me hizo sentir más pánico y más ardor en el cuerpo. Mi cuerpo se heló. Todo se detuvo. Y entonces, mis ojos se cerraron y a lo lejos escuche el golpe.

=====

Capitulo 71.

Siempre creí que la muerte significaba oscuridad, silencio y tranquilidad.

Pero, yo no sentía nada de eso en ese momento, ni en el exterior, y mucho menos en mi interior, incluso había luz, había ruido, y sentía de todo menos tranquilidad.

Mi corazón seguía bombeando sangre.

Mis ojos se abrieron. El auto estaba intacto, justo como lo había dejado Eric. No había ningún golpe en la puerta del copiloto. Y yo... Yo estaba viva, supongo. Mi pecho subía y bajaba, subía y bajaba sin detenerse, toda la adrenalina se deslizaba por mi piel rigurosa y por mis cabellos erizados.

Si yo estaba bien y el auto también, ¿Qué había sido aquel ruido sordo?

Gire mi mirada hacia la calle oeste. El auto que estaba aproximándose hasta a mí, estaba en un punto muerto, se encontraba estampando con una cafetería de la calle, justo en la esquina, justo en frente de mí.

¿Cómo había pasado eso?

— ¡Hanna! ¿Estás bien? ¿Hanna? — Escuche. Alex estaba en el asiento del piloto, por supuesto no había abierto la puerta, no delante de Eric.

—Sí-i. — Respondí con voz aguda. Eric estaba acercándose al auto que estaba estampado. El cobre estaba levantado en los aires, y todo el frente se había doblado, haciendo ver al auto más pequeño. Era un auto gris, y este sí traía placas. Tenía los vidrios polarizados y no se podía ver ni una silueta dentro del, al parecer, la persona que había conducido aquel auto estaba herida y seguía ahí dentro. Lo supe porque Eric estaba todavía acercándose al auto con cautela, el arma seguía apuntando hacia el interior del automóvil.

— ¿Qué paso? — Pregunte con un hilo en la voz. Había sonado más aguda de lo que tenía previsto. Mi cabeza daba vueltas.

Estuve a punto de morir. Dios.

—Mi tío Eric disparo a las llantas del automóvil, este no pudo controlarse e intento girar y solo hizo que se estampara contra la cafetería, ¿Segura que estas bien? — Volvió a preguntar. Sus manos se levantaron en el aire y antes de que pudiera verlo, sus dedos fríos estaban sobre mi rostro. Las yemas de sus dedos acariciaban mis mejillas frías con un toque suave y preocupado.

—Sí. — Respondí.

—Creí que ibas... — Se detuvo cauteloso. Sabía que no lo iba a decir. Sus ojos estaban hechos un lío y solo podía ver en ellos terror y pánico.

—Lo sé, yo... Eric... — No sabía que decir exactamente. Un nudo en mi garganta no me permitía hablar con claridad. Incluso mi labio inferior estaba temblando. — Estoy bien.

—Bien, iré allá afuera. Iré con Eric, ¿De acuerdo?

—Voy contigo. — Dijo rápidamente.

Él negó casi de inmediato.

—No, Hanna. — Dijo tembloroso. —Ibas a morir. No sé qué hubiera pasado si... — Se interrumpió cuando la voz le falló. —No, quédate aquí. — Dijo finalmente.

— ¿Estás bien?! — Grito Eric desde afuera. Todavía no se había acercado lo suficiente al auto. El arma seguía en sus manos firmes. Asentí. — ¿Puedes venir aquí? — Me pidió. Yo solo asentí de nuevo.

—Cuidado, Hanna. — Me dijo preocupado. —Te quiero y no quiero que nada te pase, ¿De acuerdo? — Sus ojos me miraron con desesperación. ¿Para qué quedarme aquí? ¿Para qué otro auto llegara por el oeste y me matará en definitiva? No, me negaba rotundamente a quedarme en el automóvil. Quería saber quién era la persona que estaba detrás del volante. Quería saber quién había sido capaz de matarme.

De todos modos... Asentí de nuevo sin poder decir nada, no quería que se preocupara, pero realmente merecía saber quién era la persona dentro de ese automóvil, y Alex lo sabía. Pero él estaba tratando de ser cuidadoso conmigo, él intentaba protegerme, yo lo sabía. Intente contestarle, pero... Estaba muda, sentía un ardor inquietante en mi garganta. Como si no hubiera bebido agua desde hace un siglo, mi lengua se pegaba a mi boca haciéndome desesperar.

—Hanna, ¿Puedes venir? — Me dijo Eric. La oportunidad estaba aquí y yo no iba a desaprovecharla. Le di una mirada de disculpa a Alex y él negó con la cabeza. Abrí la puerta del automóvil de Eric y cerré la puerta. Unos segundos después, Alex estaba a un lado de mí.

Respire como nunca. El aire llegó hasta mis pulmones y me sentí libre, toda esa tensión que había sentido en los últimos minutos había desaparecido, sin embargo, las piernas me estaban temblando, al igual que los dedos. Intente controlarme cuando la brisa me golpeó con suavidad. Era el momento.

—Acércate, Hanna. — Me dijo Eric en un gruñido. Su mano derecha sostenía la pistola con firmeza, ni un solo dedo le temblaba. Se movía con facilidad, aunque estaba asustado, sabía también como yo, que la persona que estaba ahí dentro era inmune a la compasión. Mis pasos fueron lentos, demasiados temblorosos, pero el aire me distraía, hacia que mi cabello volara entre la brisa y cayera en mis mejillas. Me sorprendía que no estuvieran pegajosas, eso significaba que no había llorado.

Cuando llegué a su lado él me miro.

— ¿Conoces a ese auto? — Me pregunto. El humo estaba comenzando a salir del cofre del auto. Me asuste.

—No, nunca lo he visto. — Las piernas me temblaban. La voz también.

—Bien, mantente cerca de mí. — Dijo en un susurro. Después, él se fue acercando al auto con cautela, sus pasos eran lentos. Seguidamente, él tomo la manija de la puerta y la jalo hacia arriba. La puerta hizo un clic y se abrió. Eric se puso en guardia y espero unos segundos a que el agresor respondiera. Pero nada paso, no se escucho ni un solo ruido proveniente del interior.

Me estremecí.

Eric se acerco más y abrió la puerta completamente, di un brinco disimulado detrás de él, me asome sobre su hombro, un cuerpo flácido estaba sentado en el asiento del copiloto, estaba todo de negro y a juzgar por la forma, era sin duda, una mujer. Subí todavía más mi mirada y me encontré con un cabello naranja zanahoria. El rostro estaba tapado con un pasamontañas, pero las puntas estaban fuera de él y caían sobre los hombros de la chica.

Mi mandíbula cayó al piso, literalmente. Todo dentro de mí se apretó con fuerza y brusquedad.

—Sarah... — Murmure para mí misma. Eric se acerco y se adentro al automóvil. Jalo del pasamontañas una vez que comprobó que la persona de ahí adentro estaba inconsciente, el rostro se hizo evidente cuando el pasamontañas estuvo fuera de su alcance.

—No... No puede ser. — Susurre aterrada. Mis sospechas eran acertadas.

—Sarah. — Susurro Alex a un lado de mí.

— ¿La conoces? — Pregunto Eric.

—Sí. — Respondí. Mi cabeza dolía. ¿Sarah? ¿Siempre había sido ella? ¿Sarah había intentado matarme? ¿Por qué?

—Vuelve al auto, llamaré a la policía. — Dijo levantando el pecho. Nuevamente el volvió a guardar la pistola en su pantalón, justo en su cintura.

— ¿Está viva? — Me atreví a preguntar. Él asintió.

—Sí, vuelve al auto, por favor. — Me ordeno con voz gruesa y autoritaria.

Vi por última vez en el día el rostro de Sarah, sus pecas resaltaban con el color de su cabello, sus pestañas caían sobre sus párpados cerrados, y su piel pálida resplandecía en la noche helada. Su pequeño cuerpo estaba en el asiento del piloto, no ejercía fuerza alguna, y no se movía ni un solo centímetro.

—Vámonos, Hanna. — Me dijo Alex al oído. Me abraza a mi misma y me gire antes de sentirme más culpable.

— ¿Ella estará bien? — Pregunte mientras caminaba de regreso al auto.

—Sí, lo estará. No te preocupes. — Dijo con suavidad. Yo asentí comprendiéndolo.

— ¿Fue ella, Alex? — Pregunte temblorosa. Él simplemente no respondió. Me subí al auto de Eric, todavía con las piernas temblándome.

Eric camino hacia una esquina y se acerco hasta un teléfono público, el marco a la policía, movía sus labios rápidamente y de vez en cuando miraba al auto en donde estaba yo de reojo, y después volvía su mirada a las calles casi abandonadas, ¿Qué hora sería? Eric dejo el teléfono alambico en su lugar y comenzó a caminar con paso rápido hasta el automóvil, y un minuto después estaba abriendo la puerta del piloto.

—Te llevaré a casa. — Dijo mientras se sentaba en el asiento del copiloto. Esta vez, me puse el cinturón.

— ¿Qué pasa con Sarah? — Pregunte horrorizada.

—Esta inconsciente, la policía ya viene. — Dijo encendiendo el auto.

Silencio. De nuevo.

Dos minutos después, Eric estaba dando vuelta por la calle en donde yo vivía.

—Puedes dejarme aquí. — Le dije.

—Te dejare en la puerta. — Me contesto.

—No, yo puedo irme. — Aclare. Yo estaba castigada, no podía llegar así, y mucho menos con Eric, sería un caos. Eric por supuesto me ignoro y bufé por lo bajo.

—No te molestes conmigo, solo quiero que estés a salvo, ¿De acuerdo?

No conteste. Realmente no tenía ánimos para hacerlo. Ahora solo mi mente pensaba en Sarah. ¿Ella realmente había intentado matarme? ¿O solo estaba dándome un susto?

Pero en algo estaba de acuerdo, Alex no creía que Sarah había sido la asesina, lo supe porque el

no me contesto, así que la tome por cómplice, porque, yo tampoco la consideraba como la asesina, primero que nada, no tenía relación alguna con Alex, ni siquiera habían cruzado media palabra o eran amigos cercanos, y ella estuvo en el funeral de Cara. Ella no pudo haber mandado golpear a Tom, se veía que ambos se llevaban bastante bien en la última reunión que hicieron y en la que yo estuve presente. Sarah no podía a ver entrado a media noche a mi habitación y dejar aquella nota amenazante. Y por último, Rossie había dicho que la mujer que la había atacado era alta, y Sarah no era muy alta que digamos y mucho menos tenía cabello negro, sus ojos eran azul y no oscuros, no podía ser ella.

Cómplice. Eso era.

Tal vez ella estaba al tanto de todo lo que yo hacía conforme Cara y todos los demás decían en las reuniones sobre mí y sobre ellos mismos, estaba segura que ella le informaba todo a aquella persona y por eso sabía absolutamente todo sobre lo que pasaba al rededor.

Pero, ¿A quién le estaría dando toda esa información? ¿Quién era tan cercano a Sarah?

Muy bien, si ella había sido la que intento matarme, el auto concordaba, su papá era policía, ella pudo haber entrado y sacar el auto sin problemas. Eso era fácil de notar, pero ¿Su papá sabía sobre esto? ¿Él sabía que Sarah había sacado aquel auto, por lo menos? Algo tenía que hacer. Tenía que descubrir quién era la que le daba órdenes a Sarah. Porque, por supuesto que era una mujer. De eso estaba segura. Y yo ya estaba sospechando de alguien...

Mi madre.

¿Por qué ella fue a la reunión de la casa de Zet? ¿Por qué ella tomó el auto de este mismo? ¿No era extraño? Y particularmente, ella había sido la más mentirosa de todos, me había mentido sobre la muerte de mi padre, me había mentido sobre su nombre, ella había sido bastante mentirosa, y vamos, ¿Quién a media noche podía entrar a mi habitación? ¡Solo ella podía entrar! Pero, la ventana estaba abierta, ¿Acaso había sido una distracción? ¿Ella era?

Es que simplemente no podía aceptarlo, mi madre n podía ser capaz de eso, y Eric me lo había dicho, él justamente de todas las personas dijo que mi madre era buena, pero yo no podía confiar ya en ella. Las mentiras habían sido el muro que tanto se había levantado para formar la barrera entre nosotras. Y ella lo sabía. Pero, mi mente no me dejaba tranquila, las coincidencias con las



descripciones de Rossie eran casi idénticas a mi madre, bueno, de acuerdo, eran casi iguales. Así que, desde ahora debía vigilarla lo bastante cerca. Ahora ella era la principal sospechosa. Y debía aceptarlo, no era fácil asimilarlo y por lo tanto me dolía, me dolía porque era mi madre, la persona con la que he estado toda mi vida. Y ahora simplemente desconozco a esta persona. Desconozco a mi madre.

—Muy bien, llegamos. — Me aviso Eric sacándome de mis retorcidos y espero que bien acertados pensamientos. Pestañe un par de veces tratando de volver a la realidad. La luz era casi nula, las calles estaban vacías y por supuesto, oscuras.

—Gracias... — Dije con sinceridad. Trague saliva. —Es decir, gracias por salvarme. — Le di una media sonrisa de agradecimiento. Él asintió.

—De nada, yo debería... — La voz de Eric se vio interrumpida por un fuerte golpe. Giré mi mirada hasta la puerta de mi casa y una Emma furiosa se acercaba hasta el auto.

—Oh, no. — Susurre frustrada. Me desabroche el cinturón y me baje del auto tan pronto como me fue posible.

— ¡Hanna Reeve! ¡¿Se puede saber dónde demonios estabas?! — Grito furiosa. Su rostro estaba enrojecido. Tan rojo como un tomate, no me sorprendería que soltara humos por los oídos.

Ugh. ¿Y ahora qué?

—Mamá, yo... — Intente explicar, pero ella me interrumpió.

— ¿Creíste que podías engañarme? — Grito todavía más furiosa. Su cabello estaba peinado en una desordenada coleta. Me di cuenta de que ya sabía desde hace un rato. Incluso seguía con su ropa de trabajo, la falda azul y la camisa de botones hasta el pecho, uno de sus botones, como de costumbre, no estaba en su respectivo lugar. Sus zapatillas estaban tal alta que la hacían lucir como una madre realmente furiosa y alta. Amenazante, de hecho. Ella puso las manos en su cintura.

Definitivamente estaba en problemas.

— ¿No se supone que estas castigada? ¿Puedes explicarme que haces fuera? — Dijo con tono fuerte. La miré durante unos segundos. Emma, Margaret, ¿Ella había sido? ¿Ella era la asesina de Alex? No, ella lucía tan calmada y no estaba nerviosa como debería... Ella soltó un suspiro alterado. —Y sobre todo... — Continuo. — ¿Puedes explicarme que haces fuera a estas horas y con quién sabe quién? — Me miro molesta. Los vidrios del auto de Eric estaban hasta arriba y como estaban polarizados, no podía verse nada de interior. Estaba esperando con ansias que aquel vidrio se bajara y el rostro de Eric se asomara por la ventana del copiloto.

¿Cuál sería la expresión de mi madre? ¿Cómo reaccionaría al ver a Eric? ¿Al ver a la persona de la que tanto se había estado escondiendo y evitando? ¿Lo golpearía? ¿Lo abrazaría, tal vez?

— ¿Qué? — Pregunto furiosa. — ¿Te quedaste muda? — Dijo con sarcasmo. Sus ojos se veían realmente amenazadores, yo estaba rogando porque Eric bajará ese maldito vidrio.

Me aclaré la garganta.

Vamos Eric, sal. Es tu turno.

—No, mamá. — Respondí. Y luego tragué saliva. Eric no había arrancado así que solo significaba una cosa. —En realidad, vine con alguien. — Dije las palabras con una fluidez increíble, que apenas pude creer. Había salido mejor de lo que lo había planeado.

Ella pestañeo sin comprender, pero la furia no desapareció de su rostro enrojecido.

— ¿Con quién? — Pregunto mientras cruzaba las manos en su pecho. Ella intento parecer desinteresada, pero fallo en el intento, levanto la vista tratando de ver sobre mi hombro para ver quién era la persona que estaba detrás de aquel volante.

Mi corazón latió cuando escuche que el vidrio del copiloto comenzaba a bajarse. Fue una lentitud terrible.

—Hola Emma. — Dijo Eric con fingida sorpresa. Él sabía perfectamente que se llamaba Margaret, pero estaba intentando mantener su "secreto" guardado, fingiendo que yo no sabía que era su hija.

Mi madre ladeo la cabeza y sus ojos oscuros se abrieron tanto como los de un hámster. Su cuerpo se quedo en estado de shock, pude ver su expresión. Era... agonizante, casi increíble... Ella se veía tan desorientada, era como si el mundo se le hubiera caído encima en menos de un segundo. Su rostro furioso había sido reemplazado por un rostro lleno de pánico y de sorpresa... Respiración agitada, cuerpo congelado, mandíbula abierta, corazón palpitando hasta mil por hora. Podía escuchar hasta aquí los latidos de su corazón.

Pum, pum, pum, pum.

— ¿Tú-u? — Ella se tambaleo, su voz sonó aguda, expectante. Casi cae... Pero ella volvió a mantener el equilibrio. No se molestó en ocultar su respiración agitada. Su pecho subía y bajaba. No paraba. Su rostro se volvió inexpresivo.

No había nada más que comprobar. Ellos se conocían y por la conmoción de mi madre, estaba segura de que yo era su hija.

—Es increíble como es el mundo tan pequeño, ¿Verdad?, tarde o temprano te reencuentras con... esa persona.

=====

Capítulo 72.

— ¿Eric? — Pregunto con voz temblorosa. Su ceño se frunció, y su mirada no era más que pura confusión. Miro a Eric en un rápido movimiento y después me miro a mí. Por un momento creí que iba a desmayarse aquí mismo, pero como siempre, me demostró todo lo contrario, ella se

mantuvo en pie, sin embargo, las piernas comenzaban a fallarle.

— ¿Podemos hablar? — Dijo él. Mi madre se quedó mirándolo, no directamente, pero le daba mirada de reojo, estaba segura que por su mente estaba el interrogante: ¿Es esto real? Furtivamente se quedó muda y después me miro con horror.

—Yo... — Tartamudeo pareciendo fuera de lugar.

—Es lo menos que puedes hacer, Emma. — Él dijo con tono calmado, aunque sus ojos reflejaban todo lo contrario. Su rostro se asomaba por la ventana del copiloto. Eric tenía un increíble e inigualable parecido a mí. Los rasgos eran tan idénticos.

— ¿Qué le has dicho? — Pregunto con voz fría, casi quebrada. Su cabello estaba desatándose de la coleta. Ella se aclaró disimuladamente la garganta y se puso recta. La furia volvió a ella.

— ¿Decirme qué? — Pregunte fingiendo no saber de qué hablaba. Ella se pasó una mano por su rostro y suspiro con frustración.

—Entra a la casa. — Me ordeno mi madre. Su postura era rígida. Se veía realmente aterrada.

— ¿Por qué? — Exigí saber mientras fruncía el ceño. Aún no podía creer que esto estuviera pasando. Yo estuve a unos escasos segundos de morir, y aquí estaba, con el reencuentro de mi madre y de mi padre. Al pensarlo, me sentí incomoda, tal vez esto no me incumbía tanto a mí. Debía darles cierta privacidad, ¿verdad?, es decir, después de tanto tiempo estaban frente a frente.

—Solo hazlo. — Dijo con autoridad. Ella elevo su pecho y se puso en guardia. Eric la miraba con esos ojos penetrantes desde adentro del automóvil. Mi madre se ponía cada vez más tensa e incómoda. Ella no se había dignado a mirarle a los ojos a Eric.

Me gire.

—Gracias por traerme. — Dije de nuevo. Él asintió. Sus ojos azul se veían inquietos, creo que de una u otra forma, él estaba agradeciéndome darles su espacio. Supongo que Eric estaba ansioso por hablar con mi madre. Su mirada lo delataba.

—Nos vemos pronto, Hanna. Que descanses. — Le di una media sonrisa y con un gesto de cabeza, le di las gracias por haberme salvado de aquel auto, y de Sarah... Él asintió comprendiendo mi gesto y comencé a caminar hacia la puerta de la casa. No sin antes ver el rostro espantado de mi madre. Ella se veía impactada, es como si estuviera en un sueño, simplemente no se lo creía. Pase por un lado de ella y pude sentir la tensión alrededor de ella.

Cuando estuve lo bastante lejos pude escuchar la voz de mi madre casi como un susurro inquieto e inestable.

— ¿Qué haces aquí, Eric? — Pregunto horrorizada.

No me regresé, ni me giré, si yo estuviera en la misma situación, probablemente estuviera muerta por el pánico y la sorpresa. Ellos necesitaban hablarse, de nuevo. Una vez que llegue a la puerta, tome la perilla y la giré, Alex venía a tras de mí, como siempre. Una vez que la puerta se abrió entré y cerré la puerta. Alex ya estaba adentro, también.

—Tú nunca te vas a ir, ¿Verdad, Hanna? — Bromeo. Él me dio una mirada graciosa, pero podía ver la preocupación en sus ojos. Mis piernas seguían temblando por loa anteriores hechos.

—Solo si tú no te vas primero. — Mi respuesta le tomo por sorpresa, haciéndolo quedar callado, y fue después que me di cuenta de lo mal que sonaban esas palabras. Ambos sabíamos que Alex se iba a ir algún día. Era algo predecible.

—Siempre estaré contigo. — Dijo enviando escalofríos por todo mi cuerpo. —No importa lo que pase, ¿De acuerdo?, siempre estaré aquí. No lo olvides. — Su voz hizo eco en mi mente.

—Lo sé. — Respondí.

Él me sonrió.

—Cada vez estamos más cerca, ¿Tú crees que fue Sarah? — Me pregunto. Camine hasta uno de los sillones y me deje caer. No tenía sentido subir a la habitación, en cuanto mi madre entrara por la puerta me haría un interrogatorio bastante largo.

Yo negué.

—No, hay alguien más. Lo presiento. — Respondí totalmente segura. ¿Por qué Sarah se dejaría al descubierto tan fácil? ¿De verdad quería matarme? ¿Para quién estaba trabajando?

Alex se quedó pensando. Sus ojos me miraron por una milésima de segundo y cuando nuestros ojos se encontraron, él bajo la mirada rápidamente.

Algo sabía... Y a juzgar por su actitud, no me lo quería contar.

— ¿Qué ocurre Alex? — Pregunte levantando todavía más la vista, él estaba recargado en uno de los sillones por la parte de atrás, sus brazos estaban cruzados y apoyados en la parte superior del sillón. Él alzo sus ojos.

— ¿Qué ocurre de qué? — Intento ocultar su preocupación. En el poco tiempo que lo conocía, había aprendido muchas cosas de él. Pero Alex simplemente era reservado. Sabía que a él no le gustaba que yo me preocupara, lo cual hacía que eso me preocupara todavía más.

Intente capturar su atención mirándolo directamente, pero él desviaba la vista a propósito.

— ¿Alex? — Lo llamé cuando él evito mi mirada. — ¿En qué piensas? — Pregunte frunciendo el ceño mientras me ponía recta.

—No es nada. — Contesto desinteresado. Alex era en realidad un pésimo mentiroso. No sabía ocultar su mentira.

—Te estás poniendo tenso. — Insistí. — ¿Qué ocurre?

Alex movió su cabeza unos segundos, todavía sin mirarme, las comisuras de sus labios se encontraban hasta abajo, y su boca justo ahora estaba haciendo una mueca de desagrado. Alex apretó los dientes y pude ver como estaba sufriendo por no decírmelo. Sus ojos se movieron inquietos por toda la habitación, y después los volvió a dejar por donde había empezado, en el puso. Cuando él por fin levanto la mirada y me miro con sus ojos café, supe de que se trataba. Él se aclaró la garganta y se levanto quitando sus brazos del sillón.

—No te lo molestes, simplemente lo pensé... Yo... No lo sé...

—Yo también sospecho de ella. — Dije concordando con él. Por segunda vez, le tome por sorpresa. Sus ojos se abrieron como plato y sus labios se separaron dejando al descubierto una pequeña parte de sus dientes blancos.

—Pero Hanna, ella es...

—Lo sé, es mi madre, pero, ella parece coincidir con todo... — Dije en un susurro, aunque no había nadie más que nosotros dos, dentro de la habitación de la sala.

Él comenzó a caminar hasta a mí. Su cabello estaba desordenado como siempre. No me había percatado de su bien y formados brazos, ni de su atractivo estomago plano. No es que estuviera sin camisa, sino que desde aquí y con esa ropa, podía apreciar la perfecta silueta de su cuerpo.

Por un momento creí que Alex era un ángel. Pero un ángel diferente, divertido y bromista. Guapo. Muy, muy guapo.

—Solo necesitamos una pista más. — Dije. Él seguía acercándose con paso lento. Tuve que concentrarme en mis pensamientos y no en la forma en la que el cuerpo de Alex caminaba hasta a mí. Sus pantalones lisos se movían conforme el avanzaba. Sus manos estaban en sus bolsillos delanteros, haciéndome distraer, me sentía atrapada por su mirada.

—Hanna... — Él dijo conforme se acercaba. Me concentre en sus ojos, era imposible pensar en

otra cosa que no fuera en sus labios. Él quito sus manos de los bolsillos y un segundo después, estaba sentado a un lado de mí. Todo se tensó dentro de mí. Absolutamente todo. — ¿Te he dicho lo guapa que eres?

—Alex... — Pude sentir mis mejillas calentarse. Mi voz se cortó y yo no pude seguir hablando. Era una de las cosas más bonitas que me decían en toda mi vida. Y eran más bonitas cuando salían de sus labios.

—Eres muy bonita. — Dijo mirándome. Ahora fui yo la que agacho la mirada. Mi cabello cayó a los costados de mi cabeza, privándome de su mirada penetrante. —Oye. — Me llamó. Un segundo después, las yemas de sus dedos estaban levantando mi barbilla. —Me gusta cuando te sonrojas. Me gustas tú.

Mi labio tembló.

—Alex... — Murmure. Tener sus dedos en mi barbilla me hacía temblar y me hacían mínima la posibilidad de hablar. Me arme de valor y entonces hable: —Tú también me gustas, y mucho. — Dije por fin. Se sentía demasiado bien decir aquellas palabras.

Él sonrió.

— ¿Qué vamos a hacer ahora? — Pregunte en un susurro. Su rostro estaba demasiado cerca. Su piel se veía tan suave, casi como una nube.

— ¿Besarnos? — Pregunto con una media sonrisa. Me reí en voz baja, y después negué.

—Con mi madre. — Señale. Él quito sus dedos de mi barbilla y entonces, pude relajarme. Pude continuar respirando. Primero que nada, no quería que sus dedos dejaran de tocarme, eran muy suaves, o al menos para mí, pero vamos, mi corazón había comenzado a latir con fuerza y realmente necesitaba regularizar mi agitada respiración.

—Sarah debe saber, ¿no lo crees? — Me pregunto tranquilo, había una media sonrisa en su rostro, no muy visible. Asentí parpadeando disimuladamente.



— ¿Iremos a hablar con ella? — Pregunte. Él hizo algo que me hizo perder la cordura. Alex se mordió el labio sin notar que yo lo estaba observando. Mis ojos se quedaron en sus labios carnosos y húmedos.

Oh, dios, yo necesitaba besarlo, pero las circunstancias me lo prohibían.

«Cálmate, Hanna.» Me dije a mi misma.

—Sí, por supuesto. — Murmuro. Sus labios se abrieron y después se pegaron. Oh, Dios que bonitos labios tiene. Y sus dientes... eran tan perfectos a simple vista. Apenas pude creer que yo había besado aquellos dulces y suaves labios... Eran intrigantes y muy, muy tentadores. Nunca me cansaría de verlos. — ¿Bonita vista?

—Sí... — Dije tontamente mientras seguía mirando sus labios. —Espera, ¿Qué? — Me sacudí y volví a la realidad mientras me removía incomoda en el sillón. Sus labios se curvaron en una expectante sonrisa.

—Te he preguntado que si tienes una hermosa vista... — Dijo relamiéndose los labios. —Y dijiste que sí. — Sus ojos tomaron ese toque brillante y cautivador. No pude evitar sonrojarme.

Definitivamente no iba a retractarme por eso.

—Bueno... Es que yo... — Mis palabras se quedaron en el aire cuando la puerta se abrió de golpe.

Di un salto.

— ¿Con quién estás hablando? — Me pregunto mi madre mientras cruzaba la puerta.

— ¿Yo? — Fingí no entender. Mis mejillas estaban calientes. Ella entro y cerro de la puerta. No

habían pasado ni cinco minutos desde que los había dejado solos, ¿Qué se habían dicho?, la verdad estaba ansiosa por saberlo, pero sabía perfectamente que mi madre no me lo contaría.

Pero Eric sí.

—Sí, tú. — Replico. — Estabas hablando con alguien. — Dijo molesta.

Uh, bueno, yo estaba en serios problemas. Sobre todo ahora que había llegado con Eric, supongo que eso le había afectado más y por eso se veía más molesta que hace unos minutos.

—Ah, estaba hablando conmigo misma. — Respondí.

—Y, ¿Desde cuándo hablas contigo misma? — Me pregunto mientras fruncía su ceño, una de sus cejas se veía más fruncida que la otra. Eran tan delgadas y claras que apenas podían distinguirse entre la luz.

—Desde hace mucho. — Por supuesto mentí. Ella se puso atrás de uno de los sillones, optando la misma y anterior pose de Alex. Sus codos estaban recargados en la superficie del sillón y sus ojos... Oh sus ojos se veían realmente fulminantes. Me escondí entre el sillón, recorriéndome lo mas que podía hacia atrás.

— ¿Me puedes explicar que hacías con él? — Me pregunto con voz calmada, matándome con la mirada.

Maldición. Aquí va el interrogatorio.

—Se ofreció a traerme. — Dije rápidamente para que no sospechara.

— ¿A traerte? ¿Desde dónde? — Dijo sin entender, aunque claramente ella sabía que yo era bastante mala para mentir. O bueno, en algunas ocasiones.

—Desde el instituto. — Conteste. Ella levanto una ceja cínicamente.

— ¿Desde el instituto?, ¿No se supone que sales a medio día? ¿Sabes por lo menos qué horas?

—Sí. — Por Dios, no iba a seguir con esto, ¿verdad?

— ¿Entonces? ¿Qué hicieron durante toda la tarde? — Su tono se volvió preocupado.

—Fuimos a comer. — Respondí regresándole la misma mirada que ella me daba.

— ¿Seis horas comiendo? — Pregunto levantando una ceja. Definitivamente a ella no le podía mentir, era inútil. Me conocía perfectamente.

—Fuimos a... A caminar, sí. — Mi cuerpo comenzó a sentirse nervioso, incluso mi labio comenzó a temblar. ¿Por qué me afectaba tanto la mirada que ella me daba? ¿Por qué me ponía tan nerviosa?

Ella negó mientras se retiraba del sillón. Seguidamente, se puso una mano en la frente y comenzó a caminar de izquierda a derecha.

Resoplo.

— ¿Sabes, Hanna? — Ella me miro con frustración, y después quito su mano de la frente, dejándola caer con fuerza en su costado. —No te creo.

—Mamá... — Intente hablarle.

—No. — Me detuvo. —No digas más, si vas a decir más mentiras, es mejor que te calles porque no estoy en el mejor momento para escucharlas, ¿De acuerdo?

—Pero...

— ¿Sabes qué? — Hizo una pausa para abofetearme con la mirada, después abrió sus labios secos y pálidos y prosiguió. —Me decepcionas. Primero, te peleaste con aquél chico, el del restaurante, ¿Cuál era su nombre?

—Zet. — Respondí indignada, por supuesto que ella sabía como se llamaba, ¡Por Dios! ¡Ella había utilizado su auto! ¿Acaso lo había olvidado?

—Zet. — Dijo ella frustrada. —Yo no sabía que pelearas de esa forma. Tú eras diferente... Y luego, seguías a este chico pisándole los talones, solo dime, ¿Te gusta?

— ¡No, mamá! — Dije rodeando los ojos. Era estúpido qué pensará eso. ¡A mí solo me gustaba una persona!

— ¿¿Entonces por qué lo seguías?!! — Contraataco.

—No lo entenderías...

—Y si no me lo explicas, menos. — Exigió con voz pesada. Resople. No podía creer que se estuviera poniendo tan pesada con este tema.

—A Cara le gustaba... Yo tenía que saber sobre él. Quiero decir, para ayudar a Cara... Ya sabes...

Ella se rió.

—Ya. ¿Ahora mi hija es Cupido? — Dijo con sarcasmo mientras levantaba las manos en el aire con frustración.

— ¡No! — Respondí ofendida. — ¿Sabes qué? ¡Me voy! — Dije poniéndome de pie.

— ¡Tú no vas a ningún lado! ¡Así que siéntate! — Me grito sin moverse de su lugar. Sus ojos sacaban fuego. Me estremecí.

— ¡Estoy diciéndote la verdad! — Trate de hacerla entrar en razón.

—No lo creo... Zet y Cara tenían ya una relación... Y aparte, tus salidas misteriosas... — Me mira sustancialmente. —Me he dado cuenta, Hanna, puedes mentirle a quien quieras, pero a mí no. — Dijo con voz dolida. No pude exentarme de no sentirme culpable. —Me prometiste que no te acercarías a Rossie, a la familia Crowell, y mira... Has roto tu promesa. ¿Qué le hiciste a mi hija?

—Esta es tu verdadera hija. — Los ojos comenzaron a arderme. —Esta soy yo, mamá. Y en tal caso, ¿Por qué te importa tanto? ¿Por qué no quieres que me acerque a ellos? ¿Son algo de nosotras? — Pregunte.

Ella se tenso y rápidamente se horrorizo. ¡Punto para mí!

— ¡No! ¡Ellos no son nada nuestro! ¡Nadie de esa familia es de nuestra sangre! — Me grito pareciendo desorbitada. Me di cuenta de que cada vez comenzaba a tensarse más y más.

— ¿Entonces por qué tanto interés en que no me acerque a ellos? ¡¿Por qué?! — Grite poniéndome en guardia.

Vamos, algo tenía que salir de su boca. Una pista, algo, lo que sea...

— ¡Por qué ellos son malos!

— ¡No es verdad! — Replique molesta. Ella en realidad no los conocía, o tal vez sí, pero eso no significaba que tenía que creer en ella, y aparte, los Crowell no eran malos, a excepción de George que siempre tenía la mirada pesada y su forma de hablar daba miedo, al igual que su pose rigurosa y autoritaria.

— ¡Claro! — Dijo ella como si lo pudiera comprender todo. Observe como se ponía recta y recuperaba su pose de madre molesta. — ¡Ahora lo entiendo! ¿Cómo fui tan tonta? ¿Cómo no pude darme cuenta? — Ella se rió amargamente mientras me miraba. Después recupero su control y me miro con sus ojos penetrantes, queriendo ver a través de mí. Ella se aclaró la garganta tan silenciosamente como le fue posible y puso sus manos en sus caderas. Abrió sus pequeños y bien hablados labios. — ¿Fue Rossie, verdad?

Fruncí en ceño sin comprender, ¿De qué demonios hablaba? Ella resoplo con fuerza. Un gemido ahogado salió de mi boca involuntariamente.

— ¡Rossie! ¡Esa maldita! ¿Qué fue lo que te dijo? — Vocifero rendida. Sus manos se apretaron en sus caderas.

Alex solo observaba. Ya no me sentía tan incómoda con él aquí, me había acostumbrado a su presciencia en los momentos más difíciles.

— ¡No hables así de ella! ¡Rossie es buena! — Le reproche con furia. Ahora, todo estaba comenzando a calentarse dentro de mí. No le iba a permitir que hablara mal de Rossie, ella había ayudado bastante con el caso de Alex y ¡No era una mentirosa como mi madre!, ambas queríamos descubrir al asesino de Alex antes de que atacara de nuevo.

— ¿Qué? — Dijo con voz amarga. — ¿Ahora la defiendes a ella?, Hanna por Dios, date cuenta, te esta lavando el cerebro. Te está poniendo en mi contra. ¡No puedes creer nada de lo que ella te diga! ¡Ni de George, y mucho menos de Eric!

—Tú sola estas poniéndote en mi contra. — Recalque molesta. Ella soltó un bufido frustrado. Muy bien, ahora lo entendía todo, ella no quería que me acercara a ellos porque me dirían la verdad sobre Eric, pero seamos honestos, ¡Ellos habían ayudado más con el caso de Alex que mi propia madre!

—Estas tratando con las personas equivocadas, Hanna. Los Crowell no son buenas influencias, cariño. — Me dijo rendida. Su voz sonaba cansada. —Te darás cuenta de ello. Y espero que no sea demasiado tarde.

—Yo también espero eso. ¿Puedo irme? — Pedí educadamente, quería demostrarle que era lo suficiente madura para manejar este problema.

Ella asintió.

—Hanna, espera. — Me dijo cuando ya estaba retirándome. —Tus exámenes están programados para mañana. Quiero decir, todos tus exámenes. — Me explico con voz apagada. Su cuerpo se había debilitado en el transcurso de la plática.

— ¿Qué? ¡Mamá! ¡Mis exámenes estaban programados para el resto de la semana! ¿Por qué hiciste eso? — Dije furiosa. Ella como yo, sabía que tenía que estudiar para los exámenes, yo no era una chica inteligente en cuanto a las calificaciones y realmente necesitaba estudiar para mis exámenes, ¿Y ahora qué? ¿Me desvelaría toda la maldita noche? ¡Arg!

Solté un gemido frustrado.

¡No! ¡No! ¡No! ¡Ni siquiera había estudiado! ¡Estaba bastante ocupada para preocuparme por los exámenes! ¿Acaso me odiaba? ¿Por qué había hecho algo de esa magnitud!

—Comienzan a las siete y terminan a las cuatro, no te quiero después de las cinco aquí, ¿de acuerdo? — Fue lo único que dijo. Me miro con desesperanza, como si no me reconociera. Su cabello se había alborotado totalmente. Otra discusión más... Mis ojos se escocieron, sintiendo un ardor terrible. Por un momento había olvidado lo que había pasado con Sarah y mi casi muerte. Le mire con odio y bufé molesta.

¡Solo mi madre podría hacerme esto! ¡A mí que soy su propia hija! ¡Ella era tan...! ¡Tan testaruda! ¡Tan incrédula! ¡Una mentirosa! ¡Eso era!

— ¡Gracias mamá! ¡Gracias! — Dije sarcástica mientras comenzaba a caminar hasta las escaleras con rapidez. Mis pies golpeaban al piso con fuerza, mis nudillos se habían apretado y de tanta fuerza se habían puesto blancos, ahora justamente quería golpear algo, o alguien.

¡Odiaba a mi madre!

¡Odiaba en este momento a Emma Reeve! ¡A Margaret Reeve! ¡O a quién fuese la mujer que estaba a unos metros de mí!

=====

### Capítulo 73.

Subí la escalera con rabia, todo estaba caliente dentro de mí, y podía sentir como la furia se deslizaba por mis venas, apenas me di cuenta de que estaba por llegar a la segunda planta cuando sentí todo mi cuerpo debilitarse. Fue un cambio brusco, estaba subiendo uno de los escalones con rapidez, y un segundo después, mi cuerpo estaba apoyándose en la pared de la casa, un terrible retortijón me hizo sentirme mareada, comencé a ver todo borroso.

— ¡Hanna! ¿Estás bien? — Dijo Alex mientras corría hasta a mí. Mi madre no se había percatado porque ya no estaba en la sala, ahora estaba en la cocina, y aparte, el pasillo de la escalera no se veía a simple vista. Mi estomago se revolvió terriblemente. Y luego comencé a sentir que un líquido se regresaba por mi garganta. Un líquido con un sabor horrible.

Me tape la boca y con paso rápido, corrí hasta el baño de la segunda planta. Cuando entre, cerré la puerta y abrí la tapadera de la taza, y sin poderlo evitar, de mi garganta salió un líquido blanco y alguna comida masticada con un sabor agonizante y asqueroso. Eso solo me hizo vomitar más y mas. Sostuve mi cabello detrás de mi cabeza, haciendo con mi mano una coleta. Solté un gemido de asco. Luego, cuando todo se calmo, escupí los últimos restos del asqueroso líquido que estaba en mi boca. Seguidamente elimine todo rastro de vomito de la taza.

Oh Dios, ¿Qué fue eso? ¿Qué fue ese líquido blanco? ¿Por qué vomite?

Me lave los dientes sin pensarlo dos veces. Mi estomago sufría las consecuencias, todavía sentía



un terrible dolor dentro del.

Me masaje el estomago y todavía con la sangre hirviéndome entre a mi habitación.

La puerta dio un grande y sordo ruido cuando la azote. Mi sangre hervía. Me había contenido a decirle todo aquello que sabía sobre ella, pero eso solo significaba arruinar todo, y no quería que eso pasara, estábamos tan cerca y yo no quería ni debía arruinarlo. Solo teníamos que esperar un poco más...

Alex se mantuvo lejos de mí. Bueno, lo bastante lejos para reaccionar por si le lanzaba algo, cosa que no pasaría. Estaba molesta con mi madre, no con Alex.

— ¿Estás bien? — Me pregunto. Me deje caer en la cama con rudeza.

—Sí, creo que algo me cayó mal. — Lo único que tenía en mi estomago eran las donuts que Rossie me había ofrecido, pero eso definitivamente no había sido lo que me había caído mal.

Él miro preocupado.

—Y, ¿Sobre tu madre? ¿Estás bien?

— ¡Arg! — Bufé molesta. — ¡La odio, Alex! — Grite mientras ponía mis brazos sobre mi rostro hirviente.

—Lo sé. Por algo hace las cosas, ¿No crees? — Dijo él.

— ¿Viste lo que hizo? — Le pregunte irritada. Él se recargo en la puerta de mi habitación y me miró. —Cambio todos mis exámenes para mañana, ¿Cómo demonios voy a hacer eso?

—Ese no es problema, yo puedo ayudarte. Yo ya pase por ese curso, supongo que puedo hacerlo.

Sonreí en mi interior.

— ¿De verdad? — Pregunte con más suavidad. Mis músculos comenzaban a relajarse conforme pasaban los segundos.

—Sí, vamos, saca tus libros. — Dijo acercándose hasta a mí. Me levante y busqué mi mochila con la vista. Una vez que la miré debajo del mueble de la computadora me encamine hasta allá.

Las horas pasaron muy rápidas, y mi cabeza comenzó a doler cuando el reloj marco las tres de la mañana. Solo quería dormir y dormir. Los últimos días apenas y había cerrado los ojos, me sentía cansada y soñolienta. Mis párpados se cerraban involuntariamente y uno que otro bostezo salía de mi boca involuntariamente. Me talle los ojos.

— ¿Tienes sueño? — Me pregunto Alex con tono preocupado. Asentí sin hacer mucha fuerza. Habían sido los tres peores días de mi vida. —Bien, es mejor que descanses. Yo me llevare esto y...

Ya no alcancé a escuchar lo que dijo, porque mis ojos se habían cerrado por completo. No soñé absolutamente nada, dormir unas cuantas horas me ayudaría un poco para el día que me esperaba.

Un ruido se escucho a lo lejos, ¿Qué era eso? ¿Una alarma? Era un pitido reconocible.

Pi—pi—pi—pi y más incesantes pi—pi—pi.

Abrí los ojos y un rayo de luz penetró instantáneamente a mis ojos, me estire para apagar la alarma. ¿Qué hora era? Me talle los ojos y me senté en la cama. Mis ojos se sentían tan cansados.

— ¡Mis exámenes! ¡Maldición! — Murmure mientras me levantaba de un brinco. Luego mire el reloj. Mi cuerpo se relajó, aún era temprano, bastante, en realidad, pero yo no recordaba haber

puesto una alarma, rápidamente supuse que Alex había sido. Se lo agradecí mentalmente. Me levante y me duche.

Una hora más tarde estaba en el instituto.

— ¿Nerviosa? — Me pregunto Alex.

—Sí, creo que olvidé todo. — Dije mientras caminaba a mi respectivo salón.

—No te preocupes, yo estaré ahí. — Me dijo seguro. Le sonreí casi de reojo.

—Eres genial, ¿Lo sabías? — Dije sonriéndole.

— ¡Hanna! — Escuche que me gritaron desde atrás. Me gire y me encontré con Kate. Ella rápidamente me alcanzo.

—Hola, ¿Cómo estás? — Pregunte cuando ella se puso a un lado de mí, Alex se cambio a la parte de atrás.

—Bien, supongo. Ya sabes, lo de Cara... Es triste que ya no esté aquí. — Dijo agachando la mirada. Ella llevaba una coleta y su maquillaje era mínimo. ¿Qué había pasado con la Kate linda y arreglada?

—Lo sé, ¿Cómo está Zet? — Pregunte. Sabía que Zet y Cara estaban comenzando una relación, así que Zet debía estar pasando por un mal momento. Y ahora más que nunca lo sabía, él ni siquiera me había hablado en el funeral de Cara, pero yo lo había visto. Lo había observado durante la misa. Tenía el cabello castaño desordenado, como si no hubiera dormido en casi una década, sus ojos tenían unas ojeras grandes y oscuras, e incluso tenía los ojos rojos e hinchados. Creo que él se miraba justamente como yo en estos momentos.

—No ha venido a clases, pero lo superara. Él está realmente triste, ¿sabes?, Cara te amaba. Eras su mejor amiga.

—Y ella la mía. — Le interrumpí.

—Cara siempre se la pasaba hablando de ti. Quiero decir, no tanto como Zet, pero ella te contaba cosas que a los demás no, incluso a mí, nunca me contaba sus cosas íntimas. Creo que le inspirabas confianza.

Yo sabía porque Cara no le contaba sus cosas intimas a Kate, ella no le caía, digamos que bien. Cara y yo sabíamos que Kate era una chica materialista, aunque claramente nos habíamos equivocado con eso. Kate era buena.

—La voy a extrañar. — Respondí sincera.

—Yo también.

Mi corazón se apachurro. La mire de reojo, llevaba unos cuadernos en sus brazos, se veía totalmente diferente, incluso su ropa estaba y se veía diferente. Y, ¿Qué era eso que llevaba en los ojos? La miré más de cerca. ¿Unos lentes? ¿Kate usaba lentes?

—No sabía que utilizabas lentes. — Dije dándole una mirada curiosa.

Ella sonrió por lo bajo. Se veía tan diferente, como si fuera una persona nueva, ¿Acaso eso le había causado la muerte de Cara?

Y yo que creí que se volvería una chica materialista y trataría de ser la nueva capitana del equipo de porristas. Ya que Cara era la anterior capitana, pero Kate me demostró todo lo contrario. Ella sabía cómo sorprenderme.

—Sí, en realidad los uso desde pequeña, solo que no me gustaban tanto y decidí utilizar lentes de contacto. Pero, ahora me siento más segura, puedo llevar estas cosas conmigo. — Sonrió dulcemente.

—Te quedan bien, y lo digo en serio. — Contesté con una media sonrisa. Ella asintió agradecida.

¡Woa! ¿Esta era Kate? ¿De verdad? ¡Me gustaba la nueva Kate!

—Gracias, Hanna. — Dijo sonriente.

— ¿Vas a hacer examen? — Le pregunte.

—Sí, tengo matemáticas justo ahora. — Dijo acomodándose los lentes.

—Yo también tengo matemáticas.

—Genial. — Dijo.

Silencio.

—Mmh. — Murmure para llamar su atención. — ¿Puedo preguntarte algo?

—Sí, por supuesto. — Respondió mirándome confusa, su ceño se había fruncido.

— ¿Ustedes sabían que yo estaba debajo de la cama?

— ¿De qué hablas? — Pregunto sin entender. Me relamí los labios y después me mordí la lengua haciendo una mueca.

—El día de la reunión en la casa de Zet. — Le recordé. —Ustedes lo sabían, ¿cierto?

La mire. Sus ojos azul divagaron por el pasillo por el que caminábamos, ella mordió su labio

inferior y de debatió entre ella misma, parecieron años el tiempo que espere para que hablara, su boca se abrió y después me miro.

—Sí. Lo sabíamos.

—Y, ¿Por qué me mintieron? — Pregunte confusa. Casi desesperada.

—Queríamos mantenerte lejos de esto. Que dejaras de investigar sobre Zet, sobre mí, sobre Cara, de todo. Nosotros intentábamos protegerte.

— ¿Protegerme de qué? — Pregunte desubicada.

—Del asesino de Alex, por supuesto.

— ¿Tú sabes quién es? — Dije con los ojos muy abiertos. Ella negó de inmediato.

—Nadie lo sabe. Y es mejor que te alejes, quiero decir, ese no es tu trabajo, seguro que los detectives y la policía está trabajando en eso. Es mejor que no arriesgues tu vida. Te lo digo como amiga de Cara... Y porque aunque no lo creas, te estimo. Y no quiero que a otra persona cercana le pase lo mismo que a Cara, y a Tom. — Dijo mirándome. Le sonreí agradecida.

—Lo sé, pero siento que debo seguir investigando, estoy tan cerca.

Silencio.

—Tengo algo que te puede servir. — Dijo de repente. Sus ojos se iluminaron.

— ¿Algo como qué?

—Una pista que puede servirte, tal vez la única que te falta.

Me puse en guardia. Ya me había mentido una vez, ahora tenía que confirmar con hechos lo que ellos me decían. Confiar ya no era solo una palabra. Significaba más que eso.

— ¿Qué es, Kate? — Pregunte sin molestarme en ocultar mi desesperación. Sea lo que sea, me serviría, más ahora que estábamos tan cerca. Mi corazón se aceleró.

—Es un arete. Lo encontré en el auto de Alex un día después de su accidente.

— ¿Tú también sabías sobre el accidente? — Me atragante con mi propia saliva.

—Sí, todos lo sabíamos. — Su voz sonaba diferente, ya no era chillona, ni aguda. Era clara y precisa.

Suspire. Era increíble como las personas mentían.

— ¿Lo tienes? — Pregunte. Yo no usaba aretes, así que de ninguna manera era mío. Era de alguien más.

—Sí, siempre lo traigo conmigo, nunca se lo dije a nadie. — Ella se detuvo enfrente de los baños de mujeres. —Ven. — Me señaló el baño y la seguí por detrás.

—Uh, Hanna, creo que no debo entrar ahí. Te espero aquí, ¿De acuerdo? — Él me sonrió. Pero en realidad, Alex se veía asustado.

—Está bien. No tardó. — Dije.

— ¿Qué? — Pregunto Kate delante de mí. Había olvidado completamente que Alex era un fantasma.

—Dije que está bien ese peinado que traes hoy. — Dije desorbitada. Ella asintió sin entender. Su risa se hizo presente cuando entramos al baño. Fue una risa suave y baja. Después, ella se acercó al lavamanos y se quitó la mochila, para después dejarla caer a un lado de los lavamanos, sobre la piedra de piñón.

—Mira. — Ella comenzó a abrir su mochila y después metió su mano una vez que estaba abierta. —Toma, es tuyo, ahora. — Me tendió una pequeña bolita blanca con un incrustado de oro en el centro de esta. Era un arete fino, aunque parecía imitación.

—Es una perla. — Dijo Kate.

—Gracias, Kate. — Dije en un susurro mientras admiraba a la pequeña piedra en mi palma.

—No es nada, espero que te sirva.

— ¿Có-omo la conseguiste? — Tartamudeé. Mis ojos se levantaron y me tope con sus claros y profundos ojos azul. Mi palma comenzó a sentirse caliente.

—Estaba en el auto de Alex, en la parte de adelante. Le dije a Rossie que había dejado mi bolsa en el auto de Alex en nuestra última cita y ella me permitió entrar al auto. En realidad si se me había olvidado mi bolsa, pero cuando vi este arete, no lo dude y lo puse en mi bolsa. Pero no vayas a creer que soy una ratera, eh. — Hizo una pausa. —Yo creí que era una pista magnífica que los detectives habían omitido, así que la tome y la puse dentro de mi bolso. Y bueno, aquí la tienes. — Termine de explicar mientras se metía las manos a los bolsillos de sus Jeans.

—Me va a servir de mucho, gracias. — Le sonreí de inmediato.

—No hay de qué. Espero que te ayude. — Dijo. Mis ojos volvieron a caer sobre la piedra redonda que posaba en mis palmas ahora ya sudadas. Kate se aclaró la garganta para obtener mi atención. —Y, ¿Hanna?, ten mucho cuidado.

—Lo tendré.



Cuando entramos al examen de matemáticas, sabía que mi único conocimiento en ese momento era mi nombre y mi grado. Estuve dándole casi diez leídas a una sola pregunta.

Mi lápiz comenzó a moverse nervioso en mi banca. El profesor Chris estaba bastante ocupado leyendo el periódico. Kate se había sentado atrás de mí. Me removí en mi banca. No sabía absolutamente nada, o bueno, tal vez sí, pero justo ahora se me había olvidado todo.

Kate tocó mi hombro disimuladamente. Me voltee y vi como Kate me daba su examen completado. Ella me señaló con la mirada a mi examen y rápidamente los intercambiamos. Por supuesto el de Kate era un año más avanzado, así que eran totalmente diferentes. Su nombre estaba puesto en la línea superior del examen. Tenía una letra redonda, y las ponía demasiado juntas, era bastante formal y no había ni un corazón o una estrella al final de su nombre. Me entretuve leyendo las preguntas de su examen. Tenía que recordar esto para el próximo curso.

Quince minutos después y cuando el profesor estaba bastante distraído, Kate tocó mi hombro. Y por segunda vez, volvimos a intercambiar nuestros exámenes. Vi mi examen y ¡Sorpresa! ¡Todas las preguntas estaban respondidas!

—Tú primero. — Me dijo en un susurro. Me aclaré la garganta y con los músculos tensos, me levante de mi banca. Mi cuerpo se sintió pesado.

Con paso lento, comencé a caminar hasta el escritorio del profesor. Él bajo su periódico y tomó mi examen para después comenzar a revisarlo.

El comenzó a palomear mi examen. Bien. Bien. Bien. Bien. Bien. Mal. Bien. Bien. Bien. Mal. Esperen ¡¿Qué?!

Mis ojos se abrieron como plato.

—Noventa y tres. — Me entregó mi examen una vez que puso el número en la superficie de la parte derecha.

— ¿Qué? — Dije todavía sin comprender.

—Noventa y tres. — Repitió desinteresadamente mientras volvía a dejar el bolígrafo en el escritorio.

Me giré con las palmas de las manos sudándose como nunca. Kate me sonrió orgullosa.

—Gracias. — Susurre mientras me acercaba a mi lugar. Ella asintió con una sonrisa. Una vez que me senté, ella se levantó. La mire mientras el profesor revisaba su examen. Kate se miraba muy segura. Su pose era recta y autoritaria. Era diferente a lo que normalmente hacía.

Dos segundos después, ella se giró y mientras le daba la espalda al profesor, me mostró su examen. Tenía un noventa y nueve con tinta roja encerrado en un círculo.

— ¡Felicidades! — Susurre.

Los exámenes cambiaron de difícil a fácil, Alex estaba ayudándome un poco, y con cada poco fui reforzando y recordando lo que había estudiado la noche anterior. Cada vez se me hacía más fácil contestar la siguiente pregunta, incluso, si iba a este paso terminaría a las dos de la tarde.

Una vez que termine absolutamente todos mis exámenes me sentí aliviada, no había recibido una calificación menor a setenta y cinco, y yo estaba más que feliz por eso. Mis músculos se habían relajado por completo y el estrés se había esfumado por los aires.

Ahora solo quería llegar a casa y husmear entre las joyas de mi madre. Intente forzar a mi mente sobre haber visto aquellos aretes en sus orejas, pero era difícil de recordarlo y de haberlos visto, ya que siempre tenía en cabello delante de las orejas, casi ocultándolas.

Alex y yo nos sentamos en una de las bancas de instituto. Afuera del, justo donde comenzaban los campos empastados. El aire comenzaba a hacerse cada vez más frío. Incluso el sol se había ocultado detrás de las nubes oscuras y grises. No parecía ser las tres de la tarde.

Alex estaba en frente de mí, la banca de madera era bastante grande, t al contrario de las cosas metálicas, la madera estaba algo caliente, mire a mí alrededor y pude ver como se avecinaba una tormenta. Vi a una pareja a lo lejos, Alex y yo éramos casi los únicos aquí, había unas cuantas personas más, estaban lo suficiente lejos para escucharnos, ahora no había muchos alumnos afuera debido al clima.

Mis ojos se concentraban en el arete que había en mis palmas.

— ¿Crees que es de ella? — Me pregunto Alex mientras cruzaba sus brazos, apoyándolos encima de la mesa.

—Sí, aunque no lo sé...

— ¿Nunca los habías visto? — Pregunto mirándome. El viento soplaba con fuerza haciéndonos revolver nuestros cabellos desordenados.

—No. — Negué.

— ¿Vas a ir a casa? — Sus ojos café me miraban.

—No, iremos con Sarah, debe de estar en el hospital. — Le dije mientras guardaba el arete en un pedazo de papel. No quería perderlo por nada del mundo.

Él asintió y después sus labios se despegaron para hablar.

—De acuerdo.

=====

Caminamos alrededor de veinte minutos, el hospital de la ciudad no estaba tan lejos, sobre todo porque estaba en la zona centro y era muy fácil llegar hasta ahí. Había llamado a Eric y le había pedido la dirección del hospital en donde había sido llevada Sarah, al parecer el golpe fue en la cabeza, recordando los acontecimientos, supe que Sarah no tenía un charco de sangre a su alrededor, ni siquiera una herida abierta, lo cual me preocupó más, si el golpe no fue en el exterior, fue en interior. Eso era más preocupante, ¿Qué tal que si se había formado un tumor, debido al golpe?, o incluso algo peor, una hemorragia interna. A pesar de que Sarah había intentado matarme, me preocupe por ella. No la conocía mucho, ni habíamos hablado demasiado, así que no sabía su perspectiva sobre mí, sus pecas naranjas como su cabello eran muy coloridas, demasiado, en realidad. Recordé el día en que ella me entregó la nota escrita supuestamente por Cara, seguidamente me pregunte si ella me había mentido, o si, solo tal vez, era parte de su estrategia como grupo para "protegerme", Cara había dicho que todo lo hacían por mí, incluso Zet me había advertido de alejarme totalmente del caso, pero yo era tan necia que no lo dejaría por la paz, menos ahora que Alex estaba aquí, yo tenía la necesidad de ayudarlo. Quería ayudarlo. Encontrar a ese maldito asesino. Rossie había comentado que era una mujer, pero, ¿Sarah? ¿Ella había sido? , No. Me negaba a creerlo. Yo estaba casi segura de que era cómplice de alguien, ¿Acaso ella estaba loca? ¿Me odiaba? O ¿Por qué había hecho tal cosa? ¿La habían amenazado, quizá? pero él me informó que Sarah estaba bien.

— ¿En qué piensas? — Me pregunto Alex mientras caminábamos. Íbamos a un paso rápido, aunque de vez en cuando, el soplo del viento me hacía regresar unos pasos atrás, era bastante fuerte que no me sorprendería que me levantara y me hiciera volar en un remolino. Tenía que apoyarme con toda mi fuerza para no ser arrastrada por una corriente del viento.

—En Sarah. — Le informe mientras metía mis manos en los bolsillos de mi sudadera. Alex se movía al mismo paso que yo mientras caminaba a un lado de mí. A él no parecía afectarle tanto el frío, es decir, él siempre estaba frío.

—No creo que sea ella, ¿Sabes?, ni siquiera la recuerdo mucho, ¿Por qué habría de matarme? ¿No te suena ilógico? — Dijo con incredulidad. Asentí concordando con él.

—Lo sé, estoy pensando que alguien la mando., quiero decir, a matarme. Y, ¿Cómo demonios estaba el auto que atropello a Cara justo ahí? ¿No había nada adentro?

Él negó mientras resoplaba.

—No. No había nada ni nadie. Yo también me sorprendí. — Dijo mientras caminaba. Sus pasos eran largos e inquietos.

—Estoy temiendo lo peor Alex, ¿Por qué mi madre programo mis exámenes para hoy? — Lo miré con el ceño fruncido. —Y sobre todo ahora, justo cuando llega Eric. — Le digo con un desaire.

—Estaba pensando lo mismo, pero no te preocupes, a donde tú vayas yo iré. — Susurro por lo bajo. Mi cuerpo sintió un escalofrío y no precisamente por el viento.

—Va a llevarme a otro lado, lo estoy presintiendo. Quiere alejarse de Eric, Alex.

—Lo sé.

— ¿Qué pasara si eso llega a suceder? ¿Cómo encontraremos a tu asesino? — Él me miro preocupado. Sabía que todo este asunto iba a llegar muy lejos, y ahora que sospechaba que mi madre me iba hacer cambiar de ciudad, estaba casi petrificada. No podría descubrir al asesino de Alex en tal caso, sería casi imposible.

—Hanna, solo quiero que esto no te afecte tanto, ¿de acuerdo?, si eso llega a pasar, no las arreglaremos, siempre y cuando no te afecte a ti. Quiero que estés bien y no acabes como yo. — Dijo en voz baja. —Estuviste muy cerca de morir y todo por mi culpa, por meterte en esto.

—Tú sabías que yo tenía que ver en esto. Dijiste que teníamos una conexión, ¿Lo recuerdas?, me dijiste claramente que te sentías atraído por mí, quiero decir, que estabas conectado a mí de una u otra manera. Y ahora sabemos cuál es.

—Quisiera deshacer eso. Pero estoy viendo lo positivo, encontraste a tu padre.

—Y tú a tú tío. — Le recordé. Él sonrió con amargura.

—Sí, y bastante tarde. — Se lamento en voz baja.

Alex estaba bastante aturdido por lo de su tío, yo lo sabía, pero como siempre, él trataba de ocultarlo haciéndose el fuerte. Pero eso no ayudaba, sino todo lo contrario, ocultar sus sentimientos lo estaban destruyendo por dentro. A veces tenía que dejarlos a la luz, sino, explotaría. Yo lo haría.

—Lo siento, pero él te quiere, Alex. Eres su sobrino preferido. — Le dije dándole ánimos. Él hizo un intento de sonrisa. —Recuerda esos momentos y verás que sí.

—Eres tan... tan tierna, Hanna. Me gustaría ser tan positivo como tú. Pero creo que fui diseñado para alimentar lo negativo.

—Te quiero, Alex.

—Y yo a ti. — Respondió.

Y luego pensé. Veamos, si Alex pudiese regresar a la vida, yo sería la persona más feliz de este mundo. Pero ¿Cómo lograría eso? ¿Cómo regresaría a Alex? ¿Haciendo un ritual satánico?, No, eso en definitiva no. Alex estaba bajo tierra, su cuerpo estaba deshaciéndose, pero su espíritu seguía aquí, ¿cierto?, tuve que poner toda mi creencia en esto, yo no era muy creyente en realidad, pero justo ahora estaba pensando en la reencarnación. ¿Él podría hacer eso? ¿Podría reencarnar? ¿Volver a vivir?, de todos modos, aunque lo hiciera, él no recordaría absolutamente nada. Había visto un programa en History y las personas entrevistadas aseguraban ser reencarnados, pero por supuesto, yo lo dudaba, aunque dentro de mí estaba floreciendo una esperanza mínima, antes yo no creía en los fantasmas, ¿Y ahora?, estaba caminando a un lado de él.

Y estaba profundamente enamorada. Por más loco que sonará.

— ¿Crees en la reencarnación, Alex? — Pregunte mientras me encogía. El viento soplo con más fuerza.

—Hanna... — Él me advirtió. Sabía perfectamente porque había preguntado aquello.

—Solo responde. ¿Crees en la reencarnación? — Volví a preguntar con los labios temblándome. Ahora me arrepentía de no traer dos suéteres puestos. Mis manos comenzaban a helarse. Él miro hacia el nublado y oscuro cielo y lo pensó por unos segundos.

El viento sopló más fuerte, revolviendo nuestros fríos cabellos. Él me miro con expectación.

—No, no creo en la reencarnación, Hanna. — Dijo finalmente. En un par de segundos, la decepción se apodero de mí.

Un par de minutos después estábamos enfrente del hospital de la ciudad. Era un edificio enorme, tenía alrededor de veinte pisos, era grande y como la mayoría de los hospitales, era blanco. Las ventanas eran muy grandes, casi de un metro o más, algunas ventanas de los pisos bajos estaban abiertas, no lo suficiente para ver el interior de ellas, nunca había entrado a las habitaciones del último piso. A mí no me aterraban, de hecho, había dado un servicio comunitario en un hospital cuando vivía en la antigua ciudad, mi madre decía que era bueno ayudar a los demás, pero después del repentino cambio de hogar, lo abandoné. Recuerdo que tenía trece años, y me gustaba platicar con los niños con cáncer, eso realmente alegraba mi día, y algunas veces lo entristecía. Solo tenía acceso a esa área, ya que no tenía la suficiente edad para estar en otras aéreas más "traumáticas" decía mi madre. Pero, siendo sincera, los hospitales me daban miedo cuando era de noche. Y no sabía el porqué.

—Está bajo arresto. — Le informe. —Eric levanto una demanda por intento de asesinato. Supongo que debe de haber policías afuera de su habitación. ¿Cómo haremos para hablar con ella?

—Descuida, ya pensaremos en algo. — Él dio un paso y comenzamos a caminar por la entrada del hospital. Las puertas estaban abiertas y había un guardia afuera, su camisa azul combinaba con los pantalones que llevaba. Él traía una especie de cinturón atado en su cadera, este llevaba unas bolsitas de cuero, donde guardaba un arma y una especie de bate negro.

Él me sonrió cuando entre. Alex puso los ojos en blanco. El calor dentro del edificio hizo que mi

cuerpo sintiera una holeada fría haciéndome estremecer. El repentino cambio de clima hizo que mi piel se erizara. Las personas estaban sentadas en los respectivos asientos de la entrada. No me quise preguntar por qué estaban ahí. Algunas estaban de pie, tomando un café o simplemente estaban parados meciéndose ellos mismos, algunos tenían los ojos cerrados.

Un momento después subimos al elevador. Alex me miró.

— ¿Piso? — Pregunto.

—Piso once. — Le informe. Y antes de que subieran más personas, Alex presiono uno de los botones. El elevador comenzó a ascender. Una música de fondo comenzó a sonar, era una canción lenta, sin letra, era solo una melodía inquietante. Me recargué en una de las tres paredes del elevador. Mi cuerpo se sentía cansado y frio. Alex tenía su mirada en un punto fijo, apenas se movía.

¿Qué le diría a Sarah? ¿Qué me diría ella?

Un par de segundo después las puertas se abrieron. Una recepcionista de cabello rubio, estaba tecleando un par de botones de la computadora mientras un hombre le dictaba algunas cosas. Ella le dijo algo y el hombre le sonrió agradecido.

La recepcionista era muy guapa, tenía un encantador color de ojos, eran de un verde claro, casi profundos, tenía una nariz tan pequeña que dudaba si estaba respirando correctamente. El brillo labial se estaba quedando opaco debido al continuo uso, y sus gruesas pestañas se movían con inquietud. Su piel era blanca, no demasiado, en realidad. Ella siguió tecleando pareciendo desinteresada por lo demás.

Me acerque a ella con cautela, mis pasos fueron torpes, pero después me acostumbre al resbaloso piso e hice todo lo posible para caminar con naturalidad.

Me aclare la garganta cuando llegué hasta ahí.

—Hola, vengo a ver a mi hermana. — Mentí. Ella tenía la mirada fija en la computadora y me



ignoraba por completo. — ¿Puedo entrar a verla? — Dije.

—Las visitas empiezan a las dos y terminan a las tres. — Me informo mientras apretaba con fuerza los botones del teclado.

—Es muy importante. — Replique pareciendo desesperada. Ella me miro y pude ver como sus ojos verdes me aniquilaban. Hizo una mueca de desagrado.

—Lo siento. No puedes entrar.

— ¡Pero es mi hermana! ¡Necesito verla! — Ella puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—Lo siento, ya te dije el horario de las visitas, puedes regresar mañana. — Se pasó la lengua por los labios y sentí como mi sangre comenzaba a hervir. Ella me levanto una ceja desafiante y después volvió su mirada a la computadora.

¿Qué paso con el hombre que dejo entrar hace unos momentos?

—Disculpa... — Ella volvió a levantar la vista. — ¿Cuál es tu nombre? — Pregunte.

Ella dudo y después sus labios se entreabrieron.

—Valeria. — Dijo entre dientes. La miré furiosa.

—Disculpa Valeria, no sé si he visto mal, pero has dejado entrar a un tipo hace unos segundos, y a mí no. — Dije desafiante. — ¿Acaso se tiene favoritismo? ¿O algo así? — Mis ojos se entrecerraron un par de segundos.

—Mira, creo que ya te lo dije, pero por si no lo escuchaste, las visitas comienzan a las dos y terminan a las tres.

—Lo escuche.

—Entonces ven mañana.

—Como sea. — La miré mal y amabas nos fulminamos con la mirada.

¡Arg! ¿Y ahora qué? ¿Cómo hablaría con Sarah?

—Ven. — Me dijo Alex mientras caminaba hasta los asientos de espera. Lo seguí y me deje caer con torpeza. Mis mejillas ardían, ¿Esta tipa quién se creía? ¿La dueña del hospital? ¡Por favor! ¡Hasta acá olía su perfume barato!

—Esa tipa no va a dejar entrarnos, Alex. — Le dije en un murmullo. Mi voz había salido ronca.

—Hagamos algo, yo la distraigo y tú entras, ¿De acuerdo?— Dijo mirando hacia ambos lados.

— ¿Qué? — Pregunte sin entender. ¿Cómo que él la iba a distraer? ¿A qué se refería?

—Yo la distraeré. — Repitió.

— ¿Cómo harás eso?

—Hablaré con ella. — Dijo en un murmullo. Mis ojos se abrieron.

— ¿Piensas hablar con... ella? ¿Aparecerte?

—Sí. — Dijo. Entrecerré los ojos sin poder evitar sentir celos. Esa tipa coqueteo con el hombre anterior, no me sorprendería que coqueteara con Alex. Rodee los ojos.

—Bueno.

Un segundo después, Alex comenzó a caminar hacia la rubia recepcionista y esta le sonrió casi de inmediato. Sentí una cólera terrible. No por el hecho de que Alex estaba hablando con ella, sino que tenía razón, ella les tenía preferencia a los hombres. Alex le dijo algo y ella comenzó a escribir en su libreta. Yo esperaba que Alex le estuviera dando su número de teléfono, Y, ¡PUM! Él no tenía ningún número de teléfono. Me gustaría ver la cara de la tipa cuando se diera cuenta de que el número no existía. Lo que más me sorprendió fue que ¡Alex estaba hablando con una persona! Y esta ni siquiera se había dado cuenta de que era un fantasma, ¿Cómo había hecho eso? ¿Cómo había logrado el aspecto de un humano?

Alex regresó la mirada hasta donde estaba yo y me hizo señas de que entrara. Le agradecí con la mirada y con paso lento y disimulado, comencé a caminar hasta el pasillo por donde estaban las habitaciones. Escuche como la recepcionista se reía en voz baja, casi chillona. Me pregunté cuál chiste malo le había contado Alex.

No pude evitarlo, sentí celos.

Le di una mirada rápida a la recepcionista y ella miraba atentamente a Alex con una sonrisa inquieta y divertida. Maldije por lo bajo, y después, corrí por el pasillo.

Recordé que Eric me había dicho que la habitación de Sarah era la número cuarenta y cinco, comencé a ver el número de las puertas conforme avanzaba por el pasillo.

Once, doce, trece, catorce.

Corrí más rápido.

Treinta, treinta y uno, treinta y dos.

Apresuré mi paso. A lo lejos pude ver a un hombre afuera de una habitación, por su uniforme y la placa que llevaba, supe que era un policía. Era alto y flaco, tenía las mejillas rojas, supuse que

era por el frío que estaba haciendo.

¿Ahora como me desharía de él?

Camine más lento, reduciendo la velocidad de mis pesados pasos. Algo se me tenía que ocurrir.  
¡Listo! ¡Lo tengo!

—Hola. — Saludé con una media sonrisa.

—No puedes entrar aquí. — Me dijo raídamente, su mirada estaba al frente.

Me aclaré la garganta e hice un esfuerzo por sonreír.

—En realidad yo venía por que la recepcionista me mando. — Señale con picardía. Estaba segura de que ella había coqueteado con el oficial. Él me miro con una pisca de curiosidad.

— ¿La recepcionista? ¿Te refieres a la misma recepcionista rubia de allá? — Pregunto con los ojos bien abiertos. Asentí.

—Esa misma. — Confirme levantando las cejas. Él se acomodo los pantalones.

— ¿Qué es lo que necesita?

—Bueno, creo que necesitaba a alguien que le ayudara a traer los medicamentos de la bodega, y me mando para saber si usted podía ayudarla...

—Claro que sí. — Dijo con voz gruesa mientras me interrumpía.

—Lo está esperando.

Él se movió, y comenzó a caminar, pero después regresó.

¡NO!

—Lo siento, no puedo, debo quedarme aquí. Discúlpame con ella, por favor.

—Oh, bueno, por eso me mando ella, soy su amiga, yo puedo montar guardia. — Le dije.

El me sonrió y abrió los ojos tanto como pudo.

— ¿De verdad?

—Sí. — Confirme con una sonrisa falsa. Las mejillas comenzaban a dolerme.

— ¡Gracias! — Dijo sonriendo de lado a lado mientras caminaba por el pasillo. Suspire con fuerza. Uf, me libre del policía.

Mi cuerpo volvió a relajarse. Una vez que el oficial estaba lo bastante lejos, giré la perilla de la habitación y entre. Mi cuerpo se tensó. Puedo jurar que sentí miedo, si Sarah había intentado matarme una vez, ¿Por qué no lo haría ahora?, sobre todo cuando ambas íbamos a estar en la misma habitación. Mire en el interior de la blanca habitación. En el aire se percibía un aroma a medicinas. Sarah estaba sentada en su camilla con una mueca de desagrado, miraba hacia la ventana, su mirada era fija y penetrante, y su cabello estaba tan desordenado que parecía un nido de pájaros. Cerré la puerta detrás de mí con un silencio tenso e inquieto. No comencé a caminar sin antes ponerle seguro.

Tenía poco tiempo. Sarah dio un brinco cuando la puerta se cerró. Ella desvió su mirada hasta la puerta de la habitación.

— ¿Hanna? — Ella abrió sus ojos cuando me vio entrar, su ceño se frunció. — ¿Qué haces aquí?

=====

## Capítulo 75.

—Vengo a que me cuentes toda la verdad. — Dije con dureza.

Y como si le hubiera contado un chiste, ella se río.

— ¿Qué esperas que te diga? — Me dijo levantando una ceja. Su cuerpo estaba metido en una bata azul. ¿Tenía golpes en el cuerpo?

—Quiero saber si tú mataste a Alex. — Le dije todavía más firme. Ella negó sonriendo.

Maldición, como desearía quitarle esa sonrisa tonta que tenía. Me frustraba.

—No, no fui yo, si es lo que quieres saber. — Dijo insuficiente. Se veía tan loca. Parecía ser otra Sarah.

— ¿Por qué intentaste matarme? — Le pregunte mientras me acercaba a ella. Sarah se removió incomoda en su camilla, y luego me di cuenta porqué. Tenía atada una esposa en su muñeca derecha, mientras que la otra estaba en un tubo de la camilla.

Suspire aliviada. Al menos no intentaría atacarme aquí.

—No intente matarte, casi te mato. — Reafirmo mirándome con rabia. —Si no fuera por el estúpido de Eric, estarías en una caja con cientos de flores.

— ¿Por qué lo hiciste? — Dije con voz clara y fuerte. Ella sonrió.

—Porque sí. — Dijo sin más.

Esto comenzaba a cansarme. Tuve que controlar a mis emociones. No quería actuar de manera tonta.

—Tienes una demanda. Van a meterte a la cárcel. — Le informe.

Ella levanto los hombros desinteresadamente. Me miro con cinismo mientras seguía sonriendo.

—Soy menor de edad. — Dijo burlándose de mí. Mis nudillos se apretaron.

—En tres meses vas a ser mayor de edad, y te llevaran al reclusorio, estarás con las asesinas en una cárcel mayor. — Respondí mirándola.

Ella se trago el nudo que tenía en la garganta y después sus labios se entreabrieron.

—No me importa.

—Seguro. — Dije.

—Vete. — Me señalo con furia.

—No. No sin que me digas por qué lo hiciste.

Ella negó.

—Nunca te lo diré.

— ¿Me odias, acaso? ¡Dime porque lo hiciste! — Recalque poniéndome furiosa. Bastante tenía con la recepcionista.

—No te lo diré. — Repitió secamente. Y como si yo no estuviera ahí, comenzó a tararear alguna canción que no existía.

Tenía que controlarme, ser más inteligente que ella. Sarah me diría algo, tenía que hacerlo. Su conciencia no la dejaría en paz.

—Hagamos algo. — Dije entre sus tarareos. —Mi... Eric. — Me corregí antes de decirlo.

—Retirara la demanda solo si tú me ayudas con esto.

Ella siguió cantando.

— ¿Prefieres quedarte en una cárcel que hablar ahora? ¿Te amenazaron, Sarah? ¿Alguien te pagó para matarme?, dímelo por favor. — Suplique mientras la voz se me volvía aguda.

—Vete, Hanna. — Susurro mientras miraba por la ventana.

—Puedo ayudarte, Sarah, le diré a Eric que retire la demanda y tú serás la misma chica de antes, sin antecedentes penales, ¿De verdad quieres vivir en una cárcel por seis o diez años? ¿Piensas arruinar tu vida? — Intente razonar con ella. Pero todo lo que le dijera solo hacía que se negara más y más.

La sonrisa se desvaneció de su rostro pálido. Sabía que yo tenía razón, pero de todos modos, no me lo contaría, no así tan fácil. Aclare mi garganta ronca.



—Bien. Si eso es lo que quieres, puedes quedarte con el remordimiento. Adiós, Sarah. — Me despedí y me giré para comenzar a caminar hasta la puerta.

Un paso, luego dos... «Detenme Sarah» Rogué en mi mente mientras apretaba los ojos. Tres pasos cortos, cuatro... Estaba aproximándome a la puerta y ella no me había detenido. Cinco, seis... « ¿Qué estas esperando?» Y luego llegué a la puerta, hice un tiempo dramático y Sarah no se había dignado a detenerme. ¿De verdad prefería la cárcel? Giré la perilla.

—Oye. — Al fin escuche su voz. Mi cuerpo sintió un alivio terrible. Cerré la puerta de nuevo y me giré. Sus ojos me miraron con hipocresía. —Eres una estúpida, Hanna Reeve. — Me dijo con su mirada desafiante, sus dientes blancos estaban a la vista. Quise romperle todos los dientes. Arruinar esa sonrisa tonta que tenía en estos momentos. Quería arrancarle todos y cada uno de sus cabellos naranjas. Pero me contuve.

Mis dientes se apretaron. Y luego, hice lo mejor que pude hacer en toda mi vida, relajarme. Recordé las palabras de Alex.

Inhala y exhala, inhala y exhala. Mi pecho subió y bajo.

—Por lo menos no soy tan estúpida para intentar matar a alguien y ser descubierta. — Ahora fui yo la que sonreí. Mis comisuras se elevaron con cinismo. Sus mejillas se tornaron de un color carmesí. Trague saliva y proseguí. —Y tampoco soy tan estúpida como para pasar el resto de mi adolescencia en la cárcel. — Me burlé sin reírme. Toda la concentración estaba en mi sonrisa.

Se sentía demasiado bien estar de este lado. Ser la que estaba sonriendo. Su sonrisa desapareció y me alegre tanto, que sonreí todavía más.

Estaba saboreando este momento.

—Que disfrutes los pocos minutos de libertad. — Dije sonriéndole todavía más. Ella me miro con furia.

—Voy a matarte. — Replico. —Mi padre es policía, va a sacarme de esta. Y te juro que voy a

matarte, Hanna.

—Sí lo que digas, Sarah. — Intente coincidir con ella. Sabía que eso le haría poner furiosa. Y a si fue. Sus músculos se tensaron. Le di una mirada rápida y la mire a los ojos. Ella estaba simplemente furiosa. Sus ojos formaban fuego. —Adiós.

— ¿Eres tonta? — Me dijo. —Bien, bien. — Dijo poniendo una de sus manos al aire en forma de rendición. —Una persona me pagó por matarte. — Su cinismo era evidente, ella no se dejaría, estaba segura que me atacaría en cualquier momento. Sus ojos me miraron por debajo de sus pestañas delgadas.

— ¿Quién? — Pregunte con voz silenciosa. Ella se rió con ganas.

— ¿De verdad no te has dado cuenta? — Me dijo con una media sonrisa. Una sonrisa siniestra. Su risa hizo eco en toda la habitación, y por un momento, jure que alguien mas estaba aquí.

Mis piernas temblaron.

—No.

Ella movió su cabello esponjoso. Se lamió los labios y me miro.

—Bueno, te diré una cosa, está muy, muy cerca de ti. — El sonido de la esposa con el fierro de la cama hizo eco en mis oídos, ¿de qué estaba hablando?

—Dime de una vez quién es. — Ella se rió por enésima vez. Parecía una desquiciada. Peor que una loca. Incluso sus ojos estaban desorbitados.

— ¿Qué me vas a dar a cambio? — Pidió alzando una ceja. Su rostro se veía demacrado sin una pizca de maquillaje.

—Le diré a Eric que retire la demanda contra ti. — Le dije.

Ella miro hacia el techo y puso su dedo libre en sus labios, haciendo un ritmo mientras los golpeaba con su dedo índice. Fingió estarlo pensando y después regreso su mirada hacia a mí.

—Dime Sarah, por favor. — Ella sonrió y por lo que pareció ser un siglo, ella entreabrió sus húmedos labios y nuevamente se los relamió. Sus comisuras se elevaron y sus dientes blancos se asomaron por sus labios rosas, ella sonrió como si lo supiera todo y después se reanimo ella misma.

— ¡Tu madre, Hanna! ¿Quién más? — Sarah dijo encogiéndose de hombros. Su voz sonaba tan desinteresada que creí que estaba mintiendo. Mi cuerpo se tenso.

—Estás mintiendo. — Susurre en estado de shock.

Ella negó.

—Ella mató a Cara. — Me dijo poniendo un rostro serio. Hizo una mueca y cambio su mirada hacia la derecha. Luego regreso sus ojos hasta mí. —Cara sabía demasiado, y la quitamos del camino. Así fue. Lo mismo paso con Tom, solo que a él le dimos una probada, tu madre contrato a unos mafiosos para atacarlo. — Señalo con emoción en su voz.

Yo lo sospechaba, pero ahora... No, no lo creía. Mi madre no podía ser esa persona que Sarah señalaba. Mi madre no sería capaz de tal cosa.

—No me crees, ¿verdad?, bien... — Ella hizo una pausa y me miro divertida. —Emma puso esa carta amenazante en tu habitación, tú dime, ¿Quién más podía tener acceso a tu habitación? — Dijo pareciendo obvia. Mi cuerpo se congelo. No, ella no. Me negara rotundamente a creerlo. —Y, Cara, ¿Ella te dijo que dejaras esto por la paz? ¿Te dijo que dejarás de buscar al asesino?, bien, tu madre la amenazo... Y después la mato, dulce Hanna. Ella es la mala de la historia.

Mis pies se habían quedado pegados al piso. Mi respiración se había detenido momentáneamente.

Negué todavía sin creerlo.

—Estas mintiendo. — Respondí con voz apagada. Todo comenzaba a dar vueltas. Mis piernas perdían fuerza. Ni siquiera sabía que decir, mi lengua se había quedado pegada en mi boca.

Sarah bufó.

— ¿Qué otra prueba necesitas?, Hanna eres la chica más estúpida que conozco. — Se rió fuerte.  
— ¿Acaso Rossie no te contó de lo sucedido?, yo estuve ahí Hanna. Golpee a su esposo con un bate, ¡Yo lo hice! — Grito con ganas. — Tu madre golpeo a Rossie, uf, y esos arañazos, ¿Los viste? ¡Ella los hizo, tontita!

—Mientes, estas tratando de molestarme. — Mi voz salió cortada. Tenía un inmenso nudo en la garganta que no podía tragarme. Ella hizo un ademán con su mano libre y suspiro.

—Piensa lo que quieras, te he dicho toda y nada más que la verdad.

—Eres una... — Mis ojos se escocieron. Sentí un ardor terrible.

— ¿Una qué? — Sarah levanto su pecho con autoridad. Mi corazón se detuvo por unos segundos.

—Una... — Vamos, tenía que decírselo. Por todo lo malo que hizo, tenía que decir esas palabras. Tome una bocanada de oxígeno. — ¡Una hija de puta! — Me sentí libre. Sentí un alivio increíble en mi mente y en mi cuerpo.

—Cúdate, Hanna. — Murmuro sonriendo. —Estaré libre y tú, tú estarás bajo tierra. Igual que Alex.

No aguantaba la sonrisa cínica que había en su rostro, camine con paso rápido hasta su camilla y

cuando estuve lo bastante cerca, me pare en la parte lateral de la camilla blanca. Ella me miró indignada.

— ¿Quién mató a Alex? — Pregunte con un nudo en la garganta.

Ella sonrió.

—Tu madre. — Respondió.

No me pude controlar, mi brazo voló por los aires y un segundo después, la palma de mi mano derecha estaba chocando contra la pecosa mejilla de Sarah. El sonido fue sordo y adormecedor, el cabello de Sarah se movió con el duro golpe. Ella levanto la mirada mirándome con el ceño fruncido. Su mejilla estaba roja.

—Eso fue por Cara y Tom. — Dije mientras gritaba en un susurro audible. Mi voz temblaba. Luego, mi brazo volvió a levantarse y se estrello contra la otra mejilla de Sarah, fue el mismo sonido, era escalofriante. Pero sentía tanta satisfactoria que apenas podía detenerme a pensar en lo que estaba haciendo. Su rostro se ladeo al lado contrario. La otra mejilla se puso roja como un tomate.

Mi palma ardía como el infierno, pero lo ignore. Sentía mis orejas calientes, como si me las hubieran encendido y el fuego no pudiese apagarse nunca.

—Esto es por George y Rossie.

La tome de los cabellos naranjas y la obligue a levantar la mirada. Ella seguía con esa sonrisa que tanto me hacia enfurecer. Apreté mis puños y la mire directo, con el corazón palpitándome incontrolablemente. Había perdido todo el control que me quedaba.

—Eres patética, Hanna.

Mis nudillos se volvieron blancos de tanto apretar. Me era imposible formular una oración, parecía

que mi voz se había perdido en alguna parte que desconocía. Me había quedado muda. Sus mejillas estaban tan rojas que me estremecí. Me arme de valor y con toda la fuerza del mundo, separe mis labios temblorosos.

—Y esto... — Levante mi mano libre y un puño se puso en frente de su rostro. Ella gimió cuando le jale el cabello con mi otra mano. —Esto es por Alex. — Escupí con furia. Mi puño choco contra su delgada nariz.

Sentí una satisfacción terrible como el infierno cuando el rostro sonriente de Sarah desapareció y una mueca de dolor la sustituyo. La sangre se corrió por sus narices hasta su bata azul. Mi agarre de su cabello se soltó, y mis nudillos sintieron un ardor escalofriante.

— ¡Mi nariz! — Balbuceo entre la sangre.

Di la vuelta y con paso lento y escuchando los gemidos de dolor de Sarah, detrás de mí, salí triunfante.

Alex estaba afuera. Sus ojos me miraron y con el ceño fruncido se acerco a mí.

— ¿Estás bien? — Pregunto.

Mi corazón sintió una presión terrible.

—Fue ella. — Sisee, pero mi voz se quebró y sin poder evitarlo, comencé a llorar. Alex me jaló con suavidad y sus brazos envolvieron a mi cuerpo frágil y cansado. Mi cabeza cayó en su hombro y las lágrimas cayeron como una tormenta. —Voy a arruinarte el suéter. — Masculle en su hombro. La voz salió aguda y entre cortada. La presión en mi corazón se hacía cada vez más fuerte.

Oh dios, mi madre. Sarah tenía razón, yo era la chica más estúpida del planeta. ¿Cómo no me di cuenta?

—Shh. — Dijo Alex acunándome en sus brazos. Me sentía traicionada, quería golpear a todo el mundo, pero estar en los brazos de Alex me tranquilizaban. Me hacían entrar en razón. Apreté mis nudillos y gemí en voz baja cuando sentí una punzada de dolor. Mis palmas ardían.

Lloré más fuerte.

=====

Capítulo 76.

— ¿Ya estás mejor? — Me pregunto Alex mientras me tendría un pañuelo que había robado de la recepción.

Nos habíamos tomado unos minutos sentados en una banca de enfrente del hospital. Las lágrimas habían cesado. Pero mi cabeza seguía dando vueltas.

—Sí, mejor vámonos. Mi madre... — Me reí con voz agria mientras decía eso. —Ella se dará cuenta. — Susurre en voz baja.

— ¿Vas a decirle? — Me dijo tomando mi mano. Mi cuerpo sintió una descarga eléctrica.

Negué.

—No, quiero saber por qué lo hizo.

—Apoyo cualquier cosa que tú digas. — Me apretó la mano con suavidad. Se sentía tan bien tener nuestros dedos enlazados. El viento soplaba con fuerza.

Levante mi mirada y me encontré con sus ojos café oscuro. Se veían asombrados, expectantes.

—Le rompí la nariz a Sarah. — Dije preocupada. Él hizo una media sonrisa.

—Lo sé. Esa es mi chica. — Me sonrió.

—Ahora sabemos la verdad. — Susurre. Mi garganta dolía.

—Sí. — Dijo él.

— ¿Te vas a ir? — Pregunte con voz aguda. Si él respondía con un asentimiento, mi mundo acabaría ahora. Alex era lo único que me quedaba.

—No. Yo... Yo no quiero irme, siento que debo estar aquí. — Murmuro en voz baja. Asentí comprendiendo.

Veinte minutos después y con diez minutos para las cinco, estábamos dando vuelta por la calle en donde vivía. Había algo diferente, pero, ¿Qué?

Observe con atención. Las casas estaban como antes, todo se mantenía en su estado normal. A lo lejos pude visualizar a un camión de mudanza.

¡Sí eso era! Pero, ¿Quién se estaba mudando?

—Hanna... — Balbuceo Alex.

Mi corazón dio un vuelco. Empecé a caminar con rapidez y conforme iba avanzando el camión se iba haciendo más y más grande.

—Maldición. — Susurre solo para mí. Cuando me acerque lo suficiente y pude verlo de cerca,



observe que el camión estaba afuera de nuestra casa.

No. No. No.

Camine más rápido. Mis piernas no habían dejado de temblar. Había decidido no decirle absolutamente nada a mi madre y ver cuál era su actitud mientras estaba conmigo. Había planeado ser buena con ella, ganarme su confianza y saber que había pasado años antes para que ella matara a Alex.

¿Una venganza, tal vez? O, ¿Por gusto solamente?

—Disculpen, ¿Por qué se están llevando nuestras cosas? — Dije cuando estaba afuera de la casa. Unos hombres estaban cargando mi computadora. Mi respiración se esfumo, ¡La fotografía de Eric! ¡El cuaderno! ¡Oh Dios! ¡Los condones que estaban debajo de mi cama! ¡Santa mierda!

—Es una mudanza. — Dijo uno de ellos. —Nos pagan por esto. — Dijo obvio mientras aventaba mi computadora en el camión. Hice una mueca de horror. Mi ceño se frunció, ¿Cómo? ¿Íbamos a mudarnos? ¿Ahora? ¿Por qué? ¿Por eso había puesto mis exámenes para hoy? ¿Para distraerme y poder empacar todo?

Me asome y pude sentir mis músculos relajarse. Los colchones aun no estaban dentro del camión, lo cual significaba que mi colchón seguía en mi habitación. Corrí hasta adentro y me sorprendí cuando entre.

Todo estaba vacío. No había ni un mueble. Ni uno solo. A excepción de la cocina integral.

Me estremecí. Corrí por las escaleras y subí a mi habitación, la puerta de la habitación de mi madre estaba abierta, pero no había absolutamente nadie adentro. Entre a mi ya casi vacía habitación.

Cerré la puerta y corrí hasta mi colchón.

— ¿Te ayudo? — Dijo Alex a un lado de mí. Di un brinco. No me había percatado de que él estaba aquí adentro. Creí que se había quedado abajo.

—No. — Dije nerviosa. No quería que Alex leyera el contenido de mi cuaderno. Me daría vergüenza si Alex leyera un párrafo de aquel cuaderno, sobre todo en la parte en donde hablaba de él y de su encantadora forma de ser.

— ¿Qué hay debajo? — Pregunto. De todos modos él me ayudo a levantar el colchón. Era lo único que había en mi habitación. No había nada más.

Me rasque la nunca mientras sacaba el cuaderno y lo metía debajo de mi blusa. Alex no podía ver, porque su cabeza estaba arriba del colchón y sus brazos estaban sosteniendo el colchón mientras que mi cabeza estaba en medio de la base y de este. Lo demás lo podía ver, pero esto no se lo mostraría nunca. Mis mejillas se pusieron calientes.

—La fotografía de Eric. — Murmure debajo del colchón. Tome la fotografía y me quede mirando la tira de condones. ¿Me los llevaba o no?

Dude.

—Llévatelos. — Dijo Alex como si leyera mis pensamientos. No pude evitar sonrojarme por enésima vez.

—Bien. — Dije por lo bajo. Levante mi mirada y sus profundos ojos café me miraban. —Toma. — Le ofrecí la tira. Él negó con una media sonrisa.

—Son tuyos. — Dijo sin despegar su mirada.

—Yo te los obsequio. — Estire aun más la mano. Él sonrió con profundidad. Soltó el colchón y volvió a negar.

—Quédatelos, te servirán. — Contesto.

Me rasque la nuca, de nuevo.

—Alex... — Dude en decirle. Tal vez no era un buen momento. —Yo-o... — Tartamudee. —Me pregunte si tú podías... Si tú podías, ya sabes. — Me costaba decirlo.

«Relaciones. Sexuales. Hanna. Solo. Dilo. Ahora. »

Me pase el antebrazo por la frente. Creí que estaba sudando, pero no era así.

— ¿Tú puedes...?

—Sí. — Me interrumpió sonriendo de oreja a oreja. Me sonroje. Eso sonaba tan bien.

Realmente bien.

Nos miramos por unos segundos, y pude ver a través de él. Sus brillantes ojos me penetraron casi de inmediato. Me estremecí en mi interior.

Alex suspiro. Y luego se alejó de mí. Y supe el por qué, un ruido había provenido de la planta baja.

Me aclare la garganta por enésima vez y doble la fotografía para ponerla en mi bolsillo trasero. Al igual que la tira de condones, la doble y la puse en mi otro bolsillo, y después baje con Alex detrás de mí.

No había nadie abajo, más que los trabajadores del camión. Mire a Alex y él me miro confuso. El cuaderno se movió debajo de mi blusa y me obligue a hablar para ocultar el sonido.

— ¡¿Mamá?! — Grite. El sonido hizo eco en la habitación. Ella bajo por las escaleras con una

mirada inquieta. Un momento, ¿Ella estaba arriba? ¿Dónde?, ni siquiera la vi, ni la escuche. — ¿Qué está pasando? — Pregunte mirándola desde abajo.

—Nos vamos. — Dijo desde uno de los escalones. Su voz era audible desde cualquier parte de la casa.

— ¿Qué? ¿De qué hablas? ¿Cómo que nos vamos? — Dije estupefacta.

Ella me miro con brusquedad. Me miro de arriba abajo y por extraño que parezca, me sentí vulnerable. Verla me daba rabia. Todo apuntaba a ella y yo ya no podía dudarlo.

Era ella.

— ¿Estabas llorando?

—No. — Respondí con rapidez. No quería un interrogatorio ahora. Y menos si provenía de su voz.

— ¿Qué te paso?, tienes los nudillos rojos. ¿Te peleaste de nuevo? — Pregunto abriendo sus ojos como plato.

Quise golpearla. Pero solo negué.

—No, mamá. — Respondí con dureza. — ¿Por qué nos vamos? — Pregunte frunciendo en entrecejo.

—He comprado una nueva casa, quería darte la sorpresa. Por eso programe tus exámenes para hoy. — Ella comenzó a bajar los últimos escalones. Sus tacones zumbaban en mis oídos agudos.

— ¿Casa nueva? Mamá, ¿De qué hablas? — Intente sonar casual. Quería mantener todo el

control dentro de mí, debía tener su confianza, quería que las palabras salieran por su propia boca.

—Vendí esta casa, compré una nueva en Canadá. ¿Qué te parece?, podrás estudiar allá, ya arregle todo.

Mi mandíbula cayó.

— ¡¿Qué?! ¡¿Canadá?! — Grite.

Ella bajo el último escalón y se acerco a mí con una sonrisa.

—Sí, es un lugar muy frío, te lo advierto, pero esta hermoso, haremos una nueva vida allá.

—No. — Rechacé de inmediato.

— ¿No qué? — Pregunto.

—No quiero irme. Quiero quedarme aquí. — Masculle mientras señalaba el piso de la casa.

Ella puso su cabello detrás de su espalda.

—No, cariño. Debemos irnos. — Replico con voz dulce.

—Mamá aquí está hecha mi vida, no quiero irme, ¡Quiero quedarme! — Dije levantando la voz.

—Hanna, tu vida aquí ya está hecha, mira, Cara ya no está... — Dijo. Cuando menciono a Cara bajo la mirada. Quise arrancarle el cabello, pero me contuve. —Y tú..., tú debes seguir con tu vida.

—Mamá, Cara murió hace un día. ¿Esperas que lo supere así? — Dije sin poder creerlo.

—No, estoy diciendo que puedes olvidarte de todo esto. — Dijo con voz ahogada. —Podemos empezar de nuevo.

Mi mente busco en mis archivos y supe cual era el indicado. Eric. Ella estaba intentando huir de Eric. ¿De quién más, si no? Bueno, aparte de que estaba implicada en la muerte de Alex. Me contuve para no gritarle sobre la verdad de Eric.

«Confianza, Hanna, tienes que ganar su confianza. »

—Mamá yo... — La voz me falló. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué era ese dolor en el estomago?

Me apreté con fuerza. Era horrible. Sentía como si me estuvieran abriendo el estomago sin anestesia.

Dolía como el infierno. Chille en voz baja. Alex corrió hasta a mí sin tocarme. Sabíamos lo peligroso que era si Alex se mostraba ahora.

La habitación dio vueltas y un segundo después, mi cuerpo se volvió débil y cansado, pude ver como la vacía habitación se disolvía como arena. Era sumamente difícil mantenerme en pie, todo me dolía. Un fuerte y punzante dolor en la cabeza me hizo gritar. Un segundo después, mi cuerpo cayó al piso haciendo un estruendoso sonido por toda la habitación.

Todo se volvió oscuro y silencioso.

=====

Capitulo 77.

Mi cabeza dolió cuando mis ojos pestañearon. Los recuerdos llegaron como flashes a mi mente. Recordé a la recepcionista del hospital, a Sarah y su cabello zanahoria, sus palabras furiosas, a los trabajadores de la mudanza, la enésima discusión con mi madre y después... Mi desmayo. Eso realmente me alarmo, yo apenas y había sufrido mareos, pero desmayos no. Aunque, estaba completamente porque eran aquellos mareos y el retortijón en el estomago, al igual que el vomito de hace un par de días. Yo apenas y había cerrado los ojos, mis horas de sueño se habían vuelto casi prohibidas. Los lamentables hechos causaban una nostalgia terrible, ni siquiera había comido los tres platillos del día, ni siquiera había tenido una comida como era debida. Así que por eso era. Todo a causa de mi inconsciencia, tenía que comprender que yo seguía siendo humana y que necesitaba comer y dormir.

Las paredes eran de un color café oscuro, mis ojos se apretaron con pesadez, en la parte superior de las paredes había una línea horizontal, tenían una combinación extraña con el color vino, había una enorme ventana enfrente de la cama, era tan grande que ocupaba la mayoría de la pared. Una cortina blanca y gruesa de estilo victoriano cubre la ventana, haciendo que los rayos del sol no penetren a la habitación.

Me muevo un poco. Una silla rechina casi en mis oídos, es un sonido chirriante que me hace apretar los dientes. Mi boca esta tan seca que apenas puedo despegar mi lengua. Estoy acostada en una cama suave, con sabanas blancas, siento como el sudor de mi cuerpo se pega en mis ropas.

— ¿Alex? — Es lo primero que sale de mis labios en un murmullo suave.

— ¿Alex? — Pregunta una voz femenina. Mis músculos se tensan, esa voz es tan reconocible que me dan ganas de silenciarla. — Soy tu madre. — Dice ella. — ¿Quién es Alex?

— Mi amigo. — En realidad, madre, mi novio. Bueno, él todavía no me lo ha pedido... Supongo que eran por las circunstancias.

Ella resopla.

Me tallo los ojos, ya que todo parece haberse distorsionado y borroso. Mis dedos se restriegan por mis ojos rojos e hinchados, una vez que termino, abro los ojos de nuevo.

No estoy en mi habitación, busco a Alex con la mirada, pero él no está. La habitación es grande y espaciosa, hay algunas cajas de cartón cerradas alrededor de la habitación, el aire es tenso y inusualmente incomodo. Huele a polvo, incluso cuando me muevo para sentarme, una brisa de polvo penetra a mis narices.

Hace demasiado frío. Más de lo que debería.

— ¿Dónde estamos? — Pregunto mientras me siento en la cama. Cuando me recargo en la cabecera, un aire frío me recorre por la espalda cuando un material frío la toca. Por instinto, me alejo casi de inmediato.

La piel se me eriza.

—Estamos en Canadá. — Susurra casi para ella misma.

¡Tiene que estar bromeando! ¿Cómo demonios estamos en Canadá? ¿Se aprovecho de mi inconsciencia?

Me sentí arder.

— ¡¿Qué?! — Grito con fuerza. Siento que el oxígeno comienza a terminarse y que unas manos me aprietan el cuello, asfixiándome.

¿Dónde está Alex? ¿Él vino también a Canadá? ¿Qué paso con él? ¿Y si se fue? ¡No! ¡Él no puede irse! ¡Todavía no!

—Estamos en Canadá. — Repite poniéndose recta.



—Pero... ¿Cómo? — Digo con un grito ahogado. Sus ojos me miran con cautela. — ¿Cuanto llevamos aquí? — Sueno tan desorbitada que mi voz suena como un idioma diferente.

—Acabamos de llegar, esta será tu habitación, ¿Qué te parece? — Me señala cambiando automáticamente del tema.

—Pero mamá... — Digo poniéndome rígida. —No me despedí de nadie. Yo... —Mi voz se corta.  
— ¿Por qué? ¿Por qué estamos aquí? ¿Qué me paso? — Pregunto mientras frunzo el entrecejo. Mis piernas comienzan a temblar debajo de la sabana.

Ella está sentada en una silla de madera a un lado derecho de la cama. Sus manos están en sus rodillas, casi apoyadas, su cabello esta suelto y cae en sus hombros con delicadeza, lo tiene húmedo, parece que acaba de ducharse.

—Canadá es un lugar maravilloso, te va a encantar y estoy segura que vas a tener más amigos que los que tenías allá, solo tienes que abrigarte demasiado bien, en estos tiempos el clima es bastante frío, te compre algunas cosas que puedes...

—Mamá... — La interrumpo. Ella me mira. —No contestaste mis preguntas, necesito que me respondas, ¿Por qué nos mudamos? ¿Por qué demonios estamos aquí? — Me ahogo con mi propia voz.

—Cuida tu vocabulario. — Responde con voz clara. Su voz hace eco en mis oídos agudos. Sus ojos me miran mal. Suelta un suspiro inquietante y luego fija su mirada en uno de los muebles de la habitación. Una lámpara pequeña hecha de madera es la única luz que ilumina a la habitación. Su rostro se ve afligido.

Un momento... ¿Es de noche o de día?

—Me despidieron de mi trabajo y nos hemos quedado sin fondos, tuve que vender la casa, y comprar esta. — Ella trago saliva.

No, eso no es verdad, nunca nos quedaríamos sin fondos, yo tenía una cuenta bancaria en donde

estaban mis ahorros y el dinero necesario para la universidad. Aparte de que el estado había ayudado a mi madre con un proyecto pasado y cada mes le llegaba una cierta cantidad de dinero. Mi madre no podía ser despedida de un día para otro, llevaba casi cinco o seis años al frente del instituto, su sueldo era justo y no tenía ninguna complicación. Estaba segura de que no era más que una simple excusa para alejarnos de los Crowell.

Oh, Dios. ¿Dónde estaba Alex? Me estaba preocupando bastante por él, no quería imaginar que él estaba en la anterior ciudad y yo aquí. En Canadá.

—Mamá... — Me duele tan solo decirlo. Los recuerdos de la visita en el hospital donde estaba Sarah son tan claros como el agua. Recordaba cada una de sus palabras. —Tenemos el dinero suficiente, ¿Cómo fue que pasó? — Pregunte tratando de ser razonable. Ella se removió en su asiento.

—Bueno, tu padre nos dejó unas cuantas deudas...

Lo supe de inmediato. Era mentira, de nuevo y por enésima vez estaba mintiendo. Mis pies se sintieron fríos. Eric no dejaría ninguna deuda en el nombre de mi madre, bastaba con saber su apellido, los Crowell eran una familia adinerada, y dudaba que tuvieran deudas de tal magnitud.

— ¿Mi padre? — Pregunte intentando sacar algo de información. Su rostro se mueve en la oscuridad. Apenas puedo ver su rostro.

—Sí... Bueno, es que... — Pude ver en la casi penumbra como su brazo derecho se levantaba por el aire para después caer con suavidad en su nariz. Ella se rasco y después regreso la mano a su lugar. —Dejó unas deudas pequeñas, no muy grandes, aun tenemos dinero, no te preocupes.

— ¿No se supone que el banco cubrió todas las deudas cuando él murió? — Dije frunciendo el ceño mientras la desafiaba. Mi madre se veía pacífica y tranquila, aunque sus músculos estaban tensos y su nerviosismo era demasiado evidente.

—No.

— ¿Cómo dices que se llamaba mi padre? — Insistí.

Ella guardo silencio por unos segundos y después sus labios se entreabrieron.

—Christian. — Siseo en voz baja.

Casi me río con cinismo, ¿De verdad iba a seguir con esa mentira? ¿Iba a seguir ocultándomelo? ¡Por Dios! ¡Yo sabía la verdad! ¡Y las ganas de gritárselo eran inmensas!

Pero, tenía que esperar un poco más. Alex y yo estábamos de acuerdo en que ella en algún momento nos daría una pista para saber cuál fue la circunstancia por la que hizo tal cosa. Debía de admitir que estar con ella me hacía sentir insegura y vulnerable, solo tenía que estar tranquila y fingir que nada pasaba a mi alrededor, tenía que estar de acuerdo con lo que ella dijera. Incluso la familia Crowell tenía que estar exentada para mí, debía perder todo contacto con ellos para hacerle ver a mi madre que estaba de su lado. Las palabras que habían salido de la boca de Sarah habían sido tan fluidas que parecían ser ciertas. Pero, ella nunca dijo porque mi madre había matado a Alex. Yo tenía la ligera sospecha de que era una venganza, y que justamente era por mí.

¿Qué demonios había pasado hace unos años para ocasionar estos ataques tan inhumanos?

— ¿Christian...? — Pregunte encogiéndome mientras levantaba una ceja.

—Christian Shell.

¡Patético! ¿Era posible odiar a tu madre? ¿Querer arrancarle el cabello? ¿Querer maldecirla? ¿Gritarle en la cara que dejara de mentir?

Oh maldición, esto me hería más que nada en el mundo. Sentía como mi pecho se presionaba cada vez que su voz salía. Mis nudillos se apretaban con fuerza cada vez que mentía y sin embargo, no podía hacerle nada. Yo no podría hacerle daño, porque a pesar de todo era mi madre, la persona que me dio la vida, la que estuvo en mis primeros pasos, la que me crió y educo. Nunca lo hubiera creído... Si dos meses antes me hubieran dicho que mi madre era una

completa y activa asesina, yo lo hubiera negado de inmediato y seguramente hubiera golpeado a aquella persona. Pero ahora... Mi madre era una asesina y era capaz de hacer cualquier cosa por mantenerme a su lado.

—Nunca me has hablado de él. — Esta vez y sin que me importara el frío material de la cabecera de la cama, me recargué. La temperatura de aquel material se paso a mi cuerpo. Fue tan frío como un hielo en la espalda.

—No tiene caso hablar de él. — Replico.

—Mamá, creo que tengo derecho a saberlo. Saber algo sobre mi padre. Lo que sea. Ni siquiera me has dicho como es, ¡Absolutamente nada!, y... ¿Sabes? — Intente parecer lo mas dolida posible. Incluso fingí que mis ojos se cristalizaban. Sin embargo, un nudo involuntario se formo en mi garganta. —Es absurdo que me ocultes cualquier información de él. Estoy comenzando a creer que él está vivo... Ni siquiera hemos visitado su tumba.

Ella se horrorizo de inmediato. Levanto su pecho en forma de guardia y sus hombros se posaron casi a la altura de sus piernas. Estaban rectos y bien levantados.

— ¡Él está muerto! — Dijo rápidamente.

Control era lo que necesitaba en ese momento para no ponerme a gritarle en su rostro. La rabia casi se apoderaba de mí.

«Inhala y exhala. Tranquila. » Y entonces, Alex apareció en una de las esquinas de la habitación, justo a un lado de la enorme ventana. Sus brazos estaban cruzados sobre su pecho, hoy llevaba un suéter diferente, uno rojo. Mi cuerpo se relajo casi de inmediato.

=====

Habíamos desempacado absolutamente todo, cada cosa estaba en su respectivo lugar, los libros aun estaban en las cajas, ya que el librero que había comprado mi madre aun no había llegado, sin embargo yo ya había sacado unos cuantos para leerlos en el tiempo en que no hacía nada. Cuando desperté de mi desmayo, y recobre la conciencia, puse el cuaderno debajo del colchón, al igual que la fotografía de Eric. Y la tira de condones, también. Los platos seguían en la cocina sin lavarse, en la última semana habíamos estado sacudiendo y limpiando cada esquina de la casa, unas cuantas telarañas a pesar del frío, y mucho, pero mucho polvo. El lugar era tranquilo, y como estábamos en épocas de diciembre, el aguanieve cubría las calles de Canadá. Las personas que vivían alrededor apenas y se dejaban ver.

Yo no había logrado sacarle nada de información en los últimos días, últimamente trataba de ser amable con ella, hacia todo lo que me pedía y concordaba con ella con cualquier cosa que me dijera. Estaba tratando de ganarse su confianza de nuevo, y sin embargo mi madre no era tan fácil como yo lo había previsto. Ni siquiera me había comunicado con Eric, mi padre.

Seguramente debía de estar bastante asustado porque nos habíamos mudado sin avisar, no me lo podía siquiera imaginar, supuse de inmediato que él estaba en una profunda desesperación. Llamarle solo alteraría las cosas, y debía descubrir la razón verdadera de mi madre, ¿Y quién mejor que ella podía contármelo?, pero lo cierto era que yo no quería levantar sospechas. No me había permitido salir a explorar el exterior por miedo a que ella se diera cuenta de que estuve en contacto con los Crowell, siendo sincera y aunque lo deseara, si yo le llamaba a Eric y le decía donde estábamos, él vendría de inmediato hasta Canadá, y era justamente lo que yo no quería.

Solo tenía que esperar un poco.

— ¡Hanna! — Escuche mi nombre desde la planta de abajo. — ¿Puedes traerme tu ropa sucia?  
— Grito mi madre desde abajo. No me molestó en contestarle y tome un montón de ropa apilada que estaba encima de mi cama. Las ventanas casi nunca se abrían, el clima en Canadá era demasiado frío a lo que yo estaba acostumbrada.

Con toda la ropa entre mis manos corrí escaleras abajo. La casa no era muy grande, ni muy chica, como todas las casas de alrededor, era de un estilo victoriano, tenía tres ventanas en la parte de enfrente de la casa, dos en la parte baja y una en la segunda planta, que daba a mi habitación. Desde que llegue aquí no le he podido abrir, al parecer se ha quedado congelada con

el aguanieve. La casa es muy oscura, ya que el color de la pintura es color vino en la parte interior, y también un factor importante del porque esta tan oscura, es porque el sol siempre está oculto detrás de las nubes grises.

Entre al cuarto de lavado que se encontraba hasta el fondo de la casa. El piso de madera siempre hacia un ruido chirriante cada vez que pasaba por ahí.

—Aquí esta. — Dije mientras dejaba caer la ropa en el cesto de la ropa sucia. Mi madre llevaba el cabello atado y a pesar del frío que hacía, tenía una blusa delgada de tirantes. Supongo que el aire acondicionado ayudaba un poco a equilibrar el clima en el interior de la casa. Ella me dio una mirada rápida y después dejo caer la ropa dentro de la lavadora.

Me recargue en el marco de la puerta y la observe. Sus cabellos se volvían cada vez más opacos conforme pasaba el tiempo. Sus labios se habían puesto morados por el inminente frío del exterior, hace un par de horas había ido al súper mercado a comprar algo de comida, su rostro había vuelto pálido y casi congelado, tenia los pómulos rosados y sus ojos se movían de un lado a otro.

— ¿Qué te parece Canadá? — Me pregunto mientras echaba jabón líquido a la lavadora. Ella se veía cansada.

—Es genial. — Mentí. Una media sonrisa apareció en mi rostro casi de sorpresa. Canadá era un lugar muy hermoso, pero no lo era tanto cuando estabas con una persona sospechosa de un asesinato.

Y mentirosa.

— ¿Lo ves?, te dije que te encantaría. — Dijo cerrando la lavadora. Asentí mientras miraba como sus cabellos se salían del moño que formaban, aunque no podía verme, de todos modos.

—Sí, tenías razón. — Logre decir en un murmullo. Ella se giro casi de golpe.

— ¿Ya diste una vuelta? — Me pregunto levantando una de sus delgadas cejas. Sus labios

estaban volviendo a su color natural, aunque el morado seguía ahí.

—No. Todavía no. — Hice mi tono más amable que pude y cruce mis brazos en mi pecho.

—Hay un centro comercial muy cerca, puedes llevarte el auto.

Me removí en el marco de la puerta y por un momento divague en mi mente, ¿Por qué me prestaría su auto? ¿Y si había algo mal en él? ¿Acaso quería hacer algo mientras yo estaba ausente?

—Yo... Yo en realidad estoy muy cansada. — Dije mientras la miraba. En parte era cierto, estaba más que agotada y con este clima no me apetecía salir. Yo no estaba acostumbrada a un clima tan frío como este.

—Si quieres el auto, solo pídemelo. — Se movió entre los estantes del cuarto de lavado y volvió a poner el jabón líquido en su lugar.

—Bien.

Ella se giro y pude ver como sus dientes apretaban a su labio inferior con rudeza. Luego lo soltó y me miro con preocupación. Su boca se abrió.

—Te inscribí a una escuela cerca de aquí, ya sé que acabas de comenzar tus vacaciones, pero quería prevenir absolutamente todo. — Dijo.

Me enderece y pude escuchar como mis huesos tronaban. Yo no quería ir a una escuela nueva, ¡Quería regresar a mi antigua casa!

—Genial. — Apenas dije. La voz salió baja y ronca. Ni siquiera yo me había creído eso.

Ella dejo caer sus hombros con pesadez.

—Vamos, hija. Desde que llegamos a Canadá no has dejado de decir esa palabra, ¿Te molesta algo?

«Sí. Me molesta que no me digas la verdad, me molesta ver tu rostro sarcástico y cínico cada día.  
» Pensé.

—No, mamá. Es simplemente que extraño la casa anterior. A mis amigos, al instituto, ya sabes...

— Fingí. En realidad no extrañaba eso, era solamente que no quería estar aquí con ella. Quería estar con Rossie, con George y con mi padre. Extrañaba a Cara como el infierno, ella me comprendía como ninguna otra persona. Quería ver a Kate por más que la odiara y quería ver a Zet aunque me evitara. Al novio de Kate; Ryan. A Kareem y a Tom. Quería verlos. Y sobre todo a Sarah, deseaba verla tras las rejas, aunque fuera por unas horas, quería quitarle esa sonrisa que tenía en el rostro.

—Lo sé, yo también la extraño. Pero es momento de hacer una nueva vida aquí. La casa ya está vendida, no podemos regresar, ya verás que fue una buena inversión.

—Sí...

—Estas volviendo a ser como antes, eso me gusta. — Me dio una sonrisa cálida. —Me preocupaste mucho, Hanna.

—Lo sé, lo siento. — Contesté. —Es solo que los Crowell... Ellos...

—Te pusieron en mi contra. — Terminé de decir. Asentí cruzando mis brazos. Por supuesto yo estaba fingiendo.

—Sí, mamá. Ellos eran muy egocéntricos y malos, y te agradezco por liberarme de ellos. No sé qué hubiera pasado si... — Negué con la cabeza dejando de hablar. Estaba tan seria que mi actuación se veía tan real.



—Está bien, estas a salvo ahora. — Ella me sonrió de nuevo. Se recargo en la lavadora y me miro.

Silencio.

— ¿Mamá? — Pregunte mientras fruncía el ceño. — ¿Por qué decías que no debía confiar en Rossie? ¿Tú la conocías? — Pregunte sin insistir demasiado, quería sonar tan natural como fuera posible.

Ella puso sus ojos en el piso, su pose era tan tranquila que me alarme, siempre que yo hacia una pregunta sobre los Crowell se ponía en guardia rápidamente, pero hoy era la excepción.

—Sí, la conocía desde mi adolescencia. — Dijo después de unos segundos. Sus ojos se volvieron a levantar. —Rossie era mi amiga, nos conocimos en el instituto, ella era bastante inquieta y perspicaz, siempre fue inteligente, incluso tenia las mejores calificaciones del instituto, fuimos amigas durante mucho tiempo, ¿sabes?

La mire con toda la atención posible. Era el momento en el que me contaría todo. O bueno, aunque sea una parte. Llevaba una semana esperando esto y ahora más que nunca tenía que comportarme con total naturalidad.

— ¿Y? ¿Qué paso después? ¿Se pelearon? — Pregunte en voz baja.

—Bien, te lo voy a contar, ¿de acuerdo?, pero tiene que quedar entre nosotras. — Asentí. —Ella cambio de repente, justo cuando te tuve a ti.

— ¿Cómo? — Pregunte. — ¿Ella me conocía desde que nací? — Mi ceño se frunció.

—No precisamente, en realidad nunca charlo contigo, te conocía y todo eso, pero cuando cumpliste dos años todo se complico, tu padre aun vivía en ese tiempo. Rossie estaba embarazada cuando yo también lo estaba, ambas teníamos la misma felicidad, y compartíamos la misma alegría. — Me miro directamente mientras seguía hablando. Una sonrisa involuntaria se formo en su rostro. —Cuando ella iba a tener a su bebé, hubo una complicación, Rossie había

tenido síntomas diferentes a los de un embarazo, y para su decepción, su bebé murió mientras daba a luz. Fue muy duro, no solo para Rossie, si no para su familia, su esposo, su otro hijo y por supuesto para mí.

— ¿Alex? — Pregunte refiriéndome a él como "el otro hijo" de Rossie. Ella asintió.

—Sí. — Contesto de todos modos. —Tú jugabas mucho con él, siempre estaban juntos, parecían uña y mugre. Pero eras muy pequeña para recordarlo.

Mi corazón se apretó. Las palabras de Alex regresaron a mi mente como flashes. Él había dicho que tenía una prima con la cual jugaba mucho cuando era pequeño, y no era la chica ricitos de oro, él había asegurado que era otra niña, pero no recordaba su nombre. Y yo ahora sabía cuál era su nombre.

Era yo. Hanna Reeve.

Aunque desde un principio lo sabía. Lo sabía desde que Eric se presentó en aquella mansión y me abrazó. Estaba más que claro que yo era la prima de Alex. Yo era esa niña que jugaba con él. Solo que mi madre lo estaba ocultando. Ella no había mencionado en ningún momento que yo era hija de Eric. Estaba omitiendo algunas cosas.

Pero, ¿Qué había pasado para alejarnos de ellos?

—Entonces, tú y Alex se hicieron muy unidos, pero eso no viene al caso ahora. — Dijo haciendo un ademán con la mano derecha. —Rossie creyó que tú eras su hija, le afectó la pérdida de su bebé, por unos días yo creí que era algo normal, Hanna. Creí que era el efecto de perder un bebé, pero conforme paso el tiempo, ella no cambio, seguía incluso peor, te arrebatava de mis brazos y yo no podía permitir eso. Tú eres mi hija, no podía dejar que alguien me tratara así. Tú me pertenecías, saliste de mí ser.

—Pero, Rossie se recuperó, ¿No es cierto?

Ella trago saliva.

—Sí, por supuesto. — Respondió. —Pero eso fue después de que nos fuimos. George la metió a un psiquiátrico y con el tiempo se recupero.

— ¿Qué paso con Alex? ¿Quién cuidó de él? — Pregunte con dolor.

—George. Él lo cuidó mientras Rossie se recuperaba.

Mentira. George no se preocupaba por Alex, él siempre tenía las narices metidas en su trabajo. Estaba segura que una nana había cuidado de él.

Otro apretón en mi pecho. Trague saliva.

—Entiendo. — Conteste. —Pero, aun no me has contestado, ¿Por qué dices que Rossie no es de confiar?

Ella me miro y con una mueca en el rostro, me respondió.

—Es fácil de saber. — Dijo en voz baja como si fuera lo más obvio. —Ella puede volver a caer en sus trastornos.

— ¿Puede volver a caer? — Pregunte levantando una ceja.

—Por supuesto, todos volvemos a caer después de que nos levantamos. Incluso la caída puede ser peor.

—Vaya. — Dije soltando un resoplido cansado. —Yo no sabía nada de eso. Entonces, ¿Te fuiste cuando Rossie se alteró más de lo debido?

—Sí. — Respondió con fluidez.

Por un momento creí que lo había ensayado todo. Su sinceridad me confundía. Me hacía dudar, ¿Me estaba diciendo la verdad? O, ¿Solo era mentira?

Pero entonces recordé lo que Alex me había contado, él me había dicho como su madre había entrado en estos trastornos después de que perdiera a su bebé y como era que se sentía tan solo en esos años, incluso me había dicho que su tío Eric era todo para él, ya que él había sido el que había estado a su cuidado. Alex adoraba a su tío Eric.

Ahora solo faltaba una pieza. O más bien dos. Eric y el arete que me había dado Kate.

— ¿Vivías con ellos o por qué tanta convivencia? — Pregunte. Ella se movió nerviosa por unos segundos, pero después volvió a la naturalidad.

—No, yo vivía con mis padres que en ese tiempo vivían. Rossie se caso algo joven, pero Alex vino después de varios años.

—Entonces, ¿Conocías a Eric? — Pregunte de la manera más casual.

Ella palideció.

—Sí. Era hermano de George, lo vi un par de veces en la mansión. — Dijo desinteresadamente.

— ¿Y?

— ¿Cómo que "¿Y?" — Pregunto frunciendo su ceño. Yo no quería presionarla, pero no se presentaría otro momento como este y no debía desaprovecharlo.

Me aclaré la garganta disimuladamente.

—Quiero decir, estabas mucho tiempo con Rossie, ¿Nunca te intereso Eric?

—No, nunca. — Parecía sincera. —Él era muy guapo, muy atractivo, en realidad, pero no era mi tipo. Ya sabes... — Utilizo la misma expresión que yo utilizaba cuando no sabía que mas decir.

—Aparte de que siempre estaba viajando de un lado para otro, nunca pudo darse la oportunidad.

—Pero, ¿No te interesaba? — Insistí sin verme muy desesperada. Estaba dándole un toque curioso.

—Sí. Un poco. — Se ruborizó de inmediato. Sus mejillas se pusieron todavía más rojas de lo que ya estaban. —Pero nada paso.

=====

...

Muchas gracias por leer, da MG en la página "¿Quién mató a Alex?" en Facebook y sígueme en mi cuenta de twitter :).

=====

Capitulo 79.

— ¿Nunca? — Pregunte de nuevo. —Digo, si te gustaba pudo haber pasado algo. Aunque sea algo mínimo, tú eres muy guapa, pudo fijarse en ti. — Soné lógica, mis piernas estaban comenzando a temblar. Estaba segura que ella diría algo más, sus ojos amenazaban con decirlo, pero su boca no se lo permitía.

Soltó una risita torcida y con una media sonrisa me agradeció por el halago.

—No, Hanna. Eric era muy reservado. Siempre estaba viajando, ya te lo dije, él nunca me cortejo, y nunca se fijó en mí de esa manera. Eric y yo éramos simples amigos. Nunca se enamoró. —  
Sus labios se apretaron con fuerza.

— ¿Cómo lo sabes? — Gruñí en voz baja. Ella se veía irritada ante mi insistente interrogatorio, pero no se había inmutado a detenerme, así que eso significaba que yo podía seguir preguntándole hasta que se cansara y me gritara que era suficiente.

Ella miro hacia la pared de su derecha, evitando a toda costa a mi mirada. Un suspiro lento y casi sordo salió de su boca.

—Lo sé porque él me lo dijo. — Toda la luz que había en la habitación se había evaporado en dos segundos. Como si sus palabras hubieran hecho que la casa se volviera todavía más frío y tenebroso. El cuarto de lavado se volvió silencioso y oscuro al mismo tiempo, la lavadora seguía andando pero su sonido era casi nulo.

Entonces, sus ojos brillaron como cristales mientras me evitaba con la mirada. Su pupila era cada vez más grande, como una aceituna. Ella se movió con rigidez y su ceño se frunció con confusión. Toda la tensión se acumulo en sus hombros y con un gran esfuerzo me miro a los ojos.

— ¿Acaso Eric te dijo algo? — No sé que había en sus ojos. Estaba entre el terror y la aprensión. Vulnerable era poco a como se veía ella en estos momentos. Pero lo que fuera que estaba destruyéndola por dentro, estaba haciéndola temblar como loca. Sus rodillas estaban comenzando a fallarle y en cualquier momento ella se caería si seguía con su tensión y el nerviosismo que demostraba sin disimular.

Dudé en decirle, si era el momento de sincerarnos, yo también tenía que decirle la verdad, pero, simplemente no podía. Decir la verdad se había convertido en algo extraño para mí. De mi boca salían mayormente mentiras cuando hablaba con ella y todo era a causa del problema de Alex, de la desconfianza que ella había provocado en mí.

—No... Bueno... Hay algo que me contó, pero, tal vez no sea adecuado decírtelo. — Comencé a hablar evitando tartamudear.

— ¿Decirme qué? ¿Es algo que me concierne? — Su rostro nunca palideció, si no que se mantuvo duro y bajo control. Sabía que estaba tratando de actuar y no saber absolutamente nada de lo que yo le estaba contando.

—Un poco. Por lo que me acabas de contar. Ya sabes... — Ella frunció su ceño sin comprender.

— ¿Sobre qué me gustaba? — Pregunto comprendiendo. Me afectaba su naturalidad, incluso preferiría que estuviera mordiéndose las uñas, o que sus dedos estuvieran sudando como los míos. Pero simplemente ella lo había estado haciendo demasiado bien.

—Sí. — Susurre en forma de respuesta.

—Oh, bueno, no te preocupes, creo que ya supere a Eric desde hace mucho tiempo. — Una sonrisa tímida se asomo por detrás de sus labios.

—Sí, supongo que el causante para que superaras a Eric fue mi padre. — Ese era un golpe bajo, estaba dando saltos interiormente, porque sabía que eso le afectaría y la pondría nerviosa, pero cuando llegue a tres saltos deje de hacerlo. No había sido como yo lo había esperado, ella definitivamente no se veía nerviosa ni mucho menos le había afectado.

—Supones bien. — Me respondió con suavidad. Su rostro estaba en una apaciguad increíble. Mi madre realmente estaba escuchando cada una de mis palabras, y yo sabía que tenía que tener cuidado con cualquier letra que saliera de mi boca. No podía y debía confiar en ella, eso estaba más que claro en mi cerebro.

—Él menciono que quería mucho a su esposa. ¿Sabes? — Dije mientras mis ojos penetraban a los suyos. Sus dedos estaban enlazados y por esta vez, ella no había comenzado a moverlos como lo hacía cuando estaba nerviosa. En realidad mi madre estaba atenta a cada palabra que yo decía como si no comprendiera el significado de ellas. Aunque ciertamente, ella lo sabía.

—Eric se casó y tuvo una hija. Fue hace mucho tiempo, ¿No lo sabías? — Mi ceño se frunció durante un par de segundos. —Creo que tiene mi edad, en realidad no lo sé... — Todo su autocontrol había permanecido inmóvil y se veía totalmente equilibrada, ninguna de mis palabras la había sacado de quicio y eso me molestaba. Proseguí con más naturalidad. —Eric me contó que después de un tiempo su esposa desapareció con su hija por extrañas y muy aceptadas razones. Él dice que se siente culpable, porque siente que fue su culpa, y a ver por lo que me contó, yo también lo creo, aunque no entiendo porque su esposa se fue. Es decir, Eric era bueno y nunca le faltó nada. Eric amaba a su esposa, ¿Puedes creerlo? — Mi ceño fruncido se profundizó todavía más. No sé porque sentí que mis ojos quemaban.

Ella asintió comprendiéndolo. Se recargo en la superficie de la lavadora con total naturalidad. Sus ojos nunca se habían apartado de los míos, lo cual me hizo dudar por unos momentos, ¿Por qué se encontraba tan tranquila? ¿Por qué sus alarmas de peligro no se habían encendido? ¿Acaso no había escuchado lo que yo le había contado?

Sus labios se entreabrieron cuando termine de hablar, estaban todavía morados y tiritando como un niño en la nieve. Sus brazos se cruzaron sobre su pecho como si fueran un escudo y con un resoplido frustrado, sus cuerdas vocales hicieron un sonido cercano para mis oídos.

—A veces el amor no es suficiente.

— ¿Tú crees?

—Sí. Se necesita más que amor en una relación, Hanna.

— ¿Tú no conociste a su esposa?

—No. — Ella negó con despreocupación. —Ni siquiera sabía que tenía una hija.

—Ya veo.

— ¿Por qué te interesa saberlo? — Pregunto. El marco de la puerta comenzaba a doler en mi espalda. Así que deje de apoyarme en él y me mantuve de pie, sin ningún apoyo.



Eso era fácil de responder. Unas horas antes había practicado todas y cada una de mis preguntas, al igual que sus respuestas. Estaba preparada para cualquier cosa que saliera de sus labios.

—Es interesante, ¿No te parece? — Mi voz sonó tan ronca cómo fue posible. —Sería conmovedor que Eric encontrara a su esposa y a su hija. — Forcé una sonrisa dulce e inocente.

—Por supuesto. — Fue lo único que respondió.

La mire durante unos segundos. Su rostro estaba neutro, no mostraba ninguna expresión específica, ni feliz ni triste. Analice cada movimiento de su cuerpo, sus brazos estaban a sus costados recargándose en las esquinas de la lavadora mientras su cuerpo estaba medio sentado, uno de sus dedos estaba golpeando a la lavadora marcando un ritmo silencioso y casi igual. Sus piernas se habían cruzado y la mayoría del peso de su cuerpo caía en sus pies.

— ¿Mamá? — La llamé. Ella arqueó una de sus cejas.

— ¿Qué pasa?

— ¿Tú qué harías en el caso de la esposa de Eric?

Ella parpadeó y puedo jurar que trago saliva repentinamente. Su garganta formó un nudo enorme y parecía como si no pudiera tragar.

— ¿Yo? — Frunció el entrecejo. Yo asentí. —Bueno, Hanna... No sé. — Ella dudó por un momento. Su mirada se posó en el techo, y su dedo martilleó más rápido a la lavadora, el sonido no podía escucharse, pero por el ritmo en que su dedo se movía, podía imaginármelo. Sus ojos se movieron inquietos en el techo y luego regresó su mirada. —Creo que no fue lo correcto, su esposa debe de estar muy arrepentida, tenía a un hombre excepcional a su lado. Y a su hija la privó de un padre, de alguien que merecía conocer y tener a su lado. Aunque por lo poco que me has contado, su esposa tuvo unas razones muy fuertes para dejar a su esposo.

— ¿Tú crees que este arrepentida?

—Sí... Al menos, yo lo estaría.

Mis instintos me gritaban algo, pero sonaban tan lejanos que no lograba entenderlos. Eran como voces distorsionadas. Sin dudarlo, puse alerta a todos mis sentidos. Ella no era buena, mi madre no era buena, no debía acercarme demasiado a ella, no debía provocarla cuando yo estaba sola y vulnerable.

Hubo silencio. Sus palabras quedaron en el aire, y después fueron arrastradas por los inmensos sonidos del exterior.

— ¿Mamá? — Pregunte una vez más. — ¿Cómo era mi padre? Y, ¿Por qué no tengo su apellido? — Pregunte con un hilo en la voz. Mi voz había cambiado drásticamente de ronca y firme a aguda y débil.

Ella se removió intranquila y sus dientes apretaron su lengua.

—Digamos que tu padre no se hizo cargo de ti en un principio. — Dijo en un murmullo silencioso. —Pero después él regresó, tu acta ya estaba hecha, habías sido registrada con mis apellidos solamente. Cuando tu padre regreso no pensamos de inmediato en cambiar tu nombre.

Ahora que lo recuerdo... Alex tenía razón. Ese día en que me dijo que podíamos ser hermanos y que si mi madre me había mostrado mi acta de nacimiento, yo lo había ignorado un poco, sin embargo la idea no había salido completamente de mi cabeza. Mi madre nunca me había mostrado mi acta de nacimiento en ningún momento. Toda mi documentación estaba bajo su dominio y yo nunca había leído aquella hoja. Esto era extraño, ¿Cómo pude pasar por desapercibida esa información? Apuesto a que todas las personas en el mundo habían leído su acta de nacimiento. Eso me hacía sentir como un bicho raro, como una persona totalmente desactualizada. Mi madre siempre estaba inscribiéndome en las instituciones, o haciendo cualquier arreglo con mis boletas, y yo no lo había notado antes, hasta ahora.

¿Qué escondía?

Oh, claro. El apellido de Eric. Escondía a mi propio padre.

—Mamá... — Dije rápidamente antes de que se me olvidará. —Nunca me has mostrado mi acta de nacimiento, ¿Puedo verla?

Sus ojos se entrecerraron.

— ¿Para qué? — Pregunto con los labios apretados.

—Me gustaría saber más sobre mi padre. — Pronuncie con rigurosidad.

—Creo que ya te dije lo que debería de saber. Lo demás es irrelevante, Hanna.

—En todo caso, me gustaría ver mi acta, si no te importa. — Mi voz sonó más dura de lo que había previsto.

Mi madre me dio una mirada acusante, casi frívola y pude sentir, como finalmente, sus dedos comenzaban a moverse con nerviosismo. Era la hora de saber la verdad. O más bien, de que ella confesara la verdad que yo ya sabía y que ella había ocultado durante mucho tiempo. Tuvo que arreglárselas para tragar otro nudo que se había formado en su garganta.

Jaque mate, mamá.

=====

Capitulo 80.

Exploté. Yo sabía lo que iba a ver en esa acta, pero ver aquel papel había sido como iniciar una nueva vida. Estaba tan desconcertada que mi cabeza daba vueltas por toda la habitación. No era como si no lo supiera. Yo ya lo sabía. Pero era como si estuviera viviendo una vida que no era la mía. El mundo había dejado de girar y había dado vueltas hacia el lado contrario.

Mis músculos se contrajeron casi de inmediato y no pude mover ni un solo hueso ni piel de mi cuerpo.

Efectivamente el nombre de Eric Crowell aparecía en mi acta de nacimiento. Estaría por demás decir que él, efectivamente y legalmente, era mi padre.

Lo primero que se me vino a la mente en ese instante fue gritar, mi instinto era hacerlo, gritar desde lo más profundo de mi pecho. El aire acumulado en mi sistema estaba asfixiándome por dentro. Pero lo segundo que me dio vueltas a la cabeza y se mantuvo en mi cerebro, fue que debía de ser racional. Mantener mí poco bajo autocontrol que todavía seguía en mí. Ser una persona madura y tomar las cosas con calma.

Pero ninguna de las dos cosas pudo ser llevada a cabo. No podía gritar, mi garganta había quedado tan seca y mi lengua se había quedado pegada a mi boca que no podía formular ningún tipo de sonido, ni canturreo, mi cuerpo había sentido una oleada de aire frío por toda mi espina dorsal, como si me hubieran bañado con una cubeta de agua fría mi cuerpo se sacudió. La mayor parte de mi cuerpo había quedado en un trance inconsciente del que no podía salir tan fácil.

No era la noticia sobre Eric. Era la mentira que me había hecho sobre mi supuesto padre. ¡Estaba más que claro!

¿Por qué me mentiría de esa manera? ¿Por qué me oculto a mi padre? ¿Por qué no solo me dijo que él no estaba muerto? ¿Por eso habíamos escapado y estábamos en Canadá? ¿Por Eric? ¿Por mi padre?

Mi sangre hervía como el infierno. Sentía como el veneno me circulaba por mis venas en cada rincón de mi cuerpo con movimientos bruscos y salvajes. Era un ardor indescriptible. No sé como las lágrimas se habían estado acumulando todavía en mis ojos. Levante la mirada con la hoja en mis palmas mientras la apretaban, pestañee tantas veces como pude. Todo lo que mi mente y mi

cuerpo sentían en este momento era rabia.

—Déjame explicarte. — Susurro ella con la voz entre cortada. El sótano estaba todavía más oscuro de lo que era la mayor parte de la casa, lo único que iluminaba era un pequeño foco que amenazaba con apagarse en cualquier momento. La observe con toda la furia que un ser humano pueda tener. Pero ella simplemente estaba en shock, sus ojos estaban como un cristal roto, y por más que sintiera desprecio y decepción por ella, simplemente me daba lástima.

—Oh, por supuesto que sí. — Mi voz se cortó en una milésima de segundo. Mi garganta nunca había dolido tanto. —Explícame porque Eric es mi padre. Porqué simplemente no lo entiendo...

—Hanna, primero que nada, quiero que sepas que no fue mi intención mentirte, ni siquiera estaba en mis planes ocultarte a Eric. — Solté una risita sarcástica que sonó temblorosa y muy nerviosa. —Eres mi todo y te amo, hija. — Una lágrima se deslizó por su mejilla. Fue tan rápida que dos segundos después, la lágrima ya estaba cayendo por la parte final de su rostro.

—Si me querías no me hubieras mentido. — Susurre.

—Tenía que hacerlo.

— ¿Tenias que hacerlo? — Repetí con sarcasmo mientras mis dientes se asomaban con una sonrisa llena de enojo. Mis dientes estaban tan apretados que mi mandíbula dolía. — ¿Por qué? ¿Por qué me mentiste?

Ella trago saliva por enésima vez. Podía pararla en frente de un espejo y ella palidecería casi de inmediato, su rostro se había puesto tan blanco como la harina y dudaba que estuviera de pie durante los próximos cinco minutos. Sus piernas temblaban como gelatina.

—Quería que estuvieras segura. — Respondió en un murmullo casi inaudible.

— ¿Segura de qué, mamá? — Dije pareciendo racional. Deje la hoja en una mesita de madera que se encontraba lo bastante cerca, y cuando no hubo nada en mis palmas, mis manos se apretaron casi de golpe y mis nudillos se volvieron tan blancos como el rostro de mi madre.

—De la familia de Eric, ¿Acaso no te dije que no debías de acercarte a ellos? ¿No te lo advertí?, estuve fuera de su radar por muchos años y después... — Ella se irritó y se veía tan molesta con ella misma. —Ellos aparecen aquí con un hijo fallecido y nos encuentran. Te encuentran a ti. Justo de lo que te estaba alejando. De los Crowell. De Eric.

— ¿Fuera de su radar? No sé de qué demonios hablas. — Mi labio inferior tembló. Por supuesto yo tenía una mínima idea de lo que ella estaba hablando. Rossie y Alex me habían contado un poco sobre como habíamos desaparecido, pero no había una razón en concreto. Ella me miró sofocada y tomo tanto aire como le fue posible.

—Hubo un problema hace unos años, Hanna. Yo amaba a Eric, pero Rossie simplemente no quería vernos juntos. Se empeñó tanto en vernos separados hasta que lo logró, pero no por mucho tiempo. Eric y yo nos dimos una segunda oportunidad, y años después nos casamos, no obstante, Rossie seguía insistiendo en separarnos, yo nunca entendí porque Rossie actuaba de esa manera tan salvaje e irracional, ella había sido mi mejor amiga en la preparatoria, habíamos compartido la mayoría de nuestro tiempo, algunos días me pregunte si Rossie amaba a Eric, pero no parecía concordar, ella se había enamorado de George. Ne lo repetía cada cinco minutos con su rostro inocente y enamorado. Entonces supe que Rossie no amaba a Eric, si no que era algo más. — Dijo con la voz más cortada que nunca, y sin poder evitarlo, un nudo se formó en mi garganta. Me dolía verla así, me dolía que llorara por mi culpa. Tal vez debería ser más racional y no ser tan dura.

—Me estás mintiendo. Quieres ponerme en contra de Rossie. — La fulmine con la mirada. Podía sentir como mis ojos se aguadaban y echaban fuego como un dragón.

—No, estoy siendo totalmente sincera. Tienes que creerme por esta vez. — Yo negué.

—Si me mentiste en las últimas semanas y me mentiste por la mayoría de mis años, ¿Por qué me dirías la verdad ahora?

—Porque quiero decirte la verdad.

— ¿No te parece algo tarde? — Mi ceño se profundizó.

—No. — Respondió con dureza. —Ahora, por favor, sigue escuchando, quiero que escuches hasta el final y hagas tus propias teorías.

—Es que... — Mis dedos pasaron por mi frente con frustración. Apreté mis ojos con fuerza y volví a dejar caer mi mano en mi costado. —Ya no confío en ti.

—Hazlo solo por hoy. Confía en mí. Te juro por mi vida que te diré nada más que la verdad. — Su voz era silenciosa. Casi suplicante.

Asentí. No iba a confiar en ella, lo iba a intentar.

—Nunca supe porque la reacción de Rossie, nunca lo comprendí, durante los años que estuve separada de los Crowell, nunca pude descifrar el porqué.

—Mamá, tú más que nadie sabe que eso no basta. Suena absurdo, ilógico.

—Lo sé, pero eso no es todo. — Me interrumpió de golpe. —Nos mudamos a diferentes lugares, lo bastante lejos de la vista de esa familia, y funciono. No nos encontraron por varios años. Pero cuando me enteré de la muerte de Alex Crowell, todas mis luces de alerta se encendieron en mi cerebro. Unos días antes, tú me habías pedido salir con un chico, ¿Lo recuerdas?

Negué. Yo no recordaba nada de ese día, y eso me estaba matando por dentro. No había respuestas sin un recuerdo.

—Nunca me dijiste su nombre, y yo debí ser más estricta en ese aspecto. Pero supuse que era algo normal. Una chica saliendo con un chico. Sin embargo, ese chico era Alex... — Sus ojos se desviaron. — Tu primo. — Susurro en voz baja.

Un gemido frustrado salió de mi boca casi inconscientemente. ¿Era necesario recordármelo?

—Alex era bueno. No merecía morir. — Balbuce casi para mí misma.

—Lo sé. — Ella logro escucharme. Entonces, mi corazón sintió un apretón muy fuerte. Sentí que el aire me faltaba. —Pero las personas tienen que morir en su momento.

—Alex no murió, lo mataron. — Le recordé.

—Tienes razón. — Contesto. —Hanna, por favor, te suplico que no te acerques de nuevo a Rossie, ella es capaz de hacer cualquier cosa, sobre todo a ti.

— ¿Por qué me haría daño?

—Cuando su segundo hijo murió, todo empeoro. Rossie entro en un trastorno psicológico que la hizo enloquecer, ella juraba que eras su hija, pero por supuesto no lo eras, su bebé había muerto casi al instante. Ya te lo había contado. Y entonces, fue la gota la que derramo el vaso para que el caos comenzara. Rossie se volvió distinta, hablaba sola y parecía una verdadera loca, se la pasaba gritando y cada día empeoraba más y más. Tú eras un bebé, Hanna. Y ella solo te quería para hacerte daño, su mente le mandaba hacer eso. Estaba en otro mundo.

—Pero ella ya paso por esa etapa. Ya está bien. — Respondí contradiciéndola.

—Sí, tal vez. — Resoplo. — Pero nunca sabremos si su mente realmente se recupero.

— ¿Qué quieres decir? — Pregunte frunciendo mi ceño.

—Quiero decir que ella puede volver a esos trastornos.

—No lo hará. — Salí en su defensa. Mi madre estaba poniéndome en su contra, eso estaba claro.

Sus brazos se cruzaron sobre su pecho que no dejaba de subir y de bajar precipitadamente.



—Te voy a decir la razón del porqué huimos. — Continuo mientras me miraba directamente. Ahora sus ojos se veían secos y profundos, sin embargo, sus mejillas estaban tan húmedas como una selva. El aire en el sótano se volvió tenso y era casi imposible respirar aire puro con todo el polvo que había aquí abajo. —Eric no acepto que nos fuéramos de la mansión de su hermano, yo le entendí en un principio, George y Eric habían estado juntos desde niños y era difícil para él dejarlo en esa situación tan difícil, sobre todo por el pequeño de Alex que siempre estaba husmeando en cada rincón de la casa. Era muy apegado a Eric y yo lo entendí, sabía que iba a ser muy difícil para Alex perder a su madre con esos trastornos y después a su tío. Tuve que ser racional y dejar de pensar egoístamente, así que descarte la idea de irnos de la mansión solo por Alex y por George. Aunque mis instintos de madre me decían que debía protegerte de Rossie. — Ella hizo una pausa. —Hanna, tienes que entender que Rossie no es buena, no te quiere. Ella solo quiere dañarte. Fue por eso que nos fuimos. Unos años después, Rossie te ataco, no se lo dije a Eric, ella intento matarte, por mas descabellado que suene, así paso. Tú estabas en la alberca, justo en la orilla... — Trago saliva con dureza y todos sus músculos se contrajeron. — Ella te aventó a la alberca e intento ahogarte.

Yo negué.

—Basta, mamá. — Chillé en voz baja. Eso era demasiado. Rossie no podría matarme.

—Es cierto, todo lo que te he contado es toda la verdad. Por eso nos fuimos.

— ¿Y por qué no le dijiste a Eric? ¿Por qué no le dijiste donde estábamos?, él pudo regresar, él pudo estar con nosotras.

Ella sonrió dolorosamente.

—Yo se lo dije. Le dije nuestra dirección, todos nuestros datos y él nunca llegó. — Su sonrisa se fue desvaneciendo con una lentitud terrible. —Fue entonces cuando supe que no le importábamos, y cambie nuestros nombres. Te quite el apellido de los Crowell, no quería que fueras uno de ellos.

Tuve que asimilarlo por unos segundos, unos segundos que parecían interminables.

—Pero lo soy. — Respondí sin ganas. —Soy una Crowell.

—Vaya que sí. Lo eres.

=====

Capítulo 81.

—Sabía que te agradaría.

Y entonces, sin importar el quién y el dónde, nos besamos. Alex sabía como romperme en un segundo y como arreglarlo en otro segundo. Y yo pude olvidar por un momento el lío con mi madre. Ya estaba decidido. Mañana a primera hora estaríamos en la mansión de los Crowell.

—Hola. — Susurro una voz a lo lejos. Estaba sentada en una esquina de la cama con mi acta de nacimiento a un lado de mí. Oír aquella voz fue como un respiro tranquilizado para mi cuerpo.

Sonreí a medias.

—Hola, Alex. — Susurre tan bajo como fue posible. Él se acercó sigilosamente hasta a mí y cuando estuvo lo bastante cerca, se detuvo. Su cuerpo fantasma estaba parado en frente de mí, a una pequeña distancia.

— ¿Cómo estás? — Pregunto preocupado. El día estaba terminándose, por lo tanto, la casa estaba comenzando a oscurecer más de lo debido, las sombras estaban desapareciendo porque lo único que podía verse en la habitación era oscuridad. No me había molestado en encender la lámpara de la mesita de noche. Mi mente pensaba mucho mejor en el silencio y en la oscuridad. Era como una terapia que me tranquilizaba, siempre había creído que era bueno hablar conmigo

misma, pero a veces, sabía que se necesitaba a una persona para que me escuchara.

Entonces sonreí, porque yo tenía a la mejor persona que podía escuchar cada uno de mis problemas. Alex.

¿Dónde estaría ahora si Alex no hubiera aparecido en mi vida?, ¿Hubiera estado frente a mi ordenador como siempre lo hacía? ¿Estaría en mi antigua ciudad y no en Canadá? ¿Hubiera descubierto por mi propia cuenta de que mi padre estaba vivo?

—Decepcionada. — Respondí.

—Comprendo ese sentimiento, la decepción es causa del engaño. — Dijo él con tono filosófico.

— ¿Tú crees que mi madre dijo la verdad? — Pregunte frunciendo por enésima vez mi ceño. Él desvió su mirada hacia la ventana y negó con desaprobación.

—La verdad, no lo sé, Hanna. — Las sombras se hicieron un poco visibles cuando el viento del exterior soplo con fuerza y la cortina se levanto por unos escasos segundos.

Hacía mucho frío... O tal vez era yo.

—Ahora que sabemos el guión de mi madre, debemos regresar con tu familia, ¿Verdad?

—Ahora tu familia, también. — Me corrigió.

—Es extraño pensar que Eric es mi padre y que Rossie y Eric son mis tíos, es algo muy difícil de asimilar. De comprender...

—Ya te acostumbraras. Y sobre ir a la mansión y regresar, es totalmente tu decisión. — Él se acercó un poco más. Casi dudoso.

—Gracias por comprender.

—Solo intento ser racional. Sé por lo que estas pasando y quiero que sepas que cuentas con todo mi apoyo, porque te quiero, y no me gustaría que nada malo te pasará.

—Yo no quiero que nada te pase a ti. — Él se rió en voz baja. No de una manera burlesca, si no de una risa frustrada.

— ¿Qué me podría pasar? — Una sonrisa alentadora apareció en su rostro. —Estoy muerto.

—Para mí eres la persona más viva que puede existir, Alex.

— ¿Es la hora de ponernos cursis? — Pregunto él pasándose los dedos por su cabello castaño desordenado. Sus labios se apretaron de una manera graciosa y tentadora que me hicieron temblar por dentro. Sus piernas se veían dispuestas a avanzar, pero él simplemente seguía parado en frente de mí, lo suficiente para poder observar cada parte de su cuerpo. —Porque si es así, entonces quiero decirte que desde ahora, tú eres mi prioridad. Lo único que me importa desde que te vi por primera vez. Eres la razón por la que estoy aquí.

Un nudo se formo en mi garganta. Yo no podía asimilar que Alex se iría en algún momento, y temía con todo mi corazón que él no se despidiera y sobre todo tenía miedo y pánico de que él nunca regresara. Alex se había convertido en una parte de mí, se había convertido en mi otra costilla y en una parte de mi cerebro. Aunque a veces él apagaba cada circuito de mi cerebro y solo podía pensar con el corazón. Que Alex se marchara me partiría el corazón, me dejaría vacía por dentro y por fuera.

—Oh, Alex... Yo... — No pude continuar porque mi estúpida voz se corto y un nudo enorme se formo en mi garganta. Miré hacia abajo pero eso solo hizo que las lágrimas amenazaran con salir. Respire con una dificultad terrible, el aire se había vuelto asfixiante y nulo. Se había vuelto una tarea respirar con normalidad cerca de él. Mi garganta no dejaba de arder, sentía como el nudo que había en ella no me dejaba tragar y me hacía sentir una comezón terrible en cada centímetro de mi cuello.

Mi cabeza se levanto y mire hacia el techo, pestañee con disimulo, yo estaba segura que las lagrimas estaban por salir de mis ojos, pero yo quería evitarlas, no quería que Alex me viera llorar por enésima vez. Contener las lágrimas era lo más difícil que había hecho en todo el día, pero era demasiada presión en mi pecho que sentía que mi corazón iba a salir disparado de mi cuerpo. Eran tantas cosas en tan pocos días que no podía sopórtalas. Yo no estaba hecha para ser fuerte, siempre que intentaba mantener mi escudo frente a mí, este caía en un par de segundos. Yo era débil, era muy fácil que me destruyeran.

—Hey... — Él se acerco rápidamente hasta a mí y se hincó delante de mí. Sus manos tomaron a las mías y las enlazo. Sin poder evitarlo, mi pecho brinco sintiendo una explosión dentro de mí. Una descarga eléctrica estaba recorriendo cada minúsculo hueso y piel de mi cuerpo. Sus manos estaban suaves y frías, tan frías como un hielo. Pero yo no quería separar mis dedos de los suyos. —No llores. No era mi intención hacerte llorar...

—No. — Sonreí. Él subió sus manos hasta mi rostro y sus palmas frías acariciaron a mis mejillas mojadas. —No me hiciste llorar... Es solo que... Que te quiero demasiado, Alex.

—Yo también te quiero.

—Pero vas a irte... — Susurre con el pecho doliéndome. Su rostro se volvió neutro y doloroso, por un momento me odie por quitarle la encantadora sonrisa que tenía hace unos momentos.

— ¿Eso es lo que te atormenta, Hanna? — Su voz salió ronca y angustiada, sus ojos me miraron penetrantes, me perdí en el brillo profundo de sus ojos y tuve que recordarme a mi misma que tenía que evitar besarlo. Él me observo con los ojos abiertos, con las pestañas gruesas y voluminosas, las llamas de sus dedos me acariciaron con suavidad borrando cada lágrima derramada. Sentir sus dedos en mis mejillas hacia que mi cuerpo entrara en un calor agonizante. Tuve que mirarlo directamente.

Pestañee para no llorar más. Y entonces, recordé como hablar.

—Sí.

Él agacho la mirada sin dejar de tocar mis mejillas. Él se veía aturdido. Lo observe. Su cabello no

me permitía ver su rostro ni su expresión, pude sentir como su cuerpo tembló junto al mío.

—Te estoy haciendo daño. — Él dijo mientras levantaba la mirada. Su rostro se veía estupefacto.

— ¡No, Alex! Tú no estás...

—Sí, Hanna, de una manera inconsciente lo estoy haciendo. Te estoy dañando psicológicamente. ¿Quién en su sano juicio hablaría y se enamoraría de un fantasma? — Me interrumpió.

—Yo, Alex. Mi sano juicio falló y me enamore de ti.

—No Hanna... — Susurro mientras negaba.

—Por favor, no me digas que esto va a terminar. — Chillé y sin poder evitarlo, una lágrima cayó encima de las manos de Alex que seguían sosteniendo mis mejillas.

—Mírate, desde que te conocí no has hecho más que llorar...

—No lo hagas. — Lo interrumpí.

— ¿Hacer qué? — Su ceño se frunció y entonces tuve que juntar todo mi control para que mi voz y mi labio no temblara.

—Dejarme, irte. No quiero que te vayas.

Él me miro confuso, y luego sus ojos brillaron con una fuerza que nunca antes había visto en él.

— ¿Y si te digo que todo es parte de tu imaginación? ¿Y si te digo que yo no existo, Hanna?

Mi cuerpo tembló. ¿De qué estaba hablando? Estaba bromeando, ¿Cierto?, Alex no podía ser parte de mi imaginación, él era tan real como yo.

—Te golpearía para que vieras que no eres parte de mi imaginación. Estoy segura que eres real... No me hagas esto... — Lloriquee —Sería muy cruel, Alex. Dime que estas bromeando. — Suplique con la voz cortada. Dos noticias de esa magnitud en un día eran suficientes para saber que yo tenía la peor y miserable vida del mundo.

Yo tenía la culpa por ponerme a llorar. A veces era lo bastante débil para romperme en un chasqueo de dedos. Él suspiro y sus labios se entreabrieron. Sus ojos demostraban culpabilidad.

—Lo siento si te herí, yo... Tienes razón... Yo estaba bromeando. Perdón. — Él gimió en voz baja. Un gemido de derrota.

—Alex, quiero comprobar que eres real.

— ¿Qué? ¿Cómo podrías...?

—Déjame besarte. — Le interrumpí de golpe. Alex pestañeo.

—Hanna... — Él sentenció con una mirada acusante. Mire a sus labios húmedos.

—Tomaré eso como un sí. — Dije recordando aquel momento en que Alex me dijo exactamente lo mismo cuando me beso. Y entonces lo hice. Lo bese.

Él soltó un gemido en mis labios, y en ningún momento opuso resistencia, incluso sus manos se habían puesto tensas cuando yo había chocado nuestros labios, él nunca dejó mis mejillas y mientras movía sus suaves y húmedos labios, las llenas de sus dedos me acariciaron nuevamente. Fue inevitable temblar, todo daba vueltas y mi estomago había sentido una presión incesante, sus labios eran más rápidos de lo que había imaginado, se movían con naturalidad y de una manera muy tentadora, él estaba besándome con una extraña fuerza, una que hacía que mi cerebro dejara de funcionar, había tomado la delantera y sus labios estaban guiando a los míos. Me sumí en un frenesí terrible en el que solo quería besar sus labios una y otra vez.

Me separe un poco de sus labios.

—Comprobado. Eres real.

—Lo siento. — Él se separo un poco y limpio la humedad de mis mejillas.

—Me haces sufrir como un infierno, Alex Crowell.

Él sonrió y se levanto del piso. Sus manos frías se alejaron de mis mejillas calientes. Él se aclaró la garganta.

—Así que... Bienvenida a la familia Crowell. — Bromeo con una sonrisa. Su tono fue encantador, tanto que me hizo sonreír.

—Soy una Crowell. ¿No es increíble? — Levante la mirada y me encontré con sus ojos café. Él me estaba mirando. Tenía sus brazos cruzados sobre su pecho, y estaba tan recto y rígido como se lo permitía su cuerpo. Tuve que evitar a toda costa perderme en sus labios húmedos. Él se veía bastante fuerte, casi perfecto.

—Lo es. Aunque un tanto decepcionante. No es lindo saber que eres mi prima. — Esta vez su tono fue serio. Asentí comprendiendo.

—Gracias por estar aquí. — Murmure. —Por elegirme a mí.

—No, tú y yo estábamos destinados. Teníamos que estar juntos...

—...Pero no enamorados. — Dije con tono dramático. Él sonrió ante mi humor bromista.

— ¿Quién dice que no podemos?, está claro que las reglas se hicieron para romperse. Todos lo



hacen, ¿Por qué nosotros no?

—Porque somos primos, tenemos la misma sangre circulándonos por las venas. Esto es más grave que romper una regla. — Susurre con el pecho doliéndome.

—Estoy de acuerdo en eso... Pero, se te olvidó algo. — Alex comenzó a acercarse con cautela hasta mi lado hasta que su trasero cayó encima de la cama. —Soy un fantasma, y nadie puede juzgarnos, por ahora...

— ¿Y eso significa qué...?

—Que podemos besarnos todo el tiempo que queramos.

—Suenas a una interesante propuesta.

—Sabía que te agradaría.

Y entonces, sin importar el quién y el dónde, nos besamos. Alex sabía como romperme en un segundo y como arreglarlo en otro segundo. Y yo pude olvidar por un momento el lío con mi madre. Ya estaba decidido. Mañana a primera hora estaríamos en la mansión de los Crowell.

=====

## Capítulo 82.

En la madrugada, después de que Alex y yo nos hubiéramos cansado de besarnos y halagarnos, corrimos a la habitación de mi madre que se encontraba profundamente dormida, y con mucha suerte logramos sacar su cartera. Tome todo el dinero que había dentro de ella y deje una nota que ya había escrito en mi habitación. Le había dejado un escrito donde le decía que yo estaba

bien, pero no le había escrito que estaría en la casa de los Crowell, eso solo haría que ella corriera hasta allá.

Una vez que tomamos el dinero, salimos de la casa con el mínimo ruido posible. Alex me tomo de la mano y en un rápido movimiento entrelazo nuestros dedos.

— ¿Estás segura? — Me pregunto dándome un apretón suave.

—Sí. Es lo mejor.

Él se inclino hasta a mí y me beso. Fue un beso corto y muy tranquilizador, sin embargo, mis huesos temblaban y no precisamente por el frío de la madrugada en Canadá.

—Vámonos. — Susurro en mi oreja y asentí. Mire por última vez la casa nueva y mire hasta la ventana de la habitación de mi madre. Era muy egoísta de mi parte irme así, pero esto era lo mejor. Al menos hasta que se calmaran las cosas con mi madre.

Dos horas después, Alex y yo estábamos viajando en un avión camino a la mansión de los Crowell. Por supuesto, solo había comprado un boleto, debido a que el avión era en la madrugada los asientos estaban casi vacíos, así que Alex se había sentado a un lado de mí. Llegamos en menos de dos horas, así que era mejor dormir y esperar a que el avión despegara. Me había sentado a un lado de la ventanilla, pero no se veía nada más que puntitos de color amarillo, lo cual eran los focos de las calles de Canadá. Y como era de madrugada y estaba completamente oscuro, era difícil divisar un espacio en concreto.

— ¿Deberíamos llamar a la mansión y avisar que vamos para allá? — Le pregunte a Alex mientras giraba mi rostro para mirarlo. Él dudo.

—No, llamarlos los alarmaría, conozco a mi padre. Hay que esperar hasta llegar allá.

—Me gaste todo el dinero en el boleto del avión, ¿Cómo voy a llegar a la mansión?

—No te preocupes, tomaremos un taxi y cuando estemos allá, mi padre lo pagará.

Asentí. Mire de nuevo hasta la ventana del avión y segundos después, tuve que mantener todo mi autocontrol y mis lagrimas en mis ojos. Llorar porque dejaba a mi madre sola en Canadá me parecía un atropello. Tal vez no estaba haciendo lo correcto.

— ¿Hanna? ¿Estás bien? — Pregunto Alex a un lado de mí.

— ¿Qué? — Pregunté atropelladamente. —Sí, estoy bien. — Respondí.

—Pareces triste, ¿Lo estás? — Me reto con la mirada. — ¿Es tu madre? ¿Es sobre ella?

—Sí... No sé. No debí dejarla sola.

—Ella estará bien.

—Lo sé, pero... ¿Sabes? Lo que dijo Sarah sigue dando vueltas en mi cerebro. — Anuncie mientras miraba el respaldo del asiento delantero con mi ceño fruncido. El avión estaba totalmente iluminado, las luces blancas iluminaban cada rincón del avión.

—No debes confiar en Sarah.

—Tampoco en mi madre. — Susurre.

—Hanna, sea quien sea, pronto se sabrá. No estamos viajando en este avión por nada. Llegaremos a la mansión y hablaremos con mi madre, con Eric y con Sarah.

— ¡Alex! — Salte de mi asiento. —El papá de Sarah es policía, y, ¿Si el retiro los cargos contra Sarah? ¿Si ya está libre?

Él me miro cauteloso.

—Entonces tendré que cuidarte más y buscaremos a Sarah. Mientras tanto tú debes dormir. Necesitas descansar. — Dijo con calma. Su pecho subía y bajaba con lentitud.

Me quede mirándolo y unos segundos después me quede dormida por más que trate de evitarlo.

Tres horas después, habíamos conseguido un taxi y estábamos en frente de la mansión de los Crowell. Aquí por supuesto hacía menos frío que en Canadá, así que había tenido que quitarme la mayoría de mis abrigos y quedarme con uno ligero, aunque el viento aquí soplaba con fuerza.

— ¿Puede esperar un momento? — Le pregunte al conductor del taxi mientras me bajaba. Él asintió de mala gana.

Camine con cautela hasta la puerta de la mansión y toque el timbre, eran aproximadamente las ocho de la mañana. Esperaba que alguien estuviera despierto.

El timbre sonó en el interior de la mansión. Mis piernas temblaron, ¿Qué se suponía que diría?

— ¿Diga? — Dijo una voz detrás del otro lado de la bocina. No era la voz de Rossie, ni mucho menos de Eric ni de George.

—Quisiera hablar con la Sra. Rossie.

— ¿Quién la busca? — La voz sonó familiar.

—Soy Hanna.

Silencio.

— ¿Hanna Reeve? — La voz sonó aturdida. Trague saliva.

—Sí, Hanna Reeve. — Confirme.

— ¡Oh Dios mío! ¡Un momento, voy para allá! ¡No se vaya por favor! — Grito desesperadamente. Di un salto hacia atrás ante el grito proveniente de la bocina.

¿Qué rayos había sido eso?

Mire a Alex y el levanto los hombros en señal de que no sabía qué pasaba. Espere a que alguien abriera la puerta, pero todo lo que se escuchaba detrás de la puerta era un silencio perturbador. Le hice una señal al conductor del taxi y este hizo una mueca de disgusto.

Después, un ruido proveniente del interior de la casa hizo que me relajara. Pero luego el ruido se hizo más profundo y más ruidoso, no era solo una persona la que venía corriendo por el pasillo, si no que eran varias personas, y al escuchar los murmullos se escuchaban totalmente estupefactos.

La puerta se abrió en cinco segundos.

— ¿Hanna? — Alguien grito antes de que la puerta se abriera totalmente. Era una voz masculina y a juzgar por el tono preocupado, supe que aquella voz era de Eric.

—Soy yo. — Sisee con voz baja. Los pasos se hicieron más ruidosos y después, cuando la puerta se abrió, pude divisar a cuatro personas mirándome con los ojos bien abiertos.

Rossie llevaba su pijama de seda blanco, y George llevaba una bata de color azul casi atada a su cadera, el lazo a la cadera se estaba cayendo, pero él llevaba su pijama debajo, así que no dejaba mucho a la vista. A un lado de ellos estaba Eric con los ojos rojos e hinchados, su barba había crecido en las últimas dos semanas en las que yo había estado en Canadá. No dude en porque se veía tan mal físicamente.

Marina, la ama de llaves estaba también ahí, y me estaba mirando con una sonrisa enorme, incluso sus ojos se habían cristalizado.

Todos me estaban mirando como si fuera una persona especial. O algo increíble de ver. Sus ojos estaban tan abiertos que creí que en cualquier momento saltarían hacia a mí.

—Hanna. — Dijo Rossie rompiendo el hielo. —Estas aquí.

— ¿Hanna? — Volvió a hablar Eric mientras se abría paso entre Rossie y George. Sus ojos se veían desorbitados y parecía que en cualquier momento iba a desmayarse. —Oh, santa mierda, estas aquí. — Susurro con la boca abierta. Su cuerpo estaba tan duro como una roca, parecía que el frío de Canadá lo hubiera dejado pegado al piso.

—Hola, yo... — Ni siquiera sabía que decir. Tener todas las miradas desconcertadas sobre mí, me hacían ponerme nerviosa. —Yo siento llegar sin avisar, pero...

—Oh, Dios, hace un frío horrible allá afuera, ¡Entra por el amor de Dios! — Gimoteo George.

—En realidad yo... — Mis mejillas se calentaron. Era muy vergonzoso pedirles que pagaran el taxi. —Vine en taxi y no tengo dinero para pagarlo...

Todos me miraron sin comprender. George miro sobre mi hombro y asintió comprendiendo. Él vio el taxi y entro a la mansión con paso rápido, un minuto después, salió con la billetera en sus manos.

—Entra, yo me encargo de tu equipaje. — Dijo George dándome una media sonrisa. Su rostro no expresaba más que satisfacción.

—Entra, ¿Desde dónde vienes? ¿Y Margaret? — Me pregunto Rossie mientras caminaba a un lado de ella, su cuerpo estaba tan tenso que el aire se había contagiado. Sus ojos me miraban todavía abiertos. —Te hemos estado buscando.

—Desde Canadá. — Le informe. — Mi madre se quedo allá.

Pude escuchar como George arrastraba mi maleta por los pisos de mármol de la mansión. Rossie me guío a una de las salas de visita, y cuando dimos vuelta para entrar al salón, Alex ya estaba ahí adentro.

—Creímos que tu madre te había escondido de nuevo, nos imaginamos lo peor. — Ella se sentó en uno de los sillones y me hizo una seña para que me sentara. Eric apareció como un rayo en la entrada del salón. Él se veía realmente enfermo. Parecía que no había dormido en varios días, incluso semanas.

=====

## Capítulo 83.

— ¿Lo peor? ¿Por qué? — Mi ceño se frunció casi inconscientemente. Rossie estaba tan pálida que creí que estaba enferma. Sus rasguños estaban desapareciendo, se veían como pequeñas líneas sumamente delgadas. Supuse que estaba usando algún tipo de crema para eliminar las marcas y cicatrices. Nadie en la habitación se veía feliz.

—Creímos que Margaret había huido de nuevo. Nos espantamos cuando Eric llegó como un loco diciendo que la casa en donde vivían estaba completamente vacía. Fue un lío, tú no estabas en ninguna parte de la ciudad y Margaret nuevamente lo había planificado todo ocultando sus nombres. No había ninguna señal de ustedes. — Dijo Rossie mientras me miraba. Su rostro no llevaba ni una gota de maquillaje. Y sin embargo, su rostro se veía joven y liso. Tenía la mirada aterrada.

—Yo... siento no avisarles, pero, tenía que arreglar algunos asuntos con mi madre, y llamarlos y decirles donde estaba solo alteraría las cosas y a mi madre. Lo siento mucho, de verdad que no fue mi intención preocuparlos de esa manera. — Me disculpe en silencio. Mis ojos estaban en el piso de mármol, puse mis manos entre mis rodillas y entrelacé mis dedos fríos.

Eric negó desde el umbral. Su ropa estaba tan arrugada y sucia que creí que no se había duchado en días. Su cuerpo estaba tan tenso y tan relajado al mismo tiempo. Repetí la escena de sus ojos azul mirándome desde la puerta de la entrada, eran sofocadores al principio, como si hubiese visto a un fantasma, pero cuando confirmaron que efectivamente era yo, se habían dilatado de una manera extraña, casi tranquilizada.

—No te disculpes, en todo caso, Margaret tenía algo de razón en llevarte lejos. Ella solo quiere protegerte. — Contestó Eric con los ojos cansados.

Rossie rápidamente elevo sus hombros en forma de poder. Su mirada se volvió de mí hasta Eric y sus ojos reflejaban incredulidad.

— ¿Qué? ¿Protegerla de qué? ¿Acaso justificas que tu esposa esconda a tu propia hija de ti?, No seas ridículo Eric.

—Rossie... — Dijo George desde atrás del sofá. Rossie negó ignorándolo.

—Eric, tú como George y yo sabemos que Margaret es la culpable de todo esto. Tan solo mírate en un espejo. Este sucio por dentro y por fuera. En los últimos siete años olvidaste que tenías una vida, olvidaste que tenías una familia y que Alex estaba vivo, y todo gracias a Margaret, y ahora, Dios... — Ella hizo una mueca de desagrado. —Te está destruyendo de nuevo. — Le reprochó con un desaire. Eric se encorvo un poco, sus ojos me miraron por un segundo y después se entrecerraron mirando con desprecio a Rossie.

—Tú más que nadie sabe por qué. Y ahora que mi hija está aquí... — Él me miró. —Hanna, quiero que sepas que amo a Margaret, no importa lo que paso antes. La amo. — Lo miré sin entender, en realidad no sabía que responder, mi cuerpo estaba tan frío que me impedía removerme en el sillón. La situación se estaba volviendo tensa e incómoda. Yo no quería que pelearan por mi culpa.

—Por favor Eric, se razonable. — Pidió Rossie con frustración.

—Estoy siendo razonable. La culpa no es de Margaret, es mía.



—Que insistente eres. — Contestó Rossie girando sus ojos. Ambos se veían dispuestos a pelear. Sin embargo, Eric no se veía tan perfecto como lo había visto la primera vez y como en aquella fotografía. Era todo lo contrario. Su cabello estaba tan desordenado que divague en pensar sobre un nido de arañas en su cabeza. Como siempre, el tenía las manos metidas en los bolsillos delanteros de su pantalón gris, y su camisa estaba totalmente fuera de lugar, los pocos botones que tenía abrochados estaban en el lugar equivocado. Por suerte, él era guapo y eso lo hacía lucir masculino, sus brazos estaban tan tensos que se marcaban todavía más en su camisa apretada y arrugada. Sin embargo, Eric no era perfecto, él olía realmente mal. Evite pensar cuando fue su última ducha decente.

—Hanna, debes saber que Margaret es buena, y en ningún momento te estamos poniendo en contra de ella. ¿De acuerdo? — Él se veía preocupado. Su cuerpo estaba recargado en el umbral de la habitación y tuve que obligarme a asentir sin responder. Sentía que si decía algo, uno de los dos iba a volverse en mi contra.

Rossie gruñó por lo bajo mientras murmuraba unas cuantas palabras inaudibles.

— ¿Margaret buena? ¡Este si es un buen chiste!

—Por Dios Rossie, solo cállate. — Alargó Eric con una mirada amenazante.

— ¿Callarme? ¿Por qué lo haría? — Todo lo que había en su voz era incredulidad. —Creo que es momento de decirle la verdad, hay que decirle sobre... — Sus ojos se abrieron tanto que creí que iban a salirse de órbita.

—Rossie... — Interrumpió George apretándole los hombros con suavidad. Por instinto, ella guardó silencio.

—Lo siento. — Susurro ella.

— ¿De qué verdad hablan? — Me sentí como una niña pequeña sin saber nada del mundo. Otra vez estaba en este lío sobre descubrir algo, y al minuto siguiente, había otra nueva cosa para

descubrir. Eso realmente me estaba hartando y molestando. Parecía como un juego infinito en el que solo se burlaba de mí haciendo las cosas más difíciles de lo que había creído. Eric miro hacia otro lado ignorando totalmente mi pregunta, al contrario, Rossie me miraba con añoro y con decepción. Mi pulso comenzó a acelerarse. Esto tenía que ser una broma, ¿Acaso iba a ir de verdad en verdad? ¿De qué se trataba todo esto? —Díganme de que verdad hablan. — Exigí con la voz cortada.

—Bueno, Hanna, tú madre resulto ser lo que todos esperábamos. — Sus labios se volvieron de un rosa cálido, a un rojo vivo. Las palabras resonaron en mi cabeza como si una bomba hubiera explotado dentro.

— ¿De qué hablas, Rossie? — Mi voz tembló. Me asuste de inmediato y pude sentir como el frío de Canadá se golpeaba contra mi cuerpo cálido. Me puse rígida.

¿Acaso las sospechas y las teorías sobre mi madre eran ciertas? O, ¿De nuevo me había mentido? ¿Me había ocultado otra cosa relevante?

Dios, la angustia iba a matarme justo ahora si no me decían de qué se trataban aquellas palabras.

—No es tu problema Rossie, no te metas. — Gruño Eric con voz ronca. Ella abrió la boca pareciendo ofendida.

— ¿Qué no es mi problema? ¿Y Alex? ¿Él no es mi problema, Eric? — Rossie elevo su voz. —Creo que Hanna debe saber. Nosotros no le ocultaremos nada, ese fue nuestro trato.

—Cállate Rossie, tu no le dirás nada. Margaret hablará con ella. — Espetó.

—No creo que sea la mejor manera de hablarle a una dama, Eric. — Urgió George acercándose hasta donde nosotros estábamos mientras rodeaba el sillón. George comenzaba a verse molesto e irritado. Inconscientemente me sentí culpable del lío que estaba pasando aquí.

—Lo siento, George, es que... — Su voz se corto y sin poder evitarlo, su rostro se agacho y sus

ojos miraron hasta el piso con vergüenza. Pestañee con disimulo.

Nunca me imagine ver a un hombre tan... roto.

—Creo que a todos nos ha tomado por sorpresa la llegada de Hanna. — George se puso detrás del sillón donde estábamos sentadas Rossie y yo. Por supuesto él se puso detrás de Rossie y sin dudarlo, sus manos se posaron con suavidad en los hombros de ella. —Deberíamos calmarnos todos y escuchar a Hanna. — Exclamo con autoridad.

Rossie me tomo de las manos sin pedírmelo y me sonrió.

—Te lo contaré más tarde. — Movi6 sus labios, sin formular ningún sonido con su boca.

—Gracias. — Le di una sonrisa cómplice sin que nos viera George o Eric.

—Nos tenías con el alma en la boca. Me alegro que estés de regreso. Siempre serás bienvenida, ya lo sabes. — Sus suaves dedos me apretaron con suavidad, sus dedos eran tan delgados y largos que sentí que en cualquier momento podían quebrarse y deshacerse entre los míos. Su cabello rubio estaba volviendo a tener ese color brillante que había tenido antes de que sufriera el ataque, sus ojos azul me envolvían en un abrazo con la mirada que me brindaba. Me sentí acalorada cuando sus dedos me apretaron de nuevo con un suave movimiento y asentí con una media sonrisa.

George se aclaró la garganta.

—Estoy totalmente de acuerdo con Rossie. Esta es tu casa y puedes venir cuando quieras, a mí también me alegra verte de nuevo. — Me mostró sus dientes blancos y por un segundo creí tener una familia de verdad. Es decir, ellos eran mi familia, pero ahora realmente los sentía como tal.

—Mi madre me contó un poco sobre ustedes, ella ya me dijo la verdad. — Interrumpí antes de que el problema pasara a mayores. Las miradas de la habitación se pusieron sobre mí.

— ¿Qué verdad? — Pregunto George con una ceja levantada.

—Sobre Eric. Ella me dijo que Eric es mi padre, por eso estoy aquí. — Expliqué.

— ¿huiste de ella? — Pregunto Eric con la voz ronca. Sus músculos se habían puesto tensos en menos de un segundo.

—Algo así... — Mis mejillas se tornaron de un rojo carmesí. Era algo difícil de asimilar. Sonaba egoísta decirlo de mi parte. Mi madre no se merecía ser abandonada en Canadá por su propia hija, yo no estaba acatando sus ordenes y eso me hacía sentir mal de alguna manera. Sin embargo, sentía muy dentro de mí, que estaba haciendo lo correcto.

—Dime en donde esta, iré por ella. — Su voz sonó firme, su cuerpo se había puesto recto y se veía totalmente decidido a lo que sus palabras habían mencionado.

—No seas ridículo. — Volvió a decir Rossie. Ella comenzaba a verse enfadada. —No irás a ningún lado y menos en ese estado, ¿Por qué no te duchas y arreglas tu ropa y ya después decides si estás haciendo lo correcto? ¿Acaso quieres ser el bueno del cuento?

—Muy bien, ya basta los dos. Creo que Hanna está aquí por una razón y la vamos a respetar. — Dijo George acercándose a la habitación. Ninguno de los dos se atrevió a interrumpirlo. El sol comenzaba a salir, y el calor de la habitación no era suficiente para los tres, el clima aquí era totalmente diferente a Canadá, no hacía tanto frio y aquí no nevaba, sin embargo, el viento no favorecía con el sol. Los rayos comenzaban a penetrar las gruesas cortinas de la habitación casi oscura y conforme pasaban los minutos, sus rostros comenzaban a hacerse más visibles. — ¿Por qué no duermes un rato, Hanna?, supongo que el viaje fue cansado, todos necesitamos dormir un poco y esperar a que el sol salga por completo. — No quería contradecirlo, así que asentí sin formular ningún tipo de sonido. —Y tú hermano, date un baño, no creo que sea la manera correcta de recibir a tu hija. — Eso sonó como un regaño indirecto. Eric también asintió.

Rossie me apretó las manos y me sonrió con esa sonrisa dulce y tranquilizada. Yo sabía que ella se alegraba de verme, podía ver el brillo en sus ojos azul.

—Te veré más tarde, ¿De acuerdo? — Su voz fue como un susurro solo audible para nosotras

dos.

—Está bien, gracias por recibirme, y siento... siento ser tan inoportuna. — Murmure. Sus ojos se veían tan calmados que su efecto me contagiaba. Estaba completamente segura de que Rossie ya había pasado por esos horribles trastornos por los que había pasado.

La mujer rubia con una bata de seda que se encontraba enfrente de mí, me lo confirmaba.

—Descuida. Creo que has alegrado el día de todos en esta mansión. — Y con una enorme sonrisa, salió de la mano con George.

—Marina te llevará a la habitación, descansa. — Dijo George mientras se alejaba con Rossie. Antes de que girara su rostro y me diera la espalda, asentí.

—Gracias. — Susurre en forma de agradecimiento.

Eric aún seguía ahí.

—Yo sé que necesitas descansar, pero ¿Qué fue exactamente lo que te dijo Margaret? ¿Qué dijo sobre mí?

Suspiré. Eric realmente se veía preocupado, sus ojos me miraban con inquietud, como si algo le afectara en la cabeza. Sus ojos se cerraban inconscientemente, pero él se negaba a cerrarlos y los mantenía bien abiertos.

—Bueno, ella no me dijo precisamente la verdad así de directo... — Le conté. Sus piernas se movieron por alrededor de la habitación, y después caminaron hasta donde estaba yo, una vez que su cuerpo estaba lo suficientemente cerca de uno de los sillones, él se dejó caer a un lado de mí.

Su cuerpo se veía fuerte, pero era todo lo contrario. Podía pelear contra él y no importaba la fuerza mínima que el haría, yo ganaría con tan solo darle un puñetazo en la cara. Él se veía

atormentado, y no le interesaba otra cosa en el mundo que no fuera mi madre.

— ¿Qué quieres decir? — Preguntó Eric levantando una de sus gruesas cejas. Tuve que tragar fuerte para poder hablar.

—Ella fingió al principio, me mintió acerca de ti, le pregunte el nombre de mi padre y ella simplemente dijo que se llamaba Christian, por supuesto yo sabía que no era cierto, así que insistí en que me platicara más sobre él, pero ella desistió y negó rotundamente diciéndome que con lo que me había contado bastaba y sobraba. La obligué para que me enseñara mi acta de nacimiento. — Explique rápidamente ya que yo realmente estaba muy cansada por el viaje y quería dormir un poco para asimilar todo lo que estaba pasando. Pero Eric estaba bastante empeñado en no dejarme hacerlo. Aunque entendía sus razones.

— ¿Y? ¿Lo hizo? ¿Te mostró tu acta? — Su ceño se profundizó cuando lo frunció todavía más. Por un momento creí que él no siempre estuvo interesado en buscarme a mí, sino a mi madre. Por eso insistía tanto en saber sobre ella.

—Sí. — Respondí con un suspiro doloroso.

—Supongo que te tuvo que contar absolutamente todo. — su voz había cambiado drásticamente. Ahora era más firme y cautelosa, casi autoritaria como la de George. Incluso Eric se había esforzado en ponerse recto en el sillón, ya que anteriormente su espalda estaba curvada.

—Me contó sobre los trastornos de Rossie y el problema que se origino por eso, si es a lo que te refieres... — Ahora era yo la que había fruncido el ceño. Él asintió.

—Sí por supuesto. — Contestó mirándome. —A eso me refiero. — Completó.

—Eric, ¿Es cierto lo que dijiste hace un momento? — Pregunté.

— ¿Sobre qué? — él no pareció captarlo de inmediato.

—Sobre mi madre, dijiste que la amabas a pesar de todo... ¿Es cierto?

Tal vez eso no era asunto mío. Pero realmente me interesaba esa respuesta, porque si Eric respondía que sí, yo tenía claro que él haría cualquier cosa por mi madre, y eso involucraba ser cómplice de un asesinato. No estaba diciendo que mi madre fuera la asesina, pero eran demasiadas coincidencias, y ahora Eric juraba casi amarla con todo su corazón, ¿Eso significaba algo más?

Yo era mala con las suposiciones y con las teorías, pero apostataba un millón de dólares a que Alex estaba pensando lo mismo que yo. Eric miro hacia uno de los cuadros coloridos que colgaba de la pared de la izquierda, por unos segundos pude respirar como era debido, ya que él no me estaba mirando y yo estaba demasiado incomoda como para respirar una buena cantidad de oxígeno. Era difícil hacerlo cuando él estaba demasiado cerca de mí. Me sentía asfixiada y aprisionada.

Él se relamió los labios y su mirada volvió a encontrarse con la mía.

—Sí, es cierto. — Respondió en silencio. Su rostro se había vuelto a una seriedad increíble. Tuve que obligarme a respirar un poco de oxígeno.

— ¿Por qué? — Pregunté casi de inmediato. — ¿Por qué amarla cuando te dejo? ¿Cuándo te mintió y oculto de mí?

—No puedes odiar a alguien cuando sabes que la culpa fue tuya.

—Todos dicen lo mismo, incluso tú, crees que es tu culpa... Y no es verdad. La culpa fue de ambos.

—Creo que es mejor que descanses. Lo necesitas. Me alegra que estés de nuevo aquí. — Su tono fue duro, casi indiferente. Tuve que aguantarme las inmensas ganas de golpearlo en el rostro para que reaccionara. Eric se levantó del sillón de un salto y sin despedirse salió de la habitación casi corriendo. Solté un bufido frustrado.

Marina apareció en la habitación casi impredecible y tuve que dar un paso hacia atrás cuando su voz me tomó por sorpresa.

—Señorita Hanna... — Dijo ella. Su uniforme estaba perfectamente planchado y su cabello rojo estaba suelto y caía en sus hombros. Las llaves colgaban de una de sus bolsas del mandil blanco. —El señor George me pidió que la llevaré a una de las habitaciones. La mayoría están ocupadas, como se habrá dado cuenta, los familiares del señor George están aquí desde hace poco. Acompáñeme por favor. — su rostro se volvió suave y con una pequeña y débil sonrisa se giró para comenzar a caminar.

—Gracias Marina. — agradecí mientras comenzaba a caminar detrás de ella. Mientras caminábamos por el pasillo de mármol, mis zapatos resbalaron un par de veces por el piso. Una pregunta me asaltó casi de inmediato, y sin poder evitarlo e involuntariamente, la pregunta salió de mis labios.

— ¿Qué pasa con la familia de Rossie? ¿También está aquí?

Ella negó sin girarse. A pesar de que tenía unos kilos de más, caminaba con rapidez.

— ¿No lo sabe? — Su voz sonó lejana. —La señora Rossie es huérfana. No tiene ningún familiar. — Respondió en un murmullo tan silencioso como si la fueran a escuchar las paredes. Mi pecho se apretó y tuve que obligarme a no sentir un dolor similar a la lástima. Y como si mi boca se hubiera quedado sin músculos, y sin cuerdas vocales, no pregunte nada más.

Subimos las escaleras dobles que tanto conocía y cuando llegamos a la segunda planta, las puertas que estaban de ambos lados estaban cerradas. Marina se aclaró la garganta con disimulo.

—Me temo que debido a las visitas, tendrá que dormir en la habitación de Alex, claro, si no está de acuerdo en dormir ahí puedo... — Mi corazón brinco de mi pecho.

—No. — Interrumpí con la voz ronca. Tragué saliva con dureza. —Ahí está perfecto. — Termine de decir. Ella asintió delante de mí y su cabello rojo pareció incendiarse con los rayos del sol que ya penetraban a la segunda planta. Tuve que esforzarme para no sonreír en frente de Marina y de



Alex que caminaba a un lado de mí.

Iba a dormir en la habitación de Alex Crowell.

Alex me miró de reojo y pude notar como sonreía por lo bajo mientras negaba con diversión.

=====

Capítulo 84.

La habitación de Alex seguía igual. Ninguna de las cosas se había movido de su lugar. Las cortinas azules colgaban de las ventanas que daban al patio trasero, se encontraban cerradas, por supuesto. Los estantes colgantes también estaban ahí, incluso la colección de autos que Alex había comprado, el auto rojo, el azul, el verde y otros más de diferentes colores con diferente modelo, su fotografía con el uniforme del instituto se encontraba en el mismo lugar cuando vine por primera vez aquí. Los recuerdos volvieron como un flash rápido y tuve que forzarme a no sonreír. ¿Quién se hubiera imaginado que yo estaría de regreso aquí? ¿En la habitación de Alex, y con él? Estaba segura que nadie había entrado a la habitación, supuse que la única que entraba era Marina, ya que la cama estaba perfectamente hecha y los muebles no tenían ni una pizca de polvo. Todo lucía perfecto. Incluso el aroma era familiar, ya no era limón como el resto de la casa, sino que era algo más fuerte, era un olor ahogar, una combinación de naranja con un fresco de pino.

Inhalé fuerte para mantener el olor en mi mente.

Aquí el aire era cálido y demasiado acogedor. Se sentía demasiado bien estar en un lugar en donde había estado Alex cuando estaba vivo.

—Subiré su maleta en un segundo, ¿Gusta algo de beber? — Me preguntó. Todavía anonada por la habitación de Alex, camine hasta uno de los estantes colgantes y tome la fotografía de Alex en mis dedos resbalosos.

—No, estoy bien, tú también necesitas descansar. — Sugerí sin mirarla. Alex estaba sonriendo en esa fotografía, y también lo estaba haciendo aquí. Estaba en frente de mí, y me estaba sonriendo. Sus comisuras estaban tan elevadas que su sonrisa era profunda y de alguna manera, fascinante.

Marina dijo algunas cosas que no pude comprender porque estaba lo bastante absorta en mis pensamientos como para prestarle la mínima atención a sus palabras. Después, la puerta se cerró.

—Recuerdo la primera vez que estuve aquí, realmente me asustaste. — Deje el cuadro en su lugar y me giré para mirarlo. Mis ojos se levantaron y en menos de un segundo, nuestros ojos estaban conectados.

— ¿Lo hice? — Preguntó.

—Por Dios, Alex, sí. — Respondí sincera. El día en que Alex me hablo en persona y por primera vez estuve a punto de sufrir un infarto, pero no lo hice. Estuve tan estupefacta que pensar en un infarto era casi imposible en ese momento. Me habían temblado tanto las piernas que se me habían dormido por el resto del día. Ver a un fantasma era algo... terrorífico viéndolo desde otro ángulo. Pero, ahora sabía que Alex no era malo, y que por lo tanto, no todos los fantasmas eran malos. Debo de admitir que mi corazón sintió un apretón fuerte.

Si Alex no se hubiera cruzado en mi camino, yo sería Hanna Reeve, y no Hanna Crowell. Seguiría siendo aquella chica aburrida que no tenía nada que hacer con su vida. Y vamos, mi vida había dado un giro de noventa grados con cada segundo que pasaba. Todo cambiaba al instante.

—Sí, bueno, no te molestes conmigo, pero quería molestarte. Y funciona. — Bromeó.

—Eso no fue gracioso. — Contesté con voz seria. Aunque por dentro estaba muriéndome de la risa al ver como su rostro se volvía pálido.

—Lo sé, lo siento. — Se disculpo en voz baja.

—Estoy bromeando. — Dije rápidamente.

Su rostro se puso de un color rojo suave.

—Oh, dios, estas sonrojándote.

—No lo estoy haciendo.

—Claro que sí. Te ves adorable.

Él se sonrojo todavía más.

Mi estomago crujió.

—No. Demonios. — Gemí en voz baja y con toda mi fuerza, apreté mi estomago. Un fuerte ardor se provocó en el interior de mi cuerpo y sentí como mis entrañas se hacían un nudo.

— ¿Hanna? ¿Estás bien? — Él camino rápidamente hasta mí. De manera involuntaria mi cuerpo se doblo y apreté con más fuerza mi estomago, ¿Qué era ese dolor infernal?

—Quiero vomitar... — Balbucee. Un calor terrible recorrió mi garganta y sentí como dentro de mí se contraía con dureza y dolor. —Espera aquí. — Dije cuando vi la puerta del baño y sin pensarlo dos veces me zafé de su agarre y corrí con la mayor rapidez posible hasta el baño. Alex dio un paso hacia atrás abriéndome paso, y después corrió detrás de mí. Aunque, fui lo suficientemente rápida y cerré la puerta antes de que el entrara. Puse el seguro y el peleo contra el pomo de la puerta.

Estaba claro que lo dejaría verme vomitando.

Mi estomago volvió a gruñir. Pero ahora de una manera más salvaje.

Justo cuando deje de apretar, todo el dolor se paso de mi estomago a mi garganta con una fluidez terrible que me hacía sentir asqueada. Era como si tuviera un cabello en la garganta y no me dejara respirar, no importaba lo pequeño y delgado que fuera, estaba tocando uno de mis puntos débil en el que mi estomago era el afectado. Mi garganta ardió cuando el líquido salía de mi boca, me agache y retire mi cabello antes de que se llenara de ese horrible vomito y ese quejumbroso olor, pude sentir como la habitación daba vueltas. Era extraño, lo último que había comido eran unas papas de McDonald's ayer por la noche, ¿Acaso eso era? ¿Las papas habían provocado esto?

Pero luego comprobé que no era eso. Era ese líquido blanco, de nuevo.

Y no tenía olor ni forma. Era solo líquido neutro con un olor similar al agua.

Antes de que vomitara las papas, descargue todo aquel liquido y este se reemplazo por agua totalmente limpia.

¿Qué demonios?

— ¿Hanna? ¿Sigues ahí? ¿Estás bien? — Casi gritó del otro lado de la puerta. Mi garganta dolía tanto que no podía hablar. Alex golpeo la puerta con dos suaves toques seguidos. Yo realmente quería responderle, pero mi boca no podía formular nada. Sentía todavía el liquido recorrer por mi esófago. —Háblame, por favor. — Pidió en un susurro.

Tomé todo el aire que pude y deje caer todo mi peso al piso del baño. Estaba tan frío que mi cuerpo tembló cuando sintió un escalofrío por mis piernas. Me sacudí involuntariamente.

—Estoy bien. — Recordé como hablar. —Las papas me hicieron daño. — Mentí. Era ya, demasiado vergonzoso que él me viera vomitar, como para saber que estaba devolviendo un líquido blanco totalmente normal. Yo no tenía la necesidad de incomodarlo con mis nauseas.

— ¿Segura que estás...? — Su voz se corto.

¿Qué?

Me levante tan rápido como pude y antes de salir a ver qué pasaba, me enjuague la boca tan rápido como fue posible. No me tomo ni cinco segundo en hacerlo.

Una puerta se abrió a lo lejos.

Marina. Pensé.

— ¿Marina? — Pregunte cuando abrí la puerta de par en par. La habitación estaba en profundo silencio y la puerta estaba cerrada, lo cual me sorprendió, porque yo nunca la escuche cerrarse. Nunca. La única entrada alterna hubiese sido la ventana, pero estaba tan segura de que nadie subiría dos plantas tan fácilmente y sin hacer un ruido mínimo, aparte de que las ventanas estaban cerradas y las cortinas caían encima de ella, privando cada minúscula parte de exterior. Puse mi cabello detrás de mis hombros y me puse tensa.

Definitivamente algo andaba mal. ¿Por qué Alex se callaría? ¿Alguien había entrado a la habitación?, no encontraba una respuesta lógica. Con lentitud y sin dejar de soltar el pomo de la puerta del baño, la fui cerrado una vez que yo salía. Eso me hacía sentir distraída. Podía mantenerme ocupada en apretar el pomo mientras mi cuerpo comenzaba a temblar. Cuando mi mirada viajo por cada rincón de la habitación, mi corazón acelero mis latidos, no había nadie. Me ahogué con mi propia saliva cuando intente tragar.

Mi ceño se frunció involuntariamente.

Si no era Marina y no estaba Alex, ¿Entonces quién estaba adentro?

Cuando la puerta se cerró por completo y yo pude dejar de apretar el pomo. Mi boca se abrió.

— ¿Alex? — Pregunte una vez más. Silencio.

No hubo respuesta. Tragué saliva con dureza, esta vez sin ahogarme yo misma.

— ¿A...? — Pregunté de nuevo. Mi boca se cerró y no pude terminar lo que decía. Antes de que pudiera gritar y echarme a correr, unas manos me atraparon por detrás con fuerza y me apretaron con dureza. Las manos se hicieron más suaves y mi cuerpo intento forcejear con la persona que tenía detrás de mí. Por supuesto, aquella persona tenía ventaja sobre mí, sus manos me enrollaban todo mi torso y me apretaban las manos y el cuello, por lo cual era difícil respirar y moverme. Lo único que podía utilizar en su contra eran mis piernas con heridas, pero eso no funcionaría, porque estaba detrás de mí, y era sumamente imposible darle una patada en la espinilla sin que la esquivara. Mi último recurso era mi boca, es decir, mis dientes.

Intente morder las manos de la persona que me agarraba con fuerza.

Aquella persona, supo de inmediato mis planes y suavizo su agarre. Unos labios húmedos se posaron contra mi oído derecho. Mi respiración era tan irregular que sentía que el aire era insuficiente para llenar mis pulmones. Mi corazón se golpeaba contra mi pecho con fuerza, y sinceramente dolía como el infierno.

Mi mente jugó conmigo un poco, y claro, siempre en mi contra. Fue imposible pensar que el atacante era el asesino de Alex. Solo una persona así podía escurrirse de esa forma. Sin ser visto y sin dejar pistas.

Gemí en mis pensamientos.

No. No. No estaba pasándome esto ahora.

—Shh. — Me silencio en un susurro. Mi boca se abrió y mantuve mis dientes lejos de aquellas manos. —Soy yo. — Susurro en voz baja. Casi inaudible. Sus labios pegados a mi oreja derecha.

Su agarre se fue soltando una vez que me habló.

Alex. Maldición.

— ¿Qué? ¿Por qué...?

Él me silencio mientras ponía su dedo índice entre mis labios. Sus ojos me miraron con una señal de advertencia mientras señalaba su closet. Su mirada fue clara y directa, y yo lo comprendí de inmediato.

Alguien había entrado.

—Está en el closet. Ten cuidado. Es Anna. — Su voz salió como un murmullo.

¿Anna? ¿Qué estaba haciendo ella aquí?, quiero decir, ¿Qué hacía en la habitación de Alex?

— ¿Hola? ¿Anna? — Pregunté mientras me acercaba al closet. —Oye, se que estás ahí, no le diré nada a tu madre, ¿Puedes salir? — Pedí con tono suave. Mis pasos eran tan suaves y sigilosos que no se escuchaban en la habitación.

Tal vez Anna estaba aquí porque ya llevaba un tiempo escondida en el closet. Realmente admiraba su valentía, su madre apenas y charlaba con ella y ya la trataba de loca. Recordaba cada una de sus palabras mientras discutía con Caroline, la tía de Anna, y al parecer la mía también. Sus palabras habían sido duras y quejumbrosas, aun así, ella no se había molestado en hablarlo en privado, sino que se empeñaba en decirle a todo el mundo que Anna estaba loca.

Pero, ¿Realmente ella lo estaba?

No.

No hubo respuesta de su parte, por lo tanto, tuve que acercarme más. Mi respiración trato de regularizarse, yo sabía que no corría peligro con Anna, ella no me haría daño.

— ¿Anna? — Susurré y me acerque un poco más, casi quedando al frente del closet. Algo se cayó ahí adentro y por instinto di un paso hacia atrás. Sin embargo, la puerta del closet no se abrió y no pareció haber nadie ahí adentro. Era imposible ver desde aquí afuera, la forma del closet era totalmente plana y de un color blanco brillante, tenía un par de manijas para jalar. —Hey, no voy a hacerte daño. — Le dije con tono animado.

Silencio.

Mire a Alex de reojo y él me hizo una seña de que lo abriera. Él estaba parado en la puerta del baño, ambos sabíamos que era peligroso que alguien más lo viera o que en dado caso, abriera las puertas y la persona quedara en shock.

— ¿Alex está ahí? — Un susurro se escucho desde adentro. Tuve que reprimir un gemido en mi mente. Anna podía ver fantasmas, eso lo recordaba perfectamente, pero creí que lo había ignorado y se había olvidado completamente de él. Ahora sé que no fue así.

¿Ella temía de Alex?

—Mmh, sí. — Respondí con voz clara. Un ruido dentro del closet se hizo sordo.

— ¿Te ha hecho daño? — Sonaba asustada. Me pregunte, entonces, como es que esa pequeña adolescente cabía en ese pequeño lugar.

Yo me reí en voz baja, como si no lo pudiera comprender.

—No. Él no me ha hecho daño, Anna. — Respondí.

— ¿Me hará daño a mí? — El ruido se hizo más fuerte y asumí que una caja de zapatos se había caído. El golpe fue duro y sordo. Tuve que negar con incredulidad mientras sonreía. Por supuesto que Alex no le haría daño. Eso era ridículo.



—Claro que no. ¿Por qué te ocultas? — Mis ojos se desviaron de las puertas blancas y las puse en el piso de mármol. Agudicé mi oído y me concentre en cualquier ruido proveniente del interior del closet. Ella estaba comenzando a hablar muy bajo.

—Tengo miedo. — Ella sonó aterrada. —Alex es un fantasma... y ellos quieren hacerme daño. Siempre lo hacen. — Dijo desde adentro con un hilo en la voz. Era tan aguda que me costaba comprender lo que Anna decía.

Aclaré mi garganta y me aseguré de que mi voz sonara tan convincente como fuera posible.

—Alex no te hará daño, y en todo caso, yo estoy aquí. — Eso había sonado más convincente de lo planeado.

Ella espero un momento para continuar hablando.

—También lo puedes ver, ¿Cierto?

Asentí, aunque no podía verme. Volví a enfocar mi mirada a las puertas blancas como si ella fuera una de ellas.

—Sí. — Suspiré. —Y estoy demasiado segura que él no te dará miedo cuando lo conozcas.

Escaneé la habitación distraídamente mientras esperaba que Anna abriera las puertas del closet.

— ¿Puedes decirle que no me haga daño, por favor? — Su voz era amortiguada y clara. Ahora sabía que su rostro estaba pegado a una de las puertas y que pronto las abriría.

—Está bien. — Dije, aunque no servía de nada. Alex no le haría daño. De todos modos, me giré y me encontré con los ojos brillantes de Alex, le dije algunas palabras claves para que ella se sintiera segura. Él comprendió y asintió sonriéndome.

—Anna, no te haré daño. Lo juro. — Dijo él sofocado.

Unos segundos después las puertas del closet se abrieron con lentitud. Alex y yo nos quedamos mirando la escena con la misma lentitud con la que se abrían las puertas.

Una rubia con rizos salió del closet con las piernas temblándole.

Dios, seguro así estaba yo, o incluso peor.

—Hola, Anna. — Exclamó Alex con un aire tranquilo. Sus ojos azules se encontraron y yo pude sentir como el aire se volvía tenso y silencioso.

Ella se veía arruinada y tan solo era dos años menor que yo. Sus ojos se abrieron tanto hasta que no pudieron más y me miró como si yo fuera su escudo protector. Su rostro expresaba terror, sus músculos se habían contraído tanto que apenas podía mover sus oscuros ojos azules.

Su mirada profunda dejó mi mirada y miró a Alex con cautela, como si estuviera en una pesadilla, o algo así. Me asusté cuando ella no se movió ni un segundo y ni un centímetro de su lugar.

Le hice un gesto a Anna para que se calmara y para que volviera a respirar.

—Alex no te hará daño. — Le dije mientras me acercaba a ella. Sus rizos brillaban de una manera espeluznante. Tenía la piel tan blanca como yo.

—Alex... — Susurro ella tan bajo que apenas lo pudimos escuchar. Mi rostro observó la expresión torcida de Anna. —Creí que estabas muerto. — Balbuceo. Sus ojos se volvieron oscuros y más profundos.

—Lo estoy. — Respondió sin dejar de sonreír. Él quería parecer lo más normal posible. Pero todos aquí dentro, sabíamos que eso no iba a funcionar. Anna estaba en shock. Bueno, yo también lo estaría. Quiero decir, yo estuve en shock cuando Alex me habló aquí mismo.

— ¿Eres... un fantasma? — Pregunto con la voz cortada. Sus ojos estaban cristalizados.

—Umh, sí, eso creo. — Él se rio por lo bajo.

—Es increíble. — Murmuró Anna y después me miró. — ¿Desde cuándo hablas con él? — Su rostro volvió a moverse y pude respirar. Di un paso lejos de ella y me acerque a Alex un poco, no lo suficiente para estar a un lado de él. La miré con naturalidad y le sonreí de la manera más sincera.

Ella era una copia de Kate, solo que más pequeña y más joven. Pero tenían ese mismo color de cabello, y los ojos azules profundos que tanto se diferenciaban de los demás, incluso tenía los labios delgados y rosados como los de Kate. Me concentré en el cuerpo fantasma de Alex y solté un resoplido cansado.

—Desde que murió. — Respondí como si la respuesta fuera lo suficiente buena para cualquier pregunta.

—Vaya... yo... yo no lo puedo creer. — Sus ojos estaban abiertos. Su cabello se había desordenado un poco y los rizos se habían salido de su lugar, los cabellos rubios apuntaban a todas las direcciones de la habitación. Su nariz era tan pequeña que dudaba que pudiera respirar.

—Pensé lo mismo cuando lo vi por primera vez. Creí que estaba loca.

—Mi madre... — Ella agacho la mirada. —Ella cree que estoy loca. — susurro con dolor. Luego su rostro se levanto de golpe y me miro como si yo fuera la respuesta a todas sus preguntas. Mi ceño se frunció sin comprender lo que su mirada elocuente me decía. —Pero... ¿Tú también lo ves? ¿No es cierto? —Asentí sin comprender su punto. Anna se veía emocionada, excitada. —Tú puedes decirle a mi madre que no estoy loca, que los fantasmas existen. Tú puedes ser...

Negué antes de que terminara.

—Lo siento, Anna, no puedo hacer eso. Alex tiene que ser nuestro secreto.

— ¿Por qué? — Ella frunció su ceño y sus gestos se torcieron. Pase una mano por mi cabello con nerviosismo. Anna no sabía que Alex estaba aquí por una simple y dificultosa razón.

—Bueno, es muy sencillo. — Comencé a explicar. —Alex es un fantasma y solo nosotras dos podemos verlo. — Mentí. —Nadie nos creería.

—Claro que sí, todos te quieren. Mi tío George y mi tío Eric creerían en ti.

Alex se aclaró la garganta, interrumpiéndola.

—Anna, yo creo que Hanna tiene razón. Esto es muy difícil de... comprender y por nada del mundo puedes decírselo a alguien. Haz que quede entre nosotros.

—No saben por lo que he pasado. — Una lagrima se escapó de sus ojos. —Hanna, por favor. — Ella me miró con sus ojos suplicantes. —Dile a mi madre que no estoy loca, que los fantasmas existen, por favor. — Suplicó.

Para ese momento, mi corazón había recibido un apretón fuerte.

—Lo siento. — Respondí mirándola con lastima. —No puedo hacer eso. No puedo ayudarte. Pero, Alex puede quedar entre nosotras dos. Yo sabré que Alex existe y sabré que tú no estás loca.

—Tengo esquizofrenia, ¿Tú también la tienes? — Sus mejillas se llenaron de lágrimas, y no me pude explicar cómo había hecho para derramar tantas lágrimas en tan poco tiempo.

¿Qué? No. Yo no era esquizofrénica.

Su pregunta fue sorpresiva, y muy fuera de lugar, hizo que mi pulso se acelerara de una manera intranquila y preocupante, ¿De qué estaba hablando?, ambas estábamos viendo a Alex en vivo y en directo, ¿Qué tenía que ver con la esquizofrenia? ¿Acaso se compartía el fantasma? ¡Claro que no! ¡Alex era real!

Bueno, era un fantasma, pero teóricamente estaba aquí y dos personas lo estábamos viendo, por lo tanto, él era real, ¿Cierto?

Mi cuerpo se sacudió inconscientemente.

—Yo no tengo esquizofrenia. — Replique aturdida.

=====

Capítulo 85.

¿Qué quería decir con eso?, yo tenía amnesia y con eso bastaba, estaba completamente segura de que yo no tenía esquizofrenia. No escuchaba esas voces en mi mente y no alucinaba con muchas personas inexistentes.

Alex existía, por lo tanto, era real.

—Hanna, estamos viendo a un fantasma, ¿Acaso eso no es irreal? — Su voz tembló. Sus pequeños labios rosas se entreabrieron y su labio inferior estaba temblando con disimulo. Sus mejillas se habían convertido en un hueco donde las lágrimas se habían acumulado dejándolas húmedas y pegajosas.

Me lamente por ella en mi interior, no quería demostrarle que me daba pena, eso sería como una ofensa. Porque, probablemente, ella era esa clase de persona fuerte que había sido derrumbada por una persona inculta.

—Sí, lo es. Pero no porque Alex sea un fantasma, va a ser irreal, lo que no existe, no existe. Y Alex, bueno, él existe. — Aclaré con tono bajo. Su cabello rubio resplandeció cuando ella giro su rostro y los rayos penetrantes le dio directo a su rostro pálido.

Mire a Alex esperando a que el apoyara mi teoría incierta. Él asintió y con su mirada me dijo lo que yo necesitaba saber. Sus brazos estaban cruzados sobre su pecho y sus bíceps se apretaban a su camisa negra de manga corta mostrando una buena parte de la piel blanca de sus brazos.

Anna agacho la mirada, y con un gesto, arrugo su nariz y la limpio con un sorbido sordo. Levanto sus delgados brazos y con las palmas y las puntas de los dedos limpio las lágrimas que todavía se deslizaban por su rostro enrojecido. Ella sabía que esto no era real por una sola cosa: Su madre estaba tan metida en sus problemas y sin darse cuenta, había afectado las neuronas de su hija de una forma tan destructiva, que con sus palabras y enojos había logrado que Anna pensara que era una loca esquizofrénica.

Quise creer que no fue intencionalmente, pero fue imposible. La madre de Anna se había empeñado en hacerle creer que no todo lo que veía era real, pero Rebecca no veía lo que Anna miraba, ¿Cierto?

Y no lo era, no era una esquizofrénica porque ambas estábamos viendo a Alex. Y una visión esquizofrénica no se compartía.

Anna no tenía esquizofrenia, tenía un don. Un increíble y admirable don que no cualquiera poseía. Aunque algunos lo miraban como algo escalofriante y terrorífico.

—Oye, Anna. — Di un paso hacia adelante, acercándome a ella mientras vacilaba en mi mente.  
—Tienes que comprender dos cosas muy importantes. — Dije dando otro paso corto.

Sus ojos azules se levantaron como un amanecer y me miraron sin comprender. Su blusa blanca con botones hasta el cuello estaba doblada de las mangas, llegando hasta los codos. Tuve que tomar aire para poder hablar y no detenerme y llorar por ver su rostro lleno de lágrimas.

—Por favor, no me pidas que lo olvide. — Ella susurro con dolor.

—No. Por supuesto que no. — Le sonreí de la manera más dulce que pude. No solo por obligación, sino porque ahora yo era parte de esta familia, y debía y quería ayudar a Anna, mi prima. —Pero, debe de quedar entre nosotros tres. Estoy segura que tú nos ayudarás a guardar este secreto.

— ¿Por qué? — Reprimió con un gemido tormentoso. Sus brazos se tensaron y ella apretó sus ojos liberando un par de lágrimas más. — ¿Por qué mentir? — Se quedo parada en la habitación sin dejarme de mirar.

—Es necesario hacerlo. — Contesté de la manera más adecuada que creí. —A veces las personas no te creen cuando les cuentas la verdad, y este es ese caso.

—Pero, Hanna, todos deben saber que los fantasmas si existen. Que están a nuestro alrededor. Deben saber que algunos son buenos y que otros son malos.

— ¿Malos? — Alex interfirió. —No hay fantasmas malos, sino fantasmas descuidados y vengativos. Pero solo con las personas que se lo merecen.

—Te equivocas, Alex. — Ella gimió en silencio. —Hay fantasmas malos y terroríficos. Uno de ellos me ataco. Yo estaba dormida y...

— ¿Qué? ¿Por qué un fantasma te atacaría? — Interrumpió lo que Anna decía.

Ella suspiro con pesadez y miro hacia el estante colgante. Sus ojos se perdieron en el fondo de la pared blanca e instantáneamente su cuerpo se sacudió de golpe.

—No lo sé. Yo estaba dormida en ese momento. Desperté y aquel monstruo estaba atacándome de la nada. — Dijo con terror.

Alex me miro y por su forma de verme, supe que no había sido un fantasma el que la había atacado, mucho menos un monstruo. Sino algo peor. Su madre.

—Anna... — La llamé de nuevo. Pero no supe que decir. Las palabras habían estado en mi boca unos segundos antes, pero ahora parecía que me las había tragado.

En un pestañeo rápido, mire de reojo pidiéndole ayuda a Alex. Él capto mi mirada perdida, y dos segundos después, estaba avanzando hasta nosotras.

—Hey, Anna. — Él dijo acercándose a mi lado. Su voz era divertida y amable. Seguidamente, Anna nos miro como si supiera algo más que nosotros no. —Soy Alex, ¿Me recuerdas? — Sonreí con ironía. Por supuesto que Anna sabía quien era. Alex frunció un poco su ceja y la miro como a un niño que no comprendía la existencia de los bebés.

Sentí el poco calor de su cuerpo a mi lado y la tranquilidad me invadió. Se sentía demasiado bien tenerlo a mi lado. Era como si de alguna manera él me perteneciera, y yo a él.

—Sí... Yo... Yo te vi en tu funeral. — Ella respondió entre balbuceos. —Sé quién eres. — No dudo en contestar.

—Sí, bueno, Hanna y yo estamos en una misión, ya sabes, como en los videojuegos. — Casi me río, ¿De verdad tuvo que decir eso? ¿Una misión como en los videojuegos? ¡Tenía que estar bromeando! —Y necesitamos que todo esto se mantenga en secreto, como en las películas de acción y el FBI, ¿Ves esas series de CSI? — Él no espero a que Anna respondiera. —Somos como detectives, estamos buscando a una persona muy importante.

Woa. Alex y yo somos como detectives. Eso si es increíble. Sí, bueno, probablemente ya estaríamos desempleados, pero seguiríamos siendo detectives.

—Alex, creo que olvidaste que crecí. — Dijo Anna medio sonriendo con ironía. —Tengo catorce años, no ocho, puedo comprender cualquier cosa que me digan. Es solo que... Estoy un poco en shock. Todo esto resulta confuso para mí. No es nada personal. — Advirtió antes de que Alex se mofara.



—Hanna dijo lo mismo, y para darte ánimos, ella se veía peor que tú. — Él dijo dándome un empujón suave con su brazo. Sus comisuras estaban elevadas. El calor se apodero de mi cuerpo cuando él toco ligeramente mi brazo.

—Eso no es verdad. — Ataqué sonriéndole a Anna. —Este tipo es un mentiroso, no le creas. — Ahora yo le di un empujón suave a Alex.

Él se rió por lo bajo.

Anna apretó los labios tratando de no reírse. Sin embargo, todavía se veía aterrada por la presencia de Alex.

—Muy bien. Será nuestro secreto, pero con una condición. — Dijo con satisfacción. Me alegre de inmediato porque ambos nos habíamos ganado su confianza tan rápido como una bala. Y eso merecía una condición por su parte.

Alex y yo nos miramos con el entrecejo levantado y después la miramos.

Sus ojos ya se habían puesto rojos y en su entorno su piel se había puesto de un rojo vivo. Sin embargo no me alarme, esas eran cualidades de las personas pálidas.

— ¿Cuál condición? — Preguntamos al unísono.

Anna nos miro con diversión.

Esto no era bueno.

—Ven conmigo al centro comercial. — Pidió con emoción contenida en su rostro. Sus facciones se habían suavizado un poco y me alegre por ella. Era una Anna totalmente diferente a la Anna que vi por primera vez en la mansión de los Crowell.

Esperen... ¿Qué? ¿Esa era su condición?

— ¿Al centro comercial? — Pregunte levantando una de mis cejas. Eso no era tan malo después de todo, pero no entendía porque quería ir al centro comercial conmigo.

Alex se veía igual de confundido.

—Sí. — Ella se enjuago las lágrimas de sus mejillas por enésima vez. —Quiero comprar algunos vestidos y necesito a alguien que me acompañe. ¿Podrías ir? — Puedo jurar que sus ojos hicieron ese tic de pestañeo en sus ojos e hizo una cara de ternura de la cual, no me iba a negar.

—Está bien. — Sus dientes salieron al exterior y me sorprendí de los blancos y lineales que eran. Estaba claro que ella usaba hilo dental para los dientes y ese enjuague bucal color azul que había visto en el baño. Mis brazos se cruzaron sobre mi pecho y ella se paso una mano por su cabello rubio. — ¿Cuando quieres ir? — Pregunte confusa.

—Hoy. Pero, si necesitas descansar, iremos en la tarde. Si está bien para ti. — Su tono fue educado y me di cuenta de que ella estaba evitando ver a Alex a los ojos porque todavía temía de él.

—Claro que sí, Anna. — Dije sonriéndole.

— ¿Tú iras? — Ella por fin miro a Alex.

— ¿Es una invitación? — Sus ojos la miraron fijo. Anna se estremeció un poco, sin embargo, recupero su postura y me miro esperando mi aprobación.

Creo que mi sonrisa tonta lo dijo todo.

—Supongo que vas a todos los lugares en donde esta Hanna.

—Supones bien. — No sé si había sido yo, o su voz había salido tan ronca y tan clara que me había hecho estremecer.

Mi cuerpo tembló inconscientemente.

—Entonces los veré más tarde. — Sus pasos hicieron eco cuando ella empezó a avanzar hasta la puerta de la habitación.

—Hasta más tarde, entonces. — Respondí.

Anna se detuvo en la puerta y abrió el pomo con rapidez. No lo suficiente para parecer desesperada y querer huir de nosotros. El viento sopló desde el exterior, y a pesar de que las ventanas no estaban abiertas, una de las gruesas cortinas que tapaban la mayor parte de la ventana, se ondeó en el aire en un movimiento mínimo y muy rápido. Luego, ella se giró y sus ojos vagaron de los míos hasta los de Alex.

Era tan pequeña y tan delgada, que quería abrazarla y nunca soltarla. Desde el primer momento en que la vi, supe que Anna era una persona insegura y demasiado vulnerable cuando se trataba de estar con muchas personas alrededor. Y todo gracias a su madre Rebecca. Ella había logrado que Anna se sintiera de una manera inferior y anormal a los demás, que la aislaban de las personas.

—Me dio gusto verte, y a ti también Alex.

—A mi también, gracias por comprender.

Ella hizo un gesto con la cabeza y salió tan rápido como un flash cerrando la puerta detrás de ella.

—Será mejor que descanses. — Dijo Alex mientras se aseguraba de que la puerta estuviera cerrada. Su anatomía me daba la espalda y podía ver como sus músculos se contraían cada vez que él movía sus brazos para girar el pomo de la puerta. Sus piernas eran largas y bien formadas,

el pantalón color caqui que él llevaba estaba un poco arrugado por el viaje en el avión. Su cabello estaba tan desordenado como siempre que no me sorprendía que estuviera para todos lados y direcciones, menos en su sitio correcto.

— ¿Por qué siento que te vas a ir? — Murmure mientras él se giraba. Las palabras habían salido de mi boca tan sofocantes que no pude detenerlas.

— ¿Irme? — Sus cejas se levantaron sin comprender, y él se recargo en la puerta de la entrada.

—Siento que ya va a terminar. — Solté un suspiro frustrado.

Él me miro directo y pude sentir como su mirada me recorría.

—Entonces hay que jugar a que empezamos de nuevo. Y yo no me iré. — Un brillo apareció en sus ojos.

—Eso suena a chantaje. — Gruñí en voz baja.

— ¿Te digo algo? — Él se alejo de la puerta, y dio un paso largo hacia a mí. Su rostro cambio de un rostro divertido a un rostro totalmente serio. —Me gusta cuando haces esa cara.

Un ardor se hizo presente en mis mejillas tensas.

— ¿Cuál cara? — Pregunté sin entender.

—Esa. La que tienes ahora. — Él me señalo con la mirada haciendo un gesto con la cabeza. Sus cabellos castaños se movieron unos milímetros y volvieron a su anterior lugar. Alex miro hacia su derecha y se relamió los labios para después volver a seguir mirándome. — ¿Sabes que me molesta? — Su ceja se levanto. Pero él no iba a esperar a que yo contestara, así que continuó con la mirada fija sobre mí. —Dices que no quieres que me vaya, pero no haces nada para detenerme. — La habitación se hizo tan pequeña que sentí que el aire me faltaba. Se había reducido a la mitad con él aquí adentro. Estaba comenzando a hiperventilar por dentro.

— ¿Qué puedo hacer para detenerte?, yo no sé... — Mi voz se corto cuando él avanzo mucho más hacia a mí, sin dejarme de mirar. Mi cuerpo se sacudió en una oleada de calor. —No sé que puedo hacer para detenerte. — Continúe sin verme afectada por su cercanía.

—Bueno, yo si sé que puedes hacer. — Él se detuvo a un metro de distancia. Sus ojos profundos me miraron penetrantes y sin poder evitarlo, me sentí vulnerable.

— ¿Qué? — Soné desesperada por saber.

Él sonrió.

—No me hagas suplicar. — Dijo sonriendo.

— ¿Suplicar?, Alex, no te entiendo, no sé de que hablas. — Mi ceño se había fruncido tanto, que dude en que volviera a su respectivo lugar.

—Es sencillo. Solo debes besarme.

Calor y más calor fue todo lo que sentí en ese momento. Y entonces, mi cerebro encendió una luz de alarma, ¿Por qué Alex había cerrado la puerta con seguro? ¿A caso él y yo...?

Oh, Dios.

Mis mejillas ardieron. Yo deseaba esto tanto como él. Así que deje de hacerme la tonta y avance un paso hacia él.

—Suenas sencillo. Pero no creo poder hacerlo yo sola, ¿Por qué no me ayudas? — Sugerí sin moverme de mi lugar.

Yo había dado un paso, aceptándolo, y ahora, él tenía que hacer su parte. Tenía que hacerlo.

Él dio un paso hacia a mí. Su rostro brilló de una manera extraña cuando los rayos golpearon su rostro energético.

Y sonrió.

—Será un placer.

Nuestros cuerpos estaban en un momento crucial en donde diez escasos centímetros nos separaban de la realidad, pero, en este significativo y emocional momento, yo deje de pensar y active todos mis sentimientos.

¿Va a suceder ahora? ¿Con Alex? ¿Será así?

Alex me miró y todo lo que había en sus profundos ojos, era deseo. Yo compartía ese mismo sentimiento justo ahora. La habitación estaba tan silenciosa, que temía que Alex escuchara mis latidos alarmantes dentro de mi pecho. Eran tan rápidos y tan sonoros que retumbaban en mi cabeza y me hacían temblar en mi interior.

¡Que se joda la religión por ahora, nada existe en este momento más que Alex y yo!

Tomando la iniciativa, y sin dejar de mirarlo, me lancé hasta sus brazos descubiertos y di un paso lo suficiente bueno para acortar la distancia en nuestros cuerpos y puse mis manos en su nuca. Enrosque mis dos brazos por su cuello, y casi al instante pude sentir como sus frías y suaves manos se posaban en mi cintura descubierta. Sus dedos por fin estaban tocando algo de mi piel desnuda.

Todo el calor de los desiertos se arremolino en mi cuerpo cálido y sofocado. La humedad de las selvas se instaló en nuestros labios unidos y me estremecí.

Nunca me habían besado de una manera tan desquiciada y tan tormentosa en un mismo

momento. Era como combinar dos o tres sabores increíbles en uno solo. Alex sabía como moverse, sus labios eran tan suaves como las nubes, aunque científicamente, las nubes no eran suaves, pero esta era la manera más descriptiva en la que podía pensar ahora, él sabía cómo hacer esto y eso nos facilitaba las cosas. Evite pensar en cualquier cosa u oración que pudiera involucrar la palabra, Kate, Alex y relación sexual.

Alex me atrajo más a su anatomía jalándome por la cintura y pegando todavía más nuestros labios intrépidos y sin voluntad de detenerse. Nuestros cuerpos estaban tan juntos que ni la más mínima ráfaga de viento entraba por en medio de nosotros. Sus labios se movían con la misma intensidad que los míos, solo que él era más experto en este sentido así que opte por seguir lo que él hacía. Sus dientes chocaron con los míos cuando intente respirar un poco de aire, pero eso no nos detuvo en lo absoluto y sin detenernos a respirar un poco de oxígeno, nos seguimos besando de una manera juguetona y de alguna manera... Deseosa y pasional.

Muy bien, solo un beso. Solo eso. Me dije a mi misma.

—Alex... — Susurre alejándome de sus labios, más no de él.

— ¿Mmh? — Gruñó ahora besándome el cuello. Él no me dejó escapar tan fácil. Su agarre seguía en mi cintura, y estaba irremediabilmente condenada a no escapar. Mis piernas estaban como gelatina, y no hacían nada más que temblar. El calor en la habitación se hacía cada vez más sofocante.

¡No! ¡Deja de pensar! ¡Él no va a estar aquí siempre! ¡Desactiva tu cerebro! Me regañó mi poca conciencia.

Alex pasó su lengua por mi cuello y me estremecí casi de inmediato. Luego, sus dientes rozaron una parte de mi piel descubierta, y continuo con el mordisqueo en mi cuello. La humedad en mi cuello fue instantánea, que me hizo temblar en mi interior, incluso, la humedad llegó a mi parte baja.

Sí, justo ahí.

— ¿Si Hanna? — Él hincó sus dientes en mi cuello, de nuevo, y luego siguió su rutina con la

lengua y sus labios húmedos, succionaba cada parte y cada centímetro de mi cuello que desactive mi cerebro.

No digas nada estúpido, por favor.

—No te detengas, Alex. — Susurre.

Él sonrió en mi cuello sin detenerse.

—No lo haré.

Él jalo de nuevo mi cintura, y sin poder pensar, di un brinco y en menos de dos segundos, mi cuerpo se encontraba encima del cuerpo de Alex. Mis piernas estaban enroscadas en su cintura, sus manos bajaron un poco de mi cintura hasta mi trasero, y apreté con fuerza. Una vez que estuve firme y en el lugar correcto, me estremecí al sentir algo en mi estomago que nunca antes había sentido.

=====

Capitulo 86.

Alex atrapo mi boca en un rápido movimiento. Sus manos se movían de mi cintura a mis muslos, y viceversa, el regresaba por el mismo camino por donde empezaba. Con cada toque me estremecía y mi piel vibraba como nunca lo había hecho. Sus toques eran perfectos en mi cuerpo flácido, que me hacía temblar con tan solo posicionar sus manos en mi cintura.

Él alejo sus manos de mi cintura, y con una sola mano me mantuvo en su cadera recta y dura. Su



mano derecha se levantó en el aire y después se posicionó en mi cuero cabelludo, justo en donde terminaba. Su mano tomo a mi cuello con delicadeza y sus fríos dedos me recorrieron por mi mejilla caliente.

Un ardor se provocó en mi estómago, y después siguió hasta mi parte sur. Justo donde dolía más. El ardor era doloroso y era muy difícil controlar cada centímetro de mi cuerpo. Él me mandaba a mí en este momento, y yo hacía lo que él me pedía. Me había vuelto sumisa de mi propio cuerpo y espíritu. El ardor se prolongaba con cada oleada de calor que sentía cuando Alex hincaba sus dientes en mi cuello y succionaba mi piel húmeda y sofocada, el frío había abandonado cada centímetro de mi cuerpo, y ahora, estaba hirviendo como un volcán a punto de explotar. Mis piernas temblaban en su cadera formada, cuando él me atraía hacia él con fuerza como si estuviéramos a una distancia des considerable. Él hizo una pequeña investida, sacándome por fin de este mundo, perdiéndome en sus ojos y en su boca descontrolada.

Gemí en su cuello cuando él pasó sus manos por mi pecho apretado. Estaba creyendo que mi ropa interior estaba comenzando a quedarme pequeña, pero no era así. Era otra cosa... Era la cercanía y la excitación que Alex me provocaba.

Él olía a una fragancia masculina bastante fuerte y varonil. Lo bastante como para abrir los orificios de mi nariz. Cuando hundí mi cabeza en su cuello para besarlo, el olor inundo a mis narices casi de inmediato. Era exquisito y tentador de alguna manera. No era quejoso ni empalagoso, sino todo lo contrario. Eso solo hacía que lo hiciera desearlo más y más.

Mi cuerpo vibraba cada vez que Alex me tocaba en una parte, sentía como mi cuerpo se retorcía cuando el acariciaba mis muslos y mi cintura y como sus manos se hacían parte de mí cuando él me tocaba. Él todavía no había intentado sacar algo de mi ropa, y ni siquiera había metido sus frías manos por debajo de mi camisa. Alex estaba solo tocando a través de la ropa, que ahora para mi, era un estorbo. Me sumí en un mundo irreal del que probablemente, nunca creí que existiera.

Se sentía demasiado bien para ser tan prohibido. Demasiado bien para detenernos.

Alex se alejo de mis labios por un momento y me miro como si yo fuera todo lo que importaba en ese momento. Sus oscuros ojos estaban mirándome con un toque brillante en la pupila oscura y profunda.

Y entonces, él sonrió. Sus comisuras se elevaron hasta un punto magnifico que me permití observar sin sentirme cohibida frente a él. Justo desde este ángulo tenía la vista perfecta de su rostro enrojecido y de la fantasmal e inquebrantable sonrisa que tenía en estos momentos. Era la sonrisa más hermosa que había visto en mi vida. Su forma de mirarme me hacían sentirme suya, y sin embargo, él no era mío, ni de nadie. Él solo era un fantasma en un mundo al que ya no pertenecía.

Le regrese la sonrisa.

— ¿Está todo bien? — Su pecho subía y bajaba. Dudé en mantenerme colgando sobre su cadera o ponerme yo misma de pie. Pero la segunda opción resultaba difícil de hacer, porque yo estaba bastante bien aquí. Sintiendo como Alex me necesitaba con su excitación a flote... Y en mi estomago.

— ¿Por qué no lo estaría? — Respondí con los labios temblándome. Él sonrió y volvió a besarme, esta vez de una manera lenta y suave.

Cerré los ojos de manera inconsciente y disfrute del momento del cual, nunca volvería a pasar.

Pero, ¿Cómo era esto posible?

Era muy sencillo, solo se necesitaba dos palabra para describir cómo es que todo esto podía funcionar entre una humana y un fantasma. El amor.

Alex me dejo caer en la cama, su cuerpo quedo encima del mío, pero su peso no había caído sobre mí, el mantenía sus palmas apoyadas en los costados de mi cabeza, obligándolo a quedarse a unos centímetros lejos de mi cuerpo.

Sus rodillas estaban en los costados de mi cuerpo, no apretaba demasiado, pero podía sentir como sus rodillas se encajaban a mi cadera, desde aquí, tenía la mejor vista de la mansión.

Alex se alejó un poco.

— ¿Quieres hacer esto? — Fruncí mi ceño sin comprender. Claro que quería hacer esto. Es decir, sí, éramos muy jóvenes, y éramos dos seres totalmente distintos, pero, ¿Acaso no existía el condón? ¿Acaso las personas no se enamoraban de sus polos opuestos?, Observé como su piel pálida se volvía de un color amarillo claro. Sus ojos estaban lejos de los míos y sus labios estaban tan rojos y húmedos, que no creí que esto sucediera en algún momento fantasioso de mi vida. Él se aclaró la garganta y continuó. —Quiero decir, soy un fantasma, y puede resultar algo difícil de comprender porque...

—Sí. — Respondí antes de que alguno de los dos pudiera decir algo estúpido. —Quiero hacer esto.

—Muy bien, porque yo también. — Y sin pensarlo dos veces, él volvió hasta mis labios y por enésima vez, me besó. No esa clase de beso lento, esta vez fue más rápido y brusco. Era muy difícil estar acostada en una cama y besar a una persona cuando estabas tratando de mantener tu respiración regularizada y todo tu control estable.

Me sobresalté cuando las frías manos de Alex se colaron por debajo de mi camisa. Un calor extremo me recorrió por todo el cuerpo, y el dolor en mi estomago volvió a retomar su camino hasta llegar, de nuevo, a mi parte sur. Esta vez el ardor fue más fuerte y tuve que apretar mis labios para no soltar una maldición.

Esto se estaba volviendo fuera de mi control.

Alex levanto la camisa dejando libre mi estomago blanco. Gemí en voz baja y tuve que pasar una de mis manos por mi cabello húmedo para abstener cualquier palabra maliciosa. Él dejó un beso húmedo en mi estomago. Y luego otro.

Gruñí en voz baja, casi audible para mí misma. Una vez que Alex termino de dejar besos cálidos y tortuosos en mi estomago, comenzó a bajar hasta la parte sur de mi cuerpo.

Él bajo con lentitud, lo bastante como para hacerme desesperar, pero no hice nada para apresurarlo, porque sabía que él estaba jugando conmigo, trata de ser lo más paciente posible, ya llegaría mi momento de venganza. Así que me quede callada y espere a que él llegara a mi parte

baja e íntima.

Temblé debajo de su cuerpo y una descarga eléctrica se disparó por todos los rincones y huecos de mi cuerpo caliente. La sangre me circulaba con rapidez mientras sentía como hervía por dentro y por fuera.

Volcán a punto de explotar. Santa mierda, esto se sentía asombroso.

Gemí cuando Alex puso sus dedos en mi estomago hirviente.

Él levanto la mirada y sus ojos profundos y brillantes se encontraron con mis ojos desorbitados y excitados, Alex me sonrió de una manera dulce y egocéntrica, él sabía que lo estaba haciendo bien, sabía que yo estaba derritiéndome debajo de sus brazos musculosos y formados. Me sentía como una niña pequeña debajo de su cuerpo. Pero yo no era más una niña.

Él me dio una mirada rápida y fugitiva dándome una sonrisa picara mientras volvía a bajar su mirada a mis pantalones de mezclilla.

Joder. Él iba a matarme si dejaba de hacer lo que estaba haciendo.

Bajo sus brazos y los posicionó a un costado de mis muy apretados y tensos muslos y después los dejó caer en mis piernas para no perderse de nada. Sus ojos miraban con cautela a la cremallera de mis pantalones. Dios, su rostro estaba en frente de ahí.

Maldición.

Él gimió en voz baja y eso hizo que mi corazón se acelerara a un pulso increíble. Su gemido había sido tan provocador, que en ese justo momento me hubiera lanzado contra él y lo hubiera hecho que parara lo que estaba haciendo para torturarlo de la misma manera en la que él lo estaba haciendo conmigo.

Pero yo era tan malditamente egoísta, que preferí quedarme en mi lugar y dejar que Alex

continuara con lo que estaba haciendo. Porque lo que estaba haciendo, se sentía tan jodidamente bien.

Sus dedos presionaron la cremallera de mi pantalón, y sin tocar demasiado, comenzó a bajar con lentitud. Sus dedos sabían donde tocar y acariciar, y él sabía, también, donde no debían tocar en este momento. Conocía mi punto débil, e intuía que yo deseaba que me tocara. Pero él todavía tenía las manos en la cremallera...

Fue una tortura. Los dedos de Alex se encontraban tan cerca que era imposible mantenerme en mi lugar, me retorcí ante su toque y por supuesto el sonrió con satisfacción. Mi sangre hervía dentro de mi sistema y todo se mantenía caliente.

Gemí sin disimulo cuando la cremallera llegó a su final. Alex tembló encima de mi cuerpo.

— ¿Ya te dije lo hermosa que eres? — Su voz salió ronca y majestuosa para mis oídos agudos. Mi rostro se calentó cuando las palabras salieron de sus labios temblorosos y rojos.

—Ahh. — Dije cuando él volvió a dejar sus manos en mis muslos, pero esta vez en mi entrepierna. Sus manos estaban tan calientes, que imagine que él era una clase de volcán a punto de explotar.

Me senté antes de que él hiciera algo y sin pensarlo dos veces, jale de mi camisa y la avente por los aires.

Alex me estaba mirando con los ojos muy abiertos.

— ¿Qué? — Pregunte con la voz agitada. El no tener a Alex sobre mí y sin tener mi camisa puesta, me hacía sentir frío.

Alex me observó con el ceño fruncido y una mirada retrospectiva, y su rostro bajo hasta mi tronco casi desnudo. Me exalté cuando el soltó un gemido ronco de sus labios entreabiertos, que jure que en ese momento, era el sonido más hermoso que había escuchado. Sus ojos estaban brillando de una manera excitante. Condescendiente.

—Yo... Yo... — Él tartamudeo sin comprender sus propias palabras, y volvió a elevar su mirada profunda. — Dios, eres hermosa, Hanna. — Soltó con un suspiro irregular.

Nuestros cuerpos se unieron de nuevo y me estremecí con cada beso que Alex me daba.

Él comenzó a bajar mi pantalón de mezclilla. Lo cual no era justo, porque él no se había quitado ni una sola prenda de su cuerpo. Así que lo detuve casi de golpe y tome las esquinas de su playera negra y jale hacia arriba sin avisarle. Alex sonrió en sus adentros y me sentí orgullosa de mi misma.

Pero me sentí más orgullosa cuando vi su resplandeciente tronco, su pecho estaba plano y tenía la piel tan blanca como la mía. Su estomago tenia esos perfectos músculos formados que me sorprendí cuando noté un lunar tan diminuto como un punto en el lado costado de su ombligo. Una escultural "v" se formaba en su cintura yendo más allá de la superficie del pantalón caqui. Él se tensó cuando me quedé observándolo como una boba, y sus músculos se marcaron todavía más.

Levanté mi vista y le sonreí. Alex se relajó y me tumbó con delicadeza hasta mi anterior lugar.

Estaba segura de una sola cosa. Amaba esta vista. Amaba a Alex.

Sus dedos volvieron hasta donde había bajado unos centímetros de mi pantalón y siguió bajándolo dejando al descubierto mis delgadas y pálidas piernas. Él soltó un suspiro ansioso.

El pantalón voló por el aire y escuchamos como se golpeó contra el piso de mármol de la habitación. Alex y yo lo ignoramos olímpicamente y volvimos a lo nuestro. Nunca había estado en una posición tan cómoda y tan íntima al mismo tiempo, pero estar con Alex lo hacía diferente, no porque fuera un fantasma, sino que me sentía segura estando con él. Desde que apareció en mi vida, fue la única persona en la que podía confiar.

Yo quería esto, y él también, ¿Quién podría detenernos?

Alex se acercó de nuevo a mis piernas y dejó sus manos en mis muslos desnudos, su respiración entrecortada bañó a mis oídos haciéndome estremecer por dentro y por fuera... Él tomó la parte superior de mis calzoncillos blancos y con suma delicadeza comenzó a bajar un poco de la tela de encaje.

Mi corazón se detuvo y sentí como un remolino giraba en mi estómago y como una tormenta eléctrica se provocaba en cada centímetro de mi cuerpo inerte.

Suspiré y entonces él... él se detuvo.

Alguien golpeaba la puerta con suavidad desde el exterior.

— ¿Hola? ¿Hanna? — Alex y yo detuvimos nuestro acto fantasioso.

¿Qué? ¿Quién demonios...?

Esa definitivamente no era la voz de Alex y tampoco era la mía.

—Joder. — Resopló con frustración. —Esto no está pasando ahora. — Dijo él abriendo los ojos como plato.

— ¿Hanna? — Alguien del exterior golpeó la puerta con suavidad. — ¿Estas dormida?, Soy Rossie. — Dijo la voz del otro lado de la puerta.

—Las madres siempre tan inoportunas. — Susurro de mala gana, sus ojos se giraron y se volvieron de un color blanco durante unas milésimas de segundo.

Me levanté y recogí mi pantalón de mezclilla y comencé a ponérmelo mientras buscaba con la mirada mi camisa. Todo sucedía a cámara rápida.

— ¿Hanna? — Él murmuro sentándose en la cama. Su pecho desnudo me provocaba a volver con él, así que evite mirar hacia donde estaba Alex. — ¿Qué haces? — Preguntó confundido.

—Estoy vistiéndome. — Dije obvia. —Debe de ser algo importante. — Susurré y caminé con rapidez hasta donde estaba mi camisa tirada.

—No vayas. Espera un momento, por favor.

Me giró para mirarlo y casi de inmediato me arrepiento, su pecho desnudo está subiendo y bajando por su respiración agitada y sus labios hinchados se rehúsan a dejarme en paz. Apartó los ojos de él y me pongo la camisa.

Alex hace un puchero bastante tentador. Sus ojos brillan con intensidad.

Suspiró poniendo los ojos en blanco.

—Está bien. — Digo finalmente con voz ronca y agitada, automáticamente desconozco mi voz. Camino hasta la cama. Abro mi boca para continuar hablando. —Pero si vuelve a llamarme, iré y abriré la puerta. — Susurró mientras subo la cama a gatas. Mis rodillas mantienen todo mi peso, así que me apoyo con mis brazos y gateó hasta donde esta Alex. Su cinturón esta desabrochado, por lo tanto, la parte superior de su bóxer negro es visible. Tragó saliva despistadamente.

Mi boca se había quedado casi seca de repente y era imposible tragar.

—Está bien, pero no te... — Su voz es interrumpida por un golpe suave en la puerta. Él resopla frustrado.

—Lo siento. — Digo. Y de verdad lo siento. —Debe ser algo importante. — susurró haciendo lo peor que puedo hacer en mi vida... Alejarme de él.

— ¿Hanna? — Vuelve a insistir la voz desde afuera. Me doy cuenta de que mis piernas están temblando por un ardor terrible provocado por las manos de Alex. Todavía puedo sentir sus



manos frías sobre mi cuerpo, sin embargo, él está a un par de metros alejado de mí.

Me aclaró la garganta y me pongo de pie, me acomodo la camisa y me peino el cabello con mis dedos resbalosos.

—Un momento, Rossie. — Casi gritó acercándose a la puerta. Tomo una bocanada de aire antes de llegar a la puerta de entrada y exhaló. El aire sale con facilidad y mi pecho duele cuando todo el oxígeno abandona a mis pulmones turbados.

Alex me da una última mirada y me resigno a que esto no tendrá una continuación, al menos por hoy. Le regresó la mirada y me disculpo en una señal de cabeza. Él se levanta de la cama y recoge su playera negra. Sus músculos se tensan cuando él se agacha a recogerla y sus omoplatos se vuelven fuertes y profundos cuando él se inclina, rápidamente estoy sintiendo mi corazón palpar y olvidó como respirar.

Protestando conmigo misma, alejó mi mirada y me centró en el pomo de la puerta. Me doy una última mirada y verifico que las prendas correctas estén en su lugar correcto. Una vez que finalizó mi revisión, quitó el seguro de la puerta y la abro con lentitud.

—Hola. — Dice ella con una media sonrisa. —Creí que estabas durmiendo, espero no haberte interrumpido. — su voz es dulce y amable. Prontamente estoy sonriendo como si no hubiera pasado nada en los últimos diez minutos.

—No, estaba en el baño, por eso tarde. — Miento. — ¿Quieres pasar? — Arqueó una ceja y ella me mira con sus profundos ojos azules mientras sonrío ampliamente. Aún sigue con su bata blanca de seda, un lazo blanco de la misma tela se ata a su cintura y se enreda en un nudo flojo para juntar los lados laterales de la bata.

—Si no es molestia para ti. — Su rostro esta suavizado y en ningún momento se le ve tensa o nerviosa. Sino todo lo contrario, ella se ve tranquila y segura.

—Claro que no, esta es tu casa. — Digo abriendo la puerta totalmente para que ella pueda pasar. Me hago a un lado y ella pasa con suma educación mientras mira alrededor de la habitación. Cuando Rossie pasa por el frente de mí, me doy cuenta de que lleva un sobre amarillo entre sus

manos.

— ¿Qué es eso? — Preguntó frunciendo el ceño mientras cierro la puerta de la habitación una vez que ella está adentro. Rossie se sienta en una esquina de la cama y el acolchonado se hunde cuando su cuerpo cae encima.

—Es algo que quería darte.

— ¿Qué es ese algo? — Pregunte acercándome a la cama. Su cabello rubio estaba sobre sus hombros delgados, sus labios estaban rojos y húmedos, así que estaba claro que ella se había maquillado un poco antes de venir aquí. Los rasguños de su rostro estaban desapareciendo lentamente, ya que el ataque había sido hace casi dos semanas y todavía tenía unas pequeñas líneas rojas en su rostro. Puede notar que ella llevaba una venda pequeña en la frente.

—Es sobre lo que Eric no quería que te dijera, pero yo creo que es necesario y justo que tú lo sepas, así que aquí esta. — Ella extendió sus manos y el sobre quedó a unos pocos centímetros de mí. Lo mire con curiosidad y antes de que ella se arrepintiera de dármelo, me acerque todavía más, y lo tomé. Se sentía pesado. —Quiero que lo tengas tú, pero no quiero que Eric sepa que te lo di, mucho menos George, ya sabes cuáles son sus políticas de privacidad. — Bromeó con un tono sarcástico.

— ¿Qué contiene adentro? — Preguntó mientras comienzo a abrirlo. Mis dedos se mueven dudosos por el hilo blanco que se atraviesa por la abertura y comienzo a girarlo para liberar el acceso.

Ella se levanta rápidamente y me detiene velozmente antes de que mis dedos toquen cualquier cosa del interior del sobre amarillo.

—Este sobre contiene todo lo que debes saber sobre tu madre y sobre la muerte de Alex. — Sus dedos estaban encima de los míos, haciendo que detuviera cualquier movimiento para poder abrir el sobre. Rossie estaba muy cerca de mí. Lo suficiente para enfocarme en sus pesados ojos azules. —Solo hay una condición. Por eso estoy aquí.

— ¿Condición? — Dije sin entender. ¿Por qué todo en esta familia tenía una condición?, Siempre

había una maldita condición, para cada maldita cosa que pasaba aquí. — ¿Qué clase de condición es? — Pregunté todavía con el ceño fruncido. Rossie alejó sus dedos de los míos y extrañamente sentí que el aire se volvía más denso en la habitación. La bata se ondeo un poco cuando ella se giró con brusquedad.

—No quiero que lo abras ahora. Quiero que actives cada pequeña parte de tu cerebro y pienses un momento en tu madre y en la muerte de Alex, quiero que conectes todas las coincidencias posibles, y cuando creas que estás lista, abre ese sobre. Tus dudas serán aclaradas de inmediato, y tus teorías pueden ser acertadas o no. — Explico con tono sofisticado mientras me miraba con firmeza.

—Rossie...

—Déjame terminar. — Me interrumpió con voz grave y pesada. El sobre quemaba en mis palmas sudadas. Intenté divagar en lo que había adentro pero era sumamente difícil, podía haber papeles, o archivos secretos, o cualquier cosa, pero de lo que estaba segura, es que lo que había ahí adentro era algo plano, y algo sumamente sustancial y valioso. —Eric y George, como dije, no deben saber nada de esto, porque, es decir, ellos ya lo saben, pero no saben que ya está en tus manos, ¿Entiendes?

Asentí comprendiendo lo que ella decía.

— ¿Es sobre la muerte de Alex? — Pregunté dudosa, pero con la manera más sutil y calmada que pude. Pero por dentro, la curiosidad me carcomía.

Ella asintió.

—Sí. — Sus rizos se movieron un poco, y sus labios temblaron.

Esto no me estaba gustando, asimilar que el nombre de mi madre se unía en una sola oración con las palabras "La muerte de Alex", me ponía nerviosa y alerta. Tenía que estar preparada para cualquier cosa que el sobre dijera y Rossie lo sabía, pero ¿Qué era? Y, ¿Por qué no quería que lo abriera ahora? ¿Por qué no solo abrirlo y sacar todas estas dudas de mi cabeza?

—No entiendo. — Murmuré con sinceridad. Mi boca estaba tan seca que me dolía tragar la poca saliva que tenía. Mis dedos apretaban el sobre con fuerza. —No entiendo por qué no quieres que George y mi padre sepan que esto está en mis manos. — Ella no pareció enfadarse con mi pregunta. Así que me sonrió con complicidad y abrió sus labios para comenzar a hablar.

—Es muy sencillo. — Dijo. —George y tu padre nunca te dejarían ver esto. Nunca te dirían la verdad, la única y la triste realidad. — Rossie se relamió los labios y miró hacia la ventana y a las cortinas gruesas que tapaban la mayor parte de la ventana, sus ojos azules brillaron con intensidad como si las cortinas blancas fueran lo más grandioso y hermoso que sus ojos hubieran visto. Ella volvió su mirada hacia a mí y me sonrió de nuevo. —Sin embargo, yo te estoy dando esta importantísima información, y quiero que sepas que puedes confiar en mí. Que yo siempre voy a ser sincera contigo. Voy a decirte la verdad cuando la necesites. — Sus comisuras se elevaron todavía más y sus dientes blancos brillaron con el resplandor del sol.

—Es muy amable de tu parte, Rossie. — Dije con sinceridad mientras sostenía el sobre con fuerza. Ella asintió complacida por el halago. —Esto es muy importante para mí, y si quieres que esto se mantenga entre nosotras, lo haré. No les diré nada a George y a mi padre, si eso te mantiene tranquila. Sé que lo haces de buena fe, y quiero que sepas que también puedes confiar en mí. — Agregué con tono uniforme y claro. Quería que ella supiera que contaba conmigo en cualquier cosa y circunstancia.

—Ya lo hago, Hanna. Confió en ti. — Su voz era suave y fina. Asentí sintiéndome agradecida por su sinceridad y sobre todo, por su amabilidad. Desde que todo el lío de Alex había aparecido, Rossie era la única que se había vuelto dulce y sincera conmigo. Así que, Rossie y Alex, desde ahora, era en las únicas personas que confiaba.

—Y yo en ti, gracias por esto. — Señalé con mi mirada el sobre amarillo que estaba en mis manos. Ella sonrió ampliamente.

—De nada. Es tuyo ahora. Si necesitas que este ahí para ti, tal vez esté en mi habitación, o en alguna parte de la casa. — Ella soltó una risita suave.

—Está bien, gracias, de nuevo. — Agradecí.

—No hay de qué. — Rossie comenzó a caminar hasta la puerta de la habitación. —George debe de creer que estoy durmiendo, así que me voy antes de que se dé cuenta de que no es así. — Argumentó mientras tomaba el pomo en sus manos. Ella me daba la espalada, así que podía observar sus movimientos sin ser atrapada. Rossie era una mujer activa y feliz, el único día que la había visto devastada había sido en el funeral de Alex, ella se veía realmente mal, pero eso no había impedido que se portara mal cuando George nos presento por primera vez en su oficina.

Rossie era de fiar. Hablando de el funeral de Alex...

— ¿Rossie? — La llamé antes de que saliera de la habitación. Ella se giro sobre sus talones y me miro con confusión.

— ¿Sí? — Respondió.

— ¿Qué pasó con Alex? — Pregunté con el sobre ardiéndome en las palmas.

— ¿Con Alex? — Su entrecejo se frunció cuando las palabras salieron de mi boca. Ella no pareció captarlo de inmediato. Así que me relamí los labios esperando no ser inoportuna y hablé.

—Quiero decir, George me había dicho que iban a incinerarlo, pero nunca supe que paso con él. ¿Fue incinerado? O, ¿Fue enterrado? — Repliqué con tono dudoso. Rossie torció su sonrisa y de pronto, su rostro se puso pálido. Ella dejo el pomo y volvió a entrar a la habitación sin cerrar la puerta, todavía.

Me observó por lo que pareció ser una eternidad y me miró directamente a los ojos. Rossie resopló.

—Sí, Alex fue incinerado.

—Creí que había sido enterrado, ¿Dónde están sus cenizas? — Pregunté tratando de no ser tan molesta y tan fastidiosa. Pero esto me importaba. Me interesaba lo que había pasado con el cuerpo de Alex, con el cual, había estado haciendo cosas sumamente extrañas hace unos momentos para una persona normal.

— ¿Sus cenizas? — Su ceja derecha se alzo. — Están en una iglesia, ¿Quieres ir? — Preguntó con los ojos entrecerrados.

— Sí, creo que debería conocer a mi primo. Aunque solo sea en cenizas. — Y en ese momento, sentí que veinte espadas se atravesaban por todo mi cuerpo e instantáneamente me arrepentí de decirlo. El ardor que sintió mi pecho se disparó para todas las direcciones posibles enviando toques eléctricos y dolorosos. Rossie no se vio afectada por mis palabras.

— Está bien. — Ella volvió a su sonrisa habitual. — Te llevaré cuando todo esto se resuelva. Alex hubiera estado encantado de conocerte.

— Creo que la encantada sería yo. — Su boca se frunció un poco y me di cuenta de que las palabras habían salido con tono atrevido. — Alex era un chico muy inteligente, supongo. — Me corregí antes de que hubiera malos entendidos en mis estúpidas pero ciertas palabras.

Rossie asintió.

— Te veo más tarde, Hanna.

— Hasta más tarde, Rossie.

— Que descanses. — Dijo finalmente para después salir como un rayo y cerrar la puerta detrás de ella. Casi me quedó con la boca abierta cuando ella salió.

Pero, ¿Qué? ¿Por qué tanta complicidad?

Había algo raro en todo esto, no obstante, entendía el punto de Rossie, George era terco y prefería mantener las cosas en control y ocultas, y eso me enfadaba, mientras que mi padre amenazaba a Rossie con mostrarme estos papeles, él estaba resguardando a mi madre, siempre defendiéndola sin importaba las circunstancias en las que ella estuviera, pero ¿Por qué no decirles que estos documentos ya estaban en mis manos? ¿Era muy confidencial? ¿Muy

terrorífico para que yo lo supiera?

Suspiré mirando el sobre entre mis manos sudadas. Él papel comenzaba a deshacerse entre mis dedos, o tal vez era una alucinación mía, pero así se sentía.

— ¿Qué es eso? — La voz de Alex hizo que diera un brinco sobresaltado. Él se acercó por detrás y se puso lo bastante cerca y pegado a mi espalda que me sacudí involuntariamente.

—Es un sobre. — Respondí sin verme afectada por su cercanía.

—Sé que es un sobre. — Dijo riendo en mi oído. Su risa suave envió escalofríos a mi cerebro.

—Pero, ¿Qué contiene adentro? — Preguntó con voz ronca mientras envolvía sus brazos a mi cintura.

—Eso mismo es lo que quisiera saber yo.

=====

Capítulo 87.

—Muy bien, el centro comercial está a menos de diez minutos. — Ella se detuvo y dudo mientras elevaba su mirada al cielo, pensativa. —O eso fue lo que dijo mi madre. — Chasqueó la lengua y me miró con diversión.

— ¿Qué pasa? — Pregunte con una media sonrisa. Su alegría me contagiaba de alguna manera desconocida. O tal vez yo estaba bastante alegre, en realidad, ni siquiera había pensado en mi madre y no me había molestado en pensar en que estaba haciendo en este momento, ni siquiera me había preocupado por como estaba. Todavía estaba molesta con ella. Suena muy egoísta. Pero esa era la verdad.

—Casi nunca nadie accede a ir conmigo al centro comercial, pero tú lo hiciste. Te agradezco por venir conmigo. — Anna me sonrió ampliamente. Ella parecía una chiquilla ocurrente y divertida. Maldije por lo bajo a las personas que la habían rechazado.

Yo negué con suavidad.

—Es un gusto estar contigo. Es más, te llevaré a una de mis tiendas favoritas y ya verás que nos divertiremos como nunca. — Le advertí con una sonrisa mientras caminábamos hasta el centro comercial. Sentía una emoción delirante en mi corazón, y sabía la razón correcta. Las últimas horas habían sido excitantes y confusas al mismo tiempo, pero me mantenía energética y alerta a cualquier cosa que pasará. Estaba segura que a esta hora mi madre estaría buscándome por todo Canadá.

George había insistido en que me llevará su auto, pero eso parecía bastante comprometedor, y aparte Anna y yo queríamos caminar, así que ambas dijimos que no. De todos modos, George nos dio un teléfono celular para que lo llamáramos por si algo salía mal, o por si cambiamos de opinión.

Aunque ambas sabíamos que eso no pasaría. Anna y yo teníamos el mismo paso, y compartíamos el mismo ritmo, así que no era difícil estar con ella. Su pequeño y delgado cuerpo caminaba a un lado del mío, Anna me llegaba justo al hombro, así que no tenía que mirar hasta el piso para entablar una conversación con ella.

Ante la insistencia de George sobre que lleváramos un auto y que lleváramos un teléfono celular, me alarmó. Él parecía inquieto y angustiado por alguna cosa que no nos había dicho. Todos en la mansión habíamos notado su preocupación, pero Rossie insistió que era a causa de su trabajo y dijo que no debíamos preocuparnos.

Pero ya era bastante tarde. George no se preocupaba de esa manera por cuestiones del trabajo.

— ¿Hanna? — Ella dijo atrapando mi atención.

— ¿Sí?



— ¿Tú crees que el tío George está bien? — Preguntó soltando un resoplido.

—Sí, supongo que es el trabajo, debe ser muy agotador estar en su lugar. — Le dije lo mismo que había dicho Rossie para que no se preocupara.

—Mamá dice que pronto nos iremos de aquí, incluso ya llamó a mi padrastro y le dijo que vamos para allá, quiero decir, a nuestra antigua casa, sinceramente yo no quiero irme, me gusta estar aquí, ella siempre esta gritando cosas que no entiendo y supongo que se aprovecha de mi capacidad.

— ¿Capacidad? ¿Estás enferma? — Me giré para mirarla.

—La esquizofrenia. — Respondió en un susurro.

—Pero, tú no tienes esquizofrenia, tienes un don, Anna. — Le aclaré.

—Díselo a mi madre. — Ella puso los ojos en blanco. —Mira, hemos llegado. — Señalo con la mirada tratando de evadir la conversación, sus ojos miraron hacia el edificio de tres plantas que se encontraba en frente de la zona peatonal, y en donde, claramente, era el centro comercial.

—Que empiece la diversión. — Dije tratando de sonar lo más alegre posible. Eso había salido fácil.

Entramos al centro comercial y recorrimos varias tiendas de ropa, me di cuenta de que Anna le gustaba mucho el color purpura y el violeta, que casi eran en mismo color, pero ella me juraba que no era así. Sus pupilas se dilataban cada vez que ella veía algo color purpura y rápidamente corría hasta el lugar en donde se encontraba, incluso su helado era de color purpura. No me imaginaba como era su habitación. Purpura y más purpura. Anna se había probado unos cuantos vestidos cortos, pero ninguno, hasta ahora, le había gustado. Y yo estaba de acuerdo con ella, los vestidos de las tiendas caras, tenían las telas perfectas, pero a veces, los diseños eran un asco. ¿Quién en su sano juicio se pondría un vestido corto, que su superficie llegaba hasta la punta del cuello? Y aparte, ¡Tenía flores amarillas por todos lados!

Tuvimos que hacer varias paradas porque Anna se asustaba con las personas que la miraban raro por la forma en la que ella miraba a su alrededor. Tuve que animarla un par de veces y me di cuenta de que era la persona más inocente y dulce que había conocido. —Claro, aparte de Rossie.- Ella me había dicho que este lugar era su espacio favorito, porque las personas se disolvían con los fantasmas y era difícil adivinar quién era qué.

Unos minutos más tarde, y aún sin conseguir un vestido, Anna y yo nos sentamos en una de las mesas disponibles de la segunda planta. Agradecí en mi interior que fuese un día de la semana, porque así el centro comercial estaba casi vacío y la gente casi no venía a estas horas. Casi.

— ¿Por qué no vamos a esa tienda que dijiste? — Preguntó Anna mientras lamia su helado purpura.

—Una vez que terminemos iremos allá. — Le dije lamiendo mi helado de chocolate. Amaba el helado de chocolate, pero debía de admitir que aunque Anna hablará mucho del purpura, su helado se veía delicioso.

—Genial. — Dijo ella y después metió su mano al bolsillo de su pantalón. —Tengo algo para ti. — Ella saco su mano apretada en un puño y la extendió por encima de la mesa.

— ¿Algo para mí? — Repetí impresionada. Ella todavía no había abierto su puño. Nadie, nunca había comprado algo para mí. Y eso resultaba algo lindo de su parte.

—No es la gran cosa. — Se adelantó a decir con los ojos abiertos. —Pero lo vi y lo compré... bueno, supe que estaba hecho para ti. — Sus ojos azules brillaron con intensidad.

Me reí nerviosamente.

—Anna, no debiste...

Ella abrió su puño y casi grito de emoción.

—Tómalo. — Extendió su palma con un dije de plata sobre ella, la cadena de plata estaba acompañada del dije que tenía escrita la palabra "A" en cursiva, el relleno de la letra eran unas diminutas piedras brillantes de imitación. El contorno era material de plata.

Mi estomago ardió.

—Esta hermoso, Anna. — Tomé el dije en mis manos y lo admire. La letra era pequeña, pero no mucho, media como cuatro o cinco centímetros, así que era algo diminuta, pero podía apreciarse la letra con facilidad.

—Sé que la inicial de tu nombre es la Hache. Pero quise darte esta porque sé que hay algo fuerte entre Alex y tú.

— ¿Cómo...? — Mi ceño se frunció sin comprender. El pequeño dije seguía en mi palma.

—Ustedes tienen algo fuerte, lo puedo sentir.

— ¿Eres Cupido? — Bromé con una sonrisa. Ella se rio en voz baja y negó.

—No, pero ustedes son muy obvios. — Mi nuca pico y sentí como un ardor se recorría por mi estomago hasta mis piernas. Mi rostro se calentó involuntariamente.

—Gracias por decírmelo, le diré a Alex que no sea tan obvio delante de ti. — Dije con sarcasmo. Ella sonrió y después soltó una pequeña risita. —Esta hermoso, Anna, gracias. — Terminé de decir.

—No es nada, es más tómalo como regalo de navidad adelantado.

—Dios, ahora me siento mal, no compré nada para ti. — Solté un suspiro y apreté el dije entre mi palma derecha. Se sentía caliente y muy liviano.

—Descuida, igual no me gustan mucho los regalos. — Sonrió con amabilidad mientras le daba otra lambida a su helado purpura. La nieve se quedó en sus comisuras, pero ella no se molestó y la lambió con su lengua.

— ¿Qué te parece si vamos a la tienda que te dije y buscas algo que te guste? — Pregunté. Yo no tenía dinero, el único que había tenido lo había gastado en el boleto de avión y en la comida chatarra del día anterior, pero George nos había proporcionado un poco por si algo sucedía, o nos gustaba algo de la tienda, cualquier cosa. Él siempre estaba viendo más allá del asunto, siempre tan perspicaz en las situaciones. Al principio yo le había dicho que no lo necesitaba, pero él insistió tanto que tuve que tomarlo casi obligatoriamente.

—Sí, solo deja que termine mi helado. — Ella dijo mientras volvía a recargarse en la silla de madera en la que estaba sentada. Sus ojos azules miraban para todos lados, como si fuera un mundo de fantasía, o algo así. Yo también comencé a lamer mi helado.

Ya había estado aquí antes, de hecho aquí venía cada fin de semana a perder el tiempo o a comprar la comida rápida con mucha grasa. Así que, en realidad no había mucho que ver en el centro comercial, solo habían estas tiendas de ropa, y unos pequeños restaurantes de comida rápida, también había un cine, cafeterías, librerías, y un gran estanque artificial en la primera planta del centro comercial. Las escaleras eléctricas eran demasiado grandes en el segundo piso, así que las tiendas más grandes estaban ahí, en el tercer piso había más tiendas y más restaurantes, pero sobre todo, había alcobas con mesas en la mayor parte de la planta, estaban distribuidas por todo el lugar, la tercera planta estaba al aire libre, así que habían sombrillas grandes de color blanco, y también había unas sillas de plástico de color blanco para varias personas. El aire se había detenido por unos segundos, pero todavía nuestra piel se erizaba con las pequeñas ráfagas de aire frío. Los ojos de Anna nunca se detenían en ningún lugar, siempre los estaba moviendo de una manera inquieta y perturbadora mientras observaba cada rincón del lugar.

Una vez que terminamos, ella se limpió las comisuras de sus labios con la servilleta que venía incluida con el helado y tiro el papel al bote de basura más cercano una vez que la arrugo y la hizo bolita con sus dedos. Yo hice lo mismo.

—Es esa. — Señalé cuando bajábamos de las escaleras eléctricas.

— ¡Es muy grande, Hanna! — Dijo con emoción mientras miraba la tienda de ropa. Sus ojos brillaron casi instantáneamente y su boca se abrió de una forma grotesca.

Una de sus manos estaba en el soporte de la escalera, mientras que la otra estaba en su costado. Las escaleras eléctricas se terminaban así que solté un suspiro largo y di un paso para alejarme de las escaleras, mis zapatos deportivos volvieron a tocar el piso del centro.

Anna apenas toco el piso, corrió con ganas hasta la tienda que le había señalado.

— ¡Vamos Hanna! — Ella se volteó y me miró con una sofocante y muy extendida sonrisa. Se giró de vuelta y volvió a correr.

Reprimí una sonrisa.

Intenté acelerar mi paso, pero una persona se atravesó en mi camino y me golpeo el hombro. Era una chica de cabello largo de color negro, lo tenía demasiado largo que le llegaba hasta la cadera. Un chico alto caminaba a un costado de ella, tenía el cabello castaño y chino, por un momento se me hizo familiar por esos pantalones negros y planchados, y el cinturón atado en su cintura. Ambos iban tomados de las manos, pero nunca se habían girado o retrocedido para pedirme disculpas. Hice una mueca de desagrado mientras miraba como se alejaban. Ella siguió caminando pareciendo desapercibida, incluso pude escuchar como una risita salía de sus labios, parecía que el chico que le tomaba de la mano le había contado un chiste, porque ambos estaban riendo. Me giré y la ignoré.

— ¡Hanna! — Gritó la adolescente con la que veía. Estaba justo en la entrada de la tienda y los focos iluminaban su pequeño y fino rostro. Los risos se escurrían por sus hombros flácidos. — ¡Hay muchos vestidos purpura aquí! — Dijo con emoción mientras entraba a la tienda. Aceleré mi paso y entré casi enseguida que ella.

Anna tenía razón, había muchos vestidos purpura aquí. No obstante, también había colores oscuros como el negro y el verde militar, los colores claros estaban al inicio de la tienda, mientras que los colores oscuros, estaban hasta el final. No fue difícil visualizar a Anna entre tantos vestidos.

—Aquí estás. — Dije cuando la vi en uno de los pasillos. Su rostro se veía alucinado mientras miraba con asombro a un vestido corto que estaba en un maniquí.

— ¿Qué opinas de ese? — Pregunto mientras deslizaba sus dedos por la tela del vestido. El purpura no era mi color favorito, pero para Anna, sí. Así que tuve que mirarlo desde su perspectiva. El vestido era algo extrovertido, el top tenía pequeñas piedras de colores que formaban un relleno en la parte del pecho, la tela que cubría el estomago estaba vacío, no tenía ningún accesorio o piedras de imitación, mientras que la parte de la falda se deslizaba con tela fina, el vestido era suelto, así que la falda terminaba con pequeños dobleces en ondas en la parte final.

—Es lindo. — Dije sin más.

Ella lo miró e hizo una mueca pareciendo dudosa.

—Creo que veré más. ¿Está bien? — Preguntó mirándome. Su rostro se alzaba un poco, lo suficiente como para que sus ojos hicieran contacto con los míos.

—Claro, yo seguiré por aquí buscando alguno.

—Muy bien, estaré por allá. — Ella señaló el pasillo siguiente, en donde, habían más vestidos purpuras pero con diferente diseño. Asentí y ella casi voló por a un lado de mí.

Camine hasta el inicio de la tienda, en donde estaban los vestidos de color claro, la tienda estaba totalmente iluminada por lámparas en el techo y en el piso, algunas lámparas en forma de círculo estaban en el piso, así que algunos vestidos estaban encima de los focos para que fueran más llamativos. Camine hasta donde estaba un rack de vestuario. Estaba justo en frente de la ventana de vidrio de la entrada. Solo que no podía verse al exterior, a menos de que recorriera los vestidos y quedará un hueco para poder ver. Había dos racks en total. Es decir, en la ventana derecha de la entrada. En la ventana izquierda de la puerta, habían más vestidos, solo que el color era beige.

Miré unos cuantos vestidos blancos, ya que Anna tardaría un poco en buscar alguno de su

agrado. Tomé unos cuantos para probármelos, sin embargo, cada vez que recorría el rack, un vestido más lindo aparecía y tenía que dejar el que había escogido anteriormente, ya que solo podía probarme dos vestidos en una sola entrada al vestidor.

Recorrí una vez más el rack, y una risa estruendosa llegó a mis oídos, la risa fue casi sorda que pudo haber penetrado el vidrio de la ventana y haberlo quebrado. Solté un bufido e inconscientemente levante la vista para ver quién era aquella persona que se reía tan fuerte, mis ojos se elevaron hasta que vi una mesa ocupada justo enfrente de la tienda y para mi sorpresa, me encontré con los chicos que habían chocado contra mí hace unos minutos, ellos estaban sentados en una mesa junto al balcón que se encontraba en todo alrededor del centro comercial, el chico se reía con ganas mientras que la chica me daba la espalda y no podía ver lo que hacía, aunque podía oír su risa aguda. Ellos estaban justo en el centro del segundo piso, en donde había un hueco grande, lo suficiente grande como para que las escaleras eléctricas se vieran desde aquí y todavía, quedara un enorme espacio sobrante. Podías pararte junto al barandal de cristal macizo que rodeaba al hueco, mirar hacia abajo, y ver hacia la primera planta y al estaque artificial que se encontraba ahí.

La infraestructura era muy actual y muy sofisticada, aunque, los precios a veces eran muy bajos y cualquier persona, de cualquier sociedad, venía aquí.

Resoplé molesta mientras les daba una mirada furiosa, les di poca importancia y volví a seguir con mi rutina de buscar un vestido blanco. Yo sabía que el color blanco haría que mi piel se viera más blanca y más pálida, pero eso era justo lo que yo quería. Me gustaba ser pálida. Y aparte, mi madre nunca me había comprado un vestido blanco por la misma razón. Así que ahora que tenía la oportunidad de comprarme un vestido de color claro, lo haría.

Me concentré en el rack y tomé otro vestido que tenía un top sencillo, con una "V" en el inicio, y con una falda que llegaba más arriba de la rodilla. La falda era lisa, por lo tanto, lo hacía ver fino y bonito. Lo observé una vez más y miré el que tenía en mi mano izquierda. Era un vestido infantil a comparación con este, tenía un lazo rosa atado en la cintura y pequeñas piedras de imitación en la parte superior del top. Miré el nuevo vestido y devolví el primer vestido con lazo rosa que había tomado.

La risa llegó otra vez. Pero, esta vez más fuerte. Más clara. Más conocida...

Recorrí un par de vestidos y miré hacia el exterior de la tienda. La risa ya no era de la chica, sino

que, ahora, era la del chico. Lo miré con frustración y volví a resoplar. El chico giro su mirada hacia la tienda de manera inconsciente mientras seguía riéndose y cuando vio que yo lo observaba, su risa se silencio.

Mi mandíbula casi se cae.

— ¿Zet? — Dije para mí misma. Mis ojos se quedaron en él por unos segundos hasta que reaccione. ¿Qué hacía Zet con una chica? Quiero decir, no había pasado ni un mes de la muerte de Cara y él estaba aquí, muriéndose de la risa con una chica totalmente desconocida para mí.

¡Hijo de...!

Él abrió sus ojos como plato, y pareciendo desapercibido por mi mirada, él se inclino con lentitud hasta el asiento de la chica. Su cuerpo se recargo en la mesa y alcanzo a la chica hasta llegar a su oído. Ella no se giró, ni siguió riéndose por el chiste que Zet le había contado, al ver el repentino cambio de humor de Zet, ella había quedado en trance, como si comprendiera con la mirada de que se trataba, la chica se tensó y no se movió ni un centímetro. Él le murmuró algo en el oído y ella se quedó quieta. Ni un cabello de su preciosa melena negra se movió.

Mi sangre hirvió. Esto no estaba pasando. ¿No se suponía que Zet y Cara estaban saliendo? ¿Acaso ya la había superado tan rápido? ¿La estaba engañando? ¿Desde cuándo?

Deje los vestidos sobre el rack y salí de la tienda con paso apresurado mientras me acercaba a la mesa en donde estaba Zet. La chica se levantó y comenzó a correr. Acelere mi paso y vi como la chica se escurría entre la gente que pasaba por los pasillos. La seguí con la mirada sin apartar los ojos de su vista. Su cabello negro se movía con rapidez, y desde aquí, podía oler su pánico y su nerviosismo. Ella no me había dado la cara.

Alguien me detuvo por enfrente, tomándome de los hombros con fuerza.

—Hanna... — Dijo Zet soltando su agarre. Mis huesos tronaron. Una sonrisa resplandeciente apareció en su rostro limpio.



— ¿Quién es ella? — Dijo con los dientes apretados.

En mi cuerpo había explotado una bomba que contenía dolor, furia y decepción.

— ¿Quién es quién? — Dijo dando un paso lejos de mí. Yo sabía que él me había detenido a propósito. Así que lo miré despectivamente. Él tragó saliva con dureza.

—La chica con la que estabas. — Mis dientes rechinaron.

—No sé de quién me hablas, Hanna. — Él me miró sin comprender lo que yo decía, su ceño estaba fruncido fingiendo una diversión que no tenía. Sus dientes estaban al aire.

¡Claro! ¡Esos pantalones negros planchados en su totalidad solo podían ser de Zet! ¡Y ese cinturón negro que siempre llevaba era de él! ¡Incluso el cabello castaño con risos cortos! ¿Cómo es que no me di cuenta?

— ¡Eres un cínico! — Le espeté con voz sorda. Él se alejó un paso lejos de mí por inercia.

—Creo que te confundiste, yo acabo de llegar. — Dijo en un susurro. Su rostro estaba formando una sonrisa divertida y confundida. Miré sobre su hombro y la chica de cabello largo ya no estaba. Lo miré con rabia.

— ¡Mentiroso! ¡Te acabo de ver con ella! Y... ¡Riéndote! — Grité con furia. Mi sangre se calentó por todos los lugares posibles. — ¡No puedo creer que le hayas esto a Cara!

— ¿Hacerle qué? — Murmuró con el ceño fruncido. Su cinismo comenzaba a cansarme y fastidiarme.

— ¡Engañarla, idiota! — Exclamé gritando. Unas cuantas personas que pasaron a mi costado me miraron con el ceño fruncido. Los ignoré olímpicamente. Este no era su asunto.

—Hanna, no. Yo no la engañé. — Su rostro formó una sonrisa suave. Sentí que él se estaba burlado de mí con esa estúpida sonrisa de chico inocente.

—Entonces, dime, ¿Quién era ella? ¿Por qué huyó?

—Ella no huyó.

Mi rostro se volvió sarcástico, y fue imposible soltar una risa amarga y sarcástica.

—Dijiste que no estabas con nadie, y ahora... te contradices tu mismo. — Mis ojos se entrecerraron mientras mi cuerpo ardía en cólera. Quería tener a Zet ahorcado en un árbol justo ahora.

—Muy bien. — Él se pasó una mano por su cabello castaño mientras miraba alrededor. Sus profundos ojos observaron con atención cada movimiento del centro comercial, miró hacia las esclareas eléctricas en un medio de segundo, y después, volvió su mirada nerviosa hasta mí. —Si estaba con alguien, ¿De acuerdo?, pero nunca engañé a Cara.

Una risita involuntaria salió de mis labios temblorosos.

— ¿Desde cuándo estas saliendo con ella? — Pregunté con ardor en mi cuerpo. — ¿Un mes? ¿Un año? — Mi tono fue cínico.

—Hace una semana. —Corrigió en un susurro.

Suspiré intentando calmar todos mis nervios exaltados.

— ¿Cuál es su nombre? — Pedí educadamente.

—Hanna...

Mi paciencia y mi educación se esfumo cuando volví a apretar mis dientes.

—Su nombre, Zet. — Dije con furor. Él se relamió los labios.

Esto no era por mí, era por Cara. Yo como su mejor amiga no podía permitir esta falta de desfachatez por parte de Zet, no podía dejar que alguna persona incrédula y sin moral se burlara de su memoria, y eso era lo que estaba haciendo Zet. No podía creer que él ya había superado la muerte de Cara en menos de dos semanas cuando él juraba amarla. Simplemente no podía.

Pero, ¿Por qué? ¿Solo estaba jugando con Cara? Y, ¿Quién era esa chica?

Zet era un completo idiota, hueco de la cabeza y seco e inhumano del cerebro.

—No creo que la conozcas. — Él hizo una pausa y miró sobre mi hombro, sus ojos se enfocaron en algo que había detrás de mí y después tragó saliva. Un nudo enorme se formó en su garganta. —Vianney. Su nombre es Vianney. — Dijo finalmente con los ojos clavados en mí.

—Mentiroso. — Dije. Y entonces, me giré y vi una enorme tienda con el nombre de "Vianney". Me giré para retarlo con la mirada y reprocharle lo mierda que era. Sus ojos brillaron con intensidad. — Cara se merecía algo mejor que esto. — Me di la vuelta mientras le daba una mirada llena de ira y furia.

—Hanna... — Él me detuvo dándome un apretón en la muñeca derecha.

—No. — Dije con dureza mientras me zafaba de su agarre. Camine hasta la tienda en donde estaba Anna con el corazón palpitándome con fuerza.

Jodido seas Zet.

—A todo esto... — Dijo a mis espaldas. —Creí que estabas en Canadá. — Susurro con tono directo.

Mis ojos se abrieron.

¿Qué?

— ¿Quién te dijo que yo estaba en Canadá? — Mo volví para mirarlo de nuevo. Mi ceño se había fruncido una vez que las palabras habían salido de su boca.

—Emma. — Contestó. —Quiero decir, la directora, tu madre Hanna. Ella renunció y dijo que se iba a Canadá, así que asumí que tu ibas con ella, por eso lo sé. — Sus ojos me miraron con inquietud.

No me lo creí, por supuesto.

—Solo dime una cosa. — Di un paso acercándome hacia a él. Su rostro se alarmo cuando me acerque, pero nunca dio un paso hacia atrás. Zet se mantuvo en su lugar como si estuviera pegado al piso.

—Lo que tú quieras. — Corroboró.

Tragué saliva y miré hacia alrededor del centro comercial, las personas habían dejado de mirarnos cuando habíamos bajado un poco la voz, no obstante, algunas personas nos miraban de reojo, pensando que éramos una pareja en un centro comercial en plena discusión.

Di un paso más hacia Zet, quedado casi de frente, a pocos centímetros de distancia. El nerviosísimo en su cuerpo fue evidente. El sudor comenzaba a deslizarse por su frente.

—Dime que no tienes nada que ver en la muerte de Alex.

Él abrió sus ojos y una gota de sudor resbalo por su frente lisa. Él era más alto que yo, pero ahora, se veía como una pequeña hormiga en un mundo enorme.

—No tengo nada que ver en la muerte de Alex. — Respondió sin apartar sus ojos de mí. El mundo se había enfocado en nosotros dos, y por nuestra cercanía, Zet estaba entrando en pánico y en tensión. Sus músculos no eran buenos actores como su sonrisa cínica.

—Escúchame, Zet... — Comencé a decir con tono de advertencia. —Si tú o alguien más está intentando esconder pistas sobre la muerte de Alex...

— ¡Hanna! — Mi voz fue interrumpida. — ¡Tengo un vestido! — Gritó la voz de Anna desde la tienda.

Zet pudo respirar al fin y a regañadientes resoplé y me alejé de él.

—Hablaemos después. — Advertí con furia en mi rostro y camine hasta donde estaba Anna con su vestido purpura.

Ella miró sobre mi costado y me miró con el ceño fruncido. Su delgado cuerpo se giró y comenzó a caminar a un lado de mí.

— ¿Quién es él? — Preguntó mientras avanzaba hasta la caja de la tienda.

—Un amigo. — Respondí. Anna suspiró.

—Es muy guapo. — Dijo ella mientras se sonrojaba.

—Sí, bueno, es más fácil creer en un presidente que en un chico guapo. — Dije despeinando su cabello rubio, ella se alejó de mí mientras se reía, escabullo mi agarre en cuanto mi mano hizo contacto con su cabeza.

=====

## Capítulo 88.

Sobre amarillo. Sobre amarillo. Sobre amarillo. Tienes que saber que ahí dentro.

Esa oración resonaba en mis oídos. Las voces eran tan incesantes que solo quería arrancar el papel y ver lo que había ahí adentro. Pero algo en el fondo me detenía, ¿Qué tal que si no es lo que yo espero? O, ¿Sí es algo peor? ¿Qué voy hacer?

No tenía muchas opciones, descubrir al asesino de Alex se había convertido en la tarea más difícil que había hecho. Todas las personas querían estar en la lista de sospechosos, excepto que todos se mantenían en el mismo renglón, nadie estaba por debajo o por arriba. Sabían cuál era su posición y sabían cómo mantenerse ahí.

Tenía la necesidad y la intriga de abrir ese sobre, quería ver que había ahí adentro, quería saberlo todo. No me importaba que hubiera un insignificante papel, pero quería saberlo. Quería y debía. El sobre amarillo estaba encima de la mesita de noche de la habitación de Alex, era tan llamativo que era imposible apartar la vista de aquel papel. No obstante, el papel se veía viejo y apunto de deshacerse. Por un segundo creí que eran documentos antiguos, o algo así, pero no. Los papeles que había ahí adentro se sentían duros y actualizados.

George había dicho que mi madre había llamado en la mañana, justo cuando Anna y yo estábamos en el centro comercial, dijo que ella se escuchaba muy asustada y que no dudaba que hubiera entrado en pánico al no ver algunas de mis pertenencias en mi nueva habitación, pero él me aseguro que no le dijo nada sobre mí, él dijo que fingió no saber donde estaba, sin embargo, George es de esas personas que quieren equilibrio en las cosas, así que quería que llamara a mi madre y le dijera dónde estaba y el motivo por el que me había ido. Me dio una plática de casi veinte minutos en donde, le estuvo dando vueltas al mismo asunto.

Él argumentaba de una manera perfecta, movía sus manos en el aire haciendo ademanes y pronunciaba cada palabra con voz clara y autoritaria mientras me hablaba. Supuse que era por cuestiones del trabajo, así que me porte lo más atenta y educada que pude. George me hizo un monologo de porque tenía que hablarle a mi madre, así que solo asentí y concorde con él para

que me dejara ir. Él me volvió a decir que confiaba en mí, y con voz gruesa dijo que mi madre no tenía la culpa, así que, tenía que llamarla obligatoriamente.

Le dije que sí, que pronto la llamaría.

Pero, no lo haría.

No quiero pensar en ella, siquiera pensar en su rostro lloroso y lleno de lágrimas me daba ganas de regresar al escusado y vomitar toda la comida ingerida del año. Ella había provocado todo esto, y como justo, debía pagar por ello. Una parte de mí estaba furiosa, y otra parte estaba como rota... ella me mintió y me ocultó algo muy importante, incluso cuando sabía que yo conocía a Eric, ella negó un romance con él, y bueno, aquí estaba yo, producto de aquel amorío sin fin.

— ¿Por qué no abrimos ese sobre? — Preguntó Alex desde la esquina de la habitación. Su voz era sofocante.

—Rossie fue muy clara, dijo que tenía que pensar en todas las coincidencias, pero no sé a qué se refiere, es decir, ¿A qué coincidencias? — Fruncí mi ceño y lo miré esperando que él supiera a que coincidencias correctas se refería.

—Hay que abrirlo, sin pensar, sin razonar. No servirá de nada. — Aclaró mientras tragaba un poco de saliva.

Asentí comprendiendo.

—Tal vez deberíamos analizarlo... — Recalqué en un susurro.

Él dudó y luego se relamió sus labios rojos.

— ¿Tú crees?

—Sí, por algo lo dijo Rossie. ¿No crees? — Interrogué en un susurró ahogado mientras lo miraba con confusión. Su ceño estaba igual de fruncido como el mío, ambos teníamos dudas, y temíamos que lo que hubiera en el sobre fuera aterrador y asfixiante.

—Muy bien. — contestó.

Y un segundo después, mi mirada se perdió en el vacío de la habitación y me sumí en mis pensamientos abrumados.

Analizar. Solo teníamos que ver las coincidencias existentes, pero, ¿Con quién? ¿Con todos los posibles y no posibles sospechosos? ¿Con mi madre, acaso? ¿Por eso Rossie la había puesto en su oración? ¿Para que supiéramos lo que ella había estado haciendo en las últimas semanas?

Inhalé aire y me recargué en la cabecera de la cama de Alex, mi cuerpo siento una tensión terrible cuando me puse a divagar sobre todos los posibles sospechosos, así que aquí iba mi grandiosa y supuesta teoría.

El principal sospechoso era Zet, recordaba como Cara me había dicho que lo había visto en su automóvil en plena discusión con Kate, y después su actitud pesimista y sofocante que tenía cuando me veía por los pasillos del instituto como si huyera de mí, y ahora estaba esta incógnita sobre la muerte de Cara y la nueva chica con la que estaba saliendo en menos de un mes de que Cara muriera. Definitivamente eso era extraño. Me dejaba ciertas dudas que solo él podía aclarar, pero que por supuesto, no lo haría.

Por consiguiente estaba la guapa y ahora nueva capitana de las porristas -O al menos eso es lo que había escuchado- Y la talentosa e inteligente de Kate. Su actitud había sido sospechosa desde el principio, parecía actuar en cada escena que se le presentara, incluso ella sabía como verse como la víctima, y como ocultar a Zet de mi vista, ella era la novia de Ryan, él segundo chico más guapo del instituto, y él que también había estado en circunstancias inadecuadas como el día en que golpee -Teóricamente- a Zet el día del restaurante. Ryan había estado ahí, pero no levante ninguna sospecha sobre él porque en esos momentos, yo no sabía que estaba saliendo con Kate. La misma Kate que en los últimos días se comportaba de una manera amigable y cariñosa, como si la muerte de Cara le hubiera afectado de una manera racional y emotiva.

Sarah era la siguiente. Sarah, la chica que quiso matarme y que su plan fracaso gracias a Eric, mi



padre. Estuvo en el grupo de reunión el día en que supuestamente, dijeron que yo había matado a Alex, cuando se dio por terminada la sesión, Sarah y Tom dijeron que Cara y Kate joderían su plan, pero, ¿Cuál era ese plan? ¿Engañarme a mí? ¿Seguir ocultando un secreto que solo ellos sabían? Ella por supuesto no había negado nada el día en que la visite en el hospital, estuvo tan de acuerdo de lo que había hecho, que incluso me había amenazado con matarme, ¿Ella había sido la que asesino a Cara para seguir con su plan? O, ¿Estaba siendo chantajeada?, sin embargo, no podía explicar el por qué de sus actos, y mucho menos podía explicar por qué Sarah mataría a Alex sin ninguna razón, yo estaba segura de que ella era cómplice de alguien, o estaba siendo amenazada por esa misma persona para que hiciera cosas indebidas y tortuosas.

Y luego, estaba mi madre. Ella tenía un expediente bastante largo en mi memoria que no sabía desde donde empezar, había tantas coincidencias que no quería imaginarme que ella había sido la culpable de todo, no quería cerrar los ojos e imaginar cómo sus manos delgadas apretaban el cuello de Alex para matarlo. No quería verla como la mala del cuento, porque, es decir, ella era mi madre, la mujer con la que había estado el resto de mi vida y con la que había compartido los mejores y los peores momentos. No obstante, sus actos irrelevantes y sospechosos me hacían dudar dramáticamente de lo que pudo haber hecho antes y ahora.

Emma, Margaret, ni siquiera me importaba su nombre. Me importaba lo que había hecho. Me importaba por qué había actuado de una manera tan frustrante y desdeñosa desde que Alex y la familia Crowell habían aparecido.

Su actitud al principio había sido normal, pero su comportamiento había cambiado desde que Cara entro a la casa el día en que Alex envió el primer mensaje. Ella había bajado por las escaleras y nunca la vi en la primera planta cuando yo bajé, después, ella asistió al funeral de Alex, había estado ahí por razones desconocidas o no tan desconocida ahora que sabía que ella y yo teníamos parentesco con la familia Crowell. Esas ya eran bastantes coincidencias, aunque tal vez lo estaba interpretando de otra manera más frívola y condescendiente sobre mi madre.

¿Ella sería capaz de matar a una persona por mantenerse estable? Y de todos modos, ¿Cuál era el objetivo si mataba a Alex? En todo caso, él no tenía nada que ver con la relación entre Eric y ella. No hay una teoría para explicar la razón y el motivo del porqué atacaría a Alex y no a otro miembro de la familia.

Mi madre no...

Un sonido proveniente de la habitación me distrajo, y después vi como una sombra se removía con nerviosismo en el fondo de la iluminada habitación. El piso de mármol brillaba ante los rayos penetrantes del sol, sin embargo, la cortina tapaba la ventana y era imposible ver hacia el exterior y al jardín de la entrada que se extendía hasta la calle principal.

—Hanna... — Alex me llamó en un susurro agudo y tembloroso. Despistadamente me sacudí saliendo de mis pensamientos y levanté mi vista para encontrarme con unos ojos cafés horrorizados.

Mi ceño se frunció con rapidez y en seguida, me vi hundida en la preocupación.

— ¿Estás bien? — Mi labio tembló cuando lo vi mirarme con amargura. Sus ojos habían perdido ese toque encantador, y ahora solo estaban opacos y sin contraste.

—Creo que tengo algo. — Él me dio una mirada extraña. —Algo sobre tu madre. — Dijo entrecerrando los ojos en un par de segundos. Casi como un pestañeo, pero, ciertamente, no lo fue.

— ¿Algo como qué? — Pregunté sin moverme de mi lugar. De repente, la habitación se había vuelto un lugar frío en el que mi cuerpo se había quedado congelado y pegado a la cama. Y en donde, el espacio se había vuelto pequeño y encerrado.

—Yo... — Comenzó a decir con un tic en el ojo derecho. Su ojo pestañeaba con nerviosismo. Alex se acomodó su cabello en un rápido movimiento y miro hacia la ventana de la habitación mientras apretaba la mandíbula con dureza. Pude ver entre los rayos del sol, como él tragaba saliva con un esfuerzo increíble. Él regreso su mirada hasta mí y me miró con dolor. —Creo saber quien fue. — Dijo con voz clara.

Mi cuerpo tembló. No por lo que él iba a decir, sino porque, él como yo estábamos pensando en la misma cosa, y en la misma persona, y eso entorpecía mis pensamientos.

Sabía lo que iba a salir de sus labios. Tomé aire y preparé a mi corazón palpitante para lo que se iba a venir.

Él levantó sus hombros y los dejó caer mientras soltaba un suspiro tembloroso.

—Fue tu madre, Hanna. — Dijo después de unos segundos de su pausa.

Un nudo enorme se formó en mi garganta.

— ¿Qué? ¿Cómo lo sabes? — Pregunté todavía sin mover un músculo de mi cuerpo. Todo comenzaba a dolerme, era como si me hubieran golpeado un día antes y estuviera con heridas por todo el cuerpo.

—Es fácil saberlo, solo debes analizar las coincidencias con ella y...

— ¿Coincidencias? — Lo interrumpí de inmediato. — ¿Te estás oyendo?, estás diciendo que mi madre es tu asesina, ¿Cómo puedo tomarme eso a la ligera? — Mis pulmones comenzaban a expulsar todo el aire que tenía dentro sin dejar que más oxígeno entrara a mi cuerpo.

—No estoy diciendo eso, pero quiero que lo analices, ¿Quién más podría ser si no? — Él frunció su ceja y se puso recto, en guardia. — ¿No te das cuenta? ¡Ella coincide con todo! — Gritó con voz fuerte, haciéndome saltar.

—Está bien. — Dije tratando de no empezar una pelea. —Supongamos que sí, todo concuerda con ella, pero, ¿No te has puesto a pensar que puede ser una trampa? — Me levanté de la cama y alcancé el sobre amarillo que se encontraba, todavía, en la mesita de noche.

—Lo pensé. — Dijo él relamiéndose los labios. —Pero lo descarté, si todo coincide con ella, no hay dudas, ella fue. — Su voz sonaba segura.

Estiré mi brazo, donde estaba el sobre y lo extendí hasta donde se encontraba él.

—Muy bien, si estás tan seguro, ¿Por qué no abres ese sobre y nos sacamos de dudas?

Él agarró el sobre de mis manos, y por un momento, sus dedos fríos hicieron contacto con mi piel temblorosa.

Él me miró con irritación.

—No lo abriremos hasta que tú analices las cosas. — Dijo mientras lanzaba el sobre a la cama. Él estaba alejado, así que lo lanzó de inmediato y el sobre llegó hasta la cama con un ligero rebote. Mis ojos se abrieron.

—Las estoy analizando, pero, no puedo... — Repliqué. —No puedo ver a mi madre como la mala. — Mi boca se abrió para proseguir, pero nada salió. El aire se contuvo en mis pulmones.

—Lo sé. — Él vaciló antes de acercarse, tan solo dio un paso, alejándose de la ventana un par de centímetros. —Pero debes ver más allá, debes ser inteligente y dejar de ver a tu madre como una persona común. Ella es parte de esto. Lo sabes.

Mi pecho sintió una presión terrible desde el interior. Sobre todo, porque Alex tenía razón, yo debía de ser perspicaz. Ser inteligente.

— ¿Qué es lo que crees? — Solté un suspiro resignado. Mis músculos se habían tensado tanto que ahora parecían rocas movibles.

—Bien. — Él dijo con un pequeño brillo en los ojos. —Son muchas coincidencias... Hanna, que no sé por dónde empezar. ¿Qué me dices del día en que estaba hablando con Cara en la dirección? El día en que recibiste la nota de amenaza y ella te prestó su cuaderno, ¿No crees que son o fueron cómplices?

» ¿Por qué esta tan nerviosa de todos modos? ¿Por qué te llevó a Canadá? ¿Ocultarte? ¿Tenerte como rehén? No tengo las respuestas Hanna, pero supongo el porqué, las coincidencias, los días en que ella actuaba de una manera cariñosa y en las que otras veces solo te gritaba... El día de la reunión, ¿Las recuerdas, cierto? bien, ese día estuvo ahí, tomó el auto de Zet no sin antes decirle algo e irse. Ellos estuvieron dando vueltas por la manzana, no sé cómo no nos dimos cuenta... estoy seguro que ellos nos estaban vigilando y sabían que estábamos

detrás de ellos, ¿No lo pensaste, verdad?, bien, y luego, esta esto, lo del suéter, ¿Cómo sabía que era mío? ¿Lo pudo haber visto en el instituto? yo no lo creo, sinceramente. Yo no tendría memoria para recordar lo que un estudiante lleva puesto... Y esa noche en que Cara murió, ella estaba ahí, te detuvo cuando la viste en el piso, pero, ¿Por qué? ¿Cómo se dio cuenta de que había ocurrido un asesinato? ¿Por qué estuvo ahí tan rápido, casi al mismo tiempo que tú? ¿No es extraño?, nadie se levantaría en la madrugada porque una sirena está pasando por la calle norte, cualquiera pensaría que se trata de un ladrón, pero ella estuvo ahí, ¿Lo ves?, pudo a ver sido un plan, ella pudo haber contratado a alguien para matarla, o incluso fue ella... Al igual que el día en el que encontré la nota de amenaza, la misma que recibió Cara y mi madre, creo que debes de estar de acuerdo en que nadie pudo entrar a tu habitación en medio de la noche cuando tu ventana estaba cerrada... Con candado... y dejar esa nota... Pudo haber sido una distracción, la omisión del acto nos hizo ir por la persona incorrecta. Ella lo planeó todo. »

—Eric intervino sus planes y se vio obligada a llevarme a Canadá...

—Ella amenazó a todos, estoy seguro. — Me interrumpió mientras hablaba con rapidez.

—Y el día en que habló con George... Ella dijo algo sobre ti, sobre una verdad que nunca te contaron, ambos se acusaron... — Le recordé en un murmullo.

—Ella lo sabía, sabía que todo esto pasaría y trató de ocultar todo, de mentir y acusar a otra persona, tal vez a Sarah... No lo sé... — Su voz se había puesto seria, y su cuerpo se movía con rapidez mientras caminaba de un lado a otro, sus manos hacían ademanes y señas en el aire mientras hablaba.

— ¿Qué hay de Sarah? ¿Ella dijo la verdad, entonces? — Mi tono era ahogado. Me faltaba oxígeno y era imposible obtenerlo dentro de esta habitación. Se había vuelto veinte veces más pequeña.

—Estoy creyendo que sí...

Un gemido frustrado salió de mi boca antes de que volviera a hablar. Sarah tenía razón. Y la odiaba todavía más por eso. Me había advertido y me lo había confesado y yo solo... yo solo la ignoré.

—Hanna... — Él me habló, pero yo no pude levantar la vista, era como si todo el peso del mundo hubiera caído en mis hombros y una espesa bruma me congelara los músculos y los huesos fríos y sin movimiento. —No quiero ser yo quien lo diga, pero, lo debo hacer.

Mis ojos se mantuvieron en el piso, mientras que mi mente asimilaba toda la información retenida de una manera inconsciente.

—El día... — Mi voz se cortó. Tuve que tomar una bocanada de aire para poder seguir. El oxígeno parecía una clase de anestesia que retenía a mi voz y a mi cuerpo. —Mi madre fue la que atacó a Rossie, ¿No es cierto?

—Me temo que sí... — Respondió en un susurro.

—Rossie dijo que era una mujer de cabello oscuro, delgada... Y con uñas largas... — Me horroricé al imaginarme como había acontecido aquel desgarrador hecho. —Ella es la culpable, ¿Verdad? — Ni siquiera sabía porque había hecho una pregunta que ya tenía respuesta.

—Sí. — Contestó.

—Hay que abrir ese sobre ahora... — Dije levantando la cabeza. Mis ojos se encontraron con los suyos tan rápido como los levanté y me miró con sus ojos profundos. —Tenemos que saberlo antes de que sea demasiado tarde.

Él comenzó a caminar hasta la cama y sus manos apretaron el sobre amarillo una vez que estuvo cerca de él.

— ¿Estás lista? — Alex levantó una de sus cejas, esperando un monosílabo de mi boca. Sus manos sostenían el sobre sin apretarlo demasiado. Él estaba tan nervioso y tan tenso como yo. Su mano tembló un poco cuando abrí la boca.

—Sí. — Respondí. Y entonces... Él rompió todo indicio de papel, ni siquiera se molestó en quitar el hilo que lo cerraba y desenvolverlo. Alex agarró una esquina del sobre y jaló con fuerza

haciendo que el papel hiciera un sonido claro y profundo mientras se rompía.

Alex tiró el sobre deshecho y sin mirar lo que había desenvuelto, extendió su mano y me lo entregó.

—Es tuyo. — Dijo con el brazo extendido. —Debes de ser la primera en ver lo que hay ahí adentro.

Sin pensarlo, tomé los papeles que él me tendía, y con las manos temblorosas y los ojos fijos en él, comencé a hojear los papeles.

Pero, no eran papeles. Me di cuenta porque el papel se sentía suave y mi dedo se deslizaba con facilidad. Eso hizo que mis ojos se bajaran hacia los papeles y me sorprendí al ver que eran un par de fotografías.

Mi ceño se frunció.

— ¿Qué es esto? — Pregunté casi para mí misma mientras miraba las fotografías.

En la primera fotografía estaba mi madre, lo cual me pareció extraño, porque ella realmente no estaba haciendo nada malo. Ella solo estaba conduciendo su automóvil negro y al parecer, la fotografía había sido sacada de un vídeo de las cámaras de los semáforos. Su rostro estaba al frente, justo en la carretera mientras sus manos se aferraban al volante. Llevaba su uniforme de diario, su falda lisa de color beige hasta las rodillas junto con su camisa blanca hasta el cuello, el saco estaba puesto en el asiento del copiloto y era del mismo color que la falda.

Seguí con las otras fotos y mientras deslizaba mi dedo por el papel brillante, me di cuenta de que las tres primeras fotografías eran casi idénticas, ella seguía conduciendo sin despegar la vista de la carretera. Fruncí mi ceño.

—Es mi madre... — Le dije a Alex mientras veía con atención las tres primeras fotografías. No entendía el porqué de aquellas fotografías si eran tan comunes y tan normales.

Al fondo, escuché como Alex comenzaba a avanzar hasta mí, sus pasos fueron lejanos y casi nulos para mis oídos, mi mente se encontraba fuera de la realidad mientras mi cerebro era sumiso de aquellas fotografías.

— ¿Tu madre? ¿Qué está haciendo? — La voz sonaba lejana, pero podía sentir el calor de su cuerpo a un lado de mí. Su tono hacía eco en mis oídos y luego se distorsionaba en una ráfaga de segundo.

—No lo sé... Ella solo está conduciendo. — Susurré observando su rostro pálido al frente de la carretera, como si viera más allá del parabrisas.

Sus manos tocaron a mis dedos y de pronto, las fotografías ya no estaban en mis manos temblorosas.

Su expresión no cambió, él solo mantuvo la mirada en la fotografía con su ceño fruncido.

— ¿Qué hay de las otras fotografías?

Él miró por encima del papel brillante que tenía en sus manos y apuntó hacia las otras fotografías que no había visto.

Las tomé del acolchonado y mis dedos temblaron involuntariamente.

Tragué saliva.

—Ella está comiendo en un restaurante. — Mis ojos se enfocaron en la fotografía en donde mi madre comía una hamburguesa en un restaurante que me parecía familiar. Solo que no sabía de donde...

La mesa en la que estaba sentada tenía un mantel de cuadros blancos con rojos, y sobre ella, había botes con salsa picante y un par de servilleteros. Solo que no había un maldito cartel en



donde dijera el nombre del restaurante.

— ¿Restaurante? ¿Qué restaurante? — Bajó sus manos y miró hacia las fotografías que yo tenía.

—No lo sé... No dice. No hay un menú o un cartel a la vista. — Anuncié en un murmullo. —Parece ser un restaurante de comida rápida. — Aporté con el ceño fruncido.

—No lo entiendo... — Dijo él.

Cambié de fotografía y esta vez había una diferente. Estaba en la misma pose, solo que en esta fotografía había un zoom claro que apuntaba al reloj del restaurante.

— ¿Ya viste esto? — Le extendí la fotografía y apunté hacia el reloj mientras él tomaba el papel entre sus dedos. — ¿Por qué un zoom en un reloj? — Remarqué la última palabra y lo miré confundida. La habitación se volvió oscura y fría.

Era ilógico, solo habían seis fotografías en el sobre y ninguna de ellas acertaba nuestra teoría. Las tres primeras eran de mi madre conduciendo, ¿Qué tenía eso de extraño? ¡Nada! ¡No había nada en estas fotografías que nos pudiera servir!

Mi madre conduciendo era algo normal, es decir, ella siempre conducía, iba del instituto a la casa o viceversa, o llevaba el automóvil al auto lavado o de vez en cuando iba al súper.

Pero, ¿Por qué estaría en un restaurante? Sobre todo en un restaurante de comida rápida cuando a ella ni siquiera le gustaba la comida ra...

Mis ojos se abrieron casi de repente y sentí como la sangre se me subía hasta la cabeza.

—No puede ser... — Murmuré de pronto.

— ¿Qué? — Él no pareció entender. Sin pedirle permiso le quite las fotografías de las manos y

miré con atención las primeras tres...

— ¡Aquí! — Apunté en la primera fotografía. — ¿Lo ves? — Alex frunció su ceño. — Este cartel del exterior dice que está en la ruta 47, ella estaba conduciendo hacia un lugar específico. — Pose mi dedo en el cartel verde que se encontraba en la fotografía. Luego, deseché la fotografía y seguí con la siguiente. —Y aquí. — Apunté hacia otro cartel verde. —Este dice que es la ruta 49. Y el siguiente... El siguiente... — Mi voz se fue apagado conforme hablaba. Respiré aire y controle a mis pulmones en un escaso segundo. El oxígeno se mantuvo dentro de mi cuerpo. —Es... es la ruta siguiente en la que fue el accidente de tu muerte, Alex.

—Ese restaurante, ¿No es el que está al lado de Taco Bell? — Pronunció sin parecer afectado por mis anteriores palabras. Supe que había omitido la palabra muerte.

— ¿Sawdburg? — Pregunté refiriéndome al restaurante que habían instalado ahí hace unos meses. Alex asintió, pero de todos modos respondió con un desaire.

—Ese mismo. — Respondió mirándome.

Silencio.

Mi madre... Ella fue.

—El reloj... — Él dijo mirando hacia la fotografía donde el reloj estaba en zoom. — ¿Qué hora hay en la fotografía numero uno? — Dijo en un tono ahogado.

Al principio no lo comprendí, pero cuando miré la fotografía, mi duda se aclaró. En la parte inferior de la izquierda de la fotografía había una fecha y una hora con los minutos y los segundos exactos.

—Cinco con quince. — Respondí.

—El reloj del restaurante marca las cinco con cincuenta minutos. — Susurro mientras miraba la

fotografía. —Una hora exacta. — Parecía petrificado, anonado.

—Fueron treinta y cinco minutos de recorrido... Regularmente se hacen veinte minutos de recorrido desde la ruta 47 hasta la 51, ¿No es cierto?, ¿Qué fue lo que hizo en esos quince minutos sobrantes?

—Creo que ambos sabemos la respuesta, Hanna.

=====

## Capítulo 89.

No hay ruido en la habitación. Ni siquiera un grillo que cante en la situación más espeluznante de mi vida. Mis ojos comienzan a arder, sin embargo, mis pensamientos están tan claro como el agua. Comprendo cada oración y cada palabra que escucho. Estoy en mi sentido más racional. Contralando cada nervio en mi cuerpo que es imposible que reaccione de una manera violenta o ilógica.

Alex está tan seguro de que mi madre es su asesina por las fotografías y las pistas que dan con ella.

Yo no.

Si vivieras con un asesino, lo sabrías de inmediato, ¿Verdad?

Ellos tienen una inteligencia inimaginable, su IQ es a veces, mayor que el de Albert Einstein, saben cómo actuar, donde y como ocultarse de la justicia. Los asesinos eran listos, perspicaces,

astutos e ingeniosos. Su punto débil era un arma en la mano. Y mi madre no tenía un IQ elevado, ella era otro porcentaje de la población posicionada en los regulares, en las personas normales. Un asesino tendría trastornos y estaría obsesionado con alguna cosa personal. O algún trauma de la infancia. Y esa no era mi madre. Estaba tan segura que apostaría un millón de dólares a su favor si los tuviera. Ella nunca había actuado de forma extraña, hasta hace unas semanas, pero eso no significaba que ella era la infame y vil bruja de la historia. ¿Y si nos estábamos desviando del asesino? ¿Del verdadero asesino?

Ella nunca sufrió algún traumatismo de pequeña, y nunca, nunca en la vida asesinaría a una persona por más que fuera su instinto. Los asesinos tenían la necesidad de matar, de ver que la gente muriera por su culpa, y así, sentirse dueños de su vida. Libres de algún episodio traumático. Libres de una fractura irreparable para ellos.

Esa no era mi madre. Yo lo sentiría, tendría ese instinto, y no lo tengo. No creo nada de eso. Estoy tan neutral y en un estado estable que me siento como si hubiera escuchado una noticia ficticia en la televisión. Como si viera un programa que no me importa.

Un golpe lejano se escucha en el exterior que me hace saltar. Es tan nulo, pero tan sordo al mismo tiempo que tengo que desviar mis pensamientos y concéntrame en el ruido proveniente de lo que parece ser, una puerta.

Me quedó quieta.

Unos pasos se escuchan en el pasillo. Pongo la mirada sobre la puerta y Alex hace lo mismo. Ambos hemos escuchado ese sonido. Son fuertes y claros, cercanos. Un golpe en el pasillo, luego dos... tres... Casi al mismo ritmo, reconozco el crujido de los zapatos cuando se aproxima. Son un par de zapatillas de mujer de tacón alto, ella camina lento, sus golpes son calculados y tranquilos.

Sé quién es.

Un segundo después, están tocando la puerta.

Me levantó y no me molestó en ocultar las fotografías que yacen en la cama de Alex. Camino

hacia la puerta con seguridad y con mi ritmo estable y abro la puerta.

—Hanna. — Dice ella con una media sonrisa. Una sonrisa forzada que demuestra preocupación y decepción al mismo tiempo. Mi ceño se frunce.

—No entiendo, ¿Cómo es que conseguiste esas fotografías? — Mis dedos de la mano derecha están apretados en el pomo de la puerta. Puedo ver su rostro maquillado y su venda en la frente, donde tiene los delgados rasguños en su rostro. Sus ojos brillan durante un segundo y sin apartar la vista de mis ojos penetrantes, ella abre la boca y sus delgados y muy rojos labios se separan.

— ¿Puedo pasar? — Dice ella mirando hacia mis ojos. Su cabello rubio se ondea y cae sobre sus hombros flácidos. Rossie escanea la habitación sobre mi hombro y luego, vuelve su mirada hacia mí.

Sin responder, me hago a un lado y ella pasa por un costado de mí. Trae un perfume con olor a rosas, que la poca brisa que entra, atrapa su olor y lo dispersa por la habitación tan rápido como un aromatizante de aerosol. Una vez que ella pasa, fijo mi mirada hacia el corredor de las habitaciones y sin ver a nadie alrededor, cierro la puerta.

El olor es más fuerte.

Rosas rojas. Labios rojos, conjunto rojo.

—Veo que lo has visto. — Sus ojos se enfocan en las fotografías de la cama y luego sus ojos se levantan hacia a mí. Son tan profundos que me pierdo en ellos en un segundo. Sus ojos azules son claros, intensos. Ella no está sonriendo. Sus labios se mantienen pegados una vez que ha terminado de hablar.

Apartó mi mirada, reaccionando y asiento.

—Sí.

—Supongo que tienes preguntas, ¿No es cierto? — Sus labios no tiemblan cuando habla. Por un minuto creo que esta no es Rossie. Ella no usaría colores tan extravagantes, tan lucidos y exóticos en un mismo tiempo. Hay algo en su personalidad que ha cambiado.

Ella esta seria. Su cuerpo esta recto, enhiesto. Su formalidad es tan frívola como la de George que me hace temblar en mi interior.

—Sí. — Repito sin apartar la vista de sus ojos potentes. Ella se pasa una mano por el cabello rubio, y en un rápido y tosco movimiento, aleja el mechón de cabello que tiene sobre los hombros dejándolo caer en su espalda.

Ella sonríe.

—Muy bien. Pregúntame que yo tengo las respuestas. — Su tono es sensato, directo. Se gira y mira hacia la ventana, como si hubiera algo que la incomodara. Su boca se frunce y hace una mueca de desagrado, como si el lugar oliera mal. Pero no hay nada que pueda inquietarla. No hay un molesto mosquito o una ráfaga de viento penetrando a la habitación, mucho menos un gorgoteo de una llave rota, todo está en sumo silencio que no es necesario gritar, bastaba con susurrar y las palabras serían entendibles. Sin embargo, ella pareció confundida durante unos momentos, se encorvo un poco, perdiendo la firmeza de su cuerpo y entrecerró los ojos hacia la ventana. Pestañeo un par de veces cuando miró hacia las cortinas inmovibles y con una sacudida volvió a su postura normal.

Miré hacia donde estaba su mirada y solo Alex estaba ahí, no había nada más. Nadie más que nosotras dos, vivas.

—Las fotografías... — Comencé apuntando con la mirada hacia las fotos. — ¿De dónde son? ¿Por qué las tienes tú? — Me relamí los labios y espere a que ella contestará, lo cual, fue muy poco tiempo. Abrió sus labios rojizos de inmediato. Ella no se sentó en la cama y mucho menos visualizo la silla que estaba cerca de ella para sentarse.

—Contrate un detective, uno privado. — Dijo ella. —George estuvo de acuerdo. Eric no tanto, pero al final accedió.

Se veía más alta que lo normal. Tal vez eran los tacones...

— ¿Por qué son tan directas? Quiero decir, sobre mi madre, las fotografías... ¿Sospechabas de ella?

Ella soltó un suspiro largo y asintió.

—Sí.

— ¿Por qué? — Pregunté sin apartar la vista de Rossie. Ella se veía un poco asustada, lo suficiente como para tener los ojos bien abiertos y estar atenta a cualquier movimiento y ruido que hubiera en el interior de la habitación. Su rostro fue llenándose de irritación y una vez que termine de preguntarle sus ojos dieron un giro dejándolos en blanco por unos escasos segundos.

—Es una mentirosa, Hanna. No deberías confiar en Margaret tan fácilmente, ella sabe cómo jugar sucio. — Su rostro se endureció y chasqueo la lengua.

La miré sin entender y con las dudas invadiendo mi cabeza, me atreví a insistir.

— ¿Mentirosa? ¿Por qué? — Cuestioné sin parecer que abogaba por mi madre. Mi ceño se había fruncido involuntariamente que sentía como los músculos del rostro se me contraían.

— ¿No lo ves? Ella te mintió sobre tu padre. Dijo que estaba muerto. — Aclaró con un gesto torcido. —Te ocultó de Eric y de tu familia.

—No me has dicho porque sospechabas de ella. — Dije sin parecer fría o molesta. Ella giró su mirada hacia la ventana y puedo jurar que su piel se erizo.

Sus ojos vagaron de la ventana hacia a mí, y con un gesto de desagrado me miró con una ceja levantada. Como si yo fuese cómplice de alguien, o algo así. El par de ojos azules se estrecharon y con el labio torcido en una mueca, volvió su mirada hacia mí.

— ¿Hay alguien aquí adentro? — Preguntó mientras tragaba saliva.

—No. — Contesté. —Anna debe de estar en su habitación y los demás en la sala, creo. ¿Por qué?

—Debe ser el aire acondicionado. — Ignoró mi pregunta y fijó su mirada en el techo de la habitación. Sus ojos se giraron por el techo, buscando algo mientras se encorbaba. — ¿Dónde está el maldito apagador?, hace mucho frío. — Se excusó mientras se abrazaba a ella misma. Frotó sus brazos con sus manos y luego volvió a su postura firme, si bien, ahora parecía inquieta. Todavía más.

Omití decirle que en esta habitación, no había aire acondicionado.

—Rossie... — La llamé. — ¿Tú crees que mi madre es capaz de matar a alguien? ¿De matar a Alex?

Ella lo pensó, o más bien, lo dudó.

—No lo sé, pero todo apunta a que sí. — Señalo con un asentimiento de cabeza reprimido. —He estado pensando en el ataque, ¿Sabes? — Sus brazos cayeron a sus costados y casi de inmediato, ella los enlazo y jugó con ellos con nerviosismo. —Estoy recordando ese rostro... Tengo pesadillas con aquel suceso y temo de que pueda atacarme esa mujer de nuevo, y Hanna... No quiero que pienses mal o que me malinterpretes, pero estoy segura de haber visto ese rostro.

¿Malinterpretar? ¿Se estaba dando cuenta de lo incongruentes que eran sus palabras?  
¡Cualquiera pensaría mal!

— ¿Dónde? — Pregunté directamente. Aunque, ya sabía la respuesta. Mi corazón no se había acelerado todavía y esa era una buena respuesta de mi cuerpo en estos momentos.

—Escucha... — Ella comenzó a moverse por la habitación. —Tu madre y yo no hemos tenido la



mejor relación que digamos, no durante los últimos quince años, supongo que lo sabes. — Rossie detuvo sus pasos y volteó para mirarme. Asentí para que continuara. —Contrate un detective. Las pistas al principio eran nulas, Hanna. No había ni un indicio que demostrara quien era el asesino de Alex. Tuvimos que buscar por cielo, mar y tierra. Y luego me encontré con la actitud extraña de tu madre, desde que vino al velorio de Alex comenzó todo esto. —Hizo una pequeña pausa y tomó aire. Sus hombros se levantaron y después, volvieron a caer cuando deshecho el aire por la boca. —Supe que hacía cosas clandestinas a tus espaldas. Me vi obligada a investigarla.

— ¿El detective te dio estas fotografías? — Pregunté con tono tranquilo.

—No. — Ella negó desde el otro lado de la habitación. —Las recibí hace tres días. El comandante de la policía me entregó el sobre y me explicó que tenían cámaras en la ciudad. Así que le insistí en que buscara algo fuera de lo normal en las cámaras de video y esto... — Ella tomó una fotografía de la cama, justo donde mi madre estaba manejando. —Esto fue lo que salió.

Me atraganté con mi propia saliva.

— ¿Por qué me las diste? — Interrogué sin quitarle la mirada.

—Porque es necesario hacer justicia.

— ¿Qué quieres decir, Rossie? — Mi voz se fue apagando mientras hablaba.

Rossie hizo un gesto de lastima y pasó su mano por su nariz. Su cuerpo se inclinó y un segundo después, ella estaba sentada en la cama de Alex.

—Quiero decir que... voy a denunciar a Margaret, Hanna.

— ¿Qué?

—Quería que vieras esto, para que estuvieras preparada. Voy a demandarla por asesinato.

—Rossie...— Mi boca se abrió de golpe. Rossie iba a denunciar a mi madre e iba a levantar una demanda contra ella por ser la principal sospechosa de la muerte de Alex. Antes de que pudiera continuar, ella me interrumpió y siguió sin escuchar lo que yo decía.

¿Cómo era posible? ¿Mi madre en la cárcel? ¿Qué clase de broma era esta?

—Por eso Eric no quería que te mostrará las fotos, porque sabía que te ibas a poner así. Pero yo te las doy porque sé que vas a actuar de una manera madura y entenderás mi punto inicial. — Ella mordió su labio y lo apretó con sus dientes con fuerza. Luego, lo liberó de una manera brusca. —Quiero que te pongas en mi lugar, Hanna, y dime, ¿Tú no harías eso por tu hijo? ¿No harías justicia con su muerte? ¿Con su asesino?

—Pero, no son suficientes pruebas.

—Eso es lo que crees, tengo algo más. — Sus labios temblaron y de nuevo, se puso en pie. Sus dedos temblaron cuando ella los paso por su cintura curvada y luego se levanto la camisa y de su pantalón, saco una hoja de papel doblada en cuatro partes. Volvió a bajar la camisa y acomodó los bordes finales en su respectivo lugar. Seguidamente, Rossie extendió sus manos con la hoja sin desdoblar entre los dedos de la mano derecha. Su mano temblaba sin disimulo. —Recibí otra carta de amenaza. Fue ayer, cuando tú llegaste. — su mano se extendía con tentación mientras el papel liso apuntaba hacia a mí.

Camine un par de pasos hacia donde estaba Rossie, y con las piernas temblándome, llegué hacia donde ella estaba y con un toque suave y delicado, quité el papel de sus manos.

Mi palma se sintió caliente cuando el papel toco a mi piel desnuda. Me estremecí y sentí un aire frio recorrerme por mi espina dorsal hasta las plantas inestables de mis pies.

Abrí el papel, haciendo que quedará doblado en solo dos partes. Se sentía riguroso y liso al mismo tiempo. Solo que estaba algo caliente, supuse rápidamente que era por el sudor que Rossie había dejado ahí.

—No le di importancia al principio, porque supe que estabas a salvo con nosotros y que nadie te

haría daño mientras estuvieras aquí... — Susurró mientras yo terminaba de desdoblar el último pliegue de la hoja. —Pero, ahora, estoy bastante aterrada. No por mí, sino por lo que esa persona puede hacerte.

Terminé de desdoblar la hoja y comencé a leer las grandes letras que abarcaban la mayor parte de la página.

"Los inoportunos son los que mueren primero, los inocentes también. El juego comenzó. Prepárate para el mejor y último juego de tu vida. "

Leí la oración como diez veces, y no porque no la comprendiera, si no que, tenía que haber un mensaje oculto en la nota. Un asesino era inteligente, y según en los programas policiacos, el asesino siempre tenía un código que solo él entendía y daba a conocer a las personas de una manera indirecta y oculta.

— ¿Estaba en tu habitación? — Cuestioné levantando la vista de la hoja de papel. Ella parpadeo y luego, abrió sus labios.

—Sí. — Su rostro demostró que decía la verdad.

—Eso significa que...

—Que la persona entró de nuevo a la casa invadiendo las cámaras de seguridad. — Terminó de decir.

Asentí. Era justo lo que iba a decir.

— ¿Crees que atacó de nuevo? — Mi voz salió horrorizada y fue imposible ocultar el terror en mi voz y en mi cuerpo tembloroso.

Rossie hizo un gesto de atrocidad y movió sus manos en el aire, pareciendo desesperada por la situación en la que nos encontrábamos. Agachó la mirada y su vista se perdió en el vacío del piso

de mármol. Su cabello rubio resplandeció bajo los efectos de los rayos penetrantes del sol. Estaba tan iluminado que parecía una pequeña lámpara de luz.

Podría jurar que se veía como esas mujeres vampiro. Su cuerpo era alto, lo bastante como para alcanzar a un futbolista de basquetbol, tenía los tan ojos azules que era demasiado fácil perderse en la profundidad del color, eran unos ojos misteriosos insondables, tenía cabello rubio, un rubio natural y ondeado en las puntas, cuerpo curvado, piel pálida, postura relajada y firme, y esos labios rojos que me hacían perderme en un segundo por su intensidad potente.

—Si atacó una vez, ¿Por qué no lo haría de nuevo? — Refunfuño.

— ¿Ya se lo dijiste a George?

—No quiero preocuparlo, bastante tiene con el flojo e insolente de Eric. — Rápidamente se dio cuenta de sus palabras y se corrigió. —Lo siento, olvidaba que era tu padre. — Murmuró en tono bajo. Rossie junto sus labios y los apretó.

—No hay problema. — Dije tratando de no sonar afectada. —Yo creo que tiene un problema serio con mi madre. — Exclamé soltando un suspiro irritado. Eric tenía esa clase de obsesión por mi madre que solo él entendía. Me molestaba que siempre la defendiera y que abogara por ella cuando no debía. Me fastidiaba que solo viera a mi madre como una persona inocente y no veía más allá de sus errores. No se preocupaba por él mismo.

—Hanna, hazme un favor y por favor, no salgas de la mansión a menos de que sea una urgencia. Le diré a George que ponga guardias de seguridad mientras tu madre esta prófuga. — Dijo con tono preocupado. De nuevo, estaba siendo la Rossie dulce y tierna. Y eso me gustaba.

—Está bien. Pero, tú también prométeme que estarás fuera de su alcance. Tal vez sea ella e intente hacerte algo malo. — Ella hizo un puchero con su boca y sus ojos flamearon con intensidad. Sin pensarlo dos veces, ella camino hasta a mí con paso rápido y sus zapatillas hicieron un sonido hueco en el piso de mármol.

Se puso delante de mí, su cuerpo estaba a una distancia suficiente para no sentirme sofocado o incomoda y tomó mis manos en un rápido movimiento, mientras dejaba el papel sobre la cama,

junto con las fotografías. Su toque era suave y tranquilizador, justo como el día en que había enlazado nuestras manos por primera vez. Sus dedos calurosos apretaron las palmas de mis manos y enlazo sus delgados y largos dedos con los míos. Un escalofrío involuntario me recorrió por todo el cuerpo iniciando por mis brazos desnudos. Me sacudí con disimulo y miré hacia sus ojos que me observaban con fuerza.

—No te preocupes. Tendré cuidado. — Dijo dando un apretón suave en mis palmas que me hizo liberar todo el estrés y la tensión acumulada en mis músculos duros y rígidos. —Gracias por preocuparte por mí, Hanna. Eres una buena chica. — Su rostro sonrió de una manera suave y delicada. Le regresé la sonrisa y ella se alejó de mí con otro apretón suave.

Mis manos se sintieron frías cuando ella se alejó.

—Recuerda que siempre estaré para ti, Hanna. Pase lo que tenga que pasar.

— ¿Por qué dices eso? — Mi ceño se frunció. Crucé mis brazos abrazándome a mi misma y la miré con el rostro confundido.

—Estoy presintiendo que algo malo va a pasar. — Cotilleó.

— ¿Algo malo? ¿Cómo qué?

—No lo sé, pero tengo ese... — Se interrumpió ella sola y guardó silencio. —No, olvídalo. No quiero preocuparte. — Sonrió con dulzura y eso hizo que mi preocupación aumentara tres veces más.

—Pero, Rossie, acabas de decir que... — Mi voz fue interrumpida por la voz fuerte de Rossie.

—Olvidémoslo, solo estoy haciendo insinuaciones apresuradas. — Dijo haciendo un ademán frustrado. Luego, volvió a su postura formal y sonrió.

—Cualquier cosa, estaré aquí, ¿De acuerdo? — Ofrecí con tono intranquilo. Ella sonrió

agradecida.

—Gracias, Hanna. — Murmuró.

Si ese papel había sido dejado en su habitación, estaba claro que había sido una persona que conocía cada parte de la casa y que sabía por dónde entrar y por donde salir. Una persona, la cual, había estado aquí antes y había estudiado cada rincón de la mansión con sumo cuidado. No era muy lógico que una persona cualquiera entrara, divague en la idea de pensar que tal vez, había un intruso dentro de la mansión, alguien que ayudo a esa persona, o que también, estuvo amenazada para hacer el trabajo sucio. La mansión era demasiado grande, así que cada rincón estaba siendo grabado por una videocámara las veinticuatro horas del día desde que George y Rossie fueron atacados en su propia habitación. Era casi imposible que una persona entrara a una mansión con la máxima seguridad disponible y solo dejara un maldito papel con unas insignificantes y muy despiadadas palabras.

¿No era ridículo? ¿Entrar a una mansión y dejar un pedazo de papel? ¿Por qué no solo atacar y ya?

Tuve que esforzarme en pensar en la mejor opción que Alex y yo teníamos disponibles. Tuve que tomar la decisión más difícil y más espeluznante de mi vida.

Acusar a mi madre. Culparla de un asesinato, del cual, tal vez, solo tal vez, ella no era la culpable.

No obstante, las pruebas necesarias estaban frente a mis ojos, burlándose de mi vida y de la forma en que me trataba. Todo a mí alrededor parecía estar dando vueltas, y las cosas inmóviles parecían bailar con alegría mientras se reían de mí.

Miré a Rossie de reojo y supe que lo que iba a decir a continuación, me iba a dejar como la peor hija y persona del mundo.

—Muy bien. — Dije. —Culpa a mi madre, acúsala. — Las palabras salieron tan dolorosas que tuve que aguantar tragarme el nudo que se había formado en mi garganta. Me sentía traidora e ingrata con mi madre. Pero, sabía que esto estaba correcto. Si ella no resultaba culpable, los

cargos serían levantados y ella saldría libre, pero si no, yo iba a lamentarme el resto de mi vida por conspirar con Rossie.

Esta era la mejor opción.

— ¿Estás de acuerdo, entonces? — Preguntó con un brillo intenso en los ojos.

Forcé a mis músculos para que se movieran. Bajé mi brazo, en donde tenía la hoja de papel y la deje caer en mi costado. Todavía con las piernas y los dedos de las manos temblándome, levante mi mirada y me concentré en sus profundos ojos azules. Tomé aire y guardé toda mi compostura.

Exhalé.

—Sí. — Respondí con un jadeo indiferente.

Mi corazón ya estaba perdiendo todo control y credibilidad, de nuevo, un martillo sofocante estaba golpeándome el pecho con una fuerza brutal y dolorosa. Como si una fuerza interior me gritara algo que era difícil de descifrar y de entender.

Traidora. Gritó mi consciencia.

—Les diré a George y a Eric. Supongo que te quedarás aquí hasta que todo se resuelva, ¿Verdad? — Su ceja derecha se levantó y una pequeña arruga floreció en su frente.

—Solo si ustedes me permiten quedarme. — Esbocé una sonrisa y de inmediato, mis mejillas dolieron por un esfuerzo en vano y que no tenía ganas de demostrar.

—Por supuesto que sí. — Replicó con una media sonrisa. Sus dientes se habían llenado un poco de su brillo labial, haciendo que se viera como un vampiro recién alimentado. Me enfoqué en su mirada y pude notar un destello de seguridad. Sus labios rojos se entreabrieron y prosiguió sin deshacer la sonrisa torcida. —Ya eres parte de la familia. Y la familia ayuda a la familia. Puedes quedarte todo el tiempo que consideres necesario.

Esta vez, tuve que ser más convencional conmigo misma, he hice la mejor sonrisa que puede haber hecho en mi vida. Mas no fue un acto total, de verdad estaba enternecida por sus palabras y su forma de apoyo. Eso era un motivo inicial para sonreír y agradecer.

—Gracias, Rossie. Lo digo de verdad. — Señalé con voz clara. —Gracias por entender todo esto y por confiar en mí.

—Te ganaste mi confianza, y aparte eres mi sobrina, tienes todo el derecho de estar al tanto de todo esto.

Sus palabras hicieron eco en mi cabeza y me vi obligada en no pensar en mi madre. En no pensar como se enfadaría y como se decepcionaría de su propia hija acusándola de un asesinato. Yo estaba siendo la mala del cuento ahora. Y eso dolía, porque tenía que hacer lo correcto. Y hacer lo correcto se estaba volviendo la tarea más difícil y pesimista que había hecho.

Yo me iba a ir al infierno por esto.

Traidora. Gritó mi consciencia, de nuevo.

La obligué a mi mente a que recordara todo lo infame y sospechoso que había hecho mi madre, así, no me sentiría tan mal. Después de todo, ella había provocado todo esto.

Ocultar lo bueno y recordarlo malo, era algo que un ser humano hacia a diario para volver a la realidad. Yver que las personas buenas, ocultaban cosas malas.

=====

Capitulo 90.



La noche transcurría de una manera tranquila, el lugar se veía tan pacífico que era posible considerarlo en estos momentos como el paraíso. Un grillo cantaba en el exterior de la habitación y a lo lejos podían escucharse las hojas de los árboles crujir con la brisa inquieta del viento. Mi cabeza estaba sobre una de las almohadas de la cama de Alex. Él no estaba aquí, había decidido quedarse en otra habitación disponible para darme "privacidad" o eso es lo que había murmurado. No lo había tomado tan personal, creo que la actitud de Rossie nos había sacado de quicio durante unos minutos con sus palabras frías y calculadoras. Tenía que aceptar que estaba muy rara. Su comportamiento había sido tan voluble que parecía ser una persona, realmente, bipolar.

Había estado acostada la mayor parte de la tarde una vez que Rossie se había ido. Le había dado un montón de miradas fugitivas a las fotografías y a la carta que ella había recibido. ¿Cuándo iba a terminar todo esto? ¿Cuándo sabríamos quien fue realmente el culpable? O, ¿La culpable?

Suspiré y me concentré en el canto del grillo que canturreaba un sonido tranquilo y suave.

Cri-cri-Cri

La habitación estaba en total oscuridad, ni siquiera entraba un rayo de luz de las lámparas del pasillo del segundo piso. La cena había terminado hace aproximadamente veinte minutos y mi estómago crujía a pesar de que había comido lo suficiente. La Nochebuena había transcurrido tan rápido como un chasqueo de dedos. Rossie había cambiado su conjunto rojo, por un vestido de color negro con piedras alrededor del cuello. Era un vestido largo que llegaba hasta el piso, su cabello había estado atado en un chongo alto y voluptuoso. George y Eric habían llevado sus smokings negros y sus moños atados en el cuello. También estuvo Anna con su vestido púrpura y su cabello revuelto con mechones morados. Incluso ahí estaba Rebecca, su madre, y Caroline con su esposo francés. Me sentí totalmente desorbitada, es decir, yo nunca había estado en una cena tan fina y tan elegante. Aparte de que me sentía mal por mi madre, ella tal vez estaba buscándome alrededor del mundo en plena Nochebuena. Tal vez George tenía razón y debí de haberla llamado. Pero mi orgullo no podía.

Reímos durante un buen rato en la cena, incluso Alex que estuvo en la esquina de la habitación del comedor. George contó algunas buenas anécdotas sobre la vida de Alex y sobre todos los que estaban ahí. Caroline, la hermana mediana de los Crowell era tan tierna como Rossie que me

trató de la misma manera en la que ella me había tratado. Rebecca me hizo un par de gestos al principio, pero conforme paso la cena, fue tomando confianza y me incluyo en sus oraciones. El esposo de Caroline no hablaba mucho el español, pero se esforzaba en hacer oraciones coherentes. Anna no dejaba de comer durante la cena y por supuesto, no hacía más que presumirme como su vestido purpura combinaba con sus mechones morados que tenía en su cabello rubio.

Una familia. Finalmente yo estaba en una familia, en un hogar de verdad, sin mudanzas y sin secretos. Pero había un problema demasiado serio y melancólico; no estaba mi madre. No estaba en Nochebuena como lo solía hacer cada año, no estaba el pavo quemado en la mesa de nuestra antigua casa. Y eso dolía.

Cerré los ojos y puse mis manos en mi estomago. Los pies me colgaban de la cama y mi espalda estaba recta sobre el acolchonado.

Intenté pensar en cómo sería mi vida y como estaría ahora mismo si no hubiese descubierto nada de esto. Sin embargo, nada se proyectaba en mi mente. Mi cerebro era un lío y mi consciencia me regañaba y me llamaba traidora a cada segundo. Era imposible crear una expectativa sobre mi vida pasada.

Comprendí que las expectativas no existen, era una probabilidad de que se realizara o no, era como un juego de azar. No sabías si ibas a ganar o a perder, como una esperanza mínima de cumplir un objetico, y yo sabía que solo existe la realidad y si no llevas a cabo tus sueños, estarías sumida en una profunda e inalcanzable expectativa.

El grillo dejo de cantar y el aire de la habitación se volvió más brumoso y silencioso. La corriente del viento se volvió tensa durante unos segundos y traté de reanimar al grillo con mi mente para que volviera a cantar. Quería que hubiera algún tipo de sonido irritante para poder olvidar un poco y poder dormir durante un rato. Volví a llamar en un murmuro al grillo, casi para mí misma.

Vamos, canta algo.

Eso definitivamente no sirvió. El grillo no volvió a cantar y me sentí incomoda en una habitación tan grande y tan silenciosa. Estaba acostumbrada a estar en mi propia habitación apretada y ruidosa. Esto se estaba volviendo como un delirio sofocante que me hacía perder todo el oxígeno.

Mas no podía mantener a mi mente tranquila, la nota que había recibido Rossie había estado dando vueltas en mi cabeza a lo largo de la tarde. Por mi culpa o no, aquella persona quería dañar a personas inocentes y que no tenían nada que ver con la muerte de Alex. Y eso no era justo. Las personas inocentes no debían pagar por cosas de las que no eran culpables.

Ojala el mundo y la gente infame entendiera ese término algún día no muy lejano.

Respiré con fuerza mientras seguía acostada. Mis pulmones y mis costillas dolieron cuando hice un esfuerzo enorme por levantarme con rapidez. Miré hacia mi alrededor y lo único que pude ver fue la más natural oscuridad. La indefensa neblina de sombra que llenaba a la habitación haciendo siluetas deformes para cualquier persona con sentido visual.

El olor de Alex seguía aquí. Su perfume varonil estaba por todos lados. Por todos los rincones de la habitación oscura. Incluso, el olor era más fuerte cuando me concentraba en el olor y cerraba los ojos liberándome del agarre de los problemas.

Me senté en una esquina de la cama y volví a tomar aire para recuperar la fuerza mental y levantarme para ponerme el pijama. Con las puntas de los dedos, alcancé las puntas del vestido azul y apreté con fuerza para levantarlo hasta la superficie de mi cabeza.

Luego, escuché un ruido cercano. Un pequeño golpe. Di un brinco dejando las esquinas del vestido y voltee hacia donde había provenido aquel ruido casi nulo. Parecía que alguien había aventado una piedra al vidrio de la ventana. Me acerqué con paso lento y luego, otro golpe. Casi igual al anterior.

Retrocedí de inmediato dando otro brinco y entrecerré los ojos con el ceño fruncido.

¿Qué había sido eso?

— ¿Quién está ahí? — Pregunté con la esperanza de que alguien de allá afuera me respondiera. Tal vez era una pequeña rama que se había zafado del árbol y había golpeado al vidrio de la ventana.

Silencio. Nadie respondió, y el silencio volvió a penetrar en la habitación a oscuras.

Volví a poner mis dedos en las puntas del vestido, evitando pensar en aquel golpe y pensar que había sido un pajarito confundiéndose con el vidrio. Justo cuando jalé un poco el vestido, mi cuerpo saltó de inmediato. Mi corazón latió con fuerza cuando un golpe más fuerte y profundo provino del baño. Mi pulso comenzaba a acelerarse y mis piernas comenzaban a perder fuerza. Parecía que el botiquín de primeros auxilios se había expandido por todo el piso del baño haciendo un estruendoso ruido cuando chocaba contra el duro piso.

Di otro paso hacia atrás y me alejé lo más posible de ambas cosas. El silencio se hizo de nuevo y entonces, mi pulso continuo con normalidad mientras volvía a establecer los bombeos de mi corazón. Tenía que ser una coincidencia. Eso debía ser.

La sangre me circulaba por las piernas, y casi de pronto sentí que se aproximaba un calambre en ambas piernas. Busqué la lámpara de la mesita de noche a oscuras y fue casi imposible encontrarla. Caminé despacio tocando los laterales de la cama haciéndola de guía para llegar hasta la mesita de noche. Busqué a tientas en botón de la lámpara y revolví un montón de cosas que se encontraban ahí. Mis dedos tocaron algo frío de metal y supe que ese era el botón indicado para iluminar a la habitación.

Justo cuando estuve a punto de encender la lámpara, otro ruido proveniente del pasillo inundo a mis oídos agudos. Eran unos pasos inestables y rápidos, giré mi mirada hacia la puerta. Se escuchaba que alguien corría con la respiración agitada. Cuando escuché los pasos acercarse alejé mis manos del metal frío y caminé hasta la puerta de entrada.

Los pasos fueron más fuertes y claros. Un alivio salió de mi pecho soltando un suspiro y me tranquilice. Seguro que era un guardia de seguridad, o algo así. Después, vi como una sombra pasaba por el frente de la habitación en la que me encontraba con paso rápido e inquieto, y entonces, se detuvo. Justo en frente de la puerta.

Me puse delante de la puerta y tomé la perilla con mi mano derecha, algo estaba sucediendo allá afuera. Cuando quise girar, una llave puesta desde el exterior de la puerta, me lo impedía.

— ¿Hola? — Pregunté sin obtener respuesta. — ¿Está todo bien? — Mi voz salió fuerte. La tela del vestido se sentía fría en mi piel. Jalé con fuerza, y gemí. La puerta estaba atorada y la persona seguía ahí parada, en frente de la habitación. Podía ver la sombra de su cuerpo por el orificio de la parte de debajo de la puerta. Un ruido se escuchó desde el exterior, y una llave se insertó en el picaporte, un sudor frío me recorrió por la frente, y entonces oí como la llave se giraba dentro de la perilla.

Giré otra vez. Toda la fuerza fue en vano. Alguien estaba cerrando la puerta con llave.

No.

Reprimí un grito ahogado en mi mente y volví a girar otra vez la perilla. Mis dedos apretaron con desesperación al metal redondo y una vez más jalé. Sentí escalofríos por todo el cuerpo al sentir la oscuridad tocando mi piel lívida. Estaba asustándome como la primera vez en la que Alex había mandado ese mensaje aterrador.

El miedo se apoderó de mi cuerpo, haciendo que la sangre de mis venas se detuviera. Temblé involuntariamente sin poder controlar a mis sentidos.

— ¿Hola? — Pregunté de nuevo, esta vez sin parecer asustada. — ¿Quién está ahí? ¿Rossie? — Interrogué con aire sofocado. Mis dedos comenzaban a sudar alrededor de la perilla y eso solo provocaba que fuese más difícil girarla.

La persona que estaba afuera, giro el metal y una vez que comprobó que la perilla no cedía a abrir, corrió con velocidad alejándose de la puerta. Su respiración agitada fue lo último que escuche.

— ¡Hey! — Grité con desesperación. — ¡Estoy encerrada, alguien ayúdeme, por favor! — Rogué mientras mi voz se elevaba. Las cuatro paredes amortiguaron mi voz, y el sonido no llegó más allá del corredor de la segunda planta. — ¿Alguien puede oírme? — Dije golpeado la puerta con toque suave. Aunque en realidad quería darle una patada, sin embargo, los zapatos que llevaba ahora no ayudaban mucho. — ¿Mariana...?

Mi voz se cortó cuando el ruido de la ventana volvió a reproducirse. Fue como un golpe ligero y

suave. Pensé de inmediato en una pequeña piedra. Justo como los otros dos golpes. Me estremecí y sin encontrar otra salida, retrocedí un poco más, cuando quise dar otro paso para alejarme, mis pasos fueron detenidos por la puerta de madera que impedía que diera un paso más hacia atrás, miré con horror hacia la ventana cubierta con las cortinas gruesas y el silencio volvió a restablecerse. Mis ojos se abrieron con espanto y puse mis manos en la puerta para sostenerme, el calor de la madera hizo que mi cuerpo quemara de pánico. Recargué mi espalda en la puerta con el corazón brincándome de horror, y sin poder retroceder más, me quede quieta y en silencio.

Inhalé, e hice el mayor esfuerzo para controlar a mis pulmones inquietos. Estaba en el segundo piso, nadie podía entrar. Exhalé y volví a inhalar, esta vez, más fuerte. Era suficientemente alto para que alguien subiera con una manta o una escalera. Nadie podía hacerme daño aquí. Estaba segura. Exhalé.

Mi cerebro reproducción la nota amenazante que había recibido Rossie. Sentí el papel quemándome en mis palmas, aunque realmente no estaba en mis manos. Mi mente hizo un énfasis en la palabra juego y sin poder evitarlo, imaginé lo peor que me podía pasar en tal circunstancia.

¿Yo era la siguiente? ¿Yo era la persona que debía morir ahora?

Chillé en un murmullo silencioso y tapé mi boca con las palmas de mi mano.

— ¡Ayuda! — Grité con fuerza. — ¡Alex! — Exclamé sin importar que alguien me escuchara pronunciar su nombre.

Luego, un objeto chocó con el vidrio de la ventana y con un ruido estruendoso, el vidrio se hizo añicos al instante, el ruido fue tan fuerte que grite desde mi garganta seca y me recargué todavía más en la puerta de madera que ahora se sentía fría. El vidrio se estrelló con una fuerza brutal, y al tiempo en el que el objeto golpeo a la ventana, el vidrio se rompió en más de mil pedazos para después chocar contra el piso de la habitación. La ventana quedó totalmente descubierta, y el viento sopló con mayor fuerza haciendo ondear las gruesas cortinas. Apreté los ojos y un segundo después, cuando todos los trozos quedaron esparcidos por el piso, volví a abrir los ojos. Una piedra de un tamaño increíble estaba a unos cuantos pasos de mis pies descalzos y grité con todas mis energías disponibles.

Me separé de la puerta y con paso lento, camine hacia la ventana descubierta. Mis pasos fueron silenciosos, y casi nulos. El viento volvió a soplar y esta vez, mi vestido sintió la brisa helada y se ondeó en la oscura habitación. Mi piel se puso de gallina y mis brazos desnudos sintieron una descarga eléctrica cuando las cortinas se elevaron de una manera impresionante, las esquinas de las cortinas rozaron a mis brazos temblorosos y me estremecí sin retroceder.

Me acerqué a la ventana, alejando a las cortinas de mi alcance y cuando estuve lo bastante cerca, un objeto voló a un costado de mí. Fue tan rápido que fue imposible visualizarlo en la oscuridad. Sentí como el objeto rozaba mi brazo izquierdo y después chocaba contra el piso. Corrí hasta la ventana y alejé de nuevo a las cortinas. Mi vista se enfocó en el jardín del exterior de la casa. La oscuridad era casi la misma que la habitación, solo que ahí habían unos pequeños focos que iluminaban un poco al jardín.

Mis manos se recargaron de una manera inconsciente en el marco de la ventana, y un vidrio pequeño se encajo en mi palma haciéndome gritar. Alejé mi mano de inmediato, y la levanté a la luz de la luna para ver a una pequeña y muy delgada gota de sangre escurrirse desde mi palma hasta mi brazo.

Un arbusto se movió y di un brinco. Bajé mi mano y me concentré en el jardín y en el arbusto. Di un paso hacia atrás cuando una persona con capucha roja salió como un rayo detrás de aquel arbusto frondoso. La persona miró hacia arriba, mirándome en una ráfaga de tiempo mientras corría con velocidad.

— ¡Hey! ¡Detente! — Grité desde arriba de la habitación. Mi garganta comenzó a doler. La persona volvió su mirada hacia el frente y siguió corriendo con velocidad máxima, ignorando cualquier suplica de mi parte. — ¡Detente! — Volví a gritar con voz cortada.

La persona con capucha roja había desaparecido tan rápido como había aparecido. Era fácil perderlo de vista por la noche cubierta de neblina, y la oscuridad de los colores sombríos. Era de cuerpo firme, alto y formado, para correr con esa velocidad estaba claro que se trataba de una persona joven. ¿Pero quién sería? Y, ¿Cómo había entrado a la mansión?

Mi palma sintió un desliz frío y me apresuré a poner mi dedo gordo en la herida, sin dejar de mirar hacia el jardín casi oscuro y tenebroso. La herida no era demasiado grande, era solo un pequeño punto en la palma que apenas podía visualizarse, pero dolía como el infierno. La línea de sangre

se deslizaba ahora por la muñeca.

El aire frío golpeo a mis mejillas calurosas y la temperatura de mi cuerpo bajo tan rápido como la de un hielo en pleno congelamiento. Voltee de nuevo, y vi el objeto tirado en el piso que había pasado a un costado de mí. La luz de la luna iluminaba una pequeña parte de la habitación, y por consiguiente, podía deducirse que aquel objeto era un teléfono celular.

Los pedazos de vidrio crujieron cuando mis zapatos pasaron por encima de ellos.

Miré aquel teléfono pequeño con botones y fruncí el ceño. El teléfono no había resultado herido con la caída, sino que estaba en perfecto estado.

Pasos se escucharon en el corredor, haciéndome levantar la vista. Eran muchos pasos. Demasiados para creer que eran soldados al ataque. Mi corazón se hundió cuando imaginé lo peor.

Anna.

Ella estaba aquí. Podían hacerle daño también.

La pantalla del teléfono se encendió y un ruido agonizante comenzó a inundar a la habitación silenciosa. Me quedé parada, a unos cuantos pasos del teléfono sin saber qué hacer. El teléfono vibro en el piso y se movió en círculo en su mismo lugar.

Mis piernas temblaron, y sin poder evitarlo, tragué saliva. Muriéndome del terror por dentro.

El sonido se amortiguó cuando la pantalla del teléfono se apagó. El sonido se fue haciendo silencioso y luego, se apagó por completo. Miré hacia la ventana en un rápido movimiento, casi de reojo. Pero no hubo nada, no hubo sonido del exterior ni alguna persona colándose ilegalmente a la habitación. Mis ojos volvieron al teléfono y me abracé a mí misma.

¿Qué estaba pasando? ¿Dónde estaban todos? ¿Por qué se escuchaban esos pasos



incesantes? ¿Alguien había entrado a la mansión? ¿Estaban atacando? ¿El asesino de Alex estaba aquí?

Apenas pasaron un par de segundos cuando la pantalla volvió a encenderse y el sonido volvió a resonar en la habitación. Las cuatro paredes guardaron el sonido y lo hicieron más fuerte para mis oídos agudos. El viento volvió a soplar y mi vestido se ondeó en el aire.

Indecisa, di un paso hacia el teléfono y me agaché. Alguien estaba llamando.

Tomé en teléfono con mi mano ensangrentada y lo levante con manos temblorosas. Apreté el botón verde y el contador de llamadas comenzó a contar desde cero. Mi estomago hizo una clase de apretón doloroso desde el interior. Acerqué el objeto de plástico a mi oído derecho y me obligué a hablar. Pero, había olvidado cómo hacerlo. Tenía la mente tan perdida que hablar se había vuelto una imposibilidad. El aliento se había esfumado en mi boca seca.

Tomé una profunda inhalación e hice mi mayor esfuerzo para no sonar aterrorizada. Mi corazón golpeaba con insistencia a mi pecho rígido.

— ¿Ho-ola? — Tartamudee con voz áspera.

—Hanna. — Dijo una voz gruesa y distorsionada desde el otro lado de la línea.

— ¿Quién eres? — Pregunté mirando hacia la ventana. Las cortinas seguían ondeándose en la oscuridad.

—Eso no importa ahora. Lo importante es que...

— ¿Quién eres? — Volví a preguntar apretando el plástico en mi palma mojada. Mis dedos estaban temblando alrededor del teléfono celular. La voz distorsionada se rió fuerte, tuve que alejar el celular de mi oído.

— ¿Sabes? — Preguntó con ironía. —No me gusta que personas como tú me interrumpas. — La

voz sonó más alterada y sofocada. Casi furiosa.

—Solo quiero saber quién eres. — Refunfuñe con voz suave. Sin embargo, mi garganta estaba picando y ardiendo al mismo tiempo. Sentí como la línea de sangre se salía de forma y se expandía por la parte trasera del teléfono. La persona suspiró desde el otro lado, casi resignada.

—Es muy fácil, estoy en la mansión de los Crowell. — Dijo con total naturalidad. — ¿Por qué no intentas adivinar quién soy? — Preguntó con cierta emoción. Su voz sonaba desquiciada y terrorífica con esa distorsión gruesa.

— ¿Cómo un juego? — La voz me tembló. Y esa persona supo de lo que estaba hablando.

La carta que había recibido Rossie.

—Sí, como un juego. — Confirmando con tono firme y asfixiante. Mi garganta se cerró y fue imposible tragar el nudo que tenía atorado en la garganta.

—Yo... yo no sé...

—Vamos inténtalo, te daré una pista, justo ahora te estoy viendo. — Respondió de manera divertida. Como si le entusiasmara mi terror. —Estoy aquí, y voy a acabar con todos ustedes.

Tuve que mantener mis piernas estableces, ya que estaban empezándome a temblar.

— ¿Acabar? ¿Por qué? ¿Qué te han hecho? — Interrogué con el ceño fruncido. Mi tono era seco, casi irritado. Mis ojos se abrieron todavía más cuando un sonido provino del corredor. Me quedé quieta, esperando a que alguien entrara a la habitación. Pero nada pasó.

— ¿Crees que te lo voy a decir? — Dijo con voz sarcástica, casi burlándose de mí. —Solo quiero que sepas que voy a acabar con todos. La familia Crowell va a desaparecer para siempre. — Sentenció con voz frívola y amenazante. Se le oía totalmente firme a su decisión.

—Eres mujer. — Dije de repente. La voz se calló de inmediato y agudicé mi oído al silencio que había detrás de la línea.

La voz soltó un resoplido que me hizo temblar.

—Primer intentó. Primera vida.

—Espera, ¿Qué? ¿De qué hablas?

Y luego, un grito ahogado proveniente de una habitación cercana.

—Es un juego, Hanna. Acabas de perder la primera parte. Y por consiguiente, una vida acaba de pagar tu error.

— ¿Qué has hecho? — Apreté los dientes con furia. Mi cuerpo estaba ardiendo en cólera. Las piernas se sacudieron de una forma involuntaria cuando la misma persona gritó de nuevo. Fue un grito duro, casi sordo. Un grito aterrado. Y luego, gritó sin parar, como si... como si la estuvieran torturando.

— ¡Ayuda! — Gritó aquella voz entre sollozos ahogados. Tragué saliva con un dolor tórrido.

Reconocí la voz al instante y temblé y lloré en mi interior, todo al mismo tiempo.

Anna.

—Es como ese juego, Hanna, como el ahorcado, ¿Lo conoces? — Preguntó e hizo un silencio de dos segundos. —Por supuesto que sí, ¿Verdad? — No contesté y aquella voz escalofriante siguió hablando como si no estuvieran haciéndole daño a una niña inocente. Los gritos seguían retumbando en las paredes del corredor. —Te explicaré rápido, tú dices un nombre, y si no aciertas..., una persona muere, pero si aciertas..., te diré mi mayor secreto y te dejaré con vida, a ti y a todos los que se salvaron.

—Eso es ¡Desquiciante! — Grité tratando evitar los sollozos dolidos de Anna. Tenía que concentrarme, por más que quisiera ayudarla, no podría. Esta persona estaba ganando y yo no dejaría que le hiciera daño a los míos. Mis ojos se escocieron.

—Segundo intento. Segunda vida.

Y entonces, un disparo seescucho al fondo del corredor.

=====

Capitulo 91.

Tenia que pensar en algo, y rápido. No sabía qué era lo que estaba ocurriendo en el exterior, los gritos de Anna seguían retumbando en las paredes y en mis oídos, sus gritos eran fuertes y claros como si estuviera siendo golpeada por alguien mayor, solo que no se oían golpes, y eso era extraño, Anna estaba en peligro y no se escuchaba otra voz que no fuera la de ella. Sus gritos podían escucharse por toda la mansión, e incluso podía imaginarme su rostro enrojecido y lleno de lágrimas.

Oh, no, Anna.

¿Dónde estaba Eric? ¿Y George? ¿Rossie? ¿Todos estaban bien? ¿Estaban en sus habitaciones, encerrados como yo? Y ese disparo... había sonado tan hueco y ruidoso, a la vez tan lejano y tan cercano al mismo tiempo, que era casi imposible descifrar de donde había provenido, pero note que no había un grito desgarrador de una persona siendo apuntada. Es decir, si te están apuntando con una pistola, era claro que gritarías, o correrías en dado caso. Y esto no había sido así. Algo sumamente misterioso estaba sucediendo. ¿Quién estaba detrás de todo esto? ¿A quién le había disparado?, ¿Por qué hacia todo esto?, podía escuchar como sus sofocantes pulmones inhalaban oxígeno con dificultad, no obstante, se las arreglaba para disimular sus entrecortadas reparaciones con largos suspiros burlescos. Agudicé mi oído y cerré

los ojos cuando el disparo hizo eco en mi mente, luego, todo fue silencio hasta que de nuevo, se escuchaban los agudos y ahogados gritos de Anna en el fondo. No sabía qué era lo que ocurría, había dejado de pensar y estaba haciendo lo que había evitado en un principio, bloquear mi mente. Mi cerebro se había quedado en blanco y mi cuerpo había entrado en un trance en el que no podía mover ni un músculo de mis piernas temblorosas. Tenía que tranquilizarme. Tenía que razonar y ser inteligente. Ver más allá y calcular su objetivo, todo asesino tenía una debilidad, y yo tenía que descubrir cuál era la de este. Y eso se veía totalmente difícil. Pero lo que si sabía, es que esta persona no estaba de buen humor y era la más despreciable que pude haber conocido, no tenía misericordia de una inocente, y eso alteraba las cosas. Esto no era un juego. Era una masacre... Y los Crowell estaban en peligro.

Reprimí un sollozo y cubrí mi boca con las palmas de mis manos sudadas para amortiguar el grito sofocante. Respire con dificultad y pensé en que palabras exactas debía de decir.

¿Un nombre?, no. Lo más probable es que fallará y otra persona pagará por ello, y eso era precisamente lo que yo no quería. Esperaba con todas mis fuerzas que nadie hubiera recibido aquel disparo y que solo hubiera sido una advertencia. Que solo estuviera jugando conmigo. No me importaba. No importaba que se burlara de mí, me interesaba el bienestar de la familia. De Anna. De todos.

—Muy bien, creo que te has sorprendido por eso. — La voz hizo que diera un salto pequeño. Sonaba igual de terrorífica como en las películas de miedo, la voz gruesa y profunda, adhiriéndose en mis oídos agudos y calientes. Había estado sumida en mis pensamientos por un par de segundos que había olvidado que alguien estaba en la línea.

—No lo hagas, por favor, para... — Pedí en un murmuro silencioso. Prontamente, mi voz fue silenciada por su tono grave y distorsionado.

—Así que, te daré una oportunidad. Siempre he creído que las personas necesitan una ayuda. ¿Tú, no? — Dijo en tono burlón. Podía sentir como se formaba una sonrisa cínica en su rostro lleno de sombras. Apreté los nudillos de la mano izquierda y exhalé. Preferí quedarme callada y analizar cada palabra que salía de la bocina del teléfono. Tenía que escuchar, estar atenta.

Oportunidad. Ayuda. ¿A qué se refería, realmente?

—Dime algo, Hanna, ¿Quién crees que soy? — Preguntó con emoción. Su gruesa voz destilaba horror en mi cuerpo duro, todo dolía. Como si mi cuerpo hubiera estado en un cuarto de refrigeración, congelado. Era la voz más aterradora que había escuchado, ni siquiera los sonidos agobiantes de las películas me habían asustado tanto. Tal vez se debía a que esto era real. Tan distorsionada y hueca al tiempo mismo, me hacían temblar por dentro y por fuera, todo vibraba de una manera excepcional e increíble. Volví a tomar aire de una manera frenética. —Prometo no matar a nadie. — Agregó rápidamente con una risa socarrona. Sus palabras enviaron escalofríos por todo mi cuerpo. Una promesa no significaba nada. No cuando la fuerza de voluntad era mayor que tú. Que el asesino.

Tuve que aclararme la garganta. Mis piernas se habían quedado parcialmente pegadas al piso y siquiera pensar en levantarlas, dolía. Se sentían tan pesadas y adormecidas. Pestañee un par de veces, concentrándome en mí alrededor. Si esa persona estaba aquí, tenía que encontrarla. Debía salir de ahí. Mi boca se había vuelto como un desierto haciendo que mi lengua se pegara en mi paladar. Respiré aire y pensé en mi respuesta.

Tenía que ser original, que pudiese ser creída por ese monstruo sin dar ninguna pista de lo que verdaderamente estaba pensando y creyendo.

Inteligente. Perspicaz. Lo tengo.

—No lo sé, podrías ser cualquier persona. — Respondí con la voz más firme y clara que pude. Luego, camine con cautela hasta la puerta de la habitación. La luz de la luna iluminaba una mínima parte de la habitación. Lo cual agradecí desde mi interior, si la habitación estaba a medias oscuras, esa persona no podría ver lo que yo estaba haciendo. Mis pasos fueron lentos, casi nulos. Apreté el teléfono a mi oído y oí el silencio de la otra línea. Levanté la vista y mi mirada se enfocó en las cortinas gruesas que seguían ondeándose con el fuerte soplado del viento. Pase una mano por mi cabello y quité la liga que oprimía a mi cabello en un moño alto. Segundos después, el oscuro y humedecido cabello cayó sobre mis hombros desnudos y en mi espalda fría. Sentí como las puntas tocaban dos centímetros más arriba de mi cintura. Lo revolví un poco y deje la liga en mi palma disponible.

Con pasos temblorosos caminé hasta la ventana. La oleada de aire frío volvió a inundar a la habitación sombría. Di un par de pasos más, acercándome dudosa. Volví a pasar por encima de los vidrios esparcidos en el piso, y estos crujieron debajo de mis zapatos. Me detuve de inmediato. Como si el ruido hubiera sido como un estallido de una bomba, escuché un sonido de angustia del otro lado.

— ¿Qué fue eso? — Sentí como su ceño se funcia. Pude imaginármelo en mi mente, sin embargo, no podía ponerle un rostro. — ¿Qué estás haciendo? — Preguntó aquella voz, pasó un segundo tormentoso en el que guardo total silencio, descifrando que había sido aquel sonido crujiente. Cerré mis ojos, apretándolos con fuerza. Y luego gritó. — ¡ALÉJATE DE LA VENTANA! — Dijo con voz fuerte, casi sorda para mis oídos. Fue demasiado tarde para alejar el auricular de mi oído. Su voz retumbo en mi tímpano, haciendo una especie de sonido de televisión descompuesta en mi oreja. Inmediatamente miré hacia el exterior, con los ojos bien abiertos, sin perderme el más mínimo movimiento. Si decía que me estaba observando y sabía lo que estaba haciendo justo ahora, tenía que estar en algún lado del jardín.

Busqué entre las sombras, ignorando su grito inoportuno y grotesco. Abrí todavía más mis ojos y los moví para todos lados, enfocándome en los lugares más oscuros del jardín. Pero no había nada, ni nadie. Todo se veía tan silencioso y tan tranquilo.

—Aléjate. De. La. Ventana. — Dijo aquella voz separando las palabras, su tono era amenazante.

— ¿Por qué? — Pregunté entre las sombras. Aunque sabía que si ese monstruo estaba allá afuera, podría verme. Podía ver a mi silueta temblorosa en la ventana. Este era un riesgo que tenía que tomar.

— ¿Por qué no miras tu precioso vestido? — Dijo con más tranquilidad, casi con egocentrismo y facilidad de expresión. Otra vez sentía como sonreía, y eso era algo malo. Fruncí mi ceño y apreté de nuevo al teléfono celular. Al principio no comprendí, pensé que había sido una clase de oración en doble sentido, o alguna broma incoherente. Pero cuando mi mirada fue bajando hasta mi vestido, me di cuenta de que algo había cambiado. Tenía una especie de mancha roja en mi vestido, pero no era sangre. Era un pequeño punto rojo en la parte superior de mi vestido.

El aliento de mi boca se evaporó. Mis mejillas se sintieron calientes y tuve que forzarme a mantenerme en pie.

Un arma de francotirador estaba apuntándome directo al corazón. El pequeño punto rojo se mantenía estable en mi cuerpo. No se movía ni un centímetro.

Casi dejó caer el teléfono celular.

— ¿Por qué? — Pregunté con la voz más firme que pude. — ¿Por qué haces todo esto? — Mi voz se rompió, pero no me permití llorar. Me dije a mi misma que las lágrimas no servirían de nada en estos momentos, solo me harían ver débil ante una persona cincuenta veces más fuerte que yo, y debía demostrar lo contrario. Me tragué el nudo que tenía en la garganta y levanté mi barbilla, todavía mirando hacia el exterior, hacia las oscuras sombras que se arremolinaban en los rincones de los arbustos, la niebla cubría una parte del jardín, desvaneciendo y deformando las siluetas de los árboles y de las flores del fondo, pero, estaba favoreciéndome, rápidamente comenzaba a cubrir los lugares calientes, en donde teóricamente, estaría un cuerpo humano observándome. Sabía perfectamente que esa persona me estaba mirando. Tenía que ser fuerte y afrontar con la mayor fuerza posible lo que estaba pasando.

—Solo aléjate de la ventana, por favor. — Pidió con un susurro suave. Alejé mi mirada del jardín y mire hacia adentro, todavía sin alejarme de la ventana. Mi ceño se frunció notoriamente.

¿Qué? ¿Un asesino estaba diciendo "por favor"? ¿Qué tan incongruente sonaba eso?

— ¿Vas a matarme? — Pregunté tratando de sonar indiferente.

Silencio. Los gritos de Anna son lo único que se escuchan en la mansión. Son tan profundos y lastimosos que sigo ignorándolos para no mostrarle mi punto débil. Anna me importa demasiado y si hago notorio mi interés hacia ella, las consecuencias pueden ser desastrosas. Los gritos siguen escuchándose al mismo volumen. Unos son chillidos silenciosos, y otros son gritos sordos.

Tomó una bocanada de aire, y espero la respuesta que ya sé. Un tic en el fondo de la línea y después, un suspiro frustrado.

—Sí.

—Muy bien. — Dije. —Si vas a matarme, dime quién eres. — Era lo más doloroso y lo más satisfactorio que había salido de mi boca. Estaba ideando un plan para escapar de aquí. La ventana ya no era una opción, ahora, solo tenía la opción de la puerta.



Otro suspiró. Esta vez, más doloroso. Más grueso, casi tembloroso.

—No puedo. — Respondió recomponiéndose. Sentí un vacío profundo en mi corazón. Estuve a punto de mantener una charla convincente con esa persona, y solo se rehusaba a hablar con la verdad, por un momento creí que estaba abriendo su corazón hacia a mí. Lo cual, era imposible. Los asesinos tenían esa clave, esa característica singular. Querían dar lastima en su determinado momento. Todos saben cómo jugar.

— ¿De verdad quieres hacer todo esto? — Pregunté mordiéndome la lengua. No quería hablar de más y provocar otra cosa absurda.

—No te quiero a ti, quiero a los Crowell... — Respondió con tono cortado. —...Los quiero muertos. — Aclaró después de una pausa cautelosa. Era como si hubiera planeado todas y cada una de sus palabras.

— ¿Por eso mataste a...? — Mi voz fue interrumpida.

—Los Crowell son malos. Debes alejarte de ellos. — Dijo como si se hablara a sí mismo. Sentí un pinchazo en el corazón. La única persona que había dicho esas palabras era mi madre.

—No. — Respondí. —No son malos, tú eres el monstruo aquí. Tú mataste a Alex. — Repliqué con voz gruesa, furiosa. Esta era la mayor oportunidad que tenía para sacarle información. Y tenía que aprovecharla como fuese posible. Tenía que caer de alguna forma. Siempre caían.

—Aciertas, yo fui. — Confirmó. —Yo maté a Alex, pero, eso ya no es novedad, ¿Verdad? — Dijo indiferente. —Acabas de acertar algo que ya sabíamos, pero de todos modos, quiero decir esto, punto para ti.

Y luego los gritos de Anna son silenciados.

—Las notas... — Recordé. La sangre de la palma había cedido y el color carmesí comenzaba a secarse en mi muñeca. — ¿Tú las escribiste? — Pregunté levantando una ceja, como si pudiera

verme.

Una brisa de aire frío soplo con fuerza chocando contra mi rostro lívido. Mi cabello voló suavemente en el aire y se posó detrás de mis hombros desnudos. Me estremecí cuando el viento se fusionó con mi piel hirviente. Me sacudí al instante, sintiendo mi piel erizarse.

—Por supuesto que sí, ¿Quién más? — Dijo con tono sarcástico. —Todo lo planeé yo. Todo estuvo fríamente calculado desde el principio. Claro que no faltaron los intermedios como Alex, pero eso se soluciona, ¿Sabes por qué te cuento esto? — Hizo una pausa dramática. —Porque en menos de diez minutos vas a estar muerta. — Respondió con gracia. Luego, tomó un respiro y continuó. —Y ni siquiera vas a saber quién soy, ¿No es gracioso? — Una risa hueca llegó a mis oídos. —Te empeñaste en saber quién era y ahora... vas a morir. Siempre supe lo que hacías, supe que me buscabas y tratabas de encontrarme, de sacarme a la luz, pero yo manipulé todo. Absolutamente todo y a todos los de tu alrededor. Fui más inteligente que tú y que todos. Supongo que debes de estar confundida. Te debes estar muriendo por saber quién mató a Alex, ¿cierto?, pero eso no va a suceder, no te lo diré. — Dijo. —Ahora, los Crowell van a desaparecer, y yo... Yo me quedaré con todo.

Casi gritó de frustración y al instante tengo ganas de golpear algo cercano. Mi sangre hirvió y mis mejillas se calentaron como pan recién horneado.

— ¿Todo esto es por el dinero? — Dije con asco. — ¿Alex merecía morir por dinero? ¿Por eso le quitaste la vida?

—Alex fue parte de una venganza. Pero... ahora que lo pienso, sí. Alex murió por el dinero. — Respondió como si fuera lo más natural que había dicho.

— ¡No murió! — Grité con ganas. — ¡Tú lo mataste!

—Hanna... — Habló. —Estoy demasiado cerca de ti. — Dijo con voz calmada.

Los cabellos de mis brazos se erguieron. Fue inevitable pensar en mi madre.

Vi su rostro en mi mente y retrocedí asustándome de mis pensamientos. No. Tenía las pruebas en frente de mí, estaban en la cama, había visto su rostro en esas fotografías, estaba todo unido, las salidas extrañas, las mentiras, el funeral de Alex, Eric y mi madre con su relación amorosa, Zet y su reunión engañosa, Cara y mi madre hablando sobre un secreto, Cara muriendo y mi madre viviendo detrás de mí, alejándome de ella, Sarah acusando a mi madre, Rossie contándome los lazos pasados, Margaret... Emma... ¿Ella era? ¿Por qué todo la apuntaba? ¿Era un plan? ¿Eric estaba detrás de todo esto? ¿El amor por mi madre lo había cegado?, ¿Kate? ¿Kate había matado a Alex para salir finalmente con Ryan? ¿Zet era su cómplice? ¿Zet, tal vez era el malo?, él había sido el principal sospechoso y la última persona en ver con vida a Alex. Es decir, que tenía memoria para recordarlo. O tal vez era... ¿George?, ¿Su hijo no le importaba? ¿Por eso era firme con todo? ¿Para no levantar sospechas?, No. Me negaba a creerlo. Y, ¿Rossie?, ¿Su trastorno había estado de vuelta?, no, ni de broma. Ellos no podían ser, O ¿Sí?

Sus argumentos y hechos no eran tan convencibles como lo que había hecho mi madre. Todos querían estar fuera de esto, pero, seguían en este profundo hoyo que los seguía hundiendo a todos y a cada uno, no iban a salir de la lista hasta que se descubriera.

Pero... maldición, ¿A quién creerle? ¿En quién confiar?

Un sonido provino desde atrás, muy ruidoso y escandaloso, haciéndome saltar por enésima vez.

¿Qué había sido eso?

—Hanna... — Escuché al fondo de la habitación. Una voz temblorosa y sofocada.

Giré mi rostro y me encontré con un Alex muy pálido detrás de mí. Estaba recargado en la puerta, con una mano apretando su estomago, como si le doliera y tuviera un inmenso dolor, su cuerpo se retorció una vez, y él se golpeo contra el piso, cayendo sentado, su espalda se recargo en la pared lateral de enfrente de la puerta, sus piernas se doblaron y el gimió dolorosamente, todavía apretando el estomago, pero ahora con ambas manos. Sus labios estaban morados y secos, como si no hubiera bebido agua durante mucho tiempo. Tenía las mejillas coloradas y el cuerpo le temblaba. Reprimí un gemido sordo y lo miré aterrada. Se veía cansado y sumamente agotado. Como si fuera un enfermo delicado de salud. Tenía la piel tan blanca como la luna, y los parpados estaban caídos y cansados. Su cabello alborotado estaba volviéndose de un color opaco. Alex estaba volviéndose opaco, sin brillo, sin color.

¿Qué sucedía? ¿Qué estaba mal con él? ¿Qué estaba pasando?

— ¡Alex! — Grité apretando la bocina del teléfono para que no fuera entendible mi voz.

Alex tosió y su respiración se volvió agitada. Mi corazón saltó de mi pecho y lo observé con terror y angustia. Él levantó la vista y sus oscuros ojos cafés se encontraron con mis ojos llenos de pánico. Su mirada clavo doscientos cuchillos a la vez en mi estomago. Quería correr hacia donde estaba él.

Alex elevó su mirada y cuando vio el punto rojo en mi pecho, gimió de una manera silenciosa y torturante para mis oídos. Abrí mis ojos y casi me lazo a ayudarlo. Pero luego recordé que un arma me apuntaba, y retrocedí, sintiéndome un blanco fácil y vulnerable.

— ¿Estás bien?! ¿Qué pasó?! — Grité entre susurros. Mis dedos apretando la bocina para amortiguar el sonido.

—Hanna... — Dijo con respiros entrecortados. —Tu madre..., ella está aquí. Está en la mansión.  
— Respondió.

=====

Capítulo 92.

¿Mi madre? ¿Ella está aquí?

— ¿Qué? — Pregunto con terror, mi ceño se frunce y siento el calor de la luz roja quemando mi pecho. No debo moverme de aquí. Voy a morir si lo hago. Alex aprieta una vez más su estomago con dureza, haciendo un gesto de dolor y toma un respiro profundo y cansado. Su pecho sube cautelosamente, y luego, deja caer sus hombros con flacidez.

—La vi entrar a la mansión, ella está aquí, Hanna. — Hace una pausa y me mira con recelo. Con terror. Como si supiera lo que va a pasar a continuación. Sus ojos buscan los míos y veo el toque preocupado y profundo que hay en ellos. —La mansión está siendo atacada. — Dice entre respiraciones entrecortadas. Su voz es gruesa y ronca, las palabras salen de su boca con un agobiante dolor. Un gemido y Alex está volviendo a apretar su estomago.

— ¿Alex? — Ignoro por un momento lo que él me dice. Mi piel vibra con las oleadas de aire frío en mi espalda y tiemblo inconscientemente. El pánico me consume al ver a Alex en ese estado, entrecierro los ojos y miró sus labios morados y secos. Siento que todo tiembla. Todo comienza a dar vueltas en la habitación. Alex no se puede ir ahora. Tengo que tranquilizarme. Alex va a estar bien. Me digo en mi interior, pero eso no basta. Aprieto más fuerte la bocina del teléfono y abro mi boca temblorosa. — ¿Estás bien? — Susurro con los ojos bien abiertos, con el corazón latiéndome a mil por hora. Observo su rostro pálido en la semioscuridad y él niega sin poder formular otra palabra. Tose una vez más y miró hacia afuera en un rápido movimiento.

Eso tal vez era lo más estúpido que iba a hacer.

Volví al teléfono, sin despegar la mirada de Alex. La pantalla estaba iluminada por un color azul brillante, el reloj seguía corriendo y los segundos avanzaban consecuentemente. Aclaré mi garganta y quité la palma sudada de la bocina. Tomé una respiración profunda y exhalé. El aire tembló cuando salió de mi boca, y un apretón doloroso se extendió por todo mi estomago. Pegué el teléfono a mi oído derecho.

—El juego termino. — Dije sintiéndome derrotada. Solo quería correr y ayudar a Alex y a su estado crítico. Resoplé en mi interior y sentí un alivio... extraño. No estaba dejando que el asesino jugara conmigo, y sabía perfectamente que eso le molestaría y atacaría con más fuerza. Pero, este también era mi juego, y mi táctica, era hacer enfurecer a esa persona y que se presentara frente a mí.

—Voy a matarte. — Sentenció. —No cuelgues el maldito teléfono o tú serás la primera, Hanna Reeve. — Dijo con cólera.

—Creo que olvidaste que soy una Crowell. Y por lo tanto, yo debería estar en tu lista.

— ¿Intentas hacerte la inteligente? — Pregunto con sarcasmo. De nuevo, burlándose. Meforcé a sonreír, porque sabía que me estaba observando. Sabía que iba a ver esta sonrisa, así que la profundicé.

—Intentó ignorarte. — Respondí. Sabía que eso le daría directo al corazón, si es que lo tenía.

Silencio.

Luego un suspiró frustrado.

—No cuelgues el maldito teléfono. — Gruñó. Su voz se escuchó ahuecada. Casi quebrada. Pero aun mantenía cierto poder en la palabra.

—Espero que tengas un plan "B", porque este, no te va a funcionar.

— ¡No! — Dijo Alex en el fondo. —No te muevas de ahí, Hanna. — Murmuró con un gesto doloroso. Él intentó levantarse, pero todo esfuerzo fue en vano, su cuerpo larguirucho cayó de nuevo al piso. Gimió en voz baja y negó, suplicante. Alex sabía que un arma me apuntaba. Yo también lo sabía. Mi corazón se aceleró, no de una forma pasiva, o enamorada, sino de pánico y terror.

Esto es lo mejor. Sí.

—Da un paso y una bala te atravesará en dos segundos. Tú decides. — Dijo la voz distorsionada, su tono era más que amenazante. Me estremecí y volví a tragar saliva.

Tengo que hacerlo.

—Dos segundos serán suficientes para correr. —Respondí antes de que pudiera reaccionar. Y de pronto, yo estaba terminando la llamada con un clic en el botón rojo, para después correr y escabullirme, alejándome del rayo rojo que me apuntaba desde un punto desconocido.

Corrí como nunca. Mis piernas temblando, mi corazón bombeando sangre de una manera intrépida.

— ¡No, Hanna! — Gritó Alex. Pero lo único que pude escuchar, fue un golpe, hueco y ruidoso, aquel sonido estruendoso resonó en mis oídos agudos. Mi cabello voló por enésimas de segundo sobre mis hombros, una ráfaga de viento helado, y después todo se sintió frío y pesado. Como si la negrura me hubiera atrapado en sus garras imaginarias.

Un disparo. Eso había sido.

Me agaché en cuanto colgué la llamada y cubrí mi cabeza con mis brazos temblorosos. Las rodillas me flaquearon y agradecí perder toda la fuerza que había en mí. Solté el teléfono celular y este cayó al piso haciendo un ruido mínimo, comparecido con el disparo. Mi cuerpo quedo acostado en el piso, caí boca abajo y era casi imposible levantar la vista y ver qué era lo que sucedía. Busqué en la oscuridad los ojos cafés de Alex y un segundo después, ambos estábamos haciendo contacto visual. Sus ojos parecían desorbitados, aterrorizados, y se movían de una manera inquieta. Lo miré y me retorcí en el piso helado. La tela delgada del vestido no ayudaba mucho.

Ve sus ojos, concéntrate en él. No te levantes. Estás bien. Dije en mi mente, sonando tan convincente como fuese posible.

Me arrastre por el piso, de una forma silenciosa, con la mayor cautela posible. Todavía sin apartar la mirada aterrorizada de Alex. Él apretó una vez más y gimoteo cuando su cuerpo dio un salto sorpresivo.

Mi respiración se hizo irregular. La habitación se veía sofocante, a pesar de que la ventana estaba completamente destruida y desnuda ante nuestros ojos. El aire entraba, casi como una marea. Pero era insuficiente, no podía obtener el oxígeno que necesitaba para controlarme.

—Hanna. — Dijo él con desaprobación. — ¿Por qué siempre haces lo que quieres? — susurró con pánico en sus ojos sombríos.

—Vamos a ganar tiempo, Alex. — Susurré tratando de parecer segura sobre mi plan imprevisto.

El silencio se hizo de nuevo. El eco del disparo terminó y yo lo miré, esperando una respuesta de su parte. El piso frío heló mis huesos e hizo que mi piel se pusiera de gallina.

—Tengo una llave. — Su voz se cortó. Seguí avanzando por el piso sin detenerme. Sabía que mientras estuviera en el piso, haciendo la menor cantidad de espacio, aquella persona no me vería. Levanté la vista, justo hacia donde había estado hace unos segundos. Un hoyo profundo estaba en la pared de enfrente de la ventana desnuda. Suspiré y me reí en mi interior. Una risa nerviosa y tensa. —Debes irte, debes salvarte.

La bala no me había alcanzado. Yo debería ser la persona con la suerte más jodida del mundo.

—Alex... — Dije todavía arrastrándome en el piso. Tal vez unos vidrios se habían encajado en el vestido azul, pero ahora solo estaba centrándome en él. Quería ignorar todo y centrarme en lo importante. En Alex. — ¿Qué pasa? — Pregunté a cincuenta centímetros de él. —Tú no puedes sentir dolor, ¿Qué está pasando? — Volví a preguntar, esta vez con más desesperación y con los ojos ardiéndome.

—Me duele... — Dice. Toma una respiración profunda y cierra los ojos. —Estoy descomponiéndome. — Termina de decir soltando un suspiro doloroso. Hago un esfuerzo por avanzar más rápido y tres segundos después, estoy a un lado de él. Junto a sus piernas flácidas y delgadas. Me quedó así, sin levantarme. Ella no puede verme a mí, y tampoco a Alex.

— ¿Descomponiéndote? ¿De qué hablas? — Pregunté soltando un sollozo reprimido. Las lágrimas todavía no habían salido. Pero, en el contorno de mis ojos estaban pesados e hinchados. No tenía que llorar. Debía ser inteligente. Llorar no serviría de nada. No descubriría al asesino. No salvaría a Alex. No salvaría a los Crowell.

—Voy a desaparecer, Hanna. Voy... — Hizo una pausa y tosió de nuevo. Sangre salió de su boca, lo cual era totalmente extraño. Sin embargo, la sangre no era roja del todo. Era una especie de sangre sin color, tenía el color tan apagado y tan tenue que era difícil creer que era sangre. Él comenzaba a verse como verdaderamente describían a un fantasma. Se estaba volviendo transparente y blanco, muy, muy blanco y débil. —...Voy a marcharme. — Finalizó.



—No. — Gemí. —No puedes, tú... tú debes estar aquí...

Un sonido estridente y profundo llegó a mis oídos, casi tan agudo que rompe mis tímpanos. Salté y me pegué al cuerpo fantasmal de Alex. Otro disparo. Penetro la pared lateral de la puerta de entrada, en donde Alex recargaba su cuerpo fantasmal, me di cuenta porque pude escuchar como el cemento se abría en una grieta profunda y redonda. Quise gritar, pero mi garganta estaba tan cerrada que era difícil siquiera hablar. Mi cabeza seguía a escasos centímetros de sus piernas. Casi a la misma distancia que su torso. Me quedé ahí, sin moverme. Estar boca abajo no facilitaba las cosas y levantarme solo empeoraría las cosas. Aquél monstruo podía verme.

—Él asesino está aquí. Lo presiento. Debes huir y escapar de todo este horror, Hanna. — Dijo.  
—Quiero que te vayas.

No. No voy a irme, sin ti, sin los Crowell.

—No... — Mi voz se cortó en un murmullo silencioso. Alex debía estar bromeando. No me iría sin él. —Podemos estar juntos, Alex. — Sonaba tan desesperada que me preocupe de mi misma y de mis palabras. Me había acostumbrado a Alex, a su presencia, y a sus bromas ilusas. Tenía que haber un error. Alex tenía que estar vivo. Él no...

—Escúchame. Estoy muerto, Hanna. — Exclamó. Luego, vino otro disparo. Ambos lo ignorábamos. Estábamos fuera de su alcance y de su vista. No podría vernos en la oscuridad.  
—Voy a irme. Suena cruel, pero es la verdad. Debes estar al tanto de esto. Quiero que te vayas y me dejes. Tienes una vida por delante y yo solo... yo solo la arruine, Hanna. Ni siquiera puedo expresar lo que siento por ti. — El oxígeno no parecía ser suficiente para él. Tomo una bocanada de aire y con la mayor fuerza de voluntad, volvió a abrir sus labios fríos y morados. Sus ojos se enfocaron en mí. —Perdóname por ser inoportuno. Por elegirte a ti.

—Basta. No sigas. — Mascullé con voz dolida. Mi corazón estaba saliéndose de mi pecho con un doloroso golpe desde el interior. Temía que mis latidos pudieran escucharse por toda la habitación. Tenía miedo de que el asesino los escuchara. Que supiera mi temor. Que oliera mi miedo. Ahora no eran cuchillos clavados, ahora eran cientos de balas arremolinadas en mi órgano.

—Te amo, Hanna. — Mi corazón se aceleró doblemente. Sabía que mi pupila se había dilatado lo mayor posible. Sentía ese calor hirviente en mi piel. —Gracias por ayudar a este estúpido chico sin vida a cumplir su propósito.... — Sonrió de forma dolorosa, apoyando su cuerpo en la puerta de entrada. —Ha llegado el momento de decir...

—No lo digas. — Murmuré, silenciándolo. —No digas adiós. No te despidas, todavía. Por favor. — Pedí con el corazón destrozado.

—Hanna... — Habló en voz baja. Negué sin querer escuchar lo que iba a decir. Bajé la mirada y miré hacia el piso. Todavía sin poder creer lo que estaba pasando en este momento. Después, sus manos abandonaron su estomago y las bajo con delicadeza hasta donde yo estaba. Sus dedos tomaron a mi mandíbula y la levantó lentamente. Los ojos de Alex brillaban de nuevo. Sus dedos fríos se posaron en mis mejillas congeladas y las acarició por un segundo. Me estremecí y lo miré directamente. No. Las yemas frías de sus dedos moviéndose suavemente en mi rostro. Su boca se abrió temblorosa. —Ambos sabíamos que esto pasaría. — Pronunció.

—Salgamos de aquí. Vámonos. — Le dije desesperada. Sonaba egoísta, porque yo no quería que Alex se marchara. Era la cosa más estúpida, pero era la cosa que más deseaba. Alex se había convertido en una parte de mí, y en una grande. Mi propuesta no había sonado tan decisiva, había salido con la voz aguda y con tono roto. Esto tenía que haberme salido mejor. Él no debía irse. Debía quedarse.

Alex negó.

—Toma. — Alejó sus manos de mi rostro y rápidamente sentí la ausencia de sus dedos helados, Alex metió una de sus manos a su bolsillo derecho y gimió, como si le doliera mover un solo musculo. Apretó su puño, y volvió a mirarme. Entre la negrura, él tomo mi mano extendida en el piso y abrió mi palma. —Es para ti, un regalo de navidad. Feliz Nochebuena. — Dijo poniendo algo metálico en mi palma sudorosa y caliente. El metal tembló en mis manos.

Abrí mi palma, dudosa. Él me observaba con dolor. Una llave se extendió en mi palma.

— ¿Qué es esto Alex? — Pregunté frunciendo el ceño. Mi voz era apenas un susurro.

—Una llave. — Dijo obvio. Sé eso, Alex. —Quiero que la tengas siempre contigo. Esta llave abre todas las puertas de la mansión. Yo la diseñé. — Hizo un gesto de dolor y se retorció haciendo un puchero, de nuevo estaba apretando su estomago. —Ahora, Debes irte.

— ¿Cómo la obtuviste? — Tartamudee, ignorando su petición.

Tomo aire.

—Siempre la tuve en mi bolsillo, desde que desperté estuvo ahí todo el tiempo. — Hizo una pausa. —No sé por qué. Es algo que aún no logró comprender, todavía. — Pausa y un respiro tembloroso. —Quiero que la tengas. Abriré la puerta y tú correrás y te irás.

—No. — Sentía que era una chiquilla caprichosa, negándome a lo que una madre ordenaba. Pero, Alex podía irse, ¿Qué caso tenía que se quedará aquí?

—Por favor. — Suplico. —Vete, ahora. — Chilló.

Alex quitó la llave de mi palma, y poco a poco se fue levantando.

— ¡Alex! — Grité en un susurro. Mis dientes se apretaron. Él realmente no iba a hacer eso, ¿Verdad? — ¡No! ¿Qué haces? — Mascullé con un dolor inmenso en mi garganta seca.

Alex apoyó todo su cuerpo en la pared y después, se levantó como si estuviera cargando diez costales de cemento sobre sus hombros duros y tensos.

—No te quedes. — Pronunció con voz suave, aguantando el dolor que sentía, y luego, metió la llave en la cerradura del pomo de la puerta.

Quería gritar hasta quedarme muda.

—No, Alex. Por favor, no me hagas esto.

—Lo siento.

Comenzó a girar la llave y la cerradura crujía con cada vuelta que él daba. Apreté los dientes y cerré los ojos, esperando que estuviera en una pesadilla. Disimuladamente, levante mi brazo sobre mi cabeza y pellizque mi otro brazo. Y luego chillé silenciosamente.

Nada. Era real. Estaba realmente sucediendo.

Un clic opresivo y el vestido se sintió la cosa más fría que mi cuerpo había tocado.

Iba a descubrir al asesino de Alex, porque estaba aquí, y no iba a poder salir sin ser visto.

—Corre. — Dijo. Mi mente se apagó por un instante y todo se volvió oscuro. Me sumí en un trance en el que mi cuerpo no respondía a ninguno de mis movimientos. Cerré los ojos.

Recordé el primer día. Había estado esperando un mensaje de Cara, teníamos planeado salir al centro comercial y no había recibido respuesta de su parte. Cuando recibí la notificación de un mensaje nuevo, creí que era de ella. El momento en el que vi el perfil de Alex por primera vez inundo a mi mente en un sofocante alarido. Él había escrito un "Hola" y después me había enviado una cara feliz, lo cual, no era tan feliz en ese momento, era la cara más aterradora que había visto cuando supe que aquél ser estaba muerto. Recordé que me sentí la persona más vulnerable y observada. Él había escrito cosas amenazantes por miedo a que yo lo rechazara y me asustara aún más, ahora entendía por qué hizo cada cosa en aquel entonces.

Estaba asustado. Igual que yo.

Su mensaje había sido la cosa más horripilante y lo más fantástico que había sucedido en mi vida, y ahora, estaba aquí, en su recámara con el pecho abajo y siendo apuntada por una pistola de francotirador. A casi nada de descubrir a su asesino y él quería que me fuera. Pero me quede en shock, repitiendo aquella escena. Y recordando ese último mensaje que dejó en el chat.

"Corre", había escrito.

Y ahora, estaba escuchando esas palabras salir de su propia boca en el momento que más habíamos estado esperando.

— ¡Hanna! ¡Corre! — Gritó y desperté, mis ojos se movieron por la oscura habitación y me sacudí eliminando cualquier recuerdo de él en mi mente. Me levanté de un salto y no corrí. Me pare delante de él, mirándolo directamente a los ojos. Tenía menos de treinta segundos hasta que aquella persona viera mi silueta en la casi oscuridad. Su cabello revuelto estaba por todos lados y sonreí interiormente. ¿Esta iba a ser la última vez que lo vería? ¿Así acabaría? Me quedé ahí, parada junto a él, mirándolo. — ¡Vete! — Rugió con fuerza, despertándome.

Veinte segundos.

Miré sus profundos ojos cafés. Tan profundos como el mar, pero tan oscuros como la noche.

Di un paso, vacilante. Sus ojos me miraron sin comprender. Él no se alejó, ni siquiera me detuvo.

Quince segundos.

Tenía que hacer algo.

Lo tomé de la barbilla y con los dedos temblorosos, rocé su rostro casi transparente y sin color.

Hazlo. Me dije. Hazlo, maldición.

Sus manos se levantaron en el aire y me miró con tristeza y desesperación. Sus ojos se escocieron y se profundizaron todavía más. Movié sus dedos delgados hasta mi cabello oscuro y lo peino con sus delicados y flácidos dedos. Estábamos cara a cara. A continuación, tomo un mechón de mi cabello oscuro y lo puso detrás de mi oreja derecha. Ahora su toque ya no era frío, era caliente. Lo más caluroso que había sentido en mucho tiempo.

Diez segundos.

—Vete, Hanna. —Susurró con amargura. Él realmente no quería que yo me fuera.

Hazlo, cobarde, bésalo.

Me acerqué a Alex, su respiración agitada junto a la mía. Hice un camino rápido desde sus mejillas descoloridas hasta su nuca humedecida, deslizando mis dedos temerosos en sus cabellos castaños y con cautela enrede mis dedos sudorosos en su cuello.

Cinco segundos.

E hice lo mejor que pude hacer. Lo besé.

Lo besé... porque esta iba a ser la última vez. La despedida, tal vez.

Adiós, Alex. Dije en mi mente.

=====

Capítulo 93.

Tres segundos...

Dos segundos...

Suéltalo, y corre.

Él se alejó, apartándose de mi agarre y depositó la llave en mi mano. Su palma apretó el puño que había hecho él mismo y me empujó fuera de la habitación.

—Te amo. — Dijo, y entonces, su color se fue apagando. —Vete.

Me empujó y estuve fuera de la habitación. Me miró y di un paso hacia atrás, alejándose de mí. Un disparo se escuchó en el fondo. Alex cerró la puerta de la habitación de un portazo, excluyéndome. Me agaché, esquivando la bala. Aunque era inútil, la bala se había quedado entre la puerta de madera. Alex la había amortiguado. Sentí un dolor terrible en el estómago y en mis piernas. El pasillo dio vueltas cuando miré hacia los lados laterales y gemí en voz baja, todavía parada frente a la puerta de la habitación de Alex. Rápidamente un hormigueo comenzó a deslizarse por mi cuerpo dormido.

Sin poder evitarlo, una lagrime se deslizó por mi mejilla derecha. La limpié de inmediato e hice lo que Alex hubiera querido que yo hiciera.

Miré hacia las habitaciones consiguientes, principalmente a la de Anna. Sabía que se estaba quedando a dos habitaciones de la de Alex, así que, detuve mi paso, y pensé. Si había alguien ahí adentro, tenía que llevar un arma conmigo. Y sabía perfectamente donde había una.

En el despacho de Eric.

Él tenía un arma, lo recordaba porque él me había salvado el día en el que Sarah había intentado matarme. Eric había apuntado su arma a uno de los neumáticos y Sarah y su automóvil habían salido disparados hacia un restaurante, estrellándose contra el local.

Apreté la llave en mi palma y tome una lámpara que se encontraba en una de las mesitas de adorno del corredor. Parecía ser una buena arma para defenderme mientras bajaba por las escaleras.

Con cuidado y sin hacer mucho ruido, desenchufe la lámpara blanca de cristal y comencé a avanzar hasta donde se aproximaban las escaleras. Mis pasos eran lentos y calculados, cada vez que avanzaba veinte centímetros me detenía y agudizaba mi oído para escuchar cualquier sonido mínimo de la planta baja. Mi respiración agitada era lo único que podía escucharse en la mansión. Comencé a avanzar más rápido cuando vi que no había ningún ruido proveniente de las habitaciones.

Traté de no pensar en Alex, porque eso solo me distraería y haría alguna otra cosa estúpida. Así que me enjuague las mejillas con la superficie de mi vestido y me limpie todo rastro de lágrima pegajosa. Me di cuenta de que la llave se había manchado de sangre, por la herida en mi palma. No había cesado como había creído. Así que puse un poco de saliva con mi dedo índice y limpié la sangre seca que se arremolinaba alrededor de la hemorragia capilar. El vestido no tardo en hacerse de un color rojizo con café.

Alex...

Maldición, concéntrate. Él está bien.

Y entonces, lo hice. Me olvidé de él, evite pensar en cualquier cosa que lo implicara. Ahora solo importaba Anna y los Crowell. Importaba saber quién estaba detrás de todo esto.

Aceleré mi paso y apreté la lámpara entre mis manos sudorosas. Rápidamente, llegué a las escaleras y comencé a bajar de la manera más rápida y más intrépida que pude. Me sentí una osada, tan intrépida y tan veloz, ocultándome en las sombras y corriendo para ayudar a la familia Crowell.

Bajé los escalones de dos en dos, justo como había corrido con Cara el día del funeral de Alex. Solo que ahora el pasillo estaba oscuro y a duras penas se veían los escalones. Era una suerte que en la antigua casa fuera de dos plantas, así estaba acostumbrada a subir y a bajar escaleras en la oscuridad. Estos escalones eran más peligrosos que los de mi antigua casa, estos eran más resbalosos y engañosos. Me di una mirada al espejo que se encontraba al final de las escaleras. Mi reflejo era tan demacrado que daba miedo. La lámpara se apretujaba en mis manos y cuando me daba una nueva mirada, lucía tan patética. Una lámpara de cristal no ayudaría en nada.

Tenía que conseguir esa arma. Aunque, ni siquiera sabía cómo utilizarla.



Cuando llegué al último escalón, miré hacia los lados, observando que nadie viniera y se dejara venir sobre mí. Al ver que nadie venía ni iba. Camine hacia el pasillo de la derecha, avanzando hacia el despacho de Eric. Mis pasos crujieron en el piso de mármol.

Me detuve.

Miré hacia abajo, sin soltar la lámpara y sin perderme demasiado en el piso de mármol. Levanté la mirada de nuevo, comprobando que nadie viniera. El pasillo vacío confirmó mis teorías. Mantuve alerta a mis oídos y volví a bajar la mirada. Unos pedazos de vidrio roto estaban esparcidos por enfrente de la habitación de Eric.

Apreté todavía más la lámpara entre mis dedos de mantequilla. Si seguía apretando así, la lámpara se rompería en pedazos en mis manos. Aflojé mi agarre y seguí caminando hasta el despacho de Eric.

Avancé entre la oscuridad. Mis pasos sigilosos y calculados.

Pensé en la Nochebuena anterior y recordé el pavo quemado al centro de la mesa de nuestra casa. Mamá había preparado un pastel, pero se le había quemado en el horno, así que esa noche no hubo postre y el pavo tenía un sabor a carbón y a carne quemada. Había estado tan enfadada que había decidido no cenar esa noche y ni siquiera pensaba probar aquel pavo quemado. Pero como siempre, mi madre me había obligado a comerlo. Claro, con unas condiciones que propicie.

Preferiría ese día, un millón de veces. No me importaba que hubiera un pavo quemado en la mesa, quería que todo volviera a la normalidad.

La lámpara tembló en mis dedos cuando me detuve en la puerta del despacho de Eric, mi padre.

Pegué mi oído a la puerta y no se escuchó ningún sonido proveniente del exterior. Estuve a punto de tocar la puerta, pero eso era tan estúpido que lo descarté. Tenía la llave que Alex me había dado. Ahora solo tenía que meter la llave en la cerradura y esperar a que nadie que fuera enemigo saliera de la habitación, atrapándome.

Me aseguré una vez más de que estuviera vacía y aflojé mi puño, sacando la llave de mi palma. Me había quedado la marca del contorno de la llave, de tanto que lo había apretado. Tenía una pequeña mancha roja, justo donde estaba la llave. Solo que no dolía. Pronto se desvanecería.

Inserté la llave en la cerradura, y sin hacer mucho ruido, giré la llave. Di un giro, y me detuve. Escuché con atención y luego volví a la cerradura. Di una segunda vuelta y el ruido se hizo más claro y profundo en el pasillo. Cualquier ruido mínimo podría escucharse desde el otro lado de la mansión.

Si no había nadie en los pasillos, ¿Qué habían sido esos pasos en el corredor? ¿Qué pasó con todo ese ejército que había escuchado? ¿Con aquel ejercito que había atascado mi puerta sin dejarme Salir?

Un momento.

Ejército.

Eric había estado en el ejército, ¿Verdad?, George había mencionado algo como eso, por eso también habían surgido los problemas con mi madre, eso había dado inicio a sus peleas continuas, Eric estuvo trabajando para el gobierno, por eso tenía un arma, eso lo explicaba, entonces... solo tal vez él había hecho todo esto, ¿No? ¿Quién más podría haber entrado a la mansión sino Eric? ¿Quién contaba con amigos del ejército?

Negué, pareciendo ofendida y decepcionada de mi misma. Mis pensamientos iban a matarme algún día. Cada segundo que pasaba, me asustaba de mis ideas. Pero es que... maldición. No podía ni debía confiar en nadie. Todos eran sospechosos.

No. Deja de pensar en tonterías, Hanna. Él no te mataría, eres su hija. Los Crowell son su familia, ¿Por qué haría algo tan malo?

¿Quién sabe? Mi madre era la persona en la que más confiaba, y ahora era la persona en la que más desconfiaba. Todo se debía a sus mentiras. Por eso había perdido todo tipo de confianza en

ella. No obstante, eso no significaba que la odiara desde el fondo de mi corazón. Es decir, todos mentíamos, lo comprendía y lo entendía. Ella tenía sus razones, pero, ¿Por qué ocultarme algo tan grave? ¿Acaso había algo más fuerte y por eso no me lo había dicho? Ese era el maravilloso dilema con mi madre. Ya no sabía que pensar de ella. El ángel bueno estaba actuando, haciéndome razonar, que era lo mejor que podía hacer, pero el demonio, estaba contraatacando. Estaba buscando en lo más profundo las pistas y oportunidades para acusar a mi madre.

"Cuanto mayor es la confianza, más grande es la sorpresa."

Finalmente abrí la puerta, con un tercer giro. Después, extraje la llave y la volví a apretar contra mi palma. Avancé un paso, entreabriendo la puerta. Mis piernas temblaron. ¿Y si había alguien ahí adentro?

Estaba asustada como el infierno.

Entré a la habitación, mirando hacia los lados y detrás de la puerta. Luego, di un paso más. Enfoque mi mirada en el fondo del despacho y proseguí a entrar cuando no vi ni a un alma dentro de ella.

Avancé con cautela y cerré la puerta detrás de mí. Estaba suponiendo que la persona estaba dentro de la mansión, buscándome. Sabía que si no tenía ese maldito teléfono celular en mi mano, esa persona no le haría daño a nadie. Su estrategia era hacerme saber que tenía todo el poder sobre mí y sobre los demás. Así que no tendría sentido matar a alguien si nadie lo sabía. Era una pérdida de tiempo y una mala jugada. Ahora estábamos en el juego del azar.

¿Quién ganaría?

Encendí la luz del despacho, pero prontamente la apagué. Eso solo levantaría sospechas de que yo estaba aquí y sería más fácil que me encontrara. Respire el aire una vez más, esta vez llenando mis pulmones del mayor oxígeno posible. Así que la apagué y conecte la lámpara de cristal. Esta ilumino lo necesario para poder ver dentro del despacho.

Me sorprendí al ver cientos de papeles esparcidos por el piso. No eran diez, ni cuarenta. Había cientos de papeles blancos y verdes revueltos en el piso blanco. Estaban debajo del escritorio de

la oficina de Eric. Sus papeles estaban por todas las direcciones posibles, incluso arriba del escritorio habían papeles y carpetas con tapas oscuras. La biblioteca que se encontraba detrás del escritorio parecía ser asaltada, tenía todos los libros fuera de su lugar e incluso algunos estaban tirados en el piso. Algunos de ellos estaban abiertos por la mitad. Como si hubieran estado buscando algo sumamente importante. Pero, no parecía que lo hubieran conseguido. Aun había unos cuantos libros en la superficie del mueble de madera sin ser abiertos. Estaban tan arriba que estaban fuera de mi alcance. Incluso si me subiera al escritorio me faltarían veinte centímetros para alcanzar.

¿Qué era lo que estaban buscando?

Puse el seguro a la puerta del despacho y me aseguré de que nadie estuviera aquí adentro. No obstante, el silencio de la oscuridad me confirmó nuevamente que no había nadie más. Apreté la llave en mis palmas y me encaminé hasta la silla principal del escritorio de madera maciza.

No parecía un robo, porque realmente no se habían llevado nada. Todo estaba aquí. Incluso la computadora portátil de Eric seguía encima del escritorio, sin ser tocada ni con apariencia de querer ser robada. Todos los libros de tapa dura estaban aquí, y viendo el desorden que había, supuse que aquella persona le interesaba algo en particular, y no era ni una computadora, ni ningún libro.

Cuando estuve en frente del escritorio, revolví los papeles que había encima de ella. Comencé a leer rápidamente lo que había en el encabezado de ellas, pero no parecía haber nada importante. Solo eran unas cuantas sumas de dinero y algunas cuentas bancarias con unas grandes sumas de dinero. La mayoría de los papeles eran sobre tarjetas de crédito y debito. Las hojas verdes eran de la empresa de George, lo supe porque en la parte superior de la derecha estaba el logo de la empresa.

Aparte los papeles que había estado hojeando y seguí con los otros. Más números, más tarjetas de crédito y nada relevante. Me arrodillé, y ahora revolví los papeles del piso. Todo era casi lo mismo, a veces los números variaban, pero no era algo inusual. Todo parecía ser normal, y los números parecían ser correctos para un empresario que gastaba dinero en trajes y smokings de colores oscuros. Algunas compras eran lociones para hombre y alguna que otra cosa rara que no comprendía. Otros tickets eran sobre restaurantes finos y bastante caros de la ciudad.

Me levanté, soltando un suspiro frustrado. Aquí no había nada que pudiera ayudarme.

Camine hasta la silla del escritorio, quedando en medio del mueble en donde estaban los libros y sobre el escritorio. Me senté en la silla y puse un mechón de mi cabello detrás de mi oreja, cuando cayó sobre mi pecho para privarme de la visión. Había dos cajones en el lado derecho del escritorio, pero parecían estar bajo llave. La cerradura tenía un golpe brusco, como si hubiera sido forzada para abrirla. La madera estaba rota, pero el cajón no había cedido a abrirse.

¿Qué había ahí? ¿El arma de Eric? ¿Por eso estaba bajo llave?

Abrí el cajón que estaba debajo del primer cajón roto, y busqué entre los papeles alguna llave que pudiera servir para abrir aquel cajón. Revolví los papeles y saqué algunos que estorbaban. Me sentía como una infiltrada, pero eso realmente no me importaba. La curiosidad estaba matándome y tenía ese ligero presentimiento de que esto era algo realmente bueno y que valía la pena saber.

Solté un suspiro. Nada. Ni una llave.

Era inútil. Si la persona que había estado husmeando no había podido abrir el cajón principal, menos podría hacerlo yo.

Pasé las manos por mi cabello, luciendo desesperada. Tenía que moverme, pero ¿Qué podía hacer? La probabilidad de que pudiera abrir aquel cajón era casi nula, solo Eric tenía la llave de ese cajón, y en estos momentos, no sabía dónde estaba y si estaba bien.

Temblé tambaleándome en la silla con ruedas pequeñas. Cerré mis ojos y vi el rostro de Alex apretando mi puño. Me mecí en la silla, moviendo mis piernas y mis caderas haciendo que la silla cobrara movimiento y se moviera de izquierda a derecha. De derecha a izquierda y así sucesivamente.

Solté un suspiro fuerte y agitado.

¿Alex se había ido? O ¿Seguía aquí? ¿Qué estaba haciendo, ahora? ¿Anna estaba bien? ¿Por qué mi madre estaba aquí? ¿Había venido a buscarme? O ¿Era algo mayor que eso? ¿Dónde

estaba Rossie? ¿Y Eric? ¿George estaba bien? ¿Qué había pasado con Rebecca, la mamá de Anna? ¿Y Caroline y su esposo francés? ¿Dónde estaban todos ellos?

Apreté los ojos. Una imagen borrosa de Alex y yo besándonos. Succionando nuestros labios húmedos y después sus profundos ojos chispeantes mirándome.

"Esta llave abre cualquier puerta de la mansión. La diseñe yo."

Mis ojos se abrieron de golpe y casi me caigo de la silla.

¿Será?

Miré la llave que estaba en mi palma y mi ceño se frunció. ¿Esta llave aplicaba para cajones de escritorio?

No lo pensé dos veces y agarré la llave con la mano derecha y la metí en la cerradura del cajón. Mi cuerpo estaba sintiendo una clase de excitación sorpresiva. Mis manos temblaron inconscientemente cuando inserte la llave en la pequeña cerradura. Di un brinco cuando la llave, efectivamente entro en el pequeño hoyo profundo de la cerradura.

Por favor, gira. Rogué en mi mente.

Con dedos temblorosos y como si fueran hechos de mantequilla. Di una pequeña vuelta. Tan suave y delicada que di otro salto sorpresivo cuando la llave cedió. Mis ojos se abrieron con asombro. Me conmovió cuando di la segunda vuelta y el cajón hizo un clic.

Con manos temblorosas, saqué la llave, y jalé el cajón. Este se abrió sin problemas. El jalón fue débil y cansado, que se deslizó de una manera tranquila y silenciosa.

No había un arma, lo cual me decepcionó un poco. Hice un gesto de desagrado. Dentro del cajón había una pequeña carpeta de color azul fuerte. Casi del mismo color de las costinas de la mansión. De igual manera no deje de sentir el ardor en mi piel. Aquella excitación seguía en mí.

¿Qué era ese papel? Y, ¿Por qué alguien lo estaba buscando? ¿Era muy importante?

Saqué aquella carpeta y la abrí. Mis dedos se movieron nerviosamente sobre el papel grueso y comencé a leer.

"ADOPCIÓN.

El siguiente documento es totalmente legal y es aprobado por el Lic. Clair Benson. Este documento está certificado por las leyes constitucionales de los Estados Unidos De América, en el cual la Sra. Lisa Witte de veinte años de edad, y viviendo en la ciudad de Seattle, está totalmente de acuerdo en dar en adopción a su hijo de tres meses de recién nacido Alejandro Witte sin recibir nada a cambio, debido que su situación económica no le permite cuidar del bienestar del bebé. La Sra. Rossie Crowell de treinta años de edad junto con su esposo, el Sr. Crowell de treinta y dos años de edad, está decidida a adoptar a Alejandro Witte, cambiando su apellido respectivamente. Como testigos del siguiente evento, esta de testigo, el hermano del Sr. George Crowell, el Sr. Eric Crowell haciendo presencia en este acto legal. Firmando este documento en la parte inferior izquierda, puntualizando que Alejandro Witte, pasa a manos de la familia Crowell. Sin más, esta carta debe mantenerse en dirección, y se entregará una copia a las respectivas familias.

ATT: Lic. Clair Benson."

¿Qué?

Mi mandíbula se cayó. Mis ojos miraron aquel papel con el ceño fruncido y los ojos parecían desorbitados. Mis dedos temblaron y como consecuencia, el papel vibro en mis palmas y reprimí un gemido fascinante. El desconcierto fue máximo, mi corazón bombeó sangre en una milésima de segundo y salté de mi asiento. Exclame un alarido silencioso y me moví con inquietud en la silla rodante. Mis piernas flaquearon y agradecí que estuviera sentada. Quede en shock en cuanto termine de leer, mis ojos siguieron cada una de las pequeñas letras y releí una y otra vez los nombres. En la parte inferior estaban las firmas de Rossie, George, Eric y de la respectiva madre biológica de Alex. En la parte inferior de la izquierda había una pequeña huella de un pie de bebé.

Tuve que volver a leer la carta para confirmar lo que había leído anteriormente. Mis ojos volvieron a la superficie de la hoja antigua y llena de polvo.

Alex era adoptado y nunca lo iba a saber.

=====

## Capítulo 94.

Me miró en el reflejo de la pantalla de la computadora portátil. Mi rostro pálido y horrorizado, tengo los ojos tan abiertos que mis alertas se activan enviando señales a todos mis sentidos. Mi cabello está suelto y cae sobre mis hombros como una cascada. Lo tengo húmedo, y sin embargo, me he duchado hace cinco horas. Siento el sudor deslizarse por mi frente y por mi nuca, las pequeñas gotas cayendo incesantemente por mi cuello y por mi pecho. No obstante, es solo una ansia. Ni siquiera estoy sudando. Mi piel se mantiene seca y lívida. Tomó un pañuelo blanco que está encima del escritorio y lo humedezco con un poco de saliva. Paso el pañuelo húmedo por la herida de mi palma, y vuelvo a limpiarla, lo hago tan rápido que ni siquiera me doy cuenta si es grave y profunda la herida.

Miró los papeles de nuevo, y sigo leyendo las tres siguientes páginas. Una de ellas es un acta de nacimiento, con el nombre de Lisa... Lisa Witte, la verdadera madre de Alex. Su nombre luce impecable en la hoja con márgenes blancos. La hoja parece tener muchos años, el papel es rasposo y áspero, el acta se mantiene en buen estado y sin ningún doblez o rayón. Pongo la hoja detrás de la última página y comienzo a leer la segunda hoja. La siguiente, es otra acta de nacimiento, en donde se especifica que el bebé es adoptado por la familia Crowell. Sus nombres están marcados en negrita, y luego, tiene el año y la hora en que se hizo el registro oficial. La tercera y última página es una identificación donde aparecen las huellas digitales de los dedos de Alex. Son tan pequeñas que apenas puede distinguirse el dedo al que pertenece.

Comprendí entonces la actitud de mi madre cuando Rossie fue a nuestra antigua casa y yo me escondí detrás de la ventana. Recuerdo que mi madre le había gritoneado un par de cosas que en ese momento no había logrado comprender. Ella había dicho que Rossie no tenía porque



meterse en sus asuntos, y que de todos modos, ella también nunca le había dicho la verdad a Alex. Por supuesto, Rossie había atacado, defendiéndose y justificándose por la presente muerte de Alex. Ella dijo que no había tenido tiempo de decírselo. O al menos eso es lo que recuerdo.

No sabía qué hacer. Si ponerme a brincar y a reír o sentirme mal por Alex y por la verdad que le ocultaban sobre su verdadera madre biológica. Al principio baile interiormente, sabía que estaba mal, pero estas hojas estaban tan claras que si Alex viviera, podríamos haber sido algo más que amigos. Eso era algo a nuestro favor. De todos modos, lo que habíamos hecho no estaba tan mal. No éramos familia de sangre y no compartíamos los mismos padres y tíos. Eso debería alegrarme. Tenía miedo de que Alex viera esto, porque él no estaba pasando por el mejor momento de su vida fantasmal. Pero, por otra parte, él tenía derecho a saberlo. No importaba que tan malo fuese.

Dudo por un momento. ¿Llevarme o no las hojas?

Si me las llevaba, no tendría un lugar perfecto para esconderlas, así que lo más probable es que aquella persona me encontrara antes de tiempo y viera estas páginas tan importantes. Tal vez hasta eso era lo que estaba buscando realmente. Pero si las dejaba aquí, serían el blanco más fácil y podrían llevárselas para siempre, y Alex nunca me creería que él era adoptado.

Miró alrededor del despacho, buscando un lugar seguro para esconderlas. Lo primero que veo es el cajón abierto. Niego interiormente. Si las vuelvo a dejar ahí, aquella persona tal vez ya venía preparada para destruir aquel cajón. Tiene que ser un lugar en donde sea imposible encontrarlas. Donde nadie buscaría.

Giró mi mirada, esperando encontrar algo más eficiente.

Y entonces lo encuentro. Es una botella de lo que parece ser un vino. Esta vacía y esta al fondo de la habitación, justo en el rincón. Casi a las sombras. Hago un rollo con las hojas y camino hasta donde está la botella vacía y cuando llegó, meto el pequeño rollo de papel por la abertura. Vuelvo a dejar la botella en su lugar y regresó a la silla del despacho.

Antes de que ocurra algo más, tomó el teléfono alámbrico del despacho del Eric y tomo el auricular. Marco el número de emergencias y de pronto, estoy temblando de nuevo.

¿Qué es lo que voy a decir?

Suena una vez. Luego dos, y entonces se escucha una voz femenina.

— Departamento de policía. — Pausa. Me quedo casi muda. — ¿Hola? — Pregunta. — ¿Cuál es su emergencia?

—Yo... — Me aclaró la garganta y después un ruido proveniente del exterior me hace saltar. Levanto la vista y una sombra pasa por enfrente de la puerta. Sostengo la respiración y me quedo quieta. La sombra se detiene por un par de segundos, veo como la sombra se queda quieta en frente de la puerta, como analizando la mansión, mi piel comienza a picar y el miedo me recorre. No es momento para que me encuentre. Todavía no. Pasan otros segundos, y luego sigue avanzando. Suelto el aire y respiro de nuevo. Ni siquiera se da cuenta de que hay alguien adentro.

—Por favor, no esté jugando con la línea. — Responde la voz robot del otro lado de la línea. Parece frustrada y cansada. Como si hubiera tenido un mal día.

—No. — Me adelanto a decir con rapidez. —Alguien ha entrado a robar a la mansión de los Crowell. — Digo sin detenerme, es lo mejor que se me puede ocurrir en este momento. Y por supuesto lo más creíble para un departamento de policía. Nadie me crearía si digo que un asesino esta aquí, a punto de matar y torturara personas inocentes. Mi corazón palpita y espero a que ella realmente me crea. —Por favor, envíe a una patrulla. Es una emergencia.

— ¿Puedes decirme tu nombre? — Pregunta.

—Yo... — Me quede en blanco por unos segundos. Decir mi nombre no ayudaría mucho, sabrían que es una adolescente tratando de hacer una broma pesada para sorprender a sus amigos en plena pubertad. Pero no, esto es realmente una maldita emergencia. No hay bromas, y la telefonista no parece entenderlo. —Quiero que mi llamada sea anónima, ¡Por favor envíe una patrulla! — Insisto susurrando en el auricular. Mis músculos se contraen.

—Supuse eso. — Responde con voz irritada.

Inhaló la mayor cantidad de oxígeno y la sostengo en mis pulmones.

— ¿Por qué no solo envía a una patrulla? ¡La mansión está siendo asaltada! — Grito en el auricular. Sale como un susurro, porque no grito con fuerza. Sé que podrían escucharme allá afuera.

Ella se ríe, fuerte. Como si le hubiera contado el mejor chiste del mundo. Frunzo el ceño y rápidamente siento la desesperación.

—No es gracioso, ¿Por qué no envía a una maldita patrulla? — Exclamó ya enfadada. La sangre comienza a circularme con rapidez.

—La mansión de los Crowell tiene la mejor seguridad de la ciudad, ¿Cómo es posible que este siendo asaltada? — Responde pareciendo sorprendida. — ¿Por qué no vas a ver las caricaturas y dejas hacer el trabajo a los policías?, deja de estar bromeando con la línea de emergencias, por favor.

Suspiró con pesadez. Cierro los ojos y cuento hasta cinco. Mis respiraciones son silenciosas y agitadas.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Cinco.

Tranquilízate. Ella tiene que ayudarte.

—Por favor. — Suplico con voz cansada. El pánico y la desesperación recorriéndome por dentro y por fuera. —Envíe a una patrulla antes de que sea demasiado tarde. — Digo.

—Señorita, vuelva a la cama o me verá obligada a multarla.

—Por favor. — Pido de nuevo. — Mañana encenderá el televisor y se dará cuenta de su grave error. Se sentirá muy mal y deseará haberme escuchado. — Suena más bien como una amenaza.

Ella se queda en silencio, dudando.

—Muy bien. Deme su nombre y enviaré una patrulla.

—Quiero mantenerme en el anonimato. Ya se lo dije. — Sueno desesperada, aunque mi voz es un susurro en el auricular.

—Escuche, tengo cientos de llamadas y estoy perdiendo mi tiempo, ¿Puede, por favor, darme su nombre?

Aprieto los ojos.

—Hanna... — Respondo dándome por vencida. —Hanna Reeve.

—Oh. — Dice ella. — ¿No eres la hija de la directora Emma Reeve? — Suena alucinada, sorprendida.

—Sí. — Contesto.

¿Cómo? ¿Dice que está perdiendo su tiempo con mi llamada y luego me pregunta eso como si fuera una pregunta que una telefonista de policía debería hacer?

—Hanna, enviare una patrulla a la mansión de los Crowell. — Dice. Siento que mi sangre vuelve a circular y rápidamente siento un alivio incesante.

Suelto el aire contenido y respiro con alivio.

— ¿De verdad? — Susurro todavía sin creerlo. Mi pulso comienza a estabilizarse.

Silencio. Luego, ella casi se ríe de nuevo. Siento como una sonrisa se forma en su rostro.

—Claro. — Dice ella con cinismo. Después cuelga, dejándome con la palabra en la boca.

Mis ojos se abren sin comprender lo que acaba de pasar. Le he dado mi nombre y ella simplemente me colgó. Me quedó con la boca abierta, absorta por el pésimo servicio de la ciudad. Mis dedos vuelven a temblar. Dejo el auricular en su lugar, sintiéndome la persona más sola y vulnerable del planeta. Niego. Tengo que intentarlo otra vez. Estiró mi mano y pongo mis dedos de mantequilla en el soporte del auricular. Ruego en mi interior para que la persona anterior no me vuelva a contestar.

Antes de que pueda levantarlo, el teléfono suena. Muy, muy ruidosamente. El sonido se golpea en las cuatro paredes y se vuelve más fuerte. Más estruendoso.

La única manera de apagarlo es contestarlo. Mis dedos siguen ahí, todavía sin recibir señal de mi cerebro. Luego, se envuelven todavía más, apretando el pequeño plástico sudado. Con una fuerza increíble levanto el teléfono, lo pegó a mi oreja y espero.

No pasa ni medio segundo antes de que pueda escuchar esa terrorífica voz.

—Muy inteligente. — Dice. —Colgarme el teléfono... — Se escucha ofendido. Otra vez la misma

voz ronca y distorsionada. Me quedó en blanco, sin saber que responder.

Siento un escalofrío involuntario.

—No sé por qué haces...

Mi voz es interrumpida por un sonido chillante. Levanto la mirada, asustándome. La puerta hace un clic y se abre unos pocos centímetros. Mi mirada se queda ahí, sin apartar los ojos de la puerta, esperando a que alguien entre. Pero nadie lo hace. La puerta se queda entreabierta.

—Alguien muy importante va a pagar por esto. Encuéntrame. — Contesta con la voz más furiosa y chocante. Se le escucha con cólera. Llena de rabia.

Antes de que pueda responderle, la llamada se corta y las luces se apagan. La lámpara que había conectado a la luz se vuelve tenue hasta que desaparece y todo se vuelve oscuro y silencioso.

Me quedo estática, en medio de las sombras. Miro a mí alrededor, sin poder ver nada más que oscuridad y unas cuantas siluetas distorsionadas.

La mansión está más que silenciosa. Como si el mundo se hubiera detenido y todo dejara de tener movimiento y sonido.

— ¡Ayuda! — Gritan desde alguna parte irreconocible de la mansión. Es una voz femenina. Demasiado dulce y suave para sentirse amenazada. Pero luego escuchó el terror en sus palabras.

Suelto el teléfono y este se estrella contra el escritorio de madera maciza, para después caer al piso y hacer un ruido quebradizo.

Rossie.

— ¡Ayuda! — Vuelve a gritar.

Me toman dos segundos para reaccionar y ponerme a correr hasta donde proviene aquella voz. Antes de que llegué a la puerta, tomé la lámpara que había encendido y aprieto entre mis palmas húmedas. Si alguien abrió la puerta, es seguro que está allí afuera, y que sabe que estoy aquí.

Maldigo en mi mente a la telefonista del departamento de policía.

Con cautela, avanzo hasta la puerta. Sin hacer mucho ruido, moviéndome entre las sombras y entre el silencio. Apenas pueden escucharse mis respiraciones agitadas.

Cuando llegó a la puerta, me apoyó en el marco del interior y me detengo. Escuchó con atención, ningún ruido proveniente, ni siquiera un chillido o algún corazón latiendo con rapidez. Doy un paso fuera de la puerta, saliendo totalmente del despacho de Eric. Miró a mis costados, sosteniendo la lámpara en frente de mi rostro, cubriéndome de cualquier persona que pueda atacarme. Como lo supuse, no hay nadie.

Un chillido agudo se escucha al fondo del corredor. Mis piernas vibran y siento como tiemblan en el transcurso. Mantengo mi oído agudo y voy hacia donde proviene aquel chillido aterrorizado. Mi piel se estremece y mi corazón salta con cada paso que doy. Siento como el golpeteo se hace más fuerte en mi pecho.

Entre la oscuridad comienzo a avanzar lo más rápido que puedo, tocando las paredes a tientas. Todo se vuelve más difícil y más aterrador cuando no hay ninguna luz encendida. Al parecer han sido desactivados todas las alarmas y todo tipo de electrodoméstico que necesite electricidad. La mansión se mantiene en total oscuridad, ni siquiera la luz de la luna es suficiente para iluminar una pequeña parte, las paredes están tan frías como un hielo, debido a que el aire acondicionado seguramente también se apagó. El frío de diciembre penetra cada rincón de la mansión. Por mi nunca pasa un aire frío, siento como mi piel se eriza y mis piernas tiemblan involuntariamente, por un momento todo mi cuerpo se vuelve flácido y comienzo a sentirme cansada, como si hubiese hecho ejercicio durante todo el día. Todo duele. Me sacudo antes de que comience a ponerme más nerviosa. Relamo mis labios secos y abro mis ojos, manteniéndome despierta y activa.

— ¿Rossie? — Pregunto conforme me acerco al final del corredor. Otro chillido, esta vez más

claro y más fuerte. Mis dedos tiemblan alrededor de la lámpara. Suelto un poco, moviéndolos y forzándolos a apretar más fuerte.

— ¡Hanna! — Grita con horror.

Avanzo tres pasos más, y me detengo. Vacilo un poco, sintiéndome la persona más cobarde que puede haber en el mundo.

— ¡Ayuda! — Su voz es entrecortada, como si estuviera llorando. La imagen que aparece en mi rostro es escalofriante y espantosa. La alejo de mi mente y suelto un chillido silencioso. Casi como un gruñido de impotencia.

¿Qué podría hacer una chica en una situación así?

Trago saliva y doy otro paso más.

Mis piernas vuelven a temblar. Se sienten débiles, siento que en cualquier momento van a traicionarme y caeré al piso, doblándome. A la vez, se sienten tan fuertes como un hielo que permanecen ahí, de pie. Pegándose al piso resbaloso de mármol.

El estómago se me revuelve y tengo ese presentimiento de vomitar. Pero no lo hago. Un retortijón me oprime desde adentro y respiro con dificultad. Me mantengo de pie, tragando saliva y preparándome para lo que viene. Mi corazón bombea sangre aceleradamente que me da miedo que se arremoline en alguna parte de mi cuerpo y sufra un desmayo.

Mis labios tiemblan, no por el frío de la noche, sino por el pavor. Miro hacia atrás, sintiéndome vigilada por alguien, mi cuerpo se gira lentamente, como si fuera un tornillo frágil y difícil de encajar en el agujero. Enfoco mi mirada en el corredor por el que he pasado, pero no se ve nada más que oscuridad, un fondo oscuro y tenebroso que me hace tiritar. Ni siquiera sé si yo soy visible para la persona que probablemente me está vigilando. Mantengo mis alarmas encendidas y mantengo mi oído activo.

Tengo esa comezón en la nuca, sintiendo la necesidad de rascarme. Todo pica de un segundo a



otro, pero tengo esa sensación de que si muevo una musculo de mi cuerpo algo malo va a pasar.

Me he quedado congelada, pegada al piso y sintiendo mi cuerpo tan pesado como cien mil toneladas de roca dura. Como si estuviera cargado costales de arena sobre mis hombros delgados y débiles.

— ¡No! ¡Déjame! — Grita una voz con desesperación.

Avanzo más rápido, esta vez sin detenerme. Paso una puerta y luego dos, el sonido se hace más fuerte conforme me acerco. Los ruidos de los platos cayendo al piso se vuelven sólidos. Eso significa que están en la cocina.

Busco con la mirada alguna otra arma que pueda servirme. Una lámpara no servirá de nada si aquella persona tiene una pistola de francotirador. Mi búsqueda se vuelve imposible en la oscuridad, no hay nada a la vista que pueda tomar para defenderme. Solo tengo una lámpara apretada en mis palmas y mi miedo arremolinado en mis venas.

— ¿Rossie? — Pregunto sosteniendo el cristal entre mis dedos inmóviles. Mi voz sale entrecortada, silenciosa.

— ¡Hanna! ¡Ayuda! — Vuelve a gritar con pavor y entonces, se escucha un ruido hueco y profundo. Como si alguien se hubiera estrellado contra el piso. El impacto es estrepitoso, su sonido es grueso y fuerte, un grito asfixiado sale de la boca de Rossie, salto en la oscuridad y obligo a mis piernas a moverse. El sonido hace eco en mis oídos y después el silencio vuelve a inundar al corredor cubierto de negrura. Rossie no vuelve a gritar. Es fácil descifrar el sonido amortiguado, una persona ha sido golpeada y justo ahora, esta en el piso. Estoy tan cerca de donde provienen los gritos que corro hacia allá. Mi estomago se retuerce y grito en mi interior. Las piernas oscilan entre seguir adelante o retroceder.

Pero para ese tiempo, yo ya estoy corriendo hacia la cocina de la mansión. Tropezando con mis propios pies revueltos.

Giro hacia la entrada de la cocina y me detengo. Las luces de la mansión se encienden, justo cuando soy un paso dentro de la cocina, como si yo fuera lo que estaban esperando para iluminar

a la mansión. Mis ojos se abren aturridos, la escena es escalofriante, mis ojos pestañean en un par de segundos, los parpados comienzan a sentirse pesados y rigurosos, aprieto los ojos, tratando de acoplarlos a la iluminación de las lámparas. La cocina es un desastre, hay platos blancos hechos pedazos en el piso, están por toda la cocina, en pequeños y grandes añicos, los cajones de la cocina integral están abiertos, como si estuvieran buscando algo con que defenderse, algunos de los cubiertos están tirados en el piso, principalmente los tenedores y los cuchillos. Parece que hubo una pelea porque todo parece estar fuera de lugar. Y entonces, bajo la mirada lentamente. Sintiendo la presencia de alguien más cerca de mí.

Me sobresalto, dando un paso hacia atrás instintivamente. Mis piernas tiemblan y todo comienza a dar vueltas. Como si estuviera a punto de desmayarme. La imagen se vuelve inestable y borrosa. Aprieto los ojos y me quedo en una conmoción terrible. Mis brazos se sacuden ante el ambiente tenso y espeluznante. La lámpara de cristal tiembla en mis manos y justo cuando doy un salto involuntario la lámpara se suelta de mis manos resbalosas. El cristal se estrella contra el piso, y los pequeños pedazos rebotan en mis pies y luego vuelven a caer al piso. Me quedo pasmada, aturdida por la escena espantosa que mis ojos ven.

El aliento se atora en mi garganta, y entonces en un duro y casi chillante aullido grito de horror.

— ¡Rossie! ¡Por Dios!

Su cuerpo está tirado en el piso, parece tan frágil y tan débil ahí abajo, incluso sus labios rojos de color brillante se han vuelto de un color opaco y apagado. Como si el brillo en ella se hubiera apagado de una forma condescendiente. Sus piernas largas y formadas están todavía en ese vestido oscuro y delgado, la tela fina se pega en su estomago plano, Rossie esta boca arriba, sin moverse un milímetro, ni siquiera los cabellos quebradizos y rubios se ondean con la brisa tenue del viento. Las manos blancas están en sus costados, casi torcidas, como si la caída le hubiera afectado en los brazos al momento del impacto. Sus ojos están cerrados y las largas pestañas no se mueven ni un solo centímetro, es como si hubiera perdido todo tipo de fuerza. El pecho se queda quieto, y me asusto de inmediato. Ella probablemente no está respirando. Probablemente está muerta. Me muevo nerviosamente, mirando hacia el cuerpo caído de Rossie, y entonces me doy cuenta del enorme charco de sangre que se extiende en su cabeza. El líquido carmesí se expande rápidamente, como una fuga de agua.

Entonces, me inclino con las piernas vibrándome. Mis movimientos son rápidos y mi mente ignora todo lo de alrededor. Me concentro en el cuerpo desordenado de Rossie y gimo. —Oh, Dios. — Digo con la voz quebrada. Mis ojos arden de un momento a otro y mi pecho martillea

intensamente, los golpes son dolorosos e hirvientes, un apretón en mi estomago y siento todo el pesar del mundo adhiriéndose a mi cuerpo. Apenas puedo respirar, los pulmones exigen oxígeno, pero no lo toman, los orificios nasales parecen prohibir la entrada de cualquier aire eficiente para mi cuerpo. Las rodillas me flaquean y las doblo al momento, el corazón palpitándome de una manera precipitada Dejo caer mi cuerpo con fuerza y me hincó en frente de su cuerpo, justo a su costado derecho.

— ¡Rossie! — El aliento se me va en las palabras y masculló un chillido agudo. Limpio mis manos en mi vestido y pongo mi cabello detrás de mi oreja en un movimiento desesperado. Todos mis músculos se mueven nerviosamente, sin saber qué hacer.

Tomo la cabeza de Rossie entre mis manos temblorosas y mis dedos se enredan en su cabellera rubia y ondulada. Su cabeza es pequeña y redonda. Mi primer instinto es correr y buscar ayuda. Pero estoy tan impactada que me quedó ahí, sosteniendo la cabeza suave de Rossie en mis manos, encima de mis piernas. Rápidamente, siento como algo pegajoso se une a mis dedos, no es poco, es tanto que parece que metí las manos en un balde de pintura roja. Saco mis dedos, sosteniendo la cabeza de Rossie en mis piernas y miro la atrocidad que hay en mis manos. Simplemente, están empapadas de sangre. Las lágrimas inundan a mis ojos hinchados y chilló, sintiéndome mareada y desorbitada. Mis rodillas se sienten húmedas, y sé el porqué. La sangre corrida en el piso está llegando hacia sus costados.

Siento unas intensas ganas de gritar. Pero no puedo. Me he quedado sin voz, sin aliento.

La hemorragia se hace más profunda, más rápida y Rossie pierde mililitros de sangre con cada minuto que pasa. Ella pierde color conforme pasa el tiempo, su piel se vuelve tenue y se va apagando como los rayos del sol ocultándose entre las montañas y las nubes. Su cuerpo esta inerte y no hay ninguna posibilidad de que pueda estar viva. Inhaló aire, sintiéndome asfixiada. De todos modos, muevo una de mis manos y la pongo en su cuello, en la parte donde puede sentirse su pulso. Pongo los dos dedos correspondientes y los mantengo ahí. Temblorosos y con un ritmo trepidante.

Por un momento confundo mis movimientos agitados con su pulso, así que respiro y trato de controlarme, ignorando la sangre que hay en mis dedos. El cuello pálido de Rossie se vuelve rojizo y ensangrentado cuando coloco mis dedos ahí.

Me desespero. Tomo otro respiro y cierro los ojos, esperando.

Luego, siento como algo mínimo se mueve en su cuello. Es como un pequeño golpe. Una palpitación tímida y mínima. Como si no tuviera fuerzas de hacerlo.

Rossie esta respirando.

Suelto el aire contenido, reincorporándome. El golpe ha provocado una hemorragia, lo que significa que no hay daños en el interior. El daño puede ser mínimo. Sin embargo debo parar el flujo constante y llevarla al hospital más cercano. O ella realmente va a morir.

—Hanna. — Escuchó a unos pasos lejos de mí.

Levanto mi mirada lentamente, observando primeramente el piso lleno de sangre, después unos zapatos de mujer, a continuación, una falda negra, perfectamente planchada y conocida. Me quedó ahí sin querer moverme más. La mente volviéndose blanca y repugnante. Mis ojos arden, escociéndose. Un volcán estalla en mis ojos hinchados y llorosos. Mi mandíbula se aprieta y mis dientes se oprimen. Todo duele. Mi cabeza. Mis hombros. Mis piernas. Mis manos.

El labio inferior me tiembla y toda la rabia y la euforia se concentran en mi cuerpo, la sangre se sube hasta mi cabeza, como si un tubo en mi cerebro absorbiera la sangre y la sostuviera ahí, haciéndome sentir pesada. Todo ocurre en cámara lenta.

Mis manos sobre el cuello de Rossie. Una voz llamándome. Yo levantando la vista en tiempo pausado. Los zapatos afeminados. La falda negra y perfectamente planchada en frente de mis narices. Mi madre parada en frente de mí... Con un bate en las manos, lleno de sangre. Sus ojos rojos y desorbitados, mirándome con culpabilidad.

— ¿Mamá? — Sollozo. Mi voz es pausada, sorpresiva. Mi estomago se contrae nuevamente, un apretón fuerte me estruja mis pulmones y gimo en silencio, casi para mí misma. El dolor se vuelve más fuerte cuando miro su rostro insondable.

Bajó mi mirada y veo el bate en sus manos. Ella lo aprieta con fuerza, como si su vida dependiera de ello. Sus nudillos están blancos y sus dedos están manchados de sangre, todos y cada uno de

ellos. La sangre esta húmeda y se escurre por sus muñecas, esta lista para aparecer en la portada de los periódicos, su nombre como encabezado, su figura como la portada de un libro de terror. La sangre pegajosa de Rossie está en su cuerpo...

—Hanna... — Ella me mira horrorizada. Sus profundos ojos oscuros mirándome con desconcierto. Como si no supiera que es lo que está pasando. Me quedo observándola, mirando con pavor el bate que sostiene, y entonces ella sigue mi mirada y mira hacia el palo grueso de madera que sostiene. Sus ojos se abren de golpe y de inmediato suelta el bate, dejándolo caer al piso. Parece desorbitada, confundida.

— ¿Tú? — Exclamo sin parpadear. Alejo mis manos de Rossie con cuidado, sin apartar la mirada eufórica que le doy a mi madre. Dejo el cuerpo inerte de Rossie en el piso y me alejo. Doy solo un paso y me levanto de golpe, sin despegar mis ojos de su rostro torcido.

—No es lo que estas pensando, cariño. — Dice con el labio temblándole, su voz es dulce y suave. Ella hace un intento de sonrisa tímida, embrollada. Haciéndome entender que nada había pasado.

—No me llames cariño. — Susurro con rabia. La garganta me quema. Miro sus ojos inquietos y no sé que sentir. Un mar de emociones me llena el cuerpo. Enojo. Frustración. Dolor. Decepción. Resentimiento. Rencor. Burla. No sé si correr y huir de aquí o quedarme y enfrentarla. Soy una cobarde temerosa, pero los cobardes también enfrentábamos nuestros miedos. Y eso era lo que iba a hacer. No me importaba que las piernas estuvieran vibrándome como cien celulares juntos.

—Por favor, hija, déjame explicarte, yo...

— ¡No! ¡No quiero que me llames hija! ¡Tú no eres mi madre! ¡Acabas de golpear a una persona, dejándola inconsciente!

—Por favor, Hanna... — Su gesto se tuerce y ella hace una mueca de angustia. Sus ojos miran hacia abajo y ve el cuerpo rígido de Rossie en el piso, con la sangre rodeándole por todas partes y direcciones posibles. Su pupila se dilata y ella gime con preocupación. Se tambalea, mareándose al instante en que sus ojos se topan con la desagradable vista. Sostiene su cabeza entre sus manos y se estabiliza pestañeando un par de veces. Sus ojos pesados vuelven hasta mí. —Yo... no sé qué paso.

— ¡Golpeaste a Rossie! ¡Eso fue lo que paso! — Le recuerdo. Grito con tanta fuerza que ella me mira con horror, apartándose de mí.

Me mira vacilante y se queda pensando. Su vista se enfoca en el piso y ella parece analizar todo lo que ha ocurrido en los últimos minutos. Sus ojos se mueven inquietos en el piso y su ceño se frunce en el momento. Levanta la mirada y me mira fija. Su gesto es perplejo. Todavía no parece comprender que es lo que pasa.

Su perfecta falda no se mueve, y ella se queda en un trance. Mi piel arde dentro de mí, el frío de la noche se pega a mis huesos tensos y me veo obligada a gritarle nuevamente. Tengo tanto enojo que quiero gritar y gritar hasta que me quede muda. Ya ni siquiera siento pánico o terror.

Solo decepción.

— ¡Fuiste tú! ¡Siempre tú! — Replico con tono colérico. Sus ojos se levantan.

— ¡No! — Contesta pesadamente. Ella da un paso hacia a mí, vacilante. Instintivamente doy un paso hacia atrás, alejándome de su agarre. Estoy más cerca de la puerta. Así que tengo oportunidad de correr y con suerte ganar cinco o seis segundos a mi favor.

Pero, Rossie, ¿Qué voy a hacer con ella? ¿Dejarla aquí tirada? ¿Para qué mi madre termine lo que estaba haciendo con ella? ¡No! ¡Me rehusó rotundamente!

—La noche en que Alex... — Me detengo. No puedo decirle sobre mi conexión con Alex, sobre esa noche en el que hable con él por primera vez... Así que me corrijo de inmediato. —Cuando Cara llegó a casa... tú... ¡Tú hiciste que la impresora imprimiera todas esas fotografías de Alex por toda la habitación! ¿Quién más podría haber sido? ¿Cómo no me di cuenta? — Grito con furia. —Estuviste en el funeral de Alex, ¿Para qué? ¿Para asegurarte de que él murió? ¿Y luego, qué? ¿Matar a la familia Crowell? — Mi voz suena ronca, hago un gesto de asco y la miro penetrantemente. La respiración es entrecortada e irregular.

Ella niega, todavía sin reaccionar.

—Basta. — Murmura con dolor.

— ¡No! — Estallo. Una corriente eléctrica se expande por mi cuerpo rígido y tenso. —Tú tenías algún plan con Cara... y algo salió mal. Ella te traiciono, quiso dejar tu plan y tú... ¡Tú la mataste! ¿Cómo sabías que ella había sufrido un accidente? ¿Por qué estuviste ahí tan rápido? ¡Explícame, maldición! — Gruño con potencia, toda la fuerza en mis cuerdas vocales. Mi garganta vuelve a doler.

—He dicho que basta. — Responde con los ojos llorosos. Veo como aprieta su mandíbula y sus ojos se vuelven irritantes y tenebrosos. Muy oscuros.

Trago saliva.

— ¡Zet es tu cómplice! ¡Sabías que estaba siguiéndote! ¡Que estaba investigando sobre Alex y su asesino! ¡Los obligaste a que mintieran! ¡A que dijeran que yo era la asesina para alejar todas las pistas sobre ti! ¡Ahora sé porque Rossie te odiaba, porque tú le tenías envidia!

Ella se retuerce. Profundiza su mirada y gira su cabeza por la cocina, ignorando mis palabras. Sus manos tiemblan, y sus cabellos oscuros se ondean en sus hombros tiesos. Su mirada se enfoca en el cuchillo que está en la barra de la cocina, y entonces gimo.

¿Ella no lo haría, verdad?

—Está bien, Hanna, di todo lo que quieras. — Vuelve su mirada hacia a mí.

Tengo que expulsar todo este rencor que llevo dentro. Tengo que gritarlo. Sacar toda esta euforia.

Doy un paso hacia atrás, alejándome. Ella, por el contrario, da un paso hacia adelante, acercándose a la barra. Ahora está más cerca del cuchillo. Recupera su postura frívola y sus ojos se vuelven fríos y oscuros. Es impredecible. Sé que va a tomar el cuchillo, pero no servirá de

nada, estoy tan cerca de la puerta que a ella le tomara más tiempo tomarlo y correr detrás de mí, no es un plan perfecto para ella. Para mí sí.

—Me decepcionas. — Dije con tono despreciable. —Sé todo lo que hiciste, sé porque me llevaste a Canadá, porque me ocultaste a mi padre. Lo sé todo. Sarah me lo advirtió... Ella me lo dijo y yo no le creí porque tenía la mínima esperanza de que tú no fueras. Tenía mi confianza depositada en ti. — Hago una pausa dramática, fulminándola con la mirada y después tomo aire con los pulmones cansados y doloridos. —Sé que tú fuiste. Lo presiento... — Levanto mi barbilla y la desafío con la mirada. Ella responde a mi gesto y me observa con serenidad. —Sé lo que hiciste con Alex.

Ella sonríe amargamente.

—Entonces dilo, Hanna. — Su voz es tranquila y natural. Ahora esta sonriendo macabramente. Ella no parecer ser mi madre. No es la mujer que me acurruco en sus brazos cuando yo tenía pesadillas. No es la mujer que estuvo apoyándome en los momentos más difíciles de mi vida. No es la madre con la que jugaba a las muñecas, o a las escondidas. O con la que veía las caricaturas hasta media noche.

Ella no es mi madre. Es un monstruo con deseos de venganza.

— ¡Dilo! ¡Di lo que hice con Alex! — Grita con dureza y me sobresalto, dando otro paso hacia atrás.

Aclaró mis pensamientos y acomodo la palabra correcta en mi cerebro. Lista para gritarla y echarme a correr para llamar a la policía.

Abro la boca, dispuesta a gritar las palabras desde mi interior. Pero ella actúa más rápido. Un segundo estoy pronunciando una vocal, y de pronto, ella esta lanzándose contra mí, estirando sus delgados y flácidos brazos para atraparme. Sus garras se extienden tocando mis hombros tensos, sus dedos llenos de sangre mojan a la piel desnuda y grito. El liquido frio toca a mi piel tan sorprendentemente que siento como si me hubiera tocado con un hielo sumamente helado.

Me sacudo y doy otro paso hacia atrás. Todo sucede tan rápido que es imposible predecirlo. Ella



me toma con dureza, tomando mis muñecas en sus manos frías y llenas de sangre. Grito cuando ella encaja una de sus uñas afiladas en mi rostro, justo debajo del ojo derecho. Forcejeo con ella, empujándola a la barra en donde está el cuchillo. Su cuerpo es más grande y más fuerte, así que me empuja, alejándome de ella. Mis piernas tiemblan y levanto la vista, reincorporándome. Cuando levanto mis ojos, ella sonrío y toma el cuchillo tan rápido como es posible. Su cuerpo es ágil y veloz. Se mueve tan rápido que es difícil visualizar lo que está haciendo.

Rodeo la barra, antes de que ella pueda alcanzarme. Ella queda en el lado más cercano de la puerta, así que intento rodear la barra de nuevo y estar en su lugar. Sus dientes afilados sobresalen y me sorprende de lo verdaderamente terrorífica que se ve.

Hago mi táctica, caminando lentamente por la barra, ella esta tan cerca que con tan solo estirar la mano puede alcanzarme. Tiene el cuchillo en su mano derecha, apuntando minuciosamente hacia a mí. Está tan afilado que con tan solo rozarme podría hacer una gran herida.

Grito en mi interior y sollozo.

Ella sigue mi táctica, avanzo hasta la puerta, acercándome cada vez más. Mis pasos son lentos y calculados, sus ojos profundos se encuentran con los míos y entonces ella gruñe. Sus labios frunciéndose y sonriendo al mismo tiempo. Observa cada movimiento de mi cuerpo, cada gesto y cada sonido. Entonces ella corre por el lado contrario de la puerta, dándome tiempo para correr y salir de ahí tan rápido como un rayo de luz.

Me giro hacia la puerta y corro tan rápido como es posible. Mis pies moviéndose a una velocidad increíble. Mi corazón enviando bombeos de sangre rápidos y fugaces. Los zapatos son una molestia y dificultan mi camino, pero sé que si me detengo ella va a alcanzarme, así que solo sigo corriendo por el corredor ya iluminado.

Mientras corro, me detengo en las puertas, girando las perillas de cada una. Esperando que alguna este abierta. Pero todo parece estar en mi contra. Ninguna de ella hace el intento de girarse, giro tan frenéticamente que mi pulso se acelera y mi respiración vuelve a ser inestable. Todas están atascadas. No hay salida en la primera planta.

Subo por las escaleras, escuchando los pasos escurridizos de mi madre detrás de los míos. Acelero mi paso y asiendo a la segunda planta.

Volteo hacia atrás, escuchando con atención los pasos sofocantes que me inundan en pánico. Si bien, lo único que puede escucharse ahora, son mis respiraciones agitadas y turbias. Al parecer ella se ha detenido. De todos modos no me detengo y sigo corriendo. Cuando vuelvo a girar para seguir ascendiendo, un cuerpo rígido me lo impide. Estoy tan estupefacta que choco abruptamente y retrocedo casi al instante.

Me sacudo y levanto la vista. Todo en menos de seis segundos.

— ¿George? — Pregunto cuando veo su cuerpo viejo parado frente a mí. Su cabello está más blanco que lo normal. Podría jurar que ha envejecido un año en una semana. Las arugas en su rostro son más notorias. Él parece fuera de lugar. Sus ojos vagan de mi cabeza hasta mis pies, y luego salta con terror.

—Pero, ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estas llena de sangre? — Sus ojos están tan abiertos y confundidos.

—Mi madre, ella está aquí. — Digo rápidamente, con aire sofocado. Él frunce su ceño, sin comprender todavía. —Ella atacó a Rossie, la golpeo y la dejo inconsciente. — Explico con voz cortada. Mi estomago apretujando con fuerza. —Debemos salir de aquí.

—Tranquilízate, Hanna. — Dice tomándome por el brazo, ayudándome a estabilizarme. —Inhala y exhala. Tranquila. Ya estás segura.

Tomo aire y asiento. Aprieto los ojos y reproduzco la espelúznate imagen de mi madre sonriendo en mi mente. Me estremezco y mi piel se pone de gallina. Un frio inquietante me recorre desde la cabeza hasta los pies, y luego viceversa. Mi cabeza duele.

Entonces, escuchó esa voz.

— ¿George? — Dice suavemente. Abro los ojos abruptamente y me acerco a George, poniéndolo como mi escudo.

—Margaret. — Dice él, asintiendo.

Ella hace un saludo informal con la cabeza, y me mira con cólera. Sus labios se abren y ella tiembla involuntariamente.

—Hazlo. — Ordena con voz pasiva. Ella entrecierra los ojos y levanta el afilado cuchillo, apuntando hacia él, amenazándolo.

Me giro hacia él y abro todavía más mis ojos. Lo miro con horror.

— ¿Hacer, qué? — Pronuncio con la voz quebrada y llena de miedo. Alguien aprieta mi corazón desde el interior y me retuerzo al sentir un dolor duro y penetrante, como si me oprimieran desde adentro. Él me mira con burla.

—Lo siento, Hanna. — Dice.

George estira su brazo, y me envuelve en su cuerpo, pateo un par de ves, alejándome de él, pero es imposible, a pesar de su vejez el mantiene su fuerza intacta. Su mano izquierda pasa por mi cuello, y lo aprieta con brutalidad, un segundo después su mano derecha se levanta y un trapo húmedo se posa en mis narices. Es tan fuerte el olor que me obligo a contener la respiración. El me aprieta con más fuerza, y rápidamente mi madre sube las escaleras y se aproxima hasta a mí con paso rápido. Me toma de las muñecas con fuerza, evitando que rasguñe el rostro de George. Él aprieta todavía más y pataleo, intentando zafarme de él. Nuevamente fracaso.

El olor comienza a penetrar a mis orificios nasales, y se vuelve imposible contener la respiración. Tomo una bocanada de aire por la boca, todavía intentando luchar contra George. Mi pie choca contra su rodilla y el gime. De manera rápida, comienzo a sentirme mareada por el olor riguroso, y la habitación y las escaleras comienzan a dar vueltas. Mi cabeza pulsa y comienzo a perder la poca fuerza que tenía en mis piernas. Detengo el pataleo y me concentró en los ojos rojos de mi madre. Todo se distorsiona y se vuelve borroso detrás de ella. La tela se aprieta en mi nariz. Comienzo a ver doble, las escaleras se vuelven más grandes y mi madre parece tener una gemela. Una tormenta de arena pasa por mis ojos, borrando todo rastro de imagen presencial.

El cloroformo hace efecto repentinamente. Lo último que veo son los ojos ansiosos de mi madre, mirándome con tristeza. Mis ojos se cierran y pierdo todo el control de mi cuerpo. Todo se vuelve flácido y flojo.

Al fondo alcanzo a escuchar un sonido suave y silencioso.

—Despierta, Hanna. Tienes que despertar.

Todo se vuelve oscuro y callado.

=====

## Capítulo 95.

—Más. — Dice una voz al fondo, en la oscuridad. Siento un piquete en mi brazo, un dolor mínimo e imposible de evitar, es algo pequeño y afilado que perfora mi piel inmóvil. Apenas me da tiempo de pensar, ni siquiera sé donde estoy, no puedo sentir casi nada. Quiero abrir los ojos, pero no puedo. Siento como si tuviera algo pegado en mis ojos, pero no es una tela, es algo que oprime mis pestañas y se pega a mis párpados, algo sumamente pegajoso.

Comienzo a entrar en pánico. No puedo mover nada de mí. Ni siquiera un dedo. Mis ojos no se abren y mi boca no parece responderme, es imposible formular una palabra, o siquiera un gruñido. Nada sale de mí. Abruptamente comienzo a perder la paciencia, asustándome de mí misma, de lo que puede estar ocurriendo en mi exterior.

Intento abrir mi boca, nuevamente, pero tampoco reacciona en esa prueba. Mi cuerpo parece dormido y aturdido, siento mi cuerpo insoportable. Es como si estuviera borracha, me siento mareada, a pesar de que no he abierto los ojos, la cabeza parece que va a explotarme, y una vena de la frente pulsa irritantemente. Luego, comienzo a sentir como un líquido se desliza por mi brazo derecho. Puedo sentirlo circular con rapidez, expandiéndose en mi cuerpo, durmiéndolo y haciéndolo sentir más pesado.

Dejo de escuchar aquellos ruidos del fondo, y vuelvo a sentirme mareada y confundida, pierdo la conciencia casi al momento en el que despierto. En el que tengo unos pocos segundos de conciencia. El agotamiento se vuelve más flexible, más inhumano.

Continuamente, vuelvo a caerme en el abismo de la oscuridad, volviendo a la negrura en la que había estado atrapada, pierdo toda la credibilidad y fuerza que me quedaba. Intento sacudirme, reanimándome a mí misma, pero el flamante e intrépido líquido es demasiado fuerte para mí. Demasiado poderoso para invadirme física y mentalmente.

Y me pierdo..., abandono el mundo real para caer en algo que no estoy segura de lo que es.

No sé cuánto tiempo pasa desde la última vez que desperté, pero de lo que estoy segura es que ha pasado vario tiempo. Mi cuerpo no es más que una piedra dura que no puede moverse, incluso puedo sentir dos pequeños tubos de plástico en mis orificios nasales. Siento una comezón terrible en los orificios, y me frustra no poder hacer nada para detenerlo. Los músculos duelen tan repentinamente como si no me hubiera levantado de algún lugar en específico durante muchos meses, incluso llego a pensar que pueden ser años, es como si fuera una persona muerta, pero todavía respirando. Sobreviviendo inconscientemente.

Mi cuerpo entumecido se retuerce en una especie de colchón suave y frío.

—Por favor, despierta. Tienes que vivir. — Dice aquella voz femenina. Siento una mano cálida y húmeda encima de mi mano inmóvil, retóricamente mis músculos se contraen, pero nada se mueve, es como si el movimiento fuera solo para mí, y la persona que está aquí no lo viera, o no lo sintiera. Nuevamente, y antes de que pueda volver a intentar moverme, me vuelvo a sumir en el vacío profundo y oscuro del que he intentado luchar. Mi organismo pierde toda fuerza, y mis ojos se sienten todavía más pesados de lo que ya eran. Un peso abrumador se incorpora a mi anatomía, enterrándome en el peor de los infiernos. En el peor de los dolores humanos.

—Sé que puedes escucharme, sé que lo haces. — Un sollozo cortado se escucha al fondo, casi inaudible. —Hanna... — Un gruñido doloroso suena en mis oídos, desorientándome. Seguidamente, una mano cálida está de nuevo, encima de mi mano, apretándose suavemente. El calor humano templando a mi mano petrificada. — ¿Cuánto piensas estar ahí? ¿Cuándo piensas volver con tu familia?, te extraño demasiado, extraño que me reclames cuando entro a tu

habitación sin permiso, añoro los días en que veíamos películas animadas juntas, riéndonos de los chistes malos que hacían, de las caras graciosas que hacía Mike Wazowski, ¿Lo recuerdas?, seguro que sí, te encanta esa película. De niña decías que te gustaría ser como Boo, entrar en otro mundo y no temerles a los monstruos. E incluso extraño tus gestos torcidos cuando no querías responder a alguna de mis preguntas irritantes.

Gruño. La comezón es desesperante, insoportable. Quiero quitarme esos tubos pequeños de mi nariz. Quiero dejar de sentir ese dolor estridente.

— ¿Hanna? — Pregunta con esperanza, y luego, una silla rechina. El sonido es sordo para mis oídos, que casi quiero gritar para que todo ruido del exterior se silencie. Es como si todo el ruido tuviera una bocina a todo volumen, alterando a mis tímpanos agudos.

Gimo, y luego hago un gesto del dolor cuando intento fruncir mi ceño. Los ligamentos se mueven tortuosamente, estirándose. Mi piel hierve interiormente, haciéndome sentir más comezón.

— ¿Sabes?, me he ganado una beca para ir a Francia, pero se la cedí a Helena, la subdirectora. No te abandonaría, eres mi hija. — La voz hace una pausa. Esta vez, me quedo quieta, escuchando la voz suave y tranquila de aquella mujer. Ni siquiera intento volver a quitar la comezón, a pesar de que estoy impacientándome. — ¿Qué clase de madre dejaría a su hija en el hospital? — Escucho como suspira, haciendo una pausa dramática. Mis huesos crujen debajo de mí cuando me estiro débilmente. — El doctor dijo que era bueno hablarte, a pesar de tu situación. Él dice que aunque las personas estén inconscientes, su cerebro está activo, escuchando. Yo espero que lo estés haciendo, quiero decir, que estés luchando. — La mano cálida se aprieta en la mía, haciéndome vibrar.

Muevo uno de mis dedos, sintiendo la sangre circularme, acorralándose ahí... en mi dedo índice de la mano derecha, pero solo es un poco, un movimiento casi invisible. No lo suficiente para que ella pueda notarlo. Intento abrir mis ojos, esta vez, respirando con fuerza y haciéndolo tranquilamente, como si estuviera despertando en una mañana normal y común. Inhalando y exhalando contantemente. Los parpados duelen, están tan cansados como la primera vez que desperté, solo que ahora puedo sentir el estiramiento de las fibras, reacomodándose en su lugar, percibiendo el movimiento continuo.

— Richard es un buen doctor, tiene esperanzas en ti. Te agradecería si lo conocieses. Pero para eso, necesitas levantarte de esa cama, Hanna. Y yo sé que lo vas a hacer. — Dice.

Entonces, tomo aire. Lo más profundo que puedo hacerlo, sintiendo el oxígeno concentrándose en mis pulmones, sosteniéndolo. Lentamente y con otro gruñido de dolor, comienzo a levantar mis párpados, abriéndolos tan lentamente como puedo. Al principio resulta difícil, es como si alguien sostuviera mi piel y la apretara contra mis ojos para que no pudiera abrirse, pero después, el movimiento se vuelve rutinario, y se hace más suave y pacífico cuando suelto el aire mantenido.

Mi primer instinto es cerrarlos cuando veo una luz reluciente, demasiado brillante para los ojos que han estado en la densa bruma de la oscuridad. Entonces, parpadeo, cierro y vuelvo a abrir, frunciendo el ceño. Las pestañas bloquean una pequeña parte de los rayos de lo que supongo, son del sol. Abro los ojos, esta vez, dejándolos totalmente abiertos, acomodándome a la minuciosa luz que penetra a mis ojos cansados e irritados. Mi boca se frunce.

— ¿Dónde? — Pregunto con voz ronca. Pestañeo otra vez, sintiéndome perdida. La habitación es espeluznantemente blanca. No puedo distinguir nada más que la luz penetrable.

— ¿Hanna? — Pregunta la voz femenina que me hablaba hace unos minutos. — ¡Oh Dios mío!  
— Grita tan fuerte que retrocedo involuntariamente, alejándome del sonido sordo y chillante, solo que algo suave y debajo de mí me lo impide. Mi ceño se profundiza. — ¡Dios! ¡Esto es... grandioso! ¡Oh, no lo creo! ¡Doctor! ¡Doctor! — Ella me aprieta la mano, y sus ojos se llenan de lágrimas, comienzo a ver su figura esquelética enfrente de mí, sonriéndome con felicidad. Seguidamente, ella suelta mi mano y se levanta, arrastrando la silla nuevamente. Las mejillas están llenas de lágrimas continuas. — ¡Hanna ha despertado! ¡Por favor, alguien venga! — Grita mientras camina a lo que puedo definir como una puerta. Su cuerpo se mueve rápido, casi corre hasta la puerta, tropezándose con sus propios pies.

— ¿Qué? — Se escucha otra voz al fondo, casi desorientada, como si no comprendiera de que habla la mujer que grita. — Eso no es posible. Ella...

— ¡Oh, por favor! ¡Solo traiga al doctor Richard! ¡Hanna ha abierto los ojos! ¡Ella está de regreso!  
— Su voz es entrecortada, casi difícil de entender. Se mueve tensamente, caminando de nuevo hasta a mí. Se pasa el brazo derecho por el rostro, enjuagándose las mejillas mojadas. La miro sin entender que es lo que realmente pasa.

— ¿Dónde? ¿Dónde estoy? — Pregunto mirándola con el ceño fruncido. Mi voz suena borracha, como si estuviera drogada, o me hubieran dado una buena sobredosis de medicina toxica que no hace más que retorcerme el estomago y hacerme sentir adormilada. Profundizo mi mirada en el exterior, hay una ventana grande detrás de ella, está cubierta por una persiana de color blanca, medio cerrada, medio abierta. Hay una silla para dos o tres personas recargada en la pared, justo debajo de la ventana deslumbrante. Mis ojos se mueven inquietos por toda la habitación. Miro hacia un costado, observando cientos de alambres y maquinas conectadas a más alambres y tubos que se adhieren a mi cuerpo sudoroso. Una maquina específica mis latidos, haciendo un ruido de acuerdo a ellos, muestra un número en la parte superior, y en el centro, un par de líneas verdes forman pequeños y grandes triángulos sin superficie. Miró hacia abajo, confundiéndome todavía más. Una delgada y blanca sabana cubre la mayor parte de mi cuerpo, llega más arriba de la cintura, casi hasta donde termina mi pecho. Alrededor de la camilla hay unos pequeños tubos de metal, privando la camilla del exterior. Una persona entra a la habitación brillante, casi con paso rápido, con la respiración agitada. Lo ignoro por unos segundos, observando la otra parte de la habitación, en donde solo hay cuadros colgados en la pared blanca, también hay un pequeño mueble, a lado de la camilla, hay unas pequeño ramo de flores de colores purpura.

Gimo en silencio, ¿Qué es esto? ¿Por qué estoy en un hospital? ¿Quién es esa mujer? ¿Por qué me siento tan cansada?

— ¿Hanna? — Una voz masculina me llama, interrumpiendo mis pensamientos. Vuelvo a la realidad, mirando hacia dónde provino la voz varonil e insegura. — ¿Puedes escucharme? — Él hombre de cuerpo corpulento se acerca hasta a mí, moviéndose ágilmente entre la mujer y la camilla. Lleva una bata blanca, y un estetoscopio enredado en el cuello, sus ojos están tan abiertos que parece que soy un nuevo ser para él. —Si no puedes hablar, y la respuesta es sí, por favor asiente una vez. — Él me mira con expectación, esperando mi respuesta. Me he quedado sin aliento, con la garganta seca.

Asiento una vez.

— ¿Te sientes cansada? — Pregunta mientras se quita el estetoscopio del cuello. Vuelvo a asentir, sintiendo mí cuello arder con el movimiento. Unos huesos de la espina dorsal vuelven a crujir. —Bien. — Dice colocándose el estetoscopio en los oídos. —Quiero que te quedes despierta y que me escuches con atención, ¿Crees que puedas ayudarme con eso? — Pregunta amablemente, casi sonriéndome. Asiento de nuevo, esta vez más lento.

Miro a la mujer, su rostro esta distorsionado, solloza unas cuantas veces, poniendo sus manos en



sus labios, apaciguando los gemidos tímidos que salen de ella, todavía no puedo apreciar quien es.

Me siento totalmente perdida. Tomo aire y pido lo que más necesito en estos momentos.

—Agua. — Digo con los labios temblándome.

— ¿Puedes hablar? — Él inicia una conversación mientras pone una lámpara enfrente de mis ojos, checando la dilatación de la pupila, supongo.

— ¡Oh, Hanna! — dice la mujer detrás de mí en un lloriqueo entristecido. Y luego, los flashes vuelven a mí como una oleada de calor en verano. Recuerdo todo en un instante, las imágenes son tan claras en mi cerebro que sé perfectamente a que corresponden cada una. Me aturdo al principio, recibiendo todas las imágenes y los sonidos, los momentos de hace no sé cuánto tiempo me desequilibran, veo el rostro de Alex, el momento justo en que Cara murió, el instante en que ella estuvo unos minutos antes conmigo, el rostro brillante de Kate cubriendo al castaño de Zet. Recuerdo la escena en la cafetería, mi puño golpeando el rostro lívido de Zet cuando Alex tomo posesión de mi cuerpo. Las llamadas del asesino las recuerdo, también. Recuerdo a Eric, a mi padre. Al firme, educado y rígido George y a sus manos apretando mi cuello para dormirme con el cloroformo. Recuerdo a mi madre con el bate lleno de sangre en sus manos, a Rossie tendida en el piso con una herida grave en la cabeza, y entonces retrocedo, alejándome de aquel hombre sonriente y mirando a la mujer que me observa con ojos llorosos y rojos.

Es ella.

—Tú... — Gimo.

— ¿La conoces? — El doctor me interrumpe. —¿Puedes decirme su nombre?

—Margaret... — digo con voz adormilada. Mi cabeza sigue dando vueltas, pero ahora su rostro se vuelve claro y tenue. —Margaret Reeve.

— ¿Hanna? — Ella frunce el ceño, quitando sus manos de sus labios torcidos, parece aturdida.

— ¿Qué pasa Richard? ¿Por qué...? — Lo mira con confusión. El doctor aleja la lámpara de mi ojo izquierdo y se aleja de mí.

Quiero irme. No quiero estar aquí, con ella... ¿Qué demonios sucede?

— ¿Tu nombre es Hanna? — Me pregunta con seriedad.

—Sí. Soy Hanna Reeve. — Confirmo sin mirar a mi madre. A Margaret. —Quiero irme, por favor.  
— Pido con tono adormecido. Casi desesperada.

— ¿Por qué? ¿Quieres que cierre la ventana? — Pregunta el doctor Richard mientras mira hacia la ventana iluminada por los rayos del sol, él gira sobre su eje, dándome la espalda, da un paso hacia la ventana y lo interrumpo.

—No. — Mis ojos arden tan de pronto que se llenan de lágrimas. Tomo aire y digo lo mejor que se me puede ocurrir. —Ella quiere matarme. — Respondo mientras la señalo con la mirada. Mi madre abre los ojos como plato y grita, alejándose con terror. El doctor por su parte se mantiene tranquilo, su respiración agitada se ha regularizado, sin embargo sus ojos me miran con incertidumbre, como si estuviera descifrando algo que nadie sabe. La habitación se llena de gimoteos afligidos.

—Hanna, yo no haría algo así. — Avanza un paso con movimiento vacilante, sus ojos me apretujan de una manera fraternal, como si no supiera de lo que estoy hablando. Luego, se acerca más, haciendo que el doctor de un paso hacia un costado para cederle el lugar. Su mano se levanta, y después se cierne sobre mi mano, de nuevo. —No te haría daño. — Susurra. Rápidamente la quito en un movimiento fuerte y salvaje. Duele cuando hago el movimiento brusco, todavía siento el cansancio en mi cuerpo. La fulmino con la mirada, mis ojos escociéndose ante la cólera que comienzo a sentir. Ella abre sus ojos, mirándome con curiosidad, con pánico. Ella lo intenta otra vez.

—No. — Replico con tono frustrado y apagado. —Aléjate de mí. — Gruño. Y luego miro al doctor con anhelo, esperando que él pueda ayudarme a salir de aquí, de huir de ella, de su maldad y su atrocidad. —Por favor, sáqueme de aquí. — Suplico.

— ¿Emma? — Él la llama. — ¿Puedes dejarnos un momento a solas? — Sus ojos la miran con suplica. Ella me mira con ímpetu, sin poder creer lo que está pasando. Pero puedo ver ese brillo en sus ojos, sé que ella está actuando. Está ocultando que es una asesina y que probablemente, mató a Rossie. — ¿Por favor? — Pide de nuevo.

Ella me observa con los ojos hinchados, y con voz temblorosa dice: —Yo no te haría daño. Eres mi hija. No sé qué está pasando, pero quiero que estés consciente de que te amo, Hana. — Aprieto mis ojos y ladeo mi cabeza, evitando ver su rostro enrojecido. Escucho sus pasos haciendo eco en la habitación, y después escucho como la puerta se cierra, amortiguando los pasos de mi madre.

—Voy a preguntarte algunas cosas, ¿De acuerdo?

Asiento.

— ¿De qué color es tu cabello? — Pregunta alejándose un poco de mí.

—Negro oscuro. — Respondo sin comprender su pregunta.

— ¿Color de ojos?

—Azul.

— ¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis.

— ¿Vas al instituto?

—Sí.

— ¿Tienes alguna relación sentimental?

—Sí. — Respondo antes de que pueda darme cuenta de mi error. Pero estoy tan cansada que no me preocupo en corregirlo. Quiero levantarme de esta estúpida camilla e irme de aquí. Buscar a Alex.

— ¿Recuerdas su nombre?

—Sí.

— ¿Cuál es? — Pregunta interesadamente. Puedo escuchar la seriedad en su voz.

Suspiro pesadamente.

—Alex... — Contesto. —Alex Crowell.

— ¿Va en tu instituto?

—Sí. — Mis ojos se cierran y vuelvo a la oscuridad, en una sacudida animosa, me obligo a abrirlos.

— ¿Ocupación de tu madre?

—Es la directora del instituto al que asisto. ¿Puede darme agua, por favor? — Comienzo a cansarme de nuevo, y lo que menos quiero es volver a dormir. Mi garganta ya no puede más, necesita agua. Necesita algún líquido eficaz.

Inhalo aire y espero su nueva pregunta. Él parece dudar un poco, no obstante, abre sus labios viejos y cansados y habla con el mismo tono serio. Sus canas son tan blancas como las de George. Él sí parece un bueno tipo, no un traidor.

Pero, no puedo confiar en nadie. Ya aprendí esa lección. Y las buenas pintas, con aspecto positivo y sonrisa resplandeciente, resultan ser las peores personas.

Escucho como tose. Y luego se aclara la garganta.

— ¿Año presente?

¿Qué clase de preguntas son estas? ¿No debería preguntarme sobre mis latidos? ¿Sobre mi respiración? O ¿El cansancio inminente en mi cuerpo? ¿Preguntas más... científicas?

—Dos mil siete. — Respondo con seguridad, la voz borracha saliendo de mi boca tan apresuradamente.

Él niega seguidamente.

—Dos mil ocho, Hanna. — Me corrige estrepitosamente. —Has estado en coma por tres meses.

Casi grito.

— ¿Qué? ¡Eso...! — Mi voz se vuelve aguda, y mi ceño se frunce. — ¡Eso no puede ser cierto! — Grito. De un momento a otro, he olvidado como respirar. El electrocardiógrafo comienza a sonar más rápido, mostrando en la pantalla mis pulsaciones aceleradas. Mi pecho se aprieta, y aprieto los ojos, sacudiéndome. Intentando eliminar los últimos diez segundos.

—Creímos que no vivirías.

— ¡No! — Exclamo abriendo los ojos. Trato de levantarme, pero mi masa es demasiado pesada como para levantarme. Aparte de que ni siquiera puedo hablar bien, la voz sale torcida, tan aguda como la de un borracho. — ¿Qué hay de mi madre? ¡Ella mató a Alex y posiblemente también a Rossie! ¡He estado despierta todo este tiempo! ¿Cómo es que pude haber estado en coma? —

Pregunto sonando lógica. Él me da una mirada de lastima. Sus ojos cansados apretujándose con curiosidad.

— ¿Alex? ¿Tu novio? — Pregunta juntando sus cejas de color plata. El aroma a medicamentos inunda a mi nariz, y entonces levanto mi mano con toda la fuerza posible y arranco los tubos de plástico que hay sobre mi nariz.

— ¡Sí! — Grito. Él se acerca a mí, todavía sin decirme nada acerca del aparato que acabo de quitar. El parece comprenderme. Sus ojos miran hacia el electrocardiógrafo y suspira con pesadez. Tiene manchas oscuras debajo de los ojos, pero su vejez le proporciona un tono más cansado y lo confunde con sus arrugas.

¿Qué rayos pasa? ¿En coma? ¡Eso no puede ser verdad!

—Bien, Hanna, vamos a calmarnos, acabas de despertar del coma. — Dice tomando los tubos de plástico. —Vuelve esto a su lugar. — Su tono es amable, calmado. —Lo necesitas.

— ¡Usted no entiende! — Comienzo a desesperarme. — ¡Ella es una asesina! ¡Debe llamar a la policía! ¡Por favor!

—Hanna. — Escucho una voz al fondo de la habitación. Es una voz masculina, tan suave como las nubes, acariciando mi oreja derecha. Reprimí un gemido y guardo silencio, esperando escuchar más de ella.

— ¿Escucho eso? — Pregunto mientras me siento en la camilla. Mis codos apoyándose en el acolchonado frío. —Es Alex, lo sé. — Mi cabeza da vueltas cuando me quedo quieta, tratando de volver a escuchar esa voz.

El doctor me mira dudoso, como si no comprendiera lo que digo.

—No. — Contesta él. —Quiero que te quedes ahí. ¿Puedes hacer eso? — Pregunta mientras camina con rapidez hacia la puerta de la habitación. Ni siquiera respondo, estoy tan concentrada en el silencio, que no escucho lo último que grita cuando llega a la puerta. Su bata blanca rebota

los rayos penetrantes del sol contra mi rostro. Entonces, me muevo con dificultad. Estiro mis piernas y me endurezco aún más, los huesos de la espina dorsal crujen de nuevo, y mi cuello siente como si estuviera cargando una pelota de bolos. Los omoplatos están tan tensos que duele moverme, pero lo hago, saco una de mis piernas fuera de la camilla y siento la brisa suave de la habitación.

— ¿Alex? — Pregunto sacando la otra pierna de la camilla, arranco unos cables que están en mis manos y enfoco mi mirada alrededor del cuarto del hospital. — ¿Eres tú? ¿Dónde estás?

—Alex no es real, Hanna. — Responde la misma voz del fondo. —Estuviste en coma. Nada de lo que paso es real.

— ¿Quién eres? ¿Por qué no te puedo ver? — Pregunto a la nada sin recibir una respuesta. Mis piernas cuelgan de la camilla blanca, y cuando quito todos los cables de mis brazos y pecho, doy un salto fuera de la cama. Una tela delgada se pega a mi cuerpo, rápidamente me doy cuenta que es lo único que traigo. No hay nada de ropa interior. La bata llega más debajo de las rodillas, así que no puede verse nada íntimo e incomodo.

—Alex no existe. Debes saber eso. — Contesta con voz silenciosa. —Lo siento. — Se disculpa en tono agudo, casi cortado. Analizo la voz, reproduciéndola en mi cerebro, y entonces gimo. Prontamente reconozco esa voz. Es Alex. Lo sé.

Doy un paso, alejándome de la camilla. Mis pies sienten la intensidad del piso frio colándose en mi piel cálida. Al parecer, lo único caliente en mi cuerpo son mis piernas, supuse que era porque estaban cubiertas por esa sábana blanca del hospital.

El doctor Richard había desaparecido de la habitación.

— ¿Alex? — Pregunto de nuevo, mis piernas tiemblan, sintiéndose débiles y cansadas. Por un momento la habitación da vueltas, pero aprieto los ojos, reanimándome y volviendo a estabilizarme. Pongo una de mis manos en los tubos de la camilla, sosteniéndome para no caer y para ganar más fuerza. No hay una respuesta.

El doctor entra por la puerta con una jeringa en su mano derecha, antes de que él entre, tiene la

mirada baja, mirando la pequeña y muy alargada jeringa, dándole pequeños golpecitos para que el líquido baje y no haiga aire adentro de ella. Cuando él percibe que algo anda mal, levanta la mirada. Sus ojos oscuros se encuentran con los míos. Hace un gesto de confusión y casi suelta la jeringa al piso.

— ¿Hanna? ¿Pero qué...? ¿Cómo te has levantado? — Él camina hacia a mí, dejando la jeringa en la mesita que está a un lado de la camilla. Su olor a medicina me vuelve a marear, pero me sostengo fuertemente de los tubos de fierro.

—Ven. Vamos a volverte a la camilla. — Su mano jala de mi brazo con delicadeza, y después lo aprieta con suavidad para que yo acceda a hacer lo que él me pide. Sin embargo, yo sigo enfocándome en la voz de Alex. Porque sé que es, que él está aquí. Puedo sentirlo.

—No. — Respondo jalando de mi brazo para liberarme de su agarre. Me petrifico cuando un aire frio me penetra de un segundo a otro. El aire comienza por mis pies, y luego sube con velocidad hasta mi cabeza, tensando todavía más mis omoplatos y poniendo mi piel de gallina. Una comezón comienza a picar detrás de mi nuca, y es casi imposible moverme en ese segundo. Después, el frio me abandona y una sombra apagada pasa por delante de mí. Casi tan predecible.

— ¡Alex! — Grito en un rugido fuerte. La sombra avanza sin detenerse, caminando hacia la puerta con agilidad. Suelto los tubos e ignorando lo que él doctor dice, comienzo a seguir aquella sombra. Pero esta avanza con mayor velocidad cuando yo lo sigo. Entonces aceleró mi paso, casi corriendo, sin despegar la mirada de aquella oscuridad que al parecer, solo puedo ver yo.

— ¡Hey! ¿A dónde crees que vas? — Pregunta una de las enfermeras cuando me ve salir de la habitación. Sus ojos se mueven inquietos y su ceño se frunce casi de inmediato, su cabello está amarrado en un chongo que apenas puedo visualizar su rostro. Ella está detrás de una mesa, o más bien, de lo que parece ser la recepción. Lleva ese gorrito blanco en la cabeza, atado detrás de sus orejas y terminando en un nudo debajo de su nuca. Su uniforme blanco destella más rayos de luz, pero esta vez no me mareo, sigo caminando tan raído que ella se ve obligada a levantarse de su lugar. Estoy concentrándome en la sombra, pero puedo escuchar los pasos veloces del doctor detrás de mí.

— ¡Hanna! ¡Detente! — Gruñe detrás de mí. Yo no lo escucho, sino que acelero mi paso y corro. Muevo mis piernas tan rápido que me da un calambre en la pantorrilla derecha. Ignoro el dolor y



sigo corriendo, con el corazón latiéndome con fuerza.

¿A dónde cree que va? ¿Por qué se aleja? ¿Qué paso con Rossie?

— ¡Llame a seguridad, un paciente se escapa! — Grita el doctor mirando a la enfermera mientras sigue corriendo detrás de mí. Escucho sus pasos largos y rápidos, su respiración comienza a verse afectada, su pecho sube y baja con frenesí. Su rostro comienza a ponerse colorado, y poco a poco comienza a dejar de correr. Mirando hacia adelante y sin dejar de mirar a la sombra, la sigo hasta un pasillo de la derecha, justo donde hay un elevador.

Mi madre está sentada en una silla, y cuando me ve corriendo hacia la sombra, ella se levanta de golpe, con los ojos sumamente abiertos y desorbitados, tan rojos como la sangre.

— ¡Hanna! — Masculla mirándome con horror. Sus músculos se tensan y sus omoplatos se marcan en su camisa de manga larga con botones. Paso por un costado de ella, evadiéndola rotundamente, puedo oler el aroma a café. Hay dos o tres personas ocupando los demás asientos, y en cuanto me ven atravesar el pasillo, se levantan frenéticamente, asustándose de mí. Mi madre roza mi mano, jalándome para detenerme, pero voy tan raído que le resulta imposible traerme de regreso.

— ¡Suéltame! — Digo apartándome de ella. Ella da un paso atrás, tambaleándose ante mi empuje fuerte. Mis piernas exigen un descanso, estoy corriendo tan rápido que apenas puedo visualizar en que piso y que corredor estoy. Sigo corriendo por el pasillo, sin volver la mirada, mi cabello volando detrás de mis hombros, ondeándose con la biza que choca contra mi rostro, apartándolo constantemente. Cuando estoy a punto de llegar al siguiente corredor en forma de cruz, dos enfermeros con batas blancas se cruzan en mi camino, sus cuerpos están en forma de guardia, mirándome como si fuera un fenómeno. Ellos llevan dos jeringas en sus manos, listos para atraparme e inyectarme ese líquido blanco.

Miro hacia los lados, viendo cual es la salida más próxima. Al fondo, escucho los lloriqueos de mi madre, pidiéndome a gritos que me detenga.

—Lo siento. — Vuelve a escucharse esa voz. Mis huesos tiemblan inconscientemente. Los enfermeros me miran ansiosos, esperando mi movimiento para atraparme. Sus ojos me miran penetrantes, moviéndose de un lado a otro, apretando los pequeños tubos con aquel líquido entre

sus dedos temblorosos. Ellos son corpulentos y altos, así que pueden atraparme y detenerme fácilmente. Desvío mi mirada, mirando hacia el lado derecho. Otro enfermero está ahí, con otra jeringa en mano. Este es más flaco, pero al segundo, otra enfermera se le une rápidamente, corriendo con agilidad, deteniéndose a un lado de él. Ella es la recepcionista y para mi suerte, no lleva una jeringa. Comienzo a entrar en pánico, a sentirme encerrada en un espacio demasiado grande, por lo tanto gruño sintiéndome amenazada, no tengo ninguna salida. Las personas que estaban sentadas comienzan a ponerse alrededor de mí, justo detrás de los enfermeros, mirándome con horror y lanzando gritos angustiados.

No voy a hacerles daño. Intento decir, pero la oración solo se reproduce en mi cerebro. Minuciosamente me vuelvo hacia la izquierda, dando un paso lento y disimulado, el olor del café comienza a ser enfermizo para mis pulmones cansados, y entonces exhaló, abro los ojos y miro hacia la izquierda de nuevo, en donde el corredor esta vacío, pero que es seguro que alguien viene corriendo para taparlo.

No.

—Hanna, no vamos a hacerte daño. Aquí estás segura. — Escucho la voz vieja del doctor Richard detrás de mí. En mi mente fabrico una imagen de él a un lado de mi madre. Visualizo su rostro enrojecido y escucho los latidos de su corazón acelerado.

No se trata del daño que me hagan, ni siquiera me importa la jeringa que ellos están sosteniendo en sus manos. No me importa nada que no sea Alex. Tengo el mayor de los dolores en mi pecho, que el daño que ellos me hagan, no será nada comparado al que siento.

Siento algo filoso en mi piel lívida. Es algo frío en mi brazo, y entonces noto que tengo un pequeño fierro enredado en mi muñeca, ¿Qué es esto? ¿Un fierro? ¿Para qué...?

Sin pensarlo dos veces, jalo de aquel metal y lo pongo en mi muñeca, atentando contra mí misma.

— ¡Déjenme pasar o juro que voy a penetrar mi muñeca con esto! — Señalo con voz aturdida. Mi madre suelta un grito ahogado. Aprieto el fierro en mi muñeca y siento como la pequeña punta se encaja en mi piel sudorosa. Gimo disimuladamente, sintiendo el dolor en mi brazo punzante. Escucho unos lloriqueos, y algunos gritos que omito. No quiero escuchar a esa mujer que dice

llamarse mi madre. Los ojos me hierven, trago saliva y aclaro mi garganta seca. — ¡Hablo en serio! — Los miro con salvajismo. Mis mejillas comienzan a sentirse pegajosas. Al ver que ellos no retroceden, encajo aun más el frío metal, y rápidamente una pequeña gota de sangre se desliza por mi brazo. Al fondo, otro grito asfixiado, casi sofocado.

— ¡No! — Escucho.

— ¡Voy a hacerlo una vez más si no me dejan pasar! — Exclamo. Los enfermeros miran sobre mis hombros, observando la señal del doctor Richard que se encuentra detrás de mí, a un lado de mi madre. El pasillo izquierdo ya tiene un nuevo candidato, otra enfermera esta tapándome el paso. Ella me mira horrorizada, y eso me hace sentir peor. Yo no quiero hacerles daño. Solo quiero ir tras Alex.

— ¡Déjenla pasar! — Escucho detrás de mí. Los dos enfermeros abren paso y me miran con expectación. Esperando alguna otra señal del doctor para detenerme. Pero él no dice nada, solo deja que yo pase por un costado de ellos y siga corriendo con el metal encajado en mi muñeca sangrada. Me doy cuenta de que no tengo ninguna cicatriz en la palma, no hay ningún rastro de que me haya encajado un vidrio en ella, parece tan perfecta y tan lisa que es imposible explicarme que es lo que está pasando.

Corro hacia el elevador, pero lo descarto rápidamente, eso sería una mala estrategia. Ellos me atraparían fácilmente. Así que corro a la salida de emergencias, pero siento como un brazo me jala y hace que me caiga.

— ¡Oh, joder! ¡Fíjate, estúpida! — Grita una voz masculina. Levanto la mirada y un chico de tez morena me mira con ojos aceitunados y profundos. Él está fuerte y fornido, tiene un tatuaje en el brazo izquierdo, justo debajo del hombro. Su camisa negra se adhiere a su cuerpo musculoso, marcando sus pectorales bien formados y su torso plano y fuerte. Sus jeans negros se ajustan a su cintura, y su cabello luce tan despeinado y desordenado como el de Alex. Él me da una mirada fulminante y ni siquiera se molesta en ayudarme a levantar. Sus ojos negros azabaches miran hacia arriba, alejando sus ojos de mí. Al fondo, los pasos de los enfermeros hacen eco en mis oídos. Eso es lo que él mira.

— ¡Jared! — Grita uno de ellos. — ¡Aleja ese fierro de ella! — Alardea un enfermero ruidoso mientras corre con agilidad hacia donde estoy yo. El tipo que está en frente de mí, vuelve a bajar la mirada y mira mi muñeca ensangrentada. Frunce su ceño y hago una cara de lastima,

pidiéndole que me ayude. Intento levantarme, pero es imposible, las piernas están tan cansadas que no pueden hacer el esfuerzo. El chico actúa rápido, ve que el fierro está a unos centímetros de mí, y lo pateo antes de que yo pueda alcanzarlo para ocuparlo de escudo. El fierro lleno de unas pequeñas gotas de sangre se desliza por el piso del hospital, quedando fuera de mi alcance.

— ¡No! — Grito con cólera. — ¡Eres un estúpido! ¡Hijo de...! — Él me toma de los hombros, poniendo sus grandes manos debajo de mis axilas, para después jalarme hacia arriba. Él no parece un enfermero. — ¡Quita tus asquerosas manos de mí! — Escupo con furia. — ¡Alex! ¡Alex, ayúdame! — Mi voz suena desesperada, la respiración se me corta y los músculos se aprietan en mi interior. Mi pecho se aprieta, y ya no son espadas las que se clavan en mi corazón, ahora es el dolor puro. La desesperación confusa y el pánico hirviendo en mi sangre.

Gimo y pataleo cuando él me alza en sus brazos fornidos. Mis piernas se mueven dolorosamente, golpeando sus rodillas y sus muslos, esperando tocar su parte débil para que me suelte. Pero él parece una roca, ningún tipo de dolor lo detiene o lo hace retroceder. Sino todo lo contrario.

— ¡La tengo! — Dice mientras pone sus manos en mi pecho en forma de abrazo. Él por supuesto es más fuerte que yo, y para ser hombre, aprieta con una fuerza brutal. Gimo en silencio cuando sus manos aprietan a mi vientre de forma brusca e involuntaria.

— ¡Suéltame! — Pataleo con desesperación. El estomago haciendo un nudo doloroso en mi organismo.

—Bien hecho, Jared. — El doctor Richard se aproxima hasta a mí con el tubo de plástico en sus manos. Sus canas plateadas están opacas. Ya no son brillantes, porque el sol se está ocultando. El hospital se está volviendo oscuro y nevoso.

—Vamos a dormite un rato, Hanna. — Me sonrío con cortesía. —Estarás bien. — Él da unos golpecitos a la jeringa y la pone en frente de mi brazo. Grito. Me sacudo intentando esquivar la ajuga que me apunta. Pero el tipo llamado Jared, me aplasta en sus brazos, obligándome a quedarme inmóvil.

—He — Dice él. —Estate tranquila, preciosa. Nadie te hará daño. — Su aliento está en mi oreja, y me estremezco al sentir su exhalación en mi oído. Puedo oler su fragancia a vainilla. Entonces

hago algo inteligente y colérico, le escupo en el rostro. El grita, soltándome un poco. Sus ojos se aprietan instintivamente. Y para el otro segundo, él esta maldiciendo en voz alta y la jeringa esta perforando la piel de mi brazo.

El doctor me da una mirada calmada, y me sonrío con esperanza. Calmándome con sus ojos oscuros y hundidos. Luego, mi cuerpo pierde fuerza y todo se vuelve borroso y distorsionado. La tormenta de arena vuelve, borrando toda imagen clara del hospital. El sedante hace efecto rápidamente, y por enésima vez, me quedo en la oscuridad, escuchando cientos de maldiciones distorsionadas en el fondo.

—Llévala a su habitación, Jared. — Es lo último que logro escuchar.

Mis ojos están cerrados, y nuevamente tengo la sensación de los tubos de plástico en mi nariz. Otra vez estoy volviendo a la vida. Me reincorporo fácilmente, respirando frenéticamente el oxígeno que se expande por mis orificios nasales. Estiro mis piernas ruidosamente y muevo mis dedos disimuladamente. Mis ojos se sienten suaves y blandos, quiero abrirlos, pero una voz me detiene.

—Tengo la impresión de que Hanna se inventó una vida mientras estaba en coma. — La voz es cansada y entristecida. Esta vez, puedo sentir mis huesos moverse con facilidad, e incluso la cabeza ya no me da vueltas. Ni siquiera puedo sentir mi cuerpo pesado, ahora es como una pluma lista para elevarse en el aire.

— ¿Qué quiere decir, doctor? — Pregunta la voz femenina. — ¿Es por eso que Hanna cree que soy una asesina? — Suena asustada. Frunzo el ceño sin comprender, ¿De qué están hablando?

Me quedo quieta, sin mover ni un solo musculo de mi organismo.

—Sí. — Confirma. —Quiero decir que, Hanna inventó una historia en su mente. No suele ser muy común, pero algunos pacientes han pasado por ello. Especialmente los que están en coma. Debo de decir que Hanna me ha sorprendido, había perdido todas mis esperanzas en ella. Tres meses fueron demasiados para el mínimo golpe que sufrió. — Dice. Puedo sentir como una sonrisa amable se forma en su rostro.

—Hanna supo cómo salir de esto, estoy orgullosa de ella.

—Lo sé, yo también lo estoy, Emma.

— ¿Qué pasa con la historia que inventan?

—Sí, bueno, te decía que ellos fabrican una vida imaginaria inconscientemente que creen que es real, para ellos suena lógico, es como si lo hubieran vivido en carne y hueso, pero ciertamente es falso. Su cerebro estaba tan acostumbrado a la vida y a la rutina que crean esta especie de imaginación retórica. Hanna es uno de esos pacientes, Emma.

— ¿Y cómo puedo ayudarla? ¿Puede hacer que ella logré creer que fue falso? — Su voz es tenue. Puedo sentir la tensión en la habitación. Su tono es preocupado que me hace enfurecer. Estoy segura que esta fingiendo.

—Claro que sí, pero ella necesitara ayuda psicológica, te daré un número de una colega, es seguro que ayuda a Hanna.

—Gracias, doctor. — Suena agradecida, esperanzada. Muevo mis labios, relamiéndome disimuladamente para que ellos no me vean.

—No hay de qué. Pero, hay algo que debes saber, Hanna creó a seres que no existen. Supongo que los considera reales. Incluso ella dijo que tenía un novio... — Hizo una pausa. —Alex Crowell. ¿Lo conoces?

—No. — Responde ella con rapidez. Suena tan sincera que me confunde.

Alex es real, por dios. Yo no estuve en coma. No pude inventar eso.

—Ella dijo que iban al mismo instituto.

—No conozco a ningún Alex Crowell, doctor. — Suena confundida. —Hanna no tuvo novio en el instituto, ella me lo hubiese dicho si así fuera.

Hay un silencio incomodo. Luego, alguien se levanta de alguna especie de sillón y aguanto la respiración, esperando que no descubran que estoy despierta.

—Estoy algo asustado por el estado de Hanna. Ella grito ese nombre a la nada, Alex Crowell... — Suspiro. —Luego corrió frenéticamente fuera de la habitación, como si persiguiera a alguien, tú lo viste. Me asusto cuando puso ese metal en su muñeca, creí que era una broma, pero cuando lo encajo y su brazo deslumbro con gotas de sangre, supe que algo andaba mal.

—No sé qué decir... — Reprime un chillido silencioso. —Estoy tan estupefacta, doctor. No puedo creer que eso le esté pasando a mi hija.

Abro un poco los ojos, casi entrecerrándolos. Ellos están sentados en la silla que está debajo de la ventana. Sus rostros están de frente y puedo notar las mejillas llenas de lágrimas de mi madre. Ella luce tan perdida y tan desorbitada. Tiene la falda arrugada, cosa que nunca en mi vida había visto en ella. Y su cabello esta tan revuelto que parece un nido de arañas. El doctor Richard sigue llevando esa bata blanca, solo que ahora tiene los botones desabrochados, una camisa de color blanco con botones hasta el cuello es lo que puede observarse. Sus pantalones negros se ven tan lisos y planchados a comparación de la falda negra de mi madre.

—Me preocupa, Emma. Estoy creyendo que el estado de coma provoco un trastorno evidente en Hanna.

— ¿Trastorno? ¿Es eso posible?

—Claro. — Responde seguro. Su rostro se profundiza y tose con voz ronca. —Pudo haber sido provocado por alteraciones precoces del desarrollo del cerebro, o por causas genéticas, Emma.

— ¿De qué tipo de trastorno podría ser, doctor? — Ella pasa sus dedos por sus piernas, deslizándolas delicadamente para limpiarse el sudor de las palmas. Se le nota el nerviosismo, pero es esa clase de nerviosismo de preocupación, de ansiedad.

—Bueno. Estuve pensando mucho en ello, le di muchas vueltas, sinceramente. Al principio creí que se debía a un efecto del coma, pero su comportamiento cuando despertó me aterrizo, y me confundió al mismo tiempo, ¿Notaste que te cambio el nombre?, bueno supongo que eso fue parte de su imaginación. No puedo estar seguro de lo que creo, pero considero personalmente que es algo muy espantoso e impresionante. — Hizo una pausa, tosiendo una vez más. —Y ese Alex... también lo es. A juzgar por la actitud de Hanna, por la forma en la que grito en la habitación, estoy deduciendo que Hanna tiene esquizofrenia, Emma.

— ¿Esquizofrenia? — Sus ojos se abren aumentando de tamaño exageradamente.

—La esquizofrenia es una enfermedad mental grave, Emma. Se trata de un desorden cerebral que deteriora la capacidad de las personas en diversos aspectos psicológicos como el pensamiento, la percepción, las emociones o la voluntad, estas personas tienen alucinaciones, creencias falsas, pensamiento anormal y alteración del funcionamiento social y laboral.

— ¿Es por eso que Hanna cree que soy una asesina? ¿Por qué se creó una idea errónea en su cerebro?

—Sí.

—Oh, dios. — Gimotea.

—Lo siento, Emma.

Un sollozo dolido retumba en las paredes. Mi pecho se aprieta.

No. No sientas lastima por ella. Está actuando.

—Te recomiendo que tengas cuidado, uno de sus síntomas son los delirios, ellos comienzan a creer que las personas están en su contra, y conforme pasa el tiempo, comienzan a aislarse de la sociedad.



¿Qué?

—Recuerdo vagamente que había medicamentos para controlar ese trastorno, ¿Es cierto?

—Sí, pero algunos no soy muy eficientes con los pacientes, suelen ser contradictorios algunas veces, o pueden ser lo suficiente buenos para el paciente y controlarlo un poco, no te aseguro nada, de todos modos, te daré el número de una colega y ella te explicará a fondo. ¿De acuerdo?

—Oh, doctor, muchísimas gracias. — Agradece poniendo su mano encima de la de él en forma de gratitud. —Dios, no sé que voy a hacer. — Suspira pesadamente y aspira sus mocos sólidos.

—Cuentas conmigo para lo que sea. — Ofrece tomando su mano amistosamente. —Hanna estará bien. Tienes que confiar en ella.

—Lo hago, doctor. Lo haré.

¿Huh? ¿Qué está sucediendo? ¿Esquizofrenia? ¡Yo no puedo tener eso! ¡Alex es real! ¡Los Crowell son reales! ¡Todo esto tiene que ser una broma! ¡La peor de las pesadillas, incluso!

Gimo sin darme cuenta. La sangre me hierve instantáneamente. La furia se desliza por mis venas. La rabia recorriéndome por todos los posibles lados y rincones de mi anatomía rigurosa. Seguro que me están mintiendo. Quieren que caiga en su trampa, pero no lo haré.

Pero, Alex, ¿Dónde está? ¿Él realmente se fue? ¿Esa sombra brumosa que era? ¿Era él? ¿Por qué se fue? ¿Por qué demonios dijo aquellas palabras?

¡Esto no estaba sucediendo!

— ¿Hanna? — Alguien se adelanta hasta mí. Mis ojos se abren. He escuchado todo, pero ellos no lo saben. Ahora, tengo que idear un plan. No podré salir de aquí tan fácilmente. —Despertaste.

— Mi madre limpia sus mejillas con un pañuelo húmedo. — ¿Cómo te sientes?

—Bien. — Respondo con voz ronca.

Miro sus ojos oscuros y veo en ellos ese brillo especial... no un brillo malvado y morboso. Sino ese brillo familiar y maternal. Puedo sentir el dolor de madre. Logro sentir la esencia de su preocupación por mí en todas las direcciones de la habitación. Y el corazón se me parte.

No sé qué es lo que está pasando, pero ella realmente está luchando contra las lagrimas, mirándome con... amor.

—Que tal, Hanna, ¿Me recuerdas? — El doctor se levanta de la silla con esfuerzo y sus huesos crujen ruidosamente.

—Sí. —Contesto sin parecer interesada. Pestañeo un par de veces, reincorporándome y reproduciendo la palabra esquizofrenia en mi cerebro.

— ¿Te sientes cansada? — Pregunta con tono interesado. Sus ojos buscan algún índice de cansancio en mi cuerpo, pero me las arreglo para hacer sentir a mi organismo energético y activo.

—No. — Respondo con sinceridad. Él avanza hasta mí.

— ¿Estás lista para dejar este hospital y volver a casa? — Pregunta animadamente mientras me sonrío.

— ¿Habla en serio? ¿Podré irme a casa? — La emoción en mi voz es evidente. Casi sonrió. Así será más fácil huir de aquí. Mi madre aprieta mi mano con suavidad y esta vez no la alejo.

Mi plan está hecho. Una cucharada de su propia medicina.

—Claro, solo te haremos unos cuantos análisis y podrás irte en cuanto antes. ¿Eso es lo que quieres? — Su rostro viejo me observa con admiración, con orgullo.

—Sí.

Mi madre da un brinco, sobresaltándome a mí también. Suelta mi mano y su calidez me abandona repentinamente.

—Oh, casi lo olvido. — Su sonrisa se profundiza. —Alguien ha venido a verte. Supongo que no me pude resistir a la buena noticia. Dame un momento.

Ella se aleja rápidamente, caminando hasta la puerta con paso veloz. Le doy una mirada interrogante al doctor y el alza sus hombros en forma de respuesta. Se aleja de la camilla y despistadamente checa la maquina que está a un costado.

— ¡Hey, chicos! ¡Hanna despertó! — Grita mientras se apoya en el marco de la puerta. Al fondo y muy a lo lejos puedo escuchar gritos animados acercándose hasta la habitación. Mi ceño se frunce, ¿Qué está pasando?

—El instituto ha venido a verte. — Dice ella explicándome, su cuerpo gira sobre su eje volviendo a entrar en la habitación. —Espero que no te moleste.

— ¿Qué? — Alcanzó a decir sin comprender.

Mi pregunta es contestada casi al momento. Un montón de chicos de mi edad entran a la habitación con ramos de flores y unos cuantos peluches en mano. Algunos se empujan cuando entran, y seguidamente se acomodan en algún rincón de la diminuta habitación. Los cuerpos se mueven rápidamente, entrando con sonrisas sinceras y felices. El cuarto se vuelve colorido cuando una persona entra con más de cinco enormes globos de gas en forma de corazón y con mensajes animados. Otra persona que no reconozco en lo absoluto lleva otro globo de gas, mucho más enorme que los otros globos, en la otra mano, lleva una caja de chocolates amargos. Aproximadamente treinta personas entran a la habitación rodándome de palabras positivas y lanzándome buenas vibras mientras me sonrén. Rápidamente la habitación se vuelve calurosa y catastrófica con tantas personas adentro. Tomo aire y sonrió de forma involuntaria. Mis ojos

brillan y siento una increíble emoción.

Antes de que pueda decir algo, alcanzo a ver a una persona asomarse por el pequeño hueco que queda en la ya invadida habitación. Sus rasgos son tan familiares que lo reconozco al segundo. Es el tipo llamado Jared, el de cabello oscuro con tatuaje en el brazo izquierdo, el mismo que hizo que perdiera mi arma de escudo y que regresara a esta habitación. Su rostro se asoma por un segundo y con la mandíbula apretada se va sacando humos por los oídos.

—Oh, rayos. — Dice una chica tropezando entre la multitud. Lleva un enorme peluche cubriendo su rostro. Cuando ella está lo suficientemente cerca de la camilla y donde puedo apreciarla, baja el enorme oso de peluche y sonríe calurosamente. Su cabello es negro oscuro, tan largo como el mío, sus ojos son tan azules que me pierdo en ellos. Su figura llena de curvas está cubierta por una blusa de manga corta de color rosa, tiene una estampa al frente de una flor. Sus jeans ajustados se pegan a sus piernas curvadas y delgadas. Ella sonríe. Yo entro en shock.

—Joder, fíjate. — Grita alguien al fondo cuando es pisoteado por la chica que esta frente a mí. Mi mandíbula cae casi de inmediato. Mi cuerpo se pone rígido y mis omoplatos se ponen tan duros como una roca. Seguidamente, pestañeo.

— ¡Hey, Hanna! ¡Aquí tú mejor amiga Cara! ¡Bienvenida al mundo real! — Dice ella sonriendo de oreja a oreja.

=====

Capítulo 96.

Me quedo petrificada. Quiero gritarle y decirle que qué demonios está pasando. Pero me quedo quieta y callada, observando su cuerpo delgado. Sus ojos azules brillan expectantes, casi irreconocibles. Un ardiente y muy colérico dolor me consume con rapidez. La garganta me duele cuando un nudo enorme se forma en ella y es casi imposible tragarlo frente a todas estas personas. Me quedo inmóvil por unos segundos, sin saber qué hacer.

¡Cara está muerta! ¿Cómo es que está de pie, aquí? ¡Frente a mí! ¡Frente a todos!

Mi primer instinto es gritar. Levantarme de la camilla y salir fuera de aquí. Incluso desvíó mi mirada por toda la habitación de manera inquieta, encuentro el florero de la mesita del hospital. Si tan solo un golpe me hiciera dormir de nuevo para volver a donde Alex, sería feliz. Pero lo descarto. No me golpearía con un jarrón de vidrio enfrente de todas estas personas. Sería estúpido. Ellos realmente crearían que estoy loca. Y eso no entra en mi plan previsto. Así que solo me quedo callada, mirando todos los rostros de las personas que están aquí.

Mi garganta se seca, y el aliento se pierde entre toda la multitud, tomo la mayor cantidad de aire y miro su rostro pálido sonriéndome con alegría. Sus perfectos y alineados dientes me sonríen de una manera atrevida y sensual para los chicos. La camisa que lleva se pega a su cintura, marcando sus curvas perfectamente. Algunos de los que están aquí clavan su vista en ella, mordiéndose el labio o simplemente admirando su cuerpo delgado. Ella no parece darse cuenta, así que abraza al oso enorme de peluche y lo deja caer al piso.

Esto no es posible. Apenas puedo respirar. Cara murió. Yo vi como su cuerpo estaba tendido en medio de la calle con un lago de sangre en sus costados, recuerdo aquel automóvil oscuro en la carretera y con el parabrisas roto, hecho añicos en el piso. Los vidrios crujiendo con mis pasos acelerados mientras corría hacia ella con el corazón palpitándome. El funeral de Cara fue tan real que es imposible creer lo que estoy viendo. Ella realmente no puede estar aquí.

Pero lo está. Increíblemente.

El calor sube hasta mis mejillas, haciéndome sudar más de lo normal. Siento un apretón duro en mi pecho y fugitivamente sonrió con delicadeza. Con las mejillas doliéndome.

—Dios, estás aquí. — Logro decir con voz ronca. Con el corazón latiéndome aceleradamente.  
—Estoy algo, desconcentrada. Todavía no puedo creerlo. — Sueno tan común que casi nadie se da cuenta de mi sorpresa. Supongo que son tan ingenuos para creer que mi emoción es parte de los efectos del coma. Ellos sonríen, como si eso me ayudara. Estoy tan desorbitada, tan perdida, que no se qué es lo que sucede. Apenas puedo pensar y hablar.

Pero, maldición. Yo vi el cuerpo de Cara dentro de aquella caja de funeral, las cuatro velas en

cada una de las esquinas de la caja plateada con incrustados de metal en la superficie. Su rostro apagado y sus ojos cerrados. Las manos apoyadas en su vientre casi plano. Y las mejillas tan blancas y pálidas como la nieve. Yo vi cuando su cuerpo entró en ese pequeño agujero oscuro lleno de tierra húmeda. No pudo haber ningún error. Incluso llego a pensar que ella pudo haber salido de aquella caja y esconderse de mí. Pero no. Cinco minutos antes de que aquella caja entrara en ese profundo hoyo, yo la vi. La vi por última vez detrás de la ventanilla de vidrio, las pestañas paralizadas y los labios morados y apretados. No pudo haber escapado. Ella si murió.

¿Cómo es que esta aquí?

—Genial. — Dice animadamente, profundizando su sonrisa. —Me recuerdas. — Agrega acercándose hasta la camilla.

— ¿Cómo te sientes, Hanna? — Pregunta alguien al fondo, casi tan fuerte que tapo mis oídos para evitar su voz.

—Bien, supongo. — Contesto sin saber quién es la persona que ha preguntado. —El doctor dice que podrá darme de alta muy pronto. — Añado cuando no obtengo respuesta de esa persona misteriosa.

—Te hemos traído algunas cosas, hemos estado esperando por ti. — Dice Cara a un costado de la camilla. Ahora ella se ve más grande, incluso sus ojos se vuelven más amplios y profundos. Ella sonríe mientras pone sus manos en los tubos de fierro. —Sabíamos que despertarías.

Alguien tose al fondo, y reconozco el sonido. El doctor Richard. Sin embargo nadie parece prestarle atención y continúan mirándome con ojos maravillados, sofocantes de alguna manera. Me remuevo en la camilla, sintiéndome extraña por tener la atención de todas estas personas sobre mí. Sus ojos mirándome penetrantemente mientras yo comienzo a sentirme incomoda.

— ¿Kate esta aquí? — Pregunto rápidamente, sin darme cuenta de mis palabras. Miro sobre su hombro, esperando encontrar el cabello rubio de Kate. Pero no hay ningún rostro de la capitana de porristas. Ni siquiera esta Karem, su mejor amiga. O incluso Zet. Ninguno de ellos está aquí.

Cara se ríe suavemente, mirándome con el ceño fruncido.

—Creí que odiabas a Kate. — Dice torciendo los labios. — ¿Por qué ella estaría aquí? — Pregunta con sarcasmo, arqueando las cejas.

—No lo sé. Yo solo creí que... — Tomo aire sin saber que decir. —Olvidalo, creo que aun estoy algo mareada. — Me excuso mientras sonrió de la manera más propicia para no alterar sus pensamientos. Resulta extraño tener a Cara parada frente a mí, con su sonrisa brillante y atractiva.

Ella niega con confusión, todavía sin dejar de sonreír.

—Creo que deberías descansar un poco, ¿Por qué no nos vemos después? — Levanta una ceja. —De todos modos, ya sabemos que sigues viva y que estarás con nosotros un buen rato, ¿Verdad, chicos? — Su voz es alta y clara, tan fuerte que llega a los rincones más pequeños del hospital. Los chicos que están detrás de ella sonríen y aplauden, diciendo palabras que se confunden en el viento porque todos hablan al mismo tiempo. Ni siquiera me da tiempo de responder cuando ella termina de hablar. El doctor la interrumpe.

—La señorita tiene razón. Debes descansar porque tendremos que hacerte análisis y necesitamos que estés con bastante energía para llevarlos a cabo. — Concuerda con Cara, él camina directo hacia a mí, abriéndose paso entre los chicos. —Ya verás a tus amigos con más tiempo. — Sus comisuras se elevan y sus dientes blancos sobresalen.

Asiento.

—Está bien. — Digo con sinceridad. Sin embargo, estoy recobrando mis fuerzas y me siento tan activa como un niño que quiero correr y salir a caminar en cuanto antes, pero quiero que ellos se vayan. No tengo ganas de verlos, ver sus rostros me confunde, y hace que pierda toda las esperanzas en lo que parece ser, mi historia imaginada. —Gracias por venir, quiero decir, gracias por preocuparse por mí. Realmente lo aprecio. — Añado forzando una sonrisa más convincente.

Cara aleja sus manos de los tubos de fierro y sus huellas digitales quedan marcadas. Sus dedos son tan delgados que la marca queda tan pequeña y mínima.

—Muy bien, entonces hasta entonces. — Me guiña un ojo en tono de broma y se da la vuelta, alejándose de mí. De nuevo vuelvo a respirar, mis pulmones vuelven a su normalidad y siento como el aire tenso se libera cuando Cara se va. Suelto el aire contenido y siento mi pecho inflarse por la falta de oxígeno. —No te vuelvas a dormir bella durmiente. Aún no tienes un príncipe que vele por ti. — Sonríe de nuevo, esta vez más profundo. Su boca llena de brillo labial esparciéndose por sus carnosos labios rojos.

Sonríó para mí misma. En realidad si, Cara. Solo que tú no lo sabes.

—Nos vemos, Hanna. — Dice alguien mientras salen de la habitación con paso lento. Conformes con su labor.

—Cuídate, te estaremos llamando, ¿De acuerdo?

—De acuerdo, gracias por venir. — Le respondo a una chica de cabello rojizo. Simultáneamente pienso en Sarah. Si ella realmente intento matarme debería estar en la cárcel, o algo así.

En cuanto salga, llevare a cabo mi plan, y lo primero será ir a la mansión de los Crowell.

—Adiós, Hanna. — Dice alguien más con tono optimista. La habitación comienza a verse más grande conforme las personas comienzan a abandonarla. Un chico le da los globos de gas que lleva en las manos a Cara, y me sonrío.

—Gracias por venir. — Le digo con tono amable. El asiente y gira sobre sus talones para después darme la espalda y seguir caminando detrás de las personas que salen de la habitación, sin voltear hacia atrás. Mis comisuras duelen cuando intento sonreír de más. Cuando noto que todos están demasiado desinteresados en mí, y siguen saliendo de la habitación, observo a Cara, dejando de sonreír. Ella toma los listones que cuelgan de los globos de gas, y los amarra rápidamente en los tubos de la camilla, sus dedos se mueven nerviosamente cuando la miro sin apartar la vista de sus movimientos veloces y esquivos. Cara se mueve incomoda e intenta sonreír.

— ¿Está todo bien? — Pregunto curiosa. Ella asiente todavía haciendo un nudo alrededor del



tubo. Sus ojos se mueven inquietos. Da una vuelta con el listón y aprieta con fuerza, haciendo que sus nudillos se aprieten y se vuelvan blancos por unos segundos.

—Sí. Todo bien. — Sus dedos largos dejan el listón y me mira con pena, como si yo necesitara de su lastima. —Me alegro que estés aquí. — Dice.

Por un momento, quiero levantarme de la camilla y alcanzar sus brazos delgados y abrazarla. Acurrucarme en su pecho y llorar con fuerza. Cara es mi mejor amiga, y cuando supe que murió, una parte de mi mundo se había quebrado en cientos de pedazos, rompiendo y haciendo una gran herida en mi corazón. Pero otra parte de mí me detenía, ella estaba aquí, viva, como un espectro de fantasma del pasado, del cual, todos la podían admirar. Y sin embargo, todavía no podía definir qué era lo que estaba pasando, tenía la certeza de que algo andaba mal, porque en cierta parte, mi mente sabía lo que pensaba y mi cerebro estaba tan seguro de lo que había pasado era verídico y existente. Ella podía ser una traidora, podía ser la cómplice de mi madre si todo lo que considero real fue cierto. Así que no debo de confiar en Cara. Ni pensarlo.

— ¿De qué hablas? — Junto mis cejas, y después, le muestro mis dientes de una forma cínica y risueña al mismo tiempo, sin parecer demasiado maniática y chiflada. —Siempre estuve aquí, ¿no?

Ella se tambalea cuando suelta uno de los globos de gas, se sacude un poco y con la mirada fija en mí, asiente con seguridad, confiando en ella misma.

—Sí, por supuesto. — Sus labios tiemblan cuando ella intenta hacer una sonrisa liviana. —Te veo después, ¿De acuerdo?

—Claro. — Respondo. Ella da un paso atrás, retrocediendo ágilmente, hace un gesto con la cabeza, despidiéndose de mí. Le regreso el saludo y ella sale disparada de la habitación. Para ese tiempo, ya todos han salido, su cuerpo larguirucho desaparece cuando gira hacia la derecha, saliendo totalmente del cuarto casi solo.

—Siento no haberte avisado, pero han estado aquí desde ayer y no podía hacerlos esperar. — Dice mi madre acercándose hasta mí. Sus ojos siguen rojos e hinchados, y sin poder evitarlo me siento mal por ella. Pero es una clase de lastima, de rencor.

—Está bien, mamá. — Susurro. —Hiciste bien.

— ¿Qué te parece si empezamos con los análisis para que puedas irte? — Agrega el doctor con voz fuerte y clara. Al segundo en que termina, estoy asintiendo con gusto.

—Nada me alegraría más.

Repentinamente, siento una amargura terrible al imaginar y reproducir las palabras del doctor. Ella creó una vida mientras estaba en el coma. Tiene esquizofrenia, Emma. Por un momento creo en sus palabras, sé que no es lo correcto, pero mi mente lo hace automáticamente que es imposible detener las palabras resonantes en mi cerebro. Es como si una parte de mi estuviera desistiendo, creyendo aquellas palabras tan duras y tan apresuradas para mí. Cierro los ojos y los aprieto con fuerza. No debería pensar en eso, no debería creerles. Debo investigar qué fue lo que sucedió y proseguir con mi plan.

Así que creo una nueva regla, algo que me ayudara por el resto de mi vida: No confiar ni creer en nadie. Ni siquiera en mí. Y por supuesto, seguir creyendo en Alex. Porque estoy segura, que él es real.

\*\*\*

Estoy sentada en la camilla, los pies cuelgan de ella, meciéndose hacia delante y hacia atrás. Ya tengo mi ropa puesta, ninguna bata blanca esta sobre mí, y eso me hace sentir liberada de cierta forma. Llevo una blusa de tirantes de color blanco con un suéter de algodón del mismo color, los jeans de mezclilla se sienten algo flojos, he bajado por lo menos tres o cuatro kilos de peso. Miro hacia arriba, esperando a que el doctor Richard regrese a la habitación y de la buena noticia. El es el único que puede darme de alta, así que estoy ansiosa por que su cuerpo redondo y sus canas plateadas entren a la habitación iluminada y sofocante. Mis ojos se mueven inquietos en la habitación en la que he estado por más de dos semanas, análisis tras análisis.

Habían sido las dos semanas más duras de mi vida, principalmente porque Alex no se había mostrado ni una sola vez. Era como si él no existiera, como si la tierra se lo hubiera tragado y hubiera desaparecido de la faz de la tierra, y eso me asustaba, hacia que entrara en pánico, que el corazón se me apachurrará y que el estomago se me retorciera constantemente. En la primera

semana había agotado todas mis esperanzas en él, estaba volviendo a creer en el diagnóstico del doctor, debatiéndome conmigo misma, dudando de los hechos acontecidos. Pero a la noche siguiente, había ocurrido algo extraño y fantástico, Alex había aparecido en mis sueños con esa sonrisa tierna y bromista que tenía. No había dicho nada, ni siquiera se había acercado a mí. Pero él estuvo en ese sueño, sus ojos cafés mirándome con astucia, gritándome con la mirada cosas que ninguna persona en el mundo lograría entender si estudiara aquello, incluso su mirada era más misteriosa que la pintura de La Gioconda de Leonardo da Vinci. Más conocido como La Mona Lisa.

Él fue más bien como una sombra. Instantáneamente, cuando desperté, supe que él había tratado de decirme algo, pero que hasta ahora no lo había logrado descifrar. Él solo estaba recargado en el marco de la puerta de su habitación sin moverse y sin hablar. La primera cosa que pensé fue que Alex quería que fuera hasta allá. Pero lo descarté, porque no estaba tan segura de que esa habitación fuese la suya. La imagen había sido borrosa y distorsionada cuando desperté, pero era seguro... Él quería que fuera algún lado donde había una puerta. Lo gracioso era que... ¡En todos los malditos lugares había puertas!

—Buenas noticias. — Dice el doctor interrumpiendo mis pensamientos. Él lleva su bata abrochada, en sus manos, lleva una tabla con papeles blancos y llena de palabras con tinta. Lo observo mientras él entra a la habitación deslumbrante.

— ¿Qué hay doctor? — Mi madre deja su teléfono en el sillón y se concentra en la tabla que él lleva.

—Hanna puede irse a partir de ahora. Estas dadas de alta oficialmente. — Sonrío involuntariamente, sintiendo un alivio increíble en mi cuerpo. Incluso mis músculos rígidos comienzan a suavizarse. —Solo tienes que firmar unas cuantas hojas y podrán irse.

Él estira su mano, entregándome la tabla en donde se encuentran las hojas blancas.

—Genial. — Digo maravillada. Estoy tan ansiosa de salir de aquí que ni siquiera pregunto donde debo poner mi firma, tomo la tablilla dando un salto de la cama y tomo una pluma negra que él me tiende, sin pensarlo dos veces comienzo a poner mi firma en la línea inferior de la derecha en donde mi nombre luce impecable. Firmo unas cinco hojas, tan rápido como mis dedos pueden moverse.

—Me di gusto tenerte por aquí. — Dice él. —Estoy satisfecho con el trabajo que hiciste. — Le entrego la tablilla y le doy la pluma a mi madre para que ella firme antes de tiempo. Ella toma la tablilla y después toma la pluma que le doy.

Miro al doctor Richard con amor, apretujándolo con mis ojos cristalizados. He pasado tanto y tan poco en esta habitación, que me da nostalgia dejarla. Él me ha estado apoyando mucho en cuestiones medicas, incluso hablo a espaldas de mi madre sobre mi esquizofrenia. Comento que a veces dudaba que yo tuviera ese trastorno, pero que me recomendaba ampliamente a que fuera con un psicólogo para que atendiera mi caso y descifrara que es lo que pasaba conmigo y mi mente. Había sido un amigo para mí y estaba eternamente agradecida con él.

—Gracias, doctor. — Digo con tono nostálgico. Los ojos humedeciéndose apresuradamente.

—Denme un momento, esta pluma no sirve. — Dice mi madre mientras agita la pluma entre sus dedos. Niega con la cabeza y lanza la pluma al sillón en donde se encuentra su bolso y su teléfono que no ha dejado de sonar en todo el soleado día. —Iré a buscar una a la recepción, ya vuelvo. — Mueve sus pies por el piso resbaloso y sus tacones hacen ruido por todo el cuarto. Ella se ha duchado, e incluso ha vuelto a planchar su falda negra y a reacomodado su cabello en un chongo. Gira hacia la derecha y su figura desaparece.

— ¿Doctor? — Digo cuando ya no puedo escuchar los tacones de mi madre. — ¿Quién era ese tipo? — Pregunto sin parecer demasiado interesada. El frunce su ceño, sin comprender. Las arrugas se arremolinan en su frente y se vuelven más rigurosas.

— ¿Cuál tipo? — Pregunta.

—El que me atrapó cuando intente escaparme, el tal Jared. — Digo minuciosamente, su nombre suena tan ronco en mi boca que me sorprende. Mis dedos vuelven a sentirse como la mantequilla.

Él sonríe, malinterpretando.

—Oh, Jared. — Él hace un gesto pícaro, levantando sus cejas con compresión y picardía. —Es

mi hijo. ¿Qué hay con él?

—Nada. — Contesto sin parecer segura de mis palabras. —Tenía la simple curiosidad.

—Puedo darte su número de teléfono, si es lo que quieres. — Agrega.

Grito en mi interior, ahogándome con mi propia saliva cuando intento tragar.

— ¡No! — Exclamo con tono sofocado, casi horrorizado, sintiendo mis mejillas calientes y coloradas. ¡No es eso lo que estoy pensando! ¡No me interesa nada con él! Me aclaro la garganta, recuperando mi postura relajada y suspiro. —Yo solo quería saber que hacia aquí.

—Servicio social, supongo que eso le vendría bien con su actitud.

— ¿Actitud? — Frunzo mi ceño sin comprender.

Él suspira, como si le hubiese dicho que me contará la peor experiencia de su vida. Resopla una vez más, y niega con la cabeza, pareciendo desilusionado.

—Jared es ese tipo de chico malviviente, Hanna. Sus calificaciones son tan desagradables que me duele cuando miro su boleta con números marcados en rojo, en el instituto no recibo más que quejas y reportes. Jared se gana la vida en peleas callejeras y corriendo autos veloces, así que si estas evitando ese tipo de chicos, te recomiendo que te alejes de él. No es una persona de fiar.

— Sus ojos se vuelven oscuros por unos momentos y se sacude, volviendo a la vida. Mirándome con afecto.

—Nadie es de fiar, querido doctor. — Digo en un susurro cuando mi madre entra a la habitación sonriendo ampliamente. Las comisuras de sus labios tan elevadas que me recuerdan a mi cuanto estoy intentando sonreír forzosamente.

Me siento vacía. Tan vacía como un agujero profundo y oscuro del que no puedo salir, es incluso peor que el estado del coma, en donde no podía moverme. Es como si hubiera un hueco dentro de mí. Como si todos los órganos, los huesos e incluso los músculos hubieran abandonado todo mi organismo, dejándome sola y a mi suerte. He estado intentando llamar a Alex durante todos los días, a cada hora y a cada segundo. Pensando en él.

Pero no hay respuesta, nunca lo hay. Tengo la sensación de que él no va volver. Y eso hace que me sienta tan vacía como un túnel abandonado. Tan indefensa y tan vulnerable al mismo tiempo. Las lágrimas se arremolinan en mis mejillas y sollozo contra la almohada, sofocándome yo misma mientras aprieto mi mojado rostro contra la tela acolchonada. Estoy en mi cuarto. No el cuarto de Canadá, estoy en mi antigua casa, en la que he vivido durante diez años, y en donde, en mi "historia" fue vendida para irnos a Canadá. Todo parece volverse en mi contra. Confundirme más y más.

Chillo en silencio, las lagrimas deslizándose por mis mejillas tan rápidamente que no las detengo ni me interesa limpiarlas, estás solas se unen a la tela de la almohada, secando mis mejillas parcialmente. Estoy tan asustada de lo que puede pasar, que me niego a moverme de aquí. He estado llorando por otra semana más, alejándome de las personas, fingiendo que estoy cansada y enferma.

Pero no es así.

Siento el dolor en mi pecho. Clavándome cientos de espadas filosas en todas las partes posibles de mi cuerpo. Los cuchillos filosos se clavaban cada vez más profundo, llegando hasta la superficie de mi corazón partido y desmoronado. La respiración se ha vuelto una tarea difícil en los últimos días, apenas puedo moverme y formular palabras coherentes. Mis respuestas son tan cortas como los monosílabos; "Sí" "No" "¿Qué más da?"

Ni siquiera sé si "¿Qué más da?" es un monosílabo.

No he hablado con nadie, ni siquiera con Cara. Había evitado todo tipo de contacto físico con las personas para evitar que ellos vieran el lio en el que estaba metida. Ella ha estado insistiendo en que debemos salir a algún lado, pero yo me rehusó. No puedo hacerlo. No quiero. Ella no me sirve de consuelo. Alex era el que alegraba mis días, y ahora no estaba. No tenía con quien hablar o con quien bromear. Ni siquiera pensaba en mi bienestar, no me importaba, realmente. Y

sonaba ridículo. Yo lo sabía. Sabía que me estaba comportando como una niña caprichosa. Pero simplemente no podía superarlo, despertar en esa cama, con aparatos enredados por todo mi cuerpo, y ver a mí alrededor había sido abrumador y agobiante. Y para colmo, Alex no estaba.

Me levanto de un salto y me doy una bofetada yo misma.

—Basta, Hanna. Llorar no te servirá. — Digo en voz alta. El sonido de mi voz suena agudo y doloroso. —Tienes que hacer algo.

Entonces, miro mi computadora, tan inmóvil en el escritorio de madera opaca pintada de un color blanco seco, y camino hasta allá. Si Alex es real, entonces el mensaje que él me dejó debe de estar ahí, ¿Verdad?

Mis pasos son lentos en la habitación, tan silenciosos como una respiración. Camino mientras me enjuago las lagrimas con mi suéter color naranja, el suéter es rasposo al tacto, esta tan mojado que incluso limpia mis mejillas pegajosas. Me siento en la silla, y enciendo la computadora apretando el botón de encendido. Inhalo con pesadez, volviendo los mocos a su lugar. Unos segundos después, el logo de la maquina aparece cuando la pantalla se enciende. Espero unos momentos a que el explorador se cargue y pueda entrar a Internet. En el fondo de la pantalla hay una imagen de un castillo, ni siquiera sé cómo llegó ahí.

Suspiro mientras le doy clic a la página de facebook. La pantalla abre la pestaña y rápidamente escribo mi correo y mi contraseña. Le doy clic en "Iniciar sesión" y mi perfil automáticamente se abre.

Mis dedos comienzan a sudar frenéticamente, llenando los botones del teclado con sudor.

Tengo más de cien mensajes. Abro el primero, y como sospechaba, es un mensaje de buenos ánimos para que me recupere, el mensaje está lleno de caritas felices, una tras otra, luego texto y más texto, casi como un testamento. El mensaje no tiene más de un mes. Fue enviado a finales de diciembre. Lo cual es extraño. Diciembre fue la fecha en que sucedió todo ese lio. Y ahora... estamos a finales del segundo mes del año. Si estuve en coma por tres meses, debo suponer que mi estado en coma comenzó en diciembre, en los primeros días, ¿Cierto?

¿Por qué ese mensaje está escrito hace dos meses?

Veo los demás mensajes, todos con el mismo objetivo, y para mi sorpresa, empiezan desde el mismo día en que el primer mensaje fue enviado. Incluso tengo mensajes de hoy. Pero los ignoro. Esos no me importan tanto. Tengo uno en específico, y ansió con toda mi alma, que el mensaje este ahí.

Cruce lo dedos de la mano izquierda y con la mano derecha, deslice mi dedo por la pequeña bolita del centro del mouse. Baje y baje, leyendo mensajes de personas que ni siquiera conocía. Al ver que el nombre de Alex no aparecía y la fecha en que lo había enviado se acercaba, comencé a asustarme. Mi decepción fue rápida y delirante.

El mensaje de Alex no estaba.

Reprimo un gemido frustrado y me hundo en el escritorio. La mesa de madera esta cálida, ni fría, ni caliente, así que me quedo ahí mientras pienso en algo razonable. ¿Quién pudo haber borrado los mensajes? ¿Mi madre? ¿Alex, tal vez? Niego con la cabeza, levantándome de nuevo sin darme por vencida. Intento buscar su perfil en el buscador de la página, pero cuando tecleo su nombre, el mensaje de error aparece tan de pronto que me hace sobresaltar. No hay ningún Alex Crowell en el buscador. Ninguna pista de él. Ningún mensaje. Nada.

Mi madre. Pensé. Ella pudo entrar a mi perfil y borrar los mensajes, pero ¿Cómo? ¿Ella sabría de Alex, entonces? No, es ridículo. Ella ni siquiera sabía mi contraseña. Y siempre, siempre, respetaba mi privacidad, pero, sino era ella, entonces ¿Quién?

Cierro la sesión y abro una nueva pestaña entrando al buscador de Google. Tecleo en la barra de búsqueda "Familia Crowell" en cuanto doy clic, un montón de páginas se abren frente a mis ojos, comienzo a mover el mouse y a leer los encabezados de las páginas que sobresalen de las demás. Con rapidez muevo mis dedos y doy clic en varios títulos, pero cuando la página se abre y muestra a una familia oriental, cierro la página de inmediato. Y así me voy con todas las páginas, una tras otra, abriendo páginas de familias totalmente desconocidas, sin encontrar nada de la muerte de Alex y de su misteriosa familia. Parece que no existen. Y eso me frustra de una manera increíble.



— ¿Hanna? ¿Estás ahí? — Mi madre toca la puerta, haciendo la misma voz suave y lisa que ha hecho durante toda la semana que he estado aquí. — Recuerda que hoy regresas al instituto. — Doy un brinco. Lo olvide completamente. — Y ya vas retrasada. — Anuncia con el mismo tono.

Me aclaro la garganta y me tallo los ojos, desapareciendo todo rastro de lágrimas secas.

— ¡En cinco minutos bajo! ¿De acuerdo? — Grito levantándome de la silla, casi tropezándome con las patas de plástico de la silla rodante. Ella tarda un momento en responder y entonces escucho como suspira con resignación.

— Date prisa, ya perdiste el autobús, tendré que llevarte, iré encendiendo el auto. — Me avisa. Corro hacia el closet y jalo lo primero que veo. Tomo una chaqueta de cuero negro y una blusa del mismo color, tomo unos pantalones gastados de mezclilla, jalo de mi blusa y me pongo la que escogí hace unos momentos, mientras me acomodo la blusa busco unos zapatos cómodos y flexibles, encontrando mis zapatillas de agujetas blancas. Tienen un par de suciedad en las plantillas, pero supongo que así se ven mejor. Quito mi pantalón, deslizándolo por mis piernas tan rápido como puedo, la mezclilla se siente rigurosa en mi piel y jalo con fuerza, una vez que esta fuera, tomo el pantalón rasgado y meto cada uno de los agujeros a mis piernas pálidas. Corro hacia el baño y lavo mi cara con el agua fría, salpicando mi camisa blanca. Las gotas se deslizan por mis mejillas, legando hasta mi mandíbula para después caer en el lavabo del baño. Levanto la mirada y gimo.

Estoy hecha un desastre. Tengo los ojos tan rojos e hinchados que el maquillaje no servirá de nada. Peino mi cabello, dejándolo suelto y atrás de mis hombros, abro el cajón que está pegado a la pared, más arriba que el lavabo y saco todas las pinturas, esparciéndolas por el lavabo. Pongo una cantidad increíble de polvo en mi rostro, cubriendo principalmente las manchas oscuras que hay debajo de mis ojos. Luego, rímel en las pestañas y me miro en el espejo.

Mucho mejor. Las manchas se han ocultado mejor de lo que esperaba.

— ¡Hanna! — Gritan desde la primera planta. — ¡Vamos!

— ¡Ya voy! ¡Ya voy! — Gruño con fuerza. Todavía no me acostumbro a su presencia, pero estoy intentando parecer fuera del lugar para que ella no sepa que estoy investigando sobre los Crowell.

Lavo los dientes con rapidez y me enjuago a la velocidad de la luz para después salir disparada de la habitación hecha un rayo. Mi mochila cuelga de mis hombros, bajo las escaleras de dos en dos y cuando llego al último escalón, tomo una manzana roja que está en la mesa con marcos redondos de la cocina. Cuando salgo de la casa, mi madre ya está arriba del automóvil.

Es una suerte que ella sea la directora. Si llegó tarde, ella me deja entrar.

Favoritismo, por supuesto.

—Vamos retrasadas, ponte el cinturón. — Me ordena mientras quita el freno de mano y pone la primera velocidad. Hago lo que me pide, y ella acelera cuando el cinturón está en su lugar. Las llantas chillan y el auto comienza a avanzar. Mi madre jala la palanca, poniendo la segunda velocidad.

Durante el trayecto nadie dice nada, apenas pasan diez minutos y ella ya está girando por la calle en donde está el instituto. Los chicos voltean asombrados hacia el auto, mirándome con los ojos abiertos, sin comprender que es lo que pasa y sintiéndome incomoda, me hundo en el asiento del copiloto, escondiéndome de las miradas sorprendidas.

Este va a ser un mal día. Lo presiento.

—Te traeré de regreso, ¿De acuerdo? — Estaciona el automóvil en su lugar reservado y apaga el motor. Su rostro se gira, mirándome con una de sus cejas levantada.

—Puedo regresar yo sola, mamá. — Le digo pareciendo irritada.

—Pero yo puedo llevarte, no quiero que tengas otro accidente. Ahora que te tengo conmigo debo de protegerte más. — Contesta con tono serio, casi preocupado.

Miro hacia la ventana, retirando mi rostro.

— ¿Aquí a las dos? — Pregunto en un susurro.

—Sí.

—Está bien, te veo aquí, entonces. — Corroboro mientras comienzo a abrir la puerta del copiloto, todavía sin regresar la mirada. Cuelgo mi mochila en mis hombros y me dispongo para salir.

—Ten un buen día. — Dice mi madre mientras salgo del automóvil. Mis pies pisan el cemento del estacionamiento y reprimo un suspiro ahogado. Parece que no he estado aquí durante mucho tiempo. Es como si me hubiera perdido durante una década y ahora estaba aquí... frente a miles de personas que apenas conocía.

—Igual tú. — Respondo cerrando la puerta del copiloto sin llamar la atención.

Camino por los pasillos del instituto, son tan iguales a como los recuerdo. Las paredes blancas con líneas azules en el centro de ellas, expandiéndose hasta el final de forma horizontal. Muevo mis pies, acelerando mis pasos, miro hacia atrás, perdiendo de vista a mi madre y a su automóvil. Vuelvo la mirada hacia el frente y sigo caminando. Lo hago con rapidez, sin querer toparme con alguien y explicar que fue todo lo que me paso y sonreír dolorosamente durante varios minutos. Cuando doy un paso dentro del instituto, alguien murmura algo que no logro escuchar y todos giran sus miradas hacia mí. Mirándome con profundidad. Todos poniendo su atención en mí. Me detengo de golpe, sin atreverme a mirar a alguno a los ojos. Muevo mi mirada inquieta por el pasillo y chillo en mi interior. Quiero retroceder, regresar al estacionamiento y volver a casa. Dar un paso hacia atrás y llorar por el resto del día en cuanto reconozco esas miradas burlescas, sofocándome de inmediato.

Trago saliva, el dolor se hace fuerte, como si me hubiera comido la manzana roja que tome de la cocina de un solo mordisco. Mi garganta se queda sin aliento y como si tuviera zapatos de cemento, sigo avanzando.

Las chicas se juntan en grupos, recargándose en los casilleros azules, mirándome con curiosidad y con desprecio al mismo tiempo. Sus cabellos están perfectamente peinados a comparación del mío, e incluso sus ropas son mejores que las mías. Fugitivamente me arrepiento de no haber elegido correctamente mi atuendo. Debo de verme como un vagabundo. Suspiro con resignación,

con el pecho latiéndome a mil por hora. Un grupo susurra algunas cosas que no logro escuchar y se ríen cuando paso en frente de ellas, casi a propósito. Mis mejillas comienzan a sentirse calientes.

— ¡Hey! — Grita alguien con una sonrisa torcida. — ¿No es la chica que ve fantasmas, Jared? — Pregunta con una muy cínica sonrisa. Lo veo entre la multitud, recargado en uno de los casilleros del centro. Todo es silencioso, deseo con toda mi alma que todos vuelvan a su rutina y aparten sus ojos curiosos de mí. Lo observo sin pestañear, aturdida por su comentario. Es un chico castaño con pecas en las mejillas, lleva una chaqueta negra de cuero, y sus pantalones negros se ajustan a su cintura bien marcada, incluso con más curvas que la mía. Es alto y robusto, sus músculos están perfectamente marcados y fornidos. Su sonrisa es espeluznantemente torcida. Hay dos chicas a sus costados, sonriendo con malicia mientras me miran, ambas castañas, con grandes escotes y con perfumes con olor a fresas y a uva, sus ojos miran de él hacia a mí.

¿Jared? ¿El mismo Jared del hospital?

—Nadie más que ella, Max. — Responde Jared desde el lado paralelo de los casilleros. Una chica de cabello rojo hasta la cintura se aferra a él con sensualidad. Sus labios están rojos e hinchados, y sus pechos se pegan tan fuertes que me duele. Jared se apretuja al cuerpo de la chica, tomándola de la cintura con fuerza, pegando sus anatomías sin dejar el mínimo espacio entre ellos. Su tatuaje en el brazo izquierdo se ve más tonificado y profundo, ahora sé que es. Una calavera con sombras. Su cabello oscuro descarado esta revuelto, y aunque duela decirlo, él es muy atractivo. Lástima que su actitud sea una mierda. Las chicas lo miran con el labio entre los dientes y él las ignora, mirándome con potencia. Sus ojos queriendo ver a través de los míos.

No, maldición. Es Jared, el tipo del hospital. Él vio todo.

—Así que eres la chica esquizofrénica, ¿eh? — Pregunta el tipo llamado Max con una sonrisa arrogante. Las chicas comienzan a babear por él cuando abre la boca para decir una total estupidez. Giro mis ojos, poniéndolos en blanco por una milésima de segundo.

— ¿Y a ti que te importa? — Mi voz sale fuerte, mis ojos fulminándolo con la mirada. —Metete en tu vida. — Gruño con voz ronca, haciendo que todos vuelvan sus miradas hacia mí. Al segundo me arrepiento de mis palabras. Solo quiero irme de aquí. Defenderme solo empeorara las cosas. Ellos seguirán molestándome si les doy cuerda. Doy un paso hacia adelante, ignorándolos.

—Tengan cuidado chicos, escuche que las personas esquizofrénicas tienen delirios frecuentemente. — Se burla Jared, acompañando a su amigo Max. Me detengo de nuevo, con mis latidos acelerados y dolorosos en mi pecho. Quiero golpearlos en su bello y suave rostro. Tomo aire, controlándome.

—Yo no tengo esquizofrenia. — Replico con el ceño fruncido, sintiéndome impotente y nerviosa con todas las miradas encima de mí organismo.

Jared se ríe con fuerza. Burlándose de mí.

—Mi padre me lo dijo. Y yo te vi, intentaste suicidarte. — Ataca con sonrisa burlona, todavía más arrogante que la de su amigo Max. La sangre se eleva hasta mi cabeza, acumulándose en mi rostro encolerizado y lleno de furia. Aprieto los puños.

— ¿Por qué no te callas? — Digo con rabia, sin apartar mi mirada de él. —Tú no sabes nada. — Gruño furiosa, mis nudillos volviéndose blancos a un lado de mis costados. Aprieto mi mochila a mi cuerpo sudoroso y suplico porque algún profesor llegué a mi rescate. Estoy sintiendo mis músculos explotar. Están tan rígidos que apenas puedo moverme.

— ¿Por qué no nos dices como se llama ese novio tuyo que no existe? — Su sonrisa se amplía, mostrando sus dientes filosos y blancos. — ¿Cuál era su nombre? — Él levanta la barbilla, retándome a que lo mire. — ¿Alex? ¿Alex Crowell? — Sus ojos brillan con intensidad.

— ¡Cállate! — Grito llena de ira. Mis nudillos se aprietan todavía más, doliendo con intensidad.

—Así que Alex, ¿eh? — Repite. Todos sueltan unas risitas estúpidas. —Estoy sorprendido. — Dice Jared levantando una ceja, fingiendo sorpresa. Abriendo sus ojos oscuros.

—Basta. — Susurro. Mi cabeza está dando vueltas y estoy tratando, realmente, tratando de controlarme, de alejar las imágenes de mi puño golpeando su precioso y admirado rostro, rompiéndoles la nariz. Gimoteo en voz baja, apretando mis ojos para poder respirar con estabilidad. Toda la cordura comienza a perderse. ¡Nadie puede hablar mal de Alex! ¡No frente a mí!

—No. — Replica Jared, alejándose de la chica pelirroja. —Debemos avisarles a todos la clase de persona que eres. — Me mira con asco. Más alumnos del instituto comienzan a reunirse, dejándonos a Jared, Max y a mí en el centro. Siendo la atención de todos.

—Soy una persona normal, Jared. No tengo problemas con mis calificaciones, o corro en las noches en los barrios para escapar de mi asquerosa vida. — Las palabras salen de mi boca sin poder detenerlas. Max abre los ojos como plato, mirando con expectación a Jared.

Él aprieta la mandíbula, dando un paso hacia mí.

— ¿Qué? ¿Y tú que sabes de mi vida niñata? — No me muevo de mi lugar, no porque estoy congelada o pegada en el piso, sino que él intenta intimidarme dando un paso más cerca de mí. Oculto mi nerviosismo y levanto mi barbilla, segura de mí misma, o al menos, intentando parecer que lo estoy. El pasillo se vuelve cada vez más silencioso y tenso. Lo reto con la mirada, temblando por dentro.

¿Por qué nadie hace nada? ¡Son dos chicos contra una chica!

— ¿Y tú que sabes de la mía? — Contraataco. Max pone una mano en la cintura de una de las chicas castañas, mirando con diversión a la escena que se desarrolla frente a él y a cientos de estudiantes curiosos.

Genial. Ahora soy la chica esquizofrénica. Solo esto me faltaba para que mi vida diera un giro en menos de tres meses. Se había vuelto tan impredecible. No me sorprendería que algo extraño pasara en los siguientes minutos.

—Científicamente, sé más que tú. — Declara con tono filosófico, con la barbilla bien alta, pero con la mandíbula apretada, las venas de sus brazos saltándole repentinamente. Él está muy furioso.

El doctor Richard no le dijo nada, ahora cálmate. El no le contó sobre tu madre. Me digo a mí misma, convenciéndome.

— ¿Sabes qué? Tú y tu amiguito pueden irse mucho a la mierda. No me importa lo que digan. — Declaro, soltando aire por la boca mientras aflojo mi agarre de la mochila. Me enorgullezco de mí misma cuando comienzo a estabilizar mi pulso acelerado. Lanzo un resoplido liviano y sonrió.

—Cuida tu vocabulario, no sabes con quién te metes. — Jared me mira ceñudo, con los labios apretados. Saca su lengua y los humedece, y seguidamente, da otro paso hacia adelante, quedando más cerca de mí.

—Que irónico. — Me defiendo. —Creo que acabas de decir que tengo tendencias esquizofrénicas. — comienzo a decir con alegría, luego frunzo mi ceño, pareciendo confusa. — ¿Qué fue lo que dijiste? ¿Qué tenía delirios? — Hago una pausa dramática, llamando la atención de todo el mundo. Ellos comienzan a asustarse por el tono atípico de mis palabras fuertes. —Bueno, supongo que ahora estoy delirando y ¿Sabes qué?, tengo muchas, muchas ganas de poner una navaja en tu cuello. — Yo misma me asusto de mis palabras, pero no retrocedo. Jared tampoco. Max, por el contrario, se aprieta al cuerpo de la chica castaña, poniendo un rostro serio.

— ¿Qué vas a hacernos? — Dice Max en tono retador, con la mirada seria y fija sobre mi rostro. Y luego, da un brinco hacia atrás, levantando las manos en el aire y fingiendo que esta temblando mientras hace una cara de horror. — ¿Acaso tienes telequinesis, Hanna? — Sus ojos se abren con miedo fingido, y después sonrío, volviendo a su postura rígida.

Gruño, apretando mi mochila aún más. Esto realmente me está sacando de mis casillas. Ellos deben parar ahora.

—No seas idiota, Max. — Refunfuño sonriéndole, soltando una pequeña risita desquiciada. —Si yo tuviese telequinesis, haría que ese reloj.... — Levanto mi mano, señalando con mi dedo índice el reloj que cuelga encima de su cabeza, bien soldado a la pared. Él levanta su mirada, aterrorizado, abriendo sus ojos como plato cuando sigue con la mirada la dirección a la que apunta mi dedo. —Haría que se golpeará con tu hueca cabeza. — Finalizo sonriendo.

Al segundo en que termino, algo cae. Hay gritos ahogados, y luego, un estruendoso ruido resuena por las paredes paralelas del corredor del instituto. Doy un paso hacia atrás, retrocediendo instantáneamente en el momento en el que el golpe resuena en mis oídos agudizados. Grito en mi interior, viendo la escena espeluznante que se presencia frente a mí. Hay

unos chillidos aterrorizados y unos gritos de miedo puro. Aprieto los ojos y los vuelvo a abrir, reponiéndome del sonido adormecedor. Max esta en el piso, tirado completamente y sin fuerza alguna en su organismo flácido. El reloj que se encontraba perfectamente soldado a la pared ha caído encima de su cabeza, haciéndolo caer repentinamente. No hay sangre a su alrededor.

Me quedo en shock. ¿Qué demonios paso? ¡Yo no lo hice!

— ¡Max! — Grita Jared girando sobre sus talones, moviendo sus caderas anchas, pero todavía sin dar un paso hacia él. Está tan estupefacto como los otros estudiantes que no se mueve al instante. Las chicas que estaban a los costados de Max están misteriosamente ilesas, aunque sueltan alaridos chillantes mientras miran el cuerpo desvanecido de Max.

Chillo.

—Tú. — Jared me señala con sus ojos llenos de furia descontrolada. Doy un paso hacia atrás, asustándome por su mirada acusadora. —Tú fuiste. — Los rostros confusos y espantados de los alumnos vuelven a enfocarse en mí figura rígida y nerviosa. Contengo el aire en mis pulmones.

— ¡Yo estuve todo el tiempo aquí! — Suelto con toda la sinceridad. Porque es verdad. Yo no hice que el reloj cayera encima de Max. Eso fue solo... ¿Coincidencia? —Todos lo vieron, yo no me moví de aquí, ¿Cómo puedes acusarme? — Murmuro dando otro paso hacia atrás. Retrocediendo con cada palabra que doy. Él me mira, sin decir nada. Porque sabe que lo que digo es verdad. Yo no hice nada. No pude moverme tan rápido y zafar el reloj perfectamente unido a la pared.

—Pero tú lo has dicho, todos lo hemos oído. — Él dio un paso hacia adelante, mucho más cerca de mí, un paso tan largo que un metro de distancia nos separaban. Jared se había vuelto más grande en tan solo dos segundos. Su cuerpo se había vuelto más fornido y sus hombros estaban tan anchos que con tan solo abrazarme y apretarme en sus brazos, me sofocaría y me asfixiaría al instante.

— ¡Llamen a la enfermera! ¡No reacciona! — Veo de soslayo sobre el hombro musculoso de Jared y veo que la chica castaña que hace unos segundos estaba a un lado de Max. Ella es la que grita con angustia. Sus rodillas se apoyan en el piso del instituto, mientras ella mira con horror el cuerpo tirado de Max.



Suspiro.

Tengo que irme. Salir de aquí antes de piensen que soy una loca. Pensar en lo sucedido. Analizarlo. ¿Cómo es que mis palabras hicieron eso? ¿Cómo es que el reloj cayó encima de Max cuando las palabras salieron de mi boca? ¡No hay explicación!

—Vas a pagar por esto, Hanna Reeve. — Dice él.

— ¿Cómo sabes mi nombre? — Pregunto abriendo los ojos con suma confusión, retrocediendo otra vez.

—Tu archivo. ¿Con quién crees que hablas, niñata? — Sus ojos se hacen más oscuros. Como si su pupila ocupara todo el iris del ojo. La retina se ven tan roja, que parece que estuviera inyectada con sangre. Él se mira demasiado aterrador, excesivamente intimidador.

—Yo no hice nada. — Vuelvo a decir con seguridad. Todos se alejan, ignorando nuestra platica mientras se acercan hacia donde esta Max, arremolinándose a su alrededor cuando ven que Jared no me golpeará. ¿Por qué tendría que hacerlo? Probablemente si yo fuera un chico, ya estaría tirado en el piso y con la nariz sangrada. El doctor Richard tenía razón, debía alejarme de los tipos como Jared. Y él era tan... arrogante y presumido, que haría cualquier cosa para averiguar qué era lo que estaba pasándome. Y eso era un problema. No quería más nombres en la lista. Jared solo sería una dificultad en mi camino sino me alejaba de él. —De todos modos, lo siento, ¿De acuerdo? — Me disculpo para no tenerlo de enemigo. Él frunce sus labios. —Siento lo de Max.

—No tienes que disculparte. — Me mira. —Vas a pagar por ello. — Jared da un paso hacia adelante, cortando espacio entre nosotros, pero cuando él abre sus brazos para atraparme y aprisionar mi cuerpo, sus pies se resuelven y misteriosamente él cae al piso antes de que las yemas de sus dedos puedan tocarme. Ni siquiera me alcanza a rozar. Su cuerpo se estrella contra el piso de una manera ruidosa, exaltando a todos los alumnos que estaban alrededor de Max. Gimo en silencio, alejándome. Jared levanta su vista eufórico, sus ojos negros azabaches me miran desde el suelo.

—Tú... — Vuelve a decir desde el piso. Antes de que él pueda levantarse, giro sobre mis talones y corro fuera del instituto, alejándome de las cientos de personas que me siguen con la mirada. De reojo alcanzo a ver que Jared se levanta lanzando maldiciones en el aire, pero para ese momento yo estoy corriendo tan rápido que estoy fuera de su alcance.

Corro más deprisa, sabiendo que nadie me sigue. El viento golpeado a mi rostro mientras la suave brisa deja que mi cabello vuele detrás de mis hombros. Mis piernas son ágiles y jóvenes, así que me muevo rápido y con velocidad, apenas me da tiempo de tomar aire. Respiro por la nariz y suelto el aire por la boca, soltando toda la tensión y la rigidez que llevo adentro. Zigzagueo por el estacionamiento, esquivando los miles de automóviles que están quietos en los lugares de aparcamiento. Escucho a lo lejos como el timbre del instituto suena, el sonido es tan pequeño que apenas lo logro escuchar.

Me detengo en uno de los autos, apoyando uno de mis brazos sobre el metal rojo brillante. Las rodillas me flaquean por unos segundos, doblo mi cuerpo, apoyando mi otra mano en una de mis rodillas para tomar aire correctamente. El pulso de nuevo, es inestable. Mi sangre corre con celeridad, calentándose en mis venas. Tomo oxígeno una vez más y me pongo de pie, poniendo recto a mi organismo exhausto.

¿Qué pasó ahí adentro?

Recupero mi postura y me alejo del automóvil, las huellas digitales de mis dedos se quedan ahí, pero luego se desvanecen con el sudor que queda en mis palmas. Muevo mi cabeza hacia los lados, y luego me giro, regresando mi mirada hacia el instituto para confirmar que nadie me sigue. Cuando mis sospechas son acertadas, sacudo mis manos en mis pantalones rasgados, limpiando todo el sudor pegajoso que se encuentra en mis palmas. Seguidamente, comienzo a caminar hasta la avenida más cerca del instituto para tomar un taxi e irme de aquí tan pronto como fuera posible.

Ahora solo me queda una pista. Y es ahí a donde debo de ir.

La mansión de los Crowell.

=====

## Capítulo 97.

Una mujer de cabello castaño con los ojos profundamente cafés me mira con atención, sus cabellos están sueltos, cayendo en sus hombros, son tan lisos y planchados. Tiene un poco de maquillaje en el rostro bronceado, ni siquiera lleva delineador o alguna de esas cosas. Sus labios son tan rojos que no necesita brillo labial.

—Hanna Reeve. — Dice mientras mira una de sus hojas llenas de tinta. — ¿Es ese tu nombre?

— Me pregunta con una ceja levantada.

—Sí. — Respondo mientras me remuevo en el asiento en el que me ha indicado. La habitación es muy grande, con los ventanales tan altos que incluso llegan a tocar el techo. Hay un escritorio a la derecha, el escritorio es de madera maciza con esmalte muy brillante encima de ella, las sillas están en su lugar, una detrás del escritorio y dos por el frente, pero ahora no estamos en el, hay una pequeña sala con sillones de colores fuertes, casi marrones, y también hay una gran alfombra caliente cubriendo todo el piso. Aquí el clima es tan fresco que no puedes sentir ni frío, ni calor. Solo... Neutral. Sin embargo, siento que me asfixio con su mirada penetrante.

Había sucedido algo que hasta ahora, no había hecho más que darme vueltas y una y otra vez. Cuando salí del instituto y me dirige hacia la mansión de los Crowell había pasado por una crisis paranoica. Y no es que yo fuera exagerada, pero si no hubiera sido por la ayuda del taxista, no sé dónde y cómo estaría. Cuando baje del taxi que me había llevado hasta allá y camine por la zona que conocía perfectamente, supe que algo andaba mal. De nuevo.

La mansión estaba totalmente abandonada. Estaba casi en ruinas, era como si durante muchas décadas nadie hubiera vivido ahí. El pasto que hace poco, en mi "imaginación" había estado verde y fresco, ahora solo era opaco y apagado. Las plantas secas estaban tan cafés y quemadas que no se les daría la oportunidad de volver a crecer, estaban tan grandes que parecía una selva seca por la que debería pasar para llegar hasta la puerta. No había rastro de que nadie viviera ahí. Las ventanas de la mansión estaban quebradas, pero no parecía que alguien hubiera

entrado a robar. No había ni una sola pista de los Crowell.

Estaba tan enfurecida que quería golpear y romper todo lo que había en mi paso. Era como si perdiera todo lo que me mantenía aquí. El oxígeno en vez de ayudarme a estabilizar, de controlarme y calmarme solo hacía que me asfixiara con mi propia respiración agitada.

Era frustrante no encontrar nada de la familia de los Crowell, había intentado por todos los medios posibles y todo aquello de rehusaba a ayudarme. Ni el Internet, ni la mansión, ni ninguna persona habían apoyado en lo absoluto. No sé que sentir, si enojo, decepción o tristeza. Pero de lo que estaba segura, es que todo esto me estaba volviendo demente con tantas interrogantes en mi cerebro, mi cuerpo se estaba alimentando de la poca información que recibía, literalmente. Desde la última semana en el instituto tratando de esquivar las miradas asesinas de Jared, no había estado comiendo debidamente, apenas y probaba algo. No tenía la cabeza en otra cosa, era como si mundo si enfocara en eso y en nada más. Y era... desesperante, alusivo de alguna manera. Me agobiaba pensar que Alex no era real, que nunca había existido en tal caso. Que solo había sido una vil producción de mi imaginación cuando, supuestamente, estuve en coma por un accidente mínimo. Mi madre había dicho que había sido un accidente en el instituto, un golpe cualquiera. En clase de educación física alguien había tirado el balón de básquet con mucha fuerza hacia mi dirección, golpeándome fuertemente. Sonaba ridículo, un golpe de esa magnitud no podía haberme dejado en coma por tres meses. Pero esa había sido su genial y magnífica explicación.

Sí la familia Crowell y ninguno de los miembros estaba aquí y no estaba en su hogar como normalmente lo estaban y en caso de que estuvieran de vacaciones o hubieran salido, el servicio de la mansión hubiera estado ahí, pero no lo estaban. Entonces, si no aparecían en internet como era debido, solo podía significaba una cosa.

Yo había estado en coma y todo era falso. No existía Alex. Yo seguía sin padre y no había Rossie ni George.

— ¿Estás bien? — Una voz me interrumpe. Me veo en la obligación de levantar la vista y sacudirme mientras me remuevo nuevamente en el incomodo sillón.

— ¿Qué? — Levanto una ceja sin comprender lo que está diciendo. Ella se relame los labios y me sonríe cálidamente, como si me entendiera perfectamente.

—Te he preguntado que si estás bien. — Repite con suma preocupación, con los labios torcidos en una débil y sincera sonrisa. Sus cejas son tan gruesas que con un pestañeo, un huracán se aproximaría a la ciudad. Así de metafórico. Eran tan oscuras y voluminosas que me parecían exuberantes y copiosos.

—Sí, aunque no sé porque estoy aquí, ¿Usted lo sabe?

En realidad, ya lo sabía. El comportamiento que según mi madre lo había tomado como inadecuado y extraño desde el día en que había salido del hospital, la había preocupado de una manera maternal. Ni siquiera me la creí al principio, pero cuando la escuché llorar en medio de la noche y con las luces apagadas en su habitación, sentí un apretón en el estómago. Tal vez no había sido la mejor opción, pero tenía sus pros y sus contras. Ella estaría tranquila si yo iba con la psiquiatra, sus llantos pararían y yo no sentiría lastima cada vez que la escuchara llorar, y también tendría más tiempo para analizar lo que estaba sucediendo. Utilizaría a la doctora para fines positivos para mí, ¿Quién sabe? A lo mejor y hasta me ayudaba. Aunque, de todos modos, me serviría de distracción y en las horas de cita, podría faltar e ir a otro lugar para investigar todavía más. En vez de ser una obligación, en un chasqueo de dedos se había convertido en una oportunidad tan cuantiosa que no la desaprovecharía.

Mi madre había insistido en que viera a un psiquiatra, estaba tan metida en esa idea que no tuve otro remedio que aceptar con unas cuantas condiciones. No habría regaños y respetaría mi privacidad mientras yo estuviera en mi habitación. También le había dicho que yo llevaría el auto que había estado en el garaje desde hace dos años, era algo viejo y poco veloz, no levantaba más de sesenta, pero seguro que serviría. Estaba oxidado por la parte de arriba que era donde le daba la mayor parte de calor y humedad cuando llovía. Había sido un regalo de los antiguos dueños, nunca habían vuelto por esa chatarra enmohecida, el auto era bastante ruidoso en la parte trasera que estaba hecha un lío, la pintura estaba por demás, no tenía las más mínimas esperanzas. La maquina estaba lista para ser encendida y echarlo en marcha lo antes posible, solo necesitaría un poco de gasolina y ya estaba.

—Por supuesto que lo sé. Y te digo de una vez, que esto es por ti y por tu salud, queremos que estés bien contigo misma y que aprendas a controlarte en algunos aspectos... — Ella pasa su lengua por su labio inferior y levanta la vista hacia el techo, esperando encontrar la palabra correcta. Sus ojos vuelven a bajar y noto que están más cafés. —Extraños para algunas personas.

—Ya. — Digo poniendo mis manos en mis piernas mientras me inclino para quedar más cerca de ella. —Entonces, yo tengo algo, ¿Extraño? ¿Soy diferente a los demás? ¿Es lo que me quiere decir?

—No, lo que quiero decir es que estas en una fase dificultosa para tu mente y tu salud. Y voy a ayudarte a sobrellevarlo.

Suspiro, volviendo a recargarme en el respaldo del sillón. Ahora se siente más riguroso, más incomodo.

— ¿Mi madre le hablo sobre mí? ¿Qué le dijo? — Pregunto con los ojos entrecerrados, esperando a que su boca se abra y me diga todo lo que mi madre piensa sobre mí. Ya estoy escuchando sus palabras llenas de veneno hacia mi persona. La estoy viendo con su falda perfectamente planchada mientras se limpia el sudor de las palmas en ella cuando se pone nerviosa.

—Emma me habló sobre tus aficiones, lo que hacías cuando eras niña y me dijo cuáles son tus programas favoritos. — Dice mirándome fijamente. La doctora no diría nada que afectara a mi madre. Estaba más que claro. —Mi película favorita también es Monsters, Inc.

Mi mandíbula se aprieta durante unos segundos y muerdo mi lengua con mis dientes. No puedo creer que le haya contado eso. No es que me avergüence, sino todo lo contrario. Esa película es mi favorita por todo lo ético que hay en ellos. La amistad y la confianza que existe entre los protagonistas, la traición y la avaricia de Randall. Es algo sumamente personal y me parece algo desconsiderado contar algo tan íntimo que solo sabíamos ella y yo.

— ¿En serio? — Cuestiono con la garganta ardiéndome de cólera. — ¿Por qué? — Frunzo el ceño y miro la hoja que hay entre sus manos. La letra es tan pequeña que no se alcanza a ver nada más que mi nombre en la parte superior de la hoja.

—Bueno, es muy fácil. Como psiquiatra lo tomo como algo retorico e irónico con los pacientes. — Hace una pausa mientras me examina con lentitud. —Nunca se lo he dicho a nadie, pero como compartimos ese mismo gusto, voy a contártelo. — Sus ojos se mueven hasta mis manos y se da cuenta de que estoy jugando con ellos de una manera disimulada e intranquila. Dejo de mover mis dedos y me pongo recta, captando toda la atención posible. —Es retorico e irónico, ¿No lo

habías pensado?, lejos de ser una fantástica película la utilizo de análisis. Los Monstruos no son tan malos, ni extraños. — Comprendí a que se refería a las personas que les faltaba un tornillo como los monstruos. — Boo es otro personaje muy maravilloso. Pero hay algo que debes saber, ella entro en ese mundo en que todos los demás humanos creían aterradorante, y supo que eso era lo más increíble y fantástico del mundo, pero, ella volvió a su mundo, Hanna. Tarde o temprano tenía que volver a su hogar, porque ese no era su mundo. Y nunca lo sería.

Había comprendido todas y cada una de sus palabras, de la manera más directa me había dicho que dejara aquel lio entre Alex y su muerte, las palabras habías sido tan especificas que era ridículo pensar en que se lo había planteado ahora mismo. Ella ya había planeado todo esto. Había calculado todo para que yo dejara de seguir en aquel mundo, en el que probablemente no volvería si alguno de los Crowell no se aparecía antes de que perdiera toda la esperanza que tenia.

Si Alex estuviera aquí, ya debería de haber aparecido, ¿No? Él no esperaría tanto tiempo para ocultarse de mí. Ahora ya no solo se trataba de él, sino de nuestras familias y de los secretos que habían estado guardando por muchos años. Ya era cosa de los dos, estábamos tan metidos en esto que no pararíamos, hasta resolverlo. O al menos eso pensaba.

—Entiendo. — Es lo único que logro decir en el momento.

La mujer de unos treinta y cinco años me sonríe de manera cálida, aunque yo no puedo responderle, tengo las comisuras tan tensas y congeladas que no puedo mover mis labios para formar la más pequeña y liviana sonrisa. Sacude sus manos en su falda y me mira, de nuevo.

—Muy bien, creo que iniciamos de una manera inusual, permíteme presentarme, soy la doctora...

No escucho lo que dice después de la palabra Doctora. Miro sobre su hombro y veo una fotografía de un bebé pequeño en un portarretratos colgado en la pared en donde está el escritorio. Después me pongo tensa al recordar el acta de nacimiento de Alex y la carta de adopción, la mujer que está delante de mí tiene un parecido a Alex en los ojos, pero nada más. Ni siquiera se ve que es de esta ciudad, o incluso del país. Se ve tan joven y bien energética que sería imposible pensar en que tuvo un hijo en tiempos pasados. Supongo que ese bebé debe de haber nacido hace un par de años, unos cinco o seis, más o menos, ya que el papel no se ve tan viejo ni descuidado.

Esto hace que Rossie y George también sean unos mentirosos, ¿Cómo pudieron ocultarle algo tan importante?

Mi piel arde y siento una ráfaga de ira agitada. Es como si en un pestañeo mi sentir hubiera cambiado drásticamente. Alex tenía que haberlo sabido.

—Escuche... — Comienzo a decir con frustración, con el rostro de Alex en mi mente. La mujer me mira con los ojos inquietos. —No quiero su ayuda. No la necesito.

Ella baja sus hojas y las pone sobre sus piernas desnudas y bronceadas. Su falda hasta las rodillas se ha subido más arriba de sus muslos cuando se había sentado en el sillón personal de la habitación, mostrando una buena parte de su piel. Ella abre la boca, pero no dice nada, sino que abre todavía más sus ojos profundos para examinarme con sumo cuidado. Continuamente y con los ojos inquietos, suspira.

—Hanna, creo que eres una chica inteligente y que sabes, que necesitas mi ayuda. — Me dice con aire filosófico, como si leyera mi mente. Pero ella no lo estaba haciendo realmente. Solo quería meterse en ella, y yo, por supuesto, no la dejaría.

—Creo que no le ha quedado claro. He dicho que no necesito su ayuda. — Estaba bastante eufórica y llena de enojo desde que había salido del fraccionamiento privado en el que vivían los Crowell, y ahora, estar frente a una psiquiatra por culpa de mi madre me ponía todavía más furiosa y colérica. Mi conducta se había vuelto rebelde de una forma rápida e inexplicable. No entendía porque me había puesto tan indignada y furibunda.

—Lo escuche, Hanna. — Sus manos se levantaron sobre su cabeza, y ella se acomodó el cabello con sus dedos delgados y largos. —Solo quiero que sepas que puedo ayudarte, para cualquier cosa. — Sus manos caen de nuevo a sus piernas y me sostiene la mirada.

—Doctora. — Vuelvo a decir con irritación, esperando que ella se harte de mi comportamiento y me saque fuera de aquí. —No voy a hablar con usted. — Trago saliva. —Nunca. — Certifico mientras me levanto de un brinco del incomodo sillón.



Ella da un salto y se levanta, tapándome el paso. Su cabello castaño se ha desacomodado por el pequeño brinco, y su falda ha vuelto a su lugar correspondiente. Ahora se ve más alta y más autoritaria.

— ¿A dónde vas? — Me pregunta.

—A cualquier lugar. — Susurro con los dientes apretados.

No hay nadie para descargar mi enojo, y la doctora como quiera que se llame, parece el punto perfecto para sacar todo lo que llevo dentro, por supuesto, omitiendo todo lo retórico e inusual que me pueda afectar.

—Pero aún no hemos terminado. ¿Segura que quieres irte? — Me pregunta. Sinceramente me sorprende, ella no parece molesta ni nada de eso. Más bien se ve comprensiva.

—Sí, tengo tarea que hacer. — Miento. Ni siquiera había entrado a ninguna de las clases en la última semana. Para mi mala suerte, compartía tres clases con Jared, y lo peor es que eran mis materias favoritas. Yo no quería tener ningún tipo de problema en el instituto, aparte del que había ocurrido en el primer día en el que asistí, porque eso alteraría a mi madre y haría algo mayor para sacarme de mi mundo y convencerme de que no era real, me preocupaba que no le hubiera llegado ningún rumor de la pelea, a estas alturas ya todo el instituto lo sabía menos ella. Sabía que Jared había prohibido decírselo a la directora, él haría algo mucho peor para saciar su sed. Así que había estado omitiendo todo tipo de contacto visual y físico con Jared, alejarme lo más posible era lo mejor que debía y podía hacer, si lo veía cruzar por los pasillos, me escondía en los baños hasta que él desaparecía, lo cual no era mucho tiempo, él subía a una chica cualquiera a su moto y se iban tan veloz como una liebre. Debía de admitirlo, desde que había pasado aquel accidente con Jared, tenía miedo de él, de topármelo y que se vengara, porque ciertamente, él había estado buscando el momento adecuado para volver a su reputación altísima. Digamos que Jared era ese tipo de chico orgulloso, chulo y arrogante, así que verse amenazado y a los pies de una chica cuando la había estado molestando, no era su estilo. Me preocupaba que sacara su rencor conmigo, y que Alex no estuviera.

—Muy bien, entonces damos por terminada la sesión. — Dice abriéndome paso. Sus largas piernas se mueven con agilidad y dejan de obstruir mi camino hacia la puerta. Me percaté de que hay una sombra detrás de aquella, tal vez un nuevo paciente, o lo que sea.

—Tal vez no venga la próxima sesión. — Le advierto. Mis piernas comienzan a avanzar hacia la puerta mientras ella me sigue por detrás. Sus pasos se escuchan por toda la habitación debido a las zapatillas de tacón alto que lleva.

—Las sesiones son obligatorias, ¿No te lo dijo tu madre? — No sonaba molesta, solo desorbitada. Pero por otra parte, sabía que ella estaba tratando de leer mi conducta, y eso era algo que no podía evitar.

—Bueno, digamos que sí, pero la verdad y como le dije, no me interesa una sesión patética que no me servirá de nada. — Finalizo con sinceridad. Ella chasquea la lengua.

—Ah, ya entiendo. — Siento como una sonrisa comprensiva se forma en su rostro.

— ¿Qué? — Pregunto mientras tomo el picaporte de la puerta entre mis manos.

—Si vienes la próxima sesión te lo diré. — Su tono es misterioso, muy calculador hasta el punto de dejarme con la curiosidad hasta la punta de la lengua.

No respondo y abro la puerta.

—Te veo dentro de una semana, sé que vendrás. — Me asegura mientras toma con una mano el marco de la puerta para mantener la puerta abierta.

—Ya lo veremos.

Comienzo a caminar por el pasillo del consultorio mientras tomo un poco de agua. No sé porque me resulta algo atrayente aquella persona, su tono misterioso al final me dejo... desconcentrada. Supongo que debe ser algo estúpido, pero ella tenía razón, yo iba a volver a la próxima sesión porque la curiosidad no era mi aliada.

Camino más rápido, el piso era tan riguroso que era fácil caerse con un bache de cemento, esta

tarde tenía que ir a la biblioteca y sacar los apuntes de la última clase de matemáticas y química. Eso era lo que hacía todos los días, a lo largo de toda la semana. No quería atrasarme y por lo tanto, la biblioteca era mi maestra por ahora y hasta que Jared dejara de mandarme miradas asesinas en el comedor del instituto. Ya tampoco iba ahí. El muy idiota y engreído de Jared les había contado a todos los alumnos que tenía esquizofrenia y por obvio, todos me habían tachado de maniática. Todavía no aprendía la lección.

Max por su parte estaba bien, algo asustado cuando nuestras miradas se cruzaban, pero él ya no me seguía molestando, cada vez que le miraba, él rápidamente ladeaba su cabeza y rompía todo tipo de contacto visual entre nosotros. Tenía una enorme venda en la cabeza, nada grave. Solo tenía un enorme bulto en la cabeza que pronto se quitaría en cuanto la inflamación desapareciera.

— ¡Hey! — Apenas me doy cuenta de lo que pasa. Voy tan rápido que mis hombros han chocado con una persona, y al parecer se le escucha molesta. Escucho como unos enormes libros estallan contra el piso y ella grita de horror. — ¿Es que no te fijas por dónde vas? — Me dice una voz femenina, casi infantil.

—Lo siento, no me he dado cuenta. — Antes de pensarlo me agacho y comienzo a levantar los libros de tapa gruesa que se han esparcido por el pasillo del consultorio. Ella bufa y también se agacha para recoger algunos papeles que han salido volando. —Perdón. — Vuelvo a decir en un susurro mientras junto dos libros en mi mano.

— ¿En que estabas pensando? ¡Mi madre va a matarme si se da cuenta que he llegado nuevamente tarde a la sesión! — Su voz se escucha torcida, molesta y casi espantada. Le tiendo los libros cuando ella se levanta y me disculpo de nuevo. Levanto mi mirada mientras recojo el último libro que ha quedado en el piso y casi grito cuando mis ojos se cruzan con unos ojos profundamente azules y brillantes.

Un vestido sumamente purpura y un olor a lavanda me hace sentir escalofríos casi de inmediato. Mi cuerpo pica y todo ardor se acumula en mi nuca. Su cuerpo es tan pequeño y diminuto que casi lloro de emoción. Mi estomago sufre la tortura de un retortijón molesto y sufrible, como si cientos de animales estuvieran dentro de mi vientre volcándose y saltando adentro, mi pecho se aprieta de una manera demasiado dolorosa, los latidos chocan con brusquedad en mi interior, haciéndome perder el control de mi pulso. Pestañeo una vez, reconociendo y asegurándome de que lo que estoy viendo, sea verdad. Es una adolescente de quince años. Su cabello rubio ondulado me hace retroceder en el tiempo, la veo la tienda de ropa, escogiendo un maldito

vestido purpura que lleva justo ahora. Veo como sus cejas se fruncen, tampoco sin poder creer lo que ve. Y de pronto me reconoce al momento, ella sonríe con intensidad para después soltar un grito ahogado. Su cuerpo salta inesperadamente y los libros nuevamente salen volando.

— ¡Anna! — Chillo desde el piso sin poder creerlo. Me levanto de un brinco y ella sonríe ampliamente.

— ¡Hanna! ¡No lo creo! — Ella se lanza sobre mí, abrazándome con fuerza mientras sus delgados brazos me rodean con ternura. — ¡Y mira quien está aquí, también! ¡A...! — Ella se interrumpe y al segundo me aparto de ella, alejándola suavemente.

— ¿Qué has dicho? — Pronuncio con la voz aguda, mirando hacia los lados. Su rostro se queda estupefacto por unos segundos, mirando sobre mi hombro, como si hubiera alguien detrás de mí. Y le estuviera hablando.

— ¿Anna? — Pregunto cuando ella no se mueve por unos segundos angustiantes. Mi respiración comienza a volverse cansada y agitada, y eso que ni siquiera he corrido un maratón. Anna se sacude y aprieta los ojos, ladeando su cabeza hacia el lado derecho para evitar mi mirada acusante. Sus ojos se vuelven más pequeños y entristecidos.

—Lo siento, creo que me he confundido. Yo... — Su voz suave se corta cuando ella no sabe que más decir. Incluso comienza a verse pálida y asustada. Su rostro comienza a ponerse rojo y caliente, las mejillas se vuelven tan rojas como una cereza. Noto su nerviosismo y no tardo en darme cuenta de lo que está pasando. Ella baja la mirada y en dos segundos está recogiendo sus libros de una manera tan increíble y fugaz.

Trago saliva, con el corazón latiéndome inestablemente.

— ¿Alex esta aquí? — Pregunto mirando sobre mi hombro, esperando que el cuerpo fantasmal de Alex se pare a un costado de mí como estaba acostumbrado a hacerlo. Reproduzco sus palabras y aprieto los ojos, estabilizándome. Sé lo que dijo, ella vio a Alex. ¿Cómo es que me reconoció y al final cambio de idea? ¡Él está aquí y le dijo algo que yo no pude escuchar! ¡Alex esta aquí!

Siento un escalofrío traspasarme. Me encojo y miro a Anna, esperando a que me conteste.

—No sé de qué me hablas, perdón. No te conozco. — Dice y después traga saliva de una manera dolorosa. —Me he confundido. — Se escusa con dificultad, con la voz tan quebrada y susurrante que me convence de inmediato que está mintiendo.

Mi corazón se acelera, y el bombeo envía más sangre de la necesaria. El líquido rojo carmesí circula por mis venas exaltadas y siento como se desliza de una manera fría y presurosa sobre mi piel caliente. Mi cuerpo entra en un trance desesperante y de impaciencia. Quiero saltar en estos momentos y sacarle toda la verdad.

— ¡Pero si has dicho mi nombre Anna! — Grito. — ¡Seguro que Alex esta aquí! —Estaba emocionada y enojada al mismo tiempo. Si Anna había dicho mi nombre y me había reconocido al instante, estaba claro que ella me conocía y que por obvias razones, todo, absolutamente todo había sido real.

Ese maldito vestido purpura me lo confirmaba todo. Anna era mi salvación. Y sé que ella estaba viendo a Alex en estos momentos, su nerviosismo era tan evidente que no podía confundirme, pero ¿Por qué Alex se había estado ocultando? ¿Por qué Anna me negaba cuando estaba a punto de decir el nombre de Alex?

¡Ahora todo estaba claro! ¡Y Dios! ¡Yo tenía ganas de lanzarme a sus brazos y sonreír al momento en el que él apareciera delante de mí! ¡Lo que había ocurrido con Jared era obra de Alex! ¡Él había sido! Si no, ¿Quién más?

—Tengo que irme. — Ella habla rápido.

—No. — Me pongo delante de ella, impidiéndole que pase. Sus ojos ni siquiera se levantan para mirarme. —Por favor Anna. Tú me conoces lo suficiente y sabes lo que está pasando. — Hago una pausa mientras me acerco a ella. Mis piernas tiemblan al sentir su calor, tomo una respiración profunda y suelto el aire. — ¿Alex esta aquí? — Vuelvo a preguntar con un nudo en la garganta.

Anna tiembla por unos segundos, como si perdiera el equilibrio y la fuerza de sus piernas. Se tambalea, pero en un segundo se recupera.

—Yo... — aprieta los libros que había recogido del piso y se encoge, viéndose todavía más pequeña. —No sé de qué me hablas, ya te lo dije. — Sus ojos se levantan, mirándome con impotencia. Ella se ve demasiado angustiada y preocupada.

Asiento, comprendiendo al punto al que quiere llegar Alex.

—Dile a Alex que deje de ser tan idiota. Ya sé que está aquí. — Sueno molesta.

Silencio.

—Debo irme. — Vuelve a decir, esta vez con tono sofocado.

—Anna... — Suplico. — ¿Dónde están todos? ¿Dónde está tu madre? ¿Y Eric? ¿Y George? ¿Qué pasó con ellos? — Hablo con rapidez, ella es la única que puede ayudarme ahora, la que puede contestar a mis preguntas.

—Por favor, déjame ir. — Sus ojos se mueven con inquietud, esperando a que alguien llegue para sacarla de ahí. —O voy a gritar. — Puntualiza.

Suelto un suspiro frustrado.

—Cuando todo esto se resuelva, volveremos a ir a comprar un vestido purpura para ti, ¿De acuerdo? — Le digo tratando de no verme molesta con ella. En todo caso, debería estar enfadada con Alex, por haberle dicho que actuara frente a mí. Espero a que la adolescente que está enfrente capte la indirecta y recuerde el día en que ambas fuimos de compras. El día en que sucedió todo. Anna está a punto de hablar, pero cierra la boca y la aprieta para después asentir con la mirada. Sabe de lo que hablo. Anna solo me rodea y se va corriendo.

Segundos después, ella desaparece cuando da vuelta por un pasillo. Me quedo sola y en silencio. Si Anna estuvo frente a mí, ¿Qué fue lo que pasó después de que George pusiera la tela humedecida con cloroformo en mi nariz? ¿La familia estaba bien?

La doctora tenía razón. Yo iba a regresar al consultorio, aparte de la curiosidad que me había dejado, ahora sabía que Anna también venía a ver al psiquiatra, y por lo visto, se veía diferente. Segura de sí misma. Por enésima vez tomo oxígeno y lo sostengo ahí por unos segundos.

—Crees que alejarte de mí va a causarme menor dolor, pero quiero que sepas que estas equivocado. — Le susurro a la nada, sintiendo un nudo en el estómago.

\*\*

Todo iba mal. Alex no se había dignado a aparecer en ningún momento, ni siquiera daba señales de que estuviera aquí. Y era absurdo, porque no sé que lograba con ocultarse cuando yo sabía todo sobre él. Cuando yo sabía que estaba aquí, todavía. Lo sentía en todos lados, su presencia fantasmal iba conmigo a cualquier parte que fuera. Sentía su respiración en mi lóbulo cuando estaba en la silenciosa biblioteca, incluso creía que el leía el mismo libro que yo cuando estudiaba para las clases que me saltaba por culpa de Jared y su mal humor. Cada vez que terminaba de leer la página, esperaba unos segundos más para que él terminara de leerla.

Los rumores sobre mi supuesta esquizofrenia habían parado a lo largo de la semana cuando todos habían esparcido el nuevo chisme sobre Rubí, la chica nueva. Los hombres se la habían pasado hablando sobre lo perfecta que era y lo buena que estaba, incluso llegue a escuchar por los pasillos de la biblioteca que ya se hablaba de una apuesta entre los chicos para ver quien salía con ella por primera vez. Lo que era interesante y algo confuso, es que no había escuchado el nombre de Jared en la apuesta. Eso me preocupaba bastante. Y de las chicas ni se diga. Todas le tiraban miradas asesinas cuando pasaba por enfrente de ellas. La mayoría de las alumnas juraban que Rubí era una prostituta por su forma de vestir, lo cual me parecía una suma estupidez, ¿Desde cuándo se le etiquetaba a una persona por su forma de vestir? ¡Ridículo!

Yo no había tenido la oportunidad de conocerla, pero Kathia, una compañera de clases de las que si asistía me ponía al día de vez en cuando. No éramos amigas, ni nada de eso, ella solo se prestaba para ayudarme con las materias y yo estaba conforme con eso. Kathia no creía eso de la esquizofrenia, y me confortaba saber que al menos una persona del instituto no me creía una maniática.

Cara estaba evadiéndome continuamente, había intentado llamarla e invitarla a salir, pero se

había negado diciendo que tenía muchas tareas para el final de semestre. Lo extraño de todo esto, es que ella no cruzaba palabra con Zet, parecían no conocerse en la vida, y a comparación de Kate, ellas se la pasaban juntas todo el tiempo. Ambas seguían en el equipo de porristas y eso les daba mucho más tiempo del debido. Zet parecía fuera del lugar y del juego. Según su argumento, cuando me había topado con él... bueno, cuando lo había estado siguiendo, él había dicho que no me conocía en lo absoluto.

Por supuesto, no le creí.

En cuanto a la pelirroja de Sarah, no había pistas, ni señas de que estuviera con vida, su padre se mantenía todo el tiempo trabajando y era casi imposible tener una coincidencia mínima para hablarle. ¿Tal vez estaba en la correccional para menores? No lo sabía, porque nadie me daba razón, y en la comisaria decían que no podían darme ese tipo de información a menos de que fuera algún familiar. Y pare ser sincera yo no tenía nada de igualdad física y mental con Sarah. Éramos totalmente diferentes, aunque claro, estábamos en un enredo paradójico.

— ¡Hanna! ¿Sigues aquí? — Escucho la voz de Kathia detrás de mí. Doy un salto, cerrando el libro que he estado medio leyendo por ¿Cuántas horas...?

— ¿Qué hora es? — Pregunto pareciendo desorbitada. Creo que me he quedado pensando en Sarah y se me ha pasado el tiempo sin darme cuenta.

Kathia se pone delante de mí con su cabellera hasta los hombros, sus anteojos son tan redondos que sus ojos se ven más grandes que lo común. Su cabello negro es tan corto que no puede hacerse una coleta por detrás. Tiene la cara tan fina y delgada que parece una muñeca de porcelana cuando se quita esos horribles y grandes anteojos que le cubren sus ojos verde esmeralda. Tan brillantes como un diamante.

—El timbre ha sonado hace cinco minutos y el profesor de educación física me ha mandado a buscarte, ¿Estás bien? — Me pregunta mientras pone sus manos en el respaldo de la silla de enfrente. Su cuerpo se apoya en la madera maciza.

—Sí, creo que no lo he escuchado. — Digo reponiéndome. Me levanto de la silla y abro el cierre de mi mochila. Un mechón de mi cabello cae delante de mí y en un rápido movimiento lo pongo detrás de mi oreja.



Kathia me mira sin despegar su mirada de mis movimientos bruscos.

—Hoy he visto a Jared cerca de las duchas. — Me dice en un susurro.

Kathia como todos los alumnos sabía lo que había pasado con Jared, pero ella sabía que yo estaba intentado ocultarme de él, así que también me ponía al tanto de lo que hacía y de lo que no. Más o menos como un espía.

— ¿A Jared? — Pregunto deteniéndome de golpe.

¿Qué hacía Jared en las duchas? Bueno, supongo que como era del equipo de baloncesto, estaba dándose una ducha, ¿no? Era lo más obvio.

—Sí. — Responde. —Pero no sé... Creo que estaba ebrio. Deberías tener cuidado.

—Gracias por advertirme. Llevaré mi gas lacrimógeno. — Digo en tono de broma. Kathia sonrío.

—No olvides llevar tus poderes. Con eso de que todos creen que tienes telequinesis, seguro te ayuda. — Agrega con ironía.

Ambas soltamos una carcajada y la bibliotecaria nos mira con cara de pocos amigos. Nos disculpamos con una mirada y nos ponemos serias de vuelta.

— ¿Y ningún profesor lo ha visto? — Levanto una ceja con interrogación.

—Sí, pero ya sabes, nunca se percatan de aquello. Aparte de que Jared es... — Ella se detuvo. Entonces la miro detenidamente y examino todos y cada uno de sus movimientos, pero ella no se ha movido ni un centímetro, sino que se ha puesto tensa y rígida. Entrecierro los ojos y ella se pone muy, muy nerviosa cuando clavo mi mirada en sus ojos esmeralda, ¿Qué era lo que había en esos ojos brillantes? ¿Sonrojo? ¿Vergüenza? —Bueno, es Jared. —Termina con voz cortada.

¡Oh, no! ¡Kathia estaba enamorada de Jared!

— ¿Kathia, tú...? — Comienzo a decir con emoción.

Sus ojos se abren instantáneamente.

— ¡No! — Grita, retrocediendo mientras se cubre el rostro sonrojado.

—Te gusta Jared... — Susurro. No es una pregunta, es una afirmación. Ella gime en voz baja.

— ¡No se lo digas, por favor! — Chilla todavía con las palmas en su rostro lívido. Sonrió. Kathia es hermosa, pero Jared, es un monstruo. Aunque ¿Quién sabe?, los ángeles y los demonios podían mezclarse, ¿verdad? Incluso Jared podía ser un ángel. Lucifer lo fue, ¿Por qué él no?

—No se lo diré. A menos de que tú quieras que se lo diga. — Era una tontería, yo no cruzaba media palabra con Jared, pero me gustaba ver como Kathia se avergonzaba por un chico tan idiota como Jared.

Ella niega y quita sus palmas de su rostro. Aún esta sonrojada.

—Bueno, ¿Nos vamos? — Pregunta acomodándose los anteojos, cambiando drásticamente de tema. Hago un movimiento salvaje y muevo mi mano inconscientemente, rápidamente mi palma choca con la cartuchera de los lápices de colores y todos caen repentinamente al piso, esparciéndose por debajo de la mesa. Levanto la mirada y la bibliotecaria me da una mirada acusante desde su lugar. Levanto los hombros en forma de disculpa y miro a Kathia con una media sonrisa acusadora. Ella esquiva mi mirada y se pone recta, casi seria.

—Te alcanzo en un minuto. — Le digo mientras comienzo a guardar las cosas que no se cayeron en la mochila.

— ¿Te ayudo? — Pregunta mientras mira hacia el suelo y a los lápices tirados.

—No, estoy bien, igual ya tengo retraso. — Me agacho y comienzo a recoger todos los lápices que se han caído. Kathia resopla y veo como se aleja todavía más. Ella hace una mueca y comienza a avanzar hasta la salida de la biblioteca.

—De acuerdo, te veo allá.

Esa era una razón por las que me agradaba Kathia. Nunca se metía en los asuntos de los demás.

Una vez que mis cosas están guardadas, me dirijo con paso rápido hasta el gimnasio del instituto, tomo mi mochila y salgo de la biblioteca cuando termino de devolver los libros a la bibliotecaria que como siempre, le molesta mi presencia. Recojo mi tarjeta con la que puedo tomar los libros prestados y salgo corriendo tan rápido que mis piernas chocan continuamente. Recorro un pasillo y acelero mi paso para que no pueda toparme con mi madre. Ella daba vueltas por el instituto, asegurándose de que todos estuvieran en sus respectivas clases. Los pasillos estaban totalmente vacíos, ni un alma pasaba por ahí. Solo podían escucharse mis pasos rápidos y sordos por las paredes paralelas. Pasó los primeros años y corrí hasta al fondo del pasillo de la derecha cuando giro sobre mi eje. Estaba confirmado; El profesor me iba a matar, y esta vez, me iba a quitar puntos de mi calificación. La asistencia era algo que no se discutía con él.

Con la respiración agitada y el corazón palpitándome llego a la puerta principal del gimnasio, en donde hacemos la mayoría de las prácticas. Tomo aire y abro las puertas de madera que me excluyen del interior. Automáticamente, cuando las puertas carraspean todos los alumnos presentes giran su mirada hacia a mí.

— ¡Hanna! ¡Qué gusto! — Dice el profesor con cierto optimismo en su voz. — ¡Al fin vienes! — Hace una sonrisa sarcástica y luego me mira con intensidad. Su sonrisa desaparece. —Tienes retraso y un punto menos. — Su rostro se vuelve serio y enojado. Hoy teníamos que estar en la piscina, y por mi culpa se habían retrasado.

— ¡Lo siento, no he escuchado el timbre! — Me excuso. Cierro las puertas y entro al gimnasio.

—Vete a cambiar. Ya hemos perdido... — El se detiene y mira el reloj que tiene en su muñeca derecha. —Cinco minutos de clase. — Dice con reproche. Me encojo.

—Lo siento. — Me disculpo. —Me cambiare tan rápido como un rayo. —Vuelvo a decir mientras corro hacia los baños de las mujeres para cambiarme lo más pronto posible.

\*\*

— ¿Qué tal estuvo la clase? — Kathia se acerca a mí con su toalla blanca enroscada en su cuerpo. Su cabello esta tan mojado que algunas gotas caen sobre sus hombros y sobre el piso de las duchas. Ella se sienta en la banca en la que estoy. Hay tantas voces que apenas puedo escucharla. Las chicas no dejan de hablar sobre lo bueno que esta el profesor y lo mala que fue la clase. Sumándole las críticas hacia Rubí, la chica nueva que todo mundo quería conocer.

—Es una zorra. La vi coqueteando con el profesor de química. — Dice una de las chicas de mi costado. Su top deja mucho que ver, incluso lleva unas bragas tan delgadas que me duele tan solo mirarlas. Pero a ella simplemente no le importa estar expuesta. Quiero decir, es un baño para mujeres, pero no me siento cómoda con la idea de que estén casi desnudas. Aprieto mi toalla para que no pueda verse algo íntimo y privado. Suelto un resoplido, ignorando a la chica que está a un lado de mí.

—Agotadora. Siento que no puedo moverme. — Era cierto. En toda la clase habíamos hecho deporte en la piscina y eso lo hacía más cansado porque teníamos que hacer más fuerza entre el agua espesa. Mis músculos se apretujaban cada vez que intentaba agacharme o inclinarme. Era como si hubiera hecho ejercicio por una semana completa sin parar. A esto le sumábamos que no había desayunado como era debido. Me había pasado la cena y el desayuno, y la cabeza ya estaba comenzando a darme vueltas.

—Pues para mí fue perfecta.

—Claro. Tu profesión es la natación, ganadora olímpica. — Le digo. Kathia era por más, la mejor de la clase de educación física. Tenía condición para moverse ágilmente en el agua y todos sabíamos que ella había competido en las olimpiadas de natación. Había ganado por lo menos dos medallas de oro y tres de plata. Desde que tenía tres años había estado metida en las piscinas del estado y del instituto.

—No soy tan buena.

—Deja de ser tan humilde. Sabes que si lo eres.

— ¡Hey, chicas! — La morenaza que hace un momento estaba insultando a rubí nos está hablando con una sonrisa. — ¿Qué opinan de la chica nueva? — Pregunta con una sonrisa cínica. Todas las de su grupo nos voltean a ver, esperando nuestra respuesta.

—Es una zorra. — Responde Kathia con una sonrisa torcida. La morenaza sonrío.

— ¿Y tú? — Me pregunta.

—Lo mismo que dijo ella. — La morenaza aplaude y todas me sonrío. Vuelven sus miradas a donde estaban anteriormente y vuelven a ignorarnos. El sonido de las cremas abriéndose y de los aerosoles perfumando las duchas se hacen más fuertes y claras.

—Estúpida. — Dice Kathia refiriéndose a la morenaza de ojos oscuros. Asiento concordando con ella. Estoy a punto de ponerme mi pantalón pero un ruido sordo nos hace brincar a todas las que estamos dentro. Parece haber sido una puerta azotándose. Luego, los gritos ahogados llenan los rincones de las duchas. Hago una mueca y me levanto de golpe. Kathia me imita y se pone a un lado de mí.

— ¡Un hombre a entrado! ¡Fuera! — Gritan todas en otros pasillos. Escucho como se cierran algunos casilleros con fuerza y entonces, Kathia y yo nos miramos con el ceño fruncido. Los gritos se hacen más fuertes, casi divertidos. Parece ser que un chico ha entrado para molestar.

—Ignóralo, debe ser Max. Siempre entra para fastidiar. — Dice Kathia. Asiento y me giro hacia mi casillero para sacar las cremas y el maquillaje. Abro la pequeña ventanilla azul y saco dos pomos azules y mi cepillo, acompañada de una pasta dental.

— ¡Miren quien está ahí! — Grita la misma chica que no ha dejado de llamar la atención. Las

cremas se resbalan de mis dedos cuando doy un salto instintivo. — ¡Jared! — Vuelve a gritar. Me giro con brusquedad, tratando de ver que es lo que está pasando, pero cuando me giro, choco contra la ventanilla de mi casillero.

— ¡Hanna! ¡Sabía que ibas a estar aquí! — La voz masculina de Jared penetra a mis oídos agudos. Abro mis ojos y miro a Kathia.

— ¿Qué haces aquí Jared? — Kathia se pone delante de mí, protegiéndome con su delgado cuerpo. Noto que ella tiene un tatuaje en su hombro derecho, es tan pequeño y delgado que apenas puede distinguirse. Es un pájaro. Jared hace una mueca y se detiene en la esquina de los casilleros, justo donde terminan para apoyar su cuerpo voluminoso en ellos.

—Vengo a ver a Hanna, así que ¡Fuera todas! — Grita. Ni siquiera la morenaza se ha atrevido a acercarse a él. Jared se pone recto y se aleja de los casilleros. Todas guardan silencio y lo miran con diversión oprimida. — ¿Qué no me escucharon? — Su mandíbula se aprieta. —He dicho que fuera todas. Hanna se queda. — Susurra mientras clava su mirada oscura a mi cuerpo. Las chicas se arremolinan detrás de nosotras, mirando con expectación y miedo al mismo tiempo.

— ¡FUERA! — Su voz es potente y fuerte, haciendo eco en todos los rincones posibles del lugar. Casi al tiempo, las alumnas toman sus cosas en menos de un segundo y comienzan a correr fuera de las duchas. Escucho como gritan maldiciones y después la puerta se azota. Me quedo quieta. Debería haber corrido, pero me he quedado pegada al piso. Trago saliva.

Kathia se queda, aun sigue a mi lado y eso me tranquiliza un poco. El silencio inunda casi de inmediato. No hay ningún ruido. No puedo siquiera moverme.

—Fuera, Kathia. — Le dice Jared mientras da un paso hacia nosotras. El aliento se ha desvanecido en mi boca seca. Ella se tensa delante de mí.

—No voy a dejarla. — Le asegura ella, retándolo de alguna manera tímida.

Jared da otro paso largo sin vacilar, sus piernas son tan firmes y fuertes que tiemblo interiormente, él pone su mirada furiosa sobre ella. Se detiene y me mira con rencor. Seguidamente, da otro paso, esta vez, quedando mucho más cerca de ella. Cuando él llega a

escasos centímetros de Kathia, se inclina poniendo su boca en el lóbulo derecho de ella. Kathia no se mueve, también tiembla, pero ella lo hace exteriormente, su cuerpo se sacude y él parece orgulloso por provocar el pánico en Kathia. Jared me mira con sus ojos humeantes sobre el hombro de esta. Sus labios se separan.

—Aún tengo el vídeo de lo que hicimos, vete si no quieres que todo el instituto sepa lo zorra que eres, Kathia. — Le susurra con tono amenazante, y después me guiña un ojo. Sabiendo que eso va a intimidarme indiscutiblemente. Él se aleja del rígido cuerpo de la chica y ella da un paso lejos de mí. Ni siquiera da la vuelta para mirarme cuando ya está corriendo fuera del lugar. Siento un nudo en el estómago, queriendo vomitar ahí mismo. Pero no tengo nada en el estómago, y eso solo hace que me sienta más mareada de lo que ya estoy. Sostengo todo el aire dentro de mí y carraspeo.

Jared trae algo entre manos, y lo que sea que fuera, es algo malo. Era momento de volver a su reputación de chico malo, y yo era su objetivo a partir de ahora.

— ¡Kathia! — Grito dando un paso hacia adelante para intentar alcanzarla. Ella gira hacia la derecha y desaparece, sin ni siquiera disculparse. Jared me toma de la cintura y me hace retroceder cuando me empuja hacia el mismo lugar en el que estaba hace dos segundos, su agarre es firme y recio. — ¡Suéltame! ¡No te atrevas a tocarme! — Chillo mientras aprieto mi toalla para que él no pueda ver más. Es un total error, eso solo hace que Jared baje la mirada y mire todo lo que estaba tratando de evitar. Él se relame los labios y vuelve a levantar la vista.

—Me dejaste en ridículo frente a todo el instituto, ¿Lo sabías? — Su voz es ronca y amenazante.

—Lo siento, ¿De acuerdo? ¡No fue mi intención! — Grito mientras retrocedo.

—Te dije que pagarías por ello. Nadie se mete conmigo y menos una estúpida como tú. — Me dice mientras sus ojos oscuros me apretujan con ira. Veo el destello en sus ojos y después sus brazos se levantan y en un veloz y fuerte movimiento me empuja contra los casilleros de las duchas. Mi cuerpo cruje cuando choco contra aquellos, siento que mis huesos se rompen con el golpe brusco. Chillo cuando mi cuerpo rebota contra aquellos agujeros bien establecidos. Mi espina dorsal siente la frialdad del metal que se pega a mi espalda. Jared gruñe.

—Por favor, Jared. — Suplico. —No hagas algo de lo que te puedas arrepentir. — Susurro con la

voz quebrada.

—He hecho muchas cosas malas, Hanna. Tú no vas a poder detenerme. Ni ahora ni nunca, ¿estamos claros? — Sus brazos se ponen a mis costados, acorralándome de una manera salvaje. Me quedo sin voz, sin saber que responder. Las piernas temblándome debajo de la única prenda que llevo. Él sonríe con perversidad. —Perfecto. Aprendes rápido. — Dice con sarcasmo. Su sonrisa es aterradora.

—Jared. — Digo en un gemido. Él aprieta los ojos, saboreando su nombre en mi boca. —Para. No vas a lograr nada. — Intento hacerlo entrar en razón, pero él niega. Rechazando todas mis palabras. Comienzo a entrar en pánico, rezando para que Kathia llegue con un profesor.

—Silencio. — Pone su dedo índice en mi boca, haciéndome guardar silencio. Su cercanía hace que mi cuerpo se sacuda y tiemble al mismo tiempo. —Voy a hacerte algo que te va a gustar.

Mi corazón pierde todo control.

— ¿Qué? ¿De... qué hablas? — Mi voz suena aterrorizada y eso parece gustarle a Jared.

—Voy a ser claro. — Susurra mientras sus labios bajan hasta mi cuello. —Si eres virgen, va a dolerte un poco, pero si no lo eres, también. — Su aliento es asqueroso en mi cuello. Siento unas inmensas ganas de arrojar el agua que me he bebido. Mi estomago gruñe.

—Déjame. Tú no vas a tocarme. — Le amenazo.

—Hagamos esto rápido. — Él se aleja de mí, y comienza a desabrochar el botón de su pantalón. Grito.

— ¡No! — Mascullo con voz dolorida. Intento escabullirme cuando él pone sus manos en su pantalón, paso por un costado de él, esquivándolo y tratando de correr hacia la puerta de las duchas, pero es más rápido y tiene más ventaja. Me toma de las manos y me vuelve a empujar. La toalla comienza a zafarse.



— ¿A dónde tan rápido? ¿No ves que la fiesta apenas comienza? — Su aliento esta tan cerca de mi boca que tengo que ladear mi cabeza para no encontrarme con sus sucios y asquerosos labios.

— ¡Suéltame, Jared! — Bramo con fastidio, horrorizándome por dentro.

Él comienza a besarme las mejillas, mientras que yo hago un intento para golpearlo, pero el mantiene mis brazos arriba de mi cabeza, dejándome sin muchas oportunidades. Muevo mis piernas y sin pensarlo dos veces, levanto mi rodilla para golpearlo en la entrepierna, en la parte débil de los hombres. Él gime, suelta un poco su agarre, pero luego vuelve a apretar con más fuerza. Sus piernas se elevan en el aire y las pegas contra mis rodillas temblorosas, dejándolas inmóviles mientras presiona con fuerza. Ahora no tengo ningún escudo o alguna arma para protegerme. Estoy totalmente vulnerable.

—Así me gusta, que se hagan las difíciles. — Comienza a mordisquear mi cuello con sus dientes afilados. Grito, esperando a que un maldito estudiante me escuche.

— ¡Suéltame! ¡Déjame ir! — Mis ojos comienzan a arder cuando Jared encaja sus dientes en mi cuello húmedo. Una lágrima sale de mis ojos cuando él baja uno de sus brazos y comienza a bajarlo para amasar mi muslo. — ¡Ayuda! — Mi voz es baja, apenas y puedo hablar. Las lágrimas ya están saliendo como cascada. Jared masajea con intensidad mi pierna, subiendo y bajando, todavía sin quitar la toalla. Aprieto los ojos y lloro en silencio sintiéndome impotente. El calor de su piel ardiendo con furia mientras se pega en mi organismo asustado.

—Cállate. — Me dice mientras su boca busca a mis labios. Para ese momento noto que todo mi rostro esta tan mojado por las lágrimas descontroladas que no dejan de salir.

— ¡Basta, Jared! — La voz sale fuerte, retumbando en las paredes y en los pequeños casilleros. Él se aleja y seguidamente, su palma choca contra mi mejilla húmeda, haciendo el golpe más doloroso y agonizante. Caigo al piso cuando el golpe termina, la fuerza de su palma me hace perder toda la fuerza que tenia y me estampo contra el piso de una manera ruidosa y espeluznante. Suelto un alarido y para el otro segundo, la toalla esta llenándose de sangre. Me quedo en el piso, sin querer luchar contra él. El cabello cae sobre mis hombros y sobre mi rostro, cubriendo la mayor parte de mi cara. Me relamo los labios, masajeando mi mejilla caliente. Un sabor metálico se introduce a mi boca cuando paso mi lengua por mi labio inferior.

Chillo en silencio. No puedo levantarme. Nadie va a venir a ayudarme.

— ¿Qué hay de tu novio? — Jadea cuando no me levanto. — ¿Por qué no viene a ayudarte, Hanna? ¿Te ha abandonado? — Dice con cinismo. Veo sus piernas rígidas en el piso, su voz es tan ronca que me da miedo levantar la mirada y encontrarme con aquel monstruo. Detengo mi llanto, porque sé que eso le provocara aun más. — ¡Respóndeme por una mierda! — Me grita desde arriba. Su voz escupiendo rabia y cólera.

—Él no está aquí. Se fue. — Digo en un susurro debilitado, con el mayor de los dolores. Con el pecho palpitándome con fuerza, el corazón queriéndose salir de mi anatomía.

—Voy a resolver tu problema. — Él se inclina y comienza a bajarse los pantalones. El lugar comienza a verse oscuro y tenebroso. La vista comienza a fallarme y cuando aprieto los ojos, mi cabeza da vuelta, zumbando con fuerza. Como si una bomba de pánico fuera a explotar por dentro. Abro los ojos y Jared lleva solo un bóxer negro. Todo da vueltas cuando dobla sus rodillas y se flexiona sobre mí para arrebatarme la toalla blanca.

—No lo hagas. — Murmuro con un calor terrible en mi rostro. Jared toma mis piernas y me jala hacia él. Siento como su cuerpo se pone encima del mío, sus manos se mueven de una manera increíble por mis piernas y mi vientre, besando cada centímetro de mi cuello. Sus rodillas aprietan a mis muslos. Dejándome nuevamente sin movimiento. Ya ni siquiera tengo aliento para gritar.

Jared gime cuando sus manos se posan en mi trasero. Yo chillo.

—Oye, idiota. — Escucho una voz a lo lejos. — ¿Me llamabas? — De pronto, el cuerpo de Jared es levantado de mi cuerpo, y en seguida, escucho un golpe sordo y sumamente ruidoso para mis oídos. Alguien gruñe. Me levanto de golpe, recargándome en los casilleros para ver quién es la persona que ha venido a salvarme. Aprieto la toalla a mi cuerpo y tomo aire, reincorporándome con suma dificultad.

Me quedo mirándolo con expectación. Jared parece estupefacto, sin poder creer que alguien le haya echado a perder sus planes morbosos, de su labio sale sangre, manchándole su playera negra. Él tiene los ojos tan abiertos como yo. Solo que yo sé quién es, y estoy sufriendo un

ataque de shock. Mi corazón se aprieta y no sé si estar feliz o colérica. Es un muchacho que conozco a la perfección, y parece tan furioso que sus labios están tan apretados que aparenta que sus dientes van a romperse si sigue apretando con tal magnitud. Su mandíbula está apretada, y mira con toda la desconsideración al tipo que estaba intentando abusar de mí. El cabello está tan desordenado que me dan ganas de envolver mis dedos en su cabello castaño. Sus profundos y chispeantes ojos cafés están llenos de enojo, frustración e irritación.

— ¿Y tú quien eres? — Escupe Jared mientras se limpia la sangre que se desliza por su barbilla con su antebrazo. Se ve tan ridículo con sus bóxers negros, intentando asemejarse al chico que ha venido a salvarme. No se compara en nada.

Trago saliva.

—Alex. — Responde. Mi garganta se queda seca. —Mi nombre es Alex Crowell y creo que te has metido con la chica equivocada. — Su voz es ronca y fuerte.

¡Oh, Dios! ¡Alex está aquí! ¡Está de regreso! ¡Él nunca se fue! ¡Mis sospechas eran ciertas!

— ¿Qué? ¿Tú...? — Jared parece confuso, desorbitado y asustado al mismo tiempo. Casi puedo sentir sus piernas provocar un temblor con su inestabilidad.

Alex se mofa, toma fuerza, y veo como sus puños se aprietan, haciendo que sus nudillos se vuelvan amarillos y después blancos, en seguida, le da un puñetazo recio en el rostro de Jared. Él grita mientras su rostro se ladea por el golpe. Cuando el puño de Alex vuelve a su lugar, Jared se toca la nariz. Ahora no solo tiene una hemorragia en el labio, sino que también tiene una en la nariz.

Miro a Alex, ignorando olímpicamente a Jared. Mis ojos no se apartan de él. Se ve tan tenso y eufórico que lo desconozco. Pero inigualablemente me alegro de verlo. Bastante. La felicidad no cabe en mi pecho.

—Discúlpate con Hanna. — Dice con los dientes apretados. Su ira esparciéndose por todo el lugar. Alex no me ha mirado todavía.

— ¿Qué? — Pregunta con el ceño fruncido, casi burlándose. — No me voy a disculpar con ella. Sé que le gusto. — Alex aprieta los ojos, y su puño vuelve a chocar contra su rostro, esta vez en su mandíbula. Grito al escuchar el sonido sordo y adormecedor.

— Te he dicho que te disculpes con ella.

— ¡Lo siento, Hanna! — Jared retrocede mientras toca su mandíbula, masajeándola. Ahora se ve más asustado cuando se da cuenta de que Alex, efectivamente es un fantasma. Ya que él ha atravesado una banca para llegar hasta donde él estaba. Su rostro se vuelve pálido, y me mira directamente. De ninguna manera acepto su disculpa. Limpio con la toalla la sangre que sigue deslizándose por mi boca y le doy una mirada de asco. — ¡Lo siento de verdad! ¡No sé en que estaba pensando! — Se disculpa.

— Vete antes de que... — Alex se detiene y toma una respiración profunda, intentando calmar su rabia. — ¡Vete! — Grita con indignación. Alex ladea su cabeza, procurando no ver el rostro de Jared. Él me da un asentimiento de arrepentimiento y se va dando grandes zancadas.

Silencio.

— ¿Alex? — Lo llamo en un susurro.

— Soy un idiota, Hanna. — Dice sin mirarme. La única vista que tengo de él es su espalda. — Tenías razón. Ocultarme no solucionaría las cosas. Solo empeore tu salud física y mental. Y ahora... estuviste a punto de... — Se detiene. — Ni siquiera puedo decirlo. Todo fue mi culpa. No debí haberte dejado. Soy el imbécil más grande de este mundo. Perdóname, por favor.

— Estás aquí. Eres real, no estuve en coma. — Murmuro con la voz quebrada. Estoy sintiendo una alegría inmensa. — ¿Por qué te fuiste? ¿Por qué estuviste de acuerdo con el plan del coma? — El frío del metal se pega a mi piel desnuda.

— Yo solo quería que fueras feliz sin mí. Quería hicieras tu vida sin estar en algo que no va a tener un fin, Hanna.

— ¿Qué dices? — Mi ceño se frunce. — ¡Yo no puedo ser feliz si no estás tú! ¡Eres una parte de mí, Alex! — Trago saliva. — Y lo mejor de todo es lo que has dicho. Esto no tiene fin, y me encanta. Porque vamos a estar juntos... siempre. Tú lo dijiste. — Le recuerdo. Entonces, él se gira y veo que sus ojos cafés están rojos e hinchados. Tan cristalizados como los míos. Tiene un nudo en la garganta que no se ve dispuesto a tragar.

—Lo siento mucho, Hanna. — Susurra.

—Estoy enfadada contigo, pero eso no quiere decir que te he dejado de amar. — Digo con un hilo en la voz.

—Siento que te amo cada minuto y cada segundo aún más.

Mi garganta pica.

Alex es real. Solo tenía que creer en él.

=====

Capítulo 98.

Me costaba moverme, siquiera cambiarme en las duchas me había costado un millón de fuerzas de lo debido, mis músculos se contraían cada vez que hacía un movimiento débil. Era frustrante. Mi corazón palpitaba cada vez que retrocedía el tiempo en mi mente y miraba el rostro pálido de Alex, golpeado con fuerza al muy estúpido e idiota de Jared. Su rostro enrojecido y lleno de cólera.

Todavía me dolía el cuerpo, sentía una presión terrible en mis hombros, estaban tan tensos que siquiera tener el contacto y deslizar la camisa blanca sobre ellos, me dolía. La tela era tan suave y

fin a que era imposible sentirla rigurosa, pero yo la sentía así, como si fueran un montón de espinas encajándose a mi piel nerviosa y tiesa. El ejercicio en la piscina me había agotado profundamente, mis piernas se doblaron un par de veces cuando había deslizado el pantalón de mezclilla. Las rodillas me temblaban y perdían toda la credibilidad, tenía que apoyarme en las paredes laterales de los baños para no caerme. Ahora me avergonzaba por usar aquel jean riguroso y rasgado. No era la impresión que quería causarle a Alex, pero todo había sido una total sorpresa, que apenas estaba estabilizando mi respiración agitada, recuperándome del golpe tan inesperado y súbito. Con la proximidad de Jared y su intento cobarde de abusar de mí, me había dejado con la cabeza a punto de explotar, pero, definitivamente el reencuentro con Alex me había devuelto todas las ganas de vivir. Estaba sonriendo interiormente. En cuanto lo había visto jalar el cuerpo de Jared para alejarlo de mí, mi corazón se había detenido simultáneamente. Pasé por un trance en cuanto mis ojos se levantaron y lo vieron, el tiempo se había detenido cuando nuestros ojos se habían encontrado por milésimas de segundo, el reloj había dejado de mover sus manecillas y el geoide había dejado de girar sobre su órbita.

En ese momento lo único que podía pensar era en que Alex era real. Y eso me hacía completamente feliz.

La garganta me seguía picando, podía sentir ese nudo en la garganta, apretándome con fuerza, sin dejarme tragar la poca saliva que tenía. Tomo un respiro y peino mi cabello con mis dedos, la mejilla en la que me golpeo Jared arde como si un volcán hubiera explotado ahí mismo. Incluso sé que tengo la marca tenue de sus dedos en mi pómulos. Le doy un masaje rápido y hago un gesto de dolor cuando deslizo mis dedos por la zona afectada.

— ¿Hanna? — Alex toca la puerta de los baños. — ¿Estás bien? — Su voz es temblorosa. Pongo mis zapatillas de deportes y con suma rapidez abrocho mis agujetas para después tomar el seguro de la puerta. Deslizo el pequeño metal que parece un palito de paleta y la puerta cruje cuando el seguro está fuera. Cuelgo mi mochila en mis hombros y abro completamente la puerta. Alex está recargado en los lavaderos de los baños. En cuanto me ve salir del baño, se pone recto y pone sus manos en sus bolsillos delanteros, él abre la boca para decir algo, pero luego vuelve a cerrarla, cambiando de opinión rápidamente. Tiene los ojos rojos, como si hubiera estado llorando. Parece roto.

Siento un nudo en el estómago y sin poder evitarlo, trago saliva con fuerza.

— ¿Qué tan mal me veo? — Le pregunto con una sonrisa tímida. Ni siquiera sé que estoy preguntando. No sé qué decir, y al parecer Alex tampoco. Él me sonríe al instante, sus comisuras

se elevan de una manera sincera y con paso lento comienza a acercarse hasta mí sin dejarme de mirar. Sus ojos están cristalizados, casi a punto de soltar una pequeña y delicada lágrima. Ahora más que nunca quiero romperme a llorar y arrojarme a sus brazos y oler su aroma varonil. Quiero estar sobre su pecho y que él me abrece como siempre lo ha hecho. Solo así puedo sentirme segura.

—Eres la chica más hermosa que mis ojos han visto. — Susurra. Un escalofrió se desliza por mi espalda. Alex da otro paso hasta mí sin vacilar, cuando está lo suficientemente cerca, se detiene. Sus ojos no se mueven cuando él los deja posar sobre mí. —Podría besarte justo ahora. — Levanta su mano en el aire, y la deja caer en mi mejilla derecha, justo donde Jared me golpeo. Su toque es suave, y no duele cuando él me toca. Las yemas de sus dedos me acarician suavemente, quita sus ojos de mí y los pone en la dirección en donde sus dedos se mueven. Niega con la cabeza y aprieta los ojos, casi como un pestañeo.

— ¿Y por qué no lo haces? — Le incito murmurando. Alex traga saliva y consecutivamente se aclara la garganta.

—Porque estoy esperando a que me abofetees y me digas que soy un idiota. El más grande de los idiotas. — Él sabía que no lo haría. Ni en broma le golpearía. Niego con la cabeza y lo apretujo con mi mirada, viendo la mayor perfección que mis ojos hayan visto. Un chico enamorado.

— ¿Por qué te ocultaste, Alex? — Pregunto sin apartar la vista de su rostro. Sus dedos se tensan en mi mejilla, y él instintivamente los aleja de mi rostro, dando un paso hacia atrás y agachando la mirada. Puedo sentir la culpabilidad que siente, y en cierta forma, yo no puedo interferir en sus sentimientos.

—Era mejor que te olvidarás de mí, Hanna. — Dice. —Quiero decir, yo te estaba destruyendo, toda esa mierda sobre mí te estaba destruyendo física y mentalmente, y eso me hacía sentir culpable. Quería que estuvieras bien contigo y con tu familia. Esa era la mejor opción. Era la mejor forma de terminar esto. Sé que lo entiendes. — Termina para después levantar la mirada. Su pupila esta dilatada de una manera increíble que me hipnotizo por unos segundos. Sus ojos son tan cafés que me recuerdan a la doctora que se ofreció a ayudarme.

¡Al demonio con ella! ¡No necesito su ayuda porque sé que Alex esta aquí!

—Pero yo nunca decidí que esa era la mejor opción. Y creo que fue injusto. — Respondo. —Si me hubieses preguntado que hubiera preferido si quería olvidarme de ti y de todo eso que haces llamar mierda o si quería permanecer contigo a pesar de las consecuencias y del dolor, hubiera escogido indudablemente de la segunda opción.

—Es justamente por eso por lo que no te lo pregunte. Porque sabía que escogerías eso. — Contesta con rapidez, con cierta inquietud. Tomo un respiro disimulado, concentrándome en las palabras perfectas para decir. Tenía miedo de que se fuera otra vez, que me dejara sola con todo este enredo en mi cabeza y con el corazón roto. Los chicos siempre hacían eso. Aunque algunos no eran ciertamente así, y esos eran claramente, los que merecían estar a tu lado por siempre.

—Fue muy egoísta de tu parte. — Estaba un poco furiosa con él. Tenía ganas de gritarle un poco y decirle que sí, que era un completo idiota por alejarse de mí. Pero eso también era egoísta, porque solo estaba pensando en mí y no en lo que era mejor para él. Estaba comenzando a enfadarme, incluso estaba sintiendo las mejillas calientes, y no precisamente por la bofetada de Jared. Estaba en un dilema, enfadarme con él y darle la bofetada o lanzarme a sus brazos en este instante, porque no lo podía negar, estaba más que contenta por tenerlo aquí.

—No sé porque aún no me has golpeado. — Dice.

—Porque te quiero, Alex. Y más que eso, te amo. — Respondo.

— ¿Cuánto más que yo, Hanna? — Dice con voz dolida, él me mira con profundidad. Miro la dilatación en sus ojos y contengo el aire en mis pulmones punzantes. Sus manos se levantan al tiempo en el que él da un paso hacia adelante, quedando a escasos centímetros de mi cuerpo nervioso, tiemblo por unos segundos, mis rodillas sintiendo todo el peso de mi cuerpo, a punto de colapsar. En un rápido movimiento deja descansar sus manos en mis mejillas, sucede tan rápido que parece que lo ha planeado desde que apareció de nuevo. Sus manos son tan suaves y delgadas que encajan a la perfección con mi rostro. Puedo sentir su aliento en mi boca, es tan delicioso que tengo unas inmensas ganas de besarlo y sentirlo otra vez. Él inclina su cabeza de una manera lenta y tortuosa, sus labios se pegan a mis pómulos y puedo escuchar el latir de su corazón, tan acelerado y agitado como el mío. Sus manos aún siguen sosteniendo mis pómulos con cierta delicadeza. Alex guía su boca por mi cuello hasta llegar a mi lóbulo, haciendo caricias involuntarias con sus labios suaves y gruesos. Su boca llega hasta mi lóbulo y siento como sus labios se abren. —Imposible, Hanna. Yo te amo aún más. — Susurra enviando escalofríos por todo mi cuerpo.



—Alex... — La voz me tiembla. Él regresa su boca hasta la mía, y finalmente me besa. Puedo sentir como mi cuerpo se relaja, sintiendo sus labios suaves y húmedos en mi boca. Alex tiembla y gime al mismo tiempo. El quejido involuntario de su boca me hace sentir especial, como si estuviese en otro mundo maravilloso. Alex me besa de una manera lenta, moviéndose con seguridad, como si fuese lo único que deseara en toda la vida. El aliento se me va, olvido como respirar y sin imponer que sus labios toquen los míos, sigo su beso. Me quedo quieta, sin mover mis brazos, pero me siento inútil, necesito tocarlo, sentirlo. De manera inconsciente y sin despegarme del movimiento lento de sus labios, levanto mis brazos y sin saber muy bien donde ponerlos, los dejo caer en sus hombros, después mi mano izquierda se enrolla a su cuello sin apretarlo, mientras que la derecha se posa en su cabeza, mis dedos enredándose en su cabello castaño y revuelto. Profundizo el beso.

—Hanna, Yo, umh, tengo... — Hace una pausa, separándose de mí. Su voz es agitada y se corta cada vez que él intenta hablar. No sé cuánto tiempo ha pasado desde que comenzamos el beso, pero creo que fue lo suficientemente largo para romper un record por contener la respiración. —Tengo que decirte algo. Algo muy importante. — Sus labios se separan de los míos. El frío de los baños me abraza, haciéndome sacudir. Me separo de él y lo miro.

No puedo descifrar lo que su mirada me dice.

— ¿Qué pasa Alex? — Pregunto con tono preocupado, volviendo a un tono serio. — ¿Está todo bien? — Alex se rasca la nuca. Lo miro con confusión y comienzo a sentir que algo malo paso. — ¿Alex? — Pregunto levantando una ceja.

—Necesito decirte todo lo que he descubierto. — Parecía perturbado y conmovido. —Tienes que ponerte al día, saber que fue todo lo que pasó, pero debemos irnos de aquí. Lo que paso con Jared ya debe de haber llegado a oídos de tu madre, y lo que menos necesitamos en estos momentos es que Margaret este sobre ti ahora.

—Me estas preocupando Alex, ¿Todo está bien? — Frunzo el ceño. Él niega relamiéndose los labios.

—Ambos sabemos la respuesta a eso, así que es mejor que nos vayamos. Conseguí la camioneta de Jared. — Mete las manos a sus bolsillos y un tintineo hace eco por los baños del

instituto. Un par de llaves cuelgan de los dedos de Alex en el aire. —Quite sus llaves cuando se descuido, seguro que tú podrás conducirla. La tomaremos prestada. — Explica con una débil sonrisa. Casi me rio al imaginar a Jared buscando sus malditas llaves por todo el instituto, una sonrisa se dibuja en mi rostro.

— ¿Por qué seguimos aquí? — Pregunto quitándole las llaves a Alex, quien sonríe con orgullo.

Alex camina adelante de mí, se dirige hacia la puerta de los baños y cuando llega quita el seguro, seguidamente la abre, la madera cruje y chilla cuando Alex la desliza, él asoma su cabeza sobre el marco, su cuerpo se inclina y espero a que me de la señal para salir. Para este momento Jared debe de estar con un psiquiatra, diciéndoles a todos que él también ve fantasmas, volviéndose loco con sus propios pensamientos. Alex se gira y me hace un asentimiento con la cabeza, parece tan concentrado. Con paso rápido salgo del baño de las mujeres y me pongo a un lado de él. No hay nadie en el pasillo. Todo está perfectamente vacío y silencioso.

Alex toma mi mano, enlazando nuestros dedos.

— ¿Lista? — Me pregunta mientras sus ojos cafés me miran penetrantes.

Asiento, pero de todos modos respondo.

—Sí.

Caminamos por el pasillo con paso rápido, el sonido de nuestros zapatos golpeado los pisos resbalosos son lo único que pueden escucharse. Enfoco mi mirada hacia la salida de emergencias que se mantiene abierta y frunzo el ceño. Casi es medio día, sin embargo el cielo comienza a oscurecerse, las nubes grises que se ven desde aquí cubren los rayos mínimos y tenues del sol, haciendo que el clima cambie repentinamente. Alex y yo caminamos más rápido, sintiendo una tensión en los pasillos del instituto, como si alguien nos estuviera observando. Un cosquilleo me hace querer rascarme en la nuca, luego, siento un escalofrío por mis brazos, haciendo que la piel se me ponga de gallina. Alex siente mi escalofrío y me mira con preocupación. Su cuerpo se tensa.

Ignoro aquel frío inminente en mi cuerpo y aprieto mi mano cálida con la mano fría de Alex.

Mientras camino, regreso mi mirada hacia atrás en un rápido movimiento, asegurándome que nadie nos ve o nos sigue. Solo veo las paredes blancas y los casilleros detrás de mí, todo luce tan normal y tan común, que parece que estoy alucinando. Esta tan tranquilo y silencioso que llego a dudar que algún alumno se encuentre dentro del instituto, todo esta tan callado. Regreso mi mirada y Alex me observa con curiosidad, sosteniéndome cada vez más fuerte. Aprieto los ojos y sin saber el por qué, veo el rostro de mi madre en mi mente. Abro los ojos y siento que todo da vueltas, los casilleros que están al frente comienzan a moverse. Siento una punzada en el pecho y gimo.

— ¡Hanna! ¿Estás bien?! — Alex se detiene cuando ve que me detengo, su voz está asustada. Suelto mi agarre y comienzo a sentir frío. Como si me hubieran bañado con agua helada. Levanto mi mirada y veo hacia el exterior. El cielo se está volviendo cada vez más gris, y el sol comienza a ocultarse detrás de las nubes. O tal vez no se está ocultando... lo están ocultando esas horrorosas capas nubosas oscuras y grisáceas.

Mi cabeza duele, un nervio de mi cabeza comienza a pulsar. Llevo mis manos hasta mi cabeza y la aprieto con delicadeza mientras cierro mis ojos, estabilizándome.

¿Qué me está pasando?

—Mi cabeza. Duele. — Gimo.

Un trueno se escucha al fondo, casi al instante doy un brinco. Alex se inclina y pone una de sus manos en mi barbilla, no quiero y no puedo abrir los ojos, es dolor se está volviendo cada vez más insoportable.

—Déjame traer una pastilla de la enfermería. — Escucho como comienza a caminar.

— ¡No! — Grito. —No te vayas, por favor. No me dejes. Estaré bien en un segundo.... — Explico antes de que él se vaya. —Solo no te vayas, Alex.

—Está bien, tranquila, no me iré, ¿de acuerdo?

Asiento todavía sin abrir los ojos.

—No sé qué está pasando. — susurro sin comprender. El nervio pulsa con más fuerza. Intento ocultar el dolor apretando los dientes. Me dejo caer en el piso y me recargo en uno de los casilleros, el metal es tan frío como los cubos de hielo.

—Vamos a volver, no podemos irnos. — Siento el cuerpo de Alex sentarse junto al mío.

—No. — Interrumpo. —Solo dame un segundo, estaré bien. — Levanto mis rodillas y hundo mi cabeza entre mis piernas, abrazándome a mí misma. El calor vuelve a mi cuerpo.

—Hanna... — Susurra Alex.

—Se está yendo. El dolor se va. — Le informo en un murmullo. Intento calmarme y aprieto los ojos. Respiro con lentitud. La mano de Alex toca a la mía, y en seguida, siento una corriente eléctrica deslizándose por todo mi cuerpo.

Estoy corriendo por el corredor de la mansión de los Crowell, escondiéndome de alguien o de algo. Las luces están apagadas y no hay electricidad, la luz de la luna es la única que ilumina el anochecer. Mi respiración se vuelve más agitada con cada paso que doy, estoy corriendo tan rápido que no sé qué es lo que hago o hacia donde voy. Abro una puerta y no se abre, mi cabello está pegajoso y puedo sentir un sabor metálico en mi boca, humedezco mis labios y el sabor se vuelve más claro y conciso. Es sangre. Alcanzo otra perilla y la agito con fuerza, la giro y no pasa nada, no se abre. Acelero mi paso por el corredor, sin saber a dónde ir, me siento pesada y de cierta forma confundida y desconcertada, enfoco mi mirada en otra puerta y corro hacia allá, la luz de la luna se oculta detrás de una nube y todo se vuelve oscuro y tenebroso. Mis pies se revuelven en la oscuridad y sin saber qué es lo próximo que hay en el corredor, mis piernas se atraviesan una detrás de la otra, piso un cable y al segundo en que doy otro paso, me tropiezo con una lámpara que estaba tirada en el piso. El golpe hace un sonido estridente en las paredes, mi cuerpo cruje y rebota con el duro y fuerte golpe. Gimo y me levanto, sintiendo como mi espina dorsal duele incesantemente. La adrenalina corre por mis venas, alcanzo la última puerta del corredor y la abro. Afortunadamente la puerta se abre, me deslizo dentro de la habitación y una vez que estoy dentro de ella, la cierro con seguro. Me recargo en la madera, mi corazón palpita de una manera increíble y mi corazón intenta mantenerse dentro de mi pecho. Siento un terror espeluznante, como si estuviera en una pesadilla de la que no puedo escapar, mi cuerpo está tan sudado que siento como las gotas se deslizan por mi frente y por mi pecho. Limpio la sangre que

hay en mi boca y me limpio en mis ropas húmedas. La habitación esta silenciosa y a duras penas puedo ver las siluetas y las sombras de los muebles.

"¡Hanna!" Escucho que alguien grita con terror, la voz es gruesa y terrorífica. Mi cuerpo tiembla y me quedo quieta. "¡Hanna!" Vuelve a gritar con pánico en la voz.

No abras la puerta. No la abras. Me digo. Pero yo no abro la puerta, ni siquiera me acerco a ella. Adormezco a mi garganta y me quedo en silencio, escuchando como unos pasos fuertes y grotescos resuenan en el corredor. El aliento se escapa de mi boca cuando los pasos se amortiguan y se detienen detrás de la puerta. Siento un ardor terrible en mi cuerpo, una picazón que no puedo detener. Una llave se introduce en la cerradura y retrocedo. Escucho una risa siniestra detrás aquella y gimo en silencioso, el terror inundándome por dentro y por fuera. Una gota se desliza por mi frente y gruño. Mis ojos se abren como plato, intento apoyarme en alguna cosa, y con toda la inquietud del mundo y todo el pánico comienzo a revolver las cosas que hay en la habitación que comienza a verse sofocante. Busco algún arma mientras escucho la risa espantosa del exterior. Con cada segundo que pasa, comienzo a perder fuerza y a sentirme vulnerable. Tiemblo cuando toco algo filoso. La llave comienza a girar con lentitud. Me quedo quieta, esperando a que aquel sonido se detenga. La cerradura hace un sonido chirriante y la puerta hace un crujido cuando se abre. Chillo con fuerza. Doy un paso hacia atrás. Las piernas me tiemblan y es imposible respirar en un lugar tan encerrado. Mi corazón comienza a fallar.

"Te encontré." Dice una voz torcida. Entonces, una persona entra a la habitación con lentitud. La silueta es terrorífica, apenas puedo mantenerme en pie. La observo y alguien grita mi nombre al fondo. Miro con pánico a la silueta que se ve en la entrada de la puerta. Gimo cuando logro divisar el cuerpo. Es una mujer.

— ¡Hanna! — Grita Alex, sacudiéndome. Abro los ojos de golpe y me doy cuenta de que estoy sudando como nunca. —Oh, Dios. — Susurra apretándome contra su pecho. —Estuviste gritando un montón de cosas que no logré entender.

— ¿Qué pasa? ¿Dónde estoy? — Pregunto con tono adormecido.

—Te has desmayado, no, estuviste en un trace, yo... — Alex parece confundido. —No sé qué te paso, Hanna. — Niega con la cabeza pareciendo más desorbitado que yo. Abro mis ojos todavía más, reincorporándome. Miro hacia mí alrededor y veo los casilleros detrás y delante de mí, el cielo sigue igual de gris opaco, otro rayo suena estruendosamente, haciendo vibrar los casilleros

azules. Apoyo mis manos en el piso y me levanto de golpe. Alex me observa con preocupación, sosteniéndome por si me vuelvo a caer. Tallo mis ojos y luego, recuerdo la pesadilla en la que estuve sumida.

¿Qué había sido eso?

—Creo que tuve una pesadilla, Alex. No sé cómo explicarlo. Estuve en la mansión de los Crowell, y una mujer me estaba siguiendo, corrí en la oscuridad, tratando de esconderme de ella, era aterradora, no puedo explicártelo. — Dije con rapidez. Mi cuerpo estaba temblando.

—Está bien, ya pasó, ¿de acuerdo?

—Fue muy real... — Intento describir lo que vi, pero no sé cómo. Se sentía tan cierto. —Era como, como si realmente estuviera pasando. Como una visión, Alex. — Explico con inquietud. — ¿Y si algo malo pasa? ¿Si es una visión, Alex? — Tiemblo una vez más y me abrazo a mí misma.

—Han pasado tantas cosas, Hanna. Que tendrías que definirme con tus propias palabras lo que es "Malo" — Dice con voz clara. — ¿Puedes levantarte? — Me pregunta con el ceño fruncido, él se ve asustado. Veo la preocupación en sus ojos y asiento. No quiero alarmarlo, sin embargo, las piernas me están temblando.

—Sí, creo. — Respondo todavía sintiéndome mareada.

—Te llevaré a casa. — Suena decidido. Niego rotundamente.

—No. Vámonos de aquí. — Susurro.

—Pero estás mal, Hanna. Necesitas descansar. Necesitas...

—Necesito todo menos volver ahí, Alex. Por favor, vámonos. — Lo interrumpo.

Él duda por unos segundos. Le doy una mirada entristecida y él asiente todavía sin parecer seguro.

—De acuerdo. La camioneta de Jared está en el estacionamiento, ¿Segura que puedes hacerlo?

—Muy segura.

Alex me toma de la mano y con un leve tirón me levanta del piso. Me sacudo los pantalones rasgados y reanudamos nuestro camino hacia el estacionamiento. Alex vuelve a enlazar nuestros dedos, mi cuerpo se acalora en cuanto nuestra piel hace contacto. El dolor de cabeza comienza a desaparecer, incluso los mareos se desvanecen. Con el antebrazo disponible, limpio el sudor de mi frente.

Alex suspira con pesadez, puedo sentir como sus músculos se tensan.

Cuando por fin salimos del pasillo del instituto, caminamos hacia el estacionamiento. Las llaves del auto tintinean en mi bolsillo derecho. Una luz delgada, casi como una línea ilumina el cielo oscuro y casi a los cinco segundos, puede escucharse el grotesco y vibrante trueno, retumbando los vidrios de las ventanas de los autos. Levanto mi mirada y otras cinco líneas plateadas aparecen en el cielo. Es magnífico. Las líneas torcidas iluminan las nubes grises, casi como una delgada y fina capa de luz. El vapor condensado emerge un color más oscuro. Cuando las líneas torcidas se encuentran en un mismo punto, un ruido mucho más fuerte, resuena en todo el lugar. Las ventanas de los autos vibran y por consiguiente, escucho a lo lejos como los casilleros vibran haciendo un zumbido silencioso.

Una gota cae en mi rostro.

— ¿Lluvia en marzo? — Pregunto con curiosidad.

—Ni yo mismo lo entiendo. — Las gotas comienzan a caer sobre el rostro de Alex. —Vamos. Esta por allá. — Levanta su mano y me señala una camioneta. La reconozco de inmediato, Cara había tenido una así, bueno técnicamente era de su madre, pero ella siempre la conducía cuando salía fuera de la ciudad o iba a algún lugar lejano mayor a una hora de tiempo caminando. Era una

Jeep Patriot de color negro.

Niego sin creerlo. Las gotas heladas caen sobre mi cabeza.

—Yo... Yo no conduzco camionetas. Son más grandes que los autos. — Me excuso.

—Imagina que lo es. — Alex se pone delante de mí sin soltar mi mano. —Sé que podrás. — Me da un beso rápido en la mejilla y antes de que pueda responder me jala hacia la camioneta. Las gotas caen con mayor fuerza y rapidez, mientras Alex corre jalándome con él, intento meter la mano disponible a mis bolsillos para sacar la llave. Cuando estamos lo bastante cerca, aprieto el botón para abrir la camioneta. La alarma hace un sonido corto y los seguros automáticamente se levantan, las luces delanteras y traseras se encienden por unos segundos y luego vuelven a apagarse. Alex abre la puerta del piloto, soltándome de la mano. Entro a la camioneta y el calor del interior abraza a mi cuerpo frio y lleno de gotas de lluvia.

—Usa el cinturón. — Me dice con seriedad. Giro mi cuerpo y alcanzo el lazo para después atravesarlo por enfrente de mi cuerpo. Lo pongo en su respectivo lugar y vuelvo a girarme. La lluvia comienza a azotar el parabrisas, las gotas son más rápidas que parece un diluvio. Otro trueno se escucha al fondo.

—Hecho. — Respondo con una media sonrisa. Alex me sonríe y cierra la puerta. Veo como atraviesa la camioneta por la parte delantera, corriendo con velocidad. Meto la llave en el orificio que está detrás del volante y giro una vez que esta adentro. El motor cruje. Alex abre la puerta del copiloto, su cuerpo entra de un salto a la camioneta y una vez que está adentro cierra la puerta de un portazo. Enciendo los limpiadores y seguidamente, enciendo las luces. —¿A dónde iremos?

—Solo sal a la carretera principal, yo te guiare. — Dice.

—De acuerdo. — Aprieto mis manos al volante y tiemblo involuntariamente. Los autos grandes nunca van conmigo, siempre me llevan la contraria y mucho más las camionetas grandes, somos fieles enemigas. La única vez que he conducido una camioneta fue la de Cara, y fue un total error, había dañado la parte trasera porque no calcule bien la reversa y choque contra un árbol, estaba acostumbrada al auto de mi madre y al de la señora Sara, nuestra vecina y la cual me había prestado el auto el día en que seguimos a Zet. Nunca había tocado y conducido otros autos que no fueran los de ellas. Los autos pequeños son lo mío.



—Lo harás bien, solo es un auto. — Me anima.

—Un auto que es robado.

—Lo tome prestado. — Aclara. —Aparte, es de Jared. Puedes chocarlo si quieres.

—Creo que me convenciste.

Alex sonríe.

\*\*

—Alex, este camino no me está gustando, ¿A dónde vamos? — Pregunte mientras frenaba. Había cientos de baches y de hoyos profundos en el camino enlodado. La lluvia no se había detenido, y algunos de los hoyos estaban hechos charcos, era imposible predecir donde frenar y donde acelerar. El camino no era más que una simple carril enlodado, había arboles en los lados laterales, cientos y cientos de arboles cubriéndonos, tanto en las partes laterales como encima, era como un túnel hecho de arboles altos y caídos. Éramos las únicas personas conduciendo por aquí, y a decir verdad, no estaba confiando en ese camino engañoso. — ¿Seguro que es por aquí? — Pregunto con el ceño fruncido.

—Sí. Ya lo verás. — Me confirma. Los limpiadores se mueven de arriba a abajo, quitando por unos segundos las gotas de agua. Son recias y consecutivas, parece que no van a acabar nunca. Acelero de nuevo y sigo conduciendo, el camino ya parece ser más plano, aunque la lluvia no deja mucho que ver. La grisácea de las nubes y el manto de los arboles, hacen que el camino se vuelva más oscuro.

— ¿Alex? — Pregunto sin despegar mi vista del camino. Freno una vez más y mi cuerpo se va hacia adelante, el cinturón me hace retroceder al segundo siguiente.

— ¿Sí?

— ¿Mi madre es la culpable? ¿Por eso me mintió? ¿Por eso me hizo creer que estaba en coma?

— Pregunto acelerando nuevamente. Alex me mira de reojo y espera unos segundos, esperando a que cambie mi pregunta. No lo hago. Él mira hacia la ventana empañada y llena de gotas deslizantes. Toma una respiración y vuelve su mirada hacia mí.

—No. — Responde. —Ella no es la culpable, Cara y tu madre intentan protegerte. — Aprieto el freno y me detengo.

— ¿Qué? — Pregunto sin comprender.

—Ellas están intentando protegerte. — Repite. Se acomoda en el asiento y me mira. —Escuche todo su plan cuando estabas dormida. Margaret no es mala, y Cara tampoco. Son aliadas, pero en ningún momento han querido atentar contra tu vida. Margaret te ama, Hanna. Es tu madre y ha hecho muchas cosas para protegerte, hasta poner su vida misma en peligro. —Me quedo en silencio, escuchando sus palabras. —Y en cuanto a Cara, ella te ama, sé que suena increíble, pero sé que lo hace, ella fingió su muerte por una sola razón, puso en riesgo su vida, también, e hizo lo que una mejor amiga puede hacer por su mejor amiga.

— ¿Por qué me mintieron, entonces? ¿De qué querían protegerme? ¿Qué hay con Zet y Kate?

—Una pregunta a la vez. — Me dice con tono pacífico mientras me da una sonrisa tímida. Enserio en rostro y profundizo la voz. —Margaret te ocultó la verdad porque sabía que estabas metiéndote en un asunto... peligroso. Ella estuvo en mi supuesto funeral porque quería protegerte de alguien que aún no sé. Te estaba cuidando, no estaba ahí para nada más. Creo que ella quería que me conocieras, porque, quiero decir... — Hizo una pausa y trago saliva. Sus ojos se iluminaron repentinamente. —Somos familia.

En ese momento recordé el acta de nacimiento de Alex, y la carta de adopción. ¿Debería decírselo? No. No ahora.

—Sí, por supuesto... — Sin poder evitarlo, la ironía en mi voz es evidente, aunque Alex no lo nota al instante. Me aclaro la garganta y me muevo en mi asiento. — ¿Entonces qué pasa con Kate y Zet? — Intento cambiar de tema.

Alex me mira curioso, descifrando que es lo que intento ocultar. Su ceño se frunce.

— ¿Estás bien?, estás pálida. — Dice sin dejar de observarme con cierta cautela. Me remuevo en el asiento.

—Estoy bien, solo que todo esto me ha tomado por sorpresa... Es demasiado por un día. — Explico. Él asiente sin parecer convencido.

—Kate y Zet están de su parte también, la reunión fue planeada por ella, y todo para que dejaras de investigar sobre mí y mi muerte. Quería que te asustaras y dejaras de investigar. Pero eres tan terca que no funciona. — Agrega con una sonrisa mínima. —No sé nada sobre Tom. Tampoco se sobre Sarah. Tom parece haberse ido de la ciudad mientras estabas dormida, parece que no soporto la idea de mentirte.

— ¿No era más fácil decírmelo? — Pregunto. Los limpiadores hacen un sonido fuerte cuando una piedra pequeña rebota en el parabrisas. —Era más sencillo decirme que me alejara. Mi madre podría haberme contado la verdad sobre Eric y todo hubiera estado a la perfección, ¿Cuál es su problema?

—Que a ella también la amenazaron, Hanna. Todos están amenazados.

— ¿Amenazados? ¿Por quién?

—No lo sé.

Suelto un suspiro frustrado y pongo mis palmas en mi rostro. Ahora me sentía la peor hija del mundo, había dudado de mi madre cuando ella solamente había estado protegiéndome. Mientras que yo la culpaba de todo lo malo que pasaba a mi alrededor. Estaba furiosa conmigo misma, e incluso quería golpearme por pensar en que mi madre fuera la asesina de Alex. Pero es que todo concordaba perfectamente con las pistas.

— ¿Qué hay con las notas? ¿Ella las escribió? — Quito las palmas de mi rostro y lo miro. Él parece saber la respuesta a la perfección.

Niega.

—Absolutamente no. — Responde con tono serio. —Ella incluso recibió una de esas notas, pero nunca lo menciono. Tanto como Cara, Zet y Kate, recibieron una nota. Supongo que te estarás preguntando el por qué. — Dice como si me leyera la mente. —Bueno, es muy sencillo. Kate era mi novia. — Asentí sintiendo un pinchazo en el corazón. —Ella estaba siendo amenazada porque sabía muchas cosas sobre mí, y sobre mi familia.

>>Yo le contaba los problemas que había con mis padres y con mis amigos cercanos. Aunque éramos más como amigos que novios. Así que le llego esa nota en donde le advertían que si decía algo que fuera una pista para la policía, la matarían enseguida. Ella no se lo dijo a nadie, y por supuesto, no dijo nada sobre mi paradero y mi familia. Mantuvo su boca bien cerrada, guardándose todo lo que sabía. Supongo que eso la mantuvo viva. Aunque con el pasar de los días, supo que Zet también estaba en este enredo. Así que el día de mi funeral, dos días después de mi muerte, ella subió a al auto de Zet, ¿Lo recuerdas?, Cara nos dijo sobre ello, y no precisamente para que sospecharas de ellos, sino que ella tampoco sabía nada en el momento. Así que ahí estaban Kate y Zet, gritándose en el automóvil. Era por eso que Kate estaba tan molesta, porque sabía que Zet era un tipo bromista y había creído que él se la había enviado, por tanto, estaban discutiendo dentro del automóvil. Ahora, piensa por un momento, tenemos a todos los posibles sospechosos en mi funeral, ¿Quién aparte de Kate, de Zet, de Cara y de tu madre pudo escucharlos?, porque al día siguiente, Zet también recibió una nota, pero él no sabía que pasaba realmente, así que regreso con Kate y ambos se gritaron un montón de cosas. Lo sé porque Margaret y Cara lo dijeron mientras hablaban. En fin, el asesino no se dio cuenta de esta alianza, así que Kate, Zet, y por consiguiente Cara y tu madre, debían protegerte de alguna manera. Cara no tardo en darse cuenta que estabas algo... extraña, así que al instante en que Zet le dijo que estabas detrás de él para preguntarle sobre mí, los planes cambiaron, y ellos creyeron que lo mejor, era decirte que tú me habías matado. Tu madre se dio cuenta cuando nosotros los estábamos siguiendo, creo que no fuimos tan... discretos. Días después, cuando todavía no se aclaraba este enredo, Cara recibió una nota, en la que ella estaba siendo amenazada. El mismo papel, las mismas letras hechas con periódico, la misma persona enviando aquellas notas. ¿Ahora lo entiendes?, no solo se trataba de ellos, sino de ti. Por tanto Cara fingió su muerte, habían decidido cambiar de plan, para que olvidaras todo.

—No lo creo. — Susurre cuando Alex termino de hablar, tenía un montón de preguntas, pero justo ahora la mente se me había puesto en blanco. Estaba analizando y reproduciendo cada uno de

los hechos, y todo parecía coincidir. Estaba en lo cierto. Todo había sido un plan perfectamente planeado para alejarme de la complicada y muy terrorífica situación de Alex. Pero el plan no había funcionado cuando mi madre había aparecido en la mansión de los Crowell con un bate en la mano, más aparte, sumándole que era la principal sospechosa. Ahora entendía el porqué había decidido cambiar de plan y decirme que estaba en coma. Seguro que al doctor le había pagado para que conectara con ella y su historia concediera. Pero lo que ella no sabía, es que un fantasma desmentiría todo.

Parecía que el asiento tenía pegamento, me había quedado pegado al lugar y muy apenas podía moverme. Estaba en shock, casi petrificada. Mi cuerpo estaba congelado, las piernas ni siquiera me temblaban, habían perdido todo tipo de movimiento y de nervio. Era suficiente información.

—Yo tampoco lo creí. — Dice Alex. —Pero, ahora estoy seguro de ello.

— ¿Y los mensajes? — Pregunto con tono sofocado. — ¿Qué pasó con ellos? ¿Por qué no estaban en mi bandeja de entrada?

Él tomo una bocanada de aire, y una vez que mantiene el oxígeno por varios segundos, suelta con un resoplido.

—Yo los elimine. — Responde con culpabilidad. Mis ojos se abren.

— ¿Qué? ¿Por qué lo hiciste? — Lo miro. — ¡Sabías que esa era la única prueba para saber que estabas aquí!

—Ahí tienes la respuesta. — Contesta mirándome.

— ¿Por qué? — Levantó la mirada, buscando sus ojos en el interior de la camioneta. — ¿Por qué debo creer eso? — El corazón me late aceleradamente. Temo que él pueda escuchar mis latidos incesantes y dolorosos.

—Porque una madre hace todo por sus hijos, y porque la amistad, es lo más importante en este mundo, Hanna. —Sus labios se humedecen cuando pasa su lengua por ellos. —Si no cuentas

con ninguna de estas dos cosas, entonces estás jodido. — Hace otra pausa. —Y tú tienes una madre increíble, unos amigos que te quieren como a nadie, y a un chico totalmente enamorado de ti, y que también, haría cualquier cosa por mantenerte a salvo.

Me siento tan malditamente mal por haber insultado a mi madre y por haber querido golpear a Cara. Quiero llorar y recriminarme a mi misma por creer en tan fatalidad. Me siento tan tonta y tan ilusa. Siento un apretón en mi pecho, el cual no puedo detener y dejar de sentir. Incluso Zet estuvo ayudando con todo esto, y yo no hice más que culparlo también. Ahora entendía el porqué de la llamada cuando estuvo en el restaurante. Sabía que mi madre le había dicho que hiciera esa llamada para confundirme y asustarme. Y había funcionado en el momento.

Y ahora, me sentía una total mierda.

—Soy una estúpida, Alex. — Gimotee con la voz cortada.

Él niega.

—Yo también soy un estúpido, porque también creí que ella era la causante. — Sus manos alcanzan a las mías. Estoy tan fría, que siento las manos de Alex cálidas y confortantes. Cosa que nunca suele suceder. —No deberías sentirte así, supongo que cualquier persona que estuviera en nuestro lugar, hubiera creído lo mismo. No eres estúpida, eres inteligente, eres valiente por haber estado dentro de todo esto. Supiste como llevarlo a cabo. Te admiro, Hanna. Admiro tu valentía en el momento en el que me conociste y decidiste entrar en esto, por treparte en aquellas escaleras de la casa de Zet y tuviste una herida grave en la pierna, por escuchar esas palabras tan duras y aun así, seguir de pie. Por enfrentarte con tu madre, con Zet, e incluso con Kate, te admiro por eso y por mucho más. — Sus manos se aprietan entre las mías. —Eres la más audaz de todas las chicas, siempre viste más allá de las cosas y nunca te rendiste, ¿Aún sigues pensando que eres una estúpida? Déjame decirte algo, Hanna Crowell. — Se inclino sobre el asiento y paso una de sus manos por mi mejilla. No me había dado cuenta de que había comenzado a llorar, no hasta que él limpio una lágrima que se deslizaba por mi mejilla. —No eres estúpida, y te amo.

Y me besa.

—Eres la persona más increíble de este mundo.

—Fantasma. — Me corrige con una sonrisa en sus labios rojos y húmedos. —Y sobre eso, tienes que seguir conduciendo. Tengo algo para ti. — Susurra mientras se aleja, reincorporándose a su asiento.

— ¿Algo para mí? ¿Qué podría...? — Antes de que pueda terminar, un sonido me interrumpe.

Un teléfono suena. Ambos nos miramos con confusión, ¿Quién podría ser? Mi bolsa comienza a vibrar y una luz se enciende dentro del bolsillo. Meto la mano en el agujero y me limpio las lágrimas antes de contestar, como si me fueran a ver. Aclaro mi garganta y deslizo mi dedo por la pantalla.

— ¿Hola? — Pregunto.

— ¡Hanna! ¡Oh, Dios! ¡¿Dónde estás?! — Reconozco el tono de voz de inmediato. Es mi madre. Su voz es desesperada, y ella esta realmente angustiada. Tomo un respiro y siento alivio al escuchar su voz. Ahora vuelve a ser mi madre, la mujer que se preocupa por mí. La que estuvo ahí para cuidarme cuando tenía pesadillas, la mujer que me protegía del asesino de Alex. Me sentía realmente mal, ahora yo me sentía la traicionera. — ¡Dime que no has salido fuera! ¡Dios, Hanna! ¡No puedo creer que estés fuera del instituto! ¡Dime donde estas e iré por ti! ¡Por favor! ¡¿Hola?!

—Mamá... — Susurro para intentar calmarla. —Estoy bien, solo salí a tomar un poco de aire. — En parte era cierto, no estaba mintiendo del todo.

— ¡¿Con esta lluvia?! — Dice con cinismo. — ¡Por favor, dime donde estas!

—Mamá, si no te calmas no te diré donde estoy. — Alex me mira con el ceño fruncido.

Escucho como suelta un suspiro.

—Está bien. Estoy calmada, ¿Puedes decirme dónde estás? — Pregunta intentando ocultar la

desesperación en su voz.

—Estoy en el centro comercial, vine a tomar un café y a tranquilizar mis pensamientos. —Digo, pero no escucho una respuesta de su parte. —Estoy bien. — Agregó.

—Bien. — Dice. —La doctora Lisa Witte me llamó y dijo que no quieres seguir con las sesiones. — Ahora se escuchaba más calmada.

—Sí, sobre eso, yo no quiero seguir yendo. No me parece adecuado porque yo... — Reproduzco nuevamente su oración. —Espera, ¿Qué has dicho? — Pregunto con un hilo en la voz.

— ¿Que no quieres seguir con las sesiones? — Dice pareciendo confusa. Puedo sentir como su ceño se ha fruncido del otro lado de la línea.

—No, el nombre de la doctora, ¿Cuál era? — Pregunto con desesperación. Alex me mira sin comprender.

—Lisa Witte. — Repite. Mis manos se levantan e inconscientemente tapo mi boca para no gritar.

— ¿Hanna? ¿Qué está pasando? — Me pregunta Alex.

—Mamá, te llamo más tarde. — Susurro.

—No, Hanna, no cuelgues...

Cuelgo.

— ¿Qué está pasando? — Él nota mi nerviosismo. — ¿Hanna? — Levanta una de sus cejas y me mira con expectación, esperando a que le dé una muy buena explicación.



¿Se lo digo? No.

— ¿Por qué no llegamos a ese lugar y te digo que es lo que está pasando?

—De acuerdo.

La lluvia deja de persistir, y con los segundos, va terminando de llover. Vuelvo a acomodarme en mi asiento y piso el acelerador. La camioneta comienza a avanzar de una manera lenta y cuidadosa, la camioneta cae sobre un hoyo y acelero, el motor cruje y la llanta que se ha quedado atascada por unos segundos vuelve al suelo casi plano, intento mantener mis manos tranquilas y me concentro en el camino. Sin embargo, la vista de Alex no se aparta de mí y eso me pone más tensa y más nerviosa.

— ¿Estamos cerca? — Pregunto apretando el volante de la Jeep.

—De hecho, hemos llegado. Da la vuelta. — Me ordena señalando hacia un camino más pequeño y más enlodado. Giro el volante y cuando la camioneta se pone recta en el carril en el que he girado, veo hacia el frente. Frunzo mi ceño.

— ¿Qué hacemos en un cementerio? — Pregunto mientras piso el freno. Hay un montón de lapidas en un césped totalmente verde. Una detrás de otra. A los lados laterales, a cualquier parte que mire, hay lapidas.

— ¿Aún no lo sabes?

Sé a lo que se refiere.

—Alex...

—Estaciónate donde quieras, no hay nadie aquí. — Parece que esta ¿Feliz?

—Ahora yo soy la confundida, Alex. — Intento darle una mirada cautelosa pero fallo en el intento, su sonrisa me desconcentra. — ¿Por qué estas sonriendo?

—Ven, salgamos de aquí. — Abre la puerta del copiloto y sale con velocidad. Apago la camioneta y abrocho mi chamarra. La lluvia finalmente ha cesado, pero hace un frío terrible, y las nubes aun no parecen darse abasto. Más tarde seguirá lloviendo.

Antes de que pueda abrir la puerta, Alex ya está ahí, abriéndola para mí.

—Vamos. — Me tiende la mano. Despego las llaves de la cerradura y tomo su mano, doy un brinco fuera de la Jeep y cuando toco el suelo el lodo espeso hace que mis zapatillas deportivas se hundan.

—Eres tan impredecible. — Meto las llaves en mi bolsillo derecho y Alex cierra la puerta del piloto.

—Tengo algo que darte y que decirte.

—Estoy ansiosa. — Era cierto, si no fuera porque tenía mis dos manos ocupadas, probablemente me estaría mordiendo las uñas. —No puedo adivinar que pasara después. — Agregó con sinceridad.

Alex me jala y me lleva hasta un lugar abierto, no tiene puerta, pero si tiene un techo. Hay grandes arcos, todos consecutivos, la pared es blanca, de ambos lados, me doy cuenta que es el lugar en donde ponen las cenizas de las personas, esta justo al frente de las lapidas, la lluvia no ha afectado ni un solo centímetro del lugar cubierto. El piso se mantiene perfectamente seco. Miro hacia alrededor y me abrazo al sentir el frío calando en mis huesos. Lo único que nos rodean son árboles frondosos y bastante grandes. La humedad del pasto mojado inunda a mi sentido del olfato.

Nos detenemos en el comienzo de los arcos y miro a Alex. Me suelta y se encamina hacia lo que parece ser una banca de madera, totalmente llena de polvo. Toma una bolsa negra y comienza a abrirla mientras camina de nuevo hacia mí.

— ¿Qué es eso? — Pregunto cuando no logro ver nada más que la bolsa negra. Predecir el interior es imposible teniendo a Alex.

—Es un cuaderno que encontré en mi habitación. Lo dejaste ahí. — Saca el cuaderno de tapas duras y me lo entrega. Lo tomo con manos temblorosas. —¿Lo recuerdas, verdad?

—Sí, por supuesto. — Recordaba perfectamente lo que había escrito ahí. Trague saliva, sintiéndome avergonzada. — ¿Lo leíste? — Pregunto sin parecer interesada. Había escrito un millón de cosas sobre Alex, y eso me ponía algo incomoda.

—No. Respeto tu privacidad, no creí debido leer algo íntimo. — Me dice.

—Yo... umh, gracias. — Respondo por fin.

—También encontré esto. — Mete la mano en la bolsa de plástico y saca una pequeña bolsita transparente. Entrecierro los ojos para ver qué es lo que hay dentro.

—Es el arete que me dio Kate. — Susurro mientras él me lo entrega. Veo la pequeña perla en la bolsita de plástico.

—Sí. Tenía que dártelos, porque, bueno... — Hace una pausa. Aprieta la bolsa de plástico, haciéndola bolita entre sus palmas. —Estuve investigando a fondo. Y descubrí algo muy importante. — Su rostro se pone serio.

— ¿Qué es? — Pregunto.

—Quiero que me respondas una pregunta, de acuerdo a lo que te conté en la camioneta, ¿Quiénes son nuestros últimos sospechosos? — Su seriedad me hace flanquear por unos segundos.

—Eric, George, Sarah, Tom y ¿Rossie?

—Correcto. Ahora ven.

—Un momento Alex. Si estamos aquí, es por una razón. — Ahora lo entendía todo. Las cenizas de Alex estaban aquí. Pero, ¿Por qué el querría que viniéramos justamente aquí?

Alex comienza a caminar con paso lento, tirando de mi mano.

—Una más. — Hace una pausa sin dejar de caminar. Sus pasos son lentos y cortos. —¿Quién de los que mencionamos y que recibió una nota, no se unió a ningún bando?

Pensé por unos momentos.

—Rossie... — Digo sin dudar.

— ¿Y quién estuvo en el ataque de mi padre esa noche?

—Rossie y Eric, pero ella también resulto herida.

Mierda, ¿A dónde iba con esto?

— ¿Quién se hizo cargo de mi funeral? ¿Quién sabía dónde estaban mis cenizas, Hanna?

—Rossie, ella me dijo que me traería a ver tus cenizas. — Respondo. Mi mente volviendo a traicionarme. A burlarse de mí.

—Pero nunca lo hizo, ¿Cierto?

—Cierto. — Confirmo.

Maldición. ¿Qué demonios pasaba?

— ¿Quién tiene trastornos en mi hogar, Hanna? — Profundiza la pregunta, haciéndola más fuerte y clara.

—Rossie. — Hice una pausa. —Pero ya los supero, Alex.

—Eso es lo que todos han creído. — Contesta. —Ahora, ¿Sabes por qué vomitabas tanto? ¿Por qué sentiste esa conexión con mi madre el día en que la conociste? ¿Por qué te parecían familiares aquellas donuts? ¿Por qué era tan amable contigo? ¿Por qué ella se veía tan despreocupada después de mi muerte? ¿Sabes por qué fue la única que no estuvo aquella noche en que la mansión fue atacada?

Mierda.

—Sígueme.

Alex siguió avanzando. Sentía que mi piel ardía. Mi garganta picaba y no podía hablar. Él se detiene donde comenzaban los apellidos con la tercera letra del abecedario, y se estira, apoyando sus brazos a la piedra que guardaba las cajas de ceniza, y toma una color café mate. Es pequeña y muy brillante, incluso tiene oro en la superficie de la caja, en todo alrededor, como una pequeña y muy fina línea. Otro trueno resuena a lo lejos. Alex toma la caja y me la entrega.

—Ábrela. — Dice mientras extiende la caja brillante. Su nombre esta incrustado en ella. Soy como una gelatina, no dejo de temblar.

—Alex...

—Por favor. — Suplica. Tomo la caja entre mis dedos de mantequilla y resoplo.

Aquí vamos. Alex me observa con atención. Quito la tapa de la caja y miro hacia donde él está, no aparto mi vista de él, y él tampoco lo hace. El contacto visual no se pierde hasta que Alex habla.

—Ve lo que hay dentro.

Tomo una respiración y pestañeo. La tapa esta fuera. Bajo mi mirada con lentitud, apartando súbitamente mi mirada de los ojos de Alex. Veo hacia la caja y doy un brinco, casi soltando la vacía caja.

—No hay nada. — Murmuro sin poder creerlo. Levanto mi mirada y miro a Alex con incredulidad.  
— ¿Alex?

— ¿Sabes lo que significa, Hanna? — Esta sonriendo.

—No hay cenizas, no hay cuerpo en ninguna tumba. — Completo lo que él quiere decir. Tomo una bocanada de aire. Mis pulmones se aprietan. Lo miro directamente y me fuerzo a hablar. — ¿Estas... estas vivo, Alex? — Pregunto con los ojos bien abiertos. El corazón dejando de enviar bombeos de sangre a mi cuerpo.

Él asiente.

—Eso es lo que parece. — Su sonrisa se profundiza todavía más. Dejo caer la caja y me lanzo entre sus brazos. Aprieto mis manos en su nuca, enredándolas en su cuello. Puedo oler su aroma varonil. Él me abraza, dejando caer sus manos a mi cintura. Apenas puedo respirar.

—Oh, Alex. — Gimo sintiéndome tan feliz. —No puedo creerlo. — Digo en su cuello. — ¡Es increíble!

—Lo es. Yo... esto es magnífico. Necesitaba decírtelo, ahora me siento más... aliviado. — Suelta un suspiro y me alejo de él sin dejar de sonreír.

— ¡Es increíble! ¡No puedo creer que estés vivo! Pero, ¿Dónde? ¿Dónde está tu cuerpo?

—Vamos a volver, las preguntas que te hice. El vomito, la conexión con mi madre, los donuts, las notas, el día del ataque a la mansión, el segundo y el último ataque a la mansión, el bate y tu madre, sus rasguños en el rostro, su forma de actuar, y el porqué ella era tan amable contigo.

—No puede ser, ¿Es lo que estoy creyendo?

—Eso depende de lo que estés pensando. — Contesta. —Voy a decírtelo. Es muy sencillo. La conexión que sentiste con mi madre la vez en que la conociste, no era por lazos familiares...

—Santa mierda. Pienso de inmediato. —Mucho menos los donuts, Hanna. No eran por razones familiares, eran...

—Eran por ti... — Completo. —Ella...

—El arete es de mi madre, Hanna. Ella nos mintió acerca de mis cenizas, hace una semana revise la bodega de la mansión, quería saber todo lo que había dentro, ¿Y sabes que encontré?

— Que no sea el acta de nacimiento. —Encontré partes de periódico recortado. Ella hizo esas notas. Las envió y amenazó a tu madre, a Kate, a Cara y a Zet.

No puede ser. ¿Rossie?

— ¿Y qué hay con los rasguños que había en su rostro, Alex? Ella dijo que la atacaron. — No quería defenderla, pero sonaba algo ilógico lo que Alex decía.

—Ella atacó a mi padre, y después se atacó a ella misma para que fuera creíble, y por obvias razones, no sospecharan de ella. Lo tenía todo planeado. Y esa noche, el día de Nochebuena, ¿Lo recuerdas? ella era la que llamó, lo supe porque encontré otro dispositivo que conectaba a la perfección con el que te había llamado, con el que había arrojado a la ventana, sus huellas dactilares estaban por todos lados. Esa noche tenía planeado matarte. Pero entonces Margaret llegó y sus planes tuvieron que cambiar repentinamente.

— ¿Por qué nadie hizo nada? y si le hizo daño a Anna, ¿Por qué ella no había tenido ni un

rasguño en la cara o en el cuerpo cuando la vi en el consultorio? — Pregunto.

—Porque Anna nunca fue atacada. Ella solo estaba viendo una película de terror. Mi madre había drogado a nuestra familia, le había puesto un adormecedor a las copas de Rebecca, Caroline, de mi padre y a la de Eric. Ellos cayeron en un profundo sueño, mientras que tú estabas en peligro. Lo había planeado todo.

Me siento en el piso seco del lugar abandonado. Era demasiada información por un día. ¿Rossie? ¿La misma Rossie que conocía? Resultaba imposible creerlo.

— ¿Ella se ataco de nuevo? Me refiero a Nochebuena, ¿Rossie se golpeo con el bate?

—Sí, ella sabía que Margaret estaba ahí y que pronto tú llegarías.

—Maldita hija de... — Me detuve por respeto a Alex. —Lo siento, ¿Cómo estás tú? Quiero decir, ¿Cómo te lo has tomado?

—Hanna, ella nunca fue mi madre. Nunca me dio la atención de una verdadera madre, se la pasaba psiquiátrico tras psiquiátrico, era imposible tener una charla con ella. Mi atención era mi tío Eric, incluso mi padre me evitaba en algunas ocasiones, mayormente por su trabajo. Aunque no le reprocho nada. Pero mi madre, ¿Ella que hizo por mí? Nunca me quiso aunque fingiera que lo hacía. Yo sabía que muy en el fondo me odiaba. Te creería si ahora mismo me dijeras que soy adoptado.

Díselo. Dile sobre su madre.

—Alex... yo... — Él me mira. —Tengo algo que decirte. En Nochebuena, después de que te fueras, fui al despacho de Eric, con la llave que me diste, abrí un cajón que estaba bajo llave, parecía tener documentos, umh... importantes.

— ¿Importantes? ¿Cómo qué?



Maldición, yo no era buena para este tipo de noticias. Tomo una respiración lenta.

—Encontré unos papeles donde decían que tú eras adoptado, Alex, y creo saber quién es tu verdadera madre.

— ¿Qué? ¿Estás bromeando? — Me mira como si fuera a decirle que sí, pero fugazmente, niego.

—Absolutamente, no.

—Joder. — Susurra.

—Tu madre se llama Lisa Witte. Es la psiquiatra. Tu nombre es Alejandro Witte.

—Detente. No puedo. Volvamos al anterior tema. — Parece exhausto, atormentado y casi petrificado, incluso está más pálido de lo normal.

—Alex, debes saber que...

—Por favor, volvamos al tema. No quiero hablar sobre ello, por ahora. — Me interrumpe. Asiento comprendiéndolo y fijo mi mirada a una de las lapidas de enfrente, es la más cercana que puede verse.

No somos familia, Alex. Eso es lo que debes saber. Pero respeto tu actuar.

La atmosfera parece volverse tensa, así que me obligo a hablar para romper el incomodo momento.

—Dijiste algo de las donuts, ¿Qué hay con ellas? — Levanto mis rodillas y miro hacia las lapidas que se extienden por el césped mojado.

Alex se sienta a un lado de mí. La brisa del viento hace que su olor llegue hasta mi nariz. Es tan varonil que siento unas inmensas ganas de volver a sus brazos, pero me contengo.

Él asiente y por unos segundos, elimina todo lo que le he dicho en los últimos minutos.

—Sí, sobre las donuts, tú creíste que era por familia, ¿cierto?, pero no era así, Hanna. Esa terrible conexión no era porque mi madre era la mujer más linda y dulce del planeta, sino todo lo contrario. Las donuts estaban envenenadas, tenían arsénico. — Hace una pausa y traga saliva. Estoy escuchando con atención, con el estomago a punto de explotarme al ver las donuts en mi mente. —También lo hizo conmigo. Por eso había esa conexión desde el principio, porque siempre había sido ella. Las donuts eran la jugada perfecta, no dejaban huellas, y era muy difícil dar con aquel veneno en un diagnóstico, te mataba lentamente, y el dolor era como si tuvieras una infección en el estomago. El maldito glaseado no era más que arsénico. — Me da una mirada de soslayo. — El arsénico es el veneno más usado, debido a que no presenta propiedades, no tiene sabor, pero presenta un olor a almendra, es fácil de adquirir y sus efectos son similares a los de infecciones gastrointestinales sin importancia. Por suerte, tú lo devolvías todo, y no hacía efecto en ti. Recuerdo que yo también vomité un par de veces, pero nunca te lo dije, porque lo creí irrelevante.

Estaba en shock. No podía creer que en la persona en la que más confiaba nos había traicionado de la manera más cruel y despiadada. Ninguna persona merecía tanto odio como Rossie Crowell.

—Dios, no puedo creerlo, Alex. — Mi voz estaba aguda. No sabía ni que sentir, estaba tan petrificada, que apenas podía mover mis músculos tensos.

—Mi madre es la culpable, Hanna. Siempre estuvimos detrás de la persona equivocada, y confiamos en la peor persona del mundo.

Y como siempre lo había dicho; Rossie era la respuesta a todo.

=====

## Capítulo 99.

Solo puedo decir una palabra con seis letras.

Mierda.

Nunca me hubiera imaginado tal cosa, ni siquiera lo hubiera pensado o creído si no hubiera salido de los labios de Alex. Simplemente estaba conmocionada, en shock. ¿Qué clase de madre envenenaría a su propio hijo? ¿Qué clase de madre atentaría contra la muerte del mismo?

Pero entonces, estaba la respuesta demasiado obvia. Alex no era hijo de Rossie ni de George. Rossie no sentía ningún tipo de aprecio por él, y ahora mismo, estaba creyendo que lo mismo pasaba con George. ¿Lo quería, acaso? ¿Su amor hacia él era irrevocable e incondicional? Mi respuesta era un simple monosílabo con veredicto negativo. Sí Rossie no podía amar a lo que se le conocía como su hijo, entonces, tampoco podía amar a otra persona. Incluso, ella no se amaba a sí misma, había atentado contra su propia vida dos veces. Estaba loca, y por loca, me refiero a totalmente loca, desenfrenada y sin piedad alguna con cualquier ser humano, tenía un trastorno sumamente peligroso para el que se encontrara a su alrededor. Ella era una especie de virus, en el que si te topabas en su camino y entorpecías sus planes, tenías que morir. O también, podías unirte a su plan macabro, pero esa elección la elegiría ella misma. Era por eso que Sarah había sido su cómplice, ella había acusado a mi madre, cuando en realidad, sabía toda la verdad. Ella era un blanco fácil para Rossie. Y su dictamen sobre mi madre, era para hacer mayores a mis sospechas, para no tener dudas.

Por un tiempo, lo había logrado. Su estrategia había funcionado a la perfección, y Alex y yo habíamos caído inocentemente. Siempre es la persona que menos te lo esperas, la persona en la que confías y al final, te apuñala por la espalda sin ni siquiera dejarte voltear y enfrentarlo. Ellos siempre estaban un paso adelante, tenían todo previsto. Era su juego, ellos mandaban. Y casi siempre, su juego era perfecto.

Pero de todos modos, y por consecuente Rossie tendría que haber querido a Alex durante los últimos diecisiete años, ¿no es cierto? Ella hubiera sentido un mínimo amor por él, porque a pesar de todo, lo había criado desde pequeño. ¿Qué hacía que su odio fuera directo hacia Alex y no

hacia George? O, ¿Hacia otra persona? ¿Por qué su corazón era tan despiadado? ¿Qué había sucedido en el pasado para que se comportara de esa manera tan terrorífica? ¿Eran parte de los trastornos?

— ¿Tienes alguna idea de por qué hizo aquello? ¿Por qué quiere matarte si es que estás vivo? Yo... no lo puedo comprender —digo sin dejar de ver sus ojos cafés—. Nunca me hubiera imaginado que Rossie hubiera sido. Ella se comportaba de una manera tan dulce y amable. Pero claro, era parte de su plan, ¿verdad?

Estaba asqueada. Mi estomago se revolvía cada vez más. Incluso imaginaba el arsénico en las donuts y eso me hacía querer devolver lo poco que tenía en el estomago. Ahora se veían repulsivas. Nunca más volvería a comer donuts. De eso estaba segura.

—Lo estuve pensando desde el momento en que lo descubrí —dice mirándome—. Y estuve igual que tú. Era demasiado confuso, y muy difícil de creer. Pero cuando vine aquí y vi que no había cenizas, lo primero que sentí fue alegría, y después mucho rencor y odio, porque ella nos había mentado, no solo a ti y a mí, sino a todos —sus ojos se apartan un instante de los míos y mira sobre mis hombros, concentrándose en un solo punto detrás de mí—. Lo primero que pensé y lo que se me vino a la mente fue sobre sus trastornos. Es lo más lógico, ¿no crees?

Asiento concordando con él.

—Pensé lo mismo. Pero supongo que debe de haber otra cosa, ¿verdad?

Un trueno se escucha al fondo, y en el mismo instante el cielo se ilumina con una línea brillante y torcida, las hojas de los árboles se vuelven tenues y un segundo después, las cajas en donde están las cenizas vibran en su respectivo lugar, sin moverse ni un solo centímetro. El pasto brilla por unos segundos, y las lápidas tiemblan de una manera mínima. Ahora comienza a hacer más viento y las hojas que caen de los árboles comienzan a deslizarse por el pasto mojado. Al momento en el que el trueno hace el sonido abrupto, Alex y yo damos un pequeño salto, sobresaltándonos. Miro hacia el cielo por instinto. Las nubes están más grises, un par de relámpagos más y un diluvio incesante caerá. Es extraño porque estamos en marzo, y en marzo hace demasiado calor. Definitivamente los seres humanos vamos a acabar con el mundo.

Vuelvo mi mirada hacia Alex y suspiro con disimulo. Su rostro ya no se ve tan pálido, pero no

porque no lo tenga así, sino que los pocos rayos que iluminaban el lugar fresco, se están ocultando, dándole pasó a la luz de la luna. Pronto se oscurecerá.

—Por supuesto —continúa Alex pareciendo desapercibido por la lluvia que se aproxima, sus ojos se mueven inquietos por el lugar y después traga saliva con dureza y enlaza sus dedos. Justo ahora se ve vulnerable. Como una persona a la que le acaban de romper el corazón. Es difícil adivinar sus emociones, él luce tranquilo y pacífico, pero sé que por dentro no lo está. La madre que él tuvo nunca le prestó atención, y sin embargo él la amaba, muy a pesar de que no es su madre biológica—. Tengo dos opciones aparte de los trastornos, aunque solo son teorías.

Sonríó un poco, tratando de desaparecer la tensión.

—Tus teorías casi siempre son ciertas, Alex —digo recordando el día en que me pregunto sobre mi padre—. ¿Recuerdas sobre nosotros como hermanos? Pues estabas dándole casi al punto central. No estabas demasiado lejos. Ahora, sin embargo, no somos ni hermanos, ni primos...

Retrocedo, guardando silencio por completo. Él no quería hablar sobre la doctora Lisa, la cual era su madre biológica y mi terapeuta, así que lo respetaba. Tenía tantas cosas en la cabeza, que seguir con esto solo haría que su cerebro explotara.

Él me sonríe de manera suave, casi riendo. Fija su mirada hacia el suelo y exhala, sus dedos se mueven en su enlace de una manera nerviosa, aunque parece que eso lo reconforta un poco, aun así no los despega y los sigue enlazando. Suelta el aire contenido y vuelve a levantar la vista. Su rostro se vuelve serio, no obstante mantiene su postura suave y amable.

—Pues yo espero que estas sean solo teorías, Hanna —hace una pausa y sin esperármelo, sus ojos vuelven a los míos, conectándolos de nuevo. Un toque eléctrico se desliza por mi cuerpo, y enseguida, mi piel se eriza. Ahora Alex se ve decepcionado—. Porque si resultan ser lo que pienso, entonces todo el amor que tenía sobre ella se esfumara tan pronto como un flash.

Ahí estaba el punto débil. Él aun quería a Rossie. Una parte de él estaba confundido, sus sentimientos interferían de la misma manera en la que había sucedido conmigo. Una parte de él la amaba y la otra simplemente la odiaba. Lo comprendía perfectamente. Había estado en su lugar una hora antes de que me pusiera al corriente.

— ¿Qué es lo que crees? ¿Cuáles fueron sus razones, Alex? —pregunto.

Él traga saliva y sus ojos se profundizan sobre los míos. Se ven más cafés y más brillantes de lo que deberían, incluso él se ha tensado. Sus omoplatos se marcan en su playera tan rápido como él se inclina hacia a mí, como si me fuera a contar un secreto. Me quedo quieta, observando cómo sus ojos se vuelven un pozo.

—Simple —relame sus labios sin dejarme de mirarme—. Por el dinero.

— ¿Por el dinero? —pregunto sintiéndome asqueada. Rossie hizo todo aquello por el dinero, era algo lógico y repugnante. George tenía una cuenta con muchos ceros, y si algún día él moría, Alex se quedaría como único heredero. Pero ahora que Alex estaba -supuestamente- muerto, Rossie se quedaría con la mayor parte. Pero, ¿Estaba planeando algo contra George? ¿Quería matarlo, también? ¿No sería algo sospechoso?

—Sí, esa es la segunda opción —parece comprender lo que está pasando en la cabeza de Rossie. Como si se pusiera en sus zapatos. De hecho yo haría lo mismo, es una buena táctica ponerse en el lugar del otro, así se supone que es lo que va a suceder después—. La tercera es algo sobre el pasado, ya que sí tu madre cambio su nombre te oculto de todos ellos, fue porque algo más, aparte de su contrariedad y su odio mutuo, tengo la sensación de que algo más paso. Algo que no van a contarte jamás. Así que supongo que es parte de una venganza por parte de Rossie.

— ¡Claro! — Di un salto, comprendiendo a lo que se refería—. Mi madre dijo que Rossie le hizo la vida imposible mientras estaba en la mansión y mientras vivía con Eric. Pero supuestamente solo era por sus trastornos y por la pérdida de su bebé, ¿Quién lo hubiera creído?

Una rama cruje al fondo, y Alex y yo nos paralizamos, nuestros cuerpos se quedan quietos por unas milésimas de segundos y nos miramos con el ceño fruncido. Al otro segundo, mis ojos se abren como platos y giro mi mirada hacia atrás instintivamente, haciendo que mi cuerpo truene cuando me giro velozmente. Alex da un brinco, levantándose de golpe. Hago lo mismo, pero cuando me levanto, él se pone delante de mí, cubriéndome de algo que no está a la vista.

— ¿Alex? —susurro cuando no veo más que arboles y pasto a nuestro alrededor.

—Sh —me silencia en un murmullo casi inaudible—. Alguien nos ha seguido.

Me quedo quieta, sin atreverme a responder. Su cuerpo invisible para algunos ojos. Él me cubre totalmente, así que es casi imposible ver el espacio de donde vino aquel sonido. Sin resignarme, me pongo de puntillas y miro sobre el hombro de Alex. Las ramas de los arbustos se mueven suavemente por la brisa del viento, meciéndose lentamente, el viento sopla tranquilamente haciendo que mi cabello se mueva escasos centímetros sobre mis hombros, haciendo que mi rostro comience a volverse frío. No hay nada que nos compruebe que es un ser humano el que está aquí. No puede verse absolutamente nada, a excepción del pasto y los árboles. Soy la única persona a la vista si es que alguien nos está observando. Rápidamente comienzo a ponerme nerviosa y tensa. No pueden ver a Alex, solo a mí. Soy un blanco fácil justo ahora.

— ¿Y si es un animal? —pregunto de manera intranquila—. Si alguien nos hubiera seguido, nos hubiéramos dado cuenta. Siempre estuve viendo el espejo retrovisor, Alex.

—Tienes razón —sigue hablando en susurros—. Pero, tal vez no nos siguió. Tal vez ya estaba aquí, esperándonos.

Rossie. Ella es la única que sabe donde estaban las cenizas de Alex.

— ¿Crees que sea..., Rossie? —digo detrás de él, con el corazón empezándome a latir con fuerza.

—Definitivamente, sí —susurra—. Pero no te preocupes, no estás sola. Vamos a protegerte.

— ¿Protegerme? —Mi ceño se frunce de inmediato, los latidos se vuelven más rápidos y dolorosos—. ¿Vamos? Estás hablando en plural, Alex. Dime que está sucediendo.

—Rossie —hace una pausa, reincorporándose. Pronunciar su nombre le afecta demasiado, aunque él no lo demuestre. La ética de Rossie ha caído cien metros bajo tierra, o incluso más. Es repugnante lo que ella hizo, y lo que hará. El nombre de esa mujer ahora suena desconocido, ya no se puede formar una oración positiva con aquel nombre, en este momento solo se puede unir

con la palabra traición—. Ella ya debe saber que tú sabes la verdad, va a comenzar a atacar, Hanna. Demos estar listos para cualquier golpe.

No me había respondido mi pregunta en lo absoluto. La había invadido completamente.

¿Qué sucedía, entonces?

—No me vas a decir, ¿verdad?

—Hanna... —él se gira sin importarle quién nos este viendo. Sus ojos me miran y por inercia, bajo el rostro, poniendo mi vista en el suelo. El lodo se adhiere a mis zapatillas deportivas y en vez de ser azules, son cafés. Están completamente envueltas en tierra sumamente mojada. Siento como la mirada de Alex recorre mi rostro con vehemencia—. Por favor, tienes que comprender que este no es el mejor momento. Tienes que confiar en mí.

¿De qué estaba hablando? ¡Yo confiaba profundamente en él!

—Confío en ti, lo sabes —estaba comenzando a molestarme un poco, ya que al parecer, el sabía algo que yo no, y en definitiva, no iba a contármelo hasta que fuera el momento correcto. Pero, ¿Cuándo era el momento correcto?

—Entonces —veo como sus manos se levantan y rápidamente sus yemas tocan mi barbilla, un calor incesante me recorre desde el lugar que toco, hasta cada poro de mi cuerpo. Alex levanta mi barbilla con delicadeza, obligándome a levantar la vista. Cuando el logra su objetivo, me mira con cautela, esperando a que nuestros ojos vuelvan a conectarse—, si confías en mí, tienes que ser paciente y esperar, juro que voy a contártelo Hanna —su voz es ronca. Comienzo a sentirme débil cuando lo miro. Él es la viva imagen de la perfección. Y él me ama.

—De acuerdo —accedo en un murmullo—. Pero tienes que decirme por lo menos si es malo o bueno —instintivamente, sus dedos se alejan de mi rostro. Toma aire y deja de mirarme, enfoca su vista detrás de mí y por un segundo se debate en sí mismo.

—Bueno —comienza a decir con resignación—. Digamos que es bueno, pero para ti puede ser



algo... malo.

¿Malo? ¿De qué se trataba?

— ¿Debo preocuparme? —pregunto mientras busco sus ojos. Él no tarda en mirarme de regreso. Hace una pequeña sonrisa, calmándose un poco.

—No —su voz sigue siendo un susurro, después traga saliva con dificultad—. Iré a ver qué sucede allá atrás, ¿de acuerdo? No te muevas de aquí.

—Ten cuidado.

Él asiente y después se gira para comenzar a adentrarse a la bruma de árboles que nos rodean. Con cada paso que da, su cuerpo comienza a volverse más pequeño y más lejano. Con cada centímetro que recorre mi piel se eriza, y mi cuerpo siente un escalofrío al ver el rostro de Rossie en mi mente. Tenía tantas preguntas, que no sabía por donde comenzar.

Supuse que mi madre había llegado a la mansión de los Crowell porque sabía que andaba algo mal con Rossie y su actitud tan solemne, entonces al entrar a la cocina y ver el cuerpo de Rossie tendido en el piso de aquel lugar, ella había hecho lo que mejor le convenía, y que para este tiempo, era la única opción. Que todo fuera mentira y que yo había estado en coma, era la decisión que había tomado para no afectarnos a ambas. Ella ya no sería la principal sospechosa y yo... yo estaría creyendo toda mi vida que estuve en un profundo sueño, que Alex nunca existió, que todo lo que viví fue una mentira, mientras que el misterio seguía flotando por los aires, gritando silenciosamente que Rossie era la única asesina.

Imagine por un momento que mi madre había intentado atacarme para que todo fuera confuso, y ahora que lo vuelvo a analizar, ella nunca intento hacerme daño aquella noche. Fui yo la que empezó en forcejeo, y también, sin darme cuenta, ella tenía la ventaja sobre mí. Sin embargo, me dejó ir. Dejo que saliera fuera de la cocina y me alejara de ella. Ese era su plan. Y era ridículo.

La muerte de Cara había sido un golpe bajo, y eso solo daba entrada a otro túnel sin salida. Ver a Cara en aquella habitación me había vuelto demente, e incluso había creído que yo había estado verdaderamente en coma. Pero la muerte de Cara era fingida por una sola razón: La amenaza de

Rossie.

Para no verse afectada y vulnerable, la mejor opción era que fingiera su muerte y Rossie no estaría detrás de ella.

Todo tenía sentido.

Pero ahora estaba la interrogativa con George. Si él había bebido la copa de vino en la que Rossie había puesto el adormecedor, ¿Cómo es que estaba despierto? Y sobre todo, ¿Cómo era que tenía un maldito trapo humedecido de cloroformo para dormirme?

La única explicación lógica que tenía, era que George no había bebido la copa y que por consiguiente, mi madre le había llamado para informarle que iba para allá, supongo que se vio en un aprieto y le confesó todo lo que sabía sobre mí y sobre Rossie. Mi teoría es que George accedió a que yo quedara en coma y todos felices. Aunque de Eric, no tenía ni la mayor idea de lo que había pensado sobre eso. Si todos accedían al plan sin que Rossie se diera cuenta, entonces, Eric se quedaría también en mis sueños, y yo no tendría un padre biológico. Era una paradoja, un rompecabezas sin fin. Pero esa era mi teoría racional. Todos tendríamos un final feliz sin asesinos, sin sospechosos y sin una supuesta muerte.

— ¿Hanna? —escucho una voz masculina—. ¿Estás bien?

Me giro despegando la mayor parte de información de mi cerebro y me sacudo, reincorporándome a la vida.

— ¿Eh? —pregunto sin entender. Sin darme cuenta estoy sacudiéndome las palmas en mi pantalón—. Sí, sí. Estoy bien, solo que estaba pensando en Rossie y en mi madre.

Alex esta en frente de mí, mirándome con preocupación.

—Cada vez que dices Rossie, me dan ganas de vomitar —suelta de repente. Su tono es tan sincero que puedo ver el aborrecimiento y la repugnancia en su rostro lívido.

—Lo sé. Tendremos que llamarla bruja, entonces.

—Se merece algo peor.

—Sin duda alguna —hago una pausa y me concentro en los árboles frondosos—. ¿Viste a alguien?

—No —responde—, Supongo que después de todo, tenias razón. Debe haber sido un animal.

—Es extraño, ¿sabes?

Él me mira sin comprender de qué estoy hablando.

— ¿Qué es extraño?

—Que hayas dejado caer el reloj sobre Max y nadie te haya visto. No... no lo comprendo.

— ¿Recuerdas eso sobre que solo yo puedo decidir quién me puede ver y quién no?

—Sí.

—Pues ahí está la respuesta. Solo puedo hacer presencia cuando de verdad quiero —aun no lo comprendo del todo, Alex lo nota en seguida y abre sus labios para continuar—. Quiero decir que soy un fantasma, Hanna. Soy como un alma en pena que puede o no atravesar cosas. Solo cuando esté listo y de verdad lo desee. He aprendido eso con el tiempo. No soy el único fantasma aquí. En cada esquina, en cada lugar, por más mínimo que sea, hay un fantasma observándote. Pero eso nunca lo vas a saber, porque él no quiere que sepas que está ahí —hace una pausa y se relame los labios, estos en seguida se vuelven brillantes y húmedos, tomando un color rojo. Escucho todas y cada una de sus palabras con toda la atención del mundo—. Pero si él quiere que te des cuenta que está ahí, entonces lo verás. Los fantasmas y las almas en pena, existen.

Estoy sin palabras. Por dentro siento un ardor en el estomago, como si me estuvieran haciendo cosquillas de una manera incesante. Decir que estaba molesta con él era la verdad. No podía creer que se ocultara de mí sabiendo todo lo que pasaba alrededor.

Las personas de vez en cuando creían que era lo mejor para mí, sin embargo, era lo peor porque me estaban mintiendo y me estaban ocultando secretos. Y eso realmente me enfadaba.

— ¿No pensabas volver a verme? O por lo menos a ¿Hablarne? Si Anna no te hubiera mencionado en el consultorio, ¿No ibas a volver? ¿Ibas a dejarlo todo por la borda? —Alex baja la mirada, avergonzado. Pone sus manos en los bolsillos de sus pantalones y parece pensarlo. Esto es malo, porque si lo está pensando, entonces esa opción pasó por su cabeza. Lo miro, esperando que algo salga de su boca. Entonces, él levanta la cabeza y con esos ojos profundos, me mira.

—No lo sé, Hanna. Yo solo quería que fueras feliz. Conmigo o sin mí —suena dolido.

Trago saliva.

—Imposible —digo—. No puedo ser feliz si no estás en mi vida Alex, quiero que comprendas eso y que jamás vuelvas a irte.

—No puedo prometerte nada por ahora. Pero si volviera a mi cuerpo, y si viviera, sería para siempre tuyo, Hanna.

—Te amo, Alex. Eres parte de mi vida desde que llegaste a mí.

—Hanna, tú eres la chica más hermosa y demente que conozco. Aparte de valiente y terca —mi corazón da un vuelco, acelerándose todavía más—. Y te amo como no tienes idea.

Sin pensarlo dos veces, me abalanzo sobre él y lo abrazo. Hundo mi cabeza en su hombro y huelo su aroma varonil. Sus manos abandonan sus costados y un segundo después los siento caer en mi cintura. Alex me abraza con fuerza, pegándose aún más a él. Un calor terrorífico se

desliza por todo mi cuerpo. Su cuerpo y el mío, son como un rompecabezas que se acoplan a la perfección. Los brazos de Alex son fuertes en comparación con los míos. Me quedo ahí por varios segundos, disfrutando de su cercanía y de su olor.

Hay un silencio cómodo en el que la brisa del viento golpea a nuestros rostros de una manera suave, y en el que las hojas se arrastran por el pasto sumamente mojado por la lluvia de hace unos minutos. El lugar es fresco y viéndolo bien, es hermoso, a pesar de que hay cientos de lapidas blancas a nuestro alrededor.

Un segundo después, nuestro silencio se ve interrumpido por una vibración en mi pantalón. Alex se aleja de mí.

—Mi teléfono —anuncio mientras meto mi mano en mi bolsillo. Las llaves de la camioneta aun están ahí. Alex me observa con el ceño fruncido. Tomo el celular en mi mano y lo saco del bolsillo. La pantalla está iluminada completamente y con letras anuncia una llamada de un número desconocido—. No tiene registro.

Alex observa hacia alrededor, esperando ver a alguien. Puedo ver como se tensa. Mira sobre mi hombro y traga saliva, sus ojos se vuelven oscuros. No me atrevo a mirar hacia atrás, hacia donde está la camioneta estacionada. Él parece ver algo, pero se ve tan asustado que no sigo su mirada, sino que me quedo quieta, sin moverme ni un solo centímetro de mi lugar.

—Será mejor que contestes —dice sin despegar la mirada sobre su punto fijo.

Tomo una respiración profunda y deslizo el dedo por la pantalla. Me doy cuenta que he comenzado a temblar, y no precisamente por el frío.

— ¿Hola? —pego el aparato a mi oreja y espero a que alguien hable del otro lado de la línea. Mi corazón se ha detenido instantáneamente—. ¿Hola? —vuelvo a preguntar cuando no obtengo respuesta, solo puede escucharse un sonido de una televisión descompuesta.

Luego, un gruñido.

—Hanna...

Reconozco la voz de inmediato. Me tranquilizo por un par de segundos y suelto el aire contenido, sintiéndome más ligera.

— ¿Mamá? ¿Qué sucede?

Alex no se relaja. Todavía sigue mirando hacia atrás. La atmosfera comienza a volverse tensa y yo rápidamente vuelvo a entrar en desesperación y terror.

—Por favor no... —es un chillido, casi una súplica. Después escucho como un golpe sordo se escucha detrás de la línea, como si alguien hubiera lanzado una silla contra la pared.

— ¿Mamá? —vuelvo a preguntar. Mi mente divaga en la más terrorífica y despiadada idea—. Por favor, dime que está sucediendo.

Nada. Solo hay silencio.

—Por favor, mamá. Háblame —suplico con la voz cortada.

—Siento ser tan inoportuna cariño —No, esto no puede ser verdad—. Creo que Margaret no resistió y cayó en un muy profundo sueño.

— ¿Rossie? ¡¿Qué le hiciste?! —grito con un nudo en la garganta. Alex regresa su mirada hasta a mí, exaltándose por mi aullido cortado.

—Lo que debí haber hecho hace mucho tiempo —dice con tono cínico. Casi puedo sentir su sonrisa pegada en la bocina del teléfono.

—Te juro que si le hiciste algo, yo misma te mataré....

Ella se ríe desde el otro lado de la línea. Su risa ahora es sofocada, ya no es tierna, ni dulce. Ahora es siniestra y aterradora.

— ¿Tú? —Rossie se burla—. ¿Qué me podría hacer una chiquilla como tú? ¿Pegarme con tu biberón? Debes de estar bromeando.

—Eres una... ¡Perra! —Grito con fuerza—. No, espera. Las perras si aman a sus hijos y tú... tú eres un monstruo sin corazón.

—Alex no es mi hijo. No tengo ningún tipo de aprecio por él —escupe como si Alex no le importara en lo absoluto. Mi corazón se aprieta al ver a Alex con la mirada perdida en mi rostro caliente—. Pero, ¿sabes qué? No me interesa lo que pienses de mí, porque voy a matar a todos y cada uno de usted, y yo seré la única dueña de todo el dinero y todas las propiedades.

— ¿Lo haces por el dinero? ¡Qué ruin eres! —exploto.

—Tengo mis razones, pero no hay que ponernos a discutir por teléfono. No es formal —aclara con tono educado, como si una faceta de ella cambiara totalmente. Como si volviera a ser la misma Rossie dulce. Por supuesto, no le creo—. ¿Por qué no vienes a la mansión? No, espera —hace una pausa—. Ven a la mansión. Es una orden.

— ¿Por qué debería ir? —estoy comenzando a temblar. Incluso el teléfono se mueve en mi oído de manera intranquila. Mi pulso es nervioso y tenso. Ella tiene a mi madre.

—No lo sé —dice como si tratara de contestar una adivinanza. Después escucho como resopla—. Tal vez porque aquí están George, Eric, y tu madre. Sin mencionar a Rebecca, a la estúpida de Caroline y su esposo —escucho como suelta un chillido sorprendido—. Oh, vaya, casi lo olvido. También a Anna. ¿Por qué no miras a hacia atrás?

— ¿Qué?

—Vamos, creo que no eres tan estúpida. Solo mira hacia atrás. Te gustara lo que vas a ver.

Con las piernas vibrándome, comienzo a soltar el agarre del teléfono. Mi cuerpo vuelve al movimiento y Alex me observa con los ojos abiertos.

— ¿Qué hay detrás de mí Alex?

Sé que él lo sabe.

—Hanna... —su rostro esta petrificado.

Con lentitud, y sin soltar el teléfono, comienzo a girarme. El lodo se hace más espeso, haciendo que mis piernas se vuelvan más pesadas y más difíciles de mover y manipular. Una parte de ellas no se quieren mover, pero la otra parte, están ansiando con nerviosismo girarse tan pronto. La adrenalina hierve en mi sangre, y sin darme cuenta, ya estoy girando, llegando al punto exacto hacia donde debo mirar.

Mis ojos se vuelven cristales, y siento como todo se vuelve borroso. El lodo me absorbe completamente, casi me siento desfallecer ahí mismo. Las piernas me tiemblan y el sudor de mi frente hace que una gota caliente se deslice por mi rostro tenso. Los poros de mi cuerpo sienten el mayor dolor de todos.

Anna.

Su cara está llena de lágrimas. Sus mejillas están sonrojadas, y su rostro solo refleja terror. Las lágrimas caen por sus mejillas de una manera interminable. Su cabello esta mojado, y ella se ve verdaderamente mal. Las zapatillas que lleva puestas están igual que las mías. Tienen tanto lodo que es imposible distinguir el color de estos.

Mi pecho arde, y sin espéralo, estoy llenándome de odio. El rencor y el desprecio me inundan completamente absorbiendo cada parte buena de mí. Mi mente se vuelve oscura y toda la luz que quedaba dentro de mí, se ha desvanecido en un chasquido de dedos.



¿Cómo es que un ser humano puede ser tan despreciable? ¿Tan desquiciado?

Anna tiene una bomba en su pecho. Unos números marcados con color rojo cuentan en estado regresivo, sin detenerse. Los números cada vez más se vuelven más pequeños. Puedo ver la pólvora atada en un chaleco negro con cientos de cables rojos y verdes. Anna no ha dicho nada, ni siquiera ha soltado un chillido, se mantiene en silencio, con el rostro pálido y aterrado. No obstante, las lágrimas no dejan de caer de su rostro.

Maldición. No. ¿Por qué los inocentes siempre tienen que pagar?

—Eres una... —comienzo a decir en la bocina del teléfono. Mi voz es rabiosa y áspera. Apenas puedo hablar.

—No —me interrumpe—. No soy nada. Quiero que estés aquí en veinte minutos, sino la bomba explotará, y puedes irte despidiendo de Anna —ruge con voz autoritaria.

Maldita hija de puta.

—Por favor, Anna no. Ella no tiene la culpa —suplico con voz cansada. Mi cuerpo se ha convertido en algo flácido y endeble.

—Veinte minutos a partir de ahora.

—Rossie...

—Creí que decir mi nombre les daba ganas de vomitar —cuelga en seguida, soltando una pequeña risa burlona.

Abro los ojos como plato. ¿Cómo se entero de eso? ¿Cómo nos escucho? Por un momento pierdo el equilibrio, mis piernas se doblan, pero cuando estoy a punto de caer, los brazos de Alex me sostienen con fuerza, aferrándose a mí.

— ¿Estás bien? Dios que pregunta, por supuesto que no.

—Lo siento, esto es demasiado.

— ¿Qué te ha dicho?

—Ella tiene a mi madre y a todos... va a matarlos, Alex —lo miro con los ojos escociéndome. El ardor se vuelve profundo y demasiado doloroso como para sopórtalo—. ¡Anna! ¡Ella tiene una bomba! ¡Debemos irnos, Alex! ¡Ella va a ser que Anna explote si no estamos ahí en veinte minutos!

—Tranquila. Está bien. Cálmate —me vuelve a poner de pie y sin soltarme, desliza sus manos por mis brazos, dejándolos en mis músculos, más arriba de mis codos. Sus dedos se envuelven en mis delgados brazos, sosteniéndome con fuerza—. Iremos hacia allá. No estarás sola. Todo estará bien, Hanna. Necesitas calmarte, ¿de acuerdo?

—Sí. Yo... estaré bien.

—Por favor, cálmate. Estas temblando —sonaba asustado. Así que respire con dolor y absorbí la mayor cantidad de aire puro. Esa mujer realmente estaba trastornada. Siempre había actuado y nos había engañado a todos.

¡La odiaba! ¡La odiaba con todo mí ser! ¡Era una bruja! ¡Maldita sea!

—Anna —me suelto de su agarre y suelto el teléfono desinteresadamente. Escucho como cae en el lodo con un sonido casi silencioso. En cuanto estoy fuera del alcance de Alex, corro hacia donde esta Anna. Sus ojos están rojos y llorosos. Me abalanzo hasta ella y la abrazo. Ella pone sus manos en mi cintura y me abraza con fuerza, sin esperarlo, comienza a llorar.

Mi pecho se infla, está a punto de explotar con los latidos fuertes de mi corazón. Son como un revolver de tambores.

— ¿Qué está pasando Hanna? —Chilla con la voz cortada—. ¿Qué va a sucederme? ¿Voy a morir?

— ¡No! —la acuno en mis brazos, sintiendo sus latidos acelerados. Escucho como los pasos de Alex se acercan sigilosamente hasta nosotras—. Vas a estar bien. Nada te va a suceder. Alex y yo vamos a protegerte, ¿verdad, Alex?

—Por supuesto, Anna. No te pasará nada —asegura Alex mientras se acerca todavía más hasta nosotras. Cuando está lo suficientemente cerca, se pone a un costado de Anna y acaricia su cabello rubio sumamente mojado.

—Tengo miedo, Hanna. Ella llegó a media noche y me llevó fuera. Se llevo a mi madre, se llevo a todos, al tío Eric, al tío George y a la tía Caroline junto con su esposo, no sé como lo hizo, no sé si están vivos o muertos, Hanna —su voz estaba angustiada y preocupada. La siento temblar debajo de mi cuerpo, está muy asustada. Dios, odiaba a Rossie Crowell. La odiaba infinitamente—. Me puso este chaleco y me dejo aquí sola...

Me alejo de ella sin soltarla de los brazos. Me inclino doblando mis rodillas, todavía son tocar el lodo que hay debajo de nuestros zapatos.

— ¿Desde qué hora estas aquí?

Anna se limpia las lágrimas de sus mejillas con las palmas de sus manos. No obtiene un buen resultado, las lágrimas siguen cayendo como si nunca fueran a terminar. El contorno de sus ojos está demasiado rojo, que incluso llego a pensar que tiene una infección en la vista. Se ve cansada y aturdida, sin comprender que es lo que está pasando. Me aflijo sintiendo temor por ella. La impotencia se apodera de mí.

—Dos o tres hora, no lo sé... —lloriquea una vez más. Las lágrimas caen de sus ojos como una cascada torrencial.

Ella va a coger un resfriado. Ha estado aquí por mucho tiempo, debe de haber estado en la tormenta.

Mis sospechas son acertadas cuando ella se sacude inconscientemente en mis brazos.

—Debemos irnos —dice Alex.

— ¿Irnos? ¿A dónde? —ella parece fuera de lugar. Estoy a punto de hablar, pero Alex pone una mano en mi hombro, silenciándome.

—Anna, debes saber algo muy importante. Hemos encontrado a la persona que me ataco.

— ¿Es la tía Rossie?

—Sí.

—Va a matarnos, Alex.

—No. A ti y Hanna no les pasara nada. Haremos un plan. Ahora hay que subir a la camioneta, el tiempo comienza a correr.

—Tienes razón —digo—. Es mejor irnos. El tiempo es oro.

—No. No quiero ir con la tía Rossie si es ahí a donde vamos —se aleja de mi instintivamente. Hace una mueca de desagrado y sus lágrimas se detienen—. Ella va a hacernos daño. Por favor, no.

—Es necesario, Anna —me acerco hasta ella, tratando de animarla un poco. Miro el reloj y veo que ya solo quedan dieciocho minutos. El camino está lleno de lodo, y por lo menos, se hace media hora de aquí hasta la mansión de los Crowell. Nunca llegaremos—. Te prometo que no te dejaré sola, ¿de acuerdo? Estaré contigo, al igual que Alex. Los Reeve no rompemos promesas.

Ella parece pensarlo un poco. Un segundo después, asiente con resignación.

—De acuerdo —dice por fin.

—Muy bien, todos a la camioneta —la voz de Alex es dura. Sé que algo más le da vueltas en la cabeza. Hay algo más y que seguramente no me va a contar hasta que esté resuelto.

Tomo de la mano a Anna y con paso rápido, avanzamos hasta la camioneta. Alex abre la puerta trasera del lado del piloto y Anna se sube dando un brinco. Cuando suelto su mano, ella me mira con los ojos abiertos, esperando a que suba con ella.

—No te preocupes, iré a delante —Anna asiente comprendiendo. Cuando está sentada, abrocha en cinturón. Miro el chaleco con la pólvora y me estremezco. Siento algo caliente en mi mano, cuando bajo la mirada, la mano de Alex se está enlazando con la mía. Acaricia mis nudillos y me da una sonrisa débil. Ahora soy yo la que tiembla.

—Todo estará bien, Hanna —susurra detrás de mi oreja. Su aliento me hace vibrar instantáneamente, puedo sentirlo detrás de mí, reconfortándome. Acaricia mis nudillos con las yemas de sus dedos. Casi de inmediato estoy asintiendo. Él cierra la puerta de la parte trasera y antes de que se cierre por completo, le doy una sonrisa tranquilizadora a Anna.

— ¿Ella va a estar bien, Alex?

—Sí. Solo confía en mí.

—Lo hago siempre.

Me da un beso rápido, casi de repente que no me doy cuenta hasta que sus labios rojos se pegan a los míos. Sus labios están fríos y húmedos, pero cuando conectan con los míos, ambos nos volvemos uno solo y compartimos nuestros temores y nuestras fortalezas. El calor sumiéndonos al mismo ritmo. Acaricio su rostro pálido y profundizo el beso, su boca se mueve de una manera lenta, haciéndome temblar. Su boca es deliciosa, y su sabor a menta es inigualable.

Nos separamos.

—Debemos irnos. El tiempo se agota —su voz esta agitada y puedo ver como su pupila se ha dilatado un cincuenta por ciento. Alex suelta mi mano y abre la puerta del piloto. Traga saliva por enésima vez, pero ahora no parece hacerlo con dureza. Ahora es más... estimulante—. Sube.

Hago lo que me pide y doy un salto dentro de la camioneta. La tela está caliente, el interior de la Jeep huele a Jared. Aunque suene absurdo, el aroma es esquinico. Me acomodo en el asiento, removiéndome desesperadamente, Alex vuelve a tomar mis manos. No me molesto en alejarlas. Su cabello castaño se vuelve más oscuro con la puesta del sol.

—No tengas miedo, Hanna. Si ella sabe que lo tienes, se sentirá invencible. No hagas que eso suceda, porque entonces nos va a destruir —hace una pausa y acaricia la superficie de mis manos. Sus yemas se mueven lentamente, puedo sentir el frío de su piel—. Sin embargo, cuando estés frente a ella, muéstrate débil, hazle creer que no puedes luchar contra ella, y cuando estés segura lucha contra ella. La tomarás por sorpresa. Deja que agote sus energías para que finalmente, ella pierda. Siempre funciona.

Asiento.

—De acuerdo —procuro sonar segura de mis palabras, pero luego agrego otra palabra más acorde—. Lo intentaré.

—Esa es mi chica —lleva mis manos hasta su boca y las besa. Un escalofrío se escurre por mi espina dorsal, la piel se me pone de gallina. El oxígeno se estanca en mis pulmones. Alex suelta mis manos y el frío del viento vuelve a envolverme. Toma la superficie de la puerta y me da un asentimiento de cabeza—. Cinturón, Hanna —Tomo el lazo y lo atravieso por encima de mi cuerpo para después ponerlo en su respectivo lugar, un clic se escucha en el interior de la Jeep. Cuando se asegura de que me he puesto el cinturón cierra la puerta de manera suave. Sus ojos nunca dejan los míos.

—Muy bien, todo estará bien, Anna —le digo sonando segura. Saco las llaves de mi pantalón y las pongo en la cerradura de la camioneta mientras que Alex la rodea por la parte de enfrente. Levanto mi mirada y veo como mete algo a su bolsillo trasero. No alcanzo a distinguir que es,

pero parece algo con mucho volumen. La camioneta ruje cuando giro la llave. Un segundo después, Alex se pasa las manos por su cabello desordenado y tomando una bocanada de aire, abre la puerta del copiloto.

— ¿Todo bien? —pregunto. Él da un salto dentro de la camioneta.

—Sí.

Asiento sin preguntar qué es lo que tiene en el bolsillo trasero. Quito el freno de mano y pongo la primera velocidad, con lentitud suelto el clutch de la camioneta para después acelerar y poner la segunda velocidad.

Tres minutos después, regresamos por el mismo camino por el que entramos. Anna se encuentra en total silencio, observando por la ventanilla mientras sus lágrimas brotan de una manera increíble. De soslayo, miro a Alex. Él tiene una mano apoyada en la ventanilla, su mano sostiene su barbilla en un puño, está demasiado concentrado en la carretera, sus ojos no se mueven, y ni siquiera se da cuenta de que lo estoy mirando. Tan pronto como giro a la derecha, salimos a la autopista que nos llevara de regreso a la ciudad. Ya casi no hay luz solar, así que enciendo las luces. Alex no parece darse cuenta de nada de lo que hago, se mantiene dentro de sus pensamientos.

Miro por el retrovisor y veo de nuevo a Anna. Su cabello rubio comienza a sacarse, y las ondas se vuelven visibles nuevamente. Bajo la mirada, recorriéndola fugazmente. El chaleco marca catorce minutos restantes.

Sigo conduciendo, acelerando todavía más. La aguja marca los ciento diez kilómetros.

— ¡Hanna! —grita Anna con fuerza, haciendo que Alex y yo saltemos en nuestros respectivos asientos —. ¡El reloj marca cinco minutos!

— ¡¿Qué?! —salto nuevamente, mirando por el retrovisor. Alex se gira, comprobando lo que Anna dice. Escucho como un gemido frustrado sale de su boca.

Oh, no. Esto tiene que ser una broma.

— ¿Cómo sucedió? ¿Le has movido a algo?

— ¡No! —grita Anna con tono alarmante. Ella sabe lo que eso significa.

—Dios, esto no está pasando —gime Alex, restregándose las palmas de sus manos en su rostro.

— ¡Alguien dígame que jodido está pasando! —grito sin despegar la vista del camino. Alex vuelve a su lugar y me mira.

—Tenemos menos tiempo.

— ¿Qué? ¿Qué sucede? —mis dedos se aprietan al volante haciendo que nudillos se vuelvan amarillos y después blancos, tan blancos como la nieve.

—El reloj solo marca cinco minutos —suena desesperado e impresionado por el cambio brusco del cronometro—. Tienes que acelerar, Hanna.

— ¿Estas bromeando? Porque te juro que si están jugando conmigo...

—No estamos bromeando —su rostro se vuelve serio, y por primera vez en todo el camino, me mira con seriedad—. Tienes que acelerar hasta el fondo.

—Esa mujer no tiene corazón.

— ¡Por favor, Hanna! ¡Acelera! ¡No quiero morir! ¡No quiero morir! —sus gritos hacen eco en mi cerebro.

—Está bien, está bien, ¡No vas a morir Anna! —Alex intenta calmarla. Su cuerpo se inclina,



permitiéndome ver una parte de su espalda tensada.

— ¡No me digas que todo está bien cuando sabes que tengo una bomba en mi pecho! ¡Voy a morir! ¡Voy a morir! —Anna comienza a entrar en pánico. Yo comienzo a entrar en una desesperación. Si no legamos a tiempo, todo será mi culpa. Mi madre habrá muerto. Eric habrá muerto, ¡Anna explotara! ¡Todos moriremos!

Acelero.

— ¡Anna! ¡Mírame! —Exige Alex sobre los gritos de Anna—. ¡Mírame! ¡Eso es! ¡No me dejes de ver! ¡Todo estará bien! ¡¿De acuerdo?!

Anna chilla con fuerza.

Meto la última velocidad y acelero. Mi pulso es un torbellino de emociones encontradas. Todo el cuerpo me tiembla de una manera terrible.

— ¡Hanna! ¡Está bien! ¡No te presiones! ¡Suelta el maldito acelerador!

— ¡No! ¡Tenemos que llegar, Alex! —grito sintiendo toda la culpa del mundo. Los gritos de Anna se revuelven con los míos. Alex regresa a su lugar y respira con pesadez.

— ¡Pues si sigues conduciendo así, nos mataras!

El interior de la Jeep se estaba volviendo un lío. Los gritos de Anna eran tan fuertes y claros que probablemente, a Alex y a mí también se nos habían reventado los tímpanos. Él se ve frustrado y exasperado. Puedo sentir el dolor en su pecho, y la impotencia de no poder hacer nada. Lo que fue silencio, ahora se convirtió en ruido. Demasiado ruido.

La camioneta pasa sobre un bache, haciéndonos saltar. El motor cruje y el llanto de Anna se hace más fuerte. La desesperación y el pánico se apoderan de mí. Ahora ya es imposible detenerme.

— ¡Hanna! ¡Por dios! ¡Pisa el freno! —grita con tono firme.

— ¡No! —me niego rotundamente sin despegar ni un solo segundo la vista de la carretera humedecida.

— ¡Por favor! ¡Hazlo por mí! —gruñe—. ¡Por favor, Hanna!

¡No! ¡Anna va a morir si me detengo!

—Por favor, Hanna. Te lo suplico. Detente.

Piso el freno. Nuestros cuerpos se van hacia adelante y la misma fuerza los regresa con una fuerza bruta.

Alex me mira con sus ojos llenos de horror.

Dios, ¿En que estaba pensando? ¡Iba a matarlos!

Miro hacia el frente, sintiéndome una desquiciada, había entrado en un trance en el que era difícil controlarme a mí misma. Suelto el volante y dejo caer mi cabeza en el mismo. Mi cabello cae como dos espesas cortinas en mis costados, privándome del exterior.

— ¡Lo siento! ¡Lo siento! —me disculpo—. No sé que me sucedió —mi voz es apenas un susurro. Las piernas me vibran—. Lo siento, Anna.

El silencio vuelve a reinar.

—Está bien, está bien, Hanna —dice Alex poniendo una mano en mi espalda—. Llegaremos, solo ve más despacio.

—Lo siento —vuelvo a decir.

—No hay nada que disculpar.

Anna ha guardado silencio por completo. Sus llantos y los lloriqueos han cesado.

—Dios, soy tan...

—No lo digas —me sentencia Alex—. Solo sigue conduciendo con paciencia. Debe haber un error.

—El reloj ha vuelto a los trece minutos —anuncia Anna con voz ronca y cortada.

Tomo una bocanada de aire y vuelvo a poner la primera velocidad.

—Trece minutos —digo en un susurro alentador.

—Tú puedes hacerlo —contesta Alex.

\*\*

Diez minutos después, y con tan solo tres minutos restantes, bajamos de la camioneta. Esta vez no espero a que Alex me abra la puerta. Ni siquiera apago la camioneta. Anna tampoco se hace esperar, abre la puerta trasera y salta hacia afuera. El pasto seco de la mansión está mojado, y se ve demasiado pavoroso. Las ventanas de la mansión están quebradas, los pedazos de vidrio están esparcidos por todos lados. Desde el exterior se puede definir que la mansión está en ruinas. Justo como la encontré el día que vine aquí.

¿Qué había sucedido para que quedara así?

—La mansión fue abandonada hace dos semanas —dice Alex como si leyera mis pensamientos, frunzo el ceño y sigo avanzando con Anna a un costado de mí. Alex nos sigue por detrás, observando con cautela a nuestro alrededor—. Sin embargo, los muebles siguen adentro. No sé porque no se han llevado nada. No parecen ser asaltantes los que han roto las ventanas.

Avanzamos hasta la puerta de la mansión. No hay nada de ruido, el interior parece estar vacío. Eso me preocupa aun más.

Sin tocar la puerta, Alex abre la puerta con lentitud. Anna ya no se ve tan afectada con su presencia, de hecho, ya parece acostumbrarse a ello.

—Veo que ya están aquí. Siento lo del reloj. Un error mío, espero que eso no les haya afectado —la voz de Rossie nos sorprende a ambos. Me pongo en alerta y la rigidez en mi cuerpo se hace presente. La veo acercarse por el pasillo de la derecha, en donde estaban todas las salas. La mansión está completamente a oscuras, la poca luz del sol penetra unos cuantos rincones del lugar. Rossie avanza hasta nosotros, y para mi sorpresa, ella no se ve demacrada, ni sucia, y mucho menos enfermiza. Lleva un pantalón negro de tela fina y delgada, una camisa de color blanco con botones hasta el pecho se adhiere a su torso, incluso lleva zapatillas. Su maquillaje es el mismo de siempre; labial rojo, pestañas con volumen, polvo compacto y un poco de rubor en las mejillas. Los ojos azules se ven más claros, más profundos y más excitados...

Siento un apretón en mi pecho.

Rossie.

— ¿Por qué? —Pregunto con decepción—. ¿Por qué haces todo esto?

— ¿No te quedo claro? —levanta una de sus cejas y me mira con expectación. Esperando iniciar una pelea.

— ¿Por el dinero?

—Por supuesto.

—Eso es repulsivo.

—Depende desde que ángulo lo veas.

Estaba enfadada, y a la vez asustada. Anna seguía con ese horrible chaleco en su pecho, todavía con el reloj retrocediendo. Noto de inmediato que Rossie tiene un dispositivo cuadrado en la mano, un botón rojo se encuentra en el centro del artefacto. Ella sigue mi mirada y ve hacia el metal cuadrado. Después lo levanta en el aire.

—Solo apretar este botón —señala el pequeño botón, tocándolo con suavidad. Sin apretarlo, todavía—. Y adiós a Anna.

—Detenlo, ya estamos aquí, ¿Qué más necesitas? Si quieres el dinero, puedes obtenerlo sin matar a nadie —digo mirándola con rencor. Ella al contrario, no parece verse afectada. Luce tan diferente. Tan psicópata.

—Todavía no lo entiendes, Hanna —ella vuelve a bajar el artefacto, aunque no lo suelta del todo—. No se trata solo del dinero. Tu madre me ha hecho la vida imposible, todos ustedes han hecho de mi vida un infierno.

—El infierno eres tú misma. Nadie más que tú se ha hundido en las llamas. Eres la única culpable de todo lo que te sucedió, Rossie.

— ¿Sabes qué? —se relame los labios y con lentitud, da un paso hacia nosotros. Anna se pone detrás de mí, cubriéndose en mi cuerpo. Rossie se ríe por la impresión que le causo a Anna—. Ni tu ni nadie sabe lo que pienso y lo que me paso. Y, ¿sabes qué? Voy a hundirlos a todos, voy a hacer que se inclinen a mis pies y me rueguen para que los deje vivir. Su infierno será aquí, en la tierra. Y yo me encargaré de eso.

—Rossie... —digo su nombre con asco, sintiendo el estomago revolverse. Alex tenía razón, cada vez que dicen su nombre, dan ganas de vomitar. Trago saliva y la miro sin despegar mí vista de

sus ojos azules, ella me regresa la mirada, combatiendo conmigo—. Tal vez nos vas a hundir, pero, ¿Sabes? No vas a poder ahogarnos. Tal vez ese infierno se vuelva en nuestro cielo.

Rossie me mira con ardor. Su rabia es evidente, ni siquiera se molesta en ocultarla.

—No puedo creer que estés luchando contra mí cuando tengo todas tus debilidades de mi lado. Eres una ingenua.

—Te equivocas. No los tienes a todos —de reojo, miro a Alex. Aunque sé que ella no lo puede ver—. No eres tan inteligente como lo que se dicen ser.

—Hanna... —Anna me hala, llamando mi atención. Ella señala el reloj en su pecho y gimo.

Solo un minuto.

El rostro de Anna esta pálido.

Alex está observando con cautela, viendo cual será el siguiente paso de Rossie. Puedo ver el rostro de Alex mirando hacia donde esta Rossie, sus facciones se ven más marcadas, y sus músculos se contraen. Incluso sus poros denotan odio.

—Oh, la fiesta acaba de comenzar. Los fuegos artificiales van a comenzar —su voz es total hipocresía, no hay compasión en su voz. Ni siquiera porque está atentando con una adolescente que no tiene nada que ver en este lío.

—Por favor, Rossie, detén ese reloj. Ella no tiene la culpa.

—Nosotros los humanos siempre tan... confiados —hace una pausa, buscando las palabras correctas mientras mira hacia el techo—. Tan mediocres, tan crédulos.

Definitivamente no entendía nada de lo que decía, más bien parecía estarse hablando a ella

misma.

— ¡Rossie! —grito cuando el reloj llega al medio minuto, Anna chilla detrás de mí—. ¡Detén esa cosa! ¡Por Dios! ¡Ten algo de conciencia!

—Absolutamente no. No lo parare.

—Entonces moriremos todos, incluyéndote a ti —intento hacerla entrar en razón—. Vamos a explotar, hay pólvora en su pecho, ¡Maldición!

—Entonces que así sea.

Veinte...

— ¡Rossie!

Ella niega, ignorándome por completo. Alex se tensa. Esta a un costado de mí.

Dios, ella de verdad no va a hacer esto.

— ¡Por favor! —Gruño con voz fuerte—. ¡Detenlo!

El cabello de Anna esta húmedo, y ahora se ve más rubio de lo normal.

Rossie lucía determinada, no haría nada para ayudar a Anna.

Diez...

— ¡Maldición, Rossie! —mi voz es fuerte, tan clara que retumba en las paredes. Cuando termino

de hablar, un trueno se escucha a lo lejos, y después el cielo grisáceo se ilumina con una línea torcida de color exuberante y brillante. Otro trueno más, y eso es suficiente para que las gotas de lluvia comiencen a caer—. ¡Haré lo que me pidas!

—Hanna... —dice Alex, alejándome de Anna.

— ¿De verdad? —dice Rossie con voz crédula, una de sus cejas se levanta. Continuamente, ella se relame los labios y me presume el artefacto metálico. Lo mueve en el aire, como si estuviera pensando. Los nervios se me ponen de punta. Las venas de mi frente comienzan a doler, siento como se exaltan de una en una. El pulso persistente hace que mi cabeza duela, y que por consiguiente, entre en pánico.

— ¡Sí! ¡Pero déjala ir! —mi sangre hierve, ni siquiera puedo tragar saliva. No puedo hacer nada, estoy en trance. El pavor se desliza por mis venas, anticipando una desesperación increíble. Rossie es una bruja. Una maldita sin remordimiento alguno—. Por favor...

—Vamos, Hanna —Alex me hala sin parecer demasiado obvio, es un toque suave, evitando moverme de mi lugar.

Cinco...

— ¿De verdad, Hanna? —vuelve a preguntar Rossie. Pero noto su sarcasmo, ella no está hablando sobre mi oferta, es sobre algo más.

—Esto es increíble —susurra Alex con ironía.

Tres...

—Maldición, ¿Qué sucede?

Miro a Alex. Él niega.



—Nos engañaron de nuevo, Hanna.

Dos...

— ¿Por qué no se lo cuentas, Alex? —la voz de Rossie me toma por sorpresa. Ella esta hablándole a él. No a mí, no a Anna. Sino a Alex. ¿Qué demonios sucede?

Miro a Alex, después a Rossie y finalmente a Anna. Todo en un segundo, como si mis ojos fueran un flash. El sudor se desliza por mi frente de manera veloz.

Uno...

No hay nada. No hay bomba. No hay ruido.

Nada sucedió.

— ¿Qué pasa, Alex?

Alex me empuja, alejándome de Anna. Mi cuerpo se golpea contra una pared, el frío del muro me hace vibrar, es como si me hubieran bañado con un balde de agua fría.

— ¿Por qué no se lo dices, Alex? —ahora es Anna la que habla. Alex parece estupefacto. No puede ni siquiera hablar, su rostro se ha vuelto tan blanco que parece que va a vomitar en cualquier instante.

—Son cómplices.

— ¿Qué? —pregunto con un hilo en la voz.

¿Anna? ¡No! ¡Ella no me podría hacer eso!

Miro a Anna y ella me da una sonrisa triunfal. Con cuidado, se quita el chaleco con la pólvora y lo deja caer en el piso como si no fuera nada. Rossie no dice nada, solo sonrío de manera petulante. Su sonrisa es insolente, sus ojos me apretujan haciéndome sentir perdida y totalmente vulnerable.

—Ella es la hija de Rossie. El bebé que supuestamente murió, es ella. Mira esos ojos azules, y esos labios rojos, es idéntica a ella —Alex mira a Anna con confusión, todavía sin poder creerlo—. El cabello rubio, y ese don que tiene... es la viva imagen de Rossie. Madre e hija.

Esto debía ser broma. ¡Era una burla!

—Creí que nunca te darías cuenta. Son tan imbéciles.

— ¿Anna? ¿Qué paso? —Estaba fuera de lugar, totalmente desorbitada—. ¿Qué hay con los colores purpura? ¿Cómo es que eres su hija, si el bebé nació un año antes que Alex? ¡Tú solo tienes quince! ¡Tú eres hija de Rebecca! ¡No puedes ser hija de ese monstruo!

Ella hizo una mueca de asco.

—Hanna, tengo diecisiete, y odio el maldito color purpura. Lo aborrezco, tanto como te aborrezco a ti y a Alex.

—Tienes que estar bromeando —susurro—. Debes estarlo.

—Quítate eso —Alex señala el collar que me dio Anna en el centro comercial. Frunzo el ceño sin comprender, él hace una seña hacia Anna, mirándola con desprecio súbito. Su gesto se vuelve duro cuando regresa su mirada hasta mí—. Tiene un maldito GPS, por eso te encontraron en el consultorio, no fue coincidencia. Querían que llegaras a este punto. Era un plan.

Mierda. No.

—La confianza es la palabra más ridícula que he escuchado. ¿Sabías que no debes confiar en nadie, Hanna? —Dice Anna con voz clara—. Depositar tu confianza en una persona que amas, tarde o temprano, será la peor elección de tu vida.

=====

Capítulo 100; Final.

Los ojos azules de Anna no dejaban de mirarme con profundidad. Tenían ese brillo incomodo que me hacían temblar. Las facciones eran tan idénticas a Rossie, que aún era difícil creer en la realidad.

La observe una vez más, tratando de convencerme a mí misma de que realmente eran de los mismos genes. La cara delgada y fina de Anna era casi idéntica a Rossie, la nariz afilada y pequeña, e incluso los pómulos sonrojados y marcados con el hueso, las cejas rubias y delgadas, torcidas en la parte final de estas. La anchura de sus hombros débiles y la sonrisa triunfal que tenían era signo de genética. Y qué decirse del cabello rubio... No sé cómo no pude darme cuenta.

Pero es que, eran familia, sobrina y tía, ¿Qué quién lo hubiera imaginado? Todos creerían que es por familia, pero nunca creerían que esas mujeres eran una sola.

Madre e hija.

Un sudor frío me recorre por completo. La espina dorsal se humedece con la transpiración que produce mi cuerpo. Puedo sentir las gotas deslizarse por mi cuero cabelludo, erizando cada rincón de mi cuerpo.

— ¿Cómo pudiste hacerme esto, Anna? —Gimo en silencio, con el corazón latiéndome con

fuerza—. ¡Confiaba en ti! ¡Te quise como a una hermana! Y ahora... Resultas ser cómplice de esta bruja —escupo con rabia mientras señalo a Rossie con la mirada. Un gruñido silencioso se escapa de mi boca antes de que pueda detenerlo.

Anna chupa su labio inferior, y cuando esta lista para hablar, humedece sus labios de una manera rápida y vuelve a dejar la lengua en su lugar.

—Escucha Hanna —ella hace un ademán con la mano, llamando mi atención. Para este momento, una lagrima brota de mi ojo derecho. La gota caliente se desliza frenéticamente por mi mejilla, ¿Qué haces? ¡No llores! —, Yo nunca te quise, para mí no significas nada. Y estoy harta de tener que fingir que soy la niña buena de la familia. No lo soy. Nunca lo he sido, y ahora ha llegado el momento que tanto ansiaba —se le escucha molesta y en su voz había cierta emoción, sus ojos lo confirmaban. Estaba tan feliz como Rossie. Su momento de venganza había llegado.

— ¿Siempre estuviste de su lado? ¿Engañaste a todos por la misma razón por la que lo hace esa mujer? —la mire sofocada, el oxígeno en los pulmones estaba contenido desde hace mucho, y ahora, se había vuelto casi imposible inhalar nuevo aire, mis costillas estaban comenzando a doler por el insistente ardor que sentía en mi interior—. ¿Por el dinero? —enfático la última palabra mientras hacia una mueca torcida. Iba a comenzar a llorar con frenesí si ella seguía escupiendo palabras tan solemnes.

—Esa mujer es mi madre —dice cortante, su voz se ha vuelto como un hielo, cada vez que ella dice algo, mi corazón da un vuelco, imaginando a la Anna que tanto había querido. Ella da un paso cerca de Rossie, poniéndose a su costado—, y no solo es por el dinero, hay otra razón.

Eran idénticas, no solo físicamente, sino que tenían ese don de engañar a las personas haciéndose pasar por las víctimas, siendo dulces y amables, aunque por dentro fueran unos demonios.

Los demonios no solo estaban en el infierno, también estaban aquí, en la tierra. No importaba que tan grandes o que tan menores eran, su único objetivo era hacer sufrir y engañar a las personas, que supuestamente, amaban.

Gimoteo, esperando que ella diga que Rossie la tiene amenazada, una esperanza mínima me alberga en el corazón. Pero con cada vistazo que le doy, cambio de opinión repentinamente, y

esa mínima fe, desaparece en un pestañeo de unos segundos instantáneos.

Las gotas de la lluvia del exterior caían con fuerza, golpeando las ventanas que aún estaban estables. Los golpes eran más ruidosos ahora, ya que en la mansión era puro silencio. Golpeaban el vidrio, y luego podía escuchar como rebotaban en el piso, cayendo en el pequeño río que se escurría por la tierra mojada.

— ¿Qué razón? —pregunto con el entrecejo fruncido.

Anna resopla con frustración. Se pasa una mano por el cabello, acomodando un mechón rubio de su cabellera detrás de su oreja.

—Quiero que paguen todo lo que le hicieron a mi madre —responde con voz seca—. Quiero justicia.

— ¿Justicia? ¿Sabes lo que significa siquiera esa palabra? —le reprocho con voz ahogada—. ¡La única justicia que aquí debe de haber es que Rossie y tu paguen por lo que le hicieron a Alex!

Mi corazón estaba latiendo con fuerza. No podía creer que Anna siempre había estado del lado de Rossie. Y mucho menos podía creer que era su hija, era demasiada la información que mi cabeza zumbaba.

—Muy bien, las dos ya basta —interrumpe Rossie, llamando nuestra atención. Ella luce totalmente normal, pero hay algo en su mirada que la hace lucir inquieta—. No estamos aquí para discutir. Anna, trae la jeringa.

— ¿Jeringa? —pregunto mientras le doy una mirada interrogante a Alex. Él se ve desesperado, incluso enfadado. Tiene la mandíbula tan apretada, que parece que va a romperse por la fuerza que hace. Anna por el contrario, se mueve con naturalidad. En cuanto escucha la orden de Rossie, sale de la habitación y unos segundos después y antes de que ella pueda responder a mi pregunta, ya está entrando nuevamente con una jeringa en mano. El interior está lleno de un líquido transparente.

Pestañeo.

—Vamos Hanna, ¿creías que ibas a estar aquí para una pelea verbal? —hace una pausa, mirándome con curiosidad. Su rostro se ha vuelto serio. Anna se acerca hasta a ella y dándole un golpecito al plástico, extiende su mano para entregárselo a su madre—. No, primero dame los guantes. No quiero que haya pruebas —le ordena. Anna asiente como buena hija, así que haciendo una media sonrisa, deja la jeringa en lo que parece ser una mesa de noche y se aleja, saliendo nuevamente de la habitación.

Rossie no tarda en hablar.

—Por Dios, Alex —exclama mirándolo con el ceño fruncido—. Que mal te ves. Pero, supongo que no has visto tu cuerpo, ¿verdad?

—Ya basta —dice él, apretando la mandíbula, todavía sin mirarla. Su rostro esta ladeado, observando a cualquier otra parte que no sea la mujer que está delante de nosotros. Puedo sentir la tensión en su cuerpo, él aun sigue a lado de mí, y agradezco mentalmente que este aquí. Porque solo con él, puedo sentirme segura, y no puedo sentirme defraudada.

Rossie se ríe, haciendo que su risa haga eco en la habitación. El silencio y el vacío hacen que se vuelva más fuerte y más profunda. Más cínica.

—No sabes cómo disfruto decirte estas cosas, verte como un fantasma, sin que puedas hacer nada para proteger a tu novia —me da una mirada despectiva, y luego regresa su vista hacia donde esta Alex—. Aunque claro, todo esto es por sus padres, no por ustedes. Pero como han de suponer, ustedes son su punto débil. Y es ahí donde debo de atacar.

— ¿Qué te hicieron para merecer tu odio? —interrogo con la garganta seca.

—Dejaría que te lo contarán ellos, pero deben de estar profundamente dormidos, así que aprovechando la ocasión, voy a contárselos.

¿Profundamente dormidos? ¿Los había sedado?

La miro sin apartar la vista de ella. Tiene ese brillo rojo en la boca que me hace estremecer. La jeringa se mantiene en la mesa, justo donde Anna la dejó. Alex capta mi rigidez y sigue con disimulo mi mirada. Rossie no se percata de nuestras miradas, ella se ha perdido por un momento en sus pensamientos.

—Seguro que deben de saber que Margaret y yo íbamos juntas a la universidad —comienza a decir—. Ella y yo éramos mejores amigas. Siempre estábamos juntas, ¿saben?, pero después todo cambió.

>>Un día, una compañera de la universidad iba a organizar una fiesta porque su cumpleaños estaba cerca, entonces Margaret y yo estábamos invitadas, así que fuimos. Y ahí estaban ellos. Los hermanos Crowell. Rebecca, la hermana menor de estos, no los presentó, George era mucho mayor que Eric, de hecho había escuchado que iba a casarse. Pero eso no me interesaba. El único que me interesaba ahí y del que me había enamorado profundamente era de Eric. Solo de él. Era amor a primera vista. Pero él no se había fijado en mí, sus ojos se habían quedado hipnotizados por la supuesta amiga que me acompañaba. Eric se había enamorado de Margaret y toda la noche la había cortejado. Ver que ellos dos habían tenido esa conexión desde el primer momento en que se conocieron, me había devastado por completo. Mi odio hacia Margaret comenzó antes de que pudiera detenerlo. Ahora ya no era mi amiga, ya no era una persona en la que podía confiar. En el momento en que me había quitado a Eric, se había convertido en mi peor enemiga. Algunos meses después, ellos comenzaron a salir, a tener demasiadas citas que ellos sabían perfectamente que me hacían enfurecer. Mi odio hacia ellos florecía cada vez más. La única oportunidad que tenía estar cerca de Eric, era estar con George. Así que tuve que hacer que su futura esposa dejara de intervenir en nuestros planes. Todos creen que murió en un accidente automovilístico. Pero no fue así. Yo la maté. No necesite siquiera un arma. Corte los cables del freno y eso fue suficiente para dejarme el camino libre. Cada vez estaba más cerca de Eric, aunque él seguía amando a Margaret, sin embargo, aun no llegaba a mi fin, todavía no me resignaba a la idea de que Eric y Margaret estuvieran juntos. Entonces, una noche, antes de que ellos contrajeran matrimonio, los emborraché a todos, y ¿saben que sucedió después? Me acosté con él. Anna y tú son medias hermanas, Hanna. George no sabe nada sobre Anna, nada sobre mí y sobre Eric, en cambió Margaret que si lo sabía, pero nunca se entero que habíamos creado a un ser tan bello como Anna. Así que eso fue la bomba para Eric, por eso su mal humor cuando tú eras pequeña, porque sabía que en cualquier momento yo hablaría y Margaret se marcharía, pero me estoy adelantando un poco. Tuve que obligar a Rebecca a que se fuera de la mansión con Anna, criándola como su hija. El tiempo que supuestamente estuve en el psiquiatra recuperándome de mis trastornos fue mentira. Siempre estuve con Rebecca y Anna, viéndola crecer y desarrollarse, al paso de los años, me di cuenta que Anna tenía un don tan increíble como el mío. Ambas podíamos ver fantasmas. Tenía unas ganas inmensas de quedarme con

ella, sin embargo, mi venganza con Margaret aun no estaba terminada. Y yo no tenía un verdadero esposo a mi lado, no al hombre que amaba. Y Anna no tenía un padre que la amara. Aun era riesgoso traer a Anna a la mansión, así que la visite en vacaciones, nunca la aleje de mí, ella es mi única prioridad, los demás no me importan. Entonces vino mi peor pesadilla: tú. Fue la peor noticia que recibí cuando regrese, mis planes iban tan perfectos y tú los habías entorpecido. George hacia lo mejor que podía para hacerme feliz, pero las piedras hermosas y los rubíes ya no funcionaban. Quería más. Quería a Eric a mi lado. Así que le conté sobre nuestra noche de pasión, de nosotros uniendo nuestros cuerpos, Hanna. Al principio lo negó todo, pero yo había sido más inteligente, tome fotografías. Él estaba tan borracho como para recordar que era lo que había pasado, así que su única opción fue aceptarlo. Pero no tuve que hacer nada más, él lo hizo todo, su actitud despectiva e irritante con Margaret hizo que todo se fuera a la mierda. Que ella se fuera junto contigo. Esa fue la noticia más gratificante y emocionante que pude escuchar, finalmente mis cosechas habían dado frutos. George quería adoptar un niño, así que accedí sin tener otra opción. Alex era un recién nacido. Incluso estuvo contigo, jugaron un par de veces. Quiero decir, ustedes dos siempre estaban juntos, pero eso ya no sucedió después de que tú y tu madre se fueran. Creí que era el momento de mi felicidad, que Eric por fin estaría conmigo. Pero él se fue sin despedirse de nada ni de nadie. Supe que la única opción que tenía, era encontrarlas, porque sabía que él estaría haciendo lo mismo. Y así fue. Sin embargo yo fui más rápida. Las encontré y nunca las perdí de vista. Eric volvió sin resultados favorables, pero para ese entonces, Alex había muerto de una manera inexplicable. Tienes que agradecerme, Hanna. Yo hice que Alex y tú cruzaran sus caminos en el instituto. Todo fue un plan, ahora que ambos estaban en el mismo instituto y tenían la misma edad, podía conectarlos de nuevo, pero esta vez, los mataría a ambos. A los dos al mismo tiempo. Pero es suficiente. No voy a contarles lo que planeó a continuación. Eso es todo lo que tenían que saber>>.

Si lo que quiere es que me quede sin aliento y sin moverme, lo ha logrado. Su historia es tan petrificante que me he estremecido durante todo su argumento. Rossie no tenía corazón, o tal vez lo tenía, pero no lo sentía como parte de ella. Tal vez su odio había hecho que su corazón se volviera frio y oscuro.

No lo comprendía todavía, es decir, comprendía a la perfección lo que acababa de decir, pero era difícil asimilarlo y creer que ella había hecho esas cosas tan despiadadas. Había amenazado a Rebecca para que se llevara a Anna con ella, lo cual significaba que la había alejado de su familia, había hecho que su vida no tuviera demasiado sentido cuando estaba siendo vigilada por Rossie. Ahora entendía porque odiaba a Anna, porque le daba esas miradas de asco a Rossie cada vez que se topaban. Entendía el porqué el vicio al alcohol. Era su única salida y lo que la hacía olvidar.

Ella había matado a la que una vez, iba a ser esposa de George, y todo por una maldita



venganza. Era ridículo. Había terminado con la vida de un inocente como si ella fuera la dueña de aquella persona. Y sobre todo, le había arrebatado la felicidad a un montón de personas.

Y todo por amor. Por tener a Eric con ella.

No obstante, lo que estaba haciendo ya no iba a funcionar. No tendría a mi padre con ella. No lo merecía, por eso, nunca había sido para ella.

— ¿Cómo te atreves? —Mascullo con la voz cortada, el miedo comenzaba apoderarse de mí, pero no podía permitirlo, debía ser fuerte y enfrentarme a Rossie—. ¿Cómo es que no sientes remordimiento por matar a una persona?

—Es muy sencillo. Si quieres matar a una persona, solo tienes que pensar que es un objeto, no un ser humano. No utilices el ella, él, o el yo. Solo el eso.

—Mereces irte al infierno, mucho más que eso —siento mis músculos contraerse cuando Anna vuelve a entrar a la habitación. Esta vez con unos guantes de látex en su respectivo paquete—. Anna por favor —regreso mi mirada hacia ella, rogándole—, no dejes que me haga daño, después de todo somos de la misma sangre, somos hermanas.

—No, tú y yo no somos hermanas, nacimos de distinta madre, y estoy orgullosa de la mía. En cambio la tuya —hace un gesto de asco, frunciendo los labios—, tu madre te mintió cada vez que le era necesario. Y eso no lo hacen, las madres nunca mienten.

— ¿Cómo es que estas tan segura de ello? —le pregunto mirándola. Anna le da los guantes a Rossie, y ella abre el paquete, rompiendo la bolsa por completo, sus dedos son tan delgados que rompen con facilidad a la delgada bolsa de plástico. Comienzo a entrar en pánico cuando ella mete sus delgados dedos a lo que queda de la base de la bolsa y saca el primer guante—. ¿Cómo sabes que esta mujer no te mintió? Tú conoces a George y a Eric, ellos no son malos, no le harían daño ni a una mosca —mi voz comienza a oírse desesperada y eso me asusta, porque sé que muy pronto voy a comenzar a gritar y a correr desenfrenadamente—. Tampoco mi madre, ella nunca te ha hecho nada malo.

—Lo siento, Hanna. Nada de lo que me digas va a hacerme retroceder. Me he preparado para

esto —me da una sonrisa frágil, como solía hacerlo antes de que saliera a la luz su espeluznante secreto.

Entonces, miro a Alex.

Él se ve demasiado asustado, no tanto como yo. Pero puedo ver en su rostro la confusión, y lo comprendo. Comprendo la interrogante que su mirada quiere decir y gritar, pero no puede, porque todavía su alma esta en trace, esperando captar toda la información que ella ha dicho.

¿Cómo es que Rossie podía ver fantasmas y nunca nos dimos cuenta?

— ¿Dónde está mi padre, Rossie? —pregunta Alex con voz ronca, apenas y abre la boca para hablar. Está tan estupefacto que me aterra todavía más.

—Alex —ella se ríe, soltando una muy buena carcajada—. No puedo creer que lo llames padre cuando sabes perfectamente que no lo fue. Y que por obvias razones, no es tu padre biológico. Pero no te preocupes, seguro que George es mejor que el padre que te abandonó, seguro era un borracho y drogadicto.

Siento una punzada en el pecho. Es como si el dolor que Alex siente, también lo sintiera yo.

Las palabras suenan a burla, tiene ese tono que me hace querer acercarme a ella y golpearla muy fuerte en la mejilla, pero me abstengo, porque sé que Alex va a atacar mejor que yo.

Rossie sonrío victoriosa, pero veo como Alex mueve su boca para hablar. Su cuerpo se mueve unos centímetros hacia adelante, no lo suficiente para alejarse de mí. Ahora el esta torciendo los labios, haciendo una muy leve sonrisa sarcástica.

— ¿Cómo? ¿Tú hablándome de padres alcohólicos? ¿No fue por eso que dejaste tu casa?

—Rossie se detiene, guardando de nuevo el segundo guante que estaba a punto de sacar—. ¿No serás tú la que tenía un padre alcohólico que golpeaba a tu madre y a ti al mismo tiempo?

—Rossie abre los ojos como plato, sorprendiéndose por lo que Alex dice, incluso Anna ha puesto una cara de espanto, mirando a su madre, para después volver la vista hacia a Alex, que aún no

ha terminado de hablar—. No te culpo, Rossie. Yo también hubiera hecho lo mismo, ahora entiendo porque no tienes familia, porque tu ambición en el dinero. Pero, ten cuidado con lo que dices. Tus traumas de la infancia, por suerte, no fueron los míos. Estoy orgulloso de mi padre. Pero de ti...

—Ya, ¿Ahora vas a decirme que te sientes decepcionado y ofendido? Porque sí es así, déjame decirte que ya se lo deje muy claro a tu novia —me da una mirada llena de odio, y luego regresa su mirada hacia donde está Alex, mirándolo con los ojos muy abiertos—, no me interesa lo que piensen de mí. Y mucho menos lo que ustedes...

—No —interrumpe Alex con voz silenciosa, es casi un susurro, pero es tan clara, que todos los que estamos aquí la escuchamos a la perfección. Puedo ver como los ojos de Rossie se vuelven rojos y profundos. Como si estuvieran inyectados con sangre—. No estoy decepcionado. Créeme que es lo que menos siento justo ahora. Solo quiero que sepas, que antes que sucediera esto, y que aunque no seas mi madre, te quise Rossie.

Rossie vuelve a su postura normal, recuperándose en una sacudida que ella cree que es lo bastante disimulada para ocultar el aturdir que las palabras de Alex han causado.

—Eres inteligente. Me alegro que lo hayas puesto en pasado. Realmente me alegro...

—Yo también —responde Alex con tono triunfante.

Todos sabemos quién ha ganado la batalla. Rossie esperaba que Alex se alterara y le gritara, pero no fue así. El actuó de una manera madura y amorosa. Diciendo toda y nada más que la verdad.

—Mamá... —dice Anna cortando la tensión del lugar. Rossie quita por unos segundos su mirada rojiza de nosotros y mira a Anna con preocupación—. La jeringa está lista.

—Muy bien. Esto va a comenzar. El momento que siempre esperé por fin ha llegado.

—Eres ridícula, Rossie, ¿Acaso no piensas en lo sospechoso que será? —mi ceño se frunce

involuntariamente. Ella me escucha, pero no me mira. Toma el último guante y lo mete en sus dedos, cada vacío del guante en su respectivo lugar—. ¿Matar a una familia en un día y que solo tú sobrevivas? ¡Es absurdo!

—No —dice Anna hablando por ella. Tiene esa pequeña y débil sonrisa que me hace temblar interiormente—. Ella no será la única que sobreviva. También yo. Haremos saber que unos hombres entraron a la casa y por problemas relacionados con la mafia y por culpa de George, intentaron matarnos a todos. Todo como una venganza, para arreglar los asuntos correspondientes. Pero, claro, yo escaparé e iré con la policía. Rossie estará aquí, a punto de morir, junto con todos los cuerpos incinerados, y entonces, nadie sospechara de nosotros.

Me quedo paralizada.

¿Cuerpos incinerados? ¿De qué demonios estaba hablando? ¿Pensaban quemarnos? ¡Eso era despiadado!

— ¿Dónde está mi madre? ¿Dónde están todos? —digo desesperada. Con la sangre hirviéndome por dentro. Sentía como mis músculos dolían con cada contracción inconsciente.

—No preguntes por ellos, en unos segundos más estarás haciéndoles compañía. Solo necesitamos esto... —Rossie se acerca a la mesa de noche, en donde Anna había dejado la jeringa. Con manos firmes la tomo sin ningún problema, y después la levanto en el aire, chequeando que fuera la cantidad correcta, interiormente comencé a gritar, haciendo que mi pecho doliera—. Solo un poco de esto y estarás tan dormida como ellos. Pero te lo advierto. Estarás despierta para sentir todo ese dolor.

—Basta, Rossie. Tú no vas a hacerle daño a nadie —advierte Alex con voz fuerte, casi como una amenaza. Pero por su parte, ella solo sonríe con malicia. Igual que Anna. Tienen la misma sonrisa, incluso los pómulos son idénticos cuando ellas elevan sus comisuras. Son como un espejo en el tiempo. No hay diferencia. Y me odio por ello, por no darme cuenta de las similitudes en sus características físicas y emocionales.

— ¿Y qué vas a hacer? ¿Crees que puedes detenerme, Alex? —su ceja se levanta interrogante, esperando que él responda.

—Por supuesto que sí. No vas a hacerle daño a los míos.

—Muy bien, basta de palabras, es momento de callarnos y de demostrar quién es más fuerte —hace una pausa y nos mira a ambos, primero me mira a mí, y me sonrío con delicadeza, aunque sé que esa sonrisa es falsa. Cuando ve que no le correspondo la sonrisa, mira hacia Alex. Él la mira con fuerza, deteniendo sus ojos con rudeza. Por un momento, ella se pone rígida ante la mirada de Alex. Se ve afectada por unos escasos segundos y después se recupera para seguir sonriendo. La jeringa sigue en su mano derecha, sus dedos la aprietan con fuerza—. Una cosa antes de que Hanna se duerma, ¿A quién prefieren que mate primero?

—Ya basta, Rossie —vuelve a advertir Alex con tono irritado.

Justo ahora estoy temblando. Rossie se ha vuelto impredecible, se puede esperar cualquier cosa de ella. Aunque sea la peor cosa del mundo, ella es capaz de hacerlo.

—Estoy hablando en serio, chicos —sonríe con profundidad—. ¿Quieres ser tú la primera? o ¿Quieres que sea él? —lo señala con la jeringa, simulando que es su dedo índice.

Un sonoro trueno se escucha en el exterior, haciéndonos sobresaltar por la sorpresa del rugido de la naturaleza. La habitación se ilumina por unos segundos, mostrando más allá de lo que se podía ver.

Anna sigue mojada, sus ropas están pegadas a su cuerpo, adhiriéndose por completo. No obstante, ella está mucho más seca que Alex y yo. Supongo que se ha secado con una toalla que seguramente, ya tenía previsto.

Por el contrario, Rossie se mantiene en perfecto estado, con sus ojos llenos de sangre, mirándonos con alegría hostigosa.

—La única que va a salir perdiendo eres tú. Lo malos siempre pierden —mi voz sale temblorosa y aunque mis piernas están vibrando como gelatina y sienten ese cosquilleo en la planta de los pies, me mantengo firme y recta. Lista para atacar si es necesario.

—Suenas muy segura de ello, Hanna —me mira dando un paso hacia a mí, Alex da otro paso hacia adelante, cubriéndome de ella—, espero que las palabras funcionen. Porque si no lo hacen, entonces, estarás muerta. Para ser más precisa, incinerada.

Mis piernas oscilan en doblarse, pero para mí buena suerte, sigo de pie.

—Eres una jodida, Rossie —exclamo con furia—. Estas jodida y no quieres que nadie más sea feliz, solo porque tú no lo fuiste...

—Anna —le hace una seña, ignorando totalmente mis palabras. Anna camina hasta a mí con una grande y muy resplandeciente sonrisa. El cabello rubio esta esponjado por la humedad que ha dejado la lluvia, pero ella no se molesta en su aspecto, parece disfrutar lo que va a hacer—. Es tu turno, mi pequeña.

Anna sigue avanzando, sin detenerse. Sus pasos al principio son lentos, pero después se vuelven rápidos. Su cuerpo delgado se mueve de una manera natural y fácil. Es demasiado ligera para poder ser flexible y ágil. Es pequeña, pero su fortaleza es la velocidad.

Cuando Anna esta lo bastante cerca, Alex se pone delante de mí, ahora si cubriéndome de ella por completo. Su espalda es la mayor vista que tengo desde este ángulo. Miro hacia los lados, buscando algo con que golpear a Anna si es necesario. Pero todo parece verse calculado, no hay nada a mi alrededor. Ni siquiera una tabla de madera caída, lo único que hay es el sonido de la lluvia en el exterior.

Todavía cayendo con fuerza. Con un trueno sobre otro. No parece que vaya a dejar de llover durante mucho tiempo. Es como una película de terror, pero más enfermiza, más decepcionante en algunos aspectos. Rossie no se va a atentar el corazón.

Ella no tiene ninguna debilidad, no has dejado muy en claro que las personas que la rodean son objetos. Un simple material que puede ser reemplazado con la llegada de otro ser.

—No des un paso más —gruñe Alex cuando Anna se acerca hasta a mí—. Ni tú ni nadie le va a hacer daño a Hanna —sueno seguro, sin embargo, veo como Rossie comienza a acercarse.

—Demasiado tarde —contesta Anna, dando un paso más. Alex se tensa y por instinto, se acerca hasta a Anna para tomarla de los brazos y sacudirla.

Pero algo extraño pasa.

Cuando Alex intenta agarrar a Anna, su cuerpo se vuelve tenue, solo un poco más de lo que ya era. Ahora se ve opaco y apagado, sus brazos se levantan en el aire, son tan veloces que es imposible que Anna se escape de su agarre. Pero en el momento en el que Alex la toca o intenta tocarla, su cuerpo fantasma la atraviesa. Sus manos se vuelven una especie de invisibilidad y veo el terror en sus ojos cuando él vuelve a intentar tocarla.

Me quedo observando con la mandíbula doliéndome.

Nada.

El cuerpo fantasmal de Alex no logra tocar a Anna, su cuerpo solo lo traspasa, y eso es todo. No puede hacerle daño. No puede tocar nada más. Y no porque él no quiera, sino que esas brujas le han hecho algo más.

— ¿Creíste que no pensaríamos en eso, Alex? —la pequeña rubia habla con voz fuerte y clara, haciendo que Alex y yo saltemos pasmados. Alex observa sus manos, todavía sin asimilar lo que ha pasado, y después levanta su mirada, viendo con asombro el rostro lívido de Anna—. Nos subestimaste, Alex.

— ¿Qué me han hecho? —pregunta con terror en la voz.

Mi estomago sufre un retortijón grave, haciéndome doblar en dos partes por una milésima de segundo. Siento dos espadas atravesarme desde la espalda hacia el pecho. El dolor es incesante y demasiado lacerante.

—Lo que debimos hacer hace mucho tiempo.

Anna lo atraviesa, y Alex hace otro intento por jalarla. Pero no funciona. Su cuerpo se jala de una manera increíble, haciéndolo retroceder cuando él se mueve. Es como una fuerza exterior.

La lluvia se detiene.

—Dulces sueños, Hanna —ella me toma de las muñecas y con una fuerza inimaginable, las pone detrás de mí, justo en mi espalda. Aprovecha el tiempo en que Alex y yo nos observamos con los ojos bien abiertos, con el terror carcomiéndonos y entonces, Rossie se acerca hasta a mí con la jeringa.

Grito.

— ¡No! ¡No! —intento zafarme del agarre de Anna, pero mi estupefacción le ha favorecido en el momento debido para debilitarme por completo—. ¡Suéltame! ¡Suéltame!

Me muevo intranquila, moviendo mis brazos con fuerza para intentar golpear a Anna con los codos, pero todo mi esfuerzo parece en vano. Rossie continua acercándose y Alex le dice algo que no logro escuchar porque estoy entrando verdaderamente en pánico.

El sudor frío en mi nuca me hace temblar involuntariamente.

— ¡Deja de moverte, no vas a lograr nada! ¡No tienes opción! —me grita Anna por detrás. Su voz se ha vuelto diferente ahora que esta gritando, ahora es justo cuando creo que las personas que aparentan inocencia, tienen los pensamientos más retorcidos.

— ¡Déjame ir! ¡Déjame ir! ¡Por favor!

—Ya basta, deja de gritar —dice Rossie con tranquilidad. Cuando ella pasa por un costado de Alex, le da una mirada burlesca y continua su camino.



—Te juro que si le haces daño, te las verás conmigo —sentencia Alex, mirándola con todo el desprecio del mundo. Su ceño no ha vuelto a su lugar, se ha mantenido perfectamente fruncido. La furia en su rostro es evidente y eso me parte el corazón porque ambos estamos sin fuerzas. Sin poder defendernos mutuamente.

—Solo es un sedante, aun no viene la mejor parte—dice Rossie en respuesta. Sus ojos no han dejado de mirarme durante el trayecto que ha hecho—. Este es el principio, querido —se relame los labios y da el último paso para acortar la distancia entre nosotras. Hago un intento para retroceder.

— ¡Suéltame! —vuelvo a gritar zarandeándome, levanto mis pies y doblando mis rodillas, hago un golpe fuerte hacia atrás, golpeando a Anna en las piernas.

Escucho un chillido doloroso detrás de mí. Hago la mayor fuerza que puedo para zafarme, pero no sé qué demonios está haciendo para que mi fuerza se vuelva casi nula y no pueda alejarme de ella.

—Ya basta, señorita —Rossie me toma por los brazos. Puedo sentir el rozar del plástico de la jeringa contra mi piel sudorosa. Me estremezco cuando sus dedos se entierran en mi piel. Suelto un grito fuerte y Rossie aprieta con más fuerza, inmovilizándome y haciéndome guardar silencio al mismo tiempo.

Los músculos me duelen.

Incluso los poros.

—Rossie, no hagas esto. No lo hagas. Irás al infierno si destruyes esta familia —digo en un susurro. Ella tiene sus manos apretando mis brazos, sus uñas siguen encajadas en mi piel. Suelto un gemido cuando ella las hunde todavía más. El plástico me toca por completo, aunque la aguja aun no está perforando mi piel.

Alex hace un gesto doloroso, lleno de impotencia al no poder hacer nada. Luego, él se mueve sin que Rossie se dé cuenta. Intenta tomar una lata de refresco que se encuentra en la misma mesa en donde estaba la jeringa. Pero pasa lo mismo. El atraviesa sin querer a la lata de refresco.

Veo la frustración en sus ojos.

—Deja de luchar. Ya no puedes hacer nada.

—Sí que puedo —trago oxígeno y reúno toda mi saliva, tomo vuelo, haciendo retroceder mi cabeza, sostengo la saliva en mi boca y cuando estoy lista para suprimir todo el líquido salado, abro mi boca para después escupirle en el rostro.

La saliva choca contra su rostro. Anna grita una maldición y me aprieta las muñecas con fuerza haciéndome soltar un alarido involuntario. Mi piel comienza a arder en la zona donde Anna apretó. No solo hizo presión, sino que me pellizco.

El cabello de Rossie vuela en el aire, y su cabeza se ladea. Suelta mis brazos y lleva sus palmas hasta su rostro para limpiarse la saliva que ha caído en su brillante y muy pálido rostro.

Cuando ha terminado de limpiarse con los dedos de la mano izquierda, pasa la jeringa hasta aquella mano y prediciendo lo que va a hacerme después, me preparo mentalmente, apretando la mandíbula mientras cierro los ojos.

Escucho como su palma derecha se eleva en el aire, y un segundo después se estrella contra mi mejilla húmeda. El sonido del golpe es estruendoso y para mi mala suerte, muy doloroso. Una vez que su palma se aleja de mi rostro, comienzo a sentir el ardor combinado con cosquillas hirvientes en mi mejilla. Justo donde fue golpeada.

Abro los ojos, esperando encontrarme con ellos y desafiarlos.

— ¿Cómo te atreves? —su voz está llena de rabia—. No sabes lo que has hecho. Pero ya me las pagarás, te arrepentirás de esto, Hanna Reeve.

Sin esperar una respuesta de mi parte y con una fuerza bruta, encaja la jeringa en mi brazo derecho. Me toma por sorpresa que es imposible detenerla. Hace presión en el émbolo y el

líquido penetra a mí cuerpo casi enseguida. Puedo sentir el líquido deslizarse frenéticamente por mis venas.

Comienzo a perder fuerza cuando pasan diez segundos. Veo el rostro perdido de Alex y suspiro con pesadez, tomando la mayor parte de oxígeno que puedo. Antes de que pueda cerrar los ojos, lo miro a él, dándole una mirada cansada, aunque estoy sintiendo demasiado temor por lo que Rossie y Anna puedan hacer. Cuando mis parpados se vuelven demasiado pesados para mantenerlos abiertos, veo los ojos cafés de Alex. Y entonces, mis ojos se cierran completamente. Lucho por abrirlos, pero el peso de estos, es más fuerte que mi fuerza de voluntad. La oscuridad comienza a alimentarse de mi cuerpo y mi vista comienza a ser borrosa cuando el líquido comienza a hacer efecto. Las piernas me tiemblan, son tan flácidas que las rodillas se doblan repentinamente y caigo al sueño, recibiendo un fuerte golpe que hace que caiga en la inmensa profundidad de un vacío sombrío.

—Mamá, —escucho al fondo una delicada voz—. Alex se ha ido, ya no está —anuncia con preocupación. La voz se vuelve lejana, apenas y logro escuchar un zumbido, pero no hay más.

Todo se vuelve silencioso y relajante.

\*\*

— ¿Qué sucede? —mi tono es preocupado, algo me aprieta en el pecho—. ¿Todo está bien?

La camioneta rugue y se jala hacia adelante y hacia atrás, haciendo que nuestros cuerpos se muevan de una manera brusca en nuestros asientos.

—No te preocupes... —dice él con tranquilidad mientras vuelve a acelerar—. Seguro debe ser el motor, ya se arreglará.

La camioneta vuelve a andar sin problemas, pero yo no me tranquilizo, presiento que algo malo va a pasar, siento esas ansias en mi pecho que no me dejan estar tranquila mientras él conduce. Vamos a una velocidad considerable en la carretera, añadiendo que no hay muchos autos que pasen por aquí.

— ¿Suele ser así? —pregunto para intentar liberar mi mente y relajarme. Pero es imposible, mis músculos están demasiado tensos.

—No —responde Alex frunciendo el ceño, ahora parece tan preocupado como yo—. Nunca le había sucedido algo así, no sé qué es lo que pasa, ¿quieres que nos detengamos?

Me da una mirada rápida, sus ojos reflejan inquietud y están tan abiertos, esperando que algo malo suceda, aún así, mantiene su postura recta en el asiento del piloto. Vuelve su mirada hacia la carretera y desacelera la camioneta.

—Sí —contesto apretando los labios. No quiero que lleguemos tarde a nuestra cita, pero esto es algo sumamente extraño, así que es mejor que se estacione fuera de la carretera y checar que es lo que anda mal con la camioneta. Si sigue así, incluso podemos tener un accidente automovilístico.

Alex se orilla en la carretera, en un lugar donde hay espacio para que pueda revisar la camioneta con tranquilidad. Las llantas pasan de un lugar pavimentado a un lugar lleno de tierra. En seguida, una nube de polvo se cierne sobre nosotros. La tierra que entra a la camioneta se expande rápidamente y llega hasta nuestra nariz, haciéndonos toser al mismo tiempo. La camioneta comienza a avanzar más lento cuando Alex entra en el campo de tierra, comienzo a sentirme más tranquila, aunque el presentimiento sigue ahí.

Cuando él intenta frenar, la camioneta vuelve a rugir con fuerza. Noto como una nube de humo sale del cofre de la camioneta y seguidamente deja de funcionar amortiguando el sonido. La camioneta se jalonea una vez más, justo cuando el motor se apaga de manera automática, nuestros cuerpos vuelan en el interior de esta. Una fuerza me jala hacia adelante y por consiguiente, siento un golpe duro en mi cabeza. Grito al sentir el vidrio frío tocando mi piel, después, mi cuerpo vuelve a chocar contra el asiento, me golpeo una vez más, pero esta vez en la espalda. Un frío me recorre por la espina dorsal.

— ¿Hanna? —una voz me llama. Abro los ojos y me sacudo involuntariamente—. ¿Estás bien?

—Sí —respondo mientras me llevo una mano a la cabeza, justo donde me golpe con el parabrisas—. Me golpee con el parabrisas, pero estoy bien.

—Déjame ver... —él quita su cinturón y luego inclina su cuerpo hasta a mí, levanta sus manos y con suma delicadeza quita un mechón de mi cabello poniéndolo fuera del alcance, sus dedos se mueven por mi frente, toca cada centímetro de mi piel buscando el lugar correcto del golpe. Mi cuerpo se tensa ante su cercanía. Alex me gusta, me ha gustado desde el primer momento en que lo vi, y ahora estoy en una cita con él. Y eso es increíble, todavía creo que estoy soñando.

Cuando las yemas de sus dedos llegan a la parte superior de la derecha y presiona con fuerza, un dolor increíble me hace gemir involuntariamente. Me alejo de su toque, advirtiéndole con la mirada para que no vuelva a hacer eso.

— ¿Te duele? —su aliento esta cerca de mi rostro, así que puedo oler la menta sin problemas. Sin embargo, el olor de su fragancia es más fuerte y más delicioso. Lo miro directamente y me pierdo en el café de sus ojos—. ¿Hanna? ¿Te duele? —vuelve a preguntar. Me reincorporo sintiéndome estúpida por quedarme embobada con sus ojos y niego rápidamente.

—Solo un poco. No es la gran cosa —respondo en un murmullo.

Él sonríe delicadamente y después asiente sin verse satisfecho con mi respuesta.

—No hay sangre —me dice volviendo a su asiento. Mi respiración vuelve a la normalidad cuando él se aleja, noto de inmediato que hay preocupación en su voz—. El golpe debe de haberte afectado en el interior. Iremos a un hospital para que te revisen.

Mis ojos se abren.

— ¿Qué? —mi entrecejo se frunce—. Alex, estoy bien, no es necesario ir al hospital, de verdad —aclaro. Él me mira dudoso, así que agrego algo más convincente—. Ya no me duele.

En realidad si me dolía y bastante. Pero solo quería estar un momento con él, desde hace varios días estaba alucinando con Alex. No podía ni dormir. E ir al hospital sonaba a mala idea y a qué mis planes no iban a resultar como los había pensado.

Si íbamos a este paso, nunca llegaríamos a Taco bell. Y para ser sincera, me estaba muriendo de hambre.

—Siento todo esto, no es una cita como quería que fuera —se disculpa mientras echa la cabeza hacia atrás y pasa sus manos por su cabello con frustración.

—Está bien, Alex —le digo mientras le doy una pequeña y muy débil sonrisa—. Tengo que admitir que no es la mejor cita, tu camioneta se ha puesto celosa y me ha golpeado dejándome un enorme moretón que pronto se volverá lila y muy oscuro, pero no la culpo, ¿sabes? Aparte, aun queda el resto del día, no puede volverse tan malo, o ¿sí?

Él se echa a reír.

—No, claro que no. Esto no puede volverse tan malo...

Antes de que pueda terminar, Alex comienza a toser.

— ¿Alex? ¿Estás bien? —ahora soy yo la que quita su cinturón y la que se inclina hasta a él. Su piel comienza a volverse a amarilla y por más que intente cesar los tosidos, es imposible. Comienzo a preocuparme cuando Alex no deja de toser frenéticamente—. ¿Alex? —lo llamo de nuevo, inclinándome más hacia a él. Alex sigue tosiendo, sin detenerse. Veo como se lleva las manos al estomago y presiona con fuerza, como si el dolor viniera de ahí mismo. La piel comienza a ponerse de un color opaco y muy blanco. Sin pensarlo dos veces, abro la puerta del copiloto y saltando fuera de ahí corro hasta el lugar del piloto sin siquiera cerrar la puerta donde yo iba.

Cuando estoy ahí, abro la puerta sin desperdiciar un segundo más. Mi piel comienza a erizarse cuando veo que Alex comienza a toser más débilmente, pero sin dejar de hacerlo. Los gruñidos salen de su boca involuntariamente, él se mece en el asiento, apretando los ojos con fuerza mientras sus manos no dejan de apretar su estomago.

—Alex, déjame ayudarte —lo tomo de los brazos, envuelvo una mano en su torso y agarro fuerza para levantarlo—. Necesitas tomar aire, tienes que salir de aquí, ¿me entiendes? —mi voz

tiembla durante unos segundos. Alex hace lo posible por levantarse, pero su cuerpo falla y cuando sale fuera de la camioneta, su peso cae sobre mí y ambos caemos al piso. La tierra se adhiere a mi cuerpo y unas pequeñas pero muy dolorosas piedras se encajan a mis brazos desnudos y a mis codos.

Gimo en silencio y me levanto de nuevo.

No puedo levantar a Alex, es demasiado peso para una larguirucha como yo, así que me hincó a un lado de él y lo hago reaccionar dándole pequeños golpecitos en la mejilla. Mis dedos se detienen cuando él deja de toser, dejo las yemas de mis dedos en sus mejillas suaves, Alex tiene los ojos cerrados y parece que se ha desmayado.

— ¿Alex? —lo llamo sin recibir una respuesta—. Alex, por favor, di algo. Respóndeme —mi tono es asustado.

Lo muevo un poco, no lo suficiente para que pueda reaccionar. Su cuerpo se ve vulnerable y frágil. Al fondo, escucho un automóvil.

Alex comienza a convulsionarse bajo mi toque. Su cuerpo se mueve de una manera increíble, temblando compulsivamente. Grito en silencio.

El automóvil se escucha más cercano.

Me levanto del suelo, todavía debatiéndome entre quedarme con Alex o ir a pedir ayuda. No puedo dejarlo solo, pero necesito ayuda, él necesita ayuda y muy rápido. Corro hasta la carretera, poniéndome en medio de esta para hacer que el automóvil se detenga, hago señas frenéticas mientras levanto mis brazos. El automóvil avanza y cuando me ve, se frena repentinamente.

— ¡Por favor! ¡Ayúdeme! —grito con desesperación mientras acorto la distancia entre el automóvil y yo.

Una mujer de cabello rubio baja del automóvil con preocupación, mirándome con asombro. Miro mis pantalones y me doy cuenta que están llenos de tierra, como si me hubiera revolcado en ella.

— ¿Qué te sucedió? —sus ojos parecen asustados y confusos. Su ceño esta fruncido, esperando que algo salga de mi boca.

— ¡Alex esta convulsionando! ¡Por favor, tiene que ayudarnos! —mi voz es rápida y apenas puedo hablar, estoy temblando por dentro y por fuera, no puedo perder más tiempo—. ¡Por favor, ayúdenos!

— ¿Dónde está él? —pregunta mientras sale de su auto con preocupación reflejada en sus ojos. Cierra la puerta del copiloto y cuando comienzo a correr hasta el lugar donde está el cuerpo tendido de Alex, ella me sigue. Mis pasos son rápidos, y aunque Alex está muy cerca de nosotros, siento como si estuviera a cientos de millas de distancia.

Mi pecho comienza a subir y a bajar velozmente ante la respiración agitada que me acompaña.

— ¿Qué ha sucedido? —pregunta la mujer detrás de mí cuando llegamos al lugar. Alex se mantiene inerte. Ya no se mueve. Ya no está temblando, ahora su cuerpo se mantiene acostado en el piso sin moverse ni un centímetro. Tiene los ojos cerrados.

La mujer se inclina, sin importarle ensuciar sus pantalones de tela fina. Tiene los labios rojos y los ojos más azules que haya visto en mi vida.

Me dejo caer en el piso, y me inclino hacia él, esperando que abra los ojos, pero eso no sucede. Abro mis labios para articular palabra, pero el labio inferior me tiembla y es casi imposible hablar. No obstante, trago saliva y me obligo a hacerlo.

—La camioneta comenzó a fallar y creímos que sería mejor estacionarnos y verificar si todo andaba bien, entonces él comenzó a toser muy rápido... como si se estuviera intoxicando, no lo sé... yo no sé qué sucede —mi voz temblaba y al ver al cuerpo de Alex sin moverse, me hacía sentir un nudo en la garganta. Las lágrimas no tardaron en salir, fueron de una manera inconsciente, ni siquiera me había dado cuenta de que había comenzado a llorar hasta que sentí algo cálido en mi mejilla—. ¿Él está bien? —pregunto mientras lo toco con las yemas de mis dedos. Su piel está demasiado pálida.



Mi pecho se aprieta de una manera dolorosa.

Tan solo respirar duele cuando lo veo.

La mujer se inclina todavía más, poniendo tres dedos rectos y los dos últimos doblándolos, los acerca hasta el cuello de Alex.

— ¿Qué está haciendo? —sé la respuesta pero ha salido de mi boca en voz alta cuando creí que lo estaba pensando.

—Voy a tomarle el pulso, es posible que él...

— ¿Qué él qué?

Ignora mi pregunta y con la mano temblándole, deja caer los dedos en su cuello, tomándole el pulso. Miro el rostro de la mujer, mirándola con confusión. Su rostro no dice nada, solo está aguardando.

— ¿Esta respirando? —interrogo sin apartar la vista del rostro pálido de la mujer. Los rayos del sol hacen que su cabello deslumbre y que sus labios rojos se van más profundos.

Ella levanta la vista, alejando su toque de Alex.

—Yo... yo lo siento —dice con tono triste y cansado mientras me da una mirada fugitiva.

— ¿Qué?

—Él ya no está aquí, Hanna, se ha ido. Alex está muerto.

Mis ojos se abren con expectación.

— ¿Quién le ha dicho mi nombre? —me alejo de ella, todavía sin apartar mi vista de aquella mujer que no reconozco en lo absoluto.

—Tú.

—No, no es verdad —replico—. ¿Quién es usted? ¿Cómo es que sabe mi nombre?

—Ya te lo dije, tú me lo has dicho —dice pareciendo segura, aunque en sus ojos hay algo más—. Tal vez lo olvidaste.

—Voy a llamar a la policía —adviento. Comienzo a sacar mi teléfono, pero cuando estoy marcando el último dígito, siento un jalón de cabello. Mi cuerpo cae hacia el piso, rebotando con fuerza, escucho como algunos huesos de mi espina dorsal crujen debajo de mí. La mujer rubia se abalanza sobre mí dejando caer su cuerpo en mi torso, aprieta sus piernas en mi cadera, dejándome inmóvil. Sus manos aprietan mis manos y las pone más arriba de mi cabeza, aprisionándolas.

— ¡Suélteme! —grito, esperando a que alguien me escuche—. ¡Suélteme!

Pataleo sin mucho éxito, siento como la tierra se mueve debajo de mi cuerpo, volviendo a encajar las piedras en mi cuerpo. Puedo sentir las en todas partes, en mis brazos, en mi cabeza, en mi espalda y en mis piernas. Veo como mete su mano a su bolsillo dejando uno de mis brazos libres. Sin pensarlo dos veces doy un golpe en su rostro, dejándole una marca roja en la mejilla, ella chilla y saca su mano de la bolsa de su saco negro. Me mira con rabia, mientras que yo intento patear de nuevo. Su palma se levanta en el aire y un segundo después, ella golpea con rudeza a mi mejilla húmeda. El golpe se vuelve agonizante y demasiado doloroso, todo mi cuerpo siente el golpe y se queda quieto. Por un momento pierdo toda la fuerza y todas las ganas de luchar.

¿Quién es esta mujer? ¿Por qué me está haciendo daño?

— ¿Qué quiere de mí? ¿Por qué me hace esto? —susurro sin ganas. Con los ojos totalmente

desorbitados y fuera de lugar.

— ¡Cállate! —gruñe, aunque ni siquiera estoy hablando fuerte.

Con la vista borrosa, me concentro en sus ojos azules. Los rayos del sol hacen que mi cabeza de más vueltas de las necesarias, siento un dolor inmenso en mi mejilla, el ardor es muy duro y muy energético, las cosquillas hirvientes comienzan a deslizarse por mi rostro.

La pupila de la mujer está demasiado dilatada y sus ojos parecen de una demente, están tan abiertos que creo que van a salirse de su lugar.

— ¡Déjeme en paz! ¡Yo no le he hecho nada! —mi voz es potente—. ¡Déjeme! —gruño sin muchas fuerzas.

—Alex está muerto, y tú también lo estarás.

— ¿Por qué? ¿Quién es usted? —repito mi pregunta. Las lágrimas brotan de mis ojos sin detenerse.

Alex está muerto. Esto no puede estar sucediendo. No él.

—Mi nombre es Rossie. Ya deberías saberlo.

— ¿Rossie?

Una patrulla se escucha al fondo.

—Maldición —dice ella, levantando la vista—. Tendrás que dormir antes de lo esperado. Dulces sueños, Hanna. Te veré pronto —su voz es amenazante y muy gruesa.

Después y sin poder detenerlo, ella penetra con una jeringa a mi piel, justo en mi brazo.

—Esto te hará olvidar lo que ha pasado en los últimos dos días. Todo volverá a la normalidad, ¿Qué paso ahí? —aprieta en el lugar donde me golpee con el parabrisas y gimo—. Vaya, un golpe. Eso será de gran ayuda, todos pensarán que es por eso que no recuerdas nada. Mis planes no podrían ir mejor.

La sirena de la patrulla es más cercana, pero no lo suficiente para que llegue a tiempo. El líquido comienza a hacer efecto. Quiero levantarme y golpearla, gritarle un montón de cosas, pero repentinamente mi garganta se ha quedado seca y el aliento se ha desvanecido en mi boca. Ni siquiera puedo soltar un gemido, o algo para responderle. Estoy tan cansada y absorta que solo quiero dormir, quiero cerrarlos y despertar de estar horrible pesadilla. Me obligo a tener los ojos abiertos, tan solo por unos segundos más y con los que me restan, quiero verlo de nuevo. Con una fuerza de voluntad ladeo mi cabeza hacia donde está el cuerpo de Alex y lo observo.

Él no puede estar muerto.

Entonces, el tiempo se vuelve un parpadeo de ojos, y ella se va. Mi cuerpo no responde y mi cerebro no envía señales a mis sentidos, y es ahí donde pierdo toda la fuerza y me hundo en el abismo de la oscuridad.

Y lo olvido todo. Mi cerebro recibe la cantidad necesaria del líquido para olvidar lo que ha sucedido en los últimos dos días.

No hay Alex, no hay cita. No hay nada.

\*\*

Mis parpados duelen. Se sienten pesados y aturdidos. Cuando intento abrirlos, no puedo. Una tela me cubre los ojos, apretándome con fuerza. Cuando intento gritar, no puedo. Otra tela más está en mi boca, dejándome sin formular ninguna palabra.

Entro en pánico cuando muevo mis piernas y mis manos. Me concentro en el dolor de mis piernas

y de mis muñecas y me doy cuenta que estoy atada. No puedo moverme, tampoco.

—Creí que nunca despertarías. Eres la última en hacerlo —la voz es gruesa.

Escucho gruñidos al fondo, pero no hay nada que pueda reconocer. Solo puedo sentir la tensión en la habitación. Sé que hay más personas a mí alrededor, puedo sentir su calor y su angustia—. La familia está reunida, después de tanto tiempo.

Mis músculos duelen. No sé por cuánto tiempo he estado aquí, pero sé que he estado lo suficiente para sentir el dolor que produce mi cuerpo. Mis piernas se sienten dormidas y no me responden. Las muñecas duelen cuando intento moverlas. El rasposo cordón que me ata me ha dejado unas heridas demasiado graves, incluso puedo sentir la sangre arremolinarse ahí mismo, el húmedo cordón se vuelve más áspero con la sangre, dañándome todavía más.

El miedo a estas alturas ya me ha invadido por completo.

Intento pensar y recordar que ha sido lo que me ha hecho llegar hasta aquí, pero es difícil concentrarse con toda la tensión que llena el lugar en donde estamos. Una serie de imágenes pasa rápidamente por mi cabeza, siento un desliz en medio de mis pechos y gimo. La gota de sudor se desliza por mi pecho, mis ropas están húmedas y se pegan a mi cuerpo, haciéndome sentir más incomoda de lo que ya estoy.

Por consiguiente, mi pecho comienza a subir y a bajar velozmente, no puedo respirar con esta venda en mi boca. Me siento encerrada, el poco oxígeno que tengo está atrapado en mis pulmones y no lo puedo dejar salir por el terror que siento. No creo poder seguir respirando con estabilidad mientras siga atada por todos lados. No puedo seguir...

— ¿Te ahogas? —me pregunta una voz angelical. Una voz que comparo a la de un demonio—. Tienes que esperar un poco más, Hanna. Tienes que ver el espectáculo.

Anna. Definitivamente es ella. Esta susurrándome al oído, lo cual quiere decir que Rossie también está aquí. Que todos están aquí.

Entonces, respiro con dificultad.

—Por favor, Anna —la voz de Rossie es inconfundible. Sus zapatillas resuenan en el suelo cuando ella da un paso. El sonido es perturbador de alguna manera—, Ayúdame a quitarles la venda de los ojos —hay cierta ironía en su voz.

Anna comienza a deshacer los nudos de la venda de mis ojos, su toque es brusco y muy rápido, así que la venda se vuelve menos dolorosa cuando ella desabrocha. La venda se cae en mi cuello, una luz resplandeciente me hace entrecerrar los ojos cuando los abro. Así que los aprieto dos veces y los abro con lentitud, esperando acostumbrarme a la luz que entra.

Cuando soy lo suficientemente capaz de abrir los ojos y mantenerlos abiertos, pestañeo un par de veces. No hay tanta luz como creía, de hecho, la habitación es muy oscura y un foco en medio de la nada es lo único que nos ilumina.

Esta no parece ser una habitación de la mansión, parece más como un sótano. Busco algo a mí alrededor, pero no hay nada de objetos, la habitación esta tan sola y oscura. Cuando giro hacia mi derecha, veo a otras personas en la misma condición que yo. Tienen los brazos atados por detrás de la silla y los tobillos están atados a las patas de la madera que conforma la silla en la que están sentados. Parecen tan aturdidos y asustados como yo.

Mamá está aquí, al igual que George y Eric. También esta Rebecca y Caroline.

Anna les quita la venda rápidamente, pareciendo desapercibida y muy preparada para lo que va a pasar. Aun con la venda en la boca, miro a Rossie, dándole una mirada llena de rencor y de odio.

—No me mires así —dice con tono burlón—. Todavía no. Quiero decirles unas palabras antes de que todo comience, pero para eso necesito toda su atención.

Anna termina de quitarle la venda a Caroline, la cual le da una mirada preocupada y muy pasmada. Rebecca parece ser la más asustada de todos, incluso tiene un golpe en la cabeza y su cabello está lleno de sangre. Luce tan pegajoso y sucio. Pero ella simplemente se ve mal.

Eric se reincorpora y nos mira a todos con atención, cuando sus ojos hacen contacto con los míos, me da una mirada tranquila, diciéndome con los ojos que todo estará bien. Pero sinceramente yo no lo creo. Ya nada puede estar bien cuando todos estamos indefensos y cuando Alex no puede tocar absolutamente nada para defendernos.

Mi madre gruñe. Puedo ver sus ojos rojos en la casi oscuridad, ella ha estado llorado y me siento realmente mal por haber dudado de ella y no de Rossie. Pero aquella mujer había actuado de una manera inteligente, haciéndome poner en su contra para que su plan funcionará, para que yo creyera que mi madre era la principal sospechosa de la muerte de Alex, y así, ella quería fuera del juego y estaría libre de culpa.

—Se preguntaran que hacen aquí y yo por supuesto tengo la respuesta —hace una pausa y nos da una mirada rápida a cada uno de nosotros, tiene una sonrisa triunfante en el rostro—. Tómenselo demasiado personal. Sobre todo tu Margaret que eres la culpable de todas mis desgracias, la única responsable de que Eric y yo no pudiéramos estar juntos y criar a nuestra hija. En cuanto a ti George, fuiste un estorbo en mi vida, aunque debo de reconocer que todo tiene una ventaja y la tuya es que eres millonario y yo me quedaré con todo el dinero, porque me lo merezco después de todo. Merezco ser feliz.

Anna se acerca a su madre y se pone a un costado de ella, lleva un bote de plástico color rojo, casi es como un bote de limpiador. Pero cuando ella lo gira y muestra la parte de enfrente, sé que estoy equivocada. No es un bote de limpiador. Es gasolina.

—Todo está listo, mamá —le anuncia el clon de Rossie en una pequeña pero preocupada sonrisa. Parece no estar muy de acuerdo al plan, pero se mantiene firme a la idea.

—Quítales las vendas de la boca —le ordena con voz clara y firme. Anna asiente y comienza a caminar hasta a mí. Sus dedos se mueven temblorosos detrás de mí. Ella esta de frente, sin embargo. Sus brazos están en los costados de mi cabeza, puedo observar como un brillo se asoma en sus ojos. Cuando ella desata y quita la venda de la boca, le hago una seña con la mirada. Su cuerpo nos bloquea de Rossie, así que ella no puede observar lo que Anna y yo hacemos.

—Por favor, no lo hagas —le susurro con la voz temblándome—. Puedes ir a la cárcel, Anna. No lo hagas. Vas a matar a personas inocentes.

—Lo siento, no puedo ayudarte —es su respuesta definitiva.

— ¿Qué está sucediendo ahí? —nos interrumpe Rossie, la cual parece furiosa.

—Nada —responde Anna, dejándome sola mientras se aleja. Su cuerpo se mueve intranquilo hasta la silla de la derecha, en donde esta George. Él la mira estupefacto, todavía sin poder creer que Anna sea hija de Rossie y de Eric.

— ¡Rossie! ¡Deja de hacer esto! —grito con fuerza, haciendo que mi voz retumbe en las cuatro paredes— ¡Vas a ir a la cárcel! ¡Nadie va a creerte!

—Por supuesto que lo harán. Tú creíste en mí, todos creyeron en mí —exclama—. Que unos policías corruptos a los que puedo extorsionar no me puedan creer.

—Rossie, no lo harán —le digo con furia—. Tarde o temprano sabrán la verdad y tú estarás acabada.

Rossie suelta una carcajada y me mira sonriente. Mis puños se aprietan detrás de mí, pero eso solo estimula al dolor en mis muñecas. Gimo en silencio, apretando los dientes para que ella no se dé cuenta que estoy sufriendo. Sin embargo, ella lo nota, pero no dice nada, solo fija su mirada en mi madre.

—Todos estos años esperando a que llegará este momento y ahora solo me dan lastima. Debo de admitir que hacen una bonita familia, pero seamos sinceros, las bonitas familias siempre terminan separándose.

—Deja de hacer esto, Rossie —ahora le habla George. Su tono es calmado—. Si quieres el dinero, lo tendrás. Todo será tuyo, pero no necesitas matarnos. No necesitas hacer esto, te daré todas mis propiedades, todo estará a tu nombre.

—No —interrumpe ella—. Todavía no lo entienden. No solo es el dinero lo que me interesa, quiero que ustedes se hundan. Quiero que desaparezcan de la faz de la tierra y quiero ser yo



quien lo haga...

— ¡Estas enferma! —grita mi madre mientras aprieta los labios y se remueve en su silla—. ¡Estas demente!

—Sí, tal vez este demente. Pero voy a hacer lo que yo quiera sin importarme las consecuencias. Ya saben lo que dicen... la venganza es dulce. Y ahora, no saben cuánto la estoy saboreando.

—Basta, Rossie... —Eric interrumpe, su voz sigue siendo firme, aunque él también está asustado—. Tú más que nadie sabía perfectamente cuanto amaba y amo a Margaret, tú no eres nadie para mí, nunca serás nada porque tú misma te has dado esa etiqueta. Tú misma te has dado ese valor, Rossie.

— ¡No! —grita ella sintiéndose ofendida—. ¡Yo valgo la pena! ¡Margaret es la que debe sufrir! ¡No yo! ¡Yo debí ser tu esposa! ¡Yo y nadie más que yo!

Pero ya no escucho lo que ella grita, porque Anna se ha adelantado y nos está bañando con la gasolina, la principal soy yo. El liquido se expande rápidamente y grito con terror.

— ¡¿Qué haces Anna?! —mis piernas vuelven a la vida y tiemblan debajo de mí—. ¡No! —grito cuando ella deja caer otra pequeña cantidad de liquido sobre mi cuerpo. Mis ropas se mojan al instante y el olor a gasolina me inunda completamente. Intento esquivar el liquido, pero estar atada no facilita las cosas, ahora solo puedo gritar, sin embargo, nadie va a escucharme.

—No estaba jugando cuando dije que los iba a incinerar —me responde Rossie. Hay gritos ahogados, pero ninguno de ellos son míos, yo ni siquiera puedo reaccionar y entender lo que ella está diciendo—. Los demonios tienen que ir al infierno y esta es la forma de llevarlos hasta allá.

— ¡Estás loca, Rossie! —grita mi madre con desprecio. El terror en su voz es evidente y a Rossie parece agraderle.

Anna llega hasta mi madre, pero Rossie la detiene. Mi madre es la última, ambas estamos en la esquina de la línea.

—Déjame hacerlo yo —le quita el bote de gasolina y comienza a bañar a mi madre con rapidez, mojándola más que a todos los demás.

Aprieto mis ojos y sin querer ver cómo es que Rossie baña a mi madre con la gasolina, aparto la mirada. Mis ojos se centran en la puerta, en la única salida. Entonces me doy cuenta de que hay alguien más, hay una sombra debajo de la puerta.

Aparto mi mirada y veo a Anna, la cual no se ha percatado de mi mirada sorprendida. Al contrario, ella saca una caja de cerillos.

Casi quiero gritar.

¡Alguien ha venido a salvarnos?

¿Alex?

—Es hora de que te vayas Anna... —le dice Rossie con un asentimiento. Recuerdo el plan que me había contado, Anna iría a la policía y les contaría que ella había logrado escapar, mientras que Rossie estaba matándonos y supuestamente habíamos sido atacados por mafiosos.

Sonaba a ficción, era tan increíble y tan ridículo que era imposible creerlo, pero por otra parte, sabía que Rossie se las arreglaría para que todo el mundo le creyera. Lo cual significaba que nuevamente se golpearía ella misma.

Era tan retorcido.

Anna asiente y vuelve a dejar los cerillos. Pero no camina hasta la puerta, sino que camina hasta su madre y se detiene en frente de ella.

Rossie sin parecer preocupada, pone sus dedos en sus mejillas, acariciándola con dulzura, todos

observamos la escena sin entender, y entonces lo entiendo. Rossie va a golpear a Anna, ella no puede llegar como si nada a la policía, nadie le creería.

Y así es. Sucede rápido. La mano de Rossie se levanta y con un fuerte y muy duro golpe, golpea la mejilla de Anna. Su pequeño rostro se ladea con rudeza, incluso su cabello rubio se ondea en el aire. Ella levanta la mirada y ambas conectan su mirada. Mi madre grita, Rebecca y Caroline también lo hacen. Es tan desagradable ver como una mancha oscura se forma en el labio de Anna mientras un río de sangre sale de su boca.

Rossie la golpea una vez más. Pero esta vez en la otra mejilla.

Contengo todo el oxígeno en mis pulmones y todo duele. El olor a gasolina se vuelve más profundo.

Anna al recibir el golpe, cae al piso, golpeándose la cabeza.

Rossie abre los ojos como plato, tratando de entender que fue lo que paso. Parece aterrada y confundida al mismo tiempo. Anna no se mueve, se ha desmayado. Ella no hay soportado el golpe, mucho menos el dolor.

Entonces, al segundo en el que ella se inclina, la puerta se abre de un portazo y Zet y Cara entran.

Casi grito de felicidad cuando los veo entrar.

Ellos se ahogan en gritos cuando nos ven atados. Los ojos de Cara me miran con sorpresa y después mira a todos lo que están en mi derecha, lleva sus manos hasta su boca, intentando no gritar. Zet la hace retroceder y observa la escena con terror.

¿Cómo es que están aquí? ¿Cómo sabían dónde estábamos?

Rossie se levanta de un brinco con expectación y mete sus manos en su camisa, para después

sacar un arma de fuego. Ahora ella se ve aterrada y amenazada por un par de chicos.

Cara y Zet retroceden al ver el arma en los dedos de Rossie.

—Ni un paso más o disparo —Ella apunta hacia mi madre, que es la que está más cerca.

—La policía está por venir, Rossie. Ya no puedes hacer nada.

— ¿Qué? —dice ella con el ceño fruncido.

—Se acabó, Rossie. Perdiste.

— ¡No!

Ella apunta hacia mi madre, sus ojos azules se mueven inquietos por toda la habitación. Ella busca una salida, pero la única que hay es la puerta y Zet y Cara intervienen en ella. La mano le tiembla, pero parece estar segura de lo que va a hacer. Le da una mirada de soslayo a Anna y entonces dispara. El sonido es estruendoso y demasiado ruidoso para cualquier oído, sin embargo ese no es el único sonido, también hay gritos. Uno en especial.

— ¡Margaret! ¿Qué has hecho, Rossie? —ruge Eric moviéndose con rabia en su silla, sus ojos se aprietan y los músculos de su espalda se contraen—. ¡La has matado!

— ¡No! —grito con una opresión en mi pecho—. ¡Mi madre no puede estar muerta! ¡No! ¡No! ¿Por qué, Rossie? —las lagrimas se combinan con la gasolina y mi piel arde, pero eso no es lo que me duele, lo que duele y me oprime el corazón es ver a mi madre en su silla y con los ojos cerrados mientras una bala la perfora y la sangre sale de su cabeza. Ni siquiera pude disculparme con ella, no pude decirle cuanto sentía haberla traicionado. El corazón se me parte en mil pedazos—. ¡La has matado! —chillo con un hilo en la voz.

Es aquí donde respirar duele. Donde el pecho arde.

Mi madre está muerta.

—A un lado o ustedes también mueren —le advierte Rossie a Cara y a Zet. Ellos se hacen a un lado, sin renegar.

Rossie me da una última mirada.

— ¡Voy a encontrarte y juro que voy a matarte, Rossie! —estaba ardiendo en cólera, pero sobretodo, estaba rompiéndome por dentro.

Rossie se va.

— ¡Cara! ¡Cara! —Tartamudeo—. ¡Por favor, suéltame!

Ella asiente todavía estando en trance. Con manos temblorosas comienza a desatar los nudos en mis muñecas y en mis tobillos. Escucho los alaridos de Eric haciendo eco en la habitación. Zet hace lo mismo y comienza a desatar a Eric con más rapidez que Cara.

— ¡Oh, Dios! ¡Margaret! —chilla él y lo veo hincarse a su lado mientras deshace los nudos de sus tobillos y sus muñecas, con la mirada, apresuro a Cara, ella no ha dejado de temblar.

Finalmente, Cara quita las cuerdas que me ataban y entonces corro hacia donde esta mi madre y comienzo a ayudar a Eric para tenderla en el piso, Cara comienza a ayudar a Caroline, George se suma a nosotros, viendo a mi madre con los ojos llorosos.

—Fue mi culpa, yo los traje hasta aquí... yo soy la culpable —digo acariciando el rostro lívido de mi madre.

Eric niega.

—No, no es culpa de nadie... solo de Rossie. Tú no tienes que culparte, Hanna.

Veo hacia donde está la bala, la sangre no deja de salir de su cabeza, es una hemorragia incesante. Me acurruco en ella y lloro con fuerza. La sangre se pega a mi cuerpo y rápidamente estoy oliendo a diferentes olores.

—Voy a ir por Rossie —digo decidida mientras me levanto.

—No, no, quédate aquí.

Siento la rabia en mis venas, Rossie ha matado a mi madre y yo no puedo quedarme con los brazos cruzados, no puedo ver como se muere en los brazos de mi padre.

Me levanto de golpe y con el antebrazo me limpio las lágrimas de una manera brusca. Mi gesto cambia de inmediato. Solo hay rabia en mi ser, no hay más.

Ella ha destruido lo que más quiero.

— ¡Hanna! ¡No! —me grita Eric para detenerme, pero ya es demasiado tarde, ya estoy saliendo de la habitación en busca de una persona en especial.

Salgo con paso rápido y aunque Cara me ha jalado para detenerme, no lo ha logrado. Yo necesito encontrar a Rossie y hacerla pagar por lo que ha hecho.

Camino por un pasillo que no reconozco en lo absoluto. Pero que muy en el fondo me parece familiar.

El sueño en donde Alex murió era un recuerdo, había revivido el momento en que Alex supuestamente había muerto. Ya no había dudas, ya no más misterio. Rossie era la única culpable. Ella había hecho todo esto, había intoxicado a Alex y me había borrado los recuerdos.

— ¡Pst! —escucho un susurro—. ¡Oye, Hanna!

Giro mi mirada hacia donde proviene el sonido y me encuentro con una pelirroja que conozco a la perfección.

— ¿Qué haces aquí? —pregunto alejándome lo mayor posible de ella. Se suponía que estaba detenida, ¿Qué hacía fuera? ¿Cómo había logrado salir?

—Sé donde esta Rossie —dice—. Yo puedo llevarte.

—No —respondo retrocediendo. Su cabello naranja brilla en la oscuridad.

— ¿Por qué no? —dice en un murmullo.

—Porque ya no puedo confiar en ti, ya no puedo confiar en nadie.

—Te estoy dando la oportunidad de que te reencuentres con Rossie y la hagas pagar y ¿Lo rechazas? Vamos Hanna, no desperdicies esta oportunidad. Yo voy a ayudarte.

Estaba loca si creía que podía confiar en ella, no lo iba a hacer. Mucho menos cuando ella había culpado a mi madre del ataque cuando Eric me llevaba a casa. Sarah era cómplice de Rossie, no de mi madre. Estaría demasiado estúpida si fuera con ella.

— ¿Por qué estás aquí? —pregunto.

Ella se ríe.

—Está bien, veo que ya aprendiste la lección.

— ¿Por qué estás aquí, Sarah? —repito la pregunta.

—Te dije que te mataría, ¿No lo recuerdas?

Retrocedí aun más, pero la pared del corredor me lo impidió.

— ¿Por qué estuviste del lado de Rossie? ¿Por qué engañaste a todos?

—Porque Rossie ha sido como una madre para mí, Hanna. Le debo demasiado y la única manera de devolverle el favor es matándote. Por cierto, que lastima lo de tu madre. Murió muy joven.

— ¡Cállate! —exclamo con furia—. ¡No menciones el nombre de mi madre!

Sarah mete sus manos a sus pantalones y justo como Rossie, saca otra arma de fuego, solo que a ella no le tiemblan las manos, me apunta con esa arma con firmeza y con seguridad. Esta más que dispuesta a apretar el gatillo.

— ¿Cuáles son tus últimas palabras, Hanna?

Entonces sonrió.

—Kate.

— ¿Kate? —ella dice con confusión. Miro sobre su hombro y ella se gira.

—Sí, Kate —confirma Kate para después darle un puñetazo en la cara y dejarla profundamente dormida. El cuerpo de Sarah pierde todas las fuerzas y cae contra el piso, justo como Anna. El arma cae a su costado, así que pateo el metal haciendo que se deslice por el piso para alejarla de Sarah, que ahora se mantiene inconsciente en el piso.

La observo durante unos segundos mientras se encuentra tendida en el piso y cuando confirmo



que ella ya no está aquí, miro a la rubia que hace meses atrás, odiaba.

— ¡Oh, Kate! —me abalanzo sobre ella y la abrazo con fuerza, ella abre sus brazos y me acurruca—. ¡Me has salvado! ¡Dios! ¿Cómo es que estas aquí? ¿Cómo sabían que estábamos aquí?

Me separo de ella, poniendo mis manos en sus brazos, todavía sin atreverme a soltarla.

Kate se relame los labios.

—Nos llegó una carta...

— ¿Carta?

—Sí, no tenía firma ni nada de eso, pero nos dejaba muy en claro que estabas en peligro y que si queríamos protegerte debíamos, bueno... debíamos... —ella parece dudar de su respuesta.

— ¿Kate? —ella agacha la mirada—. ¿Debían hacer, qué?

—Prométeme que no te molestaras conmigo y con los demás —sus ojos azules me miran con pesadez y un tanto culpables.

Yo niego, aturdida todavía.

—Me has salvado la vida, ¿Cómo podría estar molesta contigo?

Mi pecho se aprieta una vez más. Con cada segundo que pasa, Rossie se está alejando y yo no puedo dejarla escapar. Tiene que pagar por lo que hizo, sin embargo, debo escuchar lo que Kate me dice. Tengo que hacerlo.

—Está bien —ella asiente, aceptando—. Nosotros te... —hace una pausa y agacha la mirada, tratando de cortar nuestro contacto—. Nosotros te pusimos un GPS mientras dormías —dice rápidamente. Apenas puedo entender las palabras.

Mi ceño se frunce.

— ¡¿Qué?! ¡Un GPS! ¡¿Cuándo?!

Kate vuelve a levantar la mirada. Hay cierto temor en sus ojos.

—Cuando estabas en el hospital, Hanna. Tu madre no lo sabe, no queríamos que nadie supiera porque no sabíamos quién estaba detrás de todo esto —explica—. Queríamos mantenerte sana y salva y por supuesto, teníamos que saber dónde estabas.

¡Tenía dos malditos GPS conmigo y nunca me había dado cuenta!

—Oh... no puedo... creerlo —suelto mi agarre de ella y suelto un suspiro tenso mientras aprieto mis ojos.

—Solo intentábamos protegerte —aclarar en un susurro.

— ¿Dónde estaba el GPS? —pregunto fuera de lugar.

—Lo instalamos en tu teléfono, era más fácil y todos sabemos que un adolescente en el siglo XXI, jamás suelta su teléfono.

Yo no tenía mi teléfono celular, no ahora. Es más ni siquiera lo había visto desde que Rossie me llamo en el cementerio... Esa fue la última vez que lo tuve y que lo vi.

—Pero yo no tengo mi teléfono, lo perdí hace unas horas...

— ¿Qué? Pero sí está claro que estas aquí, así lo dice el GPS —me mira y luego mete su mano a su bolsillo trasero, saca un celular color plateado y desliza sus dedos varias veces por la pantalla. El brillo del celular ilumina su rostro blanco en la oscuridad del corredor, sus cabellos rubios están atados en una coleta y para mi sorpresa, no lleva ni una sola gota de maquillaje. De soslayo veo el cuerpo tendido de Sarah y me estremezco—. Mira esto, aquí señala claramente tu ubicación —ella gira el teléfono y me muestra la pantalla del celular, con cautela me acerco todavía más para confirmar lo que dice.

Y así es. Mi ubicación marca perfectamente el lugar en donde estoy ahora, un punto rojo se extiende por la pantalla en círculos tenues, mientras que la ubicación del teléfono de Kate se señala con otro punto azul, ambos puntos están demasiado cerca. Incluso se podría decir que ambos celulares están a metros de distancia, o incluso a centímetros... pero lo que resulta extraño es que no tengo mi celular conmigo. Recuerdo perfectamente cuando Rossie llamó y me dijo que girara hacia atrás y entonces fue ahí cuando vi a la traidora de Anna y deje caer el móvil en el lodo. Y esa fue la última vez que lo vi.

—Y, ¿La carta? ¿Quién la escribió? —digo alejándome un poco de ella.

—No lo sabemos aún —apaga su celular y lo vuelve a guardar en su bolsillo trasero, su tono es sincero y por instinto, le creo.

Algo muy en el fondo de mí y que estaba totalmente seguro, me gritaba que Alex había escrito esa carta. Por eso había dicho en el cementerio que no estaba sola, que no me preocupara. Y tenía toda la razón. El sabía perfectamente que yo tenía un maldito GPS y que estaba siendo vigilada por Kate, Zet y Cara. A ese punto sus sospechas sobre Rossie ya estaban flotando en el aire.

—Tengo que irme —le digo.

—No, no puedes irte, es peligroso, Hanna —me advierte mientras me tapa el paso para salir.

Yo niego.

—Sí me quedo aquí, Rossie escapara y entonces, habrá más peligro.

— ¿Qué les diré a los demás?

—No les digas nada, tú solo di que no me has visto —le ordeno con tono suave mientras la observo—. Sácalos de aquí, Kate. La policía llegara muy pronto. Yo estaré bien.

— ¿Estás segura de lo que vas a hacer?

Trago saliva.

—Sí.

Ella se muerde el labio inferior. Lo piensa por un momento y asiente.

—Está bien, solo ten cuidado, ¿de acuerdo? Ayudaré a los demás.

—Gracias, gracias por todo. Y siento haber dudado de ti y de los demás... yo... fui una tonta.

— ¡No! ¡No eres una tonta! ¡Cualquiera hubiera hecho lo mismo! —me mira—, Sin sospechosos, no hay misterio, Hanna.

La abrazo con fuerza.

—Gracias, Kate —le susurro.

—Tienes que irte —me aleja con un empujón suave. Después me da una sonrisa tímida y se gira, dándome la espalda para volver a la habitación en donde estaban todos. La veo desaparecer por el corredor. Su silueta se va a haciendo cada vez más pequeña.

Cuando no puedo verla más, me inclino y tomo la pistola que Sarah había utilizado hace unos segundos.

— ¿Qué vas a hacer, Hanna? —me pregunta una voz detrás de mí, haciéndome saltar.

Antes de guardar la pistola, me giro y apunto hacia donde proviene la voz. Ni siquiera me da tiempo de pensar y reproducir nuevamente la voz, mi cuerpo actúa por instinto y mis brazos se levantan, alzando la pistola. Las yemas de mis dedos presionan con suavidad el gatillo. Doy otro salto y bajo la pistola de inmediato cuando veo los ojos asustados de Alex. Sus manos están alzadas haciendo una señal de rendición.

— ¡Hey! ¡Soy yo!

—Oh, santa mierda —digo con el corazón acelerado—. Lo siento, Alex, creí que eras otra persona... yo... —bajo el arma y resoplo con pesadez, soltando todo el aire contenido en mis pulmones doloridos. El olor de la gasolina sigue sobre mí, es como algo que nunca va a desaparecer.

—Estas pálida —dice—. ¿Estás bien?

—No —contesto con sinceridad—. Rossie se ha ido y no sé donde está.

— ¿Rossie? —su entrecejo se frunce y baja su mirada con cautela, viendo el arma en mi mano—. ¿Para qué querrías buscar a Rossie? Y, ¿Por qué tienes una pistola?

Alex aun no lo sabía.

Trague saliva.

—Ella mato a mi madre, Alex.

— ¿Qué? —sus ojos se abren de golpe.

—Le disparo —explico en un susurro apenas audible, los músculos se contraen y lo miro directamente—. Lo vi todo.

— ¿Estás segura?

Lo pienso por un momento. Rossie le había disparado a mi madre, pero aun no estaba totalmente segura de que ella había muerto, pero mis dudas se aclaraban cuando recordaban que había sido disparo en la cabeza, algo que probablemente, la había matado sin dudar. Seguramente la bala había perforado su cerebro y eso tenía consecuencias demasiado graves.

—Fue un disparo en la cabeza, está perdiendo mucha sangre, pero no lo sé... —mi voz se corto—. No sé si murió, Alex.

—Ven aquí.

Abre sus brazos y sin pensarlo dos veces, me dejo abrazar por él. Hundo mi cabeza en sus hombros y paso mis manos por su cintura mientras él me envuelve en sus brazos musculosos. Inmediatamente mi cuerpo siente el calor de su piel, pero luego recuerdo que Alex es un fantasma y que él siempre esta frio, así que estoy demasiada congelada con los hechos sucedidos. Estoy demasiado aturdida.

—Estás temblando, Hanna —dice en mi oído, todavía sin soltarme de su agarre. Su olor varonil inunda mi sentido del olfato. Inhalo su aroma y lo mantengo dentro de mí, abrazando a Alex con más fuerza. Yo solo huelo a gasolina y a sangre. El olor metálico parece asqueroso combinado con la gasolina—, Deberías esperar a que llegue la policía y se haga cargo de todo esto, pronto estarán aquí y Rossie ya no podrá huir. Tú ya hiciste bastante, ya todos sabemos la verdad.

Era cierto. Pero eso no me conformaba, todavía tenía muchas cosas que decirle y este era el mejor momento. No era justo que una persona que había hecho tanto daño a personas inocentes pagara su condena en una cárcel viviendo como reyes en algunas ocasiones. A veces, la justicia no era suficiente. La venganza, sí.

Pero yo no quería hacerle daño físico a Rossie, solo quería que se diera cuenta del error que había cometido y que ella sola se castigara, que todo eso estuviera en su conciencia para siempre.

— ¿La perdonas, Alex? —me separe un poco de él. No lo suficiente para soltarme de sus brazos. Nuestros cuerpos aun estaban unidos, solo que había levantado mi barbilla y mis ojos para mirarlo directamente. Quería saber esa respuesta más que a nada.

—A veces es mejor perdonar y olvidar, sino ese dolor te hará más daño y estarás acabado como esa persona que te hizo sufrir. Tienes que demostrarle que eres diferente a ella, Hanna. Tú tienes un corazón y estoy totalmente seguro que sabes perdonar.

—No puedo —me separe de él—. No puedo soportar todo el daño que nos hizo y que siga impune. No es justo lo que te hizo Alex.

— ¿Qué vas a decirle, entonces?

—No lo sé.

Él suspira.

—Es muy peligroso lo que quieres hacer —me advierte.

Llevo mis manos a mi rostro y con las palmas sudadas restriego con fuerza. El metal del arma me roza las mejillas y rápidamente quito mis manos. Había olvidado que tenía un arma en mi posesión. Estaba demasiado distraída y tenía que concéntrame.

—Alex, ¿te das cuenta? Puedes estar vivo y ella sabe dónde está tu cuerpo. No se lo dirá a la policía, es demasiado egoísta para decírselos, Rossie sabe que eso nos haría daño y que por consiguiente no se lo dirá a nadie para vernos sufrir.

—Tal vez tengas razón, pero ¿si estoy muerto? ¿Qué sucederá? —sonaba decepcionado.

—No, tú mismo me mostraste la caja de las cenizas, más claro no puede estar—le recuerdo—. Tienes que estar vivo. Lo presiento.

Él lo piensa.

—Está bien, pero yo iré contigo.

\*\*

— ¿Dónde está Hanna? —pregunta Eric con tono preocupado. Alex y yo estamos escondidos detrás de una puerta, escuchando todo lo que sucede en el exterior. La policía finalmente ah llegado, las patrullas pueden escucharse al fondo, la lluvia se ha reanudado y es difícil escuchar lo que dicen con tanto ruido.

Mi madre ya ha sido llevada al hospital, una ambulancia ha venido a auxiliarla, al igual que a Rebecca, ella tenía una grave golpe en la cabeza. Seguramente quiso atacar a Rossie y ella salió perdiendo.

—Se ha ido con Margaret —dice Kate rápidamente. Por supuesto era mentira, pero ella estaba cubriéndome.

Rossie no se había ido de la mansión. Aún estaba aquí. Lo sabía porque Anna aún estaba tendida en el piso del sótano en donde habíamos estado atados. Rossie no se arriesgaría a dejar a su única hija con policías, sabiendo que era un blanco fácil y que todos declararían contra ella. Aparte de que pronto sería mayor y la sentencia iba a ser más grande. Rossie era inteligente y sabía perfectamente que su táctica era venir por Anna e irse lejos, ya que dejarla ir, sería más difícil volver a verla.

—Pero no la he visto subir —dice Eric, pero antes de que pueda continuar, un oficial se acerca a ellos.



—Disculpen, tienen que desalojar el lugar. Tenemos que hacer nuestro trabajo —dice con tono formal mientras mira a ambos—. Necesitamos hacer averiguaciones previas y alguien tiene que ir a redactar lo sucedido.

—Yo iré —responde Eric.

—Perfecto, señor Crowell, por favor acompañe a mi compañero hasta las oficinas, ¿seguro que no necesita atención médica? —el oficial mira las muñecas de Eric. Parece que no soy la única que tiene heridas en los tobillos y en los brazos.

—No, estoy bien —a él no parece importarle el dolor. Él oficial asiente y se gira para hacerle una seña a otro uniformado que ya está haciendo anotaciones en una pequeña libreta. Él está hablando con Caroline, la cual tiene una toalla sobre ella—. ¿Qué paso con Anna? Me refiero a la chica que estaba tendida en el piso.

— ¿Qué? Hay no había ninguna niña, señor —el oficial lo mira con confusión.

— ¿Cómo que no había ninguna niña? ¿No se la han llevado en la ambulancia?

—Supongo que sí, por favor denme un momento le preguntaré a mi compañera—ambos asienten con interés, sobretodo Eric, que parece no creer que Anna no estaba ahí.

Estoy totalmente segura que Rossie la saco de ahí o la escondió. Ella no tuvo el valor de abandonarla. Ella misma lo había dicho; Anna era su única razón de vida. La amaba.

El líder de los oficiales comienza a sacar un radio que está atado en su chaleco antibalas y aprieta un botón. Él parece saber lo que hace, incluso no parece perturbado por la situación.

— ¿Qué va a pasar con Rossie, oficial? —pregunta Kate cambiando de tema, el oficial deja el radio que había tomado y vuelve su mirada hacia ella. Kate esta rígida, pero se mantiene estable y calmada, ella le da una mirada interrogante mientras se cruza de brazos.

—La vamos a buscar, ustedes ya no tienen nada de qué preocuparse, en cuanto la encontremos les aseguro que estará muchos años en prisión. Pero por ahora necesitamos sus características físicas para difundir su rostro y alertar a las personas, seguro que ustedes tienen una fotografía de ella, ¿verdad?

—Por supuesto, solo que esta en la mansión, Sr. Oficial. Deberíamos ir hasta allá.

— ¿Y ya? —dice Kate indignada—. Oficial, con todo respeto, creo que deberían hacer su trabajo más rápido, esa mujer es muy peligrosa y a estas alturas debe estar saliendo de la ciudad o incluso del país. Debería llamar a los refuerzos. Es una psicópata.

El oficial la mira boquiabierto. Esperando que Kate se disculpe, pero ella no lo hace, más bien se enfada mucho más cuando le da una mirada despectiva.

—Señorita... —comienza a decir el oficial mientras su cuerpo se tensa—. Deje que nosotros hagamos nuestro trabajo.

—Pues el señor Eric estará de acuerdo conmigo en que hay que movilizar a las autoridades y buscar a Rossie antes de que sea demasiado tarde —Kate le da una mirada interrogativa a Eric, ella solo está tratando de que el lugar quede vacío, para que yo pueda buscar a Rossie. Mi padre le da una mirada confusa, pero después asiente, comprendiendo lo que Kate quiere decir. El también está de acuerdo en que la esposa de su hermano es muy peligrosa, y por supuesto, Eric tiene demasiado poder para hacer que el oficial haga lo que Kate pide.

—Creo que la señorita tiene razón —observa al oficial por unos segundos y luego mira hacia donde está su hermana Caroline. Su mandíbula se aprieta un poco, y después sus labios se abren para continuar—. Deberían poner patrullas y agentes en las estaciones, no ha pasado mucho tiempo, así que debe de estar cerca. Mi familia está en riesgo oficial, tiene que encontrar a esa mujer.

El oficial asiente.

—Está bien, pero usted irá con nosotros. Denme un momento.

El oficial se aleja y luego camina hasta un muchacho de cabellos rubios y lo hace ir hasta donde esta Eric y Kate. Observo a Alex, esperando que él diga algo. Pero él solo levanta los hombros en forma de respuesta.

Mis piernas están acalambrándose y comienzan a sentir un ardor en las plantas de los pies, sin embargo, me mantengo recta y silenciosa para que nadie pueda escucharnos o vernos.

—Este es mi compañero Moisés, él los ayudará a hacer el retrato hablado mientras van en el automóvil, pueden confiar en él y en el oficial Oscar, por favor suban a la patrulla y buscaremos en las estaciones más cercanas. Yo iré con ustedes, pre primero necesito organizar a mis hombres y tendremos que sellar el lugar.

—Por favor, acompáñenme —dice el otro uniformado mientras comienza a salir del lugar. Kate se tensa durante un momento y ve hacia donde Alex y yo estamos, ella me alcanza a ver por el hueco de la puerta y con disimulo, asiente.

Dos minutos después, mis piernas comienzan a dormirse, el oficial sella con cinta amarilla el lugar y cuando cree que ya está todo cerrado, se va dejándonos finalmente solos. Cuando escuchamos que el sonido de la patrulla se va alejando, Alex y yo salimos de aquel lugar húmedo.

Suelto todo el aire que había almacenado y aprieto mis ojos.

—Rossie está aquí, ¿verdad? —pregunto con el ceño fruncido.

—Sí —asiente—. Solo ella ayudaría a Anna.

Aclaro mi garganta, carraspeando.

— ¿Tú sabías lo de ambos GPS?

Él se tensa.

—Lo del collar de Anna no lo sabía, hasta que llegamos aquí y ellas se reencontraron, entendí porque ambas tenían la misma apariencia física y emocional.

— ¿Y el GPS en el celular? ¿Tú escribiste esa carta?

—Sí —agacha la mirada, avergonzado—. Pero tienes que entender que era necesario —vuelve a levantar la vista—. Tenía que protegerte de alguna manera y Kate... ella era de confiar, Hanna.

Por un momento sentí celos, Kate y Alex habían sido novios, pero ahora Kate estaba con Ryan, sin embargo, ellos podrían volver otra vez si ambos lo quisieran. Yo sabía que ahora ella era de confiar, pero sentía cierto apretón en mi corazón.

—Debiste decírmelo.

—Lo sé, lo siento.

—Vaya... realmente les gustan los desafíos —una voz nos interrumpe, rápidamente elevo mis brazos, apuntando con el arma de fuego a la mujer rubia que se encuentra frente a nosotros, ella da un paso hacia atrás, fingiendo estar asustada, pero después sonríe con cinismo—. ¿Vas a dispararme? —me reta.

Mi mandíbula instantáneamente se aprieta.

—Sí —digo con firmeza mientras aprieto con fuerza el gatillo. Mis dedos se sienten sudorosos y se resbalan como mantequilla, pero eso no me detiene para dejar de apuntarle.

Mi cabello se siente pegajoso en mis costados, la gasolina lo ha vuelto duro y demasiado flamante.

—Entonces, ¿Qué esperas? ¡Dispara! —grita con una sonrisa cínica en su rostro.

—No —la miro con rabia—. Primero quiero que te disculpes con Alex...

Antes de que pueda terminar, ella suelta una sonora carcajada.

— ¿Es en serio? ¿Crees que me voy a disculpar?

—Sí, hazlo —quito el seguro de la pistola y la amenazo. Ella abre los ojos un poco, pero no retrocede. Entonces, disparo. Pero no a ella, lo hago hacia el piso, junto a sus zapatillas negras. Ella salta y me mira con horror—. ¡Hazlo! ¡Discúlpate con él o te mato! ¡Te juro que te mato! —la cólera comenzaba a apoderarse de mi cuerpo, el calor de la circulación de mi sangre me hacía sentir desesperada y más furiosa. Tener a Rossie en frente de mí, dificultaba mi respiración. Deseaba tanto que sufriera. Pero yo no era una persona sin sentimientos, así que yo no sería esa persona la que ocasionaría su sufrimiento.

—Nunca me arrepentiré de lo que hice —dice Rossie con la mandíbula demasiado apretada. Sus ojos se han vuelto como un oscuro y profundo pozo—. De hecho estoy tan feliz que no me cabe en el pecho. Sobre todo porque nunca encontrarán el cuerpo de Alex, solo yo lo sabré y lo llevaré hasta mi tumba.

— ¡No! ¡Tú tienes que decirnos donde está! ¡Él no merece esto! —observo la habitación rápidamente, me doy cuenta que el piso está demasiado mojado y que mis zapatos están perdiendo el lodo que había en ellos. El olor a gasolina se hace más profundo, una vena de mi frente comienza a zumbar frenéticamente.

El olor comienza a ser fastidioso e irritante para la nariz que me pica.

Toda la habitación esta bañada de gasolina, cualquier rincón, cualquier pared del lugar, los pocos muebles que ahí habían se incendiarían en cualquier minuto, incluso la puerta también está sumamente mojada. Solo un cerillo y todo explotaría en segundos.

Rossie había aprovechado la ocasión para hacer de las suyas.

— ¡Sí! ¡Él va a morir, Hanna! ¡Y tú también! —me sentencia.

—Dime donde está —no es una pregunta, es una orden. Mis ojos comienzan a ponerse llorosos.

—Por favor, Rossie... —habla Alex con la voz cortada—. Ya hiciste bastante daño, solo tienes que decirnos donde está mi cuerpo.

— ¡No! ¡Nunca lo sabrán! ¡Esa será su condena! ¡Esa será mi venganza!

—Irás a la cárcel —advierte Alex—. ¿Segura que quieres pasar el resto de tu vida en un lugar como ese? ¿Qué pasaría si Anna estuviera en mi lugar? ¿Sabes lo que estás haciendo?

—Lo sé perfectamente —hace una pequeña sonrisa, burlándose de Alex.

Él se tensa a un lado de mí y aprieta la mandíbula mientras ladea su rostro.

— ¿Dónde está Anna? —pregunto.

—No te lo voy a decir —contesta sin dejar de sonreír. El mango del arma comienza a resbalarse de mis dedos, para ese momento yo ya no puedo controlarme, estoy deseando dispararle. Estoy deseando que...

— ¿Qué está sucediendo? —la voz de Anna se escucha detrás de mí. Por instinto, me giro y la tomo entre mis brazos, tomándola como rehén. Ella lucha por zafarse de mi agarre, pero esta vez yo soy más fuerte y aunque el ardor de la gasolina en las heridas de mis muñecas me dificulta el movimiento, lo ignoro y sigo jalando a Anna.

Alex me observa con estupefacción.

— ¡Suéltame! ¡No me toques! —forceja conmigo pero no puede. Yo tengo ventaja sobre ella. El golpe que Rossie le había proporcionado la había dejado desmayada por cuarto de hora y ahora parecía tonta y absorta en sus pensamientos.

Por supuesto, yo no le haría daño. Solo estaba siendo una táctica para hacer que Rossie hablara.

— ¡Estate quieta o te disparo! —le grito con fuerza mientras aprieto sus brazos delgados y larguiruchos—. ¡Estoy hablando en serio, Anna! —vuelvo a repetir cuando ella lucha por alejarse de mí, sin embargo, soy más rápida y antes de que pueda patearme, pongo la pistola en su cabeza, el metal toca su cabello rubio. Ella se estremece debajo de mí y se queda quieta.

La tensión se hace más presente en la habitación.

Rossie me observa.

— ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a dispararle a ella? —hace una pausa y levanta la ceja—. No lo creo...

— ¿Cómo sabes que no lo haré? —le pregunto con el ceño fruncido, aprieto los dientes y presiono la pistola todavía más sin hacerle demasiado daño. Mi sangre esta tan caliente que duele cuando se desliza por mis venas.

Anna gime ante el contacto del arma.

—Porque no eres una asesina.

—Pero puedo serlo —la reto.

—Demuéstramelo.

Sus ojos me miran desafiantes, miro a Anna de reojo y empujo todavía más, haciendo que ella se quede inmóvil y chillando silenciosamente en mis brazos. Rossie no va a retroceder, no va a decirme nada que tenga relación con Alex. Nunca va a decirnos donde está su cuerpo. Sabe que no soy capaz de matar a una persona y yo también lo sé.

Empuño el arma al cuero cabelludo de Anna y ella grita. Mis dedos comienzan a temblar en el mango. La pistola vibra en la cabeza de Anna y ella se asusta, soltando un alarido que impresiona a Rossie, pero que de todos modos no la hace hablar. Por un momento, mi cuerpo quiere hacerlo, está decidido a acatar las órdenes de mi cerebro, solo tengo que mover dos de mis dedos y presionar y Anna estará muerta. Pero mi conciencia esta regañándome, yo no puedo hacerlo. Sería hacer la misma cosa que Rossie y entonces Alex tendría razón, me convertiría en ella y mataría a personas inocentes solo por venganza. Eso era absurdo y ridículo, yo nunca me convertiría en Rossie. Jamás sería una asesina.

— ¡Solo dime donde está el cuerpo de Alex y la dejaré ir!

—Nunca.

—Está bien, tú lo quisiste —tiro a Anna al piso y ella se cae en frente de Rossie, lo bastante alejada de ella para que no pueda alcanzar a tocarla.

—Hanna... no lo hagas... —me susurra Alex entrecerrando los ojos. Su cuerpo está demasiado tenso. A estas alturas ya no sé qué hacer. Estoy demasiado decidida a disparar, ya no estoy pensando. Solo estoy viendo en mi mente el cuerpo de Alex y de mi madre llenos de sangre, veo a todos los que Rossie hizo y está haciendo sufrir. Todas las emociones se arremolinan. Los hechos que habían sucedido cuando sospechaba de Kate y de Zet, hasta de Cara y de mi madre.

Y aquí estaba la verdadera asesina y yo tenía la oportunidad de vengarme.

— ¡Vamos! ¡Dispara!

Levanto mis brazos y apunto a la Anna casi desmayada que está enfrente de mí. Sus ropas se



han llenado de gasolina cuando ha caído al piso.

—Hanna, baja el arma. Tú no eres como ella... —me sentencia Alex. Su voz suena lejana—. No lo hagas, ella no lo merece.

Mis omoplatos se tensan. Las piernas flaquean cuando veo el rostro aterrado de Anna. Sus ojos están abiertos, aunque su cuerpo no le responde completamente, ella no se ha levantando y no piensa hacerlo.

— ¡Dispara, Hanna! —me grita Rossie, incitándome a que presione el gatillo. Pero no puedo—. ¡Dispara!

Mi cabeza duele cuando mi consciencia me grita.

Entonces tomo la mejor decisión. No voy a hacerlo.

Alex tiene razón.

No soy ella.

No soy una asesina y nunca lo seré.

Bajo el arma, agachando la cabeza. Sintiendo la impotencia cayendo sobre mí.

—Lo sabía, sabía que no lo harías —dice Rossie ayudando a levantar a Anna—. Eres una cobarde.

— ¿Mamá? —dice Anna con palabras que no se entienden completamente. Parece borracha, sus ojos se mueven inquietos por toda la habitación.

—Estoy aquí, cariño —dice Rossie acariciándole el cabello—. Pronto nos iremos, solo aguarda un segundo más... —le susurra en el oído mientras la ayuda a poner de pie.

Alex me llama en un murmullo haciendo que yo levante la vista, avergonzada. Él señala con la mirada la pistola. Él no puede tocar nada todavía.

—Suéltala —me ordena. Hago lo que me pide y dejo caer el arma. El golpe se hace estruendoso en el lugar.

—Tienes que decirles donde está Alex... él no va a sobrevivir... —dice Anna, llamando nuestra atención.

—No, tú y yo nos tenemos que ir.

—Por favor, mamá —suplica ella con la voz cortada—. Tienes que...

— ¡No! ¡Vamos, levántate! —le grita haciendo que todos saltemos. Rossie se levanta, dejando a Anna recargada en una de las paredes. Después, mete las manos a sus bolsillos delanteros de su pantalón negro y saca una caja de cerillos—. Tú vas a morir —me señala—. Y él va a verlo todo y no podrá hacer nada, ¿Qué mejor venganza que eso? La hija de mis peores enemigos muriendo por mi culpa.

—Ya basta —dice Alex furioso—. Te aseguro que todo lo que estás haciendo va a volver a ti, todo el daño que nos has hecho será tu medicina, Rossie... Porque lo que se hace, se paga.

— ¿Quieren ver como este lugar se ilumina? —Rossie enciende un fosforo—. Porque yo realmente necesito luz.

—No lo hagas... —sentencia Alex.

Mi cuerpo se pone rígido.

Rossie comienza a avanzar hasta la puerta, haciendo que nosotros nos quitemos de ahí. Su sonrisa se vuelve siniestra mientras camina con paso lento. En la oscuridad del sótano apenas puede deslumbrarse su rostro lívido y terrorífico.

El cerillo se apaga rápidamente en sus dedos.

Alex se pone delante de mí, aunque eso no sirve de mucho. De todos modos Rossie tiene razón. Él no podrá hacer nada.

Ella enciende otro cerillo. Esta vez no espera a que se apague en sus dedos, lo deja caer sobre la puerta por la que entramos y esta rápidamente comienza a arder en llamas mientras el sótano comienza a iluminarse. Las llamas están demasiado cerca de Rossie, pero no alcanzan a tocarla, pronto las llamas alcanzarán la gasolina del piso y todos los que estamos dentro comenzaremos a arder.

Grito con fuerza.

— ¡¿Qué has hecho?! ¡Vas a matarnos! ¡¿Estás loca?! —siento el calor de las llamas tocar a mi piel, no obstante, solo son ansias y desesperación, las llamas aun no han logrado alcanzar el piso. Pero pronto lo harán, la puerta está comenzando a deshacerse y a quedar carbonizada y muy oscura.

Rossie avanza hasta Anna y la toma en brazos.

Pero es demasiado tarde.

Las llamas llegan hasta el piso y una pequeña chisma hace que todo estalle.

Las ondas que se forman ante la explosión hacen que mi cuerpo vuele por los aires, haciendo que mi cuerpo choque contra una pared libre de fuego. Caigo en el piso, donde milagrosamente la gasolina no ha llegado hasta ahí, pero mi brazo comienza a arder.

—No mires —dice Alex cuando ve el gesto en mi cara—. No es nada grave, solo no mires, ¿de acuerdo? Te sacaré de aquí.

El ardor se hace más fuerte, pero me obligo a no bajar la mirada, sino renunciare y probablemente me desmayare. El dolor es punzante y muy doloroso, siento como la carne me arde por dentro y por fuera.

Luego recuerdo que yo también estoy bañada en gasolina. Soy demasiado débil para caminar por el fuego y no verme afectada por las llamas.

Alex se levanta.

—Tengo gasolina en mi cuerpo —le digo con la voz asustada, mis ojos se cristalizan y me mantengo con la boca cerrada para no comenzar a llorar—. Voy a morir. No hay nada que hacer.

—No, no te rindas Hanna —me dice. Veo un brillo en sus ojos, él realmente se ve aterrado, su mandíbula se ha mantenido apretada pero ahora la ha aflojado un poco para darme una sonrisa tranquilizante—. Vamos a salir de aquí. Todo estará bien.

Pero las llamas que están detrás de él lo niegan todo. Solo está diciendo eso para mantenerme estable, pero sinceramente estoy volviéndome loca, perdiendo toda esperanza y la fe.

Ni Rossie ni Anna pueden verse por las nubes de humo que ya llenan la habitación. Instantáneamente estoy tosiendo cuando el humo entra a mi boca y a mi nariz. Alex me señala una mi chamarra y me la quito. El cuero puede quemarse más rápido.

Me levanto tomando mi brazo afectado con mi mano libre de quemaduras y aprieto un poco para aliviar el dolor. Comienzo a avanzar por las llamas mientras Alex me guía. Al fondo puedo escuchar gritos, pero no sé si provienen del exterior o del interior, estoy demasiado desesperada por salir de aquí que no puedo concéntrame en nada más.

—Ven. Por la ventana —me dice avanzado.

La tela de la cortina del sótano cae sobre mí y grito.

— ¡Alex! —mi voz está llena de pánico, no puedo siquiera respirar con todo el humo que hay adentro. Sacudiéndome, aviento la tela fuera de mí, alejándola completamente. Mis piernas están luchando por mantenerse en pie, con cada segundo que pasa se vuelven más pesadas.

— ¿Estás bien? ¿Qué te ha sucedido? —él regresa hasta a mí con los ojos asustados.

—Sí, sí. Estoy bien... —mi voz se corta—. Sácame de aquí, Alex.

—Lo haré, lo juro — sus ojos hacen contacto con los míos y no los aparta—. Voy a sacarte de aquí. Estarás bien, mi amor.

Un escalofrió me recorre al instante. Alex nunca me había llamado así, él nunca me había puesto un apodo. Yo siempre era Hanna, solo Hanna. Ningún apodo, hasta hoy. Ahora... él estaba hablando románticamente, me había dicho... mi amor. Mi cuero cabelludo se había erizado por sus palabras.

No aguanto más y comienzo a llorar con fuerza.

—Ve, vamos a salir de aquí —me dice sin tocarme. Lo sigo con los ojos llenos de lágrimas y mantengo el poco aire que tengo en mis pulmones.

Esquivo otro mueble y sigo avanzando con cautela, esperando que pueda salir de aquí. Mis esperanzas vuelven cuando veo la ventana del sótano.

—Por aquí.

Cuando veo un bote libre de llamas, lo pongo debajo de la ventana y me obligó a saltar, aunque mis piernas estén temblándome como gelatina. Con mi puño rompo el vidrio de la ventanilla. Los

vidrios saltan hacia afuera y escucho el crujir de mis zapatos en el bote. Este ya está siendo alcanzado por las llamas.

—Vamos, Hanna. Debes de darte prisa —me apresura Alex mientras observa como las llamas empiezan a consumir el bote de plástico. Con el brazo doliéndome y con las piernas perdiendo la fuerza, hago todo para convencerlas de que no es el momento para que me fallen. Me apoyo en la superficie de la ventana y salto.

Mis piernas quedan el aire cuando el bote se cae y se quema casi de inmediato. Otra llama me alcanza la pantorrilla, haciéndome gritar.

Me impulso hacia arriba y salto.

Mi cuerpo cae en una especie de campo lleno de grava. Las piedras se encajan en mi espalda. Justo como cuando Alex y yo tuvimos nuestra primera cita.

Cierro los ojos y me quedo quieta.

— ¿Hanna? ¡Por favor, hálame! ¿Estás bien? —siento como Alex se hince a un lado de mi cuerpo y suspiro, tomando todo el oxígeno posible—. Por favor, Hanna, di algo. Lo que sea.

— ¿Estoy viva? —pregunto aun con los ojos cerrados. Mi garganta esta picando, pero no quiero toser. Quiero respirar el aire puro.

—Sí —contesta—. Estas viva.

Mi cuerpo siente una tranquilidad increíble.

— ¿Dónde está Rossie y Anna? ¿Lograron salir? —pregunto en un susurro. Tan solo hablar me duele. Mi garganta está demasiado seca.

Alex se tensa.

—No lo sé... —parece asustado—. No sé qué sucedió con ellas...

—Tenemos que salvarlas —digo sentándome en la grava, sin embargo, cuando doblo mis rodillas un ardor se apodera de toda mi pierna haciéndome retroceder y acostarme de nuevo.

—No, ellas deben de haber salido...

—Escuche gritos, alguien debe seguir ahí adentro.

—No puedes entrar, las llamas ya son demasiadas para este momento. Tan solo un segundo y estarías muerta.

—Pero alguien sigue ahí adentro Alex —repito con la voz cansada—. No podemos dejarla morir de esa manera, quien quiera que sea.

— ¡Por favor! ¡Ayuda! —grita una voz desde adentro, suena aterrada, sus gritos son espeluznantes. Sin pensarlo dos veces, me pongo de pie. El dolor me invade, pero no voy a quedarme acostada en un campo de grava cuando alguien está ahí adentro.

—Tenemos que entrar, Alex ¡Tenemos que salvarla! —digo con desesperación.

Hay un grito ahogado.

Me estremezco y tiemblo.

—No, no voy a arriesgarme a perderte otra vez —dice mirándome con potencia—. Si entras ahí, nunca saldrás. Quiero que comprendas eso. No la salvarás a ella y tampoco a ti.

—Pero, ¡Es una persona!

Alex tenía razón. Tan solo ver hacia el lugar daba escalofríos. Parecían las puertas del infierno. Si yo entraba ahí, al segundo estaría tostada. Las llamas ya habían alcanzado los cinco metros de altura. El incendio estaba arrasando con todo.

Era un milagro que yo hubiera salido.

— ¡¿Dónde está Anna?! —grita una voz femenina detrás de nosotros. Alex y yo nos giramos, espantados. Rossie tiene una quemadura en el rostro, lo bastante horrible para sentir el dolor punzante de mi brazo y mi pantorrilla. Su cabello también se ha quemado, ya no hay risos rubios en su cabello y sus ropas están quemadas en la mayor parte—. ¿Dónde está Anna? —vuelve a preguntar.

Entonces lo comprendo. Los gritos que provenían del sótano eran de Anna.

Mis ojos se vuelven una cascada.

—Ella... ella no logró salir —le digo con rabia, porque el incendio había sido provocado por ella—. ¡Ella murió!

— ¡No! ¡Mi hija no puede estar muerta! —Rossie camina con las piernas temblorosas hasta la ventana en donde salí y se inclina. Su cuerpo está demasiado herido—. ¡Mi Anna no puede estar muerta! ¡Ella no!

— ¡Rossie! ¿Qué haces? —grito cuando ella mete una pierna dentro de la ventana—. ¡No puedes entrar ahí! ¡Ya no se puede hacer nada! ¡Anna murió! —corro hasta ella y la jalo, haciendo que regrese al campo de grava. Sus ojos están demasiado rojos, llenos de lágrimas sinceras.

—Yo no quería que ella muriera, ¡Yo no quería que mi Anna muriera! ¡Ella tiene que estar viva! —grita. Entonces veo que su rostro tiene quemaduras graves. La carne se asoma por su piel y la sangre esta brotando de una manera repulsiva—. ¡Voy a ir por ella! ¡Tengo que salvarla! —se suelta de mis brazos y gatea hasta la ventana, de nuevo.



— ¡No Rossie! ¿No lo entiendes? ¡Ahí adentro ya no hay nada más que cenizas!

— ¡No! ¡Anna! —chilla con fuerza, dejándose caer en mis brazos con dolor—. ¡Anna! ¡No! ¡No! ¡Ella está viva! ¡Mi hija está viva! —gruñe y sigue llorando con fuerza, de sus ojos solo salen lagrimas, una sobre otra, pareciendo incesantes.

—Sh... —la acurruco mientras ella llora en mis brazos. La grava se encaja en mis piernas, pero no me importa. Rossie acaba de perder a su hija y yo soy el único consuelo que tiene—. Está bien, está bien... ella está en un lugar mejor... —le digo apretándola con fuerza en mi pecho. Puedo escuchar sus latidos acelerados.

—Maté a mi hija... —susurra en mi pecho. Sus lágrimas humedecen mi camisa—. Maté a mi hija... maté a Anna... —sus alaridos se vuelven más fuertes.

Miro a Alex y veo que una lágrima se desliza por su mejilla. Justo ahora quiero tocarlo, pero no puedo. Todavía sigue teniendo ese color tenue.

Mis lágrimas caen sobre el poco cabello de Rossie.

A lo lejos, una ambulancia y un camión de bomberos comienzan a acercarse al lugar. Las sirenas resuenan en mis oídos.

—Rossie... —la llamo—. Tienes que decirme donde está el cuerpo de Alex...

Pero ella parece perdida en su mundo. No parece escucharme.

—Anna, Anna mi hija... mi pequeña. Ella está bien, ella está aquí. Esta viva... ¿verdad que sí? Mi Anna, mi bebé...

—Rossie... —susurro levantando su barbilla con cuidado—. ¿Dónde está el cuerpo de Alex?

Tienes que decírnoslo.

Sus ojos me miran y sus lágrimas se detienen. Pero ella todavía parece demente y fuera de órbita, sus ojos se mueven por todos lados, buscando algo con la mirada. De un brinco, se aparta de mí y se levanta sin mucho éxito.

Se limpia las lagrimas, dañándose las heridas del rostro, pero no parece importarle, ella se mueve por la grava mientras observa a su alrededor con desesperación.

— ¿Dónde está Anna? Ella estaba aquí conmigo hace unos segundos, ¿A dónde se ha ido? —su voz es suave.

El camión de los bomberos se acerca hasta nosotras. Se estaciona en medio de la calle y todos los uniformados comienzan a bajar con paso rápido mientras sacan una manguera.

Uno de ellos nos alcanza a observar y apunta a la ambulancia hacia nosotras.

Rossie parece una demente.

—Rossie, por favor, respóndeme.

—Anna... ella vendrá a visitarme muy pronto... —sonríe con dulzura y me mira—. ¿Tú la conocías? Era una niña muy buena. Se portaba muy bien.

Un bombero se acerca hasta nosotras, sus zapatos hacen contacto con la grava y cuando comienza a avanzar más cerca, las piedras crujen debajo de él. El hombre con uniforme naranja y casco mira a Rossie con los ojos muy abiertos.

— ¿Están bien? ¿Qué ha sucedido? —pregunta mientras sus compañeros comienzan a apagar las llamas del lugar. La brisa del agua toca mi rostro, refrescándolo un poco. Tengo demasiada sed—. Los paramédicos ya vienen para auxiliarlas. Por favor, no se acerquen hacia la manguera, es muy peligroso, me quedare con ustedes, ¿de acuerdo?

—Mi hija, señor. Mi Anna, ¿dónde está? —sus ojos están rojos y muy hinchados.

Él me mira interrogante. Su ceño esta fruncido.

Yo niego, dándole la respuesta que me pedía. Bajo la cabeza y miro hacia la grava.

Anna está muerta.

El bombero se acerca hasta Rossie y le da una mirada entristecida.

—Lo siento señora, ella ya no está con nosotros.

\*\*

— ¿Qué te hace pensar que Alex está vivo? —Pregunta Eric con el ceño fruncido—. La mayoría de los que están aquí estuvieron en el funeral de Alex y todos lo vieron en el ataúd. Después fue incinerado, ¿no es cierto, George?

Había pasado tan solo un día desde aquel accidente en que Anna había perdido la vida. Ahora todos estábamos reunidos en la mansión que ya se encontraba en mejores condiciones, aparte de que ya se habían colocado una cierta cantidad de agentes en los diferentes lugares de la mansión. Aún no se sabía si Rossie había tenido más cómplices aparte de Sarah y Anna.

El padre de Sarah ya había dado su testimonio. Ambas mujeres lo tenían amenazado de muerte y por eso había ayudado a Sarah a salir del hospital cuando había sido acusada por intentar contra una vida.

Sarah y Rossie habían recibido su sentencia, ambas habían sido juzgadas como las únicas responsables de la muerte de Alex, del esposo de Rebecca y finalmente de Anna. Sumándole las extorciones hacia Cara, Zet, Kate y al padre de Sarah. También el atentado contra George en su

propia casa, y haber culpado a mi madre de algo que no tenía nada que ver. La lista de delitos era interminable.

Pero, siempre los malos pagaban. Ya sea en la tierra o en el más allá.

No tenían salida.

Sarah estaría por lo menos diez años en prisión a partir de los dieciocho años de edad. Por otro lado a Rossie se le había hecho un análisis psicológico, en el cual sus trastornos habían relucido en los resultados. Por lo tanto ella no estaría en la cárcel, sino que estaría en un hospital psiquiátrico, claro que no se le darían las mismas atenciones que a los demás. No obstante, hoy la vería. Por eso estábamos reunidos.

Yo no podía hablar sobre Alex y yo y todo lo que había sucedido durante los seis meses restantes, tenía que omitir ciertas cosas haciendo que la historia sonara lógica y congruente.

—Porque nadie de ustedes sabe donde quedaron las cenizas de Alex y tampoco saben que paso con su cuerpo, ¿o sí?

Todos se miraron, pensando en la respuesta.

—No, pero no puede ser que Alex este muerto, cariño —habla mi madre. Eric estaba a su lado, y al parecer, ellos se habían reconciliado, no del todo, pero iban paso por paso. Con toda la paciencia del mundo Eric esperaría a que mi madre estuviera lista para reanudar se relación. Aunque aun estaba en juego la decisión, lo que había sucedido entre Eric y Rossie nadie lo había sabido hasta ahora—. Ya han pasado seis meses y es imposible que esté vivo.

No iba a darme por vencida. Tenía que hacer que la policía se movilizara y buscara el cuerpo de Alex antes de que fuera demasiado tarde. Anna le había rogado a su madre para que nos dijera dónde estaba el cuerpo de Alex, lo cual significaba que estaba vivo.

—Sí, mamá —respondo mientras me pongo de pie—. Pero, ¿Qué tal que si ella estaba cuidando de Alex y realmente nunca lo mató? ¿Qué tal que lo tuvo secuestrado?

—Esa parece una buena teoría, Hanna, pero no creo que Alex pueda soportar estar vivo durante seis meses y secuestrado... —dice George mientras toma una copa de vino tinto. Sus labios se vuelven rojos con el líquido, pero él no deja de beberlo. Se pasa una servilleta por las comisuras de sus labios y se limpia lo restante del líquido.

—Es lo que estoy tratando de decir, Rossie fue capturada ayer —digo llamando la atención de todos, mi tono comienza a oírse frustrado—. Eso quiere decir que si Alex está secuestrado, ella lo vio un día antes o ese mismo día del accidente. Debe de estar vivo, porque lo debe de estar alimentando, ¿no?

—Hanna... —dice mirándome con lastima—. Sabemos que estas muy interesada en encontrar a Alex, pero debes de darte cuenta que las esperanzas de que él esté vivo son muy mínimas.

Pongo los ojos en blanco, comienzo a irritarme. Ellos no lo entienden, entre más tiempo perdamos, Alex seguirá perdiendo fuerza y energías y será más difícil encontrarlo.

—Yo apoyo a Hanna, tengo la esperanza de que él está vivo, también lo presiento —dice Kate interrumpiendo la conversación. Los ojos de Zet se encuentran con los de ella y asiente.

—Yo también —contesta—. No perdemos nada en investigar y buscarlo, seguramente los vecinos de las colonias deben de haber notado algo raro, ¿no?

—Lo anunciaremos por televisión, por las noticias, todos ven las noticias, ¿no es cierto? —dice Cara con una media sonrisa, apoyando también mi plan—. Alguien debe de saber algo, aunque sea mínimo. Cualquier información nos puede ayudar.

Todos ponemos nuestros ojos en Eric y en George, esperando que respondan y digan algo positivo con la idea.

Eric mira a George. Sabe que él es el que toma las decisiones, aparte de que Alex es su hijo. O bueno, su hijo adoptivo. Aunque la mayoría de los que estábamos aquí no lo sabían.

Más tarde enviaría un correo a la doctora que me había atendido, ella era la madre biológica de Alex y con todo este accidente no había tenido tiempo para pensar en otra cosa que no fuera buscar a Alex.

—Está bien —George resopla poniendo la copa en una mesita de noche—. Le diré al comandante que de aviso a las autoridades y a las televisoras, yo me haré cargo de todo.

— ¡Oh, dios! ¡Gracias! —corro hasta él y sonrío con sinceridad mientras lo abrazo, mis manos lo envuelven por el cuello—. ¡Gracias, George!

—No hay de qué —el corresponde mi abrazo y me aleja un poco para mirarme—. Alex es parte de la familia, y si crees que está vivo, entonces lo buscaremos —me dice.

Yo asiento y mirando de reojo, le doy una sonrisa a Alex.

Pero él ya no está.

— ¿Dónde...?

— ¿Qué sucede? —pregunta George siguiendo mi mirada. Rodeo la habitación esperando encontrarlo en el rincón, pero no hay nada.

—No, nada, creí que... —todos me observan con curiosidad—. Olvídenlo. No es nada.

Kate se había soltado nuevamente el cabello rubio, pero usaba unos anteojos que le cubrían sus ojos azules, sin embargo, no dejaba de ser la chica popular de la escuela. Aunque sus hábitos estaban cambiando ahora que salía con Ryan, el tipo que había estado en la cafetería cuando había golpeado a Zet. Bueno científicamente no era yo, sino Alex. Pero todos habían visto ese vídeo en donde salía yo y mi puño contra el rostro de Zet.

Por supuesto, ya me había disculpado con él. Aunque no le había dicho las verdaderas razones

del porque lo había golpeado, de todos modos él había estado conforme con mi disculpa y eso facilitaba mi argumento.

Cara y Zet estaban tomados de las manos en el asiento de enfrente, los ojos de Cara tenían un brillo espectacular, el cabello negro estaba hasta su cadera, era tan largo que parecía una cascada de cabello brillante y bien cuidado, nada comparado con él mío. A pesar de tener casi la misma medida de cabello, el de ella lucía mas resplandeciente y hermoso. Zet amaba su cabello. Cada cierto tiempo la observaba de reojo y ambos se sonreían disimuladamente cuando nadie los miraba, todos excepto yo que me daba cuenta de sus miradas cómplices y enamoradas.

Su brillo labial seguía siendo rojo, que de alguna manera u otra me recordaba a Rossie. No obstante, sabía que Rossie ya no podría usar maquillaje en la mitad de su rostro derecho, las quemaduras habían sido demasiado graves y no se había podido hacer mucho. Ya no se arreglaría como antes, ni mucho menos sonreiría. Ahora solo sería una Rossie apagada y deprimida.

Su trabajo como espías y cómplices de mi madre para protegerme había funcionado. La muerte de Cara había sido planeada por todos, en ese tiempo ya se sospechaba de Sarah.

Todos estamos tristes y sentíamos un poco de lastima por Tom, el chico que había estado saliendo con ella durante un tiempo, mucho antes de que todo este problema saliera a la luz. De hecho, Tom también estaba aquí, ya que él también había sido amenazado por Rossie y había declarado en contra de ella y de Sarah.

Alex de vez en cuando lo observaba de soslayo, su ceño se fruncía cuando él intervenía y me miraba con cautela, aunque no había otra intención en sus ojos que no fuera la de ayudar. Supuse que las arrugas de su frente cuando entrecerraba los ojos y fruncía el entrecejo eran causa de lo que había sucedido hace unos meses cuando Tom me pidió un lápiz, Alex se había puesto... celoso.

George estaba algo desubicado, todavía podía ver su mirada perdida cuando se mencionaba a Rossie en la sala. Creo que a todos nos parecía demasiado descabellado con lo que había hecho. En la mañana, antes de que fuéramos a la sentencia de ambas mujeres, tuve que advertirle a George que Rossie podía ser muy dulce con él, así que debía ser demasiado precavido y duro con ella. Me vi en la obligación de contarle lo que Rossie había hecho con la que una vez iba a ser su esposa, pero él no levanto cargos contra ella, él cree que con lo que le

sucedió con Anna es suficiente castigo.

Yo también estoy de acuerdo con eso.

Aunque para ser sincera, la muerte de Anna me deprimía un poco. Nunca olvidaría a la niña pequeña que amaba los colores purpura y los vestidos del mismo color. No me importaba que todo eso hubiera sido una simple y vil actuación. Estimaba a Anna de una manera increíble. A pesar de todos sus errores y de su traición, ella seguiría en mi corazón.

\*\*

—Siga derecho por el corredor y en el segundo pasillo da vuelta a la derecha. Habitación doscientos treinta y tres.

—Gracias, señorita —respondo mientras vuelvo a meter la identificación del instituto en mi bolsa. Ella teclea un par de cosas en la computadora y me sonrío cuando termina de apuntar, lo que parece ser mi nombre.

—No hay de qué. Por favor, si algo sale mal o la paciente se altera, debajo de la camilla hay un botón rojo, presione y un doctor estará ahí.

Asiento comprendiendo.

—Gracias de nuevo.

—De nada. Tenga cuidado, la paciente está muy energética y aun no sé acostumbra al lugar —me da una sonrisa tímida y asiente. Vuelve su mirada a la computadora y sigue escribiendo.

Con paso lento, comienzo a caminar hasta el corredor que me indico, cuando llego al segundo pasillo doy vuelta hacia la derecha y comienzo a caminar recto. Las habitaciones son blancas, algunos de los pacientes se asoman por las ventanillas de las puertas, que es el único ventanal que tienen. Sus ojos parecen desorbitados y comienzan a gritar cosas incongruentes.



Siento un cosquilleo en la nuca cuando encuentro la habitación en la que esta Rossie. Tecleo la clave que me dio la doctora que estaba de recepcionista y la puerta se abre. Todas las paredes están blancas, tienen un acolchonado del mismo color, para que los pacientes no puedan golpearse y herirse. Algunos de ellos tienen esas batas blancas que los atan de los brazos.

— ¿Rossie? —comienzo a avanzar, cuando estoy dentro, cierro la puerta y veo a la mujer que alguna vez fue hermosa y dulce. Ella está sentada en una esquina de la cuadrada habitación. Está en una posición feto, en donde sus rodillas están dobladas y tocan su pecho. Su cabello ha sido rapado por completo, no hay ni un solo cabello en su cabeza. Las quemaduras en su rostro son demasiado evidentes y difíciles de ocultar. Su carne esta oscura y alrededor se puede ver la hinchazón de la herida, tiene unas vendas alrededor, pero ella se las ha quitado, dejando algunas tiradas por el piso que también es un colchón.

Mis pies se hunden cuando doy otro paso adentro.

— ¿Qué haces aquí? —pregunta mientras se abraza a ella misma. Su cabeza esta agachada, por lo tanto no puedo ver sus ojos.

—Vine a...

— ¿A qué te diga donde esta Alex? —interrumpe con voz áspera. Su rostro se levanta y sus ojos finalmente se encuentran con los míos. Son tan oscuros y llenos de rabia, que me dan miedo cuando ella los entrecierra—. Nunca te lo diré, ¿no lo entiendes?

—Estas haciéndote más daño.

— ¿Anna vino contigo?

— ¿Anna? —pregunto sin entender, esperando a que ella este bromeando. Pero cuando ella asiente, sé que no lo está. Ella tiene otro recuerdo acerca de Anna, aún cree que sigue viva.

—Sí —sus ojos se humedecen—. Quiero pedirle perdón, quiero disculparme con ella por haber sido una mala madre.

—Rossie...

— ¿¿Dónde está Anna? ¿No vino contigo? —sus ojos se abren de repente—. O acaso, ¿Ella ya no quiere verme?

—No, Rossie... —siento lastima por ella, mi corazón se aprieta, haciendo que mi pulso se acelere—. Anna murió... ¿no lo recuerdas? —pregunto.

— ¿Qué? —ella se levanta de un salto—. ¡No! ¡Anna no puede estar muerta! ¿Qué estás diciendo? ¡Yo la acabo de ver! ¡La he visto ayer y hoy! ¡Ha venido a verme en la noche! Seguro... —me mira con expectación mientras avanza hacia a mí—. ¡Tú! —Rossie me señala con su dedo índice—. ¡Tú la mataste! ¿Verdad? ¡Tú fuiste la culpable de su muerte! ¡Yo solo trataba de protegerla de los malos! ¡Tú la mataste!

— ¿No lo recuerdas?

— ¿Recordar? ¿Qué voy a recordar?

—Tu incendiaste el sótano, intentaste matarme y Anna se quedó adentro, ella no pudo escapar y todo porque tú querías venganza. Las llamas la consumieron en su totalidad y ella murió...

— ¡¿Qué?! —sus ojos vuelven a abrirse, pero esta vez más—. Yo no...

Se detiene, su mirada se enfoca en la pared lateral y se queda pensando. Con un golpe sordo, Rossie se deja caer en el piso y se lleva las palmas de sus manos a su cara. Con mucha fuerza, ella empieza a restregar su rostro.

— ¡No! Yo maté a mi hija... —su voz es un susurro cuando habla, después, ella eleva su voz y comienza a tallarse con más fuerza—. ¡Maté a mi hija! ¡Maté a Anna! ¡No! ¡No!

— ¡Tienes que decirme donde está el cuerpo de Alex!

— ¡Anna! ¡Anna! ¿Qué te hecho hija? ¡Perdón! —grita a la nada.

—Rossie, cálmate... —me acerco a ella, pero rápidamente me empuja. La sangre comienza a brotar de las heridas en donde se tallo. No es solo una gota de sangre, sino que parece una hemorragia. Se ha lastimado demasiado, sus mejillas ya se han oscurecido de color carmesí, expandiendo la sangre por todo su rostro.

— ¡No me toques! —me empuja contra la pared en donde está la puerta y mi cuerpo rebota al instante en que la toca—. ¡Quiero que te vayas! ¡Quiero que me dejes sola! ¡Oh, Anna! ¡Mi niña! ¡Vete! ¡Vete! —se lamenta mientras suelta un chillido doloroso.

— ¡Solo quiero que me digas donde esta Alex!

— ¡Nunca! ¡Fuera! ¡Fuera! —sus ojos están llenos de lagrimas. La esclerótica de su ojo parecía estar inyectada de sangre, estaban tan rojos que parecían que iban a explotar.

—Rossie, por favor... —digo suplicante en un susurro. Mis manos me tiemblan.

— ¡Largo! ¡Fuera! —me empuja otra vez—. ¡Lárgate! ¡No quiero verte nunca más!

—No la harás, jamás me verás de nuevo, Rossie —contesto saliendo de la habitación—. La venganza no sirve de nada. Tu castigo esta hecho, no necesitas más.

— ¡Anna! ¿Dónde estás? ¡Lo siento! ¡Lo siento! —grita con voz sofocada, ahogándose en sus propias lagrimas. Ella comienza a dar vueltas por el cuadrado espacio en el que esta. Golpea su cuerpo en el acolchonado varias veces sin conseguir nada. Parece una demente. No, no lo parece. Es una demente, Rossie ha vuelto a sus trastornos y probablemente nunca se sanará.

—Adiós, Rossie —murmuro abriendo la puerta completamente, sus ojos se mueven por toda la habitación, pero nunca capta que la puerta está abierta, esta absorta en sus pensamientos, gritando y corriendo como loca. A pesar de que su cuerpo choca contra las paredes acolchonadas, no se detiene y sigue corriendo. Mis mejillas se humedecen, otro retortijón en el estómago me hace chillar en silencio—. Adiós para siempre.

Y entonces me voy dejando a la mujer que nos hizo tanto daño y que ahora, está pagando las consecuencias con su propia medicina. Con sus mismos actos.

\*\*

No podía conciliar el sueño. Mi mente estaba hecha un desastre y mi cerebro no se concentraba en dormir. Mandaba señales a mi cuerpo, haciendo que se moviera intranquilamente. Cerraba los ojos y solo veía el rostro de Alex en mi mente. Sus ojos cafés me miraban con profundidad, todavía tenían ese brillo deslumbrante. El se veía perfecto en mis pensamientos. Su cabello desordenado casi del color de la moca, sus cejas gruesas y sus labios delgados y carnosos están en mi mente siempre. La hermosa sonrisa y las bromas que él hacía las recordaba a la perfección. Su rostro me reconfortaba de una manera pacífica, me gustaba tener su rostro en mi memoria, recordar cada uno de nuestros momentos juntos. Pero no podía estar tranquila, la cama se sentía un lugar incomodo, no me encontraba en ningún lugar. Me revolvía en las sabanas una cantidad de veces que hasta ya había perdido la cuenta. En mi frente se resbalaban las gotas de sudor, el verano se aproximaba y el calor estaba siendo insoportable, nadie había entendido porque hace dos días había caído una tormenta en pleno marzo. Ya había abierto las ventanas de mi habitación, dejando que la brisa del viento entrara. Cuando lo había buscado en la habitación y no lo había encontrado, mi única hipótesis había sido que Alex había vuelto a su cuerpo. Ahora solo teníamos que encontrarlo.

Me levanto de la cama, las ropas de mi pijama se pegan a mi anatomía, mi cuerpo esta sudando frio y eso ha hecho que la tela se sienta mojada. La sacudo un poco mientras me siento en la esquina de la cama, recargando mis palmas en el colchón.

Me quedo unos segundos mirando a la nada.

¿Cómo podía encontrar a Alex? ¿Cómo saber dónde estaba su cuerpo? Y ¿En qué condiciones estaría ahora?

No, definitivamente esta noche no iba a poder dormir.

Me puse las pantuflas rosas que había dejado hace varias horas en frente de la cama y comencé a dar vueltas por la habitación. George nos había pedido que nos quedáramos en la mansión, ya que era más seguro, pero mi madre se había negado. Y no la culpaba, no sabíamos en quien podíamos confiar. Podía o no haber otro cómplice de Rossie.

Sin saber qué hacer, camino hasta la computadora y la enciendo. Me siento en la silla rodante y espero a que se cargue. Un segundo después la pantalla se enciende y el fondo de pantalla predeterminado aparece instantáneamente. La luz del monitor ilumina la mayor parte de la habitación, pero no del todo.

Fijo mi mirada en el reloj de la computadora y abro los ojos.

¡Tres de la mañana!

Entro a internet y entro a la red más conocida y más usada: facebook.

Pongo mi usuario y después pongo mi contraseña. Mi cuenta se abre, mostrando cientos de notificaciones y mensajes. Hace mucho que no lo abría, para ser sincera.

Busco el perfil de Alex, su foto de perfil es reconocible. Aunque haya pasado medio año, algunas personas siguen publicando en su muro. Unas cuantas fotografías están en su muro, la mayoría etiquetadas. Su descripción es sobre un aviso que han colocado y que ha conmovido a sus contactos.

Si has visto a Alex, por favor, llama al siguiente número. Tenemos una mínima esperanza de que él siga vivo, así que si notas algo extraño con tus vecinos o has visto a Rossie fuera de la mansión, por favor, llámanos. Cualquier información es relevante.

Un número se coloca al final de la descripción. Hay demasiados comentarios, la mayoría de los alumnos del instituto, en donde dan cierta información sobre cuándo fue la última vez que vieron a

Alex.

Ninguno de ellos parece dar mucha información.

Abro otra pestaña y busco la página en donde colocan a las personas extraviadas. La imagen de Alex aparece ahí. Miro su rostro por varios segundos.

¿Dónde estás Alex? ¿Dónde te encuentras? ¿Estarás bien?

Vuelvo a cerrar la pestaña, volviendo a mi cuenta de facebook.

Comienzo a navegar sin darme cuenta.

Cuando ha pasado media hora y el sueño me carcome, estoy lista para irme a dormir y cerrar mi sesión. Me levanto de la silla y con mis dedos busco en la oscuridad el botón de apagado.

Cuando estoy a punto de apretar el botón, un sonido de una notificación llega a mis oídos.

Tengo un nuevo mensaje.

Un mensaje de un remitente que conozco absolutamente.

Alex Crowell.

=====

...

Por favor, si te ha gustado esta historia te invito a que la menciones en twitter y la compartas en

tus redes sociales. También puedes publicar tu opinión en el muro de la página de facebook "¿Quién mató a Alex?"

Estaré respondiendo lo más que pueda, muchas gracias<3.

=====

Epilogo.

El recuadro esta en blanco. No hay ni una sola letra, el espacio en donde supuestamente esta el mensaje está totalmente en blanco, como si las letras fueran invisibles, pero el mensaje se ha recibido.

No lo entiendo. Debería haber algo, lo que sea. Pero no hay nada.

Con los dedos temblorosos llevo mis manos hasta el teclado y comienzo a apretar algunos botones. Cuando termino de escribir, envió el mensaje.

Pasan varios segundos, o tal vez minutos. El reloj parece haberse detenido solo para mí. El mundo sigue girando sobre su eje, pero siento como si me hubiera perdido en el tiempo, como si las demás personas pudieran avanzar y yo no. El tiempo parece volverse demasiado eterno.

Estoy tan aturdida por el mensaje vacío de Alex que no se qué pensar o en que creer. Apenas y me muevo unos centímetros en mi silla. Ni siquiera estoy segura si en realidad fui yo la que se movió.

El silencio en mi habitación es tenso, puedo sentir en mi cuero cabelludo un escalofrío involuntario. Como si alguien me estuviera soplando en la nuca con un muy suave y tenebroso soplo. Una gota de sudor se desliza por mi espina dorsal antes de que pueda reaccionar ante el escalofrío que se desliza por mi espalda ante el escurrimiento de la gota fría. Tiemblo

inconscientemente sintiendo como mi piel se pone de gallina cuando la gota termina su recorrido. Después termina en un cosquilleo incesante en mis piernas, hasta llegar a las plantas de mis pies, haciendo que el peluche de las pantuflas se sientan como espinas adhiriéndose a mi piel.

Me estremezco, todavía sin atreverme a mirar hacia atrás. Mi corazón comienza a latir con fuerza, los latidos son tan acelerados que temo que mi corazón salga expulsado de mi cuerpo en una ráfaga de segundo. Estoy temblando demasiado, parece recordarme al primer mensaje que Alex me envió.

Con dificultad, trago un poco de saliva y tomo un poco de aire fresco. Tengo unas ganas inmensas de abrir todas las puertas y ventanas de la habitación para dejar entrar más aire puro y liberar la tensión que se siente en la atmosfera, pero no puedo levantarme de la silla, mi organismo de un segundo a otro se ha vuelto más pesado, es como si mi masa se hubiera aumentado al doble. Me siento tan pesada y cansada por los últimos días, que apenas puedo mover los dedos y parpadear cada vez que mi instinto cree que algo va a suceder. Una fuerza extraña me obliga a mirar hacia el frente, hacia donde está el monitor de la computadora. Mis músculos se han puesto demasiado duros, tanto como las rocas. Hago un movimiento en mis hombros y en mi espalda y todo se vuelve doloroso y cansado. Me detengo y sigo mirando hacia al frente, esperando a que él responda.

¿Acaso lo ha enviado él? O, ¿Alguien ha entrado a su cuenta?

De pronto, comienzo a sentirme demasiado cansada, mi cuerpo sufre de fuerza y toda la que tenía se ha esfumado en un chasquido de dedos. Estoy a punto de desmayarme, los músculos se vuelven flácidos y pierden la poca fuerza que tenían, todo a causa de las desveladas en la última semana y a la poca comida que he ingerido. Mi organismo comienza a cobrar factura y a reclamarme mis pocas atenciones y necesidades que he omitido. Tanto como para cerrar los ojos y dejar caer mi cabeza en el escritorio con un sonoro golpe en el teclado. Pero no me desmayo, solo deseo dormir para sumirme en un sueño, o tal vez en un recuerdo.

El lugar es reconocible, me siento tan real que no parece ser un sueño. Sé que lo estoy, pero no puedo despertarme, incluso me sacudo, pero nada pasa. Simplemente sigo en el lugar en donde vi a Anna con el chaleco lleno de pólvora atado a su torso.

Ahora más que nunca estoy sudando frío, y no sé si estoy sudando en la realidad o si solo estoy reviviendo el momento. Es como si el tiempo se hubiera regresado.



Mi móvil cae al lodo, ahora está entre Alex y yo. Escucho como el material salpica un poco de agua oscura, haciendo más sordo el sonido de la caída. El móvil se vuelve oscuro cuando el lodo comienza a envolverse en él, pero aún la pantalla sigue intacta, brillando con el fondo de pantalla que tengo. Pero no estoy viendo precisamente eso, apenas es una mirada rápida y de soslayo, pero en mi sueño le prestó más atención, parece ocurrir en cámara lenta cuando el artefacto cae al lodo. Y simplemente no lo entiendo.

Mis ojos están en Anna, en la niña que tiene una bomba en su cuerpo. Quiero retroceder y alejarme de ella, porque ahora sé que es cómplice de Rossie, pero no tengo el control de mi cuerpo. Mi fuerza de voluntad no basta. Todo parece ser automático y reproducirse por sí solo. Las piernas se mueven con velocidad sin que yo lo ordene. Entonces corro hacia ella, con los ojos ardiéndome. Casi puedo sentir las lagrimas calientes en mis mejillas, el latir de mi corazón de una manera acelerada y dolorosa. Cada latido hace que mi pecho duela, pero no me detengo y sigo corriendo hasta estar a un lado de Anna y abrazarla.

Cuando llego hasta ella me quedo sin palabras. Abro los ojos, intentando decirle que sé que es cómplice de Rossie, pero nada sale de mi boca.

Todo se vuelve silencioso. La imagen sigue proyectándose, pero parece que el sonido se ha omitido y solo puedo ver las bocas moviéndose cuando hablamos. Los labios de Anna tiemblan cada vez que ella dice algo.

Entonces, de nuevo todo se vuelve en cámara lenta. Me giro hacia donde estábamos Alex y yo hace unos segundos y lo veo agacharse. Se ve tenso, incluso los omoplatos de su espalda se marcan en su playera, viéndose más musculoso de lo habitual. Su cuerpo se inclina con detenimiento, sus rodillas se doblan y él estira su brazo hacia el lodo, todo en cámara lenta. Antes de que pueda ver que es lo que está haciendo, mi rostro se vuelve a donde esta Anna y todo vuelve a ser rápido e instantáneo. Mis intentos por permanecer seguir viendo a Alex son interrumpidos por mi piloto automático y mi cuerpo siente una sacudida cuando un color naranja flamante hace que pierda la vista y sienta un calor terrible en mi piel. Estoy ardiendo en llamas de un color que no puedo distinguir, porque no puedo ver nada. Solo siento un calor abrasador en mi organismo.

La bomba ha explotado.

Entonces mi fuerza de voluntad se hace mayor y grito. Grito con todas mis fuerzas, dejando salir la última bocanada de aire que tenía acumulada en mí ser.

Doy un salto en la cama. Las sabanas están humedecidas por el sudor de mi cuerpo, en mi frente puedo sentir una gota fría deslizarse con lentitud, haciéndome temblar.

¿Cómo llegue aquí? ¿No estaba en la computadora?

Me levanto de un salto, sentándome en la esquina inferior de la cama. Mi respiración comienza a volverse dificultosa, estoy tan agitada que cierro los ojos, apretándolos con fuerza para calmarme a mi misma y regularizar mi respiración.

Aún con los ojos cerrados y en la oscuridad de la habitación, relamo mis labios. Sin embargo, no sale la cantidad de saliva que yo esperaba. Tengo la boca demasiado seca y temblorosa, la garganta se siente como un desierto, sin una gota para aliviar el dolor que siente mi cuello al no poder tragar un poco de saliva. Incluso llega a arder.

Escucho pasos a los lejos, son tan ruidosos que se de inmediato de quien son aquellos zapatos.

Mi madre toca la puerta con insistencia. Sus golpes son fuertes y claros.

— ¿¿Hanna?! —pregunta con tono sofocado, en mi mente hago una proyección de lo que puede estar haciendo ahora. La veo frunciendo los labios, luego abriendo sus ojos como plato mientras golpea la puerta—. ¿¿Estás bien?! ¡Te he escuchado gritar! ¡Por favor, abre!

Abro los ojos y me reincorporo. No quiero que ella me vea así. Con el cabello pegajoso por el sudor, con el cuerpo temblándome por completo. Todavía puedo sentir el fuego en mi piel. Ese sueño se había sentido demasiado real.

Ella deja de golpear la puerta y todo vuelve a ser silencioso.

—Estoy bien —respondo en un susurro, luego tomo aire para aclarar mi voz, tratando de sonar lo más convincente posible—. Ha sido una cucaracha la que me ha hecho gritar mamá, pero todo está bien.

— ¿Segura? —me interroga desde el exterior. Su tono es preocupado, al instante me siento mal por mentirle. Estoy haciendo justo lo que no me gustaría que me hicieran a mí. Mentir. Pero mi mente todavía estaba confusa, todavía tenía borrones en mi mente y tenía que volver a empezar de nuevo para confiar en mi madre—. ¿No fue una pesadilla?

— ¡No! —digo rápidamente, saltando fuera de la cama. Mi cuerpo siente una oleada de aire frío justo en mi espina dorsal, haciendo que mi piel se erice—. Solo ha sido la cucaracha. Estoy bien —reafirmo.

—Puedes confiar en mí, Hanna —dice ella del otro lado de la puerta. Claramente no se ha creído lo de la cucaracha. Suspiro con pesadez, casi de inmediato mis pulmones duelen cuando reciben oxígeno nuevo. Una parte de mí quiere avanzar y abrir la puerta para abrazarla, pero la otra parte me detiene.

No puedes confiar en nadie. No hasta que Alex aparezca. Me digo a mi misma.

—Estoy bien —insisto, esta vez avanzo hasta la puerta dispuesta a abrirla para aclararle personalmente que solo ha sido la cucaracha.

La oigo suspirar.

—De acuerdo —dice finalmente—. Estaré en mi habitación por si necesitas algo, ¿me escuchas?

—Sí, mamá —mi voz es clara, estoy tratando de sonar lo más normal posible. Mi rostro casi se está apoyando en la puerta de mi habitación, la cercanía de la madera hace que mi rostro se sienta caliente. La sombra de mi madre puede verse por el orificio horizontal del inferior de la puerta. Apenas termino de responderle, ella comienza a alejarse. Pero la sombra no camina hacia el frente que es donde está su habitación, sino que se va de largo, parece que va a la primera planta.

Pego mi oído a la puerta y escucho como sus zapatos pisan los escalones, sus pasos son regulares, ni muy rápidos, ni muy cortos. Creo que estar en la casa antigua le da mayor seguridad, en la mansión de los Crowell no dejaba que me perdiera de su vista y parecía estar alerta a cualquier sonido y movimiento que hubiera dentro y fuera de esta. Todavía le atemorizaba estar ahí. Casi estaba segura que George la pondría en venta muy pronto. Ahora solo él quedaba, ni Rossie ni Alex estaban a su lado, y un terreno de ese tamaño era demasiado grande para una sola persona.

Cuando no escucho más pasos, suelto el aire que estaba conteniendo y me dejo caer al piso, apoyando mi espalda en la puerta mientras elevo mis rodillas, poniéndome en una posición fetal. Mis rodillas tocan mi pecho, y cuando me quedo en silencio, siento los latidos de mi corazón zumbando en mis piernas.

¿Por qué tuve esa pesadilla? ¿Por qué Alex se había inclinado en el lodo?

Dios, no entendía nada.

Mi cabeza estaba comenzando a doler.

Aún estaba aturdida por aquel sueño y no podía ni pensar con claridad. Afortunadamente, mi cuerpo había dejado de temblar y estaba volviendo a su estado normal.

Cuando estoy totalmente calmada, cierro los ojos y llevo mis manos a mis rodillas, dejando descansar mis palmas en ellas mientras que mi cabeza cae encima de mis manos para apoyarse.

Reproduzco la escena nuevamente. Tengo el presentimiento de que había una pista oculta y que no había notado por estar tan nerviosa y confundida.

Veo a Alex a un costado de mí.

Todo se reproduce en cámara lenta.

El móvil cae al piso.

Mi rostro se vuelve hacia Anna.

Todo vuelve a cámara rápida.

Regreso mi mirada y veo a Alex inclinarse hacia el lodo.

La cámara lenta aparece de nuevo.

Vuelvo hacia Anna y la bomba explota.

Abro mis ojos.

Otra vez estoy sudando.

Kate, la respuesta es Kate.

Me levanto dando un salto y corro hasta la mesita de noche y enciendo la lámpara, apenas se enciende, la habitación se llena de luz y las sombras y siluetas que había en la oscuridad toman forma, volviéndose muebles y ropa.

Mis dedos tiemblan, pero eso no me impide actuar rápido y levantar la bocina del teléfono de la casa y marcar el número de Kate que ahora, sé de memoria.

Presiono con fuerza, mis dedos son veloces y apenas alcanzo a teclear algún botón cuando ya estoy presionando el siguiente.

La llamada comienza después de un zumbido. Kate debe de estar dormida, son más de las cuatro de la mañana. El primer pitido de la línea suena. Con desesperación, me llevo la mano disponible a mi boca y comienzo a morder la uña de mi dedo índice.

Segundo pitido y Kate no contesta.

Mi pie comienza a marcar un ritmo en el piso, poniéndome más nerviosa de lo que ya estoy, así que dejo de hacerlo y me concentro en una de las almohadas de mi cama, ni siquiera sé porque estoy mirando una almohada, pero para ese momento parece ser lo más interesante que mis ojos pueden ver.

Tercer...

— ¿Hola? —la voz de Kate es soñolienta. Casi sonrió.

— ¿Kate? —pregunto con emoción, aunque sé que es ella—. Escucha, siento molestarte a esta hora, sé que es tarde pero quería, bueno más bien quiero saber si mi móvil aun tiene ese GPS del que me hablaste aquel día en el sótano en donde Rossie tenía a mi familia, ya sabes... y también quisiera saber si aun está vinculado a tu teléfono —mi voz es rápida que apenas y pueden entenderse las palabras.

Espero su respuesta, pero a cambio solo recibo un bostezo.

— ¿Hanna? —dice con tono confundido, su voz es ronca—. Son las cuatro de la mañana, ¿Estás bien? ¿Está todo bien?

— ¿No escuchaste lo que te he dicho? —dejo caer mi mano libre a mi costado, suspirando con frustración.

—Escuche que dijiste móvil...

—Sí —contesto—. Necesito que me prestes tu móvil. Es muy urgente, es sobre...

— ¿Para eso llamaste? —me interrumpe, escucho como su cama rechina. Después escucho un zumbido y un quejido por parte de ella.

—Kate, es sobre Alex —lo dejo salir. Ella no lo va a entender, y no pienso explicárselo ahora, nunca me creería que estuve con Alex todo este tiempo, no entendería que Alex fue un fantasma y que yo lo podía ver—. Por favor, solo tienes que prestarme tu móvil.

—Hanna —dice ella ahora con tono serio. Parece que está despertando—. Yo estoy de acuerdo con George, ¿sabes?... no quiero que lo tomes a mal o que lo malinterpretes, pero no creo que Alex siga vivo... Ha pasado mucho tiempo y es imposible que él...

—No vas a ayudarme, ¿verdad?

—Hanna... de verdad quisiera ayudarte...

Tenía que pensar en algo y rápido. Kate me colgaría en los próximos cinco segundos cuando yo empezara a maldecirla y agradecerle por su ayuda.

—Bien, solo has algo por mí, ¿sí?

Ella parece pensarlo, escucho el silencio del otro lado de la línea.

Un suspiro resignado se escucha en mi oído.

—Está bien, ¿qué quieres que haga?

Mis nervios se ponen a flote. Por una extraña razón, siento un cosquilleo en el estomago, es tan fuerte que casi me inclino para detener el hormigueo incesante que siento dentro de este.

— ¡Gracias, Kate! —digo con una media sonrisa, liberando el aire de mis pulmones para después volver a inhalar oxígeno—. Muy bien lo único que tienes que hacer es encender el GPS y busca donde esta mi teléfono.

— ¿Me has llamado a esta hora para buscar tu móvil? —suena irritada.

—Tú misma dijiste que estábamos en pleno siglo XXI y que los jóvenes no podíamos vivir sin nuestro celular, ¿no? Ahora solo busca la dirección de mi móvil y te dejaré dormir todo lo que queda de la noche.

—Bien, solo dame un segundo —la escucho levantarse de la cama, un crujido se escucha, pero ella no dice nada. Después escucho como lo que parece ser un cajón de madera es abierto por Kate, espero a que ella diga algo, pero solo escucho el sonido de una canción. Kate maldice en voz baja, muy a lo lejos de la bocina del teléfono de su casa. La canción se silencia y el teléfono parece estar tocando el cabello de Kate, alejo la bocina un poco—. Muy bien, está buscando en el radar, espera un minuto, ¿sí?

—Gracias, Kate. En serio —contesto con amabilidad, aunque estoy entrando en pánico.

—No hay de qué, aunque este favor te saldrá muy caro, ¿sabes?

—Te lo pagaré —aseguro con una risa nerviosa. No sé porque me rio, solo sale de mi como un instinto sin poder ser controlado.

Dios, estoy temblando.

Mi cuerpo esta transpirando demasiado liquido caliente por mi piel.

Estoy sintiendo demasiadas ansias.

Mi corazón esta latiendo tan rápido que va a salirse de mi pecho.



Si lo que estoy pensando es cierto, entonces, Alex está vivo.

Alex está vivo. Repito para mí misma.

Un minuto se está haciendo eterno.

Trago saliva, aunque mi garganta sigue estando seca.

— ¿Hanna? ¿Sigues ahí? —pregunta Kate volviendo a la línea—. Tengo la dirección. De hecho es algo extraño...

— ¿Extraño a qué te refieres? —interrumpo.

— ¿Extraviaste tu teléfono? —pregunta con confusión en su voz, imagino como su ceño esta frunciéndose ahora mismo.

—Sí —miento—, lo perdí hace días... Realmente no recuerdo donde lo deje, seguro fue en el centro comercial o en la mansión de los Crowell... o en el hospital, ¿A las fueras de la ciudad? ¿Un sótano? ¿Una bodega? ¿Una casa fuera del país? ¿Tal vez?

Yo esperaba que mencionara algún lugar que había mencionado.

—Pues no —dice—. No está en ningún lugar de esos. Tu móvil esta en tu casa.

—Kate, de verdad, no es tiempo para bromas —contesto con molestia.

—No estoy bromeando, tu móvil esta en tu casa —asegura.

Ahora sí me he quedado con la garganta sumamente seca y con los pies pegados al piso. Me

siento como una estatua de piedra; pesada, quieta y muy tensa. Me había congelado interior y exteriormente. El teléfono tembló en mi oreja derecha. Casi cae al piso, pero alcanzo a apretarlo con fuerza hacia mi oído, antes de que se resbale de mis dedos de mantequilla.

¿Cómo era posible que mi móvil estuviera en mi casa cuando lo había perdido en el cementerio, y en el que solo Alex y yo habíamos estado y conocíamos?

— ¿Puedes...? —balbuceo—. ¿Puedes ver exactamente en qué parte de la casa esta?

—Necesitaré un minuto más.

—Está bien —apenas respondo.

Un minuto era eterno, pero dos, dos se estaban volviendo una tortura eterna.

— ¿Hanna? Lo tengo. Está en el sótano, ¿me puedes explicar que hace un móvil en el sótano? Creí que los chicos eran los únicos que miraban porno —bromea soltando una risita aguda. Ahora ya no me molesta su risa, de hecho, ya no estoy escuchando nada más que mi mente.

¿Alex está en mi sótano? ¿Qué está sucediendo?

Oh, Dios mío.

¡Claro!

Rossie era un genio en esto. Y su inteligencia había sido utilizada de la peor manera.

Ella sabía que debía esconderlo de la policía y de todo aquel que buscara a Alex en los diferentes lugares del país, o incluso del mundo. En un lugar donde nunca nadie buscaría.

¿Y qué mejor lugar que en mi sótano? ¡En mi propia casa! ¡En donde nunca me hubiera atrevido a buscar! No solo yo, sino todos en general. Nadie buscaría aquí. Y mucho menos cuando nadie utilizaba el sótano.

—Lo siento, fue un mal chiste, ¿sigues ahí? —pregunta Kate controlando su risa. Su voz aún sigue ronca.

Odiaba a Rossie.

Dejo caer el teléfono y este rebota en el piso de mi habitación, escucho los gritos alterados de Kate en la línea, pero los ignoro y corro hasta la puerta. Quito el seguro de la cerradura y cuando la puerta se abre, la empujo y salgo corriendo con más velocidad, cuando doy los primeros pasos, mis piernas chocan y mis pies se revuelven, haciéndome tropezar. Pero antes de que caiga, alcanzo a mantener mi equilibrio y sin detenerme, sigo corriendo escaleras abajo.

Mi madre está sentada en uno de los sofás, cuando ella me ve bajar con frenesí, se levanta de un salto, mirándome con terror.

— ¿Hanna? ¿Qué sucede? — pregunta ella, dejando caer la tasa de café que tenía en sus manos. La porcelana se estrella contra el piso y lo que hace unos segundos fue una tasa, ahora está hecha añicos en el piso, junto con el líquido de color café.

— ¿Dónde están las llaves del sótano?

— ¿Para qué querías...?

— ¡Solo dímelo!

—En la cocina, donde siempre están —dice ella mientras me da una mirada de confusión. Sus ojos no dejan de mirarme cuando hago mi recorrido desde la sala hasta la cocina—. ¿Vas a decirme que sucede?

—Yo... —digo más para mí misma que para ella.

— ¡Hanna! —me grita. Corro hasta la puerta del sótano y ella me sigue por detrás. Mis pasos hacen eco por toda la casa. Son como truenos en el piso.

Con manos temblorosas, busco la llave correcta. Pero estas caen de mis manos. Estoy sudando demasiado que las llaves se deslizan fácilmente de mis dedos.

Joder, esto no puede estar pasando ahora.

—Déjame ayudarte —mi madre se inclina y recoge las llaves, con paciencia, pero moviendo sus dedos ágilmente, busca la llave correcta. Cuando la encuentra, ella me da una mirada y nota que algo malo está pasando. Eso la hace ir más rápido y girar la llave dentro de la cerradura velozmente. La puerta se abre. Apenas doy un paso dentro, y ella me detiene.

—Déjame ir a mi primero —su brazo esta impidiéndome el paso. Asiento, aunque sé que una vez que ella entre, voy a empujarla y voy a entrar yo primero para confirmar mi teoría.

Mi madre entra. No pasa más de un segundo cuando ella lleva sus manos hasta su boca y sus ojos se abren con espanto.

Hay un grito ahogado de su parte.

Sin esperar, entro al sótano. Empujando lo poco que hay en mí camino.

A pesar de la oscuridad, y del terror que siento. Lo veo.

Veo a Alex en mi sótano.

Vivo.

— ¡Alex! —exclamo mientras me acerco hasta él. Su cuerpo esta tendido en el piso, no se mueve ni produce ningún sonido, parece estar muerto. Mi madre parece salir del shock y enciende el único foco que hay en el sótano. Alex se ve terriblemente mal. Sus ojos están cerrados y sus largas pestañas no se mueven con la brisa de aire frio que siento en mi cuerpo. Él esta inconsciente y tiene demasiados golpes en la cara y en los brazos—. ¡Llama a emergencias! —grito con fuerza mientras me dejo caer de rodillas a un costado de Alex, todavía sin atreverme a tocarlo.

Mi madre sale corriendo y escucho como grita con desesperación cuando alcanza el teléfono de la sala.

— ¿Alex? —pregunto con los ojos cristalizados. No me atrevo a tocarlo—. ¿Puedes oírme?

No hay respuesta de su parte.

Observo su rostro pálido y veo como las heridas de su rostro parecen ser de hace días. La sangre que un día se deslizo por su rostro ahora está seca. Su cabello está demasiado sucio, incluso no se le puede ver el color real de su cabello, tiene demasiado polvo en sus risos castaños.

Estoy viendo a Alex. Y él se está muriendo en frente de mí.

— ¡¿Qué pasa con la ambulancia?! —grito, esperando que mi madre regrese a mi lado. Estoy empezando a sentirme cansada, pero no puedo permitirme desmayarme ahora. Quiero estar con él. No quiero que muerta. Tengo que hacer algo.

Llevo dos de mis dedos hasta su cuello y sostengo la respiración. Mis dedos tocan su piel por primera vez, y al instante, siento un toque eléctrico. No aguanto las lágrimas y estas caen como cascada por mis mejillas pegajosas.

Alex esta respirando.

—Ya viene. La ambulancia ya viene —dice mientras corre dentro del sótano. Su bata blanca se

ondea con la brisa del viento—. Hanna, deberías alejarte. Estamos alterando la escena del crimen, deja que los paramédicos hagan lo suyo. No puedes hacer nada, por ahora —ella me jala fuera del alcance de Alex. Ni siquiera lo alcanzo a tocar de nuevo. Todo parece tan irreal.

Pasan dos minutos eternos, mi madre me abraza con fuerza mientras lloro en su hombro.

Alex.

Alex.

Alex.

Su nombre resuena en mi mente y ni siquiera puedo verlo ahora, ni siquiera puedo tocarlo o besarlo, no puedo estar con él cuando finalmente lo he encontrado.

La sirena de la ambulancia se escucha a un par de calles a lo lejos.

Intento zafarme de mi madre.

Tengo que estar con él.

—No —dice ella, deteniéndome con fuerza, noto que sus ojos están rojos y que ella ha estado llorando junto conmigo—. No puedes moverlo, no sabemos cómo actuar ante este hecho, Hanna. Puedes incluso lastimarlo más de lo que ya esta, ya casi llegan, solo aguarda unos segundos cariño. Alex va a estar bien. Solo espera, ¿sí?

De mala gana, asiento. Aunque las ganas de ir hasta él son increíbles. Pero sé que si me acerco hasta él, caeré en la tentación de tocarlo y acariciarlo.

Mi corazón no se sale de mi pecho, pero parece que lo hace cuando un paramédico entra al sótano junto con una camilla y otro enfermero. Seguidamente, y con mucho cuidado checan el

pulso de Alex y lo suben a la camilla que han traído.

Alex está vivo.

~.~.~

Dos semanas y Alex no despertaba. Estaba demasiado angustiada y demasiado triste. No podía siquiera comer algo, pero lo había hecho por él. Comer un bocado o incluso dormir, se había vuelto demasiado difícil. Me atrevería a decir que no me había duchado en una semana y que no me había despegado de su lado a pesar de la insistencia de todos en general. No quería apartarme de él, y ellos no lo entendían.

No entendían que yo amaba a Alex.

Las pruebas contra Rossie habían hecho que el caso se abriera nuevamente, y de acuerdo a las investigaciones de los detectives, Rossie estaría toda su vida en el hospital psiquiátrico de la ciudad. Y no solo eso, también Sarah. Aunque su condena se reducía a comparación con la de Rossie por ser solo cómplice.

La mayoría estaba de acuerdo en que Rossie no merecía vivir, pero ¿qué mejor que Rossie pagara su condena aquí en la tierra, en donde nunca volvería ver a Anna? Y donde sobretodo, estaban sus demonios.

Rossie había torturado a Alex una noche antes de que se descubriera la verdad, por eso él se había vuelto más tenue y no podía tocar los objetos. Ella le había dado una golpiza, lo sabíamos porque el sótano estaba infectado de huellas digitales de Rossie por todos lados.

Todos nos habíamos preguntado cómo era que Alex había podido sobrevivir en todo ese lapso de tiempo. Lo increíble de todo esto, es que al parecer, Rossie tenía un pedacito de corazón y había alimentado a Alex durante el tiempo que lo había mantenido secuestrado. Supuse de inmediato que Anna era la que había obligado a su madre a que alimentara a Alex, aunque no había servido de mucho, Alex estaba deshidratado y presentaba anemia. Aparte de que tenía las costillas rotas y tenía cientos de heridas en el cuerpo.

Casi quise morirme ahí mismo cuando lo supe.

Cuando escuche al doctor decir todo aquello, no pude escuchar nada más y me fui a llorar a los baños del hospital. Me dolía ver a Alex en una camilla, siendo alimentado por un tubo de plástico. Aparte de que tenía una pequeña bolsa de sangre en su costado, colgando de un fierro del que desconocía su nombre. Y no solo eso, tenía cientos de aparatos conectados a su cuerpo.

Lo único que amaba, era la maquina que reproducía sus latidos. Me gustaba escuchar como su corazón se aceleraba cuando yo tocaba su mano y la apretaba cuando nadie más estaba en la habitación. Sin embargo, Alex no despertaba.

Muchas veces quise besarlo, pero no quería tocar sus labios hasta que él despertara completamente. Hasta que él me mirara a los ojos.

— ¿Cómo sigue? —pregunta Kate cuando entra al cuarto. Sus ojos azules me buscan en la colorida y muy deslumbrante habitación.

—Está mejorando, el doctor dice que va a tardar un tiempo, pero debemos ser pacientes.

—Pero ya han pasado dos semanas, ¿no? —Kate comienza a avanzar. Su cabello está amarrado en una coleta alta, y de nuevo, está volviendo a utilizar sus lentes.

—Lo sé. Estoy muy preocupada, temo que él no pueda despertar, ¿sabes?

Cuando mi voz se corta, es imposible seguir hablando. Así que me detengo y trago saliva con dureza. Ella nota mi gesto, y haciendo una mueca de dolor, se acerca hasta a mí.

—Todo va a estar bien, Hanna —ella se hinca en frente de mí, y tomándome por sorpresa, toma mis manos para ponerlas debajo de las suyas. Sus manos se sienten calientes a comparación de las mías—. Tú sobre todas las personas debes creer en eso. Fuiste la única que creyó en que Alex estaba vivo, y mira... —me anima con una sonrisa sincera, con una que nunca creí que Kate Russell me daría. En un flash rápido, recordé el día en que la vi en el funeral de Alex y el mismo



día en que ella había dicho que había sido novia de Alex. Y también, en el que Kate había sido vista con Zet en el mismo automóvil, haciendo que mis sospechas por ellos dos iniciaran. Y ahora, simplemente no podía dudar de ella, sino que ahora podía confiar plenamente en ella, en Cara, en Zet y en Tom, que lo único que habían hecho, era protegerme.

—No lo sé... —digo con inseguridad en mi voz — ¿Y si él no me reconoce después de...? —me silencio yo misma. Miro a Kate, esperando que ella no haya notado mi repentino cambio de tema, pero es demasiado tarde. Creo que estado demasiado absorta que estoy a punto de decir algo que Kate no creería.

Kate frunce el ceño.

— ¿Después de qué? —interroga, aflojando un poco mis manos. El frio vuelve a consumirme, aunque la habitación se mantiene a un clima fresco.

—No —digo mientras niego con la cabeza—. Olvídalo, estoy pensando en voz alta. No es nada.

—Hanna, sé que esta experiencia fue muy dura para ti, y sé que ya no puedes confiar en nadie —me mira directo, sus brillantes ojos azules me absorben por completo cuando ella profundiza su mirada hacia a mí. Un brillo resplandeciente aparece en ellos—. Pero quiero que sepas que tienes una amiga aquí, y no hablo de Cara, sino de mí. Quiero que seamos amigas, no te pido que confíes en mí —se adelanta a decir, pestañeando con cariño mientras sonrío—. Solo te pido que si necesitas algo, estoy para ayudarte. No importa lo que sea, o que tan estúpido suene. Voy a ayudarte.

Mis ojos definitivamente iban a ponerse rojos de nuevo. Las lagrimas se me habían agotado, pero definitivamente el argumento de Kate me habían hecho un nudo en la garganta.

— ¡Oh, Kate! ¡Muchísimas gracias! —sin esperar un segundo más, me abalanzo hasta ella y la abrazo. Ella corresponde mi abrazo y sonrío con más potencia.

—No hay por qué agradecer —se aleja, haciendo un espacio entre nosotras, lo suficiente para que el clima no se vuelva tenso—. ¿Te conté que Ryan es el capitán del equipo de futbol americano? —sonríe con emoción.

—Supongo que van a estar juntos cada noche en el campo, ¿verdad? —intento sonar emocionada, pero realmente no puedo. Mi mente solo está enfocada en Alex.

—Sí, y tengo algo que contarte —suelta con tono apenado—. Ryan y yo vamos a hacerle una fiesta sorpresa a Cara, su cumpleaños se próxima y necesitamos un lugar para hacerle la fiesta, sé que no es el mejor momento, pero creo que nos la merecemos después de todo, ¿no? Sobre todo tú, necesitas despejar tu mente, Hanna.

Suspiro.

—Por el lugar no se preocupen, seguro que George nos dejara libre la mansión. Mi casa es demasiado pequeña y suponiendo que Cara y tú son del equipo de las porristas, van a asistir muchas personas —digo de forma amable—. Aunque yo no creo poder ir, no si Alex sigue en ese estado...

—Pero Hanna, solo es una fiesta, ¡Te prometo que la pasarás bien!

—No lo sé... Yo...

Entonces, escuchamos un gruñido.

— ¿Escuchaste eso? —pregunto, esperando que diga que fue ella la que provoco el sonido.

—Sí... —confirma. Kate se separa de mí y se levanta.

Entonces lo entiendo, fue Alex el que gruño, no Kate.

— ¿Está despertando? —murmuro. Doy un salto fuera del sillón en el que estaba sentada.

— ¿Alex? —pregunta ella, acercándose hasta la camilla. Mis piernas flaquean cuando intento acercarme—. Dios, ¡Esta despertando, Hanna! ¡Alex esta despertando! —exclama dando saltos mientras se sostiene de un tubo del lado lateral de la cama.

— ¿Qué? —tartamudeo mientras me acerco hasta la cama, tropezando nuevamente con mis pies.

Casi de inmediato, George, Eric y mi madre entran a la habitación al escuchar los gritos de Kate.

— ¿Qué está sucediendo? ¿Por qué tanto grito? —pregunta George con tono asustado. Mi madre nos observa con cautela. Yo ni siquiera puedo moverme, mucho menos hablar.

Kate señala la camilla con una sonrisa triunfante en su rostro.

— ¡Alex está despertando! — Eric casi empuja lejos a Kate, mi madre le sigue por detrás, empujándome con su hombro para comprobar que Alex esta despertando. George se queda unos segundos en shock, pero después se recupera y veo como una lagrima transparente sale de su ojo y se desliza por su mejilla. Él avanza hasta el inferior de la camilla, impidiéndome ver lo poco que alcanzaba a ver de Alex. Entonces, los cuatro cuerpos me cubren de Alex, no puedo observarlo, todos me dan la espalda y parece que no existo.

— ¿Alex? —escucho a mi madre decir—. ¿Cómo te sientes, cariño? —pregunta ella con tono meloso en su voz.

Estoy tratando de controlarme, pero escuchar la voz de Alex casi me hace perder el conocimiento.

— ¿Dónde estoy? —dice él con voz ronca, como si estuviera drogado—. ¿Qué sucedió?

Tan solo escuchar su voz me hace vibrar de todas las maneras posibles. Su voz es apenas un susurro, pero que logro escuchar perfectamente.

—No te muevas, ¿de acuerdo? Llamaré a una enfermera —mi madre se aleja de la camilla y dándome otro empujón con su hombro, sale de la habitación con los ojos enjuagados en lagrimas. Ni siquiera me ha mirado cuando ha pasado por un lado de mí.

Me siento extraña... como una intrusa.

—Kate... —dice él en un gruñido—. Dime que no choque mi auto.

Ella se ríe.

—No, no chocaste tu auto, Alex —contesta ella sonriéndole. Por ese momento odio como ella dice su nombre, yo debería ser la que está respondiendo esa pregunta, no ella. Ahora puedo ver un poco más, pero no me atrevo a mirarlo a los ojos. Entonces, como si estuviera en terreno privado, comienzo a acercarme por instinto. Porque a todos nos gusta romper las reglas y entrar a terreno privado me acerco hasta él, esperando que toque mi mano.

Él se ríe, pero sus costillas aún duelen y después solo tose.

—Alex... —digo cuando finalmente me acerco. Sus ojos están opacos, pero siguen igual, del mismo color deslumbrante. Su pupila esta dilatada, pero no parece tener problemas de ceguera, porque él inmediatamente se gira hasta donde estoy yo. Su cabello castaño brilla con los rayos que penetran la habitación. Su rostro se ve tan lívido y suave, que quiero tocarlo al instante.

— ¿Qué pasa con esa enfermera? —dice Eric con frustración, aunque sé que está ansioso por ver a mi madre de nuevo. Él se da la vuelta y como mi madre, choca mi hombro, pero ahora con más fuerza, casi tumbándome. Eric parece demasiado feliz al ver a Alex despertar, ha pasado mucho tiempo desde que no han estado juntos. Tan rápido como entro a la habitación, así salió.

Alex me mira.

— ¿Quién...? —dice él.

—Soy Hanna, ¿me recuerdas? —estoy sintiendo un nudo terrible en mi garganta, uno que no puedo tragar. Él entrecierra los ojos y me observa, tratando de recordar quién demonios soy.

Quiero llorar. Quiero salir corriendo de aquí, pero mis pies están pegados al piso y mi cuerpo se siente demasiado pesado para moverse. Estoy comenzando a perder el poco oxígeno que tenía guardado para este momento. Mi respiración se está volviendo agitada y ni siquiera he movido ni un solo músculo. Y no he corrido un maratón.

Lo observo con el corazón latiéndome con fuerza.

Él finalmente asiente. Su boca se abre, y yo ansió besarlo, pero no me muevo. Sus ojos me han dejado hipnotizada.

—La hija de la directora, ¿verdad? —su respuesta hace eco en mi mente, apenas asiento.

Mi corazón se rompe en mil pedazos.

Alex no recuerda nada.

Alex no recuerda nada.

—Sí —digo—. La hija de la directora —estoy destrozándome por dentro, pero me obligo a sonreír.

—Iré a avisarles a todos, ¡Tienen que saber que despertaste! ¡Dios! ¡Esto es genial! —exclama Kate con una sonrisa de oreja a oreja, veo como saca su móvil de su bolsa del pantalón y cuando se aleja de la camilla, me da una sonrisa tímida—. Te dije que despertaría —susurra mientras comienza a presionar la pantalla táctil de su móvil.

Asiento, porque simplemente no puedo decir ni un solo monosílabo, mi garganta esta picando incesantemente y no puedo tragar el nudo que tengo en mi garganta en frente de George y de Alex. No puedo romperme en frente de ellos. Solo debo sonreír.

—Bienvenido, Alex —dice George con una sonrisa débil.

Voy a desmayarme, voy a morir ahora.

Alex no recuerda nada.

No recuerda nada de nosotros.

— ¿Estás bien? —pregunta George cuando sigue la mirada angustiada de Alex.

Asiento sin querer responder. Pongo mis manos en mis bolsillos delanteros y muerdo mi labio inferior para que él no note que estoy temblando. Estoy comenzando a sudar frío.

Una ola cae sobre mí, y después otra y otra. No puedo tomar ni siquiera una bocanada de aire. Las olas me consumen, me llevan al fondo del mar, a lo más oscuro, en donde respirar duele. Donde mi corazón se llena de agua y explota por la cantidad del líquido dentro de mi órgano que ha dejado de bombear sangre. Estoy ahogándome en una sola lágrima. Estoy dejando de respirar.

Todo duele.

Quiero irme.

Voy a salir de aquí.

— ¿Hanna? ¿Estás llorando? —George se acerca hasta a mí cuando no respondo. Siento un sabor metálico en mi boca, mi lengua lo saborea, pero el sabor es horrible. De tanto apretar mi labio inferior con mis dientes, ha comenzado a sangrar. Él limpia mi lágrima, y después sus ojos se abren con alarma—. ¡Dios, Hanna! ¡Estas ardiendo en fiebre! ¡Irre por una enfermera!

Él no espera mi respuesta y sale casi corriendo de la habitación. Ahora se ve más grande. Es más fácil respirar cuando no hay tanta gente adentro, pero él está aquí, observándome con sus ojos cautelosos, viendo a través de mí.

— ¿Puedes darme agua? —pide él, cerrando los ojos con fuerza. Sus puños se aprietan a sus costados, sus brazos están desnudos y puedo observar como sus latidos comienzan a volverse acelerados.

No estoy demasiado segura si esto es lo correcto, pero él realmente necesita un vaso con agua. Así que me muevo, tomo un vaso y luego voy hasta el garrafón más cercano. Sirvo un poco de agua y regreso a la camilla, con cuidado quito la mascarilla que tiene en su nariz y toco su cabello, dejando descansar mis manos en su nuca.

Tengo que tocarlo, esto siempre funciona. Es ridículo, pero cuando las parejas se tocan o se besan, el momento mágico vuelve a aparecer, ¿no? Entonces esto tiene que funcionar.

Toco su cabello, de nuevo, y levanto su cabeza. Llevo el vaso de plástico hasta su boca y el bebe el agua con lentitud, como si fuera un bebé.

Lo observo beber agua. Y eso es todo. Me pierdo en sus ojos, en su rostro suave y en sus labios que se tornan de un color rojo. Está volviendo a su color, está siendo demasiado perfecto justo ahora, no me importa que este bebiendo agua, él es perfecto haciendo cualquier cosa.

Alex.

Tienes que pensar en mí.

Tienes que recordarme.

Por favor.

—Gracias, Hanna —dice cuando termina de beber el agua. Mi nombre suena demasiado adormecedor en su boca. Quiero besar sus labios. Quiero que diga mi nombre de nuevo.

Pero solo asiento y me giro.

—De nada, Alex.

Apenas doy un paso, mi cuerpo comienza a retroceder. Pero no soy yo la que está haciendo que mis piernas se muevan. Alguien me sostiene del brazo. El agarre es tan cálido y caliente que quiero llorar justo ahora. Pero, ya estoy llorando. Una lágrima ha salido finalmente de mis ojos. Y luego otra, y otra. Hasta que se vuelve imposible detenerlas.

—Hanna... —dice él, haciendo que me gire. Sus dedos no sueltan mi brazo. Con lentitud, me giro. No tengo tiempo siquiera de limpiar las lagrimas de mi rostro. Estoy sintiéndome empapada. Cuando me giro completamente y lo veo en la camilla, sus ojos mirándome con reconocimiento. Todo en mí se siente diferente. Noto ese brillo que tanto amo en sus ojos color café.

—Alex... —digo.

— ¿Quién es el idiota que causa tus lagrimas? —sus ojos se oscurecen por unos segundos.

Si supieras...

Si recordaras...

Trago saliva.

—Tú —respondo con la voz aguda, a punto de cortarse, de nuevo.

Entonces él enlaza sus dedos con los míos.



— ¿Quién eres? —pregunta.

—No lo sé... yo ni siquiera sé que hago aquí... no sé quién demonios soy, Alex.

Él suspira y me sonríe con tristeza. Después, besa mis nudillos sin desenlazar nuestros dedos.

—Hanna... —su voz es suave—Hanna Reeve, el amor de mi vida, ¿verdad? —pregunta con una sonrisa cansada.

Mis ojos se abren con asombro.

— ¿Tú...? —siento un retortijón en mi estomago, con la mayor fuerza de voluntad, me obligo a hablar, no me importa que mi voz suene aguda y que este ahogándome en mis propias lagrimas, tengo que preguntárselo. Inhalo la mayor cantidad de oxígeno que puedo—. ¿Tú me recuerdas, Alex?

— ¿Cómo olvidar a la chica que me ayudo en mis tiempos fantasmales?

Y entonces, él me acerca hasta sus labios con detenimiento. Su boca se entreabre y yo realmente ansió besarlo y sentirlo mío. Cierro los ojos, los cierro porque este es el primer beso que voy a darle a Alex. El primer beso verdadero, a él siendo un humano... una persona viva.

Entonces nuestros labios se tocan. Puedo escuchar el latir de su corazón cuando él ladea su cabeza para profundizar el beso. Su boca se mueve demasiado lenta en mis labios, y eso me hace estremecer. Comienzo a sentir demasiado calor, tanto que comienzo a sudar. Es el beso más intenso que he dado, el beso que me ha hecho suspirar cientos de veces y que he esperado con toda mi alma. El primer beso de verdad, porque un beso no solo es rosarse los labios, es sentir a la persona con la que estas conectando sin censurar absolutamente nada. Es sentir el corazón acelerado, a punto de salir del pecho por la falta del oxígeno a causa de su efecto. Que la piel se erice cada vez que besas a esa persona especial... Y yo lo estoy sintiendo ahora con Alex, estamos siendo uno mismo. Estoy sintiendo todos y cada uno de sus sentimientos más puros. Las imágenes son un flash mientras nos besamos, todas las escenas en las que estoy con Alex aparecen en mi mente cuando él me besa, como si fuera un hechizo y él supiera perfectamente

que esto iba a suceder. Imágenes donde estamos en mi habitación, donde nos besamos, donde nos miramos, donde nos conocimos totalmente. Todas y cada una de esas imágenes aparecen en mi mente, no importa donde suceda; en la mansión de los Crowell, en la calle, en la casa de Zet, en el instituto, en el estacionamiento, en el supermercado, no importa. Todas están ahí, en mi mente. Y sé que Alex también las recuerda.

Sé que lo hace.

Sus labios son tan suaves y tan deliciosos que no quiero apartarme de ellos ni un solo segundo, si pudiera ser posible, me quedaría ahí para siempre, saboreando su sabor, su aroma, y sobre todo a él.

A él hombre que amo y que amaré con toda mi vida.

—Te amo, Hanna —dice entre mis labios.

Mi corazón se ha detenido.

—Te amo, Alex —respondo.

~.~.~

Todo había terminado, Rossie finalmente había sido declarada culpable y ninguna fianza la salvaría de la cárcel. Tampoco sus trastornos, ella seguiría ahí, hundiéndose y ahogándose en su mismo dolor, en todo lo que ella causo.

Mi madre y Eric estaban juntos, creo que después de todo el amor siempre triunfaba, aunque esto no aplicaba para George y para Sarah. Me dolía que George aun pensara en Rossie, aunque él últimamente no despegaba la vista de la madre biológica de Alex; Lisa Witte.

Creo que van a darse una oportunidad. Ambos la merecen.

Ryan y Kate estaban felizmente enamorados, y Cara estaba demasiado feliz con su puesto de capitana en el equipo de porristas. Zet estaba profundamente enamorado de ella y esperaba que así siguiera siendo, porque Cara era mi mejor amiga por mucho y no dejaría que Zet le rompiera el corazón. Aunque él no tenía intención de hacerlo, Kate y yo nos manteníamos Alerta.

Hace un par de días, nos enteramos que Tom, el chico que me había pedido un lápiz y que se había hecho pasar por enfermo usando una bufanda en tiempos de calor, quería a Karem; la mejor amiga de Kate. Pero ella no quería nada con Tom, o al menos, eso decía ella. Pero sus ojos decían lo contrario. Todos estábamos de acuerdo en eso.

En cuanto a Alex y yo, somos demasiado felices, al principio nuestra noticia de ser pareja no le había agradado a nadie, sobre todo a nuestros padres, ellos lo consideraban algo cercano al incesto pero definitivamente no era eso. Alex y yo no teníamos la misma sangre y absolutamente no éramos familia, lo cual no implicaba incesto ni ningún tipo de relación familiar. Tuve que mentir acerca de cómo supe que Alex era adoptado, ya que mi madre, no lo sabía hasta ese momento. El acta de nacimiento oficial de Alex, estaba guardada en la botella de vino en la que la había guardado aquella noche.

Finalmente, habíamos descubierto quien había intentado asesinar a Alex.

Rossie; La mujer que quería todo y que al final se quedó sin nada.

Había cientos de preguntas referentes a Rossie. Podía preguntar, "¿Por qué Rossie intento asesinar a Alex?, ¿Por qué Rossie escondió a su única hija del mundo?, ¿Por qué Rossie quería venganza?, ¿Cuál era el misterio de los Crowell?, ¿Por qué Rossie amaba a Eric y no a George?, ¿Qué paso después de que Rossie...?"

Eran miles de preguntas, pero esta pregunta era la mejor: ¿Quién mató a Alex?

¿Por qué? porque nunca se llegaría a una respuesta precisa hasta llegar al final y descubrir la verdad de un misterio.

Un misterio que nadie conocía hasta que lo vivía; como el amor.

Y la pregunta ya no existía.

"¿Quién mató a Alex?" Tenía cientos de respuestas, pero ninguna era la correcta. Porque Alex nunca había muerto.

F I N.

=====

Capitulo extra. +18

Nunca había visto la mansión tan colorida, ni siquiera en acción de gracias. Definitivamente el aspecto era de una fiesta. Ahora estaba completamente llena de color y de vida. Había cientos de globos esparcidos por la sala principal de la mansión, los gorros en forma de cono estaban en la mesa que Kate había adornado con serpentinas y manteles blancos, y en donde también estaban unas cuantas jarras con agua de limón y jamaica. En el techo había serpentinas de todos los colores posibles, colgaban en pequeñas ondas y se movían con la brisa del viento, o cuando alguien lanzaba un globo en el aire. Kate había rentado una rockola que incluía una bola de espejos y que justo ahora estaba colgando en medio de la sala en donde todo tipo de mueble había sido llevado al sótano para tener más espacio.

Cara se llevaría una gran sorpresa.

Como era de esperarse, había más personas de lo acordado con George, pero es que Cara era la capitana del equipo de porristas y estaba claro que vendría más de la mitad de alumnos del instituto, en realidad no sé como cabíamos en este pequeño lugar, literalmente estaba asfixiándome con tantas personas a mí alrededor. Creo los globos seguían con vida porque estaban esperando a que llegara Cara, para que finalmente los alumnos tronaran algunos de ellos y se hiciera más cómodo el caminar.

Es casi imposible andar por el piso de mármol, y las zapatillas no ayudaban mucho, así que decido cambiármelas por unas zapatillas de deporte, igual nadie las verá con tanto globo en el piso. Al parecer yo no soy la única que ha cambiado sus zapatos. Ya varias chicas han hecho lo mismo.

Cara llegaría en menos de tres minutos acompañada por Tom. Kate nos daría la señal para guardar silencio y apagar las luces en cuanto este le enviara un mensaje de que ya estaban aquí.

Le había mentido esta vez, diciéndole que debíamos estudiar para el próximo examen de química, fue muy difícil convencerla, porque ella no quería venir a la mansión de los Crowell porque decía que le causaban escalofríos cuando ponía un pie adentro, aparte de que ella tenía buenas calificaciones y su promedio estaba estable, no era bueno, pero tampoco malo, y eso dificultaba las cosas. Tuve que acceder a salir con Cara el fin de semana para celebrar su cumpleaños, no obstante, ya lo celebraremos. Estará aquí a las seis en punto con sus cuadernos en mano y lista para estudiar, pero en realidad vamos celebrar su cumpleaños numero dieciocho.

A lo largo del día no había visto a Alex, ni siquiera había estado aquí para ayudarnos a inflar los globos, aunque él los había comprado. Aunque agradecía interiormente de que no estuviera allí, porque Kate también lo estaba y aún resultaba extraño asimilar que ellos habían estado juntos. No es que estuviera celosa de Kate, quiero decir, ella está saliendo con Ryan y al parecer se aman y van a casarse cuando se gradúen de la universidad, o al menos es lo que ellos dicen... sino que no puedo sacar de mi mente la imagen de ellos besándose. Bueno, a lo mejor si eran celos...

— ¡Silencio! ¡Por favor, todos acá! —grita Kate llamando la atención de todas las personas que están en el lugar, ella está en el segundo piso, tiene un vestido corto de color rosa pálido, sus piernas son tan largas que es imposible no verlas, ha planchado su cabello y lo ha dejado suelto, las gafas definitivamente no las lleva puestas ahora mismo, sino que usa lentillas transparentes, lo que hace que sus ojos se vean más azules y brillantes. Por unos segundos se recarga en el barandal de la escalera. Cuando la mayoría levanta su cabeza para escuchar lo que ella dice posiciona sus manos en el aire, haciendo una señal extraña—. ¡Silencio todos! ¡Cara ya viene! ¡Cuando encienda las luces ya saben que gritar! ¡Y después la fiesta comenzará!

Se escuchan aplausos y silbidos, pero Kate lleva sus dedos hasta sus labios, haciendo señal de que guarden silencio.

—Tu amiga sí que sabe llamar la atención —dice alguien a mi costado, haciendo que me gire para mirarlo. Un hombre con canas en el cabello y en las cejas y con algunas arrugas en el rostro me mira con una sonrisa profunda y suficiente. Parece feliz.

— ¡George! —grito, llamando la atención de unos cuantos que están alrededor, aunque rápidamente vuelven a lo suyo cuando se dan cuenta que no es nada importante. Le doy un vistazo rápido, haciendo un camino desde su cabeza hasta sus pies. Él lleva una camisa de color azul rey, junto con un pantalón negro de tela fina, sus zapatos están demasiado negros y brillantes que los puedo ver claramente sin apartar los globos que caen sobre ellos. Se ve tan formal e informal a la misma vez, que incluso parece quitarse un par de años—. ¡Creí que no vendrías! —le doy una sonrisa confusa, frunciendo mi ceño.

—Escuche a algunos hijos de mis colegas que la fiesta en la mansión de los Crowell estaría muy buena, así que no dude en venir —bromea.

Me doy cuenta de lo que quiere decir.

— ¡Lo siento! — me disculpo en un susurro cuando todos vuelven a guardar silencio para que Kate siga hablando—. ¡No creí que vendrían tantas personas! ¡Puedo sacar a algunos! ¡En serio!

George niega con una media sonrisa.

—No te preocupes, Hanna. Es solo que me resulta extraño ver a tantas personas aquí, el lugar parece más... —él suspira mientras mira a alrededor, observando cada detalle llamativo de la sala. Luego, sus ojos vuelven a mí, apretujándome con cautela—. Más vivo, ¿Sabes? Es como si la mansión se sintiera más alegre, como si fuera un hogar de verdad.

Estoy a punto de responder, pero la voz de Kate diciendo mi nombre llama mi atención.

—Esto no se habría llevado a cabo si no fuera por Hanna y su tío, el señor George que fue tan amable de prestarnos el lugar para festejar a Cara. Ellos están por ahí —señala hasta nosotros y nos da una sonrisa. Todo el mundo nos mira, dándonos una sonrisa de agradecimiento, se ven

tan ridículamente graciosos con los gorros de papel en sus cabezas, que parece una fiesta infantil. Sin embargo, la vestimenta de las mujeres y de los hombres resalta que es una fiesta adolescente. George asiente por los dos, levantando una de sus manos en correspondencia por las palabras de Kate mientras muestra sus dientes blancos—. Así que ya saben a quién agradecer el resto de la noche. Aunque les advierto que la chica ya tiene dueño. Y créanme que no van a querer pelear con él.

Mi estomago se retuerce cuando veo a Alex bajar por las escaleras, es como un apretón desde el interior hasta el exterior. Incluso mis piernas tiemblan durante unos segundos, perdiendo el equilibrio. Siento como si estuviera arriba de un globo y que sé que voy a caer, pero me mantengo de pie, porque sé que solo así lo veré. Para mi sorpresa, lleva una camisa blanca, con las mangas dobladas hasta los codos y con los primeros dos botones desabrochados, mostrando un poco de su pecho. Sus pantalones de mezclilla oscura se ajustan a sus piernas y a su cintura. Por el cabello húmedo, puedo suponer que acaba de ducharse. Casi puedo oler su aroma varonil y el olor a jabón desde aquí. Acomoda el cuello de su camisa, verificando que este puesta correctamente. Cuando lo comprueba, él se detiene unos segundos y remueve su cabello castaño de una manera sensual y demasiado provocativa. Todo parece ser en cámara lenta, como si el tiempo se detuviera solo para mí y pudiera observarlo durante una eternidad revolviendo su cabello húmedo. Sus dedos se posan en su cabeza y los encaja con suavidad para tomar unos mechones de su cabello para después sacudirlo mientras hace un gesto de satisfacción. Siento que me quedo sin oxígeno cuando su pelo se acomoda de una manera desordenada y rebelde cuando él termina de moverlo.

Alex ni siquiera se da cuenta que Kate está hablando, sus ojos están buscándome entre la multitud mientras baja los escalones, aunque yo ya lo veo. Algunas miradas se enfocan en él, pero Alex pasa desapercibido, cuando se da cuenta de que está siendo observado y que Kate ha dejado de hablar para darle un vistazo enfadado, comienza a bajar las escaleras con rapidez, disculpándose con Kate con una mirada sumamente perdida. Su rostro se torna de un color carmesí ridículamente hermoso.

Él tampoco esperaba que hubiera tantas personas.

De soslayo, puedo ver que George me mira, pero mis ojos siguen a Alex cuando sigue bajando los pocos escalones que quedan. No aparto la mirada de él hasta que George carraspea, llamando de nuevo mi atención.

Estoy sintiendo demasiado calor.

Dios, él se ve jodidamente sexy justo ahora.

No voy a soportar tenerlo un segundo a mi lado y no pensar en algo sumamente morboso.

— ¿Hanna? —me llama una voz gruesa.

— ¿Mmh? —pregunto inconscientemente. Ni siquiera estoy prestándole atención.

—Deja de ver a Alex así —se escucha una risita acusadora—. Te recuerdo que es mi hijo y no quiero imaginarme... —la voz se silencia, pero solo por unos segundos. Su insinuación es suficiente para ahora sí, llamar mi atención—. Cosas que estas pensando justo ahora —termina de decir con una ceja levantada.

¿Qué?

Vuelvo mi mirada hasta George, sintiéndome apenada. Mis mejillas se sienten como un volcán a punto de explotar cuando me doy cuenta de que George ha estado siguiendo mi mirada y ha visto como he contemplado a Alex. Un cosquilleo ardiente se expande por mis pómulos.

Aclaro mi garganta e intento no verme afectada por el comentario de George, pero no funciona de inmediato, así que cambio de tema al instante.

— ¿Vas a estar aquí toda la noche? —le pregunto cuando los estudiantes y amigos de Cara han despegado sus miradas de Alex y de nosotros.

—No lo creo, tengo una cita doble —su sonrisa se vuelve más grande, incluso sus ojos brillan con satisfacción y las comisuras de sus labios se elevan de la manera más grande que he visto. El tema de Alex afortunadamente queda fuera y puedo respirar con tranquilidad esta vez. Mi ceño se frunce, pero al mismo tiempo estoy sonriendo con confusión.



— ¿En serio? —mi voz suena emocionada en el susurro que hago, realmente estoy muy sorprendida, George aun piensa en Rossie, y ha ido a visitarla, pero sus sentimientos han cambiado rotundamente desde que el secreto retorcido de ella salió a la luz. Aunque tengo una sospecha de quienes son las personas con las que va a salir, de todos modos le pregunto—. ¿Con quién? ¿Los conozco?

Él hace una señal con la cabeza, apuntando hacia la salida más cercana del lugar, y en donde una mujer con un vestido blanco y perfectamente planchado que llega hasta el piso, con el cabello castaño ondulado sobre los hombros y una sonrisa encantadora, se recarga en el marco de la puerta, mirando hacia donde estamos nosotros. En cuanto ve que mi mirada se enfoca en ella, rápidamente se pone recta. Es fácil reconocerla, la conozco a la perfección. Ella me da una sonrisa tímida y hace un saludo con su mano derecha cuando la veo. En su otra mano lleva un monedero color blanco con una línea en la parte superior de color oro, aunque no lo es. Parece nerviosa, y ansiosa a la vez.

Lisa Witte, la mamá biológica de Alex está saliendo con George. No es como si nadie lo supiera... Solo que aún no quieren aceptar que están... saliendo.

—Supongo que la otra pareja son mi madre y Eric... —digo con claridad, sonriendo de oreja a oreja. Me agrada la idea de que mi madre se esté dando una oportunidad y ¿Qué mejor que con mi padre? No podría estar más feliz que ahora.

George asiente.

—Supones bien —confirma. Él lleva sus manos hasta mi rostro e inclina mi cabeza con suavidad, dándome un beso delicado en la frente—. Llegaremos a la media noche, pórtense bien, y no hagas nada que yo no haría ¿de acuerdo?

Asiento. Aunque sé que no lo voy a cumplir. Es una regla adolescente.

—Diviértanse —murmuro cuando él comienza a alejarse de mí.

Siento que alguien se acerca por detrás de mí, pero no me giro. Solo siento la presencia y escucho los globos abrirse paso cuando una persona se acerca.

—Espero que cuando llegue ambos tengan sus ropas puestas... —señala con tono serio. Aunque no me está mirando a mí, sino a alguien que está detrás de mi hombro. Estoy a punto de girarme, pero la voz de aquella persona habla antes de que me dé la vuelta.

—No te preocupes, papá —una voz ronca gruñe casi en mi oído, haciéndome temblar. El suave aliento de aquella voz esta en mi lóbulo y hace que mi piel se erice—. Mantendremos nuestras ropas con nosotros... ¿Verdad, Hanna?

Definitivamente tengo razón. Alex huele a jabón, combinado con la fragancia de su perfume varonil. Inhalo con dureza y absorbo su exquisito aroma, es tan delicioso que casi me quedo sin oxígeno por mantener su olor en mis pulmones.

—Sí. —respondo casi con voz inaudible. Una mano de Alex se posa en mi cintura, abrazándome por detrás. Puedo sentir su anatomía demasiado cerca de mí. La tela de mi vestido se pega a su cuerpo, y se siente tan malditamente mal que un par de tela nos prive de tocarnos nuestra piel, pero solo me quedo quieta, esperando a que George se vaya.

Alex mueve sus manos en mi cintura, pegándose todavía más. Me tenso por unos segundos, pensando que George va a enojarse, pero él ni siquiera se da cuenta, y Alex lo sabe. Así que masajea con sus yemas mi vientre.

Sé lo que está haciendo. Esta provocándome.

—Alex, la seguridad está en los alrededores, cualquier cosa, ya sabes que hacer —el aroma se vuelve cada vez mas embriagante. No puedo siquiera respirar, siento que esta es la ultima bocanada de oxígeno y la mantengo dentro de mi organismo, sin dejarla ir.

Nunca antes había deseado tanto estar con un hombre a solas. Estoy casi suplicando que George y mis padres se vayan ahora mismo—, y felicítenos a Cara de nuestra parte. Ya le daremos su regalo personalmente cuando regresemos.

Él asiente detrás de mí. Aun no me atrevo a girarme, pero sé que él esta sonriendo con malicia.

Se está burlando de mí. Porque sabe que no puedo mantener el control sobre mí.

—Por supuesto —su aliento está en mi rostro, definitivamente la menta es mi sabor favorito desde ahora—. Que se diviertan —dice él susurrándome, casi las palabras son para nosotros y no para él, Alex deja su nariz en mi cabello he inhala lentamente, oliendo mi cabello mientras esta abrazándome más fuerte sin que George se dé cuenta. Igualmente él no lo hace, sus ojos van de nosotros a Lisa. Pero mayormente del tiempo, se quedan con Lisa.

Los dedos de Alex están en mi estomago, las yemas de sus dedos se mueven unos centímetros en mi vientre, acariciándome con lentitud, pestañeo sintiéndome aturdida. No suelo ser exagerada, pero estoy sintiendo un toque eléctrico en cada lugar que él toca.

—Nos vemos más tarde —George asiente con una sonrisa socarrona y se da la vuelta, caminando con torpeza entre los globos hasta donde esta Lisa. Casi al segundo en que ellos desaparecen por la puerta, las luces se apagan. Me he perdido todo lo que Kate ha dicho en los últimos minutos, pero no me interesa. Me gusta tener a Alex tan cerca de mí. Sintiendo su calor y... una puerta se abre y la poca luz que entra por la puerta ilumina la sala.

Se escuchan gritos llenos de emoción, así como también algunas trompetas metalizadas hechas de papel. Algunas serpentinas vuelan en el aire, cayendo hacia el rostro pálido de Cara. Apenas y logro ver su aspecto lleno de confusión.

— ¡Sorpresa! —las luces se encienden cuando todos gritan al unísono, haciendo que sus voces reboten por las cuatro paredes. Los gritos son tan fuertes que mi tímpano casi se lesiona. Ya ni siquiera puedo ver el rostro de Cara cuando todos se reúnen a su lado para lanzarle serpentinas y confeti, porque la multitud no me lo permite.

Todos comenzamos a cantar "Happy Birthday" al mismo tono mientras uno de los estudiantes lleva un pastel de chocolate que hemos comprado para Cara. Las velas que hay en el brillan resplandecientemente, esperando a que sean apagadas por el soplo de Cara. Todos llevamos un gorro de papel en nuestras cabezas de colores distintos con pequeños círculos de otro color del fondo de este. Alguien me da una serpentina y al tiempo la soplo en una chica que está delante de mí. Ella ni siquiera se percata. Intento ponerme de puntillas para alcanzar a ver a Cara pero una fuerza mayor a mí me detiene.

Alex no ha dejado de abrazarme por detrás y yo no me he movido ni un solo centímetro. Y no pienso hacerlo hasta que él de el primer paso, lo cual no tarda en hacerlo.

—Me gusta tu vestido —dice con su voz gruesa, hablándome casi en mi cuello. La canción termina y se escuchan aplausos, pero yo no estoy concentrándome en eso. Sus labios rozan mi garganta y puedo sentir que tan húmedos están. Involuntariamente estoy temblando—. Pero me gustaría más si estuviera en el piso de mi reca...

— ¡Hanna! —su voz es interrumpida por un aullido femenino. Él afloja su agarre de mi cintura—. ¡¿Tú hiciste todo esto?! ¡Dios! ¡No sé como agradecerte!

Sus manos están fuera de mí cuando la voz se aproxima, y mi cuerpo comienza a sentir frío cuando él se aleja. Cara se abre paso entre felicitaciones y unos cuantos abrazos torpes. Ella esta sonriendo como nunca la había visto.

—Alex también ayudo, quiero decir, todos ayudamos. En realidad Kate fue la de la idea —le sonrío. Mi voz suena tan ronca que es difícil reconocerla, pero afortunadamente Cara no se da cuenta, parece absorta en la multitud que no deja de felicitarla. Creo que ya más de la mitad de personas la ha felicitado.

— ¡Oh, Dios! ¡No me lo esperaba! ¡Ven aquí! —Cara me jala y sus brazos se colocan en mis hombros, abraza mi cuello y siento como sonrío con felicidad—. ¡Te amo! ¡Te amo! ¿Sabes? ¡Gracias! —chilla mientras me sacude en su abrazo. Dejo mis manos en su cintura y la abrazo.

—Dios, Cara. No es nada —correspondo su abrazo y hablo casi en su cabello, dudo que ella me haya escuchado con tanto ruido.

— ¡Solo dime feliz cumpleaños! —dice riendo.

— ¡Feliz cumpleaños! —le digo cuando ella comienza a separarse de mí.

— ¡Gracias a los dos, gracias a todos! —grita con emoción, dando saltitos llenos de excitación. La sonrisa en su rostro es contagiosa, no puedo dejar de sonreír. Mis mejillas están comenzando a

doler por tener mis comisuras demasiado elevadas, pero lo hago por ella, sigo sonriendo.

Le doy una mirada suspicaz a Alex y él me sonríe, sus perfectos dientes blancos deslumbran más que las luces. Sus labios están humedecidos y él no me ha permitido besarlos. Sabe que lo estoy viendo, es tan difícil engañarlo. Una chica aparta a Cara de mí, llevándola a otro grupo de chicos en donde todos comienzan a abrazarla de uno en uno. Ella apenas y gira para gritarnos: — ¡Los veo más tarde!

Asiento, diciéndole con la mirada que no se preocupe.

Unos dedos que conozco perfectamente se enlazan en los dedos de mis manos.

—Vamos a bailar —dice Alex cuando la música de la rockola comienza a resonar en la sala.

—Mejor hagamos algo más divertido —propongo.

Él niega, soltando una risita nerviosa.

—No me tientes, Hanna —su rostro se vuelve serio, después, él se relame los labios y aprieta suavemente mis manos con sus dedos. Es un movimiento involuntario, y sé a qué se debe—. Le dije a mi padre que estaríamos con nuestras ropas puestas a lo largo de la noche. Y ambos lo vamos a cumplir.

\*\*\*

Estaba agotada. Mis piernas vibraban con cada paso que daba y mis brazos se sentían pesados. Habían pasado por lo menos dos horas desde que la fiesta había comenzado y yo estaba casi ahogándome en mi propio sudor. Los globos, como había predicho, habían sido tronados. La sala principal se había convertido en una discoteca ruidosa e incluso un chico que nadie conocía había ocupado un lugar en el mini-bar que George había obsequiado. Claramente él no había puesto bebidas alcohólicas, pero algunos habían traído algunas botellas de vino y de cerveza. Cada vez llegaban más personas, de cierto modo me preocupaba, pero Alex dijo que estaba bien, no importaba que el lugar se llenara, él solo ordeno a los guardias que no se entrara con armas o

con drogas. Los guardias ya no estaban afuera, sino que ya estaban dentro de la mansión. Creo que se habían dado cuenta, finalmente, que el peligro estaba en el interior de la mansión y no en el exterior.

Hasta ahora, nadie se ha puesto tan borracho para comenzar una pelea. Era todo lo contrario, aunque había varios grupos, todos convivían sin causar desastres y caos.

Cara se está divirtiendo con Zet y con otro grupo de chicos que al parecer, conocía perfectamente. Zet no dejaba sola a Cara ni un segundo, y tuve que voltearme varias veces porque ellos se besaban descaradamente frente a mí y cientos de chicos.

Me siento en la única silla desocupada que está en frente del bar. Mi garganta está demasiado seca. La música zumba en mis oídos, aunque ya estoy apartada de la multitud, puedo escuchar los gritos exaltados de algunos chicos.

— ¿Puedes darme un vaso con agua? —le pido amablemente al chico que está detrás de la barra. Él asiente con una sonrisa.

— ¿Hanna, verdad?

—Sí, ¿te conozco? —le pregunto con el ceño fruncido, mi tono es suave y amable, parece ser más chico que yo. Su cabello es color rubio, no es demasiado alto, ni demasiado pequeño, está en una estatura estándar. Sus ojos son de un increíble gris, que brillan con la bola de espejos que cuelga del techo. Sus jeans están desgastados, pero no se le ven mal, no cuando tiene una playera blanca que aprieta los músculos de sus brazos.

—No lo creo, no vivo por aquí —él sacude su cabeza—. Quiero decir, no vivo en esta ciudad.

—Ah —respondo. Él me sonríe de vuelta y se gira para llenar un vaso con agua y después tendérmelo. Lo tomo agradecida y bebo todo de un solo trago, el líquido se desliza por mi garganta, casi gimo cuando termino de bebérmelo, comienzo a sentirme más relajada y fresca. El sudor se desliza por mi frente, frenéticamente limpio una gota de sudor con mi antebrazo—. ¿Y qué haces aquí? ¿Por qué no bailas? Digo, ya hay un barman.

El chico se sonroja. Sus mejillas se vuelven de un color carmesí.

—No sé bailar —confiesa agachando la cabeza, suena apenado.

—Créeme que nadie se va a dar cuenta si no sabes bailar —digo animándolo.

Él niega.

—Igual prefiero estar aquí.

Sus ojos se desvían de mí hasta un punto muerto, entonces, sus pupilas se dilatan un poco y brillan con anhelo.

Entonces lo entiendo.

— ¿Es una chica? —interrogo con emoción, mis cejas se elevan y una sonrisa suspicaz aparece en mi rostro. Creo que me fascina la idea de ser Cupido justo ahora—. ¿Es por eso que no quieres bailar? —lo observo con curiosidad.

Él abre sus ojos, sorprendido.

— ¿Cómo lo sabes? —pregunta. Levanto mis cejas, dándole a entender que las mujeres todo lo sabemos, pero en realidad es demasiado obvio—. Sí, es una chica, esta por allá —alza su mano y señala hacia la segunda planta, en donde estaba Kate cuando estaba dando la señal para recibir a Cara. Lo extraño es, que hay no hay nadie.

—Umh, ahí no hay nadie —le digo.

—Es la rubia de ojos azules, ¿la ves?

—No. —murmuro. En realidad no hay nada, ni nadie. Tal vez esta oculta detrás de un poste o algo así y por eso no logro verla. O mi visión está fallando por usar demasiado la computadora.

—Está bajando la escalera derecha, ¿la ves ahora?

—No. —vuelvo a decir, enfocando mi mirada en las escaleras que él señala, pero no hay nada. De verdad no hay nadie. Estoy demasiado segura que ahí, no hay ninguna chica—. ¿De qué color es su vestido? —pregunto frunciendo el ceño mientras le doy la espalda.

—Purpura —contesta—. Su vestido es purpura.

—No logro verla, ¿Sabes cómo se llama? —digo dándome por vencida cuando mis ojos no la encuentran. Vuelvo mis ojos hacia él y asiente con una sonrisa torcida.

—Anna, su nombre es Anna Crowell.

Mis ojos se abren casi de inmediato y por instinto, vuelvo hacia donde él estaba apuntando hace unos segundos. No, definitivamente no hay nadie. Este chico solo esta bromeando conmigo. Anna no puede estar aquí, Alex o Kate o Cara la hubieran visto. Alguien conocido la hubiera visto. Además, Anna solo existía en cenizas, ella había muerto hace un par de meses y definitivamente no tenía probabilidades de que viviera. O tal vez ella es... ¿un fantasma? No, Alex me había dicho que los fantasmas solo estaban aquí para cumplir una misión o cumplir alguna promesa que jamás habían cumplido. Pero Anna ya no tenía nada que hacer en este mundo, ¿o sí?

Igual estaba poniéndome demasiado paranoica, yo más que nadie había visto a Anna morir, estuve ahí y la escuché...

Mi piel se puso de gallina, pero tomo fuerza para volverme al barman.

—Eso no es gracioso... —me giro de nuevo para reñir al chico—. ¿Quién eres...?



Pero él ya no está. No hay nadie detrás de la barra.

—Al fin te encuentro... —una mano se posa en mi hombro, haciéndome saltar. Suelto un grito ahogado, casi cayéndome de la silla, las manos de Alex me sostienen antes de que caiga—. ¿Estás bien, Hanna? —su tono es preocupado.

Me quedo en trance por unos segundos, asimilando lo que acaba de pasar, pero después reacciono. Tal vez estoy tan cansada que mi mente me está haciendo malas jugadas.

—Sí —contesto murmurando.

— ¿Bebiste algo? —sus manos están en mis brazos, más arriba de mis codos, haciendo que me mantenga estable en la silla—. ¿Alcohol? —dice directamente.

—No —respondo, pero mejor cambio de idea, esta noche nada puede arruinarlo, mucho menos un chico que probablemente está al tanto de Rossie y de Anna y que solo, simplemente, quiere molestar—. Bueno, tal vez solo una copa...

Alex no parece muy convencido con mi respuesta, pero asiente.

—Ven, tengo un regalo para ti, sígueme —me toma de la mano, haciéndome levantar de la silla. Mi garganta ya no está tan seca, y eso me hace sentir más aliviada. Tal vez estoy poniendo muy paranoica al pensar en Anna. Ella ya está muerta... no hay nada que tenga que hacer aquí en caso de que sea un fantasma. Tal vez, solo tal vez, estoy delirando con tanta gente reunida. Pero puedo sentir que alguien nos observa.

—Pero no es mi cumpleaños —me río nerviosamente.

—Tómalo como un regalo adelantado.

\*\*\*

—Espera —dice Alex cuando llegamos a la puerta de su habitación, sus dedos sueltan mi mano, en sonde nuestros dedos estaban enlazados—. Tengo que ponerte esto —él mete sus manos a sus pantalones y saca un pañuelo blanco. Lo extiende y después lo dobla, dejándolo en una línea gruesa.

— ¿Vas a secuestrarme? —pregunto levantando mis cejas pícaramente.

Él sonríe, divertido.

—Algo así —bromea—. Gírate, te lo pondré yo —ordena.

—Estoy realmente sorprendida, no sé qué has hecho Alex, pero estoy llena de intriga.

Él no me responde, solo cierra mis ojos y pone el pañuelo en mi rostro, obstruyendo totalmente mi visión. Lo último que veo son sus ojos cafés. Siento como hace un nudo detrás de mi cabeza y lo aprieta con suavidad. Cuando la venda esta puesta, él vuelve a enlazar nuestros dedos y después me da un beso en la mejilla, muy cerca de las comisuras. No ha tocado mis labios en toda la noche y no sé porque no lo ha hecho.

— ¿Lista?

—Sí —respondo.

Escucho el crujir de la puerta cuando Alex la abre. Un aroma a rosas y a vainilla inunda mi sentido del olfato, pero después se desvanece. Me guía con paso lento, dentro de la habitación. Apenas doy cuatro pasos hacia adelante y escucho como la puerta se cierra. El aroma a rosas vuelve a llenar mis pulmones.

—Voy a quitarte la venda, ¿de acuerdo?

Asiento.

No sé por qué estoy temblando. Ni tampoco sé por qué mi corazón se está acelerando de una manera increíble.

Comienza a deshacer la venda en mis ojos y me desespero, porque él realmente lo está haciendo una tortura, lo hace con lentitud, haciendo que todo se vuelva tenso dentro de mí.

— ¿Alex?

—Shh —dice detrás de mí, nuevamente, en mi lóbulo. Pero esta vez, sus labios tocan mi oreja por completo. Sus dientes rozan la parte superior de mi oreja y me estremezco. Cuando la venda está totalmente floja, y mis parpados pueden abrirse, siento que él se mueve con rapidez hacia delante, quedando justo en frente de mí. Lo demasiado cerca para sentir su calor y oler su aroma.

—Muy bien, ábrelos —ordena en un susurro mientras quita la venda de mi cuello.

Con suma lentitud, abro los ojos.

Sobre la cama de Alex hay pétalos de rosas rojas esparcidos sobre ella, formando un corazón. No hay ninguna lámpara encendida, pero puede verse lo suficiente con las velas que están encendidas. Lo que más me sorprende son las velas aromáticas que adornan la habitación por todos lados, son cientos de ellas que nunca terminaría si las contara. Las cortinas están cubriendo las ventanas de la habitación de Alex, privándonos del mundo exterior. Y eso es lo que más me gusta. Por fin estamos solos.

Mi corazón casi se sale de mi pecho, pero se queda ahí, latiendo con fuerza. Bombeando sangre en cada milisegundo que pasa.

Por fin solos, después de tanto tiempo.

Mis piernas tiemblan debajo de mi vestido. La tela se siente fría comparada con el calor que

comienza a sentir mi cuerpo. La cercanía de Alex hace que me ponga nerviosa.

— ¿Te gusta? —dice él, mirando mi expresión. Su ceja se eleva y parece angustiado por mi respuesta, aunque no se la he dicho todavía.

Mi lengua se ha pegado repentinamente a mi boca. Ni siquiera puedo responderle, estoy tan anonada que no he pestañado ni una sola vez.

Nadie había hecho algo tan sencillamente hermoso para mí. Y viniendo de Alex, lo hace mil veces mejor.

—No... —apenas contesto. Él frunce el ceño, sin comprender mi respuesta. Entonces, sonrió de la forma más sincera y más pura que una persona puede hacer—. ¡Me encanta, Alex! —grito con emoción mientras abro mis brazos para lanzarme hacia su cuerpo.

Él abre sus brazos, impulsándome con sus manos para que pueda saltar y caer en su cintura. Mis piernas se enredan en su torso y mis manos rodean su cuello, dejando los dedos en su húmedo y despeinado cabello castaño.

Nuestras bocas están demasiado cerca.

—Hanna, yo... no sé cómo decirte esto —deja sus manos en mi cadera, sosteniéndome con delicadeza para no dejarme caer, aunque dudo que eso ocurra, mis piernas están bastante enredadas a su cuerpo y no pienso apartarme de él. Casi no me toca, pero las yemas de sus dedos se mueven ansiosas por mi espalda, provocando descargas eléctricas en cada centímetro de esta.

— ¿Qué sucede? —llevo mis manos hasta su rostro y las dejo descansar en sus mejillas pálidas y suaves. Involuntariamente, las yemas de mis dedos acarician sus pómulos rosados—. ¿Es algo malo? ¿Pasó algo con nuestros padres?

Mi agarre se afloja un poco, pero no me alejo.

Él agacha la mirada, riéndose con timidez. Un rubor se eleva hasta sus mejillas, dándole color a su rostro.

—No —dice—. No es sobre nuestros padres, es sobre nosotros. Sobre tú y yo.

Mis ojos miran hacia los suyos, y no es difícil saber lo que va a decirme a continuación. Así que tiemblo, nuevamente.

— ¿Sobre nosotros? —repito, asesorándome de que he escuchado bien.

Alex asiente, relamiéndose los labios. Está a punto de hablar, pero parece indeciso, así que aprieta los ojos en un segundo y los vuelve a abrir con rapidez, esperando que yo no lo haya notado. Veo como toma aire, y me mira directamente con sus ojos cafés.

—Hanna, he estado enamorado de ti desde el primer momento en que te vi, yo no creía en el amor a primera vista, pero tú hiciste que cambiara de parecer. Ahora creo. Creo en el amor, creo en ti y en todas las ilusiones que nunca creí que sentiría. Pero sobre todo, creo en nosotros, porque hemos superado cosas que jamás nos imaginamos en la vida. Yo... no sé expresar mis sentimientos, pero tratare de hacerlo por ti. Porque tu mereces que te amé, que me entregue a ti en cuerpo y alma. Y... estoy locamente enamorado, Hanna —suspira con pesadez. Esta agitado, su voz se ha apagado y la habitación ha quedado en sumo silencio. Incluso parece que ya ha terminado, pero hace una pausa para mirarme y atraer toda mi atención mientras sus ojos me miran con expectación—. Ansío verte cada maldito segundo que pasa, y cuando no estoy junto a ti, me siento débil, me siento perdido. Te convertiste en mi oxígeno. En cada suspiro inconsciente, esta tu nombre. Tú eres la única persona que hace que mi corazón se acelere cuando estoy junto a ti, que palpite tan veloz que parezca que va a salirse de mi pecho, haces que mi piel arda cuando me tocas tan inocentemente y al mismo tiempo, haces que mi corazón se detenga cuando sonrías y me miras con esos ojos tan hermosos y misteriosos.

—Alex... —apenas logro decir. Mis ojos se están cristalizando repentinamente, y yo no puedo tener el control de mi organismo, es Alex el que tiene el poder sobre el justo ahora. Nuestros cuerpos están vibrando debajo de nuestras prendas, quemándonos la piel que no me es posible deducir quien es el que verdaderamente esta temblando.

Él sonríe con timidez, mostrando sus dientes alineados y perfectamente blancos. Parece apenado, pero a la vez parece liberado por decir aquellas palabras que me han hecho perder la cordura y la razón. Sus ojos se relajan y me siento terriblemente mal por no haber preparado un discurso para él. Me ha tomado por sorpresa, ha actuado perfectamente a lo largo de la noche, pareciendo totalmente ajeno a lo que había preparado en su habitación.

Trago saliva con dureza. Mi boca se abre, pero no sale nada de ella. Mi corazón esta latiendo desenfrenadamente. Intento mantener la calma, pero es imposible.

Yo pierdo todo tipo de control cuando estoy con él.

Alex prosigue, enseriando su rostro lívido. Sus labios tiemblan un poco cuando vuelve a recapturar el habla.

—La vida es incierta y estoy seguro que concuerdas conmigo, nunca sabemos que pasara hoy o mañana, si viviremos o moriremos, por eso creo que es importante vivir siempre el presente, y tú eres mi presente Hanna, no sé si estés en mi futuro, pero estuviste en mi pasado y en las peores circunstancias, por eso, quiero que seas mi presente. Quiero que tú y yo seamos el ahora. Cada segundo que pasa te amo cada vez más, cierro los ojos y estas ahí, siempre en mis pensamientos y en mi sentir. No puedo estar sin verte, o tal vez si puedo, pero no quiero. Cada minuto que pasa y no estoy sin ti, siento que voy a morir, porque desde ahora tu eres mi vida. Mi todo. Y realmente siento que este sentimiento nunca va a parar. Mi felicidad te pertenece, mis sentimientos más puros te pertenecerán siempre, Hanna. Estoy volviéndome loco sin decirte lo que tanto he ansiado... Me enamoré de ti Hanna Reeve, probablemente el error más hermoso que he hecho en mi vida, y del cual, estoy seguro que nunca me arrepentiré. Sé que lo estoy... sé que estoy enamorado porque cuando escucho tu nombre, sonrío automáticamente, mi subconsciente crea tu imagen y mi mente reproduce tu voz diciendo mi nombre. Así que quiero preguntarte una sola cosa —sus ojos se vuelven deslumbrantes cuando él me mira con nerviosismo, las yemas de sus dedos se apartan de mi cintura, su mano izquierda sigue en esta, tocándome con suavidad. Su mano derecha viaja en el aire y después la deja descansar en mi mejilla. Sus dedos están demasiado cálidos, demasiado temblorosos. Su boca se abre, titubeante—. ¿Quieres ser mi novia?

Me quedo sin aliento, mirando sus ojos con fascinación.

—Alex... —mis labios tiemblan—. Yo... Sí. Sí quiero ser tu novia —digo por fin. Las palabras

apenas son audibles, pero la habitación esta tan silenciosa, que parecen gritos para mis oídos.

Él sonríe. Y después me besa de una manera lenta y apasionada. Nuestros labios se unen por primera vez en la noche, acoplándose a la perfección, hechos el uno para el otro.

Casi al instante, toda la inocencia del beso se pierde y comenzamos a volverlo más brusco, más salvaje... él muerde mi labio inferior y chupa con fuerza, haciéndome temblar interiormente.

—Esto es demasiado hermoso, todavía no puedo creer que lo has hecho tú y ni siquiera me había dado cuenta.

Alex me mira con seriedad, después de una pausa sus labios se dirigen hasta mi oído.

—Te sorprendería saber las cosas que sé hacer —su voz es ronca.

Si él sigue comportándose de esa manera, no podré mantener mis manos alejadas de él en los próximos segundos, y tampoco responderé por mis actos.

Aprieto los ojos antes de que se aparte de mí y respiro su aroma varonil. Esa fragancia definitivamente fue hecha para Alex. De hecho, creo que debería de decir en la etiqueta del frasco: "Esta fragancia fue hecha para Alex Crowell, para nadie más".

Entonces algo dio vueltas en mi mente, algo que no despegaría esta noche, y de la cual, estaría muy arrepentida si no la llevará a cabo en este momento. Deseaba con toda el alma tener las manos de Alex en mi cuerpo.

—Tengo algo para ti.

Él se aparta, sus manos vuelven a mi cintura y siento que todo se vuelve más caluroso.

— ¿Algo para mí? —pregunta con voz confusa mientras sus cejas se elevan.

—Sí —mi respuesta no parece sonar como lo esperaba. Mis piernas están temblando—. Pero tienes que cerrar los ojos.

—Hanna, no debiste...

—Pero lo hice —lo interrumpo—. Ahora se bueno y cierra los ojos.

Me aparto de Alex y mis pies vuelven a tocar el piso de la habitación. Cuando Alex asiente y cierra los ojos, me apresuro a levantar el colchón de la cama de Alex.

Seguro siguen ahí.

—¿Qué es ese ruido? —pregunta sin abrir los ojos—. ¿Qué estás haciendo Hanna?

—Estoy buscando tu regalo, no abras los ojos todavía —le ordeno en un susurro mientras una sonrisa traviesa aparece en mi rostro involuntariamente.

Una oportunidad como esta no se debería de desaprovechar.

—No quiero sonar interesado... —dice cuando mis ojos encuentran lo que estaba buscando debajo del colchón—. Pero parece un gran regalo.

Saco la tira de condones que habíamos olvidado tantas veces y que nuestros dedos habían ansiado abrirlos. Y dejo caer el acolchonado con delicadeza y confirmo que los condones pueden ser utilizados todavía. Volteo la pequeña tira y comienzo a leer con rapidez antes de que Alex pueda darse cuenta de lo que estoy haciendo.

Efectivamente pueden ser utilizados, no caducan hasta dentro de un mes.



Sonrío.

—Lo es. Es un gran regalo.

—Viniedo de ti, todo es perfecto.

No necesitaba preguntarme a mi misma si estaba lista para esto, porque estaba incondicionalmente y totalmente dispuesta a tener mi primera vez con Alex. Ambos nos conocíamos a la perfección y habíamos vivido tantas cosas juntos, que era imposible arrepentirme. Y esperaba que el pensara como yo. Esperaba que ansiara esto tanto como yo.

Pongo las manos detrás de mi espalda, ocultando la tira de condones detrás de mí. Doy unos cuantos pasos hacia a delante, poniéndome justo en frente de Alex a una distancia justa para poderlo admirar y ver su expresión confusa. Su ceño esta fruncido, y sus oídos están atentos a cualquier ruido y sonido que haya alrededor. Las largas pestañas de sus ojos tocan su parpado inferior, haciéndolo lucir tan perfecto. Deseo con todas mis fuerzas que abra sus ojos y ver ese color tan simple, pero tan profundo y expresivo que lo diferencia de los demás.

— ¿Hanna? ¿Sigues aquí? —pregunta. Cuando termina de hablar, se remueve nervioso en su lugar y relame sus labios. Su lengua pasa tan rápido que no la logro apreciar como yo quisiera, pero me conformo con observar sus labios húmedos y delgados. Nunca había amado tanto besar a una persona. Sabía que me había ganado la lotería con un hombre como Alex.

—Sí —contesto. De pronto, comienzo a sentirme nerviosa. Tal vez Alex no quiere tener relaciones sexuales conmigo. O probablemente va a rechazarme... un sinfín de preguntas negativas comienzan a rondar en mi mente, poniéndome tensa e insegura. Yo no soy bonita, no tengo pechos grandes y tampoco tengo las piernas delgadas y largas, solo soy una chica más. A lo mejor Alex intimo con Kate, y seguro no le gustará ver lo que soy debajo de todas estas ropas.

—¿Qué sucede? ¿Todo está bien? —su voz hace que las preguntas se desvanezcan de mi mente, pero mi cuerpo no se siente tan listo como creía. Mis músculos parecen piedras.

—¿Me amas Alex? —sé que es una pregunta tonta, pero lo necesito saber. Necesito estar totalmente segura de que esto es lo correcto.

—Más que a nadie en el mundo Hanna, eres mi todo —sus labios no tiemblan y él no titubea—. Hoy y siempre.

Suspiro. Mi cuerpo comienza a sentirse liviano. Aprieto la tira de condones y aprieto los ojos para relajarme.

—Abre los ojos —digo en un susurro.

Las pestañas oscura de Alex comienzan a elevarse, y esos ojos cafés comienzan a sobresalir entre toda la habitación. Cuando termina de abrirlos, pestañea un par de veces, reincorporándose. Lo observo cada segundo que pasa y me quedo quieta. Sus ojos me miran y sonrió. Él me regresa el saludo, mostrándome sus perfectos dientes blancos.

—Eres más bonita de lo que creí —dice, mirándome—. Y ahora eres mi novia. La chica más hermosa del mundo es mi novia.

Mis mejillas arden.

Con un movimiento lento, comienzo a bajar mis brazos y llevarlos hasta el frente. Siento como el sobre raspa la tela de mi vestido. Alex mira mis movimientos, enfocando su mirada en mis brazos. Cuando se que estoy lista y que los temblores en mis dedos han cesado, le muestro su regalo, tendiendo mi brazo delante de él.

Él jadea, soltando un gruñido ronco.

—Hanna...

—Es... —titubeo—. Es tu regalo, Alex.

Sus ojos van de mi mano hasta mis ojos. Su expresión es confusa, parece desorbitado y fuera de

lugar.

—Hanna yo no puedo aceptarlo —dice—. Quiero decir, yo deseo estar contigo, créeme. Nunca he querido y amado tanto a una persona. Pero quiero respetarte ante todas las cosas y quiero que esto suceda de una manera en que no la puedas olvidar... quiero que sea especial para ti y para mí. Quiero que tú lo desees tanto como yo y que estés totalmente segura de que quieres hacerlo conmigo.

Mi corazón estaba siendo apretado desde el interior. Mi garganta comenzó a picar.

—Quiero que mi primera vez sea contigo Alex... —lo miro directamente—. Y me gustaría que fuese ahora mismo, porque no creo poder aguantar ni un segundo más si no me haces tuya.

Esas palabras son su perdición. Puedo ver como su pupila se dilata y sus labios tiemblan por primera vez en toda la noche, puedo sentirlo decaer y perder toda su voluntad ante mis palabras.

—¿Estás segura? —su mirada se vuelve profunda y esperanzada—. Yo no quiero hacerte daño. No quiero que lo hagas porque sientes que lo tienes que hacer.

—Lo hago porque lo deseo. Porque deseo estar contigo, así deja de hablar y enséñame esas cosas que dijiste que me sorprenderían —mi voz es firme.

Él traga saliva.

—¿Qué es lo que quieres Hanna? —me pregunta dando un paso hacia adelante, quedando demasiado cerca de mí. Observo cómo sus manos viajan por el aire hasta caer a mis brazos desnudos. Todavía estoy extendiendo mi brazo con la tira de condones, pero ante la cercanía de Alex y su torso forzándome a bajar la guardia, los dejo caer en mis costados, su boca está demasiado cerca de la mía y las yemas de sus dedos acarician mis brazos con suavidad—. ¿Qué quieres de mí?

Por un momento, dudo en decirlo. Unas palabras bastarían para que él cediera y yo sabía cuáles eran las correctas y las precisas para este momento.

—Quiero que me hagas tuya. Quiero que me...

Uno de sus brazos deja a mi piel y uno de sus dedos se posa en mis labios, silenciándome.

—No digas más.

Alex.

Hanna era la chica de mis sueños, era todo lo que había esperado en la vida. Me gustaba su forma de ver la vida, lo distraída que era y amaba sus ojos color azul. Amaba cada poro de su cuerpo, cada idea que le salía de la cabeza por más tonta e ilógica que sonara, me agradaba. Supongo que ese era un efecto de estar enamorado, ver todas las cosas positivas de aquella persona que tanto amabas.

Y yo amaba a Hanna. Como nunca antes lo había hecho y sentido.

Sin pensarlo dos veces, atrapo sus labios en mi boca, y la beso con lentitud, porque sé que eso la vuelve loca, ella es desenfrenada, audaz. Pero a mí me gusta que las cosas vayan lento, sobre todo un beso. Un beso de ella, y de sus labios suaves y delgados, con sabor a cereza.

Presiono mis labios contra los suyos y cierro los ojos, dejándome llevar por su sabor exquisito y esencial. Mis manos buscan sus curvas en la habitación, y cuando encuentro su cintura, la rodeo con delicadeza y la empujo hacia a mí sin ser demasiado salvaje, simplemente quiero que sepa cómo es que ejerce un poder sobre mi cuerpo. Sobre lo que hay debajo de mis pantalones y que está en mi entrepierna, ansiando por ella.

Ella gime, y se separa de mí, abriendo los ojos como plato.

—Lo siento —digo, porque realmente no sé qué decir. Mi erección esta tan grande, que ni con una ducha de agua fría va a poderse calmar. Ese es el poder de las mujeres y de su aroma, son tan frágiles y tan bellas como una flor que caes rendido a sus pies, pero su tallo te vuelve a la

realidad. Y yo estoy temiendo que las espinas de Hanna se encajen en mi corazón, que ella se arrepienta de este momento—. Podemos parar, yo...

Ella se ríe, y todo se vuelve confuso para mí cuando pega sus labios en los míos e introduce su delgada y deliciosa lengua en mi boca, probándome de todo a todo. Yo no sabía que ella podía hacer eso, así que ahora el sorprendido era yo. Conocía a la Hanna ingeniosa, a la divertida, a la enfadada y a la confusa. Pero no conocía a la Hanna pervertida, no obstante, me estaba gustando conocerla.

Mete su lengua más adentro y me saborea. Un pequeño y delicado gemido sale de sus labios, llenando a mi boca. Y eso es todo. Su momento de seducción termino y sigue el mío. Ahora yo quiero saborearla, besar cada centímetro de su pálida piel.

Mi lengua pelea con la suya en un largo y desesperado beso, que con los segundos, se vuelve más brusco y más salvaje. Cuando me apodero de su boca, meto mi lengua y comienzo a besar de todo a todo, mis dientes buscan su labio inferior y cuando lo encuentran, lo muerdo con lentitud. Hanna me empuja hacia la cama, haciéndome caer en el acolchonado, apenas pasan dos segundos en que nuestras bocas se separan y después ella brinca hacia a mí, sentándose en mi regazo con sus muslos apretando mi cadera. Su vestido rojo parece un estorbo, una tela que me prohíbe admirar lo que deseo ver y apreciar.

Llevo mis manos a su espalda, buscando con desesperación el inicio del cierre de su vestido. Pero ella comienza a hacer algo que me estimula interior y exteriormente. Comienza a besar mi cuello con desenfreno, moviendo su lengua por todo mi cuello. Con cada lambida que ella da, mi cuerpo se estremece y mi miembro palpita debajo de su falda. Temo que ella escuche mis latidos y mi excitación en mis pantalones.

Cuando abro los ojos, veo el perfecto escote de su vestido demasiado cerca de mis labios, una perfecta "V" se forma en esta y sus pechos blancos me incitan a besarlos. Pero no sé si sea lo correcto. No quiero ir demasiado rápido. Aunque lo ansió, debo esperar un poco más.

Hanna se aparta de mi cuello y me mira con cautela. Sus ojos son un mar de emociones, un total misterio que no puedo descifrar. Cuando hacemos contacto, siento que mi pantalón va a explotar si su cuerpo sigue sobre el mío. La tela de la falda de su vestido se siente como un cuchillo.

—No tengas miedo de tocarme, Alex —dice ella en un susurro. Sus labios están demasiado rojos e hinchados—. No voy a enfadarme ni a asustarme. Solo digo que hagas lo que quieras hacer conmigo.

—¿Y si te hago daño? —murmuro mientras acaricio su espalda.

Ella suspira. Su pecho sube y baja y me es casi imposible mantener la vista en sus ojos. Esta jadeando y eso provoca más dolor en mi cuerpo.

—Confió en ti. Sé que no me harás daño, y si lo haces... sé que será placer puro.

Me aferro a su cintura y con una fuerza comprensible, la pego a mi torso, lo suficiente para que ella quede casi pegada a mí. Atrapo sus labios y la beso como si nunca lo hubiera hecho. Mis manos se mueven desde su cintura hasta sus piernas, las cuales siguen a mis costados. Cuando acaricio, la falda de su vestido se levanta dejando ver una buena parte de sus piernas curvadas en las zonas adecuadas. Entonces noto que ella se ha depilado completamente. Sus piernas están tan suaves y frágiles, que no quiero apartar mis manos de ellas, pero tengo que quitar ese precioso vestido que se adhiere a su cuerpo.

Sus labios muerden mi labio inferior, incluso ella muerde tan fuerte, que hace que mi labio sangre. Pero eso parece demasiado vicioso, que no quiero que deje de hacerlo. Su lengua delinea mis labios dejando besos húmedos cuando se detiene para volver a mordirme.

Cuando mis dedos sienten algo frío y reconocen el metal, sigo el camino de este, llegando hasta la parte alta de la espalda de Hanna. Tomo el deslizador del cierre y comienzo a descender con delicadeza. Con cada movimiento, el cierre comienza a hacer un ruido estridente cuando los dientes de este comienzan a separarse. Finalmente llega al final, dejando su espalda descubierta.

Ella tiembla encima de mi cuerpo y después se levanta.

Mis ojos observan su rostro pálido.

Todo parece tan perfecto, que parece ser que estoy soñando.

Una mujer tan bella como Hanna debería tener pegado en la frente un letrero donde dijera que ella es un pecado. Un pecado del que nunca te arrepentirías de haber cometido.

Su cuerpo parecía estar hecho de porcelana. Cualquier toque y ella se desvanecería. Y ese rostro tan angelical que tenía me hacía perder toda la cordura y la razón. Pero luego miraba su cuerpo, y sabía que pronto iba a cometer un crimen, que ese ángel llevaba dentro un demonio que me incitaba a pecar. La lujuria y el deseo que tenía sobre Hanna, me quitaban todas las ganas de morir. Solo quería vivir para ver ese rostro tan perfecto todos los días de mi vida.

Un ángel iba a perder su inocencia conmigo.

Ella dio dos pasos lejos de mí, y sin apartar la vista de mis ojos llevo sus manos hasta sus pies y se inclino un poco. Levanto su pierna derecha y quito sus zapatos y sus calcetines. Ni siquiera me había percatado de que no traía sus zapatillas de tacón alto. Luego, hizo lo mismo con su pierna derecha, la levanto y se quito el zapato que estaba sobre su pie izquierdo. Esta vez levanto su falda más de lo debido, dejando ver buena parte de su pierna. Tuve que tragar saliva discretamente.

Sus ojos nunca se apartan de los míos.

De pronto, ella lleva sus manos a sus hombros y entre sus dedos, toma la fina tela del vestido rojo, levanta un poco, privándose del toque de los tirantes que cuelgan sobre su hombro. Sus dedos tiemblan un poco, pero finjo que no lo noto para que ella pueda sentirse segura. Entonces Hanna me da una sonrisa tímida, llena de ilusión.

Ella deja caer la tela de entre sus dedos, y el vestido cae como una cortina rozando su esbelto cuerpo pálido. No puedo evitar mirar como desciende con velocidad, tocando levemente su anatomía mientras hace su salida hasta que llega hasta el piso. Cuando la ley de la gravedad hace lo suyo, levanto mi mirada y veo que ella esta observándome, viendo el movimiento de mis ojos sobre su cuerpo. El vestido finalmente ha dejado de ser un estorbo, dejándola con su ropa interior solamente.

No lleva nada especial, solo tiene un sostén de encaje negro sin ningún adorno en el, sus bragas hacen juego con el sostén, son una especie de distracción. Ni siquiera puedo apartar mis ojos de ella. Sus curvas son espectaculares, se ve tan frágil y tan hermosa, que parece una muñeca de porcelana. Solo que... casi desnuda.

—Hanna... —murmuro sin poder apartar la vista de sus muslos—. Eres hermosa, simplemente perfecta.

Ella tiembla y después levanta sus pies para salir del círculo que forma su vestido en el piso. Sus piernas se mueven con tranquilidad, sin temblar o flaquear. Me gustaba que comenzara a sentirse segura y bella.

Inesperadamente salta sobre mí, volviéndose a sentar en mis piernas, dejando sus bellos y perfectos muslos a mis costados. Por un momento no quiero tocarla, pero mi voluntad no es tan fuerte y ella me ha dejado en claro que no tenga miedo de hacerlo. Así que coloco mis manos en sus muslos y comienzo a besarla con dureza, atrapando sus labios con una fuerza increíble.

Acaricio sus piernas, descendiendo y ascendiendo cuando llego a sus rodillas, su piel es tan suave que no quiero apartar mis manos ni un instante. Su toque me toma por sorpresa cuando sus manos comienzan a acariciar mi abdomen por debajo de la camisa. Sus dedos son tan cálidos que no puedo evitar soltar un gemido ahogado en su boca.

La siento sonreír en mis labios. Mi erección crece cada vez más y tenerla en ropa interior no ayuda demasiado. Hanna deja mi boca y comienza a besar mi cuello, chupando con fuerza mientras lambe con su lengua húmeda. Sus dedos abandonan mi estomago y las deja fuera de mi camisa para comenzar a desabrochar los botones de esta. Aparto mis manos de sus muslos y las llevo hasta el cinturón de mi pantalón. Me siento tan apretado que no creo soportar más. De un momento a otro, estoy sin camisa, sintiendo la brisa fría del viento. Me estremezco por unos segundos hasta que siento el cálido cuerpo de Hanna sobre el mío. Sobre mi erección.

Desabrocho mi cinturón y llevo mis dedos hasta la cremallera de mi pantalón. Pero algo sucede. Mis dedos rozan su parte íntima. Se siente tan ardiente que mis dedos queman. Sus piernas están abiertas para mí y yo no puedo evitar sentirme atraído y vulnerable ante su zona débil y estimulante. Hanna gime en mi cuello cuando mis dedos vuelven a tocar, pero esta vez con intención. Sus bragas están húmedas.



Quito mi pantalón de un jalón, sin apartarme demasiado de los besos de Hanna en mi cuello. Cuando la estorbosa tela esta fuera, llevo mis manos hasta el trasero de Hanna y la levanto acariciando su espalda y sus piernas. Después la empujo contra la cama, dejándola debajo de mi cuerpo. Sus piernas se aferran a mi cadera, apretando con fuerza sin permitirme apartarme. Mi miembro roza sus bragas y ella chilla mientras me besa. Sus labios muerden los míos, por un instante, me pierdo en su sabor y en su imagen.

Pero esa distracción me empuja hacia a un lado. Siento mi cuerpo rebotar contra el colchón y me quedo helado. Hanna se sienta sobre mi erección, dejándome ver una vista perfecta de su cuerpo. Sus pechos están expuestos ante mí, luciendo tan pálidos y tan suaves. Su cabello cae como una cascada en su espalda, dejando un par de mechones sueltos en su torso.

Bajo mi mirada hasta su estomago plano, y después vuelvo a subir mis ojos, sintiéndome aturdido y demasiado cautivado.

—Parece una buena vista —dice ella, interrumpiendo mi camino.

Sonrió.

—No te imaginas cuanto —a empujo de nuevo, hacia el otro lado de la cama cuando ella se distrae observando mi rostro—. Pero no me gusta estar debajo —digo cuando estoy encima de su anatomía.

Su pecho sube y baja. Es como si su corazón fuera a salirse de su pecho. Su rostro se enseria y sus ojos me miran suplicantes.

—Hazme tuya —dice en un susurro.

Mi corazón palpita con desenfreno, enviado cientos litros de sangre a mi cuerpo, aunque no existan, parecen estar ahí, deslizándose por mis venas, haciéndome sentir pesado y totalmente atraído por esta mujer de porcelana.

—Tus deseos son órdenes —respondo.

Desciendo sobre su cuerpo, hasta dejar mi cabeza entre sus rodillas. Comienzo a besar su muslo derecho, dejando besos húmedos en cada parada que hago en su piel. Sus rodillas se elevan, dejando a mi cabeza entre sus entrepiernas. Esta noche es para Hanna. Con una mano, amaso su muslo y con la otra la empujo contra mi boca, saboreando cada centímetro de ella. Beso un par de veces más, aproximándome a sus bragas. Pero no beso ahí, sino que la torturo un poco besando en su entrepierna con besos cortos.

—Por favor Alex —suplica empujándose de nuevo.

Sonrió para mí mismo y asciendo besando su estomago. Comienzo a besar rápido, llegando hasta sus pechos. Después meto mis manos por debajo de su cuerpo y con la máxima agilidad, busco el broche de su sostén. Su espalda se encorva, dándole más libertad a mis manos, casi de pronto siento el frío metal y desabrocho con dificultad. Cuando se escucha un clic, espero a que ella vuelva a poner su espalda recta, pero en cambio de eso, jala de su sostén, dejándome ver sus bien redondeados pechos. Se ven tan pálidos y rosados que mis manos tocan casi de inmediato. Escucho como la fina tela de encaje golpea el piso cuando cae. Mis manos amasan sus pechos con lentitud, después mi boca va hasta uno de ellos y chupo con suavidad. Hanna aprieta sus piernas en mis caderas y sé que estoy haciendo un buen trabajo. Muerdo un poco y ella chilla, pero no me aparta, así que sigo besando, pero esta vez con más fuerza, moviendo mi lengua por su contorno. Delineando cada borde que hay en sus pechos. Después una de mis manos baja hasta sus bragas y meto mi mano dentro de ella. Mis dedos sienten de inmediato su humedad y acaricio su clítoris haciendo un círculo en ella. Una de sus piernas extrañamente esta en medio de las mías y ella la baja para después volverla a subir, estrellándose contra mi entrepiernas.

Suelto un gemido al sentir su toque con mi miembro totalmente erecto.

Dejo sus pechos rojos e hinchados y bajo, besando su estomago. Ella suaviza su vientre y se deja llevar por la humedad y el calor de mis besos que provocan en ella y en su espalda curveada. Doy un beso y me detengo para acariciar en donde voy a dejar un beso nuevo. Mi camino es recto, casi llego hasta su ombligo. Beso una vez más y doy un masaje rápido debajo de su ombligo, casi llegando hasta sus bragas. Con las yemas de mis dedos, hago un camino desde en medio de sus pechos hasta abajo, haciendo el mismo camino por donde besé. Detengo mi movimiento en sus bragas y saco mi mano. Ahora mis dedos están mojados, pero ella aun no se ha venido. La veo cerrar los ojos cuando comienzo a besar su vientre plano. Doy besos que la

hacen estremecer y soltar pequeños alaridos, cuando mi boca siente el encaje de sus bragas, me detengo.

—No te detengas... —dice con voz cortada. Apretando sus ojos creando pequeñas arrugas en ellos. Sus pestañas se ven tan largas que parecen un torbellino de emociones.

Mi respiración esta por los suelos. He saboreado a Hanna de todo a todo y puedo asegurar que ella es tremendamente deliciosa.

Mis dedos van sobre su cadera para atrapar las puntas de sus bragas y quitarlas de ella, ya es la última prenda que la cubre. Su cuerpo está debajo del mío, totalmente indefenso y listo para lo que yo haga. Jalo de sus bragas y comienzo a bajarlas por sus muslos con delicadeza, haciendo una dramática salida de esa tela tan espectacular que lucía en su cuerpo. Ella levanta los pies, dejando que la braga salga finalmente de nuestro camino. Entonces la dejo caer al piso y regreso mi mirada hasta ella.

Casi me quedo sin aliento. Su organismo es un tremendo arte. Algo hecho de las mejores manos, de los mejores sentidos que pueda haber. Mi miembro pulsa cuando las piernas de Hanna se abren para mí, dejándome ver todo lo que un hombre quiere ver de una mujer cuando la desea. Ella no tiene ni un solo vello publico en su vagina. Esta totalmente depilada. Parece tan suave como un algodón. Mis dedos ansían estar ahí, tanto que comienzan a pulsar tanto como mi miembro, como si hubieran sido golpeados con algo y el dolor fuera indescriptible.

—¿Hanna? —la llamo para que abra los ojos. Sus parpados tiemblan cuando ella comienza a abrirlos. Sus piernas abiertas son una jodida distracción para mí, pero tengo que concentrarme en su rostro.

—¿Sucedo algo malo?

Niego. Pero después asiento. Su cuerpo se tensa debajo del mío.

—¿Lo planeaste todo verdad? —pregunto sintiéndome excluido.

—¿Estas molesto? —pregunta mirándome.

Por un momento siento decepción.

—Yo... solo creo que esta decisión hubiera sido mejor si la hubiéramos tomado juntos —de pronto siento un nudo en mi garganta—. Ya sabes, planearlo y estar preparados para que todo saliera perfecto. Yo quiero que esto sea especial para ti...

—Pero lo está siendo, Alex —me interrumpe—. Todo es tan perfecto estando contigo.

—¿Quieres que suceda ahora? Y quiero que me respondas con la verdad —mi voz suena agitada, mis respiraciones son irregulares. Mi miembro esta palpitando duramente esperando su respuesta. Siento un dolor tremendo entre mis piernas—. No quiero arruinarlo.

—Nunca había deseado tanto a una persona, y quiero que sea ahora —su cuerpo tiembla debajo del mío, su calidez y su calor se sienten tan jodidamente bien que no quiero dejar de tocarla, porque yo también quiero que sea mía y yo ser suyo, siempre.

—Te amo —respondo mientras sonrió.

—Yo también —contesta sonriendo de oreja a oreja—. Ahora haz lo tuyo.

Su voz es tan provocativa que mis labios instintivamente van hacia los suyos a pesar de que los de ambos están rojos e hinchados y probablemente con heridas abiertas. Mis dedos van directamente hasta su clítoris y ella se estremece cuando mis dedos hacen contacto con su zona íntima. Después comienzo a acariciar sin dejar sus labios. Un gemido involuntario sale de mi boca cuando siento un líquido en mis dedos.

—Estás lista —digo más como una oración que como una pregunta. Mi corazón late. Los latidos son tan acelerados que comienzo a sentir que voy a explotar. Mis piernas están temblando.

La deseo tanto que mi piel arde.

Me levanto y jalo de mis bóxers negros. Hanna abre sus ojos cuando ve que me aparto de su cuerpo y dejo de tocarla. Su cuerpo se levanta de golpe y sus rodillas vuelven a ponerse rectas sobre el colchón.

—Déjame hacerlo por ti —me pide antes de baje mis calzoncillos. Yo niego—. Por favor. —dice con una sonrisa traviesa. Su voz suena aguda, ni siquiera puede hablar del todo.

—Está bien —respondo.

Ella parece divertida, así que se acerca hasta a mí, caminando con sus rodillas sobre el colchón. Observo como lucen sus pechos rosados mientras ella se acerca. Sus dedos se mueven por mi estomago y comienza a deslizar la yema de sus dedos por las líneas que forman los músculos en mi vientre. Primero hace una cruz, y después comienza a besar desde mi pecho hasta mi ombligo. Su boca se siente más húmeda y más delgada sobre mi piel, sus besos son tan abrasadores que queman.

Mi erección no hace más que palpar. Me exige que me deshaga de esa tela que raspa y clava en mi piel como si fueran espinas.

—Me haces sufrir —susurro apretando los ojos. Mis rodillas están apoyadas en el colchón y comienzan a doler al sentir todo el peso de mi cuerpo sobre ellas. Pero todo dolor es factible si es causado por Hanna.

Sus dedos se detienen en la superficie de mi bóxer y después comienza a descenderlos con lentitud, justo como lo hice yo. Pero ella lo hace más tortuoso, más cauteloso. Hanna besa mi estomago una vez más mientras desciende con sus manos la tela. Ya puedo sentirme libre, ya puedo sentirme sobre ella.

Pero lo hace cada vez más lento. La maldita tela no baja ni un centímetro.

—Bien, ya basta de juegos —la empujo suavemente contra la cama y su cuerpo rebota sobre las sabanas blancas. Su piel apenas puede distinguirse. Jalo de mi bóxer tan frenéticamente que ella

sonríe, orgullosa de lo que ha provocado en mí con su estrepitosa acción. Sus ojos van directamente hasta mi miembro, cuando me volteo para aventar el bóxer, sus ojos siguen en el, mirándolo con asombro. No puedo evitar sentirme apenado y sonrojado.

—Alex... —dice ella volviendo su vista hasta mis ojos. Sus mejillas están rosadas y sus labios están tan rojos que quiero besarlos de nuevo. Su boca se abre, mostrando una sonrisa inexpresiva—. Escuche que la primera vez dolía, pero ahora... siento que voy a morir. Apuesto a que mide más de lo normal.

Mis mejillas arden. Me siento totalmente expuesto. Pero estoy con Hanna, con el amor de mi vida, que por esa razón, mi pudor desaparece.

—Exageras —ronroneo.

—De verdad, yo... voy a partirme en dos con tu...

Me dejo caer sobre ella con rudeza, sin hacerle daño y apretando su boca para amortiguar sus palabras.

—Cuida esa boca sucia —le ordeno en una sonrisa. Ella se ríe a pesar de que estoy oprimiendo su risa.

—Bien, bien. De acuerdo. Te amo —dice en mi mano.

Quito mi mano de su boca y la beso.

Después ella levanta sus rodillas nuevamente, dejándome en medio de sus piernas y sin posibilidad de escapar. Siento su humedad en mi vientre. Mi erección se roza en su entrepierna y accidentalmente en su zona íntima. La escucho gemir en mi boca. Un gemido suave y cálido. Un canto glorioso para mis oídos.

Separo más sus piernas y me alejo de sus labios. Bajo de la cama y con la vista aturdida busco la

tira de condones que tanto habíamos ansiado abrir. Cuando los encuentro, tomo uno de ellos y lo abro con mis dedos haciéndolo cuidadosamente para que no se rompa. Observo a Hanna tendida en la cama y suspiro.

Es hermosa.

Su mirada se vuelve hasta a mí. Sus ojos azules me observan mientras introduzco mi miembro en el látex. Ahora me siento apretado. Verifico que lo puse correctamente y que no quedo nada de aire adentro de él y vuelvo a la cama, gateando para quedar entre sus bellas y delgadas piernas.

—¿Estás lista? —pregunto mientras tomo sus rodillas entre mis manos para levantarlas más. Después, las abro todo lo que se puede. De inmediato me doy cuenta que es muy flexible, más de lo que yo imaginaba.

—Como nunca —responde sin poner fuerza en sus piernas. Hanna deja que yo me mueva entre sus piernas.

—Sé que ya lo sabes, pero va a dolerte. La primera vez siempre duele, así que si sientes demasiado dolor, solo dime que pare y yo lo haré, ¿de acuerdo?

Ella asiente. Relamo mis labios y la observo.

—¿Eres virgen Alex? —pregunta en un susurro con cierta preocupación. Su rostro se vuelve inquieto.

Tomo una bocanada de aire.

—Sí —contesto. Su cuerpo se relaja al instante—. Pero ya no lo seré en un par de segundos.

Ella sonríe y vuelve a cerrar los ojos, esperando que el dolor llegue a su cuerpo.

—Estoy lista —me anuncia.

Me inclino un poco y beso en su entrepierna, después en su clítoris y finalmente en su monte de venus. Todo es tan suave que parecen nubes flotando sobre mí.

Creo que estoy alucinando.

Hanna suspira y después toma aire, llenando sus pulmones del mayor oxígeno que pueda inhalar. Tomo mi miembro en mi mano y lo llevo hasta su destino. Tomo aire y la observo por enésima vez en la noche. Luce tan inocente y tan valiente. Su respiración no puede regularse, igual que la mía. Es tan difícil estar de este lado y no poder concentrarse debido a la gran vista que observo.

Cuando llego al lugar correcto, tomo aire y veo que Hanna hace lo mismo. Nuestros cuerpos vibran. Nunca había estado tan nervioso en mi vida. Mi miembro toca cada centímetro de Hanna.

Entonces, el momento tan esperado llega. Empujo con suavidad y veo como ella lleva sus manos hasta mi espalda, abrazándome con fuerza, empujándome hasta su cuerpo. Esta tan apretada que duele. Todo duele cuando estoy entrando en ella. La escucho gemir tan lejanamente que me pierdo en su queja tan magnífica. Empujo para que mi miembro pueda estar totalmente adentro. Siento un placer increíble, mi cuerpo se llena de gloria. Todo se siente tan liviano y acogedor y simplemente no puedo creer que esté dentro de ella. Estamos siendo uno mismo, ahora estamos unidos para siempre.

Empujo nuevamente con lentitud, la primera embestida y todo se vuelve tan confuso y aturdido que abro los ojos para poder observarla. Sus uñas se encajan en mi espalda, apretando con fuerza mientras la penetro. Sus ojos están apretados.

—Hanna, mírame —le ordeno. Ella chilla cuando todo mi miembro entra a su cuerpo. Sus ojos se abren lentamente. Son más azules de lo que recuerdo, son más azules que la profundidad del mar. Sus ojos dicen todo lo que ella no puede decir. Sus labios tiemblan haciendo un intento por sonreír. Hanna me mira con satisfacción.

Después comienzo a sacar mi miembro con lentitud, nuestros ojos dejan de hacer contacto. Hanna abre sus labios para gemir y soltar un chillido doloroso. Sus uñas se encajan todavía más.



Gimo cuando siento todo el éxtasis en mi cuerpo.

—Más, más, Alex —dice ella cuando estoy fuera de su organismo. Mi miembro siente su ausencia y su calor tan intrépido—. Por favor no te detengas. —suplica con sus ojos llenos de pasión y de amor.

Empujo de nuevo y ella grita.

—¡Oh, dios mío! —suelta un gemido y recorre sus uñas por mi espalda—. ¡Dios!

Gimo cuando estoy de vuelta adentro de ella. Saco y vuelvo a meter. Embisto y saco. Mis piernas vibran. Mi miembro duele y la suavidad de Hanna lo recompone. Es tan doloroso pero tan excitante que no puedo parar. Que ambos no podemos parar.

Mi pecho sube y baja y mi respiración está más agitada que hace dos minutos. Estoy sintiendo el dolor más puro y más placentero deslizarse por mis venas.

Doy otra embestida, pero esta duele más que las anteriores. Siento que un líquido toca a mi entrepierna y bajo la mirada.

Un color rojo se escurre por la entrepierna de Hanna. No es demasiada, incluso supongo que ella cree que se ha venido, pero la verdadera razón es que Hanna ha dejado de ser virgen.

Ninguno de los dos es virgen a partir de ahora. Nos pertenecemos el uno al otro, y nadie ni nada, nos separara. Estoy completamente enamorado de ella que nada será más fuerte que mi amor. Y si ella deja de amarme, sé que mi amor será suficiente para ambos.

Suspiro y doy una última embestida. Me quedo unos segundos adentro de ella, saboreando el momento. Nuestras respiraciones y la música de la fiesta es lo único que puede escucharse.

—Estamos juntos por siempre —la voz sale ronca de mi boca. Me siento tan sediento y tan cansado que me siento desvanecer. Una gota de sudor se desliza por mi frente. El cabello de

Hanna esta húmedo, su cuerpo esta bañado en sudor y sus uñas siguen encajándose en mi espalda.

—Por siempre. —dice con una sonrisa que me deja sin aliento.

Ella tiene marcas en el cuello. Se ven tan rojas que sé que pronto se harán moretones. Serán tan morados que va a ser imposible cubrirlos con maquillaje.

Comienzo a sacar mi miembro de su cuerpo, pero antes, me preparo mentalmente para acostumbrarme al pronto frio que me cubrirá. No sabemos con certeza cuándo volverá a suceder, así que tomo aire y con suma lentitud me aparto de ella. El dolor vuelve a hacerse presente.

—Siento que estoy tocando el cielo —sus uñas se aferran a mi espalda. Mis músculos se vuelven tensos cuando estoy fuera de su cuerpo escultural. Como lo esperaba, el frio se apodera de mi cuerpo.

—Tú sientes que estas tocando el cielo —digo mientras me acerco a su boca—. Pero yo definitivamente, estoy en el.

Y entonces la beso.

=====

Nota del Autor.

¡Woa! ¿Por dónde empiezo? Realmente estoy muy agradecida con todas y cada una de ustedes por leerme, por seguir conmigo y por agregar esta historia a sus bibliotecas.

No sé ni que decir.

La verdad es que nunca creí que QMAA fuera a tener tantas visitas y que fuera tan bien recibida

en esta red social como Wattpad. Cuando publique por primera vez aquí no supe cómo funcionaba todo esto, pero una personita me ayudó en lo básico. Después comencé a compartir esta sinopsis en varios grupos de lectores en Facebook y me dijeron que la publicara en Wattpad, así que por eso estoy aquí.

Me alegra tanto haber escrito esta historia y que a ustedes les haya agradado, porque ese fue el principal propósito. Aparte de que, lo crean o no, este era uno de mis sueños. Este es mi primer libro y que haya tomado este rumbo realmente me enorgullece.

Estoy eternamente agradecida, no solo por leerme, sino por tenerme paciencia y haber esperado mucho tiempo para que subiera un capítulo y esta historia llegará a su fin. Ahora me complace anunciar que oficialmente este borrador llega a su fin.

Pronto subiré la novela oficial, corregida totalmente y más corta, pero con el mismo suspenso que la caracteriza. Ya que este solo es un borrador. No cambiará totalmente, pero serán añadidas y quitadas algunas escenas, así que si quieren leer esta actualización vuelvan a principios de agosto que es cuando la publicaré (Solo durará una semana en Wattpad) Después estoy viendo la posibilidad de enviarla a una editorial. Sin embargo, si no se recibe respuesta de ninguna, probablemente la publicaré en Amazon y en Createspace, en donde estará disponible para todos los países.

No me queda nada más que agradecerles por sus votos, sus comentarios, sus mensajes y sus publicaciones en mi muro que pronto comenzaré a contestar. Les envío un abrazo fuerte a cualquier país del mundo y un gran agradecimiento de mi parte.

Sugiero que no quiten la novela de su biblioteca, ya que por aquí daré anuncios sobre la novela y su futura publicación. Igualmente creo que se archivan, pero de todos modos lo digo por aquí por si no se actualiza.

¡Gracias, nuevamente! ¡Los invito a leer mi nueva novela que estará disponible el día de mañana!

Con mucho cariño, JanethGS.

=====

Wattys2015

¡Hola! ...Tengo que darles un aviso y una noticia super importante.

Después de haber leído las bases para los premios Wattys 2015 y darle un montón de vueltas, decidí que QMAA debe participar ya que merece estar en el concurso por lo bien que ha sido recibida en esta plataforma y porque algunas lectoras me han pedido que lo haga (¡Gracias!).

Hago el aviso porque como muchas saben, se hará una dinámica por Twitter y me gustaría que me apoyaran usando el siguiente texto en el tuit:

"#MyWattysChoice ¿QMAA? Goo.gl/GlyqpX +Frase, palabra, fotografía, gif, video, u oración".

O también pueden ayudarme siguiéndome en Twitter: @JanethBieberG y dando RT al ultimo tuit que aparece en mi perfil.

Recuerden que pueden tuitear todas las veces que quieran y dar RT a todos los tuits que mencionen el nombre de la novela, el "#MyWattysChoice" y el respectivo enlace de la novela, sin esto no será válido el voto.

Espero contar con todo su apoyo en esta dinámica y sin nada más ¡Pasen la voz y a tuitear!

¡Gracias!<3

=====

¡Importante!

¡Muchas gracias por el apoyo que me estais dando todos! ¡Quiero haceros una pequeña encuesta! ¡Estoy recibiendo muchos mensajes pidiendo el libro en digital y en papel! Así que, ¿Qué comprarías? ¿e-book o el libro en físico?

Físico (comentar aquí)

e-book (comentar aquí)

=====

NOTICIA

¡NOTICIÓN QUERIDAS LECTORAS! (Y lectores... aunque la mayoría somos mujeres)

Hace días que están llegándome cientos de mensajes y comentarios preguntándome la razón de la encuesta que hice en todas las redes sociales. Me he visto desbordada y no he podido contestar a todos como me hubiera gustado, por eso hemos decidido que ha llegado el momento de hacer pública la noticia. Algunas/os de ustedes ya sabrán que es, así que ya no hay tiempo que perder.

!!!¿QUIÉN MATÓ A ALEX? SERÁ PUBLICADO EN PAPEL Y EBOOK MUY PRONTO!!! Nuestros queridos Alex y Hanna serán publicados en "OZ EDITORIAL".

El libro estará partido en dos partes: "¿Quién mató a Alex? Parte 1" y "¿Quién mató a Alex? Parte 2". Todavía no hay fecha clara de salida, lo que si sabemos seguro es que será durante el año 2017.

Desde ya se está trabajando en proyectos que pronto verán reflejados y que a ustedes les gustará muchísimo. No puedo decir más, pero estoy segura que les encantará. Siempre estarán informados con antelación de todas las novedades. OZ Editorial intentará que el lanzamiento sea simultaneo posible en todos los países. En algunos tardará un poquito más que en otros. Pero no se preocupen porque todas podrán adquirir el libro en casi CUALQUIER PAÍS, por lo que no tendrán problema a la hora de adquirir sus libros.

Estén atentas porque cambiaremos la portada por una más profesional... habrá mejoras en todos los aspectos y contenido inédito. Como sabrán por experiencia de otras escritoras de wattpad. Al publicar el libro me veré obligada a retirarla de la plataforma wattpad. Pero HAY BUENAS NOTICIAS para los que la están leyendo ahora o quieran volver a leerla. Oz Editorial nos permite seguir disfrutando de la novela en la plataforma wattpad hasta el 30 de Noviembre de 2016. Les avisaré a todas unas semanas antes para recordarles que la novela será retirada el día 30 de noviembre.

Si quieren estar al tanto de sus actualizaciones, no se preocupen porque les iré informando de todas las novedades por wattpad, twitter y facebook, y muy pronto también lo hará Oz editorial desde sus redes sociales.

Hasta ahora, he leído todos los comentarios. Estoy enamorada de todos ustedes. Gracias por sus palabras y felicitaciones. Me encanta saber que les he transmitido todas esas emociones a través de mis letras... Así da gusto escribir para ustedes.

Espero que esta noticia les haya gustado, y estén atentas porque se vienen más como estás.

Con mucho cariño, JanethGS.